

BIBLIOTECA

D E

AUTORES CRISTIANOS

ESTA COLECCIÓN SE PUBLICA BAJO LOS AUSPICIOS Y ALTA DIRECCIÓN DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

LA COMISIÒN DE DICHA PONTIFICIA UNIVERSIDAD ENCARGADA DE LA INMEDIATA RELACION CON LA B. A. C., ESTA INTEGRADA EN EL AÑO 1957 POR LOS SEÑORES SIGUIENTES :

PRESIDENTE :

Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fr. Francisco Barbado Viejo, O. P., *Obispo de Salamanca y Gran Concilier de la Pontificia Universidad.*

icepresidente : limo. Sr. Dr. Lorenzo Turrado, *Rector Magnifico.*

Vocales : R. P. Dr. Fr. Agapito Sobradillo, *Decano de la Facultad de Teologia;* M. I. Sr. Dr. Lamberto de Echeverria, *Decano de la Facultad de Derecho;* M. I. Sr. Dr. Bernardo Rincon, *Decano de la Facultad de Filosofia;* R. P. Dr. JOSÉ Jimenez, C. M. F., *Decano de la Facultad de Humanidades Clàsicas;* R. P. Dr. Fr. Alberto Colunga, O. P., *Catedratico de Sagrada Escritura;* reverendo P. Dr. Bernardino Llorca, S. I., *Catedrático de Historia Eclesidstica.*

Secretario.: M. I. Sr. Dr. Luis Sala Balust, *Profesor.*

LA EDITORIAL CATOLICA, S. A. Apartado 466
.MADRID . MCMLVII

LA PALABRA DE CRISTO

*Repertorio organico de textos para el estudio
de las hoiniltas dominicales y festivas*

ELABORADO POR UNA COMISIÒN DE AUTORES BAJO LA DIRECCIÒN DE

Mons. Angel Herrera Oria

Obispo de Malaga

ry.
1/

TOMO IX

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID . MCMLVII

La Palabra de Cristo

ESTA SERIE DE LA B. A. C. CONSTARÁ DE LOS SIGUIENTES
VOLÚMENES :

- I. Adviento y Navidad.
- II. Epifania a Cuaresma.
- HL Cuaresma y tiempo de Pasion.
- IV. Ciclo Pascual.
- V. Pentecostes (1.º)
- VL Pentecostes (2.º)
- VIL Pentecostes (3.º)
- VIII. Pentecostes (4.º)
- IX. Fiestas (1.º)
- X. Fiestas (2.º). Indices generales.

TOMO IX

Navidad Jueves y Viernes Santo.—
La Ascension del Serior Corpus Christi — Sa
grado Corazon esus >an José.—Todos lo;
Santos.— Conmemoraciôn de los Fie! Difuntos

Hau colaborado en este volumen

Luis Vera Ord\s (*selecciôn de textos patristicos y tcolô-
gicos, comentarios exegeticos y gulones*).

Francisco Carrillo Rubio (*guiones*).

José Maria Eguaras Iriarte (*parte litûrgica, teolôgica y
guioncs*).

Manuel Díez de los Rios (*selecciôn de textos pontificios*).

Luis Ortiz Munoz (*selecciôn de textos cscriturísticos y
miscelanca histôrica y literaria*).

José Luis Gutiérrez García (*ordcnaciôn de materiales*).

NIHIL OBSTAT

Dr. Justo Novo df. Vega,
Censor.

IMPRIMATUR :

t Angel,
Obispo de Malaga.

Madrid, 8 diciembre de 1957

La Editorial Católica, S. A.-Alfonso XI, a.-Madrid

SEGRETERIA DI STATO
DI SUA SANTITA

Aum. 308.234

Vaticano, 2 de septiembre 1953.

Excclenlîsimo y reverendisimo senor:

El Augusto Pontifice ha recibido el tomo primero de La palabra de Cristo, serie de la benemérita Biblioteca de Autores Cristianos, y desea manifestar a vuestra excelencia la satisfacciôn con que ha acogido tan interesanté obra.

En estos dificiles tiempos, en los que la ignoranda religiosa hei hecho tanto dano a las almas, una publication como ésta, dirigida a restaurer una predicaciôn auténticamente evangélica, es de exceptional importancia.

El Padre Santo ha visto con viva complacenda que esta colecciôn no es uno mds de los sermonarios existentes. Su variado y abundante acopio de materiales ofrece al orador sagrado los elementos necesarios para su mejor preparation, una serie de conocimientos que abarcan la Sagrada- Escritura, los Padres de la Iglesia, teólogos, autores clasicos y, con gran oportunidad, las enseñanzas pontificias para que su predicaciôn este sólidamente fundada y la palabra de Dios pueda penetrar en los corazones de los hombres y dar frulos de vida eterna sin perderse en vanas retôricas.

Su Santidad quiere que llegue a vuestra excelencia y a los dodos y diligentes miembros de la comisiôn que ha claborado este hermoso trabajo el testimonio de su particular benevolentia y su paternal felicitaciôn por la

obra que han realizado, que sera de mucho provecho para lodos los sacerdotes, en especial para los dedicados a la cura de almas, v muy a propôsilo para format a los jdvencs levitas en el verdadero senlido de la predi-caciôn sagrada.

El Augusto Pontifice pide al Senor que les concéda llevar a cabo cl plan que se han propuesto y los ilumine en su ejecuciôn, mientras que, en prenda, de celestiales gracias, les da de Iodo corazôn la bendiciôn apostôlica.

Reciba también de mi parte, excelentísimo senor, mi expresiva gralilud por el ejemplar que me ha enviado, deseoso de que alcance el mayor éxito y produzca los mas copiosos frulos.

Al reiterarle cl testimonio de mi mds distinguida consideraciôn, quedo siempre de vuestra excelencia re-verendisima seguro servidor.

J. B. M o n t i n i,
Prosecr.

Mons. Angel Herrera, Obispo de Malaga.

	Pdgs.
Fiesta de Navidad (25 de dicietnbre)	
SECCION I.—Textos sagrados ..	
Partes variables de la misa	3
II. Epistola	6
Evangelio	8
SECCION II.—Comentarios generales	II
I. Situaciôn litûrglca	II
A) Notas histôricas	II
B) Comentario	
II. Apuntes exegético-morales	12
A) Epistola	
B) Evangelic	12
SECCION III.—Santos Padres	iS
I. San Juan Crisôstomo	18
La Navidad y la paz	18
II. San Agustin	24
La fiesta de la santa liberaciôn	24
III. San Lcôn Magno	2Q
La encarnaciôn dei Verbo y la filiaciôn adoptiva del hombre	2Q
SECCION IV.—Teôïogos	37
I. Santo Tomâs de Aquino	37
Fiesta de Navidad	37
II. San Buenaventura	41
La encarnaciôn del Verbo y el nacimiento de Cristo en el aima	41
SECCION V.—Autores varios	47
I. Santo Tomâs de Villanueva	47
Sermôn sobre la Natividad del Senor	47

INDICE GENERAL

II.	<i>Fray Luis de León</i>	50
	Cristo, verdadero Hijo	50
III.	<i>Bossuet</i>	59
	Cristo Hombre, pasible y pobre	59
IV.	<i>Cardenal Mercier</i>	
	La gloria de Dios, fin de Cristo y nuestro	63
SECCION VI.—Textos pontificios		67
	«Et in terra pax hominibus bonae voluntatis» (Le. 2,14)....	67
	A) Cinco condiciones para que la paz y el nuevo orden tan deseado sean dignos y estables	
	B) Cinco puntos fundamentales para la pacificaciôn de la sociedad humana	68
	C) La paz interna de los pueblos	
SECCION VII.—Miscelânea historica y literaria		
I.	<i>Dônde naciô Jésus?</i>	
II.	<i>^Ciiândo naciô Jesucristo?</i>	
III.	<i>Leyendas de Navidad</i>	79
	<i>El ermitaïo de Belén</i>	80
	<i>El origen de la vnisa del Gallo*</i>	Si
VI.	<i>La primera presentation plastica de la Navidad</i>	82
VII.	<i>El pesebre que prépara San Francisco</i>	
	<i>La primera misa de San Ignacio</i>	
	<i>Poesia navideûa espaûola</i>	83
	<i>Costumbres navideûas</i>	86
SECCION VIII.—Guionee homiléticos		
	Sinopsis de los guiones homiléticos ...	
	Serie I : <i>Litûrgicos</i>	87
	i. Fiesta de Navidad	87
	Serie III : <i>Sobre el evangelio</i>	9"
	2. La Providencia en Belén	
	3. Las personas de Belén	91
	4. Adoradores de Belén. Los pastore>	93
	0. «Gloria a Dios» (I)	95
	6. «Gloria a Dios» (II)	97
	«Paz en la tierra»	
	5. «No temâis» (I)	100
	9. «No temâis» (II)	103
	10. Belén, escuela de santidad	104
	11. El orden sobrenatural	106
	orden sobrenatural ..	109
	13. orden sobrenatural ..	112
	14. El orden sobrenatural ..	
	Serie IV : <i>De actualidad social</i> .	116
	Ricos v pobres en el portai	116

Pàgs.

LA ADORACION DE LOS MAGOS

Fiesta de la Epifania (6 de enero)

SECCION 1.—Textos sagrados	121
I. <i>Partes variables de lamisa</i>	121
II. <i>Epistola</i>	122
III. <i>Evangelio</i>	122
IV. <i>Algunos textos de la Escritura relacionados cou la Epi- fania</i>	123
SECCION II.—Comentarios generales	125
I. <i>Situation litûrgica</i>	125
A) Origen	125
B) Signification	125
II. <i>Apuntes cxegético-morales</i>	126
A) Epistola	126
B) Evangelio	127
SECCION III.—Santos Padres	132
I. <i>San Juan Crisôstomo</i>	*32
Très lecciones	*32
III. <i>San Gregorio Magno</i>	145
La estrella y la ofrenda	145
IV. <i>San Leôn Magno</i>	*48
Fe de los Magos y malicia de Herodes	*48
SECCION IV.—Teólogos	*56
I. <i>Santo Tomâs</i>	*56
La manifestation de Cristo	*56
II. <i>San Buenaventura</i>	160
La estrella de los Magos y su signifitaciôn	160
SECCION V.—Autores varios	1^4
I. <i>Fray Luis de Granada</i>	x^4
Très episodios de la infancia de Cristo	i64
II. <i>P. La Puente</i>	
El viaje de los Magos y la Providentia divina	
III. <i>Beato Juan de Avila</i>	χ7δ
Buscar v hallar a Cristo	*75
IV. <i>Bourdalouc</i>	*78
Dos conductas, dos lecciones	I78

	Pdgs.
<i>Columba Mannion</i>	^T 181
La Epifania y la vocaci�n de los gentiles	181
SECCION VI.—Textos pontificios	186
La supranacionalidad de la Iglesia	186
A) La Iglesia, bandera alzada entre las nacipnes, pertenece por igual a todos	186
B) La Iglesia ante la humanidad dividida	191
SECCION VII.—Miscel�nea historica y lileraria	193
A) ^Qu�enes eran los Magos?	193
B) ^Eran reyes?	194
C) ^Cu�ntos eran?	194
D) iC�mo se llamaban?	195
��e d�nde vem'an ?	196
F) iD�nde adoraron a Jesús ?	196
G) Oro, incienso y mirra	197
H) La estrella	198
I) El camino de regreso	199
J) El destino ulterior de los Magos	199
SECCION VIII.—Guiones homil�licos	201
Sinopsis de los guiones homiléticos	201
Serie I : <i>Lit�rgicos</i>	201
1. «Hemos visto su estrella»	201
Serie III : <i>Sobre el Evangelio</i>	203
2. La vocaci�n de los Magos	203
El ejemplo de los Magos	205
La vocaci�n en Cristo	208
5- Conoce tu vocaci�n	211
Modo de conocer la vocaci�n	
Una estrella en el cielo	218
8. Vocaci�n	221
9- Caridad	223
10. Mortificaci�n	225
11. Oraci�n	226

JUEVES Y VIERNES SANTO

La Eucaristfa y la Sagrada Pasi n

SECCION I.—Textos sagrados ...	231
Partes variables de la misa	231
II. <i>Epistola (Juevcs Santo)</i> ..	232
<i>Evangelio (Juevcs Santo)</i>	233
IV. <i>Evangelio (Viernes Santo)</i>	234

SECCION VIII.—Guiones homiléticos 393

 Sinopsis de los guiones homiléticos 393

 1. La Eucaristia, don del amor 393

 2. «Habiendo amado a los suyos, al fin los amo»
 (lo. 13,1) 396

 3. «Habiendo amado a los suyos, al fin los amôï 399

 4. Sermôn dei mandato 402

 5. Pasiôn. Sermôn de la Cena 4°6

 6. La ultima lecciôn del Maestro 4°7

 7. «No siervos, sino amigos» 410

 8. «Que todos sean uno» 412

 9. Cristo, sacerdote 415

 10. La oraciôn sacerdotal 4J8

 11. El gozo de San Pablo 420

 12. Jésus en el tribunal de Anâs 422

 13. Jesus en el tribunal de Caifâs 425

 14. Las negaciones de Pedro 428

 15. La flagelaciôn 43°

 16. La coronaciôn de espinas 432

 17. «Ecce Homo» 434

 18. La calle de la Amargura 436

 19. La crucifixion 439

 20. Maria al pie de la cruz 441

 21. Siete palabras.—Primera palabra : «Padre, perdôna-
 los, porque no saben lo que hacen» (Le. 23,34) 443

 22. Segunda palabra : «Hoy estarâs conmigo en el pa-
 raiso» (Le. 23,43) ; 445

 23. Tercera palabra : tHe ahi a tu hijo, he ahi a tu Ma-
 dré» (lo. 19,26) 446

 24. Cuarta palabra : «; Dios mio, Dios mio ! ‡ P°r Qué
 me bas abandonado?» (Aie. 15,34) 447

 25. Quinta palabra : «Tengo sed» (lo. 19,28) 449

 26. Sexta palabra : «Todo estâ acabado» (lo. 19,30) 450

 27. Séptima palabra : «Padre, en tus manos entrego mi
 espíritu» (Le. 23,46) 452

L 4 4 S C E N S I O X' D E L S E S O R

Jueves de la quinta semana de Pascua

SECCION I.—Textos sagrados 457

 I. *Partes variables de la misa* 457

 II. *Epistola* 458

 III. *Evangelio* 459

 IV. *Algu»os pasajes de la Escritura relacionados con la As-
 censiôn* A-η

	Pdgs.
SECCION II.—Conientarios generales	4^i
I. <i>Situaciôn liturglca</i>	461
A) Antiguas características	461
B) Lo principal, la comuniôn	461
II. <i>Apuntes excgético-morales</i>	462
SECCION III—Santos Padres	464
I. <i>San Agustin</i>	464
La Ascensiôn, fiesta de esperanza y de fe	464
II. <i>San Leon Magno</i>	468
Bienes de la Ascension	468
III. <i>San Gregorio Magno</i>	474
La Ascensiôn y la fe	474
SECCION IV—Teôlogos	479
<i>Santo Tomâs de Aquino</i>	479
La Ascensiôn y la exaltaciôn del Senor	479
SECCION V.—Autores varios	484
I. <i>Santo Tomâs de Villanueva</i>	484
Las lecciones de la Ascension	484
II. <i>Fray Luis de Leon</i>	493
La diestra de Dios	493
III. <i>Fray Luis de Granada</i>	498
De la subida de nuestro Salvador a los cielos	498
IV. <i>P. La Puente</i>	502
La Ascension, triunfo de Cristo	502
V. <i>Columba Mannion</i>	510
La Ascensiôn, gloria de Cristo y confianza nuestra	510
SECCION VI.—Textos pontificios	517
Las dos miradas del cristiano	517
A) Nuestra ascensiôn con Cristo al cielo	517
B) «Recibiréis la virtud del Espiritu Santo» (Act. 1,8).	519
C) Destellos de la Ascensiôn ante el mundo del traba- jo. «i Que estâs mirando al cielo?» (Act. τ,τi)	520
SECCION VII—Miscelânea historica y literaria	526
I. <i>Solo dos hombres antes de Cristo fuerqn arrebatados al cielo</i>	526
II. <i>La nube</i>	527
III. <i>La topografia</i>	«8
IV. <i>Las huellas divinas</i>	529
V. <i>La Ascensiôn y los santos</i>	
VI. <i>joya de la literatura national</i>	-^r

	Pàgs.
SECCION VIII.—Gukmes homiléticoa	533
Sinopsis de los guiones homiléticos	533
Serie I : <i>Litûrgicos</i>	533
1. La fiesta de la Ascensiôn	533
Series II y III : <i>Sobre la epistola y el evangelio</i>	536
2. La Ascensiôn, gloria de Jesucristo	536
3. <Os conviene que yo me vaya>	539
4. Cristo, nuestro Pontifice, en elcielo	541
5. Alegria de la Ascensiôn	544
6. Cômô seguir a Cristo	547
7. «Yo estoy con vosotrosi	549
8. Dureza e incredulidad	552
9. Ascensiôn y juicio final	554
10. Lecciones de la Ascensiôn (I)	557
n . Lecciones de la Ascension (II)	550

FESTIVIDAD DEL CORPUS CHRISTI .

Jueves después del domingo i. después de Pentecostés

SECCION I.—Textos sagrados	
I. <i>Partes variables de la misa</i>	365
II. <i>Epistola</i>	367
III. <i>Evangelio</i>	567
IV. <i>Algunos textos de la Escritura relacionados con la Eu- caristia</i>	568
SECCION II.—Comentarios generales	370
I. <i>Situaciôn litiirgica</i>	570
A) Jueves Santo y Corpus Christi	370
B) La liturgia de Santo Tomàs	570
II. <i>Comentarios sobre la festividad</i>	571
A) Sus origenes	571
B) La nueva festividad	573

SECCION III.—Santos Padres	575
I. <i>La Eucaristia y la unidad</i>	575
II. <i>Cirilonas, sacerdote</i>	576
Homilias sobre la Pascua de Cristo	576
III. <i>San Juan Crisôstomo</i>	581
Eucaristia y comuniôn	581
IV. <i>Nan Atanasio</i>	590
Preparaciôn para la comuniôn	590
V. <i>San Agustin</i>	596
Eucaristia y unidad	596

INDICE GENERAL

	<i>Pags.</i>
SECCION IV.—Tcólogos	598
<i>San Buenaventura</i>	598
Efectos de la Eucaristia y preparaciôn para recibirla ...	598
SECCION V.—Autores varlos	
I. <i>Bourdaloue</i>	
La procesiôn del Santîsimo Sacramento	
<i>Vieira</i>	612
La transubstanciaciôn	612
SECCION VI.—Textos pontificios	
La sagrada Eucaristia	621
A) Leôn XIII, proximo a morir, habla dei sacramento del amor a un mundo perturbado por la soberbia.	621
B) La Eucaristia es el sacramento de la vida, que se nos da en forma de pan para que todos lo coman.	622
C) Restablece en los espíritus el vigor y fervor de la fe.	622
D) Y refrena las pasiones en un mundo relajado por la molicie	623
Robustece la esperanza de los bienes inmortales y es causa y prenda de la divina gracia y de la futura resurrecciôn	623
F) Nos recuerda la Pasiôn de Cristo y el deber de llevar nuestra cruz	
G) Frente a un mundo dividido, en que las clases se odian, aparece el amor de Dios, que quiere unirnos en este sacramento	624
H) A la cual uniôn convidan oportunamente las senales exteriores del mismo	625
I) Constituyendo esta uniôn una bella manifestaciôn de fraternidad social	625
J) Existe una intima relaciôn entre la comuniôn sacramental y la comuniôn de los santos	
K) El Sacramento es el centro en que toda la vida cristiana se reduce	626
L) De él saca la Iglesia toda su virtud y gloria	626
M) Que los sacerdotes respondan al honor recibido encaminando las aimas a la Eucaristia	
SECCION VII.—Miscclânea historica y literaria	
<i>Profecias y figuras</i>	628
II. <i>La comuniôn de Cristo y de la Virgen</i>	630
III. <i>Reliquias eucaristicas</i>	632
IV. <i>Curiosidades histôricas</i>	634
V. <i>Milagros eucaristicos espaïoles</i>	638
VI. <i>La procesiôn y la fiesta del «Corpus»</i>	640
VII. <i>Los autos sacramentales</i>	646
VIII. <i>Una liturgia exceptional</i>	647
IX. <i>Arte eucaristico</i>	647

SECCION VIII.—Guiones homiléticos	650
Sinopsis de los guiones homiléticos	650
La procesiôn del Corpus	650
El sacramento de nuestro consuelo	653
La Eucaristia, simbolo de unidad	655
«¡ Oh sagrado convite !»	658
«Recuérdase la memoria de su Pasiôn»	659
«El aima se llena de gracia»	661
«Prenda de la gloria futura»	663
δ Eucaristia y la mortificaciôn	664
La Eucaristia y Maria	667
10. Eucaristia y la fortaleza	668
11. La Eucaristia y el Espiritu Santo	670
Las visitas al Santisimo	672

Vicrnes dtspués de la octava del Corpus

	SECCION I.—Textos sagrados ...677.....
	<i>Partes variables de la misa</i> ...677.....
II.	<i>Epistola</i> ...678.....
III.	<i>Evangelio</i> ...679.....
IV.	<i>Algunos textos de ta Escritura relacionados con cl Co-razôn de Jesús</i> ...679.....

SECCION II.—Comentarios generale*.	681
I. <i>Situaciôn lilùrgica</i>	681
A) Los albores de la devoaôn	681
B) Caracteristicas de la fiesta	682
C) El espiritu que le ha impuesto Pio XII	682
II. El <i>culto a! Sagrado Corazôn</i>	683
A) Fundameulo dogmatico e historia.....	683
B) Culto social del Sagrado Corazôn	686

SECCION III.—Santos Padres	688
I. <i>San Agustin</i>	688
Fiesta del amor	688
II. <i>San Bernardo</i>	
Triple modo de amor a Dios	694

SECCION IV.—Teôlogos	702
I. <i>Santa Tomâs</i>	702
Fundamentos teolôgicos	702
II. <i>San Buenaventura</i>	704
La caridad del Corazôn de Jesûs	704

PàgS.

SECCION V,—Autores varios	708
<i>Fray Luis de Granada</i>	708
La Encarnaciôn, obra del amor	708
II. <i>Fray Luis de Leon</i>	
Cristo, amor que enciende	
III. <i>Fray Diego de Estclla</i>	
Sobre el amor de Dios	

SECCION VI.—Textos pontificios

La devociôn al Sagrado Corazôn

A) Hay cristianos que consideran el culto al Sagrado Corazôn de ninguna o poca utilidad, cosa de mujeres, falta de acciôn intensa	727
B) Pero los papas han visto en él un remedio a los males presentes, que trae innumerables frutos de salvaciôn	728
C) Dos motivos por los que la Iglesia tributa el culto de latria al Corazôn de Jesûs	728
D) El amor dei Verbo encarnado a su Padre y a los hombres no fué únicamente espiritual, sino de verdadero afecto humano	729
E) Como nos lo dice la fe catôlica, solemnemente confirmada por los Romanos Pontifices y concilios	729
E) Con todo, la verdad de la uniôn hipostâtica y de la redenciôn debe iluminar esta realidad del corazôn amoroso de Cristo	730
G) Aunque la Escritura no nos describe el Corazôn de Cristo, nos pone de relieve las conmociones sensibles con él relacionadas	730
ID Por eso es considerado como indice y simbolo del amor divino, humano espiritual y humano sensible de Cristo	
D El Sagrado Corazôn de Jesûs, simbolo de amor perfectisimo durante la vida terrena del Salvador	
D El Corazôn de Jesûs late de amor divino y humano en la Encarnacion, en Nazaret y en la vida pública	
K) Igualmente Jesûs expresa el amor de su Corazôn ante los que le siguen y ante los que le rechazan.	
L) Pero particularmente palpitô de amor en la Pasiôn y en la Cruz	732
M) La Eucaristia, la Santisima Virgen y el sacerdocio, dones del Corazôn amantisimo de Jesûs	733
N) También la Iglesia y los sacramentos son dones del Sagrado Corazôn de Jesûs	733
El Sagrado Corazôn de Jesûs, simbolo de su triple amor a la humanidad en la vida gloriosa del cielo.	
O) Los dones del Espiritu Santo son también dones del Corazôn adorable de Jesûs	

INDICE GENERAL

PàgS.

p)	Debemos, por tanto, adorar al Corazôn de Cristo, como simbolo de la caridad del Redentor	735
	No es, pues, ésta una forma cualquiera de piedad.	735
R)	Exhorta el Papa a practicar esta devociôn, tan acreditada en la Iglesia por tantos titulos	736
S)	Y propone el culto al Sagrado Corazôn como lâbaro de salvaciôn para el mundo de hoy	737
SECCION VIT.—Miscelânea historica y lliteraria		378
I.	<i>La Haga del costado</i>	738
	II. <i>Estigmas de santos</i>	741.....
III.	<i>Las revelationes a Santa Margarita Maria de Alacoque.</i>	744
SECCION vm.—Guiones homiléticos		747
	Sinopsis de los guiones homiléticos	747
1.	La fiesta del Corazôn de Jésus	747
2.	El Corazôn de Cristo	749
3.	Las dimensiones del Corazôn de Cristo	752
	Gozo del Corazôn de Jesûs	754
5.	La correspondencia y la reparaciôn	756
	Remedio de la apostasia moderna	759
7*	Reparaciôn al Sagrado Corazôn	763
8.	El Corazôn de Jesûs, modelo de humildad y mansedumbre	766.....

(19 de marzo)

SECCION I.—Textos sagrados		
I.	<i>Partes variables de la misa</i>	769
IL	<i>Epistola</i>	770
III.	<i>Evangelio</i>	771
SECCION IL—Algunos pasajes biográficos de San José ...		772
SECCION III.—Santos Padres		780
	<i>Sail Agustin</i>	780
	La paternidad de San José	780
SECCION V.—Autores varios		788
	<i>Santa Teresa</i>	788
	Patrocinio universal de San José	788
II.	<i>San Alfonso Maria de Ligorio</i>	790
	La devociôn a San José	790
III.	<i>Bossuet</i>	795
	El santo depôsito confiado a San José	“95
IV.	<i>P. Bonifacio Llamera, O. P.</i>	800
	Teologia de San José	

	Pàgs.
SECCION VII.—Miscelânea historica y literaria	815
<i>Aigunas curiosidades biogrâjlcas del santo patriarca</i>	815
II. <i>Los desposorios</i>	816
III. <i>Camino de Belén</i>	818
IV. <i>El naciniicnto de Jestis</i>	819
V. <i>Muerte de San José</i>	820
VI. <i>El culto y la devociôn</i>	822
VII. <i>Patrocinio especial de San José</i>	823
SECCION VIII.—Guiones homiléticos	825
Sinopsis de los guiones homiléticos	825
1. El secreto de una vida	825
2. «Depositura custodi» (i Tira. 6,20) : «Guardiân del depôsito»	827
3. Custodio de la virginidad de Maria	829
4. San José, custodio del Hijo	
5. Primer dolor y gozo : Noche oscura de San José	833
6. Segundo dolor y gozo : San José, modelo de obediencia	
Tercer dolor y gozo : Las ofensas a Bios	842
8. Cuarto dolor y gozo : Oblaciôn generosa y esperanza cumplida	846
9. Quinto dolor y gozo : Persecution, destierro, desapararo	850
10. Sexto dolor y gozo : El temor de Arquelao y la alegria de Nazaret	853
II. Séptimo dolor y gozo : El nifio perdido y hallado en el templo	856
(1 de noviembre)	
SECCION L—Textos sagrados	861
I. <i>Partes variables de la misa</i>	861
II. <i>Epistola</i>	862
III. <i>Evangelio</i>	863
SECCION II.—Comentarios generales	864
I. <i>Situation litûrgica</i>	864
A) Historia de la festividad	864
B) Su carâcter litûrgico	865
II. <i>Apuntes exegético-moralcs</i>	865
El Evangelio : El sermon de la Montana	865
SECCION III.—Santos Padres	870
<i>San Agustin</i>	870
Las bienaventuranzas	870

INDICE GENERAL

Pág. "

SECCION IV.—Teôlogos

<i>Santo Tonui.</i> ;	874
La fiesta dr Todos los Santos	874
)N V.—Autores varios	88t
I. <i>Cornelio a Lapide</i>	88
Las bienaventuranzas	88
II. P. .4Io»i\$o <i>Rodriguez</i>	S93
El deseo de santidad —	
III. <i>Bossue!</i>	
La felicidad de los bienaventurados	
<i>P. Royo Marin, O. P.</i>	902
La perfecciôn cristiana	902

SECCION VII.—Misceiânea historica y literaria

<i>La gloria de los sautas</i>	
II. <i>Santos de! primero de noviembre</i>	910
III. <i>Origen y desarroUo de la fiesta</i> .	912
IV. <i>Santidad y amor a Dios</i>	914

SECCION VIII. -Guiones homilêlicos

Sinopsis de los guiones	917
i. El culto de los santos	
El culto a las reliquias e imâgenes de santos	919
Historia del culto a los santos	
4 La oraciôn a los santos v su intercesiôn	924
Maravillas de Dios en sus santo»	927
6 Los santos, modelos nuestros	930
Santos en el propio estado	930
8. Obligatoriedad de la perfecciôn	932
9. El sermon de la Montana, sintesis de! cristianismo.	934
10. Cristo, Maestro y Reformador	935
Santidad falsa y santidad verdadera	936

COXMEMORACION DE LOS FIELES DIFUXTOS

(2 de noviembre)

SECCION I.—Textos sagrados

I. <i>Primera misa</i>	939
II. <i>Scgunda misa</i>	942
III. <i>Tcréera misa</i>	

SECCION II.—Comentarios generales ...

<i>Situation liturgica</i>	946
A) Espiritu de la conmemoraciôn	946
B) Notas historicas	946

INDICE GENERAL	XX HI
	<i>Pàgs.</i>
SECCION III.- Santos Patiree .	950
I. <i>San Agustin</i>	950
Sufragios por los difuntos	95“
II. <i>San Bernardo</i>	
Orad por los difuntos	
SECCION IV.—Teólogos	962
<i>Santo Tomâs de Aquino</i>	
La Conmemoraciôn de los Fieles Difuntos	
SECCION V.—Autores varios	971
<i>Bossuet</i> ..	971
Oraciôn funebre sobre la fragilidad de la vida	971
II. <i>Bourdaloue</i>	977
Sermon de difuntos	977
III. <i>P. Rovo Marin</i>	
Doctrina sobre el purgatorio	
SECCION VII.—Miscelânea historica y literaria	
I. <i>La vision de Ezequiel</i>	992
II. <i>El purgatorio</i>	
III. <i>Indulgencias y sufragios</i>	997
IV. <i>La eficacia de la misa</i>	997
SECCION VIH.—Guiones homiléticos	999
Sinopsis de los guiones homiléticos	
1. El purgatorio	999
2. Cômô viô el purgatorio Santa Catalina de Génova.	1000
La misa por los difuntos	1003
4 El dogma y la historia de las indulgencias	1005
Prâctica de las indulgencias	1007
6. Sepultar a los muertos	1009
Consuelo en la muerte	ion
Indice de Sagrada Escritura l	1014
Indice de materias	1015

Fiesta de Navidad.
La encarnaci3n del Verbo.
Filiaci3n divina del hombre.

SECCION TEXTOS SAGRADOS

PARTES VARIABLES DE LA MISA

A) Misa del Gallo

Introitus.—Ps. 2,7: Dominus dixit ad me: Filius meus et tu, ego Jiodie genui te.—Ps. 2,1: Quare fremuerunt gentes: et populi meditati sunt inania? y. Gloria Patri.

Oremus.—Deus, qui hanc sacratissimam noctem veri luminis fecisti illustratione clarescere: da, quaesumus; ut, cuius lucis mysteria in terra cognovimus, eius quoque gaudiis in coleo perfruamur. Qui tecum vivit...

Grad.—Ps. 109,3 y 1: Tecum principium in die virtutis tuae: in splendoribus sanctorum, ex utero ante luciferum genui te. y. Dixit Dominus Domino meo: Sede a dextris meis: donec ponam inimicos tuos, scabellum pedum tuorum.

Alleluia, alleluia, y. Ps. 2,7: Dominus dixit ad me: Filius meus es tu, ego hodei genui te. Alleluia.

Offert.—Ps. 95,11 y 13: Laetentur coeli, et exultet terra ante faciem Domini: quoniam venit.

Secr.—Accepta tibi sit, Domine, quaesumus, hodiernae festivitatis oblatio: ut, tua gratia largiente, per haec sacrosancta commercia, in illius inveniamus forma, in quo tecum est nostra substantia: Qui tecum vivit et regnat.

Comm. — 109,3: In splendoribus sanctorum, ex utero ante luciferum genui te.

Postcomm. — Da nobis quaesumus, Domine Deus noster: ut, qui Nativitatem Domini nostri Jesu

Introito.—Dijome el Senor: Mi Hijo eres til; yo te he engendrado hoy.—Ps.: <Por qu3 se embravecen las naciones y Jos pueblos maquinan vanos proyectos? y. Gloria al Padre.

Oremos.—jOh Dios, que hiciste brillar esta sacratisima noche con el resplandor de la Luz verdadera!, rogamos nos concedas que, pues conocemos en la tierra los misterios de esta Luz, gocemos en el cielo de las delicias de Aquel que contigo vive...

Grad.—Contigo est3 el principado en el dia de tu poderio: entre resplandores de santidad de mis entranas Yo te engendr3 antes del lucero dei alba. y. Dijo el Senor a mi Senor: Si3ntate a mi diestra, mientras pongo a tus enemigos por escabel de tus pies.

Aleluya, aleluya. y. Dijome el Senor: Mi Hijo eres t3; Yo te he engendrado hoy. Aleluya.

Ofert.—Al3grense los cielos y regocijese la tierra a la presencia dei Senor, que ha venido.

Secr.—Rogamos, Senor, te sea accepta la ofrenda de la pr3sente festividad, para que, con el favor de tu gracia, por estas comunicaciones sagradas nos revistamos de la forma de Aquel en quien se une contigo nuestra naturaleza: El cual contigo vive...

Com.—Entre resplandores de santidad, antes del lucero de la manana, de mis entranas te engendr3.

Poscom.— Conc3denos, suplicamos, Senor Dios nuestro, que pues celebramos gozosos la Natividad de nuestro

NAVIDAD. 2\$ DICIBMBR8

Senor Jesucristo frecuentando los divi- Christi mysteriis nos frequentare
nos misterios, merezeamos con santas gaudemus; dignis conversationibus
costumbres Hegar a la compafila de ^{ad eius} mercamur pervenire con-
Aquel que contigo vive y reina... sortium. Qui tecum vivit...

B) Misa de la aurora

Introito.—Hoy brillará la Luz sobre
nosotros, porque nos ha nacido el Se-
nor, y será Uamado Admirable, Dios,
Principe de Paz, Padre del siglo veni-
dero; cuyo reino no tendra fin.—Ps.:
El Senor reina, vistiôse de hermosura;
el Senor se vistiô y cinô de fortaleza.
V. Gloria al Padre.

Oremos. — Rogamos, Dios todopode-
roso, nos concedas que pues somos ilu-
minados con la nueva luz de tu Verbo
encarnado. resplandezca en nuestras
obras lo que por la fe brilla en nuestra
mente. Por el mismo...

Grad.—Bendito el que viene en el
nombre del Senor; el Senor es Dios y
nos ha manifestado su Luz. V. Obra
es ésta del Senor; es cosa estupenda
a nuestros ojos.

Aleluya, aleluya. El Senor reina; vis-
tiôse de hermosura; vistiôse el Senor
de fortaleza y se ciftô de poder. Aleluya.

Ofert.—Dios asentô la redondez de
la tierra, y no se conmovertâ: desde
entonces, Señor, se levanta tu trono;
desde la eternidad eres Tú.

Seer.—Rogamos, Senor, que nuestras
ofrendas sean dignas del misterio de la
presente Natividad y nos infundan siem-
pre la paz; para que asi como el que
hoy nace hombre resplandeciô como
Dios, asi esta ofrenda terrenal nos co-
munique la vida divina. Por el mismo...

Com.—Regocijate, hija de Siôn; ala-
ba. hija de Jerusalén; mira que viene
tu Rey, el Santo, el Salvador del mundo.

Poscom.—Renuévenos constantemen-
te, Senor, el siempre nuevo Nacimiento
eucaristico de Cristo; cuya singular na-
tividad destruyô la vejez del hombre
pecador. Por el mismo N. S. J. C....

Introitus.—Isa.. 9,2 et 6: Lux ful-
gebit hodie super nos: quia natus
est nobis Dominus: et vocabitur Ad-
mirabilis, Deus, Princeps pacis, Pa-
ter futuri saeculi: cuius regni non
erit finis.—Ps. 92,1 : Dominus regna-
vit, decorem indutus est: indutus est
Dominus fortitudinem, et praecin-
xit se. V. Gloria Patri.

Oremus.—Da nobis, quaesumus,
omnipotens Deus: ut, qui nova in-
carnati Verbi tui luce perfundimur;
hoc in nostro resplendeat opere,
quod per fidem fulget in mente.
Per eundem Dominum.

Grad.—Ps. 117,26,27 et 23: Bene-
dictus qui venit in nomin Domini:
Deus Dominus, et illuxit nobis, y.
A Domino factum est istud: et est
mirabile in oculis nostris.

Alleluia, alleluia. V. Ps. 92: Do-
minus regnavit, decorem induit: in-
duit Dominus fortitudinem, et prae-
cinxit se virtute. Alleluia.

Offert.—Ps. 92,1-2: Deus firma-
vit orbem terrae, qui non commo-
vebitur: parata sedes tua, Deus, ex
tunc, a saeculo tu es.

Secr.—Munera nostra, quaesu-
mus, Domine, Nativitatis hodiernae
mysteris apta proveniant, et pacem
nobis semper infundant: ut, sicut
homo genitus idem refulsit et Deus,
sic nobis haec terrena substantia
conferat quo divinum est. Per eum-
dem...

Comm.—Zach.. 9,9: Exsulta, filia
Sion: lauda, filia Ierusalem: ecce
Rex tuus venit sanctus et salvator
mundi.

Poscomm.—Huius nos. Domine,
sacramenti semper novitas natalis
instauret; cuius nativitas singularis
humanam repulit vetustatem. Per
eundem Dominum...

C) Misa de la Natividad

Introitus.—Isa., 9,6: Puer natus est nobis, et filius datus est nobis; cuius imperium super humerum eius: et vocabitur nomen eius, magni consilii Angelus.—Ps. 97.1: Cantate Domino canticum novum: quia mirabilia fecit, y. Gloria Patri.

Oremus.—Concede, quaesumus, omnipotens Deus: ut nos Unigeniti tui nova per carnem nativitas liberet; quos sub peccati iugo vetusta servitus tenet. Per eundem Dominum nostrum...

Grad.—Ps. 97,3 et 2: Viderunt omnes fines terrae salutare Dei nostri: iubilare Deo omnis terra, y. Notum fecit Dominus salutare suum, ante conspectum gentium revelavit iustitiam suam.

Alleluia, alleluia, y. Dios sanctificatus illuxit nobis: venite gentes, et adorare Dominum: quia hodie descendit lux magna super terram. Alleluia.

Offert.—Ps. 88,12 et 15: Tui sunt coeli, et tua est terra: orbem terrarum, et plenitudinem eius tu fundasti: iustitia et indicium praeparatio sedis tuae.

Secr.—Oblata, Domine munera, nova Unigeniti tui nativitate sanctifica: nosque a peccatorum nostrorum maculis emunda. Per eundem...

Introito.—Un niño nos ha nacido, y un hijo se nos ha dado, que lleva sobre sus hombros el principado y se llamará el Angel del Gran Consejo.—Ps.: Cantad al Señor un cántico nuevo: porque ha obrado maravillas. y. Gloria al Padre...

Oremos.—Rogamos, Dios todopoderoso, nos concedas que el nuevo Nacimiento, según la carne, de tu unigénito Hijo nos libre de la antigua servidumbre, que nos retiene bajo el yugo del pecado. Por el mismo N. S. J. C....

Grad.—Todos los confines de la tierra han visto al Salvador que Dios nos envía: toda la tierra cante al Señor. y. El Señor manifestó a su Salvador: a vista de las naciones descubrió a su Justo.

Aleluya, aleluya. y. Nos ha amanecido un día santificado: Venid, naciones, y adorad al Señor; porque hoy ha descendido una luz grande sobre la tierra. Aleluya.

Ofert.—Tuyos son los cielos y tuya es la tierra; Tú cimentaste la redondez del mundo y cuanto en él se contiene. Justicia y equidad son las bases de tu trono.

Secr.—Santifica, Señor, por la nueva Natividad de tu Unigénito, los dones que te ofrecemos; y purifícanos de las manchas de nuestros pecados. Por el mismo...

Prefacio de Navidad

Vere dignum et iustum est, aequum et salutare tibi semper et ubique gratias agere: Domine sancte, Pater omnipotens, aeterna Deus: Quia per incarnati Verbi mysterium, nova mentis nostrae oculis lux claritatis infulsit; ut dum visibiliter Deum cognoscimus, per hunc in invisibilem amorem rapiamur. Et ideo cum Angelis et Archangelis, cum Thronis et Dominationibus,

Digno y justo es, en verdad, debido y salvable, que en todo tiempo y lugar te demos gracias, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, pues el misterio de la Encarnación del Verbo resplandeció en los ojos de nuestra alma nueva luz de tu claridad: para que conociendo a Dios visiblemente seamos por Él arrebatados al amor de las cosas invisibles. Por tanto, uniéndonos con los

Angeles y Arcângeles, con los Tronos y Dominaciones y con toda la milicia del ejército celestial, entonamos este himno a tu gloria diciendo sin césar: ¡Santo...!

cumque omni militia caelestis exercitus, hymnum gloriae tuae canimus, sine fine dicentes: Sanctus!...

Com.—Todos los confines de la tierra han visto al Salvador que Dios nos envia.

Comnt.—Ps. 97.3: Viderunt omnes fines terrae salutare Dei nostri.

Poscom.—Rogâmoste, Dios todopoderoso, nos concedas que el Salvador del mundo nacido en este dia, asi como es el autor de nuestra adopciôn divina, asi también nos otorgue la inmortalidad: El cual contigo vive y reina...

Postcomm.—Praesta, quassumus, omnipotens Deus: ut natus hodie Salvator mundi, sicut divinae nobis generationis est auctorita et immortalitatis sit ipse largitor: Qui tecum vivit et regnat.

2 II. EPISTOLA

A) Misa del Gallo
(Tit 2,11-15)

11Porque se ha manifestado la gracia salu- 11 Apparuit enim gratia Dei Sal-
tífera de Dios a todos los hom- vatoris nostri omnibus hominibus,
bres;
12 enseñándonos a negar la impie- 12 erudiens nos, ut abnegantes
dad y los deseos del mundo, para que ir-
vivamos sobria, justa y piadosamente in- rpietatem, et saecularia desideria:
en este siglo, sobrie, et iuste, et pie vivamus in
hoc saeculo,
13 con la bienaventurada esperanza l 13 exspectantes beatam spem, et
en la venida gloriosa del gran Dios y adventum gloriae magni Dei, et Sal-
Salvador nuestro, Cristo Jesûs, vatoris nostri Iesu Christi:
14 que se entregô por nosotros para 14 qui dedit semetipsum pro no-
rescatarnos de toda iniquidad y adqui- his, ut nos redimeret ab omni ini-
rirse un pueblo propio, cêiâdôr de ôbras l quitate'. mundaret sibi populum
buenas. acceptabilem, sectatorem bonorum
operum.
15 He aqui lo que has de decir, 15 Haec loquere, et exhortare, et
exhortando y reprimiendo con todo im- argue cum omni imperio. Nemo te
perio: que nadie te desprecie. contemnat.

B) Misa de la aurora
(Tit. 3,4-7)

4Mas cuando apareciô la bondad y 4Cum autem benignitas et hu-
el amor hacia los hombres de Dios, manitas apparuit Salvatoris nostri
nuestro Salvador, Dei:
5no por las obras justas que nos- 5non ex operibus iustitiae, quae
otros hubiéramos hecho, sino por su fecimus nos, sed secundum suam mi-
misericordia, nos salvô mediante el la- sericordiam salvos nos fecit per la-
vatorio de la regeneration y renovaciôn vacrum regenerationis, et renovatio-
del Espiritu Santo, nis Spiritus Sancti,
6 que abundantemente derramô so- 6 quem effudit in nos abunde

SEC, I. TEXTOS SAGRADOS

per Iesum Christum Salvatorem nostrum:

7 ut justificati gratia ipsius, heredes simus secundum spem vitae aeternae.

bre nosotros, por Jesucristo, nuestro Salvador,

7 a fin de que, justificados por su gracia, seamos herederos, según nuestra esperanza, de la vida eterna.

C) Misa de la Natividad (Hebr.

1 Multifariam multisque modis olim Deus loquens patribus in Prophetis:

2 novissime diebus istis locutus est nobis in Filio, quem constituit heredem universorum, per quem fecit et saecula:

3 qui cum sit splendor gloriae, et figura substantiae eius, portansque omnia verbo virtutis suae, purificationem peccatorum faciens, sedet ad dexteram maiestatis in excelsis:

4 tanto melior Angelis effectus, quanto differentius prae illis nomen hereditavit.

5 Cui enim dixit aliquando Angelorum: Filius meus es tu, ego hodie genui te? Et rursum: Ego ero illi in patrem, et ipse erit mihi in filium?

6 Et cum iterum introducit primogenitum in orbem terrae, dicit: Et adorent eum omnes Angeli Dei.

7 Et ad Angelos quidem dicit: Qui facit Angelos suos spiritus, et ministros suos flammam ignis.

8 Ad filium autem: Thronus tuus, Deus in saeculum saeculi: virga aequitatis, virga regni tui.

9 Dilexisti iustitiam, et odisti iniquitatem: propterea unxit te, Deus, Deus tuus oleo exultationis prae participibus tuis.

10 Et: Tu in principio. Domine, terram fundasti: et opera manuum tuarum sunt caeli.

11 Ipsi peribunt, tu autem permanebis, et omnes ut vestimentum veterascent:

12 et velut amictum mutabis, eos, et mutabuntur: tu autem idem ipse es, et anni tui non deficient.

1 Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres, por ministerio de los profetas,

2 últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo, a quien constituyó heredero de todo, por quien también hizo el mundo;

3 y que siendo esplendor de su gloria y la imagen de su substancia, y el que con su poderosa palabra sustenta todas las cosas, después de hacer la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas,

4 hecho tanto mayor que los Angeles, cuanto heredó un nombre mas excelente que ellos.

5 ¡Pues a cuál de los Angeles dijo alguna vez: «Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy»? Y <<luego: «Yo seré para él Padre, y él será Hijo para Mí»?

6 Y cuando de nuevo introduce a su Primogénito en el mundo dice: «Adórenle todos los Angeles de Dios».

7 De los Angeles dice: «El que hace a sus Angeles espíritus, y a sus ministros, llamas de fuego».

8 Pero al Hijo: «Tu trono, ¡oh Dios!, subsistirá por los siglos de los siglos, cetro de equidad es el cetro de tu reino».

9 «Amaste la justicia y aborreciste la iniquidad, por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de exaltación sobre tus compañeros».

10 Y «Tu, Señor, al principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos.

11 Ellos perecerán, pero tú permanecerás, y todos, como un vestido, envejecerán,

12 y como un manto los envolverás y como un vestido se mudarán; pero tú permaneces el mismo y tus años no se acabarán».

III. EVANGELIO

A) De LA PRIMERA MISA

1 Aconteciô, pues, en los dias aque- Uos qu« salio un edicto de César Augus- to, para que se empadronase todo el mundo.

2 Fué este empadronamiento pri- mero que el dei gobemador de Siria Cirino.

3 Iban todos a empadronarse, cada uno en su ciudad.

4 José subiô de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y de la familia de David,

5 para empadronarse con Maria, su esposa, que estaba encinta.

6 Estando alii se cumplieron los dias de su parto.

7 Y diô a luz a su hijo primogénito, y le envolviô en panales y le acostô en un pesebre por no haber sitio para ellos en el mesôn.

8 Habia en la regiôn unos pastores que moraban en el campo y estaban velando las vigili- as de la noche sobre su rebafio.

9 Se les presentô un ângel del Senor, y la gloria del Senor los envolviô con su luz, y quedaron sobrecogidos de terror.

10 Dijoles el ângel: No temâis, os anuncio una gran alegria, que es para todo el pueblo:

11 Os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo Senor, en la ciudad de David.

12 Esto tendréis por senal: Encontraréis al Nino envuelto en panales y acostado en un pesebre.

13 Al instante se junto con el ângel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo:

14 Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

1 Factum est autem in diebus, illis, exiit edictum a Caesare Augus- to, ut describeretur universus orbis.

2 Haec descriptio prima, facta est a praeside Syriae Cyrino :

3 et ibant omnes ut profiteren- tur singuli in suam civitatem.

4 Ascendit autem et Joseph a Galilaea de civitate Nazareth in lu- daeam, in civitatem David, quae vo- catur Bethlehem eo quod esset de domo, et familia David,

5 ut profiteretur cum Maria de- sponsata sibi uxore praegnante.

6 Factum est autem, cum es- sent ibi, impleti sunt dies ut pare- ret.

7 Et peperit filium suum pri- mogenitum, et pannis eum involvit, et reclinavit eum in praesepio: quia non erat eis locus in diversorio.

8 Et pastores erant in regione eadem vigilantes, et custodientes vi- gili- as noctis super gregem suum.

9 Et ecce angelus Domini stetit iuxta illos, et claritas Dei circumful- sit illos, et timuerunt timore magno.

10 Et dixit illis angelus: Nolite timere: ecce enim evangelizo vobis gaudium magnum, quod erit omni populo:

11 quia natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus in civitate David.

12 Et hoc vobis signum: inve- nietis infantem pannis involutum, et positum in praesepio.

13 Et subito facta est cum ange- lo multitudo militiae caelestis lau- dantium Deum, et dicentium:

14 Gloria in altissimis Deo, et in terra pax hominibus bonae vo- luntatis.

SEC. 1. TEXTOS SAGRADOS

B) De la segunda misa (Le. 2,15-20)

15 Et factum est, ut discesserunt ab eis Angeli in caelum: pastores loquebantur ad invicem: Transeamus usque Bathlehem, et videamus hoc verbum, quod factum est, quod Dominus ostendit nobis.

16 Et venerunt festinantes: et invenerunt Mariam, et Ioseph, et infantem positum in praesepio.

17 Videntes autem cognoverunt de verbo, quod dictum erat illis de puero hoc.

18 Et omnes qui audierunt mirati sunt: et de his, quae dicta erant a pastoribus ad ipsos.

19 Maria autem conservabat omnia verba haec, conferens in corde suo.

20 Et reversi sunt pastores glorificantes, et laudantes Deum in omnibus, quae audierant, et viderant sicut dictum est ad illos.

15 Así que los ângeles se fueron al cielo, se dijeron. los pastores unos a otros: Vamos a Belén a ver esto que el Señor nos ha anunciado.

16 Fueron con presteza y encontraron a Maria, José y el Niño acostado en un pesebre,

17 y, viéndole, hicieron saber lo que se les había dicho acerca del Niño.

18 Cuantos los oían se maravillaban de lo que les decían los pastores.

19 Maria guardaba todo esto y lo meditaba en su corazón.

20 Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, según se les había dicho.

C) De la TERCERA MISA (io.

1 In principio erat Verbum, et Verbum erat apud Deum, et Deus erat Verbum.

2 Hoc erat in principio apud Deum.

3 Omnia per ipsum facta sunt: et sine ipso factum est nihil, quod factum est,

4 in ipso vita erat, et vita erat lux hominum;

5 et lux in tenebris lucet, et tenebrae eam non comprehenderunt.

6 Fuit homo missus a Deo, cui nomen erat Ioannes.

7 Hic venit in testimonium ut testimonium perhiberet de lumine, ut omnes crederent per illum,

8 non erat ille lux, sed ut testimonium perhiberet de lumine, ut omnes crederent per Deum.

9 Erat lux vera, quae illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.

10 In mundo erat, et mundus per ipsum factus est, et mundus eum non cognovit.

1 Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.

2 El estaba al principio en Dios.

3 Todas las cosas fueron hechas por El, y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho.

4 En El estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.

5 La luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas no la abrazaron.

6 Hubo un hombre enviado de Dios, de nombre Juan.

7 Vino éste a dar testimonio de la luz, para testificar de ella y que todos creyeran por él.

8 No era él la luz, sino que vino a dar testimonio de la luz.

9 Esta era la luz verdadera que, viniendo a este mundo, ilumina a todo hombre.

10 Estaba en el mundo y por El fué hecho el mundo. Pero el mundo no le conoció.

11 Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron.

12 Nias a cuantos le recibieron diôles poder de venir a ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre ;

13 que no de la sangre, ni de la voluntad camal, ni de la voluntad de varôn, sino de Dios son nacidos.

14 Y el Verbo se hizo carne y habité entre nosotros, y hemos visto su gloria, gloria como de Unigenito del Padre, Ueno de gracia y de verdad.

11In propria venit, et sui eum non receperunt.

12 Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri, his, qui credunt in nomine eius:

13 qui non ex sanguinibus, neque ex voluntate carnis, neque ex voluntate viri, sed ex Deo nati sunt.

14 Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis: et vidimus gloriam eius, gloriam quasi unigeniti a Patre plenum gratiae et veritatis.

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

SITUACION LITURGICA

A) *Notas historicas*

La fiesta de Navidad se celebraba en Roma con toda certeza a mediados del siglo IV, pues en la *Depositio Martyrum* filocaliana, un esbozo del calendario litúrgico, que data del año 336, se lee: «VIII Kal. ian. natus Christus in Bethlehem ludae». Y es fácil que su origen se remonte, según el *Liber Pontificalis*, a los días del Papa Telesforo (125-136) (cf. Schuster, *Lib. Sacram.*, [Marietti, 1936] t.2 p.168). De Occidente pasó a Oriente y parece que fué introducida por San Juan Crisóstomo en Antioquia el año 375. La característica litúrgica principal de este día es la celebración de las tres misas. Esta liturgia es hoy día común a todo sacerdote. Antiguamente era exclusiva del Papa. La misa «ad galli cantum», la más sugestiva de las tres, no era, como lo es hoy, peculiar del día de Navidad, sino el sacrificio, con que terminaban las vigiliass de la noche. Su origen es anterior al siglo IV. El autor de la biografía del Papa Telesforo en el *Liber Pontificalis* afirma que fué este Papa quien introdujo el canto del «Gloria in excelsis» en la misa de Navidad a medianoche.

En Jerusalén acostumbraban los cristianos a trasladarse a Belén para celebrarla en el lugar donde nació Cristo. En Roma se celebraba en un principio en la basilica de San Pedro. Mas desde que el Papa Sixto III (432-440) construyó el hipogeo *ad Praesepe*, los romanos trasladaron allí la celebración de esta misa. Siendo la capilla del *Praesepe* muy reducida no podían ser muchos los asistentes. Y ciertamente que no era esta la misa en la que se comulgaba, sino la que se decía con toda solemnidad en la basilica de San Pedro a la hora de tercia del día de Navidad. Entonces ocurría la gran solemnidad de la fiesta. Acudía un inmenso gentio y comulgaba en ella. Así lo atestigua el Papa Liberio en el sermón que dirigió a la hermana de San Ambrosio, Marcelina, quien recibió en tal fiesta el vélo de las vírgenes: «Hija mía, has suspirado por unos desposorios nobilísimos. Ya ves la ingente multitud que se ha reunido para festejar el aniversario del nacimiento de tu Esposo, y ya ves cómo ninguno se queda en ayunas»...

La misa del alba o segunda de Navidad aparece en el siglo V. Se celebraba en obsequio de la colonia bizantina que residía en Roma en la basilica de Santa Anastasia, para conmemorar el martirio de la santa mártir de Sirmio. No tuvo, por tanto, al principio, carácter navideno. Poco a poco vino a menos la devoción a la Santa, y la misa, conservando la estación, se celebró para venerar, al igual que las otras dos, el misterio de Navidad.

NAVIDAD. 25 DICIEMBRE

B) Comentario

La Navidad es, indudablemente, la fiesta que mayor repercusión ha alcanzado y tiene en la vida exterior de las gentes, como lo atestiguan los villancicos, belenes o nacimientos y las distintas costumbres populares de los pueblos (felicitaciones, irbol de Noel, cenas de Navidad, etc.). Solo un espíritu mezquino podrá decir que tales costumbres son en sí reprobables. Lo mismo que una familia se alegra cuantas veces una nueva cuna se mece en la casa, así la Iglesia se regocija al celebrar el nacimiento del Redentor, y lleva esta alegría dulce e íntima a la vida familiar y social. Puede, sin embargo, existir el riesgo de atender solamente a lo exterior o darle preeminencia sobre lo interior. Una buena preparación durante el Adviento nos puede librar de tal peligro. A ello contribuirá eficazmente la predicación del día de Navidad, que no debe faltar a lo menos en la misa de medianoche y en la solemnisima de la mañana. Breve y sencilla en la primera por las especiales circunstancias de la hora y más larga y densa en la solemne.

La orientación de estos sermones ha de ir encaminada a lograr que los fieles tomen parte activa en la liturgia de la fiesta. Por ello se ha de insistir en la comunión, mediante la cual se opera un nacimiento místico de Cristo en nuestras almas. Los sentimientos que pueden excitarse nos los dan las lecturas del segundo nocturno: «Agamus gratias Deo Agnosce, christiane. dignitatem tuam».

II. APUNTES EXEGETICO-MORALES

A) Epistola

a) Argumento

La epistola de la primera misa de Navidad pende toda ella de los dos versículos anteriores, no recogidos en la lección litúrgica. En éstos aconseja San Pablo a los esclavos que cumplan sus obligaciones *para hacer honor a la doctrina de nuestro Salvador* (2,10). ¿Cuál es esta doctrina, a la que debemos hacer honor? En este punto comienza la parte que se lee hoy: *Negar la impiedad y los deseos del mundo para que vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo con la bienaventurada esperanza en la venida gloriosa del gran Dios y Salvador nuestro, Cristo Jesús* (v.12-13).

Así, pues, la lección de hoy se compone de una brevísima introducción para mostrarnos al Señor predicando esa doctrina: *Porque se ha manifestado la gracia salutar de Dios a todos los hombres...* (12), de la esencia de esa doctrina y de uno de esos apéndices, a los que tan aficionada es la pluma de San Pablo, la cual apenas si escribe el nombre de Jesús, cuando se le viene algo siempre a sus puntos. Este es un lacónico resumen de la Pasión.

Cuando San Pablo ha escrito su trozo, la importancia de lo dicho le hace olvidarse de los siervos, y pensando en el argumento total de la carta, esto es, las normas que ha de seguir Tito, sintetiza todos los argumentos de su predicación en lo que acaba de escribirle: *Me aquí lo que has de decir, exhortando y reprendiendo con todo imperio* (v.15).

b) Los textos

Se ha manifestado la gracia salutifera

Estas son las palabras que dan a la epistola un carácter navideno. La gracia de las gracias, porque nos trae la salud, no de un modo formai, como la que llamamos santificante, sino causal y meritorio, es Cristo Jesûs.

Gracia, porque es un puro don del Padre, que, no contento con elevarnos al orden gratuito sobrenatural, nos envia a su Unigénito para que rescate lo que habiamos perdido.

Esta gracia se destina a todos los hombres, con voluntad salvifica universal, y por eso, todos ellos en los climas mäs remotos celebran hoy su aparición de paz.

2. Ensenândonos...

La gracia sustancial de Dios, Verbo encarnado, viene para redimirnos y damos ejemplo de vida. Sus enseñanzas son doctrinales y prácticas. Cuando hoy veamos que el que habitaba en forma de Dios nace en un pesebre, habremos aprendido a negar los deseos dei mundo y vivir sobria y justamente, amén de negar toda impiedad, pues tamana dignación y rebajamiento es llevada a cabo por el Cordero de Dios y para quitar los pecados dei mundo.

3. Con la bienaventurada esperanza

La segunda vênida de Dios, temerosa para nuestras conciencias pecadoras, fué siempre un motivo de aliento para la primera generación cristiana, que, viviendo sólo por Jesûs y para Jesûs, ansiaba el momento de verle triunfal.

Entonces, cuando se manifieste la gloria de nuestra filiación divina, porque *aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de saber, sabemos que cuando aparezca seremos semejantes a El* (1 lo. 3,2), entenderemos como ha valido la pena de renunciar a todos los deseos temporales en aras de una felicidad divina y etema.

4. Para adquirirse un pueblo

El fin de la pasión dei Señor es hacemos mejor. Israel fué el pueblo dé Dios. Cristo ha conseguido que su pueblo lo sea mucho mäs intimamente, puesto que nos ha unido en cuerpo místico, como se unen los miembros a la cabeza. No es, pues, de extranar que estos miembros sean celosos de buenas obras.

B) Evangelio

El lector encontrará en los guiones las suficientes aplicaciones morales y lecciones dogmáticas sobre el evangelio de hoy. Por eso nos cefiimos a coplar, suprimiendo algunos párrafos, la historia de la escena, según Ricciom (cf. *Vida de Jesucristo*, nn.240-248, [ed. Miracle, Barcelona 1944] p.257 ss.).

a) El lugar de origen

«En Oriente, la adhesión al lugar de origen era, y es aún, muy tenaz. Entre los hebreos, cada tribu se dividia en grandes «familias», las familias se subdividfan en linajes «patemos», y éstos se fraccionaban poco a poco en

nuevos linajes, que podían rebasar la colmena humana originaria y trasladarse a otros lugares. Pero dondequiera que fuesen, las nuevas agrupaciones familiares conservaban tenazmente el recuerdo de la colmena originaria, ya demográfica, ya geográficamente...

Tal adhesión al lugar de origen formaba entre los judíos la base para un censo, y los romanos, en el primer censo de Quirino, siguieron esta norma local... Por eso, una vez pregonado el censo, correspondió a José la obligación de presentarse a los funcionarios competentes de Bethlehem...

Bethlehem era una población bastante misera en tiempos de Jesús... Era, no obstante, lugar de paso para las caravanas que de Jerusalén se dirigían a Egipto, e incluso existía un lugar de reposo para dichas caravanas, un albergue construido allí por Camaam, quien acaso fuese hijo de un amigo de David (2 Reg. 19,37 ss.), y de aquí que tal punto fuese llamado *albergue de Camaam* (Jer. 41,17)».

b) El viaje

«De Nazareth a Bethlehem había por la carretera moderna 150 kilómetros, y en tiempos de Jesús podría haber una pequeña diferencia en menos. Tratábase, pues, de un viaje de tres o cuatro días para las caravanas de entonces. No consta con certeza si estaba obligado a presentarse solamente José en Bethlehem, o si también lo estaba María; pero el hecho es que, aun si ésta no se hallaba incluida en la ley, José se dirigió a la población *con María, su esposa, que estaba encinta* (Le. 2,5). Estas palabras pueden muy bien implicar una delicada alusión a una, a lo menos, de las razones por las que también fue María, es decir, la proximidad del parto, circunstancia en que no era corriente dejarla sola. Otra razón—además de la posible obligación legal—pudo ser la de que los dos cónyuges pensasen trasladarse establemente al lugar originario del linaje de David. En efecto, puesto que el ángel había anunciado que Dios daría al nacido el trono de su padre David, ¡había pensamiento más natural que volver a la patria de David para esperar allí la realización de los misteriosos designios divinos? Ya hacía siglos que el profeta Miqueas había mencionado la *pequeña* Bethlehem como lugar de procedencia de aquel que dominaría sobre Israel.

El viaje debió ser muy fatigoso para María, que andaba en el noveno mes de embarazo. Los caminos del país no estaban aún trazados y atendidos por los romanos, maestros en la materia, sino que eran malos y apenas transitables para las caravanas de asnos y camellos. Además, aquellos días, con el movimiento implicado por el censo, debían estar más transitados que nunca y ser menos cómodos que lo usual...».

c) La dificultad de hospedarse

•En Bethlehem, las condiciones empeoraron aun. El pueblecillo rebosaba de gente, que se instalaba por doquier, comenzando por el albergue de las caravanas, el cual quizá fuese el mismo de Camaam subsistente y reparado en el transcurso de los siglos. Lucas lo llama *la hospedería...*, pero la equivalente palabra europea no debe inducirnos a error y hacemos pensar en algo que se asemeje ni remotamente a una modestísima fonda de nuestros pueblos. El que hemos llamado «albergue de caravanas» era en sustancia el actual *Khan* palestinese, es decir, un recinto sin techar, circuido por un muro bastante alto, con una sola puerta. Dentro, a uno o más de los lados del muro, corría un porche que en algunos lugares podía tener pare-

des que lo cercasen, formando así un camaranchôn, y, contiguas a él, algunas estancias más pequeñas. Toda la hospedería se limitaba a eso. Las bestias se reunían en el centro, al aire libre, y los viajeros, bajo los porches o en el camaranchôn, mientras quedaba sitio. Cuando no, acampaban entre los animales. Las estancias más pequeñas, si existían, se reservaban a quienes podían permitirse el lujo de pagar tal comodidad. Y en aquel amasijo de hombres y bestias revueltos, se hablaba de negociôs, se rezaba, se cantaba y se dormía, se comía y se efectuaban las necesidades naturales, se podía nacer y se podía morir, todo en medio de la suciedad y el hedor que aun hoy infectan los campamentos de los beduinos en Palestina cuando viajan.

Lucas nos comunica que cuando José y María llegaron a Bethlehem no *había lugar para ellos en la hospedería* (2,7). Esta frase está más meditada de lo que parece a primera vista. Si Lucas solo quisiera decir que aquel recinto no podía contener más gente, hubiésele bastado decir que allí no *había lugar*. Cuando añade *para ellos*, no déjase de referirse implícitamente a las particulares condiciones de los cónyuges, es decir, a la inminencia del parto de María. Ello podrá parecer una sutileza, pero no lo es. José debía tener en Bethlehem amigos o parientes a quienes pedir hospitalidad, porque aunque el pueblo estuviese lleno de forasteros, un rincón para dos personas tan sencillas y modestas siempre podía encontrarse en Oriente. Cuando a Jerusalén afluyen centenares de miles de peregrinos en ocasión de la Pascua, la capital no reboaba menos que Bethlehem durante el ceriso, y, sin embargo, todos encontraban lugar, adaptándose a las circunstancias. Naturalmente, cuando sobrevenían semejantes casos, en las misérrimas casas privadas, que habitualmente consistían en un solo aposento en planta baja, los acogidos se hallaban en análogas condiciones a las del recinto de las caravanas: todo era común, todo se hacía en público, no había reserva ni secreto alguno. Por eso se comprende que Lucas especifique que no *había lugar para ellos*, ya que, dada la inminencia del parto, lo que María buscaba era solamente reserva y retiro».

d) El nacimiento

«Y ocurrió que mientras estaban allí se cumplieron los días para el parto de ella, y parió su hijo primogénito, y lo fajó y lo acostó en un pesebre (Le. 2,6-7). Aquí sólo se habla de *pesebre*; pero éste es un indicio bien seguro a la luz de las costumbres de la época. Un pesebre implica un establo, y un establo exigía, según los usos de entonces, una gruta o pequeña cavema excavada en la ladera de cualquier montículo cerca del poblado. Grutas de tal género y destinadas a tal uso se encuentran aún hoy en Palestina en los contornos de los caseríos. Aquel establo sobre el cual pusieron los ojos los esposos estaría quizá parcialmente ocupado por animales, sería oscuro, sucio y lleno de estiércol, pero estaba algo apartado del pueblo y, por tanto, resultaría tranquilo y solitario, y esto bastaba a la futura madre.

De aquí que, al llegar a Bethlehem y viendo tan grande afluencia de gente, se instalaron como mejor pudieron en aquella cueva solitaria, sea en espera de cumplir las formalidades del censo, sea del parto, que la embarazada comprendía inminente. Es posible que José buscara el rincón más apropiado y menos sucio; que dispusiera un lecho de paja limpia; que extrajera de las alforjas las provisiones y lo más necesario, espolvoreándolo todo en el pesebre. No podían exigirse entonces en Palestina y para dos personas de aquella categoría social—y que además se recluían voluntariamente en una gruta de animales—otras comodidades.

En conclusión, la pobreza y la pureza fueron el motivo histórico de que

Jesûs naciese en un establo. Pobreza de su padre legal, que no tenia dinero para alquilar un departamento separado en competencia con tante gente; pureza de su madre natural, que quiso rodear su parto de reverente reserva.

Entre los lugares arqueolôgicos de la vida de Jesûs, la gruta es el que ticne en su favor testimonies mäs antiguos y autorizados fuera de los evangelios... Venido Jesûs a este mundo en la gruta, Maria *lo fajô y lo acostô en un pesebre*. Estas palabras del delicado evangelista medico dan a entender con bastante claridad que el parto tuvo lugar sin la usual asistencia de otras personas, ya que la misma madre atiende al recién nacido, lo faja y lo coloca en el pesebre. Ni siquiera se nombra a José...».

e) El hijo de David

«Asi, pues, Maria *pariô su hijo primogenito*, que el ângel le pronuneïara come heredero del *trono de su padre David*. Sôlo que el futuro reino del recién nacido—a lo menos a juzgar por aquellas primeras manifestaciones—se preveia muy diverso de los reinos de entonces, ya que este heredero dinástico ténia por mansion regia un establo, por trono un pesebre, por dosel las telaranas del techo, por nubes de incienso el hedor del estiércol, por cortesanos dos seres humanos sin hogar.

Asi, pues, el reino de aquel heredero dinástico se anunciaba desde entonces con ciertas notas características nuevas de verdad y del todo ignoradas en los reinos de la época: De los tres componentes de aquella corte, uno representaba la virginidad, otro la indigencia y los três la inocencia y la humildad. Exactamente a 9 kilômetros mäs al norte, brillaba la dorada corte de Herodes el Grande, en la que la virginidad era desconocida y aborrecida la indigencia, y en la que la inocencia y la humildad manifestâbanse en los atentados a la vida del propio padre, en el hecho de dar muerte a los hijos, en el adulterio, el incesto y la sodomia. El verdadero contraste histôrico entre ambas cortes no reside, pues, tanto en el estiércol de la una y los oros de la otra como en sus características morales».

f) Pastores y Angeles

«Sin embargo, al recién nacido, descendiente de David, esperâbale un homenaje de cortesanos, de condiçôn social no muy diferente a la de David, pastor de ovejas, y de la de los dos cortesanos que estaban permanentemente junto a su trono-pesebre. Y ademäs, puesto que el ângel habia anunciado que el recién nacido seria llamado *Hijo del Altisimo*, esperâbale también un homenaje de cortesanos del Altisimo, que coincidiesen en ello con los humildisimos cortesanos de la tierra.

Bethlehem estaba, y esta hoy, en los limites de la estepa, o sea, de la extensiôn abandonada e inculta, que sôlo puede aprovecharse como pasto para los rebaños. Las pocas reses ovinas que poseian los habitantes del pueblo eran albergadas durante la noche en los establos dei contorno; pero los rebanos numerosos permanecian continuamente en la estepa, al raso, con algunos hombres que los guardaban. Fuese dia o noche, estio o invierno, aquellas numerosas bestias y aquellos pocos hombres formaban toda una comunidad que vivia de la estepa y en la estepa. Tal género de pastores gozaba de pésima reputaciôn entre escribas y fariseos, en primer lugar porque su vida en terrenos escasos de agua les hacia ser sucios, malolientes e ignorantes de todas las leyes fundamentales sobre lavatorio de manos, pureza de vajillas y elecciôn de alimentos, y porque ellos mäs que nadie

constituían aquel «pueblo de la tierra» que merecía el más cordial desprecio de los fariseos...

Por otra parte, no se podía insistir mucho con ellos para persuadirles de que observasen la «tradição» lavándose las manos y limpiando bien las vajillas antes de comer, porque eran hombres de nervio y empuje, y así como no temían romper con el cayado la cabeza del lobo que hostigaba sus rebaños, no hubiesen vacilado en aplastarla al escriba o fariseo que hubiese hostigado su conciencia. De aquí que aquellos seres abyectos y groseros estuviesen excluidos de los tribunales y su testimonio—como el de los ladrones y reos de extorsión—no fuera aceptado en juicio (cf. *Tosefta, Sanhedrin*, V,5).

Pero aquellos humildísimos pastores, excluidos de los estrados judiciales de los fariseos, entraban en los estrados de la corte real del recién nacido hijo de David, y eran invitados a ella por los celestiales cortesanos del Altísimo... Esta escena sigue inmediatamente al relato del nacimiento y, sin duda, fué intención del narrador hacer entender que entre estos dos hechos no mediaron más que algunas horas. Jesús, pues, nació de noche, como nocturna es la aparición a los pastores. A éstos, después de la oportuna glorificación a Dios en las alturas, solo se les anuncia una cosa: *Paz en la tierra...**.

g) La adoración

«Por la admirable aparición del ángel y por sus palabras, los pastores comprendieron que había nacido el Mesías. Eran, sí, hombres toscos, que no sabían nada de la inmensa doctrina de los fariseos: pero, israelitas sencillos y al antiguo estilo, sabían del Mesías prometido a su pueblo por los profetas y de él habrían hablado, sin duda, durante las largas velas de custodia de los rebaños. El ángel les había dado también la *senal*: un niño fajado y en un pesebre. Quizá les indicara igualmente la dirección para llegar a la gruta. Aquellos pastores continuaban, pues, hallándose en su ambiente, ya que ellos, cuando podían, se refugiaban también en las grutas en casos de mucha lluvia o intenso frío. Acaso alguno de ellos hubiese llevado también a su mujer en caso de parto a alguna gruta y depositado su hijo recién nacido en un pesebre. Y ahora oían de boca de quien no podía engañarles, que el Mesías se encontraba en las mismas condiciones. Fueron, pues, en pos de él, *presurosos*, como dice Lucas (2,16), con aquella prisa que mueve una alegre familiaridad. Hubiera sido, en cambio, con lentitud mezclada de inquieta perplejidad como se hubiesen dirigido a la corte de Herodes, si les dijeran que allí había nacido el Mesías.

Llegaron a la gruta. Encontraron a María, José y el recién nacido. Se maravillaron. Siendo pobres de dinero, pero señores de espíritu, no pidieron nada y volvieron, sin más, a sus ovejas. Únicamente sintieron una gran necesidad de alabar a Dios y de contar a otros del lugar lo sucedido.

Antes de terminar, el discreto Lucas advierte: *Empero María conservaba todas estas palabras* (hebraísmo por «sucesos»), *meditando en su corazón*. Ya sabemos que esto constituye una alusión delicada a la fuente de que Lucas tomó las noticias».

SECCION III. SANTOS PADRES

I. SAN JUAN CRISOSTOMO

La Navidad y la paz

A) *Sermon de Navidad*

Es una égloga de distintas homilias o colecciôn de sermones rcunidos poco después de la muerte del Santo. Extractamos uno sobre la Navidad, aun a trueque de que pierda su alto estilo lirico (cf. *Egloga in S. Diem Natalem*, hom. 34 : PG 63,821-834).

a) Exordio

◆Ha llegado la fiesta de las fiestas derramando gozo por el mundo, la fiesta acrôpolis de todos los bienes..., por la que se abriô el cielo, fué enviado el Espiritu, derribada la pared divisoria y deshecha la cerca; por la que fué unido lo que estaba separado, se disiparon las tinieblas y resplandeciô la luz. El cielo recibî a la tierra, y esta al que se sienta por encima de los querubes. Los siervos son ya libres; los enemigos, hijos; los extranos, herederos. Terminô la enemistad y la larga guerra; llegô la paz tanto tiempo deseada por ângeles y justos. Pablo a grandes voces dice: *El es nuestra paz, que hizo de los dos pueblos uno, derribando el muro de separaciôn* (Eph. 2,14). Hoy se levanta espléndido y brillante el trofeo de la cruz, botin de Cristo, primicias de nuestra naturaleza, despojos de nuestro Rey. <Qué fiesta podrâ igualârsele? Dios en la tierra, y el hombre en el cielo, mientras ângeles y hombres danzan juntos, unidos en fiesta alegre con todos los poderes celestiales, y el demonio huye, la muerte pierde su imperio, el paraíso se abre, la verdad se reconstruye y la naturaleza, contra la que los querubines celaban el paraíso, se une a Dios...

No os maravilléis de mis palabras, porque en verdad lo extraño e inesperado es la encarnaciôn de un Dios, ante la que todo lo demás resulta mera consecuencia. No se hubiera humillado nunca tanto, de no ser para exaltarnos a nosotros. Naciô segun la carne, para que tù nacieras segûn el Espiritu; naciô de una mujer, para que tù fueses en adelante algo mas que hijo de otra; aceptô un padre obrero o siervo, para convertir al esclavo en hijo del Seftor. Si Abrahân se

alegrô viendo este dia (Io. 8,56), (¿qué haremos nosotros?... Peto ¿cômo ha podido ocurrir que los culpables, indignos de vivir en este mundo..., hayamos sido elevados a tal altura..., y que siendo nosotros los ofensores, y sin haber vencido batalla alguna, seamos llamados a la paz por el justamente irritado? Nos envia sus legados, pues Pablo decia: *Somos embajadores de Cristo, como si Dios os exhortase por medio de nosotros* (2 Cor. 5,20). Gran maravilla. Le injuriâmes y nos propone El mismo la paz».

b) Fin de la Encarnacion

«Si queréis, os enseñaré más profundamente como se debe tan solo a la benignidad de Dios que nos haya regalado todo lo que tenemos hoy y tendremos en el futuro».

Antes de crear a los ángeles, Dios existia sin necesitar a nadie. Los creô movido por su bondad, y no por su necesidad. «Después, y por el mismo motivo, creô los mundos, y a este pequeno y pobre hombre lo constituyo rey de todos ellos, haciéndole en la tierra lo que Dios es en el cielo... Y no sólo esto, sino que le da la razon —unico ser que la disfruta—, le honra con su conocimiento y trato, le promete la inmortalidad y le llena de ciencia. ¿Qué ocurriô después de tantos beneficios? Pues que el hombre juzgô más digno de crédito a su enemigo que al que le habia colmado de tantos dones...

creéis que acaso Dios borrô para siempre a ese hombre que desde el primer momento, desde la primera raya, por asi decirlo, mostrô tamaña ingratitud? Pues no. Se cuidô dei caido todavia más que antes». Se preocupô de advertir al mundo de sus errores, le enviô profetas, y «finalmente a su Hijo, nacido de una mujer, hecho bajo la ley, para que recibiéramos la adopciôn de hijos, hasta el punto de que un profeta, estupefacto de tal preocupaciôn para con el orbe, exclamara: *Hizo que se dejara ver en la tierra y conversara con los hombres* (Bar. 3,38)... Dios inefable... no parô de resolverlo todo hasta conseguir alcanzar a sus enemigos y tomarlos amigos suyos».

Como el que coge las manos de dos enemigos y uniéndolas hace que sellen las paces, asi hizo El con la naturaleza divina y la nuestra.

Los reyes suelen desnudarse de sus insignias para no ser reconocidos en la batalla y evitar les ataquen con mayor fiereza. Dios, en cambio, se despoja de la apariencia de la divinidad para poder ser reciamente atacado.

c) Por qué se encarna Dios mismo

No pudo redimirnos un ángel u otro hombre, porque, agradecidos, lo hubiéramos deificado. No nos hubiera podido colocar como ahora estamos por encima de la misma naturaleza angelica. Porque el demonio hubiera puesto tan gran empeño en derribarnos, que sin contar con la ayuda de Dios, como ahora contamos, no hubiéramos podido resistir.

El orador se dirige a los paganos para prever su escândalo: «No os extraneis. Si concedéis que el sol, a pesar de ser una materia sensible y perecedera (aunque a los griegos les siente mal tal cosa), puede dirigir sus rayos al lodo, secarlo y purificarlo de malos olores, sin que él se manche, ¿no podrâ hacerlo Dios con el hombre? ¡Os extrana que digamos que Dios se ha hecho hombre y vosotros lo habéis hecho mârmol, madera», etc.?

Refiere seguidamente la historia de la concepciôn virginal, las dudas de San José, etc. A propôsito de la virginidad trae a colaciôn la profecia de Isaías que comenta ampliamente. Las gentes le llamarân, dice, «Enmanuel», porque nunca ha estado Dios mâs cerca de nosotros, hablando con los pobres y los pecadores. Continúa después exponiendo la adoraciôn de los Magos.

d) Aplicaciones

Honor y caridad

«Conociendo, pues, tanta dignaciôn, rindâmosle el honor debido. Ningùn otro mejor podemos tributarle que ocuparnos de nuestra santificaciôn y ejercer la caridad para con nuestros prôjimos. El sello, el distintivo del fiel es el cuidado de sus hermanos y de su salvaciôn, ya que el mismo Cristo no se preocupô de si mismo, sino de los demis. Por eso dijo San Pablo: *No busco mi convenienda, sino la de todos para que se salven* (1 Cor. 10,33)».

2. La Eucaristia

(El Crisôstomo da un fâcil paso de la adoraciôn en el pesebre a la sagrada comuniôn, nuestro portai de Belén.)

«Sabiedo, pues, estas cosas, arreglemos nuestra vida, de modo que seamos la providenda de nuestros hermanos, y vivamos siempre en unidad con ellos. A esto nos induce este grande y tremendo sacrificio, al que debemos acudir, fervientes de caridad, para volar como âguilas al cielo.

Este cuerpo, reclinado en un pesebre, fué adorado por los Magos... venidos de lejos, con todo respeto y temor... A pesar de que le encontraron en una cueva y en un pesebre, sin ver nada de lo que tû ves ahora, se acercaron con reverenda. Tû, en cambio, no lo ves en un pesebre, sino en un altar, no en los brazos de una mujer, sino delante de un sacerdote; no te encuentras con un cuerpo inerme, sino que conoces ya su poder y sus obras. Excitémonos, pues, a adorarle con respeto...»

19 3. Comuniôn frecuente

«No te digo esto para que te abstengas de comulgar, ru mucho menos, sino para que no te acerques con descuido. Pues si hacerlo as! es peligroso, en cambio, no acercarse a este místico banqueté produce debilidad mortal. En él encontraremos el nervio del alma la fuerza del entendimiento, la causa de nuestra confianza, esperanza.

salud y vida. Y cuando subamos al cielo, después de este sacrificio, atravesaremos sus dinteles, como cubiertos de armadura âurea y resplandcciente...

Pero ¿es que acaso necesito hablar de glorias futuras, cuando este misterio nos convierte la tierra en cielo? Abre las puertas de la gloria y mira... Aquí (en la Eucaristia) tenemos ya lo mâs hermoso de ella», porque en la corte de un rey lo mâs hermoso y lo que todos desean contemplar no es la riqueza de sus muros y sus adornos, sino la persona del monarca. Pues lo mâs hermoso del cielo no son los ângeles ni los santos, sino el mismo Rey. Ahi lo tienes en la Eucaristia.

4. *Desprecialo todo por Cristo»

Si te llamaran a sostener en tus brazos al hijo del rey, tirarias cualquier cosa que tuvieras entre ellos. Pues aqui te llamamos a sostener a Dios, a un Dios que, nacido en un pesebre, desprecia las riquezas dei mundo, y que recorriendo la tierra no tenía donde reclinar su cabeza. Desprécialo todo tû también. «Buscando las mansiones celestiales, pisoteemos el fasto mundano y la concupiscencia dei lucro». ... Preparemos nuestro eterno tabernâculo en Jesucristo, al que sea toda gloria. Amén.

La paz—orden permanente—, para ser compléta, ha de existir, sobre un orden perfecto, entre el hombre y Dios; dentro del hombre mismo, esto es, entre su alma y pasiones; y entre el hombre y sus hermanos. Estos pensamientos, en que abundan San Agustin, Santo Tomâs y fray Luis de Leon, se encuentran asimismo esparcidos entre las obras del Crisôstomo. Seleccionamos algunos,

a) «Et in terra fax...»

i. La paz con Dios

i.º *Es lo único necesario* (cf. *In Ep. I ad Cor.*, hom.t: PG 61,14).

Si la paz te viene de Dios, no te glories vanamente. Y si tienes paz con El, êpor que te aficionas a las criaturas? «Dos cosas lé pido a Dios: que seâis de El y para El. De El, porque nada hay firme y seguro que no venga de su gracia; para El, porque nada hay en el mundo que pueda aprovecharnos, si no lo ordenamos hacia Dios. Estando en paz con todos, vivimos en pelea con El. Asi como, por el contrario, nada debe preocuparnos si reina la paz entre El y nosotros... La verdadera gracia y verdadera paz estân en Dios».

2.0 *Consiste en luchar contra el pecado*

Esto es, contra el demonio (cf. hom. 33: PG 62,163 ss.).

San Pablo (cf. Eph. 6,6-14) recomienda que estemos armados de toda clase de armas, *in praeparationem evangelii*. «Asi, el coraçôn estarâ listo y a punto para recibir el evangelio de la paz». Poniendo este ejemplo de guerras y peleas, el Apôstol nos ensena que habre-

mos de luchar con el demonio, porque el evangelio es evangelio de paz, y la paz con Dios se consigne peleando con Satan. Lucha con el demonio quiere decir paz con Dios. Y, ¡oh hermano!, no tengas miedo en la lucha. Ha llegado el evangelio, la buena nueva. Ya luce la victoria.

21 2. La paz consigo mismo

Dominio de las pasiones (cf. Exp. in Ps. 4,11-12: PG 55,57-58).

Comenta la frase: *En paz me duermo luego en cuanto me acuesto, porque* hi, ¡oh Yavehl, a mi desolado me das seguridad (Ps. 4,9). Fruto de la primera paz, a saber, de la paz con Dios y su conocimiento, es la paz interior del alma. *Mucha paz tienen los que aman tu ley* (Ps. 118,165). Destierra toda perturbación del alma y toda guerra civil dentro de ella, apaciguando la sedición de las pasiones. «Ciertamente que si el hombre padece esta guerra dentro de sí mismo, aunque viva próspero y tranquilo por de fuera, es el más triste y miserable de los combatientes...»

«Ni los escitas, ni los tracios, ni los sármatas, ni los indos, ni los moros promueven guerra tan feroz como la que suelen agitar dentro del alma los malos pensamientos, la lujuria intemperante, el amor al dinero, las apetencias de mando y el deseo de cosas temporales...» En realidad, lo peor es siempre una guerra civil o interna... La polilla hace más dano a las maderas que los agentes exteriores; la enfermedad perjudica al cuerpo mucho más que cualquier otra cosa, y las disensiones internas danan a la patria más que los enemigos de fuera. Lo mismo le ocurre al alma; pero, ayudada por el temor de Dios, puede acallar las rebeldías de dentro y vivir en la paz que vino a traer Cristo y de la que decía San Pablo antes: *La gracia y la paz con vosotros, de parte de Dios, nuestro Padre* (Rom. 1,7).

Ejemplo de ello es el envidioso, que aun cuando no le moleste nadie, se basta él para entristecer su vida. Ejemplo el avaro... En cambio, el justo goza de paz durante el día y duerme con sosiego durante la noche. Cuidándose solo de su bien espiritual, vive tranquilo.

2.0 El medio necesario

Medio necesario para alcanzar la paz es huir de las malas compañías. A esto nos invitaba el Señor cuando decía: *Si, pues, tu ojo te escandaliza, sácatelo y arrójalo de ti* (Mt. 5,29). Si las cosas naturales, tales como la salud, el buen color y el apetito, se pierden por el contagio, ¿qué ocurrirá con los bienes de la voluntad?

22 3. La paz con los hermanos

Pensamiento muy apropiado para el día en que el Amor se encarnó era traer la paz. Así como de la paz de Dios se deriva la paz con nosotros mismos, de ésta sale la paz con el prójimo (cf. /n *Epist. ad Eph. 4*; hom.9: PG 62,69 ss.).

Cuidaos de conservar la unidad del espíritu mediante el vínculo

SEC. 3. SS. PADRES. CRÍSÔSTOMO

23

de la paz (Eph. 4»3). Preso como estoy por el Sefior, *os exhorto a andar de una manera digna de la vocaciôn con que fuisteis llamados, con toda humildad, y mansedumbre, y longanimidad, soportdndoos los unos a los otros con caridad...* (ibid., 4,1-2).

La humildad (el reconocer que todo nos viene de Dios) ha de ser completa y con todos «no sôlo en palabras, sino en obras, no paciente con uno y déspota con otro, sino amable con todos, amigos y enemigos, grandes y pequenos.

... Por eso dice el Apôstol *con toda humildad, mansedumbre y longanimidad*, porque puede darse el caso de una persona humilde (para con Dios) y soberbia (para con el prôjimo), pero a ésa nada le aprovecha su humildad en cuanto amanece su ira.

(¿Cômo podréis soportaros los unos a los otros si sois iracundos, delatores y maldicientes? ¿Cômo haréis para soportaros? San Pablo indica el medio: *Con la caridad*. ^Crees que podrâ soportarte tu Dios y Senor si tû no soportas a tu prôjimo y consiervo? En cambio, la caridad hace que todo sea sobrellevado fâcilmente».

Procurad «*conservar la unidad del espiritu con el vinculo de la paz*. Atad vuestras manos con la dulzura y la mansedumbre, con el vinculo, con la atadura, con esa palabra que he querido evitar, pero no puedo, porque realmente es hermosa. Atate con tu hermano, y verâs que fâcil es todo para los que estân amarrados por el amor».

Esfuézate por conservar la unidad del espiritu, porque asi como el aima es principio de uniôn de todos los miembros, asi se nos ha dado un espiritu que nos une a todos los de condiçiôn mâs diversa, jôvenes y ancianos, ricos y pobres... El vinculo de la paz, la caridad.

No puede el fuego penetrar en la pira y hacer una sola masa ardiente si la encuentra fria y mojada, ni la caridad podrâ unirnos si nos encuentra frios y entre disensiones.

No podrâ ligar a tu hermano contigo si no te ligas tû también con él para formar una doble union. Hermosa uniôn y hermosa atadura «esa que nos une a los unos con los otros y a todos con Dios, atadura que no oprime, sino que ensancha... y da a sus presos una alegria que no tienen los hombres libres...

(¿Qué es lo que disuelve este vinculo? El amor del dinero, del mando, de la gloria y de los honores... *Por el exceso de la maldad se enfriarâ la caridad de muchos* (Mt. 24,12). El pecado ahoga la caridad, y no sôlo la caridad para con Dios, sino el mismo amor del prôjimo». Podrâ haber paz entre los ladrones y avaros cuando pueda haberla entre dos fieras hambrientas ante un solo pedazo de comida. Donde no hay virtud, no hay paz. ¿Qué ciudad sería aquella en la que reuniéramos a todos los avaros, ambiciosos, iracundos, incapaces de perdonar!...

En cambio, si reina la caridad, nadie preferirá el dinero a la amistad ni la ira al perdôn. Todos sabrán que *quien ama al prôjimo ha cumplido la Ley* (Rom. 13,8). Todos vivirân en paz (cf. *In Epist. ad Eph.*, hom.9: PG 62,73-74).

II. SAN AGUSTIN

La fiesta de la santa liberaciôn

San Agustin tiene trece sermones, breves todos ellos y de pensamientos muy repetidos, sobre la Natividad del Senor. Copiamos los dos principales, espi-
gando de entre todos los demâs (cf. PL 38,996-1021).

■a

A) *Exordio*

a) LeCCIÔN DE HUMILDAD

«Al correr de los anos volvemos a celebrar la Natividad de nuestro Salvador Jesucristo; éste es el dia en que la Verdad nace en la tierra, luz de la luz que naciô para luz nuestra. Alegrémonos y gocémonos...

CuAnto bien nos haya traído esta sublime humildad, la fe de los cristianos lo sabe y el corazôn de los impios lo ignora, porque Dios *escondio todas estas cosas a los sabios y prudentes y se las revelo a los pàrvulos* (Mt. 11,25). Afirmense, pues, los humildes en la humildad de Dios, para que con esta ùnica ayuda, ayuda digo de su flaqueza, puedan llegar a la altura de Dios» (cf. *Serm.* 1,1 : PL 38, 996).

«Con razôn lo anunciaron los profetas antes de nacer y los cielos y los Angeles cuando habia nacido. Yacia en el pesebre el que contiene al mundo y era nino sin habia el que es la Palabra. Aquel que no cabe en los cielos lo llevô el seno de una mujer. Esta regia a nuestro Rey, llevaba a Aquel en quien somos y alimentaba a nuestro Pan. ¡Oh manifiesta flaqueza! ¡Oh admirable humildad en la que se esconde toda la divinidad! Regia con su poder a la madré a quien estaba sujeto por su infancia y alimentaba con la verdad a aquella de cuyos pechos era amamantado. Complete sus dones en nosotros el que no se espantô de seguir nuestros primeros pasos, y hâganos hijos de Dios el que por nosotros se hizo hijo del hombre» (ibid., 3,997).

34 b) Recibido, pero no limitado por el seno de la Virgen

◆Canten mis labios las alabanzas del Senor, de ese Senor por el que fueron hechas todas las cosas y que fué hecho El en medio de las mismas; de ese Senor que es el manifestador del Padre y el creador de su madré; Hijo del Padre Dios sin madré, hijo del hombre de madré y sin padre; gran luz de los Angeles, pequefta en la luz de los hombres; Palabra de Dios antes de los tiempos, palabra humanada en el tiempo oportuno; Creador del sol, creado bajo el

SEC. 3. SS. PADRES. SAN AGUSTÍN

sol; Ordenador de los siglos en el seno del Padre, consagra el día de hoy en el seno de la madre; allí permanece y de allí vino. Hacedor del cielo y de la tierra, nacido en la tierra bajo el cielo; inefablemente sabio, sabiamente sin palabras llena el mundo y nace en un pesebre; gobierna a las estrellas y se amamanta de unos pechos; de tal manera grande en la forma de Dios y pequeño en la forma del siervo, que ni aquella grandeza se ha disminuido por esta pequenez, ni esta pequenez oprimido por aquella grandeza. Al tomar los miembros humanos no deja las obras divinas, ni cesa en llegar *de un fin hasta el otro fin fuertemente, disponiéndolo todo con suavidad* (Sap. 8,1). Revestido de la flaqueza de la carne; recibido, pero no limitado por un seno virginal, para que a los ángeles no les fuera quitado el alimento de su sabiduría y nosotros pudiéramos gustar cuán agradable es el Señor» (cf. *Serm.* 4,1: PL 38,1001).

B) Encarnación de Dios

«Dicen algunos que el hijo del hombre se hizo hijo de Dios, pero que el Hijo de Dios no se hizo hijo del hombre. Lo dijeron, y lo dijeron estudiando la verdad, pero sin saberla explicar. ¡Qué es lo que consideraron, sino que la naturaleza humana puede mejorarse y la divina no puede disminuir? Es cierto, pero también lo es que *el Verbo se hizo carne* sin que la divinidad padeciese nada. No nos dice el Evangelio que la carne se hiciese Verbo, sino *el Verbo carne...* y de esa forma el que era Hijo de Dios se hizo hijo del hombre, asumiendo la parte inferior y no mudándose la superior; recibiendo lo que no era y no perdiendo lo que era... Debemos, pues, confesar que aquel que era Hijo de Dios, al nacer de María virgen, asumida la forma de siervo, se hizo hijo del hombre, permaneciendo en lo que era y asumiendo lo que no era, comenzando a ser en una naturaleza menor que el Padre, y permaneciendo en otra, gracias a la cual El y el Padre son una sola cosa.

Si el que es siempre Hijo de Dios no se hubiese hecho hijo del hombre ¡cómo hubiera podido decir de El el Apóstol: *Siendo Dios en la forma, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó, tornando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres?* (Phil. 2,6-7). No era otro, sino el mismo que existía en la forma de Dios igual al Padre, el Hijo Unigénito de Dios, el que se anonadó haciéndose semejante a los hombres. No era otro, sino el mismo que existía en la forma de Dios igual al Padre, el que se humilio, *se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (Phil. 2,8). Todo ello lo hizo el Hijo de Dios, pero en aquella forma por la cual es hijo del hombre» (cf. *Serm.* 3,2-3: PL 38,999)

C) Para salvarnos y regenerarnos

a) Las aparentes contradicciones divinas

«El Verbo del Padre, por el cual fueron creados los tiempos, se ha hecho carne y hoy celebramos su nacimiento. Para este nacimiento quiso escoger un día Aquel sin cuya voluntad divina no girarian los días. En el seno del Padre existía antes que los siglos; naciendo de una madre, entra hoy en el curso de los años. Hecho hombre el autor del hombre, para alimentarse de unos pechos mientras gobierna los cielos; para que el Pan tuviera hambre; para que la Fuente tuviera sed; para que la Luz durmiera; para que el Camino se fatigara de caminar; para que la Verdad fuera acusada por testigos falsos; para que el Juez de vivos y muertos fuera sentenciado por un juez mortal y la Justicia condenada por los injustos; para que la Ley fuese azotada; para que la rosa fuese coronada de espinas; para que el cimiento fuese colgado de un leno; para que la fuerza fuese debilitada, la salud herida y la vida muerta. Decidióse a padecer tanta indignidad por nosotros, para librar a los indignos, siendo así que ni El, que por nosotros sufría tantos males, había hecho nada malo, ni nosotros, que recibíamos de El tantos bienes, habíamos hecho nada bueno» (cf. *Serm.* 8,1: PL 38,1009).

... ' - ' < <<

b) Nadie dude en renacer

«Mortales éramos, oprimidos por los pecados, abrumados por los castigos. Nace el hombre y comienzan sus miserias; no es necesario que busqués profetas que te lo expliquen. Preguntale al que nace y lo verás llorar. <Y cómo es que siendo ésta la indignación de Dios sobre la tierra se obra de repente favor tan grande? *La verdad nace de la tierra* (Ps. 84,21); creó todas las cosas y ha sido creado en medio de ellas; creó la luz y ha sido dado a luz; Cristo Señor, que junto al Padre en la eternidad no tuvo principio, tiene hoy su nacimiento. Era Verbo en el principio y de no recibir la generación humana nosotros no hubiésemos alcanzado la regeneración divina; nació para que renazcamos. Cristo ha nacido, nadie dude en renacer; Cristo es engendrado para que nosotros seamos reengendrados» (cf. *Serm.* 6,3: PL 38,1006).

D) Reparador de todo sexo

28 a) El nacimiento del Verbo encarnado honra a los dos sexos

«Debemos creer con fe católica dos nacimientos del Señor: uno divino y el otro humano, aquél sin tiempo y este en el tiempo. Ambos admirables, el uno sin madre y el otro sin padre. Si no

entendemos este modo de nacer <¿Cómo podremos cantar aquel otro? ¿Quién puede entender esta nueva e inusitada novedad, única en el mundo, increíble, pero que es necesario creer... de que una virgen haya concebido, una virgen haya dado a luz y haya permanecido virgen? Lo que la razón humana no alcanza, la fe lo admite, y donde falla el entendimiento del hombre, la fe adelanta.

Había creado a los dos sexos, al varón y a la mujer, y por eso quiere honrar con su nacimiento a los dos, ya que vino a liberar a ambos. Ya conoces la caída del primer hombre y cómo la serpiente no se atrevió a hablar al varón, sino que utilizó el ministerio de una mujer para hacerle caer. Derribó al fuerte por medio de la más débil, y conquistando al uno triunfó de los dos. Y para que movidos del justo dolor de nuestra muerte no llegásemos a aborrecer a la mujer y crearla condenada sin remedio, Dios, que vino a buscar lo que habían perecido, quiso recomendarnos y honrar a los dos Sexos, puesto que uno y otro habían perecido. No hagamos injuria de ninguno de ellos al Creador, ya que el nacimiento del Señor les ofrece la esperanza a ambos. El cuerpo de Cristo en honor del sexo masculino; su madre, del femenino. La gracia de Cristo venció la audacia de la serpiente» (cf. *Serm.* 7,2: PL 38, 1001).

b) Y HONRA A TODOS LOS ESTADOS DE LA VIDA CRISTIANA

«Alegraos, vírgenes de Cristo, su Madre es igual a vosotras. No habéis podido ser madres de Cristo... pero si os acordáis de sus palabras como debéis, sabéis que también sois madres suyas, puesto que cumplis la voluntad de su Padre. El lo dijo: *Todo el que hace la voluntad de mi Padre, es mi hermano, y mi hermana, y mi madre* (Mt. 12,50). Alegraos, viudas, del Cristo que supo hacer fecunda la virginidad, y a quien habéis entregado la santidad de vuestra continencia. Alegraos, casados honestos, y todos los que vivis fielmente con vuestra esposa. Lo que no habéis conservado en vuestro cuerpo, guardadlo en vuestro corazón... conservad la virginidad de la fe. En María, la virginidad alumbró a Cristo; en Ana, la anciana viudez le conoció pequeño; en Isabel, la castidad y fecundidad conyugal trabajaron para Cristo» (cf. *Serm.* 9,2: PL 38,1012).

E) La verdad y la justificación

a) El nacimiento de la Verdad en la tierra

«Este es el día del nacimiento en el que la Sabiduría de Dios aparece como niño que no puede hablar y la Palabra de Dios emite los vagidos humanos sin palabras... Con este aniversario celebremos aquel día en que se cumplió el anuncio del profeta: *La verdad*

sale de la *tierra* y la *justida mira desde el cielo* (Ps. 84,12). La Verdad que esta en el seno del Padre, nace de la tierra para habitar asi también en el seno de la madre. La Verdad que sostiene al mundo nace de la tierra para ser sostenida por las manos de una mujer. La Verdad que alimenta incorruptible la felicidad de los ângeles ha nacido de la tierra para ser amamantada por una mujer. La Verdad para la que el cielo no basta, nace en la tierra para ser colocada en un pesebre...

cA quién aprovecha humildad tan sublime? De ninguna manera le aprovecha a El, pero mucho nos aprovecha a nosotros, si tenemos fe. Despiértate, pues, joh hombre! Dios se hace hombre por ti. *Levântate, tu que duermes, levântate de la muerte y te iluminarâ Cristo* (Eph. 5,14). Por ti, Dios se hizo hombre. Habriamos muerto para la eternidad si no hubiese nacido El en el tiempo. Nunca te hubieras visto libre de esta carne de pecado si no la hubiera recibido El. Hubieras gemido en miseria perpetua de no aparecer tal misericordia. No hubieras resucitado si no hubiese salido al encuentro de tu mortalidad. Hubieras caido si no te ayudara. Hubieras perecido de no venir*.

b) El dâa de hoy es dâa de alegria santa

«Celebremos, pues, alegres, la venida de nuestra salud y redención. Celebremos este dâa de fiesta en el cual un tan grande y etemo dâa nos viene de aquel otro grande y eterno a este nuestro, tan breve y temporal...

Este dâa *se ha hecho para nosotros justicia, santificadôn y redención, para que, como esta escrito, el que se gloria se glorie en el Senor* (1 Cor. 1,30-31)... Por eso apenas si ha dicho: *La Verdad nace de la tierra*, anade: *y la justicia mira desde el cielo*, para que nuestra debilidad mortal no se la apropiara diciendo ser suya y creyendo que el hombre se justifica a si mismo, esto es, que se hace justo por si mismo, recusando la justicia de Dios. La Verdad nace de la tierra, y Cristo, que dice: *Yo soy la verdad* (Io. 14,6), nace de una virgen.

Por eso, nacido el Senor de una virgen, en este dâa cuya fiesta celebramos, se oye el anuncio de los ângeles que cantan: *Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad* (Le. 2,14). ¡De dônde paz en la tierra, sino porque la verdad nace en la tierra, esto es, porque Cristo nace como hombre? *El es nuestra paz que hace de los dos pueblos uno* (Eph. 2,14) para que seamos hombres de buena voluntad, unidos suavemente por los vinculos de la unidad. Alegrémonos, pues, ante este nacimiento para que nuestra gloria consista *en el testimonio de la conciencia* (2 Cor. 1,12) donde nos gloriamos, no en nosotros mismos, sino en el Señor» (cf. *Serin.* 2,1-3: PL 38,997).

F) Humildad que cura las heridas de la soberbia

(>Quién podrâ cantar la generaciôn de este Verbo tan distante de nuestra humildad, Palabra por la cual fué hecho todo, engendrado en el seno del Padre y después en el seno de Maria, eterno en la eternidad de Dios y hombre en los brazos de su madre? Su primera generaciôn «no tiene día para celebrarse ni aparece al girar de los aões, sino que permaneciô siempre sin ocaso, porque no comenzô con ninguna aurora. Es un día eterno, el único Verbo de Dios, es la vida, la Luz de los hombres. En cambio, este otro que aparece en la carne humana, ahora se llama hoy y maõana ayer... êQué alabanzas entonaremos al amor de Dios y qué gracias le daremos? Nos amô en forma tal que naciô en el tiempo el que creô los tiempos, y el que era mâs antiguo que el mundo fué menor en edad que muchos de sus siervos.

éVes, pues, joh hombre l, lo que Dios ha hecho por ti? Aprende la lecciôn de tan grande humildad, aunque sea de los labios de un maestro que no habia todavîa. En el paraîso hablaste tû con tal facilidad que impusiste nombre a todos los animales (Gen. 2,19), y ahora, por ti, tu Creador yace sin palabras en un pesebre, incapaz de llamar por su nombre ni siquiera a su madre. En aquel hermoso y amplio jardin de bosques te perdiste por desobediente, y éste, por obedecer, viene en carne mortal a una estrecha posada, para buscar muriendo al que estaba muerto. Tû, hombre, quisiste ser dios, y pereciste; El, Dios, quiso ser hombre para salvarte. Tanto te hundiô la soberbia humana que no pudo alzarte sino la humildad divina» (cf. *Serm.* 5,2-3: PL 38,1004).

HL SAN LEON MAGNO**La encarnaciôn dei Verbo y la filiación adoptiva del hombre**

Las ideas prédominantes en los diversos sermones de San Leon sobre la Natividad son. ademâs de la alegría de la fiesta, nuestra adopciôn de hijos y la existencia de las dos naturalezas, contra los monofisitas.

Extractamos integro el sermón 22, segundo de Navidad, y recopilamos, ordcnândolos, los principales pensamientos de los demis. Pueden leerse cinco sermones muy bien traducidos por D. Casimiro Eliseda en Ediciones Aspas (Madrid 1945) p.25-57 (cf. PL 54-56).

A) Sermón segundo**a) Alegrîa de la fiesta. Satanâs derrotado**

«Alegrémonos, dilectisimos..., porque ha brillado para nosotros él dia de la nueva redenciôn... Dios omnipotente y misericordioso, cuya naturaleza es la bondad... tan pronto como nos ocasionô la

t g
LL

>f

muerte el demonio... señalô los remedios que a su piedad nos tenia preparados..., anunciando al diablo que naceria Cristo en carne mortal, Dios y hombre a la vez, para que, hijo de una virgen, condenase con su nacimiento sin mancha al corruptor del género humano».

Jactàbase el demonio de haber privado al hombre de sus dones y hasta de haber torcido el orden de la Providencia. Esta, inmutable y demente, consiguiô se cumpliera su primer proposito, si bien por misteriosos medios.

b) Maravillas de la Encarnacion

Entra Dios de un modo nuevo. El invisible, visible; el anterior al tiempo, en el tiempo; el Señor, esclavo.

Engendrado por una virgen: «Si lo que quieren saber es la verdad de su naturaleza, tendrâs que confesar la materia humana, mas si inquieres saber la razón de su origen, declararás el poder de Dios. Vino Nuestro Señor Jesucristo a librarnos de nuestras dolencias, no a cargar con ellas; no a rendirse a los vicios, sino a remediarlos..., y por eso convenia que naciera de manera nueva quien traia la gracia nueva de la santidad inmaculada... Convino que la virtud del Hijo velase por la virginidad de la madre y que tan grato claustro de pudor y morada de santidad fuera guardada por la gracia del Espíritu Santo, que habia determinado levantar lo caido, dar solidez a lo quebrado y concéder a la pureza fuerzas superiores para vencer a los halagos de la carne».

c) Lucha y engana al demonio

«Dios, de entre todos los procedimientos de destruir la obra del demonio, elige la justicia, sin tener que echar mano a los recursos de su poder». La tirania del demonio no era indebida, pues la elegimos libremente.

Cristo, para luchar, cubre su divinidad inseparable con el velo de nuestra flaqueza, y el demonio se engana creyendo ser un puro hombre.

Persiste «el malvado pirata» en tentar a Cristo, hasta que en la pasión este rompe el decreto que le valia. «Toda la trama del maligno recae sobre su cabeza (Gen. 3,15) y prisionero el principe de este mundo se recogen sus despojos».

d) Aprecia vuestra reconciliación

A ti, abyecto, arrojado del paraiso, destinado a ser polvo y ceniza, te diô Cristo el ser hijo de Dios por la adopción. Llámale Padre. «Libre del reato de las culpas pasadas, debes suspirar por los celestiales reinos, cumpliendo la voluntad de Dios».

El demonio volverá a luchar contra ti, pero no consientas que disipe los gozos de este dia.

«Honrad el sagrado misterio de la redención del hombre. Abrazad a Cristo, que nace con nuestra propia carne, para que finalmente merezcáis ver al Dios de la gloria reinando en su majestad con el Padre y el Espíritu Santo... Amén».

B) Seleccíon de pensamientos

a) ALEGRIA EN DIA TAL

«Nuestro Salvador, amadísimos, ha nacido hoy: alegrémonos. Pues no es justo dar lugar a la tristeza cuando nace la vida, que acabando con el temor de la muerte nos llenó de gozo con la eternidad prometida. Exulte el santo, porque se acerca el premio. Alegrese el pecador, porque se le invita al perdón» (cf. o.c., *Serm.* 1 p.23).

«Todos los días deben acordarse los fieles del nacimiento de nuestro Señor, ya en la oración, ya durante la oblación del sacrificio. Pero ningún día como el presente nos pone delante este nacimiento. No solo ante nuestra memoria, sino que, en cierta manera, se verifica ante nuestros mismos ojos. El Verbo de Dios revestido de carne y el que nunca fué visible por ojos humanos empezó a dejarse tocar y palpar. Hoy los pastores le conocieron por medio de un ángel, y a los que presiden la grey del Señor se les enseñó la manera de anunciar la buena nueva, para que también nosotros digamos con el ejército de la milicia celeste (Le. 2,4): *Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad*» (cf. *ibid.* *Serm.*, 6 P-37).

«Al celebrar, carísimos, el día del nacimiento del Señor, que es el día más señalado entre los de tiempos pasados, aunque haya transcurrido el orden de las acciones corporales, y toda la humildad del Redentor ha sido sublimada hasta la gloria de la majestad del Padre, tanto que *al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese que el Señor Jesús está en la gloria del Padre* (Phil. 2,10), nosotros adoramos continuamente el parto de la salúfifera Virgen, y reverenciamos a aquella indisoluble unión del Verbo y la carne, no menos cuando está postrada en el pesebre, que cuando aparece sentada en el trono de la majestad paterna* (cf. *ibid.*, *Serm.* 9 p.53).

b) DOS NATURALEZAS EN CRISTO. Su NECESIDAD

i. Venció al demonio en su terreno más fuerte

«En esta lucha emprendida por nosotros, peleóse según las mejores y más justas reglas de la equidad, pues el Señor todopoderoso combatió con el cruelísimo enérhigo, no en su majestad, sino en nuestra humildad» (cf. *ibid.*, *Serm.* i p.23).

2. Dos naturalezas en una persona

«Así, pues, el Verbo de Dios, Dios, Hijo de Dios, que *en el principio estaba con Dios, por quien han sido hechas todas las cosas y sin El nada se ha hecho* (Io. 1,2-3), para librar al hombre de la muerte eterna, se hizo hombre, de tal manera bajándose a revestirse de nuestra humanidad (aunque sin disminución de su majestad), que permaneciendo como era y tornando lo que no era, unió la verdadera forma de siervo a aquella otra forma por la que es igual a Dios Padre; y con tan estrecha alianza así una y otra naturaleza, que ni a la inferior la absorbió la glorificación ni a la superior la disminuyó la asunción. Quedando a salvo la propiedad de cada substancia y aglutinándose en una sola persona, es tomada por la majestad la humildad; por la fortaleza, la debilidad; por la eternidad, la mortalidad, y para pagar la deuda de nuestra condición, una naturaleza inviolable (inatacable, inasequible al dano) es unida a una naturaleza pasible, y un Dios verdadero y hombre verdadero se plasma en un solo Señor (en Jesucristo), para que, conforme convenia a nuestro remedio, uno e idéntico mediador entre Dios y los hombres pudiese morir por un lado y resucitar por otro. Con razón, pues, no ocasionó corrupción alguna a la integridad virginal el parto de salvación, porque fué guarda dei pudor el nacimiento de la verdad» (cf. *ibid.*, p.24-25).

«Tal nacimiento, carísimos, era el que convenia a la fortaleza de Dios y a la sabiduría de Dios, que es Cristo; nacimiento por el cual se hiciese semejante a nosotros por la humanidad y nos aventajase por la divinidad. De no haber sido Dios, no nos hubiera proporcionado remedio; de no haber sido hombre, no nos hubiera dado ejemplo» (cf. *ibid.*, p.25).

«También celebramos nuestros principios. La generación de Cristo es el origen del pueblo cristiano, como el nacimiento de la cabeza lo es a la vez de todo el cuerpo... Todo el conjunto de los fieles, nacidos en la fuente bautismal, así como han sido crucificados con Cristo, resucitados en su resurrección, colocados a la derecha del Padre en su ascensión, del mismo modo han sido engendrados con El en este su nacimiento..., y ya para nada cuenta la ascendencia de su padre carnal, sino que reciben su origen del Salvador, que se hizo hijo del hombre para que nosotros pudiéramos ser hijos de Dios; pues si El no hubiera descendido hasta nosotros con su humildad, ninguno hubiera podido llegar con sus propios méritos hasta El» (cf. *ibid.*, *Serm.* 6 p.37-38).

«Naciendo, pues, Nuestro Señor Jesucristo como hombre verdadero, sin dejar de ser nunca Dios verdadero, dió origen en sí a una nueva generación, y con la forma de su nacimiento dió principio espiritual al género humano... por medio de un nacimiento sin semilla de pecado para los regenerados; de *Iqà cuilei*

que no proceden de la sangre, ni del querer de la carne, ni de la voluntad de hombre, sino que nacen de Dios (Io. 1,13). ^Cômo podrâ el entendimiento comprencler tal misterio? ^Cdmô podrâ la lengua referir semejante gracia? Cambia en inocencia la iniquidad y en novedad la vejez. Pasan a recibir la adopciôn los extranos y entran a tomar parte de la herencia los forasteros. De impios comienzan a ser justos..., de terrenales se hacen celestiales. ¿quién deberâ atribuirse tal cambio sino a la diestra del Todopoderoso? Puesto que vino el Hijo de Dios a destruir las obras del diablo, y de tal manera se uniô a nosotros y a nosotros nos uniô a El, que la bajada de Dios hasta el hombre se convirtiô en elevaciôn del hombre hasta Dios» (cf. *ibid.*, *Serm.* 7 p.46).

«Por medio de la Encarnacion del Verbo se te diô poder de acercarte a tu Creador, estando tan de antiguo apartado de El; de reconocerle como padre; de verte libre de tu esclavitud; de pasar de extrano a la categoria de hijo, y de que, habiendo nacido de carne corruptible, renazcas por el Espiritu de Dios y obtengas por la gracia lo que no habias recibido por la naturaleza, como el que, reconociéndote Hijo de Dios por el espiritu de adopciôn, te atrevas a llamar Padre a Dios» (cf. *ibid.*, *Serm.* 2 p.33).

lit

d) CONSECUENCIAS DE LA ADOPCIÔN

i. Conoce tu dignidad. Vive conforme a ella

40

«Despierta, joh hombre !, y reconoce la dignidad de tu naturaleza y recuerda que fuiste hecho a imagen de Dios, que si se corrompiô en Adân, fué reformada en Cristo. Usa, como debe usarse, de las criaturas visibles... Mar, cielo, aire, fuentes y luces, y cuanto de bello y admirable en ellos encuentres, conviértelo en gloria y alabanza del Creador... Si somos templos de Dios y el Espiritu Santo habita en nosotros, mucho mâs digno es lo que esconde dentro de su aima cualquier fiel que lo que admira en el cielo. No os decimos estas cosas, queridos hermanos, para persuadiros a que menospreciéis las obras de Dios o penséis hallar algo contrario a la fe en lo que Dios creô, sino para que uséis de toda la belleza de las criaturas y de todo el ornato del mundo moderada y razonablemente, *pues las cosas que aparecen, como dice el Apôstol, son pasajeras; mas las que no se ven, son eternas* (2 Cor. 4,18). Y puesto que hemos nacido para las cosas présentes, pero renacido para las venideras, no nos entreguemos a los bienes temporales, sino que apetezeamos los eternos, y para que veamos mâs de cerca nuestra esperanza, pensemos en el misterio del nacimiento del Señor y en lo que la gracia divina ha dado a nuestra naturaleza. Oigamos al Apôstol cuando dice; *Estâis muertos y vuestra vida està escondida con Cristo en Dios. Mas cuando apareciere vuestra verdadera vida, entonces también vosotros apareceréis con El en la gloria* (Col. 3,3), que con el Padre y el Espiritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén» (cf. *ibid.*, *Serm.* 7 p.50).

41 2. Honra tu linaje

«Si en los linajes carnales y en las estirpes terrenas los vicios de una vida depravada empanan la fama de los hijos de padres nobles, y precisamente por esto el resplandor de sus mayores confunde a los hijos indignos, ¿cuál sera el fin de los que no tienen inconveniente en regenerar por su amor al mundo de la generaciôn de Cristo? Si entre los hombres es tenido por digno de loa que la honradez de los padres resplandezca en sus descendientes, ¿cuánto más glorioso será que en los nacidos de Dios resalte la imagen de su autor, mostrando en su aima al que los ha engendrado, pues dice el Señor (Mt. 3,16): *Brille vuestra luz ante los hombres, que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestra Padre que esta en los cie-*los?» (cf. *ibid.*, *Serm.* 6 p.40).

42 3. Renuncia a la came

«Por tanto, amadisimos hermanos, demos gracias a Dios Padre por medio de su Hijo en el Espiritu Santo, el cual, por la excesiva misericordia con que nos amô, se compadeciô de nosotros, y *estando muertos por los pecados nos resucitô a la vida de Cristo* (Eph. 2,18), para que tuviéramos en El una nueva vida y un nuevo ser. Asi que dejemos el hombre viejo con sus acciones y hechos participantes del nacimiento de Cristo, renunciemos a las obras de la came. Reconoce, joh cristiano!, tu dignidad, pues participas de la divina naturaleza, y no quieras volver a la antigua vileza con una vida depravada. Recuerda de qué cabeza y de que cuerpo eres miembro. Ten présente que habiendo sido arrancado del poder de las tinieblas, has sido transportado al reino y esplendor de Dios. Por el sacramento del bautismo fuiste hecho templo del Espiritu Santo; no ahuyentes a tan escogido huésped con acciones pecaminosas, sometién-dote otra vez a la esclavitud del demonio, porque has costado la sangre de Cristo, quien te juzgará conforme a verdad, quien te redimiô segùn su misericordia, el que con el Padre y el Espiritu Sar*o reina por lossiglos de los siglos. Arnen» (cf. *ibid.*, *Serm.* 1 p.20).

43 4. Suspira por el reino

«Libre ya de las culpas pasadas, debes suspirar por los celesuales reinos, haciendo la voluntad de Dios, ayudado dei auxilio divino, imitando a los ângeles sobre la tierra, alimentândote con el manjar de la substancia inmortal, luchando contra las tentaciones enemigas, bien seguro en tu piedad, y si cumples fielmente los juramentos del ejército celestial, no dudes que serás coronado por tu victoria en los campamentos triunfadores del Rey etemo, recibéndote la resurrecciôn preparada a los buenos para llevarte a la companfa del reino celestial» (cf. *ibid.*, *Serm.* 2 p.33).

e) La verdadera paz

I. Efecto de la adopciôn

«Si nosotros mismos nos acusamos mediante la propia confesiôn, y si ademâs negamos nuestra aima a los deseos de la carne, nos atraeremos las enemistades del que es autor dei pecado, pero aseguraremos una paz inalterable con Dios sirviendo a su gracia, no estando sometidos a nuestro Rey únicamente por la obediencia, sino también mediante el propio juicio; porque si tenemos unanimidad de pensamientos, si lo que El quiere lo queremos nosotros, si lo que reprueba lo reprobamos, El lucharâ por nosotros todas las batallas; El, que nos diô el querer, nos darâ también el poder, y cooperaremos a sus obras y repetiremos el dicho profético Uenos del regocijo de la esperanza: *El Señor es mi luz y mi salvaciôn, ¿quién temeré? El Señor es el defensor de mi vida, ¿de quién tendré miedo?* (Ps. 26,1).

Los que no han nacido de la sangre, ni de la voluntad de la came, ni de la voluntad de varôn, sino de Dios (Jo. 1,13), ofrezcan a Dios su amistad de hijos dôciles..., pues la gracia del Padre se ha dignado aceptar como herederos no a los desunidos y desavenidos, sino a los que sienten y aman una misma cosa. Los nuevamente conformados no deben tener más que una sola aima y pensamiento. El nacimiento del Señor es a la vez día del nacimiento de la paz, como dice el Apôstol: *El es nuestra paz, puesto que hizo de dos cosas una sola* (Eph. 2,14), porque tanto judios como gentiles, *por su medio nos acercamos al Padre, unidos en un mismo Espiritu* (Eph. 2,18). El día anterior a su pasiôn... enseñaba a sus discipulos principalmente esta doctrina: *Mi paz os doy, mi paz os dejo* (Jo. 14,27). Y para que no se oscureciese con el nombre general de paz la paz tan sublime que nos habla de dar, dijo: *No os doy yo una paz como la dei mundo* (*ibid.*). Tiene el mundo también sus amistades y hace que muchos se amen con amor perverso. Hay quienes piensan del mismo modo encenagados en los vicios, y la semejanza en sus deseos produce la igualdad en los afectos... Estos no son de los amigos de Dios, sino de la paz dei mundo. Porque la paz de los espirituales y de los católicos, que viene de arriba y arriba nos conduce, no quiere que nos mezclemos con los amadores dei mundo de ningùn modo, sino que resistamos a todas sus dificultades, y libres de perniciosos deleites nos elevemos a los goces verdaderos..., adonde a los que sentimos y queremos lo mismo, a los que estamos unidos por la misma fe, esperanza y caridad, nos encamine y nos lleve el Espiritu de la paz, porque *los que se guían por el Espiritu de Dios, ésos son los hijos de Dios* (Rom. 8,14)» (cf. *ibid.*, *Serm.* 6 p.42-43).

I Obsequio al recién nacido. Compendio de los mandatos

«Y iqué cosa podemos hallar en los tesoros de la largueza del Señor más en consonancia con el homenaje debido a la présenté festividad que la paz anunciada por los ângeles por primera vez

en el nacimiento del Señor? Ella es la que engendra los hijos de Dios, la que fomenta el amor y produce la unidad. Ella es el reposo de los bienaventurados y la morada de la eternidad, cuyo principal oficio y especial beneficio es unir a Dios a los que se han separado del mundo. Y por lo mismo el Apóstol nos anima a tan gran bien, diciendo: *Justificados, pues, por la fe, mantengamos la paz con Dios* (Rom. 5,1). En tan breves palabras se contienen en resumen todos los mandamientos, porque donde estuviere la verdadera paz no puede faltar ninguna virtud. <Qué es, queridísimos, estar en paz con Dios sino querer lo que El manda y no querer lo que prohíbe? Y si en las amistades humanas se mantiene un mismo carácter y parecida voluntad o querer, hasta el punto que la divergencia en las costumbres nunca reporta una avenencia sólida, ¿cómo podrá participai de la paz de Dios aquel a quien desagrade lo que a Dios agrada y pretende deleitarse en lo que sabe le ofende? No es éste el espíritu de los hijos de Dios, ni la nobleza del hijo adoptivo permite tal proceder. Este linaje real y escogido corresponda a la dignidad de su origen, ame lo que su padre ama y no discrepe en nada del parecer de su autor, no sea que diga de nuevo el Señor: *Engendré hijos y los encumbré; ellos, sin embargo, me despreciaron. El buey reconoce a su dueño, y el asno, el pesebre de su amo, pero Israel no me ha reconocido y mi pueblo no me ha comprendido* (Is. 1.2)» (cf. *ibid.*, *Serm.* 6 p.39-40).

SECCION IV. TEOLOGOS

I. SANTO TOMAS DE AQUINO

Fiesta de Navidad

Los textos de Santo Tomás que hoy presentamos son de dos clases, unos se refieren y aclaran el dogma; otros versan sobre algunas circunstancias concretas del nacimiento del Redentor.

A) En Cristo hay dos nacimientos

a) En la eternidad y en el tiempo

«Se puede afirmar que Cristo ha nacido dos veces, según sus dos nacimientos; porque así como se dice que corre dos veces el que corre en dos tiempos, así puede decirse que nace dos veces el que nace una vez en la eternidad y otra en el tiempo; porque la eternidad y el tiempo difieren mucho más que dos tiempos, aunque uno y otro designen una medida de duración» (cf. 3 q.35 a. 2 ad 4).

b) LOS DOS NACIMIENTOS

«La naturaleza se compara al nacimiento como el término al movimiento o mutación; y el movimiento se diversifica según la diversidad de los términos, como consta por el Filósofo (*Phys.* V, 5,3: Bk 22Qa25). Pero en Cristo hay dos naturalezas, divina y humana, de las cuales la una la recibió «ab aeterno*» del Padre, y la otra la recibió temporalmente de la Madre. Por eso, es necesario atribuir a Cristo dos nacimientos: uno por el que nació eternamente del Padre, y otro por el que nació temporalmente de la Madre» (cf. 3 q.35 a.2 c).

La maternidad de Maria

a) La Virgen es madre de Cristo

♦La Bienaventurada Virgen Maria es verdadera y natural madre de Cristo, porque, como se ha dicho (q.5 a.2), el cuerpo de Cristo no ha sido traído del cielo, como supuso el hereje Valentin, sino

tornado de la Virgen Madré y formado de su purísima sangre; y esto es lo único que se requiere para ser madré. Por consiguiente, la Bienaventurada Virgen es verdaderamente la Madré de Cristo» (3 Q-35 a-3 c).

b) Es también Madré de Dios

«Todo nombre, que significa en concreto una naturaleza, puede atribuirse a una hipóstasis de esta naturaleza. Pero como la unión de la encarnación fué hecha en una hipóstasis, es evidente que este nombre *Dios* puede atribuirse a la hipóstasis que tiene la naturaleza humana y la naturaleza divina; y por eso, todo lo que conviene a la naturaleza divina o humana puede atribuirse a aquella persona, ya se le atribuya a ella un nombre que significa la naturaleza divina, ya se le atribuya otro que significa la humana.

Pero ser concebido y nacer se atribuye a la persona y a la hipóstasis según aquella naturaleza en que es concebida y nace. Ahora bien, como en el principio mismo de la concepción la naturaleza humana fué tomada por la persona divina, se puede afirmar con toda razón que Dios fué concebido y nació de la Virgen. Pero una mujer recibe el nombre de madré de una persona por haberla concebido y engendrado. De lo cual se sigue que la Bienaventurada Virgen se dice verdaderamente Madré de Dios. Porque sólo se podría negar que la Bienaventurada Virgen es Madré de Dios si la humanidad hubiera estado sometida a la concepción y al nacimiento antes que aquel hombre hubiese sido el Hijo de Dios, como supuso Fotino; o si la humanidad no hubiese sido levantada a la unidad de persona o hipóstasis dei Verbo de Dios, como supuso Nestorio. Pero ambas hipóstasis son erróneas; por consiguiente es herético negar que la Bienaventurada Virgen es Madré de Dios» (cf. 3 q.35 a.4 c).

«Es manifiesto que convenla que en la generación humana del Verbo de Dios resplandeciese alguna propiedad de la generación espiritual dei Verbo. Ahora bien, el verbo, según sale de quien lo profiere, tanto si es concebido interiormente como si es pronunciado exteriormente, no ocasiona la corrupción de quien lo profiere, sino que más bien es una muestra de la plenitud de perfección de quien lo pronuncia. Por consiguiente, fué conveniente que el Verbo de Dios fuera concebido y naciera según la generación humana, de tal manera que no corrompiera la integridad de la madré. Era también conveniente que el Verbo de Dios, por quien fueron hechas todas las cosas y por quien todas son conservadas en su integridad, naciera de modo que conservase la integridad de la madré en todo. Por lo tanto, fué conveniente que su generación fuese virginal» (cf. Suma contra los gentiles, 4,45: BAC 2,778).

C) Cristo nació del Espíritu Santo

a) La encarnación, expresión del Verbo

«Aunque cualquier operación divina destinada a producir algo en las criaturas es común a toda la Trinidad, como consta por lo dicho anteriormente (c.21), sin embargo, la formación del cuerpo de Cristo, que fué realizada por el poder divino, se atribuye convenientemente al Espíritu Santo, aunque sea común a toda la Trinidad

Esto conviene, al parecer, a la encarnación dei Verbo, porque, así como nuestro verbo, concebido en la mente, es invisible, pero se hace sensible manifestándolo externamente con la voz, así también el Verbo de Dios existe invisiblemente en el corazón del Padre, según la generación eterna, y por la encarnación es sensible para nosotros. Luego la encarnación dei Verbo de Dios es como la expresión vocal de nuestro verbo. Ahora bien, la expresión vocal de nuestro verbo se realiza por nuestro espíritu, por el cual se forma la voz de nuestro verbo. Según esto, también se dice convenientemente que la formación de la carne del Hijo de Dios se hizo por su Espíritu» (cf. *Suma contra los gentiles* 4,46: BAC 2,780).

b) La causa de la Encarnación

«Esto sirve también para indicar la causa que impulsó a la encarnación del Verbo. Y ésta no pudo ser otra que el inmenso amor de Dios hacia el hombre, cuya naturaleza quiso unir a sí en unidad de persona. Pero en la Deidad, el Espíritu Santo es el que procede como amor, según se dijo anteriormente (c.19). Luego fué conveniente que la obra de la encarnación se atribuyera al Espíritu Santo* (ibid.).

c) LA ENCARNACION, MAXIMO DON

«También en la Sagrada Escritura suele atribuirse cualquier gracia al Espíritu Santo, porque lo que se da gratuitamente parece ser concedido por el amor dei donante. Mas al hombre no se le ha podido conceder mayor gracia que unirse a Dios en persona. Luego esta obra se atribuye convenientemente al Espíritu Santo» (ibid.).

Cristo nació en Belén

a) Porque era de la familia de David

«Así como David nació en Belén, así también eligió a Jerusalén para establecer en ella la silla del reino y edificar allí el templo de Dios. Por eso escogió a Jerusalén para que ésta fuese a la vez

la ciudad real y la ciudad sacerdotal. Pero el sacerdocio de Cristo y su reino se consume» principalmente en su Pasiôn; y por eso eligiô convenientemente a Belén para la Natividad, y a Jerusalén para la Pasiôn» (cf. 3 q.35 a.7 ad 11).

b) Porque es «pan vivo»

«En segundo lugar, porque, como dice San Gregorio (cf. *In Evang.* 1,8: PL 76,1104), Belén se interpreta «casa de pan», y el mismo Cristo es el que dice *yo soy el pan vivo. que descendit) del cielo** (ibid.).

c) Para confundir la gloria de los hombres

«Al mismo tiempo confundiô con esta elecciôn la gloria de los hombres, que se glorian de traer su origen de nobles ciudades, en lo que quieren también ser honrados principalmente. Cristo, por el contrario, quiso nacer en una ciudad oscura y sufrir el oprobio en una ciudad noble» (ibid.).

E) En tiempo oportuno

a) Durante el censo de Quirino

«Cnsto habia venido para Uevamos del estado de la esclavitud al estado de la libertad. Por eso, as! como tomo nuestra mortalidad para conducimos a la vida, asi, como dice Beda (cf. *In Le.* 2,4,1 : PL 92,330), «se dignô encarnarse en el tiempo en que el César ordenaba que el recién nacido fuera inserito en el censo, para someterse a la esclavitud en interés de nuestra libertad» (cf. 3 q.35 a.8 ad 1).

b) Cuando el mundo estaba en paz

«En aquel tiempo en que todo el orbe vivia bajo el poder de un solo principe se disfrutô de mayor paz en el mundo. Por lo tanto, convenia que en aquel tiempo naciese Jesucristo, que *es nuestra paz, y de ambos ha hecho un solo pueblo*, como se dice en Eph. .2,14. Por esta razón anade San Jeronimo (cf. *Super Is.* 2,4,1.2: PL 24,46): «Si revolvemos las historias antiguas, encontraremos que hasta el ano 28 del reinado de César Augusto hubo guerras en el mundo entero; pero al nacer el Señor cesaron todas», según aquello de Is. 2,4: *No alzarâ la espada una nación contra otra nación*» (ibid.).

SEC. 4. TEÓLOGOS. SAN BUENAVENTURA

SAN BUENAVENTURA

La encamaciôn dei Verbo y el nacimiento de Cnsto en el aima

A) Convenienda de la encarnaciôn

(Cf. *Breviloquio*, p.4.“: BAC, *Obras de San Buenaventura* t.1 p.33Iy 335.)

a) La union de Dios y el hombre fué el medio más conveniente

i. A Dios por ser causa eficiente universal 59

«Puesto que el principio eficiente de las cosas no pudo ni debiô ser otro que Dios mismo, y no es menos reparar las cosas creadas que sacarlas a la existencia, como no es menos tampoco el perfecto existir que el mero existir, convenientisimo fué que el Principio reparador de las mismas fuera el Sumo Dios, a fin de que, as! como Dios todo lo créé por el Verbo Increado, asi también todo lo sanara por el Verbo Encarnado.

Y iqué mayor poder que unir dos extremos más distantes en una única persona? èQué cosa más sabia y conveniente que realizar, para la perfecciôn de todo el universo, la union de lo primero y de lo último, esto es, dei Verbo, Principio de todas las cosas, y de la naturaleza humana, la última de todas las criaturas? iQué mayor benevolencia que tomar el Señor *la forma de siervo* (Phil. 2,7) para rescatar al siervo?»

2. Era el mejor medio para que el hombre conociera, amara e imitara a Dios

El hombre espiritual al pecar se separô de Dios, potentisimo, sapientisimo y benevolentisimo, adquiriendo las opuestas condiciones de debilidad, ignorancia y maldad, e incapacitándose para imitar la virtud de Dios, conocer su luz y amar su bondad.

Por lo tanto, para que el hombre pudiera imitar a Dios, conocerle y amarle, necesario era que Dios»se le acercase, haciéndose cognoscible, amable e imitable. Y como quiera que el hombre ya no podía conocer, amar ni imitar más que las cosas que le eran semejantes o proporcionadas, el Verbo se hizo carne, de forma que el hombre pudiera conocer, imitar y amar a Dios fácilmente.

3. Conviene para poder reparar el dario y satisfacer el pecado

La reparaciôn debe devolver al aima:

- 1.º Aquella su excelencia por la que solo dependia de Dios.
- 2.º Su inocencia.
- 3.º La amistad con Dios.

NAVIDAD. 25 DICIEMBRE

Si el hombre fuese reparado por otra criatura, quedaria dependiendo de esta y no de Dios, no siendo por lo tanto completa la restauraciôn de la dignidad y exccelencia humanas.

Para devolver la mutua amistad se necesita un mediador que participe de la condiçôn de ambos enemigos, Dios y el hombre.

Devolver la inocencia por medio del perdôn requiere la intervenciôn de Dios, y perdonar, previa una satisfacciôn condigna, requiere un reparador que sea Dios y hombre.

Asi, pues, la restauraciôn de la excelencia del hombre requiere un restaurador excelentisimo; la de su amistad, un mediador amicusimo; la de su inocencia, un satisfactor suficientisimo.

De este modo el hombre que creado por el Verbo increado cayô por desolr al Verbo inspirado es reparador mediante el Verbo encarnado.

b) DOS NATURALEZAS EN UNA PERSONA

Para curar debiô Dios unirse a la naturaleza humana sin excepciôn de parte alguna, pues toda ella estaba enferma. Dicese que se «encarnô* por ser la carne lo mäs enfermo y por indicar mejor la humillaciôn de Dios (cf. ibid., c.2 p.335).

2. *Para satisfacer* se necesitaban ambas naturalezas, pues ninguno satisface sino el que debe y puede, y no debe sino el hombre, y no puede sino Dios.

3. *Para reconciliar* se necesita:

1.º Un mediador.

2.º Que vuelva el hombre al conocimiento de Dios.

3.º A su conformidad divina.

4.º A la filiaciôn divina.

Nadie mejor para mediador que el que es medio en la Santisima Trinidad, principio principiado; ni para dar a conocer a Dios que la Palabra por la que el Padre se manifiesta; ni para informarnos a El que su idea; ni para devolvemos la filiaciôn que el Hijo.

Como la naturaleza divina no puede ser sostenida por otra persona que la divina, ambas naturalezas tienen esa sola persona.

c) TIEMPO DE LA ENCARNACION

At u di venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum... (Gal. 4, 4). Dios esperô la plenitud de los tiempos, esto es, que transcurrieran muchas edades y economias religiosas antes de encarnarse (cf. ibid., c.4 p.343).

1. Porque para restaurai queria la cooperaciôn del libre albedrio, y como nadie busca al médico si no se reconoce enfermo, quiso dejar a la humanidad en su estado de ignorancia y soberbia mientras fracasaban todos los remedies.

2. La grandeza dei remedio de la encamaciôn requería .fuese

SEC. 4. TEOLOGOS. SAN BUENAVENTURA

amada y deseada, lo cual exigia una larga preparaci3n de profetas, etc.

3. La perfeccion gradual del universo pide que lo m1s perfecto sea lo 1ltimo.

B) De como es concebido y nace Cristo en el alma

Devotos y delicados y a la vez muy pr1cticos para pl1ticas espirituales son los p1rrafos de San Buenaventura en su op1sculo titulado *De cinco festividades del Ni1lo Jesus*. Aun cuando en el siglo XVIII se puso en tela de juicio la autenticidad del mismo, la opinion m1s comtin y segura es que se deba a la pluma del Ser1fico Doctor y pertenece al grupo de escritos que transparentan los finos sentimientos de su dulce alma, y son fruto de una contemplaci3n intima y sobrenatural (cf. *Las cinco festividades*: BAC, *Obras de San Buenaventura* t2 p.365).

a) Cristo es concebido espiritualmente por el alma devota

i. Fecundada por el Padre mediante inspiraciones,
comienza menospreciando al mundo

«Cuando el alma devota... comienza a ser visitada con nuevas inspiraciones, santos afectos la inflaman y altos pensamientos y consideraciones del cielo la acongojan. Enfonces, finalmente, despedidos de si los antiguos defectos y desestimados los vanos deseos de otro tiempo, es fecundada espiritualmente con el proposito de una nueva vida en espiritu de gracia por el Padre de las lumbres, de quien procede toda d1diva buena y todo don perfecto. Y enfonces, por la virtud del Altisimo y la sombra refrigerante del cielo... es cuando el Padre celestial fecunda al alma con una como divina semilla. Despu1s de esta concepci3n sacratisima, el alma se toma p1lida por la verdadera humildad en la conservation; siente nauseas del manjar y de la bebida por el menosprecio y total renuntia de las cosas mundanales; sus apetitos y deseos varian por la diversidad de los buenos prop3sitos e intenciones, y a las veces en el aniquilamiento de la propia voluntad, comienza a enfermar y a padecer incomodidades y dolencias de espiritu» (cf. o.c., p.367-369).

2. Sube luego a la montana, buscando la compania
y el consejo de los buenos

«Habiendo gustado el alma la Navidad del espiritu, comienza a subir con Maria a la montana; porque, despu1s de aquella concepci3n, las cosas terrenas engendran fastidio, y amor las celestiales y eternas. Ya empieza a huir de la compania de los que s3lo hallan sabor en lo vil y caduco de esta vida y a apetecer la familiaridad de los que anhelan por lo del cielo. Ya comienza a servir a Isabel, esto es, a los iluminados de la divina sabiduria, a los mas abrasados en amor. Este punto es muy de notar, por lo mucho que les importa a los taies: cuanto m1s se alejan dei mundo, tanto m1s se hacen m1s amigos y familiares de los buenos y tanfo menos

gusto reciben de la compara de los malos cuanto mäs los aficiona y enciende la honesta conversaciön de los Buenos... Eso mismo has de hacer tñ, alma devota, si sientes haber concebido del Espiritu nuevos deseos de vida celestial. Huye del trato y compania de los malos, asciende con Maria, busca los consejos de las personas espirituales, trabaja por seguir las huellas de los perfectos y contempla en los buenos palabras, obras y ejemplos» (ibid., p.369)

6ß j. Debe seguir adelante, sin cobardias, confiada en Dios

i.º *El peligro de ciertos consejos*

«Otros hay que parecen, y quizás lo son, buenos y religiosos; mas, con su perdön, son harto cobardes. No echan de ver que no estä abreviada la mano salvadora del Señor, ni disminuida la piedad del Altísimo, que gusta de favorecer con su poderosa ayuda; tienen celo de Dios, pero indiscreto, hijo de la ignorancia, puesto que por compasiön de los sufrimientos físicos, o tal vez por temor de que vuelvan atrás de lo comenzado—viendo a otros efectuar valerosamente propositos que ellos mismos estimaban buenos y santos, pero sin osar emprenderlos—, retraen las aimas de las obras de perfecciön. Disuaden de lo que excede las normas de la vida común, destruyen los santos consejos de la inspiraciön divina, y los consejos de los taies, atenta su vida, tanto son mas peligrosos cuanto mas autorizados.

A veces dicen éstos, objetando astutamente por el arte sofistico dei antiguo adversario: Haciendo esas cosas te juzgarän por santo, por buen religioso, por devoto. Y como aún están muy lejos de serlo a los ojos del Supremo Juez, que ve tus grandes y graves y horrendos pecados, seräs delincuente, perderäs el mérito de la obra y seräs condenado como hipócrita y fingido. Ciertos ejercicios solo convienen a los que nunca cometieron culpa, que llevaron una vida santa e inocente y dejaron todas las cosas por Dios y todo el tiempo de su vida permanecieron unidos a El*.

ffl 2.º No *hay* que oirlos

«Mas tñ, ioh carisima alma consagrada a Dios!, guárdate de ellos, y sube con Maria a la montaña. San Pablo no habia vivido sin pecado, no habia perdido al Señor mucho tiempo cuando fué arrebatado al tercer cielo y vio y contemplo a Dios cara a cara. Maria Magdalena, ayer toda soberbia, toda ambiciön, toda entregada a las vanidades dei mundo y a las codicias de la carne, hoy se asienta entre los apóstoles a los pies de Cristo, puesto el atento oido a la doctrina devota de la perfecciön. Y en brevisimo tiempo se hallô merecedora de ver a Dios, antes que todos, y constantemente anunciô a los otros las palabras de la Verdad. Que no es Dios aceptador de personas. No mira la nobleza del linaje, ni el número de los dias gastados en su servicio, ni la cantidad de las obras, sino el mayor fervor y caridad mäs ardiente dei alma devota. No piensa en lo que un tiempo fuiste, sino en lo que comienzas a ser ahora. En suma, los dictámenes de ciertos consejeros serian

harto reprehensibles, a no excusarlos la simplicidad, mas no deben ser aprobados.

Si no puedes salvarte por la inocencia, procura salvarte por la (>enitencia. Si no puedes ser Catalina o Cecilia, no tengas en poco el ser Maria Magdalena o de Egipto. Asi que, si sientes haber concebido al dulcísimo Hijo de Dios con el propôsito de una vida santa, despide estos venenos mortiferos y corre, date prisa y suspira, como mujer en su ultimo mes, por llegar felizmente al parto» (ibid., p.371-373).

b) Cristo nace espiritualmente en el alma devota

1. Cuando ejecuta el buen propôsito

-Atiende y considera como el bendito Hijo de Dios, ya espiritualmente concebido, espiritualmente nace en el alma. Nace, pues, cuando después de un sano consejo, después de maduro examen y después de haber invocado el patrocinio de la divina gracia, viene el hombre a poner por obra el santo propôsito. Nace cuando el alma empieza a ejecutar ya los buenos deseos mucho tiempo ideados, a los cuales,* con todo, no se acababa de déterminer, temerosa del éxito» (ibid., p.375).

h

2. Brota, como en Belén, la paz interior

«En este beatísimo nacimiento los ângeles cantan, glorifican a Dios y pregonan paz a los hombres; porque en efectuándose el buen deseo, concebido y meditado, luego al punto brota la paz del hombre interior. Que, cierto, en el reino del alma no reposa fácilmente la divina paz cuando lucha la carne contra el espíritu y el espíritu contra la carne; cuando el espíritu busca la soledad y la carne el bullicio; cuando Cristo atrae y alegra al espíritu y el mundo a la carne; cuando el espíritu codicia el reposo de la contemplación con Dios y la carne apetece las honras y cargos del siglo. Y al contrario, cuando la carne se sujeta al espíritu y, vencidos los obstáculos, se lleva a efecto la buena obra, luego la paz y alegría brotan en el corazón» (ibid.).

H

c) Hemos de ser como Maria

1. El nombre de Maria

•Si esta jocunda natividad le deleita, has de ser espiritualmente Maria. Su nombre significa oceano amargo, iluminadora y seriora. Has de ser, pues, tú mar amargo por el liante de la contrición, doliéndote amargamente de los pecados que cometistes, gimiendo inconsolable por los bienes que omitiste, afiigiéndote sin descanso por los días que inútilmente perdiste. Has de ser iluminadora por honesta convivencia de obras virtuosas y tener el cuidado de informar a los otros en el bien. Has de ser, finalmente, sefiora de

tus sentidos, de las concupiscendas carnales, de todas tus obras, sujetàndolas al juido de la razôn, buscando en todas ellas tu propia salud, la edificadôn del prôjimo, la alabanza y gloria de Dios».

71 a. La dulzura de ese nombre

«Esta es la feliz Maria que se lamenta y duele de los pecados cornetidos, resplandece y brilla de virtudes y senorea los apetitos sensuales. De esta espiritual Maria no se desdena Jesucristo de nacer espiritualmente con alegria, sin dolor y sin trabajo. El aima, después de este dichoso nacimiento, conoce y gusta cuán suave es el Señor Jesûs. Suave, en verdad, si nutrido con santas meditadones, si lavado en la fuente de calientes y devotas lâgrimas. Suave, si envuelto en los panales de castos y limpios deseos y traído en los brazos del santo amor. Suave, cuando se le colma de besos por continuos afectos de devodôn y se le abriga dentro en el seno del corazôn. De esta suerte, pues, nace en el alma el Nino Jesûs» (ibid., P.375-377).

SECCION V. ACTORES VARIOS

SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

Sermon sobre la Natividad del Señor

Extractamos uno de sus muchos sermones sobre la Natividad y formamos seguidamente una colección de los pensamientos repartidos por los otros (et. *Cando tert. In die Natali Domini*, ed. Complut. fol.37vto. 41).

A) *Sermon tercero*

a) Exordio

Comienza comentando el Salmo de David (71,17): «Tû, joh Dios!, me adocrinaste desde mi juventud y hasta ahora he pregonado tus grandezas. No me abandonee, pues, joh Dios!, en la vejez para que pueda manifestar tu poderio a esta generaciôn y tus proezas a la venidera».

Me instruiste, dice, en mi juventud, esto es, durante mi vida, pprque tû eres el Maestro, y yo lo cantaré hasta mi vejez, mientras haya vida en mi para hacer conocer tus glorias a las futuras generaciones. Estas futuras generaciones somos nosotros y estas maravillas el nacimiento del Señor.

No puede la Antigua Ley mostrar prodigios como el de Belén. ¿El mar se divide en dos? Eso no es nada; un océano infinito cabe encerrado en el vaso estrecho de un cuerpecillo. ¿La vara seca de Aarôn se cubrió de follaje? Eso no es nada. Una virgen ha dado a luz al hombre Dios. ¿Moisés en una cesta? Eso no es nada; el Rey del cielo esta en un pesebre. ¿Una columna de fuego guiando al pueblo por el desierto? Eso no es nada; el fuego divino, escondido en los labios de un cuerpo humano, conduce al mundo... Todas sus maravillas eran sombras; estas son la realidad.

b) Gloria de los atributos divinos

En todas las criaturas brilla el poder de Dios por su creaciôn..., pero ¿qué extraño es que Dios créé ângeles y cielo, criaturas bellas? •Lo que es un acto admirable de su poder es que la naturaleza creada y creadora, lo pasible y lo impasible, lo mortal y lo inmortal, en una palabra, Dios y el hombre, se hayan unido indisolublemente.

Gran union fué la de unir el alma y el cuerpo con nudo tan admirable y efectos tan profundos, que la muerte sea amarga, pero más admirable es la union del Verbo y la carne en una persona sola».

El castigo de los ángeles es de severidad temerosa y manifestación de la justicia divina, y, sin embargo, no me espanto con los rigores sufridos por el pecado, porque, Señor, me parecéis más severo al perdonarme que cuando castigasteis a los espíritus rebeldes.

«¡El hombre pecó y Dios se inmola! La falta de un hombre condena a muerte al Hijo único de Dios. ¡Oh Señor! Me espantáis más al rescatarnos que si nos hubierais abandonado, y al perdonarnos que si me hubierais dejado en la perdición. ¿Quién puede comprender una justicia semejante? Excusadme, Señor, yo os conjuro, pero deseo ardientemente vuestra gloria y no puedo expresar sin afligirme este acto de justicia. Os habéis excedido en vuestra obra y yo me excederé en las palabras. Si, Señor, habéis pasado los límites de la justicia y en el gran deseo de parecer justo habéis caído en un exceso de justicia. Si no fueseis Dios, os diría que una justicia exagerada os hace parecer injusto. ¿Qué justicia es esta que condena a morir al Hijo por el esclavo, al Inocente por el culpable, al Todopoderoso por un gusano? ¿No es más grande el castigo que la falta? Y ¿la satisfacción no es mayor que la ofensa? Si hay exceso, no hay igualdad; si no hay igualdad, no hay justicia... Pesad nuestros pecados..., pesad la muerte de vuestro Hijo y la balanza se inclina desigualmente...» Pero, ¡oh Señor!, ¡cómo vais a ser injusto? Habéis hecho justicia, pero una justicia a vuestro modo, al estilo de Dios, que no [] lemos comprender, pero veneramos, admiramos, adoramos y abrazamos con todas las fuerzas de nuestra alma.

«No es sólo el poder y la justicia. Son todos los atributos divinos los que resplandecen en este misterio..., bondad, sabiduría, misericordia, magnificencia y amor...» Hablaremos solo de lo principal de todo ello, del amor, porque en este misterio se notifica, según la Iglesia, la *multiforme sabiduría de Dios a los principados y potestades* (Eph. 3,10), pero el amor nos toca más cerca.

Parece que este misterio está diciendo a los mismos ángeles: *Venid y ved las obras de Dios. Cosas magníficas ha hecho en favor del hombre* (Ps. 65,5). ¿Quién es éste, dice también David, para que así obres con él? (Ps. 143,3). Habéis abierto todos los tesoros de vuestro amor, habéis satisfecho los deseos de vuestro corazón.

«En efecto, tan bueno sois por naturaleza, que vuestros ardores infinitos os empujan a extender vuestra bondad, pero hasta que el hombre fué creado no encontrasteis un ser capaz de satisfacer este deseo de hacer el bien». Por eso en la Sagrada Escritura no se lee que descansaseis hasta después de haber creado al hombre.

c) Exhortaciôn

Desgraciada la naciôn pecadora cargada de imquidades, raza maldita de hijos perversos que olvida los bñéficies de Dios (Is. 1,4).

San Jerônimo se quejaba de que la sangre reciente de Cristo, que bullia ardiente en el corazôn de los primeros cristianos, perdido su calor, se hubiese helado en el de sus contemporâneos. ¡Qué podré, entonces, decir yo en el frio de nuestros días...? Todos, desde los pequeôos a los grandes, todos estân llenos de rapinas, y todos, profetas y sacerdotes, llenos de fraudes (1er. 6,10). Las jôvenes no olvidan sus adornos, y las esposas, sus trajes; sôlo mi pueblo me olvida a mi (1er. 2,32).

Y vosotros, sacerdotes, que vivis para cantar las alabanzas del Senor... Los fieles en sus necesidades no tienen tiempo para hacerlo y os sostienen para que lo hagâis en su nombre. Si los clérigos cumplen con negligencia obligaciôn tan importante, conozcan el juicio que les espera a quienes estaban obligados a ello por el doble titulo de los bienes de Dios y el salario del pueblo.

Termina con una exhortaciôn a las religiosas para que alaben al Senor con los labios y el corazôn, y después todos juntos cantarlas con la gloria divina, en la gloria del cielo.

B) Trozos escogidos

a) Exordio

En este dia callarse seria un pecado (4 Reg. 7,9), porque hasta los ângeles cantan (Le. 2,14): *Gloria a Dios en las alturas*. «La admiraciôn me agobia, porque lo veo todo cambiado. Si alzo mis ojos al cielo, veo, ¡oh Dios mio!, lo que eres y lo que es tu Padre... Bajo los ojos, y ¡qué pobreza, qué miseria, que molestias, qué compania, que vestidos! No sé qué admirar, si vuestra grandeza, si vuestra humillaciôn...»

«Todo ha cambiado en ti, Senor, en quien no hay cambio (Iac. 1,17). Tu, poderoso y temible, ahora humilde y sin fuerzas; tû, *que herias a los grandes reyes* (Ps. 135,17), ahora tributario de un rey; tû, legislador del Sinai entre nubes y rayos, ahora callado entre dos animales. No te contiene el cielo ni la tierra y estas encerrado en un cuerpecillo tembloroso. Tu trono eran los siglos y hoy es una cuna... <Qué es lo que no ha cambiado cuando tu sabiduria enciende una lâmpara que iluminará al mundo y la pose en el candelero de la Cruz? ¡Oh maravilloso cambio! Los ângeles, hombres y animales, juntos en torno de un pesebre, todos viendo en el pesebre al Rey» (cf. *Concio* 2, ed. Complut., fol.44 ss.).

ffi

b) CoNTESfPLACIÖN DEL MISTERIO

‘De repente el rostro de la virgencita cambia, los colores son-
losan sus mejillas, toda ella toma el color de la pùrpura; son los
linos mezclados entre rosas bermejas. Su espiritu se inflama, ardo-
res desacostumbrados consumen esta alma feliz, inefables delicias
inundan su corazôn... La joven madré ha conocido las senales in-
mediatas, el Espiritu Santo la llama, sus rodillas se doblan, se consa-
gra entera a Dios y espera el cumplimiento de su adorable vo-
luntad...

San José esta presente. Asombrado ruega en silencio y espera,
cuando he aquí que encuentra al Nino delante de sus ojos, palpitando
y llorando. Es el Nino todopoderoso, el Nino admirable en quien
se encierran todos los tesoros de la sabiduria y de la ciencia (Col. 2,3).
¡Dios inmenso! Como del seno de purpura de la aurora se levanta el
sol que ciega, como el rayo que atraviesa el cristal sin mancharlo,
asi nace el Nino. Como una estrella extiende su fuego, como la rosa
temprana derrama a su alrededor perfume suave, asi la virgencita
entrega al mundo el Salvador. ¡Madre feliz! Adora a su hijo y le
ofrece el homenaje de su alma como a Dios, antes de prestarle los
cuidados necesarios como madre. ¡Oh Virgen, quién pudiera en-
trar en los pensamientos de tu alma y en la alegría de tu corazôn!»
(cf. *Concio 2*, *ibid.*).

La sabiduria de Dios *se extiende poderosa de uno al otro extremo
y lo gobierna todo con suavidad* (Sap. 8,1). Sólo ella sabe unir extre-
mos tan distintos; grandeza y abajamiento; majestad y humildad;
nacer de una virgen, reclinarse en un pesebre; brillar en el cielo,
tener por compaüia dos animales; recibir la adoraciön de los ân-
geles, estar envuelto en panales pobres y ser adorado por reyes;
estar callado en el pecho de su madre y ser anunciado por la luz
del cielo. Contrastes que me descubren dos naturalezas. Porque es
hombre, nace; porque es Dios, le adoran los Angeles; porque es
hombre, se viste de panales; porque es Dios le adoran los reyes;
porque es hombre, llora en el pecho de una virgen joven; porque
es Dios, el cielo le anuncia a las naciones; porque es hombre, su
madre le amamanta; porque es Dios, no tiene padre (cf. *Concio 5*,
ibid.).

II. FRAY LUIS DE LEON

Cristo, verdadero Hijo

Existe un cielo de fiestas—Encarnacion y Navidad—agrupados por los
Santos Padres, y en especial por San Leon, bajo un mismo signo teológico:
la filiación divina de Jesús y nuestra filiación sobrenatural. La propia litùrgia
nos lee en una de las misas de Navidad el primer capitulo del evangelio de

San Juan, en el que, iras describir al Verbo en el seno del Padre, nos lo muestra encarnado y haciéndonos hijos de Dios,

Fray Luis de Lcôn explica con teolôgica profundidad esta doctrina en los *Nombres de Cristo, Hijo y Padre del siglo futuro*. Los iremos reproduciendo a lo largo de estas festividades. Comenzamos hoy por el nombre de *Hijo* (cf *Obrat completas castellanas*. BAC, 2.ª ed. p.666 ss.).

A) *Condiciones para ser hijo*

a) N a c i d o p o r g e n e r a c i ò n

«Y cuanto a lo primero, hijo, como sabéis, llamamos, no lo que es hecho de otro como quiera, sino lo que nace de la substanda de otro, semejante en la naturaleza al mismo de quien nace; y semejante asi, que el mismo nacer le hace semejante, y le pinta, como si dijésemos, de los colores y figuras del padre, y pasa en él sus condiciones naturales. Por manera que el mismo ser engendrado sea recibir un ser, no como quiera, sino un ser retratado y hecho a la imagen de otro. Y como en el arte, el pintor que retrata, en el hacer dei retrato mira el original, y por la obra del arte pasa sus figuras en la imagen que hace, y no es otra cosa el hacer la imagen, sino el pasar en ella las figuras originales, que se pasan a ella por esa misma obra con que se forma y se pinta, asi en lo natural el engendrar de los hijos es hacer unos retratos vivos, que en la substanda de quien los engendra, su virtud secreta, como en materia o como en tabla dispuesta, los va figurando semejantes a su principio. Y eso es el hacerlos, el figurarlos y el asemejarlos a si».

b) P a r a p e r p e t u a r o d a r a c o n o c e r a l P a d r e

«Mas como entre las cosas que son haya unas de vida limitada y otras que permanecen sin fin, en las primeras ordenô la naturaleza que engendrasen y tuviesen hijos, para que en ellos, como en retratos suyos, y del todo semejantes a ellos, lo corto de su vida se extendiese y lo limitado pasase adelante, y se perpetuasen en ellos los que son perecederos en si; mas en las segundas, cuando los tiene, o las que de ellas los tienen, el tenerlos y el engendrarlos, no se encamina a que viva el que es padre en el hijo, sino a que se demuestre en él y parezca y saïga a luz y se vea. Como en el sol lo podemos ver, cuyo fruto, o si lo habemos de decir asi, cuyo hijo es el rayo que de él sale, que es de su misma cualidad y substanda, y tan lucido y tan eficaz como él... Y asi le produce, no para vivir en él, sino para mostrarse en él y para que, comunicándole toda su luz, veamos en el rayo quién es el sol. Y no solamente le veamos en el rayo, mas también le gocemos y seamos partidoneros de todas sus virtudes y bienes...»

c) Por ende, para amarle y obedecerle

•Y asi, para que uno se diga y sea hijo de otro, conviene, lo primero, que sea de su misma substancia; lo segundo, que le sea en ella igual y semejante del todo; lo tercero, que el mismo nacer le haya hecho asi semejante; lo cuarto, que o sustituya por su padre cuando faltare él, o, si durare siempre, lo represente siempre en si y le haga manifiesto y le comuniqué con todos. A lo cual se consigue que ha de ser una voluntad y un mismo querer el del padre y del hijo; que su estudio de él y todo su oficio ha de ser emplearse en lo que es agradable a su padre; que no ha de hacer sino lo que su padre hace, porque, si es diferente, ya no le es semejante, y por el mismo caso en aquello no es hijo; que siempre mire a él, como a un dechado, no sólo para figurarse a él, sino para volverle con amor lo que recibió con deleite, y para enlazarse en un querer puro y ardiente y reciproco el hijo y el padre...»

B) Cristo, Hijo único de Dios

st)

a) Engendrado

◆Porque, lo primero, El solo, según la parte divina que en si contiene, nace de la substancia de Dios, semejante por igualdad a aquel de quien nace; y semejante porque el mismo nacer y la misma forma y manera como nace de Dios le asemeja a Dios y le figura como El, tan perfecta y acabadamente, que le hace una misma cosa con El. Como El mismo lo dice (Io. 10,30): *Yo y el Padre somos una cosa*, de que diremos después más copiosamente.

Pues, según la otra parte nuestra que en si tiene, ya que no es de la substancia de Dios, mas, como Marcelo ayer decia, parece mucho a Dios, y es cuasi otro El por razón de los infinitos tesoros de celestiales y divinisimos bienes que Dios en ella puso. Por donde El mismo decia (Io. 14,9): *Felipe, quien a mi me ve, a mi Padre ve*.

81

b) Manifiesta al Padre

◆Demás de esto, el fin para que las cosas eternas, si tienen Hijo, le tienen, que es para hacerse manifiestas en El, y, como si dijésemos, para resplandecer por El en la vista de todos, Cristo solo es el que lo puede poner por obra, y el que de hecho lo pone. Porque El solo nos ha dado a conocer a su Padre, no solamente poniendo su noticia verdadera en nuestros entendimientos, sino también metiendo y asentando en nuestras aimas con suma eficacia sus condiciones de Dios y sus masas y su estilo y virtudes. Según la naturaleza divina hace este oficio, y según que es hombre, sirvió y sirve en este ministerio a su Padre, que en ambas naturalezas es voz que le manifiesta, y rayo de luz que le deslumbre, y testimonio que le saca a luz e imagen y retrato que nos le pone en los ojos.

En cuanto Dios, escribe San Pablo de El que *es resplandor de gloria y figura de su Padre, y de su substanda* (Hebr. 1,3). En cuanto hombre, dice El mismo de si (lo. 18,37): *Yo para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad*. Y en otra parte también (lo. 17,6): *Padre, manifesté a los hombres tu nombre*. Y conforme a esto es lo que Sanjuan escribe de El (lo. 1,18): *Al Padre nadie le viô jamâs; el Unigénito, que esta en su seno, ése es el que nos diô nuevas de El*».

c) Le ama y obedece

»Y como Cristo es Hijo de Dios solo y singular en lo que habemos dicho hasta ahora, asimismo lo es en lo que se resta y se sigue. Porque El solo, segùn ambas naturalezas, es de una voluntad y querer con El mismo. êNo dice El de si (lo. 4,34): *Mi mantenimiento es el hacer la voluntad de mi Padre?* <Y David de El en el Salmo (Ps. 30,8-9): *Er> la cabeza dei libro esta escrito de mi que hago tu voluntad, y que tu ley reside en medio de mis entraûas? Y en el huerto, combatido de todas partes, êQué dice? (Mt. 26,39): *No lo que me pide el deseo, sino lo que tu quieres, eso, Senor, se haga*. Y por la misma manera siempre hace, y siempre hizo, solamente aquello que viô hacer a su Padre. *No puede el Hijo*, dice (lo. 5,19). *hacer de si mismo ninguna cosa mâs de lo que ve que su Padre hace*. Y en otra parte (lo. 7,16): *Mi doctrina no es mi doctrina, sino de Aquel que me envia*. Su Padre reposa en El con un agradable descanso, y El se retorna todo a su Padre con una increíble dulzura, y van y vienen del uno al otro Hamas de amor ardiente y deleitosas. Dice el Padre (Mt. 3,17): *Este es mi querido Hijo, en quien me satisfago y descanso*. Dice el Hijo (lo. 17,4): *Padre, yo te he manifestado sobre la tierra, perfeccionado he la obra que me encomendaste que hiciese*.*

Y si el amor es obrar, y si en la obediencia del que ama se hace cierta prueba de la verdad del amor, ^cuâto amô a su Padre quien as! le obedeciô como Cristo? *Obedeciôle*, dice (Phil. 2,8), *hasta la muerte. v hasta la muerte de cruz...»*

C) Nacimiento eterno de Cristo

«Tiene nombre de Hijo Cristo, porque el Hijo nace y porque le es a Cristo tan propio y, como si dijésemos, tan de su gusto el nacer, que sôlo El nace por cinco diferentes maneras, todas maravillosas y singulares. Nace, segùn la divinidad eternamente del Padre. Naciô de la Madré virgen, segùn la naturaleza humana, temporalmente. El resucitar, después de muerto, a nueva y gloriosa vida para mâs no morir, fué otro nacer. Nace en cierta manera en la hostia, cuantas veces en el altar los sacerdotes consagran aquel pan en su cuerpo. Y, ùltimamente, nace y crece en nosotros mismos siempre que nos santifica y renueva. Y digamos por su orden de cada uno de estos nacimientos por si...»

NAVIDAD. 25 DICIEMBRE

a) CoNVENIA QUE DIOS TUVIESE UN HIJO

k

«Porque, aunque parecerâ a alguno, como a los infieles parece, que a Dios, siendo como es en el vivir etemo y en la perfecciôn infinito y cabal en si mismo, ni le era necesario el tener Hijo, ni mènes le convenia engendrarlo; pero considerado por otra parte, como es la verdad, que la esterilidad es un género de flaqueza y pobreza y que, por la misma causa, lo rico, y lo perfecto, y lo abundante, y lo poderoso, y lo bueno, conforme a derecha razôn, anda siempre junto con lo fecundo, se ve luego que Dios es fecundisimo, pues no es solamente rico y poderoso, sino tesoro infinito de toda la riqueza y poder, o por mejor decir, la misma bondad y poderio y riqueza infinita...»

85

b) Lo TWO DE LA MANERA MAS PERFECTA

«Y porque Dios es sumamente perfecto en todo cuanto es, fue menester que la manera como engendra y pone en ejecuciôn la infinita fecundidad que en si tiene, fuese sumamente perfecta...»

Porque lo primero es asi, que Dios, para engendrar a su Hijo, no usa de tercero de quien lo engendre con su virtud, como acontece en los hombres; mas engéndralo de si mismo y prodúcelo de su misma substancia, con la fuerza de su fecundidad eficaz...

Lo otro, no aparta de si lo que engendra, que eso es imperfec-ciôn de los que engendran asi, porque no pueden poner toda su semejanza en lo que de si producen, y asi es otro lo que engendran; y el hombre, aunque engendra hombre, engendra otro hombre apartado de si, que dado que se le parece y allega en algunas cosas. en otras se le diferencia y desvia y al fin se aparta y divide y desemeja, porque la division es ramo de desemejanza y principio de disensiôn y disconformidad. Por donde, asi como fué necesario que Dios tuviese Hijo, porque la soledad no es buena, asi convino también que el Hijo no estuviese fuera del Padre, porque la divisiôn y apartamiento es negocio peligroso y ocasionado, y porque en la verdad el Hijo, que es Dios, no podia quedar sino en el seno y, como si dijésemos, en las entrañas de Dios, porque la divinidad forzosamente es una y no se aparta ni divide. Y asi dice Cristo de si (lo. 10, 78) que *El esta en su Padre y su Padre en El*. Y San Juan dice del mismo (lo. 1,18) *que esta siempre en el seno del Padre*. Por manera que es Hijo engendrado, y esta en el seno del que lo engendra. En que, por ser Hijo engendrado, se concluye que no es la misma persona del Padre que le engendré, sino otra y distinta persona; y por estar en el seno de El, se convence que no tiene diferente naturaleza de El, ni distinta. Y asi el Padre y el Hijo son distintas personas para compania y una en esencia de divinidad para descanso y concordia.

Lo tercero, aquesta generaciôn y nacimiento no se hace partidamente ni poco a poco ni es cosa que se hizo una vez v quedô hecha.

y no se hace después, sino por cuanto es en si limitado todo lo que comienza y acaba, y lo que es Dios no tiene limite, desde toda la eternidad el Hijo ha nacido del Padre y eternamente está naciendo, y siempre nace todo y perfecto y tan grande como es grande su Padre...

Lo otro, en esta generaciôn no se mezcla pasiôn alguna ni cosa que perturbe la serenidad del juiçio; antes se celebra toda con pureza y luz y sencillcz...»

D) Generaciôn intelectual del Verbo

a) Engendrado por ser idea

«Antes, y sea lo quinto, el entendimiento de Dios, despejado y clarísimo, es el que la celebra, como los santos antiguos *o dicen expresamente y como las Sagradas Letras lo dan bien a extender. Porque Dios entiende, por cuanto todo El es mente y entendimiento; y se entiende a si mismo, porque en El solo se emplea su entendimiento como debe. Y entendiéndose a si y siéndole natural, por ser suma bondad, el apetecer la comunicaciôn de sus bienes, ve todos sus bienes, que son infinitos, y ve y comprende según qué formas los puede comunicar, que son también infinitas, y de si y de todo esto que ve en si dice una palabra que lo declara, esto es, forma y dibuja en si mismo una imagen viva, en la cual pone a si y a todo lo que ve en si, así como lo ve menuda y distintamente, y pasa en ella su misma naturaleza entendida y cotejada entre si misma y considerada en todas aquellas maneras que comunicarse puede, y, como si dijésemos, conferida y comparada con todo lo que de ella puede salir. Y esta imagen, producida en esta forma, es su Hijo.

Porque como un grande pintor, si quisiese hacer una imagen suya que lo retratase, volveria los ojos a si mismo primero y pondria en su entendimiento a si mismo y, entendiéndose menudamente, se dibujaria alli primero que en la tabla, y más vivamente que en ella y este dibujo suyo, hecho, como decimos, en el entendimiento y por él, sería como un otro pintor, y si le pudiese dar vida sería un otro pintor de hecho, producido del primero, que tendria en si todo lo que el primero tiene, y lo mismo que el primero tiene, pero allegado y hecho vecino al arte y a la imagen de fuera; así Dios, que necesariamente se entiende y que apetece el pintarse desde que se entiende, que es desde toda su eternidad, se pinta y se dibuja en si mismo, y después, cuando le place, se retrata de fuera. Aquella imagen es el Hijo; el retrato que después hace fuera de si son las criaturas, así cada una de ellas, como todas allegadas y juntas. Las cuales, comparadas con la figura que produjo Dios en si y con la imagen del arte, son como sombras oscuras y como partes en extremo pequenas y como cosas muertas en comparaciôn de la vida...»

«Comparándolo con la tercera persona de la Trinidad, el Espíritu Santo, sola esta imagen es la que se llama Hijo con propiedad y verdad. Porque, aunque el Espíritu Santo sea Dios como el Padre y tenga en si la misma divinidad y esencia que El tiene, sin que en ninguna cosa de ella se diferencie ni desemeje de El, pero no la tiene como imagen y retrato del Padre, sino como inclinación a El y como abrazo suyo; y así, aunque sea semejante, no es semejanza según su relación particular y propia ni su manera de proceder tiene por blanco el hacer semejante, y por la misma razón no es engendrado ni es Hijo. Quiero decir que como yo me puedo entender a mi mismo y me puedo amar después de entendido, y como del entenderme a mi nace en mi una imagen de mi y del amarme se hace también en mi un peso que me lleva a mi mismo y una inclinación a mi que se abraza conmigo, así Dios, desde su eternidad, se entiende y se ama y entendiéndose, como dijimos, y comprendiendo todo lo que su infinita fecundidad comprende, engendra en si una imagen viva de todo aquello que entiende; y de la misma manera. amándose a si mismo, y abrazando en si a todo cuanto en si entiende, produce en si una inclinación a todo lo que ama así, y produce, como dicho habemos, un abrazo de todo ello.

Mas diferimos en esto; que en mi esta imagen y esta inclinación son unos accidentes sin vida y sin substancia; mas en Dios, a quien no puede advenir por accidente ninguna cosa, y en quien todo lo que es, es divinidad y substancia, esta imagen es viva y es Dios, y esta inclinación o abrazo, que decimos, es abrazo vivo y que esta sobre si. Aquella imagen es Hijo, porque es imagen; y esta inclinación no es Hijo, porque no es imagen, sino Espíritu, porque es inclinación puramente; y estas tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo, son Dios y un mismo Dios, porque hay en todas tres una naturaleza divina sola; en el Padre de suyo, en el Hijo recibida del Padre, en el Espíritu recibida del Padre y del Hijo. Por manera, que esta única naturaleza divina en el Padre esta como fuente y original, y en el Hijo como en retrato de si misma. y en el Espíritu como en inclinación hacia si...»

Puesto que Dios al formar su Idea representa en ella todos sus bienes y las formas con que los puede representar en las criaturas, siguese que entre la realidad que tienen estas en si mismas y la que tienen en el Verbo existe la misma diferencia que la que habria entre el autorretrato del pintor y la idea que este hubiera formado de si mismo, caso de haberle podido dar su propia vida.

«Porque el ser que allí las cosas tienen es ser verdadero y macizo, porque es el mismo de Dios; mas el que tiene en si es trefe

y baladi y, como decimos, en comparaciôn de aquél es sombra de SCR' j°r, ,nde ,ella TM9ma dice de si (Eccli. 24,25): *En mi estâ la manida de la vida y de la verdad; en mi toda la esperanza de la vida y de la virtud*. En que, diciendo que estâ toda la vida en ella, manifiesta que tiene ella en si el ser de las cosas, y diciendo que estâ la verdad, dice la ventaja que el ser de las cosas que tiene, hace al que ellas mismas tienen en si mismas; que aquél es verdad y éste, en su comparaciôn, es engaño...

\ por la misma tazôn aquesta viva imagen es sabiduria puramente, porque es todo lo que sabe de si Dios, que es perfecto saber, y porque es el dechado y, como si dijésemos, el modelo de cuanto Dios hacer sabe; y porque es la orden, y la proporciôn, y la medida, y la decencia, y la compostura, y la armonia, y el limite, y el propio ser y razôn de todo lo que Dios hace y puede. Por lo cual San Juan, en el principio de su Evangelio (1,1), le llama *Logos* por nombre, que, como sabéis, es palabra griega que significa todo aquesto que he dicho.

Y, por consiguiente, aquesta imagen puso las manos en todo cuanto Dios crié, no solamente porque era ella el dechado a quien miraba el Padre cuando hizo las criaturas, sino porque era dechado vivo y obrador, y que ponía en ejecuciôn el oficio mismo que tiene. Que, aunque tornemos al ejemplo que he puesto otra y tercera vez, si la imagen que el pintor dibujô en si de si mismo tuviese ser que viviese, y si fuese substancia capaz de razôn, cuando el pintor se quisiese retratar en la tabla, claro es que no solamente menearia el pintor la mano mirando a su imagen, mas ella misma por si misma le regiria el pincel y se pasaria ella a si misma en la tabla. Pues asi San Pablo (Hebr. 1,2) dice de aquesta imagen divina que hizo el Padre por ella los siglos. Y ella, iqué dice? (Eccli. 24,5-6): *Yosali de la boca del Alto, engendrada primero que criatura ninguna; yo hice que naciese en el cielo la luz, que nunca se apaga; y como niebla me extendi por toda la tierra...*

Todas las criaturas que hace Dios, cada una por si, en este Hijo las pariô, como si digamos, primero todas mejoradas y juntas, y asi él solo es el parto de Dios cabal y perfecto, y todo lo demás que Dios hace nació primero en este su Hijo..., y por eso nace en si mismo después, porque nació eternamente primero en El.

<Qué dice acerca de éste San Pablo? (Eph. 1,15): *Es imagen de Dios invisible, primogenito de todas las criaturas, porque todas se produjeron por El, asi las de los cielos como las de la tierra, las visibles y las invisibles*. Dice que es imagen de Dios para que se entienda que es igual a El y Dios como El... Imagen de Dios invisible, para dar a entender que Dios que no se ve, por esta imagen se muestra, y que su oficio de ella es, segun deciamos, sacar a luz y poner en los ojos publicos lo que se encubre sin ella. Y porque dice que era imagen, aôade que es *engendrado*, porque, como estâ dicho, siempre lo engendrado es muy semejante. Y dice que es engendrado primero o que es *primogenito*, no sôlo para decir que antecede en

tiempo el que es eterno en nacer, sino para decir que es el original universal engendrado, y como la idea eternamente nacida de todo lo que puede por el discurso de los tiempos nacer, y el patrón vivo de todo, y el que tiene en si y el que deriva de si a todas las cosas su nacimiento y origen. Y así, porque dice esto, añade luego a propósito de ello y para aclararlo mejor: *Porque en El se produjeron todas las cosas, así las de los cielos como las de la tierra, las visibles y las invisibles. En El*, dice; que quiere decir: *en El y por El; en El* primera y originalmente, y *por El*, después como por maestro y artífice...»

F) Como el sol

«Ninguna de las cosas visibles nos representa más claramente que el sol las condiciones de la naturaleza de Dios y de esta su generación que decimos. Porque así como el sol es un cuerpo de luz que se derrama por todo, así la naturaleza de Dios, inmensa, se extiende por todas las cosas. Y así como el sol, alumbrando, hace que se vean las cosas que las tinieblas encubren, y que puestas en obscuridad parecen no ser, así la virtud de Dios, aplicándose, trae del no ser a la luz del ser a las cosas. Y así como el sol de suyo se nos viene a los ojos, y cuanto de su parte es nunca se esconde porque es él la luz y la manifestación de todo lo que se manifiesta y se ve, así Dios siempre se nos pone delante, y se nos entra por nuestras puertas, si nosotros no le cerramos la puerta, y lanza rayos de claridad por cualquiera resquicio que halle. Y como al sol, juntamente le vemos y no le podemos mirar: vemosle, porque en todas las cosas que vemos miramos su luz; no le podemos mirar, porque si ponemos en él los ojos, los encandila, así de Dios podemos decir que es claro y obscuro, oculto y manifiesto. Porque a El en si no le vemos, y si alzamos el entendimiento a mirarle, nos ciega, y vemosle en todas las cosas que hace, porque en todas ellas resplandece su luz. Y—porque quiero llegar esta comparación a su fin—así como el sol parece una fuente que mana y que lanza claridad de continuo, con tanta priesa y agona que parece que no se da a manos, así Dios, infinita Bondad, está siempre como bulliendo por hacernos bien, y enviando como a borbotones bienes de si sin parar ni cesar.

Y para venir a lo que es propio de ahora, así como el sol engendra su rayo—que todo este bulto de resplandor de luz que bana el cielo y la tierra un rayo de sol es, que envía de si todo el sol—, así Dios engendra un solo Hijo de si, que reina y se extiende por todo. Y como este rayo de sol, que digo, tiene en si toda la luz que el sol tiene, y esa misma luz que tiene el sol, y así su imagen del sol es su rayo, así el Hijo que nace de Dios tiene toda la substancia de Dios, y esa misma substancia que El tiene, y es, como decíamos, la sola y perfecta imagen del Padre; y así como en el sol, que es puramente luz, el producir de su rayo es un enviar luz de si, de manera que

SEC. 5. AUTORBS VARIOS. BOSSUET

la luz, dando luz, le produce, esto es, que le produce la luz, figurándose y pintándose y retratándose, así el Padre eterno, figurando su ser en sí mismo, engendra a su Hijo. Y como el sol produce siempre su rayo, que no lo produjo ayer y cesó hoy de producirlo, sino siempre le produce, y con producirle siempre, no le produce por partes, sino siempre y continuamente sale de él entero y perfecto, así Dios siempre desde toda su eternidad engendrô y engendra y engendrarâ a su Hijo, y siempre enteramente. Y como estándose en su lugar, su rayo no le hace présente, y en El y por El se extiende por todas las cosas el sol, y es visto y conocido por él, así Dios, de quien San Juan dice (1,18) que *no es visto de nadie*, en el Hijo suyo que engendra nos resplandece y nos luce y, como El lo dice de sí, El es el que nos manifiesta a su Padre. Y, finalmente, así como el sol, por la virtud de su rayo, obra adondequiera que obra, -isí Dios lo criô todo y lo gobierna todo en su Hijo, en quien, si lo podemos decir, están como las simientes de todas las cosas».

III. BOSSUET

Cristo Hombre, pasible y pobre

Inscnamos aquí el primer sermôn de Navidad, pronunciado en Menin 1656 (cf. ed. Lebarq, t.2 p.274, Paris. Desclée, 1929).

A) Exordio

«Nos reunimos para admirar la aniquilaciôn dei Verbo y gozarnos del piadoso espectâculo de ver cómo Dios desciende para levantarnos, se rebaja para hacernos crecer, y se empobrece para repartîmes sus tesoros».

Dios bajô de su grandeza a nuestra pequeñez por tres grados: haciéndose primero hombre, vistiéndose después de nuestras enfermedades, al tomar carne pasible, y, finalmente, naciendo en la pobreza. Es lo que significa el Evangelio (Le. 2,12) al decir: *Encontraréis un niño—la humildad—envuelto en panales* — el frío y nuestras tlaquezas—*en un pesebre*—la pobreza.

Pudo hacerse hombre y tomar nuestra naturaleza, tal y como la tuvimos en el paraíso. Pudo tomarla tal y como la tenemos hoy, pero cubriendo su debilidad con las glorias de abundancia y de pompa que el mundo admira. Y, sin embargo, recorriô estos tres grados de descenso: hacerse menor que los ângeles (*paulo minus ab angelis*), cargar con nuestra naturaleza enferma por el pecado y, pareciéndole poco, tomar también los ultrajes de la fortuna y la pobreza.

Pero aún hay más. Estos tres grados de humillaciôn se dieron como señal para que fuera conocido: *Dabo vobis signum* (Le. 2,121).

«-Serial del Salvador estar sujeto a todas nuestras miserias, aumentadas por la pobreza? Si. Y ése sera el argumento de nuestro sermôn.

Tu naturaleza cayô por el pecado. El Señor la tomô para curarla. Estas sujeto a mil debilidades. El Señor las ha tornado para curarte. Las penalidades te asustan. El se ha hecho pobre para quitarte el miedo.

B) Cristo Hombre

a) El terror a Dios

Para entender como nos ha levantado Dios, debemos entender cómo, al tomar nuestra naturaleza, nos ha devuelto la posibilidad de acercarnos al que habíamos perdido por el pecado.

Después de la maldición pronunciada contra nosotros, el hombre se sintió sujeto al terror a Dios. El pueblo en el desierto no se atrevía a oír a Dios por miedo a morir (Ex. 22,19). Los padres de Sansón dijeron: *Moriremos de muerte, porque hemos visto al Señor* (Jud. 13,22). Jacob, después de su visión, gritó asustado: *Terribles este lugar y verdaderamente que aquí esta la casa de Dios* (Gen. 28,17). *Desgraciado de mí*, lloraba Isaías, *porque he visto al Señor de los ejércitos* (Is. 6,5). ¿Qué desgracia puede ser ésa para sobrecojer a tan gran profeta?

Las causas son dos, primero la grandeza de Dios, y segundo su cèlera irritada. La primera produce aniquilamiento delante de tal majestad. La segunda, amilanamiento ante las amenazas.

Pero el Hijo de Dios al encamarse cubre con su humanidad los esplendores de la divinidad, para que cesemos de temblar ante sus amenazas. Meditémoslo.

Fácil es entender lo infinitamente lejos que estamos de Dios. Todos sus atributos—infinidad, omnipotencia, etc.—lo distancian de nosotros. Sólo su bondad lo acerca.

En efecto, Isaías gritaba: *Escondéos, meteos debajo de tierra. buscad las cuevas mas profundas, delante del rostro terrible de Dios y de la gloria de su majestad* (Is. 2,10). Esa es la majestad de Dios que aleja a los hombres.

En cambio, la misericordia nos acerca. *Tu misericordia nos sigue*, dice David (Ps. 22,6). No solo nos sigue, nos envuelve: *Sperantem autem in Domino misericordia circumdabit* (Ps. 31,10).

Pero para que la bondad de Dios nos acerque a El es necesario que seamos inocentes, porque en cuanto pecamos la bondad se retira, sólo vemos aquello que nos aleja. Cuando en la corte pierde el favor aquel que nos facilitaba la entrada, no encontramos va en ella más que dificultades, y cuanto más grande y solemne

sea la corte, mayores serán éstas. Pues así, después del pecado, alejada la bondad, ya no queda en Dios ornés que una luz que ciega y una majestad que asombra».

Si la grandeza nos aleja, la justicia hace más. Nos rechaza. Grande fué el horror de Adán y Eva cuando fueron arrojados del paraíso. Por todas partes parecía seguirles la espada de fuego. (¿Dónde podrían esconderse? Es lógico que después de aquella maldición la humanidad haya tenido miedo a Dios.

Tales son los extremos de nuestra miseria. Alejados de Dios y sin poder acercarnos a El. *Redde, mihi laetitiam, salutaris tui* (Ps. 50,14): *Devuélveme la alegría de tu vista*.

Dios nos ha oído. *Et hoc vobis signum*, ésa es la señal, el Niño del pesebre. Ya no esté Dios irritado ni alejado del hombre, puesto que se ha hecho hombre. Ha vuelto a aparecer su bondad, ocultando todos los atributos que nos asustaban. *Apparuit benignitas*. *Ha aparecido el amor y la humanidad de nuestro Salvador* (Tit. 2.

En el pesebre ha ocultado su gloria, su poder, su grandeza, su justicia rigurosa. Solo aparece la bondad.

Los antiguos temblaron con razón, como Isaías, viendo su majestad o, como Adán, temiendo su justicia. Pero nosotros no podemos temblar, porque el que era mayor que los ángeles se ha hecho como nosotros, para que lo tratemos de igual a igual (cf. Tertull., *Adv. Mare.*, 3,24).

Acerquémonos confiados a Dios. Nadie objete nuestra flaqueza y nada. porque por nada que yo sea, soy hombre, y Dios, que lo es todo, es hombre también. Este *Hijo nos ha sido dado, y para nosotros se ha hecho niño pequeño* (Is. 9,6). Ahora yo me uno al lado que Cristo tiene igual a mí, a su humanidad, y entro en posesión de lo que tiene igual al Padre. ¡Cristiano! Levanta tu ánimo. ¡Qué tienen ya que ver contigo los placeres del animal y las cosas de la tierra? Dios se ha encarnado para que el hombre aprenda a vivir como Dios, *ut homo divine agere doceretur* (cf. Tertull., *ibid.*).

Indigno de Dios? Lo que es indigno de Dios es útil para mi salvación. Y desde el momento que me es útil déjà de ser indigno para Dios, porque nada hay más digno de El que la salvación del hombre (cf. Tertull., *ibid.*).

C) *Cristo mortal*

Los panales del Niño nos recuerdan su sudario. Ciertamente que la cuna y las envolturas de los niños tienen no sé qué sabor de sepultura. Siguiendo, pues, este simil, después de haber considerado al Señor tomando nuestra naturaleza, consideremos ahora, al contemplar los lienzos en que esté envuelto, la mortalidad que asume con todas sus consecuencias.

Puesto que es Dios, bien esta que haga milagros; puesto que

NAVIDAD. 25 DICIEMBRE

es hombre, no cabe avergonzarse de nuestras debilidades. Por eso hizo cosas tan altas y tan pequefias, elevando sus obras bajas con las extraordinarias y templando las extraordinarias con las comunes. Nacido, pero de madre virgen; corne, pero cuando le parece bien hace que los ângeles le sirvan la mesa; duerme, pero en su sueûo impide que la barca se hunda; anda, pero, cuando lo ordena, las aguas le sostienen; muere, pero en su muerte espanta a toda la naturaleza, y se mantiene en un medio tan exacto, que pareciendo hombre sabe demostrar que es Dios...

Ahora bien, ;cômo puede curar nuestras flaquezas con las tuyas? iPues que, nos basta saber que el Hijo de Dios las ha tornado, para esperar que las sane? *Et hoc vobis signum*. El Apôstol lo entendiô admirablemente, y por eso, contemplando las debilidades del Maestro, se consolaba de las tuyas. *No tenemos un pontifice insensible a nuestros males* (Hebr. 4,15). El los ha probado todos. *Tentatum per omnia* (ibid.). Esa es la serial. No hay quien se compadezca mejor de las desgracias del prôjimo que quien ha padecido las mismas. Cristo ha sufrido todas las que podemos sufrir nosotros: harnbre, sed, cansancio... Por eso Pablo llega a gloriarse de sus dolores diciendo: *No tenemos un pontifice insensible a nuestros males*. él los siente, se compadece y tiene piedad. Porque *tentatum pe> omnia*, los ha pasado todos, excepto el pecado.

èPero que? <Es que acaso Dios necesitaba hacerse hombre para conocer nuestros sufrimientos? No; no es ése el pensamiento de San Pablo. La experiencia no ha aumentado la ciencia de Dios. pero ha aumentado su compasiôn. Ya no se compadece de nosotros como el que tranquilo en el puerto lamenta el peligro de los navegantes en plena tempestad, sino que, teniendo présentes siempre sus antiguas amarguras, nos compadece como se compadecen unos a otros los que se encuentran juntos en el mismo mar.

Siendo esto asi, el que busqué un consuelo fuera de Jesûs no merece consuelo alguno. Porque la compasiôn de Cristo no es un afecto inûtil. Conmueve, si, su corazôn, pero mueve también su brazo. Presentadle vuestras penas...

Terminad, Serior, vuestra obra. Al encamamos me demostrasteis que mi fin era Dios. Tornando mis flaquezas me hacéis pasar por encima de ellas. Deshaced ahora los impedimentos que me detienen.

Esto es lo que consigue Dios naciendo en un pesebre, deshaciendo la ilusiôn de los bienes exteriores que llamamos honores, riquezas y placer.

El mundo suele engaôarnos o con sus falsas dulzuras o con miedo. A los unos les hace ambicionar las voluptuosidades y la abundancia. A los otros les atemoriza hasta que os dicen. Yo no

quiero grandes riquezas, pero tampoco puedo resistir la pobreza; yo no quiero vivir en el mundo de las grandes intrigas, pero también me repugna vivir oscuro. Y de este modo, unos por ambición de lo grande y otros por temor de lo escaso, ambos se desvían del camino recto.

«Cristo desenmascara al mundo. Si todos esos honores fueran honores verdaderos, ¿quién los hubiera merecido mejor que Dios? Pero los juzgo indignos de Él, y al no quererlos, los rechazo, y, al rechazarlos, los condeno, y al condenarlos, los dejo para pompa del diablo». Esta es la sentencia que pronunció Cristo contra todas las vanidades de los hombres. ¡Qué crimen, qué desgracia, si las estimas tú!

Todos los argumentos del mundo fallan delante de estas dos verdades: ¡Cristo es pobre! ¡Dios es pobre! Su cuna no es una cuna humilde, es el carro triunfal que se arrastra por encima de un mundo vencido, por encima del temor a la pobreza, de los honores..., y que mirándonos nos dice (lo. 16,33): *Confiad, yo he vencido al mundo*. Cuando temáis, mirad al pesebre: *Et hoc vobis signum*.

Los judíos esperaban un mesías que les diera el imperio del mundo y la felicidad en la tierra. ¡Cuántos judíos hay entre nosotros! Cristo no está entre esas cosas. ¿Pues dónde? «Si es despreciable, si es oscuro y bajo a los ojos de los hombres, éste es el Jesucristo que yo busco» (cf. Tertuliano, *Adv. Marc.*, 3,18).

Termina Bossuet diciendo que muchos entablan un diálogo con Cristo queriendo conseguir que transija con sus criterios, pero en vano. Si no lo hacen con las palabras, a lo menos lo hacen con las obras. Finalmente, extiéndese en una exhortación, en la que invita a seguir las huellas de Cristo.

IV. CARDENAL MERCIER

La gloria de Dios, fin de Cristo y nuestro

Última y profundísima parte de un retiro dado a los sacerdotes (cf. *La vida interior*, plát.6 entret.6 y concl.).

A) La gloria del Padre, fin de las obras de Dios

«El anuncio de los ángeles cuando cantaron gloria a Dios en la sublimidad de los cielos no se dirige sólo a los pastores, sino a todos nosotros*.

Existen dos ciclos de vida divina: la vida divina en Dios y la vida de la gracia en nosotros. Los dos ciclos terminan glorificando al Padre y el órgano de esa glorificación es Cristo *ut in omnibus*

glorificetur Deus per Iesum Christum, cui est gloria et imperium in saecula saeculorum (1 Petr. 4,11).

Las obras divinas brillan por su acabada unidad. La comunicaci3n de la esencia de Dios hecha por el Padre al Hijo y por ambos al Espiritu Santo es una obra unitiva a la vez que distintiva, y el mismo acto vital que opera la distincion de la tercera persona, al ser un acto de amor, ha de ser tambi3n unitivo por naturaleza, *in unitate Spiritus Sancti*.

Como el mar aparentemente quieto tiene su flujo y reflujo, el oce3no infinito de Dios tiene un flujo de pensamiento y amor qu3 el amor mismo hace refluir a su fuente. La vida sobrenatural tanto en Dios como en sus manifestaciones creadas tiene siempre este mismo ciclo. Del Padre al Hijo y al Espiritu Santo, para volver despu3s al Padre d3ndole gloria.

Ve3moslo en la obra «ad extra» de las personas divinas, a saber, en la encamacion de Cristo y la perfeccion dada por el Espiritu Santo.

La misi3n de una persona divina importa una relacion al que envia y una obra que realizar por el enviado.

El Hijo enviado por el Padre ha de cumplir su obra. ¿Cual es? En todas las p3ginas de la Sagrada Escritura se asegura no ser otra sino glorificar al Padre.

La vida y muerte tienen por objeto hac3mosla conocer y amar. San Pablo pensando en ello le llama *esplendor de su gloria* (Hebr. 1,3), y nosotros cantamos: *Gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam*.

El Espiritu Santo es enviado por el Hijo. Vino a dar toda su amplitud a la obra esbozada por Cristo. Su fin es glorificar a Cristo. *El me clarificar3* (Io. 13,32). Obra justa, puesto que todo lo que tiene lo recibio del Hijo. *Todo cuanto tiene es mio* (Io. 16,15).

Glorificalo unificando, santificando, universalizando la Iglesia, hasta que este mundo que vio a Cristo un dia semejando un *gusano*, que no un hombre, llegue a cantarle: *Tu eres el Rey de la gloria, Cristo*.

Pero Cristo, a su vez, recoge todos estos homenajes y con ellos glorifica al Padre. *Pater clarifica Filium tuum ut Filius tuus clarificet te* (Io. 17,1). Es el ciclo dei amor «ad extra».

Recibimos tambi3n al Espiritu Santo enviado. Es el Espiritu de Cristo; el Espiritu cristiano, y por lo tanto, el Espiritu que el Hijo nos da en su nombre y en el del Padre para que el Padre sea glorificado.

El Espiritu Santo se derrama plenamente sobre Cristo el dia de la encamacion. Por Cristo canal llega a los papas, obispos y ministros. Por medio de los sacramentos y de la gracia a todos los fieles. Este fluir de la gracia no se interrumpe y, bajo el soplo del Espiritu de Unidad, vuelve por Cristo al seno del Padre a *tributarie* constantemente nuestras adoraciones y acciones de gracias.

Es esencial dei Verbo referirse al Padre, tanto en su precxis-

tencia eterna como en el cumplimiento de su misión terrena, y del mismo modo el Espíritu Santo procura que las almas dociles se dirijan a El en la piedad filial. No *habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el terror, antes habéis recibido el espíritu de adoption, por el que clamamos: Abba, Padre* (Rom. 8,15).

La caridad creada y la increada nos traen al Padre, que es el Principio (*Nadie puede venir a mí si el Padre, que me envió, no lo trae* (Io. 6,44) y será el fin a quien demos gloria. «Puedan, Señor, estos santos misterios por vuestra poderosa gracia borrar nuestras manchas y hacer subir nuestras almas purificadas al que es su Principio» (cf. Dom. I de Adv., Secreta).

Hasta que terminada la lucha actual en el día del triunfo último, restaurados incluso nuestros cuerpos, se presente el Hombre Dios con toda la gloria que recibió en la Historia y con todos los suyos a prosternarse ante el Padre. *El Hijo que habrd sometido todo a su propio imperio, entonces se prosternará delante del que lo sujetó todo a El y Dios lo será todo en todas las cosas* (1 Cor. 15,28)».

B) La gloria de Dios, fin de la religion

i-.fl

«Todo nos viene del Padre por medio del Hijo en el Espíritu Santo... El Padre alimenta en nosotros la piedad por medio del Hijo en el Espíritu Santo. El Padre vela por nosotros y cuidadosamente nos dirige por medio del Hijo en el Espíritu Santo» (cf. San Cirilo de Alej., *In Io.*, 10,2).

·A

En vista de ella debiéramos olvidar todo lo creado y concentrâmes en el Único necesario, con todo nuestro esfuerzo, inteligencia y amor. No entendemos, sin embargo, así la religion. Estâmes invadidos de naturalisme egoista. Consideramos el cielo como el lugar de nuestra felicidad y la tierra como el lugar de nuestros intereses, mientras que Cristo, la Iglesia, la Liturgia y el Espíritu Santo con sus inspiraciones nos señalan como fin Dios solo. *A Dios solo todo honor y toda gloria*. San Pedro entre Hamas y la sangre de la persecución de Néron dice: *Todo a la gloria de Dios por Jesucristo. A El la gloria y el poder por los siglos de los siglos* (1 Petr. 4,11).

If.

La religion es exigida por la justicia, que obliga a dar a cada uno lo que se le debe, y su primer deber es el de procurar la soberanía de Dios y el respeto de sus derechos. Lo demás son cosas accesorias de las que cuidará la providencia. *Quaerite primum...* (Mt. 6,31-33).

El Señor nos manda como oración destinada a todos los fieles el Padre nuestro, el objeto de cuya primera parte es la gloria de Dios. *Santificado sea... Venga a nos... Hágase tu voluntad*.

Los cristianos, por el contrario, están tan acostumbrados a rebajar a Dios a su nivel, que creen que estas peticiones están destinadas a una minoría selecta. A todos los hombres se les dice: *Gloria in excelsis Deo**.

Unidos a aquellos ángeles te decimos: *Laudamus Te, benedicimus Te*. Tû eres el Ser, nosotros el vacío. Tû lo eres todo, nosotros nada. *Adoramus Te, glorificamus Te*.

Te damos gracias, joh Padre!, por haber hecho yivir a tu riijo entre nosotros, brillando en su gloria *Ueno de gracia y de verdad* (lo. 1,14). Te damos gracias, joh Hijol, por haber hecho resplandecer ante nuestros ojos la gloria de tu Padre y la impronta de su substancia en tu Persona (Hebr. 1,4). Te damos gracias, joh Espiritu Santo!, por haberte derramado plenamente en Jesûs de Nazaret. Tû, que nos hablaste en los profetas y has hecho oir la yoz mesiànica que ha cumplido las Escrituras. Te damos gracias, Trinidad Beatísima, *propter magnam gloriam tuam*.

A ti, Dios, te alabamos. Te Deum. A ti, Padre Eterno..., la Iglesia repartida por todo el orbe. *Te aeternum Patrem... Te per orbem terrarum*. Padre de inmensa majestad, con todas sus jerarquias de mártires y de virgenes... *Venerandum tuum Verum... Sanctum quoque, Paraclitum Spiritum*. Gloria a ti, Cristo, *Rex gloriae*, plenitud de Dios a quien revelas. Gloria a ti, Iglesia, plenitud de Cristo, a quien enseñas.

Cristo nos da a Dios. La Iglesia nos da a Cristo. Cristo sube a los cielos al seno del Padre, y la Iglesia, incorporada a Cristo por el Espiritu Santo, sube con El.

¡Oh grandiosa Unidad! Dios, Cristo, plenitud de Dios. La Iglesia, complemento de Cristo. Cristo y su Iglesia, plenitud de Dios. «Aprended a conocer la caridad de Cristo para que os dejéis llenar de El y realizar con El la plenitud de Dios. *Scire charitatem Christi..., ut impleamini in omnem plenitudinem Dei* (Eph. 3,19).

Ministros de Cristo, manos a la obra. No tenemos otra razon de ser en el mundo que la de glorihear a Dios. *Per Ipsum, cum Ipso et in Ipso*. Sea nuestra resoluciôn prâctica la de permanecer unidos en el Espiritu Santo para la gloria de Dios.

SÉCCION P7. TEXTOS PONTIFICIOS

(Et in terra pax hominibus bonae voluntatis»
(Le. 2,14)

A) Cinco condiciones para que la paz y el nuevo
orden tan deseado scan dignos y estables

«Sôlo con estas disposiciones de ánimo se podrá llegar a infundir a esa seductora expresiôn *nuevo orden* un contenido hermoso, digno, estable, apoyado en las normas de la moralidad; y se evitarâ el peligro de concebirlo y de plasmarlo como un mecanismo puramente externo, impuesto por la fuerza, sin sinceridad, sin pleno consentimiento, sin alegría, sin paz, sin dignidad, sin v^lor. Y entonces se podrá dar a la humanidad una nueva esperanza que la tranquilice, un ideal que responda a sus nobles aspiraciones; y desaparecerâ el poder oculto y abierto, opresor y ruinoso de la discordia crônica que pesa sobre el mundo.

Pero las bases indispensables para un orden nuevo son

a) La victoria sobre el odio

La victoria sobre el odio que divide hoy a los pueblos; y, por lo tanto, renunciar a sistemas y a prâcticas que no hacen sino acrecentarlo. Existe, en verdad, al présente en algunos paises, una propaganda desenfrenada, y que no rehuye las manifiestas deformaciones de la verdad, mostrando, día por día, y hasta hora por hora, a la pùblica opinion, las naciones adversarias bajo una luz falseada y ultrajante. Quien en verdad desee el bienestar del pueblo, quien ansie contribuir a preservar de incalculables danos las bases espirituales y morales de la futura colaboraciôn de los pueblos, deberâ considêrer como un sagrado deber y una alta misiôn no dejar que se pierdan, en el pensamiento y en el sentimiento de los hombres, los idéales naturales de la veracidad, justicia, cortesia y cooperaciôn al bien, y ante todo, el sublime ideal sobrenatural dei amor fraterno traído por Cristo al mundo.

b) La victoria sobre la desconfianza

La victoria sobre la desconfianza, que grava con peso tan deprimente el derecho internacional, haciendo irrealizable toda verdadera inteligencia; vuelta, por tanto, al principio: «La incorruptible fidelidad, hermana de la justicia» (cf. Horat., *Od.* 1,24,6-7); a aquella fidelidad en la observancia de los pactos, sin la que no es posible una tranquila convivencia de los pueblos, y sobre todo una coexistencia de pueblos poderosos y de pueblos débiles. «El fundamento, pues—proclamaba la antigua sabidurfa romana—, de la justicia es la fidelidad, esto es, la permanencia y la realidad de lo dicho y de lo pactado» (cf. Cicer o, *De officiis* 1,7,23).

- 101 c) La victoria sobre el funesto principio de que la utilidad
ES LA BASE DEL DERECHO

La victoria sobre el funesto principio de que la utilidad es la base y la regla del derecho y que la fuerza crea el derecho, principio que hace inconsistente toda relación internacional, con gran dano especialmente para los Estados que, ya por su tradicional fidelidad a los métodos pacíficos, ya por su menor potencialidad bélica, no quieren y no pueden luchar con otros; vuelta, por lo tanto, a una seria y profunda moralidad en las normas de la relación entre las naciones, cosa que no excluye evidentemente ni el rebuscar la utilidad honeste ni el usar, oportuna y legítimamente, la fuerza para tutelar los derechos pacíficos atacados violentamente o para reparar sus lesiones.

- 102 d) La VICTORIA SOBRE LAS DIVERGENCIAS EN EL CAMPO
DE LA ECONOMIA MUNDIAL

La victoria sobre los gérmenes de conflictos que consisten en las divergencias demasiado estridentes en el campo de la economía mundial; por lo tanto, una acción progresiva, equilibrada por correspondientes garantías, para llegar a una organización que de a todos los Estados los medios para asegurar un conveniente tenor de vida a sus propios conciudadanos, de cualquier clase que sean.

- 103 e) La victoria sobre el espíritu del frío egoísmo

La victoria sobre el espíritu del frío egoísmo que, orgulloso por su fuerza, termina fácilmente violando no menos el honor y la soberbia de los Estados que la justa, sana y disciplinada libertad de los ciudadanos. Y en su lugar ha de introducirse una sincera solidaridad jurídica y económica, una fraternidad colaboradora, según los preceptos de la ley divina entre los pueblos, una vez que estén asegurados en su autonomía e independencia* (cf. Pio XII, *Mensaje de Navidad 1940*, 24: Col. Enc., p.401-403).

- 104 **B) *Cinco puntos fundamentales para la pacificación
de la sociedad humana***

«Acción y no lamentos, tal es la consigna de la hora presente; no lamentar lo que es o lo que fue, sino reconstruir lo que surgirá y debe surgir para bien de la sociedad. A los mejores y más selectos miembros de la cristiandad, animados por un entusiasmo de cruzados, toca reunirse en el espíritu de verdad, de justicia y de amor al grito de ¡Dios lo quiere!, dispuestos a servir y a sacrificarse como los antiguos cruzados.

Fin esencial de esta cruzada necesaria y santa es que la estrella de la paz, la estrella de Belén, brille de nuevo sobre toda la humanidad con su fulgor rutilante, con su consuelo pacificador, cual premisa y presagio de un mejor porvenir, más feliz y más fecundo.

El camino desde la noche hasta el luminoso mañana será, en verdad, largo; pero son decisivos los primeros pasos en el sendero, sobre cuyas primeras cinco piedras miliarias se hallan esculpidas, con broncíneo cincel las siguientes máximas:

a) Dignidad y derechos de la PERSONA HUMANA

105

Quien desee que aparezca la estrella de la paz y se detenga sobre la sociedad, contribuya por su parte a devolver a la persona humana la dignidad que Dios le concedió desde el principio; opongase a la excesiva aglomeración de los hombres, casi a mancha de masas sin alma; a su inconsistencia económica, social, política, intelectual y moral; a su falta de sólidos principios y de profundas convicciones, a su exuberancia de excitaciones instintivas y sensibles y a su volubilidad. Favorezca por todos los medios lícitos, en todos los campos de la vida, aquellas formas sociales que posibiliten y garanticen una plena responsabilidad personal, así en el orden terrenal como en el eterno. Apoye el respeto y la práctica realización de los siguientes derechos fundamentales de la persona: el derecho a mantener y desarrollar la vida corporal, intelectual y moral, y particularmente el derecho a una formación y educación religiosa; el derecho al culto de Dios, privado y público, incluida la acción caritativa religiosa; el derecho, en principio, al matrimonio y a la consecución de su propio fin; el derecho a la sociedad conyugal y doméstica; el derecho a trabajar, como medio indispensable para la manutención de la vida familiar; el derecho a la libre elección de estado, y, por consiguiente, aun del estado sacerdotal y religioso; el derecho a un uso de los bienes materiales, con plena conciencia de sus deberes y de las limitaciones sociales.

b) Defensa de la unidad social y especialmente de la familia

Quien desea que la estrella de la paz nazca y se detenga sobre la sociedad, rechaza toda forma de materialismo que no ve en el pueblo sino una grey de individuos que, divididos y sin interna consistencia, son considerados como un objeto de dominio y de sumisión.

Procure concebir la sociedad como una unidad interna, crecida y sazónada bajo el gobierno de la Providencia; unidad que, en el espacio a ella asignado y según sus particulares condiciones, tiende, por la colaboración de las diferentes clases y profesiones, a los eternos y siempre nuevos fines de la civilización y de la religión.

Defienda la indisolubilidad del matrimonio: de a la familia, célula insustituible del pueblo, espacio, luz, tranquilidad, para que pueda cumplir la misión de perpetuar la nueva vida y educar a los hijos en un espíritu conforme a sus propias y verdaderas convicciones religiosas; según sus fuerzas, conserve, fortifique y reconstituya su peculiar unidad económica, espiritual, moral y jurídica; vigile el que también los criados participen de las ventajas materiales y espirituales de la familia; cuídese de procurar a cada familia un hogar en donde la vida doméstica, sana material y moralmente, llegue a desarrollarse con toda su fuerza y valor; procure que los sitios de trabajo y los domicilios no estén tan separados que hagan del jefe de familia y del educador de los hijos casi un extraño en su propia casa; procure, sobre todo, que entre las escuelas públicas y la familia renazca aquel vínculo de confianza y de mutua colaboración que en otro tiempo produjo frutos tan benéficos, y que hoy ha sido sustituido por la desconfianza allí donde la escuela, bajo el influjo o el dominio del espíritu materialista, envenena y destruye todo cuanto los padres habían sembrado en las almas de los hijos.

c) DIGNIDAD Y PRERROGATIVAS DEL TRABAJO

Quien desee que la estrella de la paz nazca y se detenga sobre la sociedad, dé al trabajo el lugar que Dios le señalô desde el principio. Como medio indispensable para el dominio del mundo, querido por Dios para su gloria, todo trabajo posée una dignidad inalienable y al mismo tiempo un estrecho lazo con el perfeccionamiento de la persona; noble dignidad y prerrogativa del trabajo, en ningùn modo envilecidas por el peso y la fatiga que se han de soportar como efecto del pecado original, mediante la obediencia y sumisiôn a la voluntad de Dios.

El que conoce las grandes encíclicas de nuestros predecesores y nuestros anteriores mensajes, no ignora que la Iglesia no duda en sacar las consecuencias prâcticas que se derivan de la nobleza moral del trabajo y en apoyarlas con toda la fuerza de su autoridad. Estas exigencias comprenden, ademâs de un salario justo, suficiente para las necesidades del obrero y de la familia, la conservaciôn y el perfeccionamiento de un orden social que haga posible una segura, aunque modesta, propiedad privada a todas las clases del pueblo, que favorezca una formaciôn superior para los hijos de las clases obreras especialmente dotados de inteligencia y buena voluntad, y promueva en las aldeas, en los pueblos, en la provincia y en la naciôn la vigilancia y la realizaciôn prâctica del espiritu social que, al suavizar las diferencias de intereses y de clases, quita a los obreros el sentimiento del aislamiento a cambio de la consoladora experiencia de una solidaridad genuinamente humana y cristianamente fraterna.

El progreso y el grado de las reformas sociales, que ya no sufren mäs demora, depende de la potencia econômica de cada naciôn. Sólo mediante un mutuo cambio de fuerzas, inteligente y generoso, entre los poderosos y los pobres, serâ posible llevar a cabo una pacificaciôn tan universal que no queden focos de incendio y de infecciôn, que podrian originar nuevas catâstrofes.

Indicios evidentes mueven a pensar que, en medio del torbellino de todos los prejuicios y sentimientos de odio, inevitable pero triste parto de esta aguda psicosis bélica, no sólo no se ha apagado en los pueblos la conciencia de su íntima recíproca dependencia en el bien y en el mal, sino que se ha hecho mäs viva y atractiva. ; Acaso no es verdad que profundos pensadores ven cada vez con mayor claridad que sólo en la renuncia al egoísmo y al aislamiento nacional estâ el camino de la salvaciôn general, hallândose dispuestos a solicitar de sus pueblos una parte gravosa de sacrificios, necesarios para la pacificaciôn de otros pueblos? ¡Ojalâ que este nuestro mensaje navideno, dirigido a todos los dotados de buena voluntad y generoso corazón, anime y aumente los escuadrones de la cruzada social en todas las naciones! ¡Y quiera Dios concéder a su pacífica bandera la victoria, de la que es merecedora su noble empresa!

d) Reintegraciôn del ordenamiento jurídico

»Quien desea que la estrella de la paz nazca y se detenga sobre la vida social, coopéré a una profunda renovaciôn del orden jurídico.

El sentimiento jurídico de nuestros días ha sido frecuentemente deformado y perturbado por la promulgaciôn y por la realizaciôn de un positivismo y de un utilitarismo sumisos y vinculados al servicio de determinados grupos, clases y movimientos, cuyos programas señalan y determinan el camino a la legislaciôn y a la prâctica judicial.

El saneamiento de esta situación resulta posible de obtenerse cuando se despierte la conciencia de un orden jurídico fundada en el supremo dominio de Dios y defendida de todo capricho humano; conciencia de un orden que extiende su mano protectora y vindicativa aun sobre los inviolables derechos del hombre y los proteja contra los ataques de todo poder humano.

Del orden jurídico querido por Dios nace el inalienable derecho del hombre a la seguridad jurídica, y por ello a una esfera concreta de derecho, protegida contra todo ataque arbitrario.

Las relaciones entre hombre y hombre, del individuo con la sociedad, con la autoridad y con los deberes sociales, y la relación de la sociedad y de la autoridad con cada uno de los individuos, han de cimentarse sobre un claro fundamento jurídico y estar protegidas, si no hay necesidad, por la autoridad judicial. Esto supone:

1. Un tribunal y un juez que reciban sus normas de un derecho claramente formulado y circunscrito.

2. Normas jurídicas claras, que no se puedan tergiversar con abusivas apelaciones a un supuesto sentimiento popular y con meras razones de utilidad.

3. El reconocimiento del principio según el cual también el Estado, sus funcionarios y las organizaciones de él dependientes están obligados a reparar y revocar las medidas que ofendan a la libertad, a la propiedad, al honor, al mejoramiento y a la vida de los individuos.

e) Concepción del Estado según el espíritu cristiano iq q

Quien desea que la estrella de la paz nazca y se detenga sobre la sociedad humana, coopere a formar una teoría y práctica estatales fundadas en una disciplina razonable, una noble humanidad y un consciente espíritu cristiano.

Ayude a conducir de nuevo al Estado y su poder al servicio de la sociedad, al pleno respeto de la persona humana y de su actividad para la consecución de sus fines eternos.

Esfuércese y trabaje por disipar los errores que tienden a desviar el Estado y su poder, separándolos del sendero moral y desatándolos del vínculo eminentemente moral que los une a la vida individual y social, y a hacerles rechazar o ignorar en la práctica la esencial dependencia que los subordina a la voluntad del Creador.

Promueva el reconocimiento y la difusión de la verdad que enseña, aun en la esfera terrenal, cómo el sentido profundo y la última legitimidad moral y universal del reinar es servir» (cf. Pio XII, *Mensaje de Navidad 1942*: Col. Enc., p.429-434).

C) La paz interna de los pueblos

a) Su OBJETO PRINCIPAL

HD

•Si dirigimos nuestra mirada hacia lo futuro, la paz interna de cada pueblo se presenta como el primero y más urgente problema. Por desgracia, la lucha por la vida, la preocupación por el trabajo y por el pan dividen en campos adversos a hombres que habitan una misma tierra y son hijos de una misma patria. Unos y otros mantienen la exigencia, en sí legítima, de ser considerados y tratados no como objetos, sino como sujetos de la vida social, sobre todo en el estado y en la economía nacional.

Por eso muchas veces, y con una insistencia cada vez mayor, Nos hemos senalado la lucha contra el paro forzoso y el esfuerzo hacia una bien entendida seguridad social como una condición indispensable para unir a todos los miembros de un pueblo, altos y bajos, en un solo cuerpo.

Ahora bien, ¿osarian, tai vez, lisonjearse de servir a la causa de la paz interna aquellas organizaciones que. para tutelar los intereses de sus miembros, no recurriesen a las armas del derecho y del bien común, antes se apoyasen en la fuerza del número organizado y en la debilidad de los demás, que no están igualmente organizados o que tienden siempre a subordinar el uso de la fuerza a las reglas del derecho y del bien común?

H1

b) Bases indispensables para lograrla

La paz interna, pues, no pueden esperarla los pueblos sino de hombres —gobemantes o gobemados, jefes o meros partidarios—que, al defender sus particulares intereses y sus propias opiniones, no se obstinan, ni se empequenecen en sus puntos de vista; antes bien, saben ensanchar sus horizontes y elevar sus miras al bien de todos. Si en no pocos países preocupa una deplorable falta de participación de las jóvenes generaciones en la vida pública, ¿no es, quizá, una de las causas, el que pocas o raras veces se les ha ofrecido el luminoso y atractivo ejemplo de hombres como los que ahora hemos descripto?

Bajo la superficie de indudables dificultades políticas y económicas se esconde, pues, una más grave miseria espiritual y moral: el gran número de espíritus estrechos y de corazones mezquinos, de egoistas y de arribistas, que corren tras del que esta más en auge; que se dejan mover—por ilusión o por pusilanimidad—por el espectáculo de las grandes masas, por los clamores de las opiniones, «por la embriaguez de la excitación. Ellos solos no darian un paso, cual es el deber de cristianos de fe viva, para avanzar firmes, guiados por el espíritu de Dios, a la luz de los principios eternos con imperturbable confianza en su divina Providencia. Esta es la verdadera, la íntima miseria de los pueblos.

Como la hormiga blanca corroe las casas, de igual manera esa miseria social consume interiormente a los pueblos, y, antes de que aparezca al exterior, los hace incapaces de cumplir su misión. Así, las bases del régimen industrial capitalista han sufrido cambios esenciales, acelerados por la guerra, pero preparados ya de antiguo. Pueblos esclavizados hace siglos se abren el camino hacia la independencia; otros, privilegiados hasta ahora, se esfuerzan con métodos antiguos y nuevos, por conservar su posición. La aspiración, cada vez más profunda y más extendida, hacia la seguridad social no es sino el reflejo de una humanidad en la cual muchas cosas, que en cada pueblo eran o parecían tradicionalmente sólidas, se han vuelto caedizas e inciertas.

112

c) Necesidad de la solidaridad ENTRE LOS INDIVIDUOS

¿Por que, pues, esa comunidad de incertidumbres y de peligros creada por las circunstancias no engendra también en cada pueblo una solidaridad entre los individuos? Bajo este aspecto, ¿no son acaso las inquietudes del patrono las mismas de sus obreros? ¿Acaso la producción industrial no está ligada como nunca en todos los pueblos con la producción agrícola, dado el influjo recíproco de su destino? Y vosotros, los que permanecéis insensibles ante las angustias del prófugo, errante y sin hogar, ¿no deberíais sentirlos solidarios con él, cuya triste suerte de hoy puede ser la vuestra de mañana?

¿Por qué esa solidaridad de cuantos se sienten intranquilos y en peligro no ha de ser para todos el camino seguro, de donde pueda venir la salvación social? ¿Por qué ese espíritu de solidaridad no ha de ser como el eje del orden social natural en sus tres formas esenciales de familia, propiedad y Estado, para volverlas a llevar a su orgánica colaboración, adaptada a las circunstancias presentes, circunstancias que, a pesar de todas las dificultades, son un don de Dios para confirmar nuestro espíritu cristiano?» (cf. Pio XII, *Mensaje de Navidad 1950*).

SECCIOii VU. MISCELANEA HISTORICA
Y LITERARIA

2,DONDE NACIO JESUS?

A) Belén

lis a) La situacîon geogrâfica

Belén es una poblacién situada 10 kilémetros al sur de Jerusalén, a 725 metros de altitud sobre el Mediterrâneo y 1.169 sobre el nivel del Mar Muerto. Se diferencia en este aspecto poco de Jerusalén, pues el punto mâs alto de esta ûltima alcanza los 780. La ciudad de David se alza sobre dos colinas de elevacién mediana, orientadas de Norte a Sur y unidas por una pequena cresta. Las colinas descienden por una serie de terrazas hasta profundos valles. La mâs occidental es la mâs elevada, y encierra la antigua ciudad biblica, con calles estrechas, tortuosas y sombrías. La colina oriental abarca las afueras, donde se hallaba el lugar del nacimiento de Cristo.

En realidad, Belén era en la época evangélica una ciudad pastoril, fértil y cultivada, con abundantes pastos y profusién de vinas, almendros, Liguerras y olivos. A pesar de estar a un paso de Jerusalén, formaba una regién geogrâfica propia, donde alternaban los campos de labor y los pâramos. Significaba, en sumo, la ûltima posicién habitable en la zona esteparia hacia el Mar Muerto, la postrera comunicacién con la zona desértica, el ultimo mercado, donde los nêmadás compraban grano y frutos y vendian sus géneros y tejidos (cf. W i l l a m, *La vida de Jésus en el pais y pueblo de Israel* [Espasa-Calpe, Madrid 1943] p.45-46).

114 b) El nombre

Los filélogos hablan de un primitivo *Beth-Lahamu*, lo que ha llevado a suponer que fué o una fundaciôn babilônica o un santuario cananeo. La teoria no esta aún plenamente aceptada. Lo ûnico seguro es que el nombre, al advenir los hebreos. y en razôn de la fertilidad de la comarca, fué interpretado como *Bet-lehem*, que significa «casa de pan». Mâs tarde también se la llamô *Ephrata*, esto es, «fértil», con mencién reiteradamente biblica. Por eso, mâs que disquisiciones filolôgicas, preferimos la hermosa interpretaciôn de Santa Paula, que glosé entre sollozos este nombre, para ella bendito, el ano 383: «Yo te saludo, joh Betlehem!, casa del pan, donde viô la luz de la tierra el pan descendido del cielo; yo te saludo, joh Ephratâ!, campo riquísimo y fértil, que entre tus frutos has traído al mismo Dios» (cf. *Epitaph. Paulae* [inter *Epist. S. Hieron.*, 108, 27] 10).

c) LA Belén bíblica

La primera alusión de la Sagrada Escritura la encontramos en la época patriarcal (Gen. 35,16). Se alude a Belén por la comarca *Ephratd.* Después que Jacob, de regreso de la casa de Labân, viene con Raquel al lugar de sus padres, pasa por Betel, donde levanta un altar y llega a la región de Ephrata, la fértil. Allí muere Raquel y aun hoy día el peregrino visita su tumba. Jacob al salir de este paraje fija su tienda más allá de Migdal Eder, o sea, en la Hamada *Torre del Ganado* (Gen. 35,21), hoy identificada con *Siarel-Ghanern*, que posiblemente es el lugar de los pastores del Evangelio.

Después de la época de los patriarcas, puede suponerse en Belén el nucleo cananeo. Cuando en la época de Josué se reparten las tierras entre los israelitas, Belén es ya una ciudad que responde por su propio nombre (Io. is) y toca a la tribu de Judâ. En la época de los Jueces (Iud. 12,8), Belén produce a Abesân, sucesor de Jefté. Mas tarde sabemos que de Belén era Elimelec, el marido de Noemi, cuyos dos hijos, que luego murieron prematuramente, desposaron a las moabitas Orfa y Rut (Ruth 1,1). Los campos de Booz se encontraban entre Beit-Sahur y Dier er Rawat, o sea, a poca distancia al este de Belén, y allí sitúa la Escritura la bellísima escena de la joven espigadora y su afortunado matrimonio con el rico hacendado (Ruth c. 2 y 4). Pero la gloria bíblica más brillante de Belén es haber sido la cuna de Isai (1 Reg: 16,1) y de su hijo David, el humilde pastorcillo «rubio y de hermosos ojos»; a quien Samuel había de ungir como rey en su propia ciudad natal (cf. ibid., 16,12-13). El Belén davidico fué temporalmente filisteo, y allí sitúa la Escritura la pintoresca escena de los très valientes que fueron poraguade la cisterna para satisfacer el real capricho del monarca (2 Reg. 23, 14-16). Esta cisterna es probablemente la misma que hoy vemos a medio kilómetro, al nordeste de Belén. De la misma ciudad son, en fin, en esta época, Joab, y también Abisai y Asael, hermano de Sarvia, la hermana de David, todos guerreros gloriosos. Cerca asimismo de Belén se encuentran hoy día los famosos estanques del rey Salomon.

La ejecutoria bíblica de Belén culmina, por último, en la época del profeta Miqueas, que vive probablemente hacia el 740 a. J. C., durante el reinado de los reyes Joatam, Acáz y Ezequías. Este profeta es quien anuncia que de la pequeña Belén (entonces quizá población de unos mil habitantes) saldrá «quien senoreará sobre Israel» (Mich. 5,2).

d) El misterio de Belén

Después del nacimiento de Cristo es curioso observar que la gloria de Belén se eclipsa por completo, cual si la Providencia quisiera tejer un vélo de misterio sobre la patria terrestre del Salvador. Jesús se llama ya *de Nazaret* y la gente lo creó de allí en todo el transcurso de su vida. Los Evangelios no vuelven a aludir para nada a Belén, y su nombre se pierde en el olvido de todos los demás escritos del Nuevo Testamento. Hace falta llegar a los escritores del siglo II de la era cristiana, especialmente a San Justino y Orígenes, para que reviva el recuerdo del lugar en que nació el Redentor.

B) La gruta

♦Su autenticidad esta fuera de duda. Los Santos Padres mäs antiguos la senalan con toda precisiön. Asi, San Justino Mãrtir, nacido hacia el ano 100 en Siquem (Palestine), el cual, por tanto, conocia de vista el lugar (cf. *Dial. c. Tryph.*, c 78); también el pagano Celso (hacia 150) nos habla de dicha cueva (cf. Orígenes, C. *Cels.* 1.51). De las diversas que hay en las proximidades de Belén, solo a ésta convienen las indicaciones de la Sagrada Escritura; a la otra parte de la misma, el monte ofrece pronunciadísimo declive. La senala también una tradiciön no interrumpida: los cristianos la tuvieron desde el principio en gran veneraciön y parece que muy pronto la dedicaron al culto divino, pues ya en 137 el emperador Adriano, para alejar a los cristianos de alli, erigiô la estatua de Adonis e introdujo un culto nefando. Mas esto mismo sirviô para que se conservase la memoria del lugar, hasta que el emperador Constantino y su madre Santa Elena (cf. Eusebio, *Vita Constantini*, 3,43) hicieron construir, antes del ano 326, la iglesia de la Natividad, que hoy existe...» (cf. Schuster-Holzäsimer, *Historia biblica* [Edit. Litiirg., Barcelona 1947] t.2 p.93).

Del coro griego de esta iglesia «nacen dos escaleras de märmol que conducen a la gruta de la Natividad. Originariamente era ésta una cueva natural de piedra calcärea con acceso al nivel del suelo. Al construirse la iglesia fué transformada en cripta .. Preciosos märmoles de varios colores cubren el pavimento y las paredes; arden de continuo muchas lâmparas que derraman suavísima claridad... Al fondo, en el extremo oriental, entre las dos escaleras, se ve un nicho semicircular de dos metros y medio de altura y uno y medio de anchura. Es el lugar del nacimiento del Señor. El suelo estâ enlosado con una plancha de märmol blanco incrustada en jaspe; en medio se ve una estrella de plata (costeada por Espana en el siglo XIX) con la inscripciön: *Hic de Virgine Maria Jesus Christus natus est: Aquí nació Jesucristo de Maria Virgen*» (cf. *ibid.*, p.96).

C) El pesebre

Con toda probabilidad el pesebre de la cueva de Belén era de madera, mômvil y viejo, y estaba suspendido en el muro del establo o colocado en el mismo suelo para que mäs fácilmente paciesen los animales (cf. Prat., *Jésus Christ, sa vie, sa doctrine, son oeuvre* [Paris, Beauchesne] t.i p.85).

Asi parece demostrarlo la configuraciön del altar actual de la Adoraciön de los Pastores en la cripta de Belén. En efecto, cuatro pasos hacia el sudoeste de donde se venera el lugar del nacimiento del Señor hay que descender por una breve escalinata de três peldanos al oratorio llamado del Pesebre, cuya entrada por el lado norte esta sostenida por tres columnas de märmol verdoso. A través de las coberturas de tela se advierten las rocosas paredes. Aquí fuc donde la Virgen colocô sobre el pesebre a Jesûs recién nacido y aquí fué adorado por los pastores, como lo conmemora un cuadro de mediocre valor artistico, colocado entre las lâmparas. Una excavaciön en la roca, recubierta de märmol, représenta el pesebre (cf. Meistermann, *Guida di Terra Santa* [Firenze 1925] p.345).

Una tradiciön antigua afirma que al querer levantar Sixto III con la reconstrucciön de la basilica Liberiana un monumento al concilio de Efeso en honor de la maternidad divina de Maria, surgiô espontânea la idea de

un oratorio que reprodujera la gruta de Belén, objeto de especial veneración entonces por el número y calidad de peregrinos romanos que, movidos por el ejemplo de San Jerónimo y Santa Paula, pasaban a Tierra Santa. Así se construyó, al parecer en el segundo tercio del siglo V, la capilla llamada vulgarmente del *Praeseptum*. Como reproducción cuidadosa de la gruta del nacimiento, estaba practicada bajo tierra y con su arco rebajado, propio de una cueva, dando acceso a la concavidad abovedada de su gruta, en la que un altar conmemoraba el parto virginal de Maria, mientras el nicho o camarín del fondo representaba en un segundo plano la cuna del divino Niño. En el siglo XVI el oratorio se hallaba quince metros y medio distante del lugar que hoy ocupa bajo el altar del Sacramento, y fué Domingo Fontana quien lo transportó en bloque a la cripta de la nueva capilla por él construida con el nombre de Sixtina, de su predecesor Sixto V (cf. Hartmann Grisar, *Archeologia del *Praeseptum* in Roma*: Civiltà Cattolica, LIX [1908], iv, 703-719).

En el siglo XVI seguía aún enriquecido este oratorio con una reliquia venerada: la de los restos del pesebre de Belén. Aunque una tradición supone que la reliquia se trasladó a Roma desde Oriente, juntamente con el cuerpo de San Jerónimo, entre los años 640 y 650, siendo pontífice Teodoro I, Grisar atribuye la tradición al siglo XI y afirma que no se puede aducir en su favor razón histórica alguna. Sin embargo, la reliquia continuó en el oratorio de Santa Maria la Mayor hasta el pontificado de Pío IX, en que se la trasladó a la *confessio* o cripta del altar mayor, donde en una rica urna de cristal y plata, donación real española, se venera hasta nuestros días (cf. Grisar, *Analecta Romana* I [Roma 1899] p-589-593).

¿CUANDO NACIO JESUCRISTO?

119

Nació antes de la muerte de Herodes el Grande, es decir, antes del tiempo comprendido entre fines de marzo y primeros de abril del año 750 de Roma y 4/ antes de Cristo puesto que existe la seguridad de que Herodes murió en aquella época. Los exegetas apuran aún más los datos cronológicos, sobre todo el que aporta el evangelio de San Mateo (2,16); a saber: la edad de dos años de los Santos Inocentes. cuando llegaron los Magos y el traslado del viejo monarca a Jericó, cuatro meses antes de su muerte. Descuentan así a la fecha de la muerte de Herodes dos años del plazo de los Inocentes, más los cuarenta días que median entre el nacimiento y la llegada de los Magos y la marcha de Herodes a Jericó, y concluye que Jesús nació más o menos a fines del año 748 de Roma; esto es, el 6 antes de la era cristiana (cf. Riccio tti, *Vida de Jesucristo* [ed. Miracle, Barcelona 1944] p. 176-177).

B) El mes

120

•San Clemente Alejandrino (1.º *In Stromatum*, ad finem) refiere que algunos herejes afirmaron que Cristo nació el 20 ó 21 de abril; otros, que el 25 de mayo. San Epifanio (*Haeresis*. 51) dice que nació el 6 de enero;

opiniôn que, callando el nombre de su autor, cita y rechaza San Jerônimo (*In Ez.*, c.i), diciendo que ese día se manifestô Cristo, pero que no nació en él, aunque êl habia no del día 6, sino del día 5 de enero... Casiano refiere en sus Colaciones (c.1) que los egipcios acostumbraban celebrar ese día el nacimiento del Señor; así se encuentra también en el prefacio de la carta de Teófilo Alejandrino y en San Isidoro (l.i *Eccles, offic.*) y lo insinua Orígenes (*Hom. in divers.*).

Pero la verdadera opiniôn es que Cristo nació el día 25 de diciembre, como se prueba lo bastante por la tradición eclesiástica y por la celebración de la fiesta, la cual consta por San Clemente (l.5 *Const, apostolic.*, c.12) y por Orosio (l.7 c.2), que desde los tiempos de los apóstoles se guardaba tal día. La misma es la opiniôn de los antiguos Padres: de Evodio en la *Historia eclesiástica* de Nicéforo (l.2 *Historiae*, c.3), de San Juan Crisóstomo (*Horn. 1 in Le.*), de San Agustín (l.4 *De Trinitate*, c.5), de San Anastasio, obispo Niceno» (cf. Suárez, *Misterios de la vida de Cristo*: BAC, t-2 p.373).

C) El día de la semana

Algunos dicen que nació en viernes. Pero es más probable que naciera en domingo. Esto lo confirma el Sínodo VI en el capítulo 8. Lo mismo dice Nicéforo en el libro 1 de su *Historia* (c.12). Del mismo parecer es Sofronio (*Orat. de natali Christi*) y San Antqñino (p.1.* *Historiali tract.*, 5,1,2), y le siguen Guillermo Durando (l.5 *Rationalis*, c.13) y Dadreo (l. *De emendatione temporum*). «Y cierto, si Cristo fué concebido un viernes, necesariamente se sigue que naciera un domingo. Pues a cualquiera que compute rectamente, se le hará claro que si el 25 de marzo cae en viernes, es necesario que el 25 de diciembre siguiente sea domingo». San Agustín y San Atanasio dicen que encarnó y marié el mismo día. Este último autor anade que fué concebido el mismo día en que Adán fué creado. «Y consta que fué creado en viernes, como lo nota Gaudencio (*Tract. 1 in Ex.*), porque fué creado el sexto día, que precedía al sábado» (cf. Suárez, *ibid.*, p.374).

D) La hora

Segùn San Anastasio Niceno, a la hora séptima dei día. San Anastasio Sinaíta (l.7 *Hexameron*) dice que nació al atardecer. Hesiquio habia de la hora terciá dei día. Pero se ha de decir que nació después de las doce de la noche, como se colige del Evangelio, ya que los pastores velaban a esa hora con vigiliass de la noche sobre su grey (Le. 2,7). «De aquí nació la tradición eclesiástica de celebrar aquella sagrada noche y de ofrecer en ella el santo sacrificio, por decreto del papa San Telesforo (cf. *Epist. Decret.*, c.2). Lo cual lo notó también San Dârnaso Papa (*Vita Telesph.J*)» (cf. Suárez, *ibid.*, P-375).

III. LEYENDAS DE NAVIDAD

A) Camino de Belén

«Y aparejando su asna, hizo acomodarse a Maria sobre ella; y mientras un hijo suyo iba delante llevando la bestia del ronzal, José les acompañaba. Cuando estuvieron a três millas de distancia (de Belén), José volvió su rostro hacia Maria y la encontró triste; y se dijo a si mismo: «Es que el embarazo debe causarle molestias». Pero al volverse otra vez, la encontró sonriente; y le dijo: «Maria, ¿qué es lo que te sucede, que unas veces veo sonriente tu rostro y otras triste?» Y ella repuso: «Es que se presentan dos pueblos ante mis ojos: uno que Hora y se aflige, y otro que se alegra y regocija».

Y al llegar a la mitad dei camino dijo Maria a José: «Bájame, porque el fruto de mis entrañas pugna por venir a luz». Y la ayudó a apearse del asna» (cf. *Protoevangelio apócrifo de Santiago*, XVII, 2-3, en Aurelio Santos, *Los evangelios apócrifos* [BAG, Madrid 1956] p.174-175).

B) Luz en el establo

«Y en diciendo esto, mandó el ángel parar la caballería, porque el tiempo de dar a luz se habia echado ya encima. Después mandó a Maria que bajara de la cabalgadura y se metiera en una cueva subterránea, donde siempre reinó la obscuridad, sin que nunca entrara un rayo de luz, porque el sol no podía penetrar hasta allí. Mas en el momento mismo en que entré Maria, el recinto se inundó de resplandores y quedó todo refulgente como si el sol estuviera allí dentro. Aquella luz divina dejó la cueva como si fuera al mediodía. Y mientras estuvo allí Maria, el resplandor no faltó ni de día ni de noche» (cf. *Evangelio apócrifo del Ps.-Mateo*, XIII, 2, en *ibid.*,p.2 21).

C) El alumbramiento

«Cuando Uegó, pues, la hora, salió al descubierto la virtud de Dios. Y la doncella, que estaba mirando fijamente al cielo, quedó convertida (como) en una vina, pues ya se iba adelantando el colmo de los bienes. Y en cuanto salió la luz, la doncella adoró a Aquel a quien reconoció haber ella misma alumbrado. El niño lanzaba de si resplandores, lo mismo que el sol. Estaba limpiísimo y era gratísimo a la vista, pues solo El apareció como paz que apacigua todo (el universo). En la misma hora de nacer se oyó la voz de muchos espíritus invisibles que decían a una vez: «Amén». Y aquella luz se multiplicó y obscureció con su resplandor el fulgor del sol, mientras que esta cueva se vió inundada de una intensa claridad y de un aroma suavísimo. Esta luz nació de la misma manera que el rocío desciende del cielo a la tierra» (cf. el apócrifo *Liber de infantia Salvatoris*, 73, en *ibid.*, p.283-284).

12G

D) La parlera de Jerusalén

•A todo esto se habia puesto ya el sol, cuando la anciana llegó a la gruta en compafia de José. Ambos penetraron dentro. Y he aquí que estaba iluminado el recinto con una luz más hermosa que el resplandor de lámparas y antorchas, y más refulgente que la luz del sol. Un niño en pañales y reclinado en un pesebre estaba mamando la leche de su madre, Maria.

Admirados los dos de esta luz, pregunta la anciana a Maria: «¿Eres tú por ventura la madre del recién nacido?» Al responder Maria afirmativamente, le dice: «Pues tu no eres como las demás hijas de Eva». A lo que Maria replica: «Lo mismo que mi hijo no tiene igual entre los niños, de igual manera su madre no tiene semejante entre las mujeres». Dice entonces la anciana: «Aquí he venido, señora mía, en busca de alguna recompensa, pues hace ya mucho tiempo que me encuentro aquejada de parálisis*. Dícele, pues, Maria: «Pon tus manos sobre el niño». Y, nada más hacer esto, quedó curada la mujer. Entonces marchó diciendo: «De ahora en adelante seré la esclava y criada de este niño durante todos los días de mi vida» (cf. el apócrifo *Evangelio drahe de la infanda*, III, 1-2, en *ibid.*, p.328-329).

E) Eva y Maria

«Y dicho esto, vio nuestra primera madre Eva que se elevaba al cielo una nubecilla partiendo de la cueva. Y por otro lado aparecia una luz centelleante que habia venido a posarse ante el pesebre del establo. Y el niño se aplicó a los pechos de su madre para mamar, después de lo cual volvió a su sitio y se sentó. A vista de esto, José y nuestra primera madre Eva dieron, reconocidos, gloria a Dios y quedaron estupefactos de admiración ante los prodigios que acababan de tener lugar. Y decían: «En verdad que ¿quien ha oído jamás a nadie cosa semejante o ha visto con sus propios ojos prodigio parecido a este que acaba de realizarse?»

Y nuestra primera madre entró en la cueva, tomó al niño en sus brazos y se puso a acariciarle y a abrazarle con ternura, bendiciendo a Dios, porque el niño era extremadamente hermoso y tenia un semblante fascinador y resplandeciente, mientras que sus rasgos eran muy expresivos. Después lo envolvió entre pañales, lo depositó en el pesebre de los bueyes y salió de la cueva. Y de pronto vio a una mujer llamada Satomé, que venia de la ciudad de Jerusalén. Eva, nuestra primera madre, se le adelantó y le dijo: «Te doy una buena y feliz noticia: una tierna doncella acaba de traer un hijo al mundo sin haber conocido varón en absoluto* (cf. el apócrifo *Evangelio armenio de la infanda*, IX, 2-3, en *ibid.*, p.381-382).

IV. EL ERMITARO DE BELEN

El ermitaño de Belén es San Jerónimo, quien desde el año 385, es decir, a los cuarenta y tres años de su vida, decidió vivir permanentemente en aquella ciudad sin separarse de la gruta donde nació el Redentor. Allí fundó un monasterio, donde se consagró a la vida ascética, a la dirección de almas y a la composición de la mayor parte de sus obras.

Se ha conservado desde el siglo IV una cavidad rocosa, reducida a forma regular por los muros, que en el siglo XII se comunicaba con el claustro latino dei monasterio, y que era la celda donde el santo Doctor redactô la famosa Vulgata o traducciôn latina de la Sagrada Escritura. En este retiro escribiô también el ilustre Padre de la Iglesia aquellas controversias y refutaciones vehementes contra todos los errores de su tiempo. /Xlli combatiô hasta los ochenta y ocho anos de edad contra Joviniano, Vigilancio, Pelagio y los ongenistas. Y como si tantos trabajos no fueran suficientes, el intrépide escritor aceptô el ano 395 la administraciôn de la parroquia de Belén, a instancias del obispo jerosolimitano Juan. Alli, al fin, acabô sus dias el ano 420 y alli fué sepultado. Todavía se muestra en la cripta de Belén el lugar de su tumba, que él en vida mandô excavar al lado de las de sus discipulas Santa Paula y Santa Eustoquio. Esta tumba esta hoy vacia, pues los restos de San Jerônimo fueron trasladados a Roma, a Santa Maria la Mayor, y reposan en la capilia del Santisimo Sacramento (cf. Meistermann, o.c., P-348-349).

V. EL ORIGEN DE LA “MISA DEL GALLO”

129

•Es probable que Sixto III haya introducido la costumbre de celebrar en la fiesta natalicia un oficio nocturno (maitines y laudes) de carâcter mariano, diverso, naturalmente, de aquel que mientras tanto se cantaba en San Pedro, precedido hacia media noche de la celebraciôn de una misa en el oratorio del « $\rho\Gamma\text{3}\epsilon\delta\epsilon\rho\epsilon$ », durante la cual, segùn San Leon Magno, el texto evangélico referia la Anunciaciôn a Maria. Es también sumamente probable que esta conmemoraciôn nocturna de la Navidad haya sido inspirada al Papa Sixto III por una costumbre análoga en vigor en la iglesia de Jerusalén hasta el siglo IV. En efecto, la *Peregrinatio* recuerda una estaciôn nocturna en Belén que se hacia solemnemente por el obispo y el pueblo en la noche del 6 de enero, entonces fiesta de Navidad. No sabemos si se celebraba la misa, pero es muy probable; algunos decenios después el bidgrafo de Santa Melania lo atestiguaba expresamente... Nada de extraño, por tanto, si a principios dei siglo V, con las relaciones tan frecuentes que existian entre Roma y Palestine, se haya querido reproducir en la basilica liberiana, a una con la gruta de la Natividad, la funciôn nocturna que se celebraba en Belén. Puede ser también que como se habia formado el Adviento sobre el tipo de la Cuaresma, asi se quisiera modelar una gran vigilia en Navidad sobre la gran noche de Pascua.

El Papa celebraba esta primera misa hacia la medianoche, *mox ut gallus cantaverit*, y no en el altar de la basilica, sino en un pequeno oratorio del pesebre, *ad praeseptum*, dice el *XI Ordo*, que entonces debia encontrarse inmediatamente detrâs del altar mayor. Terminada la misa, en la cual él solo comulgaba, présidia el solemne oficio de la noche; pero mâs tarde, después dei siglo XII, el oficio de la vigilia fué anticipado a la misa y el papa no asistia mâs que a los laudes» (cf. Mario Righetti, *Historia de la Liturgia*: BAC [Madrid 1955] t.i p.693-694).

VI. LA PRIMERA REPRESENTACION PLASTICA DE LA NAVIDAD

«Si se buscan las muestras más antiguas de cómo se figuró el nacimiento, veremos que Emil Mâle describe el sarcófago del Museo de Letrán, de la primera mitad del siglo IV: la Virgen está sentada en el portai; Jesús, en la cuna, que es de mimbres, con el buey y el asno; obediente la composición a la llamada «formula griega», mientras se adapta a «la siríaca» la ampolla del tesoro de Monza: el Niño en el pesebre, entre los dos animales; la Virgen, acostada, y San José, sentado, cabizbajo...

No fue temprana la representación pintada o esculpida del Nacimiento en las mismas catacumbas romanas; el único ejemplar, que es el de las de San Sebastián, se fecha en el siglo IV; dentro del cual, y algo antes, data el sepulcro de Letrán (343). Por la lentitud en la difusión del tema no sorprende encontrarlo en los sarcófagos ni en los poco numerosos relieves prerrománicos. La más antigua representación española parece ser la miniada en el antifonario de la catedral de León, escrito en 1062, de letra mozárabe. La Virgen, con muy voluminosos vestido y tocado, está sentada a la cabecera del pesebre, o mejor, cuna, pues faltan las bestias; a los pies, está, erguida, al lado de una silla de tijera, la matrona» (cf. Javier Sánchez Cantón, *Los grandes temas del arte Cristiano en España*, t.i: *Nacimiento e infancia de Cristo* [BAC, Madrid 1948] p.19-20).

VH. EL PESEBRE QUE PREPARO SAN FRANCISCO

Es digno de piadosa memoria lo que San Francisco de Asís llevó a cabo el día de Navidad en un pueblo llamado Greccio. Moraba allí un digno señor llamado Juan. Quince días antes de Navidad llamó Francisco y le dijo que quería preparar un nacimiento, a lo que el buen hombre accedió y preparó todo lo que le propuso el Santo. «Llegó por fin el día de la alegría y la bora de la satisfacción apetecida. Fueron convidados religiosos de varias partes, los hombres y mujeres del lugar, según su posibilidad, y con íntimo gozo, con luces y hachas, se dispusieron a iluminar aquella noche, que con inmensa claridad, cual astro refulgente, irradia sobre los días y los años. Llegó en último lugar el siervo de Dios, y hallándolo todo a punto según lo deseara, alegróse en extremo. Dispónese luego el pesebre, acomódase la paja y se trae el buey y el asno. Hónrase allí la sencillez, se elogia la pobreza, se celebra la humildad, y Greccio se convierte en otra ciudad de Belén. Queda la noche iluminada como claro día y da placer a los hombres y a los animales. Llegan los pueblos y animan con nuevo entusiasmo y fervor aquel admirable misterio. Resuenan en el valle las voces, y los ecos responden con estremecimiento. Cantan los religiosos entonando las divinas alabanzas y transcurre la noche en santa alegría. Contempla, extático, el siervo de Dios el pesebre, suspira tiernamente y se le adivina rebosando ternura y nadando en mar de celestiales goces. Celébrase el santo sacrificio de la misa junto al pesebre, y el sacerdote disfruta de inusitado consuelo.

Viste Francisco los ornamentos sagrados propios del grado de diácono, a cuyo orden estaba elevado, y con voz conmovida entona el santo Evangelio. Aquella voz es insinuante y dulce, clara y sonora, convidando a todos a

los premios eternos. Predica después al pueblo que le rodea, y de sus labios brotan dulcisimas palabras sobre el nacimiento del Rey-pobre y de la insignificante ciudad de Belén. Cuando ha de pronunciar el dulce nombre de Jesûs, ardiendo en flagrantísimo amor, llámale, con sin igual ternura, el Nino de Belén; y esta palabra, a causa del estremecimiento y emoción, percíbese como tierno balido de oveja, y su boca llénase, más que con el nombre, con el dulce afecto que al pronunciarlo experimenta. Su lengua, cuando ha de nombrar al Nino de Belén o el nombre tiernísimo de Jesûs, muévase alrededor de los labios cual si lamiese saboreando algo dulcísimo y gustase el grato sabor de aquella divina palabra. El Altísimo multiplico allí sus maravillas, pues un hombre piadoso de los que allí había contempló una admirable visión. Vió un niño exánime reclinado en el pesebre, al cual se acercó el santo varón de Dios y lo resucitó tan suavemente cual si le despertara del sopor del sueño. Tuvo esta visión particular sentido, y ciertamente muy adecuado, porque significaba que, habiendo sido echado en olvido el divino Jesûs y arrojado de muchos corazones, resucitó por su siervo Francisco con el auxilio de la divina gracia y quedó impreso en los corazones deseosos de verdad. Ccsaron por fin los solemnes cultos, y cada cual volvió a su casa lleno de gozo y alegría» (cf. *Escritos completos de San Francisco de Asis*: Celano, *Vida de San Francisco*, en BAC [Madrid 1945] P-340-34i).

vm. LA PRIMERA MISA DE SAN IGNACIO

San Ignacio subió al altar a los dieciocho meses justos de su ordenación, la noche del miércoles 25 de diciembre de 1538, en Roma. La fecha viene inequívocamente registrada por el Santo, en carta de 2 de febrero de 1539 a los señores de Loyola: «El día de Navidad pasado, en la iglesia de Nuestra Señora Mayor, en la capilla donde está el pesebre donde el Nino Jesûs fué puesto, con la su ayuda y gracia, dije la mi primera misa» (cf. S. Ignatius *Epistolae*, I, p.147, y la *Carta de San Ignacio sobre su primera misa*: AHSI, I [1932] 100).

San Ignacio retrasó la celebración medio año, y sobre este retraso se han expuesto diversos motivos, entre ellos la preparación que se proponía realizar para el santo sacrificio, pero también es lógico pensar que su amor a Cristo y su devoción a los santos lugares gustados por él en 1523 le hicieron desear la celebración de su primera misa en Palestina. Mas habiendo continuado todo aquel año la imposibilidad de navegar a Tierra Santa por la guerra contra el turco, creyó llegado el momento de celebrar su primera misa, escogiendo para ello lugar y fecha muy conformes con sus ansias palestinas, porque «fué la noche de Navidad del año 1538, como escribe Ribadeneira, y dijola en Roma, en la capilla del Pesebre» (cf. *Obras completas de San Ignacio de Loyola* t.i: BAC [Madrid 1947] p.500-501).

POESIA NAVIDENA ESPAÑOLA

Es tan inmenso el arsenal poético de nuestra áurea literatura, que por falta de espacio nos vemos precisados a insertar aquí solamente un reducido muestrario de la poesía navidena española.

A) *Canciôn para collar al Nino*

◆Callad, Vos, Señor,
nuestro Redentor,
que vuestro dolor
durará poquito.
Angeles del cielo,
venid dar consuelo,
a este moçuelo
Jesus, tan bonito.
Este me reparo,
aunqu'el costo caro

de aquel pueblo amaro
cativo en Egito.
Este santo dino,
Niûo tan benino,
por redimir vino
al linaje aflito.
Cantemos gozosas,
hermanas graciosas,
pues somos esposas
del Jesü bendito*.

(cf. Gômez Manrique [i4i2?-i490?], *De la Representacidn del Nacimiento de Nuestro Serïor*, villancico final, en *Cancionero Espaâol de Navidad* [Madrid 1944. p. 123).

B) *Anda acá⁹ pastor*

«Anda acá, pastor,
a ver al Redentor.
Anda acá, Minguillo.
déjà tu ganado,
toma e! caramillo.
zurrôn y cayado.
Vamos sin temor
a ver al Redentor.
No nos acerquemos
sin llevar présente;
mas, jqué llevaremos?
Dilo tù, Llorente.
iQué será lo mejor
para el Redentor?
Yo quiero llevarle
leche y mantequillas
y para abrigarle

algunas mantillas,
para ir con amor
a ver al Redentor.
Con aquel cabrito
de la cabra mocha
le daré un quesito
y una miga cocha,
que tendra sabor,
sabor al Redentor.
No piense que vamos
su Madré graciosa
sin que le ofrezcamos
mâs alguna cosa..
que es de gran valor
Madré del Redentor*.

(cf. JüAN DEL En z i n a [1469-1529], en *ibid.*, p. 150-151)

C) *Clavel de la aurora*

◆Caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno;
iqué glorioso que está el heno
porque ha caído sobre él!
Cuando el silencio tenia
todas las cosas del suelo,
y coronada de hielo
reinaba la noche fria,

en medio la monarquia
de tiniebla tan cruel
caído se le ha un clavel.
De un solo clavel cenido
la Virgen, Aurora bella,
al mundo le diô, y ella
quedô cual antes, florida
A la pùrpura caida

siempre fué el heno fiel;
caido se le ha un clavel.
El heno, pues, que fué digno,
a pesar de tantas nieves,
de ver en sus brazos leves

este rosicler divino,
para su lecho fué lino,
oro para su dosel;
caido se le ha un clavel».

(cf. Luis de Góngora, en ibid., p.224-225).

D) Zagalejo de perlas

«Zagalejo de perlas,
hijo del aima,
idônde vais, que hace frio,
tan de mahana?»,
Como sois lucero
del aima mia,
a traer el dia
nacéis primero,
pastor y cordero
sin choza y lana;
idônde vais, que hace frio,
tan de manana?
Perlas en los ojos,
risa en la boca,

las almas provoca
a placer y enojos;
cabellitos rojos,
boca de grana,
idônde vais, que hace frio,
tan de manana?
«Qué tenéis que hacer,
pastorcito santo?
Madrugando tanto,
lo dais a entender;
aunque vais a ver
disfrazado al aima,
idônde vais, que hace frio,
tan de manana?»

(cf. Lope de Vega, en ibid., p.239-240).

E) Hombre y Dios

«Pues hombre es no más el que
de humanas entrañas nace;
más es que hombre: Dios es
quien nace de Virgen Madré,
quedando en el parto virgen,
virgen después, virgen antes.
—Hombre es quien siente al nacer
las destemplanzas del aire.
—Dios es quien, naciendo al hielo,
le abrigan los animales.
—Hombre es quien su sangre déjà
que a ocho dias se derrame.
—Dios es quien, por dar ejemplo,
quiere que la Ley se guarde.
—Hombre es quien nace tan pobre
que de pastores se valq»
—Dios es quien nace tan rico
que reyes van a adorarle.

—Hombre es quien terne la muerte
y huyendo a Egipto se parte.
—Dios es quien por el camino
tantos idolos deshace.
—Hombre es, pues se pierde y déjà
con desconsuelo a sus padres.
—Dios es, pues le hallan a donde
más que los rabinos sabe.
—Hombre es, pues mal le pegas
solamente con tocarle.
—Dios es quien, si enferma en mi,
no espera que ÿo le sane.
—Hombre es, pues su mancha lava
del Jordân en los cristales.
—Dios es, pues la mancha es mia
y El déjà que se la laven».

(cf. Pedro Calderón de la Barca, *De la cura y la enfermedad*, en ibid p.277-278).

X. COSTUMBRES NAVIDENAS

Sôlo queremos insertar un botôn de muestra entre los mil que pudieran aducirse, dada la riqueza del folklore navideno nacional. Hemos escogido, por su carácter eminentemente popular, las escenas pastoriles de La Baneza (Leôh), tai como relata Valerio Serra Boldü en F. Carreras y Candi, *Folklore y costumbres de Espana* t.3 [edit. Alberto Martin, Barcelona 1946] p.510-512).

«En los dias que preceden a Navidad, reünense los jôvenes en casa del tamborilero. A las seis de la tarde llegan los mozos y mozas cantando vi-Uancicos, con plumas, flores y olivos, a la habitaciôn senalada para el ensayo, y en tanto las mozas tejen un ramo de singular aderezo, los mozos entonan los «kÿries» de la misa, acompañándose de tamboril y flauta.

El dia de Nochebuena llegan, a las doce de la noche, los pastores a la puerta dei templo. Les preceden los aldeanos, conduciendo en un carretillo de triunfb el ramo que ha de ser bendecido en la parroquia. Los rondadores y mozas permanecen en el atrio, esperando a las autoridades. Cuando llegan estas, el sacerdote bendice al pueblo, y con su venia se canta la copia de entrada, en la que se alude a los acontecimientos mâs importantes del aho. Seguidamente, los pastores, dirigiéndose al altar de la Virgen, la saludan con romances originales, prometiéndola alabanzas. para después dé.Ta misa y felicitândoles la Navidad a Ella y al Rey del cielo con copias y bailes.

Antes de comenzar la misa, los pastores, a cuyo.frente va su mayoral, se tienden en el presbiterio formando un semicirculo, en el centro del cual encienden una hoguera y sobre ella colocan unas trébedes con un caldero.

Un zagalillo con vestiduras de ângel aparecé entre los pastores anunciândoles el nacimiento del Senor; pero, simulando dormir todos, solo el mayoral percibe entre suenos la extrana vision. Con ferviente humildad adora al ñngel y llama después a sus companeros para manifestarles la buena nueva.

Dudosos los companeros, tornan a su sueno, cuando invisiblemente se escucha la divina voz, mâs dulce e insinuante ahora. El mayoral, de rodillas ■y entre lâgrimas y clamores, invita de nuevo a sus camaradas a prèsenciar el prodigio. Al fin consigueque ellos caminen a Belén para adorar al Nino Dios.

Finalizada la misa, las mozas se acercan al presbiterio con el carro triunfante en que llevan el ramo. Con filigranas originales dirigen al sacerdote chispeantes copias, salpicadas de ingenio. Después de repetidos bailes y repiques de castanuelas, los rondadores abandonan el templo, recorriendo las calles en demanda de limosnas para los pobres».

SECCION VIII. GUIONES HOMILETICOS

i'

SINOPSIS DE LOS GUIONES HOMILETICOS

Terna litûrgico:

, Fiesta de Navidad (ĩ).

El misterio de Belén:

- La Providencia en Belén (2).
- Las personas de Belén (3).
- Adoradores de Belén. Los pastores (4).
- Belén, escuela de santidad (10).
- Ricos y pobres en el portai (15).

El mensaje de los ângeles:

- «Gloria a Dios» (5 y 6).
- ♠Paz en la tierra» (7).
- ♠No temâis» (8 y 9).

El orden sobrenatural:

- La elevaciôn del hombre (11).
- Hijos de Dios (12).
- Hijos adoptivos (13).
- Nuestra deificaciôn (14).

SERIE I: LITURGICOS

Fiesta de Navidad

I. Un gran gozo.

Como el ângel dijo a los pastores *os anuncio una gran alegría* (Le. 2,10): *Os ha nacido un Salvador*, asi la Iglesia exclama: «Christus natus est hodie; venite adoremus».

Nuestros altares se convertirân en auténticos pesebres donde Cristo, real y verdaderamente presente, descansará envuelto en los blancos accidentes de pan, como antano en los blancos panales.

- C. Como corrieron los pastores, corramos nosotros al altar, escuchando el «Venite* con que la Iglesia nos invita. «Adeste fideles, laeti triumphantes*. Sobre el altar resucna, al igual que sobre la gruta, el himno celestial (Lc. 2,14): «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

136

II. Actualidad de la Navidad.

- A. No menos que para los pastores, la Navidad es para nosotros una actualidad.
- a) *Las fiestas de la Iglesia no son solamente un recuerdo, sino que tienen una íntima realidad mística.*
 - b) **El año litúrgico, al que la piedad de la Iglesia alimenta y acompaña, no es una fría e inerte representación de hechos que pertenecen al pasado, o una simple y desnuda evocación de realidades de otros tiempos. Es más bien Cristo mismo, que vive en su Iglesia siempre y que prosigue el camino de inmensa misericordia por El iniciado..., a fin de poner a las almas humanas en contacto con sus misterios y hacerlas vivir por ellos; misterios que están permanentemente presentes y operantes, no en la forma incierta y nebulosa de que nos hablan algunos escritores recientes, sino porque... son ejemplos ilustres de perfección cristiana y fuentes de gracia divina por los méritos y la intercesión del Redentor y porque perduran en nosotros con su efecto...» (Pío XII, Mediator Dei 205).*
- B. La realidad de la Navidad es, pues, el conjunto de gracias vinculadas a este misterio, que se derrama, al celebrarlo, sobre nuestros corazones.
- a) *Podemos decir que Cristo nace para nosotros: 'Christus natus est nobis*, para nosotros los hombres del siglo XX.*
 - b) *Las fórmulas preparatorias de Adviento están todas construidas en futuro, como refiriéndose a esta mística realidad: el Señor vendrá...; *ven, ven, ven....*

III. Ayer y hoy.

Cuando Cristo abrió los ojos en Belén, el cuadro que le ofrecía el mundo era desconsolador.

El mundo judío, su pueblo escogido, con una equivocada idea sobre el Mesías, que no le recibe: 'In propria venit et sui eum non receperunt (Io. 1,11).*

- b) *El mundo romano y el griego, con su poderío, sabiduría y fuerza, que adora a los ídolos y vive embriagado en el placer y vicio. Solamente un grupito de muy pocos le reciben: la Virgen, José, los pastores y... los Magos que se ponen en camino.*

- B. Cristo contempló también el cuadro que el mundo del siglo XX ofrecía a sus ojos.
- a) *El cuadro de nuestros días no es menos desconsolador que el de entonces. Sin caer en tópicos pesimistas, debemos reconocer*

que gran parte de la familia humana vive lejos de Cristo y que los suyos, sus Cristianos, no viven como El ha enseñado. Como ayer, son pocos los que le reciben.

- b) *Nace el Señor, es cierto, para todos. Mas solamente se aprovecharán de su mística venida los que se acerquen a El, como los pastores, reproduciendo en su corazón los sentimientos de María Santísima en la Nochebuena.*

IV. Nuestras disposiciones en Navidad.

138

- A. Las disposiciones necesarias para aprovecharnos de la nueva aparición de Cristo nos las da el Papa San León en su sermón primero de la Navidad.
- a) *Gratitud: 'Demos gracias, queridísimos, a Dios Padre por su Hijo en el Espíritu Santo, el cual, por la excesiva caridad con que nos amó, se compadeció de nosotros; y estando muertos por los pecados nos vivificó con Cristo para que fuésemos en El una nueva criatura».*
 - b) *Reforma de vida: «Depongamos, pues, al hombre viejo en sus obras: y, puesto que hemos alcanzado la participación en la vida de Cristo, renunciemos a la carne. Reconoce, ¡oh cristiano!, tu dignidad, y, una vez hecho consorte de la naturaleza divina, no vuelvas a la antigua vileza con una vida degradante e indigna. Acuérdate de qué Cabeza y Cuerpo eres miembro. Ten presente que, sacado del poder de las tinieblas, has sido trasladado al reino de la luz*.*
Amor. De San Alfonso María de Liguori se dice que, después de haber considerado el amor de Cristo en el portal de Belén, exclamaba: '¡Ah, qué caro nos ha costado amarnos!» Cuando un Dios se anonada tornando la forma de esclavo y se abraza con la pobreza y el dolor y la vida dura, no podemos menos de caer de rodillas ante él y hacerle una sincera profesión de amor, lamentándonos de no haberle amado antes, diciéndole con San Agustín: «Sero te cognovi, pulchritudo tam antiqua, sero te amavi.*

- B. «Venite adoremus*... Acercuémonos al altar. Recibámosle en nuestros corazones. He aquí el gran homenaje. Presentémonos con el anhelo de unirnos a El para vivir de El, identificándonos con su pensar, querer y obrar.

SERIE III: SOBRE EL EVANGELIO

2

La Providenda en Belén

- 139
- I. *La Providenda, según el Condlio Vaticano, sostiene y gobierna todo cuanto Dios creara, disponiéndolo todo suave y fuertemente.*
- A. Lo alcanza todo, tanto los sucesos físicos como los actos libres. Lo mismo las acciones individuales que los decretos de los reyes y las obras colectivas.
- B. Todo lo mueve y ordena para conseguir los fines que El mismo ha senalado, pero lo mueve suavemente. Porque Dios sabe utilizar sus instrumentos, acomodándose a la naturaleza de éstos. El buen músico no emplea el violin del mismo modo que el piano. Y así Dios gobierna a los hombres libres respetando su libertad.
- II. *El nadmiento de Cristo es el centro de los tiempos. Dios supo ordenar todos los siglos de manera que prepararan ese momento.*
- 141
- III. *La historia religiosa de la humanidad se divide en dos periodos: antes de Cristo y después de Cristo. Bien ajenos estaban los habitantes de Belén de que esta noche se cerraba un libro de la historia y comenzaba otro, de que era el broche final de una era y el comienzo de otra.*
- A. La primera etapa de miles y quizá millones de años tuvo por objeto preparar la venida de Cristo.
- a) *Los once primeras capitulas del Genesis nos nuiestran la humanidad en sus albores, vigilada ya por Dios para conservar dentro de ella una parcela limpia.*
- b) *Miles de afios después se abre la historia de los patriarcas. Aquella parcela de hombres justos que preocupaban a Dios desde el pnncipio va a cbncretarse en un pueblo, para que el Mesias nazca en él.*
- B. Todo el Antiguo Testamento no es otra cosa que la sinfonia de Dios, que desenvuelve siempre y de los modos mas insospechados el mismo tema: la Providenda prépara en el pueblo judio la venida de su Hijo.
- a) *Primera forma el pueblo, apartdndolo de toda fusiôn con elementos extranos, para lo cual lo lleva a Egipto, dônde vivird aislado.*
- h) *Después lo constituée en Estado, mediante Moisés*

- c) *Lc da un territorio con Josué, los Jueces y David.*
- d) *Lo sostiene mediante los proyectos, e interviniendo directamente, unas veces mediante sucesos prósperos y otras adversos.*

C. En toda la historia del Antiguo Testamento el pueblo judío aparentemente no es sino la más pequeña rueda de la gran maquinaria universal.

- a) *Pero si se lee la santa Biblia con ojos de Je, se ve cómo toda la historia va siendo aprovechada recia y suavemente para conseguir los fines decididos por Dios para su pueblo.*
- b) *Un ejemplo: la prosperidad de Caldea sirve de castigo a Israel; el efímero predominio persa le da la libertad.*

D. Hasta que llega el momento final. Es necesario que se cumplan las profecías.

- a) *El reino de Dios no será un pequeño pueblo, sino que la voz de sus predicadores ha de oírse por todo el mundo.*
- b) *Entonces surge el primer imperio universal: el imperio romano.*
 - 1. *Este superará las, hasta entonces invencibles barreras de las razas y naciones. Un judío podrá recorrer libremente el mundo entero.*
 - 2. *Conseguirá la unidad de lenguas. Con el griego y el latín podrán hacerse entender por todas partes los predicadores.* —
 - 3. *Los medios de comunicaciones cruzarán el mundo conocido.*

E. Ya está todo hecho para que el reino encuentre hecha posible su predicación. ¿Qué falta?

- a) *Que se cumpla una pequeña profecía. Un detalle sin importancia. Que Jesús nazca en Belén.*
- b) *César Augusto, dueño del mundo, obedece sin saberlo los planes de Dios y da un decreto de empadronamiento.*
- c) *La Providencia se ha encargado del cumplimiento de la profecía sin forzar a nadie.*

IV. *¿Cuál es el plan actual de la Providencia? Instaurarlo todo en Cristo.* 149

3

Las personas de Belén

- 1. *A modo de sencilla meditación vamos a mirar las personas que vemos en Belén y considerar sus acciones.* 143

II. *José.*

144

- A. El Evangelio nos dice que salió José con María. Siempre es la primera la autoridad, aun en aquella farrulia

NAVIDAD. 25 DICIEMBRE

en la que el padre y esposo es inferior al hijo y a la madre. José dispone y guía el viaje.

Modelo de obediencia a la ley. En efecto, obedece:

- a) Con *prontitud*.
- b) *A pesar de las dificultades que ofrecia lo largo dei camino, la pobreza de sus medios y la situacdn de Maria.*
- c) *Totalmente, pues la ley no se opone a ningûn precepto divino.*

Celoso en sus deberes maritales. No es difícil imaginar su preocupaciôn al no encontrar un lugar a proposito.

Cuando comprende que debe desaparecer, se esfuma. Los pastores y los reyes encuentran al Nino con su madre. Simeon se dirige a Maria.

En cambio, cuando hace falta la actiuidad del varôn vuelve a aparecer, como en la huida a Egipto.

- b) *Gran lecciôn de humildad del santç mâs grande y mds oculto. Gran lecciôn de como los inlereses, e incluso las autoridades humanas (v.gr.: la de los padres), deben ceder cuando se manifiestan los intereses de Dios.*

III. Maria.

Sumisa a Dios. Emprende un viaje penoso. No encuentra albergue. No importa. Conoce la voluntad profética de que Jesûs nazca en Belén y entre animales. No pregunta mâs.

Virgen madre. Hasta ese momento la virginidad no se apreciaba en el mundo. Desde ahora Cristo nos enseña:

- a) *A apreciar la virginidad como flor la mds digna de ofrecerse al Dios de la limpieza absoluta.*
- b) *A santificar la maternidad que recibe el honor inmenso de haber traído un Dios al mundo.*

Unida a Cristo. Ya no podremos separarla de El. La hallaremos ofreciéndolo en el templo, pidiéndole el primer milagro, cuidándole oculta durante su predicaciôn, ofreciéndole otra vez en el Calvario. ^Separaremos en el cielo la obra de quienes la ejecutaron siempre juntos en la tierra?

IV. Jesüs.

¿Quién? »El Verbo se hizo carne y habitô entre nosotros» (Io. 1,14). No nos queda sino doblar las rodillas.

¿Cómo? En un pesebre; entre pañales, hijo de artesanos.

¿Qué palacio! ¿Qué cuna y vestidos! ¿Qué clase social! Mâs tarde dirâ que su reino no es de este mundo. Hoy aprendemos, por lo menos, que no es al modo de los de este mundo.

Para qué? Para salvarme. Para enseñarme el camino

del cielo: la humildad, la abnegación, la mortificación, la penitencia,

V. *Los hombres.*

- A. Sólo daremos un vistazo a la humanidad.
- B. Los unos no se enteran porque no hay quien se lo diga. Estos constituyen entonces y hoy la gran parte de la humanidad. Dios les ha nacido y ellos no lo saben. Son los ignorantes.
Los otros se espantan cuando lo saben. Son los ambiciosos que temen por su posición. Más tarde el sucesor de este Herodes lo tendrá delante de él y se reirá. Es el sensual que no le entiende.
Otros, pocos, oyen la voz de Dios manifestada por los ángeles o la estrella y acuden prestos. ¿Son pobres o ricos? Son hombres de fe y buena voluntad.

Vi. *i y yo?*

148

- A. ¿En qué clase figuro?
- B. Sólo sé una cosa. Que no figuro entre los ignorantes.

Adoradores de Betén. Los pastores

Acerquémonos a la grata de Belén para ver quiénes adoran al Niño.

- A. El Padre Eterno. Veía lo que ni siquiera la Santísima Virgen alcanzaba: las perfecciones de Dios, ocultas bajo una carne sonrosada y débil, y decía: «Tu eres el hijo de mi amor, en quien me complazco enteramente» (Me. 1, 11)
- B. María Santísima, que entendía los misterios de la Encarnación y Redención como no los ha entendido criatura alguna.
- C. Los ángeles, que a diferencia de Satanás, que no quiso humillarse ante un Dios encarnado, acudieron a darle la bienvenida, asombrados ante su rebajamiento.
- D. Los pastores y los demás vecinos, que, atraídos por lo que éstos les contaron (Le. 2,18), acudirían curiosos.

Vamos a detenernos especialmente en los pastores.

150

- A. Eran gente sencilla y pobre. Dios demostró su amor a los pobres enviando sus ángeles como mensajeros que les comunicaran la buena nueva.

Pero ifué la condiçión esencial de su obediencia esta pobreza? No, pobres y sencillos serian también los vecinos de Belén que lo supieron por ellos. En cambio, no lo eran los Reyes Magos que vinieron de tan lejos.

tCuâl fué, pues, el motivo de que acudieran a la gruta?

III. *Los pastores y los reyes se distinguieron por la misma condiçión: la fe obediente.*

Los pastores creen con sencillez.

- a) *Se dira que creyeron ante el milagro. g Pero no vieron milagros mayores los judios? îAcaso no los oyô Herodes de boca de personas de credito como los Magos? jNo existen miles de personas cientificas que no se toman la molestia de estudiar un expediente de Lourdes y prefieren negar lo que podia ser para ellos évidente?*
- b) *Los pastores sometieron su entendimiento a cosa tan lejana dé su mentalidad como ver a un Mestas en la cueva. Los transeuntes que se asomaban al pesebre no veian sino a un nino cualquiera. Nosotros excitamos nuestra fe y veamos a Dios en él.*

Pero la fe de los pastores fué obediente.

- a) *Se dieron prisa. Buscaron al Nino por los alrededores de Belén y por las distintas cuevas.*
- b) *Hay dos closes de fe. La fe puramente intelectual y la que se traduce en obras. Hay quienes creen en Dios y le odian 0 terrien como los demonios. Hay quienes creen en El, pero no traducen su fe en obras. Hay quienes creen y su fe es activa a la voluntad del Dios en quien creen.*

Los pastores creyeron y obedecieron a un Dios desnudo.

- a) *Esto es lo dificil. No lo es creer que Jesucristo es Dios. Lo es admitir en nuestra vida la desnudez que El practicô. Acomodarla a nuestra close y modos.*
- b) *Creer y obedecer no a un Cristo abstracto, sino al Cristo concreto del Evangelio. El Cristo de la abnegaciân del pesebre y de la cruz. El Cristo de la abnegaciôn por los demds hombres.*

152 IV. *También nosotros tenemos nuestro pesebre: la Eucaristta.*

Nuestra fe <es verdaderamente viva? Entonces, ^por que tan poco respeto? <Por que tan poca devociôn? <Por que tan poca frecuencia?

êEs verdaderamente obediente? Entonces, ëpor que tan poca comuniôn y tan poco aprovechamiento?

«Gloria a Dios» (I)

- I. *Los àngeles cantan el dia de Navidad el himno de la gloria de Dios. La Iglesia, antes de verlo nacer eucaristicamente en la santa Misa, canta a diario en el prefacio: «Verdaderamente que es digno, justo, equitativo y saludable...»*
- II. *El nacimiento dei Serior es el instrumento mejor de la gloria de Dios.*
 - A. Porque es el centro, modelo y causa meritoria y eficiente de nuestra divinización. Elevô a toda la creación de una manera admirable, y ahora ésta, engrandecida en sus fuerzas, ya no canta la gloria de Dios débilmente como antes, sino que coopéra a la infinita glorificación que el Padre celestial quiere que se le tribute.
 - B. Porque coloca a Cristo como cabeza y sacerdote de la humanidad, en cuyo nombre da gloria a Dios. Lo que Cristo puede no lo puede ninguna criatura.
- III. *Glorificar a Dios es digno fin del hombre: «Vere dignum».* 155
 - A. La alteza y dignidad de la criatura consisten en que ésta, por su naturaleza, es una manifestación de la grandeza de Dios.

Nada hay grande en el cielo ni en la tierra que no se refiera a la honra y glorificación de Dios. Cuanto más refleja a Dios una criatura, mas perfecta es.

 - b) *Si esta manifestación aparece también en el modo de pensar, entonces la criatura llega al colmo de su grandeza. Cuanto más se acercan tus pensamientos a Dios consignes hacer tuyos los pensamientos e intenciones de Dios.*
Cristo no reconociô otro fin de su vida que servir de instrumento para la honra y glorificación de Dios por medio de sus obras y padecimientos.

sumisión a Dios es el vinculo común de toda la perfección y el fundamento de la verdadera felicidad. De ella nacen todas las virtudes.

No hay cosa tan agradable como esa virtud que todo lo refiere a Dios; ni hay nada tan detestable como el hombre que en Ultimo término se busca a si mismo.

 - b) *Todos los que no buscan a Dios, son idolâtras: unos de la honra, otros dei interés y la mayor parte del bienestar.*
El más noble de los hombres es aquel que, considerndose como criatura de Dios, deduce de esta verdad todas las consecuencias, y conforme a ellas ordena enteramente su vida.

Es obligation de justitia: «lustum».

Esta obligaciôn es, ademâs, de justicia. Tu no te pertenes a ti, sino a Dios. El no puede procêder de otra manera. Debe tratarte como propiedad suya. El no puede criarte sino para si y para su gloria. Todo es de Dios y nada tuyo; guârdate, por consiguiente, de apropiarte los bienes ajenos.

La necesidad de pertenecer a Dios no resulta de tener el hombre un determinado oficio o estado, sino que se funda en la esencia misma de toda criatura. Esa necesidad es el fundamento de todos los deberes y del bienestar así individual como social.

En el temor de Dios y observancia de sus mandamientos esta cifrada la ocupaciôn principal del hombre, su naturaleza, su historia, su grandeza toda, su gloria y su felicidad. Importa, por consiguiente, mucho, hacer de esta verdad el principio fundamental de todas nuestras empresas y trabajos.

Esto exige el derecho y la justicia. Obra, pues, conforme a derecho, y no tienes que temer a nadie.

Decoroso: -Aequum*.

- A. Esta obligaciôn es también de equidad. Toda grandeza v todo dominio son verdaderamente reconocidos. Pues icuânto mâs deben ser reconocidos el dominio, grandeza y amor de Dios, que superan infinitamente a todo lo que me rodea? <No es, por consiguiente, razonable que levantemos con humildad nuestros ojos a Dios, ya que El los baja con tanto amor hacia nosotros? Agradecimiento..., esperanza...
El espíritu que hoy prédomina en el mundo es el espíritu de la revoluciôn, que en lugar de Dios coloca al hombre. De Dios no se habla sino como de cosa muerta, o se le considera, ya como un objeto destinado a satisfacer las pretensiones humanas, ya como un medio de seguridad del Estado. êQuién no se sentira, considerando este error, poderosamente movido a tributar al Dios de la verdad la honra debida?

158

Saludable para nosotros: «Et salutare».

Esta obligaciôn es finalmente saludable para nosotros mismos. Al hombre le importa mucho conseguir la felicidad, para la cual ha sido creado.
Dips nos gobiema, para hacemos felices junto a si. Debemos entregarnos a Dios para encontrarnos de nuevo en Dios.

- a) *Sôlo en Dios puede el hombre encontrar su felicidad, porque su destino es Dios. Por eso el corazôn del hombre estd inquieto hasta que descansa en Dios.*
b) *El que se busca a si mismo se encontrard a si mismo después de todos los goces aparentes. El que busca a Dios, encontrard a Dios después de todas pruebas.*

«Gloria a Dios» (II)

I. Los angeles cantan la pragmatica o carta magna del reinado de Jesus que nace: «Gloria a Dios». 159

II. Qué es la gloria. 160

- A. Santo Tornas define la gloria siguiendo a San Ambrosio: «un conocimiento claro con alabanza» (2-2 q.122 a.3 et passim). La gloria verdadera supone un bien objetivo que se manifiesta al exterior para que sea alabado. La manifestaciôn de ese bien constituye la gloria y el que lo da a conocer glorifica al conocido.
B. Dios, Sumo Bien, es digno de la suma gloria.

III. Cristo vino a dar a conocer al Padre para que fuera glorificado entre los hombres. «Yo te he glorificado sobre la tierra, he acabado la obra que me encomendaste» (Io. 17,4). 161

- A. Durante toda su vida cumple esa mision. Vamos a ver como la desempeña en Belén.
B. En Belén brilla:
La veracidad y fidelidad de Dios. «Fiel a todas sus promesas» (Ps. 144.13).
1. A lo largo de los siglos habia profetizado el nacimiento de un nino de una madre virgen (Is. 7,14), que se llamaria Manuel (ibid.), en la aldea de Belén (Mich. 5,2), desaparecido ya el cetro judio de las manos de Judâ (Gen. 49,10). Todas las profecias se cumplen en aquel establo, y brilla la ciencia y fidelidad de Dios.
2. Pero hay otra profecia que nos toca mâs de cerca. Apenas caido Adân, Dios anuncia al nacido de mujer que aplastará la cabeza de la serpiente. Ahi, entre las pajas, Dios cumple su promesa, y nos ha nacido el Vencedor.
b) *Brilla su providenda, en la que debemos confiar. Brilla su santidad en ese ambiente de que se rodea. Lecciôn de humildad, abnegaciôn, generosidad, etc.*
d) *Brilla su amor. «Yacta en el pesebre y reinaba en el cielo» (resp. 8 dom. infraoct. Nativ.). «Me amô a mi y se entrego*

La palabra de

*por mi» (Gai. 2,20). El amor es unitivo, y para unirse a m[
tuvo que salvar las distancias de su trono a la cueva de Belén*

Ademâs de esta glorificaciôn silenciosa entregada a nues-
tra meditaciôn, en la cuna de Belén comienza otra glo-
rificaciôn activa.

*«Ved, dice San Ambrosio, los origenes de la Iglesia nacientei
(cf. Lib.. 2, in c.2 Le.). Los dngeles cantan, según San Leôn,
tporque empieza a construirse en la tierra la celestial Jeru-
salem (Serm. 1, de Nativ.).*

- b) *En la cuna de Belén, al nacer el fundador de la Iglesia, que
nace para fundarla, comienza a brillar como centellica lo que
después sera hoguera. Aparece como Vida y Luz, y fia vida
es la luz de los hombres* (lo. 1,4). Con razôn la liturgia lee
este día las palabras de Isaías que después San Mateo aplica
a Jesûs: «El pueblo que yacla en tinieblas ha visto una gran
luz» (Mt 4,16).*

Alli nace Cristo, palabra que glorifica y predica a Dios.

Pero en Belén es donde la gloria de Dios alcanza su âpice
en la tierra.

*La gloria es tanto mayor cuanto mds digno es quien la da.
Por eso el Hijo se hace hombre para que Dios encuentre un
sacerdote digno de él que le ofrezca la gloria que los hombres
quisiéramos y no podemos darle.*

- b) *Alli se cumple el plan divino que quiso encerrarlo todo en
Cristo. A su semejanza nos criô. Encerrô en El todo bien
para que nosotros fuéramos réplica suya. Hoy viene a restau-
rar en nosotros su imagen y a recoger toda su gloria para ofre-
cerla en nombre propio y nuestro al Padre.*

*Por Ultimo, la gloria de Dios era invisible en si misma y noto-
ria sôlo por sus efectos. Dios se ha encamado y hecho uno de
nosotros. Es ese nir.o.*

162 IV. *Demos nosotros también gloria a Dios.*

- A. Meditemos sus excelencias y demos gracias al Padre por-
que nos las ha mostrado por medio de Jesûs su Hijo.
Unâmonos a El, para glorificar a Dios. Para mejor ha-
cerlo, revistâmonos de Cristo. «Dejemos las obras de las
tinieblas y vistamos la librea de la luz» (Rom. 13,12),
como deciamos en el primer domingo de Adviento.

«Paz en la tierra»

168 1. *Los ângeles pregonan el lema de Cristo: tPaz en la tierra a los hombres de buena voluntad».*

- A. Prescindiendo de las distintas interpretaciones gramati-
cales sobre el inciso de la «buena voluntad» y sobre si es

aplicable a los hombres o a la paz, siempre nos queda la idea fundamental de que Cristo ha venido a traer como paralela a la gloria de Dios la paz a los hombres.

- B. Cristo estaba profetizado como Príncipe de la paz (cf. el guiôn de la dom. «in albis»: «La palabra de Cristo», t.4 p.321). La paz fué el tema constante de su predicaciôn (ibid.). La despedida ùltima y el primer saludo después de su pasiôn (ibid.).

II. *¿Cômo, pues, una humanidad que se dice cristiana vive en guerra?*

- A. La paz, segùn San Agustin, consiste en «la tranquilidad del orden» (cf. «De civ. Dei», 19,13; Santo Tomàs, «La palabra de Cristo», ibid.).
- a) *Supone, pues, un orden estable. Cuando en una familia el padre desempeña la autoridad y la madre représenta a la obediencia del amor y ambos educan a unos hijos que se dejan educar, se dice de ella que vive en paz.*
 - b) *Rômpase uno de esos elementos y la paz se habrd perdido. Sólo existe el desorden.*

Pero para que la paz sea completa es necesario que exista el orden entre todos los elementos. Estos son très:

- a) *Orden para con Dios.*
- b) *Orden entre los hombres.*
- c) *Orden dentro de nosotros mismos.*

Estos très ôrdenes estân intrinsecamente unidos.

- a) *Si se rompe el orden para con Dios, los Estados, por ser la suprema fuente de derecho y el ùnico juez que les puede someter a cuenta, no reconocen mds derecho que su convenienda y su fuerza. Los hombres tampoco encuentran otra norma que su egolsmo, y se convierten en lobos los unos para los otros, con una ventaja para los lobos, porque estos no tienen mds que zarpas y dientes.*
- b) *Roto el orden para con Dios, tampoco encontramos motivos para ordenar nuestras pasiones sometiéndolas al dictado de la razôn. A su vez, si no imponemos dentro de nosotros el orden debido, serd imposible que, dominados por el placer, subordinemos nuestro bien al del prôjimo y nos sometamos a Dios.*

III. *Cristo vino a restablecer la paz completa y, por lo tanto, estos 165 très ôrdenes.*

- A. Nos reconciliô con Dios. Misterio total de la redenciôn. Nos predied como a Padre y nos ensefiô teôrica y prâcticamente a ordenarlo todo para su gloria.
- Nos enseno a amar a los hermanos hombres (sermôn de la ùltima cena, côdigo de las bienaventuranzas, parâbolas de la misericordia, sermones sobre la caridad y la limosna).
- Nos ensefiô a sacrificamos por el bien ajeno, El, que muriô por el bien comùn.

- D. Nos dejó la doctrina cristiana sobre el fin último del hombre y sobre cómo hemos de gobernarnos hacia el nuestro exterior e interior.
- 166 IV. *¿Por qué, pues, el mundo vive en guerra?*
- A. Porque no ha practicado el mensaje angélico.¹ Una cosa es cantar himnos a la paz y otra ponerla en práctica, comenzando por nosotros mismos.
- B. Vayamos, pues, al portai y que el mejor deseo navideno sea: «El mismo Señor de la paz os conceda vivir en paz siempre y dondequiera» (2 Thés. 3,16).

«No temâis» (I)

1. *Cuando los ángeles inician su mensaje comienzan diciendo: «No temâis».*

Se referían a su propia aparición. Pero bien hubiera podido ser el lema puesto sobre la cuna del Señor.

- a) *Le teme Herodes, le temerán después los judíos.*
- b) *Simeón le profetiza, cuando es un infante todavía, piedra de contradicción. San Pablo, piedra de escándalo* (Rom. 9,33).
- c) *El mismo Señor llama bienaventurados a los que no se escandalicen de El* (Mt. 11,6).

La religión engendra normalmente un sentimiento mezclado de temor y de alegría.

- a) *Dios es justo y bueno; nosotros, pecadores. Tememos su justicia, nos alienta su misericordia. «Servidle con temblor. Venturosos los que a El se acogen»* (Ps. 2,11-12).
- b) *El mismo llanto del arrepentimiento distingue experimentalmente de la desesperación y el abatimiento diabólico, en que va acompañado de cierta alegría honda.*

En cambio, el malo se turba ante Dios. Es un efecto natural de su grandeza. La luz excesiva ofende el ojo enfermo.

- D. Por eso los ángeles advierten: «No temâis». Y en su himno al Dios nacido, cantan: «Paz en la tierra».

- 168 II. *Pero ¿qué es lo que temen los hombres en ese niño? Temen tres cosas que ofenden su vista enferma. La humildad, la verdad, la santidad.*

¹ Guión inspirado en el sermón 2.º sobre Navidad de Bossuet (cf. *Obras completas*. ed. Lebarq, 6 p.485).

III. *Los hombres temen la humildad del Niño Jesús.*

- A. Desde muy antiguo tropezaron con la pobreza de sus pajas.
- a) *Tertuliano refiere las palabras de Marción: «Quitadme de delante ese molesto decreto del censo, esas estrechas posadas, esos sordidos panales y duros pesebres»* (cf. Tert., *De carne Christi*).
- b) *San Pablo encontraba que su predicación de la cruz parecía una locura a los gentiles. Los mismos judíos probablemente hubieran seguido entusiastas a un rey espléndido temporalmente. Hasta Natanael preguntaba si el Mesías podía salir de Nazaret.*

El hombre sin más visión que la terrena no aspira sino a glorias mundanas. ¿Quién se gloria sinceramente de lo humilde de su cuna? Solo algunos refinadamente vanidosos que lo hacen para que resalten los propios méritos que los elevaron a la altura.

Mejor haríamos en considerar, no lo pobre de nuestro origen: «Nacido... lloré igual que los otros..., porque no hay rey que tenga otro modo de venir a ser» (Sap. 7,3-5), sino la hondura de miseria de donde nos sacó el Señor. Que descendamos a mirar la noche de tinieblas eternas iluminadas solo por el fuego justiciero.

Por eso, Dios que viene a salvar a los condenados por soberbia, se aniquila a sí mismo. Y yo entendiendo la lección que quiere darme, hago mías las palabras de Tertuliano: «No me avergüenzo, porque es cosa para dar vergüenza; lo creo, porque parece absurdo; estoy cierto, porque semeja imposible» (ibid.). Esto es, lo admito y adoro, porque sé que los caminos de Dios parecen inverosímiles a los gustos de los hombres.

IV. *Los hombres temen la verdad del Niño Jesús.*

- A. Parece que los pecadores debieran haber recibido al Salvador, como los enfermos al médico. Pero estos enfermos no eran humildes y les repugnaba someterse a la verdad de la medicina.
- B. Quizás se rieron de los pastores, porque ¿puede salir algo bueno de una cueva y de tales gentes? Herodes rechazó con sangre la idea de que pudiera haber otros reyes más que él.
- a) *Cuando ese Niño, Verdad encarnada, se convierta en Palabra operante, cuando no pueda encontrarse verdad más palmaria que la que predica y acaba de confirmar con la resurrección de un muerto cuatrídiano, entonces «se descubren los pensamientos de muchos corazones»* (Le. 2,25) y deciden matarle rápidamente.
- b) *Buscadis matarme, porque mi palabra no ha sido acogida por*

vosotros...; buscadis quitar la vida a un hombre que os ha hablado la verdad (Io. 8,37-40).

[^]Por qué rechazamos la verdad?

- a) *Porque verdad y humildad forman una ecuación y no somos humildes.*
 - i. Las pajas de Belén dicen al rico: No te ensoberbecas de esos bienes que te desemejan de Dios, que poseyéndolos todos los dejé por servirlos y bajé a un pesebre.
 - 2. Esas mismas pajas dicen al pobre: No ansles desmedidamente honores e independencia que ese Niño renunció.
- b) *Porque la verdad es austera y nosotros preferimos la concupiscencia de la carne, de los ojos y de la vida.*
 - 1. Un predicador que hubiera mezclado la santidad externa de Anas, el poder de Pilato y la sensualidad de Herodes, hubiera tenido el éxito inicial que tuvo Mahoma, Lutero, Enrique VIII.
 - 2. Un predicador que nace en un pesebre, termina en una cruz.

171 V. *Los hombres tropiezan con la santidad del Niño Jesús.*

- A. Si tropiezan con su humildad y verdad, tropiezan ya con su santidad que no quieren imitar. Pero ahora nos referimos al escándalo y ocasión de pecar que les da Cristo con su santidad y misericordia.
- B. Los novacianos y montanistas ya se escandalizaban de la facilidad de perdón concedido por los sacramentos. Juliano el Apostata decía que la remisión total del bautismo equivale a una invitación a pecar.
- C. Pero pasado aquel escándalo teórico, hoy padecemos otro («recibido y no dado»).
 - a) *Este escándalo consiste en el abuso que hacemos de su misericordia. Pecamos confiados en que se nos perdona.*
 - b) *Cierto que la misericordia divina es infinita. Pero no es menos cierto que existe un pecado (aquel en el que sorprende la muerte) que no se perdona jamás. Y no sabemos si éste será el primero que cometamos.*

172 VI. *Los ángeles nos dicen: «No temáis».*

- A. No os espantéis de su humildad, de su verdad y santidad.
- B. Para hacerla fácil y asequible se hizo niño. Para abrirnos un camino asequible a todos.

(iNo tem âisi) (II)I. *El anuncio del ternor.*

- A. Dijoles el ângel a los pastores: «No tenéis que temer, pues vengo a daros una nueva de grandísimo gozo». A los sencillos pastores pudo decídes que no temieran. Pero a vosotros, hombres poderosos, ^podria deciros yo lo mismo?
- B. Cristo nacido es motivo de ternor para unos y de gozo para otros. Este fué su destino: «Ha sido puesto para ruina y resurrección de muchos» (Le. 2,34). «Servid al Señor con ternor y alabadle con temblor» (Ps. 2,11).

II. *iPor qué? Porque quizds para vosotros no sea el Salvador 174 por tres motivos.*

- A. Porque queréis que os salve, pero sin que os libre de vuestros pecados.

No vino a salvarnos de males temporales, sino del pecado. El ângel le dijo a José: «Le pondrás por nombre Jesûs, porque El salvard a su pueblo de sus pecados» (Mt. 1,21).

- b) *tQueréis que os libre de veras del pecado? îDeseâis dejar vuestras impurezas, soberbias, avaricias?...*
 - t. Los judios se imaginaron un Mesfas temporal, y asi no consiguieron lo que esperaban y perdieron la salvación que les vino. Temieron perder sus bienes temporales; no pensaron en los eternos, y perdieron unos y otros.
 - 2. Nos parecemos a ellos. En las penas temporales recurrimos a Cristo; pero, cuando se trata de reformar nuestros pecados, pensamos como judios y nos acaecerâ como a ellos.

Queremos que nos salve, pero sin que nos cueste nada.

- a) *No es ése su plan. No nos salvarâ a la fuerza. Habremos de asociar nuestros esfuerzos a los suyos que comienzan en el pe-sebre. Lo contrario no sería salvarnos, sino fomentar nuestra corrupción.*
- b) *Oid a San Pablo: «Cumpro en mi carne lo que le falta a los tormentos de la carne inocente de Cristo» (Col. 1,24).*

Queremos que nos salve, pero sin seguir su doctrina, sino las nuestras. Si hubiese nacido un Mesias en la opulencia y predicara la sensualidad, (Jtendriais que re-

1 Guiôn inspirado en an sermôn de Bourdaloue, dom, Advlento (cf. ed. Bias

formar en algo vuestra vida actual para acomodaros a su doctrina? ¿No os podría decir entonces con gran razón que os anunciaba un gran gozo?

175 III. Aun cuando *noce humilde y en toda su prédication se rodea de humildes, no es aceptador de personas* (Act. 10,38) y también *acepta a los poderosos. Alegraos.*

Porque también llama a los poderosos.

- a) *Llainô a los Magos* y, según *San Juan Crisostomo, con mds abundancia de gracia, pues tuiO que veneer al mundo con todas sus concupiscencias. Pero la fe es la vencedora dei mundo* (1 lo. 5*4)*
- b) Dios no *reprueba* ningiin estado, sino sus abusos de *fausto, aspereza, etc.*

Porque podéis pareceros a Cristo mejor que los pobres.

- a) Cristo no es un *simple pobre*. Es un *poderoso que se ha humillado. Podéis haceros pobres de espiritu, siendo humildes, desprendidos, despegados, caritativos, y os pareceréis a El mas que quienes no tienen que dejar nada.*
- b) *El grande que pueda decir: «Senor, mi corazôn no se ha exaltado, ni mis ojos se han levantado* (Ps. 130,1), pues ni me deslumbrô el mundo, ni me ha llevado la vanidad a empresas superiores a mi 0 contra justicia (ibid., 2), ésese ha humillado como un niuoy es el mayor en el reino de los cielos (Mt. 18,4). Ejemplo de los Magos.*

Porque vuestra grandeza podrâ dar mejor tributo al Nino recién nacido, ya que si como Dios desea ser glorificado y como pobre socorrido, vosotros, grandes, podéis darle la gloria mayor, y ricos, podéis socorrerle en los pobres abundantemente.

10

Belén. escuela de santidad

nacimiento de Jesûs nos ayuda a conocer a Dios.

Nuestro entendimiento no conoce sino lo que entra por los sentidos. De ahí la gran dificultad de conocer a Dios.

Siendo, pues, nuestra condiçión la de imaginar lo espiritual, envuelto siempre en figura corporal, mucho nos ha ayudado en este sentido el hacerse Dios hombre.

- a) *Dios, en su deseo de darse a conocer a los hombres, los cuales no logran conocerle muchas veces a través de la creaciôn, les fué hablando, como explica San Pablo en su introducciôn a la*

Epistola a los Hebreos, de una y otra forma por medio de los profetas, hasta que finalmente enviô a su propio Hijo.

- b) *Sus atributos son ahora muy fâcilmente cognoscibles, porque nos los manifiestan claramente las obras del Dios humanado.*
- c) *El Verbo encarnado manifiesta el poder de Dios.*

Mostrô la grandeza de su poder levantando tanto por la gracia lo que era tan bajo por su naturaleza humana. Prueba de su omnipotencia fué que apareciera un hombre impecable capaz de decir: ¡Quién de vosotros podrá argüirme de pecado? Prueba también, verle que sujeta a la misma muerte.

- 2. Mostrô la grandeza de su poder, haciéndole compatible con la humildad.

- d) *Manifiesta la ciencia de Dios.*

Unir ambas naturalezas en una sola persona constituye un misterio que aun después de revelado no conseguimos explicar.

- 2. Las consecuencias de este misterio no son menos incomprensibles. Ese nino no disfruta ni aun del uso de los sentidos, y, sin embargo, goza de la vision beatifica. Padece frio y llora, y, sin embargo, es inmensamente feliz. Parece un desvalido, y estâ redimiendo al mundo.

Manifiesta su justicia. Exige ésta que el hombre ofrezca una compensaciôn infinita. Y Dios ha sabido obligar a su justicia para que encüentre el medio de que un hombre sea capaz de mérites infinitos.

- 0 *Manifiesta su amor. îNo es un misterio de amor que El mismo sea ese hombre? «Sic Deus dilexit mundum...» (1o. 3,16)*

II. El nacimiento de Jesús nos ensena a amar a Dios.

A. Quita los impedimentos para amar.

- a) *Si la rudeza de nuestro entendimiento era impedimento para conocer a Dios, mayor obstaculo era la diferencia existente entre ambos para amarle, toda vez que el amor sôlo puede sustentarse entre iguales. El amor, 0 nace o produce semejanza, y mal se dan juntos majestad y amor.*
- b) *Pues veis aquí quitada la desigualdad, cuando de esta manera se abajô la Majestad y se acomodô a nuestra poquedad.*

B. Nos manifiesta grandes motivos para amarle.

- a) *Proveyéndonos de grandes estímulos e incentivos de amor con la muestra de su bondad y de la grandeza de los bñéficias que se encierran en este sumo beneficio.*
- b) *Al ver el amor de Dios no podremos por menos de corresponderle. En este momento nos demuestra su amor, poniendo de manifiesta las dos propiedades mds claras de este, a saber, el deseo de hacer el bien a la persona amada y el de sacrificarse por ella.*
Para mejor ponderar cómo Dios nos quiere y se sacrifica por nosotros, debemos entender que ni en cuanto Dios pudo ganar nada con su nacimiento, pasiôn y muerte, ni aun siquiera en

cuanto hombre, pues desde el primer momento habia recibido la plenitud de la gracia y dones que no podkin aumentar.

III. *El nacimiento de Jesús nos facilita la imitaciôn de Dios.*

Imitar a Dios es necesario. Ver a Dios, imposible. Ver a un hombre es fácil.
Dios se hace hombre y podemos ver e imitar fácilmente sus virtudes.

El cielo, que le hacia peregrinar por villas y lugares.

- b) *La piedad con los enfermas. Lafidelidad obediente para con el Padre, refiriéndole todo a El.*
- d) *La misericordia con los pecadores. La blandwra con sus discipulos.*

- 0 *La humildad.*

11

El orden sobrenatural'

La elevaciôn del hombre

I. *En el dia de Navidad comienza en el portai de Belén el misterio de la redenciôn.*

- A. La redenciôn encierra en su verdadero concepto dos funciones.
 - a) *La primera consiste en el perdôn del pecado.*
 - b) *La segunda en la reintegraciôn del orden sobrenatural.*
- B. Por eso San Pablo nos dice unas veces que Jesûs murió como propiciaciôn de nuestras culpas, y otras que lo hizo para que recibiéramos la adopciôn de hijos.

180 II. *Ademâs de este sentido general de la redenciôn, el nacimiento lo tiene de un modo especialisimo. Cristo es el modela. A su imagen hemos sido elevados al orden sobrenatural y constituidos hijos de Dios. Es lógico que meditemos nuestra asimilaciôn a Dios el mismo dia en que Dios se acerca al hombre.*

III. *El primer punto que debemos entender con toda precisiôn es la diferencia existente entre el orden natural y el sobrenatural.*

- A. El orden natural.
 - a) *Hay quien llama natural a todo lo que los hombres suelen hacer corrientemente.*

1 Los Santos Padres, y especialmente San Leôn, predicaron en estas fiestas sobre la divinizaciôn de uestera naturaleza. Destinâmes una serie de guiones a exponer la esencia del orden sobrenatural que nos reconnu1stA Cristo

1. Segùn esta significaciòn, es natural la ira, el robo si se presenta ocasiòn, etc. Dando un paso mäs, Uaman naturales a los excesos sexuales, y en paises poco religiosos se pierde poco a poco la moralidad sexual.
 2. Esta interpretaciòn es un error. Nada de eso es natural. Son defectos de la naturaleza que ésta misma debe corregir. Muchas veccs son verdaderas corrupciones que el pecado y las costumbres han introducido en nuestro natural modo de ser.
- b) *Natural es todo cuanto constituye, se deriva o es exigido por nuestra naturaleza.*
- Es natural al hombre, por lo tanto, tener aima y cuerpo, porque son los constitutivos fisicos de su humanidad.*
2. Le es natural tener entendimiento, voluntad, sentidos, pasiones, etc., porque todo ello se deriva necesariamente de su aima y de su cuerpo.
 3. Finalmente, nos es natural todo cuanto nos resulta necesario para poder vivir y conseguir nuestro propio fin; v.gr., el aire para respirar, la luz para ver y las fuerzas necesarias para cumplir los mandamientos y salvarnos.
- c) *Dios, al crear un hombre o un ser, queda comprometido con su ciencia y justicia a darle a ese hombre todo aquello que le es necesario. ¿Quiere, por ejemplo, crear un drbol? Pues habrd de darle todo lo necesario para que sea drbol y viva como tal.*
- d) *Si, pues, queremos saber qué es lo que Dios debe damos dentro del orden natural, debemos seguir estudiando este orden para entender qué es lo que necesitamos dentro de él.*

B. Qué somos en este orden puramente natural.

- a) *Tenemos una naturaleza humana. Luego no es divina.*
 - b) *Somos puras criaturas. Luego no somos hijos de Dios.*
- El cristiano esté tan acostumbrado a oirse decirjiijo de Dios, que le suena casi a irreverente el que se le niegue este titulo. Pero en realidad, el haber sido producido por alguien no da derecho a ser hijo suyo. De lo contrario, las mesas serian hijas de los carpinteros.
2. Para ser hijo de un padre es necesario haber recibido su misma naturaleza. Los hijos de los leones son leones, y los de los hombres son hombres. Los hijos de Dios deben ser dioses como El. Yo no soy Dios, luego no soy hijo suyo. No soy mäs que una simple criatura.
- c) *Lasfuerzas estdn proporcionadas a la naturaleza que se posee. Las fuerzas de un animal son puramente animales, y sería absurdo que le pidiéramos resolver un problema de matematicas. Las fuerzas de un hombre nunca serdn divinas, sino puramente humanas.*
- d) *El premia que puede conseguirse debc estar proporcionadojambién a lasfuerzas que lo han merecido.*
- ¿Quién darfa un premio intelectual para recompensar los esfuerzos fisicos de un caballo? Este animal no lo puede merecer ni disfrutar.*

2. Del mismo modo, el premio que el hombre consigue con sus fuerzas naturales nunca sera un premio divino, sino puramente humano.
3. <En que consiste este premio humano? Digamos en que no consiste.

■ *El hombre con sus fuerzas naturales, aunque cumpla celosísimamente todos los mandamientos, nunca podrá conseguir ir al cielo. «Nos extraña? Si. porque se nos ha hablado siempre del cielo.' Pero es porque vivimos en orden superior al natural.*

- 2.® *El cielo, el ív a Dios cara a cara, es algo propio de Dios, es la felicidad que el mismo Dios se tenía reservada para sí, y nosotros, con nuestras propias fuerzas, no podemos merecerlo ni gozar de él.*

182 IV. La elevación.

A. Cuentan que Miguel Angel, entusiasmado con su escultura de Moisés, le dió un golpe con su cincel y le dijo: ¡Habla! Tanto amó Miguel Angel a su obra que si le hubiese sido posible la habria convertido en un hombre como él. Miguel Angel no pudo. Dios, si.

B. Dios se entusiasmó de tal forma y amó tan sin medida al hombre, que, no contento con dejarlo en la situación de puro hombre, quiso asimilarlo a su propia naturaleza.

a) *{Como lo hizo? En Belén tenemos un ejemplo. Cristo, a cuya semejanza Dios nos divinizó.*

1. Allí en aquel niño, junto a la naturaleza divina está la naturaleza humana, y aquella persona que vemos en un pesebre, además de ser hombre es Dios.
2. En nosotros también ha colocado Dios algo especialísimo, que, sumado a nuestra naturaleza, consigue que sin dejar de ser hombres seamos hombres divinizados.

b) *¿Con que lo hizo? Con la gracia.*

1. Una fuerza creada por Dios que llenó de ella a Cristo nuestro Señor, y que El nos reparte, y que al impregnar, por así decirlo, nuestra alma, la eleva de categoría y la coloca en la divina.
2. ¿Ejemplos? Algo lejanos, pero capaces de darnos una idea. Injertad un naranjo con una yema de granado, y el naranjo sin dejar de ser naranjo tendrá las propiedades del granado, y sus frutos se habrán asimilado en el color y sabor a la granada. Ved el sol cómo envía sus rayos a una nube plomiza y la trueca en brillante como él, hasta el punto que ofende a la vista.
3. Dios también, por medio de ese injerto, de ese rayo de la gracia, eleva de piano nuestro ser natural y lo diviniza.

c) *¿Cuáles son las consecuencias?*

1. Ya no somos puras criaturas. Somos seres divinizados.
2. Ya podemos ser hijos de Dios, puesto que hemos recibido una naturaleza divinizada.

Ya tenemos las fuerzas divinas correspondientes a nuestra elevación.

Ya podemos conseguir, por lo tanto, aquel premio divino que Dios tenía reservado para sí mismo.

V. *Acerquémonos a Belén y expresemos nuestros sentimientos.* 183

- A. ¡Oh Cristo, Señor nuestro!, te reconocemos como nuestro hermano primogenito. Pudo alejarnos de ti saber que eres Dios, pero saber que somos hermanos tuyos nos acerca.
- B. ¡Oh Cristo, Señor nuestro!, ahora entendemos los efectos *de* tu amor.

El amor iguala a los que se aman. Y, o desciende un amante, o sube el otro. Tú descendiste para después subir conmigo. Tú descendiste a un pesebre para merecerme la elevación de mi naturaleza, y después hacerme subir contigo.

- b) *Ya sé que tu obra será completa cuando el día del juicio te presentes con todos los tuyos al Padre, porque entonces habrás consumado tu obra, y recibiremos el premio reservado para los que gracias a ti son hijos de Dios como tú.*

aw

El orden sobrenatural

2. Hijos de Dios

I. *Hoy ha aparecido en la tierra el Hijo de Dios.* 184

- A. Es Aquel que fué tornado como modelo para nuestra adopción. Es el que viene a reconquistarla para nosotros. Celebremos, pues, hoy la fiesta de nuestra filiación divina.
- B. La predicación de nuestra filiación constituyó el nervio de la evangelización del mundo, que, sumido en la esclavitud y en la relajación, la acogió alborozado. Hoy la vamos olvidando.

I. *Las criaturas reflejan las perfecciones de Dios.* 185

- A. Los seres racionales alcanzan el grado más elevado de esta imitación.
- a) *Para crear al mundo Dios miró a la segunda Persona de la Santísima Trinidad, como si fuera el modelo imitable.*
- b) *«En Él fueron creadas todas las cosas..., todo fué creado por Él y para Él» (Col. 1,16). Por Él, significa que el Hijo fué el Creador; para Él, que estamos destinados a glorificarle; en Él no puede significar otra cosa, ni de hecho 'significa, sino que sirvió de modelo para nuestra creación.*

B. Pero, como hemos dicho en el guiôn anterior, ninguna de las criaturas refleja la filiación divina. Y lo personalísimo del Hijo es precisamente serlo.

- a) *¿Quedaría sin refriarse esta augusta perfección personal? No. Dios mirando a Cristo nos elige a nosotros para hijos suyos. Nos predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que Este sea el primogénito entre muchos hermanos** (Rom. 8,9).
- b) *Ahora entendemos cuál fue el plan divino de la creación del mundo y ahora sabemos el porque de nuestro destino a glorificar a Cristo y mediante El a Dios.*
 - 1. Antes de crear el mundo pensó en Cristo, el Hombre-Dios, hijo natural del Padre. Quiso que fuera el mayor de entre muchos, y entonces decidió crearnos a nosotros, elevarnos al orden sobrenatural y hacernos hijos suyos.
 - 2. Nuestro fin será, pues, glorificar al que «es el primogénito entre muchos», y juntos con El glorificar al Padre común.
- c) *Ahora entendemos la importancia que tiene el día de Navidad y la que hubiera tenido aun cuando Adán no hubiera pecado. Es el momento en que el Hijo de Dios viene a reinar entre los que participan y reflejan su filiación divina, para constituir el reino del amor del Padre.*
- d) *Ahora entendemos por qué somos amados en Cristo. El es el Hijo en quien Dios tiene sus complacencias. Y no puede menos de amarnos a nosotros en cuanto que somos sus retratos e imágenes.*

III. *Pero ¿serán acaso exageraciones piadosas del teólogo esto de llamarnos hijos de Dios? No sólo no son exageraciones, sino que constituyen uno de los dogmas de la predicación cristiana.*

- A. Cuando la herejía protestante quería sumir al hombre en los abismos de una corrupción total de la que no podía levantarse, el Concilio de Trento definió que los bautizados se vuelven «inocentes, inmaculados, puros e hijos amados de Dios» (cf. sess.5 c.5: DB 792). Y al explicar la justificación del pecador, dice que es «trasladado desde aquel estado de hijo del primer Adán, en que nace el hombre, al de gracia y de adopción de los hijos» (Rom. 8,15). (Cf. sess.6 c.4: DB 796.) Es, pues, un dogma central en el tratado de la gracia.
- B. Lo fue también en la predicación del Señor y de los apóstoles.
 - a) *Uno de los argumentos de la fe en Cristo fue inculcamos nuestra filiación divina. Baste recordar cómo nos enseñó a orar llamando a Dios Padre, cómo al hablar de la Providencia le daba este mismo nombre y le comparaba con los de la tierra, cómo al despedirse decía: 'Subo a mi Padre y a vuestro Padre'» (Jo. 20,19).*

- b) No creemos necesario enumerar los numerosos textos, en los que San Pablo nos dice que Jesús vino al mundo para que recibiésemos la adopción de hijos. Y por ello, nos contentaremos con reproducir uno de San Juan: «A cuantos le redbieron diôles el poder ser hijos de Dios» (Io. 1,12).

IV. *¿Pero no se tratarà de una filiación alegórica? También a* **187**
veces nosotros llamarnos a cualquier simple animalillo hijo de Dios.

- A. En primer lugar, las metáforas no se repiten tan continuamente y en momentos tan importantes. La metáfora de llamar a alguien «hijo adoptivo» es algo absurda.
- B. Pero además los textos son evidentes.
 - a) »Ved qué amor nos ha mostrado el Padre, que nos llamemos hijos de Dios y lo seamos» (1 Io. 3,1), en donde San Juan distingue la simple apelación del hecho. Una filiación que nos coloca en el mismo plano que a Cristo, como hemos visto.
 - b) Una filiación que nos confiere verdaderos derechos, tales como:
 1. No ser ya simples siervos, como lo son las criaturas: «Ya no es siervo, sino hijo» (Gai. 4,7).
 2. Ser heredero, manifestación principalísima de la filiación: «Somos hijos de Dios, y si hijos también herederos, herederos de Dios, coherederos de Cristo» (Rom. 8,17).
 3. Es más; como si todo esto fuera poco, se nos habla mil veces de que para ser hijos de Dios necesitamos volver a nacer. Es el mismo Señor quien afirma a Nicodemo: «En verdad, en verdad te digo que quien no naciere de arriba...» (Io. 3,3).

V. *Nuestros sentimientos ante esta filiación divina no pueden ser* **188**
otros sino los que se le ocurrieron al mismo San Juan: «Ved qué amor nos ha mostrado el Padre.*

- A. Debemos ponderar la gloria de la herencia reservada. Porque, ¿cuál es ésta? Parecemos en todo a Dios en el cielo.

En efecto, San Juan nos habla de que por ahora no podemos acabar de entender nuestra filiación divina, porque no se ha manifestado en todo el esplendor de sus afectos y derechos: ¡Carísimos, ahora somos hijos de Dios, aunque no se ha manifestado lo que hemos de ser» (1 Io. 3,2).

- b) *Pero cuando llegue el momento en que Cristo se nos manifieste glorioso, ¿sabemos que cuando aparezca seremos semejantes a Él» (ibid.).*

- B. Volvamos, pues, al portai de Belén y oigamos a San Agustín: «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Como si dijese: ¡Oh hombres!, no temáis que os sea imposible llegar a ser hijos de Dios, pues el mismo Dios, el Verbo de Dios, se hizo carne, para ser uno de vosotros. ¡Pagadle en la misma monedat... No,

no desespere el hombre de Hegar a ser hijo de Dios por la participaciôn de su Verbo, cuando el mismo Hijo de Dios se ha hecho hijo del hombre por la participaciôn de nuestra naturaleza* (cf. *Epist.* 140,11).

13

El orden sobrenatural

3. Hijos adoptivos

189 I. *Acerquémonos al portal y veamos al Hijo de Dios.*

A. Alli no hay mâs que una sola persona.

- a) *Esa persona divina fué engendrada en las soledades augustas de la Santísima Trinidad por el Padre Eterno. Generaciôn misteriosa, pero verdadera que hizo que la segunda Persona fuera tan hijo del Padre como lo somos nosotros de los nuestros.*
- b) *Un dia esa persona divina asume también un cuerpo y alma, esto es, una humanidad perfecta, y el que era Hijo de Dios, no por haber asumido una naturaleza humana déjà de serio, sino que comienza también a ser hijo de Maria.*

B. Cuando nos llamamos nosotros hijos de Dios <lo somos exactamente igual que la segunda persona de la Santísima Trinidad?

- a) *No. Eso seria una blasfemia. Hemos sido hechos hijos «a imitaciôn» suya.*
- b) *Primero éramos hombres y luego fuimos aceptados y recibidos como hijos.*
- c) *Por eso las Sagradas Letras y la doctrina de la Iglesia nos llaman continuamente hijos adoptivos.*

100 II. *La adopciôn divina.*

- A. Maravilla seria ya que Dios adoptara a una criatura. «La criatura es una esclava y el Creador su Señor..., pero la criatura ha sido unida a su Señor, se ha visto libre de su condiçiôn pasada» (cf. San Cirilo de Alejandría, *Th. ass.* 5).
- B. Maravilla seria que un rey adoptara a un mendigo. Pero lo es mucho mâs que Dios adopte a un hombre. Y no sôlo porque, dada la infinita diferencia existente entre un rey y Dios debe ser mucho mayor el favor, sino por las ventajas que lleva la adopciôn divina a la humana.

c. En efecto, la adopciôn supone:

- a) Que el *adoptado* sea una persona extraria a la familia del adoptante, ¡Y qué lejos estamos de aquella familia divina constituida por las tres divinas Personas! El rey y el pordio-sero coinciden en la naturaleza humana. Nosotros no coincidimos en nada.
- b) El adoptado no tiene derecho alguno a la adopciôn, la cual es un favor enteramente gratuito.
 1. Cuando los hombres adoptan a un extraho le hacen un favor, pero en realidad lo que buscan siempre es, por lo menos cumulativamente, su propio bien. «Buscan suplir lo que les falta», como, por ejemplo, llenar de calor su hogar y encontrar el amor que desean (cf. Santo Tomás, *Summa Theol.* 3 q.23 a.1 ad 2).
 2. Dios, en cambio, no busca sino hacernos bien. ¡Qué puede recibir de nosotros? Apenas si una pobre gloria externa, que al fin y al cabo no consiste en otra cosa sino en que brille su bondad y amor.
No sôlo no recibe, sino que para adoptarme me ama y se entrega por mi (Gai. 2,20). Y cômomo se entrega: «Tanto amô Dios ai mundo que le diô su unigénito Hijo, para que tenga la vida eterna» (Io. 3,16).

Al adoptado se le reconoce en algunas ocasiones el derecho a la herencia y siempre el titulo de hijo.

1. El derecho a la herencia. A poseer unos bienes caducos..., cuando muera su padre. ^Podremos compararlos con la herencia del cielo y de aquellos bienes que ni el ojo vio, ni el oido oyô, ni nadie ha podido imaginar?
2. Pero en donde se quiebra la comparaciôn, porque le es imposible resistirla, es en la concesiôn dei titulo de hijo.

i.0 *La adopciôn humana se limita a eso, a otorgar un puro titulo. El que no era hijo sigue sin serlo. Sôlo ha recibido el nombre de tal. El que adopta y el adoptado deben ser de idéntica naturaleza, y por eso los hombres no pueden adoptar a ningûn animal, porque son incapaces de otorgarle ni aun siquiera una sombra de la naturaleza humana. En cambio, adoptan a otro hombre al que no le hacen hdbil para la adopciôn, sino que eligen, porque ya lo es» (cf. Santo Tomás, ibid.). Y como ni aun a ese hombre, que les es igual, pueden trocarle ni la naturaleza ni la sangre, se ven forzados a limitarse a cosa tan cxtrinseca como la inscription en un registro.*

2.ñ *En cambio, Dios, si quiere adoptar a alguicn no encuentra a nadie que no diste infinitamente de su naturaleza divina. No encuentra a nadie que sea ni aun siquiera capaz de gozar de los bienes que constiluyen su felicidad y herencia. Pero ticne poder para tocar nuestras almas, transformarias y divinizarlas mediante la gracia. Por eso, nuestra adopciôn se llama nuevo nacimiento y roza ya los limites de la filiation natural. No lo es, porque no hemos nacido de Dios por generaciôn. Pero tampoco se reduce a ser esa pura adopciôn exterior juridica que ni quita ni none nada en nuestro interior. Nosotros somos dioses e hijos de Dios, como veremos.*

III. «Que la descendenda elegida responda con sus obras a la dignidad de su regeneration. Que ame lo que ama su Padre* (cf. Santo Leon Magno, *Serm.* 26, in Nat., 6,4).

14

El orden sobrenatural

4. Nuestra deificaciôn

- I. *El hombre, a semejanza y por impulso de Satands, se hace reo de lesa majestad divina por querer uswrpar los atributos que Dios no delega en ninguna criatura.*

Quiere ser independiente, siendo asi que Dios, Principio Sumo, recaba para si ineludiblemente la causalidad y legislation supremas. No tenemos sino ver a Jesus, el Hombre-Dios, que, a pesar de serlo, comienza en Belén la carrera de la obediencia, la cual culminará en la muerte, y muerte de cruz.

- B. En cambio, ese mismo Nino nos dice y El es el ejemplo de nuestra participation nada menos que en la naturaleza y vida divina. Y es el caso que no apreciamos ni conocemos tamano don.

- II. *Al hablar de nuestra filiación divina hemos dicho que para ser hijo es necesario haber recibido la misma naturaleza del padre.*

- A. Al explicar nuestra adopción subrayâbamos que, a diferencia de la humana, que es puramente extrínseca, en la divina Dios toca nuestras mismas aimsas comunicândoles algo que las asimila a su propia naturaleza.
- B. Que todo ello no es pura especulación teológica, sino punto central del dogma revelado, nos lo demuestra:

La Sagrada Escritura.

Para San Pedro la deificaciôn de nuestra naturaleza es el fin a que se dirigen todos los dones que fluyen de la redenciôn, comenzando por ella misma.

«Por el divino poder nos han sido otorgadas todas las cosas que tocan a la vida (sobrenatural) y a la piedad..., y nos hizo merced de pretiosos dones prometidos (el principal la redenciôn) para hacemos asi partícipes de la naturaleza divina» (2 Petr. 1,3-4).

b) *Los Santos Padres.*

- i. La doctrina de los Santos Padres puede resumirse en una frase de San Gregorio Nacianceno que condensa todo el orden sobrenatural: «Un Dios unido a dioses y familiarmente tratado por ellos» (cf. *Orat.* 38,7: PG 36,317).

2. Tan íntimamente se sentía este dogma, que para argüir contra aquellos arrianos que insistían en negar la divinidad del Espíritu Santo, se les echa en cara que si no es Dios, cómo puede divinizarlos a nosotros. «Si el Espíritu Santo no es Dios, que se haga Dios antes de venir a deificarme a mí» (cf. *ibid.*, *Orat.* 34,12: PG 36,252).

c) *La liturgia. tLex orandi, lex credendi*. Al mezclar el agua con el vino en la santa Misa el sacerdote ve el símbolo de nuestra deificación y pide a Dios nos conceda ser «consortes de la divinidad de Aquel que se dignó hacerle participe de nuestra humanidad».

III. ¿En qué consiste esta *participation de la divinidad*? Hay que 194
huir de dos extremos vitiosos:

- A. Concebirla como una simple denominación honrosa derivada del hecho de haber sido unida la humanidad de Cristo, representante nuestro, a la persona divina del Verbo. La unión hipostática representa un alto honor para la especie humana, pero no una divinización de cada uno de los individuos.
- B. Creer que participamos de la misma divinidad esencial de Dios, en cuyo caso absurdo—imaginado por algunos pseudo-místicos al estilo indio—Dios tendría tantas personas como hombres fuésemos. ¿En qué consiste, pues, nuestra asimilación?

IV. *Todas las criaturas reflejan alguno de los atributos de Dios.* 195

- A. Estos atributos están en Dios formando parte de su propia esencia, porque Dios, por ejemplo, no tiene ciencia, sino que es la misma ciencia, y están en los hombres como recibidos de Dios, esto es, en lenguaje filosófico, por participación.
 - a) *Participar, pues, de una perfección divina quiere decir haberla recibido.*
 - b) *Pero además anota otra idea, a saber, que la perfección que se ha recibido es de la misma especie que la que Dios posee, aunque El la tenga de un modo muchísimo más perfecto.*
- B. Mas dentro de las perfecciones divinas reflejadas por criaturas puede darse una escala infinita.

Todas las criaturas, según los Santos Padres, son huella de Dios, porque reflejan algo suyo, lo suficientemente para que entendamos que son obras de Dios. La mínima de todas ellas refleja por lo menos su experiencia. Otras, en cambio, llegan a la categoría de imágenes, porque reflejan atributos más perfectos, tales como la inteligencia, etc.

Pero ¿no habría alguna que hubiera reflejado precisamente aquella perfección por la que Dios es Dios y vive como Dios? Esa sería, según los Santos Padres, no sólo una imagen, sino

NAVIDAD. 25 DICIEMBRE

una imagen semejante. Pues bien, naturalmente no, pero sobrenaturalmente Dios ha querido que las almas en gracia reflejen la vida divina.

Vida y naturaleza son conceptos casi sinónimos. Cada uno vive conforme a su naturaleza. Vida vegetativa, vida animal, vida intelectual son grados correspondientes a la naturaleza de cada uno de ellos. Vida divina supone naturaleza divina.

- A. Si, pues, participamos de la vida divina, es que participamos de la naturaleza divina.
- B. Y ¿en qué consiste esta nuestra vida divina? En que verificamos los mismos actos que constituyen la vida de Dios.
 - a) **Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, solo Dios verdadero* (Jo. 17,3). La vida divina consiste en ejercitar su acto esencial, en verse y entenderse a si mismo. Y nosotros participaremos perfectamente de esa vida cuando en el cielo, por dignación especial de Dios, podamos repetir el mismo acto esencial de la vida divina, viendo a Dios tan directamente como El se ve a si mismo.*
 - b) *Hoy, la divinización de nuestra vida consiste en que podamos ejecutar actos que nos ordenan positivamente a aquella visión. «Atin no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que cuando aparezca seremos semejantes a El, porque le veremos como es» (1 Jo. 3,2).*

SERIE IV: DE ACTUALIDAD SOCIAL

15

Ricos y pobres en el portal

Cristo pobre.

Lo mismo que a Acaz se le dió una señal que no pedía, a nosotros se nos da una que no esperábamos ni apetecemos: Encontrarlo en un pesebre.
Es señal de Cristo.

- a) *Porque significa su misión y oficios.*
 - 1. Cristo es esencialmente víctima. Según todos los Santos Padres y la teología, el sacrificio de Cristo culmina en el Calvario, pero comienza en el pesebre. Allí inicia la expiación de nuestra rebeldía, soberbia, desobediencia e ingratitud.
 - 2. La pobreza y el dolor son los mejores signos de una vida de expiación. En la cruz, el dolor; en el pesebre.

la pobreza. Esa misma pobreza y sufrimiento constituyen uno de los elementos de su expiación.

3. Sufre porque sabe que nuestra penitencia sin su sufrimiento no tendría valor ninguno. Pero nos enseña a sufrir, porque sabe también que sus padecimientos sin nuestra penitencia no nos serían útiles. Y con este pensamiento pasamos a ver cómo la pobreza de Belén.

b) *Sintetiza su doctrina.*

La doctrina moral del Señor está sintetizada por San Ignacio en la meditación de las dos banderas. Nos perdió la soberbia que nos lleva al amor del dinero, y de ahí a los extremos de la sensualidad.

2. Contra la soberbia, la humildad; contra el afán de los bienes temporales, la pobreza; contra la sensualidad, la mortificación. Todo ello brilla en el pesebre.

Pudo aparecer entre oropeles humanos, ¿pero qué caso hubiéramos hecho de su predicación si nos cuesta tanto trabajo practicarla, después de haberle visto a El en una cueva? ¡Oh precioso portal! Era la señal más evidente de los deseos que Dios tiene de salvarme, corregirme y enseñarme.

II. *Cristo, Maestro de pobres y de ricos.*

- A. Vamos a ver en ese portal qué lección da a ambos estados. Los pobres son los pastores y los ricos los reyes. ¹

B. Cristo y los pobres.

Los pastores acuden al pesebre, adoran al Señor sin escandalizarse de su pobreza y, felices de ser semejantes a El, se vuelven unos de alegría.

- b) *Antes de Belén la pobreza abundaba, pero se ignoraba su valor. El pobre se avergonzaba y murmuraba. Era despreciado. Existía la pobreza, pero sin su virtud y mérito. Se carecía de riquezas, pero no de deseos.*

Los pastores, al volver de la cueva, a buen seguro que no se acuerdan para nada de los ricos de Jerusalén.

- i. Cristo ha dignificado y santificado la pobreza. La ha dignificado haciendo de los pobres sus amigos. La ha santificado constituyéndola en un medio de perfección.

2. Desde entonces aparece la pobreza organizada y honrada por Dios y la Iglesia.

- d) *Pobres, adorais a un Dios que quiso ser lo que vosotros sois.*

Cristo y los ricos.

- a) *Ricos, adorais a un Dios que no quiso ser lo que vosotros sois...*

1. Parece como si os despreciara. Pero también os llama. Los reyes son una prueba.

2. Pero os llama para que aprendáis algo.

- b) *Quiere que aprendáis la humildad de la fe.*

- i. Entre la sabiduría del mundo y la obediencia de la fe existe una oposición mucho mayor que entre la sencillez de espíritu y las luces del cielo. Por eso, el

camino ordinario de la Providencia es la de manifestarse a los sencillos.

La misma oposici3n existia entre la ciencia de los Magos y el atraso del pueblo judio. Y, sin embargo, los reyes se humillan obedeci3ndola, y nada menos que ante un nino redinado en un pesebre.

c) Quiere *que aprenddis la pobreza de coraz3n*.

Es m1s diffcil para el rico que para el pobre. Cuando 3ste apetece riquezas, muchas veces lo que apetece es 3nicamente cubrir con decoro sus necesidades. Incluso es mucho m1s f1cil hacerle aceptar y ofrecer a Dios una pobreza de la que no puede librarse.

Pero la riqueza es un veneno sutil que corrompe el coraz3n. Los mismos ncos que dicen no estar apegados, no suelen pasar de una expresi3n ret3rica.

En cambio, en aquel portai vemos el milagro de unos poderosos que ponen sus riquezas al pie del Senor. M1s tarde, en los primeros d1as del cristianismo, otros ricos las colocar1n a los pies de los ap3stoles. Santiago decia a los poderosos: *Temblad y gemid la desgracia de vuestro estado* (s,i). *Hoy os* decimos: Animaos, porque Cristo os ha llamado tambi3n en la persona de los Magos.

Pero advertid que Jes3s no llama sino a los que desenganados del esplendor vano de las riquezas est1n prontos a sacrificarlas. S3lo llama a los que, si ven un n1fio en un pesebre, colocan delante de 3l sus bienes.

LA ADORACION DE MAGOS

Fiesta de la Epifania (6 de enero)

TEMAS PREDICABLES EN ESTA HOMILIA

La manifestaci3n de Cristo.
La infancia de Jes3s.
La adoraci3n de los Magos.
La vocaci3n.

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

PARTES VARIABLES DE LA MISA

199

Introitus.—Mal. 3,1; 1 Par. 29,12: Ecce advenit Dominator Dominus: et regnum in manu eius et potestas et imperium.—Ps. 71,1: Deus, iudicium tuum Regi da: et iustitiam tuam Filio regis. Gloria Patri...

Oremus.—Deus, qui hodierna die Unigenitum tuum gentibus stella duce revelasti: concede propitius; ut qui iam te ex fide cognovimus, usque ad contemplandam speciem tuae celsitudinis perducamur. Per eundem Dominum...

Grad.—Is. 6 y 1: Omnes de Saba venient, aurum et thus deferentes, et laudem Domino annuntiantes. Surge et illuminare, Ierusalem: quia Gloria Domini super te orta est.

Alleluia, alleluia.—Mt. 2,2: Vidi-mus stellam eius in Oriente, et veni-mus cum muneribus adorare Domi-num. Alleluia.

Offert.—Ps. 70,10-11: Reges Tharsis, et insulae munera offerent: reges Arabum et Saba dona addu-cent: et adorabunt eum omnes reges terrae: omnes gentes servient ei.

Secr.—Ecclesiae tuae, quaesumus, Domine, dona propitius intueri: quibus non iam aurum, thus et myrrha profertur; sed quod eisdem muneribus declaratur, immolatur et sumitur, Iesus Christus Filius tuus Dominus noster, qui tecum...

Praefatio.—Vere dignum et iustum est, aequum et salutare, nos tibi semper, et ubique gratias agere: Domine sancte, Pater omnipotens, aeter-

Introito.—Ved que ha llegado el so-bersno Senor; en su mano tiene el reino y el poder y el imperio.—Ps.: ¡Oh Dios!, da el imperio al Rey; y el poder al Hijo dei Rey. Gloria al Padre...

Oremos.—¡Oh Dios, que en este día por medio de una estrella revelaste tu unigenito Hijo a los gentiles!, concede propicio que, pues ya te conocemos por la fe, lleguemos a contemplar tu sobe-rana hermosura. Por el mismo Senor...

Graduai.—Todos los sabeos vendrán trayendo oro e incienso y pregonando las alabanzas del Senor. Levántate y revístete de claridad, Jerusalén, porque la gloria del Senor ha amanecido so-bre ti.

Aleluya, aleluya.—Vimos su estrella en Oriente y hemos venido con dones a adorar al Senor. Aleluya.

Ofert.—Los reyes de Tarsis y las Islas ofrecerán dones: los reyes de los arabes y de Saba llevarán presentes; y le ado-rarán todos los reyes de la tierra; todas las naciones le servirán.

Secr.—Suplicamos, Senor, mires pro-picio los dones de tu Iglesia, con los cuales te ofrece, no ya oro, incienso y mirra, sino Aquel que en estos dones es figurado, y ahora se inmola, se da en alimento, Jesucristo, tu Hijo, Senor nuestro, que contigo...

Prefacio.—Digno y justo es, en ver-dad, debido y saludable, que en todo tiempo y lugar te demos gracias, Senor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno.

PS

Pues al aparecer tu unigénito Hijo re-vestido de nuestra came mortal, nos ha renovado con la nueva luz de su inmortalidad.—Y, por tanto, con los Angeles y Arcângeles, con los Tronos y Domi-nacionee, y con toda la milicia del ejér-cito celestial, entonamos un himno a tu gloria diciendo sin César: Santo...

Com.—Vimos su estrella en Oriente y venimos con dones a adorar al Señor.

Poscom.—Concédenos, Dios todopo-deroso, que, purificado nuestro espíritu, comprendamos el misterio que en esta eolemnidad hemos celebrado. Por nues-tro Señor Jesucristo...

ne Deus. Quia, cum Unigenitus tuus in substantia nostrae mortalitatis ap-paruit. nova nos immortalitatis suae luce reparavit.—Et ideo cum Ange-lis et Archangelis, cum Thronis et Dominationibus, cumque omni mi-litia caelestis excercitus, hymnum gloriae tuae canimus, sine fine di-centes: Sanctus!...

Comm.—Mt. 2.2: Vidimus stel-lam eius in Oriente, et venimus cum munibus adorare Dominum.

Postcomm.—Praesta, quaesumus, omnipotens Deus: ut quae solemni celebramus officio, purificatae men-tis intelligentia consequamur. Per Dominum...

II. EPISTOLA

(Is. 60,i-6)

1Levântate y resplandece, que ya se alza tu luz, y la gloria de Yahveh al-borea para ti,

2mientras estâ cubierta de sombras la tierra, y los pueblos yacen en tinie-blas. Sobre ti viene la aurora de Yahveh, y en ti se manifesta tu gloria.

3Las gentes andarân en tu luz, y los reyes, a la claridad de tu aurora.

4 Alza los ojos y mira en tomo tuyo: todos se reûnen y vienen a ti; llegan de lejos tus hijos, y tus hijas son traídas a ancas.

5 Cuando esto veas resplandecerâs, y palparâ tu corazôn y se ensancharâ Vendrân a ti los tesoros del mar, llega-rân a ti las riquezas de los pueblos.

6 Te inundarân muchedumbres de camellos, de dromedarios de Madiân y de Efa. Llegarân de Saba en tropel, tra-yendo oro e incienso y pregonando las glorias de Yahveh.

1Surge, illuminare, Ierusalem, quia venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est.

2Quia ecce tenebrae operient terram, et caligo populos: super te autem orietur Dominus, et gloria eius in te videbitur.

3Et ambulabunt gentes in lu-mine tuo, et reges in splendore or-tus tui.

4Leva in circuitu oculos tuos, et vide: omnes isti congregati sunt, venerunt tibi: filii tui de longe ve-nient, et filiae tuae de latere sur-gent.

5Tunc videbis, et afflues, et mi-rabitur et dilatabitur cor tuum quan-do conversa fuerit ad te multitudo maris, fortitudo gentium venerit tibi.

6Inundatio camelorum operiet te. dromedarii Madian et Epha: om-nes de Saba venient, aurum et thus deferentes, et laudem Domino an-nuntiantes.

III. EVANGELIO

(Mt. 2,I-U)

i Nacido, pues» Jesûs en Belén de Judâ en los días dei rey Herodes, llega-ron del Oriente a Jerusalén unos magos,

1 Cum ergo natus esset Tesus in Bethlehem Iuda in diebus Herodis regis, ecce Magi ab oriente venerunt Ierosolymam.

2dicentes: Ubi est qui natus est rex Judaeorum? Vidimus enim stellam eius in oriente, et venimus adorare eum.

3Audiens autem Herodes rex, turbatus est, et omnis Ierosolyma cum illo.

4Et congregans omnes principes sacerdotum, et Scribas populi, sciscitabatur ab eis ubi Christus nasceretur.

5At illi dixerunt ei: In Bethlehem Judae: Sic enim scriptum est per Prophetam:

6Et tu Bethlehem terra Iuda, nequaquam minima es in principibus Iuda: ex te enim exiet dux, qui regat populum meum Israel.

7 Tunc Herodes clam vocatis Magis diligenter didicit ab eis tempus stellae, quae apparuit eis:

8et mittens illos in Bethlehem, dixit: Ite, et interrogate diligenter de puero: et cum inveneritis, renuntiate mihi, ut et ego veniens adorem eum.

9Qui cum audissent regem, abierunt, et ecce stella, quam viderant in oriente, antecedebat eos, usquedum veniens staret supra, ubi erat puer.

10Videntes autem stellam gavisunt gaudio magno valde.

11Et intrantes domum, invenerunt puerum cum Maria matre eius, et procidentes adoraverunt eum: et apertis thesauris suis obtulerunt ei munera, aurum, thus, et myrrham.

12Et responso accepto in somnis ne redirent ad Herodem, per aliam viam reversi sunt in regionem suam.

2diciendo: ^Dônde estâ el rey de los judlos que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a adorarle.

3Al oír esto el rey Herodes, se turbô, y con él todo Jerusalén,

4 y reuniendo a todos los principes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntô dônde habia de nacer el Mesias.

5 Ellos contestaron: En Belén de Judâ, pues así estâ escrito por el profeta:

6Y tù, Belén, tierra de Judâ, no eres ciertamente la mâs pequefta entre los principes de Judâ, porque de ti saldrâ un jefe que apacentarâ a mi pueblo Israel.

7Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, les interrogé cuidadosamente sobre el tiempo de la aparición de la estrella;

8y enviândolos a Belén, les dijo: Id a informaros sobre ese nino, y cuando le halléis, comunicâdmelo, para que vaya también yo a adorarle.

9Después de oír al rey, se fueron y la estrella que habian visto en Oriente les precedia, hasta que, llegada encima del lugar en que estaba el nino, se detuvo.

10 Al ver la estrella sintieron grandisimo gozo,

11 y entrados en la casa vieron al nino con Maria, su madre, y de hinojos le adoraron, y abriendo sus tesorôs le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra.

12 Advertidos en sueftos de no volver a Herodes, se tornaron a su tierra por otro camino.

IV. ALGUNOS TEXTOS DE LA ESCRITURA RELACIONADOS CON LA EPIFANIA

A) Vaticinio de Balaam

16 Dixit auditor sermonum Dei, qui novit doctrinam Altissimi, et visiones Omnipotentis videt, qui cadens apertos habet oculos.

i6 Orâculo del que oye palabras de Dios, del que conoce los consejos del Altisimo, del que ve visiones del Omnipotente.

17 La veo, pero no ahora: la contemplo, pero no de cerca. Alzase de Jacob una cstrella, surge de Israël un centro, que aplasta los costados de Moab y el crâneo de todos los hijos de Set.

18 Edom es su posesiôn; Seir presa de sus enemigos; Israel acrecienta su poder.

19 De Jacob sale el dominador que dévasta de las ciudades las reliquias.

17 Videbo eum, sed non modo: intuebor illum, sed non prope. Orietur stella ex Iacob, et consurget virga de Israel: et percutiet duces Moab, vastabitque omnes filios Seth.

18 Et erit Idumaea possessio eius: haereditas Seir cadet inimicis suis: Israel vero fortiter aget.

19 De Iacob erit qui dominetur, et perdat reliquias civitatis (n.24, 16-19).

B) Predicciones sâlmicas

Vienen principes del Egipto, y Etiopia se apresura a présenter sus manos a Dios.

8 Dominarâ de mar a mar, del rio hasta los caÉos de la tierra.

9 Ante él se inclinarân los habitantes del desierto, y sus enemigos morderân el polvo.

io Los reyes de Tarsis y de las Islas le ofrecerân sus dones y los reyes de Saba le pagarân tributo.

11 Postrarânse ante él todos los reyes y le servirân todos los pueblos.

Venient legati ex Aegypto: Aethiopia praeveniet manus eius Deo (Ps. 67,32).

8Et dominabitur a mari usque ad mare: et a flumine usque ad terminos orbis terrarum.

9Coram illo procident Aethiopes; et inimici eius terram lingent.

10 Reges Tharsis, et insulae munera offerent: reges Arabum, et Saba dona adducent:

11Et adorabunt eum omnes terrae: omnes gentes servient ei (Ps. 71, 18-11).

C) Presagios proféticos

Vienen de lejos: éstos del norte y del poniente; aquéllos de la tierra del sur.

Y conmoveré a todas las gentes: y vendra el Deseado de todas las naciones: y llenaré esta casa de gloria, dice el Señor de los ejércitos.

Y luego en seguida vendra a su templo el Dominador, a quien buscâis, y el ângel de la alianza que deseâis. Ved que viene, dice Yahveh Sebaot.

Ecce isti de longe venient, et ecce illi ab Aquilone et mari, et isti de terra australi (Is. 49,12).

Et movebo omnes gentes: et veniet desideratus cunctis gentibus: et implebo domum istam gloria, dicit Dominus excercituum (Ag. 2,8).

Et statim veniet ad Templum suum Dominator, quem vos quaeritis. et angelus testamenti, quem vos vultis. Ecce venit, dicit Dominus excercituum (Mal. 3,1).

SITUACION LITURGICA

A) *Origen*

La Epifania es una fiesta que proviene de Oriente, donde se celebraba antes del siglo IV. Juntamente con la Resurrección, constituye la fiesta más antigua, pues son las dos que menciona la española Etería. De Oriente pasó a Occidente, como la de Navidad pasó de Occidente a Oriente. Y al igual que aquí se celebraron, al principio, el día 6 de enero, la Epifania y la Navidad, en Oriente se unieron también la Navidad y la Epifania, celebrándose ambas el 25 de diciembre, hasta que se desglosaron.

La Epifania es etimológicamente la fiesta de la manifestación de Nuestro Señor. Había nacido tal si fuera un simple niño. Mas a través de los celajes de su carne resplandecían rayos de su divinidad. Era hombre y Dios. Había de manifestarse como Dios. Esta manifestación es el motivo y centro de la fiesta de Epifania. Comparándola con la Navidad, diríamos: en la Navidad Dios se presenta al mundo como hombre. En la Epifania, ese hombre se manifiesta como Dios. «El que nació en Navidad de la Virgen—dice San León en las lecciones de Mt.—es recibido hoy por el mundo...» Es recibido como Dios, como Rey. De aquí los acentos triunfales de la fiesta, cuya liturgia nos presenta la realeza de Cristo hasta el punto de que, si no hubiera fiesta especial, sería ésta la más indicada para cantar a Cristo Rey.

En nuestros días, tanto litúrgica como popularmente, la Iglesia y los cristianos conmemoran la adoración de los Magos. Quedan, sin embargo, vestigios del antiguo carácter oriental de la fiesta, en la que se conmemoraban tres hechos históricos que manifestaban la divinidad y poder de Cristo. «... Hoy al celeste Esposo uniéndose la Iglesia, porque en el Jordán lavó Cristo sus pecados. Acuden presurosos con dones los Magos a las reales nupcias, y ante la conversión del agua en vino se alegran los convidados» (Ant. *ad Magn.* de las seg. Vesp.). En nuestra liturgia el bautismo de Jesucristo se conmemora el día de la Octava de Epifania, y las bodas de Caná el domingo segundo.

B) *Significación*

206

La fiesta de la Epifania es la fiesta de nuestra vocación. Los Magos eran de Oriente. Su vocación es símbolo de la universal de todas las naciones a la salud y a la participación en los bienes de la redención, que los judíos consideraban exclusivos de su pueblo. Esta vocación universal estaba predicha en los profetas. En Adviento se hacen varias alusiones a ella y claramente se advierten en la Epístola de hoy. El llamamiento de la gentilidad no ocurrió durante la vida pública del Señor, quien, al contrario, decía a los discípulos: *In viam gentium ne abieritis* (Mt. 10,5), y a la cananea: *Non sum*

missus nisi *ad oies quae perierunt ex donto Israel* (Mt. 15,24). El ingreso de los gentiles en el reino estaba reservado a la predicaci3n de los ap3stoles. Mas quiso Cristo llamarles a su cuna en la persona de los Magos, que simbolizaban a todo el pueblo gentil. Por eso, podemos decir que asi como la Navidad es la fiesta de la vocaci3n de los judios, la Epifania lo es de los gentiles. Como nosotros perteneciamos al mundo gentil, tenemos en la Epifania nuestra fiesta, la de nuestro llamamiento a la fe y a la salvaci3n. Por eso hoy se nos recuerda nuestro llamamiento: *Christus apparuit nobis...* Llamamiento que es perenne, porque si a los Magos les Uam3 Dios mediante la estrella, a nosotros nos llama por medio de su Iglesia, la cual, con su doctrina, liturgia, gobierno y predicaci3n no cesa de invitarnos a buscar a Cristo. Es, por tanto, la Epifania fiesta que r3clama nuestro agradecimiento al Senor, a la vez que nos invita a pedir para que la luz de su Estrella—su Iglesia—ilumine a los que viven a3n en las tinieblas dei paganismo.

II. APUNTES EXEGETICO-MORALES

La epistola de hoy no es propiamente una epistola, sino el comienzo del capitulo 60 de Isaias.

En el anterior el profeta lloraba las iniquidades de su pueblo, que lo habian llevado a la cautividad y postraci3n de Babilonia. Pero como es frecuente en 3l, despu3s dei lianto y la amenaza, cambia de tono para levantar los 3nimos aplanados y comienza a cantar las grandezas de la Jerusal3n futura.

En esos momentos la inspiraci3n prof3tica anuncia los hechos, enfoc3ndolos desde un doble punto de vista; a saber, desde el de su inmediata realidad y desde aquella otra, de la que son figura y tipo.

Isaias, por ejemplo, se dirige a Jerusal3n y le anuncia los venturosos tiempos en los que, decretada por Ciro la liberaci3n de los judios, Jerusal3n ver3 levantarse otra vez sus muros, y sus casas volver3n a ser habitadas.

Pero por encima de esta Jerusal3n que le sirve de tipo y de modelo ve otra mucho m3s esplendorosa, constituida por el reino mesi3nico y por la Iglesia, vision ante la que se entusiasma y prorrumpe en c3nticos que serian desmesurados si hubieran de aplicarse exclusivamente a la libertad y reconstrucci3ndeZorobabel, harto desmedrada en cuanto a riquezas, y bien pobre siempre en lo tocante a libertad, pues fuera de la breve etapa macabea el pueblo judio no disfrut3de ella m3s. Asi lo entendieron los mismos judios que interpretaron este y otros muchos lugares semejantes en sentido mesi3nico.

En cambio, m3s tarde, cuando la Iglesia vi3 realizada en si misma las profecias, los judios encontraron una explicaci3n restrictiva, y San Jer3nimo, al explicar a Isaias. tiene ya que hacerles ver lo que llevamos expuesto.

En cuanto al estilo, f3cilmente se advierte la ampulosidad oriental, con sus acostumbradas figuras, que no creemos sea necesario explicar al pueblo. Ahora bien, existen algunas frases como la dei oro e incienso ofrecido, que pareccn relacionar este lugar con la festividad de hoy. / La relacionan en realidad? ! Isaias profetiza la ofrenda de los Magos? Abunde cada uno en su parecer, pues carecemos de datos para saberlo. Posible es que si, y posible es tambi3n que los camellos, dromedarios, oro e incienso no indiquen sino las riquezas y medios de locomoci3n que conocia el profeta.

Salvado este detalle, las dos ideas principales se resaltan por sf solas. Es la una la llegada de la luz que ha de poner en pie y alegrar a la ciudad; es la eegunda, la universalidad de la futura Jerusalén, a la que acudirân gentes de todos los lugares. incluso de aquellas islas griegas que para un judlo del tiempo de Isaías constituian casi las columnas del «non plus ultra».

«|Ea, pues, oh iglesia, oh pueblo creyente en CristoI, que haste ahora ya- ciassentado en las tinieblas de la incredulidad y la ignorancia sobre Dios, que dormias sobre toda clase de pecados y rebosabas en la cârcel y cautiverio, recibe el sol de justicia que se levante, despierta del sueho de! pecado, alza la cabeza y corre con los brazos abiertos a abrazar la libertad, la luz y la alegria que te trae Cristo». A esto aludla el capitulo 9,2 cuando decia: «Un pueblo que caminaba en tinieblas viô una gran luz; luz que se ha levantado para los que habitaban en la regiôn de las sombras de la muerte». A esto se referia San Pablo cuando advertia (Rom. 13,11): *Hermanos, ya es hora de despertar del suerto... Arrojemos las obras de las tinieblas y revistdmonos de las armas de la luz.* «Vistete de ciaridad, esto es, recibe la luz de la fe y de la gracia como si fueses un espejo, para que te transformes en ella y seas como un sol que ilumina el mundo. Esto es lo que dice San Pablo (2 Cor. 3,18): *Todos nosotros a cara descubierta contemplamos la gloria del Serior como en un espejo y nos transformamos en la misma imagen, de gloria en gloria, a medida que obra en nosotros el Espiritu dei Serior...*» (cf. C o r n e l i o a L a p i d e , in hune locum).

Sobre la universalidad de la Iglesia, de ese ârbol que creciô nacido como un grano de mostaza en el portai de Belén, ya hemos hablado suficientes veces.

B) Evangelio

Copiâmes la historia de Ricciom, remitiéndonos para las aplicaciones mo- rales a los Santos Padres y autores varios, y muy especialmente al P. La P u e n t e (cf. *Vida de Jesucristo* [Barcelona 1944] p.271-277).

^

W,

a) El r e l a t o

«Hasta ahora, Lucas sôlo ha situado en torno al recién nacido Mesias —aparté de los cortesanos celestiales—gentes humildes en funciones de cortesanos terrenos; es decir, pastores de la estepa y dos ancianos de la ciudad. Mateo calla sobre todos éstos y, por el contrario, conduce ante Jesûs personajes no sôlo insignes, sino ademâs—y ello puede sorprender con razôn en el mäs Israelite de los cuatro evangelistas—precisamente no israeli- tas y pertenecientes a los aborrecidos «gojim». Si este nuevo episodio hubiese sido narrado por Lucas se habria dicho que estaba introducido para confir- mai el anuncio de Simeôn respecto a la revelaciôn de los gentiles; pero, puesto que quien lo relate es Mateo, no queda mäs que atenerse a la realidad de los hechos diversamente seleccionada por los diferentes narradores. *Habiendo, pues, nacido Jesûs, he aqui que (unos) Magos de Oriente se pre- sentaron en Jerusalén diciendo: ¡Dônde estd el nacido rey de los judios? Porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarlo. Y oyendo (esto) el rey Herodes se turbô, y toda Jerusalén con él, y reuniendo a todos los sumos sacerdotes y escribas del pueblo, les inquiria dônde el Cristo debta nacer. Y ellos le dijeron: En Bethlehem de Judea, porque asi ha sido escrito por medio del projeta: *Y tû, Bethlehem, tierra de Judd, de ningtin modo eres la menor entre los principes de Judd; porque de ti saldrd un conductor que apacentard a mi pueblo Israël*» (Mt. 2,1-6).

b) Los Magos

Los inesperados extranjeros eran, pues, *magos* y venian de Oriente. Estos son respecto a ellos los unicos datos seguros y, aun asi, muy vagos. El más vago es Oriente, que geográficamente designa todas las regiones de más allá del Jordán, y en las cuales, intemándose hacia Levante, se halla primero el inmenso desierto siro-arábigo, luego Mesopotamia (Babilonia) y, en fin, Persia. En el Antiguo Testamento, en efecto, todas estas três regiones son designadas como Oriente, incluso la remotísima Persia (como vemos por Isaias 41,2, donde se alude al persa Ciro el Grande). Y es precisamente a Persia, con preferencia a las otras dos regiones más próximas, adonde nos lleva la palabra *magos*, que es originariamente pérsica y esta estrechamente ligada a la persona y doctrina de Zarathushtra (Zoroastro).

Los magos fueron originariamente discipulos de Zarathushtra, y a ellos habia confiado él su doctrina reformadora de las poblaciones del Iran, de la que fueron después custodios y transmisores. Su clase aparece muy poderosa desde tiempos muy antiguos, incluso en la época de los medos, y más aún en la de los aqueménidas. «Mago» era aquel Gaumata (el «falso Smerdi») que usurpó el trono aqueménida el año 522 a. de J. C., durante la campaña de Cambises en Egipto. Después de la muerte violenta de Gaumata, los magos mantuvieron su poder en el imperio persa y en los regimenes sucesivos hasta el siglo VIII d. de J. C. En el campo cultural, se ocuparían también del curso de los astros, como todas las personas instruidas en aquellos tiempos y regiones; pero no eran astrologos ni hechiceros. Antes bien, como discipulos de Zarathushtra y fieles transmisores del «Avesta» debían ser naturales enemigos de las doctrinas astrológicas y nigrománticas de los caldeos, las cuales el «Avesta» condena con energia.

c) La estrella

Los Magos llegados a Jerusalén habian visto, pues, una estrella en Oriente, y comprendiendo que era la estrella del «rey de los judfos», se pusieron en viaje desde Oriente para adorarle.

Respecto a la estrella, ya hemos expresado nuestra opinion de que Mateo se propuso presentaria como un hecho milagroso, no identificable con un fenómeno natural. Poco después él nos dice que, salidos los Magos de Jerusalén, la estrella les precedió a guisa de guia en su camino y se detuvo precisamente sobre el lugar donde estaba el niño buscado (Mt. 2,9). Si del rey Mitridates se narraba que a su nacimiento y al principio de su reinado habia aparecido un cometa (cf. Justino, *Histor.*, XXXVII, 2), y otro tanto se decia de Augusto al comienzo de su imperio (Servio, in *Eneida*, X, 272), ninguno, no obstante, habia dicho que semejantes cometas indicaran a los hombres paso a paso un determinado camino, esperándoles incluso en los descansos y moviéndose después, para al cabo pararse definitivamente sobre la meta. Establecido, en consecuencia, este carácter milagroso, ¿cómo se explica, sin embargo, que los Magos, al ver la estrella, la reconociesen como la del «rey de los judios»? ¿Qué sabían ellos de antemano, en su lejana Persia, de un rey de los judios esperado como Salvador en Palestina?

El reconocimiento de la estrella por los Magos esta, en la narración de Mateo, estrechamente ligado al carácter de la estrella: la milagrosa estrella se hace reconocer milagrosamente por ellos como signo del recién nacido. Pero respecto a las predisposiciones culturales de los Magos y a su posible conocimiento de la espera mesiánica de los judios, hoy estâmes mejor infor-

mados, gracias a recientes estudios, que anteriormente, y podemos afirmar que en Persia se esperaba. por tradición local, una especie de Salvador y se sabía, además, que existía análoga espera en Palestina.

d) Número y nombres

Mateo no dice cuántos fueron los Magos venidos a Jerusalén; la tradición popular tardía los creyó mas o menos en número, variando de dos a una docena, pero prefiriendo el número de tres, sin duda sugiendo por los tres dones que ofrecieron. Y de estos tres Magos, desde el siglo IX, se supieron también los nombres: Gaspar, Melchor y Baltasar.

Eran con toda evidencia extranjeros aquellos Magos y no sabían prácticamente nada de las condiciones políticas de Jerusalén, ya que apenas entrados comienzan a preguntar: ¿Dónde está el nacido rey de los judíos? Rey de los judíos no había otro que Herodes, y bastaba por lo demás conocer un poco el carácter de éste para estar seguro de que apenas se mostrase un eventual competidor suyo hubiera tenido contados los días y aun las horas. Por eso la pregunta era peligrosa, en su ingenuidad, para el mismo niño buscado.

e) Se informa a Herodes de su llegada

Los primeros ciudadanos interpelados por los Magos quedaron estupefactos y aun algo inquietos, porque una pregunta de tal género hecha por los desconocidos personajes inducía a sospechar tenebrosas conjuras, que hubiesen llevado a las acostumbradas convulsiones civiles y a matanzas de gentes sospechosas. Pasando, pues, la pregunta de boca en boca, llegó a oídos de personas de la corte y del propio Herodes.

El viejo monarca, que por sospechas de conspiración había ya hecho matar a dos hijos y estaba a punto de matar a un tercero, no pudo dejar de turbarse también; pero comprendió en seguida que, si allí había una amenaza, era muy diferente de las otras. Su policía secreta, magníficamente organizada, le tenía informado hasta de los más mínimos hechos que acaecían en la ciudad, y en aquellos días no le había referido nada inquietante. Por otra parte, desde la lejana Persia no se dirigían fácilmente los hilos de una conjuración, ni se hubiesen enviado para organizarla personas tan ingenuas e inexpertas como aquellos Magos. No; allí debía de haber algo de otro género, algún movimiento religioso de mal agüero, muy probablemente la quimera de aquel Rey-Mesías que los súbditos de Herodes esperaban, aunque él ciertamente no coincidiera con ellos. En todo caso, convenía prevenirse, informándose primero con claridad y después procediendo con astucia.

f) La consulta al Sanhedrin

Como se trataba de asuntos religiosos, Herodes no consultó al Sanhedrin en pleno, sino a los dos grupos del consejo más versados en tales cuestiones: los *sumos sacerdotes* y los *escribas* del pueblo, y les preguntó, abstracta y genéricamente, dónde debía nacer el Cristo. Es decir, quería saber el lugar en que, según la tradición judaica, debía nacer el Mesías. Una vez conocido esto, él sabía valerse de aquellos ingenuos Magos para ajustar cuentas con el recién nacido rey de los judíos.

Los consultados respondieron que el Mesías debía nacer en Bethlehem, y citaron como prueba el pasaje de Miqueas (5,1-2), que en el texto hebraico

dice as(: Y hi, *Bethlehem Efrata*, aunque siendo pequeiia entre las partitiones de Judd, de ti saldrd (quien) serd dominador en Israel y sus salidas (origenes) desde la antigüedad, desde los dias etenios. Por esto (Dios) le entregard (en poder de sus enemigos) hasta el tiempo en que la puérpera dé a luz. Nôtese que este pasaje no está reproducido íntegramente, ni con estas palabras precisas en la respuesta de los doctores consultados, tal como la refiere Mateo; pero, de todos modos, se halla lo esencial, o sea, Bethlehem como lugar del nacimiento del Mesias, y en tal sentido se expresa también el Targum en el mismo pasaje. Semejante designación era, pues, tradicional en el judaísmo de aquella época.

Al obtener esta contestación, Herodes debió de quedar perplejo. Bethlehem era un pueblecillo cualquiera, en el que su policía no le señalaba nada sospechoso, mas, con todo, aquel complejo de estrellas, Magos desconocidos, y especialmente aquel apelativo rey de los judíos, mientras de una parte despertaban su curiosidad, de otra turbaban su calma. Para satisfacer, pues, la primera y proveer a la segunda, no quedaba más que servirse de los mismos Magos, de tal modo que no se despertasen las sospechas de éstos ni de las demás gentes.

g) EL PLAN DEL ASTUTO REY

El plan fué llevado a la práctica. Herodes hizo llamar a los Magos *ocultamente* (Mt. 2,7), porque ni quería aparecer demasiado crédulo dando importancia a hombres tal vez desequilibrados, ni renunciar a sus medidas de precaución. Interrogóles, pues, hábilmente sobre el tiempo y circunstancias de la aparición de la estrella y los dejó marchar a Bethlehem, encareciéndoles que buscasen bien al recién nacido y, una vez hallado, le avisasen, porque quería ir a adorarlo también.

Mandar tras aquellos extravagantes orientales un destacamento de soldados con alguna orden secreta habría sido procedimiento más seguro y le hubiese evitado el esperar la noticia de que el niño había sido encontrado, pero le expondría también a las burlas de sus súbditos, ya que en todo Jerusalén no se hacía más que hablar de aquella extraria comitiva, dándose a la vez por hecho que el asunto terminaría en una escena grotesca y que aquellos orientales resultarían unos sonadores exaltados. En todo caso, los Magos, así como habían pasado por Jerusalén de ida, habrían de pasar de regreso, y por tanto, Herodes los tendría siempre a su disposición.

h) La adoración de los Magos

Los Magos, después de la audiencia real, partieron. *Y he aquí que la estrella que vieron en Oriente les precedía, hasta que llegando, detúvose sobre donde estaba el niño. Y viendo la estrella se gozaron con gozo grande en extremo. Y llegando a la casa vieron al niño con María, su madre, y postrados le adoraron. Y abriendo sus cofres le presentaron dones: oro, incienso y mirra. Y habiendo recibido revelation en sueños de no volver a Herodes, regresaron a su país por otro camino* (Mt. 2,9-12). La narración está restringida a sus líneas principales y hace abstracción de tiempo y lugar. No obstante, desprendese de ella que los Magos pasaron a lo menos una noche en Bethlehem, ya que allí recibieron revelación en sueños, y no queda excluido que incluso permaneciesen más de un solo día. Igualmente se obtiene la deducción de que la familia de José, abandonada la gruta, se había instalado en una casa.

Dirigiéndose a rendir homenaje a un rey, los Magos habían preparado donativos tales como los exige la etiqueta oriental. La mansión regia de He-

rodes en Jerusalén refulgla de oro y a lo largo de sus galerias los pebeteros exhalaban vapores de incienso y de resinas odoríferas. Lo mismo sucedia en aquel suntuoso Herodium donde su orgulloso constructor habia de ser sepultado de allí a cortos meses y que se elevaba a poca distancia de Bethlehem. Quizâ más de una vez los pastores del contorno, girando en torno a las faldas del monticulo, habrian entrevisto los âureos reflejos de las casas y aspirado las nubes de humo aromatico que de ellas salia. Con arreglo al ceremonial de las grandes cortes, los Magos ofrecieron oro, incienso y aquel género de resina perfumada llamada por todos los semitas «mor», nombre del que se ha derivado el nuestro de «mirra». Herodés mismo solia mostrar gran largueza en sus donativos a otros monarcas, sobre todo si eran más poderosos que él. Por ejemplo, precisamente en aquellos dias dejaba a Augusto en su testamento un legado de 1.000 ó 1.500 talentos (cf. *Bell. lud.*, I, 646; II, 10; *Antiq. lud.*, XVII, 323), suma altísima, incluso en aquellos tiempos, y que Augusto, no obstante, rehusô senorilmente. Los Magos, cierto, no podian ser tan munificos como Herodes; pero en compensaciôn tuvieron la alegria de ver aceptados sus dones y, ademâs, la de comprobar que eran oportunisimos, ya que, si todos los regalos reconocian la dignidad real del recién nacido, el oro especialmente llegaba como una providencia para restaurer la hacienda de aquella corte, que no poseia ni un techo propio, ni tal vez siquiera medio siclo, una vez dejados cinco enteros en el templo de Jerusalén.

Ofrecidos sus homenajes, los viajeros partieron hacia su pais transcurrido algûn tiempo, pero no pasaron por Jerusalén ni Jericô, sino por el otro camino que, tocando la fortaleza herodiana de Masada, costeaba la ribera occidental del Mar Muerto. Y nada volviô a saberse de ellos.»

SECCION III. SANTOS PADRES

SAN JUAN CRISOSTOMO

Très lecciones

Trasladamos los parrafos más interesantes de las homilias 6 y 7 sobre San Mateo (cf. PG 31,119 ss.).

A) *Hasta el palacio de Herodes*

216

a) Los MOTivos del viaje

«¿Cómo es que los Magos por medio de su estrella aprenden que El es rey de los judios? Pues en realidad de verdad no era rey de aqui abajo, como él mismo se lo dijo a Pilato: *Mi reino no es de este mundo* (lo. 18,36). Asi es que nada ostentaba en lo material. Mo tuvo en tomo de si ni lanceros, ni escuderos que le hicieran guardia, ni caballos, ni mulas, ni otro distintivo alguno, antes pasaba una vida vulgar y pobre, llevando consigo doce hombres vulgares. Pero aunque supieran que era rey, ¿por qué acuden a El?... ¿Qué razon, qué esperanza de bienes les persuadió a venir desde tan grande distancia a adorar a un rey?... Si hubiera nacido en un palacio real y estuviera presente su padre el rey, bien se podria decir que ellos adoraron al niño nacido por hacer un obsequio a su padre, y de este modo conciliarse su benevolencia. Pero ahora, cuando ni esperan que reine sobre ellos, sino sobre una nación extrana y muy distante de sus patrias, ni le han visto aún hombre formado, ¿Por qué motivo emprenden tan larga peregrinación, y le llevan dones, y eso habiéndolo de llevar a cabo entre peligros? Herodes al oirlo se turbo y turbóse también todo el pueblo oyendo de ellos estas noticias.

Aun cuando fueran los más necios, no habian de desconocer que entrando en una ciudad gobernada por un rey y anunciando tales cosas, publicando otro rey distinto del que entonces había, no podian menos de acarrear mil peligros de muerte.

Y, en resumen, ¿cómo le adoraron, además, viéndole envuelto en panales? Porque si fuera ya hombre formado, pudiérase decir que por la esperanza de obtener su patrocinio se habian lanzado a un peligro manifiesto: por más que ya esto mismo sería suma locura.

que un persa, un bárbaro, que nada tenía que ver con la nación judía, dejara su propia casa y abandonara su patria, sus parientes y domesticos y se sujetara a otro reino.»

b) LOS MOTIVOS DE LA ADORACIÓN

«¿Era acaso ley o costumbre que a los reyes que naciesen en todo el mundo se les hiciera este obsequio? ¿Andaban acaso recorriendo todo el orbe para adorar, antes de que subieran al trono, a los nacidos de padres pobres y sin representación, de quienes supieran que habían de ser reyes? ¿Quién puede decir semejante cosa? Pues ¿por qué le adoraron? Si por alguna utilidad presente, ¿qué esperaban poder recibir de un niño y de una madre pobre? Y si por alguna utilidad futura, ¿de donde sabían que se había de acordar de lo de entonces el niño a quien adoraban envuelto en pañales? Y aunque se lo hubiera de recordar su madre, aun en ese caso, no merecían honra, sino castigo, pues le ponían (con su adoración) en manifiesto peligro. Ya que desde entonces Herodes, turbado, le buscaba, y andaba tras él, y trataba de quitarle la vida... ¿ves cuántos absurdos se siguen si se examina el hecho según el curso y costumbre ordinaria de las cosas humanas? Y no esto solo: muchas más cosas se pudieran decir que traerían consigo nuevas cuestiones... Mas para no ir trabando una duda con otra y causaros vértigo, jeal, pasemos ya a la solución de las cuestiones propuestas, dando comienzo por la estrella. Porque si nos enteramos de qué estrella fue y de qué clase, si fue una de tantas o extraordinaria, si fue estrella por naturaleza o solo para la apariencia de la vista, fácilmente veremos también todo lo demás.»

c) CUESTIONES ACERCA DE LA ESTRELLA

«—Y ¿por donde se aclarará todo esto? —Por las mismas Escrituras.—En efecto, que esta estrella no fue una de tantas, y, más todavía, ni aun siquiera estrella, como a mi me parece, sino cierta virtud invisible transformada en esta apariencia, es claro, en primer lugar, por su misma dirección. Porque no hay, no hay estrella alguna que recorra ese camino... En segundo lugar, échase de ver esto por el tiempo mismo, pues no aparece de noche, sino en pleno día, brillando el sol... En tercer lugar, porque unas veces aparecía y otras se ocultaba... Lo cuarto, se ve claramente lo mismo por el modo con que señalaba el lugar. Pues no lo mostraba permaneciendo en lo alto del cielo, pues de ese modo no hubieran podido ellos enterarse, pues bien sabéis que una estrella no puede señalar un lugar tan pequeño como es el que ocupa una cueva, y más aún el cuerpo de un niño pequeñuelo...

Pues ¿por qué apareció? Para herir la insensibilidad de los ingratos judíos y quitarles toda excusa... Así, pues, lo mismo que hizo Jesús con los ninivitas, enviándoles a Jonás, y con la Samari-

tana y con la Cananea, hizo también con los Magos. Por eso también decia: *Los hombres de Ninive se levantarân y condenarân; y la reina del austro se levantará y condenará a esta generaciôn* (Mt. 12, 41-42), porque ellos creyeron con argumentos menores y éstos ni aun con mayores.

—Y ipor qué motivo, dirâs, los trajo por medio de la visiôn de una estrella?—Pues icômo convenia hacerlo? (jEnviândoles profetas? —Los Magos no los hubieran recibido. — («Enviândoles un ângel? —Tampoco hubieran hecho caso de él. Por eso, dejando a un lado todos aquellos medios, los llama Dios por el que era usual y les muestra una estrella grande y diferente de las otras, de suerte que por su magnitud y la hermosura de su aspecto los Uenara de admiraciôn, y no menos por el modo particular de su curso.

San Pablo también imitaba esta conducta al hablar con los griegos, tornando ocasiôn del ara, y al aducir testimonios de poetas, mientras que con los judios habla tomando pie de la circuncisiôn y tratando con quienes vivian en la Ley, da comienzo a su enseñanza por los sacrificios. Y es que, como cada uno tiene gusto en lo que le es acostumbrado, tanto Dios como sus enviados disponen las cosas de esta manera para la salvaciôn dei mundo... Asi es que después de haberlos conducido y llevâdolos de la mano y puéstoles delante del pesebre, no les habla ya por medio de la estrella, sino por medio de un ângel (v.i2), pues poco a poco se habian convertido en mejores...

Merece también investigarse por dônde vinieron a dar en semejante pensamiento y quién los moviô a ello. Porque, evidentemente, no me parece a mi que esta fuese obra de la estrella tan sôlo, sino de Dios, que movia también sus almas; pero lo hizo de modo que no les quitara el libre albedrio, como tampoco cuando llamô a Pablo con una voz del cielo, patentizando al mismo tiempo su propia gracia y la obediencia de aquél (Act. 9).

Y <por qué razôn, dirâs, no revelô esto a todos los magos? Porque no todos habian de creer, y éstos estaban mejor dispuestos que los demâs; como también, peredendo innumerables gentiles, a sôlo los ninivitas fué enviado el profeta; y estando en cruz dos ladrones, sôlo uno fué salvo».

B) Dejad la pereza

«Con razôn se turbaba Herodes, como rey y como quien temia por si y por sus hijos; pero Jerusalén ipor qué?... Era que tenian el mismo sentir que en otro tiempo, cuando rechazaban a Dios, que les hacia bñéficies, y mientras gozaban de tan grande libertad, recordaban las cames de Egipto... Era natural que, discurrendo por lo présente, aunque nada supieran de lo mâs secreto y subli-

me, pensaran de este modo: Si nacido, así temen a nuestro rey, [cuánto más le temerán crecido ya, y qué obediencia le rendirán, y cómo gozará nuestra nación de mayor prestigio que las de los bárbaros! Pero nada de esto los anima; tanta era su pereza y juntamente su envidia, vicios que conviene exterminemos diligentemente de nuestras aimas, para que quien ha de ponerse en este combate sea más ardiente que el fuego. Por eso decía también Cristo: *¡Fuego vine a lanzar sobre la tierra, y ojalá hubiese ya prendido!* (Le. 12,49). Por eso también el Espíritu Santo aparece en forma de fuego.»

b) La pereza del cristiano

221

«Pero nosotros nos hemos quedado más fríos que ceniza y más muertos que los mismos muertos, y eso viendo como vemos a San Pablo volar sobre el cielo y los cielos de los cielos, y vencer y sobrepujar con más impetu que la misma llama todas las dificultades, lo de arriba y lo de abajo, lo presente y lo venidero, lo existente y lo por existir. Y si el ejemplo te parece superior a tus fuerzas —por más que ya eso es una excusa de pereza, pues, en efecto, ¿qué tuvo Pablo más que tú para que digas que te es imposible emularle?—, para no disputar, dejando a San Pablo, pensemos en los primeros fieles, que desecharon el dinero, las posesiones y todos los cuidados y solicitudes temporales y se entregaron completamente a Dios, atendiendo noche y día a la enseñanza de la palabra divina. Porque tal es la naturaleza del fuego espiritual; no permite tener afición alguna a las cosas de acá, sino que nos traslada a otro amor. Por eso, el que siente el amor de estas cosas, aunque sea necesario dejarlo todo, como mirar con risa y desprecio el placer y la gloria y entregar la misma vida, todo lo hace con suma facilidad. Porque el ardor de aquel fuego, penetrando en el aima, destierra toda pereza y da alas a aquel de quien se apodera, y así es que, despreciando ya todo lo visible, permanece en continua compunción derramando continuas fuentes de lágrimas y disfrutando así de gran placer. Pues nada hay que así enlace y una con Dios como semejantes lágrimas. Este tal, aunque habite en medio de las ciudades, vive como en soledad, cual si estuviera en montes y selvas sin ver a ninguno de los presentes, ni hartiarse jamás de semejante liante, bien derrame lágrimas por sí mismo, bien por los pecados ajenos. Por eso, con preferencia a los otros llamô Dios bienaventurados a éstos, diciendo: *Bienaventurados los que lloran* (Mt. 5,5). Y como dice San Pablo: *Regocijaos siempre en el Señor* (Phil. 4,4), refiriéndose al placer que procede de estas lágrimas. Porque así como el regocijo según el mundo tiene por compañera de fortuna la tristeza, así las lágrimas, según Dios, germinan regocijo perpetuo e inmarcesible...

Si de este modo lieras también tú, serás imitador de tu Señor. Porque también El derramô lágrimas por Lazare y por la ciudad

y se turbô por causa de Judas. Se le vc conmove-se muchas veces, mas reirse nunca, ni aun siquiera sonreirse suavemente, o por lo menos ninguno de los evangelistas lo dijo. También San Pablo se sabe que llorô de noche y dia por espacio de tres anos, como refiriô él mismo y otros acerca de él, pero que se ricra ni lo dijo él en parte alguna ni lo contô nadie».

C) Los espectáculos

222

a) La vida es un combate

◆Por tanto, no pidas a Dios lo que recibes del demonio. Porque de Dios es dar un corazôn contrito y humillado, vigilante, continente, refrenado, penitente y compungido. Estos son sus dones, ya que de ellos sobre todo necesitamos. En efecto, tenemos un combate terrible: contra las potestades invisibles es nuestra lucha, contra los espíritus de maldad nuestro certamen, contra los principados y las potestades nuestra guerra (Eph. 6,12), y jojalâ que, aunque con esfuerzo y vigilando y despiertos, podamos hacer frente a aquella terrible falange! Pero si nos reimos y holgamos y estamos mano sobre mano, aun antes del encuentro vendremos a tierra por nuestra dejadez. No dice, pues, bien a nosotros reirnos continuamente y vivir en la disoluciôn y en los placeres, sino a los que viven del teatro... Porque Satanâs es quien de semejante cosa hizo arte para relajar a los soldados de Cristo y debilitar el nervio de sus ânimos. Por eso edificô teatros en las ciudades, y ejercitando a aquellos payasos, por medio de su perdiciôn lanza como rayo esta peste contra toda la ciudad; de todo lo cual nos mandô huir San Pablo, persuadiéndonos que evitemos las palabras tontas y chocarreras (Eph. 5,4). Lo peor de todo es ver lo que suele ser la ocasiôn de esta risa. Porque cuando cualquier payaso y bufôn dice algo blasfemo o torpe, entonces es cuando muchos necios se rien y se complacen, aplaudiéndoles, cuando debieran apedrearles...»

223

b) Los PELIGROS DE LOS ESPECTÁCULOS

«No me digas que aquello es pura ficciôn; esa ficciôn ha forjado muchos adûlteros y trastornado muchas familias. Y por eso mâs que nada gimo, porque ni aun siquiera os parece malo lo que sucede, sino que resuenan aplausos y clamoreo y risa desacompasada, mientras se comete tanto adulterio. ¡Qué dices? <Que es ficciôn lo que ocurre? Pues por eso mismo son aquéllos dignos de mil muertos. porque se proponen imitar lo que todas las leyes mandan evitar. Porque si la cosa es mala, también la representaciôn lo es. Y no digo todavia cuántos adûlteros suscitan los que reprcsentan semejantes dramas de adulterio, cuán petulantes y desvergonzados hacen a sus espectadores. Nada hay mâs lascivo y pétulante que los

ojos que tales cosas miran. Tú que ni en la calle, más aun, ni en casa consentirías ver a una mujer desnuda, antes a eso Hamas afrenta, (¡subes al teatro para ultrajar la naturaleza de hombres y mujeres y llenar de oprobio tus ojos? No digas que aquélla es una mujer perdida; la misma naturaleza y el mismo»cuerpo tienen la mujer honrada y la fornicaria. Si en ello no hay nada de irracional, icómo es que si lo ves en la plaza te retiras y rechazas a la desvergonzada? <0 es que cuando estamos separados, entonces eso es obsceno, y cuando todos reunidos y juntos, ya no es torpe y vergonzoso?»

D) Exhortación

a) Apartamiento de las cosas terrenas

cAcompañemos, pues, también nosotros a los Magos y apartémonos al mismo tiempo a gran distancia de las costumbres barbaras, para poder ver a Cristo, pues tampoco a ellos, a no haberse alejado mucho de su region, le hubieran podido contemplar. Apartémonos de las cosas terrenales. Que los Magos, mientras estaban en Persia, veían la estrella, pero cuando salieron de allí, contemplaron el Sol de Justicia; más aún, ni aun la estrella hubieran visto, si no se hubiesen levantado con prontitud para la partida. Levantémonos, pues, también nosotros; aunque todos se alboroten, corramos nosotros a la casa del niño; aunque los reyes, aunque los pueblos, aunque los tiranos nos corten este camino, no se entibie ni relaje nuestro deseo. Así lograremos pasar por encima de todas las dificultades... Antes de ver al niño, por todas partes les asediaban temores, peligros y turbaciones; pero después de adorarlo, todo era calma y seguridad; ya no es la estrella, sino un ángel el que los recibe... Abandona, pues, tú también al pueblo judío, a la ciudad perturbada, al tirano envidioso, a la mundana vanidad, y date prisa por ir a Belén, donde esta la espiritual casa de pan. Aunque seas pastor, si aquí llegas, verás al niño en el albergue; aunque seas rey, si no te presentas, de nada te valdrá la púrpura; aunque seas mago, nada te estorbará serlo, con sólo que vayas a honrarle y adorarlo, y no a pisotear al Hijo de Dios, si le adoras con temblor y con alegría, pues ambas cosas pueden ir juntas. Pero mira, no seas como Herodes y digas: *Para que yo también vaya a adorarlo*, y una vez llegado, le quieras matar. *Reo será* ese tal, dice (el Apóstol), *del cuerpo y de la sangre del Señor* (i Cor. 11,27). Pues tiene, dentro de sí, un tirano envidioso del reino de Cristo, y más injusto que Herodes, a saber, la avaricia. Quiere reinar y envía sus domésticos, que en la apariencia le adoren, mas al adorarlo le degüellen.»

b) Nuestra ofrenda a Dios

«Temamos, pues, no sea que tengamos apariencia de siervos y adoradores, pero en las obras mostremos lo contrario. Y una vez que le hemos de adorar, arrojemos de las manos cuanto tenemos en

ellas. Si oro, ofrezcâmoselo a El y no lo sepultemos, porque si aquellos bârbaros se lo ofrecieron para honrarle, jcuân rezagado te quedarâs, si no das ni aun al que tiene necesidad! Si ellos recorrieron camino tan largo para verle nacido, êqué excusa tendras tû, si no vas siquiera a un barrio para visitarle enfermo y encarcelado? Porque cuando estân enfermos y encarcelados, solemos compadecernos aun de los enemigos, y tû, <no te compadeces ni aun de tu Bienhechor y Senor? Mâs aûn, ellos ofrecieron oro; tû a duras penas das pan. Ellos vieron la estrella y se regocijaron; tû viendo al mismo Cristo peregrino y desnudo, no te doblegas. Porque, en efecto, (iquién de vosotros, con haber recibido infinitos bñéficies, hizo tan larga peregrinaci3n como la de aquellos bârbaros, o mejor, mâs sabios que todos los sabios? ¡Qué digo tan largo viaje? Muchas de las mujeres son entre nosotros tan muelles, que ni siquiera un barrio quieren atravesar para verle espiritualmente en el pesebre, si no es llevadas en mulas. Y en cambio otros, que pueden andar, en vez de acudir al templo, prefieren la turba de los negocios mundanos o asistir a los espectâculos... Viendo a Cristo tendido en el pesebre, te das prisa para ver a las mujeres en la escena. <Qué rayos no merece tal conducta?»

c) Aquí ESTÂ LA FUENTE DE LA VIDA

«Porque, dime. Si alguno te prometiera introducirte en el palacio imperial y mostrarte al emperador sentado en su trono, ipreferirias a esto ver el teatro? Y eso, a pesar de que lo primero no te proporcionaria ganancia alguna. En cambio, aquí de esta mesa brota una fuente espiritual de fuego, y tû, abandonândola, corres a los espectâculos para ver mujeres nadando en la escena y la naturaleza de la mujer expuesta a la ignominia, y en tanto dejas a Cristo sentado junto a la fuente. Pues que también ahora estâ sentado junto a la fuente, no hablando con la Samaritana, sino con toda la ciudad, aunque quizâs también ahora habia solamente a la Samaritana, ya que ninguno estâ con El, sino algunos solo con los cuerpos y otros ni aun con los cuerpos. Con todo, El no se retira, sino que permanece y nos pide de beber no agua, sino santidad, porque las cosas santas (el Santisimo Sacramento) se les da a los santos. Ni es agua lo que nos da esa fuente, sino su sangre viva, que con ser simbolo de muerte, es causa de vida. Mas tû, dejando la fuente de esta sangre y el câliz sacratisimo, corres a la fuente diabolica para ver nadar a una perdida y hacer naufragar tu aima. Aquella agua es piélagos de lujuria, que no sumerge los cuerpos, sino hace naufragar las aimas. Ella va nadando desnuda, y tû, viéndola, te hundes en el abismo de la lascivia...»

22"

d) Vida santa

«—Bien, dices, y «¿qué nos mandas hacer? ^Imos a los montes y hacemos solitarios? —¡Eso es lo que me hace gémir, que penséis

que sôlo a los solitarios les conviene el recato y la castidad, con ser así que Cristo puso estas leyes para todos! Porque cuando dice: *Si alguno mira a una mujer para desearla*, no se lo dice al solitario, sino al casado, pues el monte, en tal ocasiôn, estaba Ueno de hombres casados... No mandô habitar las soledades y los montes, sino ser bueno, modesto y casto, viviendo en medio de la ciudad... De suerte, dice, que no os mando subir a las cumbres de las montañas, por mas que bien lo quisiera, pues las ciudades imitan los vicios de Sodoma, mas con todo no os fuerzo a ello. Quédate con la posesiôn de tu casa, tus hijos y tu mujer, pero no afrentes a tu mujer, ni expongas al oprobio a tus hijos, ni metas en casa la peste de los espectáculos. ¡No oyes a San Pablo que dice: *El varôn no tiene potestad sobre su propio cuerpo, sino la mujer* (1 Cor. 7,4), y establece leyes comunes a las dos partes? Pero tu, si la mujer va con frecuencia a la iglesia, te conviertes en pesado acusador, jy tù, que te pasas los dias en los espectáculos, no te crees reprehensible! De la castidad de tu esposa eres tan solícito, que llegas a ser superfluo y extremado, hasta para no permitirle las salidas necesarias, jy a ti te crees que todo es lícito! Pero no te lo permite San Pablo, que también a la mujer da la misma potestad, porque *el varôn*, dice, *pague a su mujer el honor que le debe* (1 Cor. 7,3). Y ¡a qué se reduce ese honor, si en lo más principal la ultrajas, y entregas a las mujeres perdidas tu cuerpo, ya que tu cuerpo es también suyo..., si haces en la calle tales cosas, que al contarlas en casa avergüenzas a la mujer que te escucha, y sonrojas a la hija présente, y antes que a ellas a ti mismo? Pero, en fin, por ahora, para no ser más pesado, terminaré el discurso. Si perseveráis en lo mismo, afilaré más el acero, os abriré otra más profunda herida y no desistiré hasta que, disipado el teatro dei diablo, purifique el concurso de la iglesia. De esta manera nos libraremos del oprobio présente, y lograremos el fruto de la vida venidera, por gracia y benignidad de Nuestro Señor Jesucristo a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén»

[I. SAN AGUSTIN

En la fiesta de la Epifania

De los sets sermones que tiene San Agustin sobre la Epifania, trasladamos los cuatro primeros, pues los dos ultimos son mera repeticôn de los anteriores (PL 38,1026-1035).

4) *Sermon primero*

a) La luz de los pastores y la estrella de los Magos

«Hemos celebrado recientemente el dia en que el Señor nació del pueblo judío; hoy celébrâmes aquel otro en que fué adorado por los gentiles, porque *la salvaciôn viene de los judios* (Io. 4,22),

pero esta *salvaciôn se extiende hasta los fines de la tierra* (Is. 49,6); en aquel día le adoraron los pastores y hoy los Magos. A aquéllos se lo anunciaron los àngeles y a éstos una estrella. Los dos aprendieron del cielo, al ver al Rey del cielo en la tierra, qué era la gloria de Dios en las alturas y en la tierra la paz para los hombres de buena voluntad, porque *El es nuestra paz que hizo de los dos pueblos uno* (Eph. 2,14). Ese niûo nacido y anunciado apareciô como la piedra angular desde los primeros momentos de su nacimiento.

Ya ha comenzado a unir en si mismo las dos opuestas paredes, atrayendo a los pastores de Judea y a los Magos del Oriente, *para hacer en si mismo de los dos un solo hombre nuevo y dando la paz, paz a los de lejos y paz a los de cerca* (Eph. 2,15-17). Por eso, llegando los unos desde cerca el mismo día del nacimiento y viniendo hoy los otros desde lejos, nos dejaron a la posteridad dos días festivos, y, sin embargo, no vieron ambos sino una sola, ùnica luz dei mundo» (*Serm.* 199,1 : PL 38,1026).

229

b) La pregunta de los Magos

«Hoy nos corresponde hablar solo de éstos, a los que la fe trajo a Cristo desde remotas tierras. Llegaron y comenzaron a preguntar: *¿Dônde esta el que ha nacido Rey de los judios? Porque hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a adorarle* (Mt. 2,2). Anuncian y preguntan, creen y buscan, significando a todos los que caminan en la fe y desean la vision.

Pero ¿es que acaso no habian nacido ya en Judea muchos reyes de los judios? ¿Qué es, pues, lo que estos extranjeros conocen en el cielo y buscan en la tierra, que brilla en lo alto y se esconde en la humildad? Ven los Magos una estrella en el Oriente y entienden que ha nacido un Rey en Judea. ¡Quién es este Rey tan pequeno y tan grande que todavia no habla en la tierra y ya fulmina sus edictos en el cielo?

Por nosotros, y porque quiso que aprendiésemos en sus Escrituras santas, ha hecho que esos Magos a quienes habia dado una señal tan clara en el cielo y a cuyos corazones habia revelado su nacimiento en Judea tuvieran, sin embargo, que recurrir a sus profetas, a los principes de los judios y preguntar en qué ciudad habia nacido Aquel a quien deseaban ver y adorar, para que los judios, que llevaban la Sagrada Escritura en los labios y no en el corazôn, se viesan forzados a dar razón de la fe a los fieles, a pesar de ser ellos infieles, y siendo mentirosos de suyo, tuviesen que decir la verdad contra si mismos».

230

c) La conducta de los Magos y la actitud de los judios

«¡Cuâto mejor hubiera sido que acompanasen a los que preguntaban por Cristo apenas oyeron que deseaban adorarle por haber visto una estrella! ¡Cuanto mejor que, conduciéndoles a

ese Belén que ellos mismos indicaron según los libros divinos, le hubieran visto juntos, le hubieran conocido juntos y juntos le hubieran adorado! Sin embargo, enseñaron a otros la fuente de la vida y ellos murieron de sed. Se parecen a las piedras miliarias que muestran el camino a los viandantes y ellas se quedan inmóviles.

Los Magos buscaban para encontrar, Herodes buscaba para matar; los judíos leían la ciudad del nacimiento y no entendían el tiempo de la venida. Y así, entre el piadoso amor de los Magos y el cruel temor de Herodes, ellos fueron unos necios limitándose a señalar a Belén, dispuestos a negar al Cristo que había nacido allí, no ahora que se le buscaba, sino después cuando se le podía ver; dispuestos a matarle, no ahora niño sin había, sino más tarde cuando hablase. ¡Oh! Mil veces más feliz la ignorancia de aquellos niños a los que el miedoso Herodes persiguió que la ciencia de éstos, a quienes consulto cuando se vió perturbado. Los pequeños pudieron padecer por un Cristo a quien no eran capaces de confesar; los judíos, capaces de enseñar, no siguieron la verdad de cuyo nacimiento pudieron conocer la ciudad» (cf. o.c.: 1,1027).

B) Sermón segundo

a) Jesús, adorado por los Magos y temido por los impíos 231

«Vinieron los Magos desde el Oriente para adorar al nacido de una virgen... Ellos fueron las primicias de los gentiles y nosotros el pueblo de las gentes. A nosotros nos lo ha enseñado la palabra de los apóstoles; a ellos, una estrella como palabra de los cielos.

¡Qué gran misterio! Yacía entonces en un pesebre y conducía, sin embargo, a los Magos desde el Oriente. Se escondía en un establo y era conocido en el cielo, y por ser conocido en el cielo se manifiesta en un establo y es llamado este día Epifanía, que en latín quiere decir manifestación, indicando a la vez su excelsitud y su humildad, porque el que se mostraba en el cielo abierto con seriales de estrella había de ser encontrado a fuerza de buscarle en una estrecha posada, y el que no podía valerse con sus miembros infantiles, envueltos entre panales, es adorado por los Magos y temido por los impíos» (cf. *Serm.* 200,1: PL 38,1028).

♦Temió el rey Herodes cuando los Magos anunciaban y buscaban al Niño que supieron nacido por el testimonio del cielo. ¿Qué será ese Juez, sentado en el tribunal, si así espanta a los reyes desde la cuna de un niño? ¡Oh! Y con cuánta más razón los reyes de ahora no le buscan para matarle como Herodes, sino que se complacen como los Magos en adorarle, sobre todo después que sufrió de parte de los enemigos y por los mismos enemigos esa muerte que el malvado rey quería infligirle y de haberla sentado muriendo él mismo. Temen piadosamente los reyes al que está sentado a la diestra del Padre, a ese a quien el rey impío temió cuando todavía

se alimentaba de los pechos de su madre. Oigan lo que esta escrito: *Ahora, pues, joh reyes!, obrad prudentemente, dejaos persuadir, rectores de la tierra. Servid a Dios con temor, servidle con temblor* (Ps. 2,10-11)».

232 b) La ESTRELLA DE LOS MaGOS, TESTIMONIO CONTRA LOS IMPİOS

«Ese Rey vengador de los reyes impios y gobemante de los pıadosos no naciô como los soberanos de este mundo, porque en realidad su reino no es de este siglo. Al nacer, su nobleza consiste en la virginidad de su Madré, y la nobleza de su Madré en la divinidad del Hijo» (cf. o.c.: 2,1029).

«Pero lo que no debemos omitir es que la luz de los Magos se convirtiô en testimonio magnifico de la ceguera de Israel. Los Magos buscaban en tierra judia al que los judios no conocian en la suya. Guiândose de los judios consiguieron encontrar al Nino que ellos después negaron cuando les ensinaba en su mismo pais. Estos peregrinos, venidos de tan lejos, adoraron a Cristo Nino, que todavia no hablaba, en los mismos territorios en los que sus ciudadanos le crucificaron cuando de joven obraba milagros. Los unos conocieron a Dios en un cuerpo nino; los otros no fueron capaces de perdonar ni siquiera a un hombre en sus grandes obras, como si fuese mâs ver una estrella nueva que brillaba en su nacimiento que contemplar al sol que lloraba en su muerte».

La estrella que pudo guiarlos hasta Belén se ocultô en Jerusalem, forzândoles a preguntar a los judios, los cuales, de esta forma, han venido a darnos testimonio de Cristo. «Porque cuando présentâmes las viejas profecias sobre Cristo, comprobadas abiertamente por los sucesos, pudiera ocurrir que los paganos a quienes queremos conquistar nos opusieran que han sido escritas, no antes, sino después de los hechos, para que asi lo que es historia pasase por profecia escrita por nosotros» (cf. o.c.: 3,1029).

c) La vocaciôn del cristiano

«Asi, pues, carisimos hijos y herederos de la gracia, ved cuâl sea vuestra vocaciôn y unios con amor perseverantisimo a ese Cristo que se ha manifestado como piedra angular a los judios y a los gentiles. Desde los primeros dias de su infancia se manifesto a los que estaban cerca y a los que estaban lejos; a los que estaban cerca en los pastores hebreos, y a los que estaban lejos en los Magos gentiles. A los unos el mismo dia que naciô, a los otros hoy. Manifestôse, pues, a los que no eran doctos y a los que no eran justos, porque entre los pastores descuella su ignorancia y rusticidad, y en los Magos su impiedad sacrilega. Para unos y otros se mostrô como piedra angular el que habia venido para elegir los necios del mundo y confundir asi a los sabios (i Cor. 1,27); el que habia venido, no a llamar a los justos, sino a los pecadores (Mt. 9,13), para

que ningùn grande se ensoberbezca ni ningùn pequefto desespere. Esta es la razôn por la que los escribas y fariseos, que se juzgaban grandemente doctos y grandemente justos, que pudieron recitar las palabras proféticas y mostrar con ellas la ciudad del nacimiento lo rechazaran, sin embargo, al construir el edificio. Mas como era la piedra angular, cumpliô padeciendo lo que mostrô al nacer» (cf. o.c.: 4,1030).

C) Sermón tercero

a) La obediencia de los Magos y el escepticismo de Pilato

Descrita la historia de la llegada a Jerusalén de los Magos (*Serm. 201,1*: PL 38,1031), continúa el Santo diciendo: «También Pilato percibiô algùn soplo de la verdad cuando escribiô en su pasiôn aquel título de Rey de los judios, al que éstos, mentirosos, quisieron enmendar y a quienes hubo de contestar: *Lo que escribi, esta escrito* (Io. 19,22).

Meditemos estos grandes y admirables misterios. Los Magos vienen de la gentilidad, y Pilato también era gentil. Aquéllos vieron la estrella en el cielo y éste escribiô su título en un madero, pero ni los unos le llamaron ni el otro le conociô como Rey de los gentiles, sino de los judios. Y el caso es que los judios ni siguieron la estrella ni admitieron el título. Ya comenzaba a ocurrir lo que después dira el Señor: que *muchos han de venir del Oriente y dei Occidente a sentarse con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mientras que los hijos del reino iràn a las tinieblas exteriores* (Mt. 8, 11-12). Porque los Magos vinieron de Oriente y Pilato de Occidente... para sentarse en el reino de los cielos con Abraham, Isaac y Jacob, de quienes eran descendientes los judios y a quienes se injertaban por la fe aquéllos gentiles que no habian nacido de ellos segùn la carne, mostrándose ya como el acebuche que se injerta en el olivo, segùn hablaba el Apôstol (Rom. 11,24).

Por eso los gentiles buscaban y conocian al Rey de los judios, no de los gentiles, porque es el acebuche el que viene al olivo y no viceversa. Sin embargo, las ramas que habian de talar, esto es, los judios infieles, contestaron a la pregunta de los Magos sobre el lugar del nacimiento de Cristo, diciéndoles que en Belén de Judâ, y se levantaban pertinacisimos contra Pilato cuando les echaba en cara que quisieran crucificar a su Rey» (cf. o.c.: 2,1031)

b) La manifestaciôn de Cristo en este día

«Pero sobre el testimonio que diô Pilato con su inscripciôn, en la que se leia que Cristo era Rey de los judios, hablaremos en otra oportunidad, a saber, en el tiempo de la Pasiôn. Ahora hemos de predicar sobre la manifestaciôn de Cristo en este día..., porque

también es agradable considérer como los judios contestaron a la pregunta de los Magos sobre el lugar del nacimiento de Cristo diciéndoles que en Belén de Judâ, y, sin embargo, no fueron ellos, sino que cuando se hubieron marchado volviô la estrella a guiar a los Magos hacia el lugar en donde estaba el Nino, haciéndonos ver con esto que también hubiera podido mostrarles el pueblo, pero que quiso ocultarse un tanto para que preguntasen a los judios.

En efecto, éstos fueron interrogados para enseôarnos que ellos conservan el testimonio divino, no para su salud y conocimiento, sino en beneficio de los gentiles. Por esa misma razon ese pueblo ha sido expulsado de su reino y disperso por el mundo entero, pare que se vean obligados a ser en todas partes los testigos de la fe, de la que son enemigos. Perdidos su templo, los sacrificios, los sacerdotes, su misma tierra, guardan su raza y su nombre en unas pocas y antiguas ceremonias, para que de este modo no desaparezean mezclados con las gentes y se pierda el testimonio de la verdad. Son como Cain cuando fué sefialado para que ninguno le matase» (cf. o.c.3,: 1032).

D) La imitaciôn de los Magos

Con el número 139 figura en Migne, entre los dudosos, un sermôn que en ocasiones ha sido atribuido a San Ámbrosio con el número 12 y otras veces a San Cesâreo de Arles, como homilia 16.

a) Imitemos a los Magos

«Imitad a cstos Magos y venid siempre a la iglesia con el mismo deseo y afân que ellos vinieron de tierras lejanas a adorar a Cristo.

Ofrecieron dones preciosos, ofrecedle vosotros vuestra alma. Vuestros dones serân razonables si le ofrecéis la fe, esperanza, caridad. penitencia, humildad y castidad, esto es, si os ofrecéis vosotros mismos, porque Dios estima mâs este don que el de vuestras riquezas. Muchos son los que dan limosnas, y, sin embargo, no dejan de pecar: ofrecen sus dones a Dios y a si mismos se ofrecen al demonio. Dios no quiere entrar a la parte con el diablo (2 Cor. 6,15). Por lo tanto, alejad de vosotros, con la ayuda de Dios, lo mismo el robo que la lujuria, el odio que la soberbia y cualquier cosa que fuere mala, para que vuestro Creador os posea por entero.

Meditad por qué Herodes buscô a Cristo y no lo encuentre, a saber, porque le buscô mal. También vosotros buscaréis a Cristo si obrâis el bien por la alabanza humana. Cuidad no sea que buscando cosas semejantes no le encontréis a El y os perdais a vosotros.

Los Magos cuando se acercaron a Herodes perdieron la estrella; también vosotros si os acercaseis al diablo pecando deia-

riais de gozar la luz espiritual, a no ser que abandonéis el mal de nuevo por medio de la confesiôn y la penitencia. No vayâis a Herodes, porque es mejor precaver el pecado que enmendarlo; pero si, aconsejados por el diablo, hubieseis pecado, cuando os separéis de él con la ayuda de Dios por la penitencia volveréis a recibir la gracia perdida, del mismo modo que los Magos, una vez que se hubieron separado de Herodes, merecieron ver la estrella que habian perdido».

b) LOS OBSEQUIOS DE LOS M^aGOS

«Se dice que los Magos eran très y très eran sus dones, oro, incienso y mirra, porque reconocieron al verdadero Dios, Rey y hombre en carne mortal. También vosotros, hermanos, ofrecedle el oro de la sabiduria celestial, el incienso de la oraciôn limpia y la mirra de la perfecta mortificaciôn.

Se volvieron a su tierra... Esta vida es una peregrinaciôn, y el paraíso vuestra patria. Y ya que es necedad inmensa preferir el destierro a la patria, despreciad vosotros esta vida incierta y miserable para que podâis llegar a la felicidad certisima de la patria celestial. Para eso vino el Hijo de Dios del cielo a la tierra, para que vosotros, siguiendo su ejemplo, podâis subir de la tierra al cielo. Concédaloslo Aquel cuyo reino e imperio permanece sin fin por los siglos de los siglos».

III. SAN GREGORIO MAGNO

La estrella y la ofrenda

(Cf. *Homil.* 10 *in Evang.*: PL 76,1108 ss.)

A) La estrella

«Habéis oído, hermanos carisimos, en la lectura del Evangelio de este día, que, habiendo nacido el Rey del cielo se turbo el rey de la tierra, porque la grandeza de este mundo se anonada en el momento en que aparece la majestad del cielo. Mas se nos ocurre preguntar: ¡Qué razones hubo para que, inmediatamente que nació nuestro Redentor, fuera anunciado por los ângeles a los pastores de Judea y, en cambio, a los magos de Oriente les llamara una estrella y no un ângel para que fuesen a adorarle? Porque a los judios, como a criaturas que usaban de su razôn, debia anunciarles esta nueva un ser racional, esto es, un ângel; los gentiles, por el contrario, que no sabian hacer uso de su razôn, habian de ser guiados al conocimiento de Dios, no por medio de palabras, sino

de senales. De aquil que dijera San Pablo: Los *profecias fueron dadas a los fieles, no a los infieles; las senales* (milagros), *a los infieles, no a los fieles* (1 Cor. 14,22); porque a aquéllos se les han dado las profecias como fieles, no a los infieles, y a estos se les han dado las senales como infieles, no a los fieles...

Debemos considerat en todos estos milagros que siguieron al nacimiento y a la muerte del Senor cuânta debiô ser la dureza de corazôn de algunos judios que no llegaron a conocerle ni por el don de profecia ni por los milagros. Todos los elementos han dado testimonio de que ha venido su Autor. Porque en cierto modo los cielos le reconocieron como Dios, pues inmediatamente que nació lo manifestaron por medio de una estrella. El mar le reconociô sosteniéndole en sus olas, y la tierra y el sol al ocurrir su muerte, estremeciéndose aquélla y ocultando éste el resplandor de sus rayos; le conocieron los peüascos y los muros rompiéndose cuando se rompía su vida, y el infierno restituyendo los muertos que conservaba en su poder. Y Aquel cuya divinidad proclamaban todos los elementos insensibles, no es reconocido por los corazones de los judios infieles, que, mâs duros que los mismos peôascos, no quieren romperse por la penitencia y rehusan confesar al que los elementos, con sus senales, declaran como Dios».

B) La ofrenda

◆Inmediatamente que supo Herodes el nacimiento de nuestro Rey recurre a la astucia con el fin de no ser privado de su reino terreno... Mas ;qué vale la malicia de los hombres contra los designios de Dios? Escrito estâ: No *hay sabiduria, ni prudencia, ni consejo contra el Senor* (Prov. 21,30). Asi la estrella que apareciera, guia a los Magos, hallan al Rey recién nacido, ofrécenle sus dones y son avisados en sueôs para que no vuelvan a Herodes, por lo cual éste no pudo encontrar a Jesûs, a quien buscaba. êQuiénes estân representados en la persona de Herodes sino los hipôcritas, aquellos que pareciendo buscar al Senor con sus obras nunca merecen hallarle?

Los Magos ofrecen oro, incienso y mirra; el oro conviene al rey; el incienso se usaba en los sacrificios ofrecidos a Dios; con la mirra eran embalsamados los cuerpos de los difuntos. Por consiguiente, con sus ofrendas misticas predicen los Magos, al que adoran con el oro, como rey; con el incienso, como Dios; con la mirra, como hombre mortal... Ofrezcamos nosotros oro al Senor recién nacido, confesando que reina en todas partes; ofrezcâmosle incienso, creyendo que Aquel que se dignô aparecer en el tiempo era Dios antes de todos los siglos; ofrezcâmosle mirra, afirmando que si es impasible en su divinidad, también fué mortal por haber tornado nuestra carne.

El oro, incienso y mirra pueden tener también otro significado.

Con el oro se designa la sabiduría, según Salomón, el cual dice: *Un tesoro codiciable descansa en la boca del sabio* (Prov. 21,20). Con el incienso que se quema en honor de Dios se expresa la virtud de la oración, según el Salmista: *Dirijase mi oración a tu presencia a la manera que el incienso* (Ps. 140,2). Por la mirra se representa la mortificación de nuestra carne; de aquí que la santa Iglesia diga de los operarios que trabajan por Dios hasta la muerte: *Mis manos destilaron mirra* (Cant. 5,5). Por consiguiente, ofrecemos oro a nuestro Rey recién nacido si resplandecemos en su presencia con la claridad de la sabiduría celestial. Le ofrecemos incienso si consumimos los pensamientos carnales por medio de la oración en el ara de nuestro corazón, haciendo llegar hasta El el suave aroma que exhalan los deseos celestiales. Le ofrecemos mirra si mortificamos los vicios de la carne con ayuda de la abstinencia. La mirra, como hemos dicho, es un preservativo contra la putrefacción de la carne muerta. Esta putrefacción significa la sumisión de nuestro cuerpo mortal al ardor de la impureza, como dice el Profeta de algunos: *Pudriéronse los jumentos en su estiércol* (Isaías 1,17). El entrar en putrefacción los jumentos en su estiércol significa terminar los hombres su vida en el hedor de la lujuria. Por consiguiente, ofrecemos la mirra a Dios cuando preservamos nuestro cuerpo mortal de la podredumbre de la impureza por medio de la continencia».

C) La vuelta

«Al volver los Magos a su país por otro camino distinto del que trajeron nos manifiestan una cosa que es de suma importancia. Poniendo por obra la advertencia que recibieron en sueños nos indican qué es lo que nosotros debemos hacer. Nuestra patria es el paraíso, al que no podemos llegar, una vez conocido Jesús, por el mismo camino que recorrimos para venir. Nos hemos separado de nuestra patria por la soberbia, por la desobediencia, siguiendo el senuelo de las cosas terrenas y gustando el manjar prohibido; es necesario que volvamos a ella, llorando, obedeciendo, despreciando las cosas terrenas y refrenando los apetitos de nuestra carne. Por consiguiente, retornemos a nuestra patria por un camino muy distinto, porque si las delicias de la carne nos han separado de los goces del paraíso, hemos de volver a ellos por medio de nuestros lamentos.

De aquí que sea necesario, hermanos carísimos, que con mucho 242 temor y temblor tengamos siempre presente, por una parte, las culpas de nuestras obras, y por otra, el riguroso juicio a que se nos ha de someter. Pensemos en la severidad con que ha de venir el justo juez, oculto ahora a nuestra vista, a tomarnos estrechísima cuenta, ese juez que amenaza con graves castigos a los pecadores y, no obstante, todavía los espera y está dilatando su segunda venida para encontrar menos a quienes condenar. Castiguemos con

el llanto nuestras culpas y prevengamos su presencia por medio de la confesiôn, poniendo por obra lo que dice el Salmista (Ps. 94,2). No nos dejemos enganar por fugaces placeres, ni tampoco nos dejemos seducir por vanas alegrías. No tardaremos en ver al juez que dijoz *¡Ay de vosotros los que ahora rets, porque gemiréis y lloraréis!* (Le. 6,25). Por eso exclamaba Salomon: *La risa sera mezclada con el dolor, y el fin de los goces sera ocupado por el llanto* (Prov. 14,13). Y en otro lugar: *He considerado la risa como un error, y he dicho al gozo: ipor qué engaàas en vano?* (Eccles. 2,2). Y en otra parte vuelve a decir: *El corazôn de los sabios esta donde hay tristeza, y el corazôn de los necios donde reina la alegria* (ibid., 75). Temamos mucho los preceptos de Dios si queremos celebrar su fiesta con sinceridad, porque es un sacrificio muy grato a sus ojos la aflicciôn por los pecados, como dice el Salmista: *Es un sacrificio a Dios el espiritu atribulado* (Ps. 50,19).

Nuestros pecados antiguos quedaron borrados al recibir el bautismo, pero como después hemos cometido muchísimos más, bauticemos nuestra conciencia con lágrimas, ya que la hemos manchado nuevamente y no podemos lavarnos otra vez con aquel agua. Así, marchando por distinto camino del que anduvimos cuando nos atraían los bienes terrenales, volvamos a nuestra patria llenos de amargura por los males obrados y confiando en el auxilio de Nuestro Señor Jesucristo», etc.

•†-M. Λ

SAN LEON MAGNO

Fe de los Magos y malicia de Herodes

A) *Epifania del Serior*

Cristo, apenas nacido, anuncia a todos su nacimiento. En vano Herodes maquina contra Cristo. Los Magos declaran con dones su fe. Maliciosamente Herodes ordena la muerte de los Inocentes. Virtudes que hemos de imitar en Cristo. Léese en el Breviario, en la feria IV infraoctava (cf. *Serm.* 31, 1.º de Epifania, en ediciones Aspás, S. A., trad, de don Casimiro Sanchez Aliseda, p.57).

«Habiendo celebrado poco ha el día en que la Virgen Inmaculada did al mundo el Salvador del género humano, la festividad de la Epifania, tan digna de veneracion, nos da ocasiôn de seguir gozando, para que, juntándose los misterios de estas solemnidades santísimas, no se entibie ni el vigor de nuestra alegria ni el fervor de la fe. Convenia a la salvaciôn de la humanidad que la infancia del mediador entre Dios y los hombres se manifestase al mundo entero cuando aún se hallaba encerrada en una pequeña aldea. Aun-

que habia elegido al pueblo de Israel y una familia determinada para de ella tomar la humana naturaleza, no quiso, sin embargo, que las primicias de su nacimiento estuviesen ocultas en las angosturas de la aldea en que habia nacido, sino que, como nacido para todos, a todos quiso comunicar la noticia de su nacimiento. Así, una estrella de resplandor desusado se apareció a los tres Magos en la region de Oriente, la cual, distinguiéndose por su hermosura de las otras, fácilmente arrastró tras si los ojos y auras de los que la miraban, para mostrar que no podia carecer de significación una cosa tan maravillosa. El mismo que dió tal señal iluminó la inteligencia de los que la contemplaban y animó a su búsqueda y se ofreció finalmente a ser hallado.

Tres hombres se animan a seguir la trayectoria de esta estrella sobrenatural. Fija la mirada en el astro que les precede y siguiendo la ruta que les indica, son conducidos al conocimiento de la verdad por el resplandor de la gracia. Ellos pensaron conforme al sentido humano que debian buscar al Rey recién nacido en una ciudad real. Mas el que habia tornado la forma de siervo y no habia venido a juzgar, sino a ser juzgado, eligió a Belén para su nacimiento y a Jerusalén para su pasión.»

b) El temor de Herodes

«Al oír Herodes que habia nacido el Rey de los judios, sospechando fuera su sucesor, se estremece, y, mientras maquina la muerte del autor de la vida, promete un falso homenaje. ¡Cuanto más feliz hubiera sido de haber imitado la fe de los Magos, dirigiendo hacia la religion lo que tramaba con engaños! ¡Oh ciega maldad de la necia envidia, que te figuras podrás trastornar con tu vesania los planes divinos! El Señor del mundo no quiere los reinos terrenos cuando ofrece los eternos. ¿Por qué te empenas en trastocar el orden inmutable de las cosas, cometiendo tú el crimen que otros realizarán? La muerte de Cristo no corresponde a tu época. Primero hay que fundar el Evangelio, primero hay que predicar el reino de Dios, primero hay que realizar las curaciones y ejecutar los milagros. ¿Por que lo que será obra ajena te empenas tú en convertirlo en crimen propio? Nada consignes con tales maquinaciones; nada adelantas. Quien nació por su propia voluntad, morirá cuando le plazca.»

c) La adoración de los Magos

♦Cumplan plenamente los Magos su deseo y guiándoles la misma estrella lleguen hasta el Niño y Señor Jesucristo. Adoran en carne mortal al Verbo de Dios, en la infancia la sabiduría, en la debilidad la fortaleza y en la realidad de hombre al Señor de la Majestad, y, para manifestar los secretos de su fe y convicción, lo que creen de corazón lo demuestran con ofrendas. El incienso.

como a Dios; la mirra, como a hombre, y el oro se lo ofrecen como a rey, para así venerar sabiamente la unión de la humana y divina naturaleza, pues lo que era peculiar de cada substancia no era diverso por su poder...

Levantad, pues, dilectísimos, vuestros santos afectos a la gracia resplandeciente del hombre celestial, y venerando los misterios realizados para la salvación humana, someted vuestros deseos a tan altas realidades. Amad la pureza de la castidad, pues Cristo es flor de la virginidad. *Absteneos de los deseos carnales, que luchan contra el espíritu* (1 Petr. 2,11), conforme acaba de exhortarnos el santo Apostol con las palabras que acabamos de leer. *Sed niños en la malicia* (1 Cor. 14,20), porque el Señor de la gloria se acomodó a la infancia de los mortales. Tratad de alcanzar la humildad, que el Hijo de Dios se dignó enseñar a sus discípulos: Revestios de la virtud de la paciencia, con la cual podáis comprar vuestras aimas, puesto que quien sirvió de redención a todos, es también fortaleza de todos. *Gustad las cosas de arriba y no las de esta tierra* (Col. 3,2). Caminad constantemente por la vía de la verdad y de la vida, y no os entorpezcan los bienes terrenos cuando tenéis preparados los celestiales; por nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén».

B) Nuestro llamamiento

Suprimimos un párrafo sobre la dureza judía por figurar sus ideas en San Agustín (cf. *Serm.* 32, 2.º de Epif.» en o.c., p.61 ss.).

a) Gloria de Dios y voz de la verdad

«*Regocijaos en el Señor, carísimos, de nuevo os lo digo, regocijaos* (Phil. 4,4), porque en tan breve espacio de tiempo, después de la solemnidad del nacimiento de Cristo, ha brillado la fiesta de su declaración, y al que en aquel día parió una virgen, hoy el mundo le ha reconocido. El Verbo hecho carne, de tal manera dispuso los principios de su aparición entre nosotros, que naciendo Jesús, al momento se manifestó a los creyentes y se ocultó a sus perseguidores. Por lo mismo, ya desde entonces los cielos publicaron la gloria de Dios, y por toda la tierra se extendió la voz de su verdad, cuando por una parte el ejército de los ángeles se aparecía a los pastores, anunciándoles el nacimiento del Salvador, y por otra, una estrella precedía a los Magos para que le adorasen. De este modo, desde el levante al ocaso, brilló el nacimiento del verdadero Rey cuando los mismos reinos del Oriente supieron por medio de los Magos la verdad de tales cosas y no quedó oculto al Imperio romano. Hasta la crueldad de Herodes, pretendiendo ahogar en su nacimiento al Rey que le infundía sospechas, contribuía, sin darse él cuenta, a esta manifestación, para que, mientras estaba ocupado en crimen tan atroz y perseguía deshacerse de aquel Niño con la matanza

general de los Inocentes, la fama más ilustre publicaba el nacimiento del Rey por medio de una estrella, contribuyendo a la pronta y rápida difusión, tanto la prodigiosa e inusitada señal del cielo como la cruel impiedad del perseguidor. Entonces es cuando fué llevado el Salvador a Egipto, con objeto de que aquellos pueblos entregados a los antiguos errores recibieran, mediante oculta gracia, el llamamiento de la salvación, y los que aún no habían arrojado de sus inteligencias la idolatría tuviesen al menos la dicha de hospedar entre ellos la Verdad.»

b) Grandeza de esta fiesta

«Con razón, amados hermanos, este día consagrado con la Epifanía del Señor alcanzó en todo el mundo peculiar dignidad, que en nuestros corazones debe brillar con resplandor adecuado, para que veneremos el orden de los acontecimientos, no solo creyendo, sino también entendiendo. Cuántas gracias debemos dar al Señor por su manifestación a los gentiles, lo prueba la obcecación de los judíos. ¿Se puede concebir mayor ceguera y mayor odio a la luz que el manifestado por los sacerdotes y los escribas de los israelitas?... No quisieron reconocer con sus ojos al que habían señalado, según los sagrados libros, para que, a quien no adoraban humilde en la debilidad de la infancia, después le crucificasen resplandeciente por la sublimidad de sus milagros...»

c) Los Magos, primicias de nuestra fe

«Reconozcamos, pues, job carísimos, en los Magos adoradores de Cristo las primicias de nuestra fe y vocación, y con ánimo exultante celebremos los acontecimientos de nuestra esperanza. Desde aquel momento empezamos a penetrar en la herencia eterna; desde entonces se nos abrieron los secretos de las Escrituras que nos habían de Cristo, y la verdad, que no quiso recibir la obcecación de los judíos, desparramó por todas las naciones su luz. Sea honrado por nosotros el día sacratísimo en que apareció el autor de nuestra salvación, y al que los Magos veneraron como Niño en una cuna, nosotros adorémosle como omnipotente en los cielos. Y como ellos ofrecieron al Señor de sus tesoros místicas especies de dones, así nosotros presentemos ofrendas dignas de Dios, sacadas de nuestros corazones. Aunque El es el dador de todos los bienes, con todo, busca también el fruto de nuestra buena voluntad; puesto que el reino de los cielos no llega para los que duermen, sino para los que se encuentran vigilando y trabajando en los mandatos divinos, tanto que si nosotros mismos no inutilizamos los dones divinos, por medio de aquellas mismas cosas que nos da, mereceremos recibir lo que prometió. Por lo tanto, exhortarnos a vuestra caridad, que absteniéndonos de toda obra mala, las cosas que son justas y castas, esas persigáis. Los hijos de la luz deben arrojar las obras de las tinieblas.

Así, pues, dejad los odios, aborreced las mentiras, destruid la soberbia, con la humildad, amad la liberalidad; es justo que los miembros estén de acuerdo con su cabeza, para que merezcamos ser participantes de la felicidad prometida, por medio de nuestro Señor Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén*.

C) Humanidad y divinidad

Cf. *Semi.* 34. 4.º de Epif., o.c., p.66 ss. Leese en el Breviario el día sêptimo de la octava. Se dirige contra los maniqueos que negaban la humanidad de Cristo. Seleccionamos solo dos párrafos tradicionales en la predicación y en la teología.

a) La perfecta sabiduría

◆Conducidos, nnalmente, los Magos a Belén gracias a la estrella que les precedía, como dice el evangelista, *se alegraron grandemente con alegría bien cumplida, y entrando en la casa, hallaron al Nino con Maria su Madré, y postrados en tierra le adoraron, y abriendo sus tesoros le ofrecieron oro, incienso y mirra* (Mt. 2,12). ¡Oh admirable fe de la perfecta sabiduría, instruida no por medio de la humana ciencia, sino por el Espíritu Santo! ;De donde dedujeron estos varones que debían ofrecerle presentes, si cuando salieron de su patria todavía no habían visto a Jesús, ni habían encontrado nada a su vista que venerar razonablemente, sino que la esplendorosa irradiación de la verdad les iluminaba los corazones, mejor que la belleza de la estrella, vista por sus ojos, y así antes de ponerse en camino comprendieron que les anunciaba a aquel a quien se debe honor de rey, representado en el oro, veneración de Dios, significada en el incienso, y de quien debemos creer que es mortal, conforme indica la mirra? Y estas cosas, que pertenecen a la luz de la fe, pudieron ellos muy bien entenderlas y creerlas hasta el punto de no necesitar ver con los ojos corporales lo que habían visto plenamente con los ojos del alma. Pero su diligente perseverancia en no cejar hasta encontrar al Nino aprovechaba a los hombres de tiempos futuros y a los de nuestra época, para que así como nos fué muy provechoso que después de la resurrección del Señor las manos del apóstol Santo Tomâs palpasen las Hagas de Cristo en su misma carne, también lo ha sido ahora que su infancia fuera atestiguada por los Magos. Vinieron, pues, y adoraron los Magos a un nino de la tribu de Judâ, *de la familia de David, según la carne, nacido de mujer y sujeto a la ley* (Rom. 1,3), la cual no había venido a derogar, sino a cumplir. Vieron y adoraron a un nino, pequeño exteriormente y en todo semejante a los demás hombres en sus primeros años. Porque del mismo modo que eran fidedignos los testimonios que nos declaraban que en Él había majestad de la divinidad invisible, también debía ser verdadero el que el Verbo se hizo carne y que la esencia sempiterna del Hijo de Dios había tornado realmente la

naturaleza humana, para que ni los inefables portentos y milagros que habrian de seguir, ni los sufrimientos y suplicios que deberia padecer, perturbasen el misterio de nuestra fe, a causa de tanta diversidad de cosas, maxime teniendo en cuenta que nadie puede justificarse plenamente, sino el que confiesa que el Senor Jesucristo es verdadero Dios y verdadero Hombre...»

b) La ENCARNACION, NUESTRA DEL PODER DE DIOS

250

«Quieren demostrar que es cosa indigna la creencia de que un Dios e Hijo de Dios pueda encerrarse en las entrañas de una mujer y que la majestad de Dios haya pasado por la humillación de que, mezclado con la naturaleza carnal, naciera realmente con un cuerpo de hombre, siendo así que todo esto no es para El (para Dios) una afrenta, sino una muestra de su poder, y no se debe creer que fuera para El una deshonra, sino gloriosa condescendencia. Si aun esta misma luz visible no se corrompe por causa de las inmundicias que alumbra, ni contamina el esplendor de los rayos del sol, que todos bien sabemos se trata de corporal criatura, los lugares sucios y cenagosos que ilumina, ¿qué pudo, pues, ensuciar a la esencia aquella de luz sempiterna e incorporea? La cual, uniéndose a la misma criatura que habia formado a su imagen, la purifico y no recibió de ella mancha y euro las llagas de su enfermedad de modo que ella no sufriese merma en su virtud. Este es el gran misterio de la divina misericordia que nos ha sido anunciado por todos los testimonios de las santas Escrituras».

D) La infancia espiritual

El ejemplo de la infancia de Cristo es norma para la vida del cristiano (cf. *Serin.* 37, 7.º de Epif., en oie., p.76 ss.). Léese en el Breviario el día de Santa Teresita del Niño Jesús, elección muy oportuna, por haber sido la Santa la propugnadora del camino de la infancia espiritual.

a) El ejemplo del Salvador

«El recuerdo de los hechos del Salvador del género humano nos produce, oh dilectísimos!, gran utilidad, si nos proponemos imitar lo que creemos. En la ordenación de los misterios de Cristo las virtudes son gracias e incitamientos las enseñanzas, para que imitemos también con el ejemplo de las obras al que confesamos con espíritu de fe... Un niño de cuerpo pequeño es el Señor y Rector del mundo, y el que se recoge en el regazo de una virgen no puede ser encerrado dentro de límites. Mas aquí precisamente está la curación de nuestras heridas y la manera de levantarnos de nuestra postración; porque de no haberse juntado en uno solo tanta diversidad, no podría haberse reconciliado con Dios la humana naturaleza.

Nuestro remedio esta en seguir la ley de la vida, que si es norma de las costumbres, es también medicina para los muertos. Y no sin razón cuando los tres Magos fueron guiados a adorar al Nino por la claridad de una estrella, no le vieron imperando a los demonios, ni resucitando a los muertos, ni dando vista a los ciegos o facultad de andar a los cojos y habla a los mudos u obrando cualquiera otra acción divina, sino que le encontraron nino calladito y sin moverse, atendido a la solicitud de su madre, en todo lo cual no se manifestaba ninguna señal divina, sino que ofrecia un magnifico milagro de humildad... Toda la victoria del Salvador con que venció al diablo y al mundo la empezó con la humildad y con ella la remató...»

252

b) La humildad, vencedora de la muerte

«Si, pues, la omnipotencia de Dios hizo que nuestra causa, que estaba perdida, se salvase en gracia de su humildad, y por ello destruyó a la muerte y al autor de la muerte, pues no rehusó nada de cuanto sus perseguidores echaron encima, antes hecho obediente al Padre aguantó con dulzura y paciencia los tormentos de sus verdugos, ^cuanto no conviene que seamos nosotros humildes y sufridores, porque si nos viene algún trabajo, sabemos que no lo sufrimos sin mérito? *¿Quién se gloriará de tener un corazón limpio o de estar libre de pecado?* (Prov. 20,9). Y dice a su vez San Juan: *Si dijéramos que no tenemos pecados, nosotros mismos nos engañamos y no está con nosotros la verdad* (1 Jo. 1,8). ^Luego quién podrá considerarse tan ajeno al pecado que no tenga algo la justicia que reprocharle o la misericordia que perdonarle?

De donde, amadisimos, la regla de la cristiana sabiduría consiste no en la abundancia de palabras, no en la sutileza de la discusión, no en el afán de la gloria y alabanzas, sino en la verdadera y voluntaria humildad, que Nuestro Señor Jesucristo eligió y enseñó con gran valor desde el vientre de su Madre hasta el suplicio de la cruz. Pues disputando en cierta ocasión sus discipulos, como refiere el evangelista, *cuál de ellos seria mayor en el reino de los cielos, llamando a un nino le puso en medio de ellos y dijo: En verdad os digo que, como no os convirtáis y os hagáis como los pequenos, no entraréis en el reino de los cielos. Todo el que se humilia como este nino, ése sera el mayor en el reino de los cielos* (Le. 22,23 y Mt. 18,1). Ama Cristo a la infancia por ser el primer estado que asumió en su aima y en su cuerpo. Ama Cristo a la infancia, porque es maestro de la humildad, modelo de inocencia, ejemplo de mansedumbre. Ama Cristo a la infancia, hacia la cual dirige las costumbres de los mayores y los anos de los ancianos, y deben acomodarse a tal regla los que pretendan subir al reino eterno.»

253

c) La infancia de espíritu

«Mas para que podamos entender plenamente como nos será posible conseguir tan asombrosa transformación y mediante qué cambio podremos volver al estado de niños, tomemos por maestro

a San Pablo, que nos dice: No os *hagàis como los nifios en el modo de entender, sino sed como los pequeflos en cuanto a la carencia de lo malo* (i Cor. 14,20). No debemos, por lo tanto, volver a los juegos de la ninez y a las torpezas de los primeros anos, sino imitar ciertas cosas que son convenientes hasta para la edad madura. Podemos tomar, por ejemplo, de esta edad, que sea pasajera en nosotros toda turbaciôn y râpida la vuelta a la paz; que no guardemos rencor de las ofensas, ni ambicionemos altos puestos; debemos fomentar el mutuo intercambio y guardar la igualdad de ânimo. Gran ventaja es no saber hacer dano a nadie ni maquinar maldades, porque en injuriar y devolver las injurias consiste la astucia de este mundo; pero no devolver a nadie mal por mal es propio del estado de la infancia y de la serenidad cristiana.

A tai semejanza con los ninos, carisimos hermanos, nos invita el misterio de la fiesta de hoy, y el Salvador adorado por los Magos en forma de nino nos inculca este tipo de humildad; el cual, para manifestâmes la gloria que reserva a sus imitadores, consagrô con el martirio el nacimiento de los que vieron la luz en sus mismos dias, y que merecieron participar en una comûn persecuciôn los que por nacer, como Cristo, en Belén, resultaban ser ademâs sus companeros por razôn de la edad. Amen los fieles la humildad y eviten, sobre todo, la soberbia. Cada cual prefiera a su prôjimo a si mismo, y nadie busqué su particular provecho, sino el del prôjimo; de esta forma al abundar en todos los sentimientos de amor, los corazones se verân libres de la ponzona de la envidia, porque *el que se exalta sera humillado y el que se humilia sera exaltado* (Le. 14, 11), segùn lo atestigua nuestro Senor Jesucristo, que con el Padre y el Espiritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Amén».

SECCION IV. TEOLOGOS

I. SANTO TOMAS

La manifestacion de Cristo

A la manifestacion de Cristo nacido dedica Santo Tomâs la cuestiôn 36 de la tercera parte de la *Suma Teologica*. Entresacamos de aquélla algunos pensamientos que podrian parecer tal vcz anticuados al exegeta y aun al teoloeo, nero que ofrecen materia al predicador para explicaciones sencillas al pueblo cristiano.

A) *La manifestacion de Jesucristo*

254 a) NO CONVENÎA QUE* EL NACIMIENTO DE CRISTO SE MANIFESTASE A TODOS

1. De otro modo sc hubiera impcdido la redencion

«El nacimiento de Cristo no debiô ser comûnmente manifiesto a todos, porque se hubiera impcdido asi la redencion humana, que se realizô por su cruz, puesto que, como se dice (i Cor. 2,8), *si le hubieran conocido, nunca habrian crucificado al Senor de la gloria*» (3 q.36 a.i c).

2. Y disminuiria el mérito de la fe

Ademâs, si «en su nacimiento Cristo-se hubiese dado a conocer a todo el mundo por medio de seriales evidentes, se destruiria la razôn de la fe, que es el *argumento de las cosas que no aparecen*, como se dice en Hebr. 11,1» (ibid.).

255 b) Debiô, en cambio, manifestasse a algunos

«Pertenece al orden de la divina sabiduria que los dones de Dios y los secretos de ella no lleguen igualmente a todos, sino inmediatamente a algunos, y que por medio de éstos se deriven a los demâs. Por lo cual, y respecto al misterio de la resurrecciôn se dice (Act. 10, 40-41) que *Dios quiso* que Cristo resucitado *se manifestase no a todo el pueblo, sino a los testigos que Dios habia determinado de antemano*. Por esta razôn también debiô observarse esto con relaciôn al nacimiento del mismo, para que Cristo no se manifestase a todos, sino a algunos, por los cuales pudiera llegar al conocimiento de los demâs» (ibid., a.2 c).

c) De toda clase y condición

«La salvación, que habia de lograrse por Cristo, pertenecía a toda clase de hombres; porque, como se dice en Col. 3,11, en Cristo *no hay varón y mujer, gentil y judío, siervo y libre*, y así de los demás. Y para que este carácter no se prefigurase en el mismo nacimiento de Cristo, se manifestó a toda clase de hombres. Porque, como dice San Agustín (*Serm.* 202,1 : PL 38,1033), «los pastores fueron israelitas, los Magos gentiles; los primeros de cerca, los segundos de lejos; sin embargo, unos y otros concurrieron a la piedra angular». También hubo entre ellos otra diferencia; pues los Magos fueron sabios y poderosos, y los pastores sencillos y rústicos. Manifestóse a los justos, esto es, a Simeón y a Ana, y a los pecadores, que son los Magos. Manifestóse también a los varones y a las mujeres, a saber, para significar con ello que ninguna condición humana queda excluida de la salvación de Cristo» (ibid., a.3 c).

U^0*4

d) Primero a los judíos; después a LOS GENTILES

257

-La manifestación del nacimiento de Cristo fue una serial previa de la plena manifestación, que debía tener lugar después; y así como en la segunda manifestación se anunció primeramente la gracia de Cristo por el mismo Cristo y por los apóstoles a los judíos y después a los gentiles, así llegaron a Cristo primeramente los pastores, que eran las primicias de los judíos, como los más cercanos; y después vinieron los Magos de lejanos países, «los cuales fueron las primicias de las naciones», como dice San Agustín (*Serm.* 200,1: PL 38,1028)» (ibid., a.3 ad 1).

e) Se MANIFESTO MEDIANTE UN ÁNGEL Y UNA ESTRELLA

i. Dos maneras de manifestación

♦Así como la demostración silogística se hace por medio de las cosas que mejor conoce aquel a quien se debe manifestar algo, en la manifestación que se hace por signos debe hacerse por lo que es más familiar a aquellos a quienes se manifiesta. Pero es evidente que los santos varones están familiarizados y acostumbrados a ser instruidos por el movimiento interior del Espíritu Santo sin la demostración de signos sensibles, esto es, por el espíritu de la profecía; mientras que hay otros que, entregados a las cosas corporales, son conducidos por las cosas sensibles a las inteligibles.

Los judíos estaban acostumbrados a recibir las respuestas divinas por medio de los ángeles, por los cuales también recibían la ley según aquello (Act. 7,53): *Recibisteis la ley por ministerio de los ángeles*: mientras que los gentiles y los astrologos, sobre todo, están acostumbrados a examinar el curso de las estrellas; y por eso, a los justos, esto es, a Simeón y Ana les fue manifestado el nacimiento

i

de Cristo por el movimiento interior del Espiritu Santo según aquello (Lc. 2,26): *Habia recibido respuesta del Espiritu Santo que él no vena la muerte sin ver antes al Cristo del Señor.*

Mas a los pastores y Magos, como entregados a las cosas corporales, les fué manifestado el nacimiento de Cristo por visibles apariciones. Y como el nacimiento no era puramente terreno, sino en cierto modo celestial, por eso a unos y otros fué revelado el nacimiento de Cristo por signos celestiales; porque, como dice San Agustin (*Senn.* 204: PL 38,1037), «los ángeles habitan los cielos y las estrellas los adoman»; luego a los unos y a los otros los cielos cuentan la gloria de Dios* (ibid., a.5 c).

259 2. Doble razón de este proceder

«Con razón, pues, fué revelado el nacimiento de Cristo por los ángeles a los pastores, que representan a los judios, entre los que tuvieron lugar con frecuencia las apariciones de los ángeles; mientras que fué manifestado por una estrella a los Magos, que estaban acostumbrados a la contemplación de los cuerpos celestes; porque, como dice San Crisóstomo (cf. *In Mt.*, hom.6: PG 57,65), «Dios quiso llamarlos a El condescendiendo con lo que les era familiar». Hay además otra razón; porque, como dice San Gregorio (*In Evang.*, hom.io: PL 76,1110), «un ser racional, esto es, el ángel debió anunciar el nacimiento de Cristo a los judios, como el pueblo más ilustrado, mientras que los gentiles, que no sabian hacer uso de la razón, han sido conducidos para conocer al Señor, no por la palabra, sino por signos. Y así como a éstos les anunciaron el Señor los predicadores elocuentes, cuando la voz de él resonaba por el orbe, así los elementos mudos se lo hicieron conocer cuando aún no hablaba» (ibid., a.5 c).

B) La estrella de los Magos

260

a) NO FUÉ UNA ESTRELLA ORDINARIA

«Es evidente por muchas razones que aquella estrella, que se apareció a los Magos, no fué una de las estrellas celestes.

i.º Porque ninguna otra de las estrellas sigue esta dirección; pues se dirigia del norte al sur, porque tal es la posición de la Judea con relación a Persia, de donde vinieron los Magos.

2.0 Por el tiempo, pues no sólo apareció de noche, sino también en medio del día, lo cual no es propio de la virtud de una estrella ni aun de la luna.

3.0 Porque unas veces aparecia y otras se ocultaba; así cuando entraron en Jerusalem se ocultó, y cuando abandonaron a Herodes se les apareció.

4.0 Porque no tenia movimiento continuo; pues avanzaba cuando era preciso que los Magos avanzaran y se paraba cuando

era oportuno que se detuvieran, como sucedía con la columna de la nube en el desierto.

5.0 Porque no demostraba el parto de la Virgen manteniéndose elevada, sino descendiendo; pues se dice en Mt. 2,9 que *la estrella que los Magos habían visto en el Oriente iba delante de ellos hasta que llegando se paró sobre donde estaba el Niño*. De lo que se desprende que las palabras de los Magos *virnos su estrella en el Oriente* no deben entenderse como si hubieran visto en Oriente una estrella que se encontraba en la tierra de Judá, sino que la vieron en el mismo Oriente y les precedió hasta la Judea; aunque algunos consideran esta opinión como dudosa» (3 q.36 a.7 c).

b) Sino una estrella especialmente creada

«Por eso dicen algunos que así como el Espíritu Santo descendió sobre el Señor al ser bautizado en figura de paloma, así se apareció a los Magos en figura de estrella. Otros pretenden que el ángel que se apareció a los pastores en figura humana se apareció a los Magos en figura de estrella. Sin embargo parece más probable que fué una estrella creada de nuevo, no en el cielo, sino en el aire próximo a la tierra, la cual era movida según la voluntad divina. Por esta razón dice el Papa San León (cf. *Serm.* 31,1 : PL 54, 235): «A los Magos se les apareció en el Oriente la estrella de la nueva claridad, la cual, más resplandeciente y más bella que las demás, atraía las miradas y ánimos de los que la contemplaban, a fin de que inmediatamente se advirtiese que un signo tan extraordinario no existía sin motivo» (ibid.).

C) *La adoración de los Magos*

a) Fué inspirada por el Espíritu Santo

«Los Magos son *las primicias de las naciones* de los que creen en Cristo, en los cuales apareció, como en cierto presagio, la fe y la devoción de las gentes, que venían a Cristo desde países lejanos. Y por esto, así como la devoción y la fe de las gentes están sin error por la inspiración del Espíritu Santo, de la misma manera también debe creerse que los Magos inspirados por el Espíritu Santo tributaron sabiamente a Cristo adoración» (3 q.36 a.8 c).

b) REPRESENTA LA CONSTANCIA DE LAS NACIONES

«Por aquella anunciación de los Magos se presignificaba la constancia de las naciones que confiesen a Cristo hasta la muerte. Por lo que dice el Crisóstomo (cf. *Opus imperf. in Mt.*, 1,2: PG 56, 637) que, «cuando consideraban al rey futuro, no temían al rey presente; aun no habían visto a Cristo y ya estaban dispuestos a morir por él» (ibid., a.8 ad 2).

Como los Magos «buscaban al rey celestial, aunque ninguna excelencia real veían en él, sin embargo, contentos y con el testimonio de la sola estrella, le adoraron» (cf. Crisóstomo, *Opus imper/. in Mt.*, 2,n, hom.ii: PG 56,662), pues ven al hombre y reconocen a Dios. Y ofrecen presentes adecuados a la dignidad de Cristo: «Oro como a un rey grande; incienso, del que se hace uso en el sacrificio de Dios, como a Dios, y mirra, que sirve para embalsamar los cuerpos, a fin de demostrar cómo debía morir por la salvación de todos» (cf. San Gregorio Magno, *In Evang.* 1, horn. 10: PL 38,1034); en lo cual también, como dice San Gregorio (ibid.), «somos enseñados para que, guiados por la luz de la sabiduría, ofrezcamos ante la presencia del rey nacido, oro, por el cual se significa la sabiduría; incienso, por el cual se expresa la devoción de la oración, se lo ofrecemos a Dios, si podemos por el ejercicio de la oración servirle de olor grato; y, por último, mirra, que indica la mortificación de la carne, si mortificamos los vicios carnales por la abstinencia» (ibid., a.8 ad 4).

II. SAN BUENAVENTURA

La estrella de los Magos y su significación

Por el fervor y ternura que rezuma, transcribimos casi íntegro el capítulo de la 4.ª festividad en el opusculo del Doctor Seráfico «Las cinco festividades del Nido Jesús».

A) *Elevación mística*

«¡Oh dulcísimo y amantísimo Niño eterno, Niño y antiguo! ¿Cuándo te veremos, cuando te hallaremos, cuando compareceremos delante de tu rostro? Tedio es gozar sin Ti, deleitoso gozar contigo, llorar contigo. Todo lo que a Ti es contrario, a nosotros penoso; tu beneplacito según nuestro insaciable deseo. ¡Oh, si tan dulce es llorar por Ti, cuán dulce será gozar contigo! ¿Dónde, pues, estas, oh fin de nuestras pesquisas? ¡Dónde estas, oh deseado en todas las cosas y sobre todas las cosas? ¡Oh nacido Rey de Israel, ley de los devotos, luz de los ciegos, guía de los misérrimos, vida de los que mueren, salud eterna de los que eternamente viven! ¡Dónde estas?» (cf. *Las cinco festividades del Niño Jesús*, fest.4,2: BAC, *Obras completas*, t.2 p.381).

b) En Belén de Judâ

«Ved aquí la oportuna respuesta: En Belén de Judâ. Belén significa *casa del pan*, Judâ quiere decir *confesor*. Allí, pues, se encuentra Jesús donde, confesados los pecados, se escucha, se rumia y se asimila la doctrina evangélica, que es pan de vida, para ejecutarla y proponerla a los demás como dechado de la palabra y el ejemplo; allí se encuentra el Niño Jesús con su Madre María donde, después de llorosa contrición y fructuosa confesión, entre la abundante copia de lágrimas se gusta la dulcedumbre de la contemplación celestial; donde, pues, el hombre en oración, casi desesperado de salud, salido de ella, se encuentra lleno de alegría con la esperanza del perdón. ¡Oh feliz Marial, en la cual se concibe Jesús, de la cual nace y con la cual permanece con tanta dulzura y alegría# (cf. o.c., 31 p.381-383).

c) Adoradle y ofrecedle dones

«Lues también vosotros, ¡oh reyes!—esto es, vosotras, fuerzas naturales del alma devota—, buscadlo para adorarlo y ofrendarle vuestros dones. Adoradlo con reverencia como a Creador, Redentor y Glorificador: como Creador dió la vida natural, como Redentor restauro la vida espiritual, como Glorificador distribuye la vida eterna. ¡Oh reyes!, adoradlo con reverencia, porque es Rey poderosísimo; adoradlo con el debido decoro, porque es Maestro sapientísimo; adoradlo con alegría, porque es Príncipe liberalísimo. Ni os deis por satisfechos con solo la adoración; acompañadla con ofrendas. Ofrecedle oro de caridad ardentísima; ofrecedle incienso de contemplación devotísima y mirra de contrición amarguísima: el oro del amor por los bienes recibidos, el incienso de la devoción por los goces que os tiene preparados, la mirra del dolor por los pecados cometidos. El oro ofreced a la eterna divinidad, el incienso a la santidad del alma de Cristo, la mirra a su cuerpo pasible. ¡Oh almas!, buscadlo de esa manera, adoradlo y presentadle vuestros dones» (cf. o.c., p.383).

B) Significado de la estrella

Los párrafos que siguen acerca del significado de la estrella que acompañó a los Magos están tornados del segundo discurso o *Collatio* que San Buenaventura pronunció en la Universidad de París (*Discursos sobre la Epifanía del Señor*—Introducción—, disc.I.º: BAC, *Obras*, c.2 p.431).

a) La estrella tiene una significación mística

i. La estrella marca una ruta al mundo

«Esa estrella apareció no solo para los Magos, sino también para esclarecer el misterio que ilustra a todo el mundo. Ahora es enseñado todo el mundo por el misterio de la estrella: son ilustra-

dos, digo, los que siguen la ruta de la estrella, la cual es, no ruta natural, sino evangélica; y así como los Magos fueron dirigidos por la estrella natural, así nosotros lo seremos por la estrella espiritual» (cf. *Discurso i.º en la Epifania*: BAC, t.2 p.461).

x Induce, conduce, reduce a los hombres a Cristo

«La estrella indujo a los Magos a presentarse ante Cristo, los condujo a Cristo y los redujo a Cristo.

Y que los indujese se da a entender cuando se dice: *Hemo< visto su estrella en el Oriente*.

Y que los condujese se insinúa con estas palabras: *La estrella iba delante de ellos, hasta que llegando se parô delante donde estaba el Nino*.

Y que los redujese se indica diciendo: *Y viendo la estrella se regocijaron en gran manera. Y entrando en la casa hallaron al Nifto*, etcétera. Esta estrella, por consiguiente, induce, conduce y reduce. Pero esta estrella no es sino una figura de la estrella espiritual, que también nos induce a ir a Cristo, nos conduce a Cristo y nos reduce a Cristo» (cf. *ibid.*, p.461).

3. La Escritura y el Espiritu Santo
significados en la estrella

«La estrella que nos induce a la presencia de Cnsto es sigmficada por la estrella de la maûana, de la cual, si de alguna, tuvo origen la estrella aparecida a los Magos; y bien podemos decû que la estrella externa es la que nos induce a présentâmes ante Cristo; la estrella superior es la que nos conduce a Cristo, y la estrella interior es la que nos reduce a Cristo. La estrella exterior, cuya virtud nos induce a la presencia de Cristo, es la Sagrada Escritura; la estrella superior, a la que compete conducirnos a Cristo, es la santa y bendita Virgen Maria; y la estrella interior, que nos reduce a Cristo, es la gracia del Espiritu Santo. Estas tres estrellas nos llevan como de la mano a la presencia de Cristo» (cf. oX., p.461 y 463).

rn

b) La Escritura es luz

«La estrella que nos induce a ir donde esta Cristo es la Sagrada Escritura, de la cual se dice en el Eclesiástico (50,6): *Brilla como el lucero de la manana en medio de la niebla y como la luna llena en sus dias*, etc. La Escritura se halla en medio de la niebla, es decir. en medio de la oscuridad de la ignorancia humana. Puesto que no podemos ver las cosas superiores, tampoco podemos ver la faz divina de Cristo; de ahí que sea requisito necesario para verla la direcciôn de la luz celestial; y esta luz es la Sagrada Escritura, luz del cielo, traída por los Angeles a los patriarcas, profetas y apôstoles. Esta es la luz que hemos de mirar; y de ella dice San Pedro (2 Petr. 1,19): *Y aùn tenemos mâs firme la palabra de los profetas; la cual hacéis bien en atender como a una antorcha que luce*

«m un lugar tenebroso. Necesitamos la luz de la Sagrada Escritura hasta que brille el día de la eternidad. La Sagrada Escritura es luz legal en los patnarcas, profética en los profetas y evangélica en los apôstoles. En los patriarcas hay brillo de méritos; en los profetas brillo de méritos y de milagros, y en los apôstoles, brillo de méritos. de milagros y de martirio» (cf. o.c., p.463).

c) ⁴Marîa ^xvence a nuestros enemigos

«La estrella superior, que es la bienaventurada Virgen, nos conduce a Cristo; y de ella se entiende lo que se dice en el libro de los Números (24,17) con estas palabras: *De Jacob nacerd una estrella y de Israel se levantard una vara y herird a los caudillos de Moab*. Llâmase estrella la bienaventurada Virgen por su virtud estable e inconmovible; por Moab se entienden los voluptuosos Caudillos de Moab son los demonios o los pecados capitales. Esta estrella, es decir, la bienaventurada Virgen, desbarata a los caudillos de Moab, que son los siete pecados capitales: el espíritu de soberbia, siendo humildisima; el espíritu de envidia, siendo benignisima; el espíritu de ira, por ser mansisima; el espíritu de pereza, por ser devotisima; el espíritu de avaricia, por su generosidad liberalisima; el espíritu de gula, por su templanza moderadisima; y, por último, el espíritu de lujuria, siendo como es integerrisima y omnimodamente casta. Desbaratô, pues, esa estrella a los caudillos de Moab y condujo a los Magos a Cristo» (cf. o.c., p.465).

d) El Espîritu nos lleva a Cristo si no matamos
sus inspiraciones

«La estrella interior, que es la gracia del Espíritu Santo, nos reduce a Cristo. De ella se dice en el Apocalipsis (2,26.28): *Y al que vendere y guardare mis obras hasta el fin yo le daré potestad sobre las naciones, etc., y le daré la estrella de la mañana*. Mas se ha de notar que la gracia del Espíritu Santo puede ser inicial, promotiva y final. No nos reduce a Cristo sino la gracia final. Pierde la direcciôn de esta estrella el que incurre en el endurecimiento de Herodes, es decir, aquel que extingue las inspiraciones divinas en si mismo. Demos que has concebido el propôsito de practicar obras de piedad, enmendar la vida y entrar en una religiôn. Pues bien, si lo dejas sin cumplirlo eres como Herodes, que intentaba matar al Nino. Otros, en cambio, son como Faraôn, que mandé arrojar al río a todos los niños varones. Hay quienes extinguen todo buen propôsito del prôjimo allí donde lo encuentran. Por ejemplo: cuando a uno que quiere entrar en una religiôn se le dice: Puedes hacer mayor bien en el siglo, llegando a apagar en él el buen propôsito. Estos son, sin duda, como Faraôn, que tñandô matar a todos los hijos varones; y cosa cierta es que el pecado de Faraôn fué grande. Habriale de bastar al hombre su propio pecado» (cf. o.c., p.467)

SECCION I ALTORES VARIOS

I. FRAY LUIS DE GRANADA

Tres episodios de la infancia de Cristo

A) *La câtedra del divino pesebre*

(Cf. *Obra selecta*, en BAC, 752 y 769.)

a) E x t r e m o g r a n d e d e h u m i l d a d

« ¡Quien no se espantará de ver al Señor de todo lo creado acostado en un pesebre de bestias? *El Señor*, dice el Profeta (Ps. 10,5), *esta en su santo templo, el Señor tiene en el cielo su silla*. Pues ¿Reorno se troco el templo por el establo? ¿O cómo se mudó el cielo en el pesebre? Creo cierto que cuando los santos algunas veces en la contemplación salían de sí quedaban enajenados y transportados en Dios era considerando esta grande maravilla y esta grande muestra de la divina bondad y caridad.

Y no solamente los hombres, mas si fuera posible salir Dios de sí, dijéramos que había salido de sí cuando llegó a este tan grande extremo de humildad. A lo menos los filósofos de este mundo así lo sentían cuando decían que la predicación del Evangelio era locura (1 Cor. 1,18), pareciéndoles que no era posible que aquella altísima y simplicísima substancia quisiese inficionarse (como ellos hablan) y sujetarse a tan grandes injurias.

Pues hasta aquí llegó la bondad y la misericordia y el amor de Dios para con los hombres, a hacer tales cosas por ellos. que aquellos mismos por quien las hacía las tuviesen por locuras.

Elegantemente dijo un sabio que amar y tener seso apenas se concede a Dios. Porque así vemos aquí a Dios, ya que no era posible caer este desfallecimiento en Él, como salido de sí y transformado en el hombre, tornando lo que no era. sin dejar de ser lo que era, por la grandeza del amor...»

b) L e c c i o n e s d e l p e s e b r e

• Perseverando más en la consideración de este sagrado pesebre hallaras en él motivos no solo para el conocimiento de aquella soberana bondad y amor de Dios, sino también para toda virtud.

Aqui aprenderâs humildad de corazôn, aqui menosprecio del mundo, aqui aspereza de cuerpo y aqui aquella desnudez y pobreza de espíritu tan celebrada en el Evangelio.

Sabia muy bien este médico y maestro del cielo cuánta paz e inocencia mora en la casa del pobre de espíritu y cuántas guerras y desasosiegos y cuidados trae consigo el desordenado amor de las riquezas, y por esto luego, desde la cuna del pesebre como de una câtedra celestial, la primera lección que leyô y la primera voz que diô fué condenando la codicia, raíz de todos los males, y engrandeciendo la pobreza de espíritu y la humildad, fuente de todos los bienes. Esto, dice un doctor, nos predica aquel pesebre, aquellos panales, aquella pobre casa y aquel establo.

¡Oh dichosa casa! ¡Oh establo más glorioso que todos los palacios de reyes, donde Dios asentô la câtedra de la filosofía del cielo, donde la palabra de Dios, enmudecida, tanto más claramente habia cuanto más calladamente nos avisa! Mira, pues, hermano, si quieres ser verdadero filósofo no te apartés de este establo, donde la palabra de Dios, callando, llora; mas este lloro es más dulce que toda la elocuencia de Tulio y que aun la música de todos los ângeles del cielo...

Verdaderamente tû eres niho misericordioso, a quien la misericordia sola hizo niho, aunque la misericordia y la verdad juntamente se encontraron en ti. Verdaderamente tû, niho misericordioso, naciste no para ti, sino para nosotros, pues naciendo buscaste nuestro remedio y no tu acrecentamiento. Y por esto, dulce cosa es por cierto contemplar a Dios niho, y no solo dulce, sino poderoso y eficaz para curar nuestras llagas.»

c) El motivo de la Encarnación

«Mas con todo esto siempre vuelvo a aquello que más dulcemente sabe: conviene a saber, que por eso se quiso hacer semejante a los hombres, por ser más amable a los hombres, porque la semejanza es causa de amor. Y por esto no puedo caber en mi de alegría cuando veo que aquella soberana Majestad vistiô la naturaleza divina de mi carne y me admitiô, no por una hora, sino para siempre, a las riquezas de su gloria. Elizose hermano mio el Señor mio, y ya el ternor que le tenía como a Señor se vence con el afecto de hermano.

Y por esto, Señor mio, de buena gana oigo decir que reinas en el cielo más de mejor que naces en la tierra. Porque esta consideración arrebatâ mi afición y la memoria de este beneficio enamora y enciende mi corazôn.

Estâbase mi Señor entre los coros de los ângeles oyendo la música y los cantares de su gloria, haciendo maravillas en el cielo y en la tierra y en todos los abismos. Yo estaba atollado en el cieno, Heno de trabajos y miserias y perdida la esperanza de salir de ellas. El, en la gloria: yo, en la miseria. El ad rable y yo miserable.

Pues aquel que era admirable a los Angeles inclinô los cielos y descendit} e hizose consiliario de los hombres. El nombre de majestad se volviô en nombre de piedad. Y el que era admirable en el cielo viene a ser consiliario en la tierra.

Escondiô su pûrpura real debajo del saco de mi miseria e inclinôse al lodo, donde yo estaba, sin ensuciarse en él. Yo estaba atollado en el profundo cieno, y El extendiô su diestra a la obra de sus manos y sacôme dei profundo de las aguas, y, sacado, lavôme, y, lavado, vistiôme, y, vestido, reparôme, y, reparado, confirmôme, y asi del todo me dejô remediado».

Diôme la mano cuando naciô, sacôme cuando predicô, lavôme cuando muriô, vistiôme cuando resucitô, reparôme cuando subiô al cielo y confirmôme cuando envié al Espiritu Santo, y asi del todo me remediô.

tn B) Las penalidades de la huída a Egipto

(Cf. ibid., C.16 p.679-770.)

«Consideremos, pues, con qué prisa se levantaria la sacratlsirna Virgen en esta hora, y tomaria en sus brazos al Nino, y dejarla su pobre casa, y sin despedirse de nadie, porque la prisa del négoce no daba lugar a mâs, comenzaria a andar a gran prisa su camino. Porque la que tan bien sabia estimar el tesoro que ténia, no haria caso de perder todas las cosas por asegurar tan grande bien.

[Oh noche oscura! ¡Oh noche tenebrosa! ¡Oh noche de lâgrimas y de dolor! ¡Oh si de esta manera supiesen los hombres estimar a Cristo, si supiesen poner en el cobro que convenia en este tesoro, que cuando corriese riesgo de perder a El o de perder todo lo demâs supiesen perder para ganar y aun tuviesen, con el Apôstol, todas las pérdidas por ganancias (Phil. 3,8), cuando con ellas conservasen este bien! Porque si la astuta serpiente sabe poner todo el cuerpo a peligro por asegurar la cabeza, en la cual consiste su vida, (Jcuânto mâs debiamos nosotros poner a riesgo todo lo demâs por asegurar a Cristo, nuestra cabeza, en quien estâ nuestra vida?

Pues, tomando a vos, Virgen santisima, <>qué tan grandes fueron los trabajos que pasasteis en esta jomada, desamparando vuestra tierra, vuestra casa y vuestros dulces conocidos y parientes, y caminando a tierras extranas y tierra de idolâtras e infieles con ese tan delicado Nino en vuestros brazos, donde ni teniades casa, ni abrigo, ni hacienda para servirle? Si entre vuestros naturales no hallasteis mâs que un establo y un pesebre para el nacimiento del Nino, <qué hallarias entre infieles, bârbaros y extranos? ^Dônde aportariais? ¡Quién os acogeria? êQuién usaria con vos de caridad donde reinaba la infidelidad?...

Y tû, ¡oh santlsimo Nino!, <por qué tan presto quieres comenzar a padecer trabajos? <Por qué no quieres perdonar los tiernos anos de esa edad?»...

C) Los Santos Inocentes, mâtires de Cristo

(Cf. ibid., p.770-773.)

a) Crueldad de Herode

27»

«Esta sentencia de Herodes no sôlo nos descubre la extremada y nunca vista crueldad de este tirano, sino también su grandísima ceguedad y locura... Pues dime, loco, si ese nuevo rey es tan poderoso que puede alterar los cielos, luego fuera esté de tu jurisdicciôn.

Pues <>por qué mandaste publicar tan cruel edicto contra estos nifios? <Qué maleficio cometieron? ¡Qué causa te dieron para tan cruel sentencia, pues no vemos en ellos otra culpa que haber nacido? Y por sola esta causa hinchas la ciudad de verdugos y mandas juntar las madrês con sus hijos, y es de creer que también los padres y los parientes se hallarian présentés a ese tan doloroso espectâculo.

Mas ^qué palabras bastarân para escribir y poner ante los ojos aquella tan grande calamidad y aquellas lâgrimas y mùsica tan confusa y lamentable de los ninos, de las madrês, de los padres y de los parientes, que todos lastimosamente daban voces y clamaban contra las amenazas de aquéllos crueles camiceros?

^Quién podrâ con palabras représentât de la manera que estaba el verdugo par. del nino, con la espada desenvainada en la mano, con los ojos sangrientos y encamizados y con palabras furiosas, tirando con la una mano del nino hacia si y con la otra levantando la espada para herirle, y, por otra parte, cômô la triste madre tiraba el nino para si, poniendo sus cervices al golpe de la espada por no ver con sus ojos despedazar sus entranas?

^Quién declarará el sentimiento de los padres, los ruegos, las exclamaciones, los gemidos, los postreros abrazos de sus hijos, pues todas estas cosas juntas concurrían en un mismo tiempo?...

Mira, pues, en qué extremo de males despenô la soberbia y el amor del senorio a este malaventurado, pues no sôlo le hizo mâs cruel que todas las fieras, sino también el mâs loco de todos los locos.

Esta es, pues, hermano mio, la miseria del corazôn humano; ésta es la naturaleza del amor desordenado de si mismo, hasta aqui llega el amor de la propia excelencia y hasta aqui has de creer tu también de ti que llegarías, si tuvieras la misma causa o si no fueses prevenido con la divina gracia.»

b) Grandeza de la bondad divina

279

«Mas sobre todo esto es mucho de considérer la grandeza de la divina bondad que en la gloria de estos ninos resplandece. <Qué mayor bondad y largueza que aceptar Dios no sôlo por sacrificio,

sino por martirio, una muerte padecida no por voluntad, sino por necesidad; donde no hubo querer, sino fuerza; donde no hubo merecimiento, sino acaecimiento; donde no hubo corazôn de mâr-tir, aunque habia cuerpo de mâr-tir; donde no hubo devociôn en el que moria, sino crueldad en el que mataba, y donde, hnalmente, habia cuchillo de tirano y no habia espiritu de mâr-tir?

Mas esto que faltaba supliô la divina gracia, la cual mudô los desastres en coronas y los acaecimientos en merecimientos. Porque no es mayor la malicia de Herodes que la bondad de Dios, y si aquella maldad se extendiô a dar pena sin culpa, no es mucho que esta bondad se extienda a dar corona sin merecimiento.

Mira, pues, desconfiado; mira, pusilânime y escrupuloso, que por cada nineria piensas ser condenado, cuanto mejor Dios tienes de lo que pensabas, euan amador de los hombres, euan deseoso de su salud, cuân amigo de dar su gloria, pues tales ocasiones busca para darla y con tales servicios se contenta...

jOh bienaventurados ninos, dichosamente nacidos, pero mäs dichosamente muertos! Mueren, dice Eusebio Emiseno, por Cristo los ninos, por la justicia muere la inocencia.

jCuân dichosa edad, que aún no puede haliar a Cristo y ya merecc morir por Cristo, y no teniendo cuerpo para las heridas, ya lo tiene para la pasiôn!·...

IL P. LA PUENTE

El viaje de los Magos y la Providenda divina

(Cf. *Xfeditaciones cspiriuales*, p.2.* medit.22-23 [Apostolado de la Pren-1950) t.1 p.504-520.)

A) Aparicion de la estrella

a) Eficacia de la divina inspiracion

«Esto tengo de aplicar a mi mismo, ponderando cuántas veces la estrella de la divina inspiracion aparece dentro de mi alma, solicitândome a que busqué a Cristo y abraze su pobreza, humildad y virtudes; y aunque entiendo lo que dice esta estrella, no quiero menearme ni dar un paso en su busca por no perder mis comodidades ni dejar las cosas que mucho amo, y por no padecer un pequeno trabajo, fingiendo dificultades donde no las hay; y asi, como se dice en el libro de Job, *huyendo dei hielo, que es el trabajo de la tierra, caerd sobre mi la nieve* (lob 6,16), que es el castigo del cielo, dejândome Dios helado y desamparado; y la estrella que saliô para mi salvaciôn sera testigo contra mi para mi conde-naciôn.

Ponderaré la gran merced que hizo Dios a estos três Reyes en inspirarles con tanta eficacia y con tanta luz interior la resolución que tomaron en dejar sus tierras y casas y salir a buscar a Cristo, dejando a los otros en su ceguedad y miseria; y por aqui conoceré la eficacia de la divina inspiracion y suplicaré a nuestro Señor me prevenga con ella...; pero si Dios ya me ha hecho tal merced, con luz de otra estrella eficazmente... tengo de darle muchas gracias y suplicarle que a menudo envíe dentro de mi aima semejantes estrellas e ilustraciones que me muevan a dejar todo lo que me estorba el amarle y seguirle con perfección...»

b) Fe vjva en las manos de Dios

281

«Los Reyes, con la fe viva que tenían, arrojándose en las manos de Dios, comenzaron a caminar..., de donde sacaré que si fiado de Dios y estribando en la fe comienzo a buscarle, su providencia acudirâ a proveerme de guia y ayuda para proseguir mi jornada, y el espiritu divino y la gracia de mi Vocación ira siempre delante como estrella, guiándome y enderezando mis pasos, al modo que guiô a los israelitas por el desierto... Asi también nuestro Señor me guiarâ, amparándome en el día de la prosperidad y en la noche de la adversidad, defendiéndome en los ardores de las tentaciones sensuales y mundanas y también de las frialdades, tibiezas y pusilanimidades.

Los Reyes iban caminando siguiendo siempre la estrella, sin apartarse a un lado ni a otro, parando donde ella paraba y andando cuando ella se movia, procurando no hacer cosa indigna del Señor que en la estrella reconocian; y a esta imitación he yo de tomar por estrella y guia de mi vida la lumbre de la razón y la lumbre de la fe, inspiracion o ilustración dei divino Espiritu y la dirección de mis prelados o confesores. Estas cuatro estrellas se reducen a una, que es Dios, el cual nos guia por ellas; y a mi cuenta está seguirla derechamente, sin torcer a un lado ni a otro lo que esta estrella me dice, procurando no hacer cosa que ofenda sus ojos».

c) EsPERANZ/X y lealtad a la divina Providencia

«Ponderaré como prosiguiendo su camino los Reyes, y llegando cerca de Jerusalén, de repente, por ordenación de Dios, se les encubrió la estrella, quedando tristes y afligidos por esto; lo cual ordenô asi la divina Providencia para probar su fe y lealtad y para darles ocasión de ejercitar grandes virtudes en la entrada de Jerusalén, y para que, faltando la guia del cielo, buscasen la que Dios ha dejado en la tierra, que es la de los sabios y doctores de la ley y de los prelados y superiores en su Iglesia. Y asi, los Magos no desmayaron, ni se dieron por enganados, ni dejaron su empresa volviéndose a su tierra, sino determinaron de entrar en Jerusalén a buscar lo que deseaban, ensenándose con este ejemplo lo que

yo debo hacer cuando se me esconde Dios y cuando me falta la devociôn sensible y me hallo en tinieblas y tentaciones; porque en tales casos no tengo de desconfiar ni volver atras de lo comenzado, sino poner los medios que pudiere para buscar y hallar a Dios acudiendo a sus ministros, al modo que se dice en el libro de los Cantares, que la Esposa, esto es, el anima justa, cuando por la ausencia de su Esposo esta en tinieblas y oscuridad de noche, se levanta a buscarle por las calles y plazas de la ciudad, ejercitandose en santas obras y mirando los ejemplos que de ellas le dan los otros justos; y luego pregunta a los que velan guardando la ciudad, que son los prelados, si han visto al que su anima desea, para que la informen y enseñen adônde y como le ha de hallar, y por este camino le hallo, como también le hallaron los Magos.

[Oh Dios etemoî, dame la fe y constancia de estos varones para que te busqué con la lealtad y perseveranda que ellos te buscaron, acudiendo con humildad a tomar los medios humanos cuando se me escondieron los divinos».

d) Magnanimidad y fortaleza de los Magos

«La entrada de los Reyes en Jerusalén y la pregunta que hicieron... mostraron grande fe creyendo lo que no habian visto, confesando que habia nacido un Nino que era Rey y Mesias prometido a los judios...

También mostraron grande magnanimidad y fortaleza, porque con adivinar el peligro a que se ponian de ser muertos por Herodes preguntando en su tierra y corte por otro rey, con todo eso no entreron a escondidas y preguntando por los rincones en secreto, sino públicamente y en su mismo palacio...

[Oh aima mial, ten fe viva en tu Dios y *en su virtud romperâs los muros* (Ps. 17,30); animate a romper dificultades, no temas acometer peligros, porque El te amparará y te sacará libre de ellos.

De esta fe y fortaleza de los Magos procediô que, aunque se curbô Herodes oyendo esta pregunta, y con él toda Jerusalén, no se turbaron ellos. En lo cual ponderaré cómo se turbô Herodes porque era tirano y ambicioso, y asi temia no hubiese nacido quien le quitase el reino. Pero lo que más admira es que también se turben los judios... Por donde echaré de ver cuán peligrosa cosa es tener estrecha amistad con personas poderosas y viciosas, que se turben fácilmente con pasiones de odio, ira, venganza y ambición, porque en turbándose, me turbaré yo con ellas; pero si confio en Dios como los Magos, no me turbaré aunque se turben todos, antes diré con David: *El Señor es mi luz y mi salud; ¿a quien temeré? El Señor es guarda de mi vida; ¿quién me hará temblar? Si estuvieren contra mi huestes de enemigos, no temeré mi corazón; y si se levantara contra mi grande guerra, en El esperaré* (Ps. 26,1-2-3)».

e) Resplandece la providencia de Dios por muchos caminos 284

«Herodes, oida esta pregunta, consultô sobre ella a los sabios..., en lo cual resplandece la providencia de Dios por muchos caminos»

Lo primero, en que se sirve de los malos para favorecer los intentos de los buenos, como se sirviô de Herodes para descubrir a los Magos el lugar del nacimiento del Salvador...

Lo segundo, resplandece en que, por medio de sus ministros, aunque sean malos, descubre la verdad de la divina Escritura a los que desean saberla para su provecho, como en este caso no consintiô que los sacerdotes y doctores de la ley descubriesen esta verdad a los Magos; y si yo, con buen celo, deseô saber la divina voluntad, Dios me la descubrirâ por medio de sus ministros...

También resplandece la providencia de Dios en habernos dado la Escritura divina, en la cual hay bastantísima luz para conocer a Cristo, buscarle y hallarle, de suerte que no es menester estrella milagrosa ni revelaciôn nueva, sino oraciôn fervorosa y meditaciôn profunda, conforme a lo que Cristo nuestro Señor dijo a los judios: *Escudrinad las Escrituras, en las cuales creéis que esta, la vida eterna, porque ellas os darân testimonio de quién yo soy* (Io. 5,39).

¡Oh dulce Jesûs, que dijiste: *Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis!* (Le. 11,9), dame luz para que te busqué en tus sagradas Escrituras de modo que te halle, y para que escudrine la vida eterna, que esté en ellas, de modo que la alcance.

Finalmente, me han de atemorizar y poner grima los secretos juicios de Dios que en este caso resplandecen; porque, viniendo los gentiles de tierras tan distantes, y con tanto trabajo, a buscar a Cristo, los judios, que tantos años le habian esperado, con estai tan cerca, no se movieron a buscarle. Y aunque dieron aviso a los Magos dônde le hallarian, no lo tomaron para si, para que se vea la verdad de lo que después dijo este Señor: *Ninguno puede venir a mi si mi Padre no le trajere* (Io. 6,44). Pero estos misérables no fueron traídos del Padre, porque gustaron más de aplacar al tirano; y dilatando esta ida para cuando los Magos volviesen, nunca la hicieron. Por lo cual, escarmentando en cabeza ajena, quitaré los estorbos que pongo al Padre Eterno para que con sus inspiraciones no me llame y junte con Cristo, no dilatando el obedecer a las que me diere para otro tiempo, porque quizá la dilaciôn sera causa de mi perdiçión».

B) Salen los Magos de Jerusalén

(Cf. médit.23, o.c., p.512 ss.)

«Aquí tengo cie ponderer, lo primero, el cuidado de estos Reyes en proseguir su empresa, porque al mismo punto que supieron lo que deseaban saber, se salieron de Jerusalén y de la corte del rey

Herodes, huyendo del bullicio que allí habia, con lo cual nos enseñan la puntualidad con que debemos acudir al negocio de nuestra salvacion, saliendo de los bullicios del mundo y huyendo al lugar donde hemos de hallar a Dios...

Lo segundo, ponderare la providencia amorosa de nuestro Dios y su fidelidad en premiar el trabajo de los que le buscan; porque, dado caso que pudieran estos Reyes, pues ya sabian el lugar donde nació el Nino, ir a Belén sin la estrella, pero quiso nuestro Señor que se les apareciese segunda vez y les causase gozo, no cualquiera, sino grandísimo, para premiarles con esto los trabajos que pasaron en Jerusalén, los peligros a que se pusieron, las diligencias que hicieron para saber dónde hallarian al Rey que buscaban y para convertir la tristeza pasada en grande gozo, cumpliéndose lo que David habia dicho, que según *la muchedumbre de los dolores fué la grandeza de los consuelos que alegraron su alma* (Ps. 93,19).

C) Admiración de los Magos al ver que la estrella se paraba sobre un establo

287 a) La grandeza de Dios no se muestra en las cosas pomposas

◆Ilustrados con la luz interior, reconocieron que la grandeza de aquel Rey no se mostraba en las cosas pomposas de este mundo, sino en el verdadero desprecio de ellas, y así rindieron su juicio al testimonio de la estrella exterior.

¡Oh Rey benditísimo, pues ya comenzáis a triunfar del mundo, cautivando los entendimientos de los sabios en servicio de vuestra fe, cautivad el mío con gran fuerza, para que yo triunfe del mundo, despreciando cuanto hay en él, por vuestro amor!»

288 b) NO SE HALLA A JESUS SIN SU MADRE

«Hallaron al Nino con su Madré; lo cual se dijo también de los pastores (Lc. 2,16), para significar que regularmente no se halla a Jesûs sin su Madré, ni su Madré sin Jesûs, porque quien es amigo de Jesûs, luego es devoto de su Madré, y quien es devoto de su Madré, alcanza la amistad con Jesûs; y pues los dos andan tan unidos, tengo de senalarme en el amor y servicio de ambos, para que el amor del uno se confirme y perfeccione en el amor del otro».

289 c) LUZ CELESTIAL QUE PENETRA EN LOS CORAZONES

•Como en el mismo punto que los Magos vieron al Nino... les causé un gozo interior excesivo, que les llenó toda el alma; porque si la vista de la estrella material tan gran gozo les causó, ¿qué gozo causaria la vista de Jesûs, Estrella de la mañana y Señor de las es-

(relias? ¡Oh que contentos y hartos quedarían con la vista de esta divina Estrella, cumpliéndose en ellos, en su tanto, lo que dijo David: *¡Quedaré harto cuando aparetiere tu gloria!* (Ps. 16,15)»,

d) Adoración y ofrecimiento

«Très cosas señaladas hicieron aquí los Magos en servicio del Niño, las cuales estaban profetizadas por David. La primera, fué postrarse en tierra, en señal de la suma reverenda exterior e interior que le tenían; porque, como el cuerpo se humilló lo más que pudo, hasta postrarse y coserse con la tierra, así el alma se humilló delante de este Rey, reconociéndose en su presencia como polvo y nada. Comenzándose a cumplir aquí la profecía de David, que dice: *Delante de El se postrarán los de Etiopia: y los que antes eran sus enemigos, besarán la tierra en señal de sujeción* (Ps. 71,9).

La segunda, fué adorarle, no solo como se adoran los reyes de la tierra, sino con la suprema adoración que se da a solo Dios, y se llama latria..., y con esta fe hablarían con El, y le darían gracias por la merced que les había hecho en haber venido a remediarlos, y en especial en haberles traído con su estrella para que le conociesen, y allí se ofrecieron por sus vasallos perpetuos, con determinación de servirle para siempre, cumpliéndose lo de David: *Le adorarán todos los reyes de la tierra y le servirán todas las gentes* (Ps. 71,11).

La tercera cosa que hicieron los Magos fué abrir los cofres de sus tesoros..., porque le ofrecieron oro como a rey, incienso como a Dios y sumo sacerdote, y mirra como a hombre mortal. Pero mucho mayores fueron los dones interiores con que acompañaron los exteriores, ofreciéndose con oro de amor, con incienso de devoción, y con mirra de mortificación de sí mismos por servir a su Señor, cumpliéndose lo que habían dicho los profetas, que *los reyes de Arabia y de Saba le ofrecerían dones y presentes de incienso, mirra y oro, con alabanzas del Señor* (Ps. 71,10; Is. 60,6)».

e) Dios agradece la ofrenda

«Luego puedo ponderar cuán agradable fué al Niño Jesús la ofrenda de estos varones... por la voluntad con que las ofrecían... ¡Oh que agradecido se les mostraría, no con palabras exteriores, porque no hablaba, sino con palabras interiores de inspiraciones, comunicándoles grandes dones celestiales! Piamente puedo considerar que en retorno de estos tres dones les dió otros très, aumentándoles grandemente el oro de la sabiduría y caridad, y el incienso de la oración y devoción, y concediéndoles la mirra de la incorrupción, preservándoles de caer en culpas graves, con perseverancia en su amor. A imitación de estos santos Reyes, tengo de postrarme delante del Niño Jesús con la humildad posible y adorarle como El quiere ser adorado, *en espíritu y en verdad* (Io. 4,23) y abrir los tesoros de mi corazón, no en presencia de los hombres, por agra-

darles, sino en la presencia tie Dios, por solo darie contento y ofrecerle oro encendido y acendrado de caridad y amor para con Dios y para con mis prôjimos; incienso muy oloroso de oraciôn, con afectos muy levantados de devociôn; y mirra muy escogida de perfecta mortificaciôn de mi mismo, ejercitando obras virtuosas, sin abrir los tesoros de modo que los roben los ladrones de la soberbia y vanagloria; y en particular cada obra exterior que hiciere ha de Uevar estos tres dones por compaheros, haciéndola por amor, con oraciôn y devociôn, y con la mortificaciôn necesaria para que vaya bien hecha, confiando en la liberalidad de este Sefior, que también premiarâ esta mi ofrenda, volviéndose en retorno grande aumento de estos dones, pues por esto dice el Espiritu Santo que *quien es veloz y diligente en sus obras no tendra, enfermedad, y alcanzard privanza con los reyes* (Eccli. 31,27; Prov. 22,29).

Demâs de esto, si soy religioso, tengo de ofrecerle de nuevo los tres votos: el de castidad, con la mirra de las mortificaciones de la came; y el de la pobreza, con el oro de todas las cosas temporales que hay en el mundo, deseando dârselas todas, si fueran mias; y el voto de obediencia, negândome a mi mismo y deshaciéndome como incienso en el fuego dei divino amor, para darme todo a Dios».

a» **D) Coloquio de los Magos con la Virgen**

Tengo de considérer el coloquio tan dulce que tuvieron los Reyes con la Virgen, dândole cuenta de la estrella que habian visto en Oriente, y de lo que les habia pasado en Jerusalén, ponderando cómo se ofrecian a su servicio, cuán admirados estarian de ver la santidad que en aquella Seùora resplandecia y de ver la pobreza del lugar en que estaba. Y aunque San José no estuvo présente a la primera entrada, para que entendiesen los Magos que el Nino no tenía padre en la tierra, pero poco después vendria y tratarian con él de las mismas cosas. ¡Oh qué contenta estaria la Virgen oyéndolas! ¡Y cómo las conservaria en su memoria para conferirlas a sus solas! ¡Cómo agradeceria a los Magos el trabajo que habian tornado en venir a adorer a su Hijo, y qué cosas tan divinas les diria para confirmarlos en la fel ¡Oh reina de Saba, que en persona de estos Reyes, hijos tuyos (3 Reg. 10,4-5), vienes de nuevo con dones a ver el verdadero rey Salomôn, cuán admirada quedaste contemplando la infinita sabiduria que resplandecia en su pobre casa y en su pobre compaftia! ¡Oh con qué afecto dirias, mirando a la Virgen y a José: *Bienaventurados son, Señor, estos siervos tuyos, que asisten siempre delante de ti, aprendiendo de tu infinita sabiduria!* (3 Reg. 10,8).

(Oh Virgen soberana, más sabia que la reina de Saba, que como maestra enseñâbades hoy a los sabios la sabiduria del cielo, que no alcanza el mundo! Ensenâdmela para que acierte a servir a vuestro Hijo, como estos nuevos discipulos suyos y vuestros le sirvieron».

BEATO JUAN DE AVILA

Buscar y hallar a Cristo

(Cf. *Sermô/t de Epifania* en *Obras completas*, t.2 p.f 19-126: BAC Madrid. 1953).

tjAdônde estâ el que ha nacido Rey de los judios? (Mt. 2,2). Son palabras que nos habian de dar mucho ejemplo, y confortamos a que con mucho cuidado y diligenda busquemos lo que buscaron, para que hallemos lo que hallaron»

A) Es necesario buscar a Dios

a) Porque es un tesoro escondido

•*Sapientia invisâ et thesaurus absconditus, quae utilitas in utrisque?* (Eph. 2,11-12). La buena sabiduria es para que se comuniquen y el tesoro para que se goce de él; si la sabiduria del Eterno Padre estâ escondida y no gozamos del tesoro, dqué nos aprovecha? El Nifio que ha nacido es la sabiduria y el tesorero del Eterno Padre; si no os conocemos, etc. Muchos se engahan en contentarse con saber que Dios naciô y muriô por nosotros, sin procurai de gozarle ni aprovecharse de su vida. <jQué aprovecha que haya Dios, si no le gozamos?»

b) Si no se encuentra no se aprovecha

<No hay ninguno de quien Dios no sea Dios, pero aquel se (lame estai sin Dios que, por no hacer su voluntad, no goza de El. ,Qué les aprovecha a los malaventurados del infierno que haya Dios, pues no saben qué cosa es Dios? El que no posee a Dios, se dice estai sin Dios, poique al tal no le apiovecha nada que haya Dios... De los que no se aprovechan de lo que Cristo nos enseftô en naciendo: no ha nacido por ellos. [Grande lâstima sêria que hubiese algün aima que haya sido para ella el nacimiento de Cristo en balde y que, habiendo llovido los cielos miel, no la haya el tal gustadol Por eso se celebra hoy esta fiesta, para que, pues sabemos que es ya nacido el Hijo de Dios. le busquemos, y de tal manera, que le hallemos...»

i Quien es el Nino a quien buscamos?

<({Quién es el que ha nacido? Mucho nos aprovecharâ saber quién es. para nos aprovcchar y para nos despertar a le buscar.

a) El Admirable

◆ Su nombre es *admirable* (Is. 9,6), maravilloso, cuanto esta más bajo, pobre y despreciado. El demonio no se espantaba de ver a Dios en su alteza, y espantase y terne en velle en tal bajeza, porque, quedándose Dios grande y estándose en su alteza, todo el mundo servia al demonio, porque todos eran hijos de Adán, su vasallo; todos nacian sus esclavos; pero bajándose Dios y haciéndose chiquito, fuéle quitado el mando y principado que tenia sobre todos los hombres, porque fué justo que el que puso la mano sobre quien nada le debia, perdiese el derecho de lo que poseia; y esto fué lo que obrô en su bajeza: lo que no habia obrado en su alteza. Pues mirad si es admirable el Nino. ¿Qué mayor maravilla que, siendo Dios, nazca de una doncella pobre? ¡Qué maravilla tan grande estar echado en tan pequeño pesebre! Y estando llorando es más bienaventurado que todas las criaturas del cielo, *quia ab instante incarnationis indit Deum*. Maravilloso en ser concebido sin ayuntamiento de varôn; maravilloso en ser parido sin dolor de la madre, sino que quedô virgen y santa; maravilloso en la vida; maravilloso en la muerte; maravilloso en la resurrección; ¿pues qué si mirais sus maravillas en la conversion dei mundo?»

b) El Consejero

«Consiliarius: guía y consejero que os aconseje en todas las cosas con tal certidumbre que, si tomáis su consejo, no es posible enganaros, y tornando sus avisos no nos podemos perder ni errar el camino de todo nuestro bien. También es maravilla que un nino tan pequeño, que aún no habla, sea tan seguro guía, y que todos los que no le siguieren vayan tan perdidos... Porque así como es imposible Dios no ser Dios, así es imposible que no sea verdad; y antes faltarâ el cielo y la tierra que fatten sus palabras, y que deje de ir al cielo el que fuere por donde El dice: y antes se hundirâ el cielo que entre en él hombre que no fuere guiado por donde El dijere...»

c) El Dios fuerte

◆ *Deus fortis*. Aunque hombre y Dios, llámase Dios por razón de la persona divina. Los efectos de la divinidad: criar cielos, ser adorado de los ángeles; fructo de la humanidad es nacer, llorar. El árbol es uno, pero diversos frutos. En cuanto engendrado de Padre es Dios, en cuanto nacido de madre es hombre. Fuerte, pues venció las fuerzas del demonio: *fortis armatus* (cf. Le. 11,21). Con flaqueza de la carne venció las fuerzas del demonio; unde Paulus: *Virtus in firmitate perficitur...* (cf. 2 Cor. 12,9). Al vencer, pues, las fuerzas del demonio con la flaqueza que tomo, mostrô grandemente sus fuerzas...»

d) Padre DEL SIGLO FUTURO

•*Pater futuri saeculi*. Como no hay hombre que tenga carne que no la haya recibido de Adân, así ninguno hay que tenga espíritu, que no lo haya recibido de Cristo. Todos viven en el alma por El; todos se salvan por El... De Adân recibimos la carne; de Cristo, el Espíritu y la gracia. Uno nos vendió, otro nos rescató. Siempre obró en el mundo el efecto de la encarnación de Cristo. Por la fe todos lavaron sus estolas en la sangre del Cordero».

e) El Principe de la paz

300

«*Princeps pacis*. Alégrense los que están renidos con el Padre Eterno, que Cristo vino a hacer las amistades. Si alguno está reído con su sensualidad, este Niño vino a sujetarla debajo de los pies de la razón. Así le cantaron paz cuando nació; paz dió a sus discípulos; paz les mandó que tuviesen entre sí. El bando de Jesucristo es paz, *unde dictum est: Nova bella elegit Dominus*. Las guerras viejas de Dios eran vengarse, castigar luego a quien se la hacía. Ahora hace guerra nueva, porque contra sí toma la espada, en sí descarga, en el escudo de su cuerpo recibe los golpes, por que no descarguen sobre los hombres. *Non putetis quod pacem veni mittere, sed gladium* (cf. Mt. 10,34; Lc. 21,51)...»

C) *tCômo encontrarlo?*

a) Saliendo de la tierra del pecado

301

«Quien no le busca, no le hallará. Abraham *exivit de terra sua* (Gen. 21,1 ss.). El hombre que sale de su propia voluntad y de sus deleites y placeres, ese tal sale de su tierra y hallará a Dios... En vuestra cama, adonde vuestra propia carne y voluntad descansa en vuestros pecados, cómo le queréis hallar?... No se engañe nadie, hermanos, que poco aprovecha para hallar a Dios, oír misa y dar limosna, si no dejáis la cama de vuestros pecados... El hombre que dice: «Desde hoy quiero salir de mi casa, quiero salir de mis pecados y dejar mis deleites y placeres para agradar a Dios, quiero guerrear contra mí», ese tal le hallará, con tal de que saiga de veras, no de burlas, poniendo a riesgo todo cuanto se le ofreciere y fuese menester perder, ora sea hacienda, honra o la vida...»

b) SIENDO ESFORZADOS PARA LA PELEA

302

«Los hombres que por miedo, por vergüenza, dejan de servir a Dios y se vuelven atrás de lo comenzado no son buenos para el cielo...

¡Ay!, que hijos y mujer, y vos mismo, y todo lo demás que podéis

tener, todo se ha de posponer a la voluntad de Dios. Desnudo nació, para que desnuda traigáis vos vuestra alma de todo lo que no fuere Dios, y no os han de acongojar ni dar pena las afrentas que por Dios se os ofrecieren. Deshonra da a Dios el que se queja estar por El deshonrado. No penséis reinar con El, si primero no padecéis con El»

SOS

c) SIENDO CONSTANTES

«No es bueno para la guerra el hombre que por trabajos vuelve •itrás de lo comenzado y déjà de buscar a Dios porque mormuran de él o porque se ve con tentaciones y sequedad. Ese tal llamarse ha amigo de mesa... Al tiempo de romper las lanzas para alcanzar ' - victoria huyen los enemigos.. .

m m **D) *Únicamente la estrella de la fe encuentra a Dio***»

«Pârase la estrella encima... cQué haces, estrella? Si este es Rey. ;Qué es de los palacios reales? êQué es de los caballeros? ^Dônde esta la seda y brocados? <Qué rey en mesôn y establo, acompaôado de animales? Si la estrella no los guiara, fuéranle a buscar en la casa mäs rica. ¡Oh bienaventurada fe de los cristianos! ¡Qué perdido anda el que busca a Cristo sin la estrella de la fe! En lo pobre y mäs olvidado dei mundo esta Cristo... Si no hay fe, no atinaréis dônde estâ Dios: que en las lâgrimas esté la risa, en la pobreza el reino, en la hambre la hartura, el fuego debajo del agua. Misérables ricos, si sois malos, ¡qué lejos estâ de vosotros Dios!... Para hablar a Cristo, buscad al enfermo, y al pobre, y al olvidado dei mundo Temo que por falta de esta estrella no buscan muchos a Cristo O se engana el mundo en buscar riquezas viles, o Cristo en buscar los pobres. Cristo no puede... Grande es la fuerza de la fe. ¡Por qué creéis que en una hostia estâ Cristo? Por la estrella que dice que estâ alli... Porque la estrella ansi lo dice, que adonde menos parece estar Dios, estâ»

IV BOURDALOUE

Dos conductas, dos lecciones

(Cf. *Serm. de Epifania* en ed. Mieuél del Castillo (Madrid 1778] t.9 p.377, y Firmin-Didot. t.2 p 173.)

A) *Exordio*_f

«Dos conductas muy diferentes fueron la de los Magos y la de Herodes respecto de Jesucristo; los Magos le vienen a buscar y Herodes conspira contra El. Saquemos de esto dos grandes instrue-

ciones, que servirân de asunto a este discurso. En la conducta de los Magos que buscan al Hijo de Dios hay un modelo de la sôlida sabiduria de los escogidos y de los verdaderos cristianos. Y en la conducta de Herodes, que persigue al Hijo de Dios. hav una idea de la ciega sabiduria de los réprobos e impios».

B) Los Magos, modela de la sabiduria fiel

«Modelo de la sabiduria de los escogidos y verdaderos cristianos es la conducta de los Magos que buscan al Hijo de Dios. Examine-mos todos los caractères de su fe»

a) En su principio

«En su principio. Prontitud que tuvieron en seguir la vocaciôn del cielo. Este fué el primer efecto de la fe de los Magos, y el primer hecho de la alta sabiduria que los puso en estado de hallar a Jesucristo. Luego que vieron su estrella partieron para ir a encontrarle. Por eso, buscar a Dios con un modo eficaz y sôlido, como lo busca un aima fiel, no es discurrir, ni deliberar, sino ejecutar y obrar, pues en ello no ha de haber tardanza. A mäs de esto se necesita valor para vencer todas las dificultades. Los Magos dejaron su país, sus casas, sus familias y sus estados, y este fué otro paso de su fe que nacia y una nueva prueba de su sabiduria eminente. Si queremos hallar, como ellos, a Jesucristo, es necesario vencer como ellos todos los obstâculos que asustan nuestra flojedad y nos detienen».

b) En sus progresos

«En sus progresos. Constancia que manifestaron cuando desapareciô la estrella; su fe no se turba ni desconcierta por esto, pues caminan y obran siempre. En esto se manifiesta el don de la sabiduria de que estân llenos, y algunas veces nos pone Dios en semejantes pruebas después de una conversion. Retira o no concede algunas gracias sensibles y nos abandona en algùn modo a nosotros mismos para darnos motivo de que le manifestemos nuestra constancia. No obstante, ¿qué hacen los Magos para suplir la falta de la estrella? Se informan, y recurren a los sacerdotes y doctores de la Ley. Nosotros, para ilustrarnos y sostenernos en cualquier desamparo y abandono en que nos parezca estar, tenemos también como ellos en la Iglesia sacerdotes y doctores a quienes debemos recurrir. Los Magos nos enseñan alguna cosa mäs, y es el buscar a Dios con un generoso desprecio de todos los respetos humanos. En medio de Jerusalén, y en presencia del mismo Herodes, preguntan adónde está el nuevo Rey de los judios».

308

c) En su perfección

«Llegan a Belén, donde encuentran a Jesucristo en un pesebre, y, no obstante el miserable estado en que esta, le reconocen por su soberano. La perfección de su fe se manifiesta también en que no contentos con honrarle como a soberano Monarca dei mundo, le adoren como a su Dios. También se demuestra en que le hacen ofrendas misteriosas, que expresan su divinidad, su humanidad y su soberanía; porque eso significan el incienso, el oro y la mirra que le presentaron. Los extranjeros y extraños vinieron a buscar a Jesucristo en la Judea, cuando los judios (en medio de los cuales habia nacido) le desconocian y despreciaban. ¿Y quién sabe si nos quitará Dios el talento de la fe, de que no nos aprovechamos, para transferirlo a los infieles?»

309

C) Herodes, modelo de falsa sabiduria

•Se ve una idea de la ciega sabiduria de los réprobos e impios en la conducta de Herodes que persigue a Jesucristo. Esta falsa sabiduria es enemiga de Dios, y en esto consiste su desorden; Dios es enemigo de ella, y en esto esta su desgracia.

Sabiduria enemiga de Dios, pues le combate y se levanta contra El. ¿Qué no hizo Herodes para perder a Jesucristo? Pues todo cuanto hizo se lo inspiró una política falsa. ¡Cuántos sabios mundanos hay todavía que son tan impios como Herodes, tan opuestos a Jesucristo, tan interesados y tan hipócritas?»

Sabiduria de la que Dios es enemigo y la reprueba. ¡Qué hace de su parte Jesucristo cuando nace. para confundir la política de Herodes?»

310

a) Le turba y le inquieta

«Herodes se halla combatido con mil sospechas y temores, y nada es más capaz de turbar la paz de un mundano que el pensamiento de un Dios pobre y humilde.»

b) Jesucristo hace odiosa esta política

•Queriendo Herodes satisfacer su ambición, vino a ser el horror del género humano. ¿Y qué hay en el día más odioso que un mundano que sacrifica toda su fortuna e interés?»

311

c) También hace Jesús vana e inútil aquella política

«Por más que haga Herodes matando cruelmente todos los niños que hay cerca de Belén, Jesucristo se libra de su furor; y el mundano, con su aparente sabiduria, por más que quiera hacerse dichoso. jamás lo llega a conseguir.»

d) Jesucristo hace también que aquella política sirva
A SUS DESIGNIOS

«Herodes quiere perder y sepultar el nombre del nuevo Rey de Israel que acaba de nacer, y con los medios que torna contribuye a lo contrario y le da a conocer más. ¡Cuántas veces el impio ha visto por una secreta disposición de la Providencia recaer sobre él su misma impiedad!

Renunciemos para siempre a la sabiduría del mundo, que es una sabiduría reprobada, y sigamos la Sabiduría santa del Evangelio para ir a Dios y para hallarle».

COLUMBA MARMION

La Epifanía y la vocación de los gentiles

(Cf. *Jesucristo en sus misterios*, c.8, en 2.ª ed. Barcelona 1941, p.129 ss.)

A) *Significado de la Epifanía*

a) Dios, luz eterna, se manifiesta por la encarnación

«Siempre que el alma se halla en contacto un tanto íntimo con Dios siéntese como envuelta en el misterio (Ps. 96,2).

Fenômeno que responde y es consecuencia inevitable de la infinita distancia que separa a la criatura de su Criador; pues todo ente finito es aventajado por el que, desde toda eternidad, es la plenitud misma del ser. De ahí que uno de los caracteres más insondables del Ser divino sea su incomprendibilidad y su invisibilidad; pero todavía es más de admirar que sea visible la misma luz divina aquí en la tierra.

Dios es luz, dice San Juan; luz infinita *sin sombras ni tinieblas*. Advierte el Apôstol con mucha insistencia que esta verdad constituye uno de los fundamentos de su Evangelio (1 Io. 1,5). Mas esta luz que nos bana con sus fulgores, en vez de revelar a Dios a los ojos de nuestra alma, parece que lo oculta, sucediendo lo que con el sol, cuyos resplandores nos impiden contemplarlo: *Habita la luz inaccesible* (1 Tim. 6,16). Esto no obstante, esta luz es la vida del alma. En la Sagrada Escritura échase de ver que con frecuencia van asociadas estas dos ideas de luz y de vida (Io. 1,4). Igualmente el Salmista, al querer describirnos la eterna bienaventuranza, cuyo origen radica en Dios, dice que *en Él se halla el principio de la vida*; y luego anade: *Y en tu luz veremos la luz* (Ps. 35,9-10). Asimismo, al declararse Nuestro Señor la luz del mundo, dijo: *El que sigue mis pasos no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida*

(lo. 8,12). Nuestra vida, pues, en el cielo consistirá en conocer claramente la luz etema y en gozar de sus esplendrosos fulgores.

M3 Durante la vida présente nos hace ya Dios participes de su luz al dotar de inteligencia al alma humana... (Ps. 4,7). Es tan potente ese foco, que de suyo basta para revelar al hombre la existencia de Dios y algunas de sus perfecciones. Escribiendo San Pablo a los fieles de Roma, declara a los paganos inexcusables (Rorm 1, 20) de no haber conocido a Dios mediante la contemplación del universo... Pero existe otra manifestación más profunda, más misericordiosa que Dios ha hecho de si mismo, y es la encarnación.

5

La luz divina deslumbra demasiado para que pueda pénétrai con todos sus esplendores en nuestra débil mirada, y por eso se ha cubierto *con los vélos de la humanidad*, en frase de San Pablo (Hebr. 10,20)... Sólo el vélo de la humanidad impide que nos deslumbre el fulgor infinito y radiante de su divinidad. De este hombre irradian purísimos rayos a toda aima de buena voluntad, los cuales revelan ser El también Dios. Iluminada el aima por la fe, descubre los esplendores ocultos tras el vélo de este santo de los santos»...

b) La encarnación, obra de misericordia

•Esta manifestación de Dios a los hombres es un arcano tan inaudito y obra de tanta misericordia, que constituye uno de los caractères más esenciales de la encarnación. Por eso en los primeros dias de la Iglesia no habia dia especial para festejar de una manera particular el nacimiento del Salvador en Belén, sino que se celebraba en las fiestas de las «Teofanias» o de las «manifestaciones divinas» en la persona del Verbo encamado: manifestación a los Magos en Belén, junto al Jordán, en el bautismo de Jesus, en las bodas de Caná, donde Cristo obró su primer milagro. Al pasar la fiesta de la Iglesia de Oriente a la de Occidente conservó su nombre griego Epifania, «manifestación», pero teniendo ya por casi exclusive objeto la manifestación del Salvador a la gentilidad, a las naciones paganas, en la persona de los Magos»

B) Vocación de los gentiles

S15

a) La evangelización de los paganos

«El Verbo encamado se manifestó primeramente a los judios en la persona de los pastores, por ser ellos el pueblo escogido. del cual debia salir el Mesias, hijo de David... Mas tarde, en su vida pública se manifestaria Nuestro Señor a los judios por la sabiduria de su doctrina y por la aureola de sus milagros... Cuando en su vida pública enviaba Nuestro Seftor a sus apóstoles a prédicat como El la buena nueva, les decia: *No vayáis a tierra de genti-*

les ni os detengais entre los samaritanos; antes por el contrario, buscad las ovejas extraviadas de Israel (Mt. 10,5-6)... Segùn el trazado dei plan divino, estaba reservada a los apôstoles la evangelizaciôn de las naciones paganas, después que los judios crucificaron al Mesias...

Las naciones paganas fueron Hamadas también a ocupar la herencia prometida por el Padre Eterno a su Hijo Jesûs (Ps. 2,4). Nuestro Senor se decia a si mismo *el buen pastor que entrega su vida por sus ovejas*, y anadia luego: *No tengo solamente ovejas entre mi pueblo, tengo también otras que no pertenecen a este aprisco. Es necesario que las atraigais a mi; ellas oirân mi voz y no habrá sino un solo rebaño y un solo pastor* (Io. 10,11.16). Por eso, antes de subir al cielo envia a sus apôstoles a continuar su misiôn salvadora, no sôlo entre las ovejas perdidas de Israel, sino en todos los pueblos, dirigiéndoles las siguientes palabras: *Id, predicad a toda criatura y enseûad a todas las gentes... Yo estoy con vosotros hasta la consumaciôn de los siglos*» (Mt. 28,19-20; Mc. 16,15).

b) Les invita al establo en la persona de los Magos

«Con todo eso, no esperô el Verbo encamado a su Ascensiôn para derramar entre la gentilidad la gracia de la buena nueva. Ya desde su apariciôn en este mundo la invita al establo en la persona de los Magos. La Sabiduria etema, como El es, quiso mostrarnos asi que era el portador de la paz (Le. 2,14), *no sôlo a los que se hallaban cabe él*—los judios fieles representados por los pastores—, sino también a los de lejanos paises, cuales eran los paganos representados por los Magos. De este modo, *de dos pueblos*, al decir de San Pablo, *no resultaba sino uno solo*, por ser El uno, por la uniôn de su humanidad a la divinidad, el medianero perfecto y por quien *ûnicamente tenemos entrada ante el Padre, en un solo y ûnico Espiritu* (Eph. 2,14.17-18)...

Cada una de las aimas de los adultos es alumbrada a lo menos una vez, como los Magos, por la estrella de la vocaciôn a la salvaciôn etema. A todos se da luz suficiente, y dogma de nuestra fe es que *Dios quiere salvar a todos los hombres* (1 Tim. 2,4)... Los que por toda la etemidad haya Dios arrojado de si reconocerân que ellos han sido los causantes de su perdicôn.

Pero no fuera esto verdadero si los precitos no hubiesen tenido la posibilidad de conocer y recibir la luz divina de la fe, pues repugna no sôlo a la bondad infinita de Dios, sino también a su justicia, el condenar a un aima sumida en invencible ignorancia.

Sin duda, la estrella conductora de los hombres a la fe no es una misma para todos; tiene destellos y matices varios; pero su fulgor es asaz visible para que los corazones de buena voluntad puedan reconocerla y descubrir en ella la serial de la vocaciôn divina. Dios, en su providencia sapientisima, varia incesantemente su acciôn. Incomprensible como El mismo, la cambia, siguiendo las reales esplendideces, siempre activas de su amor, y las exigen-

cias, siempre santas, de su justicia. Aquí debemos adorar, con San Pablo, *la profundidad insondable de los caminos de Dios y proclamar como trasciende infinitamente a todo cuanto puede alcanzar el ojo humano. ¿Quién penetró jamás en los arcanos del Señor o fue su consejero?* (Rom. 11,33)».

c) Llamada a la fe y a la SALVACIÓN

«Nosotros hemos tenido la dicha de haber «visto la estrella y de haber reconocido por Dios nuestro al Niño en el pesebre, y nos ha cabido la suerte de pertenecer a la Iglesia, cuyas primicias fueron los Magos.

En el oficio de la festividad, la liturgia denomina esta vocación de todo el género humano a la fe y a la salvación en la persona de los Magos «las bodas de la Iglesia con el Esposo». Mirad con qué alegría y en qué términos tan magníficos y simbólicos, extractados del profeta Isaías, proclama en la Epístola de la misa el esplendor y gloria de esta Jerusalén espiritual, que debe acoger en su maternai regazo a las naciones: *Levántate y resplandece, Jerusalén. porque ha venido tu deseada luz y se ha manifestado sobre ti la gloria del Señor. Cuando las tinieblas cubran la tierra y la oscuridad los pueblos, nacerá sobre ti el Señor y verá en ti su gloria. Las gentes caminarán guiadas de tu luz y los reyes al resplandor de tu aurora. Alza tus ojos en derredor y mira: todos se han juntado y vienen a ti; de lejos vendrán tus hijos y del lado surgirán tus hijas. Entonces verás y quedarás radiante de alegría y tu corazón se maravillará y dilatarse, porque te traerán las riquezas de la mar y los tesoros de las naciones* (Is. 60,i-s).

Demos incesantemente acción de gracias por habernos hecho dignos de compartir la herencia de los santos en la luz, al librarnos del poder de las tinieblas para trasladarnos al reino de su Hijo (Col. 1, 13), es decir, a su Iglesia.

El llamamiento a la fe es un insigne beneficio, porque contiene en germen la vocación a la eterna bienaventuranza de la visión divina. No olvidemos que ella ha sido la alborada de todas las misericordias de Dios y que la felicidad del hombre se resume en la fidelidad a esta vocación; la fe ha de conducirnos hasta la visión beatífica...

Pidamos también a Dios que otorgue este don preciadísimo de la fe a todas las almas que *de asiento yacen en las tinieblas y sombras de la muerte*; supliquemos al Señor que las ilumine con su estrella y que El mismo sea *el sol que las visite desde lo alto con su dulce misericordia* (Le. 1,7-79).

Mucho agrada a Nuestro Señor que pidamos sea conocido y glorificado como el Salvador de todos los hombres y Rey de los que dominan. Lo es asimismo el Padre Eterno, pues no desea otra cosa sino la glorificación de su Hijo.

Repitamos muy a menudo, en estos santos días, la oración que el mismo Verbo encarnado ha puesto en nuestros labios: ¡Oh Padre celestial, *Padre de las luces!* Haced que llegue vuestro reino, el reino que tiene por jefe a vuestro Hijo Jesûs: *Adveniat regnum tuum!* Sea vuestro Hijo cada vez más y más conocido, amado, servido y glorificado, para que, a su vez, manifestándoos más aún a los hombres, os glorifique en la unidad de vuestro común Espíritu*.

SECCION VI. TEXTOS PONTIFICIOS

La supranacionalidad de la Iglesia

A) *La Iglesia, bandera alzada entre las naciones pertenece por igual a todos*

La Iglesia es supranacional, madre de todos los pueblos.
V A TODOS PERTENECE POR IGUAL

•La Iglesia católica, cuyo centro es la Urbe, es supranacional por su misma esencia. Esto tiene un doble sentido, uno negativo y otro positivo. La Iglesia es madre. *Sancta Mater Ecclesia*, una verdadera madre, la madre de todas las naciones y de todos los pueblos, no menos que de todos y cada uno de los hombres; y precisamente por ser madre, no pertenece ni puede pertenecer exclusivamente a este o a aquel pueblo, y tampoco a un pueblo más y a otro pueblo menos, sino a todos por igual. Es madre, y, por lo tanto, no es ni puede ser extranjera en ningún lugar; ella vive, o al menos por su naturaleza debe vivir, en todos los pueblos. Además, mientras la madre con su esposo y sus hijos, forma una familia, la Iglesia, en virtud de una unión incomparablemente más estrecha, constituye, más y mejor que una familia, el Cuerpo místico de Cristo. Por lo tanto, la Iglesia es supranacional, porque es un todo indivisible y universal. (Pío XII. *Radiom. Nav. 1945* 6: Col. Enc., p.244).

«En un tiempo perturbado, como todavía es el nuestro, la Iglesia, por su bien propio y por el de la humanidad, debe hacer todo lo posible para valorizar su integridad indivisa e indivisible. Hoy tiene ella que ser más «supranacional que nunca» (Pío XII, *Radiom. Nav. 1945*, 8: Col. Enc., p.245).

•Es supranacional porque abraza con un mismo amor a todas las naciones y a todos los pueblos, y es tal, según ya hemos señalado, porque en ningún lugar es extranjera. Vive y se desarrolla en todos los países del mundo, y todos los países del mundo contribuyen a su vida y a su desarrollo. Tiempo hubo en que la vida eclesiástica, en cuanto es visible, se desarrollaba perfectamente en los países de la vieja Europa, de donde se difundía, cual río majestuoso, a lo que podía llamarse la periferia del mundo; hoy aparece, por lo contrario, como un intercambio de vida y de energías entre todos los miembros del Cuerpo místico de Cristo en la tierra. No pocas regiones de otros continentes han sobrepasado hace ya mucho tiempo el periodo de la forma misionera de su organización eclesiástica, siendo regidas ya por una propia jerarquía y dando a toda la Iglesia bienes espirituales y materiales, mientras que antes solamente los recibían. (Pío XII. *Radian Nav. 1945*, 10: Col. Enc., p.246)

b) Y FORMA UN TODO INDIVISIBLE COMO CRISTO

320

«La Iglesia es un todo indivisible, porque Cristo, con su Iglesia, es indiviso e indivisible. Cristo, como cabeza de la Iglesia, es—usaremos un profundo pensamiento de San Agustín (cf. *Serm.* 341,1: PL 39,1493)—«totus Christus», Jesucristo íntegro. Esta totalidad de Cristo, según el santo Doctor, significa la indivisible unidad de la cabeza y del cuerpo «in plenitudine Ecclesiae», en aquella plenitud de vida de la Iglesia, que une todas las zonas y todos los tiempos de la humanidad redimida, sin excepción alguna. Establecida firmemente con raíz tan profunda, la Iglesia, hallándose como se halla en medio de toda la historia del género humano, en el campo agitado y revuelto de energías divergentes y de tendencias opuestas, aunque expuesta a todos los asaltos dirigidos contra su indivisible integridad, tan lejos está de ser sacudida por ellos, que de su propia vida de integridad y de unidad irradia y difunde siempre nuevas fuerzas sanadoras y unificadoras en una humanidad desgarrada y dividida, fuerzas de unificante gracia divina, fuerzas del Espíritu unificador, de las que todos están hambrientos, verdades que siempre y doquier valen, idéales que siempre y doquier arden» (Pfo XII, *Radiom. Nav.* 1945, 7: Col. Enc., p.245).

c) Por eso es un sacrilego atentado hacerla como prisionera DE UN PUEBLO PARTICULAR

«De todo ello se deduce que era y es un sacrilego atentado contra el «totus Christus», Jesucristo en su integridad, y al mismo tiempo un golpe nefasto contra la unidad del género humano, siempre que se ha intentado o se intenta hacer a la Iglesia como prisionera o esclava de este o de aquel pueblo particular, o confinarla en los angostos límites de una nación, o también desterrarla. Ese desmembramiento de la integridad de la Iglesia ha disminuído o disminuye—tanto más cuanto más dura—, en los pueblos que son víctima de él, el bien de su vida real y plena» (Pfo XII, *Radiom. Nav.* 1945 7: Col. Enc., p.245)

d) Se ha hundido la sana libertad humana al querer unir A LA HUMANIDAD SIN LA IGLESIA Y CONTRA ELLA

«Pero el individualismo nacional y estatal de los últimos siglos no sólo ha pretendido vulnerar la integridad de la Iglesia, debilitar y obstaculizar «sus fuerzas aunadoras y unificantes, aquellas fuerzas que, sin embargo, tuvieron en otro tiempo una parte esencial en la formación de la unidad del Occidente europeo. Un anticuado liberalismo quiso crear, sin y contra la Iglesia, la unidad mediante la cultura laica y un humanismo secularizado. Acá y allá, como fruto de su acción disolvente y al mismo tiempo como enemigo, le sucedió el totalitarismo. En una palabra, ¿cuál ha sido después de poco más de un siglo el resultado de todos aquellos esfuerzos sin la Iglesia y a veces contra ella? La tumba de la sana libertad humana; las organizaciones impuestas; un mundo que por la brutalidad y la barbarie, por las destrucciones y por las ruinas y, sobre todo, por la funesta desunión y la falta de seguridad, no había conocido igual» (Pfo XII, *Radiom. Nav.* 1945. 7: Col. Enc., p.245)-

323 e) Ante el mundo despedazado la Iglesia es bandera alzada
QUE INFLUYE POR SU UNIDAD E INTEGRIDAD

•Esta Iglesia se eleva hoy, en medio del mundo despedazado y dividido, como una señal amonestadora, como una *bandera alzada ante las nationes* (Is. 11,12). que llama hacia si aun a los que todavia no creen, y confirma a sus hijos en la fe que profesaron, porque sin Dios y lejos de Dios no puede haber entre los hombres unidad alguna verdadera, sólida y segura* (Pio XII. *A los nuevos cardenales*. 20 febrero 1946, n.2: Col. Enc., p.324).

■Asi, pues, si hoy tantos de todas partes, en una ansiosa expectación y en una trémula esperanza. se vuelven hacia la Iglesia y le piden y le preguntar cuál es su parte (de la Iglesia) en la salvación de la sociedad humana, en el establecimiento de aquel bien inestimable, más precioso que todos los tesoros, que es una permanente paz interior y exterior, la respuesta de la Iglesia puede ser multiple y varia, como variadas son sus posibilidades. Sin embargo, la grande y definitiva respuesta, a la cual pueden reducirse todas las demás, continúa siendo siempre la unidad y la integridad de la Iglesia fundada en Dios y en Cristo. De donde la necesidad—en primer lugar para los mismos hijos de la Iglesia, pero también para la sociedad humana en general—de tener una noción clara y exacta del influjo prácticamente ejercido por aquella unidad y por aquella integridad. Ese influjo se ejerce sobre el fundamento, sobre la estructura y sobre la dinámica de la sociedad humana* (Pio XII, *A los nuevos cardenales*, 20 de febrero de 1946,3 : Col. Enc., p.324 l.

f) Ya que, al CONTRARIO DEL IMPERIALISMO MODERNO, ELLA
PROGRESA ANTE TODO EN PROFUNDIDAD

«La unidad y la integridad de la Iglesia, aclarada por la evidencia de su supranacionalidad, es de gran importancia para el fundamento de la vida social. No ya porque sea oficio de la Iglesia abarcar y en cierto modo abrazar, a guisa de un gigantesco imperio mundial, a toda la sociedad humana. Concebir asi la Iglesia, como un imperio terrenal y dominador del mundo, es fundamentalmente falso; en ninguna época de la historia ha sido verdadero, ni correspondiente a la realidad, a no ser que erróneamente se pretenda trasladar a los siglos pasados las ideas y la terminologia propias de nuestro tiempo.

La Iglesia—aun cumpliendo el mandato de su divino Fundador de difundirse por todo el mundo y de conquistar toda criatura para el Evangelio—no es un imperio, sobre todo en el sentido que suele darse ahora a semejante palabra. Ella senala en su progreso y en su expansión un camino inverso al del imperialismo moderno. Ella progresa ante todo en profundidad, luego en extension y en amplitud. Ella busca primeramente al hombre mismo; se afana por formar al hombre, por modelar y perfeccionar en él la semejanza divina. Su trabajo se realiza en el fondo del corazón de cada uno, pero tiene su repercusión por todo el tiempo de la vida, en todos los campos de la actividad de cada uno. Con hombres asi formados, la Iglesia prepara a la sociedad humana una base, sobre la cual puede esta apoyarse con seguridad. El imperialismo moderno, por lo contrario, sigue un camino opuesto. El procede en extension y en amplitud. No busca al hombre como tal, sino las cosas y las energias a las cuales le hace servir; con esto llexra er. si gérmenes que ponen en peligro el fundamento de la convivencia humana. En esas condiciones, ¿puede tal vez maravillar la angustia actual de los pueblos por su reciproca seguridad? Angustia que se deriva de la desenfrenada

tendencia a la expansiôn, que oculta en si el gusano roedor de la continua inquietud y determina que a una necesidad de seguridad siga sin interrupcion otra, tal vez aún mäs apremiante* (Pfo XII, *A los nuevos cardenales*, 20 de febrero de 1946, 4: Col. Enc., p.324).

•Pero, ademäs, vana sería la solidez de la base si a la construcciôn le faltase cohesiôn y equilibrio. Ahora bien, la Iglesia contribuye también a la cohesion y al equilibrio de todos los múltiples y complejos elementos del editicio social. También aquí su acciôn es, ante todo, interior. Los puntales, los contrafuertes, aplicados desde el exterior a un edificio que peligra, no son sino un precario paliativo y sólo logran el retardar por algùn tiempo el fatal derrumbamiento. Si las injurias del tiempo, que no han perdonado a tantos monumentos de fecha mäs reciente, han respetado las magnificas catedrales góticas dei siglo XIII; si éstas han continuado irguiéndose tranquilas por encima de las ruinas que las rodean, es porque sus arbotantes no hacen sino aportar un concurso, precioso, si, pero accidentai, desde el exterior a la intrinseca fuerza dei organismo ojival, con su arquitectura genial, no menos firme y précisa que audaz y esbelta.

Asi también la Iglesia. Ella obra en lo mäs intimo del hombre, del hombre en su dignidad personal de criatura libre, en su dignidad infinitamente mäs alta de hijo de Dios. La Iglesia forma y educa a este hombre, porque sólo él, completo en la armonia de su vida natural y sobrenatural, en el ordenado desarrollo de sus instintos y de sus inclinaciones, de sus ricas cualidades y de sus variadas aptitudes, es al mismo tiempo el origen y et fin de la vida social, y con ello también el principio de su equilibrio. (Pio XII, *A los nuevos cardenales*, 20 de febrero de 1946, 5: Col. Enc., p.325).

g) Las tendencias imperialistas, por el contrario, mantienen ÚNICAMENTE SU COHESION POR LA FUERZA, NO POR LA ADHESION DE LOS HOMBRES

•Ved por qué el Apôstol de las gentes, al hablar de los Cristianos, proclama que ellos ya no son como ninos vacilantes (Eph. 4,14), de andar incierto en medio de la sociedad humana. Nuestro predecesor Pio XI, en su enciclica sobre el orden social *Quadragesimo anno*, sacaba de este mismo pensamiento una conclusiôn practice, cuando promulgaba un principio de valor general, es decir: lo que los individuos pueden hacer por si y con sus propias fuerzas no debe ser quitado para ser confiado a la comunidad; principio que vale igualmente para las comunidades menores y de orden inferior frente a las mayores y mäs altas. Porque—prosigue asi el sabio Pontífice— toda actividad social es, por naturaleza suya, subsidiaria: debe servir de auxilio para los miembros del cuerpo social, sin jamás destruirlos ni absorberlos. Palabras verdaderamente luminosas, aplicables a la vida social en todos sus grados, y también a la vida de la Iglesia, sin perjuicio de su estructura jerárquica.

Y ahora, venerables hermanos, con esta doctrina y con esta práctica de la Iglesia, comparad, en su realidad, las tendencias imperialistas. Aquí no encontraréis ningùn principio de equilibrio interno; y por ello la solidez de la convivencia humana sufre un dano nuevo y grande. Si de hecho esos gigantescos organismos no tienen ningùn real fundamento moral, necesariamente evolucionan siempre hacia una concentraciôn cada vez mayor y hacia una cada vez mäs apretada uniformidad. Por ello su equilibrio, su misma cohesiôn, se mantienen únicamente por la fuerza y el influjo opresor de las condiciones materiales y de los procedimientos juridicos, de los acontecimientos y de las instituciones, pero no en virtud de la adhesion intima de

los hombres, de su actitud y rapidez para tomar iniciativas y asumir las responsabilidades. El llamado orden interior rediiccse casi a una simple tregua entre los diversos grupos, con la continua amenaza de romper su equilibrio en cualquier cambio, ya de los intereses cruzados, ya de la proporción entre las respectivas fuerzas. Tan fragiles y tan inestables como son en su continuación interna, estos organismos están otro tanto más expuestos a convertirse en peligrosos aun para la entera comunidad de los Estados» (Pfo XII, A *los nuevos cardinales*, 20 de febrerode 1946,5: Col. Enc., p.325)

h) En otras circunstancias, también la Iglesia cura las heridas de un imperialism@ cerrado, sin enfeudarse a ningún GRUPO ÉTNICO O CLASE SOCIAL

«Sin duda que es muy diverso el caso de un imperio fundado sobre una oase cuyo carácter espiritual se ha establecido y reforzado a través de la historia, y que encuentra su apoyo en la conciencia de una gran mayoría de los ciudadanos. Pero iacaso no ofrece su costado a un peligro de otra naturaleza, esto es, el de conceder una estimación exagerada, una atención exclusiva a todo cuanto le es propio, y no saber apreciar o simplemente conocer lo que le es extraño? Y ved de nuevo la unidad y la integridad de la ...unidad humana conmovidas por la brecha producida en un punto esencial de su fundamento; ved vulnerado el sagrado principio de la igualdad y de la paridad entre los hombres.

También aquí la Iglesia es la que puede curar y sanar semejante herida. También aquí ella lo hace, penetrando en las profundidades más íntima» del ser humano y colocándolo en el centro de todo el orden social. Ahora bien, este ser humano no es el hombre abstracto, ni considerado tan sólo en el orden de la pura naturaleza, sino el hombre completo, cual es ante los ojos de Dios, su Creador y Redentor, cual es en su realidad concreta e histórica, que no se podría perder de vista sin comprometer la economía normal de la convivencia humana. Lo sabe la Iglesia, y obra en consecuencia. Si, en determinados tiempos y lugares, una u otra civilización, uno u otro grupo étnico o clase social, han hecho sentir su influjo en la Iglesia más que otros, esto no significa, sin embargo, que ella se enfeude a ninguno ni que se fosilice, por decirlo así, en un momento de la historia, cerrándose a todo ulterior desarrollo. Al contrario, inclinada como esta sobre el hombre con una incesante atención, escuchando todos los latidos de su corazón ella conoce todas sus riquezas, percibe todas sus aspiraciones con aquella elarividente intuición y agudeza penetrante, que sólo puede derivarse de la luz sobrenatural de la doctrina de Cristo y del calor sobrenatural de su divina caridad. Y así la Iglesia, en su progreso, sigue, sin detención y sin choque alguno, el camino providencial de los tiempos y de las circunstancias. Tal es el sentido profundo de su ley vital de continua adaptación, que algunos, incapaces de alzarse a ese concepto tan magnífico, han interpretado y presentado como oportunismo. No; la comprensión universal de la Iglesia nada tiene que ver con la estrechez de una secta ni con el exclusivismo de un imperialismo prisionero de su tradición.

Con todo cuidado tiende ella al fin que Santo Tomás de Aquino, siguiendo al Estagirita, señala a la vida común, que es el de unir entre sí a los hombres con los lazos de la amistad. Se ha dicho que, con todos los medios modernos de comunicación, los pueblos y los hombres están ahora más aislado* de lo que jamás estuvieron. Pero esto nunca se podrá decir de los católicos, de los miembros de la Iglesia» (Pio XII. A *los nuevos cardenales*, 20 de febrero de 1946. 6: Col. Enc.. p.326).

B) La Iglesia ante la humanidad dividida**a) Unos quieren que la Iglesia se ponga al servicio de intereses meramente políticos**

«Ahora bien, quienes falsamente consideran a la Iglesia casi como un* cualquier potencia terrenal, como una especie de imperio mundial, fácilmente se ven inducidos a exigir también de ella, como de los demás la renuncia a la neutralidad, la opción definitiva en favor de una u otra parte. Sin embargo, en el caso de la Iglesia no se puede tratar de renunciar a una neutralidad política, por la sencilla razón de que ella no puede ponerse al servicio de intereses meramente políticos.

Y no se crea que sea éste un puro juego de palabras y de concepto» Basta tener una noción elemental del fundamento en que la Iglesia descansa como sociedad, para que se nos comprenda sin necesidad de explicaciones más amplias. El divino Redentor fundó la Iglesia para comunicar, por medio de ella, a la humanidad su verdad y su gracia hasta el fin de los tiempos. La Iglesia es su Cuerpo místico. Ella es toda de Cristo. y Cristo es de Dios» (Pío XII, *Radiom. Nav.* 1951, 4: Col. Enc., p.291).

b) Lo cual es herir la esencia misma de la Iglesia**S2>**

«Los hombres políticos, y a veces hasta hombres de Iglesia, que intentasen hacer de la Esposa de Cristo su aliada o el instrumento de sus combinaciones políticas nacionales o internacionales, herirían la esencia misma de la Iglesia, danarían a su propia vida; en una palabra, la rebajarían al mismo plano en que se debaten los conflictos de intereses temporales. Y esto es y continúa siendo verdad, aunque se haga porrazones e intereses legítimos en sí mismos.

Quien quisiera, pues, separar a la Iglesia de su presupuesta neutralidad o hacer presión sobre ella en la cuestión de la paz, o menoscabar su derecho a determinar libremente si ha de tomar posición en los varios conflictos y cuándo y cómo ha de hacerlo, no facilitaría su cooperación a la obra de la paz, porque una tal determinación por parte de la Iglesia, aun en los asuntos políticos, nunca puede ser una actuación puramente política, sino que debe ser siempre «sub specie aeternitatis», a la luz de la ley divina, de su orden, de sus valores y de sus normas» (Pío XII. *Radiom. Nav.* 1951. : Col. Enc., p.292).

c) Y si ella juzga o habla no es por partidismo, sino en virtud de su misión divina**32%**

«No es raro el caso de que a potencias e instituciones puramente terrenales se las vea salir de su neutralidad, para formar hoy en un campo, mañana tal vez en otro. Es un juego de combinaciones que puede explicarse por el incesante fluctuar de los intereses temporales. Pero la Iglesia se mantiene alejada de semejantes combinaciones mudables. Si juzga, no es porque saiga de una neutralidad observada hasta entonces, porque Dios jamás es neutral respecto a los acontecimientos humanos, ni ante el curso de la historia: y por ello tampoco puede hacerlo la Iglesia. Si habla ella, es en virtud de su misión divina querida por Dios. Si habla y juzga sobre los

problemas dei dia es con la clara conciencia de anticipar, por la virtud del Espiritu Santo, la sentencia que al final de los tiempos confirmará y sancionará su Señor y Cabeza, Juez dei universo.

Tal es la función propia y sobrehumana de la Iglesia respecto a las cosas políticas. ¿Qué quiere decir, pues, esa vana frase de una neutralidad a la que debería renunciar la Iglesia?» (Pío XII, *Radiom. Nav. 1951*, 6: Col. Enc., p.292).

d) OTROS QUIEREN LA NEUTRALIDAD DE LA IGLESIA, SIN COMPRENDER QUE ELLA NO PUEDE PERMANECER INDIFERENTE ENTRE EL BIEN Y EL MAL

»Otros, por lo contrario, quieren la neutralidad de la Iglesia en interés de la paz. Pero tampoco estos tienen una idea justa del lugar que la Iglesia ocupa en el curso de los grandes acontecimientos mundiales.

Ella no puede bajar de la alta esfera sobrenatural, que no conoce la neutralidad política—en el sentido en que este concepto se aplica a las potencias terrenas—, lo cual no excluye, antes bien, confirma profundamente la parte que ella toma en las angustias y en los sufrimientos de sus miembros, divididos entre uno y otro campo, y la inquietud que ella experimenta por la oposición de opiniones y de deseos dentro de sus propias filas. La Iglesia no puede avenirse a juzgar con criterios exclusivamente políticos, no puede lugar los intereses de la religión a orientaciones determinadas por motivos puramente terrenos, ni puede exponerse al peligro de que se dude fundadamente de su carácter religioso; no puede olvidar, ni siquiera por un momento, que su cualidad de representante de Dios sobre la tierra no la permite permanecer indiferente ni un solo instante entre el bien y el mal en las cosas humanas. Si la pidiesen esto ella debería negarse, y los fieles de ambos bandos deberían, en virtud de su fe y esperanza sobrenaturales, comprender y respetar esa actitud suya» (Pío XII, *Radiom. Nav. 1951*. 7' Col. Enc., p.292).

SECCION I'II. MISCELANEA HISTORICA
Y LITERARIA

Queremos dar en esta sección un resumen histórico-literario de los principales problemas que se han planteado en torno a la figura de los Magos, recogiendo los datos, tradiciones y leyendas de los principales autores antiguos y tratadistas contemporaneos.

I

A) *cQuiénes eran los Magos?* 331

El Evangelio calihca a los adoradores de Jesûs de «magos», palabra que sabe a primera vista a encanto y a hechiceria, a artes esotéricas y ocultas, a brujeria y a sortilegio. Pero no. El nombre de mago especifica también en el Oriente al sabio, al filôsofo al perito en astrologia. En su origen parece ser una palabra persa, vinculada a la figura y a las enseñanzas de Zoroastro. Magos fueron sus discipulos, agrupados en poderosa clase, como consejeros y ayos de los principes. Cultivaban las ciencias de la naturaleza, la astrologia y la teologia, y actuaban, al decir de Herodoto, con noble prestigio en los asuntos del Estado. El jefe de los «magos», según testimonia Jeremias. figuraba entre los principes mds distinguidos de Nabucodonosor. El propio profeta Daniel recibió el titulo de *gran mago» en recompensa de sus servicios. Sacerdotes, y maestros a la vez, profesaban la teologia avéstica de la eterna lucha entre el bien y el mal, de la que habia de triunfar el primero, como subraya Ricciotti, merced a la intervenciôn de «un socorredor* o «verdad encamada» en el que se cifraban todas las esperanzas, pues habia de devolver a la humanidad su primitiva condiçiôn feliz. Esta doctrina teolôgica se puso en contacto con la hebraica de un Mesias redentor, y asi nada tiene de extraño que algunos magos, los del Evangelio, al refulgir en el abismo negro y aterciopelado del cielo de Oriente la nueva estrella, rutilante como una pupila, ellos, avezados a la observaciôn astrolôgica desde sus «zigurah», creyeran llegado el momento de la venida del «socorredor», o recordaran los pronôsticos hebreos del adivino Balaam, aprendidos durante el cautiverio israelita, y pensaran que habia aparecido la estrella de Jacob.

Eran, pues, los Magos de nuestra historia unos de tantos sabios astrologos, semejantes a los que florecieron en la época de los medos y de los aqueménidas, expertos en la observaciôn de la naturaleza, de los elementos y de los misterios de los astros, en el caso de que se les suponga de origen persa, o simplemente hombres graves consagrados al estudio de los cielos, o incluso judios que vivian en la Arabia con la esperanza de que una estrella nacera de Jacob y un cetro se levantaria en Israël.

cEran reyes:

El Evangelio no les atribuye jerarquía real. Quien primero los llama reyes es Tertuliano, fundándose precisamente en el salmo 71: «Los reyes de Tarais y de las Islas le ofrecerán dones; los reyes de la Arabia y de Saba le traerán presentes»; y en aquel otro (67,30): «Por tu templo en Jerusalén te ofrecen dones los reyes»; y asimismo en el conocido pasaje de Isaías: «Los reyes caminarán al resplandor de tu aurora...; todos los de Saba vendrán trayendo oro e incienso*. Desde los primeros siglos de la Iglesia se establece en los Padres una corriente favorable a proclamar la categoría regia de los Magos, como testimonian San Cesáreo de Arles, San Gregorio Magno, San Hilario y el mismo San Jerónimo. Pero; cómo es posible que el evangelista, tan preciso en aplicar al Salvador las profecías bíblicas, olvidara este detalle? Por otra parte, no parece que Herodes los agasajase en su corte en plan de reyes, ya que ni los envió embajadores y legados, según la costumbre oriental, ni salió a recibirlos. Tampoco se explica cómo pudieron luego marcharse ocultamente, sin aparato de despedida. La crítica moderna se pronuncia, por tanto, en sentido negativo, afirmando que la categoría real, inspirada desde luego en los aludidos textos de la Escritura, es mera leyenda, generalizada a partir del siglo VI. Los sagrados pasajes aluden en términos elevados y metafóricos a la conversión general de los gentiles y en los monumentos más antiguos del arte cristiano los Magos no lucen atributos de realeza hasta el siglo VIII, en que se les confiere la fantasía medieval.

Más contra estos argumentos esgrimen otros no menos estimables los defensores acérrimos de la condición monárquica. San Mateo—vienen a afirmar—pudo omitir el dato de la realeza, porque le importó subrayar, más que el aparato regio, la sabiduría de los Magos, ya que el conocer el nacimiento de Cristo por una estrella es cosa más propia de astrologos que de reyes. También la Escritura a veces omite el título real, como ocurre con los amigos de Jacob, que eran tales y no se les llama así. Por lo que respecta a Herodes, si no los agasajó como reyes fue para exaltar su propia gloria y majestad, y si no los despidió regiamente fue acaso por astucia... En cuanto a las representaciones artísticas, se asegura que si el resplandor de la realeza está más dentro del tono de modestia y simplicidad, propia del arte ingenuo e incipiente...

En suma, que no faltan razones tampoco para mantener la tradición popular y poética de los monarcas orientales humiliando su majestad ante el Rey de reyes, recién nacido en el pesebre de Belén.

C) ¿Cuántos eran?

Nada dice el Evangelio sobre el número de los Magos. Un silencio semejante se percibe en los Padres más antiguos. El primero que precisa la cifra es Orígenes, para quien fueron tres. Luego, la tradición fluctúa. Los sirios y los armenios habían de doce, inspirándose acaso en el escrito apócrifo llamado de Seth. El Crisóstomo en algún lugar acepta la cifra. Pero en el Occidente, salvo la discrepancia de Pedro Abelardo, que se aferra a la docena, y la del autor de la Glosa ordinaria, que alude vagamente a «muchos», el número de tres se afianza sobre todo a partir de los sermones de San León,

y mäs tarde, cuando sigue el mismo criterio San Gregorio Magno. Con este sentir congenian las representaciones artisticas arcaicas, sin otra excepciön que los frescos de las catacumbas de los santos Pedro y Marcelino, donde sôlo figuran dos Magos, y los de Domitila, en que se dibujan cuatro. Kraus explica este hecho por razones de simetria, y asegura que en nada desmiente la tradiçiön occidental del nûmero de trës, ratificada, por otra parte, en el primer sermôn de la Epifanfa de San Agustin y luego en los escritos de San Anselmo y de San Beda.

Parece indudable que la teorla ternaria, en vigor hasta nuestros dias, a pesar de no aludirse a ella ni en el Breviario, ni en el Misai, ni en la liturgia romana, se apoya en razones de simbolismo. La mäs sencilla es el nûmero de los dones, y en ella coincide la mayoria de los Padres. Pero no han faltado escritores que han querido ver en la triada de ofrendas y en el nûmero de los Magos el slmil de la Trinidad, empezando por el propio San Agustin. ♦Por un solo camino vinieron a la vez los tres Magos—dice San Mâximo—, porque en un solo Cristo Jesûs, que es el camino de todos los creyentes, estaba la Trinidad adorable». Otros autores, en fin, simbolizan en los trës Magos las edades de la vida, a saber: la juventud, la virilidad y la vejez, y hasta algunos, como San Ruperto, personifican en ellas las tres razas humanas: la semita, la camitica y la jafâtica o europea.

D)· cCôm o se llamaban?

Ningûn escritor griego ni latino se atreviô hasta el siglo VII a romper la reticenda evangélica sobre el nombre de los Magos. Un manuscrito de esa fccha, conservado en la Biblioteca Nacional de Paris, empezô a llamarlos: Bithisarea, Melchior y Gathaspa. El historiador Angelo, en el siglo IX, les asignô en su «Liber pontificalis Ecclesiae Ravennatis» los nombres actuales de Melchor, Gaspar y Baltasar, que, al parecer, recogiô en el siglo XII San Beda, a quien debemos la primera semblanza flsica de los ilustres personajes. «El primero—dice—fué Melchor, viejo, cano, de barba y cabellos largos y grises... El segundo ténia por nombre Gaspar y era joven, imberbe y rubio... El tercero, negro y totalmente barbado, se llamaba Baltasar...»

Esta onomâstica no concuerda, sin embargo, con la tradiçiön siria, que nos ha transmitido doce nombres, entre los que los primeros son Zarvanda, hijo de Artabân; Hormizd, hijo de Sitruq, y Gushnasaph, hijo de Gunaphar. Tampoco se compagina con la nomenclatura que asignô a los Magos Zacarias, obispo, crisopolitano del siglo XII, quien los denominô Appellio que quiere decir «fiel»; Amero, «humilde», y Damasco, «misericordioso». En hebreo se llamaron, asimismo, Magalath, que se interpreta «mensajero»; Galgalah, que se traduce «devoto», y Saracin, que significa «gracia». En otros autores se denominaron Ator, Sator y Paratoras, y hasta hubo un escritor en el siglo VII para quien los Magos fueron Henoch, Elias y Melchisedec, que bajaron del paraíso hasta el pesebre betlemita atraídos por la estrella. Por encima de todas estas rarezas prevaleciô hasta hoy la tradiçiön de San Beda, tanto porque la aceptô la fantasia popular como porque la recogió asi también el arte plâstico de Occidente.

38A

E) iDe donde venian?

Se ha pretendido concretar la vaga mención del Oriente a que alude el Evangelio con el país originario de los Magos. La más antigua opinión, sustentada por San Clemente Papa, San Justino y Tertuliano, los hace venir de la Arabia, sin otro fundamento que los pasajes de la Escritura aludidos más arriba y la naturaleza de los dones, especialmente del incienso y la mirra que se tenían por productos arábigos. Pero ni uno ni otro se cultivan en la Arabia con exclusividad, ni aunque así fuera el Evangelio dice que los Magos llevasen estos presentes de su propio país. Otro sector importante de autores, que encabeza Orígenes, inspirándose en la aparición de la estrella, reputan a Caldea, considerada como cuna de la astrología, la patria de los Magos. Tampoco la razón es decisiva, porque astrólogos hubo en todo el Oriente, e incluso los persas fueron científicamente más expertos que los caldeos.

Hay quien los hace venir de la Etiopía, del Egipto, de la India y hasta de la China, e incluso algunos pintores los han diseñado de razas distintas en armonía con las tres principales regiones del Oriente, a saber: el zoroastrismo, el brahmanismo y el budismo. Pero la doctrina más en boga entre los escritores contemporáneos y la que asimismo alcanza más defensores en la antigüedad es la de que vinieron de Persia, precisamente por ser oriunda de allí la casta de los magos. En este sentido se pronuncian San Basilio, San Juan Crisóstomo, el poeta Juvenio y San Cirilo de Alejandría, y en nuestro tiempo cuantos especialistas localizan el Iran como lugar donde vivieron los auténticos Magos evangélicos, antagónicos de los astrólogos nigromantes de la Caldea.

33<>

'Donde adoraron a Jesús?

Se presenta la duda de si la adoración de los Reyes fue en el mismo establo del nacimiento o en una «casa» donde pudo albergarse la Sagrada Familia cuando, al terminar el censo, la gente se dispersó. La teoría de la gruta como escenario de la adoración cuenta con una tradición antigua que se remonta al siglo IV. Es más, se señala desde entonces en la cripta de Belén con un altar el sitio donde se verificó el suceso y en el que se celebraba la Epifanía, que constituía precisamente la principal fiesta del año y era la titular de la basílica. Allí, en ese altar, hasta el día de hoy y ante un humilde cuadro que evoca la adoración de los Reyes, se han prosternado los peregrinos de todos los siglos, seguros de que pisaban el mismo suelo donde los Magos ofrecieron sus dones. La crítica moderna, sin embargo, pretende que la palabra «casa» del Evangelio de San Mateo alude a un lugar diferente del establo, por lo que se hace preciso rectificar la tradición. O a lo menos no considera cierto el lugar venerado hasta nuestros días. Contra esta hipótesis se alza la consideración de que el vocablo «casa» pudo ser tan sólo una expresión común para designar simplemente «habitación». Aun con ella, un palestino de hoy llamaría también a una cueva. Esta razón, y sobre todo la poderosísima de que tanto el Crisóstomo como San Agustín y el mismo San Jerónimo, morador por espacio de tantos años en Belén, sitúan la adoración de los Magos en el establo, nos inclinan a respetar el criterio tradicional, consolidado asimismo por las innumerables representaciones artísticas, y a figurarnos sobre el portal la milagrosa estrella y a los Magos prosternados ante el humilde pesebre donde quisieron nacer para redimirnos el Hijo de Dios.

G) Oro, incienso y mirra

La ofrenda de los clones se menciona en el Evangelio por este orden: el Oro, el poderoso metal amarillo, el primero que conocieron los mortales! Incluso antes que el cobre, en la remota lejanía de la edad prehistórica. El Oro, el que los semitas asociaron a las manifestaciones del culto y consagraron a la divinidad, hasta el punto de considerar sagradas las tierras en que se descubría!... ¿Quién podrá decir de dónde vino aquel oro que fue ofrecido al Niño del pesebre? Famosos eran en la antigüedad los áureos aluviones de la India, de donde innumerables esclavos lo extraían en los tiempos primitivos. Etruscos, medos y persas, al decir de Estrabón, usaron mucho el valioso metal. Caldeos y egipcios se acreditaron como los más peritos en la extracción y como los primeros que lo amalgamaron, enlazando las industrias con el culto religioso. Pero aun era más proverbial en producirlo la Arabia Feliz, el antiguo país del oro, de donde lo transportaban las caravanas a lomos de camellos, en consonancia con lo que cantó el salmista: «Le darán el oro de la Arabia*...

El incienso!, el blanco «lebonah» de los judíos, el «luban» de los árabes, el «libanos» de los griegos, proveniente de la «Xmyris Kafai» o de la «Bowelia sacra», que lo Uoraban cual lágrimas traslúcidas de amarillo limón. Así lo transpiraban los troncos del «árbol árabe», como lo llaman Plinio y Tertuliano, y era transportado del África a la India en granos elipsoideos para quemarse en humo de fragante olor en las turiferaciones sacrales en honor de las deidades del Oriente, empezando por el altar de los perfumes de la liturgia israelita. Allí, en el ara construida de madera de setim y recubierta de oro finísimo, recibió Yahvé, el Dios único, mañana y tarde y por espacio de siglos, el humeante homenaje de su pueblo escogido, a través de la combustión del purísimo incienso, mezclado con el estoraque, el ónice oloroso y el gálbano aromático.

Por último, la mirra..., resina amarga, también llorada en lágrimas rojas y semitransparentes por la «Commifera» o «balsamodendron», de la que fluye en forma de zumo para cuajarse paulatinamente en el tronco. Ningún sahumero ni ungüento alcanzó en el Oriente más prestigio que el confeccionado con mirra. Se la utilizaba como aroma excepcional, como humo perfumado para las ceremonias religiosas, como medicamento y, en el antiguo Egipto, según atestiguan las momias, para embalsamar cadáveres. Cual mirra selecta exhaló suave olor la sabiduría y como manojito de mirra fue su amado para la Esposa de los Cantares...

Pues he aquí que estos tres dones figuran desde la antigüedad en el inventario de los regalos de los «piadosos donantes». Por eso, nuestros reales viajeros, al abrir sus alforjas, ofrendaron lo que los extráneos estimaban como los productos mejores de su tierra, como el emblema más afectuoso y expresivo. No ofreció Melchor el oro, Gaspar el incienso y Baltasar la mirra, según dice San Beda, sino tal vez cada una de las tres cosas, como proclama San Anselmo. Pero muy lejos estaban entonces de pensar que estos ingenuos obsequios alcanzarían bien pronto calidad de símbolo y que con ellos, como empezó a afirmar San Ireneo, declaraban quién era Aquel al que se debía adorar. «Ofrecían oro al que era Rey, y de un reinado que no tendría fin, incienso, al que era Dios, y mirra al que había de morir por el linaje humano». Honraron de esta manera, como subrayan el poeta español Juvenio, Sedulio y el propio San Gregorio Magno, al Rey, al Dios y al Hombre, y consumaron, según San Hilario, «el conocimiento de todo el

misterio: en el hombre, el misterio de la muerte; en Dios, el de la resurrección; en el Rey, el del juicio». Si los escritores ascéticos de todos los tiempos han visto en el oro la caridad, en el incienso la adoración y en la mirra la penitencia, y los místicos han presentido, a su vez, en los mismos motivos, la ofrenda de la pobreza, la obediencia y la castidad, el oficio de la Epifanía ha consagrado la simbología de los dones, cantando en el oro al Rey poderoso, en el incienso al Sacerdote magno y en la mirra al Dios sepultado, después de morir por la humanidad.

♦

H) La estrella

. l

f f

Comúnmente se ha relacionado con la estrella de los Magos la llamada profecía o vaticinio de Balaam, que se refiere en el libro sagrado de los Números: «Se alzará una estrella de Jacob y surgirá un cetro de Israel». Los Magos, fieles observadores del firmamento, al observar la aparición del astro, y supuesto el conocimiento que poseían de las esperanzas mesiánicas de los hebreos, se sintieron atraídos a adorar al Salvador.

Sobre la estrella se han formulado multitud de hipótesis, desde las puramente fantásticas y literarias, hasta las más científicas. El evangelio apócrifo árabe dice que fue un ángel en forma de estrella. Según el Protoevangelio de Santiago, apareció «una estrella de mucho brillo entre todas las estrellas y que las eclipsaba hasta el punto de hacerlas invisibles». En análogos términos se expresa el libro armenio de la infancia. San Ignacio de Antioquia llegó a afirmar que «sobrepujaba en claridad a los demás astros, incluso a la luna y al sol, que danzaban en su torno». Tales cosas se dijeron en la antigüedad y aun en el alto medievo sobre la estrella de Belén, que Santo Tomás de Aquino hubo de rechazar la opinión de que fuera el Espíritu Santo y declarar que se trataba de una nueva estrella creada expresamente por Dios, no en el cielo, sino en el aire próximo a la tierra, y que se movía por voluntad divina a la manera de la columna de fuego que guió a los israelitas en el desierto.

Posteriormente se han desarrollado otras hipótesis. Ante todo, la creencia en una estrella fija ordinaria, cuya luz se vio entonces por primera vez. Esta teoría difícilmente puede concordarse dentro de las leyes astronómicas con lo que refiere el Evangelio, a saber: la dirección que tomó el astro y su parada, indicadora del establo de Belén. En segundo lugar, se ha reproducido la vieja tesis de Orígenes, por la que se creía un cometa, y hasta el mismo cometa Halley, que, al igual que en 1910, pasó también por el firmamento el año 12 antes de Jesucristo. Mas tampoco se armonizan sus leyes con la aparición y desaparición mencionadas en el Evangelio. ¿Fue quizá entonces la conjunción de Saturno y Júpiter en el signo de Piscis, ocurrida precisamente el año 747 de la fundación de Roma, según han planteado algunos astrónomos católicos de la época moderna? En tal caso, ¿por qué el evangelista emplea la palabra «aster», que designa siempre no un par de planetas, sino una estrella sola y aislada? Kepler, a pesar de cuanto se ha dicho, no aseguró que tal conjunción fuera la estrella de los Magos, sino que profesó la que creemos más cierta teoría, la de Santo Tomás de Aquino, a saber: «una estrella que no se movía en la región del éter, sino en las capas inferiores de la atmósfera». Sólo pensando, a la manera popular, en un prodigioso meteorito móvil puede explicarse ese aparecer y desaparecer, avanzar y pararse que describe el relato evangélico. Cobra así prestigio la ingenua interpretación de los Padres, en especial la de San Justino y el Crisóstomo, y sobre todo aquella visión de sor María de Agreda, en la -que el santo ángel formó

de la materia dei aire una estrella refulgente, aunque no de tanta magnitud como las dei firmamento, porque no subiô mäs alta que pedia el fin de su formaciôn». Fué, como la viô la madré Emmerich, el «globo de larga cola de fuego... que alguien conducfa como pendiente de un hilo de luz»..., o «la nubecilla luminosa» que, al decir de Alfonso el Sabio en su *Crônica*, fué contemplada en Espana al mismo tiempo que nacia el Redentor.

En ultimo extremo—y pensamos en las palabras de San Agustin—no fué la estrella ni siquiera un fenômeno celeste, sino tan sôlo la «iluminaciôn interna» con que Dios encendiô el aima de los Magos para que percibieran el mensaje de la universal Epifania.

I) El camino de regreso

Una vez que adoraron al Nino y le ofrecieron sus presentes, emprendieron el regreso a su patria. Ya no brillaba la estrella. Habian de retornar a Herodes para comunicarle la nueva de su feliz hallazgo, cuando aquella misma noche el aviso divino, percibido mientras dormian, les arrancô de las garras del malvado reyezuelo de Jerusalén. Era precise huir a toda prisa, buscando una ruta poco frecuentada y anticiparse a la persecuciôn de los sicarios reales. El Evangelio de San Mateo alude tan sôlo «a otro camino». Los comentaristas han intentado las mäs diversas hipótesis. Puesto que el regreso habia de verificarse secretamente para despistar a los espías dei tirano, Amobio el Joven, en el siglo V, opinô que los Magos debieron apresurarse a ganar la costa a grandes jornadas y regresar por via maritima, esto es, esquivando por mar la Palestina, para alcanzar luego, por el Libano y Siria, el paso hacia el Oriente. No hace falta, empero, suposición tan atrevida. Si los Magos, al venir en pos de la estrella, tomaron la ruta ordinaria de Jericô hasta Jerusalén, lo probable es que a la vuelta caminaran por el este de Belén, bien por senderos que, atravesando el Jordân, conducian a la meseta moabita, para enlazar con las caravanas orientales, o que, tocando la fortaleza herodiana de Masada, costearan la ribera occidental del Mar Muerto.

De todos modos, por uno u otro camino, se extinguiô histôricamente su memoria. Ni el Evangelio ni los libros apostólicos volvieron a mencionar a estos bienaventurados sabios del Oriente, a quienes el cielo deparô la fortuna de ver y adorar al Redentor.

J) El destino ulterior de los Magos

340

Desde entonces ha sido un enigma para la historia el destino ulterior de los Magos. Apenas si se encuentran noticias de su vida, ni en los Padres, ni siquiera en los escritos legendarios y apócrifos. Por mucho que se trate de exprimirla, bien poco jugo da de si la alusión del Crisóstomo: «Tû, Cristo, llamaste con tu venida a los Magos del Oriente y los hiciste volver a los suyos convertidos en evangelistas». Sin embargo, no habia de faltar la consabida leyenda que a lo menos abriera un horizonte a la piadosa fantasia de los fieles. Asi, el autor dei «Opus imperfectum» afirma que los Magos, al retornar a su patria, «vivieron muchos anos glorificando a Dios, con mäs fervor que antes, y enseñaron y predicaron a muchos». Y aun anade que después de la resurrección de Jesucristo, cuando el discipulo incrédulo fué a evangelizar a los partos, atravesando el Tigris, como asegura Origenes, y hasta

penetrô en el desierto de la India, según narra el libro apócrifo de los «Hechos de Santo Tomâs», escrito en lengua siriaca, los Magos se unieron al apóstol, quien no sólo los bautizó, sino que los tomó por colaboradores, los consagró obispos y robusteció sus almas con los dones celestes hasta hacerlos dignos de un martirio que padecieron en las postrimerias dei siglo I de nuestra era. Lucio Dester, en su *Crônica*, por ejemplo, supone que el martirio de los Magos ocurrió en el año 70.

Mas, aparte de lo inseguro de tales hechos por la poca calidad de las Fuentes que los relatan, está en pie todavía la duda sobre la propia evangelización indica de Santo Tomâs. Y eso—digámoslo de pasada—que cuenta en su favor con una tradición dei siglo III, reafirmada por el famoso relato de Cosme en el siglo VI, con la que se armoniza la llamada «cristiandad de Santo Tomâs», encontrada por los portugueses al arribar a la India en el siglo XV, y aludida por San Francisco Javier; la ciudad situada entre el cabo Comorin y el de Bengala, denominada con el nombre del apóstol y cantada por Camoens como escenario martirial dei discípulo «cuya mano toco las heridas de un Dios», y la afirmación de Marco Polo de que «los peregrinos subían en grandes caravanas y los mismos sarracenos veneraban el sepulcro de Tomâs como el de un compatriota».

A la leyenda de los Magos, obispos y mártires de la India, o por lo menos de la Persia, vino a unirse otra no menos sugestiva, que arranca dei siglo XI. Tal es la que afirma que sus restos mortales fueron transportados por Santa Elena de Persia a Constantinopla y depositados en Santa Sofía, desde donde los trajo a Milan el obispo Eustorgio en el siglo IV. Allí fueron venerados por los fieles por espacio de siete siglos, hasta que en 1164 el emperador germánico Federico Barbarroja, accediendo a los deseos del canciller Reynaldo de Dassel, los trasladó, juntamente con los cuerpos de los santos Félix y Nabor, a Colonia. Se edificó primero en honor de los Magos un templo sencillo. Pero luego se convirtió, durante el siglo XIII, en la maravillosa catedral, orgullo del arte gótico, la cual aún en nuestros días perpetúa en el mundo cristiano la memoria de aquellos fieles seguidores de la estrella de Belén, a quienes la Iglesia ha colocado en los altares y ha asignado una fiesta propia en su calendario litúrgico.

SECCION VIH. GUIGNES HOMILETICOS

SIPNOSIS DE LOS GUIONES HOMILETICOS

Tema litúrgico:

«Hemos visto su estrella» (i).

Los Magos:

El ejemplo de los Magos (3).
Una estrella en el cielo (7).

Simbolismo de los dones:

Caridad (9).
Mortificación (10).
Oración (11).

Vocación:

Vocación (8).
La vocación de los Magos (2).
La vocación en Cristo (4).
Conoce tu vocación (5).
Modo de conocer la vocación (6).

SERIE I: LITURGICOS

(Memos visto su estrella»

I. Simbolismo litúrgico de la estrella.

- A. La Liturgia con frecuencia busca el simbolo en los hechos historicos ciel Evangelio.
- B. En la fiesta de Epifanla ve la Eucaristia, simbolizada en la estrella al decir en la comuniôn: «Hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorar al Senor».
- C. Pero enciérrase, ademâs, otro simbolismo en la. estre-lla que guiô a los Magos: la estrella significa a la Iglesia. La Iglesia, a través de los siglos, brilla con el resplan-

dor de Cristo y conduce a El los pueblos y los individuos.

- 342 II. Es *el día del desposono de la Iglesia* (antif. del «Benedictus»).
- A. Epifania es, ante todo, fiesta de la manifestación de Cristo. Fiesta de grandeza y triunfo, de poderío y de luz: «Ecce advenit dominator dominus» (introito). Por ella la Iglesia se nos presenta en íntima unión con Cristo: «hodie caelesti Sponso iuncta est Ecclesia».
 - B. De aquí que la Iglesia brille a través de su historia con el fulgor divino de Cristo. En ella tienen realidad las palabras de Isaías que se leen en la Epístola: «Levántate y resplandece, que ya se alza tu luz y la gloria del Señor alborea para ti; mientras esta cubierta de sombras la tierra y los pueblos yacen en tinieblas, sobre ti viene la aurora del Señor y en ti se manifiesta su gloria. Las gentes andarán en tu luz y los reyes a la claridad de tu aurora» (Is. 60,1-6).
 - C. La Iglesia es «la estrella de Cristo».
- 343 III. *Las gentes andarán en tu luz.*
- A. Como la estrella guió a los Magos, la Iglesia está fundada para conducir a las gentes al reino de Dios. Cuantos han recibido a Cristo ha sido mediante la Iglesia; lo han encontrado en ella.
 - B. Sigue brillando hoy día la Estrella y... todavía las tinieblas cubren gran parte de la tierra. China, Japón, Oceanía, América... 1.500 millones de infieles. Muchas regiones de Europa, que no están en posesión de la verdadera religión. Ha de cumplirse la profecía «las gentes andarán en tu luz».
 - C. Para esto se necesitan apóstoles.
 - a) *Son ellos como los rayos de luz de la Iglesia. Por ellos brilló el Evangelio y se convirtieron las gentes a Dios. Pedro y Pablo y los otros once en el primer siglo. Bonifacio, Agustín, Patricio en la Edad Media. San Francisco Javier y los misioneros del Oriente. Los apóstoles de la oración, como Santa Teresa y Santa Teresita de Lisieux y la legión de aims desconocidas.*
 - b) *Lo característico de todos ellos es su amor a Cristo y a las aims. Sentían que Dios las amaba como a ellos; que, como ellos, habían sido también iguales: la del Rey y la del pordiosero; en su pueblo y en naciones extráneas. Y por Cristo y por las aims... se entregaban a la oración, al sacrificio, al apostolado.*

La fiesta de Epifanía es fiesta de pedir a Dios que suscite apóstoles... Fiesta propia para encender en nosotros la llama del apostolado para amar las aims que viven en tinieblas y pedir y sacrificarnos por ellas. A fin de que vean la Estrella y se acerquen a adorai a Cristo.

IV. *En nuestro ambiente.*

Todavía exige más de nosotros la Epifanía. Aun allí donde la Iglesia está constituida no se percibe su luz. Pertenecemos y vivimos en el reino de la Luz y estamos rodeados de tinieblas. El odio, la envidia, la ambición, la frivolidad, la deshonestidad cubren de tupido vélo muchos sectores y ambientes de la vida, sin que la luz de la Iglesia pénétre en ellos.

En la familia, en la calle, en la escuela, en las oficinas, fabricas y talleres, en mercados, en las compraventas, en las relaciones con obreros y sirvientes, hasta en el templo, se filtra el desorden, la insinceridad, el egoismo, la malicia.

- b) *Se hace caso omiso de la voz de la Iglesia, que habla constantemente y constantemente ilumina a través del papa y los obispos.*

«¿Por qué esto?... ¿Por qué resulta tan débil la voz de la Iglesia?... No es débil esta voz; es que no la reproducimos nosotros. Ni es tenue su luz, sino que no la reflejamos. La culpa puede ser nuestra. Epifanía viene a sembrar una inquietud. Necesita el mundo generaciones nuevas, totalmente renovadas, según el pensamiento de los modernos pontífices. Cada cristiano ha de ser «luz en el Señor». No podremos convertir a los hombres sino irradiando nosotros el Evangelio; viviendo para los demás, haciéndoles partícipes de la paz y alegría que nosotros tenemos; iluminando con los principios de la sana justicia y sublime caridad las relaciones de unos hombres con otros.

De este modo caminarán los pueblos con el resplandor de la Iglesia hacia el reino glorioso de Cristo.

SERIE III: SOBRE EL EVANGELIO

La vocación de los Magos

I *Vocación de los gentiles.*

- A. La Iglesia ha concedido importancia extraordinaria a la fiesta de la Epifanía porque ella representa la vocación de los gentiles al Evangelio.
- B. El pueblo cristiano en todas las épocas ha sentido íntimamente esta fiesta y la ha embellecido en las formas más variadas.

El tema de la vocación, pues, es propiísimo de esta fiesta.

Concepto de vocación.

La vocación, como su nombre indica, es llamada. Es Dios el que llama a los hombres. Es comunicación de un decreto divino, por consiguiente eterno, y concretamente relacionado con la vida del individuo a quien Dios llama. La vocación es la ejecución en el tiempo —como decimos— de un decreto eterno. No se puede separar el concepto de vocación del concepto de predestinación.

B San Pablo lo dice en el capítulo séptimo a los Romanos: «A los que predestinó, a éstos también llamó», dice el Apóstol (Rom. 7,30).

a) *Los conoció con un conocimiento de amor en su presciencia divina. «In caritate perpetua dilexit te; attraxi a te miserans»* (Io. 3i,3).

1. Te conocí desde la eternidad con un conocimiento amoroso: «in caritate perpetua».
2. Te traje en el tiempo ordenado a la vida: «attraxi».
3. Envuelto en mi misericordia: «miserans», y te destiné a la vida eterna.
4. Te justifiqué en el tiempo; te glorifiqué en la eternidad.

b) **Y a estos que ha predestinado, también los ha llamado: y a quienes ha llamado también los ha justificado, también los ha glorificado»* (Rom. 7,30).

III. *Cristo, ejemplar y cabeza.*

La doctrina es agustiniana y ha sido recogida por Santo Tomás.

Cristo es cabeza y ejemplar de todos los predestinados. «a los que quiere Dios que sean conformes con su divino Hijo», primero, en los sufrimientos de esta vida mortal; después, en la gloria de su resurrección y de su triunfo eterno (cf. Rom. 8,18).

Por eso nuestra vocación es propiamente la filiación divina, que en nosotros es adoptiva así como en Cristo fue natural.

a) *‘Herederos de Dios, coherederos de Cristo’* (Rom. 8,17).

b) *‘Juntamente padecemos, para ser juntamente glorificados’* (Rom. 8,17)

IV. *Doble vocación.*

A. Hay que distinguir en el hombre la doble vocación: una vocación general y una vocación individual. Hasta ahora venimos hablando de la vocación general, que es la vocación a la gracia y a la gloria. A esta vocación

se refiere San Pablo en el capítulo 4 a los Efesios: «Yo os ruego, hermanos, que caminéis de un modo digno de la vocación a que habéis sido llamados» (Eph. 4,1).

- B. Cinco actos de la acción divina. Los teólogos, resumiendo la doctrina de San Pablo, expresada principalmente en la Carta a los Romanos, distinguen lo que llaman cinco actos de la acción salvadora de Dios:

La presciencia: En el cual consideran un acto de la inteligencia divina, si bien connotan también un acto de amor, de beneplacito divino.

- b) *La predestinación: Cuyo término es la filiación adoptiva y que, como se ha dicho, es llamada primero a la gracia, y después a la gloria.*
- c) *La vocación propiamente dicha: Que son actos temporales a diferencia de la presciencia y predestinación, que son actos eternos. La vocación es la realización en el tiempo del decreto divino que existía en la mente de Dios. Así en el caso de los Reyes Magos.*
- d) *La justificación: Acto temporal también que supone el concurso divino por la gracia para que el hombre realice temporalmente la vocación; es decir, la llamada divina en el tiempo de la voluntad eterna de Dios.*
- e) *La glorificación: Es el término de este proceso amoroso de la Providencia divina.*

V. Fidelidad a la vocación.

349

Dios quiere que «todos los hombres sean salvos» (1 Tim. 2, 4). Sin embargo, es de fe que no todos los hombres se salvarán.

Porque este proceso divino que comprende cinco puntos, en dos de estos puntos es indispensable el concurso humano: en el de la vocación y el de la justificación.

- a) *Por esto el apóstol San Pablo dice: «Yo os ruego, hermanos, que caminéis de un modo digno de la vocación a que habéis sido llamados» (Eph. 4,1).*
- b) *Es decir, que respondáis a esta vocación con vuestras obras; es decir, que no falte vuestro concurso en la obra de vuestra salud.*

Los Reyes Magos. Los Reyes Magos fueron fidelísimos a la vocación del Señor. Son tan ejemplares las normas de su conducta que merecen un guiño aparte.

El ejemplo de los Magos

- I. *Un ejemplo admirable. De la simple lectura del texto evangélico se desprende que los Reyes Magos fueron modelo en el seguimiento de la vocación divina.* 350

A. Excelente disposiciôn.

- a) *Los autores ascéticos suponen que los Reyes Magos cuando eparedô la estrella se encontraban, por su ofido, contemplando el cielo. Es decir, suponen que estaban entregados al trabajo a que su vocaciôn natural les habia llevado. Y en el trabajo advirtieron el fenômeno nuevo, desacostumbrado, extraordinario, que los cielos les ofrecian.*
- b) *Dada su buena voluntad, Dios les descubriô cudl era el valor singular de aquella estrella. Fijos sus ojos en ella, contemplndola con humildad, considerndola una serial del cielo y deseos de interpretar su significadôn, merecieron de Dios luz para penetrar en el sentido del fenômeno celeste. Advirtieron que la estrella se movia y comprendieron que les invitaba a seguirla.*

B. Prontitud en seguir la estrella.

- a) *«Vidimus; venimus». Del texto se desprende que no dudan un momento en dejarlo todo y en caminar detrd de la estrella. Hubo por su parte docilidad y solicitud.*
- b) *Auténticos hombres del tercer binario ignaciano. Lo dejaron todo, arrastrados por la voz de Dios, que misteriosamente les hablaba.*

C. Confianza en Dios.

- a) *Se lanzaron a la ventura por un camino desconocido. Sin duda no procedieron segùn la prudencia humana, sino segùn el don de consejo.*
- b) *He aqui una norma que deben guardar las aimas santas cuando se sientan movidas por una inspiraciôn celestial: una santa imprudencia, una divina temeridad puede ser el origen de su ventura, como ocurriô a los Reyes Magos. Cuando tengan conciencia de que Dios lo quiere aunque la empresa sea difidl y temeraria a los ojos de los hombres deben lanzarse a ella hacienda esta consideradôn: Si sale bien, jcludnta gloria no va a redbir Dios Nuestro Seûor de ella!; si sale mal, de mi humilladôn consiguiente, jcludntos benefidos no se seguirdn para la santificadôn de mi aima!*

D. Paciencia.

- a) *Contemplad a los Reyes Magos soportando todas las molestias del camino largo. Las soportaban porque su determinaciôn se basaba en la fortaleza.*
- b) *Estaban seguros de que era la voz de Dios la que hablaba en el fondo de su aima. Ho fué una impresiôn pasajera la que les moviô a realizar el viaje.*

E. Constanda.

- a) *Dios les sometiô a la mds dura prueba que podian redbir: la desapariciôn de la estrella. Sin embargo, estaban tan seguros de la verdad de su llamada que cuando se ocultô Dios acudieron a la prudencia de los hombres para conocer el camino.*
- b) *Pusieron todos los medios humanos. No desdeûaron la sentenda de los sabios de la tierra.*

Perseveranda.

No ya guiados por la estrella, sino orientados por los sabios de Jerusalén, se encaminaron hacia la ciudad de Belén.

- b) *Dios pretniô su buena disposiciôn. De nuevo apareciô la estrella que iluminô y guiô Su camino. «V en viendo la estrella ellos se alegraron con gozo sobremanera grande* (Mt. 2,10).*
- c) *Y, al fin, como premia a su perseveranda, llegaron a la casa donde estaba Jesûs con su madre.*

Generosidad y entrega.

- a) *Conocieron la realeza divina de Jesûs. Merederon conocerla por la excelente disposiciôn de su voluntad.*
- b) *Completaron la santa empresa que habian emprendido entregando toda su persona y sus bienes a aquel nino en el que veian al mismo Dios del cielo. Cayeron de rodillas y adoraron, es decir, le entregaron su mente y su voluntad, le reconocieron por Dios y le ofreron los dones de la tierra que del mismo Dios habian redbido.*

intercesiôn de Maria.

San Mateo nos dice que con el Nifto estaba la Madre. [Con qué gozo no veria Maria Santisima la llegada de aquéllos très hijos escogidos! Su oraciôn se habia anticipado a las oraciones de los Magos y, sin duda, fué singular intercesora cerca de su divino Hijo.

(JSeria aventurado pensar que desde que salieron de su tierra Maria Santisima, con espiritu profético, habia conocido la altisima vocaciôn de aquéllos hombres escogidos y les habia acompañado durante su camino con oraciones y súplicas maternales al Nino Dios para que no decayera la fe y la constanda de los viajeros?

El Nino no podia recibir los bienes; sin duda, los recibió Maria Santisima. Ella conservaria el oro, el incienso y la mirra que los Reyes Magos ofreron a Jesûs.

/Que Maria Santisima reciba también lospropôritos de nuestra vocaciôn!

- b) */Que ella vele para que no nos desalentemos ante las dificultades que nos ofrecen los caminos de la vida!*
jQue ella nos conduzca a los pies de su divino Hijo!
- d) *jQue ella nos ensene a adorar a Dios y a realizar la ofrenda representada en aquéllos dones: en el oro, la caridad; en la mirra, la mortificadôn; en el incienso, la oraciôn!*

La vocación en Cristo

352 1. *Toda vocación precede de Dios.*

Lo ensena el apóstol San Pablo.

- a) «Pablo, apóstol no de hombres ni por nombres, sino por Jesu-cristo y por Dios Padre, que le resutilô de entre los niuertos» (Gai. i,t).
- b) «Por el cual hemo> recibido la gracia y el apostolado para promover la obediencia a la fe, para gloria de su nombre en todas las naciones* (Rom. 1,5).

B. Y la vocación procede desde la etemidad. «In 'caritate perpetua dilexi te*: «Te amê desde la etemidad» (1er. 31, 3). «Te amé», porque la vocación es una muestra del amor y es un fruto del amor de Dios.

353 II. Dios *prépara los caminos.*

A. Por eso Dios prépara los caminos del hombre para que rcalice más fácilmente en la vida su eterna vocación divina.

B. Y los prépara:

- a) En el orden natural: *Le da aptitudes especiales, tendenda natural, gusto en la ejecución. Adapta, como si dijéramos, la naturaleza de cada hombre, en cuanto de él depende, a la vocation a que le destina.*
- b) En el orden sobrenatural: *El tiene preparadas desde la eternidad las gracias actuales y dones especiales que cada hombre necesita para cumpli* la misifin que Dios le encomienda en este mundo.*

354 III. *Desde la etemidad.*

A. Nuestra vocación es eterna por su origen.

B. Este concepto se expresa de distintas maneras en las Escrituras.

- a) «Desde el seno de tu madre te amê* (Ps. 138,13).
- b) «El cual me segregô del seno de mi madre» (Gai. 1,15).
- c) «Ergo utero ante luciferinus genui te» («De mi vientre te engendré antes del *luciferinus* de la maflana») (Ps. 109,3).
 - 1. Este salmo es mesiánico. Se aplica a Jesucristo.
 - 2. \, por lo mismo, es aplicable a toda vocación en cuanto al tiempo. Porque la predestinación de Cristo y la de todos los hombres existe del mismo modo y por el mismo acto desde la etemidad («Summa Theologica- 3 q.24 a.4 c).

IV. *Llamados en Cristo.*

Y, sin embargo, nuestra vocación es en Cristo Jesús, del cual se dice que es causa y ejemplar de toda predestinación.

- a) *Es causa ejemplar: Porque El fué predestinado para ser Hijo natural de Dios y nosotros para ser hijos adoptivos, que es una cierta semejanza participada de la filiación natural de Cristo, según lo dice el apóstol San Pablo: «Porque a los que de antes conociô, a ésos los prédestina a ser conformes con la irnagen de su Hijo, para que este sea el primogénito entre muchos hermanos» (Rom. 8,29).*
- b) *En cuanto al modo: En cuanto al modo, Cristo es causa de nuestra predestinación porque esta se verifica por la gracia. De Cristo procede la gracia y la verdad y de su plenitud red-binos todos nosotros (cf. lo. 1,16).*

B. Nuestra vocación en Cristo es como una segunda creación.

- a) *Esta asociación nuestra al misterio de Cristo, que nos hace nacer de nuevo, es la doctrina sublime de los primeras capitulas de la Epistola a los Efesios.*
- b) *Y la especial revelation que Dios concediô a San Pablo, «el misterio secreto que no conocieron los siglos*, es el que las gentes serdn coherederas y coparticipes de las promesas en Cristo Jesús por la virtud del Evangelio (cf. Eph. 3,6). El versiculo principe de esta doctrina se encuentra en Efesios 2,10, cuyas ideas capitales son:*

«Hechura suya sois,
creados en Cristo Jesús,
en obras buenas,
que preparô Dios
para que caminemos por ellas*.

- d) *tie aqui expresada claramente nuestra vocación en Cristo, conocida por Dios desde la etemidad, que se realiza en Cristo por obras realizadas por la gracia de Cristo que Dios nos tiene preparadas si nosotros cumplimos sus designios. Este es el «per ipsum, et cum ipso* del apóstol San Pablo.*

Las dos conexiones.

35G

A. Concebida así la vida del hombre como una vocación o llamada eterna de Dios Nuestro Señor, que se realiza en Cristo y por Cristo, se ofrecen claramente las dos conexiones de nuestra vida espiritual:

B. La primera y principal conexión, con Cristo, cabeza del que recibimos la gracia. «Tenens caput».

«Y no teniendo la cabeza, por la cual el cuerpo entero, alimentado y trabado por las coyunturas y ligamentos, crece con crecimiento divino» (Col. 2,19).

- b) «Sino que, al contrario, abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad, llegandonos a aquel que es nuestra cabeza, Cristo» (Eph. 4,15).

EPIFANIA. 6 ENERO

«De quien todo el cuerpo, trabado y unido por todos los ligamentos que lo unen y nutren para la operación propia de cada miembro, crece y se perfecciona en la caridad» (Eph. 4,16).

C. Con los hermanos:

Transmitiendoles a ellos—según la actividad correspondiente a cada miembro—«el alimento que Cristo suministra al organismo en orden a la plena formación en virtud de la caridad» (Eph. 4,16).

- b) *Estos dos mementos suponen una doble vocación: una vocación genérica y una vocación específica. Una vocación genérica a la gracia y a la gloria que tienen todos los cristianos (Eph. 4,1), y una vocación individual, que es el ministerio propio que en cada momento corresponde a cada uno en el Cuerpo místico, para que coopere con Cristo al aumento de la gracia en los demás miembros.*

«Así todos tenemos dones diferentes, según la gracia que nos fué dada; ya sea la profecía, según la medida de la fe» (Rom. 12,6).

2. «A cada uno de nosotros ha sido dada la gracia en la medida del don de Cristo» (Eph. 4,7).
3. «Y Él constituyó a los unos apóstoles, a los otros profetas; a éstos evangelistas, a aquéllos pastores y doctores» (Eph. 4,11).

La vocación se puede, pues, definir como la función propia que a cada uno le corresponde en el Cuerpo místico de Jesucristo.

D. Dos partes del primer mandamiento.

- a) *De estos dos tiempos de la vocación, el más importante es el primero: el amor de Dios, la unión con Cristo, la vida de gracia, que es el fundamento teológico del segundo: amor del prójimo.*
b) *Amor del prójimo: procurarle bienes, y especialmente los bienes de gracia y de caridad.*

VI. Grave peligro moderno.

A. Existe un grave peligro en los tiempos modernos en el que, sin duda, han caído algunos sacerdotes dotados por Dios de singular vocación apostólica.

- a) *Pero han dado a ésta un sentido naturalista, aunque noble y generoso. Se han preocupado por elevar la situación del pueblo, pero han puesto más bien el fin de su intención en los bienes naturales, y la eficacia de su actividad, en los medios naturales.*
b) *Se han olvidado en dos puntos del orden sobrenatural y, por tanto, se han apartado del camino de su tema vocación divina.*
1. *No han puesto el fundamento a la eficacia de su actividad en el amor de Dios, en la unión con Cristo, en el cumplimiento de la voluntad divina, en la vida de fe y de caridad, en la virtud de la gracia.*
2. *No se han preocupado ante todo del bien espiritual del*

' pueblo y aun proceden a veces en forma que perjudican al bien común espiritual de la Iglesia, aunque logren algunos frutos en el orden meramente natural.

- B. La piedra de toque. No hay norma más segura para conocer si una vocación apostólica procede puramente por vía de fe, de caridad y de unión con Cristo que la norma de sumisión y de adhesión a la Iglesia.
- a) *Por eso es forma perfectísima de apostolado en los tiempos modernos la Acción Católica bien comprendida y bien practicada. La genial definición de Pío XI: «participation de los fieles en el apostolado jerárquico», indica claramente la unión con Cristo.*
 - b) *Es un triste fenómeno moderno el que mientras de una parte los fieles se van sintiendo jerárquicos en forma más perfecta que nunca, algunos sacerdotes mal aconsejados en el nuevo apostolado social que los tiempos modernos reclaman, crean que pueden contribuir a la gloria de Dios y al crecimiento del Cuerpo místico de Cristo por medios más humanos—organización, técnica, ciencia social—que divinos: obediencia, humildad, oración, vida de fe. «Bien está hacer aquello, pero sin omitir esto» (Mt. 23,23).*

Conoce tu vocación

I. Origen altísimo.

- A. La sólida doctrina teológica, según la cual nuestra vocación es eterna, se basa en innumerables textos de la Escritura, de los cuales hemos ya citado algunos en los guiones anteriores.
- B. Por sus circunstancias especiales merece ser recordado aquí uno de esos textos: «Como me ha enviado el Padre, también yo os envío a vosotros» (Io. 20,21).
- a) *Palabras de Cristo resucitado a los apóstoles, proferidas en el Cenáculo el domingo de Resurrección. Y a continuación les dijo: «Recibid el Espíritu Santo». Presenta, pues—explícitamente se dice—, las tres personas.*
- b) *La vocación procede del seno de la Santísima Trinidad. El primer enviado es Jesucristo. Y de su vocación apostólica participan los prelados, que, a su vez, envían a los sacerdotes, y en los tiempos modernos, a los seglares. Este texto ha sido aplicado con razón a la Acción Católica.*

II. Conoce tu vocación.

359

El cristiano que quiera embellecer y hacer fecunda su vida debe proponerse en ella como primer problema

el conocimiento exacto de su vocación etcma en el seno de la Trinidad.

¿Qué designios tiene Dios Nuestro Señor sobre mí? Una vez conocida la vocación hay que realizarla:

- Con *prontitud*.
- b) Con *generosidad*
Con *alegría*.
- d) Con *amor*.
Con *perseverancia o fidelidad hasta la muerte*.

360

III. Con *prontitud*.

La solicitud es parte importantísima de la virtud de la prudencia. Consiste en ejecutar con rapidez lo que hay que ejecutar, en no aplazar la ejecución. Son innumerables los hombres que se han engañado a sí mismos creyéndose dispuestos a cumplir la voluntad de Dios y aplazándola de día en día, pero manteniendo a su juicio la voluntad decidida a una ejecución que no llegó nunca. (Recuérdese la doctrina de los tres binarios de San Ignacio.)

¿Qué bellamente expresó Lope de Vega el estado lamentable del alma que aplaza constantemente el seguir la llamada de Dios en los tercetos del famosísimo soneto «¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?»:

«¿Cuántas veces el ángel me decía:
Alma asómate ahora a la ventana,
verás con cuanto amor llamar por ella!
Y ¿cuántas, oh Hermosura soberana,
manana le abriremos, respondía,
para lo mismo responder manana!»

Los santos procedieron de otra manera. Tomemos los textos de la Escritura.

a) *El patriarca Abraham: Dios le ordenó cosas maravillosas.*

1. Le dijo: *Sal de tu tierra. «Y fuere Abraham conforme le había dicho Yavé» (Gen. 12,4).

2. Dios mandó a Abraham que circuncidara a todos los suyos. Y dice el Génesis: Y lo hizo «aquel mismo día». «Tomó, pues, Abraham a Ismael, su hijo, y a todos los siervos, los nacidos en casa y los comprados, todos los varones de su casa, y circuncidó la carne de su prepucio aquel mismo día, como se lo había mandado Yavé» (Gen. 17,23).

Prueba suprema; «Ofreceme tu hijo en holocausto.* Y «se levantó, pues, Abraham de manana, aparejó su asno, y tornando consigo dos mozos y a Isaac, su hijo, partió la lena para el holocausto, y se puso en camino para el lugar que le había dicho Dios» (Gen. 22,2.3). Madrugó Abraham para cumplir lo mandado el sacrificio del hijo

4. Siempre la fidelidad y la prontitud en el cumplimiento de la voluntad de Dios.
- b) *El ejemplo de Samuel: Desde niño, Samuel fué obedientísimo a la voluntad de Dios. Recordense las tres Hamadas nocturnas que Samuel durmiendo oyó y atribuyó al sacerdote Heli. «Aquí estoy porque me has llamado», dijo Samuel—que se levantó en el acto—a Heli. Es la respuesta de los santos. Oída la voz de Dios, proceder inmediatamente en consecuencia.*
- c) *El apóstol San Pedro: «De hoy en adelante serás pescador de hombres», le dijo el Señor en la barca después de la primera pesca milagrosa. «Subductis in terram navibus, relictis omnibus secuti sunt cum» (Mc. 1,17-18). En el acto Pedro y los Zebedeos llevaron las naves a tierra; lo abandonaron todo; siguieron al Señor.*
- d) *El ejemplo de San Pablo:*
 1. El apóstol dijo de corazón: «Domine, quid vis me facere?» (Act. 9,5). E inmediatamente, sin consultar con los hombres, seguro de que la vocación era de Dios, «sin consultar a la carne ni a la sangre», partió para Siria, a fin de prepararse, en el retiro, para el nuevo ministerio.
 2. Es lo que explica en su carta a los Gálatas: «Pero cuando plugo al que me segregó desde el seno de mi madre, y me llamó por su gracia, para revelar en mí a su Hijo, anunciándole a los gentiles, al instante, sin pedir consejo a la carne ni a la sangre, no subí a Jerusalén a los apóstoles que eran antes de mí, sino que partí para la Arabia y de nuevo volví a Damasco» (Gai. 1,15-17).
- e) *El ejemplo de María Santísima: Conocida su vocación altísima por el ángel, María Santísima contesta: «He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra» (Le. 1,38). «Y el Verbo de Dios se hizo carne» (Io. 1,14).*

IV. Con generosidad.

361

- A. Es decir, con perfección. «Relictis omnibus», «dejadas todas las cosas». Y dejadas con decisión. Que algunos ponen manos al arado y vuelven la vista atrás, y éstos no son aptos para el reino de los cielos.
- B. Otros se dicen decididos a servir al Señor, pero le ponen condiciones: «Déjame que primero vaya a enterrar a mi padre». No es ésta la conducta que agrada al Señor.
- C. Dios quiere la entrega total, y, en caso de duda, tomar siempre la vía de la máxima generosidad para con Dios Nuestro Señor. La más opuesta a las tendencias de nuestra naturaleza.

V. Con amor y alegría.

362

- A. Si hay amor, habrá verdadera alegría. Penosa vida la del que lleva arrastrando y con tristeza la cruz de su vocación. Desazonado se halla, porque le falta el amor

- B. Recuerde el «tenens caput». No busqué consuelos a su vocación en la actividad exterior, porque sería apartarse de la fuente de la vida. No admita consuelos humanos. Sea su consuelo la caridad y el amor. Renueve sus propósitos. Considere el origen altísimo de su llamada y ponga de nuevo la vista en Cristo y abrácese con su cruz. El amor puede renovar y remozar una vida languida.

VI. *Con perseveranda hasta la muerte.*

- A. Es un don de Dios que hay que pedir todos los días. Es una gracia que el Señor concede segura cuando no se han despreciado las gracias anteriores. Mas no olvide el cristiano que hay que renovarse todos los días.
- B. Oportuno será advertir aquí que la doctrina de la vocación no se ha de aplicar sólo a la vocación eclesiástica, sino a toda vocación, a la de los casados, a la del llamado a la vida pública, etc.

Todos deben renovarse a diario—trenovamini» (Eph. 4,23), (reformamini» (Rom. 12,2)—en su vocación.

- b) *Vivir muy vigilantes contra los tres enemigos de su vocación, que son, principalmente, la sensualidad, el mundo y el espíritu. Guarden el precepto del Apóstol para caminar de una manera digna de la vocación» con que han sido llamados: con humildad, mansedumbre y longanimidad, soportándose los unos a los otros con caridad, solicites de conservar la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz» (Eph. 4.1.2).*

Modo de conocer la vocación

3G-1 I. *Doctrina ignadiana.*

San Ignacio ha resumido en unas reglas sapientísimas las tres formas o modos por los que el hombre puede conocer la propia vocación.

He aquí el texto ignaciano:

♦(175) *tiempos para hacer sana y buena elección en cada uno dellos».*

- b) *«i.º tiempo. El primer tiempo es quando Dios nuestro Señor así mueve y atrae la voluntad, que sin dubitar ni poder dubitar, la tal ánima devota sigue a lo que es mostrado; así como San Pablo y San Matheo lo hicieron en seguir a Christo nuestro Señor».*

¹ Véase el desarrollo de este gu'ón en *La palabra de Cristo* t.i 2.º ed. p.437, tercer domingo de Adviento. cutón n.º «fod<- especial de conocer b ?r»pia vocación.

- c) <2.º tiempo. El segundo: quando se toma asaz claridad y cognosdmiento por experienda de consolaciones y desolaciones, y por experienda de discreciôn de varios espiritus».
- d) «3.º tiempo. El tercero tiempo es tranquilo, considerando primero para que es nascido el hombre, es a saber, para alabar a Dios nuestro Señor y salvar su dnima, y esto deseando elige por medio una vida o estado dentro de los limites de la Iglesia, para que sea ayudado en servicio de su Sehor y salvadôn de su dnima» (San Ignacio de Loyola, «Libro de los ejercicios» 175-177: BAC p.194).

Via mística.

- a) *De los très tiempos ignacianos, el primero y el segundo pertenecen a la mística. Via mística queremos decir via de dones del Espiritu Santo.*
- b) *La voluntad es movida directamente por via sobrenatural. La luz que se recibe de lo alto pertenece al don de consejo que esta sobre la prudencia humana.*
- c) *Nada ilustra tanto la distinción entre la via mística de los dones y la via ascética de las virtudes como el texto de Santo Tomas que se lee en 1-2 q.68 a.i, donde el Santo distingue entre dones y virtucfes.*

II. Dos tiempos en la via mística.

- A. Distingue San Ignacio en la via mística dos tiempos: uno extraordinario y otro ordinario.
- B. El extraordinario es ciertamente rarísimo; mas no así el ordinario. El extraordinario suele ir acompañado de signos externos, que manifiestan claramente la voluntad de Dios y, sobre todo, de una luz interna vivacísima y de una emoción intensa de la voluntad. «Sin dubitar, sin poder dubitar sigue a lo que es mandado». Es el caso, para poner un ejemplo típico, del apóstol San Pablo cuando es derribado dei caballo camino de Damasco. Es muy raro.
- C. El ordinario, en cambio, es mucho más frecuente de lo que se créé. Muchísimas aimas se han movido por él sin tener conciencia cierta de la naturaleza de ese movimiento.
- D. Las aimas espirituales que buscan a Dios deben aspirar a conseguir este modo místico más ordinario. El propio San Ignacio lo recomienda: «Entre los tres modos de hacer elección, si en el primero Dios no moviese, débese insistir en el segundo de conocer su vocación con experienda de consolaciones y desolaciones» (San Ignacio de Loyola, o.c., p.246).

III. Doctrina de Santa Teresa.

- A. Coincide plenamente con la doctrina ignaciana.
- B. El aima, en el estado místico referido, obra por fe y

por amor y no por el uso natural de sus potencias. Muchas voces en contra de lo que le dicta el entendimiento (cf. «Meditaciones sobre los Cantares», c.3 : BAC, «Obras completas», t.2 p.603 ss.).

Para evitar ilusiones enganosas, la persona discreta debe consultar mucho con Dios en la oración, una y otra vez, la solución que le parece voluntad divina, sin determinarse a seguirla desde el primer momento hasta ser plenamente confirmada en ella por la constante voz interior.

Por otra parte, debe acudir a una sabia dirección espiritual y contra ella no debe determinarse. Mas, una vez acabado el periodo deliberativo, conocida así la voluntad de Dios, debe ser decidida, rápida, generosa, en la ejecución, desechando, cual si fuera tentación diabólica, cualquier movimiento en sentido contrario.

3β7

régulas de la prudentia.

El tercer tiempo ignaciano pertenece al orden natural. No es don del consejo, sino a la virtud de la prudencia. Siempre se ha de contar con la gracia de Dios, incluso con la gracia habitual extraordinaria, aunque no sea propiamente mística.

En este tercer momento no habla Dios directamente por medio de su Espíritu, pero sí puede Dios infundir especial virtud en nuestro entendimiento para que vea con más claridad cuál es la voluntad divina, y en nuestra voluntad, para que sea más dócil.

He aquí las seis reglas admirables de San Ignacio, que condensan en el orden práctico todo lo que necesitamos saber acerca de esta grave materia.

- a) •1.º punto: *El primer punto es proponer delante de la cosa sobre que quiero hacer elección, así como un officio o beneficio para tomar o dexar, o de otra cualquier cosa que cae en elección mutable (178)».*
- b) «2.º punto: *Segundo: es menester tener por objeto el fin para que soy criado, que es para alabar a Dios nuestro Señor y salvar mi ánima; y con esto hallarme indiferente sin afección alguna desordenada, de manera que no esté más inclinado ni afectado a tomar la cosa propuesta, que a dexarla, ni más a dexarla que a tomarla; mas que me halle como en medio de un peso para seguir aquello que sintiere ser más en gloria y alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de mi ánima (179)».*
 3.º punto: *Tercero: pedir a Dios nuestro Señor quiera mover mi voluntad y poner en mi ánima lo que yo debo hacer acerca de la cosa propósita, que nuda su alabanza y gloria sea, discutiendo bien y fielmente con mi entendimiento y eligiendo conforme su santísima y beneplácita voluntad (180)*.*
 4.º punto: *Quarto: considerar ratiocinando quantos cómodos o provechos se me siguen con el tener el officio o bene-*

ficio propucsto, para sola la alabanza de Dios nuestro Senior y salud de mi dnima; y, por el contrario, considerar assimismo los incômodos y peligros que hay en el tener. Otro tanto haciendo en la segunda parte, es a saber, mirar los cômodos y provechos en el no tener; y asimismo por el contrario, los incômodos y peligros en el mismo no tener (i8i)».

- e) «5.º punto: Quinto: después que asi he discurrido y raciocinado a todas partes sobre la cosa propôsita, mirar dônde mds la razôn se inclina, y asi segiin la mayor mociôn racional, y no mociôn alguna sensual, se debe hacer deliberaciôn sobre la cosa propôsita (182)».
- f) «6.º punto: Sexto: hecha la tal elecciôn 0 deliberaciôn, debe ir la persona que tal ha hecho, con mucha diligenda, a la oraciôn delante de Dios nuestro Senior y offrescerle la tal elecciôn para que su divina majestad la quiera rescibir y confirmar, siendo su mayor servido y alabanza» (San Ignacio de Loyola, o.c., p.194-195) (183).

V. Aplicaciôn a los Reyes Magos.

308

A. La vocaciôn. de los Reyes Magos tiene dos tiempos: el primero es mistico extraordinario. Corresponde al primero ignaciano. El segundo es de prudencia humana. Corresponde al tercero ignaciano.

Tiempo mistico extraordinario:

- a) *La apariciôn de la estrella es una Hamada singular, singularisima, de Dios nuestro Senior, con fenômeno externo y con iluminaciôn interna.*
- b) *Ven la estrella; la ven distintas personas. Segiin la tradidôn, très. Es un hecho sobrenatural y milagroso. Pero al mismo tiempo interpretan la significaciôn de aquella estrella. Hay una luz interior. Es el Espiritu Santo el que les ha hablado. Por su cienda y por su razôn nunca hubieran comprendido qué significaba la estrella. Y «sin dubitar ni poder dubitar siguieron a lo que lesfué mandado». Fueronfeles a la inspiraciôn divina.*

Prudencia humana:

- a) *Desapareciô la inspiradôn divina sin haber llegado al térmtno de su camino. Los Reyes Magos acudieron entonces al tercer momento, al de la prudencia humana.*
- b) *Ha desaparecido el consejo de Dios mostrado en la estrella. Acuden al consejo de los hombres; a los sabios, es decir, a los puestos por Dios nuestro Senior para interpretar las Escrituras.*

VI. Imitemos a los Magos.

369

/V Si buscamos la voluntad de Dios, no serâ raro que aparezca la estrella en nuestro firmamento espiritual, en la forma que fuere (véase el guiôn siguiente).

- β. Si buscamos a Dios sincramente, sabremos interpretar esa estrella. Pero la prudencia aconseja el acudir tam-

bién a los sabios puestos por Dios. A los doctores, a los hombres de espíritu, a nuestros directores espirituales. para que ellos nos confirmen en nuestra santa v ciôn.

Una estrella en el cielo

370 I. *Los caminos de Dios.*

- A. De muchos medios externos se vale el Señor para enseñar a las almas los caminos de su santificación.
- B. San Gregorio lo sintetiza en las siguientes elocuentes palabras: «Dios nos llama unas veces directamente y por Si mismo. Otras nos llama por medio de los ángeles; otras nos llama por los Padres; otras, por los profetas; otras, por los apóstoles; otras, por los pastores. Nos llama a veces por la voz interior. Nos llama por milagros. Muchísimas veces nos llama por el azote y por la aflicción. Algunas veces, por la prosperidad en la vida; otras por la adversidad» («Hom. 39 sobre el Evangelio»; véase Cornelio A Lapide, «Comentario a Mateo», 2,2 t.i p.105).

371 II. *Los medios más frecuentes.*

- A. Tal vez los medios más frecuentes empleados por Dios sean:
 - a) *La palabra.*
 - b) *El ejemplo.*
 - c) *La enfermedad.*
 - d) *La desgracia.*
 - e) *La humillación*
- B. La palabra.
 - a) *Sin duda ha sido el modo más empleado por el Señor. Entendemos por palabra no sólo la predicación en los templos, sino también la lectura espiritual y la meditación. Dijérase que este es el medio común.*
 - b) *La Escritura dice de los doctores que enseñan a muchos los caminos de la justicia que brillarán como estrellas en el firmamento: ¡Los que fueron inteligentes brillarán con esplendor de cielo, y los que enseñaron la justicia a la muchedumbre resplandecerán por siempre, eternamente, como las estrellas» (Dan. 12,3).*
 - c) *Deben temblar, pues, los que manejan la palabra de Dios, porque si no son fieles a su vocación predicando auténticamente*

el Evangelio, pueden ser causa de que muchos de sus oyentes no conozcan por sus labios el camino de su vocadôn.

- d) *Lo dicho de la predicaciôn se aplica naturalmente a la lectura espiritual, especialmente a la lectura del Evangelio de San Pablo y de los hbros de ascética o mística universalmente aceptados.*
- e) *La palabra meditada: He aqui un medio importantísimo para conocer la propia vocaciôn, sobre todo cuando la meditatôn va acompaiada de austeridad de vida, de constancia en la prdctica de la virtud, de mantenimiento en la grada dei Senior. Tiene especial eficacia la meditatôn practicada en retiro 0 en los santos Ejercicios, como ya se ha indicado.*

El ejemplo. Dice San Leôn comentando este Evangelio: «Todos los que en la Iglesia de Dios viven pia y castamente, todos los que aspiran y saben gustar de las cosas de arriba, no de las cosas terrenas, son, en cierto modo, comparables a las estrellas del cielo. Y mientras ellos conservan el esplendor de su santa vida, muestran a los demás, como la estrella a los Magos, los caminos del Señor. Sed estrellas en la tierra, dice el Santo, y brillaréis eternamente con. eterna luz sidéral en el reino de Dios (véase A LApide, o.c.).

La enfermedad.

- a) *Mucho se debe predicar a las almas buenas la importancia de la adversidad en la vida espiritual.*
- b) *•El sarmiento que da fruto (el Padre) lo podará para que dé más fruto» (Io. 15,2). Al sarmiento que está unido con Cristo, pero que puede estar más unido con El, Cristo se encargará de podarlo por la tribulaciôn exterior.*
- c) *¡Cuántos santos han hallado en la enfermedad el camino de la vida! ¡Cuanto influyó, por ejemplo, la enfermedad en San Francisco de Asís, San Ignacio de Loyola, Santa Ludovica, San Francisco Caracciolo!, etc.*

E.

- a) *La desgracia 0 el fracaso en la vida ha sido comienzo de la santificaciôn de algunas almas.*

La trágica muerte de su marido fué, sin duda, un medio providencial para santificar a Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal.

- 2. La bochornosa humillaciôn de San Antonio en Palencia le sirvió para apartarse definitivamente del mundo, despreciarlo y entregarse a Cristo.
- 3. El fracaso forense impulsó a San Alfonso María de Ligorio a poner la planta en el camino de la verdadera justicia.

- b) *Para todos estos santos la adversidad bajo distintas formas fué la estrella que les condujo a los pies de Jesús.*

III. *Los consuetos providenciales.*

- A. Leyendo las vidas de los santos se advierte cómo los hombres son conducidos muchas veces por Dios nuestro Señor de un modo providencial.
- B. Las aïmas espirituales deben considerâr todos los acontecimientos de su vida a la luz de esta misericordiosísima providenda divina.
 - a) *San Juan de Dios, atraído a Castilla por la fama de la virtud de la Reina Católica y de su corte, venía en realidad a ponerse en contacto con el Beato Juan de Avila, cuya palabra fervorosa le impulsô a la vida heroica.*
 - b) *San Antonio de Padua, fracasado en su intento de evangelizar en Oriente, fué atraído por el viento y el mar a la costa de Italia, donde Dios habia puesto el campo de su santificaciôn Teresa de Jesûs comete la insigne locura de ir a fundar contra toda ley de prudencia en Medina del Campo. Dios le irnpulsaba a algo mâs que a eso. Allí conociô a Juan de la Cruz, que iba de Salamanca camino de Burgos para ingresar en la Cartuja.*
 - d) *Un vulgar incidente de familia puso a San Gregorio Taumaturgo en conlacto con Orìgenes, de cuyos labios aprendiô el Evangelio y se convintiô y se hizo santo, etc. Ignacio, herido en Pamplona, obligado a un largo reposo, encontraria en él no solo la salud del cuerpo, sino principalniente la del aïma.*

373 IV. *Los actos heroicos. Frecuentísima es también en la historia de la Iglesia la estrella que se enciende en el cielo de un aïma por cooperaciôn generosa a un primer impulso de la gracia.*

- A. San Martín parte la capa con el pobre, y el pobre era Cristo.
- B. San Juan Gualberto reprime su ira y perdona al asesino del hermano, que, puesto en el camino con los brazos en cruz, le demandaba misericordia. El recuerdo del Crucifcado le moviô al perdôn. Juan Gualberto recibî después en la iglesia próxima de la imagen de Jesûs la expresiôn de la gratitud por el perdôn otorgado, y a los pies de Cristo, Juan Gualberto renunciô al mundo.

V. *Conclusion.*

Las aïmas que sinceramente buscan a Dios, siempre lo encuentran.

- a) *En una forma o en otra ven la estrella.*
- b) *Mas importa buscar pura y simplemente a Dios nuestro Señor. Ir nosotros a Dios y no pretender que Dios venga a nosotros.*
Importa que nuestra aïma esté totalmente libre de la influencia de la soberbia, de la sensualidad y dei mundo

Cuando con esta sencillez se levantan los ojos al cielo, la estrella aparece segura y nos invita a seguirla, y no hay sino ponerse en camino con la decision con que emprendieron su jornada los très Rcÿes Magos.

Vocaciôn

- L *Vocaciôn religiosa de los hijos* (fiesta de la Sagrada Familia, 375 guiôn 19 t.2 p.137).

El ejemplo de Cristo.

La familia, semillero de vocaciones (un bello texto de Pio XI).

Procéder de muchos padres.

Deberes de los padres respecto de la vocaciôn de los hijos.

Conducta de los hijos ante la opcsiciôn de los padres.

Recomendaciôn a los padres. Oportunas consideraciones sacadas, en parte, de los Papas y, en parte, de la experienda.

11. *El llamamiento de Dios* (los obreros enviados a la viôa, domingo de Septuagesima, guiôn 13 t.2 p.925). 376

A. Dios llama a todos a su viôa.

B. (-Cuando nos llama?

En la ninez.

b) *En la adolescenda.*

c) *En la edad adulta.*

d) *En la ancianidad. Cualquier hora en que nos llegue la llamada del Senor es buena.*

t

«jCômo nos llama?

- III. *El misterio de la predestinaciôn* (domingo de Septuagésima, guiôn 14 t.2 p.927).

A. Pocos son los elegidos.

a) *No interesa aqui el nûmero de los que se salvan.*

b) *Mas importante es saber por qué unos se salvan y otros se condenan.*

B. Dios quiere que todos se salven.

C. Dios da a todos los medios necesarios para salvarse.

1 Damos a continuation un breve resumen de algunos guiones de *La palabra de Cristo* que, inclufdos en tomos anteriores, tratan de temas propios para ser desarrollados en esta fiesta.

EPIFANIA. 6 KNERO

- . No todos se salvan.
- . Causas de la condenaciôn. La causa no estâ en Dios, sino en los hombres
- . êQué hacéis ociosos todo el dia?

IV. *Todo hombre tiene una especial vocaciôn* (domingo 2.0 después de Pascua, guiôn 8 t.4 p.503).

El gobierno pastoril supone una relaciôn intima del pastor con las ovejas.

Dios conoce desde la eternidad a cada oveja, a cada hombre.

Razones teolôgicas:

- a) *Dios no créa a los hombres en serie*
- b) *Esto le piden:*
 - 1. La sabiduria.
 - 2. La omnipotencia.
 - 3. La liberalidad.
 - 4. La misericordia.

Crear es un acto de misericordia.

Dios acompaña a los hombres con su providenda amorosa durante todo el curso de la vida.

La segunda creaciôn en Cristo.

Confirmaciôn mística.

Doctrina del P. Faber.

Consecuencias prácticas deducidas por el P. Faber.

- a) *La proximidad de Dios Padre cerca de cada uno de nosotros.*
- b) *Sentimiento de temor.*
Serenidad ante la vida.
- d) *Diligenda continua y amorosa para conocer en cada momento la vocaciôn del Padre.*

Devociones básicas.

- a) *La profunda y solidísima doctrina del conocimiento «nominativum» de cada una de las ovejas es la base de dos devociones importantísimas:*
 - 1. La de la presencia de Dios.
 - 2. La de la ocupaciôn del momento presente.
- b) *San Alfonso María de Liguori llegó a hacer voto de no perder un solo instante en la vida.*

379 V. *La vocaciôn de un pueblo* (domingo infraoctava de la Ascension, guiôn 18 t.4 p.1240).

- A. Distinciôn preliminar.
- B. La historia del «Filioque».
- C. Dos manifestaciones en la época visigótica del sentido teológico del pueblo español.

- D. La expansión de los siglos XVI y XVII.
- E. La misión teológico-social de España en los tiempos modernos.

VI. *Tres maneras de seguir a Cristo* (domingo 4.º después de Pentecostés, guión 6 t.5 p.1045). 380

- A. Tres tipos de vocación.
- B. Primer tipo: el escriba.
- C. Segundo tipo: el joven rico.
- D. El tercer tipo: San Pedro. Generosidad de San Pedro.
- E. El arranque de San Pedro.
- F. Virtudes de San Pedro.
- G. El último fruto.
- H. La verdad en la vida espiritual L

Caridad

I. «*Vivir en caridad*» (domingo 3.0 de Gaudesma, guión 3 t.3 p.500).

- A. En caridad.
- B. El amor de Cristo.
- C. Amad como Cristo nos amó.
- D. Grado supremo de caridad:
 - a) *Dar la vida por el prójimo.*
 - b) *Esclavizarnos a Dios por el prójimo*
- E. Heroísmo y caridad.

II. «*La caridad cubre todos los pecados*» (domingo infraoctava de la Ascension, guión 2 t.4 p.1187).

- A. La caridad y sus efectos sobre el pecado.
- B. La caridad disimula los pecados del prójimo.
 - a) *Una primera razón que alcanza a la esencia del amor.*
 - b) *Los demás motivos propios del amor cristiano de caridad están contenidos en este.*
 - c) *El ejemplo de los santos.*
- C. Nuestra caridad disimula nuestros pecados.

¹ Esta misma materia se trata de nuevo, dentro de la misma homilia, en el guión 12 p.1000, titulado «Tres binarios o tres modos de seguir a Cristo». Se estudian en este Rujón los tres binarios de San Inacio-

- 383 III. **La paz, efecto de la caridad*» (domingo de Pentecostes, guiôn 17 t.5 p.182).
- A. Paz, justicia y caridad.
 - B. Doctrina de Santo Tomas.
 - C. Paz, justicia y concordia.
 - D. La paz del mundo.
 - E. La paz perfecta.
- 384 IV. *<Dios es amor>*» (domingo i.º de Pentecostes, t.5 p.485 ss.). *La epistola del dia dice: *Dios es amor». Y el evangelio: «Dios es misericordioso». Los veinte guiones de esta homilia, cuyos titulos damos a contlnuaciôn, ofrecen materia abundante y prâctica sobre la caridad.*
- 1. «Dios es amor».
 - 2. ♦Dios nos amô primero».
 - 3. Amor al prôjimo.
 - 4. La caridad de Dios manifestada.
 - 5. El temor y la caridad.
 - 6. La misericordia.
 - 7. La misericordia, sintesis de la religion cristiana.
 - 8. 151 misericordia de Dios.
 - 9. Juicio misericordioso.
 - 10. «No juzguéis».
 - 11. Juzgar segûn Dios.
 - 12. El juicio de Dios y el juicio de los hombres.
 - 13. Juicio humano, juicio mundano y juicio divino.
 - 14. «No os juzguéis mutuamente».
 - 15. «Dad y se os darâ».
 - 16. La paja y la viga.
 - 17. La correcciôn fraterna: 1) Quiénes pueden hacerla.
 - 18. La correcciôn fraterna: 2) Obligaciôn y condiciones
 - 19. La correcciôn fraterna: 3) Proceso.
 - 20. Obligaciones de la caridad.
- 385 V. *Nuestra vocaciôn de cristianos* (domingo 17 después de Pentecostes, guiôn 2 t.7 p.980).
- A. Para ser santos.
 - B. La santidad en el amor.
 - C. Très exigencias del amor
 - D. La perfecciôn del amor.
 - E. Caminad de manera digna a vuestra vocaciôn
- 38G VI. «El primer mandamiento» (domingo 17 después de Pentecostes, guiôn 9 t.7 p.1002).
- A. El primero de todos.
 - B. Por ser base de los demás
 - C. Por ser el mâs necesario

Porque la caridad excede en dignidad a las demás virtudes.

Por razón del fin.

F. Porque es lo que Dios pide de nosotros.

10

Mortiücaciôn

1. *Necesidad de la mortificaciôn segûn San Pablo. Porque tenemos enemigos que vencer* (domingo i.º de Cuaresma, guiôn 15 t.3 p.176).

A. El ejemplo de Cristo.

B. La penitencia es necesaria.

C. Es necesaria por razón de las consecuencias que en nosotros ha dejado el pecado original.

D. Por razón de los pecados personales.

E. Por razón de la lucha contra el demonio y contra el mundo.

II. *Necesidad de la mortificaciôn segûn San Pablo. Motivos superiores* (domingo i.º de Cuaresma, guiôn 16 t.3 p.179). **38«**

Planteamiento de la cuestiôn.

B. Necesaria por razón de nuestro fin sobrenatural.

Necesaria por imitaciôn de Jesucristo.

D. Necesaria para el crecimiento de la Iglesia.

III. *«Gloriémonos en la cruz»* (domingo de Ramos, guiôn 1 t.3 p.1065). **389**

Hacia el triunfo de la cruz.

B. La cruz en la historia.

La cruz, patrimonio del cristiano.

Abracémonos a la cruz.

IV *Mortificaciôn cristiana* (domingo 6.º después de Pentecostés, guiôn 3 t.6 p.305). **390**

A. El bautismo réclama la mortificaciôn.

B. Sin mortificaciôn no puede haber vida sobrenatural.

C. La mortificaciôn, consecuencia del vivir en Cristo.

D. Criterio en las mortificaciones.

E Mortificaos.

11

Oracion

La plegaria litûrgica (domingo 5.0 después de Pascua, guiôn 1 t.4 p.ion).

- La Iglesia orante.
- Continuaciôn de Cristo.
- Excelencia de la oraciôn litûrgica.
- Breviario.
- La oraciôn litûrgica de los fieles.

Necesidad de orar (domingo 5.0 después de Pascua, guiôn 4 t.4 p.1019).

- A. «Pedid y recibiréis».
- B. Necesitamos orar porque dependemos de Dios.
- C. Necesitamos orar por ser hijos de Dios.
- D. Naturaleza de la necesidad de orar.
- E. Aspecto social de la oraciôn.
- F. Oremos. Necesitamos orar en el orden natural y sobre-natural, en el individual y en el social.

393 III. *Modos de orar* (ibid., guiôn 5 p.1023).

- A. Sobre la oraciôn ascética.
- B. Oraciôn vocal.
- C. Oraciôn mental o meditaciôn.
- D. Cautela necesaria.

IV. *En el nombre de Jesucristo* (ibid., guiôn 6 p.1028).

- A. Condiciones para la eficacia de la oraciôn.
- B. «Yo soy el camino».
- Unidos a Cristo.
- A mayor union, mâs eficacia.
- E. El poder de la humanidad santísima de Jesûs.
- Saber rezar.

395 V. *Eficacia de la oracion* (ibid., guiôn 7 p.1031).

- Cualidades de la buena oracion.
- Toda oracion es eficaz.
- No siempre se consigne lo.que se pide.
- «Perseverantes en la oracion».

- VI. *Oraciôn mental y oraciôn vocal* (ibid., guiôn 8 p.1035). 396
- A. La oraciôn, elevaciôn a Dios.
 - B. La oraciôn mental.
 - C. Oraciôn y métodos.
 - D. La oraciôn vocal.
- VII. *Excelencia del padrenuestro* (ibid., guiôn 9 p.1038). 397
- A. Introducciôn.
 - B. Su autor.
 - C. Su contenido.
 - D. Sus condiciones. Son cinco segûn Santo Tomâs:
 - a) *Oraciôn segura.*
 - b) *Recta y conveniente.*
 - c) *Ordenada.*
 - d) *Devota.*
 - e) *Humilde.*

La Eucaristia y la Sagrada Pasiôn

TExViAS PREDICABLES EN ESTA HOMILIA

La sagrada Pasion del Senor.

La instituciôn de la Eucaristia.

Figuras de la Pasiôn.

Las siete palabras del Senor en la cruz

La soledad de la Virgen.

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

PARTES VARIABLES DE LA MISA

Introitus.—Gal. 6,14: Nos autem gloriari oportet in cruce Domini nostri Iesu Christi: in quo est salus, vita, et resurrectio nostra: per quem salvati et liberati sumus.—Ps. 66,2: Deus misereatur nostri, et benedicat nobis: illuminet vultum suum super nos, et misereatur nostri.—Nos autem...

Oremus.—Deus, a quo et Iudas reatus sui poenam, et confessionis suae latro praemium sumpsit, concede nobis tuae propitiationis effectum: ut, sicut in passione sua Iesus Christus Dominus noster diversa utrisque intulit stipendia meritorum: ita nobis, ablato vetustatis errore, resurrectionis suae gratiam largiatur. Qui tecum...

Grad.—Phil. 2,8-9: Christus factus est pro nobis obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. Propter quod et Deus exaltavit illum: et dedit illi nomen, quod est super omne nomen.

Offert.—Ps. 117,16 et 17: Dextera Domini fecit virtutem, dextera Domini exaltavit me; non moriar, sed vivam, et narrabo opera Domini.

Secr.—Ipse tibi, quaesumus, Domine sancte, Pater omnipotens, aeternus Deus, sacrificium nostrum reddat acceptum, qui discipulis suis in sui commemorationem hoc fieri hodierna traditione monstravit, Iesus Christus Filius tuus Dominus noster. Qui tecum...

Communicantes et diem sacratissimum celebrantes, quo Dominus noster Iesus Christus pro nobis est traditus: sed et memoriam venerantes, in primis gloriosae semper Vir-

Introito.—Nosotros debemos gloriarnos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, en quien esta nuestra salud, vida y resurrección, y por quien fuimos hechos salvos y libres.—Ps.: Apíadese Dios de nosotros y nos bendiga; mirenos con rostro sereno y apíadese de nosotros. Nosotros debemos...

Oración.—¡Oh Dios, de quien Judas recibió la pena de su pecado, y el ladrón el premio de su confesión!: concédenos el efecto de tu benignidad, para que así como Nuestro Señor Jesucristo en su pasión dió a entrambos su merecido, así a nosotros, destruido el error del hombre viejo, nos concéda la gracia de su resurrección. Que contigo...

Grad.—Cristo se hizo por nosotros obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual también Dios le ensalzó, y le dió un nombre que es sobre todo nombre.

Ofert.—La diestra dei Señor manifestó su poder; la diestra del Señor me ensalzó; no moriré, mas viviré y contaré las maravillas del Señor.

Secr.—Suplicámoste, Señor santo, Padre omnipotente, Dios eterno, te haga acepto nuestro sacrificio el mismo Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que en este día mandó a sus discipulos celebrarlo en memoria suya. El cual contigo vive...

Unidos en la comunión y celebrando el día santísimo en que nuestro Señor Jesucristo fué entregado por nosotros, y venerando en primer lugar la memoria

de la gloriosa Virgen Maria, Madre dei mismo Dios y Senor nuestro, Jesucristo, etc.

Asi, pues, Senor, esta ofrenda de tus stervos y de todo tu pueblo, que te ofrecemos para honrar el dia en que nuestro Senor Jesucristo encargô a sus discipulos celebrar los misterios de su cuerpo y sangre, suplicamoste. Senor, que la recibas aplacado, etc.

El cual, el dia antes que por nuestra salvaciôn y la de todos padeciese, esto es, hoy, tomo el pan, etc.

Com.—El Senor Jesûs, después que cenô con sus discipulos, les lavô los pies y les dijo: ;Sabéis lo que he hecho con vosotros yo, el Senor y Maestro? Ejemplo os he dado para que asi lo hagâis también vosotros.

m.—Alimentados con este manjar de vida, te suplicamos, Senor Dios nuestro, que, por favor de tu gracia, consigamos en la inmortalidad lo que practicamos en nuestra vida mortal. Por nuestro Senor Jesucristo...

ginis Mariae, Genitricis eiusdem Dei et Domini nostri Iesu Christi: sed et beatorum, etc.

Hanc igitur oblationem servitutis nostrae, sed et cunctae familiae tuae, quam tibi offerimus, ob diem, in qua Dominus noster Iesus Christus tradidit sanguinis sui mysteria celebranda: quaesumus, Domine, ut placatus accipias, etc.

Qui pridie quam pro nostra omniumque salute pateretur, hoc est. hodie, accepit panem, etc.

Comm.—Io. 13,12.13 et 15: Dominus Iesus, postquam coenavit cum discipulis suis, lavit pedes eorum, et ait illis: Scitis, quid fecerim vobis, ego Dominus et Magister? Exemplum dedi vobis, ut et vos ita faciatis.

Pasicomm.—Refecti vitalibus alimentis quaesumus. Domine Deus noster: ut, quod tempore nostrae mortalitatis exsequimur, immortalitatis tuae munere consequamur. Per Dominum.

II EPISTOLA (JUEVES SANTO)

'x Cor. xr,30-j3>

20 Y cuando os réunis, no es para comer la cena del Senor.

21 Porque cada uno se adelanta a tomar su propia ccna, y mientras uno pasa hambre, otro esta ebrio.

22 Pero que no tenéis casas para corner y beber? ;O en tan poco tenéis! la Iglesia de Dios y asi avergonzais a los quenoüenen? iQuévoyadeciros? ;Osk^o^^o alabaré? En esto no puedo alabaros.

23 Porque yo he recibido del Senor, lo que os he transmitido, que el Senor Jesûs en la noche en que fué entregado, tomô el pan,

24 y después de dar gracias, lo partiô y dijo: Este es mi cuerpo, que se da por vosotros; haced esto en memoria mia.

25Y asimismo, después de cenar, tomô el cáliz diciendo: Este cáliz es el

20Convenientibus ergo vobis in unum, iam non est Dominicam coenam manducare.

21 Unusquisque enim suam coenam praesumit ad manducandum. Et alius quidem esurit, alius autem ebrius est.

22 Numquid domos non habetis ad manducandum, et bibendum? Ecclesiam Dei contemnitis, et n^o habSnlt? Quid dicam vobis? Laudo vos? In hoc non laudo.

23 Ego enim accepi a Domino quod et tradidi vobis, quoniam Dominus Iesus, in qua nocte tradebatur. accepit panem.

24 et gratias agens, fregit, et dixit: Accipite, et manducate: hoc est corpus meum quod pro vobis tradetur: hoc facile in meam commemorationem.

25Similiter et calicem, postquam coenavit dicens: Hic calix no-

vum testamentum est in meo sanguine. Hoc facite quotiescumque bibetis, in meam commemorationem.

26 Quotiescumque enim manducabitis panem hunc, et calicem bibetis: mortem Domini annuntiabitis donec veniat.

27 Itaque quicumque manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indigne: reus erit corporis et sanguinis Domini.

28 Probet autem seipsum homo: et sic de pane illo edat, et de calice bibat.

29 Qui enim manducat, et bibit indigne, iudicium sibi manducat, et bibit: non diiudicans corpus Domini.

30 Ideo inter vos multi infirmi et imbecilles, et dormiunt multi.

31 Quod si nosmetipsos diiudicemus, non utique iudicemur.

32 Dum iudicamur autem a Dominis corripimur, ut non cum hoc mundo damnemur.

nuevo testamento en mi sangre; cuantas veces lo bebáis, haced esto en memoria mía.

26 Pues cuantas veces cornais este pan y bebáis este cáliz, anunciáis la muerte dei Señor hasta que El venga.

27 Así, pues, quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor.

28 Examínese, pues, el hombre a sí mismo y entonces coma del pan y beba del cáliz.

29 Pues el que sin discernir come y bebe el cuerpo del Señor, se come y se bebe su propia condenación.

30 Por esto hay entre vosotros muchos flacos y débiles, y muchos dormidos.

■ 31 Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos condenados.

32 Mas juzgados por el Señor, somos corregidos para no ser condenados con el mundo.

EVANGELIO (JUEVES SANTO)

ilo. 13,1-15)

1 Ante diem festum Paschae, sciens Iesus quia venit hora eius ut transeat ex hoc mundo ad Patrem: cum dilexisset suos, qui erant in mundo, in finem dilexit eos.

2 Et coena facta, cum diabolus iam misisset in cor ut traderet cum Iudas Simonis Iscariotae:

3 sciens quia omnia dedit ei Pater in manus, et quia a Deo exivit, et ad Deum vadit:

4 surgit a coena, et ponit vestimenta sua, et cum accepisset linteam, praecinxit se.

5 Deinde mittit aquam in pelvim, et coepit lavare pedes discipulorum, et extergere linteo, quo erat praecinctus.

6 Venit ergo ad Simonem Petrum. Et dicit ei Petrus: Domine, tu mihi lavas pedes?

1 Antes de la fiesta de la Pascua, viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, al fin extremadamente los amô,

2 y comenzada la cena, como el diablo hubiese puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simôn, el propósito de entregarle;

3 con saber que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas y que había salido de Dios y a El se volvía,

4 se levantô de la mesa, se quitô los vestidos, y tornando una toalla se la cinô.

5 Luego echo agua en la jofaina, y comenzô a lavar los pies de los discipulos y a enjugarlos con la toalla que tenía cenida.

6 Llegô, pues, a Simôn Pedro, que le dijo: Señor, ¿tû lavarme a mi los pies?

7 Respondiô Jesûs y le dijo: Lo que yo hago, tû no lo sabes ahora; lo sabras después.

8Dijole Pedro: Jamâs me lavarâs tû los pies. Le contestô Jesûs: Si no te los lavase no tendras parte conmigo.

9 Simon Pedro le dijo: Señor, cn-tonces no sôlo los pies, sino también las manos y la cabeza.

io Jesûs le dijo: El que se ha baûa-do no necesita lavarse, estâ todo limpio; y vosotros estais limpios, pero no todos.

H Porque sabla quién habia de en-tregarle, y por eso dijo: No todos estais limpios.

12 Cuando les hubo lavado los pies, y tornado sus vestidos y puéstose de nuevo a la mesa, les dijo: ¡Entendéis lo que he hecho con vosotros?

13 Vosotros me llamâis Maestro y Señor, y decls bien, porque de verdad lo soy.

14 Si yo, pues, os he lavado los pies, siendo vuestro Señor y Maestro, tam-bién habéis de lavaros vosotros los pies unos a otros.

15 Porque yo os he dado el ejemplo, para que v-~~os~~-tros hagâis también como yo he hecho.

7Respondit lesus, et dicit ci: Quod ego facio, tu nescis modo» scies autem postea.

8Dicit ei Petrus: Non lavabis mihi pedes in aeternum. Respondit ei Tesus: Si non laverò te, non habe-bis partem mecum.

9Dicit ei Simon Petrus: Domi-ne, non tantum pedes meos, sed et manus et caput.

10 Dicit ci lesus: Qui lotus est, non indiget nisi ut pedes lavet, sed est mundus totus. Et vos mundi estis, sed non omnes.

11Sciebat enim quisnam esset qui traderet eum: propterea dixit: Non estis mundi omnes.

12 Postquam ergo lavit pedes eorum, et accepit vestimenta sua: cum recubisset iterum, dixit eis: Scitis quid fecerim vobis?

13 Vos vocatis me Magister et Domine: et bene dicitis: sum et-enim.

14 Si ergo ego lavi pedes ves-tros, Dominus et Magister: et vos debetis alter alterius ïavare pedes.

15 Exemplum enim dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis, ita et vos faciatis.

401 IV. EVANGELIO (VI £NES SANTO)

(Io. 18,1-40 ; 19,1-42)

i8,i En diciendo esto saliô Jesûs con sus discipulos al otro lado dei to-rrente Cedrôn, donde habia un huerto, en el cual entrô con sus discipulos.

2 Judas, el que habia de traicionar-le, conocia el sitio, porque muchàs veces concurria alli Jesûs con sus discipulos.

3Judas, pues, tornando la cohorte y los alguaciles de los pontifices y fariseos, vino alli con linternas y hachas y armas.

4 Conociendo Jesûs todo lo que iba a sucederle, saliô y les dijo: <A quién buscâis?

18,1 Haec cum dixisset lesus, egressus est cum discipulis suis trans torrentem Cedrom, ubi erat hortus, in quem introivit ipse, et discipuli cius.

2Sciebat autem et ludas, qui tradebat eum, locum: quia frequen-ter lesus convenerat illuc cum disci-pulis suis.

3ludas ergo cum accepisset co-hortem. et a pontificibus et phari-saeis ministros, venit illuc cum la-ternis, et facibus, et armis.

4lesus itaque sciens omnia quae ventura erant super eum, processit» et dixit eis: Quem quaeritis?

5 Responderunt ei: Iesum Nazarenum. Dicit eis Iesus: Ego sum. Stabat autem et Iudas, qui tradebat eum, cum ipsis.

6 Ut ergo dixit eis: Ego sum: abierunt retrorsum, et ceciderunt in terram.

7 Iterum ergo interrogavit eos: Quem quaeritis? Illi autem dixerunt: Iesum Nazarenum.

8 Respondit Iesus: Dixi vobis, quia ego sum: si ergo me quaeritis, sinite hos abire.

9 Ut impleretur sermo, quem dixit: Quia quos dedisti mihi, non perdi ex eis quemquam.

10 Simon ergo Petrus habens gladium eduxit eum: et percussit pontificis servum: et abscidit auriculam eius dexteram. Erat autem nomen servo Malchus.

11 Dixit ergo Iesus Petro: Mitte gladium tuum in vaginam. Calicem, quem dedit mihi Pater, non bibam illum?

12 Cohors ergo, et tribunus, et ministri Iudaeorum comprehenderunt Iesum, et ligaverunt eum:

13 Et adduxerunt eum ad Annam primum, erat enim socer Caiphae, qui erat pontifex anni illius.

14 Erat autem Caiphas, qui consilium dederat Iudaeis: Quia expediat, unum hominem mori pro populo.

15 Sequebatur autem Iesum Simon Petrus, et alius discipulus. Discipulus autem ille erat notus pontifici, et introivit cum Iesu in atrium pontificis.

16 Petrus autem stabat ad ostium foris. Exivit ergo discipulus alius, qui erat notus pontifici, et dixit ostiariae: et introduxit Petrum.

17 Dicit ergo Petro ancilla ostiaria: Numquid et tu ex discipulis es hominis istius? Dicit ille: Non sum.

18 Stabant autem servi et ministri ad prunas: quia frigus erat, et calefaciebant se: erat autem cum eis et Petrus stans, et calefaciens se.

19 Pontifex ergo interrogavit Iesum de discipulis suis, et de doctrina eius.

20 Respondit ei Iesus: Ego palam locutus sum mundo: ego semper docui in synagoga, et in templo,

5 Respondiéndole: A Jesûs Nazareno. El les dijo: Yo soy. Judas el traidor estaba con ellos.

6 As! que les dijo: Yo soy, retrocedieron y cayeron en tierra.

7 Otra vez les preguntô: <A quién buscâis? Ellos dijeron: A Jesûs Nazareno.

8 Respondiô Jesûs: Ya os dije que yo soy; si, pues, me buscâis a mi, dejad ir a estos.

9 Para que se cumpliera la palabra que habia dicho: De los que me diste no se perdiô ninguno.

10 Simon Pedro, que tenia una espada, la sacô e hiriô a un siervo del pontifice, cortândole la oreja derecha. Este siervo se llamaba Malco.

11 Pero Jesûs dijo a Pedro: Mete la espada en la vaina; câliz que me diô mi Padre no he de beberlo?

12 La cohorte, pues, y el tribuno y los alguaciles de los judios se apoderaron de Jesûs y le ataron,

13 y le condujeron primero a Anâs, porque era suegro de Caifâs, pontifice aquel aûo.

14 Era Caifâs el que habia aconsejado a los judios: «Conviene que un hombre muera por el pueblo».

15 Seguian a Jesûs Simôn Pedro y otro discipulo. Este discipulo era conocido dei pontifice, y entré al tiempo que Jesûs en el atrio del pontifice.

16 Mientras, Pedro se quedô fuera en la puerta. Saliô, pues, el otro discipulo, conocido dei pontifice, y hablô a la portera, e introdujo a Pedro.

17 La portera dijo a Pedro: «-Eres tû acaso de los discipulos de este hombre? El dijo: No soy.

18 Los siervos del pontifice y los alguaciles habian preparado un brasero, porque hacia frio y se calentaban, y Pedro estaba también con ellos, calentándose.

19 El pontifice preguntô a Jesûs sobre sus discipulos y sobre su doctrina.

20 Respondiôle Jesûs: Yo públicamente he hablado al mundo; siempre ensené en las sinagogas y en el templo,

adonde concurren todos los judios; nada hablé en secreto.

21 iQué me preguntas? Pregunta a los que me han oido que es lo que yo les he hablado; ellos deben saber lo que les he dicho.

22 Habiendo dicho esto Jesûs, uno de los alguaciles que estaba a su lado le diô una bofetada. diciendo: iAsi respondes al pontifice?

23 Jesûs le contestô: Si hablo mal, muéstrame en qué, y si bien, êpor qué me pegas?

24 Anâs le enviô atado a Caifâs, el pontifice.

25Entre tanto, Simon Pedro estaba de pie, calentândose, y le dijeron: êNb eres tû también de sus discipulos? Negô él y dijo: No soy.

26Dijole uno de los siervos dei pontifice, pariente de aquel a quien Pedro habia cortado la oreja: <jNo te he visto yo en el huerto con El?

27Pedro negô de nuevo, y al instante cantô el gallo.

28Llevaron a Jesûs de casa de Caifâs al pretorio. Era muy de manana. Ellos no entraron en el pretorio, por no contaminarse para poder corner la Pascua.

29 Saliô, pues, Pilato fuera y dijo: iQué acusaciôn traéis contra este hombre?

30Ellos respondieron diciéndole: Si no fuera malhechor, no te lo traeriamos.

31 Dijoles Pilato: Tomadle vosotros y juzgadle segûn vuestra ley. Le dijeron entonces los judios: Es que a nosotros no nos es permitido dar muerte a nadie.

32 Para que se cumpliese la palabra que Jesûs habia dicho, significando de qué muerte habia de morir.

33 Entrû Pilato de nuevo en el pretorio, y llamando a Jesûs le dijo: iEres tû el rey de los judios?

34 Respondiô Jesûs: êPor tu cuenta dices eso o te lo han dicho otros de mi?

35Pilato contestô: <Soy yo judio l por ventura? Tu naciôn y los pontihces te han entregado a ml aué has hecho?

quo omnes iudaei conveniunt: et in occulto locutus sum nihil.

21 Quid me interrogas? Interroga eos qui audierunt quid locutus sim ipsis: ecce hi sciunt quae dixerim ego.****

22 Haec autem cum dixisset, unus assistens ministrorum dedit alapam lesu, dicens: Sic respondes pontifici?

23 Respondit ei iesus: Si male locutus sum, testimonium perhibe de malo: si autem bene, quid me caedis?

24 Et misit eum Annas ligatum ad Caipham pontificem.

25 Erat autem Simon Petrus stans, et calefaciens 'se. Dixerunt ergo ei: Numquid et tu ex discipulis eius es? Negavit ille, et dixit: Non sum.

26 Dicit ei unus ex servis pontificis, cognatus eius, cuius abscidit Petrus auriculam: Nonne ego te vidi in horto cum illo?

27 Iterum ergo negavit Petrus: et statim gallus cantavit.

28 Adducunt ergo Iesum a Caipha in praetorium. Erat autem mane: et ipsi non introierunt in praetorium, ut non contaminarentur, sed ut manducarent Pascha.

29 Exivit ergo Pilatus ad eos foras, et dixit: Quam accusationem affertis adversus hominem hunc?

30 Responderunt, et dixerunt ei: Si non esset hic malefactor, non tibi tradidissemus eum.

31 Dixit ergo eis Pilatus. Accipite eum vos, et secundum legem vestram iudicate eum. Dixerunt ergo ei iudaei: Nobis non licet interficere quemquam.

32 Ut sermo Iesu impleretur. >«ndixit, significans qua morte esset moriturus.

33 Introivit ergo iterum in praetorium et vocavit Iesum, et dixit ei: Tu es rex iudaeorum?

34 Respondit Iesus: A temetipso hoc dic»s. an alii dixerunt tibi de me?

35 Respondit Pilatus: Numquid ego Iudaeus sum? Gens tua et pontifices tradiderunt te mihi: quid fecisti?

36Respondit Iesus: Regnum meum non est de hoc mundo. Si ex hoc mundo esset regnum meum, ministri mei utique decertarent ut non traderer Iudaeis; nunc autem regnum meum non est hinc.

37Dixit itaque ei Pilatus: Ergo res es tu? Respondit Iesus: Tu dicis quia rex sum ego. Ego in hoc natus sum, et ad hoc veni in mundum, ut testimonium perhibeam veritati: omnis qui est ex veritate, audit vocem meam.

38Dicit ei Pilatus: Quid est veritas? Et cum hoc dixisset, iterum exivit ad Iudaeos, et dicit eis: Ego nullam inveni® in eo causam.

39Est autem consuetudo vobis ut unum dimittam vobis in Pascha: vultis ergo dimittam vobis regem Iudaeorum?

40Clamaverunt ergo rursum omnes, dicentes: Non hunc, sed Barrabbam. Erat autem Barabbas latro.

19,1 Tunc ergo apprehendit Pilatus Iesum, et flagellavit.

2 Et milites plectentes coronam de spinis, imposuerunt capiti eius: et veste purpurea circumdederunt eum.

3Et veniebant ad eum, et dicebant: Ave rex Iudaeorum: et dabant ei alapas.

4Exivit ergo iterum Pilatus foras, et dicit eis: Ecce adduco vobis eum foras, ut cognoscatis quia nullam invenio in eo causam.

5(Exivit ergo Iesus portans coronam spineam, et purpureum vestimentum.) Et dicit eis: Ecce homo.

6Cum ergo vidissent eum pontifices et ministri, clamabant, dicentes: Crucifige, crucifige eum. Dicit eis Pilatus: Accipite eum vos, et crucifigite: ego enim non invenio in eo causam.

7Responderunt ei Iudaei: Nos legem habemus, et secundum legem debet mori, quia Filium Dei se fecit.

8Cum ergo audisset Pilatus hunc sermonem, magis timuit.

9Et ingressus est in praetorium iterum: et dixit ad Iesum: Unde es tu? Iesus autem responsum non dedit ei.

36 Jesûs respondiô: Mi reino no es de este mundo; si de este mundo fuera mi reino, mis ministros habrian luchado para que no fuese entregado a los judios; pero mi reino no es de aqui.

37Le dijo entonces Pilato; ^Luego tû eres rey? Respondiô Jesûs: Tû dices que soy rey. Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad; todo el que es de la verdad oye mi voz.

38 Pilato le dijo: Y îqué es la verdad?, y dicho esto, de nuevo saliô a los judios y les dijo: Yo no hallo en éste ningûn crimen.

39 Hay entre vosotros costumbre de que os suelte a uno en la Pascua. îQueréis, pues, que os suelte al rey de los judios?

40Entonces de nuevo gritaron, diciendo: ¡No a éste, sino a Barrabasl Era Barrabâs un bandolero.

19,1 Tomô entonces Pilato a Jesûs y mandé azotarle.

2Y los soldados, tejiendo una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza, le vistieron un manto de pûrpura,

3y acercândose a El, le decian: Salve, rey de los judios; y le daban de bofetadas.

4Otra vez salio Pilato y les dijo: Aqui os lo traigo para que veâis que no hallo en El ningûn crimen.

5. Saliô, pues, Jesûs fuera con la corona de espinas y el manto de pûrpura, y Pilato les dijo: Ahi tenéis al hombre.

6 Cuando le vieron los principes de los sacerdotes y sus satélites, gritaron, diciendo: ¡Crucificalo, crucificalo! Dijoles Pilato: Tomadle vosotros y crucificadle, pues yo no hallo crimen en El

7Respondieron los judios: Nosotros tenemos una ley, y segûn la ley, debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios.

8Cuando Pilato oyô estas palabras temiô mâs,

9 y entrando otra vez en el pretorio, dijo a Jesûs: <De dônde eres tû? Jesûs no le diô respuesta ninguna.

r

•i

io. Dijole entonces Pilato: mi no me respondes? ^No sabes que tengo poder para soltarte y poder para crucificararte?

11 Respondiôle Jesûs: No tendrías ningûn poder sobre mi si no te hubiera sido dado de lo alto; por esto los que me han entregado a ti tienen mayor pecado.

12 Desde entonces Pilato buscaba librarie; pero los judios gritaron diciendô: Si sueltas a ése, no eres amigo del Osar; todo el que se hace rey va contra el César.

13 Cuando oyô Pilato estas palabras saco a Jesûs fuera y se sentô en el tribunal, en el sitio Ûamado *litôstrotos*, en hebreo *gabbatha*.

14 Era el dia de la Parasceve, preparaciôn de la Pascua, alrededor de la hora sexta. Dijo a los judios: Ahi tenéis a vuestro rey.

15 Pero ellos gritaron: ¡Quita, quitale! ¡Crucificalo! Dijoles Pilato: ;A vuestro rey voy a crucifiicar? Contestaron los principes de los sacerdotes: Nosotros no tenemos mâs rey que al César.

16 Entonces se lo entregô para que lo crucificaran. Tomaron, pues, a Jesûs,

17 que, llevando su cruz, saliô al sitio llamado Calvario, que en hebreo se dice Gôlgota,

18 donde lo crucificaron, y con El a otros dos, uno a cada lado y Jesûs en medio.

19 Escribiô Pilato un titulo y lo puso sobre la cruz; estaba escrito: Jesûs Nazareno, Rey de los judios.

20 Muchos de los judios leyeron este titulo porque estaba cerca de la ciudad el sitio donde fué crucificado Jesûs, y estaba escrito en hebreo, en latin y en griego.

21 Dijeron, pues, a Pilato los principes de los sacerdotes de los judios: No escribas Rey de los judios, sino que El ha dicho: Soy rey de los judios.

22 Respondiô Pilato: Lo escrito, escrito esta.

23 Los soldados, una vez que hubieron crucificado a Jesûs, tomaron sus vestidos, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y la tûnica. La tû-

10 Dicit ergo ei Pilatus: Mihi non loqueris? Nescis quia potestatem habeo dimittere te?

11 Respondit Iesus: Non haberes potestatem adversum me ullam, nisi tibi datum esset desuper. Propterea qui me tradidit tibi, maius peccatum habet.

12 Et exinde quaerebat Pilatus dimittere eum. Iudaei autem clamabant dicentes: Si hunc dimittis, non es amicus Caesaris. Omnis enim qui se regem facit, contradicit Caesari.

13 Pilatus autem cum audisset hos sermones, adduxit foras Iesum: et sedit pro tribunali, in loco qui dicitur Lithostratos, hebraice autem Gabbatha.

14 Erat autem parasceve Paschae, hora quasi sexta, et dicit Iudaeis: Ecce rex vester.

15 Illi autem clamabant: Tolle, tolle, crucifige eum. Dicit eis Pilatus: Regem vestrum crucifigam? Responderunt pontifices: Non habemus regem, nisi Caesarem.

16 Tunc ergo tradidit eis illum ut crucifigeretur. Susceperunt autem Iesum, et eduxerunt.

17 Et baiulans sibi crucem exivit in eum, qui dicitur Calvariae locum, hebraice autem Golgotha:

18 ubi crucifixerunt eum, et cum eo alios duos hinc et hinc, medium autem Iesum.

19 Scripsit autem et titulum Pilatus: et posuit super crucem. Erat autem scriptum: Iesus Nazarenus, Rex Iudaeorum.

20 Hunc ergo titulum multi Iudaeorum legerunt: quia prope civitatem erat locus, ubi crucifixus est Iesus: et erat scriptum hebraice, graece, et latine.

21 Dicebant ergo Pilato pontifices Iudaeorum: Noli scribere: Rex Iudaeorum: sed quia ipse dixit: Rex sum Iudaeorum.

22 Respondit Pilatus: Quod scripsi, scripsi.

23 Milites ergo cum crucifixissent eum, acceperunt vestimenta eius (et fecerunt quattuor partes: unicuique militi partem) et tunicam. Erat

autem tunica inconsutilis, desuper contexta per totum.

24 Dixerunt ergo ad invicem: Non scindamus eam, sed sortiamur de illa cuius sit. Ut Scriptura impleatur, dicens: Partiti sunt vestimenta mea sibi: et in vestem meam miserunt sortem. Et milites quidem haec fecerunt.

25 Stabat, autem iuxta crucem Iesu mater eius, et soror matris eius, Maria Cleophae, et Maria Magdalene.

26 Cum vidisset ergo Iesus matrem, et discipulum stantem, quem diligebat, dicit matri suae: Mulier, ecce filius tuus.

27 Deinde dicit discipulo: Ecce mater tua. Et ex illa hora accepit eam discipulus in sua.

28 Postea sciens Iesus quia omnia consummata sunt, ut consummaretur Scriptura, dixit: Sitio.

29 Vas ergo erat positum aceto plenum. Illi autem spongiam plenam aceto, hyssopo circumponentes, obtulerunt ori eius.

30 Cum ergo accepisset Iesus acetum, dixit: Consummatum est. Et inclinato capite tradidit spiritum.

31 Iudaei ergo (quoniam parasceve erat) ut non remanerent in cruce corpora sabbato (erat enim magnus dies ille sabbati), rogaverunt Pilatum ut frangerentur eorum crura, et tollerentur.

32 Venerunt ergo milites: et primi quidem fregerunt crura, et alterius, qui crucifixus est cum eo.

33 Ad Iesum autem cum venissent ut viderunt eum iam mortuum, non fregerunt eius crura,

34 sed unus militum lancea latus eius aperuit, et continuo exivit sanguis et aqua.

35 Et qui vidit, testimonium perhibuit: et verum est testimonium eius. Et ille scit quia vera dicit: ut et vos credatis.

36 Facta sunt enim haec ut Scriptura impleatur: Os non comminuetis ex eo.

37 Et iterum alia Scriptura dicit: Videbunt in quem transfixerunt.

nica era sin costura, tejida toda desde arriba.

24 Dijéronse, pues, unos a otros: «No la rasguemos, sino echemos suertes sobre ella para ver a quién le toca», a fin de que se cumpliera la Escritura: «Dividieronse mis vestidos y sobre mi túnica echaron suertes*. Es lo que hicieron los soldados.

25 Estaban junto a la cruz de Jesûs su Madré, y la hermana de su Madré, Maria la de Cleofâs, y Maria Magdalena.

26 Jesûs, viendo a su Madré y al discipulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a la Madré: Mujer, he ahí a tu hijo.

27 Luego dijo al discipulo: He ahí a tu Madré. Y desde aquella hora el discipulo la recibió en su casa.

28 Después de esto, sabiendo Jesûs que todo estaba ya consumado, para que se cumpliera la Escritura dijo: Tengo sed.

29 Había allí un botijo lleno de vinagre. Fijaron en un venablo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca.

30 Cuando hubo gustado el vinagre, dijo Jesûs: Todo está acabado, e inclinándose la cabeza entregó el espíritu.

31 Los judíos, como era el día de la Parasceve, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el día de sâbado, por ser día grande aquel sâbado, rogaron a Pilato que les rompiesen las piernas y los quitasen.

32 Vinieron, pues, los soldados y rompieron las piernas al primero y al otro que estaba crucificado con Él;

33 pero llegando a Jesûs, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas,

34 sino que uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado, y al instante salió sangre y agua.

35 El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero. Él sabe que dice verdad para que vosotros creáis.

36 Porque esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: «No romperéis ni uno de sus huesos».

37 Y otra Escritura dice también: ♦Mirarán al que traspasaron».

38 Después de esto rogô a Pilato José de Arimatea, que era discipulo de Jesus, aunque secreto, por temor de los judios, que le permitiese tomar el cuerpo de Jesus, y Pilato se lo permitiô. Vino, pues, y tomô su cuerpo.

39 Llego Nicodemo, el mismo que habia venido a El de noche al principio, trajo una mezcla de mirra y âloe, como unas cien libras.

40 Tomaron, pues, el cuerpo de Jésus y lo fajaron con bandas y aromas, seguin es costumbre sepultar entre los judios.

41 Habia cerca dei sitio donde fué crucificado un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual nadie aùn habia sido depositado.

42 Alli, a causa de la Parasceve de los judios, por estar cerca el monumento, pusieron a Jesûs.

38 Post haec autem rogavit Pilatum Ioseph ab Arimathaea (eo quod esset discipulus Iesu, occultus autem propter metum Iudaeorum), ut tolleret corpus Iesu. Et permisit Pilatus. Venit ergo, et tulit corpus Iesu.

39 Venit autem et Nicodemus, qui venerat ad Iesum nocte primum, ferens mixturam myrrhae et aloes, quasi libras centum.

40 Acceperunt ergo corpus Iesu. et ligaverunt illud linteis cum aromatibus, sicut mos est Iudaeis sepelire.

41 Erat autem in loco, ubi crucifixus est, hortus: et in horto monumentum novum, in quo nondum quisquam positus erat.

42 Ibi ergo propter Parasceven Iudaeorum, quia iuxta erat monumentum, posuerunt Iesum.

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

Situación litúrgica

La Santa Sede ha reformado la Semana Santa y en el primer año de su celebración se han experimentado ya las grandes ventajas de la innovación. Dos fines principales ha pretendido la Iglesia, a saber, la asistencia y la más activa participación de los fieles a los oficios litúrgicos en los días más santos. Para que esto pueda lograrse satisfactoriamente incumbe a todo sacerdote el deber de instruir al pueblo y prepararle debidamente durante la Cuaresma para el mayor fruto espiritual de la Semana Santa. De aquí que la Iglesia diga a los obispos: «Los ordinarios del lugar cuiden de que los sacerdotes, especialmente los dedicados a la cura de almas, estén bien instruidos, no sólo en las disposiciones rituales del nuevo orden, sino en el significado litúrgico y en su fin pastoral» (*Instrue.*, I,1)... Para ayuda de los sacerdotes orientámes principalmente este comentario.

A) Fundamento

La Iglesia quiere que el pueblo fiel participe de la acción litúrgica, porque ésta entraña una especial eficacia. La doctrina es general para todas las fiestas del año. Pero ha comenzado por la Semana Santa para aproximar a los fieles con la liturgia y acabar con un divorcio que ha durado siglos. Esta eficacia especial está expresada en las siguientes palabras: «Los ritos de la Semana Santa no sólo tienen especial dignidad, sino que poseen también singular fuerza y *eficacia sacramental* para alimentar la vida cristiana»... Obsérvese la frase subrayada. Con estas palabras se quiere decir que la intención litúrgica encierra por sí misma un fruto y eficacia, independientemente del sujeto que actúe o asista. Esta eficacia proviene no tanto del *opus operatum* cuanto del *opus operantis Ecclesiae*, en cuanto que es acción de la Iglesia, como tal Iglesia, Cuerpo místico de Cristo.

De aquí se deduce la excelencia de la liturgia sobre otros actos de devoción, muy subrayada en el decreto e instrucción de reforma. Los ritos litúrgicos «no pueden hallar compensación en los piadosos ejercicios de devoción llamados comúnmente extralitúrgicos que se celebran en la tarde del triduo sacro» (decr.). Instrúyase ampliamente a los fieles sobre el gran valor de la sagrada liturgia, que supera ampliamente, siempre pero especialmente estos días, todas las otras costumbres y devociones, incluso las mejores, de cualquier clase que sean.

Dedúcese de aquí que en las funciones de estos días deben observarse todas las prescripciones de la Iglesia para que no queden desposeídas de la eficacia que gozan en cuanto que son acciones de la Iglesia. Y asimismo que no se debe reparar en reformar muchos actos de devoción, que más

cansan que beneficjan. Habrá que extremar la prudencia; pero debe afrontarse el problema con valentia y con el convencimiento de que una cuidadosa instrucción de los fieles vencerá cualquier obstáculo para la reforma.

B) Disposiciones

Senálanse también en el decreto e instrucción citados las disposiciones para participat mejor de los frutos de estos días.

a) Una, general, es la sagrada comuniôn. De aquí que se recomiende vivamente a los fieles la confesiôn y comuniôn en los días de Semana Santa. Otra, general también, es el espíritu de recogimiento con que se debe celebrar.

bj Las particulares se reheren a cada uno de los días. Así, el jueves ha de ser día de eucaristia y caridad y se debe dar oportunidad a los cristianos para que practiquen obras de caridad, según expresamente se hace notar. El viernes es el día de la muerte del Señor, día de meditaciôn junto a la cruz, día de dolor y recogimiento, día, por fin, de ayuno y abstinencia, cuya observancia especialmente se recomienda. El sâbado, el día del gran luto, es de meditaciôn y recogimiento hasta que lleguen las alegres notas del anuncio pascual.

De nosotros depende en gran parte que el pueblo viva de la liturgia y viviéndola participe de sus frutos. Por eso, como indicaciôn postrera, importa recordar que las breves explicaciones que antecedan inmediatamente o acompañen a las funciones y el gusto y esmerada preparaciôn de todas las ceremonias constituyan un factor indispensable.

SECCION III. SANTOS PADRES

I. PSEUDO-CIPRIANO

Pasiôn del Senor

El libro *De cardinalibus operibus Christi* ha sido considerado por Santo Tomâs y todos los clâsicos como de San Cipriano. Tiene, pues, la gran autoridad extrinseca dei uso que de él ha hecho la Iglesia durante siglos, que se une al mérito intrinseco de su doctrina (cf. *Opera*, Antuerpiae, apud viduam et heredes T. Stellii, 1568).

A) La tristeza de la oraciôn de Getsemani 405

«Senor, oi tu palabra y terni (Hab. 3). Llenôme de terror lo que dijiste al Padre cuando se acercaba el traidor Judas y se aproximaba la hora de la pasiôn: *Padre, si es posible, posa de mi este câliz* (Mt. 26,39); Y confesaste en presencia de los apôstoles, bafiado en el sudor de sangre de tu excesiva angustia, que estabas *triste hasta la muerte* (Mt. 26,38). Al escuchar estas palabras me he llenado de pavor. Pues iquién habrâ que no tema, si terne Aquel a quien temen todas las cosas, si tiene pavor Aquel ante quiefi se dobla toda rodilla, si Aquel que es muerte de la misma muerte y tormento del infierno tiembla al acercarse la hora de morir? <<Acaso no habias venido a esto y no habias predicho que asi habia de suceder? ^No fué esto mismo lo que anunciaban las figuras, los orâculos y los vaticinios de los profetas desde el principio del mundo? Si obedeces voluntariamente al Padre sin que ninguna necesidad te obligue a padecer, êpor qué te quejas? <Por qué te defiendes? <No habias predicado a tus fieles que no temiesen a los que dan la muerte al cuerpo, porque su tirânica violencia no puede llegar hasta el aima?

Mas aquel miedo expresaba un afecto comûn de la debilidad humana, y proclamaba que la generalidad de los que viven en la carne estân sujetos a esta pena, y que la disoluciôn de la naturaleza corporal y espiritual no puede estar exenta de esta molestia, y que a toda la descendenda de Adân, sin excepciôn alguna, le fué impuesta la de temer el trabajo del ûltimo trance. Y, a la verdad, esta molestia la padecen y no sin razôn todos aquellos que van a saldar cuentas ante el juicio de Dios, los cuales, por lo mismo que han abusado dei beneficio de la vida y de la razôn y de todos los demâs dones, temen, argûidos por su propia conciencia, some-

terse a aquel examen en el que no queda subterfugio alguno. La misma separaciôn del espíritu rompe y lastima la delicadeza de la carne; nadie ha escapado de esta molestia, y ninguno ha expirado sin amargura al rendir el alma».

44)7

B) El prendimiento

«Mas tũ, Señor, que eres juez de todos, que tienes en tu mano el dar la vida y el volverla a tomar, tũ, a quien no aflige ia pena por necesidad y que no puedes temer la presencia del Padre, ¿por qué estas ansioso? ¿Por qué vas a la oraciôn Ueno de temblor? Mientras los apôstoles estân durmiendo, Tũ, en vela, aguardas al traidor; y, sin embargo, no te escondes, sino que sales al encuentro de los que venian a apresarte y conducirte al tribunal de Pilato, precedidos por Judas como capitan Ueno de malicia. Oi, Señor, tu palabra y me llené de pavor cuando preguntas a los que van en busca tuya qué es lo que buscan, sabiendo que te buscan a ti, y les dijiste que eras Jesus Nazareno. Inmediatamente se apoderô el temor de aquellos a quienes temias, y, postrados en tierra, cayeron exâñimes, y la cohorte armada se Ueno de terror ante la voz de un solo hombre; y la omnipotencia que se ocultaba en tu humanidad te presentaba como Ueno de miedo y de pavor ante tus discipulos y como terrible ante tus perseguidores».

W8

C) El proceso de Cristo

<Mas para que se cumpliera la voluntad del Padre y diera principio el sacrificio de la carne por la tristeza y el temor, aguardaban a la victima muchos trances angustiosos de los que supo salir triunfante por medio de la obediencia. Y cuando era conducido atado al tribunal del präsidente no suplicô a los sayones, sino que reprimiô el celo de Pedro; ni tampoco permitiô que se hiciera uso de las espadas, y hasta menospreciô a Herodes y a Pilato, y no pudo el orgullo de los poderosos arrancarle una respuesta a lo que le preguntaban. Superado ya todo temor y haciendo uso de una autoridad mâs poderosa, consiguiô, con su paciencia y mansedumbre, llenar de turbaciôn a sus perseguidores en medio de los esputos, bofetadas y demâs escarnios que le hicieron sufrir; la malicia de los judios, sintiéndose despreciada ante las injurias e insultos, se exacerba mucho mâs, y la mansedumbre y piedad de Cristo sale triunfante de la impiedad y de la malicia».

409

D) El lavatorio de Pilato

•Inútilmente, ¿joh juez!, lavas tus manos en el pretorio confesândote inocente del derramamiento de la sangre del Seftor. Tũ mismo, al indagar con escrupulosidad la causa de la muerte, confiesas

que no la encuentras en El; tu misma mujer te habia avisado que no te mezclases en las cosas de aquel justo, testificando as! los demonios por su boca que les estaba amenazando el juicio; y no le excusas, sino que le àcusas y haces causa comùn con los judios. Ellos se condenan con la traiciôn; tû, con un parricidio. Ellos matan con su lengua; tû, con el hierro; esta malicia de inaudita crueldad te alcanza a ti tanto como a ellos. Vendrà tu alma a las manos del juez a quien condenas, y destruidos tus tribunales seràs juzgado y sumergido en lo mäs profundo del infierno; alli tendréis, tû y el malvado Judas, penas interminables, Hamas inextinguibles, dolores perpetuos y tormentos eternos.

Pero el Hijo del hombre se va, como estâ escrito de El; fué 410
sentenciado para librar a los condenados; sintiô dolores para sanar a los enfermos; tuvo miedo para dar confianza; sufriô los oprobios para que los improperios de los murmuradores no hicieran mella en los elegidos. Fué contado en el número de los impios, de los cuales uno fué elegido y el otro reprobado, para enseôarnos con ejemplo imborrable que la clemencia de Dios ni aun en el ultimo trance excluye al penitente, y que ninguna hora es tarde para el que estâ verdaderamente compungido, asi como tampoco son juzgados otra vez aquellos que en cualquier época de su vida se juzgaron a si mismos. Pues cuando el pecador, sin tratar de excusarse, se convierte en su propio juez y verdugo aplicândose el castigo, el incienso de este holocausto consigue el perdôn de Dios. Porque no juzga Dios dos veces lo mismo, sino que juzga y condena a los impénitentes y absuelve a los penitentes, por cuanto los halla ya juzgados por si mismos, y nada ariade la justicia del cielo al juicio que ha fallado la severidad de la penitencia humana.

Los egipcios fueron juzgados al ser tragados por las olas del 411
mar cuando las aguas los envolvian (Ex. 14,27); los sodomitas lo fueron cuando quedaron abrasadas sus ciudades por las Hamas de azufre (Gen. 19,24-25); mas si en aquellas mismas calamidades gimieran penitentes, la pena etema no sucediera a la temporal, sino que el suplicio les hubiera servido de remedio y los tormentos para su perdôn; ni un juicio eterno atormentara ni se cebara en los contritos de corazôn. Asi, el ladrôn que confesô a Cristo en la cruz (Le. 23,42) no solamente alcanzô el perdôn, sino que fué hecho familiar de Cristo y le precediô al paraíso, mereciendo participar de su reino después de haber sido, por su confesiôn, compañero en el martirio. Pero nada pudo hacer la clemencia de Dios con el otro ladrôn blasfemo, el cual desesperô de su poder; tampoco pudo aprovecharle nada el acompañarle en la cruz, puesto que el lavatorio de la penitencia no expiaba su malicia».

* L *

E) El triunfo en la cruz

◆Subiste, Señor, a la palma, porque el leno de la cruz representaba el triunfo contra el diablo y la victoria contra los principados, potestades y milicias espirituales; y *en tus manos habia dos cuernos* (Hab. 3,4), en los que estaban tu fortaleza oculta y *tu imperio sobre tu hombro* (Is. 9,6). Tû mismo, cargado con la cruz, te unias al leno que llevabas auestas, soportando la ansiedad de caminar bajo su peso y morir en ella. Consideré tus obras y me llené de pavor. Nada dices de la atrocidad de tus llagas, cuando los clavos taladran tus pies y manos; no te quejas de las espinas que penetran en tu sagrada cabeza, sino que cuidas de que conozcan los venideros por qué pareces abandonado del Padre y expuesto a las befas y escamios de los judios. El mismo Pilato habia dicho que en ti no habia causa de muerte (Io. 11,38), y Caifàs, que era pontifice aquel año, habia profetizado que tu muerte habia de satisfacer por el pueblo enemigo (Io. 11,50). Tû no haces caso de la muerte ni de los oprobios, sino que quieres que se comprenda cuál es la causa de la muerte y cual la ganancia, para que, conocidas una y otra, aparezcan como son en si el pecado y la gracia y por el efecto de ambas cosas entendamos su importancia, ya que no puede haber remedio alguno a la muerte original más que en la cruz de Cristo, ni cualquier ofrenda sino solo el sacrificio singular de esta sangre es capaz de reconciliar con Dios a los desterrados y condenados».

a) La carta del perdón

«Dios hubiera podido perdonar el pecado sin este holocausto; mas si ahora los padecimientos de Cristo apenas logran contener nuestra maldad ni arrancar de la hez de los placeres a los ânimos pervertidos, ¿qué seria entonces, cuando la facilidad en conseguir el perdón hubiera dejado sueltas las riendas con las que el pecado era contenido? En efecto, no se encontraba medicamento conveniente para la curación de llaga tan pùtrida y para sofocar el hedor exhalado por las cicatrices antiguas si no se untaba la llaga con el ungüento de esta sangre; ni se secaban los venenos que la serpiente seductora habia puesto al calcahal del primer hombre y a toda su descendenda sino con el remedio del cuerpo de Cristo extendido en la cruz. Esta única medicina consumiô todas las cicatrices que tanto habian aumentado, la corrupción de las pasiones perdiô su fuerza y, borrada la sentencia de condenación, fué restituida la libertad, firmándose la carta de perdón con el sello de la llaga del costado».

b) El desamparo

«Considero tus obras y me asombro de que, enclavado en la cruz en medio de los condenados, ya no estas triste, ni lleno de pavor, sino como vencedor de los suplicios y con las manos elevadas, triunfante de Amalec; como santificando al pueblo desde lo alto, llevando a la patria celestial la ensena de la victoria y levantando la escala desde las regiones inferiores al encuentro del Padre. Allí, sin acordarte de los dolores y denuelos, indagas minuciosamente y expones Tû mismo por qué fuiste desamparado, indicando que aquellas quejas eran las voces de tus delitos, puesto que Tû habias tornado a tu cargo satisfacer por ellos, y de tal manera, que toleraste que por boca de Moisés y del Apôstol (2 Cor. 5,21) se te llamara *pecado y maldito*, por la semejanza en la pena, hoy en la culpa; porque quisiste que se entendiera de aquellos que habian merecido por sus pecados ser abandonados de Dios y cuya reconciliación habias tornado a tu cargo. En cuya causa, como abogado sutil, no te desdenaste de tomar el papel de siervo por los siervos, y tanto te compadeces de los débiles que no te ruborizas ni tiemblas de ser crucificado y morir para que ellos vivan y no perezcan, siendo Tû el que los patrocinas; abandonando tu alteza y dejando la majestad hasta el tiempo de tu gloria, para que vuelvan los que están dispersos y respiren los desahuciados. Esta es la causa por que has sido desamparado, para que tu anonadamiento atraiga y reúna a los que padecian abandono, y se conviertan a la justicia los que habian estado sin Dios mientras dominaba en ellos el pecado, y se hicieran semejantes a Cristo, y cristos y dioses. Por eso está escrito (Ps. 81,6): *Yo dije: sois dioses*».

c) PROVECHO DE LOS DESAMPARADOS

«Te contemplo, Señor, en aquel patibulo en el que parecias hallarte sin auxilio alguno y considero de qué manera envias delante a tu reino al buen ladrón en virtud de tu sublime potestad. Con esta elección nos enseñas de un modo bien manifiesto cuánto provecho has producido en los desamparados, de entre los cuales éste fué el primero que, coronado de gloria, fué constituido, en el mismo día, ciudadano del paraíso y doméstico de la curia celestial. Era imposible que tu santa alma fuera retenida por los infiernos, acerca de lo cual tû mismo dices al Padre: *Porque no dejarás mi alma en el infierno, ni que mi carne se corrompa en el sepulcro* (Ps. 15,10), y así volvió sin dilación al cuerpo una vez presentada como vencedora ante la presencia del Padre, rotas ya las puertas del infierno y reducida a cautiverio la misma cautividad, y se acercaron a la salud los que de ésta se hallaban lejos, y el que estaba libre entre los muertos concedió la libertad perpetua a los que yacian sujetos a la muerte».

416

d) SOLÍCJTO POR LA M^a DRE

«Te contemplo en la cruz, solicito por tu Madré, a quien negaste una entrevista en días anteriores, cuando quiso hablar contigo mientras predicabas el Evangelio, prefiriendo a los que escuchaban tu palabra, los pobres de espíritu, y diciendo que *aquellos eran tu madré y tus hermanos que obedecían a la voluntad del Padre* (Mt. 12, 49-50). En esta ocasiôn te mueves por el afecto a tu Madré, y, encomendando el tálamo de tu humanidad al discípulo amado que se inclinô sobre ti, provees a la bendita entre las mujeres con la clientela del apôstol y entregas la virgen al discípulo virgen...»

e) Orando por los enemigos

«Ademâs, poniendo de manifiesto el privilegio de la digrudad sacerdotal, oras como mediador entre el Padre y nosotros por aquellos que anadieron los oprobios al dolor de tus llagas y pides el perdôn para tus enemigos (Le. 23,34); haces oraciôn y suplicas que se les perdone esta iniquidad y que por tu muerte no sean castigados los que piden que tu sangre caiga sobre ellos y sobre sus hijos; ciegos hasta el punto de no comprender la gravedad de su crimen; obstinados de tal forma que ni tu misma muerte, Señor, fué capaz de extinguir su odio hacia ti. Mas tu caridad suspende entre tanto el juicio, y tu paciencia para con los ingratos y reos da lugar a la penitencia, y aguarda el tiempo y difiere el castigar a los que son dignos de condenaciôn, pidiendo entre otras cosas que se abran sus ojos y reconozcan cuál es la virtud de la Cruz, cuál la eficacia de la sangre y cuál la magnitud dei delito y del don de la gracia y del pecado...»

418

F) *Eficacia de la sangre divina*

He aquí que mâs pudo el don que el delito, la gracia que el pecado, porque absolviô gratis en virtud de su piedad, sin mérito alguno de gracia, a los que por deuda se habian hecho reos de condenaciôn, y el juicio did lugar a la misericordia por disposiciôn de Cristo, y la justicia mitigô su rigor. Ya ve el hebreo y cualquier otro que, libertado de la servidumbre de los egipcios, anhela por la libertad de la patria prometida, que la sangre de Cristo es mâs eficaz que la sangre de aquel cordero que inmolô Israel en Egipto para alejar las potestades contrarias, ya que no solo defiende los limites del pueblo de Israel, sino que también el signo solo del sacramento repele los demonios de todos aquellos que no viven como Israel y es terrible para ellos la virtud del nombre sagrado y la serial de la sangre. Finalmente, cualesquiera que sean las manos que sumergen a los que se acercan al bautismo o que ungen, cualquiera que sea el pecho de donde proceden las palabras sagradas,

la operaciôn produce su efecto en conmemoraciôn de la Cruz, y todo lo hace el nombre adorable invocado por los ministros dé los sacramentos. Y aunque sean indignos los que los reciben, sin embargo la reverencia a estos signos sensibles de la gracia prépara un acceso mäs fácil a Dios, y, luego que vuelven en si, subsiste la abluciôn y tienen efecto los demäs dones, y no hay necesidad de pedir o repetir la administraciôn dei saludable sacramento».

Tu sangre, Señor, ya no busca la venganza; tu sangre lava los crímenes y borra todos los pecados. La sangre de Abel estâ clamando; también estân clamando los pecados de los sodomitas y el parricidio y el placer sensual son dignos de venganza. Tù, que eras antes el Dios de las venganzas, ahora te compadeces y perdonas a los que te han ofendido; sanas a los contritos de corazôn y pones venda a los que estân llagados; no echas en cara sus excesos al hijo pródigo que viene a tus brazos, no arguyes con su prostituciôn a la adúltera, no rehusas el servicio de la pecadora pública y al deudor de dinero le perdonas el deposito. Diste la gracia a los pérfidos judios y perdonas la maldad de las maldades y el pecado de los pecados. De tu costado sale una fuente que salta hasta la vida eterna, y de la misma fuente brotan agua y sangre para complemento y perfeccion de toda justicia, los sacramentos que habian de durar para siempre, y la abundancia de las aguas de aquella fuente riega y fecundiza con su corriente continua toda la Iglesia. De esta fuente no solo sacamos las aguas de la primera abluciôn de los que se acercan a Cristo, sino que también fluyen de ella arroyos perennes de compunciôn y de lâgrimas, y mana la suavidad de las misericordias y el efecto de toda piedad. Tû, Señor, sacerdote santo, que en tiempo de la ira fuiste hecho reconciliador, dejaste permanente la plenitud de esa sangre santa y diste para siempre el beneficio de este santo licor, y estableciste entre nosotros una bebida vivificante que nunca se consume, la senal de la cruz y el ejemplo de la mortificaciôn. Vete al Padre, consumadas todas las cosas, y llévanos en pos de ti; concédenos en la vida présente que llevemos tu cruz sin auxilio alguno y comprendamos con todos los demäs santos qué significa la longitud, la latitud, altura y profundidad de este leno, visto el cual no nos haga dano ni nos muerda la serpiente del desierto, sino que conservândonos incolumes te sigamos; seamos parvulos contigo, contigo seamos circuncidados, contigo bautizados, ayunemos contigo, contigo comamos el pan de los ângeles, lavados los pies, contigo vivamos crucificados para este mundo, contigo Uenos del Espiritu Santo, y permanezcamos así para siempre con el cuerpo y el espiritu. Que vives y no volverâs a morir por los siglos de los siglos».

II. SAN JUAN CRISOSTOMO

**Instituição de la Eucaristia y otros pasajes
de la Pasiôn**

Seleccionamos algunos lugares de los comentarios a San Mateo, procurando no coincidir con los pasajes comentados por San Agustin y prefiriendo las aplicaciones morales a las explicaciones historicas.

A) Judas

(Cf. *Hom.* 81 in *Mt.*: PG 32,231.)

<20

a) La revelaciôn del traidor

«En *verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar* (Mt. 26, 21). Y aun antes de cenar le habia lavado los pies. Es de notar la gran consideraciôn que tiene con el traidor, pues no dice *él*, sino *uno de vosotros* me ha de entregar, para de este modo facilitarle otra ocasiôn.de arrepentimiento. Prefirio infundir el terror y la alarma en el ânimo de todos antes que dejar de animarie por todos los medios a que se arrepintiera. Uno de vosotros doce, dijo, que a todas partes me habéis acompanado, cuyos pies acabo de lavar, a quienes tantas y tan grandes promesas he hecho...

Aquel a quien yo diere pan mojado con la salsa, ése es (Io. 13,26). Advierte que solamente le descubre para librar a los dernas del temor que de ellos se habia apoderado, pues estaban ya casi sin aliento cuando le preguntaban. Tenia ademâs otro motivo para haccrlo asi, a saber: para que Ueno de miedo el traidor se arrepintiera y se enmendara, pues viendo que designândole de una manera confusa e indistinta no se conmovia su coraçôn, descorriô el velo para mâs y mâs tocarle... No conviene que pasemos por alto todas estas cosas, sino que profundamente las grabemos en nuestra mente para que nunca demos lugar a la ira. En efecto, êquién al contemplar aquella cena y ver al traidor sentarse a la misma mesa que el Salvador y hacerse cargo de la humildad y mansedumbre con que habla el que iba a ser vendido no arrojarâ lejos de si todo el veneno de la ira y del furor? Observa qué blandamente le habla: *El Hijo del hombre va ciertamente, como esta, escrito de El* (Mt. 26,24); con cuyas palabras se propuso, al par que confirmar a sus discipulos para que no creyeran que era por flaqueza, tratar otra vez de corregir al traidor. *jAy de aquel por quien sera, entregado el Hijo del hombre; mas le valiera no haber nacido!* (Mt. 26, 24). Considera una y otra vez su inefable mansedumbre, pues no le reprende agria y duramente, sino que le habla lleno de compasiôn y también de una manera embozada...

iSoy yo acaso, Maestro? (Mt. 26,25). ¡Oh necesidad sin ejemplo! 421
Pregunta lo mismo que tan a fondo sabla, pues el evangelista refiriô esto admirado de tanto descaro. <Qué respondiô el manso y benigno Jesûs? *Tu dixisti* (ibid.). Así le contesta, aunque podla decirle: ¡Perverso y vil! Tanto tiempo hace que estas meditando tanta maldad, y ahora, aconsejado por el demonio, vas a recibir dincro a cuenta de tu delito, y, sin embargo, te atreves a preguntarme como si lo ignoraras. Nada de esto quiso decirle, contentándose con responder: *Tu dixisti*; ensenândonos de este modo a tolerar y a olvidar las injurias...

Pero veamos lo que este miserable contesté cuando fué reprendido por su Maestro. *gSoy yo acaso, Rabbi?* <Qué motivos tuvo. Judas para no preguntar esto desde el principio, como hicieron los demás? Porque como habia dicho en general *uno de vosotros*, creia no ser descubierto; pero cuando vio que en particular le reprendia, confiando poder evitar la reprensión a causa de la mansedumbre del Señor, le hizo esta pregunta, dándole el tratamiento de Maestro, que ninguno hasta entonces le diô. ¡Oh inaudita ceguedad de la mente, hasta donde te atreves a llegar! En efecto, tal es la avaricia, que hace a los hombres tontos, estûpidos, desvergonzados, perros y aun peor que perros y demonios; ella hizo que Judas se echara en brazos del demonio tentador y que, convertido en diablo por su voluntad, traicionara y villanamente entregara a Jesûs, que le brindaba sus beneficios. La insaciable sed de riquezas vuelve a los hombres fatuos y furiosos, sin pensar, como Judas, en otra cosa mâs que en su lucro».

b) POSEÏDO DEL DEMONIO

«Pero icômo es que San Mateo, San Marcos y San Lucas, al ocuparse de la traición, dicen que estaba poseido del demonio, mientras que San Juan asegurô que Satanâs se apoderô de él después de haber recibido de Jesûs el pedazo de pan mojado? Si bien se examina, no dice San Juan una cosa diferente de los demás: *Acabada la cena, como el diablo hubiese ya puesto en el corazôn de Judas que le entregase* (Io. 13,2); <>cômo, pues, dice luego que detrâs del bocado entré en él Satanâs? Porque entra en el hombre no de repente ni en un solo instante, sino poco a poco y haciendo sus pruebas, como aquí sucedié. Habiéndole tentado y atacâdole suavemente, cuando vio que estaba dispuesto a recibirle, se le metié ya entero y se apoderô de él totalmente.

... Así, pues, os ruego y suplico que corrijáis con gran cuidado y diligencia esta pasión y las demás que en nosotros se desarrollan, según las diversas edades. Si al navegar por este mar en cualquiera época de nuestra vida no nos dedicamos a la útil tarea de la virtud, experimentaremos continuos naufragios, y, arrastrados al puerto, careciendo de espirituales mercandas, seremos condenados a los

mayores suplicios. Porque esta vida es un mar ancho y largo, y en él, como en todos, hay varios golfos donde por diversas causas se originan grandes tempestades»...

423

c) CORREGIR LAS PASIONES

«Lo mismo suele suceder en nuestra vida, pues su primer golfe se ve ya en el niño, a causa de su edad, expuesto a muchas y grandes tormentas, ora porque el entendimiento está poco desarrollado, ora porque todavía no tiene firmeza alguna, sino que se dobla a todas partes. Por esto le encargamos a pedagogos y maestros que suplan con su diligencia los defectos de la naturaleza, como sucede en la navegación, en la que la destreza del timonero triunfa de las encrespadas olas del mar.

A la niñez suceden las olas de la juventud, que, como en el mar Egeo, es agitada por los fuertes vientos de la concupiscencia; esta edad se presta menos a corrección, no solamente porque son mayores las olas que la azotan, sino también porque, faltando ya el pedagogo y el maestro, no son reprendidas las faltas. Soplando, pues, los vientos con mayor impetuosidad, siendo el timonero más inexperto y no habiendo nadie que defiendan y ayude, considera cuál será la magnitud de la tempestad.

424

La edad viril ocupa el tercer lugar, y aquí pesan los cuidados de la familia: la mujer, el matrimonio, los hijos, el gobierno de la casa, las preocupaciones que caen como copos de nieve. Es el momento en que brotan las flores de la avaricia y de la envidia.

Si, pues, en todas las edades estamos expuestos a naufragar, ¿cómo pasaremos esta vida? ¿Cómo nos libraremos de los eternos suplicios? Si en la primera edad no aprendemos a ser sinceros y rectos, si en la juventud no vivimos modestamente, y si en la edad viril no dominamos la avaricia, llegaremos a la vejez teniendo la barquilla de nuestra alma rota por las tempestades, y arribaremos al puerto llevando, no mercaderías espirituales, sino abundante y sucio lodo, con lo cual daremos gusto al demonio, al mismo tiempo que nos condenamos a nosotros mismos y nos haremos merecedores de eternos e intolerables tormentos.

Para que esto no suceda, estrechémonos por todas partes y, peleando contra las pasiones, arrojemos lejos de nosotros la sed de riquezas, para que de este modo podamos vivir aquí tranquilos y alcanzar después la eterna bienaventuranza por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo. Amén».

B) La Eucaristía

(Cf. *Horn.* 82 in *Mt.*: PG 32,734 ss.)

a) VOLUNTAD HUMANA Y AUXILIO DIVINO

«De aqui debemos aprender una gran verdad, a saber, que de ningùn modo basta la voluntad del hombre si el auxilio superior no viene en su ayuda, y que, por el contrario, de nada nos serviría el auxilio superior si nuestra voluntad le rechaza; ejemplo de lo uno es San Pedro, y de lo otro, Judas. En efecto, aunque este tenía amplia protección de Cristo, sin embargo, como no quiso atender ni prestar su cooperación, no le sirvió aquélla de nada; pero aquél, aunque animado por los mejores deseos, una vez privado dei auxilio divino no pudo conservarse. Porque la virtud resulta de estas dos cosas. Así, pues, encarecidamente os suplico que no lo atribuyáis todo a Dios, entregándoos al sueño y a la negligencia; ni que, cuando estais vigilantes, créais que todo se debe a vuestro trabajo. Dios no nos quiere desidiosos ni que nos echemos boca arriba, sino que nos pide alguna cosa; ni tampoco que nos dejemos llevar por la arrogancia, por lo cual no todo nos lo ha confiado a nosotros»...

b) Ver con los ojos del entendimiento

«Habiendo dicho Cristo: *Este es mi cuerpo* (Mt. 26,28), no vacilemos un instante, sino creamos, viéndolo con los ojos del entendimiento, pues sus dones son invisibles, si bien nos los da por medio de cosas sensibles. Así en el bautismo se nos concede aquel don por el agua, que es una cosa sensible; empero lo que por ella se confiere, esto es, la regeneration y rénovation, son algo inteligible. Si tu fueras incorporeo, te hubiera dado unos dones puramente incorporeales, pero como tu aima esta unida al cuerpo, te comunica lo inteligible en lo sensible. Cuántos hay que dirân: Quisiera ver su figura y su rostro, sus vestiduras, su calzado. A El mismo ves, a El mismo tocas, a El mismo comes. Deseas ver sus vestiduras, pero El se te entrega a si mismo, no solamente para que le veas, sino también para que le toques y le tengas dentro de ti».

c) Como debe recibirse la Eucaristía

«Nadie, pues, se acerque a recibirle con náuseas, con frialdad, smo hâganlo todos con entusiasmo, con fuego, con fervor... Si tanta indignación te causan el traidor y los que le crucificaron. guârdate muy bien de hacerte reo del cuerpo y sangre del Señor Aquéllos desgarraron cruelmente su cuerpo sacrosanto; tù, a quien tantos y tan grandes benefícios ha dispensado, le recibes con el alma llena de inmundicias. No le bastô con hacerse hombre, ser

azotado y crucificado, sino que se hace, por decirlo así, una misma masa con nosotros, y esto no solamente por medio de la fe, sino que realmente nos hace su cuerpo. Así, pues, ¿quién debiera ser más puro que el que goza de este sacrificio? ¿No deberían estar más limpias que los rayos del sol las manos que dividen esta carne, la boca que se inunda de un fuego espiritual, la lengua que se tinte con esta admirable sangre? Acuérdate de la inmensa honra que recibes, de qué mesa disfrutas, pues se nos da en alimento un manjar a cuya vista los ángeles tiemblan, un pan celestial que no pueden mirar sin pavor a causa del brillo que despiden... *¿Quién contará las maravillas del Señor y podrá oír todas sus alabanzas?* (Ps. 105,2). ¿Qué pastor ha habido jamás que con sus miembros alimentara a sus ovejas? Muchas madres, después de dar a luz a sus hijos, los entregan en poder de nodrizas que los críen; pero Cristo ni aun en esto consiente, sino que con su propio cuerpo nos cria, nos une consigo mismo y estrechamente nos liga con Él.

Pero, diras, nada de esto pertenece a todos. Si, a todos, porque si tomáramos nuestra naturaleza, es claro que pertenece a todos y, por consiguiente, a cada uno en particular. Pero ¿cómo es, objetarás, que no todos sacan el mismo fruto? Esto no sucede por su causa, pues con grande ansia lo desea, sino por culpa de aquéllos que no le quieren recibir. Él se une por medio de este misterio con cada uno de los fieles y no entrega sus hijos a otros para que los críen, sino que lo hace Él mismo con grande solicitud y esmero, probándonos también de este modo que tomáramos tu misma carne; así, pues, ya que somos objeto de tanta caridad y de tanto honor, no nos entibiemos. ¿No veis con cuánta alegría cogen los niños el pecho, con cuánto gozo lo oprimen con sus labios? Acerquémonos nosotros con no menor ansia a esta mesa y al pecho espiritual de este cáliz, y, como los niños de pecho, chupemos la gracia del espíritu y sea nuestro único dolor y tristeza el vernos privados de este alimento espiritual.

No son obras humanas las que ejecutó en aquella cena, y lo mismo podemos decir de las que ejecuta hoy, pues aunque las lleve a cabo por medio de nosotros, que somos sus ministros, Él es quien las santifica y las transubstancia. No se acerque, por tanto, ningún Judas, ningún avaro. Sepárese el que no sea discípulo, pues este tal no tiene participación en esta mesa: *Con mis discípulos quiero celebrar la Pascua* (Mt. 26,18). En nada difiere esta mesa de aquella y en nada le es inferior, pues si allí fue Cristo el celebrante, aquí no lo es un hombre cualquiera, sino que Él celebra las dos. Este es aquel cenáculo en donde estaba Cristo con sus discípulos y de donde salió para el monte de los Olivos. Salgamos también de aquí nosotros hacia las manos de los pobres, porque éste es ahora el monte de los Olivos.

En efecto, los olivos plantados en la casa de Dios son la muchedumbre de los pobres; de aquí destila gota a gota el aceite que un día nos será de absoluta necesidad, el que tenían las cinco virge-

nes prudentes, del que carecian las otras virgenes fatuas y perecieron por ello. Adelantémonos llevándole con nosotros y con resplandecientes lâmparas salgamos al encuentro del Esposo».

d) Hay que rechazar a los indignos

«No se presente ningûn cruel, ningûn despiadado, ningûn manchado con cualquiera clase de impureza. Digo esto tanto a los que comulgâis como a los que administrâis la comuniôn, para que con mâs aficiôn y mâs diligente cuidado distribuyâis estos sagrados dones. No es pequeno el castigo que os amenaza si sabiendo que alguna persona esta en pecado la permitis tener participaciôn en este banqueté, pues a vuestras manos se pedirâ cuenta de su sangre. Si un general, si el mismo prefecto de la ciudad, si el que ostenta en su cabeza la diadema real se acerca indignamente, rechâzale y hazle separar, porque tu poder es mayor que el suyo. Si te diera el cargo de conservar intacta para el rebano la cristalina agua de una fuente y vieras que se acercaban a ella inmundos cerdos, de seguro que no consentirias que bajaran a la corriente ni revolvieran el agua del manantial. Ahora bien, estândote confiada la sacratissima fuente, no ya de agua, sino de sangre y de espiritu, si vieras que se acercaban a ella hombres sucios y manchados, ino te indignarias ni tratarias de impedirles el paso? Y équé perdôn merecerias por este abandono? Dios quiso honraros tanto para que con sumo cuidado examinarais estas cosas; para esto es vuestra dignidad, no para que os paseéis por la iglesia revestidos de blanquissima tûnica. Mas dirâs, <<cômo he de poder distinguir a los dignos de los indignos? Entiéndase que hablo solamente de aquéllos cuya indignidad sea notoria, no en manera alguna de los demâs...

Rechacemos, pues, sin miramientos a cualquiera que veamos acercarse indignamente; nadie comulgue si no fuere discipulo, no coma de este pan ninguno que no esté limpio si no quiere ser condenado como Judas. También esta multitud es el Cuerpo de Cristo. Mirad, pues, vosotros los que administrâis la Eucaristia no irritéis al Senor por no conservar puro este cuerpo. No deis en lugar de alimento una espada. Si alguno por su desvergüenza o locura se acercara a la mesa, rechâzale sin temor; terne a Dios, no al hombre, porque si a éste ternes serâs objeto de burla para el mismo que te inspira temor, mientras que si ternes a Dios te harâs digno de la veneraciôn de los hombres. Si no te atreves a rechazarlos, dimelo a mi, que no permitiré que tal cosa suceda; aunque me cueste morir no entregaré indignamente a nadie el cuerpo del Sefior, y antes que concéder a un hombre sucio y manchado aquella sacratissima sangre derramaré gustoso la mia. Si se acercare algûn indigno sin que vosotros lo sepâis, no tendréis ninguna culpa si por vuestra parte hubiereis hecho todo lo posible por conocerlo. Hablo de aquéllos pecadores que son notorios y manifiestos. Si a éstos corregimos, pronto nos manifestarâ Dios los desconocidos; pero

si admitimos a los conocidos, ccómo nos ha de manifestai Dios los ocultos?

He dicho esto no solamente para que refrenemos y separemos, sino también para que corriamos y traigamos al buen camino y tengamos cuidado de todos; pues de este modo tendremos propicio a Dios y haremos que cada dia sea mayor el numero de los que puedan comulgar dignamente, para que tanto por nuestro cuidado y diligencia como por la piadosa solicitud para con los demás alcancemos grandes premios por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo. Amén»,

C) Pasajes de la Pasiôn

a) Reo de muerte (cf. Horn. 84 in Mt.: PG 32,755 ss.)

tReo es de muerte (Mt. 26,66), porque querian llevarle ya condenado a la presencia de Pilato... Pero ¿por que no hicieron men-
ciôn de los sâbados? Porque muchas veces les habia hecho enmu-
decir y porque deseaban condenarle por lo que entonces acababa
de ocurrir... Nada de esto declaran a Pilato, sino que se contentan
con decide: Si no *fuera un malhechor seguramente no te lo entre-*
giamos (lo. 18,30). De este modo procuraban condenarle a muerte
por delitos pùblicos. Y ¿por qué no le quitaron la vida ocultamen-
te? Porque querian desprestigiarle en opiniôn de todos, y por lo
mismo que muchos le habian oido llenos de admiraciôn, tanto
por su doctrina como por sus milagros, procuraban que su muerte
fuera también publica. Mas Cristo no lo impidiô, sino que se valiô
de la perversidad de ellos para afirmar mâs la verdad, pues mani-
festada a todos su muerte, sucediô precisamente lo contrario de
lo que ellos deseaban.

- 83 En efecto, ellos se proponian deshonorarle matândole pùblica-
mente, pero asi brillô su gloria con mayor esplendor. Y asi como
decian: *Matêmosle, porque si le dejamos asi vendrân los romanos y*
arruinarân nuestra ciudad y nuestra naciôn (lo. 11,48), lo cual les
sucedîô precisamente por haberle dado muerte, asi también ahora
le crucificaron pùblicamente para que fuera grande su deshonor,
y sucedîô enteramente lo contrario. Que tenian potestad para darle
muerte por si mismos lo dice claramente Pilato: *Tomadle vosotros*
y juzgadle conforme a vuestra ley (lo. 18,31). Mas ellos no quisie-
ron, pues preferian que su muerte apareciera como la de un ene-
migo de la ley, de un ambicioso de mando y sedicioso. De ahi
que crucificaran a su lado dos bandidos y que dijeran a Pilato:
No escribas Rey de los judios, sino que El dijo: Rey soy de los judios
(lo. 19,31). Todas estas cosas habian tan alto en favor de la verdad,
que ni aun sombra de la mâs desvergonzada excusa pueden tener
los judios, y el acto de custodiar y sellar el sepulcro anadiô gran
esplendor a la verdad. asi como también los oprobios y las afrentas.

Porque la falsedad es cosa que se destruye con las mismas razones con que intenta herir, como vemos que les ocurriô a éstos. Creyéndose ya vencedores, se ven cubiertos de afrenta por la cosa misma con la que creían haber alcanzado la victoria; mientras que el que parecía vencido brillô extraordinariamente y consiguiô un admirable triunfo. No busquemos, pues, en todas partes la victoria ni temamos siempre ser vencidos; hay ocasiones en que la victoria es un perjuicio y en que la derrota trae consigo grandes ventajas.

En efecto, el que dejándose dominar por la ira dirige a otros grandes insultos créé que ha vencido, cuando en realidad, al ser dominado por aquella perturbaciôn, se hace a si mismo notable dano; al paso que quien sufre las injurias con paciencia alcanza una brillante victoria digna de ser alabada. Pues aquél ni aun pudo reprimir su propia conmociôn y éste apaga también la ajena; aquél se déjá vencer por su enfermedad, éste cura las dolencias de los otros, y no solamente no se irrita, sino que apaga la llama de los demás. Si hubiera querido lograr esta aparente mas en realidad falsa victoria hubiera permanecido vencido y excitado más el furor de su adversario. Ambos quedarian humillados torpe y miserablemente, como mujerzuelas dominadas por la ira. No haciéndolo así, ninguna afrenta recibe el que sigue la cristiana filosofía y logra, tanto para si como para su prôjimo, una victoria sobre la cèlera. No hay, pues, que buscar siempre la victoria; el que ofende parece que vence al ofendido, pero con una victoria perniciosa para si; mientras que el ofendido, si con gran ânimo sufre la injuria, aunque aparezca vencido, consigne, sin embargo, una espléndida corona. Muchas veces, por tanto, es mejor ser vencido que vencer, y ésta es la más excelente manera de manifestarse la victoria, pues cuando uno tiene envidia, hiere o roba a otro, si éste lo sufre con paciencia, sin intentar devolver mal por mal, es seguramente el más digno de vencer.

Pero ¿a qué hablar dei robo y de la envidia cuando hasta el que es conducido al martirio, azotado, herido y últimamente degollado es quien sale de ello vencedor? En las guerras, el combatiente que cae se llama vencido, al paso que entre nosotros le declaramos vencedor; pues en verdad, no haciendo mal a nadie y sufriendo con paciencia las adversidades, vencemos. El mejor triunfo es el que se consigue contra el que nos hace mal; triunfo que, por ser de naturaleza opuesta a la victoria exterior, lo cual es prueba de la más alta virtud, dedùcese que procede de Dios. Así como los escollos incesantemente azotados por las olas las disipan fácilmente, así también todos los santos coronados con las más grandes alabanzas lograron magníficos trofeos, alcanzando esta victoria sin trabajo.

No te muevas, no te fatigues, parece decirte Cristo. Dios te ha concedido la facultad de vencer solamente con la paciencia y no con el esfuerzo de tus manos. No saigas a la palestra y vence-

râs; no luches y serâs coronado, porque eres mâs valeroso y fuerte que tu enemigo. «-Por que te estas deshonrando a ti mismo? No consientas que nadie pueda decir que con dificultad le venciste en la pelea, sino mâs bien haz que mire esta tu inexpugnable virtud y confiese estupefacto que fué vencido de ti sin combate...

Procuremos con todas nuestras fuerzas alcanzar esta victoria que nace de la paciencia, huyendo con gran cuidado de la que resulta de inferir una injuria. De este modo pasaremos tranquila y sosegadamente esta vida y alcanzaremos la otra por la gracia y misericordia de nuestro Senor Jesucristo. Amén».

b) MALDAD DE LOS JUDIOS Y MANSEDUMBRE DE JESÛS (cf. *Hom.* 85
in Mt.: PG 32,751 ss.)

437 i. Malos tratos y hurlas

«Entonces le escupieron en la cara y le maltrataron a punadas, y otros le dieron bofetones en el rostro, didendo: Adivinanos, Cristo, iquién es el que te ha herido? (Mt. 26,67).

Admira la sublime sabiduria de los evangelistas, que con tanta minuciosidad refieren estos hechos para que claramente se vea cuánto aprecio hacian de la verdad, exponiendo completamente todo lo que parecia mâs indecoroso, sin ocultar nada, sin avergonzarse de nada, antes al contrario, teniendo por grande gloria (como asi lo es efectivamente) el que el Senor dei universo se dignara sufrir por nosotros tales oprobios. Lo cual pone de manifiesto su -amor inefable hacia nosotros y la imperdonable maldad de aquellos que tan crueles se mostraban contra el mansisimo y suavisimo Senor, que, aun en medio de sus tormentos, solamente proferia palabras capaces de convertir a un leôn en manso cordero. Y asi como El no olvidô ninguna muestra de mansedumbre, asi ellos no perdonaban ningùn insulto, ninguna impiedad, sino que con obras y palabras desahogaban su -furor, todo lo cual habia predicho Isaías, que en pocas palabras describiô mucho antes estas ignominiosas afrentas. Asi como muchos, dice, *te mirarân con asombro; asi tu semblante sera deshonrado entre los hombres y tu hermosura entre los hijos de los hombres* (Is. 52,14). <Qué cosa hay comparable con semejante afrenta? Escupian y maltrataban aquel rostro reverenciado por las olas del mar y venerado por el sol, que al verle en la cruz escondiô respetuoso sus rayos; le herian en la cabeza desfogando ampliamente su còlera y causândole llagas infamantes; le maltrataban a punadas y le abofeteaban en la divina faz, a la que también se atrevian a escupir. Al mismo tiempo le decian con feroz sarcasmo: Adivinonos, Cristo; *iquién te ha herido?* (Mt. 26,67). De esta manera le insultaban porque los mâs decian que era profeta. Otro evangelista (Mc. 14,65) dice que le hacian esto después de velarle el rostro, y no solo los hombres libres, sino aun los mismos esclaves se burlaban de El, como si fuera un hombre infame y despreciable.

Leamos esta relación muchas veces, os lo ruego; escuchémosla convenientemente y grabémosla en nuestros corazones, pues ésta es nuestra gloria. Yo no me enorgullezco sólo de los infinitos muertos que el Señor volvió a la vida, sino también de los sufrimientos que por nosotros padeciô. Esto es lo que una y otra vez dice y repite San Pablo: la cruz, la muerte, los sufrimientos y los oprobios, las injurias y las afrentas, y exclama: *Salgâmosle al encuentro llevando su propia ignominia* (Hebr. 13,13). Y en otra parte: *El cual, en vez del gozo que se le proponia, escogiô la cruz, despreciando la vergüenza* (Hebr. 12,2)»...

2. Desesperación y muerte de Judas

«Entonces, Judas, que le habia entregado, viendo que habia sido condenado, movido de arrepentimiento, devolviô las treinta monedas de plata (Mt. 27,3). Esto aumentô la culpa, tanto de Judas como de los pontifices; de aquél, no porque se arrepintiô, sino porque lo hizo demasiado tarde y se condenô a si mismo confesando la traición que acababa de cometer; de éstos, porque pudiendo cambiar de proposito siguieron obstinados sin dar ninguna muestra de arrepentimiento.

Pensad ahora que se arrepintiô Judas cuando ya estaba consumado su crimen. Tal es, en efecto, la astucia del demonio, que, a no estar vigilante el hombre, no le permite conocer sino al final la magnitud de su pecado, no sea que, arrepentido, saïga de su triste situación. No habiendo hecho impresiôn en el ânimo de Judas las repetidas advertencias de Cristo, se arrepiente cuando el crimen esta consumado, y ni aun entonces se arrepintiô útil y convenientemente. Porque declarar su crimen y arrojar las monedas sin que le inspirasen temor alguno los judios fué cosa laudable; pero ahorcarse, lo que es indigno de todo perdôn, fué pernicioso consejo del demonio. Arrebatôlo, pues, antes de que tuviera tiempo de arrepentirse, para que perdiera el fruto de su dolor, y muriô con muerte funesta.

Considered cómo siempre brilla por todas partes la verdad, hasta por lo que hacen y padecen los mismos enemigos de ella. El mismo género de muerte que puso fin a los dias del traidor cerrô la boca de los que condenaron a Cristo, sin que pudieren alegar ninguna excusa o pretexto. ^Pues qué podrian decir, cuando el traidor diô tal sentencia contre si mismo?... Oid esto vosotros, avaros, meditaad detenidamente el castigo que sufriô, pues perdiô el dinero, cometiô el delito y condenô su aima. Tal suele hacer la atroz tirania de la avaricia. No gozo del dinero ni de la vida, todo lo perdiô a la vez, y, dejando de si una mala opinion en los mismos con quienes habia tratado, terminô al fin ahorcândose con un cordel»...

3. Contra los ladrones que haeen limosna

«Y tomaron las treinta monedas de piata, precio del apreciado, y las dieron por el campo del alfareño, asi como me lo ordenô el Senior (Mt. 27,9-10)... Escuchad esto vosotros todos los que tornando el precio del aima de un hombre hacéis después bñéficies con el producto de su muerte; tal limosna es judia, por no decir diabolica.

Hay algunos que después de haber despojado a otros de todo cuanto poseian creen que su crimen les sera perdonado distribuyendo una pequeôa parte entre los pobres. De éstos dice el profeta *Habéis cubierto mi altar de lâgrimas* (Mal. 2,13). En verdad, Cristo no quiere mantenerse con la rapiûa, pues taies alimentos le son sumamente desagradables. ¿Por qué llevas el desprecio a tu Señor hasta el punto de tener la osadia de ofrecerle cosas inmundas? Preferible es permitir que se muera de hambre a sustentarle con estes alimentos, porque lo primero es solamente cruel, mientras que en lo segundo se une a la crueldad la afrenda y el oprobio, y es

Dime, te ruego, si vieras a dos sujetos, uno de ellos completamente desnudo y el otro vestido, ¿no cometerias una injusticia despojando al vestido para cubrir al desnudo? Si, y muy grande. Y si dando a otro todo lo que has robado no haces una limosna, sino que cometes una injusticia, ¿de que castigo no seras acreedor no devolviendo ni la trigésima parte de tu robo y llamando a esto limosna? Y si todavia no has sufrido tu castigo eres mäs digno de compasiôn, porque mayor sera el enojo que te acarreas si no haces penitencia...

Hagamos, pues, penitencia; demos limosnas limpias de toda mancha de avaricia, y no con tacaneria, sino copiosamente. Acordaos de que los judios solian sostener ocho mil levitas, ademäs de las viudas y de los huérfanos, y que, sujetos a otras contribuciones, también Servian en la milicia. Ahora, empero, la Iglesia posee campos, casas, caballos, mulos y otras muchas cosas por causa de vosotros y de vuestra crueldad. Porque era mäs conveniente que vosotros tuvierais este tesoro de la Iglesia y que ésta sacara frutos de vuestra devociôn. Mäs males se cometen en la actualidad, pues vosotros con nada contribuis, cual si nada estuvierais obligados a dar, y los sacerdotes de Dios tienen que ocuparse de cosas ajenas a su sagrado ministerio. ¿Por ventura no podia la Iglesia en tiempo de los apôstoles poseer casas de campo? ¿Por qué, pues, vendiéndolas ofrecian su importe? Porque esto era mucho mejor».

442 4. La Iglesia, aplicada a lo terreno, pierde su autoridad

«.Ahora, en cambio, que tanto os preocupa el cuidado de las cosas dei siglo, llegaron a temer nuestros padres que no pensando vosotros sino en recoger, y no en sembrar, murieran de hambre las viudas, los huérfanos y las virgenes, por lo cual se vieron en la precisiôn de adquirir aquellas cosas. Verdad es que no lo hicieron con

gusto, pues deseaban que vuestra devociôn les suministrara los frutos, de tal manera, que pudieran ellos dedicarse solamente a la oraciôn, mas ahora los habéis obligado a que imiten el cuidado y el gobierno de los que se ocupan de negocios temporales, introduciendo as! gran confusiôn y desorden.

En efecto, si hemos de andar tan solícitos como vosotros por las cosas de este mundo, <quién se ocupará de tener propicio a Dios? De ahí que no podamos desplegar nuestros labios, puesto que la Iglesia de Dios no se diferencia en nada de los hombres del mundo. <¿No habéis oído decir que los apóstoles se negaron aun a administrar el dinero recogido sin trabajo alguno? Ahora, en cambio, los obispos andan más metidos en preocupaciones que los procuradores, administradores y posaderos. Y mientras se debían cuidar de vuestras almas, se ven en la precisión de atender a lo que debía estar encomendado solamente a publicanos, recaudadores y mayordomos.

No deploro esto en vano, sino para que se ponga alguna enmienda a tales abusos, a fin de que nosotros, que sufrimos la penosa servidumbre, alcancemos misericordia, y vosotros preparéis frutos y tesoros para la Iglesia. Si así no lo queréis hacer, a vuestra vista están esos pobres, de los cuales mantendremos a cuantos nos sea posible, dejándoos a vosotros los demás y suplicándoos los amparéis con diligencia, a fin de que en el terrible día del juicio no oigáis aquellas palabras que serán dirigidas a los fautes de misericordia: *Me visteis hambriento y no me disteis de comer* (Mt. 25,35). Esta dureza nos hace a todos, ciertamente, dignos de burla, pues desatendiendo las oraciones, la predicación y el culto de la Iglesia, unos disputan durante toda la vida con los vendedores de vino, otros con los negociantes en trigo, y otros con los posaderos, sobreviniendo de aquí los altercados, las rinas y los oprobios, y se ha venido a dar a cada uno de los sacerdotes nombres adecuados a los negocios seculares a que se dedican.

Conviene, pues, introducir en esto grandes innovaciones y que los presbíteros se llamen así por lo que ordenaban los apóstoles, esto es, por sustentar a los menesterosos, dispensar su protección a los heridos, patrocinar a los peregrinos, cuidar de los huérfanos, proteger a las viudas y defender a las doncellas. Conveniente es darles estos cargos en vez del cuidado de las quintas y de las casas; éstos son los ornatos de la Iglesia, éstos sus tesoros adecuados, que pueden proporcionarnos a nosotros una vida más sencilla y a vosotros más fructífera, y aun juntamente con la sencillez os reportará no pequeña utilidad.

Creo que se reúnen aquí, por la gracia de Dios, cien mil hombres, 444 y si cada uno de ellos diera todos los días un pan a cualquier pobre, es indudable que la clase proletaria no necesitara de nada; si diesen solamente un óbolo, nadie sería del todo indigente ni tendríamos que soportar tantos denuestos y quejas por nuestra solicitud por las materialidades de la vida.

Aquellas palabras del Evangelio: *Ve, vende todo lo que tienes, dáselo a los pobres y sígueme* (Mt. 19,21), se pueden aplicar con mucha razón a los prelados de la Iglesia, a causa de sus espaciosas y grandes posesiones, pues no podemos seguir a Cristo, si no nos desprendemos de todos los cuidados más groseros y seculares. Ahora, en cambio, los sacerdotes están pendientes de la vendimia y de la siega, y de los negocios de compra y venta. Los que tenían a su cargo un culto figurativo, aunque corporalmente les estuviera encomendada la administración, estaban, sin embargo, libres de todas aquellas ocupaciones. Y nosotros, que somos llamados al interior de los cielos, que penetramos en el verdadero «sancta sanctorum», nos convertimos en comerciantes y revendedores, de lo cual se origina una gran negligencia de las Escrituras, flojedad en la oración y desprecio de todo lo demás, pues no es posible que el hombre atienda a ambas cosas a la vez».

445 5. Hay que desentenderse de los cuidados materiales

«Así, pues, ruego y suplico que por doquiera manen muchas fuentes, y que la era y el lagar sean para nosotros vuestra devoción; de este modo se sustentará con más facilidad a los pobres, Dios será glorificado, y vosotros, progresando en las obras de misericordia, alcanzaréis la eterna bienaventuranza, de la cual ojalá podamos disfrutar todos, por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo. Amén».

c) Interrogatorio de Pilato

i. Se decide a condenarle (cf. *Hom.* 86 in *Mt.*: PG 32,766 ss.)

¡Tomadle vosotros y juzgadle conforme a vuestra ley (Io. 18,31). Muchas cosas había, en efecto, para apartar, así a Pilato como a los judíos, de aquel nefando juicio, a saber, inauditos prodigios y grandes milagros; la increíble clemencia de Dios que padecía y su inestimable silencio... Pero una vez turbada la razón por una como embriaguez o insano furor, es sumamente difícil volver en sí, a no ser muy generosa el alma perturbada. En verdad que es muy peligroso dar cabida a estas funestísimas pasiones, por lo cual, a todo trance, hay que impedirles la entrada y rechazarlas, porque si se apoderan de la alma y la dominan suelen encender una viva llamarada, cual si el fuego prendiera en una gran masa de materia seca. Así, pues, os ruego y suplico que hagamos todas las cosas como si quisiéramos, con una cerca, impedir la entrada a esas pasiones. Nadie diga: <qué importa esto o aquello? Pues de aquí se siguen mil perjuicios, y esta frívola razón es causa y origen de que la perversidad se adueña de nuestra alma».

2. No despreciemos las faltas pequeñas

«En efecto, siendo el demonio astuto para el mal, emplea gran malicia, mucho trabajo, extremado estudio y alguna condescendencia para perder a los hombres. Ordinariamente empieza por las cosas más insignificantes, como tendremos ocasión de apreciar. Ansiaba que el rey Said acudiera a las falaces promesas y delirios de la pitonisa, pero conociendo que si se lo hubiera aconsejado desde el principio, de seguro no le hubiera atendido, puesto que desterraba a la pitonisa, procura inducirle poco a poco e insensiblemente. Porque acusado de no haber obedecido a Samuel y de haber ofrecido holocaustos durante su ausencia, dijo: Creció la necesidad ante los enemigos, y en vez de llorar, se alegraba como si ningún mal hubiera hecho. Otra vez le mando Dios hiciera ciertas cosas con los amalecitas, pero él desobedeció sus órdenes, y de aquí empezó a odiar a David, y fué así, poco a poco, cayendo hasta que dió consigo en el abismo de su perdición (i Reg. 28,15).

Lo mismo vemos que sucedió con Cain; no le sugiere de repente la muerte de su hermano, no fuera que, asustado por la magnitud del delito, retrocediera horrorizado, sino que primeramente le aconseja que ofrezca lo peor, diciéndole que no hay en ello ningún pecado, y después le enciende con el veneno de la envidia, persuadiéndole de que tampoco se puede seguir ningún mal. Así, insinuándole paulatinamente, le impele a matar a su hermano y a negar su delito, y no cesa hasta que cae en el abismo de todos los males» (Gen. 4,6-8).

3. Hay que rechazar el principio del mal

«Hay, pues, que rechazar el principio del mal. Porque aun cuando los primeros pecados no sirvieran como de base a otros mayores, no por eso se debía hacer poco caso de ellos; pero la verdad es que siempre van creciendo por semejante negligencia, por lo cual ha de ponerse todo cuidado y empeño en desarraigar de todo punto sus primeros gérmenes. No hay que ponderar solamente la gravedad del delito ni pensar que es cosa insignificante, sino más bien considerar que si a tiempo no se corta la raíz, se hará mayor el pecado. Me atrevo a decir algo sorprendente e inaudito: algunas veces me parece que se debe poner más diligencia en evitar los pecados pequeños e insignificantes que los grandes, pues la naturaleza sola del pecado basta para hacernos evitar éstos, mientras que aquéllos por el mero hecho de ser pequeños, nos hacen desidiaos, y, despreciándolos, no se levanta generosamente nuestro ánimo para rechazarlos. Así nació en Judas el gran pecado de la traición, pues si no hubiera reputado como cosa insignificante apropiarse el dinero de los menesterosos, no hubiera llegado nunca a tal grado de perversidad. Del mismo modo los judíos, si no hubieran despreciado por pequeño el delito de la vanagloria, no hubieran sido arrastrados hasta procurar la muerte de Cristo. De este modo verás que siempre acabamos por caer en los delitos más infames. Porque nadie llega

repentinamente a la extrema perversidad ; tiene el alma cierto natural e innato pudor, al cual no puede hollar ni arrojar de repente, sino que paulatinamente muere por negligencia...

449 Consideremos, pues, que si es reprendida una persona que rie demasiado e inoportunamente, podrâ decir otra que no hay en ello ningùn mal, porque îqué es la risa o qué males puede producir? Sin embargo, de una risa desordenada nace la bufoneria; de la bufoneria las conversaciones torpes, y de estas a una fea acciôn no va mâs que un paso. Si uno fuera reprendido por hablar mal de su prôjimo y por dirigirle improperios, quizâs no haria caso, diciendo que ningùn mal hay en hablar asi; pero de aqui nacen los odios y las desavenencias, de aqui las enemistades capitales y las afrentas, de éstas el ataque, y de aqui, con frecuencia, la muerte».

4> Otras trazas del demonio: el desabrimiento
4-0 y las apariencias de virtud

«Asi nos conduce el demonio de las cosas mâs pequeôas hasta las mâs graves, y desde éstas a la desesperaciôn, que es otra traza suya peor que la primera. Porque no perjudica tanto el pecado como la desesperaciôn. En efecto, el que ha delinquido, si hace penitencia, no tarda en alcanzar el perdôn dei delito, mientras que quien se desespera, desprecia la penitencia, y no aplicando esta saludable medicina, no puede ser perdonado.

Usa ademâs otras asechanzas, con las cuales, so pretexto de devociôn, induce a las personas religiosas al pecado. <Y cuando, diras, puede hacer el diablo una cosa semejante? Atiende y aprende, para que puedas guardarte de sus lazos. Cristo, por medio de San Pablo, manda que la mujer no se separe de su rr.arido, y que no se priven uro de otro, a no ser por mutuo consentimiento (i Cor. 7,5); algunas, empero, dominadas por cierto ardor de castidad, se separaron de sus maridos, y creyendo hacer un acto piadoso, se han precipitado a si mismas al adulterio. Piensa cuân gran pecado cometen las que, después de haber sufrido grandes trabajos por la castidad, serân acusadas como adûlteras y sufrirân los mayores suplicios, porque precipitaron a sus esposos al abismo de la perdiciôn...

451 *Para que no nos sorprenda Satanâs, pues no ignoramos*, anade, sus pensamientos (2 Cor. 2,11), ya que siempre suele inventar nuevos engaftos y fraudes. Porque si francamente peleara, fâcil sería la victoria, y ni aun ahora es muy difícil si vivimos avisados, porque contra todos estos ataques nos ha dado Dios armas, aconsejândonos que no despreciemos las cosas pequenas... No digas, pues: îQué mal hay en mirar con curiosidad a una hermosa mujer? Porque quien peca en su corazôn no dudará en poner por obra el pecado mismo. No digas: <Qué mal hago en desatender a este pobre? Porque de esta manera desatenderâs después a otro y a otro, y acabarâs por no atender a ninguno. No digas: <Qué mal hay en desear las cosas del prôjimo? Porque esto perdiô al rey Achab, y aunque pagara su importe, no obstante, fué castigado por tomar la vina

contra la voluntad de su duefto, pues el comprador no debe obligar, sino persuadir a la venta. Y si el que paga el justo precio es tan severamente castigado, «¿Qué suplicio no merece el que, sin dar su importe, roba las cosas ajenas? Para libertarnos de él, abstengámonos de toda violencia y robo, conservándonos limpios, no solamente de pecado, sino también de las causas y principios del mismo, y sigamos el camino de la virtud si queremos llegar al reino de los cielos, en donde ojalá nos veamos todos por la gracia y misericordia de nuestro Señor Jesucristo. Amén».

d) LOS SOLDADOS INSULTAN AL SEÑOR (cf. *Horn.* 87: PG 32,773 SS.)

i. Sufrió todas las afrentas

«Y desnudándole, le vistieron un manto de grana (Mt. 27,28). De muchas y variadas maneras le insultaban, porque ya herían aquella santísima cabeza con una cana o con mojicones, ya le cenían una corona de espinas, aquellos hombres impuros y malvados. ¿Qué excusa podremos alegar nosotros, si cuando nos insultan nos enfurecemos, a pesar de no ignorar lo mucho que Cristo padeció? En verdad, las afrentas que Él sufrió fueron las mayores, pues no fue un solo miembro, sino todo el cuerpo, objeto de los más duros; tratamientos; la cabeza con la corona, la cana y las puñadas; el rostro con salivas, el resto del cuerpo con los azotes, la desnudez, la vestidura de grana y la fingida adoración; las manos con la cana que le dieron por cetro. y hasta la boca y la lengua con haberle dado a beber hiel y vinagre. ¿Qué cosas más graves que éstas se dieron jamás? ¿Qué cosas más afrentosas se pueden pensar? Estas exceden a cuanto puede decirse, pues como temerosos de dejar algún dolor que no le hicieran sufrir, pusieron especial cuidado en aplicarlos todos son suma audacia y crueldad...»

2. ¿Cuándo podremos sufrir como Él?

«Conviene que meditemos detenidamente sobre esto. ¿Cuándo podrías sufrir tal y tanto como tu Señor? Si alguno te ha injuriado en público, de seguro que no te diría las expresiones que Aquél escuchó; has sido azotado, pero no en todo tu cuerpo ni desnudado como Aquél; has sido abofeteado, pero no de aquella manera. Anade a esto quiénes eran los que le atormentaban, por que, cuando, quién eres tú, y, lo que es más grave, nadie reprochaba aquellos hechos, nadie se quejaba, sino al contrario, todos lo aplaudían, se confundían con los que le azotaban e injuriaban y se reían de Él cual si fuera un embustero seductor que no pudiera comprobar con los hechos sus propias palabras. Él a todo callaba, dándonos un gran ejemplo de longanimidad; nosotros, empero, ni aun a nuestros criados sufrimos oyendo cosas semejantes, sino que pateamos y brincamos más que los asnos silvestres, y nos mostramos crueles e inhumanos, si se dice o hace alguna cosa contra nosotros, mientras

que reputamos de poca o de ninguna importanda, todo lo que se comete contra Dios. Del mismo modo nos excitamos contra nuestros amigos, pues si alguno nos causa algun pequefto dolor, no lo podemos sufrir, y si con sus palabras nos reprende, nos enfurecemos más que las bestias feroces. Ni sieve que todos los dias se lea que un discipulo le hizo traiciôn; que los demás le abandonaran a pesar de haberles hecho muchos y muy grandes beneficios; que unos, dominados por el furor, le escupian en el rostro; que el siervo del pontifice le diô una bofetada; que los soldados le herian; que todos los dreunstantes se burlaban de El y le zaherian; que los ladrones le acusaban y que, a pesar de todo, a nadie dijo una palabra, sino que a todos vendô con el silencio».

454 3. Paciencia en los sufrimientos

•Todo esto te enseûa que cuanto mayor sea tu paciencia en los sufrimientos, tanto más vencerâs al que te injurie y más digno te harâs de alabanza. êQuién no admirará, en efecto, al que con ânimo tranquilo sufre las injurias de sus enemigos? Pues asi como parece injustamente atormentado el que sufre con resignaciôn un justo castigo, asi también, si no soporta con paciencia una pena indebida, se creerâ que la ha merecido y todos se burlarân de él, cual si fuera un esclavo descompuesto por la ira y que pospone al furor la nobleza de su aima, y no habrá nadie que diga que tai hombre es Libre, aunque tenga bajo su poder a mil esclavos...

Si quieres que otro te alabe, hônrate a ti mismo, y nadie te podrá deshonorar; mientras que si te deshonoras tû mismo, aunque todo el mundo te alabe, nunca podrâs ser honrado. Pues asi como nadie puede imbuirnos una mala pasiôn si nosotros no nos la imbuimos, asi también nadie nos podrá deshonorar si nosotros mismos no nos infamamos. Supongamos que hay un varôn admirable e insigne al que todos consideran como adûltero, ladrôn, homicida y profanador de sepulcros, sin que esta opinion le irrite ni tenga nada que echarse en cara: iqué dano le puede hacer esta murmuraciôn? Ninguno. si son muchos, diras, los que de él tienen formada tal opinion? Ningûn dano, repito, le hacen injuriândole, sino que a si mismos se injurian los que le juzgan diferente de lo que es. Dime, te suplico, si hubiese alguno que dijera que el sol es autor de las tinieblas, <a quién infamaria, al sol o a él mismo? Estâ claro que a él, por seguir una opinion propia de un loco o mentecato*.

455 4. Guardar pura la conciencia

«De igual modo los que tienen por malos a los buenos, o viceversa, a si mismos se deshonoran. Por esto hemos de tener mucho cuidado, teniendo limpia la conciencia, de no dar ocasiôn a que se forme de nosotros alguna mala sospecha; pero si a pesar de todo hay quien sospeche, no por eso nos hemos de conmover y condolemos de que tal suceda, porque el que es bueno, no podrá dejar

de ser quien es por la mala opiniôn de muchos, mientras que el que temerariamente sospecha, contrae una contagiosa enfermedad. Asi también, si el malo aparce como bueno, no solamente nada gana con ello, sino que incurrirâ en mayor abandono y se harâ acreedor a mayores tormentos, porque si le reconocen como malo, quizâs, al verse humillado, advertirâ mâs fâcilmente su delito; pero estando oculta su maldad, vive mâs seguro. En efecto, si siendo todos acusadores, hay muchos que apenas se convierten, êcômo podrân hacerlo si, ademâs de no ser reprendidos, saben que los aplaude la multitud? (>No oyes a San Pablo decir lo mismo cuando los corintios, no solo no permitian al incestuoso reconocer su pecado, sino que, aplaudiéndole y honrândole, le arrastraban a otras cosas peores? Asi, pues, os ruego y suplico que, despreciando las murmuraciones, las injurias y los honores, estemos muy vigilantes y no nos hagamos reos de algùn mal, ni nos deshonremos a nosotros mismos; pues de este modo, tanto en la vida présente como en la venidera, conseguiremos grande gloria, por la gracia y misericordia de nuestro Senor Jesucristo. Amén».

e) El entierro del Senor (cf. *Hom.* 88 in Mt.: PG 778 ss.)

i. Loa de la limosna

«Mas José se acercô y pidiô el cuerpo de Cristo... Y Maria Magdalena y la otra Maria estaban alli sentadas enfrente dèl sepulcro... (<Ves la fortaleza de estas mujeres? <Su piadoso amor? ^Su liberalidad y desprendimiento? <Su valor para despreciar mortales peligros? Imitémoslas, nosotros, varones, y no abandonemos al Senor en las tentaciones; ellas gastaron profusamente su dinero en El, aun después de muerto, despreciando los riesgos a que exponian su vida, mientras que nosotros—jamâs me cansaré de repetirlo—, ni siquiera damos de corner al que estâ hambriento ni cubrimos su desnudez, sino que cuando le vemos mendigar pasamos de largo.

En verdad que si vierais a Cristo en persona, no dudaria ninguno de vosotros en poner a su disposiciôn todos los bienes; empero a éste no le dais un maravedi, a pesar de scr Jesucristo mismo, como El lo dijo. êPues por qué no das? ^No le oyes decir: Lo que haces con uno de éstos, conmigo lo haces? Ninguna diferencia hay entre darlo a un pobre o dârselo a Cristo, ni es menor tu mérito que el de aquellas mujeres que entonces le alimentaban, sino que (y nadie se asuste por estas palabras) es mucho mayor, porque no es igual alimentar al propio Senor, que con sola su presencia atraeria al corazôn mâs endurecido, que alimentar y curar, porque asi lo manda El, a los pobres, a los mendigos y a los enfermos. En efecto, en el primer caso hasta el rostro y la dignidad del que estâ présente es participe juntamente contigo de lo que haces; mientras que en el segundo, todo es premio de la liberalidad y compasiôn. Aûâdase que es serial de una mayor reverencia para con Cristo

cuando solamente por respeto a sus palabras alimentas y cuidas a tu prôjimo en todas sus necesidades.

457 Cuida, pues, y atiende a los pebres, confiando en el que lo recibe y dice: *A mi me lo das*. Porque, si a El no le dieras, nunca te concederia el reino de los cielos, y, por el contrario, si no fuera a El a quien se lo negaras, no te enviaria al infierno por negârselo a algùn sujeto plebeyo y vulgar. Pero como es al mismo Cristo a quien desatiendes, por eso cometes un gran delito; también Saulo le perseguia a El cuando perseguia a sus discipulos, como claramente lo diô a entender en aquellas palabras: *¿Por qué me persigues?* (Act. 9,4).

2. El pobre representa a Cristo

«Si damos alguna cosa a un pobre, figurémonos que a Cristo se la damos, pues hemos de creer más bien en sus palabras que en nuestros ojos, y cuando veas al indigente acuérdate de aquella sentencia en que da a entender que a El mismo es a quien socorres, pues si bien nuestra vista no alcanza a descubrirle, sin embargo, bajo aquel traje y figura es El quien mendiga y recibe. ¿Te avergüenzas cuando oyes decir que Cristo anda mendigando? Avergüénzate más bien de no tender la mano al necesitado. Esto es lo que merece vergüenza, lo que merece pena, lo que merece suplicios. Si El mendiga se debe a su bondad, y, por consiguiente, precise es que nos gloriemos de ello; mientras que, si nada le damos, revelamos nuestra crueldad. Tal vez no creas ahora que desatiendes al mismo Cristo en la persona del pobre, pero te convencerás de ello cuando, haciéndote comparecer ante su presencia, te diga: *Lo que no hiciste con estos pequenuelos, tampoco conmigo lo hiciste* (Mt. 25, 45). No quiera Dios que recibamos tan dura lección, sino que, creyendo y dando fruto ahora, oigamos entonces aquella bienaventurada voz que nos introduzca en el reino de los cielos».

459 3. Hay quien se queja de oír hablar tanto de la limosna

«Pero acaso no faltará quien diga que siempre y a todas horas estoy hablando de la limosna. Lo hago con razón y nunca me cansaré de hacerlo así, pues ni aunque viera que compilais perfectamente lo que os aconsejo, convendría que dejara de encargároslo, para evitar que tal vez llegara algùn tiempo en que no lo ejecutarais. Sin embargo, aflojaría algo si viese que vuestra perfeccion era absoluta; pero, si todavía no habéis llegado ni aun a la mitad, no os quejéis de mi, sino de vosotros mismos. Cuando te lamentas, haces precisamente lo que un muchachuelo que, habiendo oído nombrar muchas veces la letra *a*, sin llegar a conocerla todavía, se queja de su maestro porque continua enseñándole. ¿Quién de vosotros se ha hecho más limosnero después de haberme oído predicar las excelencias de esta virtud? ¿Quién ha derramado su dinero? ¿Quién ha dado a los pobres la mitad o la tercera parte de su caudal? Ninguno. ¿No sería, pues, una ridiculez que, no habiendo aprendido

nada todavia, me pidierais que suspendiera mis lecciones? Lo contrario debia suceder: que, si alguna vez yo desistiera, vosotros os apresuraseis a impedirmelo diciendo: Todavia no lo hemos aprendido, (¿por qué desistes de tus exhortaciones?

Si alguno tuviera un ojo malo y, siendo yo médico, le aplicara una cataplasma o le dispusiera algùn otro remedio que le aliviara algùn tanto y dejara entonces de curarle, ¿acaso no tendria derecho para acercarse a mi oficina y reprocharme a voz en grito por mi negligencia en dejarle abandonado antes de curar completamente su dolencia? Y si yo le contestara: Ya te he puesto una cataplasma, (*se daria por satisfecho con mi contestaciôn? De ninguna manera, sino que inmediatamente me cliria: <Qué adelanto yo con que hayâis hecho esto, si todavia me dura la enfermedad? Aplica esto al aima. Si después de haber explorado y examinado muchas veces con grande atenciôn una mano contraida por algùn pasmo no pudiera darle flexibilidad, (-no oiria las mismas recriminaciones? También ahora reblandecemos una mano contraida y seca, y por lo mismo no cesamos de hacerlo hasta que con toda perfecciôn la podamos extender. ¡Ojalâ que ésta fuera vuestra continua conversaciôn en casa, en la plaza, en la mesa y hasta en sueños durante la noche! Porque, si de dia nos preocupara este pensamiento, también en suenos nos habia de ocupar.

¡Y que!, dices, ¿quieres que siempre esté hablando de la limosna? De buena gana quisiera no tener necesidad de daros este consejo, sino mäs bien exhortaros a luchar contra los judios, los gentiles y los herejes; pero ¿quién da armas a hombres que no están todavia completamente curados? ¿Cômo exponer a los rigores de la guerra a los que tienen su cuerpo acribillado de heridas? Si os contemplara llenos de salud, ya os hubiera hecho formar en batalla y hubierais visto por la gracia de Dios caer y morir a muchos y hacer un montôn con sus cabezas. En otros libros nos hemos ocupado largamente de esto, pero a consecuencia del abandono de muchos no podemos gloriarnos completamente de las victorias conseguidas. En efecto, después de haberlos vencido frecuentemente en los dogmas, nos objetan con la desarreglada vida de muchos y nos echan en cara las heridas, esto es, las enfermedades del aima de los que viven con nosotros».

in. SAN AGUSTIN

El lavatorio de los pies y el mandato. Figuras de la Pasi n

Selecccionamos los pensamientos mis brillantes de los *Comentarios al Evangelio de San Juan*, en tomo a Jos sagrados misterios de la Semana Santa.

A) El lavatorio de los pies

a) «Como el diablo ya había puesto en f.l coraz n de Judas Iscariote» (Io. 13,2)

«Este colocar nos indica una sugestión espiritual que no tiene iugar por los oidos, sino por medio del pensamiento, y que merece, pues, llamarse no espiritual, sino corporal... No hay duda alguna de que también el espiritu bueno nos infunde oculta y espiritualmente buenas sugeriones, y lo que interesa es saber a cuales consiente el entendimiento humano, si a las malas, desprovisto del auxilio divino por su culpa, o a las buenas, ayudado por la gracia. Se habia decidido ya Judas en su coraz n a acc der a las sugeriones diabolicas y a que el discipulo entregase a un Maestro en quien no habia aprendido a conocer a Dios. Ya habia venido con esta disposici n al banqueté, como explorador del Pastor, como ponedor de insidias al Salvador, como vendedor del Redentor. Ya habia venido de esta manera y, sin embargo, se le sabia, se le toleraba y él creia pasar inadvertido porque se enganaba precisamente en aquello que queria enganar; peru El, leyendo en el interior de su coraz n, usaba a sabiendas del que no sabia que era utilizado» (cf. *Comentarios a San Juan*, tr.55,4: PL 34,1786).

b) «SaBIENDO QUE EL PADRE HABía PUESTO EN SUS MANOS TODAS LAS COSAS»... (Io. 13,3)

 Luego también al mismo traidor, pues si no lo hubiese tenido en sus manos, no hubiera podido usarlo a su capricho. Ya estaba, pues, entregado al traidor. y precisamente al mismo que deseaba entregarle, de modo que cuando lo entregara para el mal saliera de su traici n un bien que él ignoraba. Sabia muy bien el Senor lo que estaba haciendo por sus amigos este Senor que se servia pacientemente de sus enemigos. Por lo tanto, todo lo habia puesto el Padre en sus manos, incluso lo que era malo en cuanto su uso y bueno en cuanto al deseo».

c) «Se QUITO LOS vestidos y tomando una toalla»... (Io. 13,4)

«Debemos, hermanos carísimos, estudiar diligentísimamente la intención del evangelista. Antes de hablar de tan gran humillación dei Seftor quiere ponderar su grandeza y para eso dice: *Con saber que el Padre habla puesto en sus inanos todas las cosas y que habla salido de Dios y a El se volvía*. A pesar de saber que el Padre le había entregado todo en sus manos, lavô, no las manos, sino los pies de los discípulos y, a pesar de saber que había salido de Dios y a Dios volvía, cumpliô los menesteres, no del Señor Dios, sino del hombre siervo. Uno de éstos era el hablar anticipadamente sobre el mismo que le había de entregar, el que había entrado ya como traidor y como tal era conocido, para que así su humildad llegase al máximo, no desdenándose de lavar los pies de aquel cuyas manos se preveían ya criminales» (ibid., 6: PL 34,1786).

«(¡Es, pues, de maravillar que, levantándose en medio de la cena, se colocara sus vestidos Aquel que, viviendo en la forma de Dios, sin embargo se aniquilô a sí mismo? <Y qué maravilla hay en que se cinera una toalla el que recibió la forma del siervo y se manifestó como hombre? ¿Qué nos puede asombrar que echara agua en la jofaina para lavar a sus discípulos el que derramô por la tierra su sangre para lavar la suciedad de los pecados? ¡Cómo nos asombraremos de que secara con la toalla que llevaba cenida los pies que acababa de lavar el que confirmé» las huellas de los evangelistas con la carne de que se había revestido?

Había de padecer tormentos y adelantaba favores. No sólo a aquellos por quienes había de sufrir la muerte, sino a aquellos otros por los que había de ser entregado a la misma.

Tanta es la utilidad de la humildad humana, que quiso encomendarla con su ejemplo la sublimidad divina, porque el hombre soberbio hubiera perecido eternamente si no hubiera salido a su encuentro un Dios humilde. Vino, sí, el Hijo del hombre a buscar y salvar lo que había perecido. Pereció por seguir la soberbia de su engañador; sálvese, pues, siguiendo la humildad del Redentor» (ibid., 7: PL 34.1787).

d) «Llegô, pues, a Simon Pedro, que le dijo: Señor, ¿tú lavas 466
A MÍ LOS PIES?» (Io. 13,6)

«¿Quién no se espantaría de que el Hijo de Dios le lavara los pies? Por eso, aunque parece gran audacia que el siervo contradiga a su Señor y el hombre a su Dios, Pedro prefirió hacerlo antes que consentir que sus pies fuesen lavados por su Señor y Dios.

No hay que creer que Pedro hubiese temido y rechazado al Señor después de que los otros discípulos lo hubieran permitido..., sino que debemos entender que comenzó por él, esto es, cuando comenzó a lavar los pies de los discípulos vino a aquel por quien iba a empezar, o sea a Pedro, y entonces Pedro, espantado de lo

que hubiera espantado a cualquier otro, le dijo: *Senor, itû lavas a mi los pies?*

êQué significa *tû*? êQué significa *a mi*? Mâs vale meditarlo que explicarlo, no vaya a ocurrir que lo que el aima entienda en estas palabras no sepa explicarlo la lengua» (tr.56,1 : PL 34,1787).

Lo que yo hago tû no lo sabes ahora; lo sabras después (Io. 13,7). Asustado de la profundidad de aquella acciôn del Senor, no permite que se haga aquello cuyo porque ignora; no puede ver, no puede resistir a Cristo hunullado ante sus pies. *Jamâs me lavarâs tû los pies.*

Si no te los lavo, no tendras parte conmigo... (Io. 13,8). Entonces, acongojado por el amor y el temor e inquietândole mâs el ser negado por Cristo que el verle humillado ante sus plantas, contestô: *Senor, entonces no sôlo los pies, sino también las manos y la cabeza.* Si asi me amenazas, ahí tienes mis miembros, y no solamente no te quito lo mâs bajo, sino que te entrego lo mâs alto» (ibid., 2 : PL 34, 1788).

e) «Dice el Senor: El que se ha banado no necesita lavarse MAS QUE LOS PIES, PUES ESTÂ TODO LIMPIO» (Io. 13,10)

◆Qué quiere decir esto, qué significa? iCômo habremos de interpretarlo? El Senor lo dice, es la Verdad quien habia: es necesario que se lave los pies incluso el que se ha banado. êQué imaginais que significa, hermanos mios, sino que el hombre que en el bautismo es lavado completamente, sin exceptuar los pies, sin embargo, después, al vivir en medio de las cosas humanas, ha de pisar la tierra? Los afectos humanos, de los cuales no podemos prescindir mientras vivimos aqui abajo, son como los pies por los cuales somos infectados por las cosas terrenas, de tal forma que, *si dijéramos que no tenemos pecados nosotros mismos, nos enganamos y la verdad no esta en nosotros* (1 Io. 1,8). Por eso nos lava todos los dias los pies el que interpela por nosotros (Rom. 8,34) y por eso necesitamos lavamos a diario, esto es, dirigimos por las sendas del espîritu, como confesamos en là oraciôn dominical al decir: *Perdônanos nuestros deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores.* Si confesamos, como estâ escrito, nuestros pecados, bien seguros podemos estar de que Aquel que lavo los pies de sus discipulos fiel y justo es para perdonarnos y limpiamos de toda iniquidad (1 Io. 1,9), esto es, para limpiamos hasta los mismos pies con los que caminamos por la tierra» (ibid., 4: PL 34,1788).

468 «Por eso la Iglesia, a la que Cristo limpiô con el lavado del agua en el Verbo, no se compone solo de los que sin mancha ni arruga alguna son arrebatados dei contagio de esta vida inmediatamente después del bautismo de la regeneraciôn y que por no haber pisado la tierra no necesitan lavarse los pies, sino también de aquellos otros con los que tuvo el Senor esta misericordia de hacerlos salir dei siglo con los pies lavados. Los que aqui quedan, aunque

estén limpios porque vivan santamente, necesitan lavarse los pies, ya que no viven sin pecado; por eso dice el Cantar de los Cantares: *Ya me he lavado los pies, ¿cómo volveré a ensuciarlos?* (Gant. 5,3). Dicelo cuando, teniendo que salir a recibir a Cristo, se ve obligada a pisar el suelo para ir a El».

Se nos presenta otra nueva cuestiôn. «¿Por qué hay que pisar la tierra para buscar un Cristo que está en el cielo? Pero no tengo tiempo para explicarlo» (ibid 5: PL 34.1789).

«No me olvido de mi deuda y ha llegado el tiempo de pagarla. 469 Concédame el pago el que me concediô contraer la deuda. Me diô el amor del que fué dicho: *no debâis a nadie nada, sino amaros mutuamente* (Rom. 13,8); déme, pues, también la palabra que entiendo debo a mis amados.

Cristo está arriba sentado a la diestra del Padre, pero también está aquí, por lo cual cuando hablaba a Pablo, perseguidor en esta tierra, le decia: «¿Por qué me persigues?

Cristo, pues, está personalmente en el cielo, y la Iglesia, que es prolongaciôn de Cristo, está en la tierra» (tr.57,1: PL 34,1789).

f) Gran misterio

470

«*Ya me he lavado los pies, ¿cómo volveré a ensuciarlos?* (Cant. 5,3). ¡Oh arcano admirable! ¡Oh gran misterio! ¡Teme mancharse los pies-yendo hacia el que lavo los pies de sus discipulos? Si que lo terne, porque por la tierra ha de ir hacia Aquel que está también en la tierra, pues no abandona nunca a los que están en ella. «No fué El el que dijo: *Estaré con vosotros hasta la consumaciôn de los siglos?* (Mt. 28,20).

Refiérese a los que predicán a Cristo y le abren las puertas para que habite por la fe en los corazones de los hombres (Eph. 3, 17). Refiérese a los que deliberan si han de aceptar o no un ministerio para el que se juzgan menos aptos y temen no poder cumplirlo sin culpa, de forma que, predicando a otros, ellos se condenen. Porque en realidad es más tranquilo oír la verdad que predicarla, ya que el oyente se conserva humilde y al predicador le es difícil sustraerse a la jactanda humana, la que, desde luego, mancha los pies» (ibid., 2: PL 34,1790).

«Disfrutemos, pues, oyendo en silencio la verdad que nos ha- 471 bia en lo interior. Fuera suena esta verdad cuando se la lee, se la anuncia, se la predica, se la explica, se la manda, se consuela, se exhorta e incluso se canta. Los que a ellos se dedican temen manchar sus pies, lo cual ocurrirá si procuran complacer a los hombres y aceptar el humo de las alabanzas humanas. En cambio, los que la oyen gustosa y piadosamente no corren el peligro de jactarse del trabajo ajeno y se aprovechan y gozan de la humildad sin hinchazôn alguna ante la voz de la verdad del Señor. Por eso la Iglesia santa tiene sus delicias en los que aprendieron a oír humildemente y con gusto y hacen transcurrir su vida tranquila en medio de deseos

santos y saludables, y dicen: *Yo duermo y mi corazón vigila* (Cant. 5, 2). ¡Qué significa lo de que duermo y vigila mi corazón sino que descanso y escucho? Mi descanso no sirve para fomentar la pereza, sino para conseguir la sabiduría. *Yo duermo y mi corazón vigila* (Cant. 5,2). Descanso y veo que tû eres el Señor... Descanso de los asuntos de esta Adda y mi aima se hincha de los afectos divinos» (ibid., 3: PL 34,1791).

472

g) Necesidad de la acción

«Pero he aquí que a esos mismos que descansan tan suave y humildemente, iglesia que se regala ociosa, he aquí que los llama Aquel que dijo (Mt. 10,7): *Lo que os digo en las tinieblas, decidlo vosotros en la luz, y lo que escuchâis a vuestro oído, predicadlo sobre los tejados*. Su voz llama a la puerta y dice (Cant. 5,2): *Abreme, hermana mia, vecina mia, paloma mia, perfecta mia, porque mi cabeza esta, llena de rocío y mis cabellos de las gotas de la noche*. Como si dijera: Tû descansas y la puerta esta cerrada ante mi, tû te entregas al ocio de unos pocos y la iniquidad que va abundando enfria la caridad de muchos. Noche es la iniquidad, rocío son sus gotas y las que se cnfrian y caen enfrian la cabeza de Cristo, esto es, hacen que Dios no sea amado.

Llama, pues, para sacudir la tranquilidad de los santos ociosos y grita diciendo: *Abreme, hermana* de mi sangre, *vecina mia* por mis palabras, de las que te saturaste en el descanso; *abreme, predicame*, icômo voy a entrar en la casa de los que me cerraron las puertas si no hay quién me las abra? *fY* como me oirân si no bay quien predique?» (ibid., 4: PL 34,1791).

473

«Muchos de los que aman el descanso desearian que se levantasen apôstoles que calentasen la caridad enfriada. La Iglesia desearia que volviesen los primeros predicadores de la verdad, pero si ya se han despojado de la tûnica, ¿CÔmo van a volver a cenirla? Si estân ya en el cielo, ¿cômo volverân a predicar? Enfonces, mirando a los que temen ahora predicar por no empanar su perfección y que dicen: *Me he lavado los pies, icômo los volveré a manchar?* (Cant. 5,3). les grita: «Levântate y abre. Cristo los lava». Perdônanos nuestras deudas, porque no se ha apagado del todo nuestra caridad, ya que nosotros también perdonamos a nuestros deudores. *Cuando te oimos a ti, nuestros huesos humillados saltan contigo hasta el cielo* (Ps. 50,10). Pero cuando te predicamos, pisamos la tierra para abrirte. Si nos reprenden, nos turbamos; si nos alaban, nos envanecemos. Lava nuestros pies antes limpios y ahora manchados, porque hemos pisado la tierra para acudir a abrirte.

Basta por hoy, queridísimos. Si hemos dicho algo menos oportuno que os extraôe o nos hemos envanecido mäs de lo conveniente con vuestras alabanzas, pedid al Señor con vuestras oraciones que limpie mis pies» (ibid., 6: PL 34,1792).

h) «Vosotros me llamàis Maestro y Senor, y decís bien, 474
PORQUE LO SOY» (Io. 13,13)

•Decís bien, porque es verdad lo que decís, puesto que lo soy. Impùsosele al hombre este precepto: *Que te alabe el extrano, no tu boca* (Prov. 27,2). Peligroso es para el que ha de procurar no ensoberbecerse complacerse a si mismo. Pero, en cambio, Aquel que estâ por encima de todo no se ensalza jamâs demasiado por mucho que se le alabe. Nunca se podrâ decir justamente que Dios es arrogante. Nosotros necesitamos conocerle, El se conoce ya y nadie puede conocerle si El mismo no se lo enseña. Por lo tanto, si El quisiese como evitar la arrogancia no alabândose, nos privan'a a nosotros del saber. Y nadie reprenderia a un maestro, aunque se entendiese de él ser un puro hombre, que manifestare lo que es, porque no haria otra cosa sino lo que hacen todos los hombres, que confiesan sin arrogancia alguna ser maestros en sus artes para conseguir el nombre de profesores. Mas iquién aguantarâ que un hombre se llame senor de sus discipulos cuando éstos sean libres? Pero aquí es Dios el que habia; no hay soberbia en arrogarse tanta grandeza, no hay mentira ninguna. El que nosotros nos sometamos a El, útil es para su grandeza; el que nosotros le sirvamos, útil para la verdad; el que se dé el nombre de Senor no es vicio en El, sino beneficio nuestro. Son alabadas las palabras de cierto autor que dijo: «Toda arrogancia es odiosa, pero la que presume de genio y elocuencia es mucho mâs molesta» (cf. Cicer o, *In Q. Caecilium*). Y, sin embargo, este mismo autor cuando se referia a su elocuencia decía: «La llamaria perfecta si me lo pareciera y no temerîa el pecado de arrogancia si fuese verdad» (ibid., *Oratore*). Si, pues, aquel hombre elocuentîsimo no temiô ser soberbio diciendo la verdad, ^como podrâ temer sêr arrogante la Verdad misma? LIâmese, pues, Senor el que es el Senor, diga la verdad el que es la Verdad, no sea que yo deje de aprendçr lo que me es útil por callarse El lo que El es» (tr.58,3: PL 34,1793).

i) «Si, pues, yo, que soy vuestro Senor y Maestro, he lavado VUESTROS PIES, VOSOTROS DEBÉIS TAMBIEN LAVAROS LOS UNOS A LOS OTROS, PUESTO QUE OS HE DADO EJEMPLO, PARA QUE VOSOTROS HAGAÍS LO QUE YO HE HECHO» (Io. 13,14-15)

♦Oh bienaventurado San Pedro! Eso es lo que ignorabas cuando no permitîas que te lavase; esto es lo que prometiô que habias de saber después, cuando tu Senor y Maestro te asustô para que le permitieras lavarte. Hemos aprendido, hermanos, la humildad del Altîsimo; hagamos mutuamente y humildes lo que el Altîsimo hizo humildemente. Grande es este sermon sobre la humildad. Lo practican los hermanos con obras visibles cuando se reciben hospitalariamente, puesto que algunos conservan con hechos exteriores estas costumbres humildes (i Tim. 5,10)... Pero donde no

existen estas costumbres los santos ejecutan con el corazón lo que no hacen con las manos, si es que en realidad se cuentan entre el número de aquellos de quienes dice el himno de los tres santos varones: *Benedicid al Señor los santos y humildes de corazón* (Dan. 3, 87)» (ibid., 4: PL 34,1794).

476

j) «Orad LOS UNOS POR LOS OTROS»

Además de estas consideraciones morales podemos nosotros entender que el Señor nos recomienda que nos lavemos los unos a los otros esos pecados que se nos pegan al caminar por el mundo, limpiando nuestros afectos. ¿Cómo podrá ser esto? «¿Acaso podemos decir que un hermano puede limpiar a su hermano del contagio de los delitos? ¡Ya lo creo! Y eso es lo que se nos advierte también en estos asombrosos hechos del Señor, a saber, que, confesándonos mutuamente nuestros delitos, oremos por nosotros como Cristo interpela por nosotros (Rom. 8,34). Oigamos al apóstol Santiago, que nos lo manda y dice clarísimamente: *Confesad, pues, mutuamente vuestras faltas y orad unos por otros para que os salvéis* (Iac. 5,16). También de esto nos dió el Señor ejemplo. Si Aquel que no tiene, ni tuvo, ni tendrá pecado alguno oro por los nuestros, ¿cuánto más deberemos nosotros orar los unos por los otros? Y si nos perdona Aquel a quien nosotros no tenemos nada que perdonar, ¿cuánto más debemos perdonarnos los que somos incapaces de vivir aquí sin pecado? ¿Qué es lo que quiere significarnos el Señor en este tan hondo misterio de sus palabras cuando nos dice: *Os he dado ejemplo para que vosotros hagáis lo que yo he hecho*, sino lo mismo que nos enseña tan claramente el Apóstol: *Soporthndos y perdonndos mutuamente siempre que alguno diere motivo a otro de queja: Como el Señor os perdona, así también perdonaos vosotros?* (Col. 3,13).

Perdonémonos, pues, mutuamente nuestros pecados, oremos mutuamente por* nuestros delitos, y así, en cierto modo, nos lavaremos los pies los unos a los otros. A nosotros nos toca, por su gracia, este ministerio de la caridad y de la humildad; a El le corresponde escucharnos y limpiarnos de toda mancha de pecado, por Cristo y en Cristo, para que lo que nosotros perdonemos, esto es, lo que desatamos en la tierra, sea desatado en el cielo» (ibid., 5: PL 34,1794).

B) La turbación del Señor

477

a) «Habiendo dicho esto, se turbó Jesús en su espíritu»
(Io. 13,21)

«Turbóse el que tenía poder para entregar su alma y para volverla a recobrar otra vez, turbóse aquel poder inmenso, turbóse la firmeza de la piedra. ¿No será mejor, quizás, decir que se turbó

en él nuestra flaqueza? No crean los siervos encontrar nacla indigno en su Señor, sino, por el contrario, conôzcanse a si mismos como miembros de aquella Cabeza. El que muriô por nosotros turbôse también por nosotros. El que muriô por su libre voluntad, por su voluntad libre se turbô; el que transfiguré el cuerpo de nuestra humildad haciéndolo conforme al cuerpo de su gloria (Phil. 3,21), transfiguro también en si mismo los sentimientos de nuestra flaqueza compadeciendo los de nosotros con los de su alma. Por lo tanto, cuando el grande, el fuerte, el cierto, el invicto se turba, no temamos que llegue a desfallecer, porque no perece, sino que nos busca. A nosotros nos busca, y nos busca en forma tal que nos veamos en su turbaciôn, para que cuando nos turbemos no perezcamos por desesperar. Cuando se turba el que no padecería turbaciôn si no quisiese padecería, es para consolar al que se turba sin quererlo» (tr.60,2: PL 34.1797).

*Fuera, pues, todos los argumentos de esos filôsofos que niegan 4~8 que el sabio pueda sufrir perturbaciones en su aima; Dios ha convencido de necedad a la sabiduria dei mundo, y Dios conoce los pensamientos de los hombres y sabe que son vanos. Tùrbese, si, el ânimo cristiano, y tùrbese no por su miseria, sino por la misericordia. Tema el hombre perecer para Cristo, entristézease cuando alguien perece para El; arda en deseos de adquirir hombres para Cristo, alégrese cuando los consiga; tema no perezee él para Cristo, entristézease si se ve peregrino lejos de El; apetezea reinar con Cristo, alégrese mientras espera reinar con El. He aqui las cuatro cosas que llaman perturbaciones, a saber, el temor y la tristeza, el amor y la alegría. Teman los justos por justa y cristiana causa y no consientan en el error de los estoicos ni de cualquier otra clase semejante de filosofia. Esos son los que llaman a la verdad vanidad y al estupor salud» (ibid., 3: PL 34,1798).

b) La turbaciôn del cristiano ante la muerte

♦Quizâs me objete alguno: <Pero es que el aima cristiana debe turbarse cuando le amenaza la muerte? <Dônde queda, pues, aquello del Apostol que deseaba deshacerse y estar con Cristo (Phil. 1,23), si lo que desea puede turbarle cuando llegue? Nos sería fácil contestar diciendo que esa perturbaciôn puede llamarse alegría... Sin embargo, es preferible que nos acomodemos al sentido de las Sagradas Escrituras y que contestemos la pregunta segun ellas mismas con la gracia de Dios, no sea que si al comentar lo escrito de que Jesûs después de haber dicho todo aquello se turbô en su espiritu decimos que se turbô con alegría, nos objeten y hagan callar con aquello otro de *triste esta mi alma hasta la muerte* (Mt. 26, 38)» (ibid., 4: PL 34.1798). — — —

«Muy firmes son los cristianos, si es que existen, que no se turban cuando les amenaza la muerte; pero îaeaso serán mas fuertes que Cristo? ¡Quién que no esté rematadamente loco se atreverá

♦
St. "I

ft

!

v

"

a decirlo? <Para qué se turba si no es para consolarnos, asemejándose voluntariamente a la flaqueza de los que viven en cuerpo débil, esto es, los que forman su Iglesia? Para que, si algunos se turbaren al ver la muerte, le miren a El y no se crean réprobos por ello.

êCuántos bienes no deberemos esperar y desear de la participación de su divinidad, si hasta su misma turbación y flaqueza nos tranquiliza y robustece?» (ibid., 5: PL 34,1798).

C) El mandato

480 a) «Un mandato nuevo os doy, que os améis los unos a los otros
COMO YO OS HE AMADO» (Io. 13,34)

«Ahrrma el Señor que da a sus discipulos el mandato nuevo de que se amen mutuamente. que acaso no existia ya este mandamiento en aquella antigua Ley de Dios en la que esta escrito: *Amards a tu prôjimo como a ti mismo?* (Lev. 19,18). êPor qué, pues, llama el Señor nuevo a lo que aparece tan antiguo? iEs quizás porque, despojados del hombre viejo, nos reviste del nuevo? No todo amor, sino este del que el Señor, para distinguirlo del carnal, dice: *Como yo os he amado*, es el que renucva al que lo escucha, o mejor dicho, al que lo obedece. Porque también se aman mutuamente los esposos y sus esposas, los padres y los hijos, y todos aquéllos a quienes une la necesidad humana, y eso aun olvidándonos de los amores culpables y condenados, con los cuales se aman mutuamente los adúlteros, los fornicarios, las meretrices y todos aquéllos a quienes une no la necesidad humana, sino la danosa torpeza de la rida del hombre. Lo nuevo, pues, dei mandato que Cristo nos da consiste en que nos amemos mutuamente como El nos amô a nosotros.

481 Este amor humano, carisimos, es el que renovô a los justos de entonces, aquéllos patriarcas y profetas, como después a los apôstoles bienaventurados; éste es el que renueva ahora a las gentes y el que forma con el género humano esparcido por todo el orbe de la tierra el pueblo nuevo, cuerpo de esta nueva Esposa del Hijo unigénito de Dios, de la que se dice en el Cantar de los Cantares: *iQuién es esta que sube blanca?* (8,5, version de los Setenta). Blanca es, porque ha sido renovada; ;y quién la renovô sino el mandato nuevo? Por esto sus miembros se preocupan los unos de los otros, y si uno de ellos padece, se compadecen todos, y si uno es glorificado, se alegran los demás (1 Cor. 12,25-26). Oyen y guardan las palabras, estas palabras de un *mandato nuevo os doy, que os améis mutuamente*, no como los que se aman para perjudicarse, ni como se aman los hombres en cuanto taies, sino como hijos, porque todos son dioses e hijos del Altisimo. Amense para ser hermanos de su Hijo único, queriéndose con aquel amor mutuo con que El

los amô para conducirlos a un fin que les sea suficiente y que sacie todos sus deseos (Ps. 102,3). No faltará nunca nada cuando *Dios sea todo en todos* (1 Cor. 15,28). Ese fin no tiene fin. Nadie muere en aquel lugar, adonde nadie llega si no ha muerto en este siglo, y no precisamente con esa muerte común a todos, que consiste en la separación del alma y del cuerpo, sino con la muerte de los elegidos, esa otra que consiste en poner el corazón arriba aun mientras se vive en este cuerpo mortal. Esa muerte de la que dice el Apóstol: *Estáis muertos y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (Col. 3,3)».

b) «El amor es fuerte como la muerte»

«Quizás por eso se ha dicho que *el amor es fuerte como la muerte* (Cant. 8,6), porque éste es el amor que nos constituye muertos, aun dentro de nuestro cuerpo todavía corruptible, y hace que nuestra vida esté escondida con Cristo en Dios. Es más, este amor es nuestra muerte al siglo y nuestra vida con Dios. Si el separarse el alma del cuerpo es ya morir, (-cómo no será muerte también el que nuestra alma se separe del mundo? Fuerte es, pues, al amor como la muerte; <<hay algo más fuerte que lo que nos hace vencer al mundo?» (tr.55,1 : PL 34,1808).

No creáis que este precepto nos haga olvidarnos de aquel otro mayor de amar a Dios, sino que, por el contrario, está incluido en él. «Los que lo entienden encuentran ambos amores juntos. Porque el que ama a Dios no puede despreciarle cuando nos manda amar al prójimo, y el que santa y espiritualmente ama a su prójimo, <qué es lo que ama en él sino a Dios? Este es el amor distinto de cualquier amor mundano, y para precisar la distinción, anade el Señor: *como yo os he amado*. <Qué es lo que amô en nosotros sino a Dios? No amô lo que teníamos, sino que nos amô para conseguir, como os he dicho, que Dios fuera todo en todos. Así es como el médico ama a sus enfermos, qué es lo que ama en ellos sino la salud que desea llevarles, y no la enfermedad que ha venido a desterrar? Amémonos, pues, nosotros todo cuanto podamos, ayudémonos mutuamente con los cuidados del amor para tener en nosotros a Dios.

Este es el amor que él mismo nos da cuando dice: *Como os amo a vosotros, para que vosotros os améis mutuamente*. Nos amô para que nos amásemos; para que este mutuo amor nos enlace entre nosotros, y unidos los miembros con tan dulce vínculo, seamos el cuerpo de cabeza tan noble» (ibid., 2: PL 34,1809).

c) «En esto conoceran todos que sois mis discipulos, si tenéis 483
CARIDAD UNOS PARA CON OTROS» (Io. 13,35)

«Como si dijera: Muchos, que no son míos, han recibido otros dones míos, que les son comunes con vosotros, y no sólo la naturaleza, la vida, los sentidos, la razón y hasta esa salud de que gozan

tanto los hombres como los animales, sino incluso las lenguas, los sacramentos, la profecía, la ciencia, la fe, el distribuir sus bienes a los pobres y el entregar sus mismos cuerpos para que ardan; pero, sin embargo, como no tienen caridad, suenan como un címbalo y no son nada ni aprovechan nada (1 Cor. 13,13). No se les conocerá, pues, como discípulos míos porque disfruten de todos esos bienes que pueden poseer los que no lo son, sino que *en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos para con otros*.

¡Oh Esposa de Cristo, la más hermosa entre todas las mujeres! ¡Oh tú, que subes blanca y apoyándote en tu hermano! La misma luz que te ilumina para que brilles, te sirve de ayuda para que no caigas. ¡Oh y qué bien se canta sobre ti en aquel Cantar de los Cantares, epitalamio tuyo: *La caridad constituye tus delicias!* (7,6 según los Setenta). Esa caridad sí que no pierde su aima en medio de los impíos, ésta es la que separa tu causa y es tan fuerte como la muerte y constituye tus delicias. ¡Y qué especie tan admirable de muerte es ésta, a la cual le parece poco no padecer y desea estar llena de delicias!» (ibid., 3: PL 34,1809).

484 d) «Este es mi precepto, que os améis unos a otros» (Jo. 15,22)

«Esta repetición del mandamiento es lo mismo que recomendarlo con más fuerza, solo que allí se había de un mandato nuevo y aquí se dice que es un mandato suyo; allí se había de él como si no hubiera existido antes; aquí como si El no hubiese dictado ningún otro mandato. Pero allí se le llama nuevo para que no perseveremos en nuestra vejez, y aquí se le llama suyo para que no lo despreciemos» (tr.83,2: PL 34,1845).

485 ««Y por qué dice, hermanos míos, que este es su mandato, como si no existiera otro? <Es que acaso no ha puesto más precepto que este del mutuo amor? <<Es que acaso no es mayor todavía el de amar a Dios? <Es que acaso Dios nos manda sólo que nos amemos y no busquemos otra cosa? Tres cosas nos recomienda el Apóstol diciendo: *Permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad; y la mayor de ellas, la caridad* (1 Cor. 13,13). Pues si en la caridad, esto es, en el amor, se incluyen aquellos dos preceptos y de ella se dice que es la mayor, hay que concluir que no es la única. <Cuántas cosas se nos han mandado sobre la fe y sobre la esperanza, hasta el punto de que nadie puede ni reunir las ni enumerarlas? Sin embargo, atendamos a lo que nos dice el mismo Apóstol: *La caridad es la plenitud de la Ley* (Rom. 13,10). Donde esta, pues, la caridad, ¿qué es lo que puede faltar? Y donde no esta, ¿qué es lo que puede aprovechar? El demonio créé, pero no ama; en cambio, nadie ama si no créé. Esperará en balde, pero puede esperar el perdón el que no ama; en cambio, ninguno de los que aman pueden desesperar. Por lo tanto, donde esta el amor, necesario es que estén la fe y la esperanza; donde esta el amor del prójimo, necesario es que esté también el amor de Dios. El que no ama a Dios, ¿cómo podrá amar al prójimo

como a si mismo, si no sabe ni siquiera amarse a si propio? Es un inicuo y un impio, y el que ama la iniquidad, desde luego que no ama su vida, sino que la odia (Ps. 10,6). Obedezcamos firmemente este precepto del Señor y amémonos mutuamente, y así cumpliremos todo cuanto nos haya mandado, porque aquí se encierra cualquier otra cosa».

Distingamos este amor dei amor humano, puesto que para eso aftadiô Cristo lo de *como yo os he amado*. ^Para qué nos amô Cristo sino para que podamos reinar con El? Amémonos, pues, mutuamente para que distingamos nuestro amor de los demás amores de esos que no se aman mutuamente, porque ni siquiera aman. Los que se aman para poseer a Dios, éstos se aman a si mismos; luego aman a Dios para amarse a si mismos» (ibid., 3: PL 34,1845).

e) Como Cristo nos amô

«Debemos amarnos como Cristo nos amô a nosotros. Sanjuan lo explica en su Epistola (I, 3,16): que El diô su vida por nosotros y nosotros debemos dar nuestras vidas por nuestros hermanos amândonos como nos amô el que la entregô por nosotros. Esto es lo que se lee en los Proverbios de Salomôn: *Si te sentares a cenar a la mesa de un poderoso, mira lo que te ponen delante y alarga tu mano, sabiendo que eso mismo debes preparar* (Prov. 23,1-2 segùn la versiôn de San Agustin). (¿Cuál es la mesa del poderoso, sino ésa donde se toma el cuerpo y sangre de quien entregô su vida por nosotros? «¿Y qué es sentarse a ella sino acercarse humildemente, y qué es considerar y mirar lo que tienes delante sino meditar dignamente en la gracia tan grande que recibes? <Y qué es alargar la mano para saber lo que debes preparar sino el que, como ya os he dicho, debemos poner nuestra vida por los hermanos, como Cristo puso la suya por nosotros? Es lo jque dice el apôstol Pedro: *Cristo padeciô por nosotros, dejândonos el ejemplo para que sigamos sus huellas* (1 Petr. 2,21). En eso consiste preparar lo mismo» (tr.84,1: PL 34,1846).

«No quiere esto decir que podamos nosotros ser iguales a Cristo 48" nuestro Señor, aunque estemos dispuestos a derramar en el martitio nuestra sangre por El. El pudo entregar su vida y volverla a tomar; nosotros no podemos vivir lo que queramos, y morimos, aunque no queramos. El, muriendo, matô la muerte; nosotros, al morir, nos libramos de ella. Su carne no conociô la corrupciôn (Act. 2,31); la nuestra, después de corrompida, sera revestida, al final dei siglo y gracias a El, de incorrupciôn. El no necesita de nosotros para salvarse; nosotros no podemos salvarnos sin El. El se nos entregô a nosotros como la vid a los sarmientos; nosotros no podemos tener sin El la vida. Por ôltimo, aunque los hermanos murieran por sus hermanos, sin embargo, la sangre del martirio no se derrama para perdôn de los pecados de los hermanos, que es lo que hizo El por nosotros» (ibid., 2: PL 34,1846).

488 f) «Vosotros sois mis amigos si cumplís todo lo que os mando»

«Después que Jesûs nuestro Señor hubo recomendado aquella caridad que El mismo nos mostraba muriendo por nosotros, y después que hubo dicho que ninguno tiene mayor amor que el que entrega su vida por sus amigos, anadiô: *Vosotros sois mis amigos si cumplis todo lo que yo os mando* (Io. 15,14). ¡Qué gran dignación! El siervo no puede ser bueno si no cumple los preceptos de su Señor, y éste quiere que sean amigos suyos con aquello Que a los siervos sólo los hace buenos. Esta es, como os he dicho, su gran dignación: que se digne llamar amigos a los que sabe que son siervos suyos» (tr.85,1: PL 34,1848).

D) Comentarios a la Pasión

a) En el huerto de Getsemaní

489 i. «En diciendo esto saliô Jesûs» (Io. 18,1).

«Lo que cuenta aquí sobre la entrada del Señor con sus discípulos en el huerto, no sucediô inmediatamente de terminado el discurso, a que se refiere con estas palabras, en *diciendo esto*, sino que ocurrieron en el intermedio otras cosas preteridas aquí y que se leen en otros evangelistas, del mismo modo que también en éste encontramos muchas que los otros callan en su narración. El que quiera saber como convienen entre si, de modo que la verdad que el uno expone no se oponga a la del otro, habrá de averiguarlo no leyendo este discurso, sino estudiando trabajosamente los libros; no escuchándolo de pie, sino sentándose y leyendo o escuchando al que lee y aplicando con toda intensidad su entendimiento para comprenderlo. Pero sea que consiga saber algo en esta vida, sea que encuentre estorbos que se lo impidan, créa, sin embargo, ciertamente que ningún evangelista de los que la Iglesia ha recibido como canónicos ha podido escribir algo contrario a lo que haya dicho él mismo u otro con no menor veracidad que él» (tr.112,1: PL 34,1929).

490 2. «En cuanto dijo: Yo soy, retrocedieron y cayeron por tierra» (Io. 18,6)

«¡Dónde esta la cohorte de soldados y ministros de los principes y de los fariseos, en dónde el terror y la fuerza de las armas? Una sola vez que dice: *Yo soy*, y es capaz sin dardo alguno de herir, rechazar y derribar aquella turba feroz, terrible en odios y armas. Es que Dios se escondía allí en la came, y la luz etema se ocultaba en los miembros humanos, para que las tinieblas la buscasen con linternas y hachas para matarla. *Yo soy*, dice, y derriba a los impíos. /Qué no hará cuando venga a juzgar el que hoy, cuando marcha

a ser juzgado, habia de tal forma? <Qué podrâ cuando vaya a reinar el que tal podla cuando iba a morir?

Vinieron los perseguidores y el traidor para aprehender a Jesûs; encontraron al que buscaban, le oyeron decir *Yo soy*, y ipor qué, en vez de prenderle, retrocedieron y cayeron? <Por qué sino porque lo quiso el que puede todo cuanto quiere? Si no les hubiese permitido que le prendieran, ellos no hubieran conseguido aquello por lo que venian, pero El tampoco hubiera obrado por lo que habia venido. Ellos le buscaban persiguiéndole, y El nos buscaba muriendo. Por eso mostrô su poder a los que querian sujetarle y no podian; sujéténle, pues, y asi se cumplirá su voluntad por medio de los que lo ignoran» (ibid., 3: PL 34,1930).

b) En la casa de Anàs

i. «Lo llevaron primero a la casa de Anàs» (lo. 18,13) 191

«Una vez que los perseguidores, mediante la traición de Judas, hubieron preso y atado al Señor, que nos amô y se entregô por nosotros y al que no perdonô el Padre, sino que lo entregô por todos nosotros (Eph. 5,2 ; Rom. 8,32), para que sea cosa patente que Judas no es laudable por lo útil de su traición, sino muy condenable por su voluntad criminal, lo llevaron primero a casa de Anàs, segùn nos cuenta Juan el evangelista» (tr.113,1; PL 34,1932).

2. «La portera le dijo a Pedro: <Acaso eres tû uno de los discipulos de ese hombre? El contestô: No lo soy» (lo. 18,17) 492

«He aqui una columna firmisima que tiembla ante el soplo de un aura suave. <En dôn-de esté aquella audacia que todo lo prometia y que tanto se fiaba de si misma? *IDôn-de estân aquellas palabras de ^Por qué no puedo seguirte ahora? Yo entregaré por ti mi vida?* (lo. 13,37). (-Consiste acaso el seguimiento del Maestro en negar ser discipulo suyo? «-Asi se entrega la vida por el Señor, cuando se terne hasta la palabra de una criada, no sea que ocurra lo que se prometiô? Pero (-qué de extranar es que Dios prediga la verdad cuando el hombre presume la mentira? En verdad que en esta negación del apôstol Pedro que ya comienza debemos advertir que no sôlo niega a Cristo el que dice que no es Cristo, sino el que niega ser discipulo suyo, cuando en realidad lo es.

El que niega ser discipulo de Cristo, niega esa realidad cuyo nombre es el de cristiano. ¡Ayl, cuántos después, y no sôlo ancianos, en los que el cansancio de la vida puede facilitar la muerte por confesar a Cristo; no sôlo la juventud de uno y otro sexo, a cuya edad se puede exigir con razón la fortaleza, sino hasta los niños y las niñas pudieron, en innumerable multitud de santos mártires, entrar fuerte y valientemente en el reino de los cielos, de lo que fué incapaz este que habia recibido sus Haves» (ibid., 2).

493 3. «Si he hablado bien, èpor qué me hiercs?» (lo. 18,23)

«d'Puede haber algo mâs verdadero, manso y justo que esta respuesta? Es de Aquel de quien dijeron los profetas: *-Marcha, cabalga sobre la verdad y la justicia* (Ps. 44,5).

Si pensamos quien recibió la bofetada, ^no quisiéramos aniquilar al que la diera, o que el fuego del cielo lo consumiera, o que abriéndose la tierra lo sorbiera, o que fuera arrebatado por el demonio, o que recibiera alguno de estos y aun mayores castigos? (Y cuál de ellos no hubiera podido infligirle con su poder Aquel por quien el mundo fué formado, de no haber preferido enseñarnos la paciencia que vence al mundo? Quizâs me diga alguno: ãY por qué no hizo lo que mandô? (Mt. 5,39). No debió contestar, sino presentar la otra mejilla. ^Pucs qué, el que contesta ahora tan veraz, mansa y justamente, qué hace sino presentar su otra mejilla cuando prépara todo el cuerpo para que sea clavado en la cruz? Admirablemente nos demuestra lo que convenia entonces demostrar, a saber, que su gran precepto de la paciencia se cumple no con ostentaciones del cuerpo, sino con la preparaciôn del corazôn. Porque puede muy bien ocurrir que un hombre ofrezca la otra mejilla y esté lleno de ira. ^Cuanto mejor es contestar con mansedumbre y préparar el aima a sufrir danos mâs graves? Feliz aquel que en todas las cosas que padece por la justicia dice: *Preparado estâ mi corazôn, joh Dios!, preparado estâ mi corazôn* (Ps. 56,8). Este es el que realmente puede recitar lo que se sigue: *Te cantaré y te alabaré* (ibid.), como Pablo y Bernabé lo hicieron en prisiones durisimas» (ibid., 4).

c) EN EL PRETORIO DE PILATO

494 i. «No entraron en el pretorio para no contaminarse» (lo. 18,28)

«Habia comenzado el dia de los âzimos, en el cual les contaminaria entrar en una casa de extranjeros. ¡Oh ceguera impia! Les parece que van a contaminarse con una casa extrana, y no temen contaminarse con un crimen propio; temen contaminarse en el pretorio de un juez forastero, y no temen derramar la sangre de un hermano inocente. Y digo esto aun refiriéndome sôlo a lo que le atestiguaba su mala conciencia, puesto que el llevar impiamente a la muerte al Senor y al dador de toda vida no podia imputârsele a su conciencia, sino a su ignorancia» (tr.114,2: PL 34,1936).

495 2. «Si no fuesc un malhechor, no te lo entregaríamos» (lo. 18,30)

◆Pregûnteseles y contesten los que fueron liberados del espiritu inmundo, los enfermos sanos, los leprosos limpios, los sordos que oyen, los mudos que hablan, los ciegos que ven, los muertos que resucitan y, lo que es mâs todavia, los necios hechos sabios; pregûnteseles y contesten si Jesûs es un malhechor. Pero verdad es

que todo esto lo decían de Aquel de quien los profetas habían ya anunciado: *Me devuelven mal por bien* (Ps. 34,12)» (ibid., 3).

3. «No nos es lícito matar a nadie» (Io. 18,31)

«(¿Qué es lo que dices, loca crueldad? ^No estás matando con entregar a la muerte, o es que acaso la cruz no mata?... A tal punto ha llegado vuestro endurecimiento, ¡oh falsos israelitas!; así habéis perdido en vuestra maldad todo sentido, que os creéis limpios de una sangre inocente porque encomendáis a otro que la derrame. ¿O es que acaso Pilato, a quien comprometéis a que emplee su autoridad en ello, va a matarle con sus propias manos? Si no lo hubieseis querido matar vosotros, si no le hubieseis puesto asechanzas, si no le hubieseis preso y atado y conducido, si no le ofrecieseis para que lo mataran, si no lo pidierais con vuestras voces, entonces podríais jactaros de que no erais vosotros quienes lo matabais. Pero si después de haber hecho todo lo que acabo de enumerar, todavía gritáis diciendo: *¡Crucifícale, crucifícale!*, oid lo que contra vosotros dice también el profeta: *Yazgo entre hombres encendidos de furor, cuyos dientes son lanzas y saetas, cuya lengua es tajante espada* (Ps. 56,5). Ahí tenéis las armas, las saetas y la espada. Matáis al Justo, cuando decis que no os es lícito matar a nadie» (ibid., 4).

d) Delante de Pilato

i. «Mi reino no es de este mundo» (Io. 18,36)

«Esto es lo que nos quiere enseñar el buen Maestro, pero antes era necesario demostrar la vanidad de la opinión humana, gentil o judía, sobre su reino y la acusación que habían llevado a Pilato sobre él para que fuese condenado a muerte como usurpador de una corona» (tr.115,1: PL 34,1938).

«Oid, pues, judíos y gentiles; oid, circuncisos e incircuncisos; oid todos los reinos de la tierra: No impido vuestro dominio en este mundo, porque mi reino no es de él; no temáis con un miedo más vano y mayor que el de Herodes, quien, al ser anunciado Cristo, tembló y llevó la muerte a tantos niños, más cruel todavía en el miedo que en la ira. No temáis, porque mi reino no es de este mundo; ¿qué más queréis? Venid al reino que no es de este mundo, venid por la fe y no lo persigáis por el temor. Dice una profecía rehiriéndose a Dios Padre: *Yo he sido constituido por El Rey sobre Siôn, su monte santo* (Ps. 2,6). Pero ese Siôn y ese monte no son de este mundo. ^¿Cuál es el reino sino los que creen en El, y de los cuales dice: *Vosotros no sois dei mundo, como yo tampoco lo soy?* (Io. 17,14). Aunque cierto que quería que estuviesen en el mundo, por lo cual pide por ellos al Padre y dice: *No te pido que los quites de este mundo, sino que los libres del mal* (Io. 17,16-15). Por eso ahora no dice: mi reino no está en el mundo, sino: *no es de este mundo*, y cuando para demostrarlo anade: *Si mi reino fuese de este mundo, mis soldados pelearían para que no fuese entregado a los judíos* (Io. 18,36), no

termina diciendo: Ahora bien, mi reino no esta aqui, sino mi reino no es de aqui. Este es su reino, duradero hasta el fin dei mundo, y que tiene en si mezclada la cizana hasta que llegue la siega. La siega tendra lugar al fin de los tiempos, cuando vengan los segadores, esto es, los ângeles, y reûnan todos los escândalos del reino, lo que ciertamente no ocurriria si este no estuviera aqui. Sin embargo, no es de aqui porque esta en el mundo como un peregrino.

Dice de su reino: *No sois dei mundo, sino que yo os elegi del mundo* (Io. 15,16). Erais del mundo cuando no formabais parte todavia dei reino, sino que perteneciais a los principes dei mundo. Es dei mundo todo hombre creado por Dios, pero engendrado después por la estirpe condenada de Adân. El reino, en cambio, no ha sido hecho de este mundo porque ha sido regenerado en Cristo. Dios nos arrancô del poder de las tinieblas y nos trasladô al reino dei Hijo de su amor, reino dei que dice que no es de este mundo» (ibid., 2).

- 499 2. «Yo para eso he nacido y para eso he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad» (Io. 18,37)

«Es cosa manifiesta que aqui se refiere a su nacimiento temporal, cuando vino encamado al mundo, puesto que el otro nacimiento no tuvo principio en cuanto a Dios... Hablando, pues, de este temporal, dice que naciô, y naciô de una virgen, y vino al mundo para dar testimonio de la verdad. Pero como no todos tienen la misma fe, aôade: *El que ha nacido de la verdad, oye mi voz* (ibid.). Oyen, si, con los oidos interiores, esto es, escuchan mi voz, lo que équivale a decir: Me creen. Cuando Cristo da testimonio de la verdad, da testimonio de si mismo, puesto que son sus palabras: *Yo soy la Verdad* (Io. 16,6), y en otro lugar dice: *Yo doy testimonio de mi mismo* (Io. 8,18). Al indicar que todo el que pertenece a la verdad oye su voz, esta ensalzando la gracia con la cual llama, segùn su voluntad. Sobre ello dice el Apôstol: *Sabemos que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman* (Rom. 8,28). Voluntad es del que llama y no de los llamados, lo que corrobora mâs claramente diciendo: *Soporta con fortaleza los trabajos por la causa del Evangelio en el poder de Dios, que nos salvô y nos llamô con vocaciôn santa, no en virtud de nuestras obras, sino en virtud de su proposito y de la gracia* (2 Tim. 1,8-9). Porque si se refiriese sôlo a la naturaleza en la que hemos sido creados, y puesto que la verdad nos ha creado a todos, <quién no perteneceria a la verdad? Pero esta Verdad no concede a todos el que la oigan, esto es, que la escuchan para que crean en ella, y a ninguno, desde luego, se le concede por sus méritos anteriores, porque, de fe> contrario, la gracia no sería gracia» (ibid., 3).

- 500 3. «¿Qué es la verdad?» (Io. 18,38)

«Paréceme que cuando Pilato preguntô qué es la verdad, le vino a las mientes de repente la costumbre judia de soltarles un preso

el día de la Pascua, y por eso esperô que le contestase Jesûs qué era la verdad... Sin embargo, no pudo apartar de su corazôn que Jesús era el Rey de los judios, como si la verdad se lo hubiera fijado en su interior como un cartel».

«Oido esto, clamaron otra vez, diciendo: 501
No a éste, sino a Barrabâs. Barrabâs era un
ladrôn» (lo. 18,40)

«No reprendo, joh judios!, que libréis en la Pascua a un hombre danino, sino que matéis al inocente: pero por otra parte, si no lo hicierais, no tendríamos la verdadera Pascua. Los judios estaban apegados a la sombra de la verdad, y por una admirable disposi-
ciôn de la divina Sabiduria, los hombres falaces cumplen la verdad de aquella sombra, porque para que se celebrase la verdadera Pas-
cua inmolaron a Cristo como un cordero» (ibid., 4).

e) Ante el pueblo

1. «Y le daban de bofetadas» (lo. 19,3) 602

«Asi se cumpliô lo que Cristo habia predicho de si mismo. De esta forma los mârtires fueron adoctrinados para sufrir cuanto sus perseguidores tuviesen a bien infligirles. Asi se ocultô un tanto aquel tremendo poder y se nos recomendô que imitâsemos ante todo la paciencia, asi predicô un reino que no era de este mundo y venciô al mundo soberbio no con el espanto de las batallas, sino con la humildad del padecer; asi se sembraba para su multiplica-
ciôn aquel grano en medio de injurias horribles para que brotase después en medio de admirable gloria» (tr.116,1: PL 34,1941).

2. «Ecce homo» (lo. 19,5) .503

«Veamos aqui todo lo que hicieron los soldados sin que Pilato lo ignorase, y quizâ lo hubiese mandado, quizâ lo hubiese querido, por lo que ya hemos dicho antes, para que los enemigos se hartasen de beber ludibrios y no tuviesen sed de sangre. Saliô, pues, a ellos Jesûs llevando su corona de espinas y su traje de pûrpura, no bri-
llante de imperio, sino lleno de oprobios. Les dice: *Ecce homo*. Si envidiabais a un rey, perdonadle, que bien caido le veis. Ha sido azotado, coronado de espinas, vestido con un traje de burla, mofa-
do amargamente, lleno de bofetadas; hierve la ignominia, enfriese la envidia; pero no se enfriô, se encendiô mâs y creciô» (ibid., 2).

3. «Contestaron los judios: Nosotros tenemos 504
una Ley, y segùn la Ley debe morir, porque se
hizo Hijo de Dios» (lo. 19,7)

«He aqui otra envidia mayor. Parecia pequena la primera cuan-
do le acusaban de ambiciones ilicitas y de usurpar la regia potestad. Sin embargo, Jesûs no usurpô mendazmente ni lo uno ni lo otro, porque ambas cosas son ciertas y El es el Hijo unigénito de Dios

y el Rey colocado sobre Sion, su monte santo. Ambas cosas se demuestran, porque cuanto más poderoso, tanto más paciente prefiere ser» (ibid., 3).

505 4. «Jcsûs no contestaba* (Io. 19,8)

«No es la primera vez que el Señor calla, puesto que, si leemos el Evangelio, le vemos callado ante los principes de los sacerdotes y ante Herodes, y ahora mismo ante Pilato; y es que en realidad no habia sido vana la profecía: *Como cordera delante del esquilador estaba silencioso y no abría sus labios* (Is. 53.7)... Cuando no abría sus labios en el juicio se asemejaba al cordero, esto es, no aparecía como un malvado que tiene que callarse convencido de su pecado, sino como un manso que se inmola por los ajenos» (ibid., 4).

χ)θ 5. «El que me ha entregado a ti tiene mayor pecado* (Io. 19,11)

«Por fin contesta, aunque su silencio no era el dei reo engañador, sino el del cordero que, inocente, no abre sus labios. Cuando no respondía, callaba como una oveja; cuando contesta, enseña como un pastor. Aprendamos, pues, lo que nos dijo y lo que después nos enseña por el Apôstol: que *no hay poder que no venga de Dios* (Rom. 13,1) y que peca más el que entrega por envidia al inocente para que el poderoso lo mate, que el poderoso que lo mata por miedo a otra autoridad mayor.

El me entrega a ti por envidia; tû ejercerâs contra mi tu poder por miedo. El hombre no debe matar a otro hombre ni aun siquiera por miedo, y mucho menos si se trata de un inocente; sin embargo, peor es hacerlo por envidia que por temor. Por eso el maestro veraz no dice: El que me entrega a ti, ése es el que tiene pecado, como si el otro no lo tuviera, sino que afirma que tiene un pecado mayor» (ibid., 5).

f) En el Calvario

507 i. «Llevando a cuestras la cruz» (Io. 19,17)

♦Caminaba hacia el lugar donde iba a ser sacrificado llevando su cruz. Gran espectâculo; pero si lo mira la impiedad, gran ludibrio; si lo mira la piedad, gran misterio; si lo mira la impiedad, prueba de ignominia enorme; si lo mira la piedad, gran fundamento de nuestra fe; si lo mira la impiedad, se reirâ viendo al Rey llevar un leão en lugar de un cetro; si lo mira la piedad, verâ que el Rey lleva el madero donde ha de ser clavado, el mismo madero que después sera colocado en la frente de los reyes. Despreciado ante los ojos de los impios en lo mismo que se gloriârân después los corazones de los santos. Pablo habrâ de decir: *Lejos de mi gloriarme como no sea en la cruz de nuestro Serior Jesucristo* (Gai. 6,14). Cargaba sobre sus hombros su misma cruz y llevaba en alto el candelero de esa antorcha que ha de arder sin que se coloque debajo de un celamin» (tr.117,3: PL 34.1945).

2. «Lo escrito, escrito está» (Io. 19,22)

«|Oh fuerza inefable de las obras divinas, que alcanza hasta el corazôn de los ignorantes! <{No estaba acaso resonando en el corazôn de Pilato una voz oculta, y si me es licito decirlo, con un silendo clamoroso?»

«<Qué decis, |oh locos!; por qué os empefiâis en contradecir lo que no puede cambiar? Acaso dejarâ de ser verdadero rey porque haya dicho que lo es de los judios? Si no pudo trocarle lo que escribiô Pilato, <>podrà trocarle lo que dijo la Verdad? Por eso es rey de los judios, que tienen circuncidado el corazôn con el espiritu, aunque no en la letra, cuya alabanza no viene de los hombres, sino de Dios, de los que pertenecen a la Jerusalén libre, nuestra madré eterna en los cielos, Sara espiritual que expulsô de la casa de libertad a la esclava y a sus hijos (Gai. 4,22 y 31). Por eso Pilato afirmô: *Lo que escribi, escrito esta*, porque lo que el Senor dijo, dicho está» (ibid., 5).

B-

3. La cruz

309

Después de haber expuesto el significado de la túnica y de las vestiduras repartidas en cuatro pedazos, que para él simbolizan la Iglesia extendida por los cuatro puntos cardinales, continûa: «Y no es extraño que hasta las acciones de los malos signifiquen algo bueno, cuando hemos de decir lo mismo de la cruz que los impios y enemigos fabricaron y colocaron sobre Cristo. Sin embargo, ella también nos significa lo que dijo el Apôstol, cual sea lo largo, lo ancho, lo alto y lo profundo (Eph. 3,18). Ancho es el madero transversal donde se extienden las manos del que cuelga en ella y significa las obras buenas en la anchura de la caridad; largo es el madero que llega hasta la tierra, en el que se apoya la espalda y los pies, y que significa la perseveranda a lo largo del tiempo hasta el fin; alto es aquel remate que se alza por encima del madero transversal, y que simboliza el ûltimo fin al que se dirigen todas las obras, porque todo lo que se obra a lo largo y a lo ancho perseverantemente, es ejecutado por la altura de los premios divinos; profunda es aquella parte que se hunde en la tierra y se oculta alli donde no puede verse, pero de la que después se levanta todo lo que sobresale y aparece como nuestros bienes, que proceden todos ellos de la profundidad de la gracia de Dios, que no puede comprenderse ni discernirse.

rag

u
ft

N

Pero aun cuando la cruz de Cristo significara ûnicamente lo que nos'dice el Apôstol, que los que son de Cristo crucifiquen su came con sus pasiones y concupiscencias, (jno sería ya un gran bien? Y por ûltimo, iqué es lo que hemos conocido todos'como senal de Cristo, sino su cruz? <No es ése el signo con el cual se completa todo, sea que lo coloquemos en la frente de los que creen, sea en el agua por la cual se regeneran, sea en el aceite con cuyo crisma se unge, sea en el sacrificio con el que son alimentados? ^Os extrana, pues, que las acciones de los malos signifiquen el bien, cuando la cruz de Cristo que fabricaron ellos se emplea como serial en la ce-

lebraciôn de los sacramentos que nos traen el bien?» (tr. 118,5: PL 34,1948).

511 4. «He ahi a tu Madré» (lo. 18,27)

«Esta es la hora a la que Jesús se referia cuando poco antes de convertir el agua en vino, le dijo a su Madré: *¿Qué nos va a ti ni a mi, mujer? Aún no ha llegado mi hora* (lo. 2,4). Esta es la hora que anunciô, en la cual debia reconocer moribundo aquella de que habia nacido como mortal. Enfonces iba a obrar hechos divinos y no conocia a la que era madré, no de la divinidad, sino de su flaqueza; pero ahora que padece en lo humano, recomienda con carino de hijo a aquella por la que él mismo fué hecho hombre. Enfonces, el que habia creado a Maria manifestaba su poder; ahora, el que habia nacido de Maria pendia de una cruz» (ibid., 1: 1950).

♦Se nos presenta aqui la ocasiôn de consideraciones mil. Cristo obra lo que nos ensenô a obrar, y nos ensenô, maestro bueno, con su ejemplo, que los hijos piadosos se cuiden de sus padres, como si el leno en donde estaban enclavados sus miembros moribundos fueran la câtedra del Maestro. De estas enseñanzas bebia San Pablo cuando decia que, si alguno no se cuidase de los suyos, y principalmente de sus domésticos, negaria la fe y seria peor que un infiel. ¿Hay algo mâs doméstico que los padres para con sus hijos o los hijos para con sus padres? Pues bien, el Maestro de los santos se constituyô en ejemplo de este saluberrimo precepto en ese momento en que buscô un hijo que lo sustituyera, no para la sierva que Dios habia creado, sino para la Madré que le formô a él y que tenia que abandonar» (tr. 119,2: PL 34,1951).

512 5. «Tengo sed. Todo se ha cumplido. E inclinando la cabeza, entregô el espiritu» (lo. 19,28-30)

«¿Quién puede disponer de tal guisa sus obras como dispuso este hombre lo que habia de padecer? Pero es que este hombre era el mediador entre Dios y los hombres, era el hombre de quien se habia predicho: *Es un hombre, ¿y quién lo conocerà?* Los que asi obraban con El no conocian al hombre Dios, porque el hombre estaba visible y Dios oculto; el que se manifestaba visiblemente lo padecia todo, y el que se ocultaba, todo lo disponia» (ibid., 4: PL 34.1952).

513 6. «Le abriô el costado» (lo. 19,34)

«Muy advertidamente cõplea el evangelista esta palabra, porque no quiso decir hiriô su costado, o golpeô su costado, o alguna otra cosa, sino abriô. Si, abriô para que se abriese de algùn modo y alli mismo la puerta de la vida por donde manaran los sacramentos de la Iglesia, y no siendo por la cual no se puede entrar a la vida que es verdadera vida. Aquella sangre fué derramada para perdôn de los pecados; aquella agua es la que templâ la vida salvable y es la que sirve de lavado y de vida. Lo prenunciô Noé cuan-

do mandô abrir una puerta en el area por donde entrasen todos los animales que habian de salvarse dei diluvio, con lo que anunciaba la Iglesia. En atenciôn a ésta fué también hecha la primera mujer del costado de un hombre y llamada vida y madré de los vivos. Grande bien fué significado antes de la gran prevaricaciôn. Ahora, este segundo Adân, inclinada su cabeza, duerme en la cruz para que se le forme una Esposa nacida del costado muêrto. ¡Oh muerte, de donde los muertos resucitan! <Hay algo mâs limpio que esta sangre, hay algo mâs saludable que esta herida?» (tr. 120,2: PL 34.1953).

E) Figuras de la Pasiân

a) Judas

1. Jesûs, vendido

«Mirad, hermanos carîsimos, a Judas, aquel mal discipulo, venal y vendedor, ladrôn y traidor, comprado por los judios y junto con ellos esclavo dei demonio; miradle recibir el precio de Aquel que no tiene precio. Cuando Cain matô a su hermano Abel, oyô la voz de Dios que le decia: *¡Qué has hecho de tu hermano? Su sangre clama hasta mi desde la tierra* (Gen. 4,9-10). Preguntadle a Judas y a los judios; es mâs, preguntad en Judas a todos los judios, pregûntele Dios y digale: Judas, idôn-de estâ Cristo, tu hermano? <Te atreverâs a decide, joh mal hermano!, que Cristo no lo era tuyo? Convénzate, pues, el Señor, en primer lugar de que si que lo era. Dinos, Señor nuestro Jesucristo, iera Judas hermano tuyo? Contesta: Si que lo era, si que lo era; no lo es ahora, pero si que lo fué, puesto que yo a todos me referia en general cuando le dije a mi Padre: Anunciaré tu *nombre a mis hermanos* (Ps. 21,23). Judas, ya estâs convencido de que Cristo era hermano tuyo; <dôn-de estâ tu hermano? Contesta, di aquello que dijo el otro: *No lo sé, gsoy acaso el guardian de mi hermano?* (Gen. 4,9). No, tû no fuiste custodio, sino traidor y vendedor; pero, sin embargo, di: *gSoy acaso el guardian de mi hermano?*, para que te conteste: *La voz de su sangre clama a mi desde la tierra*» (cf. *Serm. sobre el cultivo'dei campo del Señor* c.3: PL 40,688).

2. Por qué Cristo eligiô a Judas

«Preveia en él a su traidor, pero lo elegia para un trabajo muy necesario. De su mal supo sacar un gran bien. Lo eligiô entre sus doce para que, a pesar de ser un nûmero exiguo, no careciese del mal, y ello para ejemplo de nuestra paciencia, porque es preciso que vivamos entre malos. Necesario es que padezcamos a los malos, conociéndolos o sin conocerlos, y por eso nos diô este ejemplo de paciencia para que no desfallezcamos cuando comencemos a vivir entre ellos. Y si aquella academia de Cristo, compuesta solo de doce, no desfalleciô, ;cuâl no deberâ ser nuestra firmeza cuando

se cumpla en esta gran Iglesia lo que ya ha sido predicho sobre la mezcla de malos que ha de existir?» (cf. *Enarrat, in Ps.* 34,10: PL 36,329).

3. En el Cenaculo

tUrio de vosotros (Io. 13,21), en cuanto al número, no en cuanto a la virtud; por estar mezclado con vosotros corporalmente, no por estar unido con vínculo alguno espiritual; por la cercanía del cuerpo, no por la unidad del corazón. Por lo tanto, no porque sea uno de vosotros, sino porque ha de salir de vosotros. Ya antes había dicho *salieron de nosotros*; en un sentido, de nosotros, y en otro, no de nosotros. Por la comunidad de los mismos sacramentos, de nosotros; por sus crímenes, no de nosotros» (*Comentario al Evangelio de San Juan* tr.61,2: PL 34,1799).

Dióle el Señor un pedazo de pan a Judas y entró en él Satanés (Io. 13,26-27). «Ya está manifiesto el traidor, ya se han desnudado las tinieblas. Bueno era lo que recibió, pero lo recibió para su mal, porque el malo recibió malamente lo que era bueno» (ibid., 6: PL 34,1801).

4. Las disposiciones del que recibe

«Sé, carísimos, que muchos de vosotros preguntáis, los buenos para saberlo y los malos para echármelo en cara, como puede ser que, en cuanto hubo dado el Señor un pan mojado a Judas, entrase en él Satanés... Decis: ¿Ese fue el efecto del pan de Cristo, que se le dió de la misma mesa de Cristo, a saber, que después de él entrase Satanés en su discípulo? Le responderemos que lo que aquí queremos enseñar es la gran precaución que hay que tener para no recibir el bien de mala manera. Lo que interesa, y muy mucho, no es saber lo que se recibe, sino quién lo recibe; no qué es lo que se da, sino cuál es aquel a quien se da. Porque el bien hace dario y el mal aprovecha según quien lo reciba. El pecado, dice el Apóstol para mostrar toda su malicia, por los bienes me dió la muerte (Rom. 7,11). Ahí tenéis como del bien sale el mal cuando el bien fue recibido malamente». Por eso mismo dice que, cuando un ángel de Satanés le abofeteaba, Dios le contestó que le bastaba su gracia, porque la virtud se robustece en la flaqueza (2 Cor. 12,9). He ahí cómo el mal se convierte en bien cuando es recibido buenamente. ¡De qué, pues, te maravillas si el pan de Cristo que se le dió a Judas le convierte en esclavo del demonio, si acabas de oír que, por el contrario, San Pablo recibió a un ángel de Satanés que lo perfeccionó en Cristo? El bien hace dano al malo, y el mal aprovecha al bueno. Acordaos del sitio donde está escrito que *todo el que cornièrre este pan o bebiere el cáliz del Señor indignamente, sera reo del cuerpo y sangre del Señor* (1 Cor. 11,27). San Pablo, al decir esto, se refería a aquellos que comen el cuerpo del Señor indiscreta y negligentemente, como si fuese un alimento vulgar. Si, pues, es castigado el que no distingue el cuerpo del Señor de otra comida, ¡cuál no será

la condenaciôn del que se acerca enemigo a su mesa, fingiendo aMistad? Si la negligência es digna de réprensiôn, êqué pena no re- cibirâ el traidor? Pôr otra parte, el alargar este pan al traidor, iqué era sino mostrarle la gracia, à la que era ingrato?» (ibid., 62,1 : PL 34,1801).

«Después de este pan entre» Satanâs en el que entregaba al Se- 518 nor, para poseerle plenamente... Primero entre» en él infundiendo en su corazôn el pensamiento de entregar a Cristo, puesto que ya habia vênido a cenar con esa idea; ahora, luego de recibir este pan, entré eh él no para tentar a un extraho, sino para tomar posesiôn de quien le era propio» (ibid., 2; 1802).

«No hây qué imaginar, como hacen algunos, que leen sin poner atênciôn, que Judas recibîo entonces el cuerpo de Cristo. Conviene saber que ÿa habia distribuido antes a todos el sacramento de su cuerpo y sangre» (ibid., 3: 1802).

5. «Lo que has de hacer, hazlo pronto» (lo, 13,27) 519

«Poseido Judas, no por el Sehor, sino pôr el diâblo, después que el pan entré en el estômago de un hombré ingrato y el enemigo en su aima, faltaba todavia poner en prâctica (*effectus*) lo que ya se habia decidido (*affectus*) para su perdiciôn. Asi, pues, cuando el Senor, Pan vivo, huHo dado pan a aquel muerto, y entregando el pan descubriô al traidor del Pan, dijo: Lo que *has de hacer, hazlo pronto*. No mandô el crimen, sino predijo el mal de Judas y nuestro bien. (Hay alguien peor que Judas? hay âlgô mejor para nosotros que el que entrégase a Cristo? Bien para nosotros, lo diré, a pesar de su voluntad.

Lo que has de hacer, hazlo pronto. jOh palabras, mâs bieh del que estâ a punto que del que estâ lleno de ira!]Oh palabras, que expresan nô tanto el castigo del traidor cuanto las mèreedes del Redentor! Dijo, *lo que has de hacer, hazlo pronto*, no por prisa de maldecir al pérfido, sino para salvar a los fieles, porque *se entrega por nuestros delitos* (Rom. 4,25), *amô a su Iglesia y se entregô por 'élla*jè^.]^ - 9 * 3 3bnob ,rdnOÍ

Si Cristo nô se hubiéra entregado, nadie hubiera entrègado a 520 Cristo. (Qué p'odémos encontrar en Judas sino un pecador? Al entregar a Cristo no pensô en nuestra salud, joor la cual Cristo se entregô El mismo, sino sôlo en la gananciâ pecuniaria', 'pbr dohde 'vinb a encontrar el dano de su aima. Recibiô el premio quedeseaba, y rédibiô también el que no queria, pero que habia merecido. Judas entregô a Cristo; Cristo se entregô a si mismo; Aquel negociaba él précio de la venta; éste nuestra redenciôn» (ibid., 3: 1802).

«El, *tornando el bocado, se saliô luego; era de noche* (lo. 13,30). *El que salia era la misma noche*» (ibid., 6: 1803).. ;

6. Las très voluntades que entregan a Cristo 521

«Ved cuâto bien sabe Dios sacar de los malos, aunque es cierto que después no les retribuirâ segûn el bien que ha sacado, sino

según su maldad. Ved qué bienes saca para nosotros del mismo perfido crimen de Judas el traidor. Judas entregó al Hijo de Dios para llevarle a la pasión, y gracias a la pasión del Hijo de Dios, todas las gentes fueron redimidas y salvadas. Sin embargo, Judas no recibió el premio de la salvación del mundo, sino el suplicio merecido por su maldad.

En realidad, si considerásemos el hecho de entregar a Cristo y no la intencian de quien lo entregaba, nos encontraremos con que Judas hizo lo mismo que Dios Padre, del cual está escrito que *no perdonó a su Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros* (Rom. 8,32). Judas hizo también lo que Cristo nuestro Señor, del cual se lee que *se entregó por nosotros como hostia de oblación a Dios en olor de suavidad* y también que *Cristo amó a su Iglesia y se entregó por ella* (Eph. 5,2-25). Y, sin embargo, damos gracias a Dios Padre, que no perdonó a su Hijo único, sino que lo entregó por nosotros; damos gracias al Hijo, que por nosotros se entregó a sí mismo y con ello cumplió la voluntad del Padre, y detestamos a Judas, de cuyos hechos supo Dios sacar tantos beneficios en favor nuestro.

Y con razón lo hacemos, puesto que él no entregó a Cristo por nosotros, sino que lo vendió por plata, aun cuando su traición sea nuestra salvación y la venta de Cristo nuestra redención. También los que perseguían a los mártires los perseguían en la tierra y los enviaban al cielo... Lo mismo que a los malos les hace dano la bondad del justo, a los buenos les aprovecha la iniquidad del impio* (cf. *Enarrat, in Ps.* 93,28: PL 36,1214).

«Sufra, pues, el justo al injusto, tolere la impunidad en que vive en este siglo, soporte el ver al bueno en medio de trabajos, porque los buenos viven de la fe. No es otra la vida del hombre justo sino el vivir de la fe por obra de la caridad, y si vive de la fe crea que le espera el futuro descanso después de los trabajos y sufrimientos presentes, mientras que a los otros les aguardan los tormentos eternos después de la alegría de hoy... Cuando vea que han recibido el poder de hacer dano y dominar, levante su corazón hacia arriba, hacia donde nadie perjudica a nadie, y estudie bien aquella ley de Dios que nos dice que mitigará los días tristes, mientras está cavando la fosa del pecador (Ps. 93,23)» (ibid., 29: 1215).

323 7- La desesperación de Judas

«Después de haberle entregado se arrepintió de ello, y si hubiese orado en nombre de Cristo, hubiera pedido perdón; si hubiera pedido perdón, hubiera tenido esperanza; si hubiera tenido esperanza, hubiera esperado misericordia; si hubiera esperado misericordia, no se hubiera ahorcado desesperado» (cf. *Enarrat, in Ps.* 108,9: PL 36,1436).

«Le complacen los que le temen, pero cómo han de temerle?, y los que esperan en su misericordia (Ps. 146,11). Temióle Judas, el traidor de Cristo. pero no esperó en su misericordia; arrepintiéndose después de haber entregado al Señor, y dijo: *Pequé entregando la*

sangre del justo (Mt. 27,4). Muy bien esté que temas, pero con tal que espercs en la misericordia de aquel a quien temas. Judas, desesperado, se marchô y se ahorcô; terne, pues, al Seftor, pero esperando en su misericordia. Si ternes a un ladrôn, el auxilio lo esperas de otro, no de aquel de quien recelas. Si temieses a Dios de esta forma por ser pecador, <¿quién te auxiliaria contra El? t¿Dônde habrias de huir, qué habrias de hacer? ^Quieres huir de El? Huye hacia El mismo. ^Quieres huir del lleno de ira? Huye hacia el que ya se ha aplacado. Y lo aplacarâs si esperas en su misericordia. La forma de precaverte y no pecar en adelante consiste en pedir perdôn por lo pasado para que te lo perdone el Senor, a quien sea dado honor e imperio con el Padre y el Espiritu Santo por los siglos de los siglos. Amén» (cf. *Enarrat, in Ps.* 146,20: PL 36,1912).

b) San Pedro

i. La escena dei Cenaculo

«Una vez que el Senor hubo recomendado a sus discipulos el santo amor con el que habian de amarse mutuamente, *dijole Simon Pedro: Senor, iadônde vas?* (Io. 13,36). Asi hablô el discipulo al Maestro y el siervo al Senor, como si estuviese a punto para seguirle. Y por eso el Senor, que leia en su aima el motivo de la pregunta, le contestô: *A donde yo voy no puedes tû seguirme ahora* (ibid.); como si le dijera: No puedes seguirme ahora a eso que tû preguntas. No dice no puedes, sino *no puedes ahora*, dilatândolo y no quitândole la esperanza; al contrario, dândosela, por lo que le asegura con voz firme: *Me seguirds después.*

;Por qué te das prisa, Pedro? La piedra no te ha hecho todavia sôlido infundiéndote su espiritu; no te engrias presumiendo, *no puedes ahora*; no desmayes desesperando, *me seguirds después.*

<Qué es lo que continûa hablando? î*Por qué no puedo seguirte ahora? Yo daré por ti mi vida* (ibid., 37). Veia sus deseos, no veia sus fuerzas. El enfermo se jactaba de su voluntad, el médico veia su flaqueza; el uno prometia, el otro preveia. El que ignoraba se atrevia; el que preveia, ensenaba. <A qué no se atrevia Pedro mirando sôlo su voluntad e ignorando su capacidad? <A cuanto se atrevia, si habiendo venido el Senor para entregar su aima por sus amigos, y por lo tanto por él mismo, confiaba en ofrecerse a su Senor, y, a pesar de que Cristo no habia entregado todavia su vida, él promete entregar la suya por Cristo?

Respondiôle Jesûs: ^Dards por mi tu vida? (ibid., 38). <Irâs a hacer por mi lo que yo no he hecho todavia por ti? ^*Entregards por mi tu vida?* ;Serâs capaz de ir delante, tû que ni siquiera puedes seguirme? <Y cômomo presumes asi? <Qué piensas y qué crees de ti mismo? Oyeme lo que eres: *En verdad, en verdad te digo que no cantard el gallo sin que me hayas neeado très veces* (ibid.). Ahi tienes cômomo te manifestarâs a ti mismo dentro de muy poco, tû que hablas de empresas tan grandes sin saberte tan pequeno.

Tù que me prometes tu muerte, negarâs très veces tu vida. Tù que piensas ser capaz de morir por mi, cuida primero de ti mismo, porque temiendo la muerte de tu cuerpo matarâs tu aima. Asi como el confiât en Cristo es vida, el negarle es muerte* (*Cornentarios al Er-angelio de San Juan* tr.66,i: PL 34,1810).

S26 2. Las negaciones

«Los profundos juicios de Dios reparten sus dones. Podemos admirarlos, pero no investigarlos. *Porque iquién conoce los pensamientos del Senior? ¡Cuán insondables son sus juicios y cuán inescrutables sus caminos!* (Rom. 11,34-33).

Pedro sigue las huellas de Cristo y, sin embargo, se turba y niega. Esmirado, y llora, y su liante borra lo que el ternor manchara,

Aquello no fué una deserción para Pedro, sino una lección, Preguntándole al Señor, presumió en su corazón, afirmando que habia de morir por Él. Se lo atribuyó a sus propias fuerzas, y si no hubiera sido abandonado un tanto por quien le dirigia, no, lo hubiera entendido. Se atrevió a decir: *Entregaré por ti mi vida* (Io. 13, 37)..., y después, cuando fué turbado por el miedo, como el Señor le habia anunciado, negó très veces a Aquel por quien habia prometido morir.

521 Como está escrito, el *Señor le mira y él lloró amargamente* (Le. 22, 61-62). Amargo es el recuerdo de la negación para que sea dulce la gracia de la redención. Si no hubiera sido abandonado no hubiera negado; si no hubiera sido mirado, no llorará.

Dios odia a los que presumen de sus fuerzas, y como médico raja este tumor en quienes ama. Al cortar, causa dolor, pero produce la salud. Por eso el Señor resucitado encomienda sus ovejas a Pedro, que le negó. Primero, negador por presuntuoso; después, pastor por amante, pues ¿para qué le pregunta très veces si le ama sino para compungir triplemente al que le negara? La gracia de Dios perfeccionó en Pedro lo que no pudo llevar a cabo su propia confianza, porque en ese momento apenas si le ha encomendado sus ovejas para que las apaciente, no para si, sino para el Señor, le anuncia la pasión futura, aquella que al principio habia desperdiciado por darse demasiada prisa. *Cuando envejecas extenderis tus manos y otro te cenirá y te llevará donde no quieras. Esto lo dijo indicando con qué muerte habia de glorificar a Dios* (Io. 21,18-19).

Así ocurrió. Pedro, que borró con lágrimas su negación, consiguió llegar a la pasión, y lo que le habia prometido el Salvador no lo pudo quitar el tentador* (cf. *Serm.* 285,3: PL 38,1294).

528 3. No prometamos nada para el futuro

«Ya os acordáis de como el apóstol Pedro, el primero de todos los discipulos, fué turbado en la pasión del Señor. Se turbó él y Cristo lo renovó. Primero, audaz, presuntuoso, y después, tímidamente apostata. Promete morir por el Señor..., el Señor le contesta... Llega el momento, y, como Cristo era Dios y Pedro un

hombre, se cumple la Escritura: *blablame dicho en mi abatimiento: Todos los hombres son mentirosos* (Ps. 115,11). Dice también el Apôstol: *Dios es veraz, y todo hombre mendaz* (Rom. 3,4). Cristo, pues, veraz; Pedro, nientiroso» (*Serin. 147,1: PL 38,797*).

Cuando mis tarde el Senor le pregunta a Pedro si le ama, contesta que Si. «êEs también enfonces Pedro mentitoso y contesta mendazmente que ama al Seftor? Contesta con verdad, porque habia sôlo de lô que ve en su corazôn. Cuando decia: *Entregaré por ti mi vida* (lo. 13,37), quiso presumir de sus fuerzas futuras. Cuando los hombrée hablftri de lo que son en aquel momento, hablan de lo que saben, pero cuando hablamos del mafiana, iqué sabemos?» (*Ibid., 2: PL 38,798*).

4. San Pedro y los mârtires

partir es una palabra griega, acostumbrada ya en el latin, que significa testigo.

Fâcil es dar testimonio de nuestro Senor Jesucristo y de la verdad, porque es Dios; pero dario hasta la muerte es mâs ardua obra. Existieron, segûn nos da a conocer el Evangelioj varios principes de los judios qué creyeron en el Senor Jesûs, pero que por ternor a los mismos judios no se atrevieron a confesarlo públicamente. El mismo Evangelio anade a continuaciôn esta nota: *Porque amaban mâs la gloria de los hombres que la gloria de Dios* (lo. 12,43).

Hubo, pues, quienes se avergonzaron de confesar a Cristo ante los hombres. Hubo otros mejores que no se avergonzaron de ello, pero no pudieron confesarlo hasta la muerte. Dones son éstos de Dios que mâs de una vez van creciendo gradualmente en el aima.

Attende un momento y compara entre si estas très olases de têtigôs. El urio créé en Cristo y apenas si se atreve a nombrarle susurrando; el otro créé en El y lo confiesa públicamente; el tercero créé y estâ dispuesto a morir por confesarle. El primero es tan débil que no necesita del miedo para ser vencido, pues basta la vergüenza; el segundo tiene ya una frente serena, pero no hasta derramar la sangre; el tercero lo ofrece todo hasta el punto de no quedarle nada. Esté es el que cumple lo que estâ eicrito: *Lucha por la verdad hasta la muerte* (Eccli. 4,33)» (cf. *Serm. 286, sobre los mârtires Sun Protasio y San Gervasio 1: PL 38,1297*). 53(J

i(fQué diremos de Pedro? Predicô a Cristo, fué enviado y lo evangelizô antes de la Pasiôn... ëNo venciô, pues, a aquellos judios que temian confesarle públicamente? Sin embargo, todavia no era semejante a Protasio y Gervasio. Ya era apôstol, ya ocupaba el primer puesto, vivia junto al Senor. Ya se le habia dicho: *Tu eres Pedro*, y, sin embargo, todavia no era un Protasio ni un Gervasio, todavia no era un Esteban ni un Nemesiano nino. Todavia no era ni aun siquiera lo que algunas mujeres, lo que algunas ninas como Crispina e Inès. Todavia no era lo que estas débiles mujercita^?

Ensalzo a Pedro, pero primero trie aVergûenzo de Pedro. jQué 531

ânimo tan decidido, pero que poco sabia conocerse !... En cambio, aquel medico que sabia leer el interior del corazôn le anuncia el peligro proximo... El medico anunciô lo que el enfermo desconocia, y cuando llego la enfermedad, cuando le preguntaron: *ĩ,Tú eres de ellos?*, entonces conociô el enfermo que habia presumido vanamente... Ha Uegado el peligro, ahi tenéis a Pedro que muere. <Qué es morir sino negar la vida? Nego a Cristo, negô la vida y muriô. Pero el que resucita a los muertos le mira, y Hora amargamente. Pereciô negândole, resucito Uorando,

Convenia que primero muriera el Senor por él, y después, según exige el recto orden, Pedro moriria por el Senor. A Pedro le seguirân los mártires; ya se ha hecho llano el camino antes espinoso, ya lo han aplastado los pies de los apôstoles, ya se ha hecho más suave para los que han de seguirle.

La tierra se ha llenado de mártires como de semilla de sangre, y de esta semilla surgen las mieses de la Iglesia» (ibid., 2 y 3 : PL 38, 1298).

532 5. Pedro, ejemplo de caidos

No quites jamâs de mi boca completamente las palabras de verdad (Ps. 118,43). Habia Cnsto en nombre de la Iglesia. «Como quiera que muchos. aunque pertenecieran al cuerpo que pronunciô estas palabras, sin embargo, llegada la persecuciôn, no fueran capaces de soportarla y, desfalleciendo, negaran a Cristo, anade: *No quites jamâs de mi boca completamente las palabras de verdad*. De mi boca, dice, porque habia de la unidad del cuerpo, al que también pertenecen como miembros los que desfallecieron una vez negândole, pero uestpués resucitaron en la penitencia y hasta llegaron algunos a conseguir con su confesiôn la palma del martirio que habian perdido.

No quitô la palabra *completamente* (Vulgata, *usquequaque*) de los labios de Pedro, porque aunque le negase en un momento, turbado por el rruedo, sin embargo, lo reparô todo con su llanto y después constguiô la corona. Es todo el cuerpo de Cristo, esto es, la santa Iglesia universal, la que aqui habia, cuerpo del cual no desaparece nunca totalmente la palabra de la verdad, sea porque en medio de las negaciones abundantes habrá siempre quien luche fuerte hasta la muerte, sea también porque muchos de los que la negaron repararon su pecado.

La frase de no quites ha de entenderse por no permitas que nos quiten, lo que ya significamos en nuestra oraciôn cuando decimos: *No nos dejes caer en la tentaciôn*. El mismo Senor le dice a Pedro: *Yo he rogado por ti para que no desfallezca tu fe* (Le. 22,32).

El Salmo continua diciendo: Pues *espero en tus decretos*... Es necesario que pensemos atentamente el sentido de estas palabras... *Para que a quienes me increpan pueda responderles que he esperado en tu palabra. Y no quites jamâs de mi boca las palabras de verdad, mies espero en tus decretos* (Ps. 118,42-43), porque esos tus decretos

con los que corriges y azotas, no sôlo no me quitan la esperanza, sino que la aumentan, ya que el Seftor corrige a quienes ama y azota a los hijos que recibe. Los santos y humildes de corazôn presumieron de ti y no desfallecieron en su interior; los que presumieron de si mismos desfallecieron, pero, sin embargo, continûan perteneciendo al mismo cuerpo porque se conocieron a si mismos y lloraron y encontraron, con tu gracia y para siempre, lo que perdieron por su soberbia» (*Enarrat, in Ps. 118,3: PL 36,1437*).

6. El triple amor de Pedro

534

«(¡Vivo otra vez después de vencer la muerte?, pregunta el apôstol Pedro, aquel presuntuoso y negador. Y dicele Cristo: *Simon, hijo de Juan* (asi se llamaba Pedro), *¿me amas?* (lo. 21,16). Respondiô él lo que tenía en su corazôn. Y si Pedro respondiô lo que tenia en su corazôn, ¿por qué le preguntaba el Senor, que lee en los corazones? Se admiraba Pedro y hasta sentia cierta pesadumbre al oir que preguntaba Aquel que todo lo sabia... Entristeciase Pedro. <De qué te entristeces? ¿De protestar por très veces tu amor? ¿Es que te olvidas de tu triple miedo? Déjà que te pregunte el Senor; es un médico el que te habia y sus preguntas se refieren a tu salud. No tengas pena. Espéra que se cumpla el número del amor para que borre el número de las negaciones» (*Serm. 253, 1: PL 38,1179*).

7. «Apacienta mis ovejas»

535

«(¿Qué premio me darás por amarte? Muestra tu amor con mis ovejas. ¡Qué es lo que me das tû a mi, si he sido yo quien te doy el amor? Ya tienes donde probarme ese amor que me profesas, ya tienes donde ejercerlo, apacienta mis ovejas.) (ibid., 2: 1180).

«Cuando contesté Pedro al Senor diciendo *entregaré por ti mi vida*, dejôse llevar de cierta presunciôn soberbia. Todavía no habia recibido las fuerzas para cumplir su promesa. Ahora, en cambio, para que pveda Uevarla a cabo es lleno de amor. Por eso se le dice: *¿Me amas?*, y él contesta; *Te amo*. Porque esta obra no la cumple sino el amor. ¡Qué, pues, Pedro, qué temias cuando negabas? Todo tu temor se cifraba en la muerte. Ahi tienes hablândote vivo al que viste muerto; no temas, pues, a la muerte. La que temias ha sido vencida en él. Colgô de una cruz, fué atravesado por clavos, entregô su aima, fué herido por una lanza y colocado en un sepulcro. Eso es lo que temias cuando le negabas; temiste padecer, y al temer la muerte negabas la vida. Entiéndelo ahora: cuando temiste morir, moriste tû; moriste al negarle, resucitaste llorando.

<¿Qué es lo que ahora le dice el Senor?: *Sigueme*, porque ya le conoce maduro» (ibid., 3: PL 38,1180).

SECCION

IV TEOLOGOS

.iΛΛET·'^ ι.I Π
γ iMi· Mtfteilp Up üI JUp Ofllü
•aiq îiô .w k u 'J >up M» β £tox£
wp aol ;lorraint ça 09 noisnai! il)b on 7 ii 9b acmirnii?
nsùnùnoo .ofitsdffWi nia jб aotnaun la 'ib noi
20/natm te £ notonono? vυpιx; oqw> omaicn fc oόπvi
twip o! .3iqrnc>w WJKTR U/ nco enOIKlJnO3Hd
ni JbYTftnil) tsidisdoB ua IIX| HOloibviq
SANTO TOMAS
m brl 9b ioctiH olqnî kl .A
I m/o oviVv

Teologia de la Pasiôn

I » 0(1rt ,πoιπiα

Compktnmos aqui la doctrina tcológica del Doctor Angélico acerca de la
pasiôn y muerte del Salvador, expuesta en el Domingo de Ramos (véase *La Pa-*
labra de Cristo t.3). Santo Tomâs expone ideas concisamente desarrolladas-
Pero proporcionarán al predicador una base sôlida para instruir, primero,
y conmover, después, al pueblo.

53G **A) Cristo fué entregado a la Pasiôn por su Padre**
(«rSfiWii ;> &IφΠΙΓ> >· >· I I ; .KΠAK] Mgft?! (i/. .liUltP. UJ ή Π9Γ>Π9I
,(.ç£ v- / !'ç/. * di > - o ! i . > I I . i> 'Oins !)b

Cristo padeciô voluntariamente por obediencia al Padre. Por
consiguiente, «Dios Padre le entregô a la Pasiôn en tres conceptos:
a) Según que ordenô de antemano por su voluntad etema la
Pasiôn de Cristo para libertar al género humano, conforme aquello
que se dice (Is. 53,6): *Cargo el Señor sobre él la iniquidad de todos*
nosotros; y mâs adelantc; el Señor *quiso quebrantarle con trabajos*.
b) En cuanto le inspirô la voluntad de padecer por nosotros,
infundiendo en él la caridad, de donde se sigue (ibid.); *Se ofreciô,*
porque El mismo lo quiso.
c) No protegiéndole en la Pasiôn, sino exponiéndole a sus
perseguidores; por lo que también se lee (Mt. 27,46) que pen-
diente de la cruz decia Cristo: *¡Dios mio, Dios mio!, ¡por qué me*
has abandonado?, es decir, por qué lo expuso al poder de sus per-
seguidores, como expresa San Agustin» (3 q.47 a.3 c).

537 **B) Asi se manifesto la justicia y la bondad del Padre**
,.;(>t.i> T.·' <L JbJ ..MKJ Will vu ' V . . '1D **«

«Es implo y cruel entregar a un hombre inocente a la Pasiôn
y muerte contra su vohmtad. Pero Dios Padre no entregô asi a
Cristo, sino inspirándole la voluntad de padecer por nosotros; en
lo cual se manifiesta la severidad de Dios, que no quiso perdonar
el pecado sin la pena; lo cual hace notar el Apôstol cuando dice
(Rom. 8.32): *No perdonô aun a su propio Hijo*. Y su bondad, en que
el hombre, no pudiendo satisfacer suficientemente por medio de
alguna pena, que él mismo sufriria, le diô uno que satisfaciera

por él; lo cual indicô el Apôstol diciendo: *Lo entregô por todos nosotros*; y (Rom. 3,25): *A quien, esto es, Cristo, Dios ha propuesto en propiciaciôn por la fe en su sangre*» (ibid., ad 1).

C) Cristo con su Pasiôn mereciô nuestra salvaciôn

«La gracia fué dada a Cristo, no sôlo como a una persona singular, sino en cuanto es la cabeza de la Iglesia, es decir, para que de El redundase a sus miembros; y por esto las obras de Cristo se refieren de este modo tanto a El como a sus miembros, como se refieren las obras de un hombre en estado de gracia a él mismo. Pero es évidente que todo el que, constituido en gracia, padece por la justicia, merece por esto mismo para si la salud, segûn aquello (Mt. 5,10): *Bienàventurados los que padecen persecuciôn por la justicia. Por esta razôn Cristo por su Pasiôn no solamente mereciô la salvaciôn para si, sino también para todos sus miembros*» 3 q.48 a.i c).

D) Cristo satisfizo por nuestros pecados

«Satisface propiamente por una ofensa el que da al ofendido aquello que en la linea del amor es igual o superior al odio incluido en la ofensa. Pero Cristo, padeciendo por caridad y obediencia, prénté a Dios algo mayor que lo que exigiria la compensaciôn de la universal ofensa del género humano.

a) *Por* la grandeza de la caridad, por la que padecia.

b) *Por* la dignidad de su vida, que daba para satisfacer, la cual era vida de Dios y hombre.

c) *Por* la generalidad de la Pasiôn y la magnitud del dolor tornado, como se ha dicho (q.46 a.6).

Por lo tanto, la Pasiôn de Cristo no solamente fué una satisfacciôn suficiente, sino también superabundante por los pecados del género humano, segûn aquello (1 lo. 2,2): *El es propiciaciôn por nuestros pecados. Y no tan solo por los nuestros, mas también por los de todo el mundo*» (3 q.48 a.2 c).

E) La Pasiôn de Cristo fué verdadero sacrificio 540

♦Se Hama sacrificio en sentido propio algo hecho en honor debido propiamente a Dios para aplacarle. De aqui viene lo que dice San Agustin (cf. *De civ. Dei* 10,6: PL 44,283): «El verdadero sacrificio es toda obra que se hace para unirnos a Dios en santa sociedad, es decir, el referido a aquel fin del bien con el que podemos ser verdaderamente dichosos». Pero Cristo, como se die-

en este texto, *se ofreció a si mismo en la Pasión por nosotros*; y el sufrir voluntariamente la Pasión fué muy acepto a Dios, como proveniente de la mayor caridad. De lo cual se sigue evidentemente que la Pasión de Cristo fué verdadero sacrificio» (3 q.48 a.3 c).

F) Cristo nos redimio padeciendo

«Por el pecado habia quedado obligado el hombre de dos maneras:

a) Por la esclavitud del pecado, puesto que *todo aquel que comete pecado, esclavo es del pecado*, según se dice (Io. 8,34); y *todo aquel que fué vencido queda esclavo del que lo venció* (2 Petr. 2,19). Y como el diablo habia vencido al hombre induciéndole a pecar, el hombre quedaba sometido a la servidumbre del diablo.

b) En cuanto al reato de la pena, por la que estaba obligado el hombre a la justicia de Dios, y esto también es una servidumbre; pues a ésta pertenece que uno sufra lo que no quiere, porque es propio del hombre libre hacer uso de si mismo como quiere.

Pero como la Pasión de Cristo fué satisfacción suficiente y superabundante por el pecado y reato de la pena del género humano, su Pasión fué como cierto precio por el que hemos sido librados de esta doble obligaciôn; pues la satisfacción misma por la que uno satisface por si o por otro se dice ser cierto precio por el que se redime a si mismo o a otro del pecado y de la pena, según aquello: *Redime tus pecados con limosnas* (Dan. 4,24). Pero Cristo satisfizo no dando dinero u otra cosa parecida, sino dando lo que fué más grande, esto es, dándose a si mismo por nosotros. Y por esto la Pasión de Cristo se dice ser nuestra redenciôn» (3 q.48 a.4 c).

G) Efectos de la Pasión del Redentor

a) Perdôn de los pecados

i. Razôn

«La Pasión de Cristo es la causa propia del perdôn de los pecados de très maneras:

1.a Excitando a la caridad, porque, como dice el Apóstol (Rom. 5,8): Dios *hace brillar su caridad en nosotros; porque, aun cuando éramos pecadores en un tiempo, murió Cristo por nosotros. Pero* por la caridad conseguimos el perdôn de los pecados, según aquello (Le. 7,47): *Perdonados le son sus muchos pecados porque amô mucho*.

2. La Pasión de Cristo causa el perdôn de los pecados a modo de redenciôn. Porque como es nuestra cabeza, por la Pasión, que sufrió por amor y por obediencia, nos librô, como miembros suyos, de los pecados, pagando el precio de su Pasión; como

si el hombre se redimiese de un pecado, que habia cometido con los pies, por medio de una obra meritoria que hiciera con sus manos; pues asi como un cuerpo natural es una unidad compuesta de diferentes miembros, asi toda la Iglesia, que es el Cuerpo mistico de Cristo, esté constituida como una sola persona con su cabeza, que es Cristo.

3.a A modo de causa eficiente en cuanto a la came, con la que Cristo sufrió su Pasión, es instrumento de su divinidad, de lo que resulta que sus pasiones y acciones obran por virtud divina para expeler el pecado» (3 q.49 a.1 c).

2. Modo

«Cristo con su Pasión nos libró de nuestros pecados obrando como causa, esto es, instituyendo la causa de nuestra liberación, de modo que por ella pudieran ser perdonados cualesquiera pecados pasados, presentes o futuros; como si un médico hace una medicina con la que puedan ser curadas cualesquiera enfermedades, incluso las futuras» (ibid., ad 3).

b) Liberación del poder del demonio

1. Tres razones

«Acercas del poder que el diablo ejercia sobre los hombres antes de la Pasión de Cristo, deben considerarse tres cosas:

1.a Por parte dei hombre, que mereció por su pecado ser entregado al poder dei diablo, por cuya tentación habia sido vencido.

2.a Por parte de Dios, a quien el hombre habia ofendido pecando, y el cual por su justicia le habia abandonado al poder dei diablo.

3.a Por parte dei diablo, que con su depravada voluntad impedia al hombre la consecución de la salud.

Respecto a la primera, el hombre fué librado del poder del diablo por medio de la Pasión de Cristo, por ser ésta la causa del perdón de los pecados. Con relación a la segunda, debe decirse que la Pasión de Cristo nos libero del poder del diablo, porque nos reconcile con Dios. Y respecto a la tercera, la Pasión de Cristo nos liberó del diablo, porque excedió el modo de la potencia que Dios le ha dado, trabajando para que muriese Cristo, que no merecia la muerte, puesto que estaba sin pecado. Por esta razón dice San Agustin (*De Trin.* 13,14: PL 42,1027): «El diablo fué vencido por la justicia de Cristo; puesto que, no encontrándose en El cosa alguna digna de muerte, sin embargo, le mató. Por tanto, es justo que los deudores que tenia los dejase libres y que creyesen en aquel a quien mató sin que debiera nada» (3 q.49 a.2 c).

2. Remedio contra el demonio

«El diablo puede también ahora, permitiéndolo Dios, tentar a los hombres en cuanto al alma y atormentarlos en cuanto al cuerpo;

y, sin embargo, la Pasiôn de Cristo ha preparado al hombre tin remedio, con el cual puede defenderse contra los ataques del enemigo, para no caer en el abismo de la muerte eterna» (ibid., ad 2).

H) Motivos por los que Cristo murió

«Fué conveniente que Cristo muriese:

a) *Para satisfacer por el género humano*, que habia sido condenado a muerte a causa del pecado, segun aquello (Gen, 2,17): *Cualquier dia que comiereis de él, moriréis*. Pero hay una manera conveniente de satisfacer por otro, cuando uno se somete al castigo que otro ha merecido. Por esto quiso Cristo morir para satisfacer por nosotros con su muerte segun aquello (1 Petr. 3,18): *Cristo murió una vez por nuestros pecados*.

b) *Para manifestar la verdad de la naturaleza* que tomô; porque, como dice Eusebio (*In Orat, de laudib. Constantini* 15: PG 20,1413), «si después de haber vivido entre los hombres hubiese desaparecido de otro modo y se hubiese ocultado huyendo de la muerte, todos le hubieran comparado a un fantasma».

c) *Para libramos* con su muerte dei temor de ella, por lo que se dice (Hebr. 2,14) que *participo de la carne y de la sangre, para destruir por su muerte al que tenia el imperio de la muerte, y para librar a aquellos que por el temor de la muerte estaban en servidumbre toda la vida*.

d) *Para que, muriendo corporalmente*, a semejanza dei pecado, es decir, a semejanza de la pena, nos diera el ejemplo de morir espiritualmente al pecado. Por esta razon se dice (Rom. 6,10): *Porque en cuanto al haber muerto por el pecado, murió una vez; mas en cuanto al vivir, vive para Dios. Asi también vosotros consideraos que estais ciertamente muertos al pecado, pero vivos para Dios*.

e) *Para que, resucitando* de entre los muertos, manifestase su virtud, por lo que venció la muerte, y nos diera la esperanza de resucitar también. De donde dice el Apôstol (1 Cor. 15,12): *Si se predica que Cristo resucitó de entre los muertos, ¿cómo dicen algunos entre vosotros que no hay resurrección de los muertos?* (3 q.50 a.i c).

IL SAN BUENAVENTURA

wm ub

Cuadros de la Pasiôn dei Señor

Transcribimos las consideraciones del Seráfico Doctor acerca de algunos cuadros de la Pasiôn de Cristo. Todas las descriptions, excepto una, están tomadas del opùsculo *Meditaciones de la Pasiôn de Jesucristo*, cuya autenticidad parece hoy suficientemente probada (cf. *Obras de San Buenaventura*: BAC t.2 p.735). Son muy jugosas y ayudarán eficazmente a los predicadores de la Pasiôn del Señor.

l . r.yiJ . M tj é u i l v)
A) La oraciôn del huerto

a) Leccion de humildad
 v im iîjjiKo undo j,*hzi oiIibuiD ne rñoid&iH oi

♦Jesûs ora aqui. Ya hemos leído que orô en otras muchas circunstancias; pero entonces orô como abogadp nuestro, y ahora ora por si. Compadécete de El y admira su profundísima humildad, Pues siendo Dios coeterno e igual a su Padre parece que se olvida de que es Dios y ora como hpmbre, y se porta en la oraciôn delante del Senor como cualquiera hombrecillo del pueblo» (cf. *Médît, de la Pasiôn* c.3 ; BAC, *Qbras de San Buenaventura* t.2 p.767).

ôbi>qinoO .obi ΠΠ3ΓΠ9
 b) Leccion de obediencia

à lo «Considéra también su perfectísima obediencia. <Pues qué es lo que pide? Ciertamente pide al Padre que aleje de El la hora de la muerte, es decir, que le sera agradable no morir, si asi es là voluntad del Padre, y no es oido. Esto se debe entender cierta voluntad inferior que habia en El, porquereh Jesûs hubo muchas voluntades, como luego dire. Y aqui compadécete igualmente de ,l, pues el Padre quiere que irremisiblemente muera y no le perdono aunque era su hijo verdadero, unico y propio, sino que dispuso que muriese por todos nosotros; pues en *tanto grrffi amtfffoios al mundo, que le ha dado su Hijo unico* (lo. 3,16). Jesûs recibîô esta obediencia y la cumple conjreyerencia suma» (ibid.). 7lô*z orir

sieà y Jbiujbh b£Jaul
 c ,;c); Leccion de caridad . r)

♦Considera en tercer lugar la caridad indecible tanto del Padre como del Hijo para con nosotros, caridad dignísima de compasiôn, admiraciôn y veneraciôn. Por amor a nosotros es decretada esta muerte, y del mismo modo, por un exceso de amor para con nosotros, es sufrida. jesûs ora prolijamente a su Padré y le dice: «Padré mio clementísimo, te ruego que oigas mi oraciôn y que no menosprecies mi ruego; atiéndeme y ôyeme, porque estoy triste en mi trabajo, y mi espiritu estâ angûstiàdo en mi y mi corazôn estâ grandemente turbado. Inclina a mi tu oido y atiende a la voz de mi ruego. A ti, Padre, te plugo enviarme al mundo para que satisfaciese por la injuria que te hizo el hombre. Y luego que esto has querido, dije: He aqui que yo voy. Y asi como fué escrito en el principio del libro que hiciese tu volüritad, asi lo quise, y ânuncié tu verdad y tü salud.' Pobré soy, y en mis trabajos desde mi juvèntud hago tu voluntad, e hice todas cuantas cosas me mandaste. Preparado estoy a cumplir'las que faltah. Mas, |oh Padre!, ù es posiblè *aparta de mi tanta atnargura* comb me'estâ préparada de'parte de mis eriemigos. Mira, Padfe nifb,; cûâhtàs Cosas maquinan contra mi y en cuântàs y cuân grandes më calumnian, por las cuales han

determinado quitarme la vida. Pero, Padre santo, si yo hice estas cosas, si hay maldad en mis manos, o si he vuelto mal a los que me hacian mal, entonces caiga yo con razon como hombre vano ante mis enemigos. Yo hice siempre las cosas que te placen. Mas ellos pusieron contra mi males por bienes y odio por mi amor; corrompieron a mi discipulo y le hicieron su caudillo para obrar contra mi y me han apreciado en treinta dineros. Ruégote, Padre mio, que apartés de mi este cáliz. Mas *si otra cosa te agrada, hàgase tu voluntad y no la mia** (ibid.).

550 d) Cristo orô por la misericordia para con su pueblo

«Contéplalo limpiando su rostro o lavândolo quizá en el torrente, y miralo reverentemente todo afligido. Compadécelo en lo intimo de tu aima, porque esto no pudo en manera alguna sucederle sino a fuerza de la violencia de un grande dolor.

Dicen, sin embargo, los sabios y los expositores que Jesûs orô a su Padre, no tanto por el temor de padecer, cuanto por misericordia para con su primer pueblo; porque se compadecia de los judios, quienes se perderian por la muerte cruelisima que le iban a dar. Ellos no lo debian matar, porque de ellos era, estaba profetizado en su ley y les habia hecho multitud de beneficios. Por esta razôn oraba al Padre, y decia: «Yo no rehusó a la Pasiôn para que la muchedumbre de gentiles abra sus ojos a la luz de la fe. Mas si los judios han de ser cegados para que los otros vean, no se haga mi voluntad, sino la tuya». Adviértase que en Cristo hubo entonces cuatro voluntades, a saber: la voluntad de la carne, y ésta de ninguna manera queria padecer; voluntad natural, y ésta rehuia y temia; voluntad de la razôn, y ésta obedecia y consentis, pues, segûn Isaias, *se ofreciô porque El mismo quiso* (Is. 53,7); y voluntad de la Divinidad, y ésta mândaba y dictaba la sentencia. Y asi como era verdadero hombre, bajo este concepto estaba puesto en una angustia extremada. Compadécelo, considera y atiende con diligencia todos los actos y cada uno de los sentimientos del Senor Dios tuyo».

B) Judas

a) Su MALDAD

«Al aima que devotamente quiera considérer la Pasiôn de Jesucristo, lo primero que se le ofrece es la perfidia del traidor. Rebosô de tanto veneno de fraude, que entregô a su Maestro y Senor; se abrazô en tales llamas de codicia, que vendiô por dinero a Dios, infinitamente bueno, a vil precio la sangre preciosisima de Cristo; tan grande fué su ingretitud, que persiguiô de muerte al que lo habia hecho familiar tesorero suyo y enaltecido a la gloria del apostolado; tan obstinada su dureza, que no pudieron apartarlo

de su pérfida alevosia, ni la familiaridad de la cena, ni la humildad del lavatorio, ni la suavidad de la plática. ¡Oh admirable bondad del Maestro para con el duro discípulo, del piadoso Señor con el peor de los siervos! Ciertamente, más le valiera no haber nacido. Mas con ser tan inexplicable la impiedad del traidor, lo es mucho más infinitamente la dulcísima mansedumbre del Cordero de Dios, dada en ejemplo a los mortales para que el débil corazón humano, traicionado por la amistad, no diga en adelante: Si estos ultrajes me vinieran de un enemigo declarado, los llevaría con paciencia; pues he aquí que el hombre en quien Jesús puso toda su confianza, el hombre que parecía ser uno en la voluntad con el Maestro, su íntimo y familiar, el hombre que saboreaba el pan de Cristo, el hombre que en la sagrada cena comió con Él los regalados manjares, levantó contra Él el golpe de la iniquidad. Y sin embargo de esto, el mansísimo Cordero, sin engaño ni dolo, en la misma hora de la traición, no dudó en aplicar sus labios divinos a la boca rebosante de malicia, sellándola con beso suavísimo, para dar al discípulo alevosia todas las muestras de afecto, que hubieran podido ablandar la dureza del corazón más perverso» (cf. *El árbol de la vida* f.5 n.17: BAC, t.2 p.315).

b) El beso traidor

«Hablando aun el Señor, vino delante de aquella tropa el malvado Judas, mercader abominable, y le dio el ósculo de paz. Dicese que era costumbre de nuestro Señor recibir con ósculo de paz, cuando volvían, a los discípulos que enviaba; y por esto aquel traidor sefialó a Jesús, entregándolo, con un ósculo. Adelantóse a los otros, volvió a Jesús y le dio el ósculo, como diciendo: «Yo no soy de estos que vienen armados, sino que, habiendo vuelto, te saludo, según la costumbre, diciendo: *Dios te salve, Maestro*».

Considera con atención al Señor y fija en Él tus miradas. Mira con qué paciencia y benignidad recibe los abrazos de aquel infeliz Judas y los ósculos de este traidor, a quien poco antes había lavado los pies y alimentado con el más precioso manjar; como se déjà prender, atar, herir y ser llevado furiosamente como si fuera un malhechor e impotente para defenderse; como se compadece de sus discípulos, que huyen y andan errantes.

Puedes también considerar el dolor de estos mismos apóstoles; como se retiran casi forzados, dando suspiros de dolor y gimiendo como huérfanos, llenos y aterrados de temor; y este dolor se aumenta más y más viendo a su Señor tan vilmente tratado, y a estos perros furiosos, que le llevaban como una víctima al sacrificio, y a Él como cordero mansísimo, siguiéndolos sin resistencia» (cf. *Meditación de la Pasión*: l.c., p.773).

C) María en la noche del jueves al viernes

«Entre tanto, San Juan va a encontrar a María, Señora nuestra, y a sus compañeras, que estaban juntas en casa de Magdalena, donde había hecho la cena, y les cuenta todas las cosas que habían sucedido al Señor y a los apóstoles. Entonces es increíble el llanto, los suspiros y los gritos de dolor que allí hubo. Miralas y compádecelas, pues se hallan en una grandísima aflicción y vehementísimo dolor por causa de su amado Señor, porque bien ven y creen, sin duda alguna, que la hora de su muerte se aproxima. Por último, nuestra Señora se retira a un rincón, y puesta en oración dice: «Padre venerabilísimo, Padre piadosísimo, Padre misericordiosísimo, os recomiendo a mi amadísimo Hijo. No seáis para El cruel, Vos, que para todos sois benignos. Padre Eterno, imorirâ mi Hijo Jesús? Ciertamente, El no hizo mal alguno. Mas, ¡oh Padre justo!, si Vos queréis la redención del género humano, os ruego que la hagáis por otros medios, pues todas las cosas os son a Vos posibles. Ruégoo, Padre santísimo, que, si os agrada, no muera mi Hijo Jesús; libradle, Señor, de las manos de los pecadores y devolvédmelo a mí. El no se vale de su poder para ayudarse, por la obediencia y reverencia que os tiene. Se desamparô a sí mismo y estâ entre éstos como hombre sin fuerza ni poder. Por lo cual, Señor, ayudadle Vos». Estas y otras cosas semejantes decía en su oración nuestra Señora con todo el afecto de su alma y con grande amargura de su corazón. Compádecela, pues la ves tan afligida» (ibid.).

D) La crucifixión

a) Jesús sube a la cruz

«Mira ahora con diligencia cómo se dispone la cruz. Colocándose dos escaleras, una por detrás al brazo derecho y otra al izquierdo, sobre las cuales suben aquellos malvados con los clavos y martillos. Ponen también otra escalera por la parte de delante, llegando hasta el lugar en donde debían clavarse los pies.

Observa ahora cada una de estas cosas. Es obligado-el Señor a subir a la cruz por esta escalera pequeña; y El sin resistencia ni contradicción hace humildemente cuanto le mandan. Luego que llegó a la cima de esta pequeña escalera, volvió las espaldas a la cruz, y abriendo aquellos brazos reales, extendió a lo alto sus hermosísimas manos y las entregó a los que le iban a crucificar. Alzando entonces los ojos al cielo, dijo a su Padre: «Aquí estoy, Padre mío; has querido que yo fuese humillado hasta la cruz, por amor y por la salvación del género humano. Me place. Yo acepto y me ofrezco a ti por ellos, pues me les has dado y quisiste que sean mis her-

ῥ(π η Ι 1 < A4'

manos. Acepta también tu, Padre mio, este sacrificio y sé propicio desde ahora por amor de mi. Limpia las antiguas manchas de todos y aléjalas de ellos, porque me ofrezco por ellos a ti, ¡oh Padre mio!»

b) LOS SAYONES CLAVAN LAS MANOS Y LOS PIES DEL SENOR

«Uno de los sayones que estaba detrás de la cruz coge su mano derecha y la clava fuertemente a la cruz. Hecho esto, otro que estaba al lado izquierdo, coge la mano izquierda, tira cuanto puede, la extiende, y poniendo en ella otro clavo, golpea y la fija en la cruz. Después de esto bajan los que estaban en las escaleras y las separan todas. El Señor entonces queda pendiente con todo el peso de su cuerpo, que tira hacia abajo, sostenido solamente por los clavos que traspasan sus manos. Mas luego llega un tercero y tira cuanto puede de los pies, y teniéndolos extendidos de este modo, otro los atraviesa y fija en la cruz con un clavo muy grande.

Algunos, sin embargo, creen que no fué crucificado de este modo, sino que, extendida la cruz en el suelo, lo crucificaron y después levantaron y fijaron la cruz en la tierra. Y si esto te agrada más, contempla cómo le cogen de una manera despreciativa, como a un ladrón vilísimo; cómo lo derriban furiosamente en tierra sobre la cruz y cómo cogiendo sus brazos y extendiéndolos violentamente los clavan con grande crueldad a la cruz. Contempla del mismo modo cómo clavarón sus pies, los cuales estiraron con cuanta violencia pudieron».

c) LOS ULTRAJES DEL SENOR EN LA CRUZ

«He aquí a Jesús crucificado y extendido en la cruz, de tal modo que *pueden contarse todos sus huesos* (Ps. 21,8), como El mismo se queja por el profeta. Corren por todas partes ríos de su sacratísima sangre, que fluye de aquellas grandes heridas, y de tal manera está oprimido, que no puede mover sino la cabeza. Aquellos tres clavos sostienen todo el peso del cuerpo; sufre dolores acerbísimos y está en una aflicción superior a cuanto se puede decir ni pensar. Está pendiente entre dos ladrones, de todas partes sufre penas, de todas partes oprobios, de todas partes insultos. Pues aun viéndolo tan angustiado no perdonan insulto alguno. Unos blasfeman diciendo: *¡Bdh! iTû que destruyes el templo de Dios!* (Mt. 27,40) Otros dicen: *No puede salvarse a si mismo* (ibid., 42), y otros muchísimos le ultrajan al decirle: *Si es Hijo de Dios, descienda de la cruz, a fin de que creamos en El* (ibid.). Los soldados que lo crucificaron repartieron entre si sus vestiduras en su misma presencia» (ibid., c.6: l.c., p.787).

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. FRAY LUIS DE LEON

Cristo Rey y la Pasiôn

Cristo es rey como ninguno. como manso y educado en el dolor» condiciones inigualadas por ningún rey (cf. *Los Nombres de Cristo, Rey de Dios*, en *Obras completas castellanas* [BAC, 2.ª ed. 1951] p.548 ss.).

557

A) Los reyes y el sufrimiento

a) Animo manso y humilde

«Parecerá al juicio del mundo que esta condición de ánimo no es nada decente al que ha de reinar; mas Dios, que no sin justísima causa llama entre todos los demás reyes a Cristo su Rey, y que quiso hacer en El un Rey de su mano, que respondiese perfectamente a la idea de su corazón, halló, como es verdad, que la primera piedra de esta su obra era un ánimo manso y humilde, y vió que un semejante edificio, tan soberano y tan alto, no se podía sustentar sino sobre cimientos tan hondos. Y como en la música no suenan todas las voces agudo, ni todas grueso, sino grueso y agudo debidamente, y lo alto se tiempla y reduce a consonancia en lo bajo, así conoció que la humildad y mansedumbre entranable que tiene Cristo en su aima convenia mucho para hacer armonia con la alteza y universalidad de saber y poder con que sobrepuja a todas las cosas criadas...

558 Demás de que cuando... por lo que a El y a su ánima toca, le fuera necesaria o provechosa esta mezcla, a los súbditos y vasallos suyos nos convenia que este Rey nuestro fuese de excelente humildad. Porque toda la eficacia de su gobierno y toda la muchedumbre de no estimables bienes que de su gobierno nos vienen, se nos comunican a todos por medio de la fe y de amor que tenemos con El y nos junta con El; cosa sabida es que la majestad y grandeza y toda la excelencia que sale fuera de competencia, en los corazones más bajos no engendra afición, sino admiración y espanto, y más arredra que allega o atrae...

Y a la verdad, si queremos ser jueces justos y fieles, ningún afecto ni arrco es más digno de los reyes ni más necesario que lo

manso y lo humilde. Sino que con las cosas habemos ya perdido los hombres el juicio de ellas y su verdadero conocimiento; y como siempre vemos altivez y severidad y soberbia en los principes, juzgamos que la humildad y llaneza es virtud de los pobres. Y no miramos siquiera que la misma naturaleza divina, que es emperatriz sobre todo, y de cuyo ejemplo han de sacar los que reinan la manera como han de reinar, con ser infinitamente alta, es liana infinitamente, y si este nombre de humilde puede caber en ella y en la manera que puede caber, humilísima, pues como vemos descende a poner su cuidado y sus manos ella por sí misma, no sólo en la obra de un vil gusano, sino también en que se conserve y viva...»

b) Ejercitado en los dolores humanos

♦Pues fué Cristo, además de ser manso y humilde, más ejercitado que ningún otro hombre en la experiencia de los trabajos y dolores humanos. A la cual experiencia sujetó el Padre a su Hijo, porque le habia de hacer Rey verdadero, y para que en el hecho de la verdad fuese perfectísimo Rey, como San Pablo (Hebr. 2,10-11) lo escribe: *Fué decente que aquel de quien y por quien y para quien son todas las cosas, queriendo hacer muchos hijos para los llevar a la gloria, al Principe de la salud de ellos le perfeccionase con pasiôn y trabajos; porque el que santifica y los santificados han de ser todos de un mismo metal.* Y entreponiendo ciertas palabras, luego, poco más abajo, torna y prosigue (ibid., 17-18): *Por donde convino que fuese hecho semejante a sus hermanos en todo, para que fuese cabal y fiel y misericordioso Pontífice para con Dios, para aplacarle en los pecados del pueblo. Que por cuanto padeciô El siendo tentado, es poderoso para favorecer a los que fueren tentados.*

En lo cual no sé cuál es más digno de admiración: el amor entranable con que Dios nos amô, dándonos un Rey para siempre, no sólo de nuestro linaje, sino tan hecho a la medida de nuestras necesidades, tan humano, tan llano, tan compasivo y tan ejercitado en toda pena y dolor, o la infinita humildad y obediencia y paciencia de este nuestro perpetuo Rey, que no sólo para animarnos a los trabajos, sino también para saber El condolerse más de nosotros cuando estamos puestos en ellos, tuvo por bueno hacer prueba El en primero de todos...»

c) El rey ha de criarse en trabajos

560

♦—Nuevo camino para ser un rey—dijo aquí Sabino, vuelto a Juliano—es este que nos ha descubierto Marcelo. Y no sé yo si acertaron con él algunos de los que antiguamente escribieron acerca de la crianza e institución de los principes; aunque bien sé que los que ahora viven no le siguen. Porque en el no saber padecer tienen puesto lo principal del ser rey.

—Algunos—dijo al punto Juliano—de los antiguos quisieron que el que se criaba para ser rey se criase en trabajos, pero en trabajos del cuerpo, don que saliese sano y valiente; mas en trabajos del ánimo que le ensenasen a ser compasivo, ninguhô que yo scpa lo escribiô ni ensenô. Mas si fuera aquesta ensehanza de hombres, no fuera aqueste rey de Marcèlo, rey propiamente hecho a la traza e ingenio de Dios, el cual camina siempre por caminos verdaderos, y par el mismo caso, contrarios a los del mundo, que sigue el enganô. Asi que no es maravilla, Sabino, que los reyes de ahora no se precien para ser reyes de lo que se preciô Jesucristo, porque no siguen en el ser reyes un mismo fin. Porque Cristo ordenô su reinado a nuestro provecho, y conforme a esto, se calificô a si mismo y se dotô de todo aquello que parecia ser necesario para hacer bien a sus sùbditos; mas estos que ahora nos mandan, reinan para si...
561 —Asi es—dijo Sabino—. Pero êquéa yo osaria ejercitar en dolor y necesidad a un principe? O si osase alguno, ^cômo séria recibido y sufrido de los demâs?
—Esa es—respondiô Juliano—nuestra mayor ceguedad: que aprobamos lo que nos dana y que tendrfamos porbajeza que nuestro principe supiese de todo, siendo para nosotros tan provechoso, como habéis oido, que lo supiese. Mas si no se atreven a esto los ayos es porque ellos y los demâs que crian a los principes los quieren imponer en el ánimo a que no se precien de bajar los ojos de su grandeza con blandura a sus sùbditos, y en el cuerpo, a que ensan-chen el estômago cada dia con cuatro comidas, y a que aun la seda les sea âspera y la luz enojosa».

562 d) Cristo probô todas las miserias de la pena

«Y como unos hombres padezcan en una cosa y otros en otra, Cristo, porque asi como su imperio se extendia por todos los siglos, asi la piedad de su ánimo abrazase a todos los hombres, probô en si cuasi todas las miserias de pena».
De nino, pobreza, destierro, persecuciôn. En la edad de varôn-hambre, frio, pobreza, cansancio, todo ello llevado con gran fortaleza

i.rn nob .J noidrn/J onû .20(fid
HKΠ O/IJj Π*3
B) Dolores morales

563 a) Dolor de ingratitud

«Y para que su trabajo fuese trabajo puro, o por mejor decir, para que llegase creciendo a su grado mayor, de todo aqueste afân, el fruto fueron muy mayores afanes. Y de sus tan grandes sudores no cogiô sino dolores y persecuciones y afrentas; y sacô del amor desamor; del bien hacer, mal padecer; de! négociâmes la vida; muerte extremadamente afrentosa; que es todo lo amargo y lo duro a que en este género de calamidad se puede subir. Porque si

es dolor pasar uno pobreza y desnudez y mucho desvelamiento y cuidado, èqué serâ cuando por quien se pasa no lo agradece? <Qué cuando no lo conoce? iQué cuando lo desconoce, lo desagrada, lo maltrata y persigue? Dice David en el Salmo (37,12): Si *quien me debla enemistad me persiguiera, fuera cosa que la pudiera llevar; mas]mi amigo y mi conocido, y el que era un alma conmigo, el que comia a mi mesa y con quien comunicaba mi ccrazon!* Como sr dijese que el sentlmiento de un semejante caso vencia a cualquiera otro dolor. Y con ser asi, pasa un grado mâs adelante el de Cristo; porque no solo le persiguieron los suyos, sino los que por infinitos beneficios que recibian de El estaban obligados a serlo; y lo que es mâs, tornando ocasiôn de enojo y de odio de aquello mismo que con ningûn agradecimiento podian pagar; como se querella en su rhisma perçona de El el profeta Isaias (49,4), diciendo; Y *dije: Trabajado he por demâs; consumido he en vano'mi fortaleza, por donde mi pleito es con el Senor, y mi obra con el que es Dios mio**

Isa si b) Miseria que sucede a la PROSPERiDÂD, fid' oJn 561
jk eoi sd emmuico si joinsmlsPiom mu sdr.rnfiasb

«Seria negocio infinito si quisiésemos por menudo decir en cada una obra de las que hizo Cristo lo que sufriô y padeciô. Vengamos al remate de todas aquellas que fué su muèrté, y veremos cuâto se preciô de beber puro esté câliz, y de senalarse sobre todas las criaturas en gustaT el sêntido dé la miseria por extremada manera llegando hasta lo ùltimo de él. Mas ^quién podrâ decir ni una pequeôa parte de aquesto? No es posible decirlo todo, mas diré brevemente lo que basta para que se conozcan los rnuchqs quilates de dolor con que cualificô Cristo aqueste dolor de su muerte, y los innumerables males que en un solo mal encerrô. † <

Siéntese mâs la miseria cuando sucede a la prosperidad, y es género de mayor infelicidad en los trabajos el haber sido en algun. tiempo feliz. Poco antes que le prendiesen y pusiesen en cruz quiso Ser recibido, y lo fué de hecho, con triunfo gloadsoi Y sabiendo cuâl mal tratado habia de ser dende a poco, para que el sentimierito de aquel tratamiento malo fuese mâs vivo, ordenô que estuviese reciente y como présente la memoria de aquella divina honra que aquellos mismos que ahora le despreciaban ocho dias antes le hicieron. Y tüvo por bien que cuasi se encoritfasen en sus oidos las Voces de /'Hosanna, hijo de David! y de jBendito el que viène en el nombre de Dios! (Mt. 21,9) con las de iCrucifîcale, ctucifîcale! (Mc. 15,13; lo. 19,6) y con las de Veis el que destruia yre edificaba el templo de Dios en très dias; no puede salvarse a si y pudo salvar a los otros (Mt. 27,40-42); para que lo désignai de ellas y la contrariedad que entre si tenian con las unas las otras causase mayor pena en su corazôn».

ifio

c) ABANDONO Y TRAICIÓN

♦Suele ser descanso a los que de esta vida se parten no ver las lágrimas y los sollozos y la tristeza afligida de los que bien quieren; Cristo, la noche a quien sucedió el día último de su vida mortal, los junto a todos y cenó con ellos juntos, y les manifesto su partida, y vio su congoja, y tuvo por bien verla y sentirla, para que con ella fuese más amarga la suya. ¡Qué palabras les dijo en lo que platicó con ellos aquella noche! ¡Qué enternecimientos de amor! Que si a los que ahora los vemos escritos el oírlos nos entenece, ¡qué sería lo que obraron entonces en quien los decía?...

èDe qué no hizo experiencia? También sintió la pena que es ser vendido y traído a muerte por sus mismos amigos, como El lo fué en aquella noche de Judas; el ser desamparado en su trabajo de los que le debían tanto amor y cuidado; el dolor del trocarse los amigos con la fortuna; el verse no solamente negado de quien tanto amaba, mas entregado de todo en las manos de quien le desamaba tan mortalmente; la calumnia de los acusadores, la falsedad de los testigos, la injusticia misma y la sed de la sangre inocente asentada en el soberano tribunal por juez; males que solo quien los ha probado los siente; la forma de juicio y el hecho de cruel tiranía; el color de religion adonde era todo impiedad y blasfemia; el aborrecimiento de Dios, disimulado por defuera con apariencias falsas de su amor y su honra».

d) Mejora y empeoramiento de la causa

«Con todas estas amarguras templo Cristo su cáliz; y añadió a todas ellas las injurias de las palabras, las afrentas de los golpes, los escamios, las befas, los rostros y los pechos de sus enemigos banados en gozo, el ser traído por mil tribunales, el ser estimado por loco, la corona de espinas, los azotes crueles; y lo que entre estas cosas se encubre, y es dolorosísimo para el sentido, que fué el llegar tantas veces en aquel día de su prisión la causa de Cristo, mejorándose, a dar buenas esperanzas de sí, y habiendo llegado a ese punto, el tomar súbitamente a empeorarse después. Porque cuando Pilato despreció la calumnia de los fariseos y se enteró de su envidia, mostró prometer buen suceso el negocio. Cuando temió por haber oído que era Hijo de Dios, se recogió a tratar de ello con Cristo, resplandeció como una luz y cierta esperanza de libertad y salud. Cuando remitió el conocimiento dei pleito Pilato a Herodes, que por oídas juzgaba divinamente de Cristo, <quién no esperó breve y feliz conclusion? Cuando la libertad de Cristo la puso Pilato en la elección del pueblo, a quien con tantas buenas obras tenía obligado; cuando les dió poder que librasen al homicida o al que restituía los muertos a vida; cuando aviso su mujer al juez de lo que había visto en vision, y le amonestó que no condenase a aquel justo, ¡qué fué sino un Hagar casi a los umbrales

el bien? Pues este subir a esperanzas alegres y caer de ellas al mismo momento, este abrirse el día del bien y tornar a oscurecerse de súbito, el despintarse improvisamente la salud que ya se tocaba; digo, pues, que este variar entre esperanza y temor, y esta tempestad de olas diversas que ya se encumbraban prometiéndole vida, y ya se derrocaban amenazando con muerte; esta desventura y desdicha, que es propia de los muy desgraciados, de florecer para secarse luego, y de revivir para luego morir, y de venirles el bien y desaparecerse deshaciéndoseles entre las manos cuando les llegaba, probô también en si mismo el Cordero. Y la buena suerte y la buena dicha única de todas las cosas quiso gustar de lo que es ser uno infeliz.

Infinito es lo que acerca de esto se ofrece; mas cânsase la lengua en decir lo que Cristo no se cansô en padecer. Dejô la sentencia injusta, la voz del pregôn, los hombres flacos, la cruz pesada, el verdadero y propio cetro de aqueste nuestro gran Rey; los gritos del pueblo, alegres en unos y en otros llorosos, que todo ello traia consigo su propio y particular sentimiento».

C) *Oraciôn del huerto*

a) *Hambre y codicia de padecer*

«Pero vamos a donde ya El mismo, levantado de la mesa y caminando para el huerto, nos lleva. ¡Qué fué cada uno de los pasos de aquel camino, sino un clavo nuevo que le heria, llevândole al pensamiento y a la imaginaciôn la prisiôn y la muerte, a que ellos mismos le acercaban buscândola? Mas êqué fué lo que hizo en el huerto, que no fuese acrecentamiento de pena? Escogiô très de sus discipulos para su compania y conhorto, y consintiô que se venciesen del sueño, para que con ver su descuido de ellos, su cuidado y su pena de El creciese mâs. Derrocôse en oraciôn delante del Padre, pidiéndole que pasase de El aquel câliz, y no quiso ser oido en aquesta oraciôn. Dejô desear a su sentido lo que no queria que se le concediese, para sentir en si la pena que nace del desear y no alcanzar lo que pide el deseo. Y como si no le bastara el mal y el tormento de una muerte que ya le estaba vecina, quiso hacer, como si dijésemos, vigilia de ella y morir antes que muriese, o por mejor decir, morir dos veces, la una en el hecho y la otra en la imaginaciôn de El. Porque desnudô por una parte a su sentido inferior de las consolaciones y esfuerzos del cielo, y por otra parte le puso en los ojos una representaciôn de los males de su muerte y de las ocasiones de ella, tan viva, tan natural, tan expresa y tan figurada, y con una fuerza tan eficaz, que lo que la misma muerte en el hecho no pudo hacer sin ayudarse de las espinas y el hierro, en la imaginaciôn y figura por si misma y sin armas ningunas lo hizo; que leabriô las venas, y sacândole la sangre de ellas, baûô con ella

el sagrado cuerpo y el suelo. <Qué tormento tan desigual fué este con que se quiso atormentar de antemano? èQué hambre, o digamos, qué codicia de padecer? No se contentô con sentir el morir, sino quiso probar también la imaginaciôn y el temor del morir lo que puede doler. Y porque la muerte sùbita y que viene no pensada y cuasi de improviso, con un breve sentido se pasa, quiso entregarse a ella antes que fuese; y antes que sus enemigos se la acarreasen, quiso traerla El a su aima, y mirar su figura triste, y tender el cuello a su espada, y sentir por menudo de espacio sus heridas todas, y avivar mâs sus sentidos, para sentir mâs el dolor de sus golpes, y como dije, probar hasta el cabo cuânto duele la muerte, esto es, el morir y el temor de morir».

.xiluiiu

б) CoNSINTIÔ QUE LA CONGO)A MOVIESE GUERRA A SU ALMA

«Y aunque digo el temor del morir, si tengo de decir, Juliano, lo que siempre entendi acerca de esta agonía de Cristo, no entiendo que fuë el temor el que le abriô las venas y le hizo sudar gotas de sangre. Porque aunque de hecho temiô, porque El quiso temer, y temiendo, probar los accidentes âsperos que trae consigo el temor... No fué el temor el que saco afuefa la sangre de Cristo, sino, si lo habemos de decir con una palabra, el esfuerzo y el valor de su anima, con que saliô al encuentro y con que al temor resistiô, ése, con el tesôn que puso, le abriô todo el cuerpo. Porque se ha de entender que Cristo, como voy diciendo, porque quiso hacer prueba en si de todos nuestros dolores y vencerlos en si para que después fuesen por nosotros mâs fâcilmente vencidos, armô contra si en aquella noché todo lo que vale y puede la congoja y el temor, y consintiô que todo ello de tropel y como en un escuadrôn moviese guerra a su aima. Porque figurândolo todo con no creible viveza, puso en ella como vivo y présente, lo que otro dia habia de padecer, asi en el cuerpo Con dolôres, como en esa misma aima con tristeza y congojâs. Y juntamente con esto, hizo que considerase su aima las causas por las cuales se sujetaba a la muerte, que eran las culpas pasadas y por venir de todos los hombres, con la fealdad y graveza délias, y con la indignaciôn grandisima y la encendida ira que Dios contra ellas concibe. Y ni mâs ni menos considero el poco fruto que tan ricos y tan trabajados trabajos habian de hacer en los mâs de los hombres. Y todas estas cosas juntas y distintas, vivisimamente consideradas, le acometieron a una, ordenândolo él, para ahogarle y vencerle. De lo cual Cristo no huyô, ni rindiô a estes temores y fatigas apocadamente su aima; ni para vencerlas les embotô, como pudiefa, las fuerzas; antes como he dicho, cuanto fué posible se las acrecentô; ni menos armô a si mismo y a su santa aima, o con insensibilidad para no sentir, antes despertô en ella mâs sus sentidos, o con la defensa de su divinidad, banândola en gozo, con el cual no tuviera sentido el dolor, o a lo menos, con el pensamiento de la gloria y de la bienaventuranza divina, a la cual por aquellos males

caminaba su cuerpo, apartando su vista de ellos y volviéndola a aquesta otra consideración, o templando siquiera la una consideración con la otra, sino desnudo de todo esto, y con solo el valor de su alma y persona, y con la fuerza que ponía en su razón el respeto de su Padre y el deseo de obedecerle, les hizo a todos cara, y luchó, como dicen, a brazo partido con todos, y al fin lo rindió todo y lo sujetó debajo sus pies. Mas la fuerza que puso en ello y el estribar la razón contra el sentido, y como dije, el tesón generoso con que aspiró a la victoria, llamó afuera a los espíritus y la sangre, y la derramó.

Por manera que lo que vamos diciendo, que gustó Cristo de sujetarse a nuestros dolores, haciendo en sí prueba de ello, según esta manera de decir, aún se cumple mejor. Porque no sólo sintió el mal del temor y la pena de la congoja y el trabajo que es sentir uno en sí diversos deseos y el desear que no se cumple; pero la fatiga increíble del pelear contra su apetito propio y contra su misma inclinación, y el resistir a las formas horribles de tormentos y males y afrentas, que se le venían espantosamente a los ojos para ahogarle, y el hacerles cara, y Él, peleando uno contra tantos, valerosamente vencerlos con no oído trabajo y sudor, también lo experimentó».

D) El Calvario

570

«Vengo al monte Calvario. Si la pública desnudez en una persona grave es áspera y vergonzosa, Cristo quedó delante de todos desnudo. Si el ser atravesado con hierro por las partes más sensibles del cuerpo es tormento grandísimo, con clavos fueron allí atravesados los pies y las manos de Cristo. Y por que fuese el sentimiento mayor, el que es piadoso aun con las más viles criaturas del mundo, no lo fué consigo mismo, antes en una cierta manera se mostró contra sí mismo cruel. Porque lo que la piedad natural y el afecto humano y común, que aun en los ejecutores de la justicia se muestra, tenía ordenado para menos tormento de los que morían en cruz, ofreciéndoselo a Cristo, lo desechó. Porque daban a beber a los crucificados en aquel tiempo, antes que los enclavasen, cierto vino conficionado con mirra e incienso, que tiene virtud de ensordecir el sentido y como embotarle al dolor para que no sienta; y Cristo, aunque se lo ofrecieron, con la sed que tenía de padecer, no lo quiso beber.

Así que, desafiando al dolor, y desechando de sí todo aquello 571 con que se pudiera defender en aquel desafío, 'el cuerpo desnudo y el corazón armado con fortaleza, y con solas las armas de su no vencida paciencia, subió este nuestro Rey en la cruz. Y levantada en alto la salud del mundo, y llevando al mundo sobre sus hombros, y padeciendo Él solo la pena que merecía padecer el mundo por sus delitos, padeció lo que decir no se puede. Porque ¿en qué parte de Cristo o en qué sentido suyo no llegó el dolor a lo sumo? Los

ojos vieron lo que visto traspasô el corazôn: la Madré, viva y muerta, présente. Los oídos estuvieron Uenos de voces blastemas y encmigas. El gusto, cuando tuvo sed, gustô hiel y vinagre. El sentido todo del tacto, rasgado y herido por infinitas partes del cuerpo, no toeô cosa que no le fuese enemiga y amarga. Al fin diô licencia a su sangre, que, como deseosa de lavar nuestras culpas, salia corriendo abundante y presurosa. Y comenzô a sentir nuestra vida, despojada de su calor, lo que sôlo le quedaba ya por sentir: los frios tristisimos de la muerte, y al fin sintiô y probô la muerte también.

Pero ipara qué me detengo yo en esto? Lo que ahora Cristo, que reina glorioso y señor de todo en el cielo, nos sufre, muestra bien claramente cuán agradable le fué siempre el sujetarse a trabajos. ¡Cuántos hombres, o por decir verdad, cuántos pueblos y cuántas naciones enteras, sintiendo mal de la pureza de su doctrina, blasfeman hoy de su nombre! Y con ser así que El en sí está exento de todo mal y miseria, quiere y tiene por bien de, en la opinión de los hombres, padecer esta afrenta, en cuanto su cuerpo místico, que vive en este desierto, padece, para compadecerse así de El y para conformarse siempre con El».

II. FRAY LUIS DE GRANADA

Los dolores de Cristo y la compasiôn de Maria

A) *Pensamientos generales*

(Cf. *Memorial de la vida cristiana* tr.6: BAC, *Obra selecta* c.24 p.799-810.)

572 a) De la grandeza de los dolores de Cristo

◆Pregunta Santo Tomâs en la tercera parte si los dolores que padeciô Cristo en su sacratísima Pasiôn fueron los mayores que se han padecido en el mundo. A lo cual responde él diciendo que, quitados aparté los dolores de la otra vida, que son los del infierno y dei purgatorio, éstos fueron los mayores que en el mundo se padecieron ni padecerân jamâs.

Esta conclusion prueba él con muchas razones.

573 i. Por la caridad de Cristo

La primera, por la grandeza de la caridad de Cristo, que era la mayor que podia ser, la cual le hacia desear la gloria de Dios y el remedio del hombre con sumo deseo. Y porque mientras mayores dolores padecia por los pecados mâs enteramente satisfacía a la

honra de Dios ofendido y mäs copiosamente redimia al hombre culpado, por esto quiso El que sus dolores fueran gravisimos, por que asi fuese perfectissima esta redenciôn.

2. Por la pureza de los dolores

571

La segunda causa era la pureza de sus dolores, los cuales ninguna mixtura tenian de alivio ni consolaciôn. Porque jamäs en esta vida padeciô nadie dolores tan puros que no se aguasen con alguna manera de consolaciôn, con lo cual se hiciesen a veces tolérables y a veces también alegres, como acaeciô a los märtires. Mas en Cristo no fué asi, porque por la razôn susodicha cerrô El todas las puertas por donde le pudiese entrar algùn rayo de luz o de consolaciôn, y asi, cruzados los brazos, se entregô al impetu de los tormentos, para que sin contradicciôn, ni mitigaciôn alguna, le atormentasen todo cuanto le pudiesen atormentar.

3. Por la delicadeza de su cuerpo

575

La tercera causa fué la delicadeza de su cuerpo, el cual no fué formado por virtud de hombres, sino del Espiritu Santo, por lo cual fué el mäs perfecto y mäs bien complexionado de todos los cuerpos, y asi era el mäs delicado y el mäs sensible de ellos, por lo cual sentia mucho mäs que otro alguno sus dolores.

4. Por la compasiôn de su Madré

Juntamente con esto le afligia grandemente la memoria y compasiôn de su bendita Madré, cuyo corazôn sabla El que habia de ser atravesado con el mäs agudo cuchillo de dolor que nunca märtir alguno padeciô. Porque asi como ningùn märtir amô tanto su propia vida cuanto ella la de su Hijo, asi nunca märtir sintiô tanto su propia muerte cuanto ella la del Hijo.

5. Por la memoria de su propia muerte

También, naturalmente, le afligia la representaciôn y memoria de su propia muerte. Porque asi como es natural el amor de la vida, asi lo es el horror de la muerte, y tanto mäs cuanto mäs merece ser amada la vida. Por donde dice Aristoteles que el sabio ama mucho su vida, porque, como es sabio, entiende que tal vida merece ser muy amada. Pues segùn esto, êcuânto amaria el Salvador aquella vida, de la cual sabla que una hora valia mäs que todas las vidas criadas?

Pues estas cuatro causas de dolor afligian aquella aima santisima sobre todo lo que se puede encarecer. En lo cual parecen haber sido mucho mayores los dolores de su aima que los de su cuerpo y mucho mayor la pasiôn invisible que padecia dentro que la visible que padecia de fuera».

578

b) Padecimiento general

«Demâs de esto, el mismo linaje de muerte, que fué la cruz, es penosisimo, como addante se verâ, con lo cual se junta que en esta muerte concurrieron tantas maneras de injurias y tormentos, que ninguna cosa hubo en toda aquella sagrada humanidad (sacada la prôpôrciôn superior de su aima) en la cual no padeciese su propio tormento.

Porque él primeramente padeciô en su aima santisima los dolores que hemos dicho, y padeciô eh su cuerpo los que nos quedan por decir.

Padeciô también en la fama con los falsos testimonios y titulos ignominiosos con que fué condenado.

Padeciô en la honra con tantas invenciones y maneras de escarnios, injurias y vituperios como le fueron hechos.

Padeciô en la hacienda, que eran solas aquellas pobres vestiduras que ténia, de las cuales también fué despojado y puesto en la cruz desnudo.

Padeciô én sus amigos, pues todos huyeron y le desampararon y le dejaron solo en poder de sus enemigos.

Padeciô también en todos los miembros y sentidôs de su sacratísimo cuerpo, en cada uno su propio tormento. La cabeza fué coronada con espinas, los ojos oscurecidos con lâgrimas, los oidos atormentados con injurias, las mejillas heridas con bofetadas, el rostro afeado con salivas, la lengua jaropada con hiel y vinagre, la sagrada barba repelada, sus manos traspasadas con clavos, el costado abierto con una lanza, las espaldas molidas con azotes, los pies atravesados con duros clavos, y todo el cuerpo, finalmente, descoyuntado, ensangrentado y estirado en la cruz.»

579

c) Proporcionado a nuestras culpas

«Porque asi como todos los miembros de su Cuerpo mistico estaban heridos y llagados, asi también los del verdadero natural estuviésen heridos y atormentados; y asimismo, pues nuestra malicia habia sido tal que con todas nuestras cosas y con todos nuestros miembros y sentidôs habiamos ofendido a Dios, la satisfacciôn de Cristo fuese tal que en todas sus cosas padeciese tormentos, pues nosotros con todas las nuestras habiamos cometido pecados».

siloupn 7obs-/i.' i

580

d) SUFRIMIENTO CONTINUADO

◆Creciô también esta pena con la continuaciôn y muchedumbre de trabajos que el Salvador padeciô desde la hora de su prisiôn hasta que expirô en la cruz. Porque en este tiempo todos a porfia tfabajaban por atormentarle, cada cual de su manera. Uno le prende, otro le ata, otro le acusa, otro le escamece, otro le escupe, otro le abofetea, otro le azota ,otro le corona, otro le hiere con la cana, otro

le cubre los ojos, otro le viste, otro le desnuda, otro le blasfema, otro le carga la cruz auestas, y todos, finalmente, se ocupan de darle cada cual su manera de tormento. Vuélvenle y revuélvenle, llévanle y trâenle de juicio en juicio, de tribunal en tribunal, de pontifice en pontifice, como si fuera un pùblico ladrôn y malhechor.

¡Oh Rey de la gloria!, <qué te debemos, Señor, por tantas invenciones y maneras de trabajos como padeciste por nos?

Pues estas y otras semejantes causas claramente prueban que los dolores que el Salvador padeciô sobrepujan todos cuantos dolores hasta hoy se han padecido en esta vida y padecerân jamâs.».

e) Lo QUE NOS ENSENA LA CRUZ

«Pues êqué fruto sacamos de esta consideraciôn? Verdaderamente grande e inestimable. Porque todo cuanto enseña la filosofía cristiana, nos enseña en breve la cruz de Cristo, y todo cuanto obran la ley y el Evangelio, dândonos conocimiento del bien y amor de El, todo esto, en su manera, enseña y obra la filosofía de la cruz.

Porque, primeramente, por aquí, mejor que por todos los medios del mundo, se conoce la gravedad y malicia del pecado, viendo lo que el Hijo de Dios padeciô por él y lo que hizo por destruirlo.

Por aquí se conoce la gravedad de las penas del infierno, pues en tal infierno de penas y dolores quiso entrar este Señor para sacarnos de ellas.

Por aquí se conocen cuán grandes sean los bienes, así de gracia como de gloria, pues tal mérito fué menester para alcanzarlos, después de perdidos, por vía de justicia.

Por aquí se ve la dignidad del hombre y el valor de su alma, considerando lo que Dios la estimô, pues tal precio quiso dar por ella.

Por aquí también, más que por otro medio, venimos en conocimiento de Dios, no cual le tuvieron los filôsofos, que tampoco les aprovechô, pues poco más conocieron que la omnipotencia y sabiduría suya, la cual resplandece en las cosas criadas, mas tal cual conviene para hacer a los hombres santos y religiosos, que es de la bondad, de la caridad, de la misericordia, de la providencia y de la justicia de Dios. Porque este conocimiento causa en nuestras almas amor y temor de Dios, y confianza en su misericordia, y obediencia a sus mandamientos, en las cuales virtudes consiste la suma de la verdadera religión.

Pues cuánto resplandezcan estas perfecciones divinas en este misterio, parece claro por esta razón. Porque a la bondad pertenece comunicar y darse a sí misma; al amor, hacer bienes al amado, y a la misericordia, tomar sobre sí todas las miserias y males del miserable, y a la justicia, castigar severamente los delitos del culpado.

Pues siendo esto así, êqué mayor bondad que la que llegó a comunicar a sí mismo y hacerse una misma cosa con el hombre? ¡Qué mayor caridad que la que repartiô cuantos bienes tenía con el hom-

JU8VES Y VIERNES SANTO

bre? ^Qué mayor misericordia que recibir Dios en sus espaldas los azotes que nuestros hurtos mereclan, padecer nuestra cruz, beber nuestro câliz y querer ser atormentado por nuestros deleites, deshonrado por nuestras soberbias, despojado en la cruz por nuestras codicias y, finalmente, entregado al poder de las tinieblas por librar a los hombres de ellas? Puede ser mayor misericordia que esta?

Pues no .es menor la justicia que aqui resplandece.

Porque <qué mayor justicia que haber querido tomar Dios tan extrana manera de venganza de los pecados dei mundo en la persona de su amantisimo e inocentisimo Hijo? Porque justisimo es el juez que a su mismo hijo no perdona por haber tornado sobre si la culpa ajena.

Pues siendo esto asi, iquién no temeri tal justicia·, y quién no csperari en tal misericordia, y quién no amara tal bondad?

Verdaderamente, no era posible darse al hombre mayores motives de amor, de ternor, de obediencia y de confianza de los que aqui le fueron dados, y el corazôn que con esto no se vence, no sé cosa que lo pueda vencer.

Demis de esto, iqué tan grandes son los ejemplos y motives que aqui se nos dan para todas las otras virtudes, y senaladamente para la virtud de la humildad, de la obediencia, de la paciencia, de la mansedumbre, de la pobreza de espiritu y para todas las demis?

Porque, como dice Santo Tomis, los ejemplos de las virtudes tanto son mis eficaces cuanto son de personas mis altas. Porque iquién tendra corazôn para ir a caballo cuando ve a su rey ir a pie o para quedarse en la cama cuando lo ve entrar en la batalla? Pues si tanto pueden ejemplos de reyes, que al fin son hombres mortales como nosotros, icuanto mas deben poder los ejemplos de aquella real Majestad, que tanto hizo por nosotros? Especialmente que los ejemplos de Cristo tienen otra dignidad y fuerza admirable que en ningunos otros se puede hallar. Porque sus ejemplos de tal manera son ejemplos, que también son bñéficies, y remedios, y medicinas, y estímulos de amor, de devociôn y de toda virtud.

Demos, pues, infinitas gracias al Senor por este tan grande beneficio; esto es, por lo mucho que El nos diô, y por lo mucho que le costô, y mucho mis por lo mucho que nos amô, porque mucho mis amô que padeciô, y mucho mis padeciera si nos fuera necesario.

Y pues de nuestra parte no tenemos cosa digna que darle, a lo menos trabajemos por que toda nuestra vida sea suya, pues la suya fué toda nuestra».

B) Lavatorio y mandato

(Cf. *Oraciôn y mcditaciôn* p.1.· c.3: BAC, *Obra selecta* c.26 p.811-813.)

a) Ejemplo de humildad

«Contempla, pues, joh aima mia!, en esta cena a tu dulce y benigno Jesûs, y mira el ejemplo de inestimable humildad que aqui te da levantândose de la mesa y lavando los pies de sus discipulos.

jOh buen Jesûs!, iqué es esto que haces? iOh dulce Jesûs!, (îpor qué tanto se humilia tu majestad? <Qué sintieras, aima mia, si vieras alii a Dios arrodillado ante los pies de los hombres y ante los pies de Judas? jOh cruel!, ./cômo no te ablanda el corazôn esa tan grande humildad? iCômo no te rompe las entranas esa tan grande mansedumbre? êEs posible que tû hayas ordenado de vender este mansisimo Cordero? <Es posible que no te hayas ahora compungido con este ejemplo? jOh hermosas y blancas manos!, icomo podéis tocar pies tan sucios y abominables? jOh purisimas manos!, j/cômo no tenéis asco de lavar pies enlodados en los caminos y iratos de vuestra sangre?

Mirad, joh espiritus bienaventurados!, qué hace vuestro Criador. Salid a mirar desde esos cielos, y vedlo arrodillado ante los pies de los hombres, y decid si usô jamâs con vosotros de tal linaje de cortesîa. Senor, oi tus palabras, y terni; considéré tus obras, y quedé espantado.

jOh apôstoles bienaventurados!, </cômo no temblâis viendo esa tan grande humildad? Pedro, iqué haces? iPor ventura consentiras que el Senor de la majestad te lave los pies?»

b) «(/Tu, Senor, lavas a mî los pies?»

-86

«Maravillado y atônito San Pedro, como viese al Senor arrodillado delante de si, comenzô a decir: *îTû, Senor, lavas a mi los pies?* (/No eres tû el Hijo de Dios vivo? <No eres tû el Creador dei mundo, la hermosura del cielo, el paraíso de los ângeles, el remedio de los hombres, el resplandor de la gloria del Padre, la fuente de la sabiduria de Dios en las alturas? Pues itû me quieres a mi lavar los pies <Tû, Senor de tanta majestad y gloria, quieres entender en oficio de tan gran bajeza? <Tû, que fundaste la tierra sobre sus cimientos y la hermosteaste con tanta maravilla; tû, que encierras el mundo en la mano, mueves los cielos, gobiernas la tierra, divides las aguas, ordenas los tiempos, dispones las cosas, beatificas los ângeles, endc-rezas los hombres y riges con tu sabiduria todas las cosas?

îTû. a mi has de lavar los pies? mi, que soy un hombre mortal, un poco de tierra y ceniza, un vaso de corrupciôn, una criatura llena de vanidad, de ignorancia y de otras infinitas miserias y, lo que es sobre toda miseria, llena de pecados?

;Tù, SeftOr, a mi? <Tù, Señor de loda las cosas, a mi, el mas bajo'de todas ellas? La alteza de tu majestad y la profundidad de mis misérias me hacen fuerza que tal cosa no consienta.

Déjà, pues, Señor mio, déjà para los siervos este olicio; quita esa toalla, toma tus vestiduras, asiëntate en tu silla y no me laves los pics. Mira no se avergiencen de esto los cielos viendo quo con es?, ceremonia los pones dcabajo de la tierra, pues las manos en quien el Padre puso los cielos y todas las cosas vienes a poner debajo de los pies de los hombres. Mira no se afrente de esto toda la naturaleza criada, viëndose puesta debajo de otros pies que los tuyos. Mira no te desprecie la hija del rey Saul (2 Reg. 6,10) viéndcte con ese lienzo vestido a manera de siervo y diga que no quiere recibir por esposo ni por Dios al que ve entender en tan vil oficio.

Esto decia Pedro como hombre que aim no sentia las cosas de Dios y como quien no entendia cuánta gloria estaba encerrada en esta obra de tan gran bajeza. Mas el Salvador, que tan bien lo conocia y tanto dcseaba dcjarnos un tan maravilloso ejcm-lo de humildad, satisfizo a la simplicidad de su discipulo y llevô adelante la obra comenzada».

c) El mandato del amor

◆Mas no solo dejô aqui ejemplo de humildad, sino también de caridad, porque lavar los pies no solo es servicio, sino también regalo, el cual hizo el Salvador a los pies de sus amigos vispera del dia que habian de ser enclavados y lavados con sangre lo» suyos; para que veas cuán dura es la caridad para si y cuán blanda para los otros.

Pues este ejemplo de caridad y humildad déjà el Señor en su testamento por mandato a todos los suyos, cncomendândoles en aquella hora postrera que se tratasen ellos entre si como El los habia tratado y se hiciesen aquellos regalos y beneficios que El entonces les habia hecho.

Pues <qué otra ley, qué otro mandamiento se pudiera esperar de aquel pecho tan lleno de caridad y misericordia mâs propio que este? <Qué otro mandamiento dejara un padre a la hora de su muerte a hijos que mucho amase sino que se amasen entre si e hiciesen para consigo lo que él hacia para ellos? Este fué el mandamiento que el santo José diô a sus hermanos cuando los enviô a su padre, diciendo: No tengâis pasiones en el camino, caminad en paz y no os hagâis mal unos a otros. Mandamiento fué éste de verdadero hermano que de verdad amaba a sus hermanos y dcseaba su bien.

588 Pues para mostrar el Señor este mismo amor para con los hombres pone aqui este mandamiento, que por excelencia se llama el mandato, en el cual nos mandô la cosa que mâs convenia para nuestra paz, para nuestro bien y para nuestro regalo. Tanto, que si este mandamiento se guardase en el mundo, sin duda vivirian en él los hombres como en un paraíso.

Donde advertirâs también cuales sean los mandamientos que nos manda el Seftor. Porque taies son y tan provechosos para los hombres, que, si bien se consideran, mâs debemos nos a El por las cosas que nos manda que El a nos por la guarda de lo que manda; pues aun quitando aparté el galardôn del cielo, ninguna cosa se nos podia mandar en este mundo que fuese mâs para nuestro provecho».

C) Temor en el huerto

(Cf. ibid.: BAC. c.28 p.820 y 822.)

a) Mio ES TU TEMOR

589

«Dime, joh dulcísimo Redentor!, ipor qué ternes la muerte que tû tanto deseabas, pues el cumplimiento del deseo mâs es causa de alegría que de temor? No tenian los mârtires ni la fortaleza ni la gracia que tû, sino una sola partecica que de ti, que eres la fuente de la gracia, se les comunicaba, y con sola ésta entraban tan alegres en las conquistas de su martirio. tû, que eres dador de la fortaleza y de la gracia, te entristeces y ternes antes de la batalla?

Ciertamente, Senor, ese temor tuyo no es tuyo, sino mio, asi como aquella fortaleza de los mârtires no era de ellos, sino tuya. Tû ternes por lo que tienes de nosotros, y ellos se esforzaron por lo que tenian de ti. La flaqueza de mi humanidad se descubre en los temores de Dios, y la virtud de tu deidad se muestra en la fortaleza del hombre. Asi que mio es este temor y tuya esta fortaleza, y por eso mia es tu ignominia y tuya mi alabanza.

Quitaron el hueso al primer Adân para formar de él la mujer, y en lugar del hueso que le quitaron pusiéronle carne flaca (Gen. 2, 21). Pues iqué es eso sino que de ti, nuestro segundo Adân, tomô el Padre Eterno la fortaleza de la gracia para poner en la Iglesia tu esposa y de ella tomô la came y flaqueza para poner en ti? Pues por esto queda la mujer faerte y tû flaco; ella, fuerte con tu virtud, y tû, flaco con su flaqueza.

Doblada merced fué esta que nos hiciste, Padre nuestro, pues no contento con vestirnos de ti te hiciste vestir de nosotros.

Por lo uno y por lo otro te bendigan los ângeles para siempre, pues ni fuiste avariento en comunicarnos tus bienes ni tuviste asco de recibir nuestros males.

Pues (iqué debo hacer considerando esto, sino, viéndome lleno de tus misericordias, gloriarme en ti, y viendo a ti por mi amor lleno de mis miserias, compadecerme de ti? Por lo uno me alegraré y por lo otro me entristeceré, y asi con lâgrimas y alegría cantaré y lamentaré el misterio de tu pasiôn y estudiaré siempre en aquel libro de Ezequiel que de cantares y lamentaciones era escrito-...

b) TIENES CORAZÔN DE PIEDRA

Si no puedes Uorar por falta de amor, a lo menos llora por la muchedumbre de tus pecados, pues ellos fueron la causa de este dolor.

No lo azotan ahora los verdugos, no lo coronan los soldados, no son los clavos ni las espinas las que ahora le hacen salir la sangre, sino tus culpas. Esas son las espinas que lo punzan, ésos los verdugos que lo atormentan, ésa la carga tan pcsada que le hace sudar ese sudor.

jOh cuán caro te cuesta, Salvador mio, mi salud y mi remedio! jOh mi verdadero Adân, echado del paraíso por mis pecados, que con sudores de sangre ganas el pan con que me has de mantener!»

c) Extrano descuido de nuestra salvaciôn

«Considera también en este mismo paso, por una parte, aquella tan grande agonia y vigilia de Cristo y, por otra, el sueño tan profundo de los discipulos y veras aquí representado un grande misterio.

Porque verdaderamente no hay cosa mâs para sentir en el mundo que ver el descuido en que viven los hombres y el poco caso que hacen de un negocio tan grande como es su salvaciôn. êQué cosa puede ser mâs para sentir que tan grande descuido en tan gran negocio?

Pues si quieres entender lo uno y lo otro, mira al Salvador y mira a los discipulos en este paso. Mira como el Salvador, entendiendo en este negocio, está puesto en un tan profundo cuidado y agonia que le hace sudar gotas de sangre; y mira a los discipulos, por el contrario, tendidos por aquel suelo, durmiendo con un sueño tan pesado que no bastaba ni la reprensiôn del Maestro, ni la mala cama que allí tenían, ni el desabrigo y sereno de la noche, para hacerlos volver en sí.

Mira, pues, qué tan grande es el negocio de la salvaciôn de los hombres, pues bastô para hacer sudar gotas de sangre al que sostiene los cielos y la tierra. Y mira, por otra parte, en cuán poco lo tienen los hombres, pues tan dormidos y descuidados están al tiempo que así por ellos se desvela el mismo Dios. No se pudo mâs encarecer lo uno y lo otro que por estas dos cosas tan extranas.

Pues si trabajos ajenos pusieron a Dios en tanto cuidado, <cômo vive con tan extrano descuido aquel cuyo es el trabajo, y el negocio, y el provecho, y el dano?»

D) uEcce Homo»

(Cf. ibid.: BAC, c.32 p.837-841.)

a) Mîr a l o t o d o d e s f i g u r a d o

503

«Pues para que sientas algo, aima mia, de este paso tan doloroso, pon primero ante tus ojos la imagen antigua de este Seftor y la excelencia de sus virtudes y luego vuelve a mirarlo de la manera que aquí estâ.

Mira la grandeza de su amor, la medida de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su serenidad y aquel aspecto suyo de tanta veneraçôn. Mîralo tan humilde con sus discipulos, tan blando con sus enemigos, tan grande para con los soberbios, tan suave para con los humildes y tan misericordioso para con todos. Considera cuân manso haya sido siempre en el sufrir, cuân sabio en el responder, cuân piadoso en el juzgar, cuân misericordioso en el recibir y cuân largo en el perdonar.

Y después que así lo hubieres mirado y deleitâdote de ver una tan acabada figura, vuelve los ojos a mirarlo tal cual aquí lo ves, cubierto con aquella pûrpura de escamio, la cana por cetro real en la mano y aquella horrible diadema en la cabeza, y aquellos ojos mortales, y aquel rostro difunto, y aquella figura toda borrada con la sangre y afeada con las salivas que por todo el rostro estaban tendidas. Mîralo. todo dentro y fuera: el corazôn atravesado con dolores, el cuerpo lleno de llagas, desamparado de sus discipulos, perseguido por los judios, escamecido de los soldados, despreciado de los pontifices, desechado del rey inicuo, acusado injustamente y desamparado de todo favor humano.

Y no pienses esto como cosa ya pasada, sino como présente; no como dolor ajeno, sino como tuyo propio. A ti mismo ponte en lugar del que padece y mira lo que sentirias si en una parte tan sensible como es la cabeza te hincasen muchas y muy agudas espinas que penetrasen hasta los huesos. <¿Y qué digo espinas? Un solo alfiler que fuese, apenas lo podrias sufrir. ¿Qué sentiria aquella delicadisima cabeza con este linaje de tormentos?»

b) Y o s o y , S e n o r , l a c a u s a d e t u s d o l o r e s

«Pues, joh resplandor de la gloria del Padre!, êquién te ha maltratado? jOh espejo sin mancha de la majestad de Dios!, èquién te ha todo manchado? jOh rfo que sales del paraiso de deleites y alegras con tus corrientes la ciudad de Dios!, ^quién ha enturbiado esas tan serenas y tan dulces aguas? Mis pecados, Señor, las han enturbiado, mis maldades las han oscurecido.

jAy de mi, pobre y miserable! jAy de mi! Y jqué tal habrán parado mis pecados a mi aima cuando tal pararon los ajenos a la fuente clara de toda la hermosura! Mis pecados son, Señor, las

espinas que te punzan; mis locuras, la pûrpura que te escarnece; mis hipocresias y fingimientos, las ceremonias con que te desprecian; mis atavios y vanidades, la corona con que te coronan. Yo soy tu verdugo, yo soy la causa de tu dolor.

Limpio el rey Ezequias (2 Par. 29,16) el templo de Dios, que estaba por los malos profanado, y toda la basura que en él habia mando echar en el arroyo de los cedros. Yo soy este templo vivo por los demonios profanado y ensuciado por infinitos pecados, y tû eres el rio limpio de los cedros que sustentas con tus corrientes toda la hermosura del cielo. Pues ahi son lanzados todos mis pecados. ahi desaparecen mis maldades.

Porque por el mérito de esa inefable caridad y humildad con que te inclinaste a tomar sobre ti todos mis males, no sôlo me libraste de ellos, mas también me hiciste participante de todos tus bienes. Porque tomaste mi muerte, me diste tu vida. Porque tomaste mi carne, me diste tu espiritu. Porque tomaste sobre ti mis pecados, me diste tu gracia.

Asi que, Redentor mio, todas las penas tuyas son tesoros y riquezas mias. Tu pûrpura me viste, tu corona me honra, tus cardenales me hermosean, tus dolores me regalan, tus amarguras me sustentan, tus llagas me sanan, tu sangre me enriquece y tu amor me embriaga. ¿Qué mucho es que tu amor me embriague, pues el amor que tû me tuviste bastô para embriagarte y dejarte, como a otro Noé, tan avergonzado y desnudo? Con la pûrpura encendida de ese amor sostienes esa pûrpura de escamio, y con el celo de mi aprovechamiento esa caôa en la mano, y con la compasiôn de mi perdimiento esa corona de confusion*...

c) Nuestro intercesor ante Dios

'Perseverando en la contemplaciôn de este mismo paso, además del aborrecimiento del pecado puedes también de aqui tomar grandes esfuerzos para confiar en Dios considerando esta misma figura, la cual, asi como es poderosa para mover los corazones de los hombres, asi también lo es, y mucho más, para mover el de Dios.

Para lo cual debes considerar que la misma figura que saeô entonces el Salvador a los ojos del pueblo, esa misma se presenta hoy a los del Padre tan fresca y tan corriendo sangre como estaba aquel mismo dia.

Pues ¿qué imagen puede ser más eficaz para amansar los ojos del Padre que la came amancillada de su Hijo? Este es el propiciatorio de oro, éste es el areo de diversos colores y puesto entre las nubes del cielo con cuya vista se aplaca Dios. Aqui se apacentaron sus ojos, aqui quedô satisfecha su justicia, aqui se le restituyô su honra, aqui se le hizo tal servicio cual convenia a su grandeza.

Pues dime, hombre flaco y desconfiado, si en este paso estaba tal la figura de Cristo que bastaba para amansar los ojos crueles de tales encmigos, ¿cuâto más lo estará para amansar los ojos de

aquel Padre piadoso, especialmente padeciendo por su honra y obediencia todo lo que alii padecia? Compârame ojos con ojos y persona con persona y verâs cuâto mäs segura tienes tû la misericordia del Padre presentândole esta figura que tuvo Pilato la de los judios cuando alli se la presentô.

Pues en todas tus oraciones y tentaciones toma a este Senor por escudo y ponlo entre ti y Dios y preséntalo ante El diciendo: *Ecce homo*. He aqui, Senor, Dios mio, el hombre que tû buscabas tantos anos ha para que se pusiese.de por medio entre ti y los pecadores. He aqui el hombre tan justo como a tu bondad convenia y tan justiciado cuanto nuestra culpa demandaba.

Pues, joh defensor nuestro!, miranos, Senor, y para que asi lo hagas pon los ojos en la cara de tu Cristo. Y tû, Salvador y medianero nuestro, no ceses de presentarte ante los ojos del Padre por nosotros, y pues tuviste amor para ofrecer tus miembros al verdugo para que los atormentase, tenlo, Senor, para presentarlos al Padre Etemo para que por ti nos perdone».

E) Maria

(Cf. *Oraciôn y meditaciôn*, ibid.: BAC, *Obra selecta* c.36 y 37 p.860-868.)

a) La compasiôn de Maria

598

«Hasta aqui has celebrado, aima mia, la muerte y los dolores del Hijo; tiempo es ya que comiences a celebrar y lamentar los de la Madré.

Pues para esto asiéntate ahora un poco a los pies del profeta Jeremias, y, tomândole las palabras de la boca, con amargo y doloroso corazôn, suspirando, di asi (Thren. 1,1): <Cômo quedas ahora sola, inocentisima Virgen? ^Cômo quedas viuda, la Senora dei mundo, y sin tener ninguna culpa te han hecho tributaria de tanta pena? jOh Virgen santisima!, querria consolarte y no sé cômô. Querria aliviar un poco la grandeza de tus dolores, y no sé por qué camino.

Reina del cielo, si la causa de tus dolores eran los de tu Hijo bendito y no los tuyos porque mäs amabas a El que a ti, ya han cesado tus dolores, pues el cuerpo ya no padece y su aima es ya dei todo gloriosa. Cese, pues, la muchedumbre de tus gemidos, pues cesô la causa de tu dolor. Lloraste con el que Uoraba, justo es que goces ahora con el que ya goza. Ciérrense las fuentes de esos purisimos ojos, mäs claros que las aguas de Hesebôn y ahora turbios y oscurecidos con la lluvia de tantas lâgrimas (Cant. 7,4).

Aplacada es ya la ira dei Senor con e' sacrificio del verdadero Noé (Gen. 8,21); cese, pues, el diluvio de tus sacratisimos ojos y esclarézcse la tierra con una nueva serenidad. Salida es ya la paloma del arca; senates traerâ, cuando vuelva, de la clemencia divina. Alégrate con esta esperanza y cesen ya tus gemidos.

El mismo Hijo tuyo pone silencio a tus clamores y te convida a nueva alegría en sus Cantares (2,11) diciendo así: El invierno es ya pasado, las lluvias y los torbellinos han cesado, las flores han aparecido en nuestra tierra; levântate, querida mia, hermosa mia y paloma mia, que moras en los agujeros de la piedra y en las aberturas de la cerca, que es en las heridas y Hagas de mi cuerpo; deja ahora esa morada y ven conmigo.

Bien veo, Seriora, que no basta nada de esto para consolaros, porque no se ha quitado, sino trocado, vuestro dolor. Acabôse un martirio y comienza otro; renuévanse los verdugos de vuestro corazôn; idos unos, suceden otros con nuevos géneros de tormentos para que con tales mudanzas se os doble el tormento de la pasiôn.

Hasta aquí llorabais sus dolores, ahora su muerte; hasta aquí su pasiôn, ahora vuestra soledad; hasta aquí sus trabajos, ahora su ausencia; una ola pasô y otra viene a dar de Heno sobre Vos, de manera que el fin de su pena es comienzo de la vuestra».

% |

600 b) La lanzada del Hijo atraviesa el corazôn de la Madre

«Y como si esta pena fuera pequena, veo que os aparejan otra no menor.

Cerrad, Seriora mia, cerrad los ojos y no miréis aquella lanza que va enristrada por el aire adônde va a parar. Cumplido es ya vuestro deseo; escudo sois hecha de vuestro Hijo, pues aquel golpe a Vos hiere y no a El. Deseabais los clavos y las espinas: eso era para su cuerpo; la lanzada se guardaba para Vos.

jOh crueles ministros! jOh corazones de hierro! <Y tan poco os parece lo que ha padecido el cuerpo vivo que no lo queréis perdonar aun después de muerto? <Qué rabia de enemistad hay tan grande que no se aplaque cuando ve el enemigo ya muerto delante de si? Alzad un poco esos crueles ojos y mirad aquella carne mortal, aquéllos ojos difuntos, aquel caimiento de rostro y aquella amarillez y sombra de muerte; que, aunque seâis mäs duros que el hierro y que el diamante y que vosotros mismos, viéndolo, os amansaréis.

601 <Por qué no os contentais con las heridas del Hijo, sino que también queréis herir a la Madre? jA Ella heris con esa lanza, a Ella tira ese golpe, a sus entranas amenaza la punta de ese hierro cruel!

Llega, pues, el ministro con la lanza en la mano y atraviésala con gran fuerza por los pechos desnudos del Salvador. Estremeciôse la cruz en el aire con la fuerza del golpe y saliô de allí agua y sangre, con que se lavan los pecados dei mundo.

iOh rio que sales del paraiso y riegas con tus corrientes toda la sobrehaz de la tierra! jOh Haga del costado precioso, hecha mäs con el amor de los hombres que con el hierro de la lanza cruel! jOh puerta del cielo, ventana del paraiso, lugar de refugio, torre

de fortaleza, santuario de los justos, sepultura de peregrinos, nido de las palomas sencillas y lecho florido de la esposa de Salomôn!

¡Dios te salve, Haga del costado precioso, que llagas los devotos corazones; herida que hieres las aimas de los justos, rosa de inefable hermosura, rubi de precio inestimable, entrada para el corazón de Cristo, testimonio de su amor y prenda de la vida perdurable!

Por ti entran las almas a guarecerse dei diluvio en el area del verdadero Noé, a ti se acogen los tentados, en ti se consuelan los tristes, contigo se curan los enfermos, por ti entran en el cielo los pecadores y en ti duermen y reposan dulcemente los desterrados y peregrinos.

¡Oh fragua de amor, casa de paz, tesoro de la Iglesia y vena de agua viva que salta hasta la vida etema!

Abreme, Señor, esa puerta; recibe mi corazón en esa tan deleitable morada; dame por ella paso a las entrañas de tu amor; beba yo de esta dulce fuente; sea yo lavado con esta agua santa y embriagado en ese tanpreciado licor. Adormézcase mi aima en este pecho sagrado; olvide aqui todos los cuidados dei mundo; aqui duerma, aqui coma, aqui cante dulcemente con el profeta, diciendo: Esta es mi morada en los siglos de los siglos; aqui moraré, porque esta morada escogi (Ps. 131,14)».

c) Del descendimiento de la cruz y llanto de la Virgen 603

'Considera como fué quitado aquel santo cuerpo de la cruz y recibido en los brazos de la Virgen. Llegan, pues, el mismo día sobre tarde aquéllos dos santos varones José y Nicodemo y, arriadas sus escaleras a la cruz, descienden en brazos el cuerpo del Salvador.

Como la Virgen vio que, acabada ya la tormenta de la cruz, llegaba el sagrado cuerpo a tierra, aparéjase Ella para darle puerto seguro en sus pechos y recibirlo de los brazos de la cruz en los suyos. Pide, pues, con gran humildad a aquella noble gente que, pues no se había despedido de su Hijo ni recibido de El los postreros abrazos en la cruz al tiempo de su partida, que le dejen ahora llegar a El y no quieran que por todas partes crezca su desconsuelo si, habiéndoselo quitado por un cabo los enemigos vivos, ahora los amigos se lo quitan muerto.

¡Oh por todas partes desconsolada Senora! Porque si te niegan lo que pides, desconsolarte has; y si te lo dan, como lo pides, no menos te desconsolarás. No tienen tus males consuelo sino en sola tu paciencia. Si por una parte quieres excusar un dolor, por otra parte se dobla.

Pues ¿qué haréis, santos varones? ¡Qué consejo tomaréis? Negar a tales lágrimas y a tal Senora cosa que pida no conviene, y darle lo que pide es acabarle la vida. Teméis por una parte desconsolarla y teméis por otra no seáis, por ventura, homicidas de la Madre como fueron los enemigos del Hijo.

Finalmente, vence la piadosa porfía de la Virgen y pareció a aquella noble gente, según eran grandes sus gemidos, que sería mayor crueldad quitarle el Hijo que quitarle la vida, y así se lo hubieron de entregar.

Pues cuando la Virgen lo tuvo en sus brazos, ¡qué lengua podrá explicar lo que sintió?

¡Oh ángeles de paz!, llorad con esta sagrada Virgen; llorad, cielos; llorad, estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María.

Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado, apriétalo fuertemente en sus pechos, para sólo esto le quedaban fuerzas; mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza del Hijo y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre.

695 ¡Oh dulce Madre! ¿Es éste, por ventura, vuestro dulcísimo Hijo? ¿Es éste el que concebiste con tanta gloria y pariste con tanta alegría? Pues ¡qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¡Dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¡Dónde está aquel espejo de hermosura en quien vos os mirabais?

Ya no os aprovecha mirarle a la cara, porque sus ojos han perdido la luz. Ya no os aprovecha darle voces y hablarle, porque sus oídos han perdido el oír. Ya no se mueve la lengua que hablaba las maravillas del cielo; ya están quebrados los ojos que con su vista alegraban el mundo.

¿Cómo no hablas ahora, Reina del cielo? ¿Cómo han atado los dolores vuestra lengua? La lengua estaba enmudecida, mas el corazón allá dentro hablaría con entranable dolor al Hijo dulcísimo y le diría»:

606

d) Devotísimo soliloquio de la Virgen

«¡Oh vida muerta! ¡Oh lumbre oscurecida! ¡Oh hermosura afeada! Y ¡qué manos han sido aquellas que tal han parado vuestra divina figura? ¡Qué corona es esta que mis manos hallan en vuestra cabeza? ¡Qué herida es esta que veo en vuestro costado?

¡Oh Sumo Sacerdote del mundo! ¡Qué insignias son estas que mis ojos ven en vuestro cuerpo? ¡Quién ha borrado el traslado de la gloria del Padre? ¡Quién ha manchado el espejo y la hermosura del cielo? ¡Quién ha desfigurado la cara de todas las gracias? ¡Estos son aquellos ojos que oscurecían al sol con su hermosura? ¡Estas son las manos que resucitaban los muertos a quienes tocaban? ¡Esta es la boca por donde salían los cuatro ríos del paraíso? ¿Tanto han podido las manos de los hombres contra Dios? Hijo mío y sangre mía, ¿de donde se levantó a deshora esta fiera tempestad? ¡Qué ola ha sido esta que así te me ha llevado?

Hijo mío, ¡qué haré sin ti? ¡Adónde iré? ¡Quién me remediaré? Los padres y los hermanos afligidos venían a rogarte por sus hijos y por sus hermanos difuntos, y tú, con tu infinita virtud y demenda, los consolabas y socorrias. Mas yo que veo muerto a mi

Shi. < UTORIS VARIOS. GRANADA

hijo, y mi padre, y mi hermano, y mi Señor, ¿a quién rogaré por El? ¡Quién me consolará? ¿Dónde esta el buen Jesús Nazareno, Hijo de Dios vivo, que consuela a los vivos y da vida a los muertos? ¡Dónde esta aquel grande Profeta poderoso en obras y palabras?

Hijo, antes de ahora descanso mío y ahora cuchillo de mi dolor, ¡qué hiciste por que los judíos te crucificasen? ¿Qué causa hubo para darte tal muerte? ¿Estas son las gracias de tantas buenas obras? ¡Este es el premio que se da a la virtud? ¿Esta es la paga de tanta doctrina? ¿Hasta aquí ha llegado la maldad del mundo, hasta aquí la malicia del demonio, hasta aquí la bondad y clemencia de Dios?

¡Tan grande es el aborrecimiento que Dios tiene contra el pecado? ¿Tanto fué menester para satisfacer por culpa de uno? ¿Tan grande es el rigor de la divina justicia? ¿En tanto tiene Dios la salud de las almas?

¡Oh dulcísimo hijo mío!, ¡qué haré sin ti? Tú eras mi hijo, mi padre, mi esposo, mi maestro y toda mi compañía. Ahora quedo huérfana sin padre, madre sin hijo, viuda sin esposo y sola sin tal maestro y tan dulce compañía. Ya no te veré más entrar por mis puertas cansado de los discursos y predicación del Evangelio. Ya no limpiaré más el sudor de tu rostro asoleado y fatigado de los caminos y trabajos. Ya no te veré más sentado a mi mesa comiendo y dando de comer a mi alma con tu divina presencia. Ya no me veré más a tus pies oyendo las palabras de tu dulce boca, ni sonará más en mis oídos la dulce voz de madre, ni de mujer, ni de Maria. Fenecida es ya mi gloria; hoy se acaba mi alegría y comienza mi soledad.

Hijo, ¿no me hablas? ¡Oh lengua del cielo que a tantos consolaste con vuestras palabras, a tantos diste habla y vida!, ¡quién os ha puesto tanto silencio que no habláis a vuestra Madre? «-Como no me dejáis siquiera alguna manda con que yo me consuele? Yo la tomaré con vuestra licencia. Esta corona real será la manda; de estos clavos y de esta lanza quiero ser vuestra heredera. Estas joyas tan preciosas guardaré yo siempre en mi corazón; allí estarán hincados vuestros clavos, allí estará guardada vuestra corona, vuestros azotes y vuestra cruz. Este es el mayorazgo que yo elijo para mí, mientras me durare la vida.

¡Cómo dura poco la alegría en la tierra y cómo se siente mucho el dolor después de mucha prosperidad! ¡Oh Belén y Jerusalem cuán diferentes días he llevado en vosotros! ¡Qué noche fué aquella tan clara y qué día este tan oscuro! ¡Qué rica entonces y qué pobre ahora! No podía ser pequeña la pérdida de tan grande felicidad.

¡Oh ángel bienaventurado! ¿Dónde están ahora aquellas tan grandes alabanzas de la antigua salutación? No era vana mi turbación ni mi temor en aquella hora, porque a grandes alabanzas, por fuerza es que se ha de seguir o gran caída o grande cruz. No quiere el Señor que estén sus dones ociosos; nunca -da honra sin

carga, ni mayoría sin servidumbre, ni mucha gracia sino para mucho trabajo.

Entonces me Uamaste llena de gracia; ahora estoy llena de dolor. Entonces, bendita entre las mujeres; ahora, la más afligida entre las mujeres. Entonces dijiste: El Señor es contigo; ahora también está conmigo, mas no vivo, sino muerto, como lo tengo en mis brazos.

609 ¡Oh dulce Redentor mío!, ¿fué alguna culpa tenerte yo en mis brazos con tanta alegría recién nacido por do viniese ahora a tenerte en ellos tan atormentado? ¿Fué algún pecado recibir tanto gozo en darte la dulce leche de mis pechos, por que ahora me bayas querido dar a beber un cáliz de tanta amargura? ¿Fué algún yerro mirarme yo en tu rostro como en un espejo luciente, por que ahora has querido que te vea yo tan afeado y atormentado? (¿Fué algún delito amarte tanto, por que ahora has querido que el amor se me hiciese verdugo y que tanto más padeciese cuanto más te amé?

¡Oh Padre eterno, oh amador de los hombres, piadoso para con ellos y para con vuestro Hijo riguroso! Vos sabéis cuán grandes sean las olas y tempestad de mi corazón. Vos sabéis que cuantos azotes y heridas ha recibido este santo cuerpo, tantas muertes ha llevado este corazón.

Mas con todo esto, yo, la más afligida de todas las criaturas, os doy gracias infinitas por este dolor. Básteme quererlo Vos para que yo me consuele. De vuestra mano, aunque sea el cuchillo, lo meteré yo en mis entrañas. Por los favores y por los dolores igualmente os doy las gracias. Por el usufructo de vuestros bienes, de que hasta aquí he gozado, os bendigo; y porque ahora me lo quitáis, no me indigno, sino antes os vuelvo vuestro deposito con hacimiento de gracias. Por lo uno y por lo otro os bendigan los ángeles, y mis lágrimas también con ellos os bendigan.

Mas suplicoos, Padre mío, si Vos de ello sois servido, os deis por contento con treinta y tres años de martirio que hasta aquí se han pasado. Vos sabéis que desde el día que aquel santo Simeon me anunció este martirio se echo acibar en todos mis placeres, y desde entonces traigo este día atravesado en el corazón. En medio de mis alegrías me salteaba siempre la memoria de este dolor, y nunca tuve gozo tan puro que no se aguase con los dolores y temores de este día.

610 Bien sé que todo esto fué encaminado por vuestra providencia y que Vos quisisteis que desde entonces tuviese yo conocimiento de este misterio, para que así como el Hijo trajo siempre la cruz ante los ojos desde el día de su concepción, así también la trajese la Madre. Así queréis Vos que los vuestros en esta vida siempre padezcan, y en este valle de lágrimas no queréis que sean grandes ni perpetuas nuestras alegrías, aunque sean en Vos.

Pues, ¡oh Rey mío!, habed ya por bien que sea éste el postrero de mis martirios, si Vos de ello sois servido: y si no, hágase en esto y en todo vuestra divina voluntad. Si para una mujer os parece poco

un martirio, bien sabéis Vos que tantas veces he sido mârtilr cuantas fué herido el cuerpo de mi Salvador. Ya se acabaron sus martirios, y el mio, viéndole, se renueva. Mandad a la muerte que vuelva por los despojos que dejô y lleve a la madré con el hijo a la sepultura.

jOh dichosa sepultura, que has sucedido en mi oficio, y la corona que a mi quitan, a ti la dan, pues encerrarâs dentro de ti al que tuve yo encerrado en mis entranas! Mis huesos se alegrarian si alli se viesen, y alli sería de verdad mi vida en la sepultura. El corazôn y aima, que yo puedo, yo la sepultaré; mas Vos también, Senor mio, el cuerpo, que yo no puedo sin Vos.

jOh muerte!, ^por qué eres tan cruel que me apartas de aquel 611 en cuya vida estâ la mia? Mâs cruel eres a las veces en perdonar que en matar. Piadosa fuera para mi si nos llevaras a entrambos; mas ahora fuiste cruel en matar al hijo y mâs cruel en perdonar a la madré».

III. FRAY ALONSO DE CABRERA

Dos lecciones: San Pedro y el buen ladrôn

A) *San Pedro y la necesidad de la gracia*

(Cf. *Sennôn para el Martes Santo*: Biblipteca de Autores Espanoles, *Predicadores de los siglos XVI y XVII* t.1 p.382-383.)

a) La gracia y la perseverância

i. La vana confianza y presunciôn

612

«El santo profeta y rey David, queriendo dar a los hombres un desengano de lo poco que son y valen por si y cuân necesitados viven del favor de Dios, cuân pendientes de su providencia, cuân colgados de su mano, pônese a si por ejemplo de la inconstancia y mutabilidad de las cosas humanas, cuando le falta la permanencia y estabilidad que de sôlo Dios les puede venir, y dice en el salmo 29: *Ego autem dixi in abundantia mea: non movebor in aeternum* (Ps. 29,7). Después de haber hecho gracias al Senor por haberle librado de un gran trabajo... declara la causa que él diô a sus danos y la culpa por que fué dejado caer en tan graves peligros. *Yo dije en mi abundanda: no seré derrocado eternamente* (ibid.). El Parafraste caldeo dice: *In confidentia*. Elevado con la continua prosperidad de mis buenos sucesos, viéndome rico y venturoso, hiceme presuntuoso y confiado, y con demasiada lozania me prometí seguridad; ninguna cosa será parte para derribarme de la alteza y gloria que poseo; soy a los golpes de fortuna lo que un islote inmoble a las olas bravas del mar... Mas para desangrarme de mi vana confianza y presunciôn en las propias fuerzas, *escondisteis un rato vuestro rostro de mi;*

un solo desvio de ojos, y luego quedé turbado, mortal, sin aliento, sin vida, vacilando, titubeando como arena movediza que el viento arrc-bata (ibid., 8).

613 Por donde habiendo tocado en la mano mi fragilidad, y visto bien y entendido de donde me viene la salud y el esfuerzo, *a Vos, Señor, clamaré confiado en vuestra bondad, y de corazôn y entranas os suplicaré me hagais merced* (ibid., 9).

En este ejemplo estâ muy al vivo representado el peligro que corren de perderse los ricos y abundantes de virtudes, de gracia y dones sobrenaturales, y la causa ordinaria de sus caídas, que suele ser presumir de si y desasirse de Dios. El viento deshecho, aunque sea prospéra, zozobra el navio; y así el marinero diestro quita el pano, y amaina las velas... En esta navegaciôn peligrosa de la vida espiritual, cuando sopla el viento prospero de los favores divinos, es menester amainar las velas de la presunciôn humana, porque de no hacerlo, muchos arriscados han ido al fondo en el abismo de la soberbia. Cuando un hombre piensa que es algo, y se tiene por mâs que otros, y se regodea con su alma a solas, por oraciôn de sus virtudes, como el otro rico avaro por la de sus riquezas. *Anima mea, habes multa bona posita in annos plurimos, requiesce, comede, bibe, epulare* (Eccli. 11,14). Muy rica estais, alma mia, de bienes espirituales. Ya son muchos anos que guardo castidad inviolable; no he consentido cosa que sea pecado mortal. Cada dia rezo mis horas, mis devociones..., castigo mi cuerpo con ayunos, cilicios; hago de mis bienes limosnas. Esta es la abundancia que desvanece al hombre tocado blandamente en el corazôn, y engendrando en el alma una complacencia de si mismo y desprecio de los demas... ¡Oh pestilencia de malditos pensamientos!... Cuantas veces el hombre se apiace a si mismo en la posesiôn de sus bienes, tantas cae en el profundo de la soberbia. Eso que en sus ojos reluce, por el mismo caso no es oro, sino alquimia. Muy de otra suerte el humilde como cuerdo hace la buena obra, y tiénese por siervo inútil, y su obra, indigna de los divinos ojos, llena de faltas y mancillas; y así no saca de ella aplauso, sino temor...

El que de si piensa que es algo, siendo nada, a si mismo se engana, dice San Pablo (Gal. 6,3). El por su antojo se precia de seso y ce juicio».

614 2. Pedro, engreido con los favores de Cristo

«La prueba de esto tenemos bien clara, no menos que en el Principe de la Iglesia San Pedro, que, engreido con los favores de Cristo, y presumiendo mâs de lo justo de sus fuerzas, en la abundancia de su hervor de espîritu y amor grande que tenía a su Señor, dijo: Non movebor in *aeternum* (Ps. 29,7). Dicele a Cristo: *Animam meam pro te ponam...* (Io. 13,37). No pudo ser mayor bravata, pero con muy poco saber, porque contradijo a la palabra de Cristo (primera verdad) y porque se aventajô a los demâs y presumiô demasiado de si...

Y mientras el Seftor, por su beneplacito, quiso dar a su gallardía firmeza, bien mostrô su /mimo que era de igualar con las obras sus palabras; pues en el huerto puso mano contra todo el batallôn, y de un altibajo le derroeô la oreja derecha a Malco, y él no tiraba sino a rajarle por medio la cabeza. <Qué mâs pudieran hacer Héctor y Aquiles? £Veis éste tan valiente, tan arriscado? *Avertisti faciem tua a me; et Jactus sum conturbatus* (Ps. 2g,8). En volviendo Cristo su rostro de él, un punto que le déjà de su mano, se turbô y amilanô de manera que a la voz de una mozuela negô a Cristo. Très veces hizo signos con osadia y très veces negô con pusilanimidad. Y si el Sehor no le volviera a mirar con su clemencia, tan rematado iba como Judas».

3. El remedio de la oraciôn

«¿Qué sacamos de aqui? *Ad te, Domine, clamabo et ad Deum meum deprecabor* (Ps. 29,9). Orar con gran afecto al Sehor, y suplicarle continuamente que nos mire con ojos de misericordia, y no alce su mano de nosotros. Sentencia es de nuestro padre Santo Tomâs, que el don de la perseveranda no es otra cosa que una manutención, un conservar Dios al hombre en la gracia que una vez le ha dado, continuando aquella acciôn primera con que se la diô. Y asi como no cae debajo de mérito la primera gracia, ni la acciôn con que Dios la da, tampoco el continuarla, que es el don de la perseverancia. Pero si no se puede merecer, puédese impetrar con oraciones, como la misma gracia, que no la merece, ni puede el pecador, pero con oraciones la alcanza. Como la alcanzô el hijo prôdigo, y el publicano, que hiriéndose los pechos oraba: *Deus, propitius esto mihi peccatori* (Le. 18,13). En 1° cual se conoce la excelencia de la oraciôn, que es el único medio para alcanzar el don de la perseverancia, tan importante, que sin él no hay corona ni premio ni los otros dones y virtudes, antes se vuelven en cargos y materia de mayor castigo.

Por eso el cristiano que desea salvarse, cada dia ha de hacer gu; instante oraciôn a Dios que le deje acabar en su gracia, y que no le permita caer en tentaciôn ni en pecado. Ha de andar tamanito, temblando como azogado, conociendo su impotencia y la precisa necesidad que tiene de que Dios le mire y sustente. Lo que dice San Pablo (Phil. 2,12-13): *Con miedo y con temblor haced las obras de vuestra salvation*. Miedo en el ânimo; temblor en el cuerpo. Porque Dios es el que obra en vosotros el querer, y el ejecutar y llevar al cabo lo bueno, por su buena voluntad..., porque ni el querer el bien, ni el obrarle, consiste en vuestras fuerzas, sino que Dios, por su bella gracia, quiere obrar en vosotros, y causa, como principal autor, asi el buen proposito de la voluntad como la ejecuciôn de él y perseveranc'a del bien corne rzado.

De suerte que no basta estar un hombre en gracia ni tener todas las virtudes y dones (aunque sea en grado heroico), sino que ademâs de esto es necesario el co icurso de Dios, auxilio especial actual,

para obrar bien meritoriamente y para no caer en pecado. Que es lo que dijo Cristo: *Sine me nihil potestis facere* (Io. 15>5). Sin mi, nada que importe para el cielo podéis hacer, sin mi gracia, sin mi favor. En quitando Dios su concurso, en apartando sus ojos del alma, y dejándola a si misma queda como la luna eclipsada cuando se interpone la tierra entre ella y el sol; como la tierra antes que Dios criase la luz, que estaba descompuesta y fea, y vacia de todos los bienes, toda cubierta de tinieblas; como el cuerpo sin el alma, que nada puede y para nada es de provecho, sino para manjar de gusanos.

617 Ciertamente es, dice el cardenal Cayetano, que San Pedro en la cena estaba en gracia, pues Cristo con su boca testificó que estaba limpio; había recibido dignamente el sacramento del cuerpo y sangre divinisima del Señor; estaba avisado de Cristo de la tentación venidera; era más fuerte y más ahervorado que los otros discípulos, y entonces verdaderamente estaba dispuesto y determinado a morir por Cristo. Y con todos estos requisitos, a la voz de una mozueta, niega, perjura, anatemizale. ¿Qué es esto? Porque le faltó la manutención de Dios y su especial auxilio. Luego menester es orar continuamente, como nos enseña Cristo. *Et ne nos inducas in tentationem; sed libera nos a malo. Amen* (Mt. 6,13; Lc. 11,4). Y con este presupuesto entrámes en la historia*.

b) La caída

G18 i. Confesar exteriormente la fe

«Non novi *hominem* (Mt. 26,72). Por este acto no perdió Pedro la fe; porque no negó ser Cristo Dios, ni el Mesías, ni le preguntaron eso. Sino pecó porque no confesó exteriormente la fe que creía siendo preguntado. Esta obligado el cristiano a confesar que lo es cuando le preguntan...

cCuántos cristianos se hallarán hoy que de esta manera le niegan? Son cristianos de palabra, porque dicen que conocen a Dios..., pero con los hechos lo niegan... (-Pensais que tiene por hijo de Dios a Jesús aquel hombre (cualquiera que sea) que ni se espanta de sus amenazas, ni se mueve por sus promesas, a los mandamientos no obedece, los consejos no toma? Item: los que no osan confesar y comulgar..., ir a los hospitales, por que el mundo no los desestime y burle de ellos; ¿qué es esto, sino negar a Cristo, y tener vergüenza de parecer su discípulo?... Teman los tales aquella terrible amenaza que les tiene hecha por San Lucas (9,26): *El que se afrentare de parecer mio y guardador de mis palabras, el hijo de la Virgen se afrentará de reconocerle por suyo cuando venga con su majestad y con la del Padre y de los santos ángeles**.

1;19 2. La humana flaqueza, confiada en si

«No paró aquí el mal recaudo de Pedro... Dame gana en este paso de hablar con Pedro y decide con razón lo que al santo Job dijo uno de sus amigos, sin ella (Job 4,3): *Ecce docuisti multos et*

rnanus lassas roborasti, vacillantes confirmaverunt sermones tui et genua tremantia confortasti. <¿Qué es esto, Pedro? ^Vos no habéis enseñado a muchos ignorantes el camino dei cielo? êY habéis predicado y hecho milagros en el nombre de Cristo? Vos reforzasteis las manos cansadas, dando animo a los discipulos temerosos para que se ofreciesen a seguir a Cristo hasta la muerte. Porque prometiéndolo vos, *similiter et omnes discipuli dixerunt*. Cuando algunos discipulos dejaron al Señor por dificultades que hallaban en su doctrina, y vos salisteis con aquella generosa voz (Io. 6,69): *¿Adonde iremos, Señor, si de Vos nos apartamos, porque tenéis palabra de vida eterna?* Vuestro oficio es fortalecer a vuestros hermanos en la fe, como os dijo Cristo: *Et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos* (Lc. 22,32). Pues êqué mudanza ha sido ésta tan grande?... ^Una liviana ocasión os ha rendido, un mundano temor os ha turbado? («Dónde está aquel temor filial con que solíades respetar a vuestro Maestro, cuando teniéndolos por indigno de su presencia le dijisteis: *Ext a me, quia homo peccator sum, Domine* (Lc. 5,8). <<Y cuando ayer le dijisteis: *Domine, tu mihi lavas pedes?* (Io. 13,6). <Por qué 620 ahora le negáis como a enemigo? ^Donde la fortaleza con que blasonábades antes del peligro? *Si fuese necesario morir contigo, no te negaré* (Mt. 26,35). ^Donde la paciencia que debe tener el pastor para sufrir, cuando conviniera, la muerte por la gloria de Dios y bien de sus ovejas? , -No veis el mal ejemplo que dais a vuestros súbditos? êDónde la perfección de vuestros caminos? Que despojado de todas las cosas dei siglo, y teniendo la mira en un solo Dios, pudisteis con la verdad decir: *Ecce nos reliquimus omnia et secuti sumus* (Mt. 19,27). ¡Cómo, pues, ahora le negáis?... |Oh humana flaqueza, confiada en si y desamparada de Dios! ¿Con cuánta razón podemos lamentar con el profeta esta desventura (Thren. 4,1): *¿Cómo se ha oscurecido el oro y mudado el color muy bueno, y despreciado en las bocas de las calles las piedras del santuario, en las entradas de las plazas!*... Pues ¡cómo la sabiduría de Pedro se ha oscurecido? Aquella sabiduría por el Padre revelada, que los principes de este mundo no pudjeron alcanzar, que resplandeciô en aquella magnífica confesión: *Tu eres Cristo, hijo de Dios vivo* (Mt. 16,16), ¿cómo está aquí escurecida? «¿Quién anublô su refulgencia y claridad? Aquel oro encendido de su caridad, con que a todos se aventajaba, ^cómo está aquí amortiguado?...

No hay que espantarnos, sino humillamos, que eso es ser hombres, y por santo que seáis y perfecto, siempre estáis a peligro de caer: *Noli altum sapere sed time* (Rom. 11,20). No tengáis presentimientos altivos, sino temed y pedid con humildad el favor de Dios y su asistencia... Pero ya será razón ver el modo de la conversión de Pedro, y la amargura de su penitencia'.

c) La conversion y la gracia

«Notemos este discurso. Primero cantô el gallo; luego mirô el Señor; luego se acordo Pedro de la mirada de Jesús; a esto se siguiô salir fuera y llorar amargamente. El gallo es el predicador, que con sus voces pretende despertar a los pecadores dormidos del sueño de la culpa, que duermen en la noche de la ignorancia. Pero por más que los predicadores se quiebren la cabeza, y aunque revienten por los ijares, es predicar en desierto, si el Señor no mira al pecador. Muchos oyentes tuvo San Pablo en aquel sermón que predicô en Filipos, ciudad de Macedonia, y solamente se convirtiô una mujer hilandera de pûrpura: *Cuius Dominus aperuit cor intendere iis, quae dicebantur a Paulo* (Act. 16,14): Cuyo corazón abrió el Señor para que atendiese a las cosas que Pablo decia. Y así es necesario suplicar al Señor abra los corazones de los oyentes, los ablande y entenezea, para que las palabras de los predicadores hagan en ellos impresión. *Conrersus Dominus, respexit Petrum* (Le. 22,61). Veis aquí como el principio de la justificación es de Dios, que con su gracia preveniente mueve al pecador y le despierta. para que quiera salir de su culpa... Si Dios no mira al hombre, imposible es que el hombre vuelva a mirar a Dios. Pues, Señor, si tan necesitado estoy de vuestra vista, *aspice in me et miserere mei secundum indicium diligentium nomen tuum* (Ps. 118,132): Miradme, Señor, y habed misericordia de mi. Apiadaos de mi miseria y extrema necesidad según el uso y costumbre que guardáis con los que os quieren bien, al fuero de vuestros amigos, como Vos soléis mirarlos y remediados*.

B) El buen ladrôn. Vive bien para morir bien

(Cf. *Sermon para el Miércoles*: ibid. p.395-399.)

a) No se ha de hacer de este ejemplo regla general

-Bocado fuera este (la conversion del ladrôn) de mucha suavidad para Cristo en tal coyuntura, sino que El suspendio la dulzura que podia sentir porque quiso padecer sin ningôn género de consuelo, y también porque aquel gusto le aguô con extraria amargura que sintiô, sabiendo qué de pecadores se habian de condenar, gastando toda la vida en pecados, y esperando al fin de ella hacer penitencia. como el ladrôn, y se habian de hallar burlados. No son todos los tiempos iguales, ni de un caso rarísimo y milagroso que hizo el Señor para manifestar su divinidad a la hora de su muerte se ha de hacer la regla general...

Pero yo quiero decir más. Haced vos lo que el buen ladrôn hizo a la hora de su muerte, que yo os aseguraré el cielo, aunque hayáis sido peor que él y que Judas. Porque dado que la gracia y conoci-

iniento de Cristo se le diô de barato, como habemos dicho, pero el cielo no se le diô de gracia, sino de justicia, por altísimas virtudes y heroicas obras que en aquel breve espacio hizo».

b) El ladrôn practicô las très virtudes teologales

1. Fe que asombra

«Porque él tuvo en grado perfectísimo las très virtudes teologales. Lo primero, fe que asombra. Abraham creyô a Dios que le hablaba desde lo alto del cielo; este le ve colgado en un palo. Isaias creyô en Dios viéndolo sentado en un magnífico trono, cercado de serfines; éste ve a Dios crucificado entre ladrones. Moisés creyô a Dios que le hablaba desde la zarza, pero vela arder y que no se quemaba; éste ve al mismo Dios en la zarza de su cruz, todo coronado de espinas y abrasándose en vivas llamas de penas. Fe tuvo San Pedro, pues se arrojô al mar en pos de Cristo; pero viôlo a él primero andar sobre las aguas; éste no le ve pisar las aguas, sino banado de pies a cabeza en su propia sangre. Los hijos del Zebedeo fe tuvieron; pero vieron a Cristo transfigurado en el monte Tabor, su rostro más resplandeciente que el sol y sus vestiduras más albas que la nieve; éste no le ve transfigurado, sino desfigurado; no hermoso, sino feo; no blanco, sino denegrido y despojado de sus vestiduras. Muchos justos en Israel creyeron, pero viéndole hacer grandes maravillas; mas éste, que ni viô milagro, ni leyô Escritura, ni viô en Cristo cosa digna de rey ni de Dios (en lo que es grandeza y aparato exterior), y con todo eso creyese con tanta firmeza, cosa prodigiosa es».

2. Esperanza

«(Tues esperanza? èQué mayor, pues espera reino y pide memoria? *Domine, memento mei...* (Le. 23,42)».

3. Caridad y amor

«¡Pues caridad y amor? No podía dejar de abrasarse y derretirse en él, pues tan cercano estaba a la esfera del fuego... No siente ya sus dolores, no le lastiman sus penas; sólo siente la cruz de Cristo, su cruz le aflige y sus tormentos le atormentan. Llámale Señor, llámale su rey; pídele le tenga en su memoria. Todas éstas son seriales de amor. Más. Dale cuanto puede y sacrifícale todo lo que tiene libre en su persona... No dineros, que se los tomô el fisco; no la ropa, que se la tomô el verdugo; no los pies, que están presos; ni las manos, que las tiene clavadas; ni el cuerpo, que está quebrantado. Honra que dar no la tiene; la vida ya se le acaba; no le queda más que el corazón y la lengua libre, y eso todo lo ofrece con larga voluntad... Dale a Dios el corazón, que, si no hay más, con eso solo se contenta y sin él nada le agrada. Mas porque la caridad no sólo tiene este primer acto, que es amar a Dios, sino también el segundo, que es amar al prójimo, mirad como lo ejercita procu-

rando la salud de su compahero. Guarda con el el precepto de la correcciôn fraterna, repréndele su culpa, avisale del pcligro en que estaba...»

C) R e SPLANDECIÔ ADEMAS EN LA HUMILDAD

«Pues la virtud de la humildad, ya veis cuanto resplandeciô en él: no solo en confesar su culpa, sino en aquella humilde peticiôn que hizo: *Domine, memento mei*... No se concediô eso a los santos padres, que luego, en muriendo, viesen la esencia divina... <:Cuândo pensais vos hacer otro tanto? îOh, que vuestra muerte tendra taies razones!... Tenedme vos estas virtudes a la hora de vuestra muerte, haced taies obras, que yo os aseguro el cielo. <Pero quién os podrá asegurar que las haréis? No os fiéis en eso, que os hallaréis burlado. Mirad que es negocio peligroso, porque viviendo siempre mal esperéis acabar bien como el ladrôn, porque lo que hizo Dios con él no fué por via ordinaria... Mirad que dice San Crisôstomo que el ladrôn no dijo *memento mei* hasta haber puesto delante su arrepentimiento y confesiôn de sus pecados. Asi vos, si no precede primero la penitencia de los vuestros, ;cômo pensais decir en la muerte: *Domine, memento mei*? ;No veis que lo que en aquella hora se hace, por la mayor parte, es necesidad y no voluntad? <No veis que es contra justicia que habiendo empleado toda la vida en servicio del demonio vais a la muerte a pedir a Dios el galardôn?...

/Habéis oido decir, *dubitat Augustinus*? Pues sabed que su duda es de la salvaciôn de aquel que para la muerte déjà su penitencia... Sus palabras estân en la homilia 41 : *De vere paenitentibus*. Quiero referirlas a la letra; encomendadlas a la memoria y aprovechaos de ellas, por que tengâis buen fin: «^Quieres salir de esta duda y hacer cierto lo que estâ dudoso? Haz penitencia mientras tienes salud. Si asi lo haces, seguro estâs, porque te arrepentiste cuando pudiste. Entiéndese seguro de la manera que en esta materia puede haber seguridad, no infalible. Pero si dejas la penitencia para cuando no puedas pecar, ya entonces no dejas tû los pecados, sino ellos te dejan a ti». Estas son sus palabras; pues si queréis que no dudemos de vuestra salvaciôn, aprended a bien morir antes que lleguéis a tal punto. Oficio es que para hacerlo bien lo habéis de aprender toda la vida; porque en aquella hora hay tanto que hacer en morir. que no hay espacio para aprender a bien morir. La régla general es que la buena vida es vispera de buena muerte; y si hay alguna excepciôn, es privilegio particular.

Si toda la Sagrada Escritura se pudiese fundir para ver qué salia de ella, ninguna cosa saldria mâs repetida que tras buena vida, buena muerte, y tras mala vida, mala muerte; porque nunca viste cabo de oro en soga de esparto. Pues si vuestras obras han sido malas y toda la vida habéis estado a la banda del infierno. êcômo pensâis en la muerte ir a la del cielo? Porque la pared siempre va a cacr a donde estâ inclinada. No penséis en vuestras espinas

coger uvas y de vuestros cardos trigo. Lo que sembrare el hombre, eso cogerá: si pecados, fruto de infierno, y si buenas obras, fruto del cielo, descanso y bienaventuranza y gloria. Amén».

IV. P. LA PALMA

La Pasiôn de Cristo y la Santísima Virgen

Escogemos los lugares más afectuosos de la clásica *Historia de la Pasiôn* (cf. ed. Barcelona 1762).

A) *Despidese el Salvador de su Santísima Madré*

(Cf. o.c., c.5 p.65-71.)

a) La Virgen no ignoraba la Pasiôn

(■Cosa cierta es que la Virgen Santísima no ignoraba la causa por que el Hijo de Dios se habia hecho hombre en sus entrañas, que era para redimir el linaje humano con acerbisimos tormentos... Esto supo lo primero con la lección y meditaciôn de la Sagrada Escritura aun antes que su Hijo encamase. Lo segundo, con la profecia que le dijo el viejo Simeôn cuando presentô a su Hijo en el templo. Lo tercero, por la frecuente comunicaciôn que tendria de este punto con su Hijo; porque si el Senor aviso tantas veces de esto a sus discipulos, mucho mejor avisaria a su Madré; y asi son de considerar aquellas largas y reiteradas conversaciones que tendria con Ella, dándole inteligencia y luz de las Escrituras y mostrándole por todas ellas que convenia que padeciese Cristo para entrar en su gloria. Porque si el Salvador diô cuenta de su Pasiôn diferentes veces a sus discipulos, ^cuanto mejor y más en particular se la daria a su Madré para consolarse y descansar con Ella? Porque los discipulos, asi como entendian este misterio (Le. 18,14), asi tenía el Salvador poco alivio en tratarlo con ellos... Y si con todo esto perseveraba el Senor en dar parte de sus penas y buscar consuelo en donde hallaba tan poco, icómo creeremos que trataria este negocio con su Madré? <Cómo descansaria en Ella dándole cuenta de sus cuidados y congojas? ^Cómo le contaria las calumnias y envidias, los odios y persecuciones de los judios? <Cuán por menudo le daria razón del fin en que habia de parar aquella borrasca y tempestad y como, finalmente, habia de ser anegado en sus olas? (Ps. 63,8). No se puede dudar sino que muchas veces y muy despacio trataria de estas cosas con su Madré, desahogándose y consolándose con Ella, la cual entendia tan profundamente este misterio, y le aceptaba con tanta conformidad, y le ofrecia con tanta devociôn, y le sentia con tanta ternura,

y, finalmente, tenia el corazôn tan semejante, y tan unido, y tan uno con el de su Hijo.

63° Por todo lo dicho no se puede creer sino que tenia esta Senora muy frecuente y casi continua meditaciôn de esta Pasiôn, porque a este pensamiento le Hevaba el amor y dolor... Y de aqui se despertaba en la Virgen una grande admiraciôn y ardentisimo amor; porque con la luz que el Espiritu Santo le comunicaba conocia bien la alteza de la Niajestad de Dios, la pequenez y vileza de los hombres y la acerbidad de los tormentos que por ellos habia de padecer; y confiriendo entre si estas cosas, sacaba la grande caridad de Dios, y el inestimable beneficio que se hacia a todo el género humano, y la parte tan aventajada que Ella tenia en él. Y a este conocimiento correspondra en su casto y humilde corazôn un profundo agradecimiento y fervorosisimo amor de Dios y no menos una grande y escondida caridad para con los mismos hombres, a los cuales veia que habia Dios estimado tanto*...

(«1

b) La despedida

-Estando, pues, la Virgen tan apercibida con tan clara noticia y con tan continua y profunda meditaciôn de la Pasiôn de su Hijo y sabiendo cierto que aquella era la noche que habia de ser entregado a la muerte, se vino en pos de El a Jerusalén...

Viendo, pues, la Virgen a su Hijo en pie se retiré a lo secreto de su aposento a esperar el último abrazo y despedida que tanto dolor le habia de costar, cuando le ve entrar con el sosiego y medida acostumbrados, encendido el rostro del trabajo de haber lavado los pies y del largo razonamiento que habia hecho después de la cena, y mucho más del grande fervor de su abrasada caridad, y puesto delante con el amor y reverencia que tal Hijo debia a la Madré: Senora (le dice), no vengo a deciros cosa que no sepáis, sino a despedirme para lo que ya sabéis. Muchas veces he descansado con Vos tratando de ello; dad gracias a Dios, Senora, que os ha cabido en buena suerte tener un Hijo que haya de morir por justicia, pero para satisfacer a la Justicia divina y para justificar a los hombres y reconciliarlos con Dios. Consolaos, Senora, que el fruto es grande y la tempestad breve. En hacer yo esta jornada cumplo el mandamiento de mi Padre y hago su santísima voluntad. El consuelo que yo llevaré sera saber que Vos quedáis con alguno; porque el tiempo da prisa, dadme, Senora, vuestra licencia, vuestra mano y vuestra bendición.

¡Qué lágrimas tan sosegadas correrian por aquel rostro de la Virgen! ¡Qué corazôn tan atravesado de dolor y tan constante y esforzado para obedecer y conformarse con lo que Dios disponia! ¡Qué caridad tan abrasada para ofrecer el Hijo que tanto queria por la gloria de Dios y la salud de los hombres! Vuestro Padre, Hijo mio (responderia la Virgen), os dé la bendición desde el cielo; y anadiria luego: *He flqwi lu esclava dei Senor, hdgase en »ni segin*

su roll nt id (Le. 1,38). El Salvador Horaria también, pues se entregô y llorô de ver llorar a Maria Magdalena (lo. 11,35) en rnuerte de Lâzaro, su hermano, y mudos los dos con el sentimiento, se debiô de hacer aquella ultima despedida echândose los brazos y haciéndose el uno al otro con silencio el debido acatamiento, y con esto se arrancaria çl Hijo de su Madré, y Ella le seguiria con los ojos hasta perderle de vista, y nosotros debemos estimar, y agradecer, y tenernos por muy obligados al amor con que la Virgen nos da su Hijo para padecer y morir por nosotros».

B) De otras causas mâs secretas de la tristeza de nuestro Salvador

(Cf. *ibid.*, c.8 p.84-90.)

«Aunque todas las causas previstas de la Pasiôn que hemos dicho eran motivos de suma tristeza y dolor, no fueron, con todo eso, parte para que el Salvador no se ofreciese prontamente a la muerte..., y con todo eso, mirando la carga que tomaba sobre sus hombros, se puso en agonía... Porque el negocio que emprendia de pacificar los cielos y la tierra, reconciliar los hombres con Dios... era negocio de tanto peso y cuidado, que ponía en mâs congoja al amoroso corazôn de nuestro Salvador que los mismos tormentos y deshonras que en lo de fuera habia de padecer. Y de aqui podemos sacar algunos de los motivos y causas mâs secretas que tuvo el Salvador en su oraciôn, de tanta tristeza y agonía”.

a) La grandeza de su amor

G33

-La primera causa fué la grandeza de su amor, porque su dolor fué a la medida de su amor, y así como no se puede comprender del todo su amor, tampoco su pena y dolor (cf. B. Juan de Avila. *Audi filia* c.79). Porque es así que, en siendo criada aquella ânima santísima e infundida en su cuerpo en el vientre virginal de Nuestra Señora, luego viô tan claramente como ahora la divina Esencia y, en vit'n lola, juzgô ser digna de toda honra y servicio, y así lo deseô con inefables fuerzas de amor que le fueron dadas para amar. Mas como también viô todas las ofensas que los hombres habian hecho contra Dios desde el principio del mundo y las que habian de hacer hasta el fin de él, fué tan entraüable su dolor de ver ofendida la divina Majestad cuan grande era el deseo que tenía de verla servida; y como no hay quien pueda alcanzar la grandeza de este deseo, tampoco hay quien pueda alcanzar la grandeza de aquel su dolor (cf. *Audi filia* c.80). Y así leemos de algunos que tanto arrepentimiento tuvieron de haber pecado, que no pudiendo caber en ellos tanto dolor, perdieron la vida. ¡Qué dolores obrô en Ti, Señor. aquel amor sin medida que a Dios y a los hombres

tuviste, pues que una centella de este amor infundida en los corazones de aquellos les apretô tanto que les hizo reventar como pôlvora!»

G31

b) El amor a los hombres

♦A esta primera causa del amor de Dios es consecuente otra del amor grandísimo que tenía este Señor a los hombres; y como El solo sabla conocer y estimar dignamente cuán grande mal es estar en desgracia de Dios y haber de carecer para siempre de su gloriosa vista y compaña, así se acongojaba sobremanera de ver a los que El tanto quería en tan grave y manifiesto peligro..., deseando la satisfacciôn de la honra divina y el remedio de los hombres, aunque fuese muy a su costa. Porque si el Apôstol (2 Cor. 11, 28) dice de sí que le consumía más la solicitud y cuidado de las Iglesias que le fatigaba allí dentro que todos los trabajos y persecuciones que padecía por defuera, y que cuando alguno flaqueaba, él se enflaquecía, y cuando era escandalizado, él se abrasaba, <qué padecería dentro de sí aquel Señor que tenía tanta mayor caridad que el Apôstol?>

635

c) HaBERSE HECHO CARGO DE LOS PECADOS HUMANOS

«Demás de este dolor... había otro que no le causaba menores congojas: el cual era haberse hecho cargo de todos los pecados de los hombres para satisfacer las injurias de su Padre, que estaba ofendido, y pagar las deudas de sus hermanos que estaban condenados...

Isaias dice (53,6): *Cada uno de nosotros se perdiô por un camino, y el Señor puso sobre su Mesias los pecados de todos.* Y esta sentencia tan rigurosa de la divina Justicia, tu amor, Señor, la tuvo por buena y echaste sobre tus hombros y te hiciste cargo de todos los pecados, sin faltar uno, que todos los hombres hicieron, hacen y han de hacer desde el principio del mundo hasta que se acabe, para pagarlos Tú, Señor y amador nuestro, con dolores de tu corazón. Pues ¿quién podrá contar el número de estos dolores, no habiendo quien pueda contar el número de nuestros pecados?...

636

No solamente quiso el Señor pagar como fiador por culpas ajenas, sino como si El mismo fuera el culpado y los pecados fueran suyos propios... Mas el Señor se hizo tan uno con nosotros como es la cabeza con su cuerpo; y por esta razón quiso que las culpas nuestras se dijese culpas suyas, y no solamente pagarlas con su sangre, sino pasar vergüenza y confusión por ellas. Y sin duda que fué muy grande la que nuestro Señor padeciô por nuestros delitos y que fué gran parte de la congoja que tuvo a la entrada de su Pasiôn cuando se hizo cargo y se ofreciô a pagar por ellos. Esto quiso El significar por el profeta cuando dijo (Ps. 43,16): *Tota die verecundia mea contra me est, et confusio faciei meae cooperuit me.* Y en otra parte dice (Ps. 68,8): *Oneruit confusio faciem*

meam. Y representando a su Eterno Padre esta congoja como una de las mayores que padecia, dice asi (Ps. 68,20): *Tu scis improperium meum, et confusionem meam, et reverentiam meam**.

d) INTERCEDIÔ POR NUESTROS PECADOS COMO SI FUERAN SUYOS

«Y aqui se nos descubre un nuevo argumento de la humildad y caridad de Cristo nuestro Senor, porque siendo nuestros pecados tan feos y pasando El tanta vergüenza y confusion en intercéder por ellos, intercediô y abogô por ellos con profundisima humildad y ardentisima caridad como si fueran suyos propios. Suele acaecer que cuando algùn hombre comete algùn delito infame, sus amigos y deudos le desconocen y desamparan por que no se les pegue el mal olor de aquella infamia... Pero este benignisimo Senor y amador nuestro, cubierto su rostro de vergüenza por las abominaciones que nosotros cometimos, no se desdena ante el tribunal de la divina Justicia de reconocernos y confesamos, no sôlo por amigos, por deudos, por hermanos y por hijos, sino también por sus miembros y por cuerpo suyo, cuya cabeza es El. Y de ahi es que no solamente ruega y négocia que seamos perdonados, sino que también se ofrece como si fuera El malhechor a pagar la pena que merecimos»...

e) Nuestra ingratitud

638

«No parece que podian ser mayores las congojas de nuestro Salvador si no las hiciera crecer nuestro desagradecimiento y mala correspondencia, que es la cosa que mâs aflige a los que hacen beneficios y tienen amor. Porque el ver que habia de haber tantos que no conociesen, ni estimasen, ni agradeciesen este beneficio, ni se aprovecharen de remedio tan costoso, y que después de haber dado su sangre para medicina de nuestras dolencias, y para hacer un bautismo con que purificar nuestras manchas, hubiese con todo eso tantos que, por no curarse, muriesen eternamente, y tan pocos que lavasen sus vestidos en la sangre del Cordero, esto era una cosa que lastimaba el corazôn de este Senor mâs de lo que con palabras se puede declarar. Aqui sintiô de nuevo los pecados de los hombres como de gente que pisaba su sangre y despreciaba su amor y desestimaba sus beneficios, y mucho mâs los pecados de aquellos que, por ser cristianos o religiosos o por haber recibido mayores dones de Dios, era mayor y mâs feo su desagradecimiento. Y si los que mucho aman se afligen notablemente cuando les responden con desamor, dinos, Senor, êqué sentiste cuando, teniendo tanto amor a los hombres, viste en ellos tanto desamor, tanto olvido y desagradecimiento?»

f) LOS PADECIMIENTOS DE LOS ESCOGIDOS

-Además de lo dicho, tuvo el Señor otro motivo de dolor que declara mucho su amor y para nosotros es de mucho consuelo; porque vio claramente los caminos que habían de llevar sus escogidos para conseguir el fruto de su redención. Allí se representaron muy en particular y por menudo sus tentaciones y luchas, sus ayunos y vigiliass, sus persecuciones y penitencias, sus trabajos y cansancios, sus injurias y deshonras y sus dolores y martirios. Todas estas cosas no las miró como ajenas, sino como pasiones propias suyas, porque, en la verdad, le tocaban de muchas maneras. Lo primero, porque eran pasiones de sus miembros, y por ese título eran suyas. Lo segundo, porque ellos las habían de padecer por su amor y por no negarle ni ofenderle a El. Lo tercero, porque los mismos perseguidores y tiranos habían de perseguir y atormentar a los justos por su respecto y porque le seguían y Servían a El. Por todo lo cual el benignísimo y fidelísimo Señor se hacía cargo de todas estas pasiones como si fueran suyas y las padeciese El.

Porque si a Saulo cuando perseguía a sus fieles le dijo: *¿Por que me persigues?* (Act. 9,4). de la misma manera pudo decir que las piedras de Esteban le herían, y el fuego de San Lorenzo le quemaba, y todas las otras congojas de sus santos le afligían, las cuales El sabía y penetraba mejor que otro ninguno y las aceptó este día y las ofreció al Eterno Padre en su oración, no sintiendo menos los trabajos de su Cuerpo místico que sentía los de su mismo cuerpo natural*.

C) Es el Salvador entregado y preso

(Cf. ibid.. c.IO p.100-112.)

G4I)

a) Amonestación al traidor

♦Y por no perder ocasión ninguna de hacer bien a quien le hacía mal. después de haberle dado aquella significación de amor, le amonestó de palabra con tanta dulzura y suavidad como no pedía la gravedad del delito, sino como sufría la poca disposición del enfermo; porque le llamó por su nombre propio (que es señal de regalo) y le declaró la gravedad de su delito. Y esto no exagerando ni reprendiendo, sino preguntando, que es señal de caridad y amor, cuando le dijo (Le. 22,48): *¿luda, osculo Filium hominis tradis?* Como si dijera: ¿Con muestras de paz me haces guerra? ¿Con señales de amor me entregas a la muerte? ¿El discípulo al Maestro y el siervo a su Señor? Y luego, para moverle más al conocimiento de su culpa, le hizo otra pregunta con no menos fuerza de palabras y de amor (Mt. 26,50): *Amigo, dijo, ¿a qué has venido?* Amigo, no porque lo eres, sino porque lo has sido; y por haberlo sido es mayor la injuria que me haces y más vivo el

sentimiento y dolor que me causas: *Quia si inimicus meus maledixisse! mihi, sustinuissem utique* (Ps. 54.*3). Amigo, que lo has sido y lo debias ser, y por lo que a Mi me toca lo puedes ser de aqui en adelante, que yo cstoy dispuesto a serio tuyo. Amigo, no porque tienes ganas de mi amistad ni porque tus obras merezean este nombre, sino porque lo pide mi amor y las obras que yo hago contigo como si lo lueses. Pues, amigo, êqué intento es este que traes y qué empresa es esta a que has venido?

Turbôse, sin duda, Judas de ver que a los ojos de su Maestro estaba tan patente su traicién y quedô atônito y confuso con respuesta de tanta mansedumbre; y no dejândole su mala conciencia juntarse con los otros apéstoles y condiscipulos suyos, se retiré hacia los soldados y ministros (lo. 18,5) que habian venido con él...»

b) La curagiôn de Malco

"Cerré San Pedro (lo. 18,10) con el siervo dei pontifice y tiréle un golpe a la cabeza, que, resbalando, por ventura, del casco con que venia, vino a dar en la oreja derecha y se la corté... Y para no faltar nada a quien era, después de haber curado la herida corporal del enemigo se puso a enseñar la ignorancia del discipulo y dar testimonio con su palabra de la voluntad con que se ofrecia a la muerte por cumplir la de su Padre y lo que estaba profetizado de El en la Escritura. Y de camino quiso herir los corazones de los judios, poniéndoles delante la pena y castigo a que se sujetaban por querer darle la muerte tan injustamente. Porque delante de todos ellos dijo a San Pedro (Mt. 26,52): Volved, Pedro, vuestro cuchillo a su lugar, que no es ahora tiempo de defendernos con armas... Por lo que a Mi toca, por ahora yo no trato de huir la muerte, sino de aceptarla con toda voluntad y amor, porque no la miro yo como dada de mano de ellos, sino como ordenada y dispuesta por mi Padre. *El câliz* (lo. 17,11) *que mi Padre me da, ino queréis vos que yo lo beba?* Que bien basta venir de tal mano para que Yo lo tenga por dulce y lo beba con sed y con deseo. Y cuando Yo quiera defensa, <qué necesidad tenía de la vuestra, que sois flacos, pocos y desarmados? (Mt. 26,53). Pues con abrir Yo la boca y rogârselo a mi Padre, me enviaria aqui luego, por once hombres que vosotros sois, mäs de doce legiones de ângeles, que asistirian a mi defensa y servicio. Pero Yo no trato de defenderme, ni esto que veis es para mi cosa nueva y no pensada, que muchos siglos ha que los santos profetas, movidos del Espiritu Santo, lo dijeron que convenia que se hiciese asi; y si Yo me pusiera en resistencia, ¿cémo se habian de cumnlir las Escrituras?

D) Niega San Pedro al Salvador

(Cf. ibid., c.13 p.138-140.)

«No sin causa permitiô el Senor tanta Haqueza en el que ténia senalado para piedra fundamental de nuestra Iglesia; entre otras podemos considerar cuatro. La primera, por que ninguno confie presuntuosamente de si mismo, pues cayô un apôstol tan querido y privilegiado; y tome cada uno para si el consejo de San Pablo: *El que piensa que estâ en pie* (i Cor. 10,12) *mire bien y esté sobre aviso para que no caiga*. La segunda, por que ninguno desconfie de Dios por caido que se vea, pues Pedro, habiendo cometido tan gran culpa, por medio de las lâgrimas y penitencia volviô a la antigua gracia y amistad y fué hecho principe de los apôstoles, cabeza de la Iglesia, pastor del rebano de Cristo y depositario de las Hâves del reino de los cielos. La tercera, por que quedase el mismo apôstol humilde y mâs recatado, lo cual dice San Agustin (cf. *De civ. Dei* I.14 c.13) por estas palabras: «Atrévase a decir que es provechoso a los soberbios caer en algün pecado claro y manifiesto, por donde se parezca mal y se desagrede de si los que, pareciéndose bien y agradândosc de si mismos, habian ya caido; porque mâs provechosamente se desagradô Pedro a si mismo cuando llorô su culpa que no se habia agradado cuando presumiô de su constancia». La cuarta razôn, de San Gregorio (cf. *Horn, u in EvJ...* Para que aquel (dice este Santo) que habia de ser Pastor de la Iglesia aprendiese en su misma culpa cômô se habia de compadecer de las ajenas; porque la misericordia que usô el Senor con San Pedro fué de todas maneras grande y digna de eterna memoria. Niega el siervo a su Senor, que muere inocentemente por él, y en medio de la culpa que el siervo comete le mira para salvarle y le da la mano para que del todo no quede perdido. Tal, por cierto, y tan piadoso habia de ser el Senor de la vida y tan apiadado convenia que fuese el pastor que en su lugar habia de apacentar su ganado, por que se acordase de la piedad que usô su Maestro con él y no desamparase ninguna oveja por enferma, rebelde o descarriada que fuese».

E) uEcce Homoi

(Cf. ibid., c.23 p.210-217.)

«¡Oh mal juez (si alguno se ha visto en el mundo), que, confesando ya la tercera vez que después de muy examinado y mirado no halla causa en este Hombre para que sea castigado, con todo eso, le ha puesto tal, que, conociendo la rabia de sus enemigos, le parece que con sôlo mirarle se han de mover a compasiôn! ¡Oh ângeles de! cielo, que os hallasteis présentes a este espectâculo. quién

os viera arrodillados y postrados reverenciando esta santa humanidad y confesando que todo vuestro amor es como hielo si se compara con el fuego encendido de su caridad! [Quién os viera cruzadas las manos, confesando que sola su voluntad y mandamiento os las tiene atadas para novengar sus injurias! ¡Oh pueblo judaico!... Ya que has cerrado los oídos a las voces de Dios, ábrelos siquiera a las voces del presidente Pilato. El cual desde aquel lugar alto y en presencia del mismo Salvador, para ponerles en vergüenza o para moverlos a compasión les estaba diciendo: *Ecce Homo*. Mirad este hombre; ¿veis aquí el Hombre que acusáis? Este es el Hombre que me entregasteis, que por ventura no le conoceréis por el riguroso castigo que se ha hecho en El; mirad qué Hombre para emplear contra El tan grande furor; veis aquí este Hombre, no esclarecido con imperio, sino obscurecido con oprobios; si teniais envidia de El como rey, compadeceos ahora como de miserable; estad seguros y ciertos que no se acordará más del nombre de rey, que tan caro le ha costado; está infame, azotado por justicia, coronado de espinas, vestido de andrajos, deshonrado con todo género de afrentas, afrentado con mil invenciones de injurias; ¿qué más le pedis?...

No piense, pues, Pilato que atavió a Cristo en balde aunque no pudo mover a compasión a los judíos que allí estaban, pues tantos... han mirado los trabajos de este Señor con tan grande compasión, que están azotados y coronados de espinas y crucificados en el corazón con El.

Miremos, pues, todos a este Hombre Dios, al cual desearon ver tantos reyes, tantos patriarcas y profetas. Miremos a este Hombre para oír sus palabras, porque El es el Maestro que el Padre Eterno nos ha dado. Miremos a este Hombre para imitar su vida y seguir sus pisadas, porque no hay otro camino para ser salvos sino El. Miremos a este Hombre para compadecernos de El, pues estaba mal que bastara a mover a compasión a los que le querían mal. Miremos a este Hombre para llorar y hacer penitencia, pues nosotros con nuestros pecados le paramos tal como está. Miremos a este Hombre, porque no puede escapar de la muerte eterna quien así no le mirare, porque El es la serpiente de metal levantada en el desierto para que los que le miraren no perezcan. Miremos en la faz de aqueste Hombre, meditando siempre en El y arreglando nuestra vida por El, para que en El, como en un espejo, veamos nuestras faltas y, conociendo lo que nos afean, tomemos de las lágrimas y de la sangre que por su rostro hermoso va corriendo y limpiemos con dolor nuestras manchas y quedaremos limpios y hermosos en su divino acatamiento'».

645 **F) *Encuéntrese el Salvador con su Santísima Madre***(Cf. *ibid.*, c.27 p.247-250.)

◆Haciendo Dios una obra como esta sobre la tierra, en la cual más que en otra ninguna descubria la grandeza de su sabiduria, de su poder y bondad, y la grandeza de su justicia y misericordia, y de su inmensa caridad; y habiendo allí tantos jueces ciegos y apasionados que no la entendian ni estimaban ni sentian de ella como era razón, no quiso la Divina Majestad que faltase aquella Virgen y Madre suya, que sólo ella la entendia y penetraba y sabla estimar, y ninguna otra criatura como ella; porque cada uno quiere que sus obras, si son de mucho primor, salgan a la luz delante de quien las estima y entiende.

Pues estando esta Senora en tal lugar y a vista de tal espectáculo, ¿qué olas y avenidas pasarían por su pecho virginal? ¿Qué lágrimas correrían por sus sagrados ojos? Porque si ahora nos da saltos el corazón y se nos erizan los cabellos de ver que llevan a morir por justicia a un hombre extrario que nunca conocimos, y nos falta el ánimo muchas veces para mirarle al rostro, ¿con qué esfuerzo dado del cielo miró la Virgen a su Hijo, que iba tan desfigurado y atormentado a morir afrentosamente en la cruz? Pero al fin le miró, y le miró de cara, y el Hijo la miró a Ella, que era su Madre; y los ojos de los dos se encontraron, y quedaron atravesados los corazones de cada uno con el dolor y sentimiento del otro, y no menos regalados con la vista y con la fidelidad y amor que reconoció cada uno en el otro. No se hablaron palabra, porque la prisa no daba lugar; y aunque estuviera muy despacio, el dolor era tan crecido, que habia anudado sus gargantas de manera que no daba lugar a poder formar la voz. Pero los que se quieren bien, con los ojos se habian y se dan a entender los corazones, principalmente siendo los ojos tan vivos y penetrantes como eran aquí los del Hijo y los de la Madre.

G10 Porque entonces el Hijo vió aquella suspension y admiración del alma de su sagrada Madre, causada de ver la alteza y la majestad de Dios, que con tanta luz conocia y con tan viva fe creia en la persona de Cristo, tratada indignamente. Vió el agudísimo dolor de aquel corazón virginal que tenia delante de sus ojos a su Hijo, merecedor de toda honra y regalo, puesto en suma deshonor y tormento. Vió aquel agradecimiento tan humilde y verdadero con que la Madre agradecia al Hijo aquella redención tan copiosa y tan costosa que hacia del género humano. Vió aquel reconocimiento tan leal de la parte tan rica y aventajada que a Ella le cabia de este Redentor. Vió aquella voluntad tan resignada, tan sujeta y tan conforme con la del Eterno Padre en caso tan dificultoso y tan repugnante a la naturaleza. Vió, finalmente, el Hijo amantísimo aquellas lagrimas, aquel dolor y quebrantamiento de corazón de

su Madre, nacido de amor y compasiôn de sus males. Pues yendo el Señor rodeado de tan crueles enemigos, que, como estaba escrito (Ps. 21,13), *le cercaron como toros grandes e hicieron salto en El como leôn que brama y hace presa*, y que *mirando a una mano y a otra* (Ps. 141,5) *no hallô quien le conociese ni quisiese volver por El ni salir a su defensa*, no pudo dejar de consolarse viendo tan cerca de si a la que le conocia mejor que otra ninguna criatura, y sabia estimar la obra que hacia, y agradecer el amor con que le trata en aquéllos pasos, y le habia puesto peleando con sus enemigos en aquella estrechura.

La Madre, por otra parte, que viô a su Hijo en tan grande afrenta y dolor, reconociô en El el amor tan encendido que ardia en su pecho para con Dios y para con los hombres, la voluntad tan conforme y sujeta al mandamiento de su Eterno Padre, el esfuerzo y alegría de su corazôn con que iba a padecer por los hombres, la redenciôn del género humano, la redenciôn dei mundo, la abundancia de la gracia y los inestimables premios de gloria y vida eterna que habian de resultar de aquella muerte temporal de su Hijo. Con esta vista debiô de crecer tanto en el conocimiento de aquella obra que hacia y de aquella empresa que llevaba que no se pudo contener que no fuese tras El al monte santo a hallarse présente a aquel sacrificio que el Sumo Sacerdote habia de ofrecer para aplacar la ira de Dios y reconciliar con El a todos los hombres»

G) *Los buenos cristianos hallan ejemplo, remedio y consuelo en Jesucristo crucificado*

(Cf. *ibid.*, c.32 p.284-294.)

cFué suma de la sabiduria de Dios, habiendo venido a este mundo hecho hombre, escoger para salir de él la muerte mäs afrentosa y dolorosa que podia haber y conquistar su reino por el madero de la cruz..., embotândole al mundo sus mäs fuertes y mejores armas y dando ânimo a los suyos para hollarle como a enemigo vencido (lo. 16,33)...

Ensenônos también la suma reverencia, obediencia y amor que debemos tener a Dios sobre todas las cosas, perdiéndolas todas y la misma vida, cuando sea menester, para glorificarle y cumplir sus mandamientos. Ademäs de esto esforzô nuestra flaqueza, armândonos de paciencia, de humildad y de confianza en Dios para todos los casos, por diversos que sean...

Y habiendo su Divina Majestad ordenado manifestai su grandeza en la cruz y llevar por este camino a sus escogidos, era muy conveniente que, asi como en el cielo era grande en la majestad, asi fuese en la tierra grande en la paciencia; y que El tomase primero su cruz para que le siguiésemos todos... Porque su pobreza llegó a punto que le faltaron todas las cosas, pues ni tuvo una cama en que morir...

La palabra de C. q

El desamparo de los hombres fué tan grande, que se pudo decir en su persona (Ps. 41,5): *Miraba a una mano y a otra, y no hallaba quien me conociese*, porque mis conocidos antiguos huyeron muy lejos de mi y me tuvieron por cosa abominable. Y fué tanto mayor este golpe y caída, cuanto fué de más alto...

Teniendo tan declaradas contra si las voluntades de los judíos y gentiles, mayores y menores; en los suyos, que habian seguido su escuela, tampoco hallô firmeza y lealtad...

650 Mas ¡quién dira cuán gravemente y de cuántas maneras padeciô en la honra? Tuvo tanto más vivo el sentimiento de sus deshonoras, cuanto era de más alto corazôn, y habia alcanzado mayor reputaciôn y estima, y le habian tratado siempre con mayor reverencia...

Fué su deshonor la más calificada que se podia imaginar. Lo primero, por parte de su persona, que era verdadero Dios, y en cuanto hombre, tan acreditado y conocido.

Lo segundo, por parte de las personas que le deshonraron..., la gente más acreditada en letra y religion y de quien menos se podia presumir, o que ignorase la justicia, o que quisiese hacer injusticia y agravio...

Lo tercero, por parte de los delitos de que le acusaron, a saber: de blasfemo contra Dios..., de traidor a los reyes..., de hombre embustero y alborotador...

Lo cuarto, creció su deshonor por parte de las cosas que se hicieron con El, que todas fueron llenas de dolor y de ignominia...

651 Los dolores de su cuerpo fueron tantos, que se pudo bien decir (Is. 1,6), que *desde la planta dei pie hasta lo más alto de la cabeza no tenia parte sana*, y que *todo estaba hecho una llaga* (Is. 53,4)...

Porque ya que Dios quiso padecer, como Dios habia de padecer; y así, en lo que padeciô, como en el modo y causa de padecerlo, claramente se descubria que era más que hombre el que padecia... Ahora si miramos la causa por que padeciô, hallaremos que fué cosa muy conveniente a quien era, porque todo esto padeciô por la justicia y por la verdad, y por volver por la honra de Dios y cumplir con el precepto que le tenia puesto... Padeciô también por el bien público de todos los hombres...»

H) De la segunda palabra

(Cf. ibid.. C.35 p.301-307.)

a) El ladrôn entendiô que era Rey verdadero

«Entre estos en quienes tuvo efecto la oraciôn del Salvador fué uno de los ladrones que estaban crucificados con El... Con ojos alumbrados de Dios estaba contemplando aquel espectâculo, fuente de toda la gracia y santidad; considerando la profunda paciencia y mansedumbre de aquel Señor que padecia y la caridad con que rogaba por sus enemigos, movido interiormente dei Espiritu divino, entendiô no sólo que era inocente, sino que era Rey verdadero;

y que para gloria suya y confusiôn de sus enemigos podia librar a los ladrones dei tormento y hacerlos participantes de su reino y de su gloria, aunque no de la manera que el otro su companero blasfcmaba, Por lo cual le reprendiô y corrigiô desde la cruz diciendo (Le. 23,40-41): *iNi tû tampoco ternes a Dios estando comprendido en la misma condenaciôn y sentencia? Digo que es la misma, aunque la causa muy diferente, porque tû y yo padecemos justamente, pero éste iqué cosa mala hizo?*

Como si dijera: Maravilla es que la ceguedad de los sacerdotes y letrados sea tanta, que no conozcan la inocencia de este santo Cordero, que injustamente padece, y que su pasiôn esté tan encendida y tan embravecido su furor, que viéndole padecer tales dolores estén tan lejos de compadecerse, que se los aumentan y dan mucho mayores con su lengua. Maravilla es que Pilato, estando desapasionado y habiendo conocido la verdad, se haya dejado rendir a la injusticia, lo cual es argumento claro de que él y ellos, y ellos y él, han perdido del todo la vergüenza y el temor de Dios. Mas, al fin, el präsidente se dejô veneer dei temor humano de perder la gracia y amistad del César, la cual queria conservar para sus pretensiones. Los sacerdotes, llenos de ambiçiôn y de codicia, han conseguido pertinazmente su intento de quitar delante de los ojos al que tenian por contrario de su honra y de sus intereses. Los unos y los otros, como gente descansada y que no sabe de tormento, tampoco se compadecen de los que están en él. Pero lo que es peor, y que por ningün camino se puede excusar, es que ni aun tû tienes temor de Dios, siendo en ti tanto mäs feo el no tenerlo, porque ni te humilia la afrenta en que estás, ni te rinde la pena que padeces, ni te desengafta la muerte que esperas. Antes, estando como estás, condenado, te muestras tan insolente como están los acusadores y jueces, y tienes tan poca compasiôn como si no participaras dei tormento, siendo consorte y companero en la misma sentencia y condenaciôn.

Et nos quidem iuste. Nosotros con justicia somos castigados, porque recibimos la paga que merecian nuestros delitos; pero éste ninguna cosa hizo que no fuese de santo y gran profeta... De esta manera, estando el Señor en la cruz, alumbrô al un ladrôn para ganarle, y al otro, por que no se perdiese, le proveyô de predicador que le reprendiese y enseôase, el que mäs a propôsito pudiera ser, que era su mismo companero.

b) La FUER2A DE LA LUZ Y LA GRACIA CELESTIAL

iAcuérdate, Señor, de mi cuando vinieres en tu reino (Le. 23,42). Que fué una modesta peticiôn y maravillosa confesiôn; porque le confesô por Rey y creyô que habia de resucitar, pues dijo que habia de venir glorioso en la majestad de su reino; y le tuvo por Dios, pues le llamô Señor y pidiô que se acordase de él, no para cosa de esta vida, pues ya estaba para perderla, sino solamente para que le perdonase sus pecados.

Y si miramos el tiempo y circunstancias en que creyô y confesô estas verdades, se descubre mâs la fuerza de la luz y la gracia celestial. Veiale padecer como él, y que los sacerdotes y letrados le blasfemaban aun mâs que a él. ¿Qué mucho que pensara que tenia las mismas culpas o mayores que él? Y como dice San Leon (cf. *Serm. i, De pas.*): «¿Qué exhortaciôn le persuadiô esta fe? ¿Qué doctrina se la enseñô? ¿Qué predicador le despertô? El no habia visto los milagros que primero se habian hecho; por entonces habia cesado la cura de los enfermos, el alumbrar los ciegos y resucitar los muertos. Aquellas mismas senales que se habian de hacer al tiempo de su muerte, obscureciéndose el sol, quebrándose las piedras y abriéndose las sepulturas, aun no estaban présentes. ¡Con todo eso, confiesa por Rey y por Señor al que tiene por companero en el suplicio!» Esto dice San Leon.

655 Pero el mismo Señor, que después de subido a los cielos ha descubierto a tantos las excelencias de su cruz, se las descubrió a este ladrôn estando en ella, y por eso le dijo: *Acuérdate, Señor, de mi cuando vinieres a tu reino*. Bien sé, Señor, y lo conozco, que aunque eres Señor de todo el mundo, pero que tu reino no es de este mundo, ni yo te suplico por cosa de este mundo estando yo en una cruz y tû en otra, los dos ya casi fuera dei mundo. Y aun cuando yo no mereciera esta cruz por mis delitos, y tuviera en mis manos todas las riquezas y haberes del mundo, todo lo dejaria libremente, y sobre todo escogiera esta cruz en que estoy por ser companero de la tuya. Solamente me tiene aficionado y suspenso la gloria y bienaventuranza que me has descubierto de tu reino. Y si a ti, Señor, estando en este mundo te ha cabido tanta parte de la pena de mis pecados, no es mucho que cuando yo saiga de él me quepa alguna del premio de tus merecimientos. No te pido de las primeras sillas, ni la mano derecha o siniestra de tu gloria; yo me tengo por muy favorecido en que me hayas dado la mano derecha de tu cruz, y esto me da algùn atrevimiento para pedirte que cuando te veas en tu reino me tengas siquiera en tu memoria.

Aceptô el Señor de buena gana, entre tantas blasfemias de los sacerdotes, la confesiôn de un ladrôn..., y haciendo trono de su cruz, y asiento y silla en las mismas llagas de que estaba colgado y en los clavos a que estaba asido, despachô la peticiôn de este ladrôn con liberalidad y magnificencia de Rey, diciendo: *Yo te lo digo de verdad, que hoy estarás conmigo en el paraíso* (Le. 23,43). ¡Tal, por cierto, convenia que fuese el trono de su clemencia, y que asi se despachasen las causas de los pecadores!»

I) De la sexta palabra

(Cf. ibid., c.42 p.339-348.)

a) Maestro y Redentor

«Dos oficios trajo nuestro Salvador al mundo, conviene a saber: de Maestro y de Redentor. Y dos cosas le encomendô su Eterno Padre que hiciese, esto es, que nos enseñase y nos redimiese; y la una y la otra llevô hasta el cabo, y las puso en su perfecciôn. De la primera dijo, después de haber predicado el ùltimo sermôn a sus discipulos en la Cena (Io. 17,4): *Cumplido he perfectamente y llevado hasta el cabo la obra que me encomendaste, porque he predicado y manifestado tu nombre a los hombres*. De lo segundo, dijo el mismo Señor cuando subia a padecer (Le. 18,31): *Ved aqui que subimos a Jerusalén, y se acabardn de cumplir hasta la postrera letra todas las cosas que estân escritas por los profetas del Hijo del hombre*. Esta palabra, *consummabuntur omnia*, que dijo aqui el Señor de futuro, estando para expirar en la cruz, diô testimonio que estaban ya de cumplir; y por esto repitiô de pretérito la misma palabra cuando dijo: *Consummatum est* (Io. 19,30).

Y asi como se cumplieron a la letra todas las pasiones que estaban profetizadas del Señor, asi también El llevô hasta el cabo, y diô la perfecciôn y consumaciôn a sus divinos y soberanos intentos acerca de la gloria de Dios y remedio de los hombres. Todo esto se comprende en esta palabra: *Consummatum est...*»

b) En la cruz se consumaron y perfeccionaron todas las cosas 657

«Porque este enigma de la cruz, tan obscuro para la sabiduria humana... con solas estas palabras se declarô, para que los escogidos de Dios reconociesen en la misma cruz la virtud y sabiduria divina, y la perfecciôn y consumaciôn de todas las cosas. *Consummatum est*. Ya estâ todo acabado; ya he bebido yo el câliz de mi pasiôn, hasta agotarlo, sin dejar nada en él; ya se han cumplido todas las profecias, y se ha dado luz a las sombras, y declarâdase la verdad de las antiguas figuras; ya se han pagado las deudas de los pecadores, y se ha comprado por su justo precio el premio de la gloria para los justos, y se han asentado firmes paces entre Dios y los hombres; ya estâ acabada la pelea contra el pecado y contra el infierno, y se ha conseguido ilustre victoria; ya se ha dado fin al curso de la peregrinaciôn y de la vida mortal, y se da principio al imperio y triunfo de la gloria: *Consummatum est...*»

c) Satisfacciôn de la deuda de Adân 658

«Para reconocer mejor tan grande beneficio, puestos al pie de la cruz en presencia de este Señor, debemos atentamente considerar, y cuanto su gracia nos ayude, ponderar en el divino acatamien-

to, cuán grande fué la deuda que nuestro padre Adán cargo sobre si y sus hijos, desobedeciendo al mandamiento que Dios le puso...

Pero aquel Señor, que es rico en misericordia por las entrañas de su piedad, bajô del cielo a satisfacer por nuestra obligaciôn, y a pagar, como se dice en el Salmo (Ps. 68,5), lo que El no habia robado. Puesto en la cruz, con el precio de su sangre comprô a su Eterno Padre nuestras deudas; y hecho por este titulo Señor de todos los hombres, y nosotros sus esclavos, nos diô perfecta libertad, remitiéndonos la deuda graciosamente, y perdonando liberalmente nuestros pecados. Despojô también al principe de este mundo (Col. 2,14) del derecho que tenia contra nosotros quitándole la obligaciôn con que nos habiamos sujetado a él como escritura de deuda ya pagada, borrândola con su sangre y enclavândola en su cruz; y no quiso salir de esta vida sin dar El mismo al mundo las buenas nuevas de su rescate, cuando dijo: *Consummatum est*. Ya este negocio está acabado, y está pagada esta deuda.

659 Y fué tan copiosa esta redenciôn, y tan sobrado y abundante el precio, que no solamente bastô para pagar nuestras deudas y librarnos del infierno, sino también para comprar por su justo valor el premio de la bienaventuranza...

Porque los hombres con sus pecados tenian ofendida la divina Majestad..., el cual era un estado muy miserable; porque êdônde podia huir, o como podia el hombre esconderse de Dios? <Y cual de las criaturas le podia hacer amistad teniendo por enemigo al común Señor de todas? <Y como podia tener paz consigo no teniéndola Dios con él? Era asimismo el remedio muy dihcultoso, por no haber mediador que se pusiese a componer las partes y alcanzase de Dios perdôn de lo pasado, y del hombre la enmienda de lo venidero... El hombre por si mismo era tan pobre y flaco, que ni tenía caudal para satisfacer por las ofensas hechas, ni fuerzas para sustentarse sin volver a caer de nuevo en otras...»

«Estaba, pues, el Principe (Is. 9,6) y *Medianero de la paz* clavado en la cruz y levantado en el aire entre el cielo y la tierra, asentando las capitulaciones que convenia para que las paces fuesen firmes y perpetuas. Y no trataba con Dios con sola fe, como los otros hombres, sino que le veia claramente, y cara a cara hablaba con El en presencia de los espíritus soberanos y de toda la corte celestial. Alli le estaba ofreciendo por parte de los hombres su sangre y su vida, para pago de sus deudas y satisfacciôn de sus injurias, y le suplicaba *con gran clamor y eficacia* (Hebr. 5,7) y *con lágrimas* que los perdonase y se reconciliase con ellos; y fué oido de su Eterno Padre en su oraciôn, así por la paga tan sobrada que ofrecia como por la reverenda con que lo pedia y por lo que se debia a su persona. Por respeto de ella y de este sacrificio se reconcilio Dios con los hombres, y se ofreciô a mantener de su parte la paz y amistad con ellos siem-

pre; y concluido así este negocio, dijo el Señor desde la cruz: Ya está pagado, ya está concluido todo y pacificado: *Consummatum est...*

Ya está cumplido todo lo que se había prometido a los patriarcas, se había predicado por los profetas, y estaba significado y encerrado en las antiguas ceremonias y figuras. Ya está todo hecho: lo que era menester para enseñar nuestra ignorancia, y para esforzar nuestra flaqueza, y para corregir nuestra malicia; consumado está ya el remedio de todos nuestros males. Ninguna cosa falta de lo que era conveniente y necesario para despertar a los tibios y alentar a los fervorosos, para curar los enfermos, y preservar a los sanos, para el consuelo y aumento de los justos, y para el perdón y reconciliación de los pecadores. Ya está acabado todo lo que convenia para vencer al mundo, y para sujetar la carne, y para triunfar gloriosamente del demonio y del infierno: *Consummatum est.*

Para hacer verdadera esta palabra y concluir tan gloriosas empresas, hizo rostro el Señor con tanta constancia y entereza a las afrentas y a los dolores... Damos ejemplo en esto para no desistir ni volver atrás de lo que una vez hubiéramos emprendido para mayor gloria y servicio de Dios, por muchas dificultades que se ofrezcan... Perseveremos, pues, con firmeza en la cruz (Hebr. 12,2), y corramos por medio de la paciencia sin desfallecer en la pelea de la fe, trayendo siempre delante de los hijos al Autor de ella, Jesucristo Nuestro Señor, el cual, teniendo delante el gozo y descanso, escogió sufrir la cruz para nuestro remedio y ejemplo...»

e) Hay que pelear por la justicia

«Conviéndonos, pues, pelear (Eccl. 4,33) y agonizar por la justicia hasta derramar la sangre, y ser fieles (Apoc. 2,10) hasta la muerte, si queremos alcanzar la corona de la vida y no huir de la cruz, sino perseverar en ella hasta que del todo se cumpla en nosotros la voluntad de Dios, como persevero nuestro Salvador hasta que pudo decir: *Consummatum est.*

No pueden ser largos los trabajos que tienen fin; breve es y pequeño todo lo que pasa con el tiempo. Las tribulaciones de los suyos hizo Dios que pasasen presto y apriesa; lo que al principio parece intolerable, si un poco nos sufrimos, a vuelta de cabeza ya es acabado. Y por que no nos faltase este consuelo de boca del Salvador, habiendo pasado sobre Él tan grande tempestad de pasiones y estando para morir, antes que expirase dijo: Ya esto es acabado: *Consummatum est**.

El cristiano ante la Pasiôn de Cristo

Espigamos algunos pensamientos que nos han parecido mäs originales o pja. dosos (cf. *Meditaciones* p.4.: Apostolado de la Prensa. 1950, 9.* ed. t.2).

A.) La Pasiôn

M3

a) «Yo soy»

«Se ha de ponderar la fuerza de aquella palabra: *Yo soy* (Io. 18, 4), la cual, para los buenos, es dulce y de agradable consuelo cuando después de haberle buscado y llamado en la oraciôn les dice como a los apôstoles (Mt. 14,27): No *querâis temer, Yo soy*; esto es: Yo soy vuestro Padre, vuestro protector y remediador, vuestro descanso y alegría; Yo soy vuestra sabiduria y justicia, vuestra santificaciôn y redenciôn; soy vuestro camino, verdad y vida; soy el que soy y por mi seréis vosotros con un ser bienaventurado, participando del mio. Mas a los malos que buscan a Cristo para ofenderle e injuriarle esta palabra es terrible y espantosa, porque quiere decir: Yo soy vuestro juez, que os tengo que juzgar; soy el Todopoderoso, que os puedo condenar; soy el Dios de las venganzas, que os tengo de castigar; soy el que soy, para vuestro dano y desventura. aunque por vuestra culpa. Y si esta palabra, dicha por la boca de Cristo cuando estaba en tanta aflicciôn, es tan poderosa que dcrriba en tierra a sus enemigos, ;cuânto mäs poderosa será la que dijere cuando venga como rey a juzgar y diga a los malos: *Apartaos de mi, malditos?* (Mt. 25,41). Serâ, sin duda, como un viento impetuosísimo que dará con ellos no solo en tierra, sino en el profundo del infierno. Por tanto, aima mia, busca a Cristo con humildad y hallarle has para tu provecho; porque si le buscas con soberbîa y para tus intentos vanos, hallarle has para tu dano» (cf. *Médit.* 24 p.2.s,2 p.214).

601

b) La prisiôn

«Sobre todas las virtudes campea la infinita caridad de este dulcísimo Salvador en dar sus benditísimas manos para ser atadas con tanta crueldad, manos que siempre se ocuparon en hacer bien a los mismos que las ataban; y aunque pudiera romper las ataduras con mäs facilidad que Sansôn rompiô las suyas (Iud. 16,9-12), no quiso hacerlo, porque El mismo se las quiso atar con las sogas y cadenas de la caridad, en castigo de la mala libertad y demasiada soltura que han tenido las nuestras y para librarnos de la

cârcel, adonde mereciamos estar atados de pies y manos (Mt. 22, 13). Entonces se cumpliô lo que habia dicho por David: *Los cardeles de los pecadores me ataron, pero Yo no me olvidé de tu ley* (Ps. 118, 61). (Y q[^]é ley es ésta sino la ley de la caridad? De la cual no se olvidô Cristo cuando le ataban los pecadores, amândolos y deseando traerlos y atarlos consigo con cuerdas de Adân y con cadenas de caridad (Os. 11,4).

jOh amabilisimo y amorosisimo Jesûs! <<Quién pudiera atar tus manos si tu amor primero no las atara? |Oh manos liberalisimas y poderosisimas, que poco ha repartisteis a los vuestros el pan de! cielo y nunca estuvisteis atadas para hacer bien a los hombres! iPor qué os dejâis atar con tanta crueldad? |Oh atrevimiento endemoniado de los hombres, que con tanta ignominia maniatâis a Dios! No permitâis, Señor, que con mis pecados y desagradecimientos ate tus manos para que no me hagas bien, antes te suplico aies las mias para todo lo que es culpa y las sueltas para todo lo que es virtud» (cf. *Médit.* 25 p.2.a,3 p.223).

c) Ante Pilato

«Cerca de este examen que Pilato hizo de Cristo nuestro Señor se han de ponderar las notables sentencias que dijo en sus respuestas.

La primera, que su reino no era reino terreno y mundano como los de acá, y por esto no tenia aparato de soldados...

La segunda fué que verdaderamente era rey, pero celestial, y tenia reino, pero reino de otro mundo, que es el reino del cielo y el reino espiritual de su Iglesia, y, por consiguiente, tenía vasallos y criados, pero celestiales y espirituales..., porque cual es el rey taies son los vasallos, y cual es el reino taies son sus ciudadanos.

jOh Rey soberano, instituido por el Padre Eterno sobre el santo monte de Siôn (Ps. 2,6)!, muy debido era a vuestra grandeza ser también rey de este mundo y tener por vasallos y esclavos a todos los reyes de la tierra. Pero vuestra infinita caridad renunciô esta pompa mundana para darme ejemplo de humildad y levantar mi corazôn a la pretension del reino celestial con desprecio del terreno. Hacedme, Rey mio, vasallo digno de vuestro reino con ánimo para hollar todo lo que estima el mundo.

La tercera sentencia fué que habia nacido en el mundo para dar testimonio de la verdad; esto es, para enseñarla y predicarla, confirmândola con milagros y obras maravillosas; en lo cual tuvo tres excelencias: la primera, que nunca testified» cosa que fuese falsedad o mentira, sino verdad, y no cualquiera, sino verdad provechosa para alcanzar el reino cual Rey era. La segunda, que testificô esta verdad con gran valor, aunque le hubiese de costar la vida el decirla. La tercera, que cuando era de cosa gloriosa para El la decia, no por su honra, sino por cumplir con su oficio, dando testimonio de la verdad. A imitaciôn de este Señor he de persuadir-

me que yo también naci y vine al mundo para dar testimonio de la verdad con mis obras y palabras, procurando que siempre resplandezca en ellas la divina verdad, sin mezcla de mentira ni fingimiento, aunque me cueste la vida el testificarla.

La cuarta sentencia fué que todos los que son del bando de la verdad y la aman oyen su voz, dando crédito a lo que dice y obedeciendo a lo que manda, y por aqui echaré de ver si soy del bando de Cristo, que es la misma verdad, o del bando del demonio, que es padre de la mentira (lo. 8,44)...

¡Oh Maestro del cielo!, respondedme dentro de mi corazôn qué es la verdad y dâmelos a sentir con gran firmeza. Vos, Dios mio, sois la misma verdad y cuanto de Vos procede es la verdad. Verdad es vuestra vida, vuestra doctrina, vuestros preceptos, vuestros consejos, vuestros milagros y vuestros sacramentos. ¡Oh si mi vida se conformase con esta verdad (lo. 3,4) y anduviese siempre en verdad hasta veros claramente en vuestra gloria! Amén» (cf. *Médit.* 32 p-3.a p.270-271).

ββ'

d) «jA B a r r a b â s !»

«Ponderaré cómo todas las veces que ofendo a Dios pasa dentro de mi corazôn un juicio perverso, semejante a este de los judios, porque la tentaciôn que me instiga a pecar no es otra cosa sino una pregunta que me hace, diciéndome: <A cuál quieres más, a Cristo o a Barrabâs? ¡A Dios o a la criatura? <Al cielo o a la tierra? (¿A la honra de Dios o a la tuya? Y cuando ando vacilando y dudando sobre lo que escogeré, llegan el demonio y la carne a persuadirme con sugerencias y razones que deje a Cristo. Y, finalmente, cuando consiento, es como abalanzarme y escoger a Barrabâs, a la criatura y al deleite sensual o a la honra vana con grande injuria de Dios y con gran desprecio de Cristo y de su grandeza y con grave desagradecimiento de las mercedes que me ha hecho, por lo que me tengo de avergonzar, teniéndome por peor que los judios, pues teniendo fe verdadera de quién es Dios y quién es Cristo, le desprecio y dejo por otra cosa más vil que Barrabâs.

¡Oh Hijo unigénito del Padre celestial, que fuiste comparado a Barrabâs!..., no permitas que yo haga tal traición como esta dentro de mi alma, sino que siempre viva como hermano tuyo, hijo de tu Eterno Padre, reprobando lo que tû repruebas y aprobando lo que apruebas, estimándote a Ti sobre todo lo criado, pues eres infinitamente más amable que todo ello» (cf. *Médit.* 34 P.2Λ3 p.283-284).

S68

e) «jEccE h o m o !»

«Estas palabras tengo de considerar...; lo primero, en cuanto fueron dichas de Pilato, quieren decir: Mirad a este hombre que se llama Rey, Mesias e Hijo de Dios, y veréisle tan castigado y desfigurado que apenas parece hombre; pero de verdad es hombre,

y pues es hombre como vosotros, compadeceos de vuestra humana naturaleza y contentaos con los castigos que ha recibido este miserable hombre... Mirale bien y hallarâs ser verdad lo que dijo de Si: *Gusano soy y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo* (Ps. 21,7), y el que solia ser mâs hermoso que todos los hijos de los hombres (Ps. 44,3) es el mâs feo de todos, en quien no hay cosa que pueda ser vista (Is. 53,2).

jOh Hijo del Hombre, Dios y hombre verdadero!, harta humillaciôn fué abajarte a tomar forma de hombre. Pues <por qué te humilias tanto en esta forma que vengas a ser tenido por gusano y no hombre, y por afrenta del linaje de los hombres? La soberbia con que yo pretend! ser mâs que hombre, igualândome con Dios, es causa de que Tù, Dios mlo, te hayas humillado a parecer menos que hombre, porque tan abominable soberbia pedia medicina de tan admirable humildad. jOh si mi hombre exterior fuese del todo semejante al tuyo, gustando con verdadera humildad el ser pisado como gusano y tenido por menos que hombre y desecho de los hombres!

Lo segundo, ponderaré estas palabras en cuanto fueron dichas dei divino Espiritu por boca de Pilato: *Mirad a este hombre* (10.19,5), que aunque parece sôlo hombre, es mâs que hombre, porque es Hijo de Dios vivo..., cuya caridad fué tan grande, que ha tornado esta figura tan dolorosa por sôlo amor de los hombres, para pagar las deudas de sus pecados...

iQué podré esperar de quien tanto amor me ha mostrado? ^Cômo no me desahogo en amar a quien tanto por ml ha hecho? jOh hombre mâs que hombre!, yo te adoro y glorifico como a hombre y Dios eterno, y te suplico me tomes por tu esclavo, herrando mi rostro con esta lastimosa figura que tiene el tuyo.

Lo tercero, ponderaré estas palabras como dichas por el Padre Eterno: *Mirad este hombre* que yo envié al mundo para que fuese maestro de los hombres y dechado de toda perfecciôn y santidad y para dar ejemplo de ella ha tornado esta horrenda figura. Mirad sus virtudes interiores en medio de tales ocasiones exteriores, su humildad en tantos desprecios, su pobreza de espiritu en tanta desnudez, su mansedumbre en tan graves injurias, su paciencia en tan terribles dolores, su modestia entre tantos blasfemadores, su obediencia entre tantos perseguidores y su caridad en medio de tantos que le aborrecen, y pues por vuestro ejemplo ha tornado esta figura, miradla y estampadla en vuestras aimas.

jOh Padre Eterno! ^Es por ventura este hombre aquel de quien dijisteis en su bautismo y transfiguraciôn: *Este es mi Hijo muy amado, en quien bien me he agradado, a El oid?* (Mt. 18,5)... De todo lo veo desamparado; pero sus virtudes le acompaân; éstas predicán su inocencia, descubren su divinidad y autorizan su persona; y pues me mandâis que le mire y que le imite, ayudad mi flaqueza para que pueda conformarme con la imagen de este hombre celestial, borrando de mi la imagen del hombre terreno...

K..

Ultimamente, volviéndome al Eterno Padre para alcanzar todo esto que deseo, le dire: ¡Oh Padre soberano!, mirad a este hombre llagado y desfigurado por mis pecados. Vos me mandáis que le mire para compadecerme de El; yo os suplico que le miréis para compadeceros de mi. Queréis que le mire para que le imite; miradle, Señor, para darme por su respeto fuerzas para imitarlo. ¡Oh Padre soberano, a quien todos los hombres hemos injuriado con graves pecados!, mirad a este hombre atormentado con graves dolores para satisfacer por nuestras ofensas y aplacad vuestra ira dándonos perdón de ellas. ¡Oh Padre de misericordia!, *mirad a este hombre*, que tiene dentro de su corazón a todos los hombres y ofrece su vida por todos ellos; no me miréis a mi a solas, sino miradme junto con este hombre, y lo que por mi no merezco, dádme por lo que El merece. ¡Oh Dios protector mio!, mirad el rostro de vuestro Cristo (Ps. 83,10), porque no es posible que desamparéis a los que El tiene escondidos en lo secreto de su rostro afligido con tal figura. Mirad, Dios mio, a este espejo y en él veréis vuestro divino rostro (Ps. 21,2), porque es imagen vuestra, y por él mirad a nosotros y veréis que somos imagen suya; y por el amor que tenéis a vuestra imagen, perdonad, reformad y santificad a todos los que somos criados a su imagen y redimidos con la sangre que derrama en esta dolorosa figura» (cf. *Médit.* 37 P.303-306).

f) En la cruz

«Por escamio, le zaherian en las cuatro cosas más principales de que Cristo nuestro Señor se preciaba.

1. *Lo primero, en su poder*, diciendo: Que quien podia librar a otros no tenia poder para librarse a Si.

2. *Lo segundo, en su reino*, diciendo: Que si era rey de Israel bajase de la cruz y creerian en El; como si dijeran: Tan falso es ser rey cuan imposible bajar de la cruz.

3. *Lo tercero, en la confianza que tenia en Dios*, diciéndole: Si se precia de confiar en Dios porque le ama, pida a Dios que le libre, como quien dice: No le librará, porque no le ama.

4. *Lo cuarto, en la dignidad de Hijo de Dios*, teniéndola por fingida; y en todas cuatro cosas mezclaban grandes falsedades, porque el demonio, padre de mentiras, hablaba por ellos para tentar a Cristo y conocer si era Hijo de Dios, bajando de la cruz, a titulo de que aquella gente creyese en El. Mas nuestro buen Jesûs sufria con paciencia estos escamios sin responderles palabra ni hacer caso de sus dichos, porque sabia el mal ánimo de donde procedian.

¡Oh mansísimo Cordero!, ¡qué te daré por la paciencia con que sufris tales baldones y blasfemias contra tus soberanas y divinas virtudes? Lo que a gloria tuya deseo es confesar lo que estos blasfemos no alcanzaron y preciarme de lo que ellos despreciaron. Confieso que hiciste salvos a otros muchos y que puedes salvarte;

pero no quieres hacerlo por salvarme, porque mi vida está pendiente de tu muerte. Confieso también que eres verdadero Rey de Israel y que por eso no quieres bajar de la cruz donde tu reinado comienza, para que todos creamos en Ti. También confieso que tienes confianza en Dios Padre tuyo, que te ama como a su propio Hijo; pero no quiere librarte, porque no es señal cierta de los hijos de Dios ser librados de los trabajos, sino perseverar constantemente hasta la muerte en ellos. Concédeme, Señor, esta confianza resignada en tu santa voluntad, para que pueda perseverar en la cruz hasta morir en ella» (cf. *Médit.* 44 P.4A2 p.361-362).

B) *La imitação*

674

«Lo primero; así como Cristo nuestro Señor estuvo en la cruz desnudo de sus vestiduras y éstas las dejó para que los soldados se las repartiesen entre sí mismos, también yo tengo de procurar desnudar mi corazón del amor de todas las cosas de esta vida, de suerte que quede totalmente desnudo de las aficiones desordenadas que tenía. Cuanto al uso de las cosas que poseyere, tengo de ser tan moderado que no tome sino las necesarias, desnudándome de las superfluas y de las que se toman por vanidad o regalo, y cuanto a la propiedad, tengo de desnudarme de algunas para que se vistan los pobres, y si puedo, mucho mejor será desnudarme de todas, renunciándolas para seguir desnudo al desnudo Jesús y morir del todo desnudo como Él, dejando todos los cuidados de lo temporal para atender a lo eterno.

Lo segundo, así como Cristo nuestro Señor estuvo en la cruz, 675 clavados pies y manos con tres clavos, sin tener libertad de volverse de una parte a otra y desangrándose poco a poco por las heridas hasta vaciar toda la sangre de sus venas, también yo no me tengo de contentar con desnudarme de las cosas exteriores que poseo, sino procurar, como dice San Pablo, *crucificar mi carne* con sus vicios y concupiscencias (Gai. 5,24) en la cruz de Cristo, de modo que no tenga pies ni manos libres para desear ni hacer cosa que la desvie de esta cruz, sino que esté sujeta del todo al espíritu y enclavada con los clavos del ternor de Dios y de su amor y obediencia a su santa voluntad, como se ponderó en la meditación 44. Y de esta manera he de perseverar hasta que se vacie y purifique toda la mala sangre de mis pecados e imperfecciones; porque como el crucificado no muere de un golpe, sino poco a poco (Deut. 7,22), así no podré mortificar de un golpe todas mis pasiones y aficiones desordenadas, sino poco a poco, con paciencia y larga esperanza, continuando el ejercicio de la mortificación hasta que alcance esta perfecta muerte; y como el crucificado no se crucifica a sí mismo, sino otro le crucifica y enclava, así mi carne ha de ser crucificada por otros; la ha de crucificar el espíritu con penitencias, negando sus antojos y deseos; pero a ella y al espíritu crucifica Dios nuestro

Senor con trabajos, el demonio con tentaciones y los hombres con persecuciones, las cuales hemos de llevar con paciencia hasta morir esta dichosa muerte.

676 Lo tercero, así como Cristo nuestro Señor en la cruz tuvo especial cuidado de cumplir sus obligaciones y oficios con três personas, es a saber, con su Madré, con su discípulo y con el buen ladrôn, a los cuales hablo como queda dicho, así tengo yo de tener cuidado de cumplir las obligaciones de piedad y de justicia y las de mi estado y oficio, especialmente con três suertes de personas. Lo primero, con mis superiores, significados por la Madré. Lo segundo, con los domesticos, significados por el discípulo. Lo tercero, con los demás hombres, figurados por el buen ladrôn, dando a cada uno lo que estoy obligado y ayudando a todos como mejor pudiere. Pero, además de esto, he de cumplir las obligaciones de la perfecta caridad, rogando a Dios por mis enemigos y por los suyos para que los convierta y excusando las faltas de mis prôjimos, como lo hizo el mismo Señor, comenzando por aquí el cumplimiento de sus oficios.

Lo cuarto, como Cristo nuestro Señor, cumplidas estas obligaciones, en las tres horas que hubo de tinieblas se ocupô en oraciôn como quien se aparejaba para morir, así yo, cumplidas las obligaciones de mi estado y oficio, tengo de tomar tiempo y lugar retirado y quieto para vacar a sôlo Dios y negociar mi salvaciôn y una buena muerte, y en especial atizar una gran sed como la que tuvo Cristo nuestro Señor de obedecer a Dios y a sus ministros, de padecer mucho por su servicio y de ganar muchas almas que le sirvan; y como me fuere acercando a la muerte, así han de ir creciendo estos ejércicios de oraciôn, con los afectos que de ella proceden, disponiéndome para ella, porque, como dice San Gregorio, «cuanto más cercano a la muerte, tanto he de ser más cuidadoso para que sea buena» (cf. 1,7, *Ep.* 1).

Lo quinto, para esto he de procurar que todas mis obras vayan tan bien hechas que al fin de cada una pueda decir aquella palabra de Cristo: Acabado he lo que Dios me mandô en esta obra; cumplido queda y bien perfecto. Y de la misma manera he de gastar el día tan bien que a la noche pueda decir lo mismo, y al mismo paso tengode ordenar la vida y aparejarme al fin de ella con los sacramentos de confesiôn y viático, con el testamento y disposiciôn de mis cosas obligatorias, de modo que pueda decir: Acabado es y cumplido todo lo que Dios me ha mandado.

679 Ultimamente, en vida y en muerte, con amor y confianza, encomendaré a Dios mi espíritu, poniéndole en sus manos para que El le guarde, defienda y le gobierne y enderece al fin de la bienaventuranza eterna, al modo que se ponderô en la meditaciôn precedente. Pero como Cristo nuestro Señor quiso morir en su florida edad, a los treinta y três años de su vida, cuando los hombres sienten más el morir, así yo tengo de ofrecerme con resignaciôn

en las manos de Dios para que me lleve cuando El quisiere, aunque sea en lo más florido de mi edad y de mis pretensiones, fiándome que me Uevarâ en la edad al mismo lugar que más me conviniere para mi salvaciôn» (cf. *Suma de las meditaciones* p.407-410).

VI. BOSSUET

Sermones sobre la Pasiôn del Senor

Extractamos brevemente los diversos sermones sobre la Pasiôn del Sertor. Respetamos los textos de la Vulgata.

A) *Los très tormentos de Jesûs*

(Cf. *Sermôn del Viernes Santo* en ed. Firmin-Didot, t.2 p.622-632.

a) Exordio

680

Sôlo Dios puede hablar de sus grandezas, sôlo Dios puede hablar de sus humillaciones, porque nosotros no tenemos palabras bastante altas ni nos atrevemos a formular pensamientos lo suficientemente bajos; por eso escojo las palabras del profeta que lo creyô un *leproso* (Is. 53,41), cubierto con la verdadera lepra de nuestros pecados.

El más dulce consuelo de un hombre bueno es su propia inocencia. Este es el consuelo que tuvieron los mâtires. Pero Jesûs no disfrutô de tal dulzura y al rey de los mâtires le faltô lo que tuvieron éstos. En medio de su vergüenza y tormentos no podia ni quejarse, porque, inocente con relaciôn a los hombres, era considerado como criminal por el Padre desde el momento en que se cargô con nuestras iniquidades. Este Jesûs que dijo: *¿Quién de vosotros podrá argüirme de pecado?* (Io. 8,46), no puede hablar ya de inocencia.

¡Dios mio, Dios mio!, ¡por qué me has abandonado? (Mt. 27,46). Ya lo sé, muy lejos estâ de mi salvaciôn la voz de mis delitos (Ps. 21, 1). Golpea, golpea al criminal, castiga mis pecados, esto es, los de los hombres, que ahora son mios.

Este misterio no es una ficciôn ni una invenciôn agradable; fué un abandono efectivo que vamos a estudiar. El pecador es entregado a très clases de enemigos. Primero, a su propia conciencia; segundo, a las criaturas, que se emplearân en vengar al Creador; tercero, y principal, a la misma justicia de Dios, que se arma de venganzas.

¡Oh Jesûs, al que ya no me atrevo a llamar inocente! En el huerto de los Olivos tu Padre te entregô a ti mismo; después te entregará a todos los tormentos creados; por fin, El mismo te hará inclinar la cabeza.

R81

b) *Jesús entregado a sí mismo*

El pecado tiene en sí mismo su propio castigo, y si no lo advertimos hoy, Dios nos lo hará entender algún día.

En el huerto, Jesús comenzó a sentir el peso de su propia conciencia. Hasta ese momento había hablado de la pasión con alegría y la llamaba su hora por excelencia; sin embargo, en el huerto comienza a temblar, su alma se turba y es combatida por el desaliento, el temor, la tristeza y la languidez. El desaliento hace la vida insostenible y penosa, el temor la sacude con la amenaza de los tormentos, la tristeza la asemeja a la muerte, y la languidez es un desfallecer de todas las fuerzas.

La misma Escritura nos explica el estado del Señor cuando compara el dolor con un mar de olas agitadas (Thren. 2,13). Pues bien, el Señor unas veces acalló la tempestad con su palabra, otras soltó la brida de los vientos, pero camino seguro por encima de las olas. En esta ocasión pudo calmar la tempestad de dolor y, sin embargo, prefirió dejarla que se desatase y caminar por encima de ella. Precisamente por haberse desatado vemos ese temor y abatimiento que le hace decir que su alma está triste hasta la muerte y desear la compañía de sus amigos. Es el peso de mis pecados que le ahoga.

R82

Erramos nuestros caminos como ovejas y *el Señor cargó con todas nuestros iniquidades* (Is. 53,6). Así caen sobre el Señor repentinamente todas las traiciones, adulterios... *Torrentes de iniquidad me conturbaron* (Ps. 17,5).

Pecador endurecido, mira a Jesús postrado porque tú marchas erguido, mira a Jesús en la agonía porque tú caminas alegre.

Los pecados producen vergüenza y dolor. La vergüenza cubre en primer lugar el rostro de Jesús, le hace temblar ante su Padre, le hace perder aquella familiaridad con que antes se le dirigía. Si es posible, dice ahora—pues <no eres tú su Hijo querido?—, *pose de mí este cáliz, pero hágase tu voluntad y no la mía* (Mt. 26,39). ¡Oh Jesús! <No eres el que afirmabas antes que todo lo de tu Padre era tuyo? (Io. 17,10). <No eres el que decía: *Te doy gracias porque me has escuchado; yo sé que siempre me escuchas?* (Io. 11,41). ¡Por qué, pues, hablas así como si hubiera oposición entre la voluntad del Padre y la del Hijo?

Había de esa forma porque la vergüenza le ha quitado la libertad filial. Ahora ruega prolijamente; antes le bastaba con decir: *Lo quiero, Padre* (Io. 17,24).

La segunda causa de su agonía es el dolor que sintió por los pecados que había hecho suyos. Nosotros no lo tenemos, porque no advertimos lo amargos que son. Para saberlo nos debiera bastar ver a Pedro llorando su vida entera por un solo crimen. Pues bien, Jesús los soportó todos, hasta los de los judíos y los del pueblo que le crucificaba. Los sintió todos y todos pesaron sobre él. *Me rodean males sin número, se me echan encima mis iniquidades y no*

puedo levantar la vista. Superan en número a los cabellos de mi cabeza y por eso desfallece mi corazón (Ps. 39,13).

Habia dolor suficiente para hacerle morir, pues su aima estaba triste hasta la muerte, y prueba de ello es el sudor de su sangre. ¡Qué agonía la suya tan diferente de la nuestra! En nosotros un aima se esfuerza para no separarse del cuerpo; aquí un aima dispuesta a salir es retenida por su propia autoridad. Vive, Joh pobre Jesûs!, vive para sufrir los tormentos que te esperan; déjà algo para los judios que se acercan, para el traidor Judas que los guía. Ya basta con habernos enseñado que el pecado era suficiente para hacerte morir.

^Habéis creído que vuestros delitos tenían tal poder? Si solo entre las manos de los verdugos hubiésemos visto desfallecer al divino Jesûs, no nos acusaríamos de su muerte, pero al contemplarle en el huerto de los Olivos lloremos y gimamos nuestro deicidio.

c) Jesús entregado a las criaturas

684

El libro de la Sabiduría dice que las criaturas se levantarán contra el pecador (5,21). Nuestro misericordioso criminal ha experimentado el primer castigo y va a sufrir ahora el segundo grado de la venganza divina. No os dire que todas las criaturas le hicieran sufrir, pero deseo meditéis cómo Jesûs se abandona a toda clase de insultos y de ultrajes. Criaturas son que vengan al Creador. El asumió voluntariamente nuestras culpas, y justo es que el pecador que se separó de Dios, su apoyo, caiga en la última flaqueza.

Los judios se acercan y les pone de manifiesto que pudieron prenderle tranquilamente en el templo, pero que no lo hacen, sino en este momento, porque es la hora del poder de las tinieblas. Solo ahora pueden prenderle, cuando llega el instante preciso en que el Hijo de Dios suspende su poder para que las criaturas le hagan sufrir. El que no tiene fuerzas puede huir; el que no puede huir se defiende cuando le acusan; el que no defenderse puede, al menos Hora. Jesûs se priva de todas estas libertades, no abre su boca, no tuerce su cabeza ante los golpes. Hasta un gusano de tierra cuando le aplastan hace algún esfuerzo para librarse; Jesûs esta quieto, no *aparta su cara* (Is. 50,6).

¿Qué hace en su pasión? Entregarse al que le juzgaba injustamente (1 Petr. 2,23). Se entrega para que hagan lo que quieran. Si le quieren besar, acerca sus labios; si le quieren atar, extiende sus manos; si le quieren abofetear, ofrece las mejillas; si le quieren azotar, presenta la espalda. Delante de Caifàs y de Pilato se da por convicto; delante de Herodes, que se burla, cállase.

Cristianos, ¿todavía están secos vuestros ojos? ^No sollozáis? <Será necesario que haga desfilar ante vosotros todos los personajes de la pasión, todos los golpes, la cruz y los verdugos? Mirad ese rostro, antes delicioso y horroroso ahora, mirad a ese hombre

que presenta Pilato. *Ecce homo*. ^Hombre? Un gusano de la tierra. *Ecce homo*: el hombre de dolor en el triste estado en que le pusieron nuestros pecados. ¡Oh Jesûs, quien te conocerâ! No *tiene ya ni apariencia de hombre siquiera* (Is. 53,2). *Herido por nuestros pecados, aplastado por nuestros crímenes, él nos euro con sus heridas* (Is. 53,6). ¡Oh llagas!, yo os adoro. ¡Oh cicatrices!, yo os beso. ¡Oh tierra!, no bebas esa sangre porque me pertenece a mi, a quien ha salvado.

Pero aún no es tiempo de que nos sumerjamos en ese baño saludable, aún debe correr esa sangre a borbotones. Veámosla caer como un diluvio bendito, acerquémonos a la cruz. Ya la ha puesto el Señor en sus espaldas. Bien ha debido merecer la muerte cuando lleva el cadalso sobre sus hombros.

¡Oh inocente Jesûs! ¿Serâ necesario que me confieses que has merecido el último suplicio? Si, es necesario, porque los hombres le imputan crímenes que no ha cometido, pero Dios ha puesto sobre él nuestras iniquidades. Así, pues, al ver la cruz, exclama: ¡Oh Padre mío!, la merezco, no por los crímenes que me imputan los judíos, sino por aquellos con que tû me cargas. Ven, ¡oh cruz!, déjame que te abrace, justo es que cargue contigo para expiar los pecados en este madero infame.

d) Jesûs entregado a la venganza divina

Era necesario que en este sacrificio todo fuera divino; para que la satisfacciôn fuese digna de Dios, preciso era que Dios la cumpliera. Una venganza digna de Dios no podía ser más que divina. Tormentos terribles de la cruz, sangre, sed, burlas, he aquí lo único que podemos imaginar, y, sin embargo, es lo de menos. No pasa de ser un preparativo, porque el golpe definitivo del sacrificio ha de darlo el mismo Padre.

Sólo Dios puede vengar justamente las injurias recibidas. *Mia es la verganza*, dice El, yo la *ejecutaré* (Rom. 12,19), Y bien que la cumpliô en aquel momento. Por eso el mismo profeta nos dice: Quiso *quebrantarle Dios con padecimientos* (Is. 53,10).

San Pablo nos da una idea terrible cuando considerando las maldiciones que caen sobre el pecador, afirma que Jesucristo *se hizo pecado* por nosotros (2 Cor. 5,21), más aún, que *se habia hecho maldito 0 execrable por nosotros* (Gai. 3,13). ¿Podíamos suponer al Hijo de Dios hecho maldiciôn de Dios, si no nos lo enseñara el Espíritu Santo?

087 La Sagrada Escritura nos dice que la maldiciôn rodea a los pecadores, primero por fuera (Ps. 118,18), entra después en su interior apegândose a las potencias dei alma, hasta que por fin penetra en el mismo fondo de su substancia como el aceite (ibid.). Pues bien, el Padre abandona ahora a Cristo y le déjà sin ningún socorro exterior. *¡Por qué te marchas, Señor, tan lejos y me abandonas en la necesidad?* (Ps. 9,22). Los mismos judíos piden que si es Hijo del Padre, se acuerde éste de El. Pero la maldiciôn continua hasta el inte-

rior de Cristo..., porque la Sagrada Escritura nos habia de que Dios tiene un rostro para los justos, a los que llena de alegría (Ps. 15,11), y otro para los que obran el mal (Ps. 49,37). ¡Oh Jesûs crucificado!, tu viste anteriormente el rostro cariñoso de Dios, pero ¿cómo ha cambiado su expresión! ¿Dónde estas, rostro dulce y paterno, que no veo ninguno de tus rasgos? *¡Dios mio, Dios miol, ¡por qué me has abandonado?*

Por último, la maldición penetra hasta el fondo mismo del alma, ese fondo donde sólo llega Dios, el Dios que aplasta a los criminales y pecadores (Is. 1,28). Entonces se verifica lo que dijo el profeta: Quiso *quebrantarle* (Is. 53,10). Renuncio a describir aquel supremo tormento en el que Cristo de un modo misterioso es abandonado por Dios, y renuncio a ello porque es mejor que le escuchemos cuando se queja al Padre del abandono. La divinidad de Cristo parece que se repliega sobre si misma y no déja sentir su presencia al alma humana; la abandona toda ella a la venganza de Dios, y por un milagro desconocido para nosotros, sabe poner de acuerdo la unión hipostática y la desolación extrema.

Sin embargo, en esos momentos de abandono, Dios estaba obrando la reconciliación del mundo, porque a la vez que golpeaba, abría los brazos, rechazaba a su Hijo y nos abrazaba a nosotros, le miraba a él con cèlera y a nosotros con misericordia.

Por eso el Señor que va a morir, reúne todas sus fuerzas, mira a la justicia satisfecha, los hombres absueltos, y dice: *Todo se ha cumplido* (Jo. 19,30). Si, todo se ha cumplido porque *habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin* (Jo. 13,1).

Llora toda la creación, lloran los amigos del Señor, llora Maria. ¡Oh Padre Eterno!, no hace falta que eclipses tu sol, ni que apagues la luz del cielo por esa Virgen, porque ya no luce para ella y ya se apagaron todas sus alegrías en la tierra. Y vosotros, cristianos, no seáis más duros que los judíos. Convertid esta iglesia en calvario y salid todos de aquí golpeando vuestro pecho. Llorad, porque *si tales cosas se han hecho en un leno verde, ¡qué no se hará en el seco?* (Le. 23,31).

B) Desprecio del mundo y aprecio de la salvación

Sermon predicado a religiosas, y que repite grandes trozos del anterior, como verá fácilmente el lector.

a) Exordio

690

Nunca me precíe de saber cosa alguna sino a Jesucristo, y éste crucificado (I Cor. 2,1). A esto debe reducirse toda nuestra ciencia. Para comprenderlo, meditemos lo que el Señor, en su pasión, perdió, compró y conquistó. Entregándose a sus enemigos se pierde y destruye a si mismo, lo cual consume el sacrificio; entregándose,

compra las aimas, lo cual verifica la redenciôn, y una vez rescatadas del inhemmo las lleva al cielo superando la oposiciôn de la justicia y consiguiendo la victoria del combate.

691

b) Lo que Jesûs desprecia

Todos los hombres amarian los bienes eternos si fuesen capaces de despreciar los temporales, y por eso, el primero y mäs difícil paso consiste en aprender el menosprecio de lo que nos rodea. Para enseñâmoslo, Dios nos muestra un libro, cuyas palabras son indubitables, porque las ha escrito El mismo, y tan claras que no hace falta sino abrir los ojos para verlas.

El Hijo de Dios estimô siempre lo que era estimable, como la fe de la Cananea... ¡Qué es lo que despreciô? Abrid ese libro; sus caractères son de sangre para llamaros la atenciôn.

Para entender los dolores de Cristo debemos ver que Dios soltô las bridas al furor de la envidia y sujetô el poder de su Hijo.

Uno de los mayores suplicios fué ver la ingratitud. «Malvados, dice San Agustin, si devolvierais mal por mal, no hubierais sido inocentes; si no hubieseis devuelto bien por bien, sériais ingratos, pero le devolvisteis el mal por el bien» (cf. *Enarrat, in Ps. 37,25*).

No debemos olvidar que Jesûs se somete voluntariamente. Aquí comienza el misterio; el Hijo de Dios para convertirse en victima suspende su poder, porque el estado de victima es un estado de destrucciôn.

êQuédanos algo sino leer este libro para aprender cómo Cristo despreciô a todo lo humano? Ante su decision de abandonar los bienes de la tierra, <intentaremos colocar alguna estima en ellos."

Si la ignominia del Señor es completa, sepamos que hemos sido bautizados en su muerte (Rom. 6,3).

c) Lo que Jesus compra

Es asombroso que nos tengan que enseñar nuestra propia estima. El hombre se busca siempre a si mismo y no sabe conocerse; se admira y no entiende su valor. El alma es un tesoro escondido en medio del barro de nuestra morcalidad y Cristo ha querido enseñarnos su valor. ¡Oh alma!, levântate, mira lo que vales a pesar de lo mezquino que parece nuestro cuerpo, conoce el precio que ha pagado la sabiduria divina (cf. San Agustin, *Enarrat, in Ps. 102,6*).

Recordemos que nuestro pecado nos habia vendido a Satanâs y a la justicia divina; a Satanâs porque se es esclavo de aquel que nos vence (2 Petr. 2,19), a la justicia divina porque habiamos caido bajo su lâtigo.

Dios, para librarnos, no quiso utilizar su poder, quiso pagar nuestro rescate. Los Santos Padres dicen que atrajo al demonio al combate ocultando su divinidad, y una vez alii lo venciô dejândose veneer. Pero a quien realmente pagô Cristo con rigor exacto fué a

la justicia divina, a la que ninguna criatura podia satisfacer. Buscaban los hombres victimas suficientes y ninguna servia para ello, y entonces Cristo, sustituyendo a los becerros y animales, dijo: Aqui vengo, y se ofreciô a si mismo.

[Oh Padre!, ¿vais a consentir este cambio? ¿Podrá morir un Hijo para que se salven los extrarios? ¡Quién puede penetrar tu inmensa caridad? Tanto amaste al mundo que le diste tu propio hijo. ¡Oh hijos adoptivos, lo que costâis al Padre! *Habéis sido comprados con un precio muy grande*, no os hagâis esclaves de los hombres (1 Cor. 7,23).

Y si hemos sido comprados, ya no nos pertenecemos, pertenecemos a Cristo. No sean vuestros tratos dei oro o de la piata, sino vivid como rescatados con la preciosa sangre del Cordero inmaculado, Cristo (1 Petr. 1,18).

d) Lo que Cristo conquista

Mucho llaman la atenciôn los combates, y las partes interesadas tiemblan hasta que llega la decision. Aqui Dios combate contra Dios y el Hijo contra el Padre. Pero como no se combate con Dios mâs que cediendo, Cristo lucha contra él con su obediencia. Alma del misterio es ver que Dios se venga de Dios y que Dios satisface a Dios. La mano del Padre se alza armada del rayo contra su Hijo, el rayo de la maldiciôn.

Esta es la guerra y mientras se lleva a cabo se négocia la paz. Mientras la tormenta ruge, va aclarândose poco a poco el cielo, hasta llegar la calma. Mientras la justicia rigurosa de Dios combate a su Hijo y el cielo padece violencia, se nos abre el paraíso. Para conseguirlo y derrotar la severidad del Padre, Cristo se sirve de la contriciôn y de la obediencia. La contriciôn, porque al verse cargado con todos nuestros pecados, sufre la agonía del huerto; la obediencia, porque para cumplir el precepto del Padre sube hasta la cruz.

Dolâmonos de nuestros pecados en el sacramento de la penitencia; satisfagamos por nuestras culpas; imitemos a Cristo.

C) *El testamento de Cristo*

Tercer sermôn de Viernes Santo (cf. ed. Firmin-Didot, t.2 p.645).

a) Exordio

691

El testamento de Cristo se abre hoy publicamente en el Calvario. Judios y gentiles lo oyen, pero no lo entienden; para los unos sera escândalo y para los otros *locura* (1 Cor. 1,23), porque nadie puede descifrar esta escritura, si el espíritu de Jesûs no lo ilumina y su sangre no lo purifica.

En los testamentos hay que considerar: primero, su validez; segundo, los bienes que déjâ; tercero, lo que manda hacer a los hejrederos.

b) Validez del testamento

Meditemos su firmeza. Un testamento necesita para su validez observar las leyes, que varían en cada país. Jesûs había recibido su ley del Padre, quien dispuso que así como ciertos testamentos deben ser escritos por la propia mano del testador, éste lo fuera por su propia sangre y ratificado por la muerte. Dura condición, explicada por San Pablo. Un testamento, nos dice, no tiene fuerza hasta la muerte del testador (Hebr. 9,16), pero aquí no basta una muerte corriente, es necesario agotar las venas, porque esa sangre es la sangre del Nuevo Testamento que le confiere validez inmutable (Mt. 26,28).

<Por qué esta ley tan dura? Lo exigían nuestros pecados. Jesûs podía donar, pero nosotros éramos incapaces de recibir, ya que las leyes no permiten disponer de los bienes en favor de criminales condenados. Cristo nos entrega sus bienes y nos da su sangre para que nos lave. Ea, pues, Señor, id de prisa al huerto de los Olivos, a la casa de Caifás, al Calvario...

Este es el punto de partida para contemplar la pasión dolorosa, a saber, meditar que la sangre que empieza a fluir en el huerto es la sangre que derrama el Señor apresurado para salvamos. No puede contenerla dentro de sí porque es nuestra salud; recibamos, pues, hermanos, esta sangre con fe piadosa.

Veo en ello otro misterio: el deseo infinito que tenía Jesûs de expiar nuestros crímenes, los cuales se le presentaban uno a uno como si gravitasen sobre Él.

Si Cristo hubo de verificar un milagro para no morir ante la angustia que le producía el pecado, ¿cómo podemos vivir tranquilos llevando en nuestro corazón la causa de una muerte tan cierta? Si el pecado bastaba para matar a Dios, ¿cómo podemos vivir nosotros con ese veneno en las entrañas? ¡Ah!, vivimos por un milagro continuado de la divina Providencia.

698 Y si la caridad afligida del Salvador le hace sudar sangre, ya podéis suponer que no la ahorraría entre las manos de judíos y de romanos. Sigamos sus huellas y veremos que las traza con sangre por todos los caminos.

Antes de terminar os diré que el Señor dió rienda suelta a las fuerzas del mal y sujetó las suyas. <Os contaré como se entregó a la libertad salvaje y burlona de los soldados?, etc. ¡Oh testamento místico de Jesûs, cuánta sangre costáis al hombre Dios!

Pero no basta todavía la que ha derramado, es necesario agotar la de sus venas en la cruz. Yo os conjuro, hermanos, llorad de una vez y ahorradme palabras incapaces de describir lo que no se puede narrar. Ved a ese hombre..., no hay un dolor que se parezca al suyo (Thren. 1,12).

Como consecuencia, aprendamos a hacernos dignos de la gracia de su testamento, aplicándonos a la penitencia. Ya está escrito, ya está firmado, ya es inmutable; Jesûs ha dado su sangre para hacerlo

válido. Pero no, me engaño, falta una cosa todavía, hay una fuente de sangre y de gracia que no se ha abierto aún. Ven pronto, soldado, abre su corazón, corra la sangre, saiga el agua sagrada del bautismo y de la penitencia, el agua de nuestras lágrimas piadosas. ¡Oh agua eficaz para lavar nuestros crímenes cuando se une con la sangre de Jesús! Brotad, aguas felices de la penitencia, pero mezcladlas con la sangre de Cristo para lavar nuestras almas, porque aunque Él la prodigó toda en su cuerpo, aún le queda la suficiente para llenarnos de ella en los sacramentos de la Iglesia.

c) Lo que Jesús nos dejó

Lo que el Señor nos lega en su testamento es el perdón del pecado, y como quiera que para conseguirlo es necesario odiarlo, su primera manda es enseñarnos los motivos para que lo detestemos.

El primer motivo es ver lo que hace sufrir al Hijo de Dios.

El pecado lleva consigo una aversión a Dios y un íntimo apego a la criatura. Consiste en elegir a Barrabás y condenar a Cristo. Y todo ello hizo que nuestro Salvador sintiera el mayor de los suplicios, el abandono del Padre, que le obligó a exclamar: (*Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?* (Mt. 17,46).

Prodigio inaudito, que un Dios persiga a un Dios y que un Dios tenga que quejarse de su soledad. El alma de Cristo se horroriza al ver a un Dios que le amenaza. ¿quién recurriréis, oh Jesús? Ante la persecución de los hombres os arrojaréis a los brazos del Padre, y éste os rechaza. Cristianos, este misterio significa que nosotros hemos abandonado al Dios vivo y es justo que Él nos abandone con un sentimiento desdenoso ante nuestro desprecio; de cólera, ante nuestros ultrajes, y de justicia, porque hemos violado sus leyes. Criatura, ¿te crees capaz de soportar el desdén, la cólera y la justicia de un Dios? Porque no lo eres, Jesús aceptó por nosotros tan pesada carga.

Reconozcamos que nuestros corazones están apegados a las criaturas y volvamos hacia Dios. Podíamos seguir considerando en la Pasión todos los motivos que encontramos para despegarnos de las criaturas, para entender de una vez, como dice San Juan, que el mundo no sólo es maligno, sino la misma malignidad (1 Jo. 5,19). El mejor medio será comprobar cómo vomita todo su veneno contra el Señor, ver en su Pasión de qué sirve la amistad, la prudencia, las virtudes humanas.

Comencemos por los amigos y comprobemos cómo nos venden por interés, nos pierden con el engaño, nos abandonan por debilidad o nos socorren según su gusto y no según nuestras necesidades.

El pérfido Judas representa la maldad del amigo que nos vende por interés. No me digáis que vosotros escogeríais mejor vuestras amistades. «¿Acaso seríais más prudentes que Jesús? Los amigos os adularán y os venderán por un beso.

Otros huirán de vuestro lado en el momento del peligro; ahí

JVKVES Y VÎKRNKS SANTO

tenéis a los apôstoles. «¡Oh corte, a quien predico este Evangelio! (No te conoces a ti misma en esta historia? (No conoces tus favores enganosos y tus amistades inconstantes?)»

Mâs aún. Cuando la amistad quiere socorrer, socorre segùn su gusto y no segùn nuestra necesidad. Pedro, por ejemplo, saca la espada y no era asi como podia ayudar al Senor, sino con humildad y obediencia perseverante.

El último golpe lo da también el amigo que después de haber seguido de lejos a Jesûs, termina por renegar de El en la hora mâs triste. ¡Oh amistades engaûadoras de los hombres! Y ¡qué decir de los indiferentes? Sôlo una palabra, que el furor los arrastra a tomar la parte de los enemigos; asi nos lo enseñan los romanos de la Pasiôn, hombres desgraciados, que sabian unir tan perfectamente sus pasiones y el interés del Estado.

(Y las virtudes humanas? Pilato era un hombre probo, pero ya veis que su virtud es incapaz de soportar una prueba. Tales son las virtudes del mundo; vigorosas hasta que se enfrentan con un gran interés. Amor imperfecto de la verdad y de la justicia. *¿Qué es la verdad?* (Io. 18,38), dice Pilato, y se marcha sin esperar la respuesta. No se trataba mâs que de una fôrmula y no interesaba Hegar al fondo.

Jesûs condenado por la virtud imperfecta nos enseña a expiar nuestros defectos y fracasos vergonzosos. Bien nos conocia y por eso pide perdôn para nosotros, porque no sabemos lo que nos hacemos.

Y aún nos queda el amor deshonesto, que también hizo sufrir a Jesûs. Dirigese al Padre y le dice: *Tu conoces los oprobios que me hancargado* (Ps. 68,23). Delicias criminales, que convertis a Jesûs en el varôn de dolores.

d) Obligaciones que nos impone

El que quiera participai de la gracia de sus dolores debe sentir algo de ellos. El cargo con los principales, pero nos dejô que sufriéramos alguna prueba, y como quiera que no somos capaces de soportar el dolor corporal, se contenta con que nos hagamos partícipes de su pasiôn en el sacramento de la penitencia. Ya no admitiriamos los castigos que la Iglesia imponia antiguamente; admitamos siquiera el dolor de nuestros pecados. Cristianos, Jesûs va a morir; ya dobla la cabeza, sus ojos se quedan fijos, ya expira, ya ha muerto, ya ha entregado el aima. (Hemos muerto con El ? (Hemos muerto al pecado? Pues comencemos entonces una vida nueva. (Hemos quebrantado nuestro corazôn con una contriciôn perfecta? ¡Quién me diera, cristianos, imprimir estos sentimientos en vuestra aima! Si mis palabras no bastan, mirad a Jesûs y a sus Ilagas. Ni aun siquiera os pido que miréis a Jesûs crucificado, mirad su retrato, mirad a los pobres. Son su imagen mâs natural. Jesûs sufre en ellos, muere de hambre con un inmenso nûmero de familias pobres,

Jesûs sufre su abandono y su desprecio. Todos los ricos debieran acudir a ellos, pero no, Jesûs vuelve a sentir el abandono y a clamar: *Anadieron dolores sobre el dolor de mis heridas* (Ps. 68,31).

Senor, vuestra Majestad les conoce y vuestra bondad paterna testimonia sobradamente su emoción. Senor, no se canse vuestra Majestad; puesto que la miseria crece es necesario que aumente la misericordia, y puesto que Dios dobla sus azotes, necesario es que pobleemos nuestros socorros.

D) Maria al pie de la cruz

Primer sermón para el Viernes de Dolores (cf. ed. Firmin-Didot, t.2 p.551-561).

a) Exordio

701

No hay espectáculo más conmovedor que la virtud afligida y serena, ni encontraremos jamás ambas condiciones tan unidas como en la Santísima Virgen. Observad las heridas de su corazón y la serenidad de su rostro. Los rayos del sol multiplican su fulgor al reflejarse, y los dolores del Hijo reflejados en el corazón de la Madre, deben tener más fuerza para conmover el rostro.

Es voluntad del Padre que Maria esté no solamente sujeta a la cruz por los mismos clavos que el Salvador, sino asociada al misterio que se cumple con su muerte.

Très elementos concurren en el sacrificio del Señor: los sufrimientos de la víctima, la resignación con que se ofrece como sacerdote y la fecundidad con que nos engendra en la gracia. Los sufrimientos miran a su humanidad, que quiso cargarse de crímenes; la sumisión mira al Padre, a quien, obediente, quiere resarcir de la desobediencia que lo irrita; la fecundidad nos mira a nosotros, puesto que los dolores de un inocente nos devolverán la vida.

Animo, Senora; ánimo, Virgen incomparable; tomad parte en estos misterios, y vosotros, hermanos, (¿no veis cómo se coloca cerca de la cruz y con qué ojos mira a su Hijo? Esa mirada le da la muerte, y si se acerca al altar es porque quiere ser también inmolada. Cerca está de su Hijo, no con proximidad del cuerpo, sino con la comunidad de dolores. Allí la tenéis, junto a la cruz. Esta es la primera semejanza con el Señor, pero ¿desfallece? No. Estaba en pie, porque acepta los dolores y los ofrece. ¿Qué le falta sino que su Hijo le comunique su propia fecundidad? Pues oídlo: *Mujer, ahí tienes a tu hijo* (Io. 19,26). ¡Oh mujer, que sufres conmigo! Sé tan fecunda como yo; sé la madre de mis hijos, te los entrego sin reserva en la persona de mi discípulo. Yo los engendré con dolores como tú con amargura.

b) El AMOR, FUENTE DE DOLOR

No me corresponde a mi hablaros de los dolores de Maria; meditadlos vosotros. Solo os dire que del mismo modo que todo el gozo de la Santa Virgen consiste en ser Madré de Cristo, todo su martirio nace del mismo amor.

No hace falta preparar instrumentos de dolor como se prepararon a los m rtires, que no pudieron prescindir de ellos para asemejarse a Cristo. Es apreciar muy poco el amor de Maria creer que necesita otra cosa que la misma cruz de su Hijo.  Oh Padre Eterno!  Quieres cubrirla de llagas? Haz que vea las de su Hijo, colócala al pie de la cruz y d ja que hable su amor.

Para entender estas verdades debéis saber que el amor de la Santísima Virgen sobrepasa el amor natural de todas las mujeres.  Por qué aman estas a sus hijos? La naturaleza supo unir maravillosamente los hijos a sus madrés. En los primeros meses la vida pasaba por los mismos canales. Corrian ambos los mismos peligros, porque no formaban más que una misma persona.  Cre is acaso que al nacer rompe el hijo esta union? No hay fuerza que pueda romper lo que la naturaleza uni  tan fuertemente. Cuando la primera comuni n termina, nace otra formada por los lazos del amor y la madré Ueva al hijo como si no hubiese salido aún de sus entra as, hasta el punto que basta que el hijo sufra para que el coraz n de la madré salte.

"03 Os pondré un ejemplo. Cuando la Cananea pide al Senor que cure a su hija sólo le dice: *Ten piedad de mi, mi hija est  poseida por el demonio* (Mt. 15,22). Si quiere que se compadezca de ella,  por qué habia de sus aflicciones? Porque le basta pensar en las de su hija. «En ella padezco, sus dolores son los míos; a ella la atormenta el demonio y a mi la naturaleza, y los golpes que le infligen llegan hasta mi» (cf. San Basilio de Seleucia, *Sermon* 20, sobre la Cananea).

Pero he prometido hablaros de un amor más alto, pues los humanos no son más que sombras imperfectas comparados con el de Maria. El amor que la Santísima Virgen tuvo a su Hijo nació de la misma fuente de donde habia brotado su fecundidad. La razón es évidente; todo el que produce algo, ama a su obra, y por eso las madrés aman a sus hijos. Dinos, pues,  oh Virgen santa!,  qui n te hizo fecunda? <Fué una virtud natural? No; es imposible. Oidsele a ella misma: * C mo puede ser eso?* (Le. 1,34). Oid al  ngel, que le contesta: *La virtud del Alt simo te cubrir * (ibid., 35). Claro es, pues, que su fecundidad viene de arriba y de alli ha de venir su amor.

"M En efecto, fácil es comprender que la naturaleza no interviene alli para nada, que el amor de Maria hacia su Hijo y Dios no puede ser un amor natural. <Amar  a Cristo como hombre, o como Dios?  Amar  la divinidad a ese cuerpo que el Esp ritu Santo uni  a ella con lazos tan estrechos? Si la naturaleza no pudo unir a Dios y al hombre, <qué tiene que ver aqui? La naturaleza empuja, si, a Ma-

ria a que ame a su Hijo, pero entre todos los movimientos que puede producir no se encuentra ni uno siquiera que sea digno del Hijo de Maria.

iQué queda, pues, ¡oh Padre Eterno!, sino que intervenga tu 705 gracia y obre ella lo que la naturaleza no puede? Tu hiciste fecunda a Maria, luego ensancha su corazôn para que ame al Hijo como el Hijo se merece; Hijo que es el esplendor de tu gloria, imagen de tu substancia. Ya sabemos de dônde viene el amor de Maria, amor que sobrepuja a la naturaleza, amor tierno, amor que une, porque nace dei principio de la misma unidad; amor que establece una comunicaciôn perfecta entre Jesûs y la Virgen santa, como existe una comunicaciôn perfectisima entre Jesucristo y su Padre. El Padre y el Hijo participan en la eternidad de la misma gloria; la Madré y el Hijo participan en el tiempo de los mismos sufrimientos. El Padre y el Hijo disfrutan de la misma clase de placeres; la Madré y el Hijo viven un mismo torrente de amarguras. El Padre y el Hijo se sientan en un mismo trono; la Madré y el Hijo cuelgan de la misma cruz. (¡Quién ha hecho esto sino el amor? Maria y su Hijo son como dos espejos enfrentados que se reflejan mutuamente en una especie de emulaciôn multiplicando sus imâgenes hasta lo infinito. Los dolores de Maria afligen a Jesús y los de Jesûs a Maria; la compasiôn del Hijo aumenta la de la Madré y la de la Madré los sufrimientos de su Hijo.

¡Padre Eterno! No tenéis por qué eclipsar el sol si pensâis en Maria, ni por qué apagar las luminarias del cielo. Ya no hay luz para esta Virgen. No es necesario que sacudâis los cimientos de la tierra, ni que cubrâis de horror la naturaleza, ni que amenacéis envolverla en el primer caos, porque después de la muerte de su Hijo no hay ya para ella sino tinieblas.

Esto es lo que debe enseüarnos la cruz de Cristo. Si sentimos sus dolores, el mundo no tendrâ dulzuras para nosotros.

c) Resignaciôn de vîtima

Existen tres casos de resignaciôn. Una en la que desaparece la tristeza; otra en la que la tristeza perdura, y a pesar de la resignaciôn el aima estâ turbada; en la tercera no desaparece el dolor, pero el aima no sufre turbaciôn alguna. San Pablo es un ejemplo del primer estado cuando dice que estaba lleno de consuelo y nadaba en gozo (2 Cor. 7,4). Del segundo dice Tertuliano que la paciencia combate con el dolor y se turba con el mismo esfuerzo que hace para no turbarse (cf. *De anima*, 10). El tercer estado es un milagro de Dios. En el primero existe la tranquilidad que destierra el dolor; en el segundo, un dolor que impide la tranquilidad, y en el tercero, dolor y tranquilidad se unen.

Os pondré un ejemplo. Dios, unas veces calma las aguas, como en el milagro de la tormenta; otras, no calma las aguas, pero da a San Pedro poder para andar sobre ellas, aunque se turba y tiene

El que socorrerle; en el tercer caso permite que el viento le agite y las olas le sacudan, y, sin embargo, camina sereno sobre el mar. Lo mismo ocurre en la pâsiôn. Permite que el dolor le combata y se mantiene sereno.

707 Levântanse contra la Santísima Virgen olas que parecen amenazar el cielo atacando su constancia y que abren abismos espantosos de muerte. Maria no quiere evitar el dolor, porque le asemeja a su Hijo, no quiere limitar sus penas porque no puede sujetar su amor, no quiere que la consuelen porque su Hijo no admite consuelos. Sin embargo, levântense las olas, bramen los vientos; el Espiritu Santo no permitirá que su templo tiemble, porque *ha puesto sus cimientos en lo mâs alto de las montanas altas* (Ps. 86,i), y esa mâs alta parte del aima donde plantô su tienda no perderâ jamâs su serenidad. Os voy a explicar el motivo. San Juan Crisôstomo se maravilla de que el Señor tiemble en el huerto y después en la cruz se dedique sereno a orar, a salvar un ladrôn, a consolar a los suyos, a enumerar las profecias...

708 Es que en el huerto se consideraba, como victima, cargado con los pecados, mientras que en la cruz es el sacerdote que ofrece el sacrificio (cf. San Agustín, *Tract.* 60 in *lo.*). Pero no créais que su obra termina en sí mismo, puesto que inspira los mismos sentimientos a su Madré, que debia también ofrecer la muerte de Cristo. Aprended, hermanos, a ofrecer a Dios lo que os sea mâs querido.

Ya habia sacrificado toda su vida desde la profecia de Simeôn. Miradla. Ella os dira que no salgâis de este lugar sin ofrecer vuestros mâs caros afectos. No temâis, os devolverâ ciento por uno, porque Maria también recibe mâs de lo que da. Pronto le devolverâ Dios su Hijo amado, y mientras se lo quita sôlo por tres dias, le entrega la cristiandad entera.

d) Fecundidad de Marîa: «Ahî tienes a tus hijos»

El Apocalipsis nos habia de una mujer que da a luz en medio de grandes gritos (12,i). San Agustín ve en esta mujer a la Santísima Virgen (cf. *Sermon* 4.0 de *Simp*, ad *catech.* c.1).

Maria diô a luz a Cristo y a todos los cristianos: al inocente, sin dolor; a los pecadores, en medio de grandes sufrimientos. Le cuestan su Hijo unigénito.

Jamâs podremos admirar suficientemente el amor de Dios que engendrô en la eternidad un Hijo consubstancial a El, y, cuando parecia agotada su fecundidad—joh misericordia del Padre, que tiene ya un Hijo tan perfecto!—, adopta a todos los hombres, dândolos por hermanos a su primogénito. Mâs todavia: en el Calvario entregô a su Hijo natural para salvar a los adoptivos. *Tanto atqô Dios al mundo, que le entregô su Hijo unigénito* (lo. 3,16) para que los que crean no perezcan. Hijos de adopciôn, icuânto costâis ai Padre Eterno!

Pero no creâis que Maria saliô mejor librada, porque es la Eva 710
de la nueva alianza y es necesario que vea morir al primero de sus
hijos. Por eso la llama la Providencia al pie de la cruz.

San Paulino de Nola, hablando de su pariente Santa Melania,
a la que sôlo le quedô un hijo de los muchos que habia tenido,
describe su dolor, diciendo: «Quedô con un hijo, resto desgraciado
de una gran desgracia, y que, muy lejos de consolarla, no servia
sino para agriar su dolor, pues parecia que se lo habia dejado para
recordarle su luto» (cf. *Ep. 29 a Severiano*). <No os parece que
estas palabras se escribieron para aplicarlas a Maria? Mujer, ahi
tienes a tus hijos. ¡Ah!, dice ella, es el ùltimo adiôs, pero <qué
hijo me das en tu lugar? <Es necesario que Juan me cueste tan caro?

Ya lo entiendo, Salvador divino; no has querido consolar a tu
Madré, sino convertir su llanto en inmortal. Un amor acostum-
brado a Dios, al encontrar en su lugar a un hombre, echarâ de
menos lo que le falta, y ese hijo que le das no sera mâs que el re-
cuerdo de su desgracia. Palabra que mata y palabra que la fecun-
diza. Senora, mueres, pero te conviertes en Madré de todos los
Cristianos. Con acero y con fuego han sacado de tus entraûas a
tus nuevos hijos.

Y tû, cristiano, *no te olvides de los gemidos de tu Madré*
(Eccli. 7,29).

SECCION *III*. MISCELANEA HISTORICA
I LITERARIA

I. LAS PROFECIAS MESIANICAS

Fundamenulmente son très, a saber: el salmo 21» que «ha sido considerado por la Iglesia desde los tiempos más antiguos como el gran salmo de la Pasiôn, y ciertamente es el salmo por antonomasia del Viernes Santo (cf. C. A. G r i g g s, *The Book of Psalmes* (International Critical Commentary] 1. Edimburg 19C7, p. 190): el poema dramático de! Siervo de Yahveh, de Isaías, que abarca, segun el P. R a f a e l C r i a d o, S. I. (cf. *La Sagrada Pasiôn en los profetas*. Escelicer 1944), cuatro cantos» a saber: 1A Is. 42,1-4; 2A Is* 49,1-6; 3.º, Is. 50,4-9; 4.º, Is. 52,13 y 53,1-12, y, por ultimo, la transfixion y el movimiento de los pueblos hacia el Mesias (Zach. 12,10 ss.).

Damos a continuaciôn una antologia de estas profecias mesiânicas utilizando las traducciones del autor citado.

. 711

A) *El salmo 21*

a) A b a n d o n a d o

j Dios mio! j Dios mio!, êpor qué me has abandonado?
Lejos estas de mi clamor,
lejos de mis gemidos.
j Dios mio! iClamo de dia y no me oyes,
de noche no me escuchas!

b) L a i g n o m i n i a d e h a b e r c r e î d o

Yo, en cambio, soy un gusano, no un hombre,
oprobio para todos, desprecio de la naciôn.
Todo el que me ve gesticula burlândose,
> abre despectivo sus labios, menea la cabeza.
(jSe entregô a Dios? jPues que le libre!
jSâlvele, ya que le quiere!
iSi, por ciertol Tû eres mi conductor desde que naci,
Tû mi esperanza desde los pechos de mi madre.
A tus cuidados me entregaron ya en mi gestacidn,
desde que alenté en el seno matemo, Tû eres mi Dios.
No estés lejos de mi, que el apuro es presente,
estâte cerca, que no tengo ayudador.

c) E l p a r o x i s m o d e l o s e n e m i g o s

Me rodean novillos numerosos,
toros de Basân me cercan.

Han abierto hacia mi su boca
 como leôn rugiente que roba.
 Agua vertida soy
 y mis huesos todos desconyutados.
 El corazôn se me ha puesto como cera,
 derretido dentro de mi pecho.
 Mi paladar, reseco como el barro cocido;
 mi lengua, aglutinada con mis fauces;
 pueden echarme a tierra, exânime.
 Pues son perros los que me rodean,
 sociedad de malvados la que me da vueltas;
 han atravesado mis pies y mis manos;
 Y mientras yo puedo ir contando mis huesos,
 ellos me miran y se fijan con fruiciôn en mi espectâculo.
 Se reparten mis vestidos,
 eefian suertes sobre mi tûnica.

B) Los frutos de la redenciôn

712

He aqui que mi Siervo tendra éxito,
 sobresaldrâ, se levantará, quedará muy alto.
 Asi como muchos se horripilarân con motivo de él
 por desfigurado, de modo que su aspecto no era de hombre.
 Ni su figura, humana.
 Asi pondrá admiraciôn a muchos pueblos,
 por causa de él reyes cerrarán la boca,
 porque están viendo sus ojos lo que jamâs se oyô contar.
 Y comprueban lo que nunca se narrô.
 ;Quién ha dado crédito a nuestro mensaje?
 êY el poder de Dios a quién fué revelado?
 Porque creció como un retoño delante de El,
 como un brote de tierra seca:
 No tenía figura, ni menos aún magnificencia para que lo mirâsemos,
 ni aspecto para que nos atrajese.
 Fué despreciado y el último de los hombres,
 varôn de dolores y familiarizado con el sufrimiento.
 Y como uno delante dei cual se cubre el rostro,
 fué despreciado y nosotros no hicimos cuenta de él.
 Sin embargo, nuestros padecimientos él los ha cargado,
 y nuestros dolores él los ha llevado sobre si.
 Mientras que nosotros le tenfamos por castigado,
 por punido de Dios y de él atormentado.
 Pero en realidad él fué atravesado por nuestros pecados.
 Molido a golpes por nuestras maldades.
 La correcciôn que habia de producir nuestro bienestar, cargô sobre él,
 y a costa de sus cardenales hubo salud para nosotros.
 Todos nosotros andâbamos errantes cual ovejas,
 cada uno de nosotros ibase su camino.
 Pero el Senor hizo caer sobre él
 la culpa de todos nosotros.
 Fué maltratado, pero accedió a ella
 y no abrió su boca;

Cual cordero que es conducido a la camiceria
 y cual oveja delante de sus esquiladores
 callô él y no abriô sus labios.
 Después de la prisiôn (el prendimiento) y del juicio, quitâronlo de en medio.
 Y quién se preocupa ya de su suerte?
 Porque, en efecto, fué separado de la tierra de los videntes,
 por causa del pecado de su pueblo fué maltratado hasta morir.
 Se quiso darie sepultura con los malhechores,
 pero con el rico fué su sepulcro.
 Porque no obrô injusticia,
 ni en su boca se encuentre engaño.
 Pero plugo a Yahvé pulverizarlo con el dolor...
 Si da su vida como sacrificio por el pecado,
 habrá de ver posteridad, vivir largos años,
 y el deseo de Yahvé quedará realizado por él.
 Contemplare la luz cuando saïga de la tribulaciôn de su aima,
 saciarâ con su conocimiento a muchos.
 Justificari mi Siervo a muchos,
 sus pecados los cargara sobre si.
 Por esto le voy a asignar como porciôn suya esos muchos,
 recibirá como botín innumerables;
 por haber derramado su vida hasta morir
 y haber sido contado entre los malhechores,
 siendo así que cargô con los pecados de muchos
 y que intercediô en favor de los pecadores.

C) La transfixion (Zach. 12,10)

*Sobre la casa de David y los habitantes de Jerusalén derramaré yo un espíritu de gracia y de implorar misericordia; y ellos mirarán al que tras-pasaron».

IL FIGURAS DE DA PASION

A) El mancebo de la sâbana

Cuando Uevaban a Jesûs entre denuestos y golpes hacia el palacio de los pontífices, al trasponer la linde de Getsemani, una vagorosa y fugitiva sombra, casi fantasmai, cruzô desnortada ante el armado tropel. Corrieron tras ella guardias y soldados, sin conseguir apresarla. Uno de los esbirros logrô asir un blanco cendal de lino, que quedô en sus manos flotando al viento de la madrugada, mientras huia veloz y desnuda la figura de un adolescente. ¿Quién fué aquel misterioso espectador? Indudablemente saliô de alguna casa vecina, cubierto tan solo por una sâbana, atraído por el rumor y los gritos. Muchas hipótesis se han levantado en tomo a la personalidad del misterioso joven. El hecho de usar sâbana de lino revela que se trataba de una persona rica (cf. Herodoto, II 95, y Eusebio, Hist. Edes. VI 40,7), pues las clases populares, como los apôstoles, dormían envueltos en sus pro-

pios vestidos. La mayoría de los comentaristas identifican al anônimo vian-dante con Marcos, fundándose en la circunstancia de que su Evangelio es elúnico que refiere la curiosa anéedota (Mc. 14,51 -52 ;cf. G r i m m, *Geschichte des Leidens lesu* I 486 ss.). Piensan asimismo que el huerto de Getsemani con su casita pertenecia a la familia de Marcos y alli descansaria ei jovenzuelo aquella noche primaveral. Otros autores se inclinan por Lâzaro, el resuci-tado de Betania (cf. F i l l i o n, *Vida de Jesucristo* t.4 p.208); por el joven rico, aquel a quien sus riquezas impidieron seguir a Jesûs (Mt. 19,16-30); por Sanjuan Evangelista (cf. B e d a, *Super Mc.*); por Santiago, hermanodelSe-nor (cf. S. E p i f a n i o, *Haeres.* 87 y 13), o incluso por Saulo, el futuro Pablo (cf. F i l l i o n, *ibid.*).

B) *Claudia Prôcula*

Pilato tuvo dos mujeres. La primera fué Marcia, primogenita de un rico cliente de su padre, llamado Gaio Marcio, quien desarrollaba entonces en Roma importantes negocios mercantiles. Contrajo con ella matrimonio ha-cia el ano 2 de la era cristiana, es decir, a los veintidôs de edad. Desgracia-damente esta esposa falleciô de parto, apenas cumplido un ano de vida con-yugaL Al regresar de la campaha contra los alemanes siete anos después, Pilato contrajo segundas nupeias con Prôcula o Procla, nombre que nos ha sido conservado por el Evangelio apôcrifo de Nicodemo (cf. A u r e l i o d e S a n t o s O t e r o: BAC, *Los Evangelios apôcrifos* p.434). Aunque hay quien la supone originaria de la familia imperial de los Claudios, parece mäs proba-ble la teoria de que era oriunda de la *Gallia bracata*, aun cuando su familia gozaba de los mismos derechos que los ciudadanos romanos. De su matri-monio con Pilato tuvo três hijos (cf. F r a n z e r o, *Memoirs of Pontius Pila-te* P.93λ de los cuales uno muriô cast recién nacido; otra hija se casô con Gaio Quinto, y el mäs peqbeno se incorporé como oficial a la Legiôn Nona.

«Provisionalmente se habia prohibido a los empleados romanos llevar a sus esposas consigo a las provincias. Mas desde Augusto la prohibiciôn perdiô su vigor (cf. T î c i t o, *Annales* III 33). Regularmente Prôcula estaba con su esposo en la Cesarea maritima; pero en esta ocasiôn le habia acompa-ôado a Jerusalén para las fiestas de la Pascua. Probablemente oiria hablar de la entrada solemne del Mesias, si es que ella misma no era prosélita* (cf. K e t t e r, *Figurasfemeninas de la vida de Jesûs* [Madrid, Atenas] p.236).

«Prôcula, siendo mujer, no podia intervenir directamente en la marcha del proceso. Compareciendo personalmente habria perjudicado mäs bien que ayudado a la causa de Jesûs, porque los contrarios habrian interpretado este paso como deseo de influir en el ánimo del juez. Pero nadie podia prohi-birle enviar un recado a su esposo.

No hemos de explicar el sueno necesariamente por causas sobrenatura-les, como otros referidos en la Biblia. Sin embargo, el hecho de que esa mu-jer padeciera tanto en suehos a causa de Cristo, nos hace sospechar que tam-bién estando despierta se habia ocupado mucho de la persona y de la suerte de Jesûs. Expositores mäs tardios expresaron una opiniôn insostenible, a saber: que el diablo quiso evitar por medio de este sueno el sacrificio re* dentor de Cristo. Dadas las circunstancias especiales, se necesita tener espi-ritu de confesor para atreverse a llamar «justo» a Jesûs. Por el mensaje tuvo que ver Pilato que su esposa juzgaba al reo de una manera diferente que la turba fanática de los judios y sus cabecillas. La incertidumbre del juez cre-ciô de punto Esforzôse aún'mäs para inhibirse y soslayar la fâtuaaiôn des*

agradable, sea como fuere. La posture de su esposa habria podido servir a Pilato, en el mejor de los casos, como respaldo, porque no le exigia torcer ni lo más mínimo la justicia. Con la percepción más fina de mujer sentia ella la desgracia que se acercaba, y con la solícita preocupación de esposa procuraba defender de la misma a su marido. No lo logró. Mas por su intervención a favor del «justo» expió ella como mujer algo de la gran injusticia de que se hizo culpable Pilato al condenar a muerte al Inocente» (cf. P. Ketter, o.c., p.236-240).

716

C) Simon Cireneo

La madre Emmerich en sus revelaciones nos ha dejado una bella semblanza de este personaje, inmortalizado por el Evangelio. «Enfonces—dice—vieron a poca distancia a un pagano, llamado Siniôn de Cirene, acompañado de sus tres hijos, que llevaba bajo el brazo un haz de ramos, pues era jardinera y volvía de trabajar en los jardines, situados junto al muro oriental de la ciudad. Todos los años venía a Jerusalén por la Pascua, con la mujer y los niños, y vendía setos como los otros hortelanos. Se encontró de pronto en medio de la multitud, de la que no pudo desasirse. Cuando los soldados se dieron cuenta por su indumentaria que era pagano y jornalero de clase inferior, se apoderaron de él y le obligaron a ayudar al galileo a llevar la cruz. El al principio se opuso y mostró gran repugnancia, pero hubo de ceder a la fuerza. Los niños gritaban y lloraban, pero algunas mujeres que los conocían los tomaron a su cargo.

Simôn sintió gran disgusto por el triste estado de Jesús y por sus ropas manchadas de cieno, pero el Señor gemía y lo miraba con aspecto conmovedor. Enfonces el Cireneo le ayudó a levantarse y los verdugos cargaron un brazo de la cruz sobre las espaldas de Simôn. El seguía inmediatamente a Jesús, a quien se había aliviado del peso...

El cortejo tomó a reanudar su camino. Simôn era un hombre robusto, de unos cuarenta años. Llevaba la cabeza al aire. Se cubría de una túnica corta con cinturón de tela. Sus sandalias, ligadas en torno a las pantorrillas con cintas, terminaban en punta. Sus hijos lucían vestiduras policromas. Dos eran mayores; se llamaban Rufo y Alejandro, y más tarde se unieron a los discípulos del Señor. El tercero era pequeñito, y lo he visto, todavía muy niño, con San Esteban. Simôn no llevó mucho tiempo la cruz detrás del Señor sin sentirse profundamente conmovido» (cf. Emmerich, *La dolorosa Passione* [Bérgamo 1949] p.331-332).

"11

III. EL PROCESO DE JESUS

«Salomon Zeitlin, profesor de Literature Rabinica en el colegio Dropsies de Filadelfia, ha publicado en la revista judía *The Jewish Quarterly Review* varios artículos, escalonados entre los años 1941-1945. También él sostiene que la condenación de Jesús fue obra exclusiva de Pilato. El único delito imputable a los judíos sería el haber entregado a Jesús al tribunal romano. pero esto mismo no lo habría hecho un Sanhedrin religioso, sino un tribunal civil que obraba bajo la presión romana.

Según este autor, hay que distinguir en la Palestina posterior al destierro dos tribunales distintos- uno. religioso, llamado Bet Din en hebreo y Kri-

tenon o Dikastenon en griego, y otro, civil, llamado Synedrion. Sólo después de la destrucción de Jerusalén por los romanos el año 70 de nuestra era se llamó Sanhedrin al tribunal religioso.

El Synedrion civil era un tribunal que sólo se convocaba cuando hacía falta. Mientras Palestina estuvo gobernada por reyes, era el rey quien convocaba el tribunal. Después que Judea fue convertida en provincia romana, a pesar de la presencia en el país de un procurador romano, los asuntos internos de Palestina estaban en manos del sumo pontífice. El era, por lo mismo, quien convocaba el tribunal civil.

El Bet Din o tribunal religioso constaba de dos magistratures. Una, compuesta de setenta y un jueces, era un cuerpo legislativo, cuya función se limitaba a la interpretación de la ley bíblica. Fuera de eso, sólo actuaba cuando se trataba de juzgar al jefe del Estado o al sumo sacerdote o en juicios por ofensas contra el Estado o el templo. Sus reuniones se celebraban bajo la presidencia del Nasi en un departamento del templo, que se llamaba «la cámara de la piedra rota».

La otra magistrature se encontraba en todas las ciudades importantes de Judea, y formaba tribunales de veintitrés miembros, encargados de juzgar los delitos que exigían pena capital. La ejecución podía revestir una de estas cuatro formas: lapidación, incineración, decapitación y estrangulación. El tribunal celebraba sesión todos los días de la semana, excepto los sábados y días de fiesta y la víspera de estos días. Podía una persona ser juzgada y absuelta en un mismo día, pero no podía ser condenada en el mismo día en que había comenzado el juicio. Por esta razón, no se reunía el tribunal en víspera de fiesta.

Ninguna de estas reglas se observaban en el tribunal civil. Mientras los miembros del tribunal religioso eran doctores que habían pertenecido previamente a otros tribunales inferiores, los del Synedrion eran elegidos a discreción del jefe del Estado, que sólo se preocupaba de buscar personas dispuestas a secundar sus deseos. No era necesario que estuviesen enterados de las leyes judías, y podían reunirse en cualquier lugar y a cualquier hora.

Se discute si el tribunal religioso tenía en tiempo de Pilato la facultad de imponer penas de muerte. Zeitlin opina que sí, y niega esta facultad únicamente al tribunal civil o Synedrion.

De la presencia de soldados de la cohorte romana entre los que prendieron a Jesús deduce Zeitlin que no fue detenido por orden del tribunal religioso, sino del Synedrion. Por eso no se tuvieron en cuenta las reglas del Bet Din en cuanto al lugar, día y hora del interrogatorio.

Cuando el sumo sacerdote procedió contra Jesús y lo entregó a la autoridad romana, habría obrado movido por el temor de verse acusado por los dominadores romanos como cómplice de la rebelión. Caifás, como sumo sacerdote, era responsable personalmente ante el procurador romano de la obediencia de los judíos a la autoridad del invasor. El y algunos príncipes de los sacerdotes que con él colaboraban eran los Quislings de aquellos días. El pueblo judío no pudo ser moralmente responsable de la crucifixión de Jesús. El mismo San Lucas dice que cuando llevaban a Jesús camino del Calvario, «le seguía una gran muchedumbre del pueblo y de mujeres que lloraban y se lamentaban por Él».

La condenación y la ejecución de Jesús reviste una forma netamente romana (cf. Excmo. y Rvdo. Dr. D. Jesús Enciso Viana, *Par los senderos de la Biblia. Jesucristo* [Studium, 1957] Madrid] p.187-189).

IV. UN LIBRO DE VALOR EXCEPCIONAL SOBRE LA TORRE ANTONIA

Tal es *Lii Forteresse Antonia à Jerusalem et la question du Prétoire*, que como (esis doctoral prcsentada en la Facultad de Letras de Paris ha publicado recientemente, en febrero de 1956, en Jerusalén la madré Maria Aline de Siôn. De este libro eruditlsimo tomamos, euractândolas. las principales conclusiones (cf. p.269-271).

Antes de la excavaciones efectuadas sobre el emplazamiento de la Antonia, es decir, en una época en que la localizaciôn del pretorio de Pilato sôlo podla investigarse a la luz de algunos textos historicos y sobre indicaciones del Evangelio, un gran nûmero de sabios y de exegetas habian optado por la .Antonia, a pesar de la ausencia de documentaciôn arqueolôgica. Su dec'siôn se fundaba en la verosimilitud resultante de los hechos evangélicos y de la situaciôn politica y religiosa de Jerusalén en la Pascua del ano 30. Esta verosimilitud dejaba lugar a una duda: ¿El concepto moderno de *Pretoria* podia «a priori» aplicarse al palacio herodiano de la ciudad alta? Pero sus razonamientos no tenian en cuenta ni las circunstancias de tiempo y de persona, ni la topografia especial de Jerusalén, ni la arqueologia de los lugares puestos a discusiôn.

Abiertas las excavaciones de la Antonia, los primeros descubrimientos revelaron las lineas directrices del edificio, del que se pudo desde 1933 indicar la ordenaciôn general y la arquitectura. Hoy, después de veinte anos de investigaciôn, se conoce la distribuciôn interior y los principales detalles arquitectônicos del palacio fortaleza.

Se ha renovado asi el problema de la localizaciôn del pretorio. Las conclusiones tenidas hasta entonces por simplemente verosimiles se han visto confirmadas desde que, en el cuadro del gran *atrium* de la Antonia, se ha intentado adaptar al suelo el desarrollo de las escenas evangélicas. Y el problema, tal como se plantea en nuestros dias, ha dejado lejos de si las interpretaciones y los razonamientos apoyados sobre el culto exclusivo de los textos.

La evoluciôn historica del concepto *pretorio* en el mundo romano no nos interesa mâs que en la medida, en que era conocido de los evangelistas. Si se tiene al termino *pretorio* por sinônimo de »residencia del procurador romano«, muchos textos parecen fijar esta residencia unos en el palacio de la ciudad alta, otros en la Antonia. Limitândonos al piano histôrico, estariamos reducidos a la incertidumbre si el examen de las circunstancias particulares de la Pascua del ano 30 no dirimiera el equivoco a favor de la Antonia. Al venir a Jerusalén para vigilar el hieron, hogar habitual de las sediciones judlas en el momento de las fiestas religiosas, Pilato, celoso de conservar el favor de Tiberio, tenia como su mayor preocupaciôn la de mantener el orden. Entre los dos palacios que le ofrecian una instalaciôn igualmente lujosa, el uno dominando inmediatamente el templo, el otro situado en la extremidad opuesta de la ciudad, es veroslmil que el procurador haya optado por el primero, es decir, por la Antonia.

Esta razôn de simple buen sentido ha sido confirmada por los datos topográficos de los lugares en cuestiôn. Los indicios de localizaciôn proporcionados por los evangelistas pueden ser, grosso *modo*, los très testimonios *aulé*, *lithostrotos* y *gabbathu*. Estos términos y su contexto se adaptan al piano

y al sitio de la Antonia, tal como los han restituido las excavaciones. Cuando, por el contrario, se intenta aplicarlos al palacio de la ciudad alta, nos encontramos reducidos, en ausencia de positivos vestigios arqueológicos, a un verdadero caos de hipótesis.

Se debe fatalmente recurrir a un expediente análogo al evocar en el cuadro incierto del mismo palacio el desarrollo de las escenas del pretorio. En la Antonia, por contraste, se pueden localizar de una manera adecuada no sólo la trama general de los relatos de la Pasión, sino hasta los menores détails. Desde el principio del siglo IV, por lo demás, la tradición primitiva, en ausencia de todo vestigio visible, ha buscado el pretorio cerca del emplazamiento de la Antonia. Dicha tradición se renueva definitivamente en la Edad Media, persistiendo tanto más llamativa cuanto que ninguna tradición ha intentado nunca localizar el pretorio en el palacio de la ciudad alta.

Ninguno de estos argumentos tiene, sin embargo, el valor decisivo que sólo dada la evidencia. Porque—es preciso decirlo con toda imparcialidad—en el problema de la localización del pretorio evangélico ninguna prueba absoluta permite decidir categóricamente entre la Antonia y el palacio de la ciudad alta. Pero, a defecto de criterios decisivos, el problema se esclarece con presunciones que dan los argumentos de orden histórico, exegético, topográfico y arqueológico. Ahora bien, estos argumentos están todos en favor de la localización del pretorio en la Antonia. Nos encontramos en presencia, no de una prueba perentoria, sino de un haz de razones concordantes, de las que una sola bastaría para motivar la convicción, y que se refuerzan por su concordancia misma.

Se puede, pues, a reserva de las modificaciones de opinión que pudieran aportar nuevos descubrimientos, afirmar que en el estado actual de la ciencia y ante los recientes datos arqueológicos, no sólo ninguna razón se opone a que se tenga a la Antonia por el lugar del pretorio evangélico, sino que, por el contrario, los argumentos convergen todos en favor de esta localización.

V. MORTON DESCRIBE LA “VIA DOLOROSA” U9

Tomamos de la reciente traducción del libro de Morton *De viaje con Jesucristo* (cf. ed. de la Compañía Bibliográfica Española [Madrid 1956] p.228-230) una de las más bellas descripciones.

«La «Via Dolorosa» resultó piadosamente corta, apenas unos mil pasos. Iba desde el pretorio a la puerta de Genath. Por la parte de afuera de esta puerta, y a corta distancia de las murallas de la ciudad, junto a la vía principal que entraba en Jerusalén procedente del norte, había un lugar llamado Gólgota, el «lugar de la Calavera». En ninguno de los cuatro Evangelios hay nada que permita suponer que el Gólgota fuese un cerro, pero es él caso que por tal se ha tenido. Las gentes que llenaban las calles cercanas al pretorio, veían la horrorosa y ya tan vista comitiva de la muerte. Rompía marcha un centurión a caballo, al mando de media compañía de la Doce Legión, que iba abriéndose paso a través de las estrechas calles. Tras él, venía andando un legionario, llevando un cartel en una pértiga. El cartel, en fondo de yeso blanco, tenía escrita en rojo la breve relación de los crímenes cometidos por los que iban a morir.

Venía, después, Jesús, con el travesaño de la cruz a cuestas, ya sin la clámide escarlata de sus afrentosas burlas, sino, como nos dice San Matéu, con su propia ropa. Una tradición muy antigua afirma que llevaba una tû-

ruca negra, ceñida a la cintura con un cinturôn de cuero, y que bajo la misma tenía puesta la vestidura que, para escamecerle, le habia dado Herodes. No llevaba puesta la corona de espinas, que traía uno de los verdugos a fin de coronario, de nuevo, en la cruz. Rendido por tanto padecer y emoción tanta, Nuestro Señor no podía seguir al mismo paso de la comitiva, y parece que, al obligar a Simón el de Cirene a que echase una mano, podemos descubrir un rasgo de humanitarios y buenos sentimientos en el centuriôn Longinos, que bien pronto habia de dar testimonio de la divinidad de su Reo y abrazar la fe cristiana.

Seguían los dos ladrones, llevando los travesaños de sus cruces, y tras ellos, marchando de seis en fondo, venía el resto de la media compañía con sus espadas al hombro. Los sanedritas, que sin duda estarían descosidos de gozarse de su propio triunfo, seguían al final de la comitiva. Pero, al llegar a la puerta de Genath, pusieron sus blancas mulas al trote y, así, siguieron hasta el Gòlgota.

Bajo el sol de una mañana de primavera, mientras los vencejos volaban sobre las murallas de Jerusalén. como en el mes de Nisân, aún hoy lo hacen, claváronse tres cruces al otro lado de la puerta de la ciudad. Aquellos que allí estaban «mirándole desde lejos» se taparon los ojos con el corazón hecho pedazos. Y las horas pasaban. Bajo la cruz, los soldados agitaban los dados en un casco, echando a suertes la túnica inconsútil. Tumbados en el suelo del Gòlgota, a la hora de mayor calor, comían pan y queso, bebiendo su vino avinagrado. Y oyeron cómo brotaban aquellas palabras de divina misericordia de los labios del Hombre abandonado:

«Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen».

A las tres de la tarde, los sanedritas se fueron a Pilato a pedirle el «crurifragium», a fin de que no quedasen los cuerpos en la cruz hasta el anochecer, aquel anochecer que también iba a ser (¡bien lejos estaban de figurárselo!) el comienzo de un nuevo día. Y los soldados aceleraron la muerte de los ladrones, «pero Uegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas».

VI. EL “VIA CRUCIS”, DEVOCION ESPAÑOLA

«Pese al silencio de los historiadores sobre la acción de España en la evolución progresiva dei Via Crucis, desempeña ésta un papel importantísimo en la misma.

Primero con los previacrucis. La fachada de las «Platerías» de Santiago y las «Ermitas» de Escalaceli son anteriores a los Via Crucis de que nos habian H. Thurston, J. Beaufays, Ignace Maria, Hoomaert, etc., en el extranjero.

Luego con los *Via Crucis propiamente dichos*. La huerta murciana con sus flores y encantos naturales y Alcorisa con sus olivares y vinedos tendrán siempre un puesto de honor en la historia de la espiritualidad por haber sido con toda probabilidad la cuna del primer *Via Crucis* propiamente dicho la una, y del primer Calvario con Santo Sepulcro y trece estaciones más, la otra.

En eso no comulgamos con el P. Atanasio Lôpez, que dice en la revista *Eco Franciscano*:

«De buen grado reconocemos que España no fué de las primeras naciones que adoptaron tan piadosa costumbre, si bien es innegable que más tarde se propagô aquí más que en ninguna otra parte».

El P. Atanasio habia leído los historiadores Franceses y alemanes que habian de la serie de esculturas dolorosas de Adam Kraft y de las siete columnas de Rodas y de los *septem cassus* de Pedro Sterck...

Mas ni las esculturas del taller de Kraft, ni las columnas de Rodas, ni los *septem cassus* de Sterck merecen el nombre de *viacrucis* propiamente dichos.

Y aun en el supuesto de elevarlos a la categoria de tales, serian todos ellos posteriores a la fachada de las «Platerias» (siglos XI al XII) y a las «Ermitas» del Beato Alvaro (1420), que tendrian el mismo derecho, sobre todo estas últimas.

Digâmoslo, pues, bien alto: Espana fué la que echô los cimientos del Via Crucis en Santiago y Escalaceli. Espana fué la que primero puso en prâctica las doctrinas de Adricomio en Santa Catalina del Monte, de Murcia. Espana fué la que empezô a erigir viacrucis por los claustros de los conventos. Prim.ro en Murcia y luego en el de franciscanos de Herbôn—Galicia—y en otros. Espana fué la que popularizô esta prâctica tan piadosa levantando el primer viacrucis por las calles y montes, haciendo de él el aima de la espiritualidad dei siglo XVII. Lo reconocen los mismos extranjeros. Dejemos la palabra, por ejemplo, a aquel fraile de porte modesto que San Alfonso Maria de Ligorio no dudô en apellidar el gran misionero dei siglo XVIII, San Leonardo de Puerto Mauricio. En un momento de comunicaciôn y sencillez franciscana déjà resbalar la pluma y escribe en su libro *Via Crucis explanado*:

«Siendo informado por algunos religiosos espanoles... de cômô en los reinos de Espana eran erigidos por nuestros religiosos los viacrucis aùn en los lugares no sujetos ni dependientes de la Orden con inmenso provecho de las aimas de aquellos reinos, habida esta noticia se encendiô en mi corazôn un santo deseo de procurai un bien tan grande para nuestra Italia y aun para todo el mundo».

[Eso dice el apôstol del Via Crucis] El que erigiô personalmente 572 y diô para el Via Crucis hecho procesionalmente las recomendaciones que la Sagrada Congregaciôn de Indulgencias adopté y estableciô como réglas.

Pero hay todavia mâs: Espana fué probablemente la que fijô en catorce el nûmero de estaciones. Y, sin duda ninguna, la que escribiô el primer manual para el Via Crucis tal como lo practicamos hoy.

Podemos, pues, exclamar, mientras no se nos demuestre lo contrario: Espana, siempre fecunda en devociones populares, fué también con toda probabilidad la madre y la cuna del Via Crucis» (cf. CesAreo Gil Atrio, en *Archivo Ibero-Americano*, ano XI [enero-marzo 1951] n.41 p.90-92).

VII. CORAZON ESTIGMATIZADO CON LOS INSTRUMENTOS DE LA PASION

Sorprendente ha sido en la historia la singularisima estigmatizaciôn plástica del corazôn de Santa Verônica Giuliani. He aqui como la refiere Johannes Maria Hocht en su primoroso libro *Los estigmatizados* (cf. trad, de Ediciones Fax [Madrid 1954] t.2 p.69-71).

«Trece anos después, el Sâbado Santo de 1727, algunos meses antes de su muerte, revelô Verônica a su confesor, P. Guelfi, que se lo habia mandado por obediencia, que durante los dias de la Semana Santa se le habia impreso en el corazôn la figura de dos llamas y un estandarte con las

iniciales de los santos nombres de Jesûs y de Maria; que, ademâs, hacia tiempo llevaba grabados otros signos.

El confesor quiso poseer un documento auténtico de todas las declaraciones de la Santa para poder comprobarlas después de su muerte; así, pues, le ordenô que hiciera un dibujo de su corazôn, tal como se lo habia deserito de palabra. Verônica obedeciô, pero como no sabla dibujar, recurriô a sor Florida Cevoli y sor Maria Magdalena Boscaini. Se recortô un papel rojo en forma de corazôn. sobre el que se aplicaron en papel blanco y en sus sitios respectivos los instrumentos de la Pasiôn y otros signos. Las letras se anadieron con la pluma. El dibujo, terminado en Pentecostés, fué entregado al P. Guelfi. Tres dias después sobrevino a Veronica un ataque de apoplejia, a consecuencia del cual muriô algunas semanas mâs tarde. El confesor puso inmediatamente el dibujo en manos del obispo, que lo firmô aplicândole su sello. Damos a continuaciôn la descripciôn de ese admirable corazôn, tal como fué dibujado y como se hallô después de la muerte.

No menos de veinticuatro figuras e impresiones diferentes se notaban en el corazôn de Verônica. En medio del dibujo hecho por ella se veia una cruz latina, en cuya extremidad superior estaba grabada la letra C, en el cruce mismo la F, en el extremo del brazo derecho la V y en el del izquierdo la O; encima de la cruz y a un lado, una corona de espinas; a la izquierda de la cruz, cortândola oblicuamente, un estandarte, cuya tela estaba dividida en dos partes: en la superior se leia la letra I; en la inferior, la letra M. Encima del estandarte se veia una llama; debajo de él, un martillo, tenazas, una lanza y una cana con la esponja. A la derecha de la cruz se hallaba, de arriba abajo, la tunica inconsûtil, otra llama, un câliz, la figura de dos llagas entreabiertas, una columnita, très clavos y un lâtigo. Debajo de la cruz estaban figuradas siete espadas, unidas por la punta, encima de otra letra V. A cada lado de la cruz, en la parte inferior, estaba grabada la letra P.

¿Que podia significar esta estigmatizaciôn plástica? Verônica misma habia dado a su confesor la explicaciôn de las letras simbôlicas grabadas en su corazôn. Las dos letras impresas en el estandarte eran las iniciales de los nombres de Jesûs y Maria. La letra C indicaba la caridad; la F, la fe y la fidelidad a Dios; la O, la obediencia; las dos V, la humildad (umiltà = -vmiltà) y la voluntad de Dios; las dos P, el padecer y la paciencia; las dos H, el amor de Dios y del prôjimo. El estandarte era el simbolo de las victorias que habia Verônica reportado en su vida. Las siete espadas representaban los dolores de la Santisima Virgen; las demâs figuras, los instrumentos de la Pasiôn».

SECCION VIII. GUIGNES HOMILETICOS

SINOPSIS DE LOS GUIONES HOMILETICOS

Eucaristfa:

La Eucaristia, don del amor (i).
«Habiendo amado a los suyos, al fin los amô* (2 y 3).
Sermôn de! mandato (4).

Sermôn de la Cena:

Sermôn de la Cena (5).
La ûltima lecciôn del maestro (6).
«No siervos, sino amigos» (7).
«Que todos sean uno» (8).

Oraciôn sacerdotal:

Cristo, sacerdote (9).
La oraciôn sacerdotal (10).
El gozo de San Pablo (11).

Pasajes de la Pasiôn:

Jesûs en el tribunal de Anâs (12).
Jesûs en el tribunal de Caifâs (13).
Las negaciones de Pedro (14).
La flagelaciôn (15).
La coronaciôn de espinas (16).
«Ecce Homo» (17).
La calle de la Amargura (18).
La crucifixion (19).
Maria al pie de la cruz (20).

Sermôn *de las siete palabras del Senor* (21 a 27).

La Eucaristia, don del amor

I. Dar y darse es esencial al amor.

El amor da y recibe. Recibe cuanto viene de la mano del amado.
Pero mäs que recibir, el amor consiste esencialmente en dar. Recibe, porque esta reciprocidad es el com-

plemento y perfección. Da, porque es amor; recibe por ser amado.

- C. Nace esta ley como resultado lógico del concepto de amor; el que ama desea, sobre todo, el triunfo del amado en todas las cosas, y más en sí mismo.

723 II. *Ley por la que se rige Dios.*

A. Dios es el amor esencial.

- a) *Consiguientemente dar sin medida y sin término.*
- b) *Dar es su nombre, su esencia y su ley.*

B. En su vida íntima: el misterio de la vida interna de Dios consiste en dar.

- a) *El Padre da al Hijo su propia naturaleza, no sólo específica sino incluso numérica.*
- b) *El Padre y el Hijo dan esta misma naturaleza y con la misma perfección al Espíritu Santo.*

721 III. *Es ley de su actuación al exterior.*

A. Todas las acciones divinas que tocan a las criaturas no son por parte de Dios sino dar y darse.

- a) *En la creación Dios da todo el ser y se da a sí mismo en cuanto puede darse. Toda criatura es participación de la bondad de Dios; cuanto más la participan, son más amadas, porque más han recibido. El hombre, criatura racional, ha recibido la propia imagen y semejanza de Dios.*
- b) *Donación es la elevación al orden sobrenatural, en que Dios comunica su propia vida al hombre para hacerle hijo adoptivo y colocarlo en el plano que toca a la divinidad. En su desarrollo normal esta vida sobrenatural termina en la visión de Dios, es decir, que Dios se da en objeto de gloria como lo es para sí mismo.*
- c) *La encarnación del Verbo ha resumido en sí todas las donaciones de Dios al darse a sí mismo en una medida que, si la fe no nos lo dijera, parecería para cualquier entendimiento criado como excesiva. Lo ha cantado Santo Tomás en el oficio del Corpus Christi: «Naciendo, se nos dio por compañero; en la cena, como alimento; en la cruz, como precio; y en el Cielo, como premio».*

B. Por esto los actos más trascendentales de Dios en relación al hombre se llaman dones.

- a) *El Padre celestial de «tal modo amó al mundo, que le dio a su Hijo unigénito» (Io. 3,16).*
- b) *«El Hijo me ha amado y se ha entregado por mí» (Gai. 2,20).*
- c) *«El Espíritu Santo es el don de Dios Altísimo» (himno «Veni Creator»).*

IV. *El don de la Eucaristía.*

A. Se llama con propiedad el Sacramento del Amor, porque la Eucaristía es el resumen de todas las donaciones

de Dios. «¡Oh sagrado banquete! en el que se recibe a Cristo, revive en él su pasión, el alma se llena de gracia y se nos da una prenda segura de la gloria venidera».

B. Se nos da en ella Cristo.

- a) *Cristo, realmente presente en la Eucaristia, es el mejor don que encierra todos los demás. Porque con Él viene todo bien que Dios pueda comunicarnos.*
- b) *Se nos da Cristo precisamente del modo en que más intimamente se nos pueda dar.*

Se nos da como comida. La comida se transforma en aquel que con ella se alimenta. Pero la comida material solamente se hace cuerpo, no alma.

- 2. En el caso de la Eucaristia somos nosotros los que nos transformamos en Cristo. No porque Él quiera recibir de nosotros, sino porque es el modo de que nosotros lo recibamos a Él.

Recuerdo de su pasión. Dos aspectos ponen de relieve la medida de la donación que Cristo nos hace en la Eucaristia.

- a) *La instituye en la noche en que habia de ser entregado. Lo hace resaltar San Pablo. Para que brille más la excelencia del don de Cristo, lo describe sobre el fondo negro de la pasión; no de la pasión considerada bajo cualquier aspecto, siempre doloroso, sino bajo el más negro y triste de todos sus aspectos, como es el de la traición. «En la noche en que habia de ser entregado» (I Cor. 11,23).*
- b) *Ella misma, la Eucaristia, es la repetición del sacrificio del Calvario, la donación cruenta que Jesucristo hizo de sí mismo por el hombre. El mysterium amoris», que es la cruz, se encuentra en la Eucaristia, y adquiere mayores proporciones cuando se ve sobre el fondo de los pecados, que como mysterium iniquitatis» lo rodean.*

El alma se llena de gracia. La Eucaristia pone a Dios presente en nosotros, porque mediante ella en ocasiones recibimos la primera gracia y siempre, en el alma bien dispuesta, el aumento de la misma.

Prenda de gloria futura. En el Sacramento del Amor está anticipada la donación de Dios definitiva, total, eterna, que es nuestra glorificación,

V. Condiciones de este don.

A

A. Para apreciar la donación que significa la Eucaristia es conveniente considerar las cualidades de este don inenarrable:

B. Es don universal.

- a) *En ella Jesús se da a todos sin excepción alguna. No es exclusiva este don de una clase privilegiada. A la mesa del sacramento pueden acercarse los grandes santos que perseveran y los hijos prodigos que vuelven a la casa paterna. Los pobres y*

los ricos. Los niños, los jóvenes, los hombres de edad madura los moribundos.

- b) *En la Eucaristía Jesús llega a todas las latitudes y rincones para invitarnos con sus alentadoras palabras: ‘Todos los que estéis cargados y tenéis trabajos, venid a mí y os aliviaré.’ (Mt. 11,28).*

C. Don total.

- a) *Los demás sacramentos comunican la gracia; la Eucaristía nos da al autor de la gracia.*
 b) *Nos lo da en su cuerpo, sangre, alma y divinidad: total. Se nos da Jesucristo no solamente en la totalidad de su ser, sino también en la substancia de sus misterios y en el mérito de sus virtudes.*
 c) *Quisiéramos haber vivido con aquel Jesús de Belén, de la vida pública, etc. Pues bien, la Eucaristía es Jesús niño; el Jesús de las bienaventuranzas, el de los milagros portentosos, el Jesús que perdona, el que enjuga lágrimas.*

D. Don perpetuo.

- a) *La Eucaristía es la respuesta real al deseo de todos los tiempos: ‘Permanece, Señor, con nosotros, porque anochece’ (Le. 24, 29).*
 b) *Es el don sin arrepentimiento y sin retractación.*
 c) *Aunque a veces sea escoltado su paso de blasfemias y haya de introducirse en corazones sacrilegos o sea profanado por los hombres Jesús se ha encadenado en la hostia consagrada para no huir de nosotros.*

T27 VI. Conclusion.

- A. «Si conocieras el don de Dios» (Io. 4,10).
 B. Pedir a Dios el conocimiento de las medidas del don de la Eucaristía y dejar al corazón que corresponda a tal donación con el don de una entrega recíproca.

***Habiendo amado a los suyos, al fin los amó
(Io. 13,1)***

728 I. Síntesis perfecta.

- A. San Juan en este texto, como en otros pasajes de sus escritos, tiene una visión amplia y universal, una verdadera intuición, que, por ser intuición, puede expresarla con la brevedad de una cláusula.
 a) *Estas palabras abren el capítulo 13 de su Evangelio. Y con este capítulo comienza el sublime relato de la última Cena.*
 ht *Está, por tanto, el evangelista proyecta situado en el vértice de los tiempos y de la propia vida mortal de Jesús.*

B. Contenido de las palabras.

- a) *Constituyen estas palabras una visi3n de toda la actuaa3n de Jes3s y de Dios para con el hombre, tanto en lo que hasta entonces ha vivido la humanidad como en lo que a 3sta le queda por andar. Por parte de Dios todo ha sido amor y todo seguir3 siendo amor.*
- b) *El euangelista, que en su epistola nos va a dar la definici3n de la esencia de Dios, diciendo que es amor (i Io. 4,16), de acuerdo con el principio filos3fico de que el obrar se aconioda al ser, nos pr3senta el hilo del amor de Dios entretejiendo toda la economia divina en su acci3n sobre el mundo.*

C. Tesis universal.

- a) *Dios act3a por amor y su operar es amor.*
- b) *Toda criatura racional, en cuanto tal, act3a por amor y su obra es amor.*
- c) *S3lo que la criatura es defectible, y unas veces edifica la ciudad de Dios amando a Dios y desprecidndose a si, y otras edifica la ciudad humana amdndose a si mismo de un modo desordenado y odiando a Dios.*

II. «Habiendo amado a los suyos».

A. El amor con que ama Jesus es amor divino y humano' Jesucristo es Dios y hombre. Nosotros extendemos aqui el significado de estas palabras «habiendo amado» al amor que Dios ha tenido desde toda una eternidad y que ha manifestado en su obra.

B. La creaci3n, obra de amor.

- a) *En la creaci3n brilla de modo especial la omnipotencia divine- Es frecuente en los ejercicios espirituales, al considerar el Principio y Fundamento de los mismos, hacer aplicaciones a las relaciones de dependenda de la criatura para con el Cr3ador. Se procura que en el aima broten los sentimientos de quien se vp «nada» ante el «todo».*
- b) *Hay, sin embargo, un aspecto que presupone el anterior, m3s olvidado, pero que tiene m3s vigor, m3s jugo y tnds eficacia para lo que se pretende en el Principio y Fundamento. Nace esta consideraci3n de un andlisis mas atento de la obra creadora en si misma. La Teologia nos dice que es obra de amor.*
- c) *En efecto, estudiando a nuestro modo humano el proceso de la acci3n creadora de Dios, vemos que:*
 - 1. En primer lugar, con prioridad de naturaleza, lo primero que existe en Dios es su propia esencia, infinita, absolutamente considerada, sin relaci3n a nada externo.
 - 2. Esta esencia, conocida por si misma, es decir, por el entendimiento divino, se contempla como participable *ad extra* en infinidad de criaturas que pueden tener realidad objetiva. Hasta ahora son solamente posibles.
 - 3. Sobre todos estos posibles hace acto, de presencia el amor de Dios. La voluntad de Dios va sefialando una

por una aquellas criaturas posibles a quienes desea dar realidad.

4. Un acto de amor eficaz es lo que da ser a la criatura. Consiguientemente, la criatura es concreción externa o termino real y objetivo de un acto de amor de Dios.

- d) *Por tanto, en los ejercicios espirituales no solo debemos insistir en la consideración de que somos criaturas y Dios el Creador omnipotente; es necesario además saber que la omnipotencia divina en la obra creadora es el amor de Dios en acción; que nosotros somos concreción del amor de Dios. Que spy rectamente entendido, amor de Dios. He aquí mi gran dignidad y realidad y que mayores exigencias me impone.*

La elevación al orden sobrenatural.

Esta elevación acentúa la manifestation del amor de Dios a su criatura. Dios parece como si se superara a si mismo.

- b) *El amor de Dios, que actúa en la creación, nos hace exclamar que somos amor de Dios. Pero lo mismo podrian decir todas las criaturas, incluso las irracionales. No todas en el mismo grado que la criatura racional, pero si todas con verdadera propiedad.*

En la elevación al orden sobrenatural hay una creación nueva, que supera a la anterior en la manifestation del amor, estableciendo relaciones de filiation entre la criatura elevada y Dios que la eleva. La corriente de amor que brota entre el Padre y el Hijo en el seno de la Trinidad es tan intensa; tan perfecta, que da origen al acto infinitamente perfecto que es el Espiritu Santo.

Entre Dios, que eleva, y el hombre, hijo adoptivo, que es elevado, debe haber una corriente de tal amor que, por ser improporcionado el amor natural para actuar en este orden de la filiation adoptiva, se le ha de dar una fuerza sobrenatural, la de la virtud teologal de la caridad, a fin de que su amor tenga el rango que le corresponde.

Y tanto crece y se desarrolla este amor entre Dios y el hombre, que ha de introducirse no de igual modo que en la Trimdad, pero si de modo proporcional, el mismo Espiritu de Amor, que, en un último desarrollo de la vida espiritual, actúa de modo extraordinario sobre las virtudes en el ejercicio de los dones.

decreto de la reparación.

Nunca podremos comprender perfectamente toda la iniquidad que entierra el pecado. Cuando Dios lo da a entender, esta comunicación divina es uno de los medios eficaces para conocer, por contraste, con todo su relieve, lo que el amor de Dios ha sido para el hombre.

- b) *Por esta razón seria conveniente considerar toda la malitia del pecado original, por la especial significación que tenia en Addn y por los resultados que para el hombre habia de tener, para al menos vislumbrar el amor que se entierra en la inmediata promesa del Redentor hecha en el mismo paraiso. Esta promesa de un redentor signe la misma linea del amor de padre.*

Los hijos adoptivos han perdido su filiación divina. Parece natural que el hombre debería seguir la suerte de los ángeles: la pérdida definitiva de la herencia divina.

Aun en el caso de tener Dios misericordia, Dios podrá esperar para ejercerla el retorno de la humanidad a El, después que la humanidad hubiese gustado la amargura del abandono de Dios.

Sin embargo, Dios no espera nada. Como verdadero Padre del hijo pródigo, que ha ido malgastando toda su herencia, sale al encuentro inmediatamente para ofrecerle la esperanza del Redentor, cuyos méritos serán valederos desde aquel momento.

Dios pudo haber hecho cabeza de la humanidad redimida a otro hombre o a un ángel. Sin embargo, envía a su propio Hijo, para que la filiación adoptiva pueda ser recuperada con mayor perfección y a las puertas del paraíso pueda cantar la Iglesia con San Agustín: «¡Oh feliz culpa, que mereció tan grande Redentor!»

preparación de la encarnación.

- a) *El amor de Dios al hombre ha hecho retrasar el momento de la encarnación del Hijo. Pretendía hacer al hombre consciente de su propia inutilidad en el orden sobrenatural y de la necesidad que tenía de Dios.*
- b) *Pero no ha significado abandono por parte de Dios. Es brillante la actuación de Dios sobre el pueblo escogido, a quien ha conducido a través de la Historia como llevándolo de la mano, con paciencia inaudita para sobrellevar sus desvíos e ingratitudes.*
Si hay un pueblo que pueda llamarse predilecto de Dios, éste será el pueblo de Israel.

III. Conclusion.

- A. Bien dice San Juan: «Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo».
- B. Los propios ángeles pueden corroborar esta historia del amor de Dios para los suyos que vivían en este mundo, porque con los ángeles Dios procedió de modo distinto: al primer pecado siguió el castigo eterno.

«*Habiendo amado a los suyos, al fin los amó*»

I. *Dios encarnado había amado a los suyos,*

- A. La misma encarnación es un misterio profundo de amor al hombre.

- a) *El amor une e identified al amante con el amado. No podia inventar el amor otro modo de acercarse mds Dios al hombre que viniendo a tomar su naturaleza en unidad substantial.*
- b) *El hombre se fabricô sus dioses, pequeâos y ridiculos, en el afdn de tener a Dios junto a si. Dios ha colmado sus deseos hatiéndose un hombre mds.*

El nacimiento del Verbo encamado es amor.

Ante la cuna de Belén la Iglesia exclama: «Sic nos amantem quis non redamaret?»: ¡Quién no arnard al que de esta manera nos ama?

- b) *Por este misterio, Jesûs, que ha vivido en el seno de Maria, es entregado al mundo. «Asi amû Dios al mundo, que le entregô a su Hijo unigénito» (Io. 3,16). Hasta las circunstancias en que nace habian de amor.*

Nace nino pequeôo, para que podamos acercarnos fâcilmente a El. San Pablo nos dira que al Dios temeroso dei Antiguo Testamento ha sucedido la mâs amable manifestaciôn de la presencia de Dios (cf. Tit. 3,4).

- 2. Nace en un establo, para estar mâs cerca de nuestra necesidad y miseria; para que no haya ningùn obstâculo que nos impida acercarnos a El.

Nace para nosotros, aunque desde el primer momento se ve desatendido y despreciado de los suyos.

vida de Cristo es toda ella amor.

- a) *Su vida oculta es el ejemplo de amor, que se acerca al hombre para enseâarle el camino que ha de seguir en su vida consa' grada al trabajo. Ha querido hacerse uno de nosotros, sin dis' pensarse de las penalidades de la vida.*
- b) *Su primera lecciôn en el templo: *Conviene que esté en las cosas de mi Padre» (Le. 2,49). Es la lecciôn olvidada por Addn y por todos los pecadores de que el primero y fundamental amor es el amor de Dios.*

La vida pûblica de Jesûs toda ella es amor, que se ha hecho:

Doctrina de amor.

Nos ha convmicado el sentido de la patemidad de Dios, que estd en los cielos.

Nos ha enscriado que toda la ley se reduce a la sintesis del amor a Dios Padre y a los hombres nuestros Hermanns.

- 3.. *La confianza ilimitada en la providenda del Padre celestial.*

- 4.º *El amor a los enemigos.*

- 5.º *Las pardbelas de la misericordia, en que hace un retrato inimitable de si mismo.*

Ejemplo de amor: Su vida toda se ha reducido al cumplimiento de la ley de amor que proclama:

Con reladôn al Padre. Para El no hav otra comida que el cumplimiento de su voluntad, aunque esta voluntad le haya impuesto el ser obediente hasta la muerte de cruz.

Con reladôn a los hombres. Las mismas turbas, que en esta ocasiôn como nunca rienen la veraddad de la voz de Dios, resumen el paso de Jesûs por su vida didendo: «Paso hadendo el bien» (Act. 10,38). Hizo el bien a los cuerpos con sus innumerables milagros, a las aimas con la generosidad del perdon y con las riquezas espirituâtes que derramô.

D. Amor esencial a los discipulos.

- a) *Ellos en un grado superior pueden aplicarse las palabras de San Juan: «ollabiendo amado a los suyos que estaban en el mundo». Los suyos eran los discipulos y, entre todos, los apôstoles.*
- b) *Para ellos fueron las predilecciones de su mayor amistad, de la cotnunicaciôn de su doctrina, del llamamiento que les hizo, de los poderes que les habia de confiar.*

II. *Un cambio de escena.*

San Juan en su relato nos ha sintetizado toda la actua-ciôn de Jesûs diciéndonos que ha sido «amor».

- B. Parece que ahora, ante los graves acontecimientos que se van a desarrollar, que colmarân la medida de la ingratitude y falta de correspondencia por parte del hombre al amor de Cristo, también Cristo podia adoptar un cambio de postura. Puede haber llegado la hora final de su paciencia en el amar, si vale la expresiôn, al hombre que huye contra corriente.

cQué harâ el que hasta ahora ha amado?

- a) *«Al fin los amô». El cambio que se opera no es sino en la intensidad del amor subiendo a un piano sorprendente.*
- b) *Todo el amor manifestado por Dios antes de encarnarse y una vez nacido por nosotros, no sera sino prelude o pedestal para una nueva armonia, para una estatua nueva que ha de levantarse. La nueva armonia, el monumento, es un tamor» que éclipse las manifestaciones anteriores.*
- c) *¡Al fin los amô», como si todo lo anterior, en comparaciôn de lo que ahora va a hacer, no hubiera sido nada.*

III. *«Al fin los amô».*

- A. Este amor, llegado a su cumbre 'en los misterios que narrarâ San Juan, envuelve:

- a) *A todos los hombres, pues por ellos se realizan.*
- b) *Especialmente a los apôstoles.*
 - 1. Ellos personalmente los han vivido.
 - 2. Para los apôstoles habrà gracias especiales y singulares.
 - 3. Por manos de los apôstoles se transmiten a los demâs.

- B. Las nuevas manifestaciones del amor.

- a) *En el cendculo alcanza su cumbre la doctrina del amor.*
 - 1. Se pide la consumaciôn en la unidad para los apôstoles y la Iglesia en el amor (Io. 17,22).
 - 2. Se promete la venida de la Trinidad a morar por amor en el alma dei justo (Io. 14,23).
 - 3. Se anuncia el envio de la tercera persona de la Santisima Trinidad, Amor sustancial de Dios.
- b) *En el cendculo, la ley del amor. Tres veces en dos versiculos, bajo las formas mds insinuantes, se senala el precepto del amor (cf. Io. 15,12.7).*

El gran ejemplo dei umor: El amor esencialmente es humilde. Cristo a los pies de Judas es gran ejemplo de amor y celo por su alma.

φ *El don del amor: La Eucaristia, el sacramento del amor. Si el amor es entrega, y al fin toda la historia dei amor de Dios al hombre es la historia de sus entregas a él, el sacramento de la Eucaristia es el don del amor.*

El regalo del amor. El sacerdocio creado en la Ultima cena.

0 *El comienza de su entrega cruenta por el hombre.*

1. *Aquí, en el cenâculo, es donde Jesûs va a decir «que no hay amor mâs grande que el de aquel que da la vida por el amigo» (Io. 15,13).*

2. *En el cendculo es donde, al entregar en sacramento de Eucaristia su cuerpo y sangre. anuncia, como algo que ha dado comienzo, que serin entregados por la redenciôn de los hombres en el sacrificio de la cruz (cf. i Cor. 11,24).*

g) *En el Cendculo, la doctrina de la uniôn, que es ya unidad, en la imagen de la vid y de los sarmientos. Unidad de Cuerpo místico que ha realizado el amor hasta llegar a la solidaridad de nombres, de culpas, de bienes y de personas en la persona mística del Cristo total.*

h) *La redenciôn se podia haber operado sin este modo misterioso, que es la mds sublime formula del amor, de nuestra incorporaciôn a Cristo. Pero ha sido invenciôn del amor de Dios para que la obra de la reparaciôn no tenga punto de comparaciôn con los bñeficias anteriores, y que donde abundô el delito, sobreabunde la gracia (cf. Rom. 5,20).*

1

Sermon del mandato

I. Ceremonia de caridad.

A. *El lavatorio hecho por Cristo en la ultima Cena es, segun los exegetas, simbolo y enseôanza de humildad y de purificaciôn.*

B. *Pero la Iglesia al reproducirlo el dia de Jueves Santo ha unido a esta ceremonia los textos mâs elocuentes del Maestro sobre la caridad:*

a) *«Un mandamiento nuevo os doy: que os améis mutuamente como yo os he amado».*

b) *«En esto conocerdn que sois mis discipulos: que os améis unos a otros» (antifona de la ceremonia).*

C. *Puede, por tanto, considerarse la ceremonia litûrgica del lavatorio como simbolo y enseftanza de caridad.*

La moneda o el pequefio ôbolo que el obispo o el párroco debe dar a aquellos a quienes lava los pies atestigua esto mismo.

II. *El mandamiento nuevo.*

En el Antiguo Testamento existia ya el mandamiento del amor. «  jQu   est   escrito en la Ley?... Amar  s a Dios... y al pr  jimo como a ti mismo...» (Le. 10,23 ss.). Era, sin embargo, imperfecto, porque estaba restringido en su extensi  n por la pertenencia al pueblo judio. Jesucristo declar   la sublime universalidad del precepto de la caridad. Con razón se le puede llamar nuevo, pues antes de El se desconocian las grandezas y los perfiles con que lo adorn  . Las distintas caracteristicas del precepto del amor en la Nueva Ley con relaci  n a la Antigua son las siguientes:

- En la Antigua Ley, el mandamiento de la caridad no era universal. Se limitaba el amor al amigo, al correligionario, al bienhechor. En el Nuevo, en cambio, es universal. Hay que amar al enemigo y al ofensor; hacerles bien y rezar por ellos (cf. 5,44).*
- b) *El precepto viejo se referia a un amor natural. Era ciertamente algo más que un puro sentimiento. Podia considerarse como una disposici  n de la voluntad, una virtud natural. Pero se fundamentaba en lo bueno que pudiera encontrarse en el pr  jimo: sus buenas cualidades, su bondad, los b  n  ficias que hiciera, pertenecer al mismo pueblo, etc. Hoy también, como siempre, existen hombres que poseen en alto grado un amor puro y noble, pero natural, hacia el amigo, el bienhechor, el paisano, etc. El amor que Cristo predica es sobrenatural. Se funda en el amor de Dios y es fruto de la caridad derramada por el Espiritu Santo en nuestros corazones. El de Cristo fué sobrenatural. Nosotros, como sarmientos de la vid, que es Cristo, al participar de su vida, participamos también de su amor, pues la vida de Cristo, que vive del Padre, no es más que amor. ya que   Dios es amor  . El mandamiento viejo mandaba amor al pr  jimo como a nosotros mismos; el nuevo, en cambio, manda que nos amemos mutuamente como Cristo nos am  .   Si Cristo di   por nosotros su vida, también nosotros debemos darla por nuestro hermano  . Esta es la expresi  n más acabada y completa, el grado del amor al pr  jimo 1.*

III. *Postura de amor.* 736

El cristiano no puede limitarse a realizar actos de amor. Jesucristo exige mucho más. Nuestro amor al pr  jimo tiene que ser algo constante, un modo de obrar habi-

1 Para desarrollar esta idea puede consultarse *La palabra de Cristo* v.2, domingo de Quincuagésima. sec.IV, Santo Tomás; y también v.3, tercer domingo de Cu  resma, gui  n 3.

tuai, una postura, ya que la caridad, de la que brota, es un hábito. Por esto dice el apôstol San Pablo: «Vivid en caridad como Cristo nos amô» (Eph. 5,2).

B. Esta posture es consecuencia de nuestra fe. Por la fe vemos que Dios ha enviado a su Hijo para redimirnos y para redimir también a nuestros hermanos.

- a) *Por esto mediante ella distinguimos en el hermano el amor con que Dios lo distingue, y así brota la caridad sobrenatural que nos hace amar al prôjimo en nombre de Dios.*
- b) *Por esto fe y caridad son dos virtudes teologales que nos unen directamente con Dios y que nos unen al prôjimo por Dios.*

Ensenan los teólogos que el amor cristiano del prôjimo es una misma cosa con el amor de Dios. La misma virtud de la caridad produce uno y otro. Amamos a nuestro prôjimo por Dios y por Cristo. Amamos a Dios y a Cristo en nuestro prôjimo. Porque amamos a Dios amamos también en El a todos los que le pertenecen como hijos o que al menos estân destinados a ser hijos suyos.

De la misma manera que nuestro amor a Dios tiene que ser posture constante en nuestra vida, así también debe ser posture constante nuestro amor al prôjimo.

IV. *Reconstruir el amor.*

Segûn esta doctrina hemos de reconstruir el verdadero amor cristiano. Tenemos que lamentar que quizá vivimos un cristianismo recortado o mâs bien de casuística. Se ha llegado incluso a decir que para no faltar al precepto del amor es suficiente con que recemos el «Padre nuestro», por ser oraciôn colectiva que supone en nuestros corazones el amor.

Es claro que, si queremos reconstruir una sociedad nueva segûn el espíritu del Evangelio, no basta con eso.

- a) *Muchas personas piadosas existen que rezan el «Padre nuestro» y que incluso se acercan al altar todas las mananas, pero luego en su vida ordinaria amontonan faltas y faltas contra la caridad en sus juicios, palabras, comportamientos. A pesar de sus comuniones, son duros, frios con sus prôjimos, caprichosos, impacientes, inflexibles, etc.*
- b) *¿Dónde está en estas personas la verdadera caridad de Cristo?*

Pare vivir el espíritu del Evangelio es necesario:

- a) *Ser comprensivos con nuestros prôjimos. esforzndonos por juzgarles con criterios de misericordia, -disimulando, cuando no justificando, sus faltas.*
- b) *Estar siempre dispuestos a ayudar a cualquiera que en un momento dado puede necesitar de nosotros.*

c) *Ayudar, de hecho, a los que están junto a nosotros.*

El señor que tiene grandes proyectos de obras de caridad, pero desatiende y descuida a sus obreros o criados, no vive según el precepto del amor.

2. *La señora que visita hospitales y pertenece a asociaciones piadosas, pero es dura y maltrata a la criada. tampoco camina en el precepto del amor.*

El médico, el abogado y en general todo profesional que pertenecen a Consejos de Acción Católica o que han dado su nombre a obras benéfico-sociales, pero no hacen caso de los que van a la consulta porque son pobres y no van bien vestidos..., es evidente que no caminan según el precepto del Evangelio.

V. *Vivir para los demás.*

738

A. Tal tiene que ser en resumen la consigna dada por Cristo: «Vivir no tanto para nosotros cuanto para nuestros hermanos». Como Cristo y precisamente por Él. Para esto no hay que olvidar que se trata de amor y de virtud sobrenaturales, y, por tanto, sin vida de oración no es posible perseverar en él. «La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo».

B. Existirá tanto más amor cuanto más nos acerquemos a la fuente de la gracia. Con la oración y la frecuencia de los sacramentos fácilmente podremos llegar a realizar como postura de nuestra vida el ideal de la oración atribuida a San Francisco de Asís:

a) *•Señor, haced de mi un instrumento de vuestra paz. Que allí donde haya odio, ponga yo amor; que allí donde haya ofensa, ponga yo perdón; que allí donde haya discordia, ponga yo armonía; que allí donde haya error, ponga yo verdad; que allí donde haya duda, ponga yo la fe; que allí donde haya desesperación, ponga yo la esperanza; que allí donde haya tinieblas, ponga yo la luz; que allí donde haya tristeza, ponga yo alegría.*

b) *•¡Oh Maestro!, que no me empeñe tanto en ser consolado como en consolar, en ser comprendido como en comprender, en ser amado como en amar; pues dando se recibe, olvidando se encuentra, perdonando se es perdonado, muriendo se resucita a la vida eterna.*

Pasión: Sermon de la Cena

I. Características.

El llamado sermon de la Cena es una pieza singular. Es una larga conversaci3n de sobremesa. Ocupa m1s de cuatro capitulos en el Evangelio de San Juan. Son caracteristicas suyas la espontaneidad, la profundidad y el temisimo sentimiento melanc3lico de que est1 transida toda la pieza. No hay orden oratorio. Los temas se enuncian, se abandonan, se vuelven a coger, se entrelazan.

II. Tr1s personalidades.

Ofrece el serm3n tr1s temas capitales. Jesucristo se manifiesta con tr1s personalidades relacionadas con los temas.

B. Jesucristo es:

- a) *Padre que se despide dulce y suavemente de sus hijos. Es el serm3n del consuelo.*
- b) *Maestro que da la 1ltima lecci3n a sus discipulos. En cl se sintetiza la vida espiritual desde su fundamento hasta la cumbre. Sacerdote. Jesucristo se muestra como sumo y perfectisimo Sacerdote. Previene a los primeros sacerdotes de los peligros que les esperan. Aparece como intermediario entre el Padre y el mundo y termina en la oraci3n sacerdotal pidiendo la union del Padre y del mundo en su divina persona, que es el fin 1ltimo de todo sacerdocio.*

HI. Padre que consuela. Primer aspecto del serm3n.

- A. Se despide de sus hijos. Advierte su tristeza. No les enga1a. Les manifiesta que est1 fundada, porque les esperan grandes tribulaciones. «Ahora mismo, porque os he dicho esta, la tristeza ha llenado vuestros corazones» (lo. i6,6).
- B. Jesucristo les previene el futuro inmediato:
 - a) *Les perseguirdn: «y con esto creerdn hacer una cosa agradable a Dios»; les arrojardn de la sinagoga; les dardn muerte;*
 - h) *«ellos se alegrardn y vosotros os 1enar1s de tristeza». Es et anuncio del gozo de los enemigos triunfantes.*

- C. Fuentes del consuelo. Las principales fuentes del consuelo se encuentran extendidas en todo el Evangelio:
 - a) *El Padre les ama porque ellos han amado a Jesucristo, su Hijo.*
 - b) *El Padre conocia estas tribulaciones vuestros. Yo tambi3n y os las anuncio para que las conozcds antes de que lleguen. La sorpresa y la imprevisi3n no aumentardn vuestro dolor.*
 - c) *El Padre estd cerca de vosotros y con vosotros y os consolard todo lo que pueda en mi nombre.*
 - d) *El Padre os enviard el Consolador, Abogado o Pardclito. No podrd venir si yo no me ausento; por eso os conviene que yo me vaya. El Espiritu Santo causard en vuestra aima el gozo y la paz. La paz que yo os dejo no es como la paz dei mundo. Es paz verdadera, es paz profunda. Nace de que el Padre, el Espiritu Santo y yo habitaremos en vuestra aima. Esta paz no os la puede quitar nadie.*
 - f) *El Padre os reserva una morada en la patria celestial.*

La tribulaci3n ser1 breve.

- a) *tDentro de poco me ver1s y pasado otro poco me volver1s a ver» (lo. i6). Las tribulaciones serdn breves. En esta misma vida, porque no tardard en llegar la consolaci3n espiritual y en ella quedardn anegadas vuestros penas. Sobreabundard el gozo sobre el dolor.*
- b) *La vida misma es brevisima; aunque alguna vez el dolor o la tribulaci3n os abata, considerad que el tiempo es breve y que despu1s os espera una etema corona de gloria.*

La ultima lecci3n del Maestro

I. Sintesis de la santidad.

- A. Dos partes componen la 1ltima lecci3n del Maestro. En ellas se ensena de modo elocuentisimo cu1l es el fundamento de toda santidad y cu1l es la cumbre. Lecci3n de humildad. Lecci3n de caridad. Hasta la forma es perfecta. No hay pedagogia comparable con la del Evangelio.
- B. El lavatorio: Jesucristo a los pies de Judas. He ahi la ultima y definitiva lecci3n de humildad y de caridad. Lecci3n pr1ctica, sensible, imborrable, indesvirtuable, indescalificable. Cristo a los pies del traidor practicando la operaci3n m1s humilde que se puede practical con los hombres. «Caepit facere et docere». Y hasta la muerte

fué unida en Jesûs la palabra y la obra. Practicô lo que enSehô.

- C. Jesucristo dijo: «Me llamâis Maestro, y decîs bien, porque lo soy. Pues si yo, siendo vuestro Maestro, os he lavado los pies, cuâto mäs vosotros estâis obligados a lavaros los pies los unos a los otros».

II. *Humildad y santidad.*

La humildad no es la santidad, pero sin humildad no hay santidad posible.

- a) *La humildad es el fundamento negativo de la santidad; el fundamento positivo es la fe. La humildad es quitar de nosotros para poder llenamos de Dios. La santidad consiste en estar Uenos de Dios por la caridad. Pero Dios no puede entrar en nosotros si nosotros no salimos de nosotros mismos.*
- b) *Por la humildad nos vaciamos de nosotros mismos y ese vacio se llena inmediatamente de Dios. «No podemos quitar y poner de Dios en nosotros», dice Santa Teresa, pero si podemos quitar de nosotros mismos, y esto basta para que nos llenemos de Dios.*

La humildad no es virtud teologal. Pero sin el especial concurso divino no se adquiere. Los antiguos no conocieron la humildad. La humildad supone la idea de Dios. Humildad sin fe no es humildad. Es pusilanimidad, apocamiento, cobardia, humildad de garabato. Santa Teresa tiene trozos geniales acerca de la humildad. La humildad de garabato consiste o en pensar objetivamente mal de si, faltando a la verdad de las cosas. o en llevar una falsa humildad en los labios y no en el corazôn.

La humildad es la verdad. Este exacto y profundo concepto de Santa Teresa se lee en las «Moradas sextas», capitulo io. Dios es amigo de la verdad, dice la Santa, porque Dios es suma verdad, y la humildad es andar en verdad. Este pârrafo de la Santa aclarará el pensamiento:

«No digo sôlo que no digamos mentira, que en eso, gloria a Dios, ya veo que traéis gran cuenta en esta casa con no decirla por ninguna cosa; sino que andemos en verdad delante de Dios y de las gentes de cuantas maneras pudiéramos; en especial no queriendo nos tengan por mejores de lo que somos, y en nuestras obras dando a Dios lo que es suyo y a nosotras lo que es nuestro, y procurando sacar en todo la verdad, y asi tendremos en poco este mundo, que es todo mentira y falsedad, y como tal no es durable («Moradas sextas», c.io).*

111. *Como se consigne.*

- \. La humildad se consigue de dos maneras: por la humillaciôn y por la oraciôn.
- B. Por la humillaciôn. Con ella matamos nuestro amor propio, abatimos nuestra soberbia, desairamos nuestra vanidad, somos pisoteados por el mundo y acabamos por vencer, despreciar y pisotear al mundo. El verdaderamente humilde lo senorea todo.
 - a) *La mejor humillaciôn es la que viene defuera, mds segura que la procurada por nosotros mismos. Esta es medida, graduada. superficial, ligera y a veces falsa. Puede ser vanidad. La que viene de fuera y sin esperarla es mds segura. Ambas, sin embargo, deben procurarse.*
 - b) *El ejemplo de Cristo: Cristo en la ultima noche se humillô al lavar los pies. Acto heroico, voluntario, de humildad. Y fué humillado: por la presencia del traidor; por el abatimiento de flaqueza en el huerto; por la prisiôn; por el juicio; por la bofetada; por las negationes; por la sententia; por las hurlas, mofas y ludibrios. Y siguiô la humillaciôn durante toda la manana dei viernes hasta que expiré en la cruz*
- C. Humildad y oraciôn. De dos maneras se consigne la humildad en la oraciôn:
 - a) *La humildad es efecto de toda oraciôn bien hecha. Donde no hay fruto de humildad no hay buena oraciôn. «La piedra blanca es mas blanca cabe la negra y la negra es mds negra cabe la blanca» (Santa TeresaJ. En el cielo todos seremos perfectamente humildes, porque la presencia de Dios serd perfecta también.*
 - b) *Por la oraciôn de peticiôn: Pidiéndola al Padre como San Juan de la Cruz: «¿Juan, qué quieres de mi?» «Pati et contemni pro Te»: «Senor, padecer y ser despreciado por ti. Sehor, la humildad».*

IV. *La caridad: «Hasta el Jin».*

746

«Amando a los suyos, los amô hasta el fin». Algunos interpretan hasta el fin de su vida, hasta el último momento. Pero la interpretaciôn perfecta es «los amô hasta la forma mâs perfecta de caridad. Los amô hasta morir por ellos». El mismo dice que no hay forma mâs perfecta de amar al amigo que entregar la vida por el amigo
Complemento de la perfecciôn. Todavia esta forma mâs perfecta tiene un complemento, como si dijéramos, que es la instituciôn dei sacramento de la Eucaristía, por el cual se queda entre nosotros y reproduce el sacrificio de la cruz miliares de veces todos los dias.
Fôrmulas de caridad. Basta enunciar las fôrmulas de

caridad que propone Jesucristo en el sermôn de la Cena para que el orador encuentre materia abundante.

a) *Estas formulas son:*

1. «Permaneced en mí»; «permaneceréis en mí si cumplis mi palabra».
2. «El Padre y yo permaneceremos en vosotros».
3. «Permaneced unidos mutuamente, porque en esto conocerán todos que sois mis discípulos».

b) *Sintetizando esta doctrina diremos:*

1. Que la caridad se conoce en las obras y no en las palabras. «Obras son amores y no buenas razones», como dice el refrân castellano.
2. Que el amor de Dios se conoce por el amor a los hombres. «El que no ama al hermano que ve, ¿cómo amará a Dios, a quien no ve?»

«No siervos, sino amigos»

746

Jesús proclama amigos a los discípulos.

A. Jesús llega en su sermón de la Cena a las mayores intimidades. Entre dos repeticiones del mismo precepto de amor mutuo que insistentemente propone en esta noche, hace una proclamación solemne de amistad con los apóstoles.

- a) «Este es mi precepto, que os améis unos a otros como yo os he amado» (Jo. 15,12).
- b) «Esto os mando, que os améis unos a otros» (ibid.. 17).

B. Entre ambos versículos intercala la sublime doctrina de la amistad:

- a) «Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos» (v.13).
- b) «Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando* (v.14).
«Ya no os llamaré siervos. sino amigos». Razones que lo prueban:
«El siervo no es sabedor de lo que hace su amo».
2. «A vosotros os he hecho saber cuantas cosas oí de mi Padre».
«No me elegisteis a mí, sino que yo soy el que os he elegido a vosotros».
«Os he destinado para que vayáis y hagáis fruto, y vuestro fruto sea duradero».
•A fin de que cualquiera cosa que pidieréis al Padre en mi nombre os la conceda» (v.τ -τ6\

II, *Jesûs prueba esta amistad.*

747

- A. Toda la actuaciôn de Jesûs con los discipulos a lo largo de su vida es garantia de la amistad con que los distingue.
- B. Jesûs da la vida de modo especial por los discipulos.
 - a) *En la oraciôn sacerdotal (Io. 17,19) de esta noche dice Jesûs al Padre: 1Y0 me santifico por ellos*. El texto original dice ^sacrificio» por tsantifico*. Es decir, se trata del ofrecimiento sacrificat, en que entrega su vida, que lo hace por el mundo, pero especialmente por los apôstoles.*
 - b) *Todo el fruto de ese sacrificio se aplicard al mundo por el ministerio de estos hombres; del mismo modo que el mundo creerd en Cristo en virtud de la palabra predicada por ellos.*
- C. Jesûs ha dado a conocer toda su doctrina a los apôstoles, a quienes era dado entender la doctrina del reino (cf. Mc. 4,11).
 - a) *Para los apôstoles, la gran intimidad del misterio de la cruz (Le. 18,32 ss.).*
 - b) *Para los apôstoles, la instrucciôn especial después de la resurrecciôn.*
 - c) *Para los apôstoles, la plenitud de poderes antes de subir al cielo (Mt. 28,19).*
 - d) *Para los apôstoles, el Espiritu de verdad enviado en la mañana de Pentecostés.*
 - e) *Todos sus secretos y misterios fueron comunicados hasta tal punto a los apôstoles, que con ellos se cerrô el depôsito de la revelaciôn publica.*
- D. Jesûs fué quien los eligiô.
 - a) *La elecciôn por parte de quien confia un ministerio indica una amistad.*
 - b) *Sobre todo cuando se considera la calidad y grandeza del ministerio que se les va a encomendar.*
 - c) *Y mas cuando se pueden aportar tan pocos valores por parte del elegido: los mâs rudos y pobres eran los apôstoles.*
- E. Los destina para que vayan. La misiôn apostôlica es senal de amistad.
 - a) *Porque van en representaciôn de Cristo.*
 - b) *Porque llevan sus mismos poderes.*
 - c) *Porque hasta tal punto los déjà Cristo en su propio lugar, que El desaparece visiblemente y los déjà como ûnicos depositarios del tesoro de la redenciôn.*
- F. La promesa del fruto. Es senal de amistad especial. Es confirmarlos en la fidelidad de la misiôn. Es una delicadeza de la amistad de Jesûs.
 - a) *Les da una misiôn divina insuperable para las fuerzas puramente humanas. Por esto los conforta con la certeza de que obtendrân un fruto que serd duradero.*

- b) *Les da un medio infalible para obtener cuanto necesiten en favor de la eficacia de su ministerio: la oraciôn.*

'w III. *La servidumbre, camino de amistad.*

- A. Jesûs pide correspondencia a la amistad. La prueba indiscutible de esta amistad es el cumplimiento de sus mandatos.
- B. La amistad de los ângeles y la amistad de los hombres con Dios quedaron rotas por un «non serviam». La amistad se restituye cuando se entrega la voluntad para un servicio al amigo.
 - a) *Maria Santlsima echô un nudo irrompible en la amistad de la humanidad con Dios, porque proclamô y viviô su *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum Verbum tuum».*
 - b) *Cristo se empenaba en aplacar al Padre, airado con la humanidad, pronunciando y viviendo el 'fiat voluntas tua*.*
 - c) *Esto hicieron también los apôstoles. El gran titulo y la gran prueba de amistad esta proclamada por San Pablo a los romanos, que vivian en ambiente de glorias y grandezas: •Pablo, siervo de Jesucristo* (Rom. 1,1). Y esta servidumbre valla mds que cualquier estima que pudiera tener delante de los hombres (Gal. 1,10).*

*49 IV. *Conclusion.*

- He aqui el m de granjearse una amistad eterna con Dios: cumplir su voluntad.
- B. Este es, al mismo tiempo, el medio infalible para dar eficacia al ministerio sacerdotal.

Que todos sean uno»

"50 1. *Un sello inconfundible.*

- A. El corazôn de Cristo esta mäs lleno que nunca y mäs que nunca se desborda en las horas del Cenâculo.
 - a) *Son los momentos finales de su vida terrestre. Son las últimas horas con los suyos.*
 - b) *Estân a la puerta los sublimes misterios de la redenciôn.*
 - c) *Le aguardan cercanos y dispuestos los enemigos para llevarlo maniatado a la cruz.*
 - d) *Le urge abrir su corazôn al Padre y a los discipulos: consignas finales, postreros alientos*

B. Dios, y por tanto también todas sus obras, han de tener un sello inconfundible.

- a) *Dios tiene el sello de la vida y de la unidad perfectísimas.*
- b) *Cristo viene a reunir e incorporar a Dios por la redención al hijo que había huido de la casa del Padre. Sus preocupaciones finales son, por tanto, el logro de esta unión, de esta unidad. La unidad es más que la unión.*

Unidad como la que hay en el misterio de Dios.

- 2. Unidad que se consigne solamente en Dios. Viviendo su vida.
- 3. Vida de Dios que se difunde en nuestros corazones por la acción del Espíritu Santo.

Consecuencias.

- a) *Todos los anhelos de Cristo se resumen en la plegaria de su oración sacerdotal: «Que todos sean una misma cosa» (Jo. 17,21).*
- b) *Esta unión se conseguirá cuando venga el Espíritu Santo.*
- c) *Unidad que está sometida comp.lçy universal y única a una ley vital de arrior, cual se proponen el Cenaculo (Jo. 17,22).*

II. Unidad necesaria.

impone Jesûs a su Iglesia.

- a) *Como cualidad necesaria. No podía ser de otro modo, ya que al fin y al cabo la Iglesia y su obra son la prolongación de Cristo en la tierra y han de estar sometidas a la misma ley vital de unidad que hay en Jesucristo. Dios no puede estar contra sí mismo.*
- b) *Como nota distintiva: «Por los frutos los conoceréis» (Mt. 7,16). Es inconfundible ésta señal para conocer el árbol.*

Para conocer el verdadero árbol de vida plantado por Jesucristo, nada como atender a este fruto difícilísimo de la unidad, que únicamente puede producir el verdadero árbol de vida, es decir, el que tiene en sí la verdadera vida de Dios.

- 2. Cuando el árbol déjá de tener la verdadera savia, cuando el cuerpo es abandonado por el alma, lógica y necesariamente viene la disgregación. Ocurre exactamente igual en las sociedades que se llaman cristianas. Pierden la unidad cuando pierden su verdadera vida. Por esta necesidad lógica, la unidad es nota distintiva de la Iglesia en un sentido positivo. No se da sino en la verdadera.

k Impone una triple unidad.

- a) *Unidad de fe. La verdad es una. Por esta unidad en la verdad ha dado Cristo todo lo necesario; incluso concederá a sus apóstoles y al magisterio de la Iglesia el don de la infalibilidad.*
- b) *Unidad de régimen. Porque para ir al Padre todos los caminos tendrán que discurrir dentro-dél que es único camino, Jesucristo. Por Él ha bajado el cielo a la tierra y ésta es la única senda*

abierta en el bosque del pecado para que la tierra suba al cielo, Unidad de liturgia.

Todo va a reducirse al sacrificio que ha eclipsado a los demás sacrificios, como la luz a las sombras: la plenitud del sacrificio eucarístico, que comunica la gracia del único sacrificio que operó la redención, el sacrificio de la cruz.

De este sacrificio participámes por un sacramento, que es el sacramento de la comunión, el sacramento del amor, si lo y causa de nuestra unión con Jesucristo.

3. Único sacrificio, del cual brotan los otros sacramentos y medios de santificación, como cauces de un mismo caudal de gracia, como lazos de unión que nos incorporan a un mismo Dios.

III. *Unidad por el amor.*

A. En Dios.

- a) Dios *tiene la vida mds simple, más santa, mds feliz: la vida infinita en toda su perfección.*
- b) Dios *tiene en esta vida la nota distintiva de lo perfecto: la unidad.*
- c) *Esto es así porque Dios es amor (i lo. 4,16). Dijo el Señor a la B. Angela de Foligno: *Mirame: ¡hay algo en mí que no sea amor?»*
- J) *Lo que cierra el misterio trinitario es el Espíritu Santo, amor sustancial.*

B. En la Iglesia, la unidad por el amor.

- a) *La unidad de fe.*
 1. El Espíritu Santo, actuando con eficacia sobre el magisterio de la Iglesia, la enseñará toda la verdad, y con su asistencia lo hace infalible para que la unidad de la fe pueda conservarse.
 2. La verdad revelada por Cristo no fué conocida, como tampoco el misterio de su vida, sobre todo el de la cruz, hasta que vino el Espíritu Santo.
 3. Es que la verdad revelada por los labios y la vida de Jesús no es una verdad fría y matemática, sino la verdad viva que exige del corazón el calor del amor.
- b) *La unidad litúrgica o sacramental. También los sacramentos se unifican en el amor. Ellos son los instrumentas por los que comunica la vida sobrenatural al alma un mismo Espíritu Santo.*
- c) *La unidad de régimen.*
 1. La ley de Cristo toda ella está dictada por el amor.
 2. Toda la ley consiste en el amor, que es el mandamiento que a todos los resume y vivifica.
 3. Toda la ley es fuente de amor. Ella, al fin, no intenta sino conducir por el camino del amor hacia Dios.
- d) *Por lo cual en la Iglesia el principio vital interna que reduce a la unidad mds perfecta y es fuente primaria de toda vida; en una palabra, el alma es el espíritu de amor.*

En nosotros el Espíritu Santo es el que reduce a unidad y armonía perfecta todo nuestro ser y potencias por la gracia; mientras el pecado, ausencia de amor, rompe nuestra unidad, como rompió la primera caída la armonía del universo.

2. En la Iglesia, el Espíritu Santo de tal modo quiere la unidad para ella, que la primera derrota que ha querido para los que de ella se han separado ha sido la pérdida de la unidad. Los protestantes alegan la inspiración inmediata del Espíritu Santo. Para confundirlos, este mismo Espíritu les muestra que no puede estar con ellos, haciéndoles cada día multiplicarse en más sectas, señal evidente de corrupción y de falta de vida.

Cristo, sacerdote

I. Cristo se manifiesta como sacerdote en el sermón de la Cena 753 e instruye a los primeros sacerdotes.

La cumbre de esta manifestación se encuentra en la Hamada oración sacerdotal, que comprende todo el capítulo 17 de San Juan. A ella dedicamos el guión siguiente.

Las cinco declaraciones especiales que Jesucristo hace a sus apóstoles son:

- a) *Prevenirlos del mundo, gran enemigo del sacerdote, y en el cual, sin embargo, tienen que vivir.*
- b) *La unión entre sí, de la que ya se ha indicado algo. La unión con el Padre y con El. puesto que el sacerdote es intermediario entre Dios y los hombres y ha de estar en contacto con ambas partes.*
- ci) *La recomendación especial que hace al Padre de los apóstoles, la cual pertenece ya a la oración sacerdotal. La recomendación de que por la predicación han de creer en la palabra evangélica.*

II. Los sacerdotes y el mundo.

El gran enemigo. Jesucristo considera el mundo como el terrible enemigo del sacerdote. El sermón de la Cena es el gran sermón contra el mundo, aplicable a todos los cristianos, pero preferentemente a las almas espiri-

tuales que tienen que vivir en el mundo, y más especialmente a los sacerdotes¹.

B. Dos mundos. «Hay dos mundos—dice San Agustín—; uno que hizo Dios, otro que gobierna el demonio» (cf. «Enarrat. in Ps.» 96,7: PL 36,1841). a

a) *Esta distinción no hace referencia al orden material o físico: este fué hecho por Dios y por Dios es gobernado. Las leyes físicas se cumplen en el mundo tal como están concebidas en la mente divina (cf. supra, San Agustín, p.760).*

b) *Se refiere la distinción indicada al mundo de los hombres, hecho por Dios a los autos de la naturaleza humana, pero sometido también a las decisiones libres del hombre. El hombre, en virtud de su libre albedrío, puede acomodarse o no a la ley de Dios. Los hombres, si no se acomodan al designio divino, son gobernados por el demonio.*

C. Definición dei mundo. Es de San Juan en la primera de sus epístolas, y dice así: «Si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida» (1 Jo. 2,15-16).

755 III. Aspecto social dei mundo.

\. Propiamente el mundo no se produce hasta que el reino de la triple concupiscencia tiene alguna manifestación externa u objetiva que mata o dana al alma. El mundo expresa una idea social en el sentido genérico de esta palabra.

Los hombres, cuando conviven en sociedad o compañía, pueden crear el mundo. El origen dei mundo es interno en cada uno de ellos, pero la manifestación es externa. El mundo arranca dei individuo, pero se proyecta en el conjunto social.

Hay leyes dei mundo, criterios mundanos, costumbres mundanas, modas mundanas, etc. Todo lo cual ya no es subjetivo, sino externo y social (véase «La palabra de Cristo» t.4 p.876).

Las armas dei mundo. Son de irresistible eficacia. Es un maestro singular con métodos propios, que no se siguen en ninguna escuela más que en la dei mundo.

a) *«El mundo no procede como los demás maestros. Enseña sin dogmatizar*».*

b) *«No prueba sus sentencias. Sabe imprimirlas en nuestro corazón sin que nosotros lo advirtamos».*

c) *«Las leyes y normas del mundo se insinúan y penetran en nuestra alma más bien por un contagio insensible que por una expresa y formal enseñanza*».*

¹ Hay abundante materia sobre el tema dei mundo en el t.4 pp.75-300. De ellas tomamos alguna* ideas, remitiendo al lector para su aplicación al lugar referido. Domingo cuarto después de Pascua: «La presencia del Padre». Guión 15: «¿Qué es el mundo?». P.875. Guión 16: «Jesucristo y el mundo en San Juan», p.879. Guión 17: «El mundo en San Pablo» p.879. Guión 18: «¿Dónde está el mundo?». p.886

- d) *Todo lo que ie dice en los medios mundanos, el aire mismo que en ellos se respira, nos arrastra al placer y nos sumerge en las vanidades de la vida».*
- e) *«Si preguntdis a Terluliano que peltgros ve en el mundo: Todo lo temo de él—os contestard este gran hombre—, hasta el aire que se respira, infectado de tantas opiniones malignas, de tantas maximas anticristianas* («Ipsunque aerem, scelestis vocibus constupratum*»; t.4 p.892 III, B).*

C. Las armas contra el mundo. Las podemos expresar con frases de San Pablo: **Despojaos de las obras de las tinieblas; vestios de las armas de la luz» (Rom. 13,12).*

- a) *Primer momento. Despojaos del espiritu dei mundo. Despojémonos de las obras de las tinieblas; ni comilonas, ni borracheras, ni nada que sepa a came y mundo (Rom. 13,13 ss.).*
- b) *Segundo momento. Revestias de Jesucristo. Vestios de Jesucristo, y de Jesucristo crucificado, como dice el Apôstol: oraciôn, ayuno, abstinenda, mortification (t.4 p.894 VI, A).*

IV. *El mundo, enemigo de la Trinidad.*

- A. No se contenta Jesucristo con presentar al mundo como enemigo de Dios.
- B. Lo préSENTa como enemigo, una a una, de las tres personas de la Santisima Trinidad.

Enemigo del Padre. El mundo no conoce al Padre. »Padre' el mundo no te conociô» (Io. 17,25). El mundo aborrece a Jesûs. «El que me aborrece a mi, aborrece también a mi Padre (Io. 15,23).*

- b) *Enemigo del Hijo. Lo acabamos de consignor. El mundo le aborrece (Io. 15,18). Pero reiteradas veces aparece como enemigo del Hijo, como veremos después.*

*Enemigo del Espiritu Santo. Jesûs anuncia que enviard al Espiritu Santo, que es »el espiritu de verdad, que el mundo no puede recibir» (Io. 14,17). Y, segùn el texto del evangelio de hoy, Jesûs se va para enviar al Espiritu Santo, *el cual viene a argüir al mundo de pecado, de justicia y de iuicio» (Io. 16,*

V. *La victoria sobre el mundo.*

- A. Triunfa dei mundo el que muere al mundo. El triunfo dei mundo debe ser personal, en todos nosotros, antes de intentar arrojar de los demas el espiritu dei mundo.
- B. San Pablo lo expresa vigorosamente en un conciso grito de victoria: *«El mundo estâ crucificado para mi. y yo para el mundo» (Gal. 6,14). Pablo puede decir como Cristo: «Ya no hablaré muchas cosas con vosotros, porque viene el principe de este mundo, que en mi no tiene nada» (Io. 14,30).*

Comenta el Crisôstomo el texto paulino. Tan ajeno estâ el espiritu de Pablo al dei mundo, que la relacion que

JVEVES Y VÏERNES SANTO

existe entre ambos no es semejante a la que se da entre el hombre vivo y el muerto, que ya sería mucho, e& relación de cadaver a cadaver. El mundo muerto para San Pablo. San Pablo muerto para el mundo.

10

La oración sacerdotal

I. El sacerdote, mtermediario.

En el capitulo 17 de San Juan, Jesucristo aparece, como en ninguna otra parte del Evangelio, cual sumo, único y verdadero Sacerdote.

Sus palabras aspiran a la última perfección dei ministerio propio del sacerdote, que es ser intermediario entre Dios y los hombres.

759

II. Cinco puntos pueden senalarse en el sermon de la Cena.

A. Cristo, dirigiéndose a su Padre, hace las siguientes declaraciones:

- a) •Manifestavi nomen tuum hominibus*. He cumplido el debet sacerdotal de predicar la palabra.
- h) «Servavi quos dedisti mihi*. *Yo he guardado como pastor las ovejas que me confiaste. En el tseruavi» se encierran todos los deberes pastorales dei sacerdote. Si alguno se pierde, se perderd por su culpa, como el hijo de perdition (alusión a Judas). Pide al Padre que les libre del espintu dei mundo, aunque los ha de conservar en el mundo. Petición congruente con todo el sermôn de la Cena. Se refiere no solo a los sacerdotes, sino a todos. Alude a los que por el sacerdote han de creer en Jesucristo. Pero especialmente al sacerdote, porque necesita mds dei fulgor de la caridad y de la pureza del aima.
- d) Aspecto positivo. Pide que los sacerdotes vivan en El. «Ellos en mi. Cristo es la escala para subir al Padre. El sacerdote entre Dios y los hombres. La perfection dei sacerdotio en las obras es unir a los hombres con Dios. Cristo, Sumo Sacerdote, no sólo los reiationa con Dios, sino que los une con Dios, y los une con Dios uniéndolos antes con El mismo, porque en Cristo esta Dios. «Para que todos sean uno, como tû, Padre, estas en mi y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros y el mundo crea que tu me has enviado» (Io. 17,21).
Unión etema y gloriosa: 'Padre, lo que tû me has dado, quiero que donde este yo estén ellos también conmigo, para que vean mi gloria, que tu me has dado, porque me amaste antes de la creación dei mundo» (Io. 17,24).

- i. Hablando de la perfección del sacerdocio de Cristo, dice San Pablo que el Padre estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo. En Cristo se encuentra el Padre y el mundo, entendido esta vez el mundo en el sentido de los cristianos fieles.
2. La expresión de San Juan tiene todavía más fuerza; no es una simple reconciliación, sino una unión de Dios en Cristo. Por Cristo se sube al Padre.

B. La perfección del sacerdocio. Ya está expresada en los párrafos anteriores, pero conviene resaltar la idea principal del sacerdocio, que es la de intermediario entre Dios y los hombres, la de la reconciliación. «Tenemos ministerio de reconciliación», declara San Pablo. Pero San Juan la llevó todavía más lejos. Es ministerio de unión. «Que todos sean uno» (Io. 17,21); «Que ellos sean consumados en la unidad» (Io. 17,23). «Que el amor con que el Padre ama a Jesucristo sea en ellos y yo también esté en ellos» (Io. 17,26). Y esto, eternamente.

111. *Closes de union. Hay una unión puramente material; otra, moral; otra, espiritual.* 760

La unión puramente material nace del contacto físico, como una muchedumbre a un montón de piedras, en las cuales hay unión por la proximidad o contacto físico. La unión moral supone relaciones permanentes. Los miembros de una familia, por las relaciones de marido a mujer, de padre a hijo, de hijo a padre, etc. Relación de autoridad, de amor, de obediencia. La unión jurídica es una especie de la unión moral. En la familia se dan ambas.

La tercera unión más perfecta es la espiritual o vital cuando se participa de un solo centro de vida. Tal es la unión de los miembros del cuerpo humano. Esta última unión da alguna idea de lo que es nuestra unión en Jesucristo. «In ipso vita erat»: «En el cual estaba toda la vida». Del cual todos participamos formando un solo cuerpo, cuyo centro vital y directivo está en la cabeza, que es Cristo.

IV. Unión intelectual.

Queremos reproducir el comentario de Santo Tomás a uno de los versículos del sermón de la Cena, no para suscitar cuestiones discutidas, sino para centrar la atención de los sacerdotes sobre la enorme importancia que tiene en la vida sacerdotal la predicación de la palabra de Dios. El cultivo de la virtud de la fe en los fieles.

Dice el santo Doctor comentando el «haec est vita aeter-
na» (Io. 17,3):

- «Viuir es mover» «ab intra». Mâs *perfecta es la vida cuando opera, cuando se muev* «in actu». *Mds perfecta cuanto mâs alta es la operaciôn**.
- b) •*La inteligencia es vida; el entenâer es vivir. Entender casa etérna es vivir vida etema. En la vision consiste la vida etema pnncipalmente y segûn toda su sustancia. •Principali- ter et secundum totam suam substantiam.*
El amor es un movimiento y complemento. La delectaciôn de la quietud es el complemento de la bienaventuranza. La sus- tancia de la misma consiste en la visiôn. En este mundo no podemos conocer a Dios cara a cara. Le conocemos por la fe. L'na fe ilustrada, firme, es el mejor fundamento de la caridad.

"6?

palpbra sacerdotal.

El gran instrumento de union es la palabra sacerdotal. En la misma orâciôn sacerdotal aparece. Jesucristo lo dice justificando la perfecciôn de su sacerdocio: *manifestavi nomen tuum hominibus*. La palabra es el mágico instrumento de union. La pala- bra vive en los entendimientos; los entendimientos se convierten en palabras vivas, y si es la misma palabra la que habita en los entendimientos, la union de las vo- luptades es fácil; la union en la acciôn, lógica. Las orga- nizaciones tienep vida y eficacia y permanenda. Por eso el propio Jesucristo, al llamarse Rey, se llamô Rey de la verdad. El reino de Jesucristo, segûn canta el prefacio de Cristo Rey, es reino «veritatis et vitae»; ante todo, de verdad, como si todo lo demâs dependiera de la pqsesiôn de la verdad.

11

El gozo de San Pablo

763

1. Las tribulaciones de San Pahlo.

- A. ¡Quién ha padecido mâs que el Apostol?
- B. Recordemos la elocuente enumeraciôn de sus penas dolores.
- a) •*{Son ministros de Cristo? Hablando en locura, mâs yo; en muchos trabajos, en muchas prisiones, en muchos azotes, en frecuentes peligros de muerte. Cinco veces recihi de los judio: cuarenta azote' menas uno. Très veces fui azotado con varas,*

- una vez fui apedreado, très veces padeci naufragio, un dia y una noche posé en los abismos del mar; muchas veces en viaje me vi en peligros de rios, peligros de ladrones, peligros de los de mi linaje, peligros de los gentiles, peligros en la ciu- dad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos. Trabajos y miserias, en prolongadas vigi- lias, en hambre y sed, en ayunos frecuentes, en frio y en des- nudez».*
- b) **Esto sin hablar de otras cosas, de mis cuidados de cada dia, de la preocupaciôn por todas las Iglesias. {Quien desfallece que no desfallezca yo? {Quien se escandaliza que yo no me abraze?} (2 Cor. 11,23-29).*

IL El gozo del Appstol.

- A. Y, sin embargo, San Pablo, en esa misma epistola, nos dice: «quasi tristes semper autem gaudentes* (2 Cor. 6,10). Siempre atribulado y siempre gozoso. La tristeza era en él aparente: «quasi tristes». El gozo verdadero: «semper autem gaudentes».
- B. La tristeza viene de fuera. El gozo procedia del «hondôn» de su aima, de la parte mâs secreta de su espiritu, de la union con Dios, de la presencia del Consolador. Por em- plear la bella comparaciôn de Santa Teresa, el aima ente- ra estaba embalsamada de un suavísimo gozo, que se le- vantaba de lo mâs profundo de ella como si hubiera echado especies aromáticas en alguna vasija interior.
- C. La corona de gloria. Aparté de los gozos que experimen- to en esta vida, le sostenia la corona de gloria que espe- raba recibir muy pronto de Jesucristo, como él mismo nos dice: «bonum certem certavi; cursum consummavi; fidem servavi. In reliquo reposita est mihi corona iusti- tiae quam reddet mihi Dominus in illa die, iustus iudex» (2 Tim. 4,7-8). ¡Cuántos anos sufriô San Pablo en este mundo? Poco mâs de treinta. êCuánto va a durar el *re- posa* y la gloria del Apôstol? Toda una eternidad.

III. El origen del gozo.

765

- A. El origen del gozo del Apostol es doble: nace de la ca- ridad y es fruto de la esperanza.
- B. Dice Santo Tomâs (2-2 q.28 a.1 ad 3): El gozo espiritual puede ser de dos maneras:
- a) *En cuanto nos alegramos del bien divino considerado en si mismo; en cuanto nos alegramos del bien divino por partici- par nosotros de él.*
- b) *El primero es mejor, porque procede principalmente de la cari- dad. El segundo procede también de la esperanza, por la cual esperamos la fruiciôn del bien divino, aunque la fruiciôn, ya la perfecta, ya la imperfecta, se obtenga segûn la medida de la caridad.*

766 IV. *Amor y consuelo.*

- A. Sea la conclusion que donde hay amor hay consuelo. Donde hay amor no hay pena ni fatiga, porque el amor lo soporta y lo transforma todo.
- B. ¡Qué bien dice la «Imitaciôn de Cristo», I.3 c.5 !
 - ♦Que no *hay cosa nuis dulce que el amor, nada mds fuerte, nada nuis alto, nada mds ancho, nada mds alegre, nada mas Ueno ni mejor en el cielo ni en la tierra; porque el amor nació de Dios, y no puede aquietarse con todo lo criado, sino con el mismo Dios...*
 - b) •*El amor no siente la carga ni hace caso de los trabajos; desea mds de lo que puede, no se queja que le manden lo imposible, porque créé que todo lo puede y le conviene...*
 - c) •*Fatigado, no se cansa; angustiado, no se angustia; espantado, no se espanta, smo, como viva llama y ardiente luz, sube a lo alto y se remonta con seguridad. Si alguno ama, conoce lo que dice esta vaz: Dios mio, amor mio. Tú todo mio y yo todo tuyo**

Jesús en el tribunal de AnasI. *Distintos tribunales.*

- A. Hay en el proceso condenatorio de Jesucristo dos series de tribunales.
 - a) *Tribunales religiosos.*
 - 1. El tribunal de Anas.
 - 2. El tribunal de Caifâs.
 - b) *Tribunales civiles.*
 - 1. El tribunal de Pilato.
 - 2. El tribunal de Herodes.
- B. Seis veces comparece Jesus.
 - a) *Très ante tribunales religiosos: dos ante Caifâs y una ante Anas.*
 - b) *Très ante tnbunales civiles: dos ante Pilato y una ante Herodes.*

Prescindimos aqui de los tnbunales civiles que están estudiados en el Domingo de Ramos (véase *La palabra de Cristo*, v.3 p.1090-4). Estudiaremos en dos guiones sucesivos los tribunales de Anas y Caifâs.

II. *¿Quién era Ands?*

768

A. Razones de su influencia.

- a) *Ands, de hecho, era el personaje más influyente y activo del Sanhedrin.*
- b) *Era cosa indiscutible que nunca hombre alguno había sido tan afortunado como él.*
- c) *Había ocupado durante nueve años el puesto de sumo pontífice,*
- d) *Aunque con intervalos, le sucedieron en el cargo cinco de sus hijos: Eleazar, Jonatán, Teófilo, Matías, Ands el Joven y uno de sus nietos.*
Yerno suyo era Caifás, a la sazón sumo sacerdote.
- f) *Era, por consiguiente, considerado el supremo pontificado como una propiedad de familia.*
- g) *Ands tenía cuanto un judío de su tiempo podía ambicionar: riqueza, honores, prestigio, estimación en Roma.*

Pero tenía en su contra:

- a) *Falta de estimación por parte de las personas honradas.*
- b) *Se reprochaba a las familias sacerdotales de entonces el fasto, la vida mundana, el materialismo, la dureza de alma.*
La familia de Ands se distinguía también por su perversidad y avaricia.
- d) *Se hablaba de su lengua de víbora, porque usaba de calumnia y la difamación para derrotar a sus enemigos.*
Se hicieron famosos sus manejos comerciales junto al templo. Hasta monopolizó la venta de palomas y tórtolas para los sacrificios, con lo que allegó una elevada suma de dinero al poner precios muy subidos.

III. *Por qué fue llevado Jesús a casa de Ands.*

- A. Una vez prendido Jesús en el huerto fue conducido al palacio común de Anás y Caifás; pero en realidad lo llevaban para hacerle comparecer ante Anás. Lo lógico hubiera sido llevarlo directamente a Caifás.
- B. Pudo ser un acto de deferencia por parte de Caifás, siempre respetuoso y admirador de su poderoso suegro.
- C. Más verosímil es que Anás, habituado a hacer y deshacer como jefe, hubiese maquinado esta intriga, tornado sus medidas y dado órdenes, de suerte que los esbirros, con toda naturalidad, se dirigieron ahora a él como inspirador e instigador de la conspiración. Hacen más verosímil esta hipótesis las dos razones siguientes:

*Hasta tal punto continuaba Ands siendo considerado a los ojos del pueblo como verdadero pontífice, que el epíteto de *sumo sacerdote* estaba unido a su nombre.*

- b) *A pesar de su destitución arbitraria por Valerio Grato, podía ser considerado como el legítimo sucesor de Aaron, mientras Caifás venía a ser un simple agente responsable ante la autoridad romana.*

IV. *El interrogatorio.*

A. No tuvo nada de juridico.

- a) No hubo testigos ni acusadores.
- b) Los miembros del Sanhedrin no formaban «quorum* suficiente. Estaban presentes los mds encarnizados y radicales, los que habian ido hasta el huerto de Getsemani.

Lo que con êl pretendiô Anâs.

- a) Quiere aprovechar la turbaciôn moral que suele apoderarse del prisionero para hacer una investigaciôn previa a la comparecencia ante Caifds.
- b) Espéra arrancar al inculpaado confesiones comprometedoras.

El contenido dei interrogatorio versa sobre la doctrina de Cristo y sus discipulos (lo. 18,19).

D. La respuesta de Jesûs.

No fué la que êl esperaba.

- b) *Estas fueron las palabras del Maestro: *Yo he predicado públicamente delante de todo el mundo; siempre he enseâado en la sinagoga y en el templo, adonde concurren todos los judios, y nada he hablado en secreto. ¡Quê me preguntas a mi? Pregunt a los que han oido lo que yo les he ensenado, pues- ésos saben cuales cqsas haya dicho yo» (lo. 18,20-1).*
- c) *La doctrina de Jesûs y su actuaciôn son distintas de las de los otros maestros.*
 - i. Los traficantes de sabiduria humana reservan su ciencia para un corto número de iniciados, a fin de hacerla más deseable y lucrativa.
 - 2. La sabiduria de Jesûs es asequible a las aimas más sencillas y es a un tiempo capaz de satisfacer a los espíritus más elevados.
 - 3. Los discipulos han recibido orden de predicarla desde las azoteas.
- d) *Por este camino claro, abierto y sencillo queda deshecha la intrigante y tortuosa intriga de Ands.*

escena final.

Es muy triste que asi comience la Pasiôn.

Cuando termina de hablar Jesûs, uno de los alguaciles del pontifice le diô uno bofetada, diciéndole: '¡Asi respondes al pontifice? Era la bofetada dada a Jesûs por la adulaciôn vergonzosa de un criado de Ands.*

- b) *Ninguno de los presentes protestô contra este indigno tratamiento injligido a un prisionero indefenso, maniatado y sujeto a un interrogatorio que no tenía nada de oficial.*
- c) *Jesûs responde, sin perder su calma, al agresor: »Si hablé mal, muêstrame en que; mas si bien, ipor que me hieres?» (lo. 18,22).*

¡Dominio, firmeza, paciencia y mansedumbre de Dios!

VI. Aplicaciones.

772

- A. El tribunal de Anâs es el tribunal del respeto humano. Este ha sido el primero en sentenciar a Jesús.
- B. ('Y nosotros?
- jCudntas veces condenamos a Jesûs en el tribunal del respeto humano 0 de la adulaciôn!*
- b) *jCudntas veces también, viendo a Jesûs condenado y maltratado con injustas bofetadas, no hemos salido en defensa de El!*
- c) *jCudntas veces, por ûltimo, bajo especie de justa reivindicaciôn del propio honor, actûa nuestro amor propio: ante la defensa de un falso honor mundano sentenciamos a muerls-una ocasiôn que se nos ofrece de imitar a Cristo con la humildad y de santificarnos!*

13

Jesûs en el tribunal de Caifâs

I. De Ands a Caifds.

- A. Anâs y Caifâs, suegro y yerno, vivian en el mismo palacio. Mientras tenia lugar el interrogatorio en casa de Anâs habia dado tiempo para que se reuniesen todos los sanhedritas.
- B. Anâs se vio derrotado por aquel prisionero. Vio que él, que por otra parte ténia en su mano todos los resortes, no podia conseguir nada de un reo que se negaba a responder. Decidio por esto mandarlo atado al tribunal oficial de Caifâs.

II. Qiiién era Caifds.

- A. Estaba casado con la hija de Anâs.
- B. Fué nombrado sumo sacerdote el ano i8 de nuestra era por Valerio Grato. Fué depuesto el ano 36 por Vitelio, gobernador de Siria, al mismo tiempo que Pilato.
- C. En el momento de la Pasiôn de Cristo llevaba once o doce anos en el pontificado.
- D. Sorprende su prolongada permanencia en el cargo.
- a) *Sus très predecesores no habian podido conservar tal dignidad mas de un ano cada uno. Casi lo mismo sucediô con los cinco sucesores inmediatos.*
- b) *Pilato, por otra parte, era un procurador suspicas, autoritario y codicioso, que parecia gozarse en humillar al sacerdocio y en reprimir la menor tentativa de independencia de los judios. Hay que suponer, por tanto, en Caifds verdaderos prodigios*

JUEVES Y VIERXESSAXTO

de servilismo, sobornos y bajas intrigas. Pero no es necesario hacer supuestos gratuitos, porque la conducta de Caifás en esta ocasión nos lo recela de cuerpo entero.

. El Sanhedrin.

Era un tribunal religioso.

- a) Su presidente nato era el sumo sacerdote.
- b) Constaba de três órdenes.
 - i. Sumos sacerdotes o jefes de las principales familias sacerdotales. Casi todos saduceos.
 - 2. Los ancianos o laicos notables de la nación.
Los escribas o legistas, en su mayor parte fariseos.

Sus atribuciones fueron variando bajo los diversos gobiernos.

- a) *Bajo el mandato de Herodes, sus funciones fueron estrictamente judiciales.*
- b) *En tiempo de los procuradores se ampliaron.*
 - 1. Tenían guardia y policía.
 - 2. También el derecho de encarcelar a los delincuentes.
 - 3. Podían infligir ciertos castigos, la flagelación y la excomuniación mayor y menor.

Normas de procedimiento. Eran muy justas y capaces por sí mismas de asegurar al reo todas las garantías.

No se podía actuar de noche. Todas las diligencias se debían hacer de día.

- b) *Se debía comenzar por las declaraciones de los testigos de descargo y por los argumentos favorables al acusado. A todos los testigos se les advertía severamente de la responsabilidad del falso testimonio. Se les interrogaba por separado, de modo que no pudieran ponerse de acuerdo. Si se trataba de un crimen, se les preguntaba tan sólo por lo que sabían «de visu», sin tener en cuenta lo que supieran de oídas.
La sentencia no podía pronuncarse en el mismo día del juicio.*
- d) *Finalmente, los jueces emitían su parecer por orden inverso al de sus rangos, para que los primeros no influenciaran con su prestigio a los demás.*

Estos datos bastan para hacer ver cómo todas las reglas procesales de la equidad y de la justicia fueron inicuamente violadas en el proceso de Jesús.

776

juicio se celebró cuando el Sanhedrin estuvo completo.

A. Una tentativa frustrada.

- a) *Abierta la sesión se buscaron testigos dispuestos a hacer una declaración suficiente para condenar a muerte a Jesús (cf. Mt. 26,59).*
- b) *Tan precipitado fue todo este periodo de prueba, que los tes-*

tigos no se pudieron porter de acuerdo, o, lo que es más probable, no se aprendieron bien la lección.

- c) *La ley de Moisés era terminante. Para condenar a muerte se necesitaban dos o tres testimonios concordantes, o al menos no contradictorios.*
- d) *Perdfracasô el intento de obtenerlos en el juicio de Jesús, a pesar de*
 - la docilidad de los testigos,
 - 2 la parcialidad de los jueces y
 - las muchas tentativas.

(«Dos testigos acordes?

Al fin se presentaron dos hombres que parecían ofrecer la solución (Mt. 26,60). Sus afirmaciones eran las siguientes:

Un testigo alegó la afirmación de Jesús: «Yo destruiré el templo de Dios y lo reedificaré en tres días».

- 2. Otro testigo cita la palabra de Jesús: «Yo destruiré este templo hecho por manos de hombres y en tres días levantaré otro que no será hecho por manos de hombres*».
- b) *Estos dos testimonios ni eran concordantes entre sí, ni reproducían fielmente las palabras de Jesús, ni conservaban su espíritu. Jesús había dicho: «Si destruis este templo—su cuerpo—, yo lo reedificaré al cabo de tres días» (Io. 2,19).*
- c) *Ni siquiera, aplicada la expresión en sentido literal al templo de Jerusalén, constituía blasfemia. Podría parecer, de no conocer el poder de Cristo, extravagante. El mismo Herodes había destruido el templo para reedificarlo.*
- d) *Lo más que podía hacer, de ser verdadera esta acusación, era enemistar al pueblo con Jesús, pero no dar ocasión a sentencia de muerte.*

El diálogo con Jesús.

Caifás: «¿No respondes nada a todas las acusaciones dirigidas contra ti?» (Mt. 26,62).

- b) *Jesús guarda silencio.*
- c) *Los sanhedritas insisten: «Si tú eres el Cristo, dinoslo sin ambages» (Lc. 22,66).*
- d) *Jesús: «Si os lo digo, no me creeréis; y si os interrogo, no responderéis» (Lc. 22,67).*

Los sanhedritas quedan desarmados. Es lo mismo que había ocurrido tres días antes cuando Él les preguntó por el origen del bautismo de Juan y qué significaban las palabras del salmista: «El Señor dijo a mi Señor» (Mt. 22,43).

La suprema e injustísima tentativa.

- a) *Caifás se siente humillado, sin conseguir del acusado la confesión que podía perder a este.*
- b) *Pero créese haber encontrado el medio de conseguirla: *Yo te conjuro en el nombre de Dios vivo a que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo del Bendito* (Mt. 26,63).*

1. Requerimiento absolutamente ilegal. Jamâs se habia conjurado a nadie, no habiendo testigos, a que se déclarera culpable y pronunciara su condenaciôn.
 2. Si contesta Jesûs, no es por respeto a una autoridad, que no tiene derecho a interrogar, sino porque en esta ocasion su silencio hubieia tenido valor de rétractation.
- c' *Jesûs, ante el requeamiento dei sacerdote y del Sanhedrin, que représente a la nation entera, no puede callar y contesta: *Tù lo has dicho: Yo soy. Y aun os digo que en lo sucesivo verêis a! Hijo del hombre sentado a la derecha del poder de Dios y vimendo sobre las nubes del cielo** (Mt. 26,64).
- d) *L'n clamor de muerte se levanta. Es el que brota de los labios de Caifâs, coreado por el Sanhedrin: »Merece la muerte** (Mt. 26,66).
- i. Jesûs, segûn ellos, acaba de proferir una gran blasfemia haciéndose Dios.
 - ' Caifâs rasga sus vestiduras.
A pesar de la aparente indignaciôn, Caifâs reventaba de gozo. Esto era lo que él buscaba, motivo para condenar a Jesûs.

La sesiôn de la manana.

- a) *Ab era licito condenar de noche; por lo cual el Sanhedrin se reûne de manana para sentenciar a Jesûs.*
- b) *En su ùltima actuation, en este momento supremo de la vida del Salvador, se muestra en su cumbre el pecado de fariseismo de un tribunal que esta violando las leyes todas de la justicia y siente escrûpulos de no cumplir un detalle de la Ley.*

V. Conclusion.

- A. El tribunal de Caifâs es el de la conveniencia e hipocresia.
- B. Tribunal en que, con frecuencia. Cristo queda condenado en nuestra propia vida.

14

Las negaciones de Pedro

I. *iQué contraste.*'

;No te bastaba, Senor, verte vendido por uno de tus discipulos, para que quieras que el primero de todos ellos reniegue de ti?

iQué contraste! Aunque fuera necesario morir por el Senor, Pedro no habia de negarle jamâs. ÊEs hora ya de sacar la espada?, preguntaba en el huerto. Y ahora dice que no tiene nada que ver con ese hombre...

Es un triste ejemplo de lo que acaece a muchos cristianos.

- a) *San Pablo dice que muchos cristianos de Creta 'alardean de conocer a Dios, pero con las obras le niegan** (Tit. 1.16)

- b) *Renegar de Cristo consiste en seguir una znda y maximas fi t^l ; en abandonar lo que El bused y huir lo que él aqió.*

II. *Muchos cristianos reniegan.*

779

De la vida y ejemplos de Jesucristo.

- a) *El Seiior nos diô ejemplo de vida. «Porque yo os he dado el ejemplo para que vosotros hagdis también como yo he hecho* (Io. 13.15).*
- b) *San Pahlo querla que imitdseamos a Cristo «para que la vida de Jesûs se manifieste en nuestro cuerpo* (2 Cor. 4,11) hasta poder decir: «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en ml* (Gai. 2,20).*
Cotéjese el amor a la pobreza y humildad, el odio al mundo de Cristo con la vida de no pocos cristianos.

B. *De la muerte y cruz del Señor.*

- a) *Decia San Pablo que la cruz servia de escândalo a los judios y que parecia una locura a los gentiles.*
- bi *A nosotros no da ocasiôn de escândalo cuando nos rebelamos ante cualquier desgracia 0 sufrimiento.*
Demostramos nuestra locura al emplear todas nuestra.'fuerzas en huir de la mortificaciôn y buscar la comodidad y regalo.

De las normas morales y ascéticas de su Evangelio.

- a) *La moral de Cristo y la dei mundo son opuestas diametralmente.*
 Cristo reprueba el afín de riquezas. El mundo alienta a amasar mâs y mâs y aplaude a los vencedores.
2. Cristo anima a ser dulce y misericordioso. El mundo exige satisfacciones por la menor de las injurias. Cristo promete el reino de los cielos a la sencillez de los ninos. El mundo ansia gloria y poder y por ellas lucha y ofende. Cristo alaba la austeridad y llanto de los penitentes. El mundo no busca sino el placer.
- b) *reniega de él en sus sacramentos, sobre todo en la Eucaristia.*
1. Con el abandono. Muchos comulgan una vez al ano empujados por el precepto.
2. Con el sacrilegio.
- Se reniega de él en sus discipulos.*
- Con la persecuciôn.
2. Con el menosprecio de las personas mâs piadosas.

III. *La. negaciôn de San Pedro hubo de resultarle al Señor mas dolorosa que las injurias de sus enemigos.*

780

- A. La negaciôn de los cristianos le duele mâs que la de los gentiles y judios, que no le coriociéron cômô a Dios. De ello se quejaba a Santa Margarita de Alacoque. Debe dolerle mâs que la de San Pedro, pues nosotros le hemos

visto morir y sabemos que fué por redimirnos. «Recogitate eum qui talem sustinuit a peccatoribus adversus semetipsum contradictionem* (Hcbr. 12,3).

Cristo mirô a San Pedro y este Uorô. Cristo continûa mirando a los cristianos y estos permanecen insensibles. En vista de ello en el juicio la mirada de la misericordia se convierte en mirada de ira. Ya se dijo de El que seria la piedra con la que chocariamos muchos. «A todo el que me negare delante de los hombres, yo le negaré delante de mi Padre» (Mt. 10,33).

Las parabras sobre este punto son numerosas. En aquel momento la **justicia se mide por la misericordia precedente**.

15

La flagelacion

I. *El pretono.*

- A. Los suplicios reciben su gravedad de la vergüenza y el dolor que les acompaften. Hay suplicios que solo llevan consigo la vergüenza. Otros que sôlo causan dolor. Cristo quiso unir una y otra cosa.
- B Escenâ del pretorio. Cristo, según costumbre romana, es desnudado por completo delante de los soldados y de sus enemigos. Se le atan sus manos a una columna de poca altura obligândole a inclinar aquellos hombros que sostenian el mundo. Es la vergüenza. La flagelacion aôa-de el dolor.

11. *Un salmo mesiânico dice: «Pot ti sufro afrentas y cubre mi rostro la vergüenza» (Ps. 68,8).*

- A iQué es lo que asi te hcmilla y avergüenza, Senor mio?
iEl ser azotado como un esclavo? No; cuando aceptaste la forma del siervo, aceptaste sus humillaciones.
- b) *iEl ser castigado como un criminal? No; porque desde la etemidad aceptô la voluntad del Padre.*
- c) *jEl verse burlado por su pueblo, que rie de su humillaciôn y desnudez? Si; pero hay otra cosa que le avergüenza mds todavia. El haberse cargado y hecho responsable de nuestras impurezas de pensamiento, palabra y obra.*
- B Cuando el Senor aceptô el pasar vergüenza, pasiôn de suyo buena y ordenada al bien, es que quiso darnos alguna lecciôn.
 - a) *Lo malo de nuestra vergüenza es que la tenemos para lo bueno y carecemns de ella para el mal.*

- b) *El orden debe ser otro. Porque del mismo modo que la vergüenza del bien es para nosotros fuente de todos los males, en cambio la vergüenza del mal debe ser la fuente de todos los bienes. La vergüenza del pecado es la madre de la inocencia y la raíz de! arrepentimiento.*
- d) *El Señor reprocha por medio de Jeremias el que su pueblo no quiera volver a El, porque a pesar de sus faltas tiene «frente de bronce» (de meretriz, en la Vulgata).*
- e) *El estado más triste del pecador es de aquel que no se avergüenza de unas faltas que enrojecieron al Señor cuando se hizo responsable de ellas. El estado más triste del cristiano se produce cuando no se atreve a cumplir el bien porque le da vergüenza. San Ignacio en la meditación sobre los pecados procura despertar el sentimiento de vergüenza ante nuestro estado.*

III. *En la flagelación se unió el dolor a la vergüenza.*

783

- A. Cuando los amigos de Job le vieron sentado en el muladar quedâronse durante varios días espantados y silenciosos. ¿Qué otra cosa podremos hacer ahora? Descripción de la flagelación.
- B. (¿Qué nos enseña el Señor con esa voz de sangre y llagas? Lo mismo que nos habían predicado sus labios: «El que ama su alma la pierde, pero el que aborrece su alma en este mundo la guardará para la vida eterna» (lo. 12,25). Aquí la palabra *alma* significa la vida corporal.
- a) *Nuestro cuerpo naturalmente nos inclina al mal. El pecado original lo hizo además cuerpo de pecado.*
- b) *Las obras a que nos inclina son aquellas que San Pablo agrupaba bajo el epigrafe de obras de la carne. Su desenlace es la condenación.*
- d) *El cuerpo santísimo de Cristo no era un cuerpo de culpa como el nuestro. Pero padecía para darnos la lección que San Pablo entendió perfectamente cuando decía: «Los que son de Cristo Jesús han crucificado su carne con las pasiones y concupiscencias» (Gal. 5,24). «Andad en el Espíritu y no deis satisfacción a los deseos de la carne» (ibid., 16).*
 - i. Así hablaba San Pablo no a grupos selectísimos, sino a todos los fieles sin excepción.
 - 2. Así lo entendieron los santos, y por eso admiramos sus penitencias. Verificadas precisamente por quienes las merecían menos.

IV. *Lo maravilloso no es que los impíos y licenciosos rehuyan toda mortificación y se entreguen a los placeres de los sentidos. Lo difícil de entender es que:*

784

- A. Nuestros penitentes creen haber hecho bastante con confesar sus pecados y haberse dolido un tanto (apenas lo suficiente) de ellos, sin compensar por sus culpas ni prevenirse contra futuras caldas.

- . Que los buenos cristianos tienen hario poco de mortificados.
Que muchos censores atrabiliarios de las costumbres ajenas creen haber hecho bastante con censurarlas y ser ellos mismos un ejemplo de vida regalona.

16

La coronación de espinas

Pasión del Señor había de asociar a todas las gentes y todos tormentos.

- Habían herido y burlado al Señor los soldados judíos, los jefes del pueblo, etc. Convenía que ahora hicieran chacota de El los soldados romanos. Que hirieran la única parte de su cuerpo que restaba inmune: la frente.
- B. Cada grupo social tiene su mentalidad propia, y la del soldado, cuando se le abandona a sus instintos, constituye lo que se llama la soldadesca. En esos momentos los hombres más pusilánimes cometen las mayores crueldades.
Descripción de los dolores físicos y de los dolores morales ante las hurras.

786 II. *En la escena vemos la coronación burlesca y dolorosa que el mundo hace de Cristo; como vemos también el reconocimiento de la realeza del Señor, que comienza a ser proclamada hasta inconscientemente por sus mismos enemigos.*

III. *Cristo es rey de la verdad.*

- Ante Pilato une su realeza y su misión de predicar la verdad. *Tú dices que soy rey. Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad» (Io. 18,37).
- B. Es el Verbo, y como tal constituye El mismo la verdad ontológica de las cosas. Al venir al mundo viene a restablecer la verdad moral.
Sin embargo, muchos apostatan y reniegan de esa realeza. Se burlan de ella. Nunca ha habido tanto interés en renegar de ningún moralista (Sócrates, Confucio, etcetera) como de Cristo. Las naciones y sistemas no se han armado jamás contra ningún otro predicador. Pero quienes producen mejor la corona del pretorio son los que dicen admitir la verdad de Cristo, pero en realidad lo coronan rey de hurras.
 - a) *Tanto político liberal, que pronunciaba redundantes discursos sobre el cristianismo y firmaba leyes en contra de sus normas.*

- b) *Canto patrono que lo corona rey de la verdad en cuanto a todos los puntos de su doctrina, menos en cuanto al que le toca a él mismo de cerca.*
- c) *Nosotros mismos con la desgraciada habilidad que tenemos para compaginar nuestras máximas mundanizadas con las del Evangelio. Casuística oportuna, distinciones arbitrarias entre mandatos y consejos, glosas...*

IV. *Cristo es un rey que debe dirigir nuestras acciones.*

- A. «Yo he sido constituido rey sobre Siôn». Y sobre el mundo entero, porque «Yavé me ha dicho...: pídemelo y haré de las gentes tu heredad, te daré en posesión los confines de la tierra» (Ps. 2,6-8).
 - a) *Es cierto que Cristo le dijo a Pilato que su reino no era de este mundo, pero con ello se refería únicamente a que renunciaba a gobernar los asuntos temporales.*
 - b) *Porque en cuanto al reinado del espíritu: «¡Oh reyes!, obrad prudentemente. Dejad persuadir, redores todos de la tierra. Servid a Yavé con temor» (ibid., 10 y 11). «Me ha sido dado todo el poder en el cielo y en la tierra» (Mt. 28,18).*
- B. Nosotros reconocemos y proclamamos este reinado. Como los soldados, decimos: «Ave, Caesar». Pero nuestra corona es de espinas.
 - a) *Nuestra alma no produce otra cosa. Se parece al campo del perezoso: «Todo eran cardos y ortigas, que habían cubierto su haz» (Prov. 2,31). Con nuestras desórdenes, maledicencias, fraudes, cobardías.*
 - b) *Esto es lo que le presentáremos al Señor para que teja su corona. El mismo dijo que su doctrina caía en gran parte sobre espinas que la sofocaban. Son los malos deseos de mi alma, que ahogan los mandatos con que el Señor quiere dirigir mi vida.*

También ponemos en la mano del Señor un cetro de burla, una vara liviana.

- a) *Su reino tiene por solio principal el interior de las almas. Allí dentro gobernará en la medida que le dejemos gobernar.*
- b) *Nuestra versatilidad no permite que lleve más que un cetro de cedro, el arbusto representativo de la inestabilidad.*

V. *Los mismos enemigos comienzan a reconocer la realeza de Jesús.* 789

- A. Pilato escribe el cartel en el que le llama rey y se niega a sustituirla. Le ocurría lo que a Caifás cuando profetizó sin saberlo.
- B. También San Ambrosio dice de los soldados: «Aun cuando no creyeran interiormente, sin embargo no dejaron de tributarle los honores debidos, ya que le saludaron como a rey, le coronaron como a vencedor y le adoraron como a Señor y Dios».
 - a) *Le pusieron una corona de espinas, y no sabían que era el mejor de los símbolos de un rey que había de reinar preferen-*

temente sobre los que sufren. Rey de los mártires, de los penitentes, de los pobres y desgraciados. Cuando le ofrecid a Santa Catalina de Sena una corona de rosas y otra de espinas, la Santa no dudó en elegir, porque le conocía.

- b) *El cetro de caña*—es un pensamiento de San Agustín—representa, mejor que otro ninguno, el carácter del reinado de Cristo,

Los cetros robustos y fuertes de los reyes significan el poder de sus ejércitos, etc. Son como una prolongación de su mano, para suplir la que a ésta le falta por sí misma.

2. El reino de Cristo, en cambio, es el de la mansedumbre, el reinado de un niño en un pesebre y de un hombre en una cruz, y que, sin embargo, no necesita de nadie para llegar de un extremo a otro de su imperio.

C. La púrpura del manto es la sangre de tanto mártir como ha dado, da y estará siempre dispuesto a dar su vida por su Rey.

- 790 VI. *Un día si Padre le dira: «Domina en medio de tus enemigos» (Ps. 109,2). Eutemos contamos entre ese número didendo ahora: «Al Rey de los siglos inmortal, invisible, único Dios, el honor y la gloria por los siglos de los siglos» (1 Tim. 1,17).*

17

(*Ecce Homo*)

I. *Cristo, modelo.*

A. En el Antiguo Testamento se dan casos de profecía en los que el vate había en un sentido literal, pero sus palabras tienen otro más amplio, ignorado por él, y que el Señor explica después.

- a) *Caifás anunció que era conveniente que un hombre muriese por salvar al pueblo. Él se refirió a la muerte de un supuesto cabecilla, para prevenir el castigo romano, pero sus palabras tuvieron una realidad universal.*
 b) *Pilatos dice: «Ecce homo!» Literalmente quiere indicar: Aquí tenéis a vuestro hombre. Mirad cómo está. Pero sus palabras significan mucho más: «Ahí tenéis al hombre tipo».*

B. Podríamos considerar al hombre herido por la justicia de Dios. Pero este pensamiento es común a toda la Pasión. Preferimos mostrar a Cristo como el hombre modelo y superior a todos.

- 792 II. *Cristo realiza el tipo de hombre querido por Dios.*

A. Dios quiso al hombre perfecto dentro de su naturaleza humana. Le quiso además superior a su mismo natu-

ral, para lo que le concedió los dones preternaturales. Le quiso además participe de la naturaleza divina.

- a) *Su participación hubiera sido accidental mediante la gracia.*
- b) *Ello no obstante hubiera imitado a Dios, cuanto lo puede imitar una criatura por medio de dones sobrenaturales sobreañadidos.*
- c) *Hubiera sido hijo adoptivo de Dios, etc.*

B. Pero el hombre no quiso reconocer su dependencia de Dios, y este hubo de comentar irónicamente: «Ahi tenéis a Adán, que ha querido hacerse como uno de nosotros» (Gen. 3,32).

C. ¿Dónde podremos, pues, ver al hombre tal y como Dios lo quiso? En Cristo.

- a) *Perfecto en su natural. Es un absurdo suponer que Dios no escogiera para su Hijo una naturaleza perfecta.*
 - i. El alma santísima. ¿Quién podrá argüirle de pecado?
 - a. Su inteligencia incomparable y reconocida por los mismos no cristianos. «El Espíritu lo escudrina todo, hasta las profundas cosas de Dios» (1 Cor. 2,20). Y ese Espíritu es llamado por el mismo San Pablo el Espíritu de Jesús.
 - 3. La voluntad perfecta no podía menos de seguir lo que su entendimiento veía tan claramente. «Yo hago siempre lo que agrada a mi Padre. Yo no busco mi querer, sino el de Aquel que me envió» (Io. 8,29 y 5,30).
 - 4. Inasequible al cansancio (conversación con la samaritana), al desaliento ante la incomprensión de los suyos y la persecución de los enemigos. Decidido en lo arduo, domina el terror natural del huerto y afronta la muerte con serenidad.
Las facultades sensitivas de imaginación, amor sensible, ira, etc., en perfecta armonía, como lo demuestran sus parábolas y acciones. Todas ellas sueltas a la razón como las hubiera tenido Adán.
- b) *El dominio sobre la naturaleza toda, con sus milagros y profectas.*
Y sobre todo su unión con la divinidad en una sola persona.
 - r. Esta unión, que no solo era sustancialmente perfecta, sino el modelo, a cuya imitación se nos dio la gracia y la filiación adoptiva.
 - 2. Unión que daba el calor divino de su persona a todas las acciones de Cristo.
Unión de la que se derivó una plenitud tal de gracia santificante, aue de ella recibimos todos.

III. Cristo es el modelo que el Padre nos propone.

793

la vez que Pilato dice «Ecce homo!», el Padre nos lo esta repitiendo desde el cielo.

- a) *Cristo no sólo es el hombre tipo en el sentido de que así nos quiso Dios, sino también en el sentido de que nos lo propone como modelo imitable*

- b) *No reproduciremos su union hipostatica, pero si Uegaremos a imitarla con la uniôn de la gracia.*
- B. La ejemplaridad de Cristo no es una conveniencia historica, como existe con relaciôn a todo gran hombre, que, por lo mismo. es digno de ser imitado. Ni aun siquiera por ser el mäs perfecto de los hombres,
- a) *Es que el Padre lo ha establecido asi. Del mismo modo que, va al formar su Hijo natural, el Verbo, para que fuérainos su semejanza creada, y despues en Cristo nara que constitutera el dpice de todo ese orden sobrenatural y semejanza divinas, ahora nos pone delante al Verbo encarnado y restaurador, para que en El y por El nos reintegremos a la vida perdida.*
- b) *Nos prédestina para que »nos hictésemos conforme a la imagen de su Hijo, por manera que sea el mismo Hijo el primogenito entre muchos hermanos* (Rom. 8,29). Salimos de Dios *per ipsum*, en cuanto que por El fuimos creados; «in ipso», en cuanto que en El, como en modelo, fuimos elevados, y volveremos a Dios *cum ipso*, incorporados a El y renovando en El la imagen de Dios en nosotros.*
- C. Después de esta imitaciôn, que podriamos llamar ontôlógica, siguese la imitaciôn moral de sus virtudes y obras. «Aprended de mi* (Mt. 11,29), «dijo El.
- a) *No es cosa de repasar ahora todas sus virtudes, sino de dar un vistazo general a su vida, iluminada sobre todo por la luz edrdena de la Pasiôn y de cotejarla con la mia.*
- b) *¡Ojald que al fin de mi vida pueda repetir la frase del catecismo!:*
—¡Sois cristiano?
—Si, por la gracia de Dios.
—¡Quê quiere decir cristiano?
- Hombre de Cristo.

18

La calle de la Amargura

- I. No pretendemos recoger todos los tristes episodics ôcurridos segùn el Evangelio o segùn la tradition en la calle de la Amargura (véase "La Palabra de Cristo", v.3, Domingo de Ramos, Via Crucis).
- A. Nos ceniremos a la necesidad y modo de llevar la cruz. Hablaremos de la necesidad de llevarla en pos de Cristo y de la facilidad de hacerlo.

II. *Necesidad de llevar la cruz en pos de Cristo.*

Caminaba el Señor cuando, se topó con las mujeres que lloraban. Su frase fue: «Si esto se hace en el lino verde, (en el seco ¿qué será?» (Le. 23.31).

De esta frase podemos tomar pie para hacer ver la necesidad de llevar nuestras cruces en pos de Cristo.

- b) *Cristo, modelo y mediador, la lleva; luego nosotros debemos llevarla. Cristo es Dios y nosotros criaturas; Cristo es el Señor y nosotros esclaves; Cristo es el Santo y nosotros los pecadores. Debemos llevar la cruz. Pero llevarla en pos de Cristo.*

Debemos llevar la cruz.

Cristo la llevó porque quiso, pero de su voluntad hizo una obligación, ya que se trataba de aceptar la del Padre. Nosotros no podemos evitarla. Podremos decir que -queremos llevarla, o que la llevamos y la aceptamos; lo que no podremos decir nunca es que no la llevamos porque no queremos.

- b) *En todos los estados encontraré la cruz. Si escalare el trono solo hallaré que es más pesada. Por lo tanto, si Dios lo ha dispuesto así, debo pensar que *no hay sabiduría, no hay cordura, no hay consejo contra Yahveh» (Prov. 21,30). Lo único que me queda es hacerla llevadera cargando decidido con ella. Pero de esto todo el mundo está convencido. Lo que falta es pasar de la consideración puramente especulativa, en la que se detienen la mayoría de los cristianos, y aplicar el principio general- a los casos particulares de mi vida.*

Llevar la cruz en pos de Cristo. Llevar la cruz es inevitable. Llevarla desesperadamente es pernicioso. Llevarla en pos de Cristo es meritorio.

- a) *El Señor aceptó la ayuda del Cirineo, a quien contrataron para que no muriera.*

- i. (Por qué no hizo el Señor un milagro para que le duraran las fuerzas, por estilo del que hizo para reunir las y poder dar aquel grito que siempre se ha tenido por milagroso? (Por qué no llamó en su ayuda una legión de Angeles, que visible o invisiblemente se la hubieran sostenido?

San Ambrosio contesta que aquello era un símbolo de nuestro destino. Estamos destinados a llevar la cruz de Cristo. No pidió ayuda a los Angeles porque la cruz no era para ellos. Era la cruz suya y de los hombres. «El recto orden de nuestras cosas indicaba que primero llevara El la cruz y después nos la entregase para que le ayudáramos».

3. Al dársela al Cirineo para que la llevara en pos de El parece repetir su frase: «Si alguno quiere venir en pos de mí...»

En este momento el Señor nos mira. Al vemos emocionados con sus dolores, pero, como de costumbre, sin querer pasar de ahí y rehuyendo todo cuanto recuerde las asperezas de la

penitencia moral y material, nos vuelve a recordar la primera escena y a decir: No lloréis por mí, sino por vosotros. Llorad por vuestros pecados; llorad, porque, a pesar de haber meditado tantas veces mi Pasiôn, continuais, sin embargo, sensuales, avaros, perezosos.

c) *¿Qué debemos responder?*

i Conteste nuestro arrepentimiento, el reconocimiento de nuestra poca correspondencia anterior y el propósito firme. No seamos cirineos que llevan la cruz a la fuerza. No seamos mundanos que llevan la cruz que les impone el que dirán, la ambiôn, la avaricia, la sensualidad.

2. Llevemos la cruz de Cristo como la llevaba Él. Por lo tanto, debemos:

i. *Tener un gran dolor de nuestras culpas y ayudar así al Señor. que catgôrcon ellas.*

2 ° *Un gran agradeamiento, que se debe pagar con obras.*

j. *Una firme resolución de aprovechar por lo menos los sufrimientos que nos sobreengan.*

79G III. *Facilidad de llevar la cruz.*

A. Toda ella se deriva de llevarla en pos del Señor. Imaginemos al Señor camino del Calvario y seguido, no de sus enemigos, sino de sus discípulos. Nos mira y dice: *El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mt. 16,24). Nosotros no contestámes como los judíos: «¿Qué duras son estas palabras!» (Io. 6,60), sino como San Pedro: *Seôor, ¿quién iremos? Tû tienes palabras de vida eterna.» (ibid., 68).

B. El ir en pos de Cristo hace la cruz agradable.

a) *Porque al soldado le anima el ir en pos del capitán y le avergüenza dejarle solo. San Pablo (Hebr. 11,34 ss.) nos describe los sufrimientos de los Padres del Antiguo Testamento animados por la esperanza de Cristo. En vista de esto debiera decimos a nosotros: »¡Oh insensatos gdlatas!, ¿quién os fascina a vosotros, ante cuyos ojos fue presentado Jesucristo como muerto en la cruz?» (Gai. 3,1).*

b) *»Tomad sobre vosotros mi yugo... y hallaréis descanso para vuestra alma, pues mi yugo es blando y mi carga ligera» (Mt. 11, 29). Trátese aquí*

t. De tomar el yugo del Señor, no el que caprichosamente me parezca a mí.

2. Este yugo será mucho más soportable que el que me imponen mis pasiones, porque el mismo Señor me ayuda a llevarlo. Él nos dice: Vuestra carga me abrumó a mí, pero la mía os fortalecerá a vosotros.

3. Señor, descárgame del yugo de mis faltas y cárgame con tu cruz.

4- Si el Cirineo hubiese conocido que la cruz del Señor encerraba la salvación del mundo, la hubiese llevado con orgullo. Yo sí lo sé.

5- Esto es lo que debe avergonzarnos que suframos poco

en comparaciôn de los dolores de Cristo y que no queramos padecer a pesar de conocer el valor del sufrimiento.

- c) *No me digdis que la dificultad se mide no por el peso de la carga, sino por las fuerzas del que la lleva, porque quien la lleva «no soy yo, sino la gracia de Dios conmigo» (i Cor. 15,10) y «todo lo puedo en aquel que me conforta» (Phil. 4,13).*
 - i. El Señor dijo que estaria con los suyos hasta la consumaciôn de los siglos, y los apôstoles marchaban alegres a sufrir (Act. 5,41).
 - 2. Recordemos las frases del Señor: «Venid a mi todos los que estais fatigados y cargados, que yo os aliviaré» (Mt. 11,28). «Bienaventurados los que lloran...» (Mt. 5, 5). «Vuestra tristeza se convertira en gozo» (Io. 16,20)

19

La crucifixion

- I. «*Se han dado abrazo la justicia y la paz*» (Ps. 84,11). 797

- A. Este salmo tuvo su realizaciôn exacta en el monte Calvario.
- B. Vamos a meditar sobre la justicia y la misericordia de Dios, reveladas en la muerte de su Hijo.

- II. *La justicia de Dios.* 798

- A. La justicia de Dios exigia un sacrificio digno de su majestad. Las hostias ofrecidas por los hombres no bastaban; ahora vemos sobre el altar al Hombre-Dios, en el que habita la plenitud de la Divinidad. En la encarnaciôn aceptô el sacrificio, revistiéndose de un cuerpo mortal; en la presentaciôn dei templo se ofreciô como victima; ahora se consuma el sacrificio.
- B. <Qué deudas puede pagar esa victima? La respuesta encierra el misterio de la redenciôn.
 - a) *Es el Hijo de Dios, en el que el Padre tiene toda complacenda. Es el Inocente.*
 - b) *Pero Dios ha cargado sobre él todas nuestras iniquidades, según Isaías, y el que no cometiô pecado lo lleva en su cuerpo, según San Pedro.*
Habiendo encontrado una cabeza juridica responsable de las faltas de la humanidad, la justicia divina baja para herirla. En el Antiguo Testamento un dngel guardô el paraíso, otros ângeles ejercieron mil veces la justicia en nombre de Dios. Ahora es la misma justicia divina la que estd présente en el Calvario.

C. Esa justicia divina es :

- a) *La que le desnuda en expiación de todos las injusticias y apego excesivo a los bienes de la tierra; la que lo clava en la cruz para castigar todos los desórdenes de la sensualidad; la que le sujeta obediente a los verdugos en reparation de nuestras desobediencias, inauguradas por Adán.*
- b) *Esa misma justicia es la que le abrumba con los insultos de quienes le rodean en su agonía, castigando así nuestras vanidades y ambiciones mundanas, y la que le hace sentirse abandonado del Padre para compensar las falsas alegrías y consuelos mundanos que buscamos.*
- c) *En suma, la que exige su vida entera para castigar los pecados del mundo.*

D. Deduzcamos de aquí un santo temor a la divina justicia.

- a) *Meditemos ante la cruz que «es horrendo caer en las manos del Dios vivo» (Hebr. 10,31). San Pedro, para hacernos sentir la justicia divina (2 Petr. 2,4), nos habla del castigo de los ángeles. Mejor será recordar que Dios no perdonó a su propio Hijo.*
- b) *¿Quién podrá, pues, arrancarnos de las manos de la justicia de Dios si llegamos a caer en ella? Extiéndase quien quiera sobre el juicio y el infierno.*

“99 III. La misericordia de Dios.

A. «Todos los caminos de Dios son de misericordia» (Ps. 24, 10). «Cuando te llenes de ira, acuérdate de la misericordia» (Hab. 3,2). «La misericordia sobreabunda sobre la justicia» (Iac. 2,13). He aquí tres textos que señalan a la cruz. Sólo en el infierno no hay misericordia. Esa víctima divina nos habla de la misericordia de Dios, que hizo bajar al Verbo y le inclinó a que tomase una carne en todo igual a la nuestra. La teología de San Pablo es clara: «Me amó y se entregó a sí mismo por mí» (Gai. 2,20). No separéis las dos cosas: Primero me amó y después se entregó. Preguntadle a San Pablo qué hace el Señor en el Calvario y os dirá

- a) *Que le condenaban a muerte, y en el suplicio estaba borrando el decreto que nos era contrario (Col. 2,14).*
- b) *Que le mataban y Él nos devolvía la vida perdonándonos cuando estábamos muertos por nuestros pecados (Ib. 13).*
- c) *Que le mataban y era Él quien, despojando a los principados y potestades, los sacaba valerosamente en público..., triunfando de ellos en su propia persona (ibid., 15).*

B. Por eso todas sus acciones en la cruz son obras de misericordia.

- a) *Ora misericordiosamente por sus perseguidores y verdugos.*
- b) *Promete la misericordia a un criminal casi peor que Barrabás.*

- c) *Entrega el don mds misericordioso, su propia Madre, que nos la dq por la nuestra.*
- d) *Su misma sed, iqué otra cosa es sino sed de amor?*

El trono de la cruz no es mäs que el trono de la misericordia, al que sube un Pontifice nuestro para probar todos nuestros dolores y poder compadecerse de nosotros. «Acerquémonos, pues, confiados al trono de la gracia para conseguir misericordia en el momento oportuno» (Hebr. 4,16).

Maria al pie de la cruz

I. Los dolores de Maria.

Cuando los sentimientos sobrepujan a todo lo que las palabras pueden expresar, el escritor renuncia a describirlos. Por eso el evangelista no nos dice sino que Maria estaba al pie de la cruz. Pudo hablarnos de los azotes y de los clavos, porque eran cosas que admiten medida material. No puede hablarnos de los dolores de Maria.

Maria es la Madre de Jesûs.

- a) *A las matrés se procura separarlas, si es posible, del lecho de su hijo en el momento de expirar. Por lo menos no asisten jamds a sus ejecuciones. Maria esta en pie junto a la cruz.*
- b) *Las matrés ayudan a sus hijos moribundos, secndndoles el sudor, sosteniendo sus cabezas, ddndoles de beber. Maria no puede ayudar al suyo en nada.*
Ante el dolor de una madre, todo el mundo enmudece. Ante Maria, todo el mundo injuria a su Hijo.

La medida del dolor es el amor.

- a) *Amamos al hombre en general y nos apena verle sufrir. Las matrés son el dechado del amor, y por eso su dolor es el nids grande.*
- h) *Pero Maria era una madre sobrenatural.*
 - 1. Para que' lo fuera tuvo que intervenir el Espiritu Santo. Su Hijo, ademäs de hombre, era Dios.
 - 2. Por lo tanto, el mismo Dios hubo de ensanchar su corazôn humano para que pudiera amar a su Hijo como la Madre de Dios debia amarle.

- D. El amor mayor es el amor de caridad. Su intensidad depende de la gracia santificante del alma que ama.
- a) *Por eso hemos visto esos ejemplos admirables del amor de los santos, que ha llegado a agotar sus fuerzas físicas. Por eso les hemos visto desfallecer de dolor al oír, por ejemplo, una blasfemia.*
 - b) *Maria Santísima era la llena de gracia, y, por lo tanto, la llena de amor. Hubo, pues, de sufrir como nadie.*
- E. El dolor se acrece con el sentimiento de la injusticia.
- a) *Cuando Maria veía morir a su Hijo, cuando lo tuvo entre sus brazos, se preguntaba: ¡Qué mal han hecho esas manos? ¡Qué mal han hecho esos pies? Los beneficios derramados por su Hijo y la injusticia llevada a cabo por los hombres se le clavaba en el corazón.*
 - b) *Esta injusticia rayaba en el colmo cuando veía a su Hijo condenado por revoltoso perjudicial para el pueblo y enemigo de Israel.*
- F. El dolor aumenta con la soledad. Aunque el triste parece como si la apeteciera, sin embargo las gentes procuran con razón acompañarle. Maria se veía sola.
- a) *Soledad provocada por los que huyeron.*
 - b) *Soledad de los discípulos, que no acababan de entender. Hasta ellos aumentaban su dolor creyendo a Cristo un fracasado.*
 - c) *Los dolores de los místicos en la noche oscura son un palidísimo reflejo de lo que sintió Maria. Hasta su Hijo hubo de quejarse del abandono que sintió en la cruz.*

801

II. Maternidad de los dolores de Maria.

- iA. Nuestra religión ofrece una paradoja. Promete la felicidad y ofrece el dolor.
- B. Sin embargo, no tiene nada de sádica. El dolor voluntariamente aceptado es
- a) *Purificador. Compensa a Dios por las ofensas cometidas, ya que le dejamos siempre por un placer terreno. Purifica al alma de sus concupiscencias y perezas.*
 - b) *Todas las obras grandes han costado esfuerzo y dolor. La maternidad espiritual no es una exception.*
 - c) *Maria en el Calvario merece ser llamada corredentora. Une sus dolores a los de su Hijo y los ofrece por el perdón del mundo.*
 - 1. Esta es la parte negativa de la redención. Pero además con sus dolores están engendrando un mundo para la vida sobrenatural.
 - 2. Hoy puede mirar a cuantos santos gozan en el cielo de la visión de Dios y decir: Todo esto lo merecimos mi Hijo y yo en el Calvario. Y todos los santos la miran y le dicen: ¡Gracias, Señora!

III. *Nosotros ante los dolores de Maria.*

802

- A. Hoy no puede sufrir. Pero puede verse sola,
- a) *Soledad de los sagrarios. Soledad de los que se olvidan de ella al menos en sus obras. Soledad de los pobres.*
 - b) *Acompañémosla, pues, en estos lugares.*
- B. No esterilicemos sus sufrimientos.
- a) *Maria es como el rio que ofrece sus aguas, pero es necesario que el sediento se acerque a beber. Ella con su Hijo verificó la redención objetiva, pero de nosotros depende que la subjetiva se cumpla. Aprovechemos el perdón de los pecados lavando los nuestros. Aprovechemos la gracia que ella distribuye.*
 - b) *Y así un día entenderemos su maternidad divina, cuando en el cielo gocemos totalmente de la filiación que nos mereciera.*

SIETE PALABRAS¹

Primera palabra: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Le. 23,34)

Introducción general.

80S

- A. Podríamos comenzar con las palabras del profeta Miqueas: «Venid, subamos al monte del Señor y nos enseñará sus caminos» (Mich. 4,2).
- B. Jesucristo, camino y vida.
- a) *Las ciudades de Galilea y de Judea, los caminos y los montes y las orillas de los lagos son testigos de las enseñanzas de Jesucristo.*
 - b) *De modo especial nos enseñó Cristo su verdad desde el madero de la cruz, resumida en siete palabras.*
 - i. Siete palabras que son todo el Nuevo Testamento. Testamento del amor.
 - 2. Pueden aplicarse las siete palabras últimas de Cristo en la cruz a lo que Él dejó como sello distintivo del cristianismo, cuando dijo: «En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros» (Jo. 16,23).

II. *Primera palabra: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen» (Le. 23,34).* 804

- A. Lección de vida cristiana: el perdón.
- a) *Con esta primera palabra nos enseña Jesucristo un aspecto negativo de la caridad, el perdón de las ofensas.*

¹ Véase *La palabra de Cristo* t.3 (2ª ed.) p. 1138 ss.

JI'EVES V VIERN'ES SANTO

- b) *Los judios han ofendido a Cristo pisoteando su honor y desitondo su cuerpo. El Maestro puede castigar o perdonar. Eligiô el perdonar, y suplicd: «Pudre, perdônales».*

El perdôn en el Antiguo Testamento.

En el Antiguo Testamento se recomendaba y practicaba la ley del perdôn, .Asi cuando se dice en el Ecclesiastico (28,7): •Acuêrdate de tus postrimerias y no tengas odios». Recuérdese el ejemplo de José, que perdona a sus hermanos.

- b) *Sin embargo, la ley del Antiguo Testamento no es ley de perdôn. Al contrario, en liempos del mismo Cristo, según El mismo dice en el monte, se decia: *Ojo por ojo y diente por diente* (Mt. 5,38).*

El perdôn en el Nuevo Testamento. Es característica esencial de la nueva lev.

- a) *Muchas veces la habia enseiado Jesucristo con su predicaciôn.*
 - Habéis oido que se dijo a los antiguos: Amarâs a tu prôjimo y odiarâs a tu enemigo. Yo os digo: Amad a vuestro enemigo y orad por los que os persigan* (Mt, 5,
- 2. *«Si al ofrecer tu ofrenda en el altar te acuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, ve primero a reconciliarte con tu heçmano» (Mt. 5,23-24).*
 - La parábola del siervo que supo perdonar es enseñanza elocuente, a la vez que bella, del perdôn.
- b) *Cristo conforme a lo que enseña perdona: la Samaritana, la adultéra, el paralitica, la Magdalena y Pedro fueron, entre otros muchos, perdonados por Jesucristo.*
- c) *Ahora en la cruz pide perdôn para sus enemigos. Incluso a Judas lo hubiera perdonado.*

El perdôn en nuestros dias.

Los cristianos nos olvidamos con frecuer.cia de este aspecto de la caridad.

- b) *Por pocos e insignificanles motivos, el amigo se indispone con el amigo, el marido con la mujer, el padre con los hijos, una close con otra close, un pueblo con otro. Triste es reconocer que también entre los cristianos reina el odio.*
- c) *Ifasta en las personas buenos y espirituales se filtran a veces sentimientos de aversion de odio y de resentimiento. Existen demasiados rostres serios y conlrariados. Se necesita copiar el semblante de dulzura del Salvador cuando va a morir en la cruz.*

Revestios de entranas de misericordia.

- a) *Frente a esta conducta estâ la enseñanza de Jesucristo, repetida por San Pahlo cuando dice (Col. 3,12): *Revestios de entranas de misericordia..., perdonndnoos mutuamente si uno tiene queja contra otro; como Cristo perdonô, asi también vosotros*.*
- bi *Tenemos que vivir el cristianismo como lo vivid Pablo, que deseaba ser anatema por aquellos que le perseguian, o como Esteban, que rogô por los que le estaban danâo muerte.*

F. Día de perdôn.

- a) *Viernes Santo, día de perdôn. El mejor homenaje a Jesucristo que muere por amor es perdonar a todos aquellos que nos han podido ofender. Perdone el marido, perdone la mujer; perdone el patrono, perdone el obrero; perdone el sacerdote.*
- b) *En una palabra, perdonémosnos unos a otros como Cristo nos perdonô.*

***Segunda palabra: aHoy estarâs conmigo en el
paraíso (Le. 23,43)***

I. Ambiente de esta segunda palabra.

806

- A. Nos lo da la simple lectura del Evangelio.
- B. Dos ladrones que blasfeman de Cristo. Pero uno se convierte al Señor para decide: «Jesûs, acuérdate de mi cuando llegues a tu reino» (véase «La Palabra de Cristo», vol.3, Domingo de Ramos, guiôn 29).

II. Premio y perdôn.

806

- A. En la respuesta de Cristo se incluye a la vez el perdôn y el premio. El Maestro no se déjá vencer en generosidad. Hace las cosas a lo Dios. No solamente perdona al buen ladrôn, sino que ademâs le promete el premio de la vida eterna.
- B. Otro tanto hace el pecador. El arrepentimiento mejor es el que estâ motivado por la caridad. El acto de contriciôn es en fin de cuentas un acto de caridad. Dios Nuestro Señor por este acto no solamente perdona, sino que nos da la gracia, la semilla de la gloria.
- C. Así es el amor de un Dios con nosotros.

III. Nuestra postura para con el prôjimo.

807

- A. Con frecuencia concedemos el perdôn casi por compromiso. Perdonamos; pero con dificultad olvidamos. Y mâs dificilmente seguimos haciendo el bien a quien nos ofendiô, como si nada nos hubiera hecho.
- B. No somos imitadores de Cristo. La tarde del Viernes Santo nos enseña la generosidad del perdôn. Perdôn, olvido y buena disposiciôn para ayudar a cualquiera que nos hubiera ofendido.

IV. *Por el sufrimiento al amor.*

- A. Otra lección que nos da la segunda palabra es el tesoro que lleva encerrado el sufrimiento. El buen ladrón se volvió a Cristo cuando estaba crucificado, cuando él sufre y veía a su alrededor sufrir. Las cruces de la vida se nos hacen las más de las veces incomprensibles. Más de uno, sin embargo, se ha vuelto al Señor impulsado por el sufrimiento, lo mismo que el buen ladrón.
- B. La cruz es patrimonio de todo cristiano.
 - a) *Vayamos donde vayamos, nos encontraremos con la cruz. Hemos de saber seguir al Señor, que nos enseña los incontables bienes que podemos sacar cuando nos abrazamos con ella.*
 - b) *Que nos conceda al menos poder unimos más y más con Él y entonar en las horas de dolor un cántico nuevo y una plegaria de amor: *Acuérdate. Señor, cuando estes en el paraíso»*

***Tercera palabra: «He ahí a tu hijo, he ahí a tu
Madre» (Io. 19,26)***

809 1. *Ambientación.*

- A. Véase el Evangelio de San Juan (19,25-27).
- B. Con esta palabra Jesucristo nos da lo único que le queda. Nos dejó su Eucaristía..., ha derramado toda su sangre. Al pie de la cruz está su Madre y nos la entrega: «Ahí tienes a tu hijo, ahí tienes a tu Madre*».

810 II. *Maria, Madre de todos los hombres.*

- A. *Desde* este momento la Virgen es proclamada como Madre de todos los hombres, realidad que se obra en el momento mismo de la encarnación. No solamente es Madre, sino que es la mejor de todas las madres, porque tiene para con nosotros el amor más puro, maternal e intenso que se puede concebir.
- B. Pío XII ha dicho que la Santísima Virgen ama al Cuerpo místico que brotó del costado de Cristo con la misma maternal solicitud y cuidadosa caridad con que amó al Cristo físico (encíclica «Mystici Corporis», n.51).

111. *Nuevo motivo de amor.*

Tenemos un nuevo motivo para amar al prójimo. Es hijo de Maria, como nosotros. En el corazón de todos

nuestros hermanos, amigos o enemigos, se ha volcado el amor de nuestra Madré, que resplandece en ellos.

B. Maria Santisima nos predica la caridad. Se le ha llamado Nuestra Senora de la Caridad

- a) *La visitaciôn a su prima Santa Isabel y la escena de Cana de Galilea, enseflanzas son de caridad.*
- b) *Desde el cielo nos habia de amor al prôjimo, porque alli no cesa de pedir y ayudar lo mismo a buenos que a malos, a justos que a pecadores.*

El Cristiano tiene que parecerse a su Madré. La perfecta devociôn a la Virgen consiste no sôlo en invocarla, sino en imitar sus virtudes. Entre estas virtudes sobresale la caridad. Por eso el cristiano tiene que amar a todos los hombres y distinguirse en caridad. «Hijo, ahí tienes a tu Madré», que es lo mismo que decir: Ahí tienes el modelo de amor. Tienes que amar como Ella te ama a ti. Como ama a todos los hombres.

Cuarta palabra: «;Dios mîo, Dios mio! ^Por qué me has abandonado?» (Mc. 15,34)

I. *Palabra misteriosa.*

La cuarta palabra es la mäs misteriosa e incomprensible de cuantas Cristo pronunciô en la cruz.

- a) *Hasta este momento Dios ha sido el apoyo y el consuelo de su corazôn. Ahora se siente abandonado incluso de El.*
- b) *Se encuentra solo, totalmente solo. Ha cargado con nuestras culpas y quiere presentarias ante la justicia de su Padre sin que nadie le asista.*
Es, pues, palabra de soledad.

Es ademäs palabra de tristeza. Guarda relaciôn con aquellas del huerto: «Triste estâ mi alma hasta la muerte» (Mt. 26,38). Nadie adivinarâ el mar de amargura que en este momento inundâba el alma de Cristo.

II. *Cristo habia por si y por nosotros.*

813

- A. Cuanto Cristo hace o dice, lo hace y dice como persona fisica; pero ademäs en cuanto Cabeza del Cuerpo místico. Por eso Cristo habia por si y por nosotros.
- B. Sus palabras, a la vez que descubren un afecto de su

corazôn o un pensamiento de su inteligencia, manifestan también alguna realidad dei Cuerpo místico. Como esta cuarta palabra de la cruz.

III. *Las pruebas de Dios.*

Efectivamente, lo que Cristo padece lo han de sufrir también los cristianos. Muchas veces se eattristecen las almas porque se ceba en ellas la injusticia y la calumnia, son tratados o interpretados o considerados como pecadores, y dijérase como si Dios se hubiera ocultado o abandonado al alma al permitir que se desencadenen sobre ella las fuerzas dei mal.

B. Esto mismo permitiô Dios a su Hijo Jesûs.

- a) *Su vida mortal es vida rectilínea hacia la gloria de Dios y la salvaciôn de las almas. Puras fueron siempre sus intenciones, y cuanto hizo lo realizô en el mds fino sentido del amor.*
- b) *Sin embargo.... vino la sentencia de condenaciôn, que es una farsa injusta e inicua. Comenzo a esconderse Dios, como se esconde o duerme para los cristianos.*

IV. *Aprendamos a llevarlas como Cristo las sobrellevô.*

A. Saber callar ante la calumnia o el reproche, saber apreciar lo justo que se esconde en la palabra dura de mandato o reprensiôn, saber recibir con sonrisa la injusticia, es seguir a Cristo y sufrir como El.

B. No es tarea fácil; antes al contrario, exige heroísmo. Hemos de saber pedir al Señor en la tarde del Viernes Santo que se nos grabe la serenidad de su rostro para cuando vengan noches como la suya. El nos ha trazado el camino; hemos de pedir que sepamos seguirlo.

816

V. *Ayudemos a llevarlas.*

La tristeza, como la tribulaciôn y la cruz que la causan, es patrimonio de todos los hombres. «Humanum est quod tristitia cor tangat», dice Santo Tomâs («Comm, in lo.» 16).

- a) *Si es cierto que todo cristiano, segûn la ley de Cristo, ha de' tomar su cruz para seguir al Maestro (Mt. 16,24), no 1º es menos que debe también. ayudar al hermano que la lleva. •Alter, alterius onera portate et sic adimplebitis legem Christi» (Gal. 6,2).*
- b) *Es un aspecto de la caridad consolar al que sufre, al triste. Mas aún, es oficio inseparable del amor el consolar; de aqiri que el amigo bueno sea siempre remedio de la tristeza (cf. Santo Tom As, 1-2 q.38 a.3). Por eso el cristiano, que tiene en si la caridad dei Padre, no puede pasar indiferente por el camino si ve en él al hermano triste.*

- B. Hoy se sufre mucho en el mundo, sobre todo en el pueblo sencillo, que vive incômodo y-carece de lo mäs necesario. También el pueblo piensa-'a veces que Dios le abandona. Vayamos a él llevando, con la caridad de Dios, su consuelo. De este modo consolâmes al Redentor, porque si lo que El dice lo dice por nosotros, lo que hacemos nosotros lo hacemos también por El.

uinta palabra: «Tengo sedn (lo. 19,28)

i. *La sed de Cristo.*

817

Jesucristo habia dicho (lo. 5,37): «Si quis sitit, veniat ad me et bibat»... Juan Evangelista afirma: «De plenitudine eius omnes nos accepimus» (Io. 1,10).

Comenta San Agustin: «El es la fuente; los hombres los que beben. La fuente nunca tiene sed ni necesita agua. Los hombres precisan de la fuente y con sus enteras secas y sus fauces abrasadas corren a ella para reponerse. La fuente fluye para saciarles. Asi es el Señor Jesûs» (véase «La Palabra de Cristo», vol.i, domingo 2.0 de Adv., p.177).

(jCômo, pues, exclama Cristo «sitio»?...

- a) *Tiene sed de que se beba en su corazôn, «forna ardens chantatis» (letan. de S. Gord. Iesu).*
- b) *Sed de que bebamos de El y vivantes de su vida, de que oremos, nos sacrifiquemos por El, amemos y frecuentemos su Eucaristia. Estas son los medios de beber y participar de Cristo Jesûs.*

II. *La sed material.*

818

Parece indudable que Cristo en esta palabra se referia también a la sed material que padecia, consecuencia de los tormentos a que le habian sometido y del derramamiento de sangre.

Esta sed fué en aumento a partir dei momento en que comenzô a padecer, y fué uno de los mayores sufrimientos del Redentor (véase «La Palabra de Cristo», vol.3. domingo de Ramos, guiôn 32, p.1150).

III. *Las necesidades de sus miembros.*

819

- A. La sed de Cristo no fué entonces saciada. El alivio de la esponja empapada de vinagre apenas si lo quiso gustar.

- a) *Nosotros, en cambio, tenemos el medio de saciar dicha sed. «Cuantas veces hiciereis esto con uno de mis hermanos menores,*

conmigo lo hicisteis», dice el Seiïor al hablar de la sententia del juicio (Mt. 25,40).

El Maestro nos dice que nos premiard el liltimo dia el haber acudido a, saciar su sed ayudando a nuestros hermanos.

- B. Frente al grupo pequeno de potentados y ricos vemos la gran masa que carece hasta de lo necesario para satisfacer sus necesidades elementales. En nombre de ellos, en ellos grita el Sehor: «Tengo sed». O mejor, a través de los harapos con que se cubren o de los tugurios que habitan podemôs percibir el eco de esta palabra de Cristo.

820 IV. *Modo de saciar esa sed.*

- A. Ante todo, por el cumplimiento de todos los deberes de la justicia con nuestros hermanos, sobre todo por parte de aquellos que contratan y tienen a su servicio trabajadores.
- B. Ademâs, con una bien ordenada caridad. Caridad que haga mâs sobria y austera la vida del cristiano para que pueda ayudar al prôjimo que padece necesidad.
- C. Pio XII en su mensaje a Espana cuando se consagrô en Zaragoza al Corazôn de Maria en el Ano Mariano no hacia mâs que exigir de nuestro cristianismo la promesa de saciar la sed de Cristo cuando decia: *Prometed reprimir el deseo de goces inmoderados, la codicia de los bienes de este mundo, ponzoûa capaz de destruir el organismo mâs robusto y mejor constituido; prometedle amar a vuestros hermanos, pero principalmente al humilde y menesteroso, tantas veces ofendido por la ostentaciôn del lujo y el placer» (cf. Col. Encic., p.1580).

26

Sexta palabra: «Todo estâ acabado» (Io. 19,30)

821 1. *El triunfo de Cristo.*

La sexta palabra de Cristo es el grito del triunfador, del corredor que llega a la meta o del caudillo que conquista la fortaleza. Se han cumplido los pensamientos de Dios a lo largo dei Antiguo Testamento.

Nuestra esperanza se ha hecho salvaciôn. Ahora mejor que nunca puede el Senor decir: «Opus consummavi, quod dedisti mihi ut faciam» (Io. 17,4). Ya se ha ter-

minado la gran obra de la Iglesia, que en este momento brota del costado de Cristo (véase «La Palabra de Cristo», vol. 3, p.1154).

II. *El himno de caridad.*

822

- A. Es ademâs la última nota del himno de caridad, que dejô sentir sus melodias al encarnarse cuando Cristo, entrando en este mundo», dice: «no quisiste sacrificios ni oblaciones, pero me has preparado un cuerpo. Los holocaustes y sacrificios por el pecado no los recibiste. Entonces yo dije: He aqui que vengo para hacer tu voluntad» (Hebr. 10,6).
- B. Desde que se encarnô hasta que muriô, Cristo no tuvo otro alimento que hacer la voluntad del Padre (Io. 4,34).

III. *Cumplimiento del deber.*

823

- A. El cristiano que quiera imitar la caridad de Cristo ha de esforzarse en el cumplimiento del propio deber.
 - a) *El deber es la manifestaciôn de la voluntad de Dios sobre nuestra vida. Cuantas veces lo cumplimos nos unimos con Dios. No hay deberes grandes y deberes pequenos. Todo deber, por serio, tiene algo de divino. La manifestaciôn de nuestro amor a Dios estd en la observanda de los mandamientos y de los deberes espedficos que tenemos que cumplir.*
 - b) *Cuando no hacemos lo que Dios quiere, no actûa en aquel momento la caridad. Por el contrario, cuando la hacemos, crece el hdbito de la caridad, porque la intensidad dei hdbito aumenta con su ejercicio.*
- B. Las almas que anhelan ser fervorosas han de aprender en esta palabra a huir de su tibieza. Nunca los tibios podrân exclamar como Cristo que han realizado la obra de Dios, porque no acabaron de entregarse a su amor.
 - a) *No hay otro camino para subir por el amor de Dios que cumplir su Santa voluntad. Lo dice bellamente Santa Teresa: 'Toda la pretensiôn de quien comienza oraciôn ha de ser trabajar y determinarse y disponer con cuantas diligendas pueda a hacer conformar su voluntad con la de Dios; estad muy ciertas que en esto consiste toda la perfecciôn que se puede alcanzar en el camino espiritual. Quien mds perfectamente tuviere esto, mds redbird del Senor y mds adelante estd en este camino. No penséis que hay aqui mds algarabias ni cosas no sabidas ni entendidas, que en esto consiste todo nuestro bien».*
 - b) *Cristo es nuestro camino. Con su ejemplo nos ha trazado el que hemos de seguir en la vida. Hacer como El en todo y siempre la voluntad de Dios para poder exclamar cada noche: 'Consummatus est», acabé el dia y cumpli cuanto crei que era voluntad de Dios.*

Septima palabra: a Padre, en tus manos entrego mi espíritu¹ (Le. 23,46)

I. *Al Padre.*

- A. Jesucristo pone término a su misión redentora con estas palabras: «Padre..., en tus manos encomiendo mi espíritu». Había salido del Padre y vino al mundo para enseñarnos y redimimos. Ahora, terminada ya su obra, vuelve al Padre.
- B. Jesucristo ha perfumado de caridad su paso por la tierra. Paso haciendo el bien y estableció un testamento de amor y dejó como señal de su verdad y mandato de su Evangelio el amor: «Este es mi precepto: que os améis mutuamente, como yo os he amado» (Jo. 15,12).

II. *El momento de la muerte.*

Pocas palabras tan suaves y dulces para el momento de la muerte. Desde que Cristo murió pronunciándolas, perdió la muerte su carácter de terrible; y aunque es cierto que siempre sorprenderá y repugnará a la naturaleza, sin embargo, será momento de alegrías y consuelos. Como lo fue para el Redentor, que descansaba después de la afrentosa y dolorosa Pasión.

Se ha hablado mucho de la dulzura de la muerte. Dulzura, porque se presiente el resplandor de la eternidad dichosa, porque es el abrazo con Jesucristo; dulzura, porque es como el triunfo del espíritu en posesión de la vida de Dios sobre la carne. Solamente los que hayan vivido según el espíritu podrán saborear el consuelo de morir en paz. Mas no los que han vivido según la carne. Ahora bien, este espíritu es de adopción y de amor. Cuantos viven conforme a la condición de hijos de Dios lo exige, cumpliendo su voluntad, aceptando y sobrellevando con paciencia sus pruebas, acudiendo a El con perseverante oración, podrán decir como Jesucristo: En tus manos...

En las manos del Padre morirán cuantos han vivido en caridad conforme al precepto del Señor. Al hablar de los medios para obtener una buena muerte, se citan muchas oraciones y devociones. Estimo que una vida de caridad, vivir para los demás y no para sí, sacrificarse por el bien ajeno, etc., son una sólida garantía de muerte en gracia.

III. *Oraciôn de atardecer.*

826

- A. La Iglesia ha tornado la última palabra de Cristo en la cruz y la ha colocado en la plegaria nocturna del oficio divino. Todos los días la repiten, a modo de oraciôn, los sacerdotes y religiosas. Parece como si fuera una oraciôn de atardecer, mediante la cual nos abandonamos en Dios para descansar en El y le damos gracias por sus inmensos bñeficies durante el día.
- B. Para poderla decir con sinceridad, debemos caminar en caridad: «Ambulate in dilectione» (Eph. 5,2). Día que no hemos amado al prôjimo o que no le hemos demostrado nuestro amor, habria de llamarse estéril. Mas también en este caso habriamos de repetir el «in manus tuas»... «En tus manos, Señor, entrego mi espíritu». Sólo que ahora para que se vivifique y se fortalezca después de arrepentirse.

IV. *Muerte de Cristo. El Señor nos ha dado su iiliima lecciôn en las siete palabras. Ahora inclina la cabeza. Acerquémonos hacienda un acto de adoraciôn: «Adoramus te Christe et benedicimus tibi, quia per crucem tuam redemisti mundum...» Y pensemos que quien por amor murió nos déjá un precepto de amor de unos a otros, en el que está la característica de nuestra religion.*

Jueves de la quinta semana de Pascua

TEMAS PREDICABLES EN ESTA HOMILIA

La Ascension del Senor.

La exaltaciôn del Senor.

Fe y esperanza.

El triunfo de Cristo y de la Iglesia.

La confianza.

El cielo y la tierra, las dos miradas del cristiano.

SECCION I. TEXTOS SACRADOS

I. PARTES VARIABLES DE LA MISA

Introitus.—Act. 1,11: Viri Galilaei, quid admiramini aspicientes in caelum? alleluia: quemadmodum vidistis eum ascendentem in caelum, ita veniet, alleluia.—Ps. 46,2: Omnes gentes, plaudite manibus: iubilate Deo in voce exultationis. Gloria Patri...

Oremus.—Concede, quaesumus, omnipotens Deus: ut, qui hodierna die Unigenitum tuum, Redemptorem nostrum, ad caelos ascendisse credimus, ipsi quoque mente in caelestibus habitemus. Per eundem Dominum...

Alleluia, alleluia.—Ps. 46,6: Ascendit Deus in iubilatione, et Dominus in voce tubae. Alleluia.—Ps. 67,18-19: Dominus in Sina in sancto, ascendens in altum captivam duxit captivitatem. Alleluia.

Offert.—Ps. 46,6: Ascendit Deus in iubilatione, et Dominus in voce tubae, alleluia.

Seer.—Suspice, Domine, munera, quae pro Filii tui gloriosa Ascensione deferimus: et concede propitius: ut a praesentibus periculis liberemur, et ad vitam perveniamus aeternam. Per eundem Dominum...

Pref.—Vere dignum et iustum est
* aequum et salutare, nos tibi semper et ubique gratias agere: Domine sancte, Pater omnipotens, aeterne Deus: per Christum Dominum nostrum. Qui post resurrectionem suam omnibus discipulis suis manifestus apparuit, et ipsis cernentibus est elevatus in caelum, et nos divinitatis suae tribueret esse participes.—Et

Introito.—Varones galileos, êqué estais mirando, asombrados, al cielo?, aleluya; como le habéis visto subir al cielo, así vendrá; aleluya, aleluya.—Ps.: Todos los pueblos aplaudid con palmadas. aclamad a Dios con cânticos de jùbilo. Gloria al Padre...

Oremos.—*Te* rogamus, Dios omnipotente, nos concedes que, pues creemos que en este día subiô a los cielos tu Unigenito, nuestro Redentor, también nosotros moremos con el espíritu en el cielo. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo...

Aleluya, aleluya.—Subiô Dios entre voces de jùbilo; el Señor, a son de trompetas. Aleluya.—Ps.: El Señor está en Sina, en el santuario; subiendo a lo alto llevô cautiva a la cautividad. Aleluya.

Ofert.—Sube Dios entre voces de jii-bilo; el Señor a son de trompeta, aleluya.

Seer.—Recibe, Señor, los dones que te ofrecemos por la gloriosa ascension de tu Hijo y concede propicio que nos libremos de los peligros présentes y lleguemos a la vida eterna. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo...

Prefacio.—Digno y justo es, en verdad, debido y saludable, que en todo tiempo y lugar te demos gracias, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, por Cristo, Señor nuestro. El cual, después de su resurrección, se manifestó abiertamente a todos sus discipulos, y, contempléndolo ellos, subiô al cielo para hacernos participantes de su divi-

nidad.—Por tanto, con los ângeles y arcângeles, con los tronos y doininaciones y con toda la milicia del ejército celestial, entonamos un himno a tu gloria, diciendo sin César: Santo...

ideo cum Angelis et Archangelis, cum Thronis et Dominationibus, cumque omni militia caelestis exercitus, hymnum gloriae tuae canimus, sine fine dicentes: Sanctus...

II. EPISTOLA

(Act. r,i-ix)

Com.—Cantad al Sefior, que sube sobre los mâs elevados cielos hacia el Oriente, aleluya.

Poscom.—Rogâmoste, Dios omnipotente y misericordioso, nos concedas que, pues hemos recibido visiblemente los misterios, consigamos sus invisibles efectos. Por Nuestro Senor Jesucristo...

Comm.—Ps. 67.33-34: Psallite Domino, qui ascendit super caelos caelorum ad Orientem, alleluia.

Postcomm.—Praesta nobis, quae sumus, omnipotens et misericors Deus: ut, quae visibilibus mysteriis sumenda recepimus, invisibili consequamur effectum. Per Dominum...

1 En el primer libro, ioh caro Teô-Hlo!, traté de todo lo que Jesûs hizo y enseûô

2 hasta el dia en que fué levantado al cielo, una vez que, movido por el Espiritu Santo, tomô sus disposiciones acerca de los apôstoles que se habia elegido;

3 a los cuales, después de su pa-eiôn, se diô a ver en muchas ocasiones, apareciéndoseles durante cuarenta dias y hablândoles del reino de Dios.

4Y comiendo con ellos, les mandô no apartarse de Jerusalén, sino esperar la promesa del Padre, que de mi habéis escuchado;

5. porque Juan bautizô en agua, pero vosotros, pasados no muchos dias, seréis bautizados en el Espiritu Santo.

6Los reunidos le greguntaban: Senor, jes ahora cuando vas a restablecer el reino de Israel?

7El les dijo: No os toca a vosotros conocer los tiempos, ni los momentos que el Padre ha fijado en virtud de su poder soberano;

8pero recibiréis la virtud del Espiritu Santo, que descenderâ sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaria y hasta los extremos de la tierra.

1Primum quidem sermonem feci de omnibus, o Théophile, quae coepit Iesus facere, et docere

2usque in diem, qua praeci-piens Apostolis per Spiritum sanctum, quos elegit, assumptus est:

3quibus et prae-buit seipsum vivum post passionem suam in multis argumentis, per dies quadraginta ap-parens eis, et loquens de regno Dei,

4Et convalescens, praecepit eis ab Ierosolymis ne discederent, sed expectarent promissionem Patris quam audistis (inquit) per os meum:

5quia Ioannes quidem baptizavit aqua, vos autem baptizabamini Spiritu sancto non post multos hos dies.

6Igitur qui convenerant, interrogabant cum dicentes: Domine si in tempore hoc restitues regnum Israel?

7 Dixit autem eis: Non est vestrum nosse tempora vel momenta, quae Pater posuit in sua potestate:

8 sed accipite virtutem supervenientis Spiritus sancti in vos, et eritis mihi testes in Ierusalem, et in omni Iudaea, et Samaria, et usque ad ultimum terrae.

9 Et cum haec dixisset, videntibus illis, elevatus est: et nubes suscepit cum ub oculis eorum.

10 Cumque intueruntur in caelum euntem illum, cccc duo viri astiterunt iuxta illos in vestibus albis,

11 qui et dixerunt: Viri Galilaei, quid statis aspicientes in caelum? Hic Iesus, qui assumptus est a vobis in caelum, sic veniet quemadmodum vidistis cum euntem in caelum.

9 Didendo esto y viéndole ellos, se elevô, y una nube le ocultô a sus ojos.

10 Mientras estaban mirando al cielo, fija la vista en El, que se iba, dos varones con hâbitos blancos se les pusieron delante,

U y les dijeron: Varones galileos, ¿qué estais mirando al delo? Ese Jesûs que ha sido llevado de entre vosotros al cielo vendrâ asi como le habéis visto ir al delo.

III. EVANGELIO

830

(Mc. 16,14-20)

14 Novissime recumbentibus illis undecim apparuit: et exprobravit incredulitatem eorum et duritiam cordis: quia iis, qui viderant eum resurrexisse, non crediderunt.

15 Et dixit eis: Euntes in mundum universum praedicate Evangelium omni creaturae.

16 Qui crediderit, et baptizatus fuerit, salvus erit: qui vero non crediderit, condemnabitur.

17 Signa autem eos, qui crediderint, haec sequentur: In nomine meo daemones eiicient: linguis loquentur novis:

18 serpentes tollent: et si mortiferum quid biberint, non eis nocbit: super aegros manus imponent, et bene habebunt.

19 Et Dominus quidem Iesus postquam locutus est eis, assumptus est in caelum et sedet a dextris Dei.

20 Illi autem profecti praedicaverunt ubique Domino coopérante, et sermonem confirmante, sequentibus signis.

14 Al fin se manifesté a los once, estando recostados a la mesa, y Fes reprendiô su incredulidad y dureza de corazôn, por cuanto no habian creido a los que le habian visto resucitado de entre los muertos.

15 Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura.

16 El que creyere y fuere bautizado se salvarâ, mas el que no creyere, se condenarâ.

17 A los que creyeren les acompañarân estas senales: en mi nombre echarân los demonios, hablarân lenguas nuevas,

18 tomarân en las manos serpientes, y si hubicra una ponzona no les danarâ; pondrán las manos sobre los enfermos, y éstos recobrarân la salud.

19 El Señor Jesûs, después de haber hablado con ellos, fué levantado a los cielos y estâ sentado a la diestra de Dios.

20 Ellos se fueron, predicando por todas partes, cooperando con ellos el Señor y confirmando su palabra con las senales consiguientes.

IV. ALGUNOS PASAJES DE LA ESCRITURA
RELACIONADOS CON LA ASCENSION

831

2 Domine Dominus noster, quam admirabile est nomen tuum in universa terra! Quoniam elevata est magnificentia tua super caelos (Ps. 8.2).

2 ¡Oh Yahveh, Señor nuestro, cuán magnifico es tu nombre en toda la tierra! ¡Cómo cantan los altos cielos tu majestad!

7 Alzad, joh puertas!, vuestras frentes; alzaos mâs, joh antiguas entradas!, que va a entrar el Rey de la gloria.

8ôQuién es ese Rey de la gloria? Es Yahveh, el fuerte, el poderoso; es Yahveh poderoso en la batalla.

9 Alzad, joh puertas!, vuestras (rentes; alzaos mâs, joh antiguas entradas! Que va a entrar el Rey de la gloria.

10 ;Quien es ese Rey de la gloria? Es Yahveh Sebaot, jcantadle!

6 Sube Dios entre voces de jtibilo: Yahveh entre el resonar de las trompetas.

7jCantad a Yahveh, cantadle! jCantad a nuestro Rey, cantadle!

8 Porque es Yahveh el rey de toda la tierra, cantadle con maestria.

9 Es Dios el rey de las naciones, que se asienta sobre su santo trono.

19 Subiste a lo alto, apresando cautivos, recibiendo honores como presentes, aun los rebeldes para habitar alii, joh Yahveh Dios! "

20jBendito sea todos los dias Yahveh! El lleva nuestra carga, el Dios de nuestra salvaciôn.

7 Atollite portas, principes, vestras, et elevamini, portae aeternales, et introibit rex gloriae.

8 Quis est iste rex gloriae? Dominus fortis et potens: Dominus potens in proelio.

9Atollite portas, principes, .vestras, et elevamini, portae aeternales, et introibit rex gloriae.

10 Quis est iste rex gloriae? Dominus virtutum ipse est rex gloriae (Ps. 23,7-10).

6 Ascendit Deus in iubilo; et Dominus in voce tubae.

Psallite Deo nostro, psallite: psallite regi nostro, psallite.

8Quoniam rex omnis terrae Deus: psallite sapienter.

9Regnabit Deus super gentes: Deus sedet super sedem sanctam suam (Ps. 46,6-9).

19 Ascendisti in altum, cepisti captivitatem: accepistis dona in hominibus: etenim non credentes, inhabitare Dominum Deum.

20Benedictus Dominus die quotidie: prosperum iter faciet nobis Deus salutarium nostrorum (Ps. 67, 19-20).

SECCION IL COMENTARIOS GENERALES

I. SITUACION LITURGICA

A) Antiguas características

Hoy, fiesta de la Ascension, terminado el Evangelio, el diácono apaga el cirio pascual, que se encendía desde la vigilia de la noche de Resurrección en todas las misas solemnes. A la hora del mediodía, en las catedrales y monasteries se solemniza especialmente la hora de nona, que se canta en muchos lugares ante el Santísimo expuesto. De esta forma exalta la Iglesia el recuerdo del hecho histórico de la Ascension de Jesucristo a los cielos. Antiguamente lo característico de la fiesta consistía en una solemne procesión, que se celebraba al mediodía en memoria de la que hicieron los apóstoles al acompañar a Jesús fuera de la ciudad hasta el monte de los Olivos.

Ya que hoy no queda nada de esta procesión, debemos trabajar para que los cristianos conmemoren de alguna manera el momento en que, según la tradición, Cristo subió a los cielos. Lo mismo que el pueblo celebra el nacimiento en la medianoche de Navidad y la muerte a las tres de la tarde del Viernes Santo, así también hemos de procurar que no falte la asistencia del pueblo al recuerdo litúrgico de la Ascensión del Señor.

B) Lo principal, la comunión

Lo principal, sin embargo, es que los fieles se acerquen en el día de la Ascensión a la santa Mesa convencidos de la actualidad de la fiesta y preparados para recibir las gracias especiales a ella vinculadas. Esta actualidad va expresada en las palabras de la colecta: «Concédenos, te rogamos, oh Dios omnipotente!, que todos los que creemos que tu Hijo, nuestro Redentor, subió hoy a los cielos habitemos también con el afecto en el mismo cielo*».

Más expresiva todavía es una colecta del breviario mozárabe que dice: «Unigénito Hijo de Dios, que, una vez vencida la muerte, pasaste de la tierra al cielo..., concédenos que, ya que cantamos con gloriosa devoción de fe que subiste al Padre, no se enrede nuestro corazón con ningún lazo de este mundo, sino que sus afectos y deseos se dirijan sin cesar al lugar al que Tú subiste glorioso después de la muerte» (cf. Dom Guéranger, *L'Année liturgique* t.3 del tiempo pascual, p.166).

Los cristianos mientras militamos en la tierra tenemos que trabajar y sufrir. A veces la vida de lucha es penosa. La Ascensión nos invita a levantar nuestros ojos al cielo, donde espera Jesucristo, nuestra gran recompensa. Y no solamente eso, sino que nos da gracias especiales que aviven nuestra esperanza en los momentos difíciles.

Importa mucho hacer vivir a los fieles la festividad de la Ascension. CL»ci siempre coincide su ccelebraciôn con el mes de mayo, y existe el peligro de que pase a un segundo piano, cediendo las primicias a la devociôn popular del mes de Maria. No debe ser así. El pueblo debe solemnizar el gran jueves de la Ascensiôn. que no destruye, ni mucho menos, la devociôn a Maria, ya que puede muy bien aludirse a la Virgen al explicar el significado de la solemnidad litûrgica.

APUNTES EXEGETICO-MORALES

Como la Epistola y el Evangelio se refieren al mismo pasaje, unimos ambos comentarios. Insertamos así la narraciôn de Ricciotti (cf. *Vida de Jesûs*, ed. Miracle, p.720-722) y remitimos al lector para las aplicaciones morales al P. La Fuente y a Santo Tomâs de Villanueva en su primer sermôn extractado (cf. infra, sec.5. *Autores varius*).

Imbuidos por esta idea de que la historia de Cristo, segûn la carne, es meramente el primer capitulo de la historia de la Iglesia. los evangelistas dan muy escaso relieve a su desapariciôn material de la tierra o sea su Ascension. La materialidad visible, en efecto era poca cosa cuando estaban seguros de su presencia invisible y de su asistencia desde lo alto de los cielos. De aquí que hallemos que la Ascension de Jêsus no es narrada por Mateo; en Marcos (16,19) es fugazmente aludida en el apêndice. y en Juan es sôlo recordada en forma de predicciôn (20,17). El ûnico evangelista que la narra con cierta amplitud es Lucas (24,50 ss.); precisamente porque él, terminando en su evangelio la historia de Cristo segûn la carne, se ha propuesto escribir la historia del Cristo místico. Y, en efecto, sus Hechos de (los) Apôstoles son una historia episodica de la Iglesia, y por tal causa empieza repitiendo la Ascensiôn (Act. 1,1-11), cômô con la Ascension se habia cerrado su evangelio.

La Ascensiôn sucediô en Jerusalén, sobre el monte de los Olivos, en las cercanfas de Betania, cuarenta dlas después de la resurrecciôn. Dado que los apôstoles marcharon de Jerusalén a Galilea transcurridos no menos de ocho dias desde la resurrecciôn, y se encontraron en Jerusalén poco antes de la Ascensiôn, su permanencia en Galilea hubo de ser menor de un mes. A esta etapa van asignadas las otras muchas apariciones aludidas vagamente por Pablo y también por Lucas, cuando dice que el resucitado se apareciô a los apôstoles, demostrândose vivo con *muchas pruebas*, hablando del reino de Dios y tratando habitualmente con ellos (Act. 1,3-4). Trasladândose de nuevo a Judea, sin duda por mandato de Jesûs, allí tuvieron la ûltima cita, y allí el resucitado comunicô sus ûltimas disposiciones, entre ellas la de que no se alejasen de la ciudad para esperar allí *la promesa del Padre, que oisteis de mi. Porque Juan bautizô en agua, pero vosotros seréis bautizados en Espiritu Santo no muchos dias después de éstos* (Act. 1,4-5).

835 La promesa se referia a lo que sucediô poco después, el dia de la Pentecostes judaica, con el descendimiento del Espiritu Santo. Pero también en esta su ûltima cita con el Maestro resucitado, los apôstoles sentian vagamente que estaba para producirse algo extraordinario. Y por ello volvieron a florecer en sus mentes las caras ideas de mesianismo nacionalista, tan arraigadas en aquellos espíritus judaicos, que en ellos se conservaron en parte aún después de los hechos de la muerte y la resurrecciôn.

Los reunidos se acercaron a Jesûs, plenos de esperanza, y, con dulce sonrisa invitatoria, como para obtener una confidencia desde largo tiempo

atrás anhelaba, le preguntaron: *Señor, ¿acaso en este tiempo restablecerás el reino de Israel?* El pobre Israel, en efecto, llevaba hartos años privado de todo poder político y sometido primero a aquellos bastardos de Herodes y luego a los incircuncisos romanos. El de entonces, en consecuencia, sería tierra por oportuno de crear un espléndido reino, cuyo monarca hubiera sido, naturalmente, el mismo Jesús, quien se serviría de los apóstoles como de ministros. Con una organización de tal género sería muy fácil enviar ejércitos a las cuatro partes del mundo para batir a los romanos y a la vez predicar la doctrina de Jesús. ¿Qué mal podía haber en cumplir juntamente las dos misiones, la de conquistadores políticos y la de nuncios del Evangelio espada en mano? El antiguo salmo había glorificado a los santos de Israel, que *tenían las alabanzas de Dios en su boca y una espada de dos filos en su mano* (Ps. 149,6). Y Jesús, que había resucitado de entre los muertos, bien podía cumplir otro milagro resucitando a nueva vida la gloria política el muerto Israel.

Pero tampoco la contestación del divino resucitado fue, como tantas 836 otras dadas antes de la muerte sobre este tema, muy adecuada para helar al instante los ardientes ánimos de los apóstoles: *No corresponde a vosotros conocer los tiempos o momentos que el Padre estableció con su poder; sino que recibiréis potencia, sobrevenido que sea sobre vosotros el Santo Espíritu, y me seréis testigos tanto en Jerusalén como en toda la Judea y Samaria hasta la extremidad de la tierra* (Act. 1,7-8). Los apóstoles no deben preocuparse del triunfo ostensible del reino de Dios; la hora de este triunfo está establecida por el Padre celestial y llegará cuando El quiera. En vez de pensar en altisonantes conquistas políticas, los apóstoles deben proponerse conquistar el mundo entero a la doctrina de Jesús, y no sólo el mundo hebreo, sino también el no hebreo, conquista que obtendrán no por medio de ardides militares o políticos, sino únicamente en virtud de aquella potencia que recibirán cuando descienda sobre ellos el Espíritu Santo.

Esta recomendación fue la despedida final de Jesús a sus predilectos. 837 Terminado que hubo de hablar, salió con ellos de Jerusalén y les condujo a lo largo del tan conocido y amado camino que lleva a Betania. Cuando llegaron cerca de la cumbre del monte de los Olivos, Jesús les reunió en torno a sí, y alzó la mano para bendecirlos, y *ocurrió que, mientras El los bendecía, se alejó de ellos y era llevado arriba, al cielo* (Le. 24,51). *Y estando ellos mirando, fue elevado y una nube le sustrajo a sus ojos* (Act. 1,9).

Los cuatro biógrafos oficiales de Jesús no suben más allá de la tierra y terminan con la Ascensión o poco antes. Tan sólo el apéndice de San Marcos (16,19) dirige una fugaz mirada al cielo y afirma que Jesús fue ascendido al cielo y se sentó a la diestra de Dios. Estas últimas palabras con que se anuncia que el hombre Jesús fue asociado a la gloria y potencia del Padre celeste resultan dictadas, más que nunca, por el *sensus Ecclesiae*; pero este *sensus* que nos ha transmitido los cuatro bosquejos de la biografía terrestre de Jesús, ha rehuido delinear una biografía celeste del mismo, enunciando tan sólo el tema genérico con la afirmación: *Se sentó a la diestra de Dios* (cf. Ricciotti, o.c., 639).

SECCION HE SANTOS PADRES

I. SAN AGUSTIN

La Ascension, fiesta de esperanza y de fe

La Ascension de Cristo, esperanza del cristiano

a) Primero en la cruz, ahora en el cielo

*La gloria de nuestro Señor Jesucristo se completa con su resurrección y ascension. Hemos celebrado la Resurrección en la Pascua del Señor; hoy celebramos la Ascension. Dos días de verdadera fiesta para nosotros. Porque resucitó para ser ejemplar de nuestra resurrección, y ascendió para protegernos desde arriba. Tenemos, pues, al Señor, al Salvador nuestro, Jesucristo, primero pendiente de un leno y ahora sentado en el cielo. Pendiendo en el leno, pagaba nuestro precio; sentado en el cielo, recoge lo que compró. Cuando haya recogido a todos los que en el final del tiempo recogerá, vendrá, como está escrito, manifiestamente (Ps. 49,3) y no como lo hizo al principio. Convenía, sí, que primero viniese como a ocultas para poder ser juzgado, del mismo modo que vendrá después manifiestamente para juzgar. En efecto, si hubiese venido la primera vez a las claras, ¡quién se hubiera atrevido a juzgarle, siendo así que el mismo Apostol dice *que si le hubieran conocido nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria?* (1 Cor. 2,8). Si Él no hubiese sido asesinado, la muerte no habría muerto. El diablo fue atado con sus trofeos. Alegróse cuando, derribando al primer hombre, lo arrojó a la muerte. Engañando al primero lo mató; matando al novísimo se rompieron las ataduras del primero. Venció, pues, nuestro Señor Jesucristo cuando resucitó y subió al cielo, y entonces se cumplió lo que oís que se lee en el Apocalipsis: *Ha vencido el león de la tribu de Judá* (5,5). Llámale león al mismo que es un cordero matado. León por su fortaleza, cordero por su inocencia; león porque es invicto, cordero porque es manso. El Cordero muerto vence con su muerte al león que anda dando vueltas, buscando a quién devorar. León se llama al diablo por su ferocidad y no por su fuerza... ¡Quién no caería en sus dientes si no hubiera vencido el león de la tribu de Judá? Un León contra otro león, un Cordero contra

el lobo. Alegrôsc el diablo ante la muerte de Cristo, y la muerte de Cristo atô al diablo. Mordiô la comida como en un anzuelo. Se alegraba de la muerte como jefe de la misma, y en lo que se alegraba le cogieron; anzuelo del diablo fué la cruz del Señor, la comida con que le cogieron fué su muerte. He aquí que resucitô nuestro Seûor Jesucristo. êDônde estâ la muerte que colgô en el leno?» (cf. *Serm.* 263,1: PL 38,1209).

b) La ascension, exaltaciôn de Cristo

839

«Pero, joh!, y jqué grande es la gloria del que sube al cielo, del que se sienta a la derecha del Padre! No lo vemos con nuestros ojos, porque tampoco lo vimos colgado en el madero; lo sabemos por la fe, lo vemos con el corazôn. Hoy habéis oido, hermanos, que nuestro Señor Jesucristo subiô al cielo; suba con El nuestro corazôn. Oigamos al Apostol que nos dice: Si *habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas que son de arriba y no las de la tierra* (Col. 3,1-2). Y asi como al subir no se separô de nosotros, asi también nosotros estamos ya desde ahora con El, aun cuando todavia no se haya cumplido en nuestro cuerpo lo que nos ha sido prometido.

Ya ha sido exaltado El sobre los cielos, pero no desesperemos nosotros de conseguir la perfecta y angélica vida celestial porque haya dicho: *Nadie subiô al cielo sino el que bajo del cielo: el Hijo del hombre que esta en el cielo* (Io. 3,13), porque esto se ha dicho pensando en la unidad, gracias a la cual es nuestra cabeza y nosotros su cuerpo. Cuando subiô al cielo no nos separamos de El. El que bajô del cielo no nos lo quiere arrebatarse, sino que grita: Sed miembros míos, si queréis subir a él. Consolémonos, pues, con este pensamiento y ardamos en estos deseos. Mâs adelante depondremos la carne mortal; despojémonos ahora de lo viejo del aima. El cuerpo subira hacia lo alto de los cielos, si el peso de los pecados no tira del aima hacia abajo» (cf. o.c.: 2,1210).

c) Solo Cristo es el que sube al cielo

8-10

«Nadie subiô al cielo, sino el que bajô del cielo. El cuerpo que no bajô del cielo, dicen, (¿cômo pudo subir a él? Como si el Seûor hubiera dicho: Nada subiô al cielo, sino lo que bajô del cielo. No, lo que dijo fué otra cosa: Nadie subiô, sino el que bajô, porque se refiere a la persona y no al traje de la misma. Bajô sin vestido corporal y subira con él. Y, sin embargo, nadie subiô, sino el que bajô. Pues si El continûa siendo el mismo, a pesar de habernos tornado a nosotros como miembros suyos, ^con cuânta mayor razôn pertenece a su persona aquel cuerpo que tomô de una virgen?

¡Quién se atreverâ a decir que no sube a un monte, a un muro o a cualquier lugar alto, el mismo que bajô de él, si bajô desnudo y sube vestido, si bajô inerme y sube con armas? Pues asi como en este caso se dice que es el mismo que sube que el que bajô, aunque

lo haga con otras cosas, así también hemos de decir que sôlo Cristo es el que sube al cielo, porque sôlo El es el que bajô de allí, aun cuando bajase sin cuerpo y suba con él, puesto que también hemos de subir nosotros, no por nuestro poder, sino por la union que tenemos con Cristo. Son dos en una sola carne, y este sacramento significa la uniôn de Cristo y de su Iglesia» (cf. o.c., 3: 1211).

841

d) El corazôn sôlo en el cielo

◆ Cuando necesitaba comer, viviendo todavía en este cuerpo mortal, ayunô; cuando, ya glorificado después de su resurrecciôn, no necesitaba de comida alguna, comiô y bebiô. En el primer caso mostraba en sí mismo nuestros trabajos, y ahora muestra en nosotros su consuelo.

Cuando ayunô en carne mortal cuarenta días, parecía clamar: Absteneos de los deseos de este siglo. Ahora, que después de haber resucitado su cuerpo come y bebe durante cuarenta días, parece que grita: He aquí que estoy con vosotros hasta el final de los siglos. En efecto, el ayuno tiene lugar en medio de las tribulaciones, de la lucha, porque los que contienden en ella se privan de todo (1 Cor. 9, 25); la comida es la esperanza de la paz, que no será perfecta hasta que este cuerpo nuestro, cuya redenciôn esperamos, se revista de inmortalidad. Todavía no somos gloriosos, puesto que aún no lo hemos conseguido, pero ya nos alimentamos con la esperanza. San Pablo nos enseña ambas cosas, diciendo: *Alegres en la esperanza, pacientes en la tribulaciôn* (Rom. 12,12), como si la una fuese la comida y la otra el ayuno. Por lo tanto, cuando emprendamos el camino del Señor, ayunemos de las vanidades del siglo presente y alimentémonos con las promesas del futuro. No pongamos nuestro corazôn aquí abajo, y apacentémonos con lo de allá arriba» (cf. o.c., 4: 1211).

B) La Ascension del Señor y la fe del cristiano

812

a) El misterio de hoy

◆ Muchos son los misterios escondidos en las Sagradas Escrituras, de los cuales algunos nos son desconocidos, y otros se ha dignado el Señor revelarlos a nuestra humildad, pero hoy no tengo tiempo suficiente para explicarlos a vuestra santidad. Sé muy bien que estos días la iglesia se llena con muchos que quieren marcharse antes de haber Uegado y que nos juzgan pesados si hablamos largamente. Son los mismos que en esos banquetes, a los que se dan tanta prisa por ir, ni se fatigan, ni les molesta quedarse hasta el oscurecer, y ni aun siquiera se marcharian de allí voluntariamente. Sin embargo, para no defraudar tampoco a los que vienen hambrien-

tos, no me callaré sobre el misterio de hoy, día en que nuestro Señor Jesucristo subió con el mismo cuerpo que había resucitado, aunque, desde luego, pienso ser breve» (cf. Serrn. 264,1 : PL 38,1212).

b) El porque de los cuarenta días

«Cristo, después de su resurrección, permaneció entre sus discípulos para confirmarlos en la fe. Ciertamente que lo hizo atendiendo a la flaqueza que mostraban, porque existían algunos a los que el diablo había tentado de infidelidad, hasta el punto de que uno de ellos, en vez de creer a los miembros vivos, prefirió dar crédito a las cicatrices recientes. Así, pues, para confirmarlos, dignóse vivir con ellos cuarenta días completos, contados desde el día de su muerte hasta el de hoy, *entrando, saliendo, condendo y bebiendo*, como dice la Escritura (Act. 1,3), y confirmando que, con la resurrección, se había devuelto a sus ojos lo que se les había quitado con la cruz.

Sin embargo, no quiso que permanecieran siempre carnales ni amándole con amor terreno. Querían que estuviese carnalmente siempre con ellos, movidos del mismo afecto por el que Pedro temía verle padecer. Le creían maestro suyo, confortador, consolador y protector, hombre al fin como ellos mismos eran, y de no ver otra cosa distinta le hubieran creído ausente, siendo así que estaba presente en todas partes con su majestad.

En realidad, les protegía, según él mismo se dignó decirlo, *como la gallina a sus polluclos* (Mt. 23,37). La gallina, enferma por la enfermedad (debilidad) de sus polluelos..., y por eso el Señor se aplicó tal semejanza, porque por nuestra debilidad se dignó hacerse débil, recibiendo nuestra carne».

c) CONVENÍA QUE EL SEÑOR SUBIERA A LOS CIELOS

«Convenía ahora levantar algo su ánimo para que comenzasen a pensar en él espiritualmente, imaginandoselo Verbo del Padre, Dios de Dios, por el cual fueron hechas todas las cosas, pensamiento que les era impedido por la carne que veían. Convenía, si, confirmarlos en su fe viviendo con ellos cuarenta días, pero era todavía más conveniente separarse de su vista para que el que estaba en la tierra acompañándolos como hermano, los socorriese desde el cielo como Señor, y ellos aprendieran a pensar en él como en Dios».

d) CONCORDANCIA DE DOS TEXTOS

«Esto es lo que dice Juan, si sois capaces de advertirlo y entenderlo. Palabras del Señor: *No se turbe vuestro corazón. Si me amáis, os alegraréis de que me voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo* (Io. 14,1 y 28); y en otro lugar: *El Padre y yo somos uno* (Io. 10,30). Arrôgase tal igualdad con el Padre, y no por rapifta, sino naturalmente; así, en cierta ocasión en que uno de sus discípulos le decía: *Señor, muéstranos al Padre*, le responde: *Felipe, tanto*

tiempo llevo entre vosotros i y aùn desconocéis al Padre? El que me ve a mi, ve al Padre (Io. 14,8-11). ¿Qué quiere decir esto *del que me ve a mi*? Si se refiere a los ojos de la carne, también le vieron los que le erucificaron. <Qué significa, pues, *el que me ve a mi* sino el que entiende y el que mira con los ojos del corazón?» (cf. o.c., 2: 1212).

«Atended a lo que dice el libro: Si *me amaseis...*, *porque el Padre es mayor que yo*. ¿En qué quedamos? <No dice el Apóstol que es igual? ¿No dice el mismo Señor: *El Padre y yo somos uno*; y en otro lugar: *El que me ve a mi, ve al Padre*? ¿Cómo, pues, dice ahora que el Padre es mayor que él? Esta frase, en la intención del Señor, fué un reproche y un consuelo. Miraban fijos al hombre y eran incapaces de pensar en Dios. Sólo pensarían en Dios cuando se les quitase de delante el hombre... Por eso les dice: Si *me amaseis, os alegraríais, porque voy al Padre*. ¿Por qué? Porque cuando yo me vaya podréis pensar que soy igual a El».

e) «Soy igual al Padre»

♦ Si *me amaseis...* ¿Qué significa sino que ahora no me amáis? ¿Qué es lo que amáis? El cuerpo que veis y que no queréis que se separe de vuestra vista. ¿qué es eso de amarme a mi? Pues amar al Verbo que era en el principio, al Verbo que estaba en Dios y al Dios que era el Verbo.

Cuando suba al cielo os daréis cuenta de que soy igual que el Padre. No se despojó de esta túnica humana, porque de otra forma no hubieran creído en la resurrección; es la garantía de la nuestra.

Dios recibió el cuerpo por misericordia; nosotros, por condición natural. Sin embargo, El lo muestra, les confirma y eleva nuestra naturaleza humana» (cf. o.c., 4: 1214).

II. SAN LEON MAGNO

Bienes de la Ascension

El primer sermón (73 de San León) se lee en el oficio de la segunda dominica después de Pascua y el día de la Ascension (cf. PL 38,986 ss.). El segundo (74), el viernes y sábado infraoctavas de ésta (cf. *Sermones escogidos*, trad. de D. Casimiro Sánchez Aliseda [Aspas. Madrid] p.131-135 y 136-142).

A) Misterios que se contienen en la Ascension (serm.I)

«Hoy, carísimos, se ha cumplido el número de los cuarenta días sagrados que han transcurrido después de la gloriosa resurrección de nuestro Señor Jesucristo, con la cual el poder divino restableció en tres días el verdadero templo que la impiedad judía había destruido».

a) Los CUARENTA DIAS SIRVIERON PARA CONFIRMAR
A LOS APÔSTOLES

818

«Este numero de dias lo senalô la Providencia santissima para provecho y ensenanza nuestra, para que al prolongarse en este tiempo la presencia corporal del Senor se afirmase la fe en la resurrecciôn con las pruebas necesarias. La muerte de Cristo habia turbado sobremanera los corazones de los discipulos, y como sus pensamientos estuvieran entristecidos por el suplicio de la cruz, por la muerte y la sepultura, cierta especie de desconfianza se habia apoderado de ellos. Pues las mismas palabras de las santas mujeres, como nos declara la historia evangélica, al anunciar que la piedra dei sepulcro estâ rodada, el cuerpo fuera dei sepulcro y los ângeles testigos de que el Senor vivia, fueron tenidos por los apôstoles y demás discipulos como algo parecido a sueños».

b) Su DUDA HA SIDO PROVECHOSA PARA NOSOTROS

«La cual duda, producto de la humana debilidad, nunca hubiera permitido el Espiritu de la verdad que se aduenase del pecho de sus predicadores si aquella misma preocupaciôn y curiosa indecision no hubiera levantado los cimientos de nuestra fe. Se tendia a curar nuestras perturbaciones y nuestros peligros en los apôstoles; nosotros mismos éramos instruidos en aquellos varones contra las calumnias de los impios y contra los argumentes de la terrena sabiduria. Lo que ellos vieron nos adoctrinô a nosotros, lo que oyeron nos enseñô y lo que tocaron nos confirmo. Demos gracias a la Providencia divina a la en cierto modo necesaria tardanza en creer de los santos apôstoles. Dudaron ellos para que no tuviéramos que dudar nosotros».

c) BIENES DE LA FESTIVIDAD

850

«Por eso los dias que van, joh carisimos!, desde la Resurrecciôn del Senor a su Ascension no pasaron infructuosamente, sino que en ellos recibieron su confirmaciôn grandes sacramentos y se nos revelaron grandes misterios. En estos dias se nos arranca el ternor de la muerte cruel, y no sôlo del aima, sino también la inmortalidad del cuerpo se nos revela. En ellos, mediante el soplo del Senor, reciben los apôstoles el Espiritu Santo, y al bienaventurado apôstol Pedro, después de habérsele dado las Haves del reino de los cielos, se le encarga el pastoreo del rebano del Senor. En estos dias se junto el Senor como companero a dos discipulos que iban de camino, y para disipar la niebla de nuestra incertidumbre, reprende la tardanza en creer de estos hombres asustadizos y amedrentados. Sus corazones iluminados reciben la llama de la fe, y los que estaban tibios, al declararles el Senor las Escrituras, se vuelven fervorosos. Asimismo se les abren los ojos al sentarse a la mesa y partir el Se-

fior el pan. Mucho mäs felices fueron los ojos de éstos pudiendo contemplar la glorificaciôn de la naturaleza humana del Salvador que los de nuestros primeros padres, quienes hubieron de ver la confusion de su propio pecado.

En medio de estos y otros milagros, como los discipulos temblasen sobrecogidos del temor, a pesar de aparecérseles el Senor en medio de ellos y de haberles dicho: *La paz sea con vosotros* (Le. 24,36), para alejar de sus pensamientos la duda que se enroscaba en su corazôn (cfeian estar viendo un fantasma, no un cuerpo), el Salvador demuestra la falsedad de taies cavilaciones poniendo a su vista las seûales de la crucifixiôn de sus manos y pies y les invita a que le toquen y examinen atentamente, puesto que para curar las heridas de aquellos corazones incredulos habian sido reservadas las huellas de los clavos y de la lanza y asi pudiera crerse, no con fe dudosa, sino con ciencia certisima, que la misma naturaleza que estuvo en el sepulcro habia de sentarse juntamente con Dios Padre en su trono».

851

d) Se confirma la fe en la resurrecciôn

«Durante todo este tiempo que transcurre entre la resurrecciôn del Senor y su ascension, joh amadisimos!, procurô la providencia de Dios, ensinô y metiô en los ojos y corazones de los suyos que se reconociese por verdaderamente resucitado el Senor Jesucristo, que era el mismo que habia nacido y padecido y muerto. Por donde los dichosos apôstoles y todos los discipulos que se habian alarmado por la muerte de cruz y vacilaba su fe en la resurrecciôn, de tal modo fueron reafirmados ante la evidencia de la verdad, que al subir el Senor a lo mäs alto de los cielos, en vez de experimentar tristeza se llenaron de una gran alegria. Y ciertamente habia motivo para gozarse de modo extraordinario e inefable al ver como en presencia de aquella santa muchedumbre una naturaleza humana subia sobre la dignidad de todas las celestiales criaturas, elevândose sobre los coros de los ângeles y a mäs altura que los arcângeles, no teniendo ningûn limite su exaltaciôn, ya que recibida por su Eterno Padre, era asociada en el trono de la gloria de aquel cuya naturaleza estaba unida con el Hijo. Y puesto que la Ascensiôn de Cristo constituye nuestra elevaciôn, y el cuerpo tiene la esperanza de estar algûn dia donde le ha precedido la cabeza, por todo, alegrémonos, carisimos, con dignos sentimientos de júbilo y gocémonos con piadosas acciones de gracias. Hoy no sôlo hemos sido hechos poseedores del paraiso, sino que hemos penetrado lo interior de los cielos con Cristo, alcanzando cosas mayores por la gracia de Cristo, que lo que habiamos perdido por la envidia del diablo. Pues a los que el terrible enemigo arrojô de la felicidad de su primera vivienda (del paraiso), el Hijo de Dios, haciéndolos de su misma clase, los colocô a la diestra del Padre, con el cual vive y reina en uniôn con el Espiritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén».

B) Alegria y b  n  cias de la Ascension (serm.2)

«El misterio, amadisimos, de nuestra salvaci  n, que el Creador dei mundo compr   con el precio de su sangre, se fué realizando* desde el dia de su nacimiento hasta el fin de la pasi  n, con gran derroche de humildad. Y aunque bajo la forma de siervo aparecieran muchos indicios de su divinidad, con todo, su manera de obrar durante aquel tiempo se encaminaba a demostrar la verdad de su naturaleza humana».

11

a) Motivo de gozo

853

«Mas después de su pasi  n, rotas ya las ataduras mortales, que habian perdido su fuerza al sujetar a quien no conoci   pecado, la debilidad se convirti   en valor, la mortalidad en eternidad, la ignominia en gloria, la cual el Senor Jesucristo manifest   con muchas y diversas pruebas delante de muchos, hasta que el triunfo de la victoria que habia alcanzado sobre la muerte le llevase a los cielos. Asi como en la solemnidad de Pascua la Resurrecci  n del Senor fué causa de nuestra alegria, asi su Ascension a los cielos es igualmente para todos nosotros motivo del gozo présente, al conmemorar aquel dia y celebrarlo como es debido, en el que la humildad de nuestra naturaleza, sentándose con Cristo en compania de Dios Padre, fué elevada sobre la milicia celestial y sobre los coros de los   ngeles, y por encima de todas las potestades. Con semejante disposici  n de obras divinas fuimos fundados y edificados, para que se mostrase m  s admirable la gracia de Dios al desaparecer de la vista de los hombres aquella presencia visible que por si misma imponia un justo sentimiento de respeto y, a pesar de lo cual, la fe no desfalleciese, la esperanza no vacilase ni la caridad se resfriase. La fuerza de las aimas grandes y la luz de los entendimientos verdaderamente fieles consiste en creer sin vacilar las cosas que no se ven con los ojos corporales y en fijar su deseo donde no pueden dirigir sus miradas. Mas esta piedad, ic  mo podria nacer en nuestros corazones, o cómo podria nadie justificarse mediante la fe, si nuestra salvaci  n estuviera supeditada   nicamente a lo que nuestros sentidos alcanzan? Por lo cual a aquel ap  stol que parecia dudar de la resurrecci  n de Cristo, si no veia con sus ojos y tocaba con sus manos las senales de la pasi  n, le dij   el Señor: Porque *me has visto, has creido: dichososjos que no vieron y creyeron* (lo. 20,19)».

b) Fortalecimiento de la fe

«Para que nosotros pudiéramos hacernos sujetos capaces de semejante dicha, habiendo nuestro Senor Jesucristo cumplido todas las cosas referentes a la predicaci  n evangélica y a los misterios del Nuevo Testamento, a los cuarenta dias de su resurrecci  n y

a la vista de sus discipulos se elevô a los cielos y allî estâ en presencia corporal, sentado a la diestra del Padre hasta que se cumplan los tiempos senalados por Dios para que la Iglesia se multiplique en sus hijos y venga a juzgar a los vivos y a los muertos con la misma came en la cual subiô a los cielos. Estos hechos de la vida de nuestro Redentor que eran bien patentes se convirtieron en misterios, y para que la fe fuera mäs excelente y firme, la ensenanza sucediô a la vision real, cuya autoridad seguirian los corazones de los creyentes iluminados por resplandores celestiales.

Esta fe, corroborada con la Ascension del Senor y fortalecida con los dones del Espiritu Santo, ni las cadenas, ni las cârceles, ni los destierros, ni el hambre, ni el fuego, ni los clientes de las fieras, ni los mäs exquisitos tormentos de los perseguidores la pudieron amedrentar. Por esta fe lucharon por todo el mundo y hasta derramar su sangre no sôlo los varones, sino también las mujeres, y no sôlo los niûos de poca edad, sino hasta las tiernas doncellas. Esta fe arrojô a los demonios, librô de las enfermedades, resucitô a los muertos. Asi los mismos apôstoles, que confirmados con tantos milagros e ilustrados con tantas ensenanzas, no obstante se atemorizaron ante la atrocidad de la pasiôn del Senor y que sôlo después de muchas vacilaciones creyeron en la Resurrecciôn, se aprovecharon tanto de la Ascensiôn del Senor que todo cuanto antes les causaba miedo después se convirtiô en gozo. Desde aquel momento elevaron toda la contemplaciôn de su aima a la divinidad sentada a la diestra del Padre y ya no les era obstâculo la vista de su cuerpo para que la inteligencia, iluminada por la fe, creyera que Cristo, ni descendiendo, se habia apartado del Padre, ni con su Ascensiôn se habia apartado de sus discipulos».

A#

«Enfonces fué, amados hermanos, cuando el Hijo del hombre e Hijo de Dios se diô a conocer mejor y mäs piadosamente, cuando se réintégré a la gloria de la majestad del Padre, empezando a estar de manera inefable mäs présente en la divinidad el que se alejaba en la humanidad. Enfonces fué cuando la fe, mäs ilustrada, aprendiô a elevarse por medio del pensamiento y a no necesitar ya dei contacto de la sustancia corporal de Cristo, en la cual es menor que el Padre, puesto que permaneciendo la misma sustancia del cuerpo gloriâcado, la fe de los creyentes es invitada allî, donde no con mano terrena, sino con espiritual inteligencia, se palpa al Unigénito igual al que le habia engendrado. Esta es la razôn por la que el Senor, después de su resurrecciôn, dice a la Magdalena, que representaba la persona de la Iglesia, al acercârsele para tocarle: *No me toques, pues todavia no he subido a mi Padre* (Io. 20,17); es decir, no quiero que busqués mi presencia corporal ni que me reconozcas con los sentidos carnales; te emplazo para mayores cosas, te destino a bienes superiores. Cuando suba a mi Padre me palparâs mäs real y ver-

daderamente, tocando lo que no palpes y creyendo lo que no veas. Y estando los ojos de los discipulos llenos de admiraciôn, siguiendo sin pستاؤear al Senor, que subia a los cielos, aparecieron ante ellos dos ângeles resplandecientes por la blancura de sus vestidos, que dijeron: *Varones de Galilea, iqué hacéis ahi clavados mirando al cielo? Este Jésus que ha sido arrebatado al cielo, asi vendra de la misma manera como le habéis visto irse al cielo* (Act. 1,11). Estas palabras ensenaban a todos los hijos de la Iglesia a creer que Jesucristo vendria visible con la misma carne con que habia subido y no pudiese dudarse de que todas las cosas estaban sujetas a Aquel que desde su mismo nacimiento corporal habia tenido a su servicio las milicias angelicas. Lo mismo que el ângel anunciô a la bienaventurada Virgen la concepciôn de Cristo por obra del Espiritu Santo, asi al nacer de una virgen fué la voz del cielo la que aviso a los pastores; y como su resurrecciôn de entre los muertos fué dada a conocer por testimonio de ângeles, asi también cuando venga a juzgar al mundo en su propia carne serâ proclamado por obra de los mismos ângeles, para que tengamos entendido cuântas potestades celestiales asistirân a Cristo cuando venga a juzgar, si tantas le sirvieron cuando vino a ser juzgado».

d) ESTÎMULO DE LOS DESEOS DEL CIELO

«Asi, pues, hermanos mios, rebosemos de gozo espiritual y alabando a Dios con digna acciôn de gracias levantemos los ligeros ojos del corazôn hasta aquella altura en la cual se encuentra Cristo. No abatan afanes terrenos nuestros pensamientos invitados a lo alto, ni llenen las cosas caducas a los elegidos para las celestiales; no entretengan halagos engahadores a los que caminan por las sendas de la verdad, y de tal manera transiten los fieles por los bienes temporales que entiendan son peregrinos en este valle del mundo, en el que, si hay cosas apetecibles que gustan no se deben acariciar con dano, sino despreciarlas con resoluciôn. A semejante disposiciôn de aima nos incita el bienaventurado apôstol Pedro y, exhortândonos conforme a aquella caridad, que concibiô con su triple confesiôn de amor al hacerse cargo del rebanio de Cristo, nos dice: *Carisimos, os suplico que como forasteros y peregrinos os abstengâis de los deseos carnales que pelean contra el espîritu* (i Petr. 2,11). <A quién sirven los deleites carnales, sino al diablo, que intenta encadenar con placeres de bienes corruptibles a las aimas que aspiran a lo alto y las que se alegran de privar de aquellas sillas de las que él cayô? Contra tales asechanzas debe vigilar sabiamente cualquier cristiano para que pueda burlar a su enemigo con aquello mismo en que es tentado. Nada hay mâs eficaz, hermanos mios, contra los engaños del diablo que la mansedumbre y la caridad espléndida con la que todo pecado o se evita o se vence. Pero la perfecciôn de esta virtud no se alcanza mientras no se destruya lo que le es contrario. Mas <qué hay tan opuesto a la misericordia y a las obras de caridad como la

avaricia, de cuya raiz brota todo germen de pecado? La cual, como no se la de muerte en sus comienzos, es preciso que en el campo de aquel corazôn donde creciô la planta de este mal, antes nazcan las espinas y abrojos de los vicios que semilla alguna de virtud reverdezca. Hemos, pues, de resistir, joh carisimosl, a tan daftino mal, y hemos de buscar la caridad, sin la cual ninguna virtud puede vivir, para que por este mismo camino del amor por el que Cristo vino hasta nosotros, nosotros a la vez podamos subir hasta El, a quien se debe en union de Dios Padré' y del Espiritu Santo el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén».

III. SAN GREGORIO MAGNO

La Ascension y la fe

(Cf. *Homilta 29 in Evang.* Lêese en la festividad y octava.)

A) Cuarenta dias para convencer nuestra incredulidad

857 ♦El que los discipulos tardasen en creer la resurrecciôn del Senor no hay que atribuirlo tanto a su flaqueza cuanto al deseo de procurar-nos a nosotros la firmeza suficiente. Porque a sus dudas hubo que responder con innumerables argumentos sobre la resurrecciôn, y así, de este modo, al leerlos, es su duda la que nos robustece a nosotros. Menos me aprovecha la facilidad de Maria Magdalena en creer que Tomâs dudando por mucho tiempo, porque éste exigiô en medio de sus dudas tocar las cicatrices de esas llagas, con lo cual nos quitô todo prétexte de vacilaciôn.

Es de notar como Lucas (Act. 1,4) para insinuar la verdad de la resurrecciôn dice: *Comiendo les dijo que no se retiraran de Jerusalén.* Y poco después (Act. 1,9): *Viéndole ellos, se elevo, y una nube lo ocultô a sus ojos.* Advertid las palabras, subrayad los misterios. *Comiendo; se elevô.* Comiô y subiô, para que por medio de la comida quedara demostrada la verdad de su cuerpo.

Marcos (16,14), en cambio, recuerda que el Senor, momentos antes de subir al cielo, increpô a los discipulos la dureza de su incredulidad, en lo cual debemos considerar que el Senor lo hizo, al abandonarlos corporalmente, para que sus palabras, como ùltimas antes de marcharse, quedasen mâs impresas en el corazôn de los oyentes».

B) La serial del fiel verdadero

«Increpada, pues, su dureza, oigamos qué es lo que les advierte después. *id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura* (Mc. 16,15). Pero iacaso habrá que predicar, hermanos míos, el Evangelio a los seres inanimados y a los irracionales? No toda criatura significa al hombre, porque el hombre tiene algo de todas ellas. Tiene el ser, que le es común con las piedras; el vivir, con los árboles; el sentir, con los animales; el entender, con los ángeles. Si, pues, tiene algo de común con todas las criaturas, el hombre équivale en cierto modo a todas ellas, y a todas se les predica cuando se predica a los hombres.

El que creyere y se bautizare, será salvo, y el que no creyere se condenará (Mc. 16,16). Quizás me diga alguno: Yo he creído ya, y, por lo tanto, me he salvado. Tiene razón, si acomoda sus obras a su fe, porque la verdadera fe es aquella que no se contradice con las obras. Por eso San Pablo, refiriéndose a ciertos falsos fieles, decía (Tit. 1,16) que *confiesan conocer a Dios y lo niegan con sus acciones*. Y por eso dice San Juan (1 Jo. 2,4): *El que afirma conocer a Dios y no cumple sus mandamientos es un embustero*.

Debemos, por tanto, conocer nuestra fe examinando nuestra vida. Somos fieles verdaderamente si cumplimos con nuestras obras lo que prometimos con nuestras palabras... En el día de nuestro bautismo todos renunciamos a las obras y pompas de nuestro antiguo enemigo. Vuelva, pues, cada uno sus ojos hacia dentro y examínese, y si comprueba que después del bautismo cumple lo que prometiera antes de recibirlo, esté cierto y gócese de ser fiel.

Pero si no observa lo que cumplió, si ha vuelto a caer en las malas obras y en las concupiscencias y pompas del mundo, cuide de llorar su yerro. Ante nuestro misericordioso juez no es tenido por mentiroso ni aun siquiera aquel que vuelve a la verdad después de haber mentido, pues el Dios omnipotente esconde nuestros errores al recibir nuestra penitencia».

C) Milagros de los creyentes

Los creyentes arrojarán demonios. «Quizá, hermanos, ¿no sois creyentes porque no verificáis todos esos milagros? No, esos milagros fueron precisos al comienzo de la Iglesia, cuando necesitaba alimentarse de ellos para que creciera el número de los creyentes, del mismo modo que nosotros cuando plantamos un arbusto lo regamos hasta ver que ha echado raíces, y cesamos de hacerlo cuando ya lo ha conseguido. Por eso dice San Pablo (1 Cor. 14,22) que el *don de lenguas es una serial para los infieles y no para los que creen*.

Nosotros disfrutamos de otra clase de señales y milagros, que

debemos examinar con cuidado sumo. La santa madre Iglesia verifica a diario de un modo espiritual lo que los apóstoles obraban corporalmente. Cuando los sacerdotes imponen sus manos a los creyentes en los exorcismos (del bautismo) e impiden a los demonios que continúen habitando en sus espíritus, ¿que otra cosa hacen sino expulsarlos? Y cuando los fieles, abandonando las conversaciones de su antigua vida del siglo, comienzan a cantar las alabanzas y poder del Creador, ¿no están hablando una lengua nueva? Los que a fuerza de consejos desarraigan de los corazones ajenos la malicia que los llenaba, están quitando de en medio las serpientes».

D) Subiô a los cielos

Elias subiô a los cielos, pero no al de Dios, sino a un lugar ignoto, donde mora tranquilo hasta el fin dei mundo, en que pagará a la muerte el tributo que difiriô, pero de la que no se sustrajo. Nuestro Señor por no haberla diferido, la venciô, y al resucitar acabô con ella, y al subir a los cielos manifesto su gloria.

Elias fué arrebatado por un carro para demostrar que necesitaba la ayuda ajena. ♦Nuestro Redentor no necesitô de carro alguno, ni dei ministerio de los ângeles, porque El, que lo creô todo, subiô por encima de todo y por su propio poder. Volvía a donde habia estado y regresaba al lugar que no habia abandonado, porque cuando subiô con su humanidad al cielo, su divinidad llevaba cielo y tierra*.

José figurô la venta de Cristo. Henoc y Elias, la ascension; el uno antes de la , \ los otros bajo ella.

«Es cosa de meditar el que Marcos (16,19) nos diga que *est(i) sentado a la diestra de Dios* y San Esteban que *ve los cielos abiertos y al Hijo del hombre en pie a la diestra del Señor* (Act. 7,55). ¿Cómo es que el uno lo ve sentado y el otro de pie? Ya sabéis, hermanos, que estar sentado es propio de juez, y estar de pie del que lucha y

Pues bien, como nuestro Redentor subiô al cielo y desde allí lo juzga ahora todo, y al final vendra como juez universal, Marcos lo ve sentado después de la Ascension. Esteban, por el contrario, colocado en medio de una gran batalla, lo ve de pie, como quien esta prestandole su ayuda. Porque El luchaba desde el cielo con su gracia, para que el mártir venciera en la tierra la infidelidad de sus perseguidores.

♦Debemos pensar y recordar que la obediencia siguiô al mandato y los milagros a la obediencia. Pero como quiera que con la gloria de Dios vamos recorriendo y explicando todo el Evangelio, hora es ya de que hablemos algo de esta gran solemnidad.

Lo primero que se nos ocurre inquirir es por qué los ángeles que aparecieron cuando nació el Señor no iban vestidos de blanco, como ahora leemos que lo estaban cuando subió a los cielos... Al nacer el Señor la divinidad mostrábase humillada; ahora, en la Ascension, la humanidad aparece exaltada. Los vestidos blancos son mas propios del triunfo que de la humillación.

Hicieron bien, por lo tanto, los ángeles al vestirse de blanco, porque el que al nacer se manifestó como Dios humilde ahora en la Ascension se manifiesta como hombre excelso.

Ahora bien, lo que debemos meditar con mayor atención en este día es que hoy fué borrado el documento de nuestra condena y trocada la sentencia de nuestro daño. Aquella naturaleza a la que le fué dicho (Gen. 3,19): *Tierra eres y a la tierra volveras*, sube hoy al cielo. Pensando en la elevación de nuestra carne, el bienaventurado Job llama figuradamente al Señor *ave*, y porque veía que los judíos no habían de entender el misterio de la Ascension, figuró su infidelidad con aquella frase: *Ignoro el camino del ave* (Job 28,7).

De esta solemnidad dice el Salmista: *¡Cómo cantan los altos cielos su majestad!* (Ps. 8,2); *Sube Dios entre voces de júbilo; Yahveh entre el resonar de las trompetas* (46,6), y *Subiste a lo alto apresando cautivos, recibiendo hombres como presentes* (67,19). Arrastró cautivos cuando subió a los cielos, porque con su poder trocó en incorruptible nuestra corrupción. Repartió sus dones, porque enviando desde arriba al Espíritu Santo, a unos les dió palabras de sabiduría, a otros de ciencia, a otros la gracia de los milagros, a otros la de curar, a otros la de interpretar.

... En cuanto Nuestro Señor subió a los cielos, su santa Iglesia desafió al mundo y, confortada con su Ascension, predicó abiertamente lo que creía a ocultas.

Voz es de la Iglesia lo que dice Salomón: *Vedle que llega, saltando por los montes, triscando por los collados* (Gant. 2,8). Grande salto es el que dió, si me permitis hablar de ese modo, cuando vino a redimirnos. ¡Queréis, hermanos, conocer su altura? Desde el cielo bajó al seno de su Madré, del seno a un pesebre, del pesebre a una cruz, de la cruz al sepulcro y del sepulcro al cielo. Estas son las distancias que hubo de salvar la Verdad divina, al manifestárense en la carne, para que pudiéramos correr en pos de ella. La Verdad lo hizo, porque se levantó como un gigante para correr su carrera y obligarnos a decir de corazón: *Llévanos tras de ti, corramos detrás del olor de tus ungüentos* (Cant. 1,3-4).

Por tanto, hermanos queridísimos, es preciso que le sigamos con el deseo allá donde creemos que subió corporalmente. Huyamos de los apetitos terrenos. No nos deleite nada de aquí abajo a los que poseemos un Padre que vive en el cielo.

Porque debemos tener muy en cuenta que ese mismo que subió plácidamente ha de volver terrible y nos exigirá el cumplimiento estricto de todo lo que nos predicó con mansedumbre. No menos-

precie nadie el tiempo que se nos concediô para hacer penitencia. No deje nadie de preocuparse de si mismo, mientras todavia le sea posible, porque nuestro Redentor vendra a juzgarnos con tanta mayor dureza cuanto mayor paciencia haya tenido con nosotros antes del juicio*.

SECCION IV. TEOLOGOS

SANTO TOMAS DE AQUINO

La Ascension y la exaltación del Señor

Santo Tomás dedica la cuestión 57 a la exposición del hecho, la naturaleza y la causalidad de la Ascension dei Sedor. Anadimos algunos textos de la cuestión 58, dedicada al estudio de la exaltación de Cristo a la diestrade Dios Padre.

A) *La ascension del Señor a los cielos*

a) Era conveniente

«El lugar debe ser proporcionado al que lo ocupa. Cristo después de la resurrección inauguró por su resurrección una vida inmortal e incorruptible. Ahora bien, esta tierra que nosotros habitamos esta sometida a la generación y corrupción, mientras que el cielo esta exento de la corrupción. Tal es el motivo por que no fué conveniente que después de la resurrección Cristo permaneciese en la tierra, sino que convenia que subiese al cielo» (3 q.57 a.1 c).

b) Crecimiento de gloria accidental

«Con su ascensión al cielo no recibió Cristo ningún acrecentamiento en lo que es de esencia de la gloria, sea en el cuerpo, sea en el alma; sin embargo, recibió un acrecentamiento en la decencia del lugar, algo que contribuye al bienestar de la gloria. No que su cuerpo recibiese del cuerpo celeste alguna perfección o conservación, sino sólo un lugar más propio, cual convenia a su gloria. De esto experimentaba El cierto gozo. No que de esto comenzase El a gozar cuando subió al cielo; pero de nuevo se gozo entonces, como de cosa acabada. Por esto, sobre las palabras dei Salmo (15,11): *Les delectes se hallan en su diestra hasta el fin*, dice la glosa: «La delectación y la alegría se aduenarán de mí cuando me sentare a tu lado, lejos de las miradas humanas» (ibid., ad 2).

c) La Ascension y la vida espiritual del Cristiano

«La ascension a los cielos, por la que (Cristo) nos privó de su presencia corporal, nos fué más útil que la presencia corporal misma.

Por el aumento de la fe

«Primero, por el aumento de la fe, que es de las cosas que no vemos. Por eso dice el mismo Señor que el Espíritu Santo, cuando venga, arguini *al mundo de justicia* (Io. 16,8); a saber, «la de aquellos que creen», como dice San Agustín: «La sola comparación de los fieles con los infieles es condenación de éstos» (cf. *In Io.* tr.95: PL 35,1831). Y luego, comentando las palabras: *Porque voy al Padre, y ya no me veréis más* (Io. 16,10), añade: Son bienaventurados los que no ven y creen. Así que será nuestra justicia de la que será el mundo condenado, «porque creeréis en mí, a quien no veréis».

866 2. Por el aumento de la esperanza

•Segundo, levanta nuestra esperanza. Por donde dice El mismo: *Si me fuere y os prepararé el lugar, de nuevo vendré y os tomaré conmigo, para que donde estoy yo estéis vosotros* (Io. 14,3). Colocando Cristo en el cielo la naturaleza que había tornado, nos da esperanzas de llegar allá, porque, como El mismo dice, *donde está el cuerpo, allí se juntarán las águilas* (Mt. 24,28). Y Miqueas: *Sube, abriendo el camino ante ellos* (Mich. 2,13).

867 3. Por el aumento de la caridad

«Tercero, para levantar a los bienes celestiales el afecto de la caridad, Por esto dice el Apóstol (Col. 3,1-2): *Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; gustad las cosas de arriba, no las de la tierra*. Pues, como se dice en San Mateo, *donde está tu tesoro allí está tu corazón* (Mt. 6,21). Y porque el Espíritu Santo es amor, que nos arrebató a las cosas celestiales, por eso dice el Señor a los discípulos: *Os conviene que yo me vaya, porque, si no me fuere, el Paráclito no vendrá, a vosotros; pero, si me fuere, lo enviaré a vosotros* (Io. 16,7). Lo cual expone San Agustín diciendo (cf. *In Io.* tr.94: PL 35,1864): «No podéis recibir el Espíritu Santo, mientras persistáis en conocer a Cristo en la carne. Pero, cuando Cristo se apartó corporalmente, entonces no sólo el Espíritu Santo, sino también el Padre y el Hijo vinieron a ellos espiritualmente» (3 q.57 a.i ad 3).

868 d) CRISTO SUBIÓ A LOS CIELOS POR EL PODER DE SU ALMA GLORIFICADA

«Hay en Cristo dos naturalezas, la divina y la humana. Y según una y otra se puede tomar el poder propio de Cristo. Según la naturaleza humana, puede considerarse doble virtud en Cristo. La una, natural, que procede de los principios de la naturaleza. Y es evidente que con tal virtud no subió Cristo a los cielos. Otra virtud existente en la naturaleza humana es la virtud de la gloria. Y con esta virtud subió Cristo al cielo.

La razón de esta virtud la buscan algunos en la naturaleza de una quintaesencia que es luz, según dicen, la cual entraría en la composición del cuerpo humano y conciliaría en uno los elementos

contrarios. En el estado de nuestra mortalidad domina la naturaleza de los elementos en el cuerpo humano, y por eso, según la naturaleza dei elemento prédominante, el cuerpo humano naturalmente tiende hacia abajo. Pero en el estado glorioso predominará la naturaleza celestial y, en virtud de su inclinación y poder, el cuerpo de Cristo y los otros cuerpos de los santos tenderán hacia el cielo...

Dejada a un lado esta sentencia, otras senalan la razón de esta virtud antedicha, de parte del aima glorificada, de cuya redundancia será glorificado el cuerpo, como dice San Agustin (cf. *Epist. 118*, 3: PL 33,459). Será tanta la obediencia del cuerpo glorioso al aima bienaventurada, que, como dice San Agustin, «dondequiera esté el espíritu, allí estará el cuerpo al instante, ni querrá nada que no convenga al espíritu y al cuerpo» (cf. *De civ. Dei* XXII 30: PL 41, 801). Ahora bien, al cuerpo glorioso e inmortal le conviene estar en un lugar celeste, como ya se dijo, y por eso, con la virtud del aima, que lo quería, subiô al cielo el cuerpo de Cristo.

Y como el cuerpo se vuelve glorioso, así, dice San Agustin, «el aima se vuelve bienaventurada por la participación de Dios» (cf. *In lo. tr.23* ; PL 33,459). Por consiguiente, la causa primera de la ascensión al cielo es la virtud divina. De manera que Cristo sube al cielo por su propia virtud, ante todo por la virtud divina, y luego por la virtud del aima glorificada, que mueve el cuerpo como quiere» (3 q-57 a.3 c).

e) La Ascension de Cristo es causa de nuestra salvación

i. Con Jesucristo penetramos todos en el cielo

869

«La pasión de Cristo es causa de nuestra ascensión a los cielos, propiamente hablando, por la remisión del pecado, que nos impedía la entrada, y por vía de merecimiento. Pero la ascension de Cristo es directamente causa de nuestra ascension, por cuanto la inaugura en nuestra cabeza, a la que deben juntarse los miembros» (3 q.57 a.6 ad 2).

Jesucristo con su ascensión «nos préparé el camino para subir al cielo, según lo que dice en San Juan: *Voy a prepararos el lugar* (lo. 14,2). Y en Nîiqueas: *Sube abriendo el camino ante ellos*» (Mich. 2, 13). Y pues El es nuestra cabeza, es preciso que los miembros sigan allí a donde los precede la cabeza, por lo cual anade: *Para que donde yo estoy, allí estéis vosotros* (lo. 14,3). En prueba de esto introdujo en el cielo las aimas de los santos que habia sacado del infierno, según aquello dei Salmo: *Subiendo Cristo a lo alto, llevô cautiva la cautividad* (Ps. 67,19), pues a los que habian sido cautivos del diablo El los introdujo consigo en el cielo, como en lugar extraño a la humana naturaleza, cautivos de buena cautividad, como ganados por la victoria* (3 q.57 a.6 c).

2. *Oesde* el cielo Cristo enviô sus dones como
mediador de los hombres

«Como el pontifice en el Antiguo Testamento entraba en el santuario para presentarse ante Dios en favor del pueblo, así también Cristo entré en el cielo *para intercéder por nosotros, como* dice el Apôstol a los Hebreos (7,25). La misma presencia suya en naturaleza humana que introdujo en el cielo, es cierta intercesiôn en favor nuestro, pues por el hecho de haber Dios exaltado en Cristo la naturaleza humana, se ha de compadecer de aquellos por quienes el Hijo de Dios tomô esa naturaleza.

Por último, Cristo sentado en el trono de los cielos como Dios y como Señor, envia desde allí los dones divinos a los hombres, según lo que el Apôstol escribe a los Efesios (4,10): *Subiô sobre todos los cielos para dar cumplimiento a todas las cosas*, «con sus dones», según dice la Glosa».

B) Jesucristo, sentado a la diestra del Padre

871

a) SIGNIFICADO DE ESTA EXPRESIÔN

Se dice que Jesucristo estâ sentado a la diestra de Dios Padre 'en cuanto permanece etemamente incorruptible en la bienaventuranza del Padre, la cual se dice su diestra, conforme a las palabras dei Salmo: *En tu diestra se hallan los deleites hasta el fin* (Ps. 15,11). Por donde dice San Agustin sobre aquello del Simbolo (cf. *Serm.* 1,4: PL 40,634): «Estâ sentado a la diestra del Padre». «Estar sentado» significa habitar, como decimos de uno: En aquella tierra asentô durante tres años. Así, pues, habéis de creer que Jesucristo habita a la diestra del Padre, pues es bienaventurado y el nombre de esta bienaventuranza es la diestra del Padre.

De otro modo se dice que Cristo estâ sentado a la diestra del Padre, en cuanto reina junto con el Padre y de El tiene el poder judicial; como el ministro que se sienta a la derecha del rey le asiste en el reinar y en el juzgar. Por esto dice San Agustin (cf. *Serm.* 1,7: PL 40,646): «Entended por diestra la potestad que recibî este hombre, tornado por Dios, a fin de que venga a juzgar el que antes vino a ser juzgado» (3 q.58 a.i c).

b) Los titulos de Jesucristo para esta exaltaciôn

i. Como hijo de Dios

«Très cosas podemos entender por 'diestra*. Lo primero, según San Juan Damasceno, «la gloria de la divinidad»; segundo, según San Agustin, «la bienaventuranza del Padre»; tercero, según el mismo, «el poder judicial». El «estar sentado* significa o la habitaciôn, o la dignidad regia, o el poder judicial. De manera que «estar sçn-

taclo a la diestra del Padre» no es otra cosa que poseer con el Padre la gloria de la divinidad, la bienaventuranza y la dignidad judicial. Y esto de una manera inamovible y regia. Todo esto conviene al Hijo por razón de su divinidad. Y asi es évidente que Jesucristo, en cuanto Dios, está sentado a la diestra del Padre; pero de suerte que la particula «a» no se tome por transitiva, sino como expresiva de sola distinción personal y orden de origen, pero no de un grado de naturaleza o dignidad, que no existe en las personas divinas, como en la primera parte se ha declarado» (3 q.58 a.2 c).

2. Por la union hipostática

873

Otro titulo es por «la gracia de union, que importa distinción de naturaleza, pero unidad de persona. Segùn esto, Cristo, en cuanto hombre, es Hijo de Dios, y por consiguiente está sentado a la diestra del Padre; pero notando que ese «en cuanto hombre» no designa la condición de la naturaleza, sino la unidad del supuesto» (3 q.58 a.3 c).

3. Por la sobreabundante gracia habituai

874

«Dicho acceso puede entenderse de la gracia habituai, que es en Cristo más abundante que en toda otra criatura, en la misma medida que la naturaleza humana en Cristo aventaja en la bienaventuranza a las demás criaturas, y sobre ellas posee el poder regio y judicial.

Asi, pues, si el «en cuanto» designa la naturaleza, Cristo, en cuanto Dios, está sentado a la diestra del Padre, es decir, en igualdad con el Padre. Pero, en cuanto hombre, está sentado a la diestra del Padre, esto es, goza de los mejores bienes del Padre por encima de las demás criaturas, es decir, «goza de mayor bienaventuranza y posee el poder judicial». Pero, si el «en cuanto» designa la unidad del supuesto, también Cristo, en cuanto hombre, está sentado a la diestra del Padre porque tiene igualdad de honor, puesto que con el mismo honor veneramos al mismo Hijo de Dios con la naturaleza que El tomó, segùn anteriormente queda declarado (3 q.58 a.3 c).

SECCION V. ALTOS LARIOS

SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

Las lecciones de la Ascension

Tiene el Santo tres magnificos sermones, de los cuales el primero encierra una serie de reflexiones sobre distintos puntos del Evangelio de hoy: el segundo, considera sólo el misterio de la Ascension, y del tercero no tomaremos sino su primera parte, que constituye un hermoso exordio, pues el resto repite las ideas expuestas en los anteriores.

A) *Sermon primero*

875

a) Exordio

Solían los romanos celebrar el triunfo de sus generales, recompensando así sus hazañas y alentando a los demás ciudadanos, cuya emulación pretendían despertar. El Santo describe el triunfo.

Este magnífico espectáculo, desplegado antiguamente por los romanos, acontece hoy entre los ángeles. Saliste, oh Señor!, lleno de sangre y vuelves acompañado de innumerables cautivos para entrar en la ciudad eterna. ¿Quién podrá cantar la alegría de los justos y de los principados celestiales? ¿Qué orador será digno de describir el regreso del Rey a la corte de los cielos?

876

b) CONSIDERACIONES DIVERSAS

Solemnidad de la Ascension

Tardó cuarenta días en subir a los cielos, porque quiso dejarnos pruebas evidentes de verdad tan nueva como una resurrección.

Ahora se eleva al cielo en pleno día y ante muchos testigos. Su concepción, su transfiguración, su misma resurrección fueron secretas; ¿por qué la Ascension es tan visible? Porque quiere que nazca en nosotros la fe y esperanza en nuestra ascension futura.

Nuestra ascension no es menos difícil de creer que nuestra resurrección. Que las cenizas revivan parece imposible, pero que suban al cielo es cosa que ni siquiera osó imaginar Platón, quien decía que las almas, olvidadas de sus sufrimientos anteriores, deseaban volver, y volvían en efecto, a nuestros cuerpos. Verdades tan nuevas hicieron reír a los filósofos antiguos. Pero es que aquellos insensatos que

se creían sabios (Rom. 1,22) se olvidaban de que no hay nada imposible para el Creador, y que cuando se trata de verdades superiores a la razón, hay que consultar las Escrituras divinas, y no el testimonio débil de nuestra inteligencia.

«Considerad, hermanos, los prodigios del arte y de la naturaleza, y la imposibilidad se desvanecerá. ¿Hay algo más tenue y débil que los vapores de una nube? Y, sin embargo, bajo los rayos del sol la nube admira por su belleza y claridad. ¿Hay algo más grosero y bajo que la lana de una oveja? Y, sin embargo, todos los días la industria fabrica con ella hermosos vestidos. ¿Hay algo menos precioso que el hilo de un gusano de seda? Y, sin embargo, la mano del obrero se basta para mezclarlos y formar con ellos los más ricos adornos... ¿Por qué, pues, oh filósofo!, te extrañas y te burlas? «-A qué vienen esas arrugas de tu frente desdenosa al considerar una doctrina llena de verdad y santidad? Si tanto puede el arte y la naturaleza, ¿no podrá Dios, Creador de naturaleza y arte, obrar más grandes maravillas? El obrero es capaz de prestar tal brillo a la materia vil, y el supremo y todopoderoso Obrero, ¿no logrará darle una perfección mayor? Quería además dejarnos entrever algunas señas de su majestad escondida».

2. El Señor reprende la incredulidad de sus discípulos

Extraña es una reprensión cuando se debieran esperar frases de consuelo. Pero es que el Señor quería que sus palabras se grabasen en los corazones de sus discípulos, y nada mejor que pronunciarlas en el momento de la separación. También pretendía mostrarnos que no hay tiempo inoportuno para la corrección fraterna, según nos enseña el mismo San Pablo (2 Tim. 4,2).

«Quiso el Maestro recordar a sus discípulos su incredulidad, en aquella misma hora en que iban a recibir la misión de predicar al mundo la fe en Cristo, porque así su propia experiencia les enseñaría a soportar a los demás; el recuerdo de sus largas dudas les inspiraría indulgencia ante las ajenas, y si los hombres no creían fácilmente sus palabras, les extrañaría menos considerando que ni ellos mismos habían creído las de las Escrituras que anunciaban la resurrección del Señor».

3. Misión de los apóstoles

«Una vez que le hubieron rodeado, les dirigió un largo discurso: Hijitos míos, rebaño mío, queridas ovejas de mis pastos, vosotros conocéis mi vida, la habéis visto, habéis presenciado mis actos, las señas y prodigios que he obrado en medio de este pueblo, las heridas y tormentos que he aceptado por la salvación del mundo, la muerte que he sufrido para expiar sus pecados; habéis visto mi resurrección de entre los muertos, vais a ver ahora la ascensión hacia mi Padre. Habéis escuchado mi doctrina, todas las verdades que el Padre me había encargado que enseñara al mundo; id ahora y enseñad

a todo el universo lo que habéis visto y oído, descubrid mis misterios, revelad mis sacramentos, enseñad a las naciones, instruid a los pueblos, guiad a los ciegos y a los desgraciados por el camino de la salud y de la verdad. Seréis mis testigos en Jerusalén y en el mundo entero».

879 4. Reprende la curiosidad

Los apóstoles preguntan sobre el futuro reinado de Cristo, quien les niega la respuesta, prohibiéndonos investigar curiosamente los juicios secretos de Dios y las cosas que no nos importan. Somos negligentes en lo necesario y útil para la salvación y ávidos de lo inútil o difícil. ¡Oh Cristianos!, procurad merecer el cielo y no andéis curioseando.

880 5. El que créé y se bautiza

No basta la fe, son necesarias las obras. Las seriales que seguirán a los que crean serán resucitar los muertos... No me refiero ahora a los milagros que han existido siempre en la Iglesia, sobre todo en sus comienzos, sino a ese poder de expulsar a los demonios por la penitencia, de hacer hablar a los cristianos lenguas nuevas como son las alabanzas de Dios y del prójimo. Yo hablo en esta ocasión del poder de inmolar las pasiones, serpiente venenosa que mataría al alma, pero que una vez aplastada no puede hacernos daño, porque aunque persista en sus tentaciones no perjudica al que está en Cristo y en el que no existe condenación alguna (Rom. 8,1). Me refiero a los que son capaces de imponer sus manos de caridad y de consuelo sobre los enfermos y presos.

881 6. La subida al cielo

¡Oh Príncipe de la gloria!, las regiones celestes os Haman y esperan. Llevad con Vos a vuestra santa humanidad, colocadla a la derecha del Padre y que participe de vuestra gloria, ya que participe de vuestras ignominias. Los príncipes de los cielos corren a colocarse en formación; Jesús habla a los que le rodean, abraza con temura inefable a la Santísima Virgen María, extiende sus manos para bendecirlos a todos y comienza a elevarse. Cánticos de triunfo y alabanza se extienden por los cielos, porque los mismos ángeles que bajaron el día del nacimiento, vuelven ahora, el día de su victoria. Los ojos de los discípulos se llenan de asombro y el Señor va subiendo.

882 7. Hombres de Galilea

«La mirada de los apóstoles no puede seguir al Maestro divino hasta su entrada en los cielos. El testimonio de los ángeles viene a suplir lo débil de sus ojos...

Pero yo me dirijo ahora a vosotros, hermanos míos, y os digo: Hombres de Galilea. ¿qué hacéis ahí? ¿No sabéis que aquí abajo no

sois otra cosa que simples galileos? ^Ignorâis que vais a salir muy presto de este mundo? ^Por qué os quedâis entonces ahi, por qué os detenéis, por qué no buscâis la gloria que os espera? No tenéis aqui una morada permanente, sino que debéis buscar una futura (Hebr. 13,14). ^Por qué no corréis hacia esa habitaciôn de vuestro porvenir? ^Por qué, si habéis de ser trasplantados tan pronto, pretendéis echar raices en un suelo extrafto? £Os olvidâis de la violencia y dolor del inevitable desgarramiento que es necesario para romper esas ligaduras? Considerad, os ruego, las obras de los amadores dei siglo... y no echéis, como ellos, raices en este mundo. <jPor qué buscâis con tanta inquietud lo que se pierde tan presto? jOh vosotros, que debéis habitat eternamente en los cielos!, ipor qué aspirâis sin César a los placeres pasajeros de esta vida? Acordaos de que no sois mâs que galileos, no olvidéis... levantad vuestro ânimo, vuestro corazôn y vuestra voluntad; *buscad las cosas de arriba y no las de la tierra* (Col. 3,1). Vuestro jefe y vuestro Dios sube y os abre el camino; corred y daos prisa en seguir fielmente sus huellas. <Os quedâis quietos? Mirad cômô corre esa muchedumbre inmensa de gentes de toda edad, clase y condiçôn. Maravilleos la intrepidez de las virgenes delicadas y de los ninos tiernos que caminan cerca de El, al olor de sus perfumes. èY os quedâis inmôviles y permanecéis sentados?

jOh galileos, oh viajeros! Delante de vosotros estâ libre el camino de los cielos, la puerta del paraíso estâ ya abierta... ipor qué os quedâis quietos? Magnífica es la gloria que os espera, *jy no caminâis?* Abundante es la recompensa que se os ofrece, aún dudâis? Brillante es la corona que se os promete, <y combatis con pereza? êQué os diré, cobardes, perezosos e insensatos? Por un trabajo fâcil, una alegría inmensa; por un combate râpido, una corona eterna; por una marcha corta, un descanso sin fin. jOh viajeros!, <a qué viene esa inmovilidad? Siglos eternos dependen de estos momentos de vuestra vida, y aún no andâis... Y todavia hay algo mâs triste: estâis quietos, mirando al cielo... Mirâis al cielo y permanecéis indiferentes, le veis y os dejâis dominar por la indolencia. Si al menos no le vieseis, vuestra falta sería menos grave»...

«Justo es amar la vida présente, si no se conoce otra mejor. Nada mâs legitimo que aspirar a estos bienes cuando no se esperan los futuros, mil veces mâs preciosos; pero vosotros, a quienes Dios ha abierto los ojos de la inteligencia para que contemplaseis las riquezas celestiales... vosotros, joh galileos, oh cristianos!, ^seguis inmôviles?»

Y si este peso inconmensurable de felicidad no es capaz de arrancaros de vuestra inercia, dejad, por lo menos, que os mueva el terrible juicio que os espera, la venganza ardiente de ese fuego que consumirá a los enemigos de la verdad; permitid que os sacuda la cuenta rigurosa que habéis de dar de todas las obras de la vida en el día del juicio severo, en la presencia de los ângeles y de los hombres, porque ese Jesûs que sube hacia el cielo volverâ de la misma manera.

El Señor dijo a Nicodemo: *Nadie subiô al cielo sino el que bajô del cielo, el Hijo del hombre que estâ en el cielo* (Io. 3,13). «Si esto es así, ¡oh Señor!, ¿para que perdemos el tiempo en esfuerzos vanos? ¿Para qué tanto trabajo inútil, para que quebrantarnos a diario con ayunos, oraciones y lágrimas? Desgraciados los mártires, desgraciados los anacoretas y vírgenes, desgraciados todos los que desprecian el mundo, puesto que nadie entra en el reino de los cielos. (*A qué se reduce promesa tan repetida en el Evangelio? ^Para qué tanta exhortación e invitación a que lo deseemos, lo pidamos y lo merezcamos? ¿Puede contradecirse el Evangelio de esta forma?...

No, hermanos míos, de ninguna manera. Oid a San Agustín (cf. *Serin.* 91,7): «No hay nada más cierto, dice, sino que el Hijo de Dios y del hombre debe entrar El solo en el cielo; debe entrar El, si, digo yo, debe entrar, pero todo entero. <Es que acaso no entrarán con El sus manos, pies, brazos y todos sus miembros? Pues nosotros somos, según testimonio del Apóstol, miembros suyos; cierto que no todos, pero por lo menos aquellos que le están unidos por la fe y la caridad. El Cristo que bajo del cielo volverá a subir con estos nuevos y numerosos miembros de su cuerpo, y todo el que sin habersele incorporado quiera subir al cielo, se engaña evidentemente».

Por tanto, sólo el que ha bajado, subirá, pero no subirá como bajô, porque bajô en la pureza y simplicidad de su ser divino, y cuando suba tendrá cinturón y vestidos, puesto que se ha adornado con un cuerpo y se ha vestido con este traje inmenso y de mil colores que es la Iglesia...

885 También podemos entender estas palabras de otra guisa: Nadie sube al cielo por su propia virtud; la Iglesia, Esposa de Cristo, ha de apoyarse en los hombros de su Esposo. El profeta nos había de un águila que enseñaba a volar a sus aguiluchos y les llevaba en sus alas (Deut. 32,11). Ese águila es Cristo, que nos excita con sus palabras, vela sobre nosotros con su ejemplo, nos coge con sus favores y nos lleva con sus méritos. Cristo es el águila que subiô hasta las alturas, donde colocô su nido tranquilo y eterno, adonde no llegará la serpiente venenosa. No habrá ni uno de sus aguiluchos, ni Juan el Bautista, ni el más grande de los santos, que pueda llegar, si no es por El, al nido colocado junto a su Padre. *Los pájaros encuentran su morada y las tórtolas un nido donde colocar a sus hijos* (Ps. 83,3). Esa casa del pájaro es el seno del Padre, y el nido de la tórtola el corazón del bien amado, adonde se entra por la abertura de su costado divino; nido sin alarmas, lugar seguro».

Por consiguiente, *nadie subiô al cielo, sino el que bajô del cielo, el Hijo del hombre que estâ en el cielo*; así dice San Juan. El mismo

que bajô es el que subiô (Eph. 4,10); así había el Apôstol. Comprobado el acorde perfecto de ambas liras celestiales; el mismo Espíritu divino las hace vibrar.

b) (JA d o k d e s u b e ?

886

«A lo más alto de los cielos. No este cielo alegórico de las nubes, del sol ni de los ángeles, sino al mismo Dios. Descendiô hasta la oscuridad y los lugares más bajos de la tierra. *No pudo bajar más bajo ni subir más alto», según San Bernardo (cf. *Sern. 2 sobre la Ascension* 3). Convenía que el Hijo único de Dios, príncipe de la gloria, después de haberse humillado, obediente a su Padre, por debajo de los ángeles, después de haber sido el último y más pequeño de entre los hombres, fuese exaltado en gloria y honor por encima de los hombres y de los ángeles, para que así la justicia de Dios se consumara...

Esta es la enseñanza del Apôstol: *Siendo Dios en la forma—¡qué grandeza!—no reputô codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadô tornando la forma de siervo—¡qué rebajamiento!—* (Phil. 2, 6). ¿Hasta dónde se rebajô? Hasta la forma de siervo, hasta las bofetadas, las burlas, los azotes, los tormentos, hasta *la muerte*, y para que nada faltase a la ignominia de su muerte, y *muerte de cruz*. ¡Oh, y qué bajo descendiô y a qué profundidad se rebajô! Esta fué la humillación del que era hijo de Dios, pero ved como la justicia divina lo ensalzô por grados parecidos a su abajamiento: *Por lo cual Dios le exalta y le otorgô un nombre sobre todo nombre: para que al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos y en la tierra, y en los abismos, y toda lengua confiese que Jesús es el Señor para gloria de Dios Padre* (Phil. 2,9)...

El divino Redentor bajô por três escalones: la forma de esclavo, 887 la pasión y la muerte. Por ellos mismos va a elevarse ahora. El amor a su Padre le hizo hombre; la justicia del Padre lo establece como Maestro y Señor de toda criatura. Había sido condenado injustamente por los hombres; su Padre celestial lo constituye Juez soberano de vivos y de muertos. Muriô por todos los humanos, y ha merecido para todos los hombres y para sí mismo una vida inmortal y eterna. Sus humillaciones son principio de su exaltación. Dios bajô hasta el sufrimiento de la carne, y la carne ha sido elevada hasta las propiedades de Dios. Tener hambre y sed, cansarse y fatigarse, sufrir dolores y morir, padecimientos son de la carne; Dios los tomô para que la carne se convirtiera en impasible, incorruptible e inmortal. Dios se hizo esclavo para que Dios hombre reinase sobre el mundo».

Esto es lo que quiere decir el Evangelio cuando nos muestra a Cristo sentado a la diestra de Dios Padre.

Felicitemos, pues, a Cristo y felicitémonos a nosotros mismos, puesto que no entra en posesión de sus honores para sí solo, sino que los acepta para todos sus hermanos. Cuando aún no había muer-

to, nos dice San Juan (16,7 ss.) que era conveniente que se marchara para preparar nuestras mansiones. Si un mendigo supiera que su hermano habia sido elegido rey de Francia o de Espana y que deseaba hacerle participar de su gloria...

888

c) Frutos de la Ascension

Bajô por nosotros y por nosotros se dignô subir; bajô por nuestra justificaciôn y subiô para nuestra gloria; bajô para salvamos y subiô para preparâmes las mansiones celestiales (lo. 14,2). Subiô para cumplirlo todo, para cumplir con su poder, sabiduria, luz, gracia, espiritu y verdad, todo lo que habia comenzado en los anos de su vida.

Vacios estaban los corazones de los fieles, cuando los llenô el rocío milagroso. Asi como en la primavera el sol cubre a la tierra de hierbas y flores, y a los ârboles de hojas y de frutos, asi Cristo hizo florecer e inundô de gracia la tierra toda. ¡Oh flores brillantes, oh virgenes y mâtires, flores blancas o porpûreas que la Iglesia fecunda produce en abundanda! Ved esas naciones que corren en masa a la verdad, pueblos âvidos de favores celestiales que piden fervientes el agua del bautismo.

Cuando los reyes se coronan, reparten oro y favores entre sus pueblos; también el Principe de la gloria los reparte entre los suyos.

En la tierra, médico entregado a su obra, curô sus enfermedades y padecimientos; en el cielo, Dios todopoderoso, derrama sobre nosotros los favores mäs preciosos y magnificos, y asi, después de haber demostrado aqui abajo su misericordia, nos hace sentir su poder desde las alturas.

889

d) SUBID POR LA HUMILDAD Y PUREZA

«Esforcémonos en bajar con Cristo para subir con El, porque para subir no hay mäs camino que el mismo que baja. Rebajaos en vuestra estima propia y subiréis hacia Dios; sed pequenos ante vuestros ojos, para ser grandes ante los del Señor... Hombre, aprende a humillarte para ser exaltado, aprende a ser despreciado para ser glorificado. No hay nada mäs insensato que querer subir al cielo por otro camino que no sea el de la humildad. ¡Por qué? Porque Cristo fué elevado a su gloria precisamente por su humildad, y no sera el orgullo el que os eleve a vosotros a una gloria que no os pertenece. La cabeza se rebajô al sufrimiento, y el cuerpo iquiere ser coronado en medio de delicias?...

¡Oh miserable locura de los hombres! ¡Oh demencia digna de condenadôn! ¡Oh ceguera que no podremos déplorer jamäs lo suficiente! Hombres que se llaman cristianos, que profesan la fe de Cristo y la doctrina de su Evangelio; mäs todavia, hombres que se glorifican de ser los guias y maestros del pueblo cristiano; estos hombres, digo, son precisamente los que se dejan influir por un orgullo necio y aspiran con avidez insaciable a la dignidad y a los

honores. Todos sus cuidados son pocos y empeftan todas sus fuerzas en parecer grandes y ser honrados entre los hombres; todos sus dias, toda su vida se pasa en procurarse ganancia o en aumentarlas.

«-Podemos concebir un delirio mäs grande o una locura mayor que servir a la ambición bajo el estandarte de la humildad, y hacer profesión del orgullo mäs altanero en la escuela del Maestro mäs humilde? ¿En qué sentido habrán entendido las palabras del Maestro: *Aprended de mi, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis el descanso de vuestros aimas?* (Mt. 11,29).

Sacudid el peso del orgullo, expulsad el veneno de la ambición 830 y encontraréis el descanso, porque al cielo no se sube por los escalones del honor, sino por los de la virtud y la humildad...

¿Queréis que os explique cuáles son estos escalones? Escuchad al profeta que dice: *Subiré de virtud en virtud* (Ps. 83,6)... Si, esta escala mística que sube hasta el cielo, ha de apoyarse en el corazón. Una apariencia modesta, un lenguaje piadoso, unas ceremonias del culto exterior, no son los escalones de la perfección, ni significa que se adelante en ella. Todos los grados de la virtud deben ser examinados, según los sentimientos del corazón, y no según las obras o palabras. Dios no examina, en efecto, si tus acciones son grandes o numerosas; mira si has avanzado en amor y en deseos de poseerle. Sin duda, que todos seremos juzgados atendiendo a nuestras obras, pero la caridad es la que les da su mérito».

Primeramente, purificad el aima de las pasiones, ya que *bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*. Felices después los que llenen su aima de verdad, lo cual no consiste en vivir como los animales. Felices los que buscan a Dios con sus palabras y acciones.

C) *Sermon tercero*

Exordio

891

-Algunas aimas piadosas sienten esta duda que yo creo bien legítima: ¿cómo es que el Hijo único de Dios, después de haberse arrancado del seno del Padre por los ardores de su caridad, después de haberse dignado vivir en este mundo y soportar nuestros dolores para darnos el reino celestial, cómo es, repito, que unos dias después de su resurrección haya podido abandonarnos en este destierro y subir sin nosotros al cielo? ¿Habrà cambiado su corazón al resucitar como cambiò su vida, y al entrar en aquella tan gloriosa se habrá olvidado de estos hombres que rescatò con su muerte y con efusión de toda su sangre? ¿Quién podrà decirlo después que el profeta ha afirmado: *¿Podrà la mujer olvidarse del fruto de su vientre, no compadecerse del hijo de sus entrañas? Y aunque ella se olvidare, yo no te olvidaré; mira, te tengo grabado en mis manos?* (Is. 49,14-16). Mira estas cicatrices de mis heridas: las he conservado para acordarme de ti...

¿Por qué, pues, Joh buen Jesús!, por qué marcharte tan pronto, por qué subir sin nosotros? Vuestra gloria la teníais segura, (>por qué no esperáis hasta el último día para que marchásemos unidos, llenos de gloria, a los reinos celestiales? <jNo era preferible que después de haber sido compañero de nuestros viajes y peregrinaciones, guarda prudente y consolador de nuestro rebaño, nos hubieseis guiado seguros e iluminados y nos hubieseis abierto el camino delante de Vos? Entonces, rodeado de todos los vuestros, hubierais entrado en medio de los cárticos de triunfo en la ciudad celestial. ¡Cuánto consuelo y seguridad, cuánta alegría hubiese repartido vuestra presencia! Présente Vos, las persecuciones de los tiranos no nos hubiesen parecido crueles; los suplicios de los perseguidores, los males de la vida, los hubiésemos juzgado soportables. Nada hubiera sido penoso, nada enojoso, si vuestra palabra lo hubiese endulzado. Vuestra dulce compañía hubiera convertido en ligera y agradable esta vida tan triste y desgraciada. Si un escrúpulo nos asaltara, os hubiéramos consultado; si un peligro nos amenazara, a Vos hubiéramos corrido; si algún dolor o amargura nos entristeciera, Vos nos hubierais consolado...

Decidme, pues, joh Jesús, oh gloria mía!, ¿dónde está vuestro amor, dónde está vuestra bondad, donde están esas entrañas devoradas por la caridad? ¿Así os cuidáis de vuestro rebaño, así os preocupáis de los vuestros? Desgraciados y tristes hijos que son abandonados por Vos, mientras marcháis a gozar solo las alegrías del reino. ¡Qué impaciencia de reinar es esa que os fuerza a abandonar a los vuestros en medio de sus desdichas? ¿No podíais esperar, Señor, y tener paciencia durante algún tiempo? El mundo hubiera terminado su carrera y Vos hubierais triunfado con nosotros»...

Pero joh misterio de piedad verdaderamente grande, oh maravillosos designios de la Providencia! Había venido por nosotros y para nosotros vuelve. Confórmanse la causa de su venida y el amor de su marcha. Si, era conveniente; su marcha nos era ventajosa. Si murió por nuestras faltas, si resucitó por nuestra justificación, ha subido al cielo para glorificarnos (Rom. 3,16).

II. FRAY LUIS DE LEÓN

La diestra de Dios

Jesûs el día de la Ascensiôn se sienta a la diestra de] Padre, donde comienza su reino. El trozo que elegimos es aplicable lo mismo al reino de Cristo, que al *ecce ego vobiscum sum*, que a las palabras finales del evangelio de hoy (cf. *Los nombres de Cristo, Rey de Dios*: BAC, *Obras completas castellanas* 2.a cd. p.576-581).

A) Con las aimas

a) Dos ESTADOS DEL REINO DE CRISTO

«Porque habéis de entender que este reino de Cristo tiene dos estados, así respecto de cada un particular en quien reina secretamente, como respecto de todos en común, y de lo manifiesto de él y de lo público. El un estado es de contradicción y de guerra; el otro será de triunfo y de paz. En el uno tiene Cristo vasallos obedientes y tiene también rebeldes; en el otro, todo le obedecerá y servirá con amor. En éste quebranta con vara de hierro a lo rebelde y gobierna con amor a lo súbdito; en aquél, todo le será súbdito de voluntad.»

b) El estado presente de lucha

«Y para declarar esto más, y tratando del reino que tiene Cristo en cada ánima justa, decimos que de una manera reina Cristo en cada uno de los justos aquí, y de otra manera reinará en el mismo después; no de manera que sean dos reinos, sino un reino que, comenzando aquí, dure siempre, y que tiene, según la diferencia del tiempo, diversos estados. Porque aquí, lo superior del aima, está sujeto de voluntad a la gracia, que es como una imagen de Cristo y lugarteniente suyo, hecho por El y puesto en ella por El, para que le presida y le dé vida y la rija y gobierne.

Mas rebélase contra ella y pretende hacerle contradicción siguiendo la vereda de su apetito la carne y sus malos deseos y afectos. Mas pelea la gracia, o, por mejor decir, Cristo en la gracia, contra estos rebeldes; y como el hombre consienta ser ayudado de ella, y no résista a su movimiento, poco a poco los doma, y los sujeta, y va extendiendo el vigor de su fuerza insensiblemente por todas las partes y virtudes del aima, y, ganando sus fuerzas, derrueca sus malos apetitos de ella, y a sus deseos, que eran como sus ídolos, se los quita y deshace, y, finalmente, conquista poco a poco todo aqueste reino nuestro interior, y reduce a su sola obediencia todas las partes de él, y queda ella hecha señora única y reina, resplande-

ciendo en el trono del aima. Y no sôlo tiene debajo de sus pies a los que le eran rebeldes, mas, desterrândolos del aima y desarraigândolos de ella, hace que no sean, dândoles perfecta muerte. Lo cual se pondra por obra enteramente en la resurrección postrera, adonde también se acabará el primer estado de aqueste reino, que habemos llamado estado de guerra y de pelea, y comenzará el segundo estado de triunfo y de paz.»

896

c) El estado futuro de gloria

«Del cual tiempo dice San Macario (cf. *Hom.* 5): «Porque entonces, dice, se descubrirá por defuera en el cuerpo lo que ahora tiene atesorado el aima dentro de si; asi como los árboles, en pasando el invierno, y habiendo tornado calor la fuerza que en ellos se encierra, con el sol y con la blandura del aire, arrojan afuera holas y flores y frutos. Y ni más ni menos, como las yerbas en la misma sazón sacan afuera sus flores, que tenían encerradas en el seno del suelo, con que la tierra y las yerbas mismas se adoman. Que todas estas cosas son imágenes de lo que sera en aquel dia en los buenos Cristianos. Porque todas las aimas amigas de Dios, esto es, todos los Cristianos de veras, tienen su mes de abril, que es el dia cuando resucitaren a vida; adonde, con la fuerza del sol de justicia, saldrá afuera la gloria del Espiritu Santo, que cobijará a los justos sus cuerpos, la cual gloria tienen ahora encubierta en el aima; que lo que ahora tienen, eso sacarán enfonces a la clara en el cuerpo. Pues digo que este es el mes primero del año; este el mes con que todo se alegra; este viste los desnudos árboles, desatando la tierra; este en todos los animales produce deleite; y este es el que regocija todas las cosas. Pues éste, por la misma manera, es en la resurrección su verdadero abril a los buenos, que les vestirá de gloria los cuerpos, de la luz que ahora contienen en si mismas sus aimas; esto es, de la fuerza y poder del espiritu, el cual, entonces, les será vestidura rica, y mantenimiento y bebida y regocijo y alegría y paz y vida eterna*. Esto dice Macario.

Porque de alli en adelante toda el aima y todo el cuerpo quedarán sujetos perdurablemente a la gracia, la cual, asi como será señora entera del aima, asimismo hará que el alma se enseñoree del todo del cuerpo. Y como ella, infundida hasta lo más intimo de la voluntad y razón, y embebida por todo su ser y virtud, le dará ser de Dios y la transformará cuasi en Dios, asi también hará que, lanzándose el aima por todo el cuerpo y actuándole perfectísimamente, le dé condiciones de espiritu, y cuasi le transforma en espiritu. Y asi, el aima, vestida de Dios, verá a Dios y tratará con El conforme al estilo del cielo; y el cuerpo, cuasi hecho otra aima, quedará dotado de sus cualidades de ella, esto es, de inmortalidad y de luz, y de ligereza y de un ser impasible; y ambos juntos, el cuerpo y el aima, no tendrán ni otro ser ni otro querer, ni otro movimiento alguno más de lo que la gracia de Cristo pusiere en ellos, que ya reinará en ellos para siempre gloriosa y pacífica*.

B) Con la Iglesia

a) Triunfo sobre los demonios

897

«Pues lo que toca a lo público y universal de este reino va también por la misma manera. Porque ahora, y cuanto durare la sucesión de estos siglos, reina en el mundo Cristo con contradicción, porque unos le obedecen y otros se le rebelan; y con los sujetos es dulce, y con los rebeldes y contradicentes tiene guerra perpetua, por medio de la cual, y según las secretas y no comprensibles formas de su infinita providencia y poder, los ha ido y va deshaciendo.

Primero, como decia, derrocando las cabezas, porque son los demonios que, en contradicción de Dios y de Cristo, se habian levantado con el senorio de todos los hombres, sujetándolos a sus vicios e idolos. Asi que primero derrueca a éstos, que son como los caudillos de toda la infidelidad y maldad, como lo vimos en los siglos pasados y ahora en el Nuevo Mundo lo vemos. Porque sola la predicación del Evangelio, que es decir la virtud y la palabra de sólo Cristo, es lo que siempre ha deshecho la adoración de los idolos.»

b) Triunfo sobre los enemigos de la Iglesia

898

«Pues derrocados estos, lo segundo, a los hombres, que son sus miembros de ellos, digo, a los hombres que siguen su voz y opinion, y que son en las costumbres y condiciones como otros demonios, los vence también, o reduciéndolos a la verdad, o, si perseveran en la mentira duros, quebrantándolos y quitándolos del mundo y de la memoria. Asi ha ido siempre desde su principio el Evangelio. Y como el sol, que, moviéndose siempre y enviando siempre su luz, cuando amanece a los unos, a los otros se pone, asi el Evangelio y la predicación de la doctrina de Cristo, anclando siempre y corriendo de unas gentes a otras, y pasando por todas, y amaneciendo a las unas y dejando a las que alumbraba antes en obscuridad, va levantando fieles y derrocando imperios, ganando escogidos y asolando los que no son ya de provecho ni fruto.

Y si permite que algunos reinos infieles crezcan en senorio y poder, hâcelo para por su medio de ellos traer a perfección las piedras que edifican su Iglesia. Y asi, aun cuando éstos vencen, El vence y vencerá siempre, e ira por esta manera de continuo anadiendo nuevas victorias, hasta que, cumpliéndose el número determinado de los que tiene señalados para su reino, todo lo demás, como a desaprovechado e inútil, vencido ya y convencido por si, lo encadene en el abismo, donde no parezca sin fin, que será cuando tuviere fin este siglo. Y entonces tendrá principio el segundo estado de este gran reino, en el cual, desechadas y olvi-

dadas las armas, sólo se tratará de descanso y de triunfo, y los Buenos serán puestos en la posesión de la tierra y del cielo, y reinará Dios en ellos solo y sin término; que será estado mucho más feliz y glorioso de lo que ni hablar ni pensar se puede.

Y del uno y del otro estado escribió San Pablo maravillosamente, aunque con breves palabras. Dice a los de Corinto (cf. 15,25-28): *Conviens que reine El hasta que ponga a todos sus enemigos deoajo de sus pies; y a la postre de todos será destruida la muerte enemiga; porque todo lo sujetó a sus pies. Mas cuando dice que todo le está sujeto, sin duda se entiende todo excepto Aquel que se lo sujetó. Pues cuando todo le estuviere sujeto, entonces el mismo Hijo estará sujeto a Aquel que le sujetó a El todas las cosas, para que Dios sea en todos todas las cosas.*»

c) La hora de la victoria definitiva

«Dice que conviene que reine Cristo *hasta que ponga debajo de sus pies a sus enemigos* y hasta que deje en vacío a todos los demás señorios. Y quiere decir que conviene que el reino de Cristo, en el estado que decimos de guerra y de contradicción, dure hasta que, habiéndole sujetado todo, alcance entera victoria de todo. Y dice que cuando hubiere vencido a los demás, lo postrero de todo vencerá a la muerte, último enemigo, porque, cerrados los siglos y deshechos todos los rebeldes, dará fin a la corrupción y a la mudanza y resucitará a los suyos gloriosos para más no morir. Y con esto se acabará el primer estado de su reino de guerra, y nacerá la vida y la gloria, y, lleno de despojos y de vencimientos, presentará su Iglesia a su Padre, que reinará en ella juntamente con su Hijo en felicidad sempiterna.

Y dice que entonces, esto es, en aquel estado segundo, *será Dios en todos todas las cosas* por dos razones. Una, porque todos los hombres y todas las partes y sentidos e inclinaciones que en cada uno de ellos hay le estarán obedientes y sujetos, y reinará en ellos la ley de Dios sin contienda; que, como vemos en la oración que el Señor nos enseña, estas dos cosas andan juntas, o casi son una misma, el reinar Dios y el cumplir nosotros su voluntad y su ley enteramente así como se cumple en el cielo. Y la otra razón es porque será Dios entonces El solo y por sí para su reino todo aquello que a su reino fuere necesario y provechoso. Porque El les será el príncipe y el corregidor y el secretario y el consejero; y todo lo que ahora se gobierna por diferentes ministros El por sí solo lo administrará con los suyos; y El mismo les será la riqueza y el dador de ella, el descanso, el deleite, la vida.»

»00

d) El rey de la gloria

«Y como Platon dice del oficio del rey, que ha de ser de pastor, así como Hama Homero a los reyes, porque ha de ser para sus súbditos todo, como el pastor para sus ovejas lo es, porque él las apa-

cienta y las guía y las cura y las lava y las trasquila y las recrea, así Dios será entonces con su dichoso ganado muy más perfecto pastor: o será aima en el cuerpo de su Iglesia querida, porque, junto entonces y enlazado con ella, y metido por toda ella por manera maravillosa hasta lo íntimo, así como ahora por nuestra aima sentimos, así en cierta manera entonces veremos y sentiremos y entenderemos y nos moveremos por Dios, y Dios echará rayos de sí por todos nuestros sentidos, y nos resplandecerá por los rostros. Y como en el hierro encendido no se ve sino fuego, así lo que es hombre casi no será sino Dios, que con su Cristo reinará ensenoreando perfectamente de todos.»

e) Felicidad de la gloria

«De cuyo reino, o de la felicidad de este su estado postrero, ¿qué podemos mejor decir que lo que dice el profeta?: *Di alabanzas, hija de Siôn; gózate con júbilo, Israel; alégrate y regocíjate de todo tu corazón, hija de Jerusalén, que el Señor dió fin a tu castigo, apartó de ti su azote, retiró tus enemigos el Rey de Israel... El Señor en medio de ti, no temerás mal de aquí adelante* (Soph. 3,14).

O como otro profeta (Is. 60,18-22) lo dijo: *No sonará ya de allí adelante en tu tierra maldad ni injusticia, ni asolamiento, ni destrucción en tus términos; la salud se ensenoreará por tus muros y en las puertas tuyas sonará voz de loor. No te servirás de allí adelante del sol para que te alumbre en el día, ni el resplandor de la luna será tu lumbrera; mas el Señor mismo te valdrá por sol sempiterno y será tu gloria y tu hermosura tu Dios. No se pondrá tu sol jamás ni tu luna se menguará; porque el Señor será tu luz perpetua, que ya se fenecieron de tu Uro los días. Tu pueblo todo serán justos todos; heredarán la tierra sin fin, que son fruto de mis posturas, obra de mis manos para honra gloriosa. El menor valdrá por mil, y el pequerito más que una gente fortísima; que yo soy el Señor, y en su tiempo yo lo haré en un momento.*

Y en otro lugar (65,16-25): *Serán allí en olvido puestas las congojas primeras, y ellas se les esconderán de los ojos. Porque yo criaré nuevos cielos y nueva tierra, y los pasados no serán recordados ni subirán a las mientes. Porque yo criaré a Jerusalén regocijo y alegría su pueblo; y me regocijaré yo en Jerusalén, y en mi pueblo me gozaré. Voz de Uro mi voz lamentable de llanto no será ya allí más oída, ni habrá más en ella niño en días, ni anciano que no cumpla sus años; porque el de tien años mozo parecerá, y el que de tien años pecador fuere, será maldito. Edificarán y morarán, plantarán vinas y comerán de sus frutos. No edificarán y morirán otros; no plantarán y será de otro comido. Porque, conforme a los días del árbol de vida, será el tiempo del vivir de mi pueblo. Las obras de sus manos se envejecerán por mil siglos. Mis escogidos no trabajarán en vano ni engendrarán para turbación y tristeza. Porque ellos son generaciones de los benditos de Dios, y es lo que de ellos nace cual ellos. Y será que antes que*

levanten la voz admitiré su pedido, y en el menear de la lengua yo los oiré. El lobo y el cordero serán apacentados como uno; el león con la corneja heno, así como el buey, y polvo será su pan de la sierpe. No maleficarán, no contaminarán, dice el Señor, en toda la santidad de mi monte».

III. FRAY LUIS DE GRANADA

De la subida de nuestro Salvador a los cielos

A) La presencia de la Virgen

(Cf. *Adiciones al Memorial de la vida cristiana*: BAC *Obra selecta* 1.3 c.41 p.882-887).

*La historia de este misterio escribe San Lucas diciendo que, pasados cuarenta días después de la resurrección, habiendo el Señor aparecido a los discípulos muchas veces en este tiempo, como se llegase la hora de su gloriosa subida, llamó a todos y llevólos al monte Olivete, que es junto a Betania».

«¿Quién dudará que se hallase presente a esta fiesta la santísima Virgen Nuestra Señora? No era, cierto, razón que se partiese el Salvador un tan largo camino sin despedirse de su santísima Madre. ¿Había de ver subir en la cruz y no le había de ver subir a los cielos? ¿Había de padecer los trabajos del monte Calvario y no había de gozar del monte Olivete?

No es ésta la condición de nuestro Señor, sino que si padeceremos con Él, reinaremos con Él, y si fuéremos compañeros de sus dolores, también lo seremos de sus alegrías.

Pues si los apóstoles, a quien tan pequeña parte cupo de los dolores de Cristo en comparación de la Virgen, porque de ellos huyeron, de ellos renegaron, fueron convidados a esta fiesta, la bienaventurada Madre, a quien tanta parte cupo de este cáliz, ¿había de ser excluida de ella? No por cierto. Allí estuvo, allí se halló, allí vio con sus propios ojos levantarse el fruto de su vientre sobre las estrellas del cielo>...

«Dichas estas palabras, como ya se llegase el tiempo de la partida, viendo los hijos de la soledad que les quedaba de todo su bien la orfandad de tal Padre, ¿qué sentirían? ¿Qué harían? ¿Qué dirían? ¿Cuán gran dolor, dice San Bernardo, y cuán gran temor, si pensáis, hermanos, entró en aquéllos pechos apostólicos cuando

viesen al Seftor que tanto amaban levantarse en el aire y apartarse de su compaftia?

Grande, sin duda, era este dolor viendo que los dejaba aquel por quien ellos habian dejado todas las cosas. Por lo cual no podian los hijos del Esposo dejar de llorar viendo que se les iba el Esposo. Y no era menor el temor que el dolor, viendo que quedaban en medio de tantos y tan poderosos enemigos, no estando aùn armados con virtud y fortaleza del cielo.

I.

Pues, viéndose de esta manera, iqué sentirian? iQué harian! Unos se derribarian a sus pies, otros le besarian aquellas sacratissimas manos, otros se colgarian de sus hombros y todos a una voz dirian: iCômo, Señor, nos dejâis solos y huérfanos entre tantos enemigos? iQué harân los hijos sin padre, los discipulos sin maestro, las ovejas sin pastor y los soldados flacos sin su capitân? iDôn-de vais, Señor, sin nosotros? iDôn-de quedaremos sin vos? iQué vida será la nuestra faltândonos tal arrimo, tal guia y tal compania?

II. I
III

A todas estas querellas les respondiô benignamente el Salvador prometiéndoles la venida y favor del Espiritu Santo y su perpetua asistencia y providenda, que nunca jamâs les faltaria».

C) *Y subiô a los cielos*

904

«Entre estas y otras palabras, llegândose ya la hora de la subida, comienzan los Angeles a decir aquellas palabras del profeta: Levantaos, Señor, para ir al lugar de vuestro descanso, Vos y el area de vuestra santificaciôn; ese area de donde se pagô la deuda de todo el mundo, ese area en la cual estân todos los tesoros de Dios escondidos, ese area de santificaciôn y de amistad por la cual fueron los hombres santificados y reconciliados con Dios.

Llevad, pues, con Vos ese arca gloriosa de vuestra humanidad, para que la que fué companera en los trabajos lo sea en la gloria y la que estuvo fijada al santo madero reine para siempre con Vos en el cielo.

Levântese, pues, este area y comience a subir aquel cuerpo glorioso a lo alto en una nube resplandeciente. El iba subiendo, y los discipulos, suspensos y atônitos de ver ir por el aire a su Elias volando, y ya que no podian seguirle con los cuerpos, seguiánle con los ojos y con los corazones. iQué vista! jQué atenciôn! iQué impresiôn de ojos en ojos y de corazôn en corazones! Levantadas las manos en lo alto, dice San Lucas, subia al cielo y les daba su bendiciôn».

D) *dejas, pastor santo*

905

♦Oh quién se hallara alli présente para que le alcanzara parte de esta bendiciôn y se despidiera de este Señor! jOh cuán dichosa procesiôn esta, dice San Bemardo, en la cual ni aun los mismos

apôstoles fucron dignos de ser admitidos! [Oh quién fuera tan dichoso, ya que en esta proccsiôn no se hallara, que a lo menos estuviera présente al tiempo de esta partida y se despidiera de este Senor!

Sentia muy bien esta soledad y ausencia el bienaventurado San Agustin cuando dulcemente se quejaba diciendo: «Fuiste consolador mio y no te despediste de mi. Subiendo a lo alto diste la bendiciôn a los tuyos, y no lo vi. Los ângeles prometieron que volverias otra vez al mundo, y no lo oi*. Con estas y otras semejantes palabras significaba este Santo la soledad que sentia su aima con la partida de este Senor.

Y no menos sentia esto el devotissimo Bemardo, diciendo asi: «¿Qué tengo yo que ver con estas sùlemnidades? ¿Quién me consolarâ, Senor Jesús, pues no te vi yo colgado en la cruz, afeado con llagas, amarillo con la presencia de la muerte; pues no me compadeci del crucificado ni servi al muerto para que lavara yo siquiera la sangre de tus heridas con mis lâgrimas? (Como te fuiste sin saludarme cuando, vestido de ropas de gloria, te subiste al cielo? Sin duda no admitiera consolaciôn mi aima si los ângeles, con alegre voz, no me previnieran diciendo' ¡Varones de Galilea!, ¿qué estâis aqui mirando al cielo? Este Senor que veis subir al cielo de esta manera, tornarâ cuando vuelva a juzgar al mundo».

Asi vendrâ, por cierto, de la manera que subiô, y no de la manera que descendîô, porque descendîô primero con gran humildad a salvar las aimas, mas descenderâ después con grande gloria a resucitar los cuerpos y dar a cada uno segùn su merecido. Verlo he yo, aunque no ahora, y mirarlo he, aunque no tan de cerca. Este manojito de las primicias de nuestra humanidad esta ya ofrecido al Padre y pucsto a su mano derecha; después se ofrecerâ todo lo que falta».

1|UI

E) Entrada triunfal de Cristo en el cielo

«Mas ¿qué lengua podrâ explicar con cuânta fiesta y alegría fué recibida aquella sacratisima humanidad en el cielo? Costumbre era de los romanos, cuando algùn seôalado capitân habia hecho grandes hazanas, aparejarle un muy solemne recibimiento, rompiendo los muros por donde entrase y acompanândole y dando voces todo el pueblo y predicando sus loores. Y de esta manera entraba en un carro triunfal, acompaûado de los cautivos y prisioneros que consigo traia.

Pues si esto se hace acâ en la tierra, ¿qué haria aquella corte celestial a este grande Capitân que triunfô dei mundo, del demonio, del pecado, de la muerte, del infierno y que tanto número de aimas libres de cautiverio traia consigo? ¿Qué fiesta se haria aquel dla, qué cantos, qué mùsica, qué loores, qué recibimiento?

^Que seria oir las voces de los ângeles y de todos aquellos cortesa-
nos celestiales?

|Oh Senor!, <>qué mudanza es ésta tan grande? |Quién os viô
en aquel Viernes y quién os ve en este Jueves! jQuién os viô en el
monte Calvario y quién os ve hoy en el monte Olivetel Alli tan
solo, aquí tan acompafiado; allí subido en un madero, aquí levan-
tado sobre las nubes del cielo; allí crucificado entre ladrones, aquí
acompanado de coros de ângeles; allí enclavado y condenado, aquí
libre y libertador de condenados; finalmente, allí muriendo y pa-
decido, aquí gozando y triunfando de la misma muerte...

Alli venia el inocente Abel, y el justo Noé, y el obediente
Abrahân, y el casto Isaac, y el fuerte Jacob, y el prudente José,
y el pacientísimo Job, y el manso Moisés, y el santo Ezequias,
y el elegante Isaías, y el afligido Jeremias.

Entre los cuales venia el cantor celestial con su arpa en la
mano cantando delante de la verdadera arca dei Testamento, con-
vidando a los otros a que alabasen y glorificasen a este Senor,
diciendo: *Cantad al Senor cantar nuevo, porque ha obrado grandes
maravillas* (Ps. 149,1).

(jPor qué, veamos, cantar nuevo? Porque ningùn cantar viejo
responde a esta fiesta ni iguala con el merecimiento de este dia,
y por esto nueva fiesta y nueva gloria con nuevos loores ha de ser
celebrada.

Pues (jqué cantar nuevo cantaremos? El cantar será: *Mira cudn
buena cosa es y cudn alegre morar ya los hermanos en uno* (Ps. 132,1).
Estos dos hermanos son el cuerpo y el espiritu de Cristo, los
cuales hasta ahora vivian en diversos estados, porque el cuerpo
padece los tormentos y el espiritu gozaba de deleites eternos. Mas
en este dia ya moran los hermanos en uno, pues el cuerpo y el es-
piritu suben glorificados al cielo y, habiendo sido tan desiguales
en la vida, participan ahora una misma gloria.

De esta manera, pues, con estas alabanzas, con estos cantares
y con esta tan gloriosa compania sube aquella sacratísima huma-
nidad sobre todos los cielos, hasta llegar a ser colocada a la diestra
del Padre; por que el que se habia humillado más que todas las
criaturas por la obediencia y gloria del Padre, fuese sublimado
sobre todas ellas y asentado a su diestra. De modo que aquella
naturaleza a quien fué dicho: *Polvo eres y en polvo te volverds* (Gen. 3,
j9), ahora es levantada del polvo de tierra y subida sobre todos
los cielos».

IV.

La Ascension, triunfo de Cristo

(Cf. p.5.» medit.18 y 19 [Apostolado. 1950] 9.» ed. t.2 p.574-587.)

907

A) Subida de Cristo a los cielos

a) Très afectos de los discipulos

**Dada la bendición, comenzó el Salvador poco a poco a levantarse de la tierra e iba subiendo al cielo (Le. 24,51), no como Elias, arrebatado de un carro de fuego, sino con su propia virtud, llevado del fuego de su infinita divinidad y majestad, cuya inclinación es subir a lo alto, como a su propio lugar. Iban con El acompañándole todas las almas de los justos y muchos coros de Angeles que bajaron del cielo para subir con El; los discipulos tenían endavados los ojos del cuerpo y del alma en su Maestro con très afectos envidiosos. El primero, de admiración, viendo una cosa tan nueva como era subir un hombre por los aires con tanta suavidad y facilidad y con muestra de tanta grandeza. El segundo, de alegría grandísima, gozándose de la gloria de su Maestro y de la divinidad que en El resplandecía. No rasgaron sus vestiduras por tristeza, como rasgó las suyas Eliseo cuando vio que su maestro Elias era llevado al cielo (3 Reg. 2,11); antes daban saltos de placer con el gusto de verle subir con tanta majestad. El tercer afecto era un entranable deseo de seguirle y subirse con El, porque los corazones se iban tras su Amado; cumpliéndose aquí lo que estaba profetizado: *Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad* (Eph. 4,8; Ps. 67,19). Dos suertes de cautivos llevaba Cristo nuestro Señor consigo; unos reales y verdaderamente en sus propias personas, como eran los justos que saeó del limbo, los cuales le siguieron hasta el cielo empíreo. Pero demás de éstos, llevaba cautivos los corazones de su Madre y de sus discipulos, los cuales le seguían con el deseo, atados con las cadenas del amor, sin poderse de El apartar.*

jOh quien me diese que fuese yo uno de estos cautivos de Jesús! jOh dulcísimo Jesús!, llevad con Vos mi corazón cautivo al cielo para que esté allí siempre en vuestra compañía. Gózome de que subáis por esos aires volando como águila y provocando a vuestros hijos a que vuelen con Vos (Deut. 32,11). Dadme, Señor, alas de águila con que vuele en vuestro seguimiento, poniendo mis pensamientos y deseos en sólo seguirs, pues fuera de Vos nada quiero sobre la tierra ni deseo más que gozarme en el cielo (Ps. 72,25)».

b) La nube que lo apartô de sus ojos

908

«Estando los discipulos mirando a Cristo nuestro Senor cômô subia-una nube le recibîô y se le quitô de los ojos (Act. 1,9). Aqui se ha de considerar el misterio de esta nube; la cual, en llegando Cristo nuestro Senor cerca de la region del aire, le recibîô dentro de si a vista de los apôstoles. Y es de creer que sería una nube muy hermosa y resplandeciente, cual convenia para significar la majestad del Senor, que subia en ella, y la hermosura del cielo adonde iba, cumpliéndose lo que estaba escrito: *Pones tu subida sobre una nubey andas sobre las plumas de los vientos* (Ps. 103,3); que es decir: Sirveste de las nubes como de carros triunfales para subir volando por esos aires con grande pompa y majestad. ¡Oh qué alegría sentirian los apôstoles con la vista de este glorioso carro en que iba su Maestro! Y aunque no dieron voces como Eliseo cuando viô subir a Elias en el carro de fuego, porque la suspension del espiritu les quitaba el uso de la lengua, pero cada uno diria en su corazôn lo que dijo Eliseo: *Padre mio, Padre mio, carro de Israel y guia suya* (4 Reg. 2,12).

¡Oh Padre amantísimo, fortaleza y defensa de los verdaderos israelitas, fuertes en servirte y cuidadosos en contemplarte!, ¡adónde te vas y me dejas? ¡Oh Padre mio dulcísimo, gobernador y protector de los que confian en ti!, admíteme en ese carro triunfal, dame entrada en esa nube resplandeciente para que te siga siquiera con el espiritu y entre a contemplar la gloria de tu soberana majestad.

Lo segundo, se ha de ponderar cômô habiendo Cristo nuestro Senor subido un rato en esta nube, ella misma le encubriô y quitô de los ojos de sus discipulos, en lo cual esta nube représenta todo aquello que nos impide ver a Cristo y nos hace perder de vista a Dios, lo cual sucede de dos maneras. Unas veces es por nuestra culpa, y entonces nuestras culpas son las nubes, las cuales ponemos entre nosotros y Dios, y son grande impedimento de la oraciôn y contemplaciôn, según aquello de Jeremias que dice: *Pusiste delante de ti una nube para que la oraciôn no pasase al cielo* (Thren. 3,44); y pues yo puse esta nube, a mi cuenta está, con la divina gracia, quitaria por medio de la penitencia y mortificaciôn, examinando en particular si es nube de soberbia, o de codicia, o de algùn amor desordenado a criaturas, y aplicando medios eficaces para deshacer lo que tanto me estorba. Otras veces se pone esta nube sin nuestra culpa, por providenda de Dios, el cual, como a ciertos tiempos se nos descubre, así también a ciertos tiempos se nos encubre, y quiere que no le veamos por la suave contemplaciôn de su presencia, para que acudamos a otras cosas de su servicio. Y, generalmente, la flaqueza de nuestra carne, la cortedad de nuestro entendimiento y la muchedumbre de cuidados y necesidades que padecemos en esta vida mortal son como nubes que nos estorban poder contemplarle con la claridad y continuaciôn que

<1
ii

deseamos, como las nubes que pasan a menudo por el aire nos quitan la vista del sol.

¡Oh Dios infinito, que moras en una luz inaccesible a los mortales!, quita de mi alma las nubes de los pecados que yo he puesto y deshaz los nublados de tentaciones y turbaciones que padezco para que pueda contemplar tu gloria en esta vida mortal, hatti que llegue a verte cara a cara, sin impedimento de nube alguna en la vida eterna. Amén».

909 **B) *Dos avisos que dieron los ângeles a los discipulos***

«Luego vinieron los ângeles en forma de varones con vestiduras muy blancas, y les dijeron: ¡*Varones de Galilea!*, *iqué hacéis aqui mirando al cielo? Este Jesûs que se partiô de vosotros, asi volverâ como le visteis subir al cielo* (Act. 1,10-11). En las cuales palabras los ângeles dieron dos maravillosos avisos a los discipulos, y, en ellos, a nosotros».

a) Medida y tasa en la divina contemplaciôn

«El primero, que la suspension y admiraciôn y los demâs afectos de la divina contemplaciôn en esta vida se han de tomar con medida y tasa, porque no son fin ùltimo, sino medio para cumplir mejor la voluntad de Dios y las obligaciones de nuestro oficio; y asi, por medio de reprensiôn, les dijeron los ângeles: ¡*Qué hacéis mirando al cielo?* Como quien dice: Cesad; basta lo que habéis mirado; volveos a cumplir lo que estâ a vuestro cargo».

910

b) La memoria de la vuelta de Cristo

«El segundo aviso fué que juntasen la memoria de esta subida de Cristo al cielo con la memoria de la vuelta a juzgar, para que la vista de la primera confirmase la fe de la segunda y para que las predicasen ambas juntamente a los hombres; porque si se descuidaban de vivir bien con decir que su Senor estaba ausente y se habia subido al cielo, se reformasen, acordindose de que habia de volver a juzgarles. Y no les dicen cuándo ha de volver, sino que volverâ, para que cada dia estén en espera de su vuelta y teman la cuenta que le han de dar; y aunque es verdad que volverâ asi como subiô, cuanto a la majestad y grandeza que mostrô en la subida, pero el que sube amoroso y blando, con muestras de grande amor, volverâ terrible y espantoso, con seûales de grande rigor, y tomarâ cuenta de lo que nos encargô en la partida, sin perdonar al que hallare culpado.

Por tanto, aima mia, *en el dia de los bienes acuérdate de los males* (Eccli. 11,27), y en el dia de la subida de Cristo al cielo, para

ser tu abogado, acuérdate de su vuelta para ser tu juez; mira bien lo que te dejô encargado y procura cumplirlo, para que cuando vuelva te lleve consigo, subiendo a reinar con El en su cielo. Amén».

c) El regreso a Jerusalén, llenos de gozo

tOyendo sus discipulos este recado de los ângeles, hacienda su adoraciôn, se volvieron a Jerusalén con grande gozo (Le. 24,52), porque, como entendieron que su Maestro estaba ya en el trono del cielo, postrados en tierra le adoraron con grande reverencia, supliendo con la vista de la fe lo que no alcanzaban con la vista del cuerpo; y volviéronse con grande gozo, porque aunque volvian sin su Maestro, volvian como gente perfecta, que se goza mäs de lo que Dios quiere que de lo que su carne desea, y se alegra mäs de la gloria de Cristo que de su propio gusto. Las causas de este gozo fueron três, es a saber: la firmeza de fe con que quedaron, viendo cuán glorioso fin habian tenido las cosas de su Maestro, y por lo pasado quedaban muy certificados de todo lo que estaba por venir. Item, la grande esperanza que cobraron de que les enviaria el Espiritu Santo que les habia prometido, y que vendria tiempo en que habian de subir con El a estar donde El estâ, conforme a la palabra que de esto les diô. Y, finalmente, el grande amor que le tenian, de cuya gloria se gozaban como si fuera propia; y aunque los cuerpos caminaban por la tierra desde el monte de las Olivas a Jerusalén, sus corazones estaban en el cielo contemplando la gloria de su Senor, y de aqui les resultaba tanto gozo.

Estas três cosas han de causar también grande gozo en mi aima, **912** avivando la fe, esperanza y caridad con Cristo mi Senor, gozândome de su gloria y alegrândome con la esperanza de subir donde El estâ; para lo cual tengo de procurar quitar de mi todo lo que me puede impedir esta subida, como son pecados, vicios y aficiones desordenadas a cosas terrenas, y aun descargarme de la demasia de estas cosas para poder mäs ligeramente volar adonde estâ Cristo, pues por esto dijo su Majestad que *adonde estâ el cuerpo alli se juntarân las âguilas* (Mt. 24,28); esto es, adonde estâ el cuerpo de Cristo nuestro Senor glorificado subirân aquellos que se han renovado como âguilas (Ps. 102,5), y con la confianza en Dios mudaron su fortaleza, y tornando alas de âguila (Is. 40,31), suben a contemplarle y vuelan con ligereza en las cosas de su servicio.

jOh Rey del cielo, que como âguila real subes por esos aires y pones tu nido en lo mäs alto del cielo, provoeândome a que te siga con el deseol, renueva mi juventud, como la del âguila, para que cobre nueva virtud y fortaleza y con ella pueda volar tras ti, siguiendo tus pasos, imitando tus virtudes, traspasando mi corazôn adonde estâ tu cuerpo glorificado, para que de tal manera viva en la tierra, que tenga mi conversaciôn'en el cielo, donde Tû vives y reinas por todos los siglos. Amén».

«Lo primero se ha de considérer, el glorioso triunfo con que Cristo nuestro Señor entrô en el reino empireo; en lo cual se ha de pondérer el acompañamiento que llevaba, la alegría y música con que entré, las pláticas y razonamientos que hubo en la entrada».

a) EL ACOMPAÑAMIENTO DE LAS ALMAS DEL LIMBO

«El acompañamiento era de todas las almas que habia sacado del limbo, con algunos justos ya glorificados en el cuerpo, si es verdad que los que resucitaron con Cristo no tomaron más a morir, cumpliendo lo que estaba escrito, que, *subiendo a lo alto, llevô consigo cautiva a la cautividad* (Eph. 4,8; Ps. 67,19). Esto es, llevô las almas que habian estado cautivas en el limbo, tomândolas por sus prisioneras con prisiones de amor, y con sumo gusto y consuelo de ellas, porque cuanto es de malo y penoso ser cautivo del demonio, tanto es de bueno y glorioso ser cautivo de Cristo. ¡Oh qué gozosa iba esta compania de ilustres cautivos y prisioneros, siguiendo a su Capitân, deseando verse en el trono de su gloria, adonde habian de tener perfectísima libertad...; diciendo lo del mismo David: *Cantad a nuestro Dios, cantad, cantad con gran sabor, porque Dios es rey de toda la tierra, y se sienta sobre su santa y real silla!* (Ps. 46,7 ss.). También dirian lo dei otro salmo: *Cantad al Señor, que sube sobre el supremo cielo al oriente* (Ps. 67,33-34), y *alli mora en una luz inaccesible* (1 Tim. 6,16), para alumbrar a sus escogidos con la lumbre de su gloria».

«Con el coro de las almas entreba también un coro de innumerables ángeles que vinieron pare acompañar a Cristo nuestro Señor, sirviéndole, cual dice David, como de carros triunfales, y eran millares de millares, todos con grande alegría (Ps. 67,18), cantando los triunfos de su victoria, haciendo entre si diálogos y coloquios para descubrir su grandeza. Unos decian a los otros: *Abrid, principes, vuestros puertas; abrios, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria* (Ps. 23,7). Otros respondian por via de admiración: *¡Quién es este Rey de la gloria que quiere entrar por estas puertas? El Señor fuerte y poderoso, poderoso en las batallas, el Señor de las virtudes: éste es el Rey de la gloria* (Ps. 23,8-10). Otros le preguntaban por via de regocijo: *¡Quién es este que viene de Edôn, teûidas las vestiduras de Basra, hermoso en su vestidura, y que camina con la muchedumbre de su virtud?* (Is. 61,3). Que es decir: *¡Quién es este que sube del mundo sangriento, y del lugar de la batalla, vestido con una humanidad bordada con senales de heridas, pero hermosa a maravilla, y con muestras de grande virtud y fortaleza? Yo soy, dice, el que hago justicia y el que peleô para saluai* (Is. 63,1). Yo hice en el mundo

justicia pagando los pecados de los hombres, peleando contra el demonio para salvarlos. Ahora hago justicia, subiéndome a mi y a ellos al cielo, que les tengo merecido. Entonces todos a una voz dirían lo dei Apocalipsis: *Digno es el Cordero que fué muerto de recibir la virtud, la divinidad, la sabiduría, la honra, gloria y fortaleza, y la bendición y alabanza por todos los siglos* (Apoc. 5,12-13).

¡Oh Salvador del mundo!, gôzome de este vuestro triunfo tan glorioso, que tenéis bien merecido. Subid, Señor, a vuestro descanso, Vos y el area de vuestra santificaciôn (Ps. 131,81), pues tan bien habéis trabajado por nosotros. Levantaos sobre los cielos (Ps. 107,6), subid sobre los querubines, y volad sobre las plumas de los vientos (Ps. 17,11), y poneos encima de todas las criaturas, pues sois mejor que todas ellas; dadme licencia que entre con esos coros angelicales, y que juntando mis voces con las tuyas, os alabe y bendiga, diciendo con ellos: *Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de las batallas; el que es, el que fué y el que ha de venir* (Apoc. 4,8; Is. 6,3). Llenos están los cielos de vuestra gloria con la eritrada tan gloriosa que hacéis en ellos».

c) La alegría de Cristo

♦Mas sobre todo se ha de pondérât la alegría de Cristo nuestro Señor en este triunfo, porque también por El mismo se puede decir: *Dios sube con grande jubilo* (Ps. 46,6), alegrándose su anima santísima con gran regocijo por ver el dichoso fin de sus trabajos; y como el pastor que había hallado la oveja perdida y la traía consigo al cielo, de donde bajô en su busca, diría a los ângeles que se alegrasen con El y le dieran el parabién de haberla hallado.

¡Oh Pastor soberano, que tan a costa vuestra buscasteis y hallasteis la oveja dei linaje humano!, gôzome del gozo que tenéis subiendo con ella triunfante sobre todos los cielos. Sea para bien la gloria de vuestro triunfo, por la cual os suplico que me hagâis participante de él buscândome y hallândome en esta vida, y subiéndome después a gozar con vos en la otra».

D) El Eterno Padre manda a Cristo sentarse a su diestra

a) El presente del Hijo

91G

«Entrando de esta manera Cristo nuestro Señor por los cielos, y habiéndolos penetrado todos, como dice San Pablo (Hebr. 4,14), y llegado a lo supremo del cielo empireo, présenté al Padre Eterno aquella dichosa cautividad que llevaba consigo, y como quien le daba cuenta de lo que en el mundo había hecho en su servicio, le diría lo que dijo en el sermôn de la Cena: *Padre, yo he manifestado tu nombre a los hombres y te he glorificado sobre la tierra, acabando*

la obra que me encomendaste; ahora Padre, clarifica a tu Hijo con la claridad que tuve delante de ti antes que creases al mundo (Io. 17,4 ss.). ¡Oh qué contento recibiría el Padre Eterno con el presente que su Hijo le hacía, y con grande regocijo le mandaría sentar a su mano derecha (Mc. 16,19), cumpliendo lo que había profetizado David en un salmo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi mano derecha! (Ps. 109,1). Dice que se siente, para signihcar su senorio quieto y sosegado y la dignidad infinita de su persona; dice que se siente a su mano derecha... como cabeza y Señor de todos, porque a ninguno de los ângeles dijo: Siéntate a mi diestra; antes quiere que todos sean sus criados y ministros de su gobierno (Hebr. 1,13-14)».

917

b) El prenuo del Padre

«Aquí tengo de ponderar cuán bien premiô el Padre Eterno a su Hijo los servicios que le hizo, ensalzando sobre todos al que se humillô más que todos. Por el trono de la cruz, le diô el trono de su majestad; por la corona de espinas, la corona de gloria; por la compañía de ladrones, la compañía de las jerarquias angélicas; por las ignominias y blasfemias de los judios, las honras y alabanzas de los espíritus bienaventurados; y porque bajô hasta lo más profundo de la tierra, le hizo subir hasta lo más alto del supremo cielo (Eph. 4, 9-10), y le diô un nombre sobre todo nombre, a quien todos se arrodillen y adoren, reconociendo que Jesûs estâ en la gloria de Dios Padre (Phil. 2,9 ss.). Aprende, joh aima mia!, a humillarte por Cristo, porque sin duda seras ensalzada con Cristo, pues la fidelidad que tuvo el Padre con el Hijo unigénito tendra con sus hijos adoptivos por el amor que tiene al Hijo natural, en cuyo premio estâ encerrado el nuestro; porque, como dice el Apostol, *Dios, que es rico en misericordia, por la mucha caridad con que nos amô, estando muertos por el pecado, nos hizo vivos a Cristo, por cuya gracia somos salvos, y con El nos resucitô y nos hizo asentar en los cielos con Cristo Jesûs* (Eph. 2,4 ss.)».

c) Afectos grandes de confianza

«De aquí tengo de sacar afectos grandes de confianza, esperando de subir con Cristo a los cielos, fiado en la misericordia y caridad del Padre y en los grandes merecimientos del Hijo. Y también grandes propósitos de no buscar otra cosa que a Cristo nuestro Seûor y su santísima voluntad, acordândome siempre de lo que dice San Pablo: *Buscad las cosas de arriba, donde esta Cristo sentado a la diestra del Padre* (Col. 3,1).

¡Oh dulcísimo Jesûs!, si donde estâ mi tesoro allí estâ mi corazón, donde Vos estâis he de estar siempre, porque Vos sois mi tesoro, y fuera de Vos nada tengo por precioso. ¡Ea, aima mia!, mira que eres peregrina y extranjera sobre la tierra; tu Padre y tu Redentor estâ ya de asiento en el cielo; date prisa a caminar a donde

estâ. Ya se han abierto las puertas del cielo, que tantos miliares de anos habian estado cerradas. Alégrate con estas nuevas, corre con ligereza de ciervo, vuela con alas de âguila, sube con el corazôn al trono de tu Senor y mora siempre junto a su celestial estrado, porque si ahora moras alli con el espiritu, después morarâs con El glorificada también con el cuerpo por todos los siglos. Amén».

E) Cristo sentado a la diestra del Padre ejercita su oficio de remunerador y abogado

a) Remuneraciôn a las almas que subiô consigo

«Lo tercero, se ha de considerar cômô, sentado Cristo nuestro Senor a la diestra del Padre, comenzô luego a hacer su oficio, distribuyendo las sillas del cielo entre las aimas que subiô consigo. A unas puso entre los ângeles, a otras entre los arcângeles y principados y a otras entre los querubines y serafines, dando a cada una el lugar y silla conforme a sus merecimientos. En lo cual puedo discurrir, ponderando la silla que daria a los patriarcas y profetas, al glorioso San José y al gran Bautista, y también el lugar que daria a los que subieron con El glorificados en sus cuerpos. ¡Oh qué contentas estarian aquellas aimas cuando se viesen en taies tronos y entre tan gloriosa compania! ¡Oh qué alegres estarian los ângeles cuando viesen llenas las sillas que sus companeros, por su soberbia, dejaron vacias, esperando, como dice David, en los hombres las ruinas (Ps. 109,6) y caidas de los malos ângeles! ¡Oh cuán bien cumpliô el Padre Eterno la palabra que diô a su Hijo cuando le dijo: *Porque entregô su aima a la muerte, yo le repartiré muy muchos que le sirvan, y dividira entre los fuertes sus despojos!* (Is 53,12).

Gôzome, joh dulce Jesûs!, de que esté a vuestro cargo repartir los despojos de vuestra gloria entre los que os sirven con fortaleza. Hacedme, Senor, fuerte en vuestro servicio para que merezcamos participar de vuestros despojos».

b) CÔMO COMENZÔ A HACER SU OFICIO DE ABOGADO

920

«También puedo considerar cômô Cristo nuestro Senor, a la diestra del Padre, comenzô luego a hacer su oficio de abogado por los hombres que quedaban en la tierra, mirândole las llagas que recibîô por redimirles y por cumplir su precepto, en el cual oficio persevera siempre. De donde sacaré grandes afectos de amor y confianza acordândome de lo que dice San Pablo: *Pues tenemos un gran Pontífice que penetrô en los cielos, Jesús Hijo de Dios vivo, tengamos firme la confesiôn de nuestra esperanza, no desfalleciendo en confesar lo que creemos, ni en pretender lo que esperamos* (Hebr. 4,14); y especialmente cuando me viere caido en pecados, tengo de acordarme de lo que dice San Juan: *Hijuelos mios, estas cosas os escribo para que*

no pequéis, mas si alguno pecare, sepa que tenemos delante del Padre por abogado a Jesucristo Justo, el cual es propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino por los de todo el mundo (i lo. 2,1-2). Y siendo tan justo como es, y habiendo hecho una redención tan copiosa como la que hizo, no dejará de abogar por mi y aplicarme el perdón que me ganó, y habiendo abierto para mi las puertas del cielo, no me las cerrará, antes me admitirá a tener parte con El en su reino para gloria de su Padre, con quien vive y reina por todos los siglos. Amén».

V. COLUMBA MARMION

La Ascensión, gloria de Cristo y confianza nuestra

(Cf. *Jesucristo en sus misterios*, c.I6 [Editorial Litúrgica Española, Barcelona] 3.ª ed., p.295-314).

A) Gloria de Cristo

921

a) Glorificación suprema

«Entre las fiestas de nuestro Señor, me atrevería a decir que la Ascensión es en alguna manera mayor, por ser la glorificación suprema de Jesús. Por eso la llama la Iglesia gloriosa y admirable, y en todo el oficio de esta fiesta no cesa de cantar las grandezas de este misterio.

Nuestro divino Salvador había pedido al Padre le glorificase con aquella gloria que poseía su divinidad en los resplandores eternos de los cielos (lo. 5); con la victoria de la resurrección apuntaba ya la aurora de la glorificación personal de Jesús por encima de todos los cielos (Mc. 16,19)...

b) SIMBOLISMO DE LA ASCENSION

Esta Ascension material, tan real y maravillosa como aparece, es también símbolo de otra ascensión, cuyo término final no presenciaron aún los mismos apóstoles... Sube nuestro Señor (Eph. 4, 10) y recorre todos los cielos y coros angelicales, sin detenerse hasta llegar a la diestra del Padre. La expresión «diestra de Dios»... es sólo figuración. La Sagrada Escritura (Ps. 109,1; Mc. 16,19; Eph. 1, 20; 4,10; Col. 3,1) y la Iglesia (cf. Simb. de los Apost. y el *Quicumque* de San Atanasio) la emplean para indicar los sublimes honores y el triunfo magnífico que recibió Cristo en el santuario de la divinidad. De igual modo cuando decimos que Jesús está sentado, entendemos que ha entrado para siempre en posesión de

aquel descanso etemo que le merecieron sus gloriosos combates, sin que dicho reposo excluya el ejercicio incesante de la omnipotencia que el Padre le comunica para régir, santificar y juzgar a todos los hombres.

San Pablo cantô en su carta a los Efesios, en términos grandiosos, esta glorificaciôn divina de Jesûs, diciendo: *Dios desplegó en la persona de Cristo la efícatia toda de su fuerza victoriosa, resuti-tândole de entre los muertos y colocndole a su diestra en los cielos, sobre todo principado y potestad y virtud y domination y sobre todo nombre, por celebrado que sea, no solo en este siglo, sino también en el futuro, y puso todas las cosas bajo sus pies y le constituyô cabeza y soberano de toda la Iglesia* (Eph. 1,19-22). De hoy mâs, Jesucristo es y sera para toda aima el único venero de salud, de gracia, de vida, de bendiciôn; y su nombre, como dice el Apôstol, sera tan grande y tan glorioso, que *toda rodilla se doblará al oirlo así en el cielo como en la tierra y en los infernos...*, y *toda lengua publicará que fesus vive y reina para siempre en la gloria de Dios Padre* (Phil. 2,10-n).

Ved, si no, como desde aquella hora bendita, «la innumerable muchedumbre de escogidos de la Jerusalén celestial, donde el Cordero inmolado es la luz eterna, arroja las coronas a sus pies, postrándose ante El, y proclamándole en nutrido coro, cuyas sinfonías semejan el ruido del mar: *Digno es de todo honor y de toda gloria; porque El es el principio y fin de su salvatiôn y eterna felitidad* (Apoc. passim).

Desde aquella hora... la Iglesia eleva desde sus templos sus súplicas y sus alabanzas... Tû que estas sentado a la diestra del Padre, ten piedad de nosotros, pues sólo tû eres santo, tû el único Señor, el Altísimo, joh Jesucristo!, junto con el Espîritu Santo en la gloria de Dios Padre».

B) Motivos de glorificaciôn

«Todas las razones pueden reducirse a dos principales: la primera es que Jesucristo es el Hijo mismo de Dios, y la segunda, que para rescatarnos, se abismô en la humillaciôn.

a) JÉSUS, HIJO DE DIOS

924

Jesûs es Dios y hombre. Como Dios llena cielos... Mas como la humanidad en Jesûs estâ unida a la persona del Verbo, de ahí que es la humanidad de un Dios, y como tal, goza de plenísimo derecho para pretender la gloria divina en medio de los resplandores eternos... Para llegar a la cumbre y último âpice de esta gloria, necesitaba Jesûs resucitado un lugar que correspondiese dignamente a su nuevo estado; su lugar propio eran las alturas del cielo, desde donde pudiese ya irradiar en toda su amplitud su gloria y poder sobre toda la sociedad de los escogidos y remitidos. Jesûs, siendo

Hombre-Dios, Hijo de Dios e igual a su Padre, tiene derecho a sentarse a su diestra y a participar con El de la gloria divina, de la felicidad infinita, de la omnipotencia del Ser soberano.

b) Récompensa de la humillación de Cristo

La segunda razón de esta suprema glorificación consiste en que es una recompensa de las humillaciones sufridas por Jesûs por amor de su Padre y por caridad para con nosotros, pues al entrar Cristo en este mundo, como ya llevo varias veces repetido, se entregô enteramente al divino beneplácito del Padre y aceptô todo el programa de las humillaciones que le presentaba...

Terminado el combate, suelen los principes de la tierra recompensar en medio de regocijos a los esforzados capitanes que defendieron sus prerrogativas, vencieron al enemigo y dilataron con sus conquistas los confines de su reino. Algo así hizo en los cielos Jesucristo el día de la Ascensión. ¡Cuâl no debiô ser la fiesta y regocijos de aquel día!... ¡Qué alegría la de aquella humanidad de Jesûs al verse llamada a gustar de los esplendores, felicidad y poderio de aquella eterna exaltación! Tanto más cuanto Jesûs, ya a punto de consumir su sacrificio, pidiô a su Padre esta gloria, que había de dilatar la gloria misma del Padre: *Padre, llegada es la hora: glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique* (Io. 17,1).

Si, Padre mío, llegada es la hora; tu justicia está ya satisfecha por mi expiación; séalo igualmente por los honores que reciba tu Hijo, a causa de! amor que te ha manifestado en medio de sus dolores...

Oíd ahora la respuesta del Padre: *Le he glorificado y le glorificare todavía más* (Io. 12,28). Y dice el mismo Cristo aquellas palabras proféticas del salmista: *Tú eres mi Hijo; pídemelo y yo te daré por herencia todas las naciones y tus dominios se extenderán a los últimos confines de la tierra* (Ps. 2,7-8). *Siéntate a mi diestra hasta tanto que haga a tus enemigos servir de escabel a tus pies* (Ps. 109,1).

En las obras divinas brillan inefables armonías y un cierto sabor peculiar que hechiza a las almas fieles.

Notad aquí: ¿dónde comenzó Jesucristo su Pasión? Al pie del monte de los Olivos... ¿Dónde inaugurô nuestro divino Salvador las alegrías de su Ascensión? Jesûs, que es la Sabiduría eterna..., quiso escoger, para volar a los cielos, la misma montaña que había sido testigo de sus congojas y agonías...

(¿No tiene sobrada razón, pues, nuestra Madre la Iglesia para ensalzar y proclamar «admirable» la Ascensión de su divino Esposo?·

C) *Nuestra ascension*

a) La Ascension, privilegio de Cristo

«Este triunfo, en lo que tiene propiamente de divino, es privilegio exclusivo de Cristo...'. Por eso decla San Pablo: *aA quién de los ángeles dijo Dios jamâs: Siéntate a mi diestra?* (Hebr. 1,13).

Idéntico pensamiento expresaba nuestro Señor conversando con Nicodemo: *Nadie subiô al cielo*, decia Jesûs, sino aquel que ha *descendido del cielo, a saber, el Hijo del hombre que esta en el cielo* (Io. 3,13)...

¡Entraremos nosotros en los cielos, o bien quedaremos excluidos de aquella morada de gloria y de bienandanza? <No tendremos alguna parte en la ascensîon de Jesûs? Si, por cierto; mas como ya lo sabéis, entraremos en el cielo con Cristo y por medio de Cristo.*

b) El bautismo, puerta de nuestra glorificaciôn

«(-De qué modo? Por el bautismo, que nos hace hijos de Dios. Asi lo declarô nuestro Señor en la entrevista que tuvo con Nicodemo (Io. 5): *Quien no renaciere del agua y del Espiritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios*. Que es como si dijera: No es posible entrar en el cielo si no se renace de Dios; hay un nacimiento eterno en el seno del Padre, y éste es el mio; con pleno derecho me subo al cielo, por ser yo el propio Hijo 'de Dios, engendrado en los resplandores de los santos; pero hay también otros hijos de Dios y *son aquellos que nacen de El por el bautismo* (Io. 1,13).

Son hijos de Dios, y por lo mismo sus *herederos*, y a la vez *coherederos de Cristo* (Rom. 8,17), pues que participan de su misma herencia eterna.

El bautismo, al hacernos hijos de Dios, nos hace asimismo miembros vivos de aquel Cuerpo místico cuya Cabeza es Cristo. En términos tan claros se expresa el Apôstol (1 Cor. 12,27): *Vosotros sois el cuerpo de Cristo, y miembros unidos a otros miembros*; y con mâs viveza, si cabe, dice también: *Nadie aborrece su propia carne; antes bien, la sustenta y cuida; vosotros mismos estais formados de su carne y de sus huesos* (Eph. 5,30).»

c) Gloria de la Cabeza y de los miembros

9'8

«Y como los miembros participan de la gloria de la cabeza, y el gozo de la persona parece que trasciende a su mismo cuerpo, de ahí que participemos nosotros de los tesoros que Cristo posee, y sus alegrías, sus glorias y su dicha son también nuestras.

¡Prodigio grande de la misericordia divina! *Rico es Dios*—exclama el Apôstol—en *misericordia: movido de la excesiva misericordia con que nos amô, aun cuando estdbamos muertos por los pecados, nos diô vida iuntamente con Cristo* (por cuya gracia vosotros

habéis sido salvados), y nos resucitó con El, y nos hizo sentar en los cielos con El, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en vista de la bondad usada con nosotros por amor de Jesucristo (Eph. 2,4-7)...

Jesucristo lleva en pos de sí nuestra humanidad para que ocupe en el cielo la silla preparada. Esta es la gran obra, la hazana heroica de este gigante: abrir con sus padecimientos las puertas del cielo, cerradas a la humanidad caída y trasladarla consigo a los resplandores del cielo.

Cuando Jesucristo subió a los cielos, afirma San Pablo, toda una comitiva de santos, que eran su glorioso trofeo, entró en El en la gloria: *Captivam duxit captivitatem; pero* estos justos, que hacían la escolta a Jesús en su triunfo, no son sino las primicias de la pingüe cosecha, ya que sin cesar suben al cielo almas que hasta el día en que el reino de Cristo llegue al colmo de su plenitud perpetuarán su Ascension.

La Ascensión de Cristo a los cielos es también la nuestra; la gloria de la cabeza es gran motivo de esperanza para el resto del cuerpo; en este día santo ya no somos hechos poseedores del paraíso, sino que también entramos en las alturas del cielo con Jesucristo» (cf. San León, *Serm. 1, De Ascensione Domini* c.4).

929

d) La oración de este día

«Esta gracia es la que quiere la Iglesia que pidamos en dicha festividad: «¡Oh Dios omnipotente! Ya que creemos que vuestro Hijo único y Redentor nuestro subió hoy a los cielos, concédenos que también nosotros vivamos con el pensamiento en el cielo». En la postcomunion de la misa pedimos «sentir los efectos invisibles de aquellos misterios de los que visiblemente participamos». Por la sagrada comunión nos unimos a Jesús; al venir a nosotros, nuestro Señor nos hace participantes en esperanza de la gloria de que El está gozando y nos da de ella una prenda segura (cf. Antiph. del Corpus: *O sacrum convivium!*).

¡Oh!—le diremos—, llévanos en pos de ti, héroe magnánimo y poderoso: *Trahe nos post te*; danos el subir contigo a los cielos, el habitat allí por la fe, la esperanza y la caridad. ¡Concédenos el desasimiento de todo lo terreno y caduco para no buscar sino los bienes eternos y perdurables! Vivamos allá con el corazón, donde bien sabemos que subiste en cuerpo y alma en este santo día» (cf. San Gregorio, *Hom. 29 in Evang.* c.2).

D) Nuestros afectos

«Múltiples son los sentimientos que la Ascension de Jesús despierta en el alma fiel... Robustece nuestra fe en la divinidad de Jesús; aumenta nuestra esperanza mediante la visión de la gloria

de nuestro Caudillo. Y, animândonos a la observancia de sus mandamientos, en la cual estriban nuestros méritos, que son principio de nuestra futura bienaventuranza, hace que nuestro amor sea todavía mäs ardiente. En la Ascensiön de Cristo admiramos su triunfo magnifico y le agradecemos el que nos haya dado participaciön de este mismo misterio. *Elevando nuestras aimas a las celestiales realidades, aviva en ellas el despego de las cosas transitorias* (Col. 3,1-2); El nos da paciencia en las adversidades; pues, como dice San Pablo, *si compartimos los padecimientos de Cristo, seremos también asociados a su gloria* (Rom. 8,17). Hay, no obstante esto, dos sentimientos en los cuales quiero entreteneros breves instantes, porque parece que manan mäs espontâneos y abundantes...»

a) Gozo

«En primer lugar, ¿por qué no gozarnos en este misterio? Nuestro Señor mismo se lo decia a sus apöstoles antes de separarse de ellos (Io. 14,28): *Si me amaseis, os alegrariais de que vaya al Padre*. Otro tanto nos dice también a nosotros...

¿Cömo no gozar al ver que Jesüs recibe del Padre todo aquello que en justicia se le debía?

Mirad como nos invita la Iglesia en su liturgia a celebrar con alegría esta exaltaciön de su Esposo, nuestro Dios y Redentor. Unas veces exhorta a los pueblos todos a demostrar su alegría en repetidos himnos: *¡Aplaudid, naciones todas! ¡Alabad a Dios con voces de júbilo!* (Ps. 46,1; 6,7-9)... Otras interpela a las potestades angélicas: *Levantad, joh principes de los cielos!, vuestras puertas, para que entre el Rey de la gloria* (Ps. 23,7)...»

b) Confianza

«Debemos unir una firme confianza a esta profunda alegría. Esta confianza estriba principalmente en el crédito todopoderoso de Cristo cerca de su Padre, no ya sólo por cuanto es Rey invencible que hoy inaugura su triunfo, sino también por ser Pontifice supremo que intercede siempre por nosotros después de haber ofrecido a su Padre una oblaciön de valor infinito. Pues bien; esta mediaciön ünica Jesüs la comenzö mäs particularmente el día de su Ascension gloriosa a los cielos...

Jesucristo, dice San Pablo, es el Pontifice supremo... *Entra en un tabernaculo no hecho por mano de hombre* (Hebr. 9,11; cf. *ibid.*, 24), sino *en los cielos*, en el santuario de la divinidad (*ibid.*, 6,19); entra allí, como el gran sacerdote, llevando la sangre de la victima. ¿Cuäl es esta victima?... Su *propia sangre* (*ibid.*, 9,12), sangre preciosa y de valor infinito, vertida *fuera*, es decir, en la tierra, y derramada por los pecados... Entra, no ya una vez al ano, sino *una vez por todas* (*ibid.*, 12,12); pues siendo su sacrificio perfecto y de valor infinito, es único y *basta para procurar siempre la perfecciön a los que quiere santificar* (*ibid.*, 10,14).

Xias Cristo no ha entrado solo; y precisamente por esto la obra divina resulta más admirable y la realidad excede a toda figura. Nuestro pontifice nos lleva consigo, no de una manera simbólica, sino, en realidad, de verdad, porque somos sus miembros, su *plenitud* (Eph. 1,23), como dice el Apôstol. Antes de El era imposible la entrada en los cielos...»

c) Tenemos un lugar preparado

«Hasta tanto que Jesucristo venga a buscarnos, como lo ha prometido, nos *prépara un lugar* y, sobre todo, nos ayuda con su intercesiôn. Porque ¿qué hace este Pontifice supremo en los cielos? San Pablo nos responde que ha entrado en el cielo *a fin de estar ahora por nosotros presente ante la majestad de Dios* (Hebr. 9,24). Su sacerdocio es etemo, y, por ende, etema es también su mediaciôn. ¡Qué poder infinito el de su crédito!

Alli está delante de su Padre, presentándole sin césar su sacrificio, que recuerda las cicatrices de sus llagas, que para eso ha querido conservar; alli está *viviendo siempre para intercéder por nosotros* (ibid., 7,25)...

¡Oh Padre!, considerad a vuestro Hijo; mirad sus llagas y concedednos, por El y en El, estar algûn dia donde El está, para que asimismo por El, en El y con El os rindamos todo honor y gloria...

Apoyémonos en Jesucristo, no solo en la oraciôn, sino en todo lo que obramos, y entonces seremos fuertes. Si *sin El nada podemos* (Io. 15,5), *con El lo podemos todo* (Phil. 4,13)...

Hasta tanto que gocemos con Jesûs en los cielos, o más bien que nos traiga El hacia Si, puesto que nos *prépara alH un lugar*, vivamos aqui confiados en el ilimitado poder de su oraciôn y crédito, con la esperanza de compartir un dia su felicidad con la caridad que nos entrega alegre y generosamente al entero cumplimiento de sus voluntaries y deseos; de este modo participaremos más de lleno en este admirable misterio de la gloriosa Ascension de Jesûs».

SECCION F/. TEXTOS PONTIFICIOS 1

Las dos miradas del cristiano

A) Nuestra ascension con Cristo al cielo

a) Ascendamos con Cristo al cielo por la fe, la esperanza 934 Y LA CARIDAD

«Ascendamos también nosotros, amados hijos, con Cristo al cielo. Disponamos en nuestro corazón aquellas ascensiones de la fe que traspasa toda nube, de la esperanza que va más allá del tiempo, del amor que conquista la eternidad. Cuando fué llegado el momento mismo de su Ascensión, Cristo dió a los apóstoles la última lección y el último mandamiento. No os toca a vosotros—dijo El—*conocer los tiempos y los momentos, que el Padre ha conservado en su poder*. Ved la elevación de su fe en la sumisión al gobierno de Dios en el mundo. *Recibiréis la virtud del Espíritu Santo*. Ved la elevación de su esperanza en el valor para obrar. *Me seréis testigos... hasta los confines de la tierra*. Ved la elevación de su caridad a costa de todo sacrificio para la difusión del Evangelio (Act. 1,7-8). Son tres dones, tres virtudes, tres avisos, que han triunfado del mundo, han regenerado y confortado al hombre, han restaurado en la tierra el reino de Dios y han abierto el reino de los cielos» (Pío XII, *Homilia al pueblo en la Ascensión*, 1942).

b) Por la fe, que nos eleva muy por encima de este bajo mundo

«Elevemos nuestra fe en este huracanado tiempo que, al desencadenarse, arrastra con ruido pueblos y naciones a la lucha. Tampoco a nosotros nos toca conocer los tiempos y los momentos que la poderosa mano de nuestro Padre celestial regula, abreviándolos o alargándolos con aquel su providente e inescrutable designio, con que ordena todos los acontecimientos humanos al fin alto y secreto de su gloria. El es *el bienaventurado y único Soberano, Rey de los reyes y Señor de los que dominan* (1 Tim. 6,15); El no cambia en sí mismo, pero gobierna y dirige las mudanzas todas de los tiempos y de los momentos con designio inmutable, dando y quitando el poder a quien quiere, exaltando al humilde y humiliando al soberbio, para que todos los hombres reconozcan que todo poder procede de El, y que no *tendrían ninguna autoridad si no la hubieran recibido de lo alto* (Io. 19,11). Nuestra fe va muy por encima de este bajo mundo; el reino de Cristo no es de este mundo, aunque en él asiente su pie; está dentro de nosotros. No vino Cristo, como

1 Pueden ver los textos pontificios que pusimos en el IV domingo después de Pascua (cf. *La palabra de Cristo* t.4 p.807 ss.). Allí incluimos textos sobre la verdadera alegría sacados de algunas alocuciones de S. S. Pío XII en la fiesta de la Ascensión.

lo pedían los apóstoles, a restablecer el reino de Israel (cf. Act. 1,6), sino a dar testimonio de la verdad que tanto nos realza, de la verdad que es justicia, que es paz, que es respeto del derecho, que es santa e inviolable libertad de la conciencia humana, que es consuelo aun entre las tribulaciones, los dolores y los liantes presentes; como era consuelo en los tiempos y en los momentos de los mártires, como lo es para vosotros, que en la benigna Providencia divina ponéis el fundamento que sostiene vuestra esperanza» (ibid.).

936 c) Por la esperanza, realzada por la virtud del Parâclito
Y SOSTENIDA POR CRISTO, QUE, PRESENTE Y ESCONDIDO, COMBATE
CON NOSOTROS

•Si; vuestra esperanza se realza por la virtud del celestial Parâclito, que viene sobre vosotros; esperanza que no confunde, y que no se oscurece por la nube que a nuestra mirada oculta a Cristo que sube a los cielos. Por el crisma del Espíritu Santo el cristiano es soldado que resiste hasta derramar su sangre combatiendo contra el pecado; y, siguiendo el ejemplo y la guía de su Rey Cristo, no se cansa ni se desanima; porque nuestro divino Capitân, aun después de subir a los cielos, estâ siempre con nosotros todos los días hasta la consumación de los siglos, y sobre este altar se hace, para las batallas del aima, nuestra comida y nuestra bebida bajo la nube de las especies sacramentales. Présente y escondido, combate con nosotros; en los peligros y en las angustias, en las tribulaciones y en las penas, en los duelos y en las muertes, alza nuestra confianza. Aunque ardua y futura, sin embargo, con nuestro omnipotente Capitân que nos ha precedido en la gloria, todavía nos es posible la conquista del cielo, corona de nuestra esperanza. No, no pereceremos al morir en Cristo. Si tan sólo para esta vida—gritaba San Pablo (1 Cor. 15,19) a los gentiles—hubiéramos colocado en Cristo nuestra esperanza, seríamos los más desgraciados de todos los hombres» (ibid.).

937 d) POR LA CARIDAD, TRAÎDA POR EL ESPIRITU DIVINO CON LENGUAS
DE LUZ Y FUEGO

«Amados hijos, no desfallezcamos en la fe y en la esperanza. También sobre nosotros ha venido la virtud del Espíritu divino, con lenguas de luz y de fuego, de aquel fuego de caridad traído por Cristo a la tierra para que se encienda y arda en el mundo. También nosotros debemos dar testimonio de Cristo hasta los confines de la tierra, porque la fe de Roma ya es anunciada en todo el mundo: la fe de Pedro y de Pablo, los dos principes de los apóstoles, fe que nos parece vislumbrar en aquellos dos personajes vestidos de blanco que, luego de la Ascensión de Cristo, se acercaron a los discípulos y les dijeron: *¡Varones de Galilea!, ¡qué estais mirando al cielo? Ese Jesûs, que de entre vosotros ha sido llevado al cielo. así vendrd. del modo que le habéis visto irse al cielo* (Act. 1,10-11). <¿No es ésta la predicación de Pedro y de Pablo? <No anunciaron ellos al mundo y a Roma, y lo ratificaron con su sangre, que aquel Jesûs que nos oculta ahora la nube de la fe es el Redentor dei mundo y vive a la diestra del Padre, de donde vendrà a juzgar a los vivos y a los muertos? Si este altar es la confesión de Pedro que, ante nosotros y ante las naciones, responde a Jesûs: *Tu eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Señor, ¿la* quién iremos nosotros? *Tû tienes palabras de vida etema* (Mt. 16,16; lo. 6.69), confesad también vosotros, amados hijos,

a Cristo; vuestro amor a El sea la llama de la caridad hacia el prôjimo; vuestra lengua sea vuestra vida virtuosa; vuestro apostolado sea la luz de aquella actividad religiosa y santa, intima y devota, que ante la faz de las naciones exalte y atestigüe la fe y la esperanza de Roma» (ibid.).

**B) uRecibiréis la virtud del Espiritu Santo»
(Act. 1, 8)**

a) Como los apôstoles, invoquemos al Espîritu Santo

«La exhortaciôn del divino Redentor, que sube a los cielos, es también para nosotros. Siguiendo el ejemplo de Pedro y de los discipulos en el primer Cenâculo de la Iglesia naciente, nuestro corazôn arde por elevarse en la invocaciôn del Espiritu Iluminador, Maestro y Consolador, y desde este grandioso Cenâculo, repleto de innumerables fieles, asciende al cielo el humilde grito de la ferviente oraciôn: Veni Creator Spiritus!» (Pio XII, *Homilia al pueblo en la Ascensiôn*, 1942).

b) Oraciôn al Espîritu Santo 939

«¡Oh Espiritu Creador, que, volando sobre las aguas del universo creado, renovaste la fe de la tierra! Tù, que hiciste llegar el primer anuncio de la verdad y de la salvaciôn a los romanos, que présentes en Jerusalén escuchaban la predicaciôn de Pedro (Act. 2,10), *vuélvete* a los hijos de esta Roma, corazôn dei mundo, a la que Pedro mâs tarde con su vida de apôstol y su muerte de mârtir habia de demostrar la firmeza de su fe, la inmovilidad de su esperanza, la anchura de su amor, y *mira desde el cielo y contempla y cuida esta vîna y protege lo que has plantado con tu mano* (Ps. 79,15-16).

Desciende, joh Espîritu creador! Si. Tù has descendido ya; tû estâs con nosotros; tû estâs junto a la Esposa de Cristo; tu eres su vida, su aima, su consuelo, su defensa en todo momento, y particularmente en los tiempos de angustia y de dolor Derrama desde lo alto tan gran plenitud de tus dones, que todos, Pastor y grey, irradien en el mundo la luz de su fe, el vigor de su esperanza, la fuerza de su amor. 940

Por ti, Espiritu Iluminador, Espîritu de consejo y de fortaleza, las aimas cristianas de toda condiçôn, alta o humilde, comprendan y sientan no sôlo la extraordinaria gravedad, sino también la pesada responsabilidad de la hora présente, cuando un mundo viejo desaparece entre dolores, de los cuales engendra otro mundo nuevo. Ilumina paratodos, cuantos en su frente llevan el nombre de Cristo, el angosto sendero de la virtud, ùnico que conduce a la salvaciôn. para que despierten del sueno de la indiferencia, de la tibieza y de la vacilaciôn, y se resuelvan a avanzar fuera de los desordenados atractivos de las cosas terrenales. 941

Por ti, joh Espîritu Consolador!, vuelva vivificante no sôlo el bâlsamo de la resignaciôn, sino sobre todo el vigor de la confianza a los innumerables corazones que gimen y estân para hacerse pedazos, agobiados bajo el peso de las preocupaciones y de las dificultades, de los sacrificios y de las injusticias, de las opresiones y de la humillaciôn. Sé tû reposo en la fatiga, refrigerio en los ardores, calor en el frîo, consuelo en el llanto. Sé padre para los huérfanos, defensor de las viudas, alimento para los pobres, auxilio para los abandonados, morada para los prôfugos, tutela para los perseguidos, protecciôn para los combatientes, libfertad para los prisioneros, bâlsamo para loe 942

heridos, medicina para los enfermos, refugio para los pecadores, auxilio para los moribundos. Consuela y reúne a quienes se aman con puro corazón, pero se ven separados por las duras vicisitudes actuales. Haz que donde enmudece la voz de los consuelos humanos hablen la sonrisa y la mano de la caridad cristiana; y que ante los ojos de su fe brille, cual prenda de alegría que nunca desfallece, la aurora de aquel día en que la superabundancia de tu inefable recompensa dará cumplimiento a la palabra del Apocalipsis: *Dios enjugard toda Idgrima de sus ojos; y la muerte no existird nuis, ni habrd ya mds duelo, ni grito, ni trabajo, porque las primeras cosas ya serdn pasadas* (Apoc. 21,4).

013 Por ti, ¡oh Espiritu, Maestro de la verdad!, se inspire y se difunda en los corazones y en las inteligencias de los hombres, no por temor dei sacrificio, sino por renovaciôn moral, un intenso deseo de paz, paz de justicia, de moderaciôn y de prudencia, paz que en sus formulas, en su esencia y en su realidad no olvide tu amonestadora palabra: *No hay sabidurfa, no hay prudencia, no hay consejo contra el Senor* (Prov. 21,30); e infûndeles al mismo tiempo la deliberada voluntad de esa paz, que no rechaza las condiciones indispensables, las lineas fundamentales, las consecuencias que la siguen. Haz que los gobemantes de los pueblos eleven y dirijan el pensamiento a la grandeza, a la dignidad. a los beneficios, a los méritos de esa paz tan deseada, y que midan los derechos vitales de sus naciones no con la longitud de su espada ni con la extensiôn de las ansiadas ventajas, sino segùn la santa norma de la voluntad y de la ley divina.

¡Oh Espiritu creador!, visita las aimas de tus fieles y llena los corazones con tu gracia; y mientras dure este tiempo de pruebas, con la omnipotencia de tus dones, concede a Nos, guardian del redii de Cristo, y a cuantos escucharen nuestra voz, el poder cumplir y promover con firme fe, alegre esperanza e inflamada caridad, la salvadora misiôn que el Redentor confié a sus discipulos: *Eritis mihi testes* (Act. 1,8), hasta el día en que la Iglesia, dejados ya los crespones de su inefable dolor, pueda exclamar, agradecida y jubilosa, ante el Dios de la paz y el Sol de la justicia: *¡La diestra dei Senior ha hecho prodigies, la diestra del Senor me ha exaltado!... No moriré, sino que viviré y cantaré las proezas dei Senor* (Ps. 117,16-17). Asi sea* (ibid.).

C) Destellos de la Ascension ante el mundo del trabajo. ttcQué estais mirando al cielo?» (Act. 1,11)

(Cf. Discurso de S. S. Pio XII a los trabajadores de las A. C. L. I. en el anlversario de la «*Rerum novarum*», Ascension de 1953.)

915 a) Los Angeles invitaron a los apôstoles a mirar a la tierra, EL CAMINO POR DONDE SE VA A LA META Y VINA QUE DEBEMOS CULTIVAR

◆Queridos hijos: La Iglesia celebra hoy la Ascensiôn de Cristo al cielo. Desde el dia de Pascua, la sagrada liturgia ha sido un prorrumpir de mdo-dfas y alegres armonias, en las que el *Aleluva* es siempre la nota dominante, repetida por cada aima, por todos los coros de aimas.

Si hoy, no obstante, continuan los cantos de alegría y gloria, no falta, sin embargo, alguna nota de contenida tristeza. Jesûs déjà a sus discipulos y sube al cielo: enviarâ el Espiritu Santo: entre tanto, El no estâ ya en medio de ellos vivo y visible. Pero mientras los apôstoles miran a Jesûs que se eleva y desaparece detrûs de la nube, he aqui que aparecen dos ângeles ccn blancas vestiduras que les dicen: *¡Varones de Galilea!, iqué estdis mirando*

al cielo? (Act. 1,11). Ellos, es decir, invitan a los apóstoles a no tener la mirada fija inútilmente en lo alto; les espera la tierra, donde está el camino, que los Uevarâ a la meta, donde está la vîna que deberân cultivar, donde está el campo de sus pacificas luchas. Un dîa, si, verân a Jesûs volver del cielo con gran poder y majestad (cf. Mt. 24,30)».

b) También hoy SE INVITA A LOS HOMBRES A MIRAR LA TIERRA 946
Y SUS PROBLEMAS, PERO DESPRECIANDO A DIOS Y A SU CIELO

«Pero el sonido de estas palabras recuerda otra pregunta, que quién sabe las veces que la habéis oído en un sentido completamente opuesto: «Hombres, êpor qué estais mirando al cielo? El cielo no existe; es inútil, por consiguiente, querer alcanzarle. No hay Dios; el aima no es inmortal. Mirad, por consiguiente, mäs bien a la tierra con sus problemas; industriaos por encontrar aquí su solución. Hombres, no miréis al cielo; y si alguno desea el cielo, procure formârselo aquí abajo por todos los medios».

Naturalmente, estas palabras no son pronunciadas por una sola voz. Sin embargo, es siempre el mismo enemigo, único y multiforme, el que las dice, que hasta el fin de los siglos intentará romper el frente del bien para sembrar allí destrucción y muerte. Ni tampoco se pronuncian siempre tan brutalmente. En efecto, cuando es útil, el espíritu de las tinieblas sabe vestirse incluso de ángel de luz. Entonces, según los lugares, las circunstancias, el estado de ánimo de quien escucha, cambia de tono y de lenguaje; pero la esencia del razonamiento es siempre la misma: «Hombres, no miréis al cielo; pensad únicamente en la tierra».

c) PIDIÉNDOLE A LA TIERRA QUE SE CONVIERTA EN PARAÍSO, EL CUAL, 947
SIN EMBARGO, SIEMPRE HA APARECIDO AQUÍ MENOS REALIZABLE

«Esta palabra, que ha movido y mueve a personas de las más diversas condiciones sociales, ha sido durante muchos decenios, y lo es hoy todavía, el arma de asalto más peligrosa y mortífera para las aimas de muchos trabajadores, protagonistas también en el drama del mundo moderno. Hoy muchos de ellos han olvidado el cielo y se obstinan en volverse únicamente a la tierra, pidiendo a ésta que se transforme en paraíso, donde nada faite, donde el corazón humano sienta calmarse las ansias y llenarse el vacío que lo angustia.

De hecho, sin embargo, este paraíso ha aparecido siempre menos realizable sobre la tierra. Por una parte, hombres en posesión de todas las comodidades de la riqueza no han alcanzado con esto la felicidad ansiada por ellos; están frecuentemente privados incluso del mínimo de serenidad y paz. Por otra parte, los que viven sin Dios, dispuestos tal vez únicamente a blasfemar de El y a maldecirlo, y desposeídos de los supremos consuelos que sólo la fe sobrenatural puede dar en las pruebas más dolorosas, gimen en un momento de inquietud y rebelión».

d) León XIII en su «Rerum novarum» se preocupó del triste 948
ESTADO DE LOS OBREROS DE SU TIEMPO

«Pero—preguntaré tal vez alguno—¿no ha dirigido él entonces la mirada de todos los creyentes, de todos los hombres rectos, no tanto precisamente hacia el cielo cuanto hacia la vida presente, hacia el triste estado de los jornaleros de aquel tiempo, en medio de un industrialismo todavía bas-

tante desordenado y sin freno? <No ha pedido él enérgicamente en nombre de Cristo las reformas, el mejoramiento de las condiciones e instituciones terrenas, y dirigido a los propietarios de los medios de producciôn y a los jefes de las empresas aquella amonestaciôn, digna de ser escuchada incluso hoy, que ni las leves divinas ni las humanas permiten que se oprima por utilidad propia a los necesitados y a los desgraciados y se trafique con la miseria de los otros? ^No ha unido precisamente aquel sapientísimo Pontífice la verdadera vida cristiana con el recto orden de este mundo, cuando, haciendo suyas las palabras de Santo Tomâs de Aquino, confirmaba en la *Rerum novarum* que el uso de los bienes temporales «es necesario para el ejercicio de la virtud» y, por consiguiente, llevar sobre la tierra una vida cristiana digna del hombre?»

e) Pero estableciendo el recto orden de orientar hacia
EL MÂS ALLÂ CON LA MIRADA PUESTA EN DIOS

«Si, así es. Niientras Leôn XIII lanzaba su llamamiento de verdad y justicia en la cuestiôn obrera, queria que los hombres, y particularmente los trabajadores, estuviesen con ambos pies sobre la tierra. Aquí abajo, ellos, como cristianos, deben ocuparse del verdadero orden. Sin embargo, el hombre, creado y salvado por Dios, no puede tener los dos pies sobre la tierra sin tener la mirada dirigida a Dios, hacia el verdadero fin de la vida humana, la uniôn con Dios en el cielo, allí donde únicamente se realiza definitivamente todo orden y toda justicia.

Por esto, los hombres, que en su pensamiento y en sus obras se dan totalmente a la tierra, o que sin mâs niegan la patria celestial, no tienen una sôlida base, ni aun en este mundo, aun cuando exteriormente parezcan poseerla, o bien se glorien ellos mismos de un pretendido realismo.

Un verdadero orden humano aquí abajo no puede ser perfecto ni perfeccionable, si no se orienta hacia el mâs alla. Esta es una idea esencial de la *Rerum novarum*: «No es posible (se lee allí) comprender y valorar como se debe las cosas terrenas, si el alma no se eleva a la contemplaciôn de otra vida, es decir, la etema, sin la cual la verdadera nociôn del bien moral se desvanece necesariamente, y mâs aùn todo el universo se vuelve un misterio inexplicable.

Se enganan, por lo tanto, aquellos catôlicos promotores de un nuevo orden social, que sostienen ante todo la reforma social; después se pensarâ en la vida religiosa y moral de los individuos y de la sociedad. No se puede, en efecto, separar la primera cosa de la segunda, porque no se puede désunir este mundo del otro ni partir en dos al hombre, que es un todo viviente. Leôn XIII, el gran defensor de los trabajadores cristianos, les ha indicado con toda claridad el camino: el de un genuino cristiainsmo».

950 f) También las relaciones recíprocas de los hombres en-
la ACTIVIDAD ECONÔMICA ESTÂN UNIDAS AL FIN TRASCENDENTAL
DEL HOMBRE

«Sin embargo, en la *Rerum novarum* no sôlo la restauraciôn del orden social en el mundo estâ intimamente unida al fin trascendental del hombre, sino también la reforma de las relaciones reciprocas entre las personas consagradas a la actividad econômica, el cuidado de las relaciones humanas cotidianas y concretas entre los que dan trabajo y los obreros, entre los jefes y dependientes en las empresas. Inmediatamente antes de los textos aquí

citados y en estrecha uni6n con ellos, la enciclica ensefta que la'Iglesia no s6lo quiere un orden justo en la economia, sino que «apunta incluso m6s alto; a acercar otra vez lo m6s posible las dos clases y a hacerlas m6s amigas». Y («cu6l es la causa pr6cisa y determinante de ello? La dignidad humana igual en todos, la que a su vez deriva enteramente del fin trascendente com6n a todos. De frente a esta finalidad y a la patria com6n del cielo, todas las dem6s diferencias entre los hombres resultan de importancia secundaria. Le6n XIII escribe expresamente: «Que t6 tengas riquezas en abundancia y otros bienes de la tierra, o que carezcas de ellos, no tiene importancia alguna para la felicidad etema; pero el buen o mal uso de taies bienes, eso es lo que principalmente interesa».

g) Del cual fin pende la verdadera dignidad humana, de 951
CUYAS EXIGENCIAS ALGUNOS SE MOFARON COMO DE PIADOSOS SUEÑOS

«Cuando la verdadera dignidad humana y el destino trascendente de todos los hombres se viven realmente dia por dia, la empresa se convierte tambi6n en aquella comunidad de trabajo que la *Rerum novarum* desea. En-fonces los unos tratar6n a los otros con respeto en sus palabras y en sus hechos; les facilitar6n el trabajo y lo estimar6n, por muy peque6o que sea; estudiar6n la manera de asignarles aquella funci6n que mejor correspon-da a su capacidad y al sentido de responsabilidad de cada uno. Se ve asi que ya antes de nuestros tiempos Le6n XIII y la Iglesia habian senalado la gran importancia del cultivo de las relaciones humanas en la empresa.

En algunos circulos se mofaron entonces de semejantes ideas y deseos, como si no fueran otra cosa que piadosos sueños. 6 En qu6 estima se t6nia por ellos la dignidad humana del trabajador en la economia y en la pro-ducci6n? Para ellos nada t6nia importancia fuera de la medida de la fuerza de trabajo y el modo de aplicarla con el mayor rendimiento posible a las energias de la naturaleza. Hoy, en cambio, se tiene cuidado de fomentar las relaciones humanas en la producci6n, incluso muchas veces no por motivos muy nobles o con m6todos m6s te6ricos que pr6cticos. Pero una vez m6s se habrian evitado errores si con la sabiduria de Le6n XIII, con la prudenci-a de la Iglesia, se hubiera tornado al trabajador por lo que realmente es, herma-no de Cristo y coheredero del cielo. Es triste, por lo tanto, ver c6mo hoy algunos cat6licos rehuyen de introducir en las empresas las admirables riquezas del humanismo cristiano y lo sustituyen con una forma esfumada de humanismo, separado de la fe cristiana. Ellos confunden asi la riqueza con la pobreza, lo aut6ntico con los sustitutivos».

h) La ordenaci6n de la vida al fin ultimo contribuye tambi6n 952
A LA PROSPERIDAD EXTERIOR, COSA QUE HOY, PESE A LAS APARIEN-
CIAS, NO SE CONSIGUE

«Fmamente, el autor de la *Rerum novarum* estaba, adem6s, firmemente convencido de que la ordenaci6n de la vida al fin 6ltimo, el cielo, y, por consiguiente, la pr6ctica de la vida cristiana, dondequiera que ella existe y se mantiene verdaderamente tai, «contribuye tambi6n por si misma a la prosperidad exterior». /Por qu6 motivo? Porque ella conduce a aquellas virtudes que preservan al hombre de la estima excesiva de las cosas de este mundo, y especialmente a aquellos que disfrutan de bienes de fortuna y confieren seguridad en aquellos que justamente se llam6 «aurea mediocritas»: la 6urea moderaci6n. De ese modo, la justa medida, la verdadera armonia y

la genuina estabilidad favorecen el progreso de la sociedad humana, progreso conforme con la naturaleza y por lo mismo acepto a Dios.

Hoy día la producción y el consumo de los bienes económicos se efectúan en una sociedad que no sabe dar al progreso ni medida, ni armonía, ni estabilidad. Esa es la fuente de donde derivan—acaso incluso en mayor grado que de las circunstancias exteriores de nuestro tiempo—aquel sentimiento de incertidumbre, aquella falta de seguridad que se nota en la economía moderna, incertidumbre que ni siquiera las esperanzas de) futuro pueden hacer más tolerable. En vano se alegarían en contra las posibilidades de la técnica y de la organización, que hacen brillar la promesa de producir siempre más y a menor coste: la previsión de un futuro tenor de vida siempre en aumento: la cantidad de necesidades materiales, que los hombres pueden todavía acrecentar en el mundo entero. En vano hemos dicho: porque, a) contrario, cuanto más exclusiva e incesantemente se refuerza la tendencia al consumo, tanto más cesa la economía de tener por objeto al hombre real y normal, al hombre que ordena y ajusta las exigencias de la vida terrena a su fin último y a la ley de Dios».

953 i) Ya que la humanidad se desvía de la recta y justa medida
DE SU SER, QUE FUÉ LA QUE TUVO PRESENTE LEÓN XIII EN SU
«*Rerum novarum*»

«Si la máquina—según se pinta en cuadro prometedor—estuviera destinada a disminuir cada vez más y, por decirlo así, hasta el extremo el tiempo del trabajo y de la fatiga, el tiempo libre debería también perder necesariamente su sentido natural de alivio y de descanso entre dos momentos de actividad. Este tiempo libre se convertirla en el primer elemento de la vida y en ocasiones de nuevas y muchas veces costosas necesidades, como, asimismo, en una fuente de ganancia para aquellos que las satisfacen. Quedaría así turbada la genuina relación entre la necesidad real y normal y las exigencias creadas de una manera artificial. Las rentas aumentarían necesariamente, pero bien pronto no serían ya suficientes. La falta de seguridad subsistiría, porque la economía social nacería de una humanidad y supondría una humanidad desviada de la recta y justa medida de su ser.

León XIII tiene, en cambio, en la *Rerum novarum* delante de su mirada al hombre recto, que lleva una vida conforme con los principios cristianos. La técnica moderna, solamente en cuanto trabaja aguijada por este hombre y en beneficio suyo, efectúa un progreso armónico y duradero, del cual incluso el bienestar temporal es parte integrante. Por esto León XIII en su encíclica insiste particularmente en la observancia de los días festivos. Para él tal observancia es una señal que revela si subsisten todavía, y en qué medida, en el seno de la sociedad, el hombre recto y la verdadera armonía. Él ve claro y hondo, cuando relaciona la cuestión obrera con el reposo festivo y la santificación del domingo; precisamente el bienestar externo del trabajador no puede esperarse de una técnica de producción que exige regularmente de él y de su familia el sacrificio del domingo; todavía menos puede provenir de una condición de cosas en que el domingo no sea, según Dios lo quiere, un día de descanso y de recuperación, en un clima de elevada piedad. La técnica, la economía y la sociedad manifiestan su grado de salud moral por el modo en que favorecen o contrarian la santificación del domingo».

j) SÔLO EXISTE, PUES, UN SISTEMA PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS 954
humanos: mirar de NUEVO al cielo

•No hay, pues, duda de que la afirmación del destino trascendente del hoinbre constituye el corazôn de la doctrina de Leôn XIII sobre la cuestiôn obrera. Toca a.vosotros, queridos hijos, hacer constantemente en cada uno de los casos las aplicaciones prâcticas a que no hemos podido sino aludir brevemente.

Queridos hijos, Jesûs dijo un dia que aquellos que busquen en primer lugar el reino de Dios y su justicia tendrân todo lo demâs por aoadidura (Mt. 6,33). A aquella parte de la humanidad que vive casi sin esperanza sobre la tierra porque ha querido desinteresarse del reino de Dios, es necesario repetir con energia y con dulzura que existe, si, un sistema para resolver los problemas incluso humanos: buscar de nuevo a Dios, mirar de nuevo al cielo*.

SECCION VII MISCELANEA HISTORICA Y LITERARIA

SOLO DOS HOMBRES ANTES DE CRISTO FUERON ARREBATADOS AL CIELO

Según los Santos Padres, se otorgó este admirable favor a los dos grandes predicadores de la penitencia que ha tenido la humanidad y el pueblo hebreo, para que en los días aciagos del anticristo vuelvan a la tierra, ganen para la causa de Dios a los hombres perseguidos y los sostengan en la fe. No fueron llevados a la eterna y beatífica visión de Dios, sino a un lugar o estado misterioso, para venir otra vez al mundo al fin de los tiempos. Los Santos Padres apoyan este parecer en pasajes de la Sagrada Escritura: *Henoc fué transportado al paraíso, para que un día predique a los pueblos penitencia* (Eccli. 44,16). *He aquí que yo enviaré al profeta Elias, antes de que llegue el día del Señor, grande y terrible* (Mt. 4,5) (véanse también Mc. 9,11 ; Mt. 17,11; Apoc. 11,3).

A) A Henoc le trasladó Dios para que no viese la muerte

Entre los descendientes de Adán por la línea de Set aventaja a todos el sexto, llamado Henoc. Este *anduvo con Dios, esto es, agradó a Dios* muy particularmente (Gen. 6,9; Eccli. 44,16; Hebr. 11,5), por lo cual el Señor le honró con su amistad (como decía el apóstol San Judas, 14 ss.), le encomendó que anunciase a los impíos el castigo del diluvio, y debajo de esta figura, el juicio universal: *Mirad que viene el Señor con miles de sus santos a juzgar a todos los hombres y a redimir a los malos*. Se dice asimismo de Henoc: *Dios le trasladó para que no viese la muerte* (Hebr. 11,5); de ahí la brevedad de su vida (trescientos cincuenta y seis años) comparada con la de los patriarcas* (cf. Schvster-Holzammer, *Historia bíblica, Antiguo Testamento* [Ed. Litúrgica Española, Barcelona 1934] p.128-129).

⁹⁵⁷₃₀ **B) Elias fué transportado en un carro con caballos de fuego**

«Vinieron cincuenta hombres de los hijos de los profetas y se pararon enfrente, y los dos siguieron, parándose a la orilla del Jordán. Entonces Elias su manto, lo dobló y golpeó con él las aguas, que se partieron de un lado y de otro, pasando los dos a pie enjuto. Cuando hubieron pasado dijo

Elias a Eliseo: Pideme lo que quieras que haga por ti antes que sea apartado de ti. Y Eliseo le dijo: Que tenga yo dos partes en tu espíritu. Elias le dijo: Difícil cosa has pedido. Si cuando yo sea arrebatado de ti me vieses, así será; si no, no. Siguieron andando y hablando, y he aquí que un carro de fuego con caballos de fuego separó a uno de otro, y Elias subía al cielo en el torbellino. Eliseo miraba y clamaba: (Padre mío, padre mío ¡Carro de Israel y auriga suyo! Y no le vió más, y cogiendo sus vestidos los rasgó en dos trozos, y cogió el manto de Elias, que éste había dejado caer. Volvióse después, y pasándose a la orilla del Jordán recogió el manto que Elias había dejado caer y golpeó con él las aguas, diciendo: «¿Dónde está ahora Yahveh, el Dios de Elias? Y en cuanto golpeó las aguas, se partieron éstas de un lado y de otro y pasó Elias» (4 Reg. 2,7-15).

♦Qué fuere esta nube y qué servicio prestó a Cristo ha sido interpretado variamente por los escritores. El Abulense (cf. *Paradoxa* 5 c.8 ss.) piensa que ésta fué una verdadera nube, o formada allí nuevamente o traída de otra parte, y puesta bajo los pies de Cristo no para sostener su cuerpo y llevarlo hacia arriba (porque más bien era Cristo quien por virtud propia o por misterio de los ángeles la sostenía a ella junto a sí), sino por cierto ornato, para que le sirviese de trono y de sede. Medina refiere ampliamente esta opinión..., y sin tener razón o prueba, afirma que aquella nube no fué otra cosa que cierto resplandor que produjo el cuerpo de Jesús cuando ya estaba más cercano al cielo, y cuya semejanza vemos en el cielo en la Hamada Via Láctea...

En cambio, a mí, en primer lugar, me parece que no hay por qué negar que aquella fué verdadera nube. Porque la Escritura no dice que fué como nube o a semejanza de nube, sino que simplemente la llama nube. Luego pudiéndose entender sin ningún inconveniente en sentido propio y verdadero, así hay que exponer la Escritura. Y así la explica abiertamente el Crisóstomo cuando dice (cf. *Hom. 2 in Act.*) que «esta nube* fué un símbolo del cielo, manifestativo de que subía en aquella misma señal del divino poder, según aquéllos del Salmo (Ps. 103,3): *Tú, que de la nube haces tu carro...* Además, no consta que esta nube descendió hasta la tierra, como dice el Abulense, y que, puesta bajo los pies de Cristo, ascendió, con Él al modo de una silla gestatoria.

Esto no tiene fundamento en la Escritura. Porque, como bien nota Cayetano, la Escritura no dice simplemente que una nube sustrajo a Cristo, sino que lo sustrajo de la vista de los que estaban mirando. Por tanto, es más verosímil que mientras Cristo, al subir, quiso ser visto, no se interpuso ninguna nube entre Él y la tierra, porque más bien impediría la vista de los que miraban; pero después que Cristo empezó a distar más de la tierra, con la interposición de una nube se sustrajo a su vista. La nube no subió más con Él, ni le prestó otro servicio que apartar el cuerpo de Cristo de la mirada de los discípulos e indicar con su claridad y esplendor la majestad del que subía» (cf. Francisco Suárez, *Misterios de la vida de Cristo* disp.51 sec.2: BAC, t.3 p.810).

III LA TOPOGRAFIA

A) El monte Olivete

El monte Olivete se eleva al oriente de Jerusalén, separado de la ciudad por el valle del Cedrôn. El nombre le viene de los muchos olivares que en otro tiempo en él habia, especialmente en la vertiente occidental que mira a Jerusalén. Hoy es un monte sin vegetaciôn; sôlo en su base crece el olivo; rala y escasa trepa la maleza por sus laderas. De sus très cumbres, la mäs alta, la septentrional, llega a 818 metros de altitud y desde el siglo XIV se la conoce con el nombre de Viri *Galilaei*. La meridional, notablemente mäs baja, se llama monte del Escândalo, por haberla profanado Salomon con templos idolâtricos. La central, en la cual se ve hoy la aldehuela Cafr et-Tur, descuella unos 50 metros sobre el nivei medio de Jerusalén y unos 24 sobre el punto mäs elevado de la ciudad, unos 64 sobre la explanada dei templo, unos 130 sobre el nivel medio del valle de Josafat, 868 sobre el nivel del Mediterraneo y 1.200 sobre el del Mar Muerto. Desde el alminar de la iglesia de la Ascensiôn goza el observador la magnifica visiôn de la ciudad, contemplando, en primer término, la explanada dei templo con sus porticos y mezquitas. Espléndido es el panorama que ofrece el Mar Muerto, cerrado al fondo por los montes de Abarim, en la cordillera de Moab; la campina desolada de Jericô y el valle tortuoso del Jordân* (cf. Meistermann, *Guida di Terra Santa* (Firenze 1925) p.289 ss.).

On 3

B) El ulmbomon

•Segùn refiere Eusebio (cf. Vita *Constantini* 3,41-43), Santa Elena edifico una iglesia en el lugar donde el Salvador subiô a los cielos. En la *Peregrinatio Eteria* (cf. 31,1 y *passim*, en Geyer, *Itinera* 83) se le da el nombre de *Πι^λομον* (altura). Hallâbase muy prôxima a la hermosa basilica designada con el nombre de *Ecclesia in Eleona*, de la que se consideraba una ampliaciôn, a la manera de les baptisteries de las catedrales italianas.

Destrulda el 614 por los persas, la reedificô el obispo Modesto, pero dândole la forma de rotonda. Segùn Arculfo, que visitô los santos lugares el 685, constaba de très galerias circulares cubiertas, que envolvian un espacio abierto, en cuyo centro se veneraban las huellas de las divinas plantas. En el lado oriental habia un altar resguardado por un cobertizo. En el occidental se abrian ocho ventanales; frente a sus vidrieras ardian perpetuamente ocho lâmparas colgantes; éstas, con otra mäs fulgente que pendia en el cntro del santuario sobre las sagradas huellas del Salvador, esparcian tal resplandor a través de las vidrieras, que de noche iluminaban, no sôlo la vertiente del monte que mira al Cedrôn, mas también la parte mäs prôxima de la ciudad. La noche de la fiesta de la Ascensiôn brillaban infinidad de luces, de suerte que parecia arder el monte en Hamas. Carlomagno enviô a fines dei siglo VIII benedictinos que atendiesen al culto. Esta iglesia fué destrulda a principios del siglo XI por el sultan Hakim.

Después de la conquista de Jerusalén los cruzados reedificaron la iglesia, ilândole forma de octôgono. En el centro se alzaba un edificio, igualmente

octogonal, con cùpula sostenida por pilares. Para atender al culto se edificô un convento, donde vivian padres agustinos. Pero en 1187 las huestes de Saladino destruyeron al recinto exterior, que ya no ha vuelto a reedificarse, conservando la cùpula para mezquita». Y la mezquita permanece en el dia de hoy.

IV. LAS HUELLAS DIVINAS

Ya Eusebio (cf. *Dem. Evang.* 4,18: PG 22,457) habia de que en una cueva del Olivete se mostraban las huellas de los pies del Senor, y se sabe que tanto San Jeronimo como Santa Paula las besaron. Pero el testimonio antiguo mas contundente es el de San Paulino de Nola (cf. *Epist.* 31,4: PG 61.627), al que siguiô el de San Agustin (*In. lo.* tr.47,4: PL 35,1735). Posteriormente acreditan su existencia Sulpicio Severo, el ano 405 (cf. *Hist. Sacr.* 2,33: PL 20,148), y a partir de entonces, innumerables peregrinos de todas las épocas.

Véase, por ejemplo, cômô las describe el P. Castillo en el siglo XVII (cf. *El devoto peregrino* [Madrid, Imprenta Real, 1656] p.195 ss.): «En medio de esta iglesia hay otra capillita también ochavada. Su capacidad no es grande. Cabrân doce o catorce personas. En medio de esta capillita estâ la piedra sobre la cual estaba Cristo Senor nuestro cuando subiô al cielo, y dejô sus divinas plantas estampadas en ella. Hoy dia no se ve mas que la una, y es la del pie izquierdo, porque la del derecho se la llevaron los tureos al templo de Salomôn, habiendo para esto cortado la piedra. La razôn que para ello dan es como de las que ellos suelen dar, dictadas de sus bârbaros desatinos... Y asi refieren una patraha, y dicen que Cristo Senor nuestro y Mahoma subieron juntos al cielo desde el monte Olivete... y que cada uno dejô senalado un pie en la piedra, y que aquel que ellos han llevado al templo 0 mezquita suya es el de Mahoma, y a nosotros nos dejaron el de Cristo... Por estas senales que dejô Cristo senaladas en la piedra, se ve y conoce claramente que cuando subiô al cielo ténia vueltas las espaldas a Jerusalén y su rostro divino y soberano miraba al occidente. Las puntas y plantas de los pies ni miran al occidente ni al norte, sino entre el occidente y norte. Es el misterio que como Hijo de Dios venia al mundo para recoger las ovejas que se habian perdido de la casa de Israel y librarlas de la boca del lobo infernal y ponerlas a la diestra en su gloria. Mas ellas, ingratas a tan celestial beneficio, no quisieron oir las voces de su Pastor, por lo que les volverâ las espaldas para siempre jamâs. Y por eso en su ascensiôn vuelve su rostro al occidente, que son los gentiles... Y esto se echarâ de ver mâs claramente si consideramos que Jerusalén, respecto del monte Olivete, viene a estar al occidente, y el monte Olivete al oriente. Y asi desde el lugar que Cristo subiô al cielo, viene a quedar Jerusalén a la mano izquierda. Y asi por Jerusalén es representado el pueblo judaico, y éste viene a quedar a la mano siniestra, y el gentil a la mano diestra, representado en el monte Olivete, y que habiendo sido Jerusalén el lugar escogido, en que estuvo tanto tiempo la adoraciôn del verdadero Dios, se habia de pasar a Roma, en la cual asistiria el Sumo Pontifice, que siendo su Vicario tendria sus veces en la tierra...»

Hoy, los innumerables ôsculos de los peregrinos, el contacto de los rosarios, sortijas y medallas han gastado y desfigurado bastante la llamada «planta del pie izquierdo de Jesucristo», la cual, en verdad, en el sentido de la marcha, estâ orientada de sudeste a noroeste, es decir, hacia Europa.

V. LA ASCENSION Y LOS SANTOS

A) Una anécdota de Santa Gertrudis

La visión del triunfo glorioso de Cristo figura en el haber de no pocos santos y místicos. Cuéntase en la vida de Santa Gertrudis que un día, en la solemnidad de la Ascensión, y cuando ella recibia de mano dei sacerdote la Hostia santa, oyô a Jesûs, que le decia: «Heme aqui; vengo no para decirte adiôs, sino para Uevarte conmigo a la presencia de mi Padre» (cf. *Heraldo dei amor divino* I.4 c.36, citado por Columba Marmion; cf. *Jesucristo en sus misterios* c.16 [Edit. Litûrg., Barcelona, 2ª ed.] p.312).

B) San Ignacio en el monte Olivete

San Ignacio, durante su peregrinación a Tierra Santa, en 1523, visité el lunes 7 de septiembre el monte de los Olivos para venerar el lugar de la Ascensión, pero le inspirô tanto fervor la visita, que quiso repetirla, y entonces le ocurriô el curioso incidente que se registre en su llamada *Autobiografía* (cf. BAC, *Obras completas* t.1 p.228-229).

«Y acabado esto, volviendo donde antes estaba, le vino grande deseo de tornar a visitar el monte Olivete antes que se partiese, ya que no era voluntad de Nuestro Señor que él quedase en aquellos santos lugares. En el monte Olivete estâ una piedra, de la cual subiô nuestro Señor a los cielos, y se ven aún ahora las pisadas impresas, y esto era lo que él queria tornar a ver. Y asi, sin decir ninguna cosa, ni tornar guia (porque los que van sin turco por guia corren grande peligro), se descabullô de los otros y se fué solo al monte Olivete. Y no lo querian dejar entrar los guardas. Les diô un cuchillo de las escribanias que llevaba; y después de haber hecho su oración con harta consolación, le vino deseo de ir a Betfagé, y estando allâ, se tomô a acordar que no habia bien mirado en el monte Olivete a qué parte estaba el pie derecho, o a qué parte el izquierdo: y tomando allâ, creo que diô las tijeras a las guardas para que le dejasen entrar.

Cuando en el monasterio se supo que él era partido asi sin guia, los frailes hicieron diligendas para buscarle; y asi, descendiendo él del monte Olivete, topô con un cristiano de la cintura ¹, que vivia en el monasterio, el cual con un grande bastôn y con muestras de grande enojo hacia senas de darle. Y llegando a él trabôle reciamente del brazo, y él se dejô fácilmente llevar. Mas el buen hombre nunca le desasiô. Yendo por este camino asi asido del cristiano de la cintura, tuvo de nuestro Señor grande consolación, que le pareefa que veia a Cristo sobre él siempre. Y esto, hasta que llegó al monasterio durô siempre en grande abundanda».

¹ Asi se llaxnaba a los cristianos sirios que Servian en el convento de Monte Siôn, sin duda por razón del cenidor con que ataban su veste a la cintura.

C) *La vision de la Madre Agreda*

•Para celebrar este dia tan festivo y misterioso eligiô Cristo, nuestro bien, por especiales testigos, las ciento veinte personas, a quienes juntô y hallô en el Cenâculo, que eran Maria Santisima y los once apôstoles, los setenta y dos discioulos, Marla Magdalena, Marta y Lâzaro, hermano de las dos, y las otras Marias y algunos fieles, hombres y mujeres, hasta cumplir el nûmero sobredicho.

Con esta pequena grey saliô del Cenâculo nuestro divino pastor Jesûs, l'evândolos a todos dzlante por las calles de Jerusalén, y a su lado a la beatissima Midre. Y luego los aoôstoles y todos los demâs por su orden caminaron hacia Betania, que distaba menos de media légua a la falda del monte O'ivete. La compania de los ângeles y santos que salieron del limbo y purgatorio seguia al Triunfador victorioso con nuevos cânticos de alabanza, aunque de su vista sôlo gozaba Maria Santisima...

Con la seguridad que les previno el poder del mismo Senor, caminaron todos hasta subir a lo mäs alto del monte Olivete, y llegando al lugar determinado se formaron très coros, uno de ângeles, otro de los santos, y el tercero de los apôstoles y fieles, que se dividieron en dos alas, y Cristo nuestro Salvador hacia cabeza. Luego la prudentisima Madre se postrô a los pies de su Hijo, y le adoré oor verdadero Dios y Reparador dei mundo, con admirable culto y humildad, y le pidiô su ûltima bendiciôn. Y todos los demâs fieles que alli estaban, a imitaciôn de su gran Reina, hicieron lo mismo: y con grandes sollozos y suspiros preguntaron al Senor si en aquel tiemoo habia de restaurer el reino de Israel. Su Majestad les respondiô que aquel secreto era de su Eterno Padre, y no les convenia saberlo, y que por entonces era necesario y conveniente que en recibiendo al Espiritu Santo predicasen en Jerusalén, en Samaria y en todo el mundo los misterios de la redenciôn humana.

Despedido su Divina Majestad de aquella santa y feliz congregaciôn de fieles con semblante apacible y majestuoso, juntô las manos, y en su propia virtud se comenzô a levantar del suelo. dejando en él las senales o vestigios de sus sagradas plantas. Y con un suavisimo movimiento se fué encaminando por la regiôn del aire, llevando tras de si los ojos y el corazôn de aquellos hijos primogénitos, que entre suspiros y lâgrimas le seguian con el afecto. Y como al movimiento del primer môvil se mueven también los cielos inferiores que comprende su dilatada esfera, asi nuestro Salvador Jesûs llevô tras de si mismo los coros celestiales de ângeles y santos Padres, y los demâs que le acompanaban glorificados, unos en cuerpo y aima, otros en solas las aimas; y todos juntos y ordenados subieron, y se levantaron de 'a tierra, acompaôando y siguiendo a su Rey, Capitân y Cabeza» (cf. Sor Maria de Agreda, *Mlstica ciudad de Dios* [Barcelona, Gili, 1911J p.769-772).

VI. JOYA DE LA LITERATURA NACIONAL

Se ha lanzado la hipôtesis de que Fr. Luis de Leôn compuso su famosa oda en la festividad de la Ascensiôn de 1572. poco después de su arresto el 26 de marzo, cuando abrigaba la esperanza de un triunfo inmediato de su causa. Llobera créé que no puede ser anterior a 1578. Desde luego, es de

la mejor época de Fr. Luis. «No tiene más que cinco estrofas—dice Arjona—, pero éstas bastarían para dar a León la corona de la Urica moderna. Toda ella es belleza y grandeza». «Soberbia oda», la llama Vossler. Parece imprescindible insertar aquí la inmortal poesía (cf. BAC, *Obras cjmpletas castellanas*, 2.* ed. p.1460-1461).

«jY dejas, Pastor santo,
tu grey en este valle hondo, oscuro,
con soledad y llanto;
y tù, rompiendo el puro
aire, te vas al inmortal seguro?

Los antes bienhadados
y los agora tristes y afligidos,
a tus pechos criados,
de ti desposeidos,
Ja do convertirân ya sus sentidos?

JQué mirarân los ojos
que vieron de tu rostro la hermosura
que no les sea enojos?
Quien oyô tu dulzura,
^qué no tendra por sordo y desventura?

Aqueste mar turbado,
Cquién le pondra ya freno? JQuién concierto
al viento fiero, airado?
Estando tu encubierto,
jqué norte guiarâ la nave al puerto?

|Ayl, nube envidiosa,
aun deste breve gozo, Jqué te aquejas?
JDo vuelas presurosa?
jCuân rica tû te alejas!
jCuânpobres y cuân ciegos, jayl, nos dejas!»

SECCION VIII. GUIONES HOMILETICOS

SINOPSIS DE LOS GUIONES HOMILETICOS

Tenia litilrgico:

La fiesta de la Ascensiôn (i).

La Ascensiôn del Sefior:

La Ascensiôn, gloria de Jesucristo (2).

Alegria de la Ascensiôn (5).

Ascensiôn y juicio final (9).

Lecciones de la Ascensiôn:

«Os conviene que Yo me vaya» (3).

♦Yo estoy con vosotros» (7).

Cristo, nuestro Pontifice en el cielo (4).

Lecciones de la Ascensiôn (10 y 11).

El seguimiento de Cristo:

Como seguir a Cristo (6).

Dureza e incredulidad (8).

SERIE I: LITURGICOS

La fiesta de la Ascensiôn

I. *La Ascensiôn, fiesta de alegria.*

966

- A. Los discipulos volvieron a Jerusalén, después que Cristo subiô a los cielos, «llenos de una gran alegria» (Le. 24, 52). En estas palabras estâ senalada una de las características de la fiesta de la Ascensiôn.
- B. Las despedidas suelen ser tristes. También esta despedida de Cristo parece envuelta por una suave y tierna melancolia, que nuestro Fr. Luis de Leon ha expresado bellamente en su célebre oda a la Ascensiôn: «Y dejas, Pastor santo»...
- C. Pero, por encima de todo, la Ascensiôn es fiesta de ale-

LA ASCENSION DEL SENOR

gria sana, llena de optimismo; de la mejor y más plena de las alegrías, porque brota del triunfo de Cristo victorioso sobre el demonio, el mundo y la carne, y de nuestro triunfo sobre éstos en El y con El.

triunfo de Cristo.

San Leon Magno nos explica como el triunfo de Cristo fué causa de que los apóstoles y primeros discipulos celebrasen con alegría la subida de Cristo a los cielos: «En realidad, grande e indecible motivo tenían para regocijarse, porque a la vista de aquella santa multitud la naturaleza humana se elevaba por encima de la dignidad de todas las criaturas celestiales, para sobrepasar a los coros angelicos y subir por encima de las mismas eminendas de los arcángeles, sin detenerse un paso en su ascensión sublime, hasta llegar a la sede del Padre Etemo y asociarse en su trono a la gloria de Aquel a cuya naturaleza estaba unida ya en el Hijo» (cf. Pfo Parsch, «El año litúrgico», t.3 p.148).

- B. En este día Cristo es coronado como rey de reyes y queda sentado a la derecha de Dios Padre, participando en cuanto hombre en el gobierno real dei universo. Hoy es el día en que se realizan las palabras del apóstol San Pablo a los de Filipos: «Se humilló a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, y por eso Dios le exaltó y le dió un nombre que supera a todo nombre, para que ante El se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno» (Phil. 2,8-10). Hoy, por tanto, podemos cantar como nunca las palabras del «Gloria»: «Tú solo santo, Tú solo Señor, Tú solo Altísimo, ¡oh Jesucristo!»

96«

III. *Nuestro triunfo.*

- A. Lo expresa también el papa San Leon cuando dice: ♦Como la Ascensión de Cristo es nuestra elevación y el cuerpo espera también el día de ir en pos de su gloriosa Cabeza; exultemos, amadisimos, con santa alegría, desbordemos piadosamente nuestro agradecimiento. Porque hoy no solamente nos ha sido asegurada la posesión del paraíso, sino que además hemos penetrado, en la persona de Cristo, en lo más alto de los cielos. Habiendo adquirido por la gracia inefable de Jesucristo derechos más amplios que los que habíamos perdido por la envidia del demonio. Pues aquellos a quienes el venenoso enemigo habia despojado de la felicidad de su primera morada, el Hijo de Dios, incorporándolos consigo, los ha colocado a la diestra del Padre, con el cual

vive y reina en unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Así sea» (cf. Pfo Parsch, ♦El año litúrgico», t.3 p.148).

- B. Cristo en la última cena había dicho a los apóstoles: «Voy a prepararos lugar». La entrada de Jesucristo en los cielos es prenda segura de que un día entraremos allí también nosotros. El es la Cabeza y nosotros los miembros. Si El está en los cielos, donde está la Cabeza deben estar los miembros. Allí, pues, estaremos un día. Por tanto, en esperanza hoy hemos penetrado en los cielos.
- C. Podemos decir además que hemos triunfado con Cristo porque «penetró El en los cielos para presentarse constantemente por nosotros ante el trono del Señor» (Hebr. 9, 24). Vive «para interceder por nosotros» (Hebr. 7,25). «Si pecamos, tenemos allí un abogado» (1 Jo. 2,1).
- D. Finalmente, hemos triunfado con Cristo, porque después de la Ascensión recibimos al Espíritu Santo. Hasta que Cristo no fue glorificado no se nos podía dar, según los planes de Dios, el Espíritu Consolador. Podemos decir, por tanto, que la Ascensión nos alienta en los momentos de lucha o adversidad, cuando el deber es duro y difícil, porque «no hay proporción entre los sufrimientos de aquí abajo y la gloria futura que nos está reservada».
- E. La Ascensión nos enseña, además, a trabajar y a vivir con el corazón puesto en Dios. «Debemos trabajar, pero observando esta regla: que trabajemos como trabajan los ángeles, que ejercen fielmente el ministerio de nuestra guarda, los cuales de tal manera nos asisten y están de continuo a nuestro lado, que aun entonces tienen fija la vista en el paraíso, extasiados en la contemplación del rostro adorable del Padre Eterno, «in quem desiderant Angeli prospicere» (cf. Schuster, «Liber Sacramentorum», t.4 p.164).
- F. La Ascensión, por fin, nos habla de nuestra obligación de prescindir de la concupiscencia de nuestra ignorancia para vivir conformes a la santidad de Cristo, que nos Uamô. «Hemos de saber, hermanos, que con Cristo no sube la soberbia, ni la avaricia, ni la lujuria; ninguno de nuestros vicios puede subir con nuestro médico. Por tanto, si queremos subir en pos del Médico debemos renunciar a los vicios y pecados. Porque todos nos oprimen como cadenas y se empeñan en atarnos con las amarras de los pecados, y, por los mismo, con la ayuda de Dios, y según el consejo del salmista, «rompa-

•Z-

E *.?.** J

P?

-te

mos las ligaduras», para que así podamos decirle confiados al Señor: «Tú has roto mis cadenas y yo te ofreceré por ello una hostia de alabanza» (cf. San Agustín, lect. del 2.º nocturno del dom. infraoctava).

SERIES II Y III: SOBRE LA EPISTOLA Y EL EVANGELIO

La Ascension, gloria de Jesucristo

I. *Misterio Final.*

La Ascension es el último misterio de la vida visible del Salvador y, al mismo tiempo, la corona de todos estos misterios, sobre los que proyecta una luz definitiva. Es un misterio glorioso para Jesucristo y lleno de enseñanzas para nosotros.

- B. En el presente guión considerámes la Ascension del Señor en si misma, es decir, en lo que representa para Jesucristo.

970 II. *Termina singular y único.*

Nunca se oyó de un hombre que al salir de este mundo se elevase por los aires, penetrando en las alturas de los cielos. Los poetas apenas se han atrevido a inventar en sus ficciones lo que en realidad ocurrió con toda la sencillez de su objetividad histórica en Jesús Nazareno. La partida de todos los hombres de este mundo es distinta. En vez de subir, bajan. Los poderosos, los sabios, los gobernantes, lo mismo que los más humildes, bajan al sepulcro.

- a) *Al sepulcro que encierra su cuerpo, todos.*
- b) *Al sepulcro que borra su recuerdo de entre los hombres, de ordinario.*
- c) *Al sepulcro eterno de su condenación, seguramente no pocos.*

Solamente Jesucristo termina su paso sobre la tierra con el triunfo inaudito de su Ascension.

971 III. *Misterio anunciado por los profetas.*

Los Salmos anuncian la gloria de Dios, que se eleva en el gozo del que sube al sonido de la trompeta (Ps. 46).

- a) *«Al Señor le plugo habitar en el monte. El Señor fijó allí su mansión para siempre. Millones de espíritus celestiales ro-*

dean su carro y le cercan lanzando gritos de gozo. El Seüor estd en medio de ellos con la gloria y la santidad que brilla en el Sinai (Ps. 67).

- b) *San Pablo, citando palabras del salmo anterior, nos dird; «Subiô a lo mds alto de los cielos, llevndose cautiva a la cautividad, enviando sus dones a los hombres» (Eph. 4,8).*

B. Figuras de la Ascensiôn aparecen en el Antiguo Testamento.

- a) *Enoch. Agradô a Dios y fué transportado al paraiso (Eccli. 44» 16).*
- b) *Una figura mds admirable todavia es Elias, arrebatado por un carro con dos caballos de fuego y subiendo a los cielos en un torbellino (4 Reg. 2,12).*

IV. Admirable en el modo.

Lo que se aparece a los ojos de los apôstoles. Es admirable la Ascensiôn del Senor en las circunstancias visibles con que se realiza. Todas ellas contribuyen a la gloria de Jesucristo.

En presencia de toda la muchedumbre. De los cuales la inmensa mayoría, exceptuando a Maria Santisima y alguno de los apôstoles y mujeres, habian abandonado a Jesûs en el monte de su ignominia el Viernes Santo.

- b) *Pronunciando palabras que afirman categôricamente su poder universal.*
- c) *Bendiciendo a todos e indicando con ello que es real la grandeza de su reinado.*
- d) *Recibido gloriosamente por una nube, como en un trono. Apareciendo los dngeles, que han estado pendientes de su vida y de sus caminos de un modo invisible, pero que en este momento aparecen a los apôstoles como mandatarios y cortesanos del Rey.*

Lo que ocurre tras la nube. No es la principal gloria de Cristo la que aparece a los habitantes de la tierra; la verdadera y plena glorificaciôn de su humanidad ocurre mäs alla de la nube. Los ojos de los apôstoles podian seguirle mientras estaba patente a sus miradas. Cuando desapareciô, como nosotros hoy, aunque no lo contemplaban con los ojos de la cara, le seguian en su camino hasta la diestra del Padre con la mirada de la fe.

- a) *Su acompanamiento. Con Jesucristo van todos los justos, a los que ha librado dei seno de Abrahdn y los lleva al cielo.*
- b) *Le acompanan ademds los dngeles. En el Antiguo Testamento aparecen descritos los sentimientos y exclamaciones de los espiritus celestiales al ver avanzar la humanidad de Jesucristo, su Rey, con una gloria y esplendor superior al de ellos. Los dngeles van clamando: «Abrid joh principes! vuestros puertas y entrard el Rey de la gloria». Y alternando unos coros con*

LA ASCENSION DEL SENOR

otros de los dngeles se preguntan: tjQuién es este Rey de la gloria?» (Ps. 23).

- c) *Y todos los dngeles se postran en adoraciôn ante su Rey. Es bella la descripciôn de San Juan: *Yo miraba y oia en derredor del trono y de los animales y de los ancianos la voz de muchos dngeles. Su mimera de miliares de miles, diciendo con voz fuerte: El Cordero que ha sido inmolado es digno de recibir el poder y la divinidad... Honor, gloria y poder por los siglos de los siglos al que estd sentado sobre el trono y al Cordero» (Apoc. 5,11).*
- d) *Le siguen los corazones de sus discipulos y de todos los amigos de Jesûs que en el decurso de los tiempos vivirdn en espîritu*

- i. Los que dicen con San Pablo: ««iQuién nos séparera de la caridad de Jesucristo?» (Rom. 8,35). Ellos permanecen unidos a Cristo con el pensamiento, con el amor, con la palabre, con los anhelos.
- 2. Jesucristo vive ya no solamente en el cielo, sino que vive también en el cielo del corazôn de sus hijos. Estos dicen con San Pablo: «Yo vivo; pero no yo, sino Jesucristo vive en ml» (Gai. 2,20).
- 3. La conversaciôn de ellos estaré en el cielo (Phil. 3,20).

V. Admirable en sus efectos.

Considérâmes aqui los efectos de la Ascensiôn para el propio Jesucristo. Ademâs de la gloria accidental que el hecho mismo de la Ascensiôn supone para El, por este misterio:

Jesucristo se sienta a la diestra del Padre, «a la diestra de la majestad en las alturas» (Hebr. 1,3). Lo cual significa.

- a) *Que toma posesiôn de la gloria, del honor y del poder que le corresponden a El, «Senor de la gloria» (1 Cor. 2,8).*
- b) *Hoy se le da al Hombre Jesûs participaciôn en el poder real de Dios. La soberana facultad de poder disponer de todos los bienes y riquezas de Dios y la absoluta autoridad sobre todos los seres y criaturas dei universo. Hoy es nombrado juez de vivos y difuntos.*
- d) *Hoy es constituido espîritu vivificante (1 Cor. 15,45). Es decir, desde este momento actûa en la plenitud de su intensidad sobre la Iglesia, llendndolo todo, enviando sus dones a* los hombres (Eph. 4,8-10).*

La Ascensiôn con relaciôn a la vida pasada es

- a) *El término de los trabajos. El camino recorrido por Jesucristo ha estado lleno de abrojos; sintiô angustia y tristeza de muerte de abrazarse a la cruz, al contemplarla en el huerto de los Olivos, pero el gozo futuro que de esa misma cruz brotaria le hizo abrazarse a ella. Es decir, el misterio glorioso de la Ascensiôn, por los frutos que réptoria para todos los hombres*

y para la misma humanidad de Jesucristo, iluminô los misterios de dolor.

- b) *Garantía de su misión. El ha venido como un enviado de Dios; su reino no es de este mundo; al subir glorioso al cielo, indica el lugar de donde vino y al que ahora vuelve, como lugar de origen, y donde debe tomar posesión del reino y del lugar que corresponde a su cuerpo glorioso.*
*Confirmación de su doctrina. El Maestro anunció una verdad escandalosa a los ojos del mundo: *El que se humilia, será ensalzado» (Le. 14,11), «Los últimos serán los primeros» (Mt. 20, 16). En ningún caso tendrán confirmación más patente estas palabras que en la Ascensión de Jesucristo. El realizó los actos de más profunda humildad y El es, de modo singularísimo, exaltado. Este resumen de camino de humillación, de camino de gloria, nos lo da perfectamente San Pablo en las palabras a los Filipenses: »Antes se anonadó, tornando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y en la condition de hombre» (Phil. 2,7).*

«Os conviene que yo me vaya»

I. Cristo siempre presente entre nosotros.

97-1

Por el misterio de su Ascensión gloriosa es evidente que Cristo déjà de estar presente en la tierra de modo natural.

Sin embargo, continúa corporalmente entre nosotros por la presencia sacramental de la Eucaristía.

También permanece siempre junto a nosotros su divinidad.

- a) *El mismo Cristo, según el texto de San Mateo, conforta a los que presentían su Ascensión con estas palabras: «He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos» (28,20).*
 b) *De aquí la bella expresión de San León Papa: *El que sube a los cielos no abandona en modo alguno a los que adoptó» (cf. Serm. 72 c.3: PL 38,986).*

II. Conveniencia de la Ascensión.

075

Por la Ascensión, Cristo se va del mundo; a primera vista, esta marcha no parece muy conveniente a los hombres. Sin embargo, el mismo Jesús nos dice que la Ascensión, por la que corporalmente se aparta de nosotros, nos es más conveniente que su misma presencia natural sobre la tierra.

- B. Los frutos que se siguen de la Ascension dan testimonio claro de la verdad que las palabras de Cristo encierran. Estos frutos pueden considerarse principalmente en la contribución de la Ascensión al aumento y desarrollo de las virtudes teologales.

976 III. *La Ascension de Cristo aumenta la fe.*

La fe versa acerca de las cosas que no se ven. «Bienaventurados los que sin ver creyeron» (Io. 20,29). Mayor mérito tiene quien créa en Jesús reinando en el cielo que Tomás, a quien le fué necesaria su presencia corporal para creer.

El hecho de la Ascensión gloriosa al cielo es la contestation de Cristo al reto de aquellos que el Viernes Santo le decían que descendiese de la cruz. Más sorprendente es esta subida que aquella bajada que pedían. El mismo Cristo apela al hecho de la Ascensión como comprobación de que las palabras suyas sobre la promesa de la Eucaristia, aunque llenas de sorprendente misterio, son verdaderas. Cuando todos huyen incrédulos, dice que aquel misterio será recibido sin dificultad cuando contemplen con sus ojos el hecho admirable de la Ascension (Io. 6,63).

La fuerza probativa de una Ascensión gloriosa la confirman

- a) *Los paganos, que quieren difundir la especie de que Rômulo ascendió al cielo, a fin de tributarle más fdeilmente honores divinos.*
- b) *Los creyentes, como Simôn Mago, que pretende enganar al pueblo y respalda sus falsas predicaciones elevándose aparentemente a la vista de su auditorio.*

IV. *Robustece la esperanza.*

- A. Cristo nos había prometido: «Voy allá a prepararos un lugar. Y, una vez ido y preparado el lugar, volveré de nuevo y os Uevaré conmigo para que estéis bien vosotros allí donde Yo estoy» (Io. 14,3 ss.).

Esta esperanza tiene su raíz más sólida en la doctrina del Cuerpo místico.

En *Cristo y con Cristo*, nuestra cabeza, «hemos sido resucitados también nosotros y hemos sido sentados con El en el cielo» (Eph. 2,6). Hoy ya somos *therederos de Dios y coherederos con Cristo*» (Rom. 8,17).

- b) *Porque somos cuerpo de Cristo, cada uno un miembro distinto (1 Cor. 12,27). Y nadie odia su propia carne, sino que la sustenta y la cuida. Y así hace Cri to con su Iglesia, qye es*

- c) *Ahora bien, los miembros y el cuerpo siguen siempre a la cabeza. Luego también nosotros poseemos desde hoy mismo en Cristo, en la Cabeza, las riquezas y la gloria de la exaltación al cielo.*

V. *Enciende la caridad.*

Porque la Ascensión ha colocado a Cristo en el cielo. Ahora bien, como Cristo es el tesoro de nuestros corazones, éstos desde hoy son particularmente atraídos al cielo (Mt. 6,21).

- a) *Por lo cual los discípulos que no pudieron seguir a Cristo con su propio cuerpo le siguieron con los deseos ardientes del corazón y con la mirada fija en aquella nube bienaventurada que les había arrebatado la presencia del Señor.*
- b) *Para siempre quedó esta añoranza en el corazón de los discípulos, y cuenta la tradición que Pedro, al ser preguntado por la causa de su continuo llanto, contestó: oDesiderio Domini*. Por el deseo de estar con el Señor. Es el «cupio dissolvi et esse cum Christo* de San Pablo.*

- B. El Apóstol, considerando consecuencia lógica para el cristiano este vivir pendiente del cielo, donde está Cristo, nos dice: «Si fuisteis, pues, resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra» (Col. 3,1-2).
- C. Uno de los principales motivos por que la Ascension causa en nosotros aumento de caridad, lo encontramos en la relación que el propio Cristo ha establecido entre su ida al cielo y el envío del Espíritu Santo. Hasta el punto de afirmar que su Ascensión es conveniente, porque de lo contrario no puede venir el Espíritu Santo. Es decir, al desaparecer corporalmente Cristo de entre nosotros, se abre el camino para que la Trinidad espiritualmente se nos comuniqué con plenitud enviando al Amor sustancial el día de Pentecostés (cf. «Summa Theologica», 3 q.57 a.1 ad 3).

a
l

Cristo, nuestro Pontífice, en el cielo

I. *Sacerdote eternamente.*

El sacerdocio de Cristo comienza en el momento mismo de la encarnación. Esta parece la interpretación más acomodada a la Sagrada Escritura (cf. Hebr. 10,5-10).

Pero lo que tuvo principio ya no tendrá fin, porque Cristo es sacerdote para toda la eternidad.

- a) *El hecho de esta perpetuidad lo declara repetidamente San Pablo (cf. Hebr. 6,20; 7,24). Y ya estaba profetizado en el Antiguo Testamento.*
- b) *Indiscutiblemente, tal eternidad se extiende, por lo menos, hasta la consumación de los siglos. Los autores que restringen la duración del sacerdocio de Cristo hasta el fin dei mutuo lo relacionan solamente con la celebración del sacrificio eucarístico, en el cual Jesucristo es el principal oferente.*
- c) *Pero, nui aún, el sacerdocio de Cristo es eterno en sentido estricto. Permanece por toda la eternidad.*

B. Eterna es

- a) *Su dignidad sacerdotal. La raíz y fundamento del sacerdocio de Cristo, o, como dicen los teólogos, la causa formai—o cuasi formai—del mismo es la unión hipostática. Ella es la que constituye sacerdote a Cristo. Ahora bien, la unión hipostática es de fe que permanece eternamente.*
- b) *La acción sacerdotal de Cristo. Al menos en el sentido de que Jesús eternamente aprueba la inmolación cruenta hecha una vez en el sacrificio de la cruz. Y así eternamente esta ofreciendo a Dios el sacrificio de adoración y acción de gracias.*
- c) *La hostia que fué inmolada en la cruz. Por la cual allí perpetuamente estará presente la sagrada humanidad de Cristo con las cicatrices de sus llagas. San Juan nos dice en el Apocalipsis (5,6): «K vi al Cordero de pie como inmolado*. Une el apóstol el doble aspecto, inmolación y vida de Cristo, ante el Padre.*
- d) *La virtud y fruto de su sacerdocio y de su sacrificio.*
 - 1. *El fin dei sacrificio de Cristo no fué conseguir bienes temporales, sino eternos. Por lo que dice San Pablo: «Cristo fué constituido Pontífice de los bienes futuros* (Hebr. 9,11).*
 - 2. *La muerte de Cristo no se repetirá eternamente, pero los frutos de su muerte duran por toda la eternidad. Por lo que dice San Juan, que «la luz que ilumina la ciudad de los santos es el Cordero; aquel Cordero que está como inmolado» (Apoc. 21,23).*

9X0 IL Nuestro abogado en el cielo.

- A. *El sacerdocio que Cristo continua ejerciendo en el cielo es lo que llena de alegría el alma de los fieles en el misterio de su Ascensión.*
- B. *Es nuestro abogado en el cielo.*
 - a) *Lo dice San Juan para ofrecer el mejor motivo de consuelo al pecador: «Si alguno peca, tenemos junto al Padre un Abogado, Jesucristo» (1 Jo. 2,1).*
 - b) *Y San Pablo: «Cristo entré en el cielo para comparecer en la presencia de Dios en favor nuestro* (Hebr. 9,24)*

C. Como en la cruz en el cielo.

- a) *En la cruz ofreciô su pasiôn y su muerte interponiéndose como abogado nuestro ante el Padre. Ahora también en el cielo se presenta como abogado ante el Padre, y su mera presencia es una oraciôn interpretativa.*
- b) *Mds atin: no sôlo en sentido interpretativo, sino en sentido propio actualmente ora en el cielo por nosotros.*

Lo dice San Pablo: «Cristo Jesûs, el que murió, aùn mäs, el que resucitô, el que estâ a la diestra de Dios, es quien intercede por nosotros» (Rom. 8,24).

- 2. Los Padres afirman que Cristo en el cielo exige del Padre que atienda a los derechos que le presenta, ya que, en atenciôn a las promesas hechas por el propio Padre, Cristo ha merecido condignamente para los hombres la gracia y la gloria.

- c) *Por tanto, en la cruz pidiô al Padre por quienes le crucificaban, pero ésta era una oraciôn de siervo a Senior, con sùplica, con temor y con Idgrimas. En el cielo pide la justicia divina como Hijo, con confianza, ya libre y glorioso.*

D. Confianza y gozo. Porque mediante la Ascensiôn ha llegado al cielo ante un Padre juez un abogado que es hermano nuestro y que todo lo puede conseguir en el tribunal donde nos representa.

III. *Dispensador de los dones.*

981

A. Cristo al llegar al cielo, como Dios y Señor de todo, nos envia los divinos dones.

- a) *Asi lo habia anunciado. Pronuncia palabras de consuelo para aliviar la pena de los discipulos, al saber que el Maestro habia de irse: 'Os digo la verdad, os conviene que me vaya. Porque si no me fuere, el abogado no vendra a vosotros; pero si me fuere os lo enviaré* (Io. 16,7).*
- b) *Y San Pablo: «Subiendo a las alturas, lleva cautiva la cautividad, repartiô dones a los hombres..., subiô sobre todos los cielos para llenarlo todot (Eph. 4,8-10).*

B. Cristo, por tanto, en el cielo, aunque no sea causa meritoria, si lo es eficaz y prâctica de nuestra salud y reparte de hecho los dones conseguidos por sus méritos de redentor.

El principal don, resumen de todos los demds, que enviô poco después de su Ascensiôn, fué el Espiritu Santo.

- b) *José demostrô a su anciano padre Jacob que él dominaba en todo Egipto cuando enviô asnos cargados de trigo y abundantes dones y riquezas. Al verlos exclamé Jacob (Gen. 45,28): *Basta, mi hijo vive todavia; iré y le veré antes de morir. Nosotros, por los dones que nos envia Jesucristo desde el cielo, debemos prorrumpir en estos mismos deseos de ir a verlo. Precisamente los apôstoles, al recibir el gran don del Espiritu*

LA ASCENSION DEL SctfIOR

Santo, que Jesûs les enviaba del cielo, se pusieron en movimiento el dña de Pentecostes y quedaron iluminados para stempre todos los caminos de ellos, para no buscar otro reino de Cristo sino el autêntico y espiritual.

Alegría de la Ascension

982 I. *Un hecho real.*

- A. El evangelists San Lucas dice que los apôstoles se retiraron del monte de la Ascensiôn llenos de alegría. Parece, a primera vista, que es extraño semejante sentimiento de gozo; mäs natural seria que el misterio, que, anunciado por Cristo, llenô sus corazones de tristeza, hoy les dejara, al realizarse, un vacio lleno de descon-suelo.
- B. San Leôn Papa, no obstante, dice que en la présente fiesta debemos exultar de gozo y alegrarnos con pia-dosa acciôn de gracias (cf. *Serm.» i, sobre la fiesta de la Ascension). Y la misma liturgia se llena de los mäs gozosos sentimientos, resumidos en el prefacio de la misa, diciéndonos que al subir Cristo a los cielos de-rramô una nube de gozos sobre el orbe, y el mundo entero se alegra.

11. *Gozo de la Ascensiôn por lo que représenta para Jesucristo.*

En el tribunal de los hombres Cristo ha sido condenado. Con ello despreciaban los hombres el poder y los atri-butos divinos que para si Jesûs habia reclamado. La pregunta de Pilato (Io. 18,37): »iLuego tû eres rey?», seguida de pena de muerte, indica el desprecio por parte de la autoridad.

El mismo pueblo que en la plaza pide su muerte porque no quiere reconocer otra realeza que la del César, se mofarâ del Crucificado, retândole con escepticismo y proponiendo que venga Elias para hacerle descender de la cruz, ya que a él de ningûn modo le era posible. La Ascensiôn es la respuesta del poder real que hay en Jesucristo a estas preguntas de la autoridad humana y del hombre.

Es mas que rey. Se manifiesta su poder en el hecho portentoso que va a realizar; en la afirmaciôn rotunda de la plenitud del poder que le compete en el cielo y en la tierra; y finalmente

en la comunicaciôn de estos poderes a quienes ha elegido por apôstoles.

- b) *Mucho mds difícil es la subida triunfal de Jesucristo a los cielos qué descender de una cruz.*

D. Con razôn Jesucristo nuestro Señor les decia a los apôstoles: «Si me amaseis, ciertamente os alegrariais, porque me voy al Padre» (lo. 14,28).

111. *Alegria para nosotros.*

A. Con Cristo subimos al cielo.

- a) *Repetidamente lo afirma el Maestro: «Voy a mi Padre y a vuestro Padre» (lo. 20,17). «Me voy a prepararos un lugar... Vendré de nuevo a vosotros, os llevaré conmigo para que donde yo estoy estais también vosotros» (lo. 14,1-4).*
- b) *Es que, incorporada a Jesucristo, no solamente va nuestra naturaleza al reino de los cielos, representada en la humanidad de Jesús, sino que nosotros mismos, en cierto sentido, ya participâmes del gozo de la Ascensiôn. De modo pleno se realizard el dâa de nuestra resurrecciôn; pero un titulo que nos dé derecho a entrar en el cielo poseemos, porque los miembros deben seguir la suerte de la Cabeza.*

B. Una fuente de alegria frente al origen de la tristeza. Toda la tristeza que en el mundo se ha derramado ha sido obra del pecado. La alegria se perdiô entre los hombres con el destierro del paraiso terrenal, pena del pecado de Adân y de la humanidad entera en él. Una tristeza que se consuma formai y eternamente cuando tras el pecado viene la condenaciôn del infierno.

- a) *Frente a la tristeza con que el pecado inundô el mundo brota la fuente de alegria que es la redenciôn de Jesucristo.*
- b) *Y el misterio de la Ascensiôn en la humanidad de Jesucristo realiza con plenitud los frutos positivos de la redenciôn. Estos mismos frutos con eterna glorificaciôn los comunica a los justos, que penetran, acompaiândoles, en el cielo; algunos de ellos, probablemente, hasta con sus propios cuerpos. Este misterio viene a decirnos toda la alegria que ha de triunfar frente a la tristeza. Es la gracia en la plenitud de sus efectos frente al pecado; es la glorificaciôn eterna frente a la condenaciôn.*

IV. *Alegria universal.*

A. La presencia de Cristo en la tierra por la encarnaciôn, mäs afin por el nacimiento, mucho mäs por su manifestaciôn, era motivo de alegria para quienes conversaban con El, sobre todo para los discipulos y apôstoles, llamados a su intimidad, con quienes forma el núcleo primordial de la Iglesia que instituye. Alegria para el pueblo de Israel, que vivia esperando durante siglos la

presencia del Salvador. Para ellos, los profetas habian hablado sobre el Mesias con las imâgenes mäs bellas y alegres: Serâ la luz. el agua, el principe de la paz, el buen Pastor.

- B. En la Ascension dice Jesûs una palabra que rompe la barrera donde estaba contenida la vida del Maestro: «Predicad a todas las criaturas»; y parece que después de estas palabras, a medida que se levanta y abre sus brazos derramando bendiciones, se extiende por todo el mundo la luz de su doctrina, el agua bautismal de su gracia, la suave ley de sô amor, y que sus brazos de Pastor bueno se ensanchan para atraer hacia si a todas las ovejas perdidas. El misterio de la Ascensiôn alegra a todas las criaturas.

986 V. Verdadero sentido de esta alegría.

Finalmente, el dia de la Ascensiôn comienzan los apôstoles a adquirir el verdadero sentido de la alegría y las fuentes de donde brota.

Cumplimiento de la voluntad de Dios.

- a) *Los discipulos reciben la amonestaciôn de los dngeles, indiedndoles que no deben quedarse absortos en la contemplaciôn de aquel misterio de gloria; deben retirarse a Jerusalén a cumplir el mandato de Cristo. Mandato que, en primer lugar, les indica que deben prepararse a recibir el Espiritu Santo, y que después se hard universal en e' ministerio de la santificaciôn, de la predicaciôn y del gobierno de la Iglesia.*
- b) *Este doble aspecto de propia santificaciôn y santificaciôn de , los demds por el cumplimiento de la voluntad de Dios, es fuente de la verdadera y perenne alegría para todos nosotros.*

Camino de cruz. Es otra fuente de alegría, perfectamente unida a la anterior; porque en tanto la cruz la quiere Dios, en cuanto significa el cumplimiento de su voluntad y el camino mäs corto para llegar a El.

- a) *Los apôstoles que se van llenos de gozo hacia el Cenaculo, Uenos tamban de alegría saldrdn de la presencia de los tribunales, donde han sido cor.denados por predicar el nombre de Jesûs.*
- b) *Y esperando este gozo de una glorificaciôn semejante a la de Cristo, el apôstol San Pablo verd que se inundan de alegría todos sus caminos, que parecen llenos de tribulaciones (2 Cor. 7,4).*

Cômo seguir a Cristo

1. *Tras el Maestro.*

987

- A. Jesucristo vino al mundo para enseñarnos el camino que ha de seguir el hombre, a fin de encontrar de nuevo a Dios perdido por el pecado.
- a) *En el santo Euangelio sigucn a Jesûs las turbas, los amigos, los discipulos. Especialmente, le siguen los apôstoles, invitados por el Maestro para que le queden definitivamente unidos en la misiôn de predicar la verdad a todas las gentes. Seguir los pasos de Jesucristo, he aqui el medio único de encontrar a Dios.*
 - b) *Sin embargo, al tratarse de su Ascensiôn a los cielos, Jesucristo habia a los apôstoles diciéndoles que *a donde El va ellos no le pueden seguir» (lo. 13,33). Los mismos dngeles sorprenden el dia de la Ascension a los apôstoles pendientes con su mirada de la nube que oculta a Jesûs y les intiman a que se retiren y trabajen en el mundo, esperando el dia en que Jesûs recorrerd de nuevo el camino que ahora lleva. En este momento es camino glorioso, después sera venida como juez.*
- B. Sin embargo, siempre será verdad que para no andar en tinieblas hemos de seguir a Jesucristo (lo. 8,12). Enumeremos los distintos modos según los cuales debemos seguir a este Jesûs que se va de entre nosotros con su humanidad gloriosa por el misterio de la Ascensiôn.

II. *Con la admiraciôn.*

- A. La liturgia, en el canto de las letanias, al tratar de los misterios del Senor, aplica al de la Ascensiôn el epíteto de «admirable»: «'Admirabilem ascensionem tuam».
- B. Admirable la Ascension, porque es un hecho único en la historia. Nunca se ha oido en la vida de un hombre que por su propia virtud haya ascendido gloriosamente en presencia de los demás.
- a) *Simon Mago recibe el castigo de su temeraria osadia dando en el suelo con su cuerpo, que pretendiô subiera a lo alto por artes de magia.*
 - b) *Los mismos dngeles, según la Escritura. quedan admirados al contemplar la Ascensiôn de Cristo: tjQuién es este que viene de Edôn con vestiduras hennosas y ensangrcntadas, avanzando con una sorprcndcnte manifestaciôn de su poder?» (Is. 63,1), y se sorprenden, según el Salmo, cuando son invitados a abrir las puertas del cielo para recibir en majestad al Rey de la gloria (Ps. 23,7-9).*

9

III. Con *el deseo*.

A ello nos invita Jesucristo cuando nos dice que debemos tener el corazón donde está nuestro tesoro (cf. Mt. 6,21).

- B. San Pablo, al contemplar a Jesucristo en el cielo, nos invita: «Si fuisteis, pues, resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios» (Col. 3,1).

San Agustín encontraría perfectamente adaptada su felicísima expresión «nos hiciste para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti», aplicándola al deseo de! corazón cristiano, sobre todo de! aima profundamente espiritual, que anhela con San Pablo estar con Jesucristo en el cielo, y para ello pasar pronto por la puerta obligada de la muerte. Hay en nosotros vida de Cristo y sangre suya, que réclama, cuando atendemos a sus deseos, la unión definitiva con el que es nuestra Cabeza.

990 IV. Con *el desprecio de las cosas terrenas*.

Jesucristo, al invitarnos para seguirle, primero en esta vida para después poder seguirle en la otra gloriosa, nos dice: «Si alguno quiere venir en pos de Mi, niéguese a si mismo, tome su cruz y sigame» (Mt. 16,24).

- a) *Es, por tanto, la primera condición la negación y desprecio de las cosas terrenas y de nosotros mismos para seguir a Cristo.*
 b) *Es que virtud fundamental y necesario en la vida espiritual es la de la humildad.*

San Pablo, al invitarnos, según vimos en el texto de los Colosenses, para que busquemos las cosas que son de arriba, puesto que Cristo está allí, lógicamente y en paralelismo inmediato nos dice que no busquemos las cosas que son de la tierra.

Por eso las almas espirituales encuentran tan natural y aceptan la expresión de San Ignacio que resume la impresión que le causa al contrastar el cielo con la tierra: «¡Cuánto hastia la tierra cuando se contempla el cielo!»

991

Con *la esperanza y la confianza*.

- A. Esperanza que nace de la promesa de Jesucristo, que nos dice que va a prepararnos un lugar (cf. Jo. 14,2). Y, como si ya lo hubiéramos obtenido, San Pablo (•Eph. 2,6) nos dice que Dios nos ha hecho sentarnos en un trono celestial en Jesucristo.
 B. Porque, según San León Magno, donde está reinando

gloriosa la cabeza, está también. por la esperanza. el cuerpo. San Gregorio Magno tiene una comparaciôn inuy grâfica: «Aunque actualmente la agitaciôn de los acontecimientos haga fluctuar nuestra aima, tengamos fija en la patria eterna el âncora de nuestro espîritu, afirmemos en lg verdadera luz la mirada de nuestra inteligencia».

VI. Con *et temor*. 992

Los ângeles de la Ascension, al recordarnos la venida final de Jesucristo como juez, nos indican que debemos prepararnos en esta vida con el trabajo en nuestra propia santificaciôn y en la santificaciôn de los demâs, como lo hicieron los apôstoles, labrando nuestra salvaciôn con temor y temblor.

VII. Con *la inocencia de vida*. 998

A. Para subir al monte del Senor y permanecer en el lugar santo, nos dice el Salmista que es necesario caminar con manos limpias y corazôn puro (cf. Ps. 23,4). Si queremos seguir al que ahora en su viaje final llega hasta el cielo,

Debemos seguirle antes durante esta vida por el camino de la virtud que El recorriô.

b) *Debemos tener por cierto que «no entrara nada manchado en el reino de los cielos» (Apoc. 21,27).*

San Agustin (cf. Serm. 176) nos dice: «(Jon el autor de la bondad no sube la malicia, ni con el maestro de la humildad, la soberbia; ni con el Hijo de la Virgen, la lujuria y la impureza. No suben los vicios detrds del Padre de las virtudes, ni el pccador iras el justo, ni las enfermedades pueden caminar (ras el medico.*

Yo estoy con vosotros»

1r

I. La *presencia de Cristo*. 994

La union del hombre con Dios, sea en una religion natural, sea en una religion sobrenatural, es la ùnica que puede dar seguridad y esperanza a la vida del hombre. Es la ùnica meta de todas las aspiracioaes, y serâ, finalmente, el objeto de la glorificaciôn en la otra vida. La feliz expresiôn de San Agustin: «Nos hiciste, Senor. para

ti y nuestro corazôn estâ inquieto hasta que descanse en ti», vale tanto en la religiôn sobrenatural como en la natural.

Pero en la religion sobrenatural en que vivimos, la presencia de Dios se ha elevado infinitamente de plano, tanto en esta vida por la gracia santificante, como en la otra por la glorificaciôn, que consistirá en la visiôn intuitiva: en ver a Dios como El se ve, en amarlo como El se ama, en gozarlo como El se goza.

Presencia de Dios en Cristo. Pero vivimos no solamente en un orden sobrenatural, sino que se agrega el que estâmes redimidos por Jesucristo, lo cual significa que aquella gracia perdida por el pecado de Adân, por el que Dios se aleja del hombre, ha sido rescatada por la venida del mismo Dios hecho hombre.

Una vez gustada la presencia de Dios entre nosotros no se acallarân los deseos del corazôn hasta tanto que tengamos certeza de su permanenda en la tierra. Estudiando la psicologia del corazôn humano, no bastará el recuerdo de su paso entre nosotros.

Jesucristo, conociéndohos perfectamente, respônde a los deseos de nuestro corazôn y a los deseos del corazôn de Dios, cuyas delicias son estar con los hijos de los hombres (Prov. 8,31); tiene buen cuidado el dia de su Ascensiôn de decir una palabra en la que toda la Iglesia y todos los hombres pueden descansar: *He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumaciôn de los siglos» (Mt. 28.20).

II. *Cun* vosotros en el sacrificio de la misa.

La santa misa es sacrificio. Por tanto, perpetua entre nosotros los méritos de Cristo. El ha querido que aquellos méritos obtenidos en su sacrificio del Calvario se nos comuniquen por otro sacrificio que no solamente recuerde, sino que sea reproducciôn, aunque incruenta, del de la cruz, donde El realmente estâ présente, siendo sacerdote y victima. Si El nos incorporo en el Calvario para ofrecernos en sacrificio de redenciôn, El viene cada mañana a comunicar los frutos en su propia persona desde el altar.

La santa misa es sacramento. Tan cerca de nosotros llega Cristo en el sacrificio de la misa, que se introduce en el cuerpo de quien se acerca a recibirle en el sacramento de la comuniôn. La vida sobrenatural que hay en el aima por la gracia es el propio Jesucristo, quien la hace aumentar cada mañana al venir en la hostia consagrada al corazôn del cristiano.

La misa hace que Cnstu este perpetuamente présente en nuestros sagrarios por el sacramento que en ellos se

reserva: desde el sagrario Jesucristo repite a todas las horas del día y de la noche su invitación: *Venid a mi todos los que trabajáis y estáis cargados y yo os aliviaré» (Mt. 11.28).

111. *Con vosotros en la Iglesia.*

A. Conciencia de ser Cuerpo místico. He aquí una fuente de energías y de gozo extraordinario. El cristiano debe meditar con frecuencia lo que significa esta expresión: «yo soy Iglesia», «soy cuerpo de Cristo», «soy sarmiento unido a El, que es la vida».

- a) *Con todo lo que hay de valor y fuerza en la Iglesia.*
- b) *Con todas las gracias y con todas las exigencias.
Con todos los derechos y todas las obligaciones.*
- d) *Con toda la seguridad del triunfo en medio de las dificultades. Sabiendo que en cada momento, aunque aparentemente pueda creerse lo contrario, encuentro lo necesario para edificar positivamente la santidad, con tal de que aproveche la gracia que Dios me envía.*
- O *Finalmente, con la seguridad del triunfo final, que terminará en nuestra eterna glorificación.*

Precisamente por la Ascensión.

En virtud de su muerte en cruz, podemos ser incorporados a Cristo como miembros.

- b) *Pero no hemos sido incorporados para la aplicación de esos frutos al Cristo temporal, mientras vivía en la tierra, sino únicamente al Cristo triunfante exaltado a la gloria del Padre, al Cristo de la Ascensión.
Tuvo que abandonarnos y alejarse de nosotros para poder acercarse más, para hacerse una misma cosa con nosotros en la realidad de su Cuerpo místico.*
- d) *Sube a los cielos para darnos los frutos conseguidos, para llenarlo todo» (Eph. 4,10).*

IV. *Con vosotros en el sacerdote.*

Hubiera sido gran seguridad para el hombre redimido el saber que contaba con los méritos del Redentor y que al aplicárselos Dios estaba presente a él; y tener el símbolo de su presencia real en el sacrificio de la misa y sacramento de la Eucaristía.

Pero Cristo ha querido dejar un testimonio de su presencia entre nosotros más palpable, más asequible aún, más al alcance de nuestras necesidades. Es en sus ministros, en la jerarquía de la Iglesia. Lo necesitábamos mientras caminamos por el mundo.

Toda la misión de Cristo la perpetúa la Iglesia docente.

- a) *Cristo es Rey y da poder de gobernar a sus ministros. Serán personas humanas \ visible' a quienes «e puede ver y nfr. Lr»*

- ;<\i>enios seguii nw» buenos pastores que «ertalan *el cannno positivo haci.i el cielo y icusan y condenan los peligros y desviaciones que nos apartan de Dios.*
- b) *Cristo es sacerdote y santificador y en las numas dei sacerdote dejarâ una serie de medios visibles establecidos por El que nos comunican eficazniente la gracia santificante.*
- c) *Cristo es Maestro que riene a revelamos toda la verdad, y en el magisterio infalible de su Iglesia nos deja Id luz segura e inalterable que no puede sufrir sombra de error*
- [). Al papa, a los obispos y a los sacerdotes podemos acudir con la misma seguridad que a Jesucristo, porque es el modo mäs palpable con que Jesûs confirma la realizaciôn ininterrumpida de su promesa: «He aqui que yo estoy con vosotros hasta la consumaciôn de los siglos*.

998 V. Conclusion.

Permanezcamos con Jesucristo en la Eucanstia, en un vivir consciente de nuestra vida cristiana, perfectamente unidos a la jerarquia de la Iglesia, porque este es el modo de que Cristo, lo mismo que se ha hecho présenté a nosotros hasta la consumaciôn de los siglos, se haga después présente en una eternidad de gloria.

8

Dureza e incredulidad

999 J. Dos partes de la vida gloriosa de Jesûs sobre la tierra.

- A. En el periodo de los cuarenta dias que Cristo pasô sobre la tierra entre la Resurrecciôn y la Ascensiôn, deben distinguirse dos partes.
- a) *La primera abraza los primeras diez o doce dias y mäs, en concreto, la primera semana. En este primer periodo las dudas y temores, las meertidumbres de los apôstoles fueron muchos.*
- b) *En el segundo periodo hasta la Ascensiôn cesaron las dudas y las incertidumbres y los apôstoles creyeron mds firmemente.*
- B. El reproche, por consiguiente, se refiere a la incredulidad y dureza de los apôstoles durante el primer periodo ; muy especialmente a la incredulidad de Santo Tomäs. Los comentaristas han visto relaciones especiales entre el reproche de dureza e incredulidad por parte de Jesucristo y su partida de este mundo por la Ascensiôn.

II. *Reprocha la incredulidad.*

1000

- A. Los apôstoles no habian querido creer el testimonio de los Angeles, ni el de las mujeres, ni el de Pedro, ni el de los discipulos de Emails; Santo Tomâs se resiste a creer el testimonio de los diez apôstoles. Todos, en mayor o menor escala, habian rechazado el testimonio de testigos presenciales dei sepulcro vacio y del anuncio de que Jesûs habia resucitado de entre los muertos.
- B. Eran dignos especialmente de reprensiôn los que van a predicar una doctrina plena de misterios. Ellos deben procurar tener un conocimiento y una fe profunda en aquellas mismas verdades que han de proponer.
 - a) Tanto *nids dignos de reprensiôn son aquellos que no han creido al testimonio de otros, cuanto ellos mismos después de la Ascensiôn han de predicar a todas las criaturas y exigir, bajo pena de condenaciôn, que admitan la doctrina que proponen.*
 - b) *Por esta reprettsiôn los apôstoles se excitaron a humildad, con la que se préparai! a recibir los altos poderes que Cristo les es a comunicar.*

111. *Reprende la dureza de corazôn.*

1001

- A. Es que Cristo quiere cambiar el corazôn de los apôstoles por uno lleno de caridad y de humildad. La dureza del egoísmo y de la soberbia hace rechazar toda semilla como aquel camino de la parâbola en que la simiente no penetra.
- B. Es la misma reprensiôn que en la tarde del domingo de gloria Jésus hace a los discipulos de Emaüs, a quienes llama «necios y tardos de corazôn'» (Le. 24,27).
Jesûs quiere imprimirles en los ùltimos momentos de su estancia en la tierra la lecciôn. unica que han de predicar y han de vivir: que el camino del cielo es la cruz, que su cuerpo glorioso ha brotado de un sepulcro.

IV. *La fe, principio de vida espiritual.*

- A. La incredulidad que Jesûs reprende en los apôstoles nos demuestra que la virtud de la fe es necesaria e indispensable como fundamento de nuestra vida espiritual.
- B. El concilio de Trento (cf. ses.6.a c.8) la Hama fundamento y raiz de nuestra justificaciôn.
 - Fundamento positivo. Ella nos porte en contacto, por medio de su luz, con todas las verdades de orden sobrenatural, con la vida intima de Dios en el misterio de la Trinidad, con la realidad que se encierra en Jesucristo, fuente de nuestra salud.*
 - b) *La humildad es el fundamento negativo. Por la soberbia huve Dios de nosotros. Por la humildad vuelve a nosotros. Pero*

esta humildad así entendida no es sino una condición previa, fundamento que renueve dificultades para que Dios esté presente en nosotros por la virtud de la fe.

- i) De aquí que la fe viva sea la raíz de todo bien espiritual. Cuando el alma tiene conciencia clara de los bienes «espirituales» y camina por la vida a la luz de esa voz de orden sobrenatural, se siente llena de una santa audacia para luchar contra los enemigos y para acometer las más grandes empresas. Esta es la fe que Jesucristo quiere afianzar en el corazón de aquellos que deben acometer la gran empresa de la predicación de la verdad evangélica a todo el mundo.

ion.; V. La caridad. plenitud de vida sobrenatural,

- A. Así como les reprende la incredulidad, les reprende también la dureza del corazón.
- B. La caridad es lo que ablanda en realidad nuestros corazones.
 - a) Amor a Dios, que hace que nuestro corazón sea sensible a los mandatos y deseos de su voluntad.
 - b) Amor al prójimo, que hace al corazón percibir como propias las necesidades del prójimo.
- C. Así se prepararon perfectamente los apóstoles para predicar por Dios a todas las criaturas. Así viviremos nosotros con perfección la vida espiritual: con amor a Dios y amor al prójimo.

1001 VI. Conclusion.

Después de la Ascension los apóstoles se preparan para recibir al Espíritu Santo. el que es luz, que les enseña todas las verdades de la fe y es el amor substancial de la Trinidad, que enciende en sus corazones el fuego del amor.

9

Ascensión y juicio final

10(Γ> 1. Dos lemas unidos.

- A. El día de la Ascension. Quizá nos sorprende a primera vista que los ángeles de la Ascensión vengán a traer a la memoria de los absortos discipulos el tema fuerte del juicio final, cuando les dice: «Ese Jesús que ha sido llevado de entre vosotros al cielo vendrá así como le habéis visto ir al cielo» (Act. i,n).
- B. La liturgii. Pareceria natural que el afio htûrgico se cerrara con el tema del juicio final, pero también en el

primer domingo de Adviento, inicio dei ano litûrgico, nos prépara a conmemorar la vcnida amable de Dios hecho Nino con el tema del dia final.

Estân, sin embargo, los dos temas perfectamente relacionados entre si.

- a) *La Ascensiôn de Cristo es por si misma un tema que pone luces de alegria en todos los misterios de su vida y da fuerza y solidez a los discipulos que creyeron y siguieron al Maestro. Hasta los mismos dngeles que habian a la muchedumbre vienen con la vestidura alegre y festiva de sus tûnicas blancas.*
- b) *Y si es cierto que la escena del juicio final serd terrible, sin embargo, para los verdaderos discipulos de Jesûs ella sera el comienzo de la redenciôn en la plenitud de sus efectos. Entonces, resucitados los cuerpos gloriosos, tendrân la apoteosis que el mismo Cristo alcanza con su Ascensiôn. Cuando el Maestro explica a los suyos las circunstancias del juicio final, la escena, que sobrecoge sus dnimos, queda iluminada por las palabras: «Cuando comiencen a suceder estas cosas, cobrad dnimo y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redenciôn» (Le. 21,28).*

La tradiciôn cristiana es un ejemplo digno de atenciôn.

- a) *La Iglesia de los primeras tiempos comprendia el profundo significado de la vida cristiana y vivia con la ansiedad y anoranza de que llegase el dia del Seûor. La expresiôn litûrgica de sus deseos era el «Veni, Domine, lesu».*
- b) *Era la oraciôn que el propio Cristo habia dejado en los labios de los cristianos, a quienes mandô que hicieran oraciôn diciendo: «Adveniat regnum tuum*.*
Toda la revelaciôn escrita se cierra con el mismo anhelo: «Ven, Senor, Jesûs» (Apoc. 22,18).
- d) *Hoy no es tan vivo y perenne este recuerdo y lo admiramos en la vida de los santos. Una sociedad mds consagrada al trabajo humano y al triunfo y conquista de este mundo pretende suprimir el pensamiento del juicio final. A los que tienen tal concepto de la vida los condena el Apôstol: «El termina de éstos serd la perdiôn, su dios es el vientre y la confusiôn serd la gloria de los que tienen el corazôn puesto en las cosas terrenas» (Phil. 3,19).*
- e) *Mientras para el cristiano, segûn el mismo testimonio, aquel dia de Cristo es el de su triunfo: «Porque somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos al Salvador y Senor Jesucristo, que reformard el cuerpo de nuestra vileza conforme a su cuerpo glorioso en virtud del poder que tiene para someter a si todas las cosas» (Phil. 3,20-21).*

II. «Negociad mientras vuelvot (Le. 19,13).

: »06

Cristo es aquel rey de la parabola que va a una region lejana para recibir el reino que le toeô en herencia y volverâ después. Al irse ha dejado los talentos repartido.. en proporciones distintas a los apôstoles, discipulos y a

B

todos los cristianos. A Mana Santisima le dejô una cantidad insuperable de talentos. No quiere Cristo ociosidad porque vendrà después a pedir'estrecha cuenta de todo con objeto de premiar a quienes lo hayan merecido.

Por lo cual los Angeles recuerdan a los discipulos que vayan al trabajo porque les interesa prepararse para la segunda venida. Si a los mismos que estaban absortos en contemplar aquel misterio del triunfo de Cristo hablan asi los ângeles, es bueno revisar

- a> Nuestra *vida de oraciôn*. No vaya"a ser un *poco jalsa y cômoda*, sin producir el fruto que Dios quiere de ella en los *de-mds*, y especialmente en nosotros mismos.
- b) Los fieles de organizacinnnes de apostolado cuiden de no estar ociosos en una estéril y falsa contcmplaciôn de si mismos, del sacerdote, etc.
Cuanto mas debe temer el que esta totalmente ocioso en su vida.
- d) No justifica la ociosidad el hecho de tener resueltos nuestros propios problemas. Lo mismo en el orden natural que sobrenatural, el que no trahaia, por el mero hecho de no hacerlo, ya falta.
El que entierra su talento lo devolvero, segün la parabola, a la l'uelta del Senor; pero el no habeiio hecho rendir mds sera razôn suficiente para que quede totalmente condenado.

C. ' San Mateo narra a continuaciôn de la parabola que estâmes aplicando el sermon sobre el juicio final, al cual manifiestamente quiere Jesûs que la apliquemos.

III, *Esperanza y temor.*

El recuerdo del juicio en este dia nos dice que debemos caminar uniendo el temor con la esperanza.

- a) *Esperanza que se robustece en la Ascension de Cnsto, porque, segtin dice San Leôn Magno (cf. Serm. de la Ascensiôn).*
•Alli donde reina' gloriosa la Cabeza, vive por la esperanza el cuerpo*.
- b) *Pero caminando con temor, con la certeza de que antes de conseguir el triunfo definitivo tendremos que ser citados a juicio.*

He aqui el doble apoyo en nuestro camino: esperanza para no desalentamos, temor para evitar el pecado.

1008 IV. Conclusion.

A la luz que se desprende del cuerpo glorioso de Cristo que sube a los cielos, aprendamos la lecciôn que ella nos ofrece y abracémonos al trabajo, que ha de fructificar en el triunfo definitivo.

10

*Lecciones de la Ascension (I)**Cristo, nuestro modelo.*

1009

- A. Jesucristo a lo largo de toda su vida es el modelo que el hombre debe imitar en su camino hacia Dios. Ni una sola escena del vivir de Cristo podemos encontrar que, en uno u otro modo, no pueda ser un ejemplo posible de imitar para el hombre.
- B. Las palabras de Jesûs: <Os he dado ejemplo para que vosotros hagâis igual que yo he hecho» (Io. 13,15), tienen aplicaciôn a su vida entera.
La Ascensiôn, misterio que resume todos los precedentes de la vida del Salvador, nos ofrece lecciones admirables de ejemplaridad. Hasta tal punto que en él se sintetizan todos los ejemplos que entre nosotros diô a su paso por la tierra.

II. *Principio y fundamento de la vida cristiana.*

1010

- A. San Ignacio de Loyola ofrece al comenzar sus «Ejercicios» la consideraciôn sobre el Principio y Fundamento: orienta al hombre desde el comienzo hacia su ûltimo fin; le coloca mirando hacia Dios y sitviéndose de todas las criaturas para alabar, hacer reverencia y servir a El, consiguiendo asi su propia salvaciôn.
 - a) *Este ejercicio o consideraciôn penetra como nervio o hilo conductor toda la trama del cuerpo de los «Ejercicios» hasta «la contemplaciôn para alcanzar amort, que no es sino el mismo Principio y Fundamento considerado en su ûltima perfecciôn de la vida sobrenatural.*
 - b) *Es decir, que esta verdad ha de ser norma de toda la vida del cristiano, como deberia ser de toda la vida del hombre bien ordenado hacia Dios.*
- B. La Ascensiôn de Jesucristo que contemplamos es un ejemplo vivo y real del punto adonde nos conduce el Principio y Fundamento cuando lo hemos realizado en nuestra vida. A la luz de este misterio tienen un valor y ambiente muy propios las palabras de Jesûs que recoge San Juan antes dei discurso de la ûltima Cena.
 - a) *«Sali del Padre y vine al mundo; otra vez dejo el mundo y vuelvo al Padre» (Io. 16,28). Pie aqui toda la trayectoria de la vida de Jesûs y la de todos los hombres. Venimos de*

Dios v ViH\. a Dios; pero, con *mayor perfecciòn que lo dice San Ignacio, Jesi cristo quierc subrayar algo mds que la relacion de cik. unis y Cicador didendo que viene del Padre y va al Padre; es dear, somas hijos. Es lo que debe regular toda nuestra actuation en el mundo. Tener conciencia de la dignidad de nuestro origen y del termino hacia el que caminamos.*

h) *La obra sobre la tierra. Entre ese venir y volver hay un periodo de tiempo en la vida de Jesûs y en nuestra vida. Tiempo para mcrecer que vivimos sobre la tierra. En la Ascensiòn de Jêsus recogemos de nuevo las palabras de sus discursos para aprender en este ejemplo la obra a realizar:*

1. «He glorificado tu nombre sobre la tierra* (lo. 17,4). Esta palabra final de Jesûs va unida a la primera palabra pronunciada en nombre suyo por los ângeles en Belén: «Gloria a Dios en lo mâs alto de los cielos». El hombre ha nacido para alabar a Dios. He ahi el resumen de toda la vida de Jesûs: la glorificaciòn de su Padre. Glorificaciòn que no consiste solamente en palabras, sino en el cumplimiento de su voluntad: «He aqui que vengo para hacer, |oh Dios!, tu voluntad» (Hebr. 10,5 ss.). Asi comienza la vida de Jesûs, y por el cumplimiento de su voluntad hasta la muerte, y muerte de cruz, discurre en cada uno de los momentos de ella. Por esta glorificaciòn a Dios en la Ascensiòn el Padre correspondest, porque ha llegado la hora en que se cumpla la peticiòn del Hijo de que el Padre le glorifique (lo. 17,1).
2. «He consumado la obra que me encomendaste» (lo. 17,4). Jesûs ha realizado toda la obra encomendada por el Padre. Porque nos sirva una linea de resumen, nos podria servir la estrofa del himno del Corpus: «Se nascens dedit socium, convescens in edulium; se moriens in pretium, se regnans dat in praemium». Se hizo nuestro hermano en Belén, con todos los ejemplos de su vida oculta y de su vida pùblica, con su predicaciòn, con la instituciòn de su Iglesia, con la bendiciòn de sus milagros, con la explicaciòn de su ley de amor.

- 1A Nuestro manjar en la cena, instituyendo en ella el sacrificio y sacrarr.en'o de la Eucaristia, por el que se va a perpetuar su prijenca en la tierra en un sacrificio que comunica todos los meritos conseguidos en el Calvario y que facilitâtnd su uniim personal a cada uno de los cristianos en el Sacramento del Amor.
- 2.a Nurjtra redenciòn en la cruz, devolviendo al Padre toda el honor que el hombre {e niega por el pecado, satisfaciendo con* digna y schreahundantcmnte por todas las ofensas que contra Dm se comctieron en la historia de la humanidad.
3. Finalmente, consumarâ la obra del Padre con esta glorifica* ci>n ðhos quiere que ella responda como un premia a su chediencia y que sea al mismo tiempo principio de glorificaciòn para todos aquella* que se aprovechan de la obra realizada por Crûto viviendo la vida sobrenatural que para ellos ha alcanzado.

3. «He manifestado tu nombre a los hombres» (lo. 17,6). Toda la verdad que Jesucristo viene a revelarnos estâ

resumida en eus propias palabras: «Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, sôlo Dios verdadero, y al que enviaste, Jesucristo.» (Io. 17,3).

- r.° *Crisfo ha anunciado a loi hombres fl nombre de Dios revelndoles el único Dios, Dios uno y trino, <! único fin en Dins.*
- s.* *La única desdicha verdaderamente grande, que es apartarse de Dios por el pecado; el único Salvador del pecado. cuyo nombre es Jesûs, que c. Dios verdadero y hombre verdadera.*
- 3.· *La única religion verdadera, que nos conduce al fin; la única fuerza sobrenatural, la gracia, que nos fortalece para este camino; la única ley santa conforme a la cual hemos de vivir el único reino, la iglesia, donde se dcrrolla la acción de Dios.*
- 4.· *Realmente Jesucristo ha manifestado el nombre de Dios a los hombres can todos \$uj secretos de vida.*

1011

HJ. Continuar su obra.

A. Cristo entrega su misiôn con sus poderes a los apôstoles para que ellos continûen la misma obra que El ha realizado sobre la tierra.

Nosotros participamos de la vida que esos poderes comunican al aima p'ara que también realicemos esta misma obra: glorificar a Dios, realizar la obra que nos encomiendan de nuestra propia santificaciôn, de manifestai su nombre a todo el mundo.

Asi seremos un dia glorificados con Jesucristo, por Jesucristo y en el mismo Jesucristo.

11

Lecciones de la Ascension (II)

1012

I. Valor del trabajo.

A. Entre las distintas lecciones de ejemplaridad que nos ofrece el hecho de la Ascensiôn de Jesucristo a los cielos ocupa lugar preferente la del valor del trabajo en la vida cristiana.

- a) *A veces se ha considerado falsamente que la vida intensamente espiritual enerva las energias, que tienen un valor humano y natural de gran eficacia.*
- b) *Sin embargo, nada tan distante de la realidad. Precisamente el misterio que lleva en contemplaciôn tras si los ojos de los discipulos tiene una fuerza singularisima para poner de relieve el valor del trabajo y alentar el mismo.*
Los dngeles vieron tan unidos estos dos aspectos, que, recién arrebatado el Redentor de la presencia visible de sus discipulos, les excitan para que, apartndose del monte de la contemplaciôn, se dirijan al trabajo que el Padre de familias les ha confiado en su vina: predicar la buena nueva a todo el

mundo en espera de la venida del Redentor como juts para pedir cuentas de la obra que se ha realizado. No solamente esta invilaciôn que hacen los dngelcs para inducir a una vida apostôlica a aquellos hombres, sino que mds aiin:

B. La Ascensiôn alienta al trabajo.

Jesucristo esta recibiendo el premio tinico a una vida también tinica de trabajo.

- b) **Por los frutos, dijo Jesûs, se conoce el drbol* (Mt. 7,16). El fruto que hoy contemplamos es admirable y pone en el corazón cristiano el deseo de gustarle. Tras Jesucristo se van nuestros corazones aspirando a estar definitiva y gloriosamente en las cielos.*

El drbol que ha producido estos frutos ha sido:

- La vida oculta de Nazaret: revalorizaciôn del trabajo oculto y manual. Dios vino a salvar lo que habfa perecido: el trabajo, castigo medicinal impuesto por Dios al hombre pecador, habia sido despreciado y arrinconado; era necesario tomar esta arma para ganar la batalla. Dios quiso tomar el trabajo para exaltar su valor.
- 2. Vida apostôlica: los très afios de vida publica lde Jesus, trabajo incesante por la dilataciôn del reino de Dios para construir el gigantesco edificio de la Iglesia y dejarla dotada de todas las verdades, de todos los ejemplos, de todas las leyes, de todas las gracias, de todos los poderes.
- 3. Finalmente, el trabajo ejemplar inaudito e ingrato de su pasiôn y de su muerte ignominiosa. No hay ejemplo más impresionante de trabajo tan intenso como el de Jesucristo en su pasiôn y en su muerte por nosotros.

- C. Es un misterio el de la Ascensiôn para los tiempos modernos, en que se cultiva como en ningûn otro la virtud del trabajo, sumamente consolador. En Jesucristo todo el trabajo natural y sobrenatural estuvo tan perfectamente ordenado que diô como frutos: para los hombres, la redenciôn; para si mismo, la glorificaciôn, que hoy contemplâmes. Nuestro trabajo, sea natural, sea de orden sobrenatural, todo él realizado en gracia y con la intenciôn de cumplir la voluntad de Dios, serâ la semilla de nuestra glorificaciôn futura. He aqui el mejor aliento ra el trabajo.

1013 II. Optimismo cristiano.

Jesucristo también ha experimentado, como ocurre con frecuencia en la vida del hombre, la amargura y la tristeza. Es aleccionadora en este sentido la escena del huerto de los Olivos. Pero San Pablo nos dice que Jesûs «se abrazô con la cruz de su pasiôn y de su muerte a la vista del gozo» (Hebr. 12,2). Hoy en la Ascensiôn se perciben los frutos dulces del ârbol de la cruz.

El cristiano, ciertamente, se ha de abrazar con el trabajo, con la cruz, con la negaciôn de si mismo.

- a) *El mundo no entiende ni puede reconciliarse con la vida segùn los crilerios de Jesucristo, y tacha la vida cristiano de triste.*
- b) *Pero la realidad es que los mundanos buscan solamente la alegría aparente y caduca de este mundo en los honores, en las riquezas, en los placeres, en la triple concupiscenda; pero toda su gloria serd destruida. Por el contrario, los que siguen los criterios de Jesucristo y de su Iglesia procuran caminar en la vida de tal modo que al fin encuentran la verdadera y eterna alegría del premio de sus buends obras. Aunque tengan que abrazarse con la dureza del cumplimiento de la voluntad de Dios, sin embargo, tienen goces nids intimos, esperanzas mds fundadas, una mirada que penetra mds alla dei horizonte de esta vida para contemplar un panorama de etemidad.*
- d) *Mâs todavia: a medida que las almas van viviendo con intensidad las virtudes teologales, anticipan los goces de la ntra vida y comienzan su bienaventuranza en la présenté. De aqui que la alegría sea nota distintiva en la vida de los santos.*

111. Conclusion.

La alegría que se abre en la vida de Jesucristo por el misterio de la Ascensiôn nos debe alentar para vivir lo que la Iglesia nos propone en la oraciôn litûrgica: «Que alli estén lijos nuestros corazones por el deseo donde estân los verdaderos goces».

PESTIVIDAD DEL CORPUS CHRISTI

Jueves después del domingo i.º de Pentecostes

TEMAS PREDICATES EN ESTA HOMILIA

La Sagrada Eucaristia.

La comunião eucarística.

Efectos de la Eucaristia.

La festividad del Corpus.

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

PARTES VARIABLES DE LA MISA

1015

Introitus.—Ps. 80,17: Cibavit eos ex adipe frumenti, alleluia; et de petra. meile saturavit eos, alleluia, alleluia, alleluia.—Ps. 80,2: Exsultate Deo adiutori nostro: iubilate Deo iacob. V. Gloria Patri...

Oremus.—Deus, qui nobis sub Sacramento mirabili passionis tuae memoriam reliquisti: tribue, quaesumus, ita nos Corporis et Sanguinis tui sacra mysteria venerari, ut redemptionis tuae fructum in nobis iugiter sentiamus. Qui vivis...

Sequentia. -Lauda, Sion, Salvatorem; lauda ducem et pastorem, in hymnis et canticis.—Quantum potes, tantum laude: quia maior omni laude, nec laudare sufficis.

Laudis thema specialis, Panis vivus et vitalis hodie proponitur.—Quem in sacrae mensa coenae, turbae fratrum duodenae datum non ambigitur.

Sit laus plena, sit sonora, sit decora mentis iubilatio: — dies enim solemnus agitur in qua mensae prima recolitur huius institutio.

In hac mensa novi Regis, novum Pascha novae legis Phase vetus terminat. — Vetustatem novitas, umbram fugat veritas, noctem lux eliminat.

Quod in coena Christus gessit, faciendum hoc expressit in sui memoriam.—Docti sacris institutis, panem, vinum in salutis consecramus hostiam.

Dogma datur Christianis, quod in carnem, transit panis, et vinum

Introito.—Los sustenté con la flor del trigo, aleluya, y saciéglos con la miel que destilaba la piedra, aleluya, aleluya, aleluya.—Ps.: Aclamad a Dios, nuestro protector; cantad con júbilo al Dios de Jacob. V. Gloria al Padre...

Oremos.—¡Oh Dios, que en el admirable sacramento nos dejaste memoria de tu pasión!, pedímoste nos concedas venerar de tal modo los sagrados misterios de tu cuerpo y sangre, que experimentemos continuamente en nosotros el fruto de tu redención. Que vives y reinas...

Secuencia. -Canta, Sion, con voz solemne al que a redimirte viene, a tu Caudillo y Pastor.—Alábele cuanto puedas, pues, por mucho que te excedas, todo es poco en su loot.

De alabanza merecida, el Pan vivo que da vida, alto objeto es hoy doquier,—Que al Colegio de los doce la Escritura reconoce dado en la cena postrer.

Al cantar lleno y sonoro, con júbilo y con decoro, acompahe el corazón — pues la fiesta hoy se repite que renueva del convite la primera institución.

Esta mesa del gran Rey inició la Nueva Ley, que a la Antigua puso fin.—La luz sigue a noche oscura, la verdad a la figura, el nuevo al viejo festin.

Lo que practicó en la cena, repetirlo Cristo ordena en memoria de su amor.—Y en holocausto divino consagramos pan y vino al ejemplo del Señor.

Como dogma, el fiel no duda que en sangre el vino se muda, la hostia en car-

ne divina. -Lo que no se ve ni cntiende, la fe viva lo deflende sobre el orden natura!.

Bajo especies diferentes, solo signos y accidentes, gran portento, oculto estâ.—Sangre el vino es dei Cordero, carne el pan; mas Cristo entero en cada especie se da.

No en pedazos dividido, ni incompleto ni partido; entero se da a comer.—Uno o mil su cuerpo tomen, entero todos le comen, ni comido pierde el ser.

Lo recibe el malo, el bueno; para éste, de gracias lleno; para aquél, manjar léta!.—Vida al bueno, muerte al malo, da este célico regalo. ¡Qué suerte tan désignai!

Dividido el Sacramento, no vaciles un momento, que encerrado en el fragmento como en el total estâ.—No hay en su cuerpo fractura; la hay tan sôlo en la figura; ni en su estado ni estatura detrimento a Cristo da.

¡Pan del angel, pan divino, nutre al hombre peregrino! [Pan de hijos, don tan fino no a los perros se ha de echar!—Por simbolos anunciado, en Isaac figurado, en el cordero inmolado y en el antiguo mana.

¡Buen Pastor, Jesûs demente!, tu manjar, de gracia fuente, nos proteja y apaciente; y en la alta regiôn luciente, haznos ver tu gloria, ¡oh Dios!—Pues poder y ciencia tienes; pues mortales nos sostienes, por comensales perennes, al festin de eternos bienes con tus santos llâmanos. Amén. Aleluya.

O/ert.—Los sacerdotes dei Señor ofrecen a Dios incienso y panes; por esto se conservaran santos para su Dios y no profanaran su nombre. Aleluya.

Secr.—Te rogamos. Señor, concedas propicio a tu Iglesia los dones de la unidad y de la paz, mlsticamente figurados en los présentés que te ofrecemos.—Por nuestro Señor Jesucristo...

Com.—Cuantas veces comiereis este pan y iercis este câliz, anunciaréis

in sanguinem. — Quod non capis, quod non vides, animosa firmat fides, praeter rerum ordinem.

Sub diversis speciebus. signis tantum, et non rebus, latent res eximiae.—Caro cibus, sanguis potus, manet tamen Christus totus sub utraque specie.

A sumente non concisus, non confractus. non divisus, integer accipitur. — Sumit unus, sumunt mille, quantum isti tantum ille, nec sump> tus consumitur.

Sumunt boni, sumunt mali: sorte tamen inaequali vitae vel interitus.—Mors est malis, vita bonis; vide paris sumptionis, quam sit dispar exitus!

Fracto demum Sacramento, ne vacilles, sed memento tantum esse sub fragmento quantum toto tegitur.—Nulla rei fit scissura, signi tantum fit fractura, qua nec status nec statura signati minuitur.

Ecce Panis angelorum, factus cibus viatorum, vere panis filiorum, non mittendus canibus.—In figuris praesignatur, cum Isaac immolatur, agnus Paschae deputatur, datur manna Patribus.

Bone Pastor, Panis vere, lesu, nostri miserere, tu nos pasce, nos tuere, tu nos bona fac videre in terra viventium.—Tu, qui cuncta scis et vales, qui nos pascis hic mortales, tuos ibi commensales, coheredes et sodales fac sanctorum civium. Amen. Alleluia.

Offert.—Lev. 21,6: Sacerdotes Domini incensum et panes offerunt Deo: et ideo sancti erunt Deo suo, et non polluent nomen eius. Alleluia.

Secr.—Ecclesiae tuae, quaesumus. Domine, unitatis et pacis propitius dona concede: quae sub oblatiis munibus mystice designantur. Per Dominum...

Comm.—1 Cor. 11,26-27: Quotiescumque manducabitis panem

hune et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis, donec veniat: itaque quicumque manducaverit panem vel biberit calicem Domini indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini. Alleluia.

Postcomni.—Fac nos, quaesumus, Domine, divinitatis tuae sempiterna fruitione repleri: quam pretiosi corporis et sanguinis tui temporalis perceptio praefigurat. Qui vivis

la muerte dei Senor hasta que venga; por tanto, cualquiera que indignamente comiere el pan o bebiere el cáliz del Senor, sera rco del cuerpo y.sangre del Sefior. Alejuya.

Poscom. Te rogamos, Senor, nos sacies con el goce sempiterno de tu divinidad, prefigurada en el tiempo en la comuniôn de tu precioso cuerpo y sangre. Que vives y reinas...

IL EPISTOLA1016

i Cor. 11,23-29)

23 Ego enim accepi a Domino quod et tradidi vobis quoniam Dominus Iesus in qua nocte tradebatur, accepit panem,

24 et gratias agens fregit, et dixit: Accipite, et manducate: hoc est corpus meum quod pro vobis tradetur: hoc facite in meam commemorationem.

25 Similiter et calicem, postquam coenavit, dicens: Hic calix novum testamentum est in meo sanguine: hoc facite quotiescumque bibetis, in meam commemorationem.

26 Quotiescumque enim manducabitis panem hunc, et calicem bibetis, mortem Domini annuntiabitis donec veniat.

27 Itaque quicumque manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indigne, reus erit corporis et sanguinis Domini.

28 Probet autem seipsum homo: et sic de pane illo edat, et de calice bibat.

29 Qui enim manducat et bibit indigne, iudicium sibi manducat et bibit: non diiudicans corpus Domini.

23 Porque yo he recibido dei Senor lo que os he transmitido, que el Senor Jesûs, en la noche en que fué entregado, tomô el pan,

24 y después de dar gracias lo partió y dijo: Este es mi cuerpo, que se da por vosotros; haced esto en memoria mia.

25 Y asimismo después de cenar, tomô el cáliz, diciendo: Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre; cuantas veces lo bebâis, haced esto en memoria mia.

26 Pues cuantas veces comâis este pan y bebâis este cáliz anunciâis la muerte dei Senor hasta que El venga.

27 Asi, pues, quien come el pan y bebe el cáliz del Senor indignamente será reo del cuerpo y de la sangre del Senor.

28 Examínese, pues, el hombre a si mismo, y entonces coma del pan y beba del cáliz;

29 pues el que sin discernir come y bebe el cuerpo del Senor, se come y bebe su propia condenaciôn.

in. EVANGELIO1017

(Io. 6,56-59)

56 Caro enim mea, vere est cibus: et nguis sameus vere est potus.

57 Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet et ego in illo.

56 Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida.

57 El que come mi carne y bebe mi sangre estâ en mi y yo en él.

;8 Asi como me enviô mi Padre vi-
vo, y vivo yo por mi Padre, asi también
el que me comevivira por mi.

59 Este es el pan bajado dei cielo,
no como el pan que comieron los padres
y murieron; el que come este pan vivirá
para siempre.

58 Sicut misit me vivens Pater.
et e8º propter Patrem: et qui
manducat me. et ipse vivet prop-
ter me.

59 Hic est panis, qui de caelo
descendit. Non sicut manducaverunt
patres vestri manna, et mortui sunt.
Qui manducat hunc panem vivet in
aeternum.

1018 IV. ALGUNOS TEXTOS DE LA ESCRITURA
RELACIONADOS CON LA EUCARISTIA

i8 Y Melquisedec, rey de Salem, sa-
cando pan y vino, como era sacerdote
del Altísimo,

j9 bendijo a Abraham, diciendo:
Bendito Abraham del Dios Altísimo,
el dueño de cielos y tierras

15 Los hijos de Israel al verlo se
preguntaban unos a otros: ;Manhü?
(/Que es esto?), pues no sabian lo que
era.'

16 Moises les dijo: Este es el pan
que os da Yahveh nara alimento.

Comerân los pobres y se saciaran y
alabarân a Yahveh los que le buscan.
Viva vuestro corazôn siempre.

24 Y' lloviô sobre ellos el nwnâ para
que comieran, dandoles un trigo de los
cielos.

25Comiô el hombre pan de ange-
les y les diô comida hasta la saciedad.

Los mantendria de la flor del trigo* l
y de miel sacada de la piedra los sacia-
ria.

Diô de comer a los que le temen, acor-
dândose siempre de su alianza.

Tornare el cäliz de la salud e invoca-
re el nombre de Yahveh.

Todos los ojos miraran expectantes a
ti, y tu les daräs el alimento conveniente
a su tiempo.

El diô la paz a tu territorio, te saeô
de la flor dei trigo.

18 At vero Melchisedech. rex
Salem, proferens panem et vinum,
erat enim sacerdos Dei Alrissimi,

19 benedixit ei et ait: Benedictus
Abram Deo excelso qui creavit cae-
lum et terram (Gen. 14.18-19).

15 Quod cum vidissent filii Is-
rael. dixerunt ad invicem: Manhu?
quod significat: Quid est hoc? Igno-
rabant enim quid esset.

16 Quibus ait Moyses: Iste est
panis quem Dominus dedit vobis
ad vescendum (Ex. 16,15-16).

Edent pauperes et saturabuntur:
et laudabunt Dominum qui requi-
runt eum: vivent corda eorum in
sacculum saeculi (Ps. 21,27).

24 Et pluit illis manna ad man-
ducandum. et panem caeli dedit eis.

25 Panem angelorum manduca-
hü™ c,ba™™sil eis in abun'

Et cibavit eos ex adipe frumenti:
et de petra mella saturavit eos
l (Ps. 80.17).

Escam dedit timentibus sc. Me-
"or sacculum testamenti sui
' (Ps. 110.5).

Calicem salutans accipiam: et no-
men Domini invocabo (Ps. 115.13).

Oculi omnium in te sperant. Do-
mine: et tu das escam illorum in
tempore opportuno (Ps. 1-M.15).

Qui posuit fines tuos pacem: et
adipe frumenti satiat te (Ps. 147.14).

Vinitc, comedite panem meum, et bibite vinum, quod miscui vobis (Prov. 9.5).

Aquae furtivae dulciores sunt, et pan³ absconditus suavior (Prov. 9, 17).

Pro quibus angelorum esca nutriti populum tuum, et paratum panem de caelo praestitisti illis sine labore omne delectamentum in se habentem, et omnis saporis suavitatem (Sap. 16,20).

Iste in excelsis habitabit, munita saxorum sublimitas eius: panis ei datus est. aquae eius fideles sunt (Is. 33,16).

Ab ortu enim solis usque ad occasum, magnum est nomen meum in gentibus, et in omni loco sacrificatur et offertur nomini meo oblatio munda: quia magnum est nomen in gentibus, dicit Dominus (Mal. 1, 11).

Dixit autem eis Iesus: Ego sum panis vitae: qui venit ad me non esuriat: et qui credit in me non sitiet umquam (Io. 6,35).

48 Ego sum panis vitae.

49 Patres vestri manducaverunt manna in deserto, et mortui sunt.

50 Hic est panis de caelo descendens: ut si quis ex ipso manducaverit, non moriatur.

51 Ego sum panis vivus, qui de caelo descendi.

52 Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum: et panis quem ego dabo, caro mea est.

53 Litigabant ergo Iudaei ad invicem dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum?

54 Dixit ergo eis Iesus: Amen, amen dico vobis: Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis eius sanguinem, non habebitis vitam in vobis.

55 Qui manducat carnem meam, et bibit meum sanguinem, habet vitam aeternam: et ego resuscitabo eum in novissimo die (Io 6.48-55).

Venid y corned mi pan y' bebed mi vino, que para vmozros he mezdado.

Son dulces las aguas hurtadas. y el pan escondido e! mäs sabroso.

En lugar de esto proveiste a tu pueblo de alimento de ángeles, y sin trabajo les enviaste del cielo pan preparado, que teniendo en si todo sabor, se amoldaba a todos los gustos.

Ese habitará en las alturas y tendrá su refugio en firmes rocas, tendrá pan y no le faltará el agua.

Porque desde el orto del sol al ocaso es grande mi nombre entre las gentes y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio humeante y una oblación pura, pues grande es mi nombre entre las gentes, dice Yahveh Sebaot.

Les contestô Jesûs: Yo soy el pan de vida; el que viene a mi no tendrá ya mäs hambre, y el que créé en mi, jamäs tendrá sed.

48 Yo soy el pan de vida.

49 Vuestros padres comieron el manna en el desierto y murieron.

50 Este es el pan que baja dei cielo, para que el que coma no muera.

51 Yo soy el pan vivo bajado dei cielo.

52 Si alguno come de este pan, vivirá etemamente y el pan que yo le dare es mi carne, vida del mundo.

53 Disputaban entre si los judios diciendo: /Como puede este damos a comer su carne?

54 Jesûs les dijo: En verdad, en verdad os digo que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros.

55 El que corne mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré el último dia.

SECCIOX H. COMENTARIOS GENERALES

SITUACION LITURGICA

1019

A) Jueves Santo y Corpus Christi

La fiesta del *Corpus Christi* fué instituida en el ano 1264 por Urbano IV y extendida a toda la Iglesia en 1311 por Clemente V.

Dejando aparté los pormenores historicos que la motivaron, senalaremos que la finalidad de la fiesta es cantar a Jesucristo Eucaristia y elevarle y darle gracias, porque se quedô con nosotros hasta el fin de los siglos bajo las especies de pan y vino.

No podia faltar en la Iglesia una solemnidad grandiosa para conmemorar uno de los hechos mâs sobresalientes de la vida del Salvador.

En los primeros siglos el dia de Jueves Santo ténia este carâcter eucaristico, segûn lo atestiguan los titulos de *Natale Calicis e In Coena Domini*.

A medida que la esplendidez litûrgica se apagaba y era sustituida por una piedad mâs sentimental, la nota eucaristica del Jueves Santo decayô ante el fervor de los fieles, que preferian meditar la pasiôn del Senor. Hoy en la nueva reforma la Santa Sede ha renovado el aspecto eucaristico mandando celebrar nuevamente la misa solemne a la hora de la instituciôn de la Eucaristia. Sin embargo, aunque hemos de trabajar por que los fieles atiendan a esta conmemoraciôn, podemos afirmar que dificilmente disminuirâ la piedad de los cristianos en torno a la custodia en el grandioso Jueves del *Corpus Christi*, una de las fiestas mâs celebradas particularmente en nuestra Patria.

1020

B) La liturgia de Santo Tomas

El predicador encontrará en la liturgia de este dia material abundantísimo para sus sermones. Como es sabido, el autor de la liturgia es Santo Tomas, quien aun cuando utiliza algunas fôrmulas antiguas, nos ha dejado un conjunto de ellas que son a la vez profundamente dogmaticas y bellamente [x]éticas, muy bien ordenadas, formando un todo armônico que abarca toda la teologia de la Eucaristia. «El Oficio del Santísimo Sacramento es una obra maestra de doctrina y teologia, de afecto y de gusto literario* (cf. Schuster, *Liber Sacramentorum* t.5 p.99). ‘El Oficio de las fiestas antiguas parece un parque grandioso, pero salvaje; el Oficio del Corpus puede compararse con un artistico jardin estilo francés. Las fiestas antiguas respiran el espiritu poderoso de la era de los mârtilres, pero, de ordinario, no tienen una construcción tan armoniosa y artistica. Las fiestas modernas se distinguen por una construcción sistemática y diversos estilos artisticos. La fiesta de *Corpus* es una fiesta moderna y ocupa el primer puesto entre estas fiestas* (cf. Dost Pfo Parsch *El oficio liturgico* t 4 p 10) Y de los himnos dice el mis

mo autor: «Los himnos de *Corpus* confirman todos el gran talento poético de Santo Tomâs. A pesar de toda su originalidad en el ritmo y en la rima, Santo Tomâs sigue las huellas de las célèbres composiciones líricas de Adân de San Victor (1192), preciosa herencia espiritual de la abadía real de los canônigos regulares de San Victor» (cf. Dom Pfo Parsch, *El año litúrgico* t-4 p.19).

Si nuestra predicación eucarística la fundamentamos en los textos litúrgicos, contribuiremos a centrar la vida de la fiesta en el Sacramento del Amor, y además lograremos que de él se saquen utilísimas consecuencias para ejercitar las virtudes fundamentales de la vida cristiana.

II. COMENTARIOS SOBRE LA FESTIVIDAD

A) *Sus orígenes*

(Cf. García Villoslada. *Historia de la Iglesia católica*: BAC, 1.2 p.941-946.)

a) Devoción a la Eucaristía

El franciscano Juan de Winterthur (muerto en 1348) escribía que el Santísimo Sacramento de la Eucaristía era la principal devoción moderna (*devotio modernorum praecipua*). Y tenía razón en llamarla moderna y en estimar su primacía. En los diez primeros siglos, como siempre, la Eucaristía fué el centro y como el corazón de la vida sobrenatural de la Iglesia. Basta recordar el significado de la misa y de la comunión. Pero es un hecho averiguado que, fuera del santo sacrificio, al sacramento no se le daba culto público. Solía guardarse en una especie de sacristía (*pastophorium, secretarium*) y aun en casas particulares. Desde el siglo VIII se reservaba en un ángulo oscuro del templo, en un nicho, en un pixide en forma de epaloma» suspendida sobre el altar. Hasta el 904 no se tiene noticia de que se encendiese lámpara alguna ante el Sacramento. De modo continuo parece que no la hubo hasta el siglo XII, y no en todas partes. En esta centuria aparecen pequeños tabernáculos detrás del altar, que más tarde serán el centro de monumentales retablos. Es la época en que el suelo de Europa se esmalta de bellísimos templos, cada día más espaciosos, para la espléndida liturgia que propagan los cluniacenses, y en que los pechos cristianos se enamoran como nunca de la sagrada humanidad del Salvador, de su aima santísima, de su cuerpo benditísimo, de sus llagas, de su pasión. Y de este enamoramiento hacia la humanidad de Cristo brota, como en clima pfopicio, o se desarrolla pujante, la devoción a la Eucaristía.

b) La reacción contra las sectas antieucarísticas

’Ayudô, además, una circunstancia externa: la de que en ese mismo tiempo el maestro Berengario de Tours, apoyándose en argumentos filosóficos, negase la transubstanciación y aun quizá la presencia real de Cristo bajo los accidentes de pan y vino. Todas las sectas cátaras eran también antieucarísticas. La reacción despertô en los fieles un fervor encendidísimo, que en los santos produjo incendios de la más alta caridad y en el pueblo ignorante se contaminô con supersticiones»

” L

c) La misa y la Eucaristia

•Preciso es reconocer que desde los tiempos primitivos se conservaba ardiente la devoción fundamental, la Je la santa misa. El pueblo en masa solía presenciar los divinos misterios todos los domingos y en las innumerables festividades del año. El papa Gregorio X ordenó que, fuera de los tiempos de Pascua y Navidad, se arrodillasen respetuosamente los fieles desde la consagración hasta la comunión. El obispo de Burgos don Mauricio († 1238) estableció en su diócesis que en todas las misas conventuales, desde el *Sanctus* hasta la *Postcommunio*, dos clérigos incensasen continuamente el altar en reverencia del Sacramento. Entre el pueblo sencillo no faltaba quienes procuraban oír cuantas misas les fuera posible. Y sobre esta costumbre corren tradiciones y relatos milagrosos, como aquel que nos cuenta Alfonso el Sabio y que dramatizó Calderón en su auto sacramental «La devoción de la misa». Trátase de un caballero, don Garci-Fernández de Castilla, que antes de la batalla entró por devoción en la iglesia de un monasterio y oyó una misa, pero antes de acabarse salió otro monje a celebrar, y luego otro, y otro, hasta ocho. El buen caballero, por «guardar su costumbre, no quiso salir de la iglesia y estuvo y hasta que todas las ocho misas fueron acabadas; y siempre estuvo arrodado y los ynoios ficados ante el altar». Y entre tanto batallaba el conde con los moros. Pero Dios hizo que un caballero misterioso tomase la figura del que se hallaba oyendo misa y luchase tan bravamente, que a él le correspondiese la parte principal de la victoria» (cf. Alfonso el Sabio, *Crónica general de España*, ed. de Menéndez Pidal en NBAE [Madrid 1906] p.426-427).

1024

d) La devoción al altar

«Con la devoción a la misa va unida la devoción al altar. De tiempos antiguos, quizá por no conservarse la Eucaristia dentro del templo, la devoción de los fieles se orientó al altar. Poniendo las manos sobre el ara prestaban juramento en ocasiones; y colocando sobre el altar algún objeto simbólico, cumplían otros actos jurídicos, como un contrato, la manumisión de una sierva, la donación de un inmueble, etc. La Regla benedictina ordenaba que al hacer la profesión el monje depositase sobre el altar el documento ya firmado, o lo firmase allí mismo. El novel caballero ponía sobre el altar la espada, comprometiéndose así a defender los derechos de la Iglesia. Guiberto de Gembloux († 1211), al recibir unas letras de Santa Hildegarda, se fue gozoso a una iglesia, y colocando el papel sobre el altar, pidió al Espíritu Santo la gracia de leer la carta dignamente y comprenderla. Era frecuente que los fieles, incluso las mujeres, cuando bienamente podían, se acercasen al altar y lo besasen con respeto. «Las canciones de gesta nos muestran con frecuencia a un caballero depositando por sí mismo una ofrenda sobre el altar, sea al momento del ofertorio, sea fuera de la misa» (cf. Dom L. Guérog, *Dévotions et pratiques ascétiques au moyen âge* [Paris 1925] p. 52).

1025

e) Los MISTERIOS Y EL AUTO EUCARÍSTICO

«Los que más propagaron el culto eucarístico fueron los cistercienses. Relacionada con ellos aparece la Beata Maria de Oignies († 1213), entregada, de acuerdo con su marido, a una vida de caridad y de oración. Comulgaba lo más frecuentemente que le era permitido y no podía vivir alejado

del Santísimo Sacramento. Sucde decirse que quizá fuese ella la primera que introdujo la piadosa costumbre de visitarlo, si bien conocemos algunos casos de santos que ya en el siglo VIII visitaban el altar de la iglesia, y en el siglo XII los benedictinos hacían una visita antes de los Nocturnos y otra después de Completas. Del altar pasó la devoción al tabernáculo, que contenía la Eucaristía. La misma María de Oignies acostumbraba a comulgar espiritualmente en la forma recomendada un siglo antes por Anselmo de Laón, representándose con la imaginación un cáliz y deseando beber la sangre de Cristo».

f) LOS PRODIGIOS

102«

•Nuevo impulso a la devoción eucarística prestaron algunos prodios que se divulgaron por toda la cristiandad. Famoso en España fué el de los corporales de Daroca (cf. infra, sec.VII).

Más resonancia alcanzó en la Iglesia y aun en el arte —donde lo inmortalizó Rafael— el milagro que se dice de Bolsena. Iba un sacerdote alemán camino de Roma en 1263. Celebrando en Bolsena la santa misa, pidió a Dios le librase de las dudas que le asaltaban acerca de la Eucaristía. Y he aquí que de la hostia recién consagrada salieron unas gotas de sangre que empaparon completamente los corporales. Estos fueron llevados a Orvieto, donde se hallaba el papa Urbano IV, y poco después, para darles el debido culto, se empezaba a levantar la soberbia catedral gótica, «el más hermoso monumento de arquitectura policroma», al mismo tiempo que se instituyó la fiesta litúrgica del *Corpus Christi*».

B) La nueva festividad

a) Su VERDADERO PUNTO DE PARTIDA

«Esta explicación de la nueva festividad no es exacta. Las primeras noticias del milagro de Bolsena son de mediados del siglo XIV. La festividad del *Corpus Christi* fué instituida primeramente en la diócesis de Lieja en 1246-47, a consecuencia de las visiones y revelaciones de la Beata Juliana de Mont-Cornillon (1193-1258), influenciada por el círculo de María de Oignies. Era entonces arcediano de Lieja Jacobo Pantaléon, que algunos años más tarde, ocupando la Cátedra de San Pedro con el nombre de Urbano IV, extendió a la Iglesia universal, por medio de la bula «Transiturus» (8 de septiembre de 1264), dicha fiesta, que debía celebrarse con gran júbilo el jueves después de la octava de Pentecostés*.

b) Su PROPAGACIÓN

102»

•Aunque el cardenal Hugo de San Caro, en su legación alemana de 1252 propagó tal festividad, no consta que se difundiese en seguida, sino a ciertas diócesis de Alemania, Hungría y norte de Francia y a muchos monasterios cistercienses. En los misales anteriores a 1230 no se registre el oficio del *Corpus Domini*. Clemente V renovó en el concilio de Vienne la bula de Urbano IV, y solamente desde 1317, en que Juan XXII envió a las Universidades las Decretales de Clemente V, en que se incluía la bula sobre la fiesta del *Corpus Christi*, empezó esta solemnidad a extenderse por toda la Iglesia».

CORN'S CHRISTI

1029

C) Sü DIFVSIÔN EN ESPAÇA

«En Espafra paréee que fué Barcelona la primera en celebrarla el arto 1319, pues en esa fecha se hizo un pregôn convocando a los vecinos para tal solem - nidad. Por el mismo tiempo se introdujo en Gerona. En Vich, en 1330. Y de V alencia conocemos un pregôn por el que las autoridades, a principios de junio de 1355. mandan qüe «de aqui en adelante, en el dfa de la fiesta del Corpus Christi, a honor y reverencia de Jesucristo y de su precioso cuerpo, una general procesiôn por la ciudad de Valencia sea hecha, en la que estén y vayan todos los clérigos y religiosos, y aun todas las gentes de la ciudad con las cruces de sus parroquias».

1030

d' Las oraciones eucarísticas

«A las bellisimas oraciones eucarísticas que perfuman el siglo XIII *fAdoro te devote, O salutaris Hostia!*) se juntan muy pronto otras mâs tiemas y patéticas (*Ave verum Corpus, Ave salus mundi, Ave in aeternum sanctissima caro. Anima Christi.* Y si el corazôn de los fieles arde en amor al Santisimo Sacramento» fâcilmente se incendia su fantasia y ve doquiera prodigios eucarísticos. Sôlo en Alemania, dice el P. Browe, que en las dos centurias XIII y XIV se cuentan cerca de cien casos de hostias sangrantes, que dan fe milagrosa de la realidad del Sacramento* (cf. P. Browe. *Die eucharistische Wunder de> Mittelalters.* Breslau 1038).

1031

e) La literatura del Medievo

•Seria faci! espigar innumerables cunosidades en'la literatura milagrera dei Medievo. 'fodas ellas— aun las que pudieran parecer infundadas y aun supersticiosas—demuestran la ardentisima devociôn popular a Cristo sacra - mentado: personas devotas, como las que describe Jacobo de Vitry, que se pasaban dias y dias sin otro alimento que el de la Eucaristia; casos como el dei obrero sepultado en la mina, a quien, segùn San Pedro Damiano, una paloma le trafa diariamente el sustento, porque su mujer ofrecia por él una misa cada dia; curaciones de enfermos, de endemoniados, de ciegos, que recobraban la salud con la bendiciôn eucaristica o al solo contacto con 'os corporales, con la patena o con el agua de las abluciones; visiones como la de San Gregorio Magno, que diciendo misa viô surgir del câliz la figura de Cristo desnudo y llagado, como varôn de dolores, 'imago pietatis», que tanto influyô en el arte medieval, principalmente en miniaturas y tapices, y que pasarâ también a la literatura, v.gr., en 'La demanda del santo Grial, version espanola del mâs eucaristico de los poemas y novelas de caballeria:

'E semejôles que venia un hombre todo revestido como obispo que quiere decir misa. Y trafa una corona de oro en su cabeza, muy rica... Y a la siniestra parte estaba una mesa de plata, en que estaba el sancto Grial, cubierto de jamete bermejo, e ans! lo pusieron los ângeles sobre la câtedra... E cuando ellos vieron, miraron contra el sancto Grial, e vieron salir dente un hombre todo despojado, sino un pano seda encima de la es - palda siniestra, y era todo bermejo como sangre y tenia calzados unos panos de lino; ténia los brazos e las manos, e las piernas, e los pies et todo el cuerpo sangriento, corriendo sangre que salia de una llaga que ténia en el costado... E dixo... pues yo quiero que sepas que ésta es la escudilla en que yo el jueves de la cena con mis discipulos fui servido... e por eso es llamado el sancto Grial . E la sangre que dél salia cafa en el sancto Grial*

SECCION III. SANTOS PADRES ¹

I. LA EUCARISTIA Y LA UNIDAD

Cual simple dato demostrativo de cómo se considero en los primeros siglos a la Eucaristia como vinculo de union cristiana, transcribimos algunos textos tornados de BAC, cf. Jesús Solano, S. I., *Textos eucaristicas primitivos*.

A) *San Ignacio de Antioquia*

a) Carta a los Efesios 1032

C.13 (Funk-Bihlmeyer, 36,16-20; Ruiz Bueno [BAC], 455; PG 5,656 A-B).

«Procurad, pues, reuniros en mayor número para la Eucaristia de Dios y para sus alabanzas. Porque cuando os congregáis numerosos vosotros en un mismo lugar se quebrantan las fuerzas de Satanás y su poder demoledor queda deshecho con la concordia de vuestra fe. Nada hay mejor que la paz, con la cual se reduce a nada toda la guerra que nos hacen los poderes celestes y terrestres».

b) Carta a los Filadelfos 1033

C.4 (Funk-Bihlmeyer, 103,5-9; Rutz Bueno, 483; PG 5,700 B).

«Esforzaos, por lo tanto, por usar de una sola Eucaristia; pues una sola es la carne de Nuestro Señor Jesucristo y uno solo es el cáliz para unirnos con su sangre, un solo altar, como un solo obispo junto con el presbiterio y con los diáconos consiervos míos; a fin de que cuanto hagáis, todo lo hagáis según Dios» (cf. BAC, o.c.. p.48).

B) «*Didaché*» 1034

C.9 (Klauser, 23 ss.; Ruiz Bueno, 86).

«Sobre la fracción del pan:
Gracias te hacemos, Padre nuestro,
por la vida y la ciencia
que nos revelaste por tu Hijo Jesús.
A Ti la honra por los siglos.

¹ Sobre textos de Santos Padres acerca de la Eucaristia, cf. *La palabra de Cristo* t 6, "pK
ruLiÆNo p.210-211, y San Ambrósio p.211-215.

Como este pan partido estaba antes disperso por los montes, y, recogido, se ha hecho uno, así se recoja tu Iglesia de los confines de la tierra en tu reino. Porque tuya es la honra y el poder por Jesucristo en los siglos* (cf. BAC. o.c., p.53-54)

1035

C) San Justino

-Nosotros, por tanto, después de esto (del bautismo y de recibir la Eucaristia) recordamos siempre ya para adelante estas cosas entre nosotros; y los que tenemos, socorremos a todos los abandonados, y siempre estamos unidos los unos con los otros. Y por todas las cosas de las cuales nos alimentamos bendecimos al Creador de todo por medio de su Hijo Jesucristo y del Espiritu Santo...

Los ricos que quieren, cada uno según su voluntad, dan lo que les parece, y lo que se reúne se pone a disposición del que preside y él socorre a los huérfanos y a las viudas y a los que por enfermedad o por cualquier otra causa se hallan abandonados, y a los encarcelados, y a los peregrinos, y, en una palabra, él cuida de cuantos padecen necesidad* (cf. *Apologia* τ." 67 y 94: PG 6, 431; cf. BAC, o.c., p.63).

1036

D) San Cipriano

«... Finalmente, los mismos sacrificios del Señor declaran la unanimidad cristiana, trabada con firme e inseparable caridad consigo misma. Porque cuando el Señor llama a su cuerpo pan, formado por la unión de muchos granos, indica aunado a nuestro pueblo, al cual llevaba; y cuando llama su sangre al vino exprimido de racimos y uvas y reducido a la unidad, da a entender asimismo a nuestro rebaño unido con la fusión en la unidad de la multitud (cf. *Carta* 69 5: PL 3.1141; cf. BAC. o.c., p.169).

II. CIRILONAS, SACERDOTE**Homih'as sobre la Pascua de Cristo**

Magnífica poesía arrebatada, sobre todo en la segunda parte. El autor es de fin del siglo IV (cf. BAC. *Textos eucarísticos primitivos* t.i p.699-705).

1037

A) La institución

«El verdadero Cordero pascual había lleno de alegría a los comensales que lo habían de comer, y el Primogénito anunciaba a sus discípulos la pascua en la sala del festín Nuestro Salvador

se invitô a si mismo a su inmolaciôn y a la entrega generosa de su propia sangre. Su pan de vida era nutritivo, estaba bien preparado y el haz de saís espigas habia llegado a la plenitud. La materia de su cuerpo estaba penetrada por la levadura de la divinidad. Su misericordia manô con impetu y su amor le forzó a hacerse manjar para los suyos. Quitô El a Siôn el trigo candeal y lo entregô a su Iglesia en santidad. Un nuevo convite nupcial habia El preparado y ahora invitaba y llamaba a los companeros a celebrarlo. Préparé El un festin para saciar el hambre de su desposada*.

a) El sacrificio

1038

◆Nuestro Señor ofreciô el primero su cuerpo, y sôlo después lo ofrecieron en sacrificio los hombres. El lo exprimiô en el cáliz de la redenciôn y sôlo después lo exprimiô también el pueblo en la cruz. Primeramente se sacrifico El como sacerdote a Si mismo, para que aquellos extranos no tuvieran que ejercer por si mismos el oficio sacerdotal.

Reuniô los misterios como en un collar de perlas y se lo colgô al cuello; puso las semejanzas sobre su pecho como preciosos berilos; con las calcedonias de los tipos prefigurativos ataviô su humanidad y se acercô al sacrificio. Sobre la cabeza colocôse la corona de la gloriosa profecía. El afilô el cuchillo sacrificial de la Ley para inmolar con él su propio cuerpo, como Cordéro pascual».

b) Los CONVIDADOS A SU FESTIN

1039

«Llevô a los pueblos a su convite y llamô a su festin a las naciones. Salieron los pregoneros del Evangelio para invitar llamando en alta voz: Ved, el Rey distribuye su cuerpo; venid, corned el pan de la gracia. Vosotros los ciegos venid, mirad la luz; esclavos, recibid la libertad. Venid los sedientos, bebed el fuego; los muertos, venid, recibid de nuevo la vida.

Por este pan que se reparte de balde no puede ya nadie morir de hambre. Isaías clamô poderosamente en celo profético: *Sin dinero y sin pago corned pan y bebed vino* (cf. Is. 55,1). El mismo es el pan que ha bajado del cielo, y el cual, aunque no ha sido sembrado, ha echado raíces en la tierra. El es harina de trigo llena de pureza (cf. Lev. 2,1); porque el pecado no tuvo ningûn imperio sobre El»...

c) El BANQUETE

1040

◆Nuestro Señor condujo a sus discipulos y se sentô en la sala del banqueté. El subiô y se sentô el primero y sus discipulos tras El. Allí estaban recostados con El a la mesa y le miraban cómo comia y se transformaba. El Cordero comiô al cordero y la Pascua comia la pascua; El daba fin a la instituciôn de su Padre y comen-

zaba la suya; El cerraba la ley y abría el nuevo pacto de la reconciliación.

¿Quién vió alguna vez un banquete tan maravilloso en el que los hombres se sentaban con su Creador? (¿Quién vió jamás un banquete tan excelso en el que sencillos Pescadores tomaban parte junto con el Océano? ¿Quién vió nunca un admirable banquete en el que estaban juntos a la mesa una serpiente y su destructor? ¿Quién vió alguna vez un banquete tan inaudito en el que comía el azor con las once palomas? ¿Quién vió alguna vez un banquete tan maravilloso en el que el topo, el hijo de las tinieblas, tomaba parte junto con el águila?

¡Oh milagro y asombro! Fijate bien, oyente, Pescadores y recaudadores de contribuciones se sientan con El a la mesa mientras los ángeles y arcángeles están temblando ante El. Los hombres han sido hechos comensales de Dios; bienaventurados apóstoles, ¡de que alto honor habéis sido hechos dignos! Ellos comieron la pascua antigua y dieron cumplimiento a la ley».

1041

d) Las palabras del Señor

Entonces habló nuestro Señor: Ved ahora qué altamente y en qué manera os he honrado. He lavado vuestros pies y os he invitado a mi banquete. A vosotros, habitantes de la tierra, os he honrado de esta manera y os he hecho comer conmigo. Ninguno de los ángeles que me sirven en las alturas de los cielos se ha atrevido, desde el día en que fueron creados, a mirar mi rostro. No descubrieron su rostro cubierto de alas (cf. Is. 6,2) para fijarse en mí y mirarme; pues mi justicia los llena de terror y mi majestad les hace temblar. Mirad cuánto os amo, hasta el punto de permitirlos comer a mi lado y, a pesar de que soy vuestro Señor, sin embargo, voluntariamente me hago compañero vuestro. Yo, del cual está llena toda la creación, os he regalado por amor mi reino...».

1042

B) Canto a la Eucaristía

«Cuando aquel (Judas) salió, tenía la cabeza enormemente pesada, el color de su rostro ardiente, sus facciones desfiguradas, su corazón palpitante, todo su ser descompuesto; los dientes crujían, sus rodillas se bambolecaban. La razón le abandonó, la reflexión se retiró de él. El águila Cristo le lanzó fuera de su nido, y al punto la serpiente maldita le aprisionó. Los discípulos permanecieron en gran alegría y los doce en bienaventuranza».

1013

a) La oración al Padre

◆Entonces se levanta nuestro Señor como un héroe, se colocó como un poderoso, tomó el fruto como un labrador, oró a su Padre como el heredero, miró al cielo como su Creador y abrió los tesoros

como un grande. Su rostro resplandecía como el sol, sus miembros parecían rayos de luz. Las fuerzas de su voluntad ardían como hornos ardientes, sus pensamientos quemaban como lámparas.

Como Creador, hizo correr a raudales su salvación; como Salvador, ordenó el reparto de su misericordia. El manifestó lo escondido, lo futuro y lo secreto que estaba prometido. El se vistió con el verdadero sacerdocio y con las galas del sacrificio perfecto.

Se puso de pie y se llevó a Sí mismo por amor y mantuvo levantado su propio cuerpo en sus manos. Su diestra fue un sagrado altar, su mano levantada una mesa de la misericordia. El se llevó a Sí mismo sin cansarse y sostuvo su pan sin tener hambre. El cogió su riqueza sin quedar necesitado de ella y mezcló su sangre sin tener sed. Desde su pan miraba hacia fuera su cuerpo vivo y desde su vino su sangre santa. Sus pensamientos eran como diáconos y su omnipotencia oficiaba el verdadero sacerdocio. El consagró y bendijo a Sí mismo, oró y dio gracias por (a propósito de) su cuerpo. El sacrificó y se mató a Sí mismo; El dio y presó su sangre que otorga vida; El acabó lo que había anhelado y llevó a término aquello que había deseado».

b) El anhelo de que le comieran

♦Entonces comenzó a anunciar lo que había prometido: *Con gran deseo he anhelado comer esta pascua con vosotros antes de padecer* (Le. 22,15). Venid, recibidme, pues Yo os lo pido; comedme, pues lo quiero. Con los dientes del fuego triturad mis huesos y con la lengua corporal bebed a sorbos mi sangre caliente.

Este es el cuerpo en que los ángeles no pueden fijar la mirada por causa de su brillo. Este es el pan de la Divinidad, que Yo he dado de gracia a los habitantes de la tierra. Este es lo Santísimo, por lo cual los serafines de lo alto son santificados, mientras ellos lo ensalzan como santo. Este es el fruto cuyo goce había Adán deseado para llegar a ser Dios».

c) Exhortación a la COMIDA DE SU CARNE

IG 15

«¡Venid, recibidme, partidme en pedazos y gustadme velado bajo las especies! Yo me he hecho comida y el alimento completo para bien del mundo, para acallar su hambre. Venid, discípulos míos, recibidme; Yo quiero colocarme en vuestras manos. Mirad, yo estoy en pie aquí con entera verdad; pero a la vez masticadme también con entera verdad. Yo no abraso a quien me corne, sino a quien -se queda lejos de Mí; mi fuego no causa dolor a quien me mastica, sino a quien no me saborca.

Venid, amados míos, bebed también mi sangre, que es la sangre del Nuevo Testamento. Bebed el cáliz de la llama, la sangre que inflama a todos cuantos la beben. Esta es la sangre que reemplazará la sangre de los animales sacrificados sobre la tierra».

• Este es el cáliz en el que esta escondido aquel carbon que robô Tamar en el camino (cf, Gen. 38,14). Esta es la sangre que santifica divinamente cuerpo y aima. Este es el cáliz que miraba afuera desde el cáliz de José, cuando este adivinaba con el (cf. Gen. 44,5). Esta es la sangre que establece la paz y la concordia entre cielo y tierra.

Este es el cáliz en el que están escondidos misericordia y juicio, vida y muerte. Esta es la sangre por cuya consideración vendrá Dios y exigirá el pago de la sangre de sus amados y aquellos que le han derramado. "

Asi, pues, tomad este cáliz y bebed de él para que olvidéis vuestros sufrimientos, seáis embriagados por medio de él y consigáis fuerza misteriosa, de modo que seáis intrepidos ante los perseguidores. Bebed de él y, celosos, empapad con el toda la creación. ¡Por su fortaleza pisotearéis serpientes y con su recepción venceréis la muerte!

Los antiguos profetas me desearon y los justos pidieron contemplarme (cf. lo. 8,56). Expiaron en clamor y llanto, porque no habian de verme a pesar de sus ruegos. Bienaventurados vosotros. discipulos mios, que me habéis masticado con vuestra boca*.

1047

e) La perpetuidad

♦ Pero a fin de que no olvidéis esta noche, que para vosotros debe ser más preciosa que el día, a fin de que no olvidéis esta hora en la que habéis gustado la divinidad, os mando también esto, amados mios, confidentes de mis secretos: Este recuerdo no debe concluir entre vosotros hasta el fin del mundo. Por tanto, hermanos mios, debéis hacerlo en todo tiempo y acordaros de Mi. Habéis masticado mi cuerpo, ¡no me olvidéis! Habéis bebido mi sangre. ¡no me menospreciéis!

En mi Iglesia sea este mi sublime memorial y esta llegue a ser la pascua sobre toda la redondez del mundo. Este día sea para vosotros santo. bendito y glorioso más que todos los otros días. En él deberán ser consolados todos los que sufren, liberados todos los oprimidos. redimidos todos los atormentados. En él deberán ser puestos en libertad todos los cautivos. En él deberá ser consagrada el agua visible del bautismo. En él deberá distribuirse el bautismo y será dado a luz el pueblo perfecto. En él deberán ser rejuvenecidos los ancianos envejecidos en el pecado, multiplicados mis hijos sobre la tierra y los hombres ascendidos al cielo.

Mirad, todo está consumado; sellados están los misterios como las profecias. Abandonad ahora alegres el Cenáculo y salid por el mundo como mercaderes. Predicadme en todas las regiones y dadme como manjar a los hombres. Los esclavos deberán ser libertados por Mi. los inmundos serán santificados por Mi Esclaves y reyes

deberân acercarse a Mi, porque Yo soy igualmente bondadoso para con todos los que me imploran. Sirvientas y senoras deberân venir a Mí, porque ante Mi no hay acepciôn de personas. Bajos y altos deberân beber mi sangre, porque hay un único câliz sin divisiôn.

Yo quiero ir ahora a hacer mi obra; pero vosotros salid en paz de aqui. Yo quiero ir a sufrir la cruz y quiero bajar para levantar al humillado Adân. Permaneced junto a Mi y estad sin pena hasta que resucite de nuevo de la tumba. Permaneced en paz, pues yo volveré a vosotros cõroriâdo con victoria y con gloria*.

III. SAN JUAN CRISOSTOMO

Eucaristia y comuniõn

A) La promesa de la Eucaristia

1048

Habia el Crisõstomo de nuestra incorporaciõn a Cristo y termina con parra-
ins exaltados sobre la Eucaristia (cf. *Hont.* 46 in *lo.*: PG 59,257-267: BAC.
Textos cucaristicos primitivos 1.1 p.563-574). Vêanse también los pasajes de San
Juan Crisõstomo que sobre el tema de la Eucaristia incluimos en *Lu palabra de
Cristo* t.3 p.581-585 y t.5 p.572-575).

♦Cuando les diõ pan y saciõ su hambre llamâbarde profeta y
trataban de hacerle rey; pero cuando los instruia sobre el ali "nento
espiritual, sobre la vida eterna, cuando los desviaba de las cosas
sensibles, cuando les hablaba de la resurrecciõn y levantaba sus
ânimos, cuando mâs que nunca debieran admirarle, entonces mur-
muraban y se retiraban de El»...

a) Pan de vida

1049

-Llâmase a si mismo *Pan de vida* (lo. 6,48) porque sustenta
nuestra vida, tanto la presente corn : la futura; por lo cual anad ô:
El que coma de este pan vivirâ parc, sie.npre (ibid., 51). Y pan llama
aqui, o bien a los dogmas saludables y ala fe en El, o bien su pro-
pio cuerpo. Pues ambas cosas fortalecen al aima. Pues bien; con
ser asi que en otra parte, al decir El: Si *alguno oyere mi palabra
no probarâ la muerte* (lo. 8,52), se éscandalizaron; aqui no les
sucediõ lo mismo. quizâ porque todavia le respeta ban a causa de
los panes» in.1).

b) «El pan que yo os dare es mi carne»

1050

"Y de cierto, el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la
vida dei mundo. Justamente pudiera alguno dudar y preguntar aqui
por qué hablõ en esta ocasiõn taies palabras, que nada edificaban

ni aprovechaban, sino mäs bien perjudicaban a lo edificado.
.leuno investigare por que motivo hablô también acerca de los mis-
ferios (de la Eucaristia), responderêmosle que esta era una ocasiôn
muy oportuna. Porque la oscuridad de las palabras suele excitar
a los oyentes y hauerlos mäs atentos; por tanto, no debieran escan-
dalizarse; antes bien, preguntar e informarse. Mas ellos se retiraban.
Pues si le tenian por profeta, debieran creer a sus palabras. Asi
que el escândalo procedia de su necedad, no de la oscuridad de
las palabras.. Pero ellos, al fin. no sacaron fruto de las palabras; y
nosotros. en cambio, gozamos dei beneficio de las obras. Por lo
cual es necesario que nos informemos del milagro de los misterios
'eucaristicos), a saber, en qué consisten, por qué se dieron y cuál
es su utilidad. L'n *cueroo nos hacernos*, dice (el Apôstol), y *miembro
de su carne y sus huesos* (Eph. 5,30). Sigam los iniciados este razona-
miento* (n.z).

1051

c) La muestra de amor

-Pues bien, para que esto lleguemos a ser no solamente por el
amor, sino también en realidad. mezclémonos con aquella carne;
porque esto se lleva a cabo por medio del manjar que El nos diô,
queriendo darnos una muestra del vehemente amor que nos tiene.
Por eso se mezclô con nosotros y metiô cual fermento en nosotros
su propio cuerpo, para que llegâramos a tornar un todo, como el
cuerpo unido con su cabeza. Pues ésta es prueba de ardientes ama-
dores. Y así Job, para darlo a entender. lo decia de sus siervos, de
qüienes era tan excesivamente amado, que deseaban injerirse en
sus carnes; ya que para mostrar su ardiente amor decian: *iQuién
nos diera de sus carnes para hartarnos!* (Iob 31,31).

Pues por eso hizo lo mismo Cristo, induciéndonos a mayor
amistad y demostrândonos su amor ardentísimo hacia nosotros; ni
sôlo permitiô a quienes le aman verle, sino también tocarle, y co-
merle, y clavar los dientes en su carne, y estrecharse con El, y sa-
ciar todas las ansias del amor. Salgamos, pues, de aquella mesa,
como leones, respirando fuego, terribles a Satanés, con el pensa-
miento fijo en nuestro Capitân y en el amor que nos ha mostrado.
A la verdad, muchas veces los padres entregan los hijos a otros para
que los sustenten; mas yo, dice, no así. antes os alimento con mi
propia carne, a mi mismo me présente por manjar, deseoso de que
todos seáis nobles, y ofreciéndoos buenas esperanzas acerca de los
bienes venideros. Porque quien aquí se os diô a si mismo, mucho
mäs se os darâ en la vida venidera. Quise hacerme hermano vuestro ;
por vosotros participé de la carne y la sangre; de nuevo os entrego la
carne y la sangre, |x>r medio de las cuales me hicc parient? vuestro».

dj Efectos de la sangre divina

1052

«Esta sangre produce en vosotros floreciente la imagen de nues-
tro Rey, ella causa inconcebible hermosura, ella no déjà que se mar-
chite la nobleza del aima, regândola continuamente y sustentândola.
La sangre que en nosotros se forma de los manjares no se forma
inmediatamente, sino primero es otra substancia; no así esta otra
sangre, antes bien desde luego riega el aima y le infunde gran fuer-
za. Esta sangre, dignamente recibida, ahuyenta y aleja a los demo-
nios y concurren los ângeles. Esta sangre derramada lavô todo el
mundo.

Muchas cosas dijo de esta sangre el bienaventurado San Pablo
en la Epistola a los Hebreos. Esta sangre purifico el santuario y el
Sancta Sanctorum. Y si la imagen de ella tuvo tanta eficacia, ora
en el templo de los hebreos, ora en medio de Egipto, puesta sobre
los umbrales, jcuânto mäs podrâ la verdadera y real! Esta sangre
santificô el altar de oro. Sin esta sangre no se atrevia el sacerdote a
entrar en el santuario, esta sangre ordenaba a los sacerdotes, esta
sangre lavaba los pecados en sus figuras. Y si en las figuras tuvo
tanta fuerza, si ante la sombra de ella se estremeciô la muerte, ;dime
cômo no ha de temblar ante la misma realidad? Ella es la salud de
nuestras conciencias, con ella se lava el aima, con ella se hermosea,
con ella se inflama; ella hace el aima mäs resplandeciente que el
fuego; ella, apenas derramada, hizo accesible el cielo» (n.3).

e) Los misterios de la Iglesia

1053

qTremendos son, en verdad, los misterios de la Iglesia! jTre-
mendo es el altar! Brotô del paraíso una fuente que derramaba rios
materiales: de esta mesa brota una fuente, de la que corren rios
espirituales. Junto a esta fuente están plantados, no ya sauces esté-
riles, sino ârboles que se yerguen hasta el cielo y Hevan fruto siem-
pre en sazôn e inmarcesible. Si alguno se abrasa, véngase a esta
fuente y réfrigéré el ardor. Pues ella deshace el bochorno y refresca
todo lo ardiente, y no sôlo lo quemado del sol, sino aun lo inflamado
por aquellas saetas de fuego, ya que tiene su principio y origen en
el cielo, de donde recibe su riego. Muchos son los arroyos de esta
fuente, los cuales envia el Parâclito. Y hâcese el Hijo mediador, no ya
abriendo camino con la azada, sino disponiendo nuestros ânimos.
Esta fuente es fuente de luz, que brota rayos de verdad. Ante ella
asisten aún las potestades del cielo, fija la mirada en la hermosura
de sus corrientes, ya que ellas contemplan con mayor claridad la
eficacia de la oblaciôn eucarística y sus inaccesibles destellos de luz.
Pues así como si uno metiera en el oro derretido, si posible fuese,
la mano o la lengua, al punto las transformaria en oro; así también,
y aún mucho mäs, aquí obra la Eucaristia en el aima estos efectos.
Bulle hirviendo este río mäs que fuego; mas no quema. sino que lava
tan sôlo cuanto a su paso encuentra».

•Esta sangre era continuamente prefigurada de antiguo en los altares, en las muertes de los justos. Ella es el precio dei mundo; con ella comprô Cristo la Iglesia, con ella la hermosteô toda entera. Pues, a semejanza de un hombre que para comprar esclavos da oro, y si quiere adornarles emplea oro, asi también Cristo con sangre nos comprô y con sangre nos hermosteô. Los que de esta sangre participan asisten a una con los Angeles, con los arcângeles y con las soberanas potestades, vestidos de la misma real estola de Cristo y provistos de las armas espirituales. Mas nada grande he dicho todavia. Vestidos estân del mismo Rey*.

*Pero asi como es cosa grande y admirable, asi mientras te acerques con pureza, te acercas para salud; pero si con mala conciencia, para suplicio y venganza. *Porque quien corne, dice, y bebe indignamente dei Seno., su condnaciôn se corne y se bebe (i Cor. 11,29).* Si, pues, los que manchan la purpura imperial son castigados lo mismo que los que la rasgan, iqué hay de extrano en que los que reciben el cuerpo de Cristo con impura conciencia sufran el mismo suplicio que los que le desgarraron con los clavos? Considera, en efecto, cuán terrible castigo diô a entender San Pablo cuando dijo: *Uno que atropella la ley de Mcisés, muere sin misericordia, sobre el 'testimonio de dos o très. /De cuanto peor castigo pensais que sera juzgado digno quien al Hijo de Dios hoilô, y reputô indigna la sangre dei testamento, con la que fué 'sacrificado! (Hebr. 10,28 ss.).*

Miremos, pues, por nosotros mismos, amados (hijos), ya que de taies bienes gozamos, y cuando nos viniera el pensamiento de decir algo torpe o nos viéramos arrebatados de la ira o de alguna otra pasiôn, reflexionemos de qué beneficios hemos sido objeto, de qué Espiritu hemos gozado; y este pensamiento sera freno de nuestros irracionales apetitos. ;Hasta cuando estaremos sin despertar? <Hasta cuándo nos hemos de cuidar de nuestra salvaciôn? Consideremos qué beneficios se ha digando hacernos Dios; démosle gracias, glorifiquémosle, no sôlo por la fe, sino también por las obras, para que alcancemos también los bienes venideros, por gracia y benignidad de nuestro Senor Jesucristo, con el cual sea al Padre la gloria, juntamente con el Espiritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén* (n.4).

B) Cristo, vida de quien comulga

(Cf. Horn. 47 in In. I al 4' PG 59,257-262: BAC. *Textit» cncaristit primitivos* p.574.)

a) Vida eterna

1056

♦Al hablar de cosas espirituales debemos apartar de nuestro espíritu todo lo mundano y terreno, para que, dejado totalmente este lastre, nos podamos entregar enteros a escuchar la divina palabra.

Porque si calla todo tumulto cuando el rey entra en la ciudad, mucho más al hablarnos el Espíritu Santo, debemos escucharle con gran paz y a la vez con gran temor. Pues lo que hoy hemos leído es digno de temor santo. Y oye como: *Pues en verdad os digo*. dice Jesûs, *el que no coma mi carne y beba mi sangre no tiene vida en si mismo*. Puesto que habia dicho antes que esto es imposible, muestra El no solo que no es imposible, sino más aún, que es muy necesario. Por eso anade: *El que corne mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré el ultimo dia* (Io. 54), como habia dicho antes: *El que coma de este pan no morira eternamente* (ibid., 50), y era verosímil que esto les ofendiera, como ya antes habia dicho: *Abrahdn muriô y murieron los profetas, icômo dices tu que no gustardn la muerte?* (Io. 8,52). Por eso pone la resurreccîon como soluciôn al problema y afirma que no morirân eternamente. Con frecuencia vuelve a tratar de los misterios, para demostrar que esto es necesario y del todo conveniente».

b) H,XY QUE COMER SU CUERPO EN REALIDAD

1057

•*Pues nu carne es comida verdadera y mi sangre verdadera bcbida* (Io. 6,55). ¿Qué quiere decir esto? Quiere significar que este es alimento verdadero que conserva el aima o que ellos deben dar fe a sus palabras, de modo que estén seguros de que no habia en enigma y con parabras, sino que hay aue corner su cuerpo en realidad. En seguida anade: *El que corne mi carne permanece en mi* (ibid., 56), indicando que se compenetra con él mismo... Perfecta es la armonia entre estas palabras; porque habiendo hablado continuamente de la vida eterna, para confirmarlo una vez más, anade: *Permanece en mi*. Pues si permanece en mi, y yo vivo, es claro que también él hâ de vivir...»

c) Vida sublime

1058

• *Y el que me corne, también él vivira nor mi* (ibid., 57). Aquí vida significa no una vida cualquiera, sino una vida sublime. Y que no habia simplemente de esta vida, sino de aquella gloriosa e inefable, se deduce claramente del hecho de que todos, sean infieles o no

iniciados, viven, a pesar de que no han comido de aquella carne; ¿ves cómo no había de esta vida, sino de aquélla?; lo que quiere decir es esto: El que come mi carne, aunque muera, no perecerá ni será castigado. Más aún, no había de la común resurrección; pues todos han de resucitar igualmente, sino de aquella eximia y gloriosa resurrección que será acompañada de premio. *Este es el pan que ha bajado del cielo, no como comieron vuestros padres mana y murieron. Quien come este pan vivirá eternamente* (ibid., 58). Y repite esto con frecuencia para que se grabe en la memoria de los oyentes (pues era como su última enseñanza acerca de estas cosas) y se confirmen en la fe de la resurrección y de la vida eterna. Así, pues, añade la resurrección, ya porque dijo, vida eterna, ya para mostrar que aquella vida no era la de este mundo, sino la de después de la resurrección».

d) Prueba demostrativa

•Y ¿cómo se prueba esto?, me diras. Con las Escrituras. Porque continuamente los envía alla, mandándoles que aprendan estas cosas en ellas. Al decir: *El que da la vida al mundo* (Jo. 6,33), los impele a que se estimulen, y viendo que otros gozan de tan excelente don, no se queden ellos fuera. Recuerda frecuentemente el maná, ya para establecer diferencias entre él y el nuevo pan, ya para incitarlos a creerlo. Porque si pudo Dios, sin cosecha, sin trigo, ni nada semejante sustentar sus vidas durante cuarenta años; mucho más podrá hacerlo ahora que ha venido a hacer maravillas mucho mayores. Por otra parte, si aquellas cosas eran tipo y recogían el alimento sin sudores ni trabajos, mucho más tendrá lugar esto ahora cuando tan distintas son las cosas, cuando no hay muerte completa y gozamos de la vida verdadera*.

Recuerda tan continuamente la vida, porque eso es lo deseado por los hombres, y nada hay más agradable que el no morir. Porque también en el Antiguo Testamento se prometía una larga duración de la vida: mas ahora no sólo la prolongación, sino la vida sin término. Quiere mostrar al mismo tiempo que él revoca ahora la pena introducida por el pecado, aboliendo aquella sentencia de muerte e introduciendo no una vida cualquiera, sino la vida eterna; contra el decreto primero. *Estas cosas las dijo enseñando en la sinagoga de Cajarnaüm* (ibid., 59). donde había hecho los más de los milagros y, por lo tanto, se debía prestar oído a sus enseñanzas...»

•Los palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida (ibid., 63), esto es, son divinas y espirituales, no tienen nada de carne ni consecuencias naturales, sino que están libres de toda necesidad, y hasta superan las leyes de las cosas de acá y tienen un sentido muy otro y diverso. Así como en este pasaje *con espíritu* quiso decir *es-

pirituales», del mismo modo diciendo carne no dijo sino las cosa carnales, «el haber oldo carnalmente», y a la vez les designa a ello que siempre deseaban las cosas carnales, siendo asi que debian apc-
tecer las espirituales. Porque si alguno entiende esto carnalmente,
no gana nada.

(Pues qué? <JSu carne no es carne? Si lo es, por cierto. Entoncc-^
;como dijo: *La carne no aprovecha nada?* No lo dice por su came,
ni mucho menos, sino por los que entendieron carnalmente lo dicho.
Pero <qué es entenderlo carnalmente? Simplemente ver lo propuesto
y no pensar mâs. Esto es, «carnalmente». Pero no conviene juzgar
asi lo que se ve, sino hay que ver todos los misterios con los ojos
interiores. Esto es, «espiritualmente». (Acaso el que no corne su
carne y bebe su sangre tiene en si mismo vida? (cf. ibid., 53). (Pues
como no es de ningûn provecho la carne siendo asi que no podemos
vivir sin ella? Ves que lo de *la carne no aprovecha nada* no lo dijo
de su propia carne, sino del modo carnal de oir».

C) *La instituição*

Extiéndese sobre la presencia real y la limpieza necesaria al comulgante
(cf. *Horn.* 82 *in Mt.* 4 v 5: PG 58,744; BAC. *Textos eucarísticos primitivos*
t.1 p.557-561).

a) Voluntad del hombre y auxilio del cielo 1061

«-Aquí aprendemos un gran documento, y es que no basta la
voluntad del hombre si uno no tiene el auxilio del cielo, y que, a su
vez, nada nos aprovecha el auxilio del cielo si no hay buena volun-
tad. Y ambas cosas nos las hacen ver Judas y Pedro; porque aquél,
habiendo tenido gran auxilio, ningûn provecho sa'cô, porque no quiso
ni contribuyô con lo que era de su parte, y en cambio éste, con buen
deseo, porque se vio destituido de auxilio, cayô. Porque de estas dos
cosas se labra la virtud...

Obedezcamos, pues, dondequiera a Dios, y no le contradiga-
mos, aunque lo que El diga parezca contrario a nuestra razôn y a
nuestros ojos: antes sea su palabra de mâs autoridad que nuestra
razôn y nuestros ojos*.

b) Infalibilidad Dr su palabra

«Hagâmoslo asi también en lo tocante a los misterios (eucaris-
ticos), no mirando sôlo a lo que tenemos delante, sino reteniendo
sus palabras. Porque su palabra es infalible y nuestro sentido es
muy falible. Su palabra jamâs faltô, mientras que el sentido las
mâs de las veces se engafia. Ya, pues, que su palabra dice: *Este*
es mi cuerpo, obedezcamos y creamos y veâmosle con los ojos espi-
rituales: Porque nada sensible nos diô Cristo, sino que, por medio
de cosas sensibles, nada nos diô sino espiritual Asi en el bautismo,

por medio de una cosa sensible, se nos da el don del agua, pero es espiritual la generaciôn y la renovaciôn que alli se obra. Si fueras incorporeo, tan sôlo te hubiera dado estos dones incorporeos; pero como el alma esta unida con el cuerpo, te da, por medio de cosas sensibles, otras espirituales. ¡Cuântos dicen ahora: «Quisiera ver su forma, su figura, sus vestidos, su calzado»! Pues he ahi que a El ves, a El tocas, a El comes. Tû deseas ver sus vestidos, mas'El se te da a si mismo, no solo para que le veas, sino para que le toques y le comas, y le recibas dentro de ti. Nadie, pues, se acerque con nâuseas, nadie con tibieza; todos encendidos, todos fervorosos y despiertos. Porque si los judios, puestos en pie, teniendo el calzado y los bâculos en sus manos, comian con prisa, mucho mâs conviene que estes tû alerta. Puesto que si ellos habian de ir a Palesiina, y por eso tenian la figura de caminante, tu, en cambio, debes trasladarte al cielo*.

1063

c) VIGILANCÎA CONTRA LA INDIGNIDAD

"Por lo tanto, menester es de todo punto gran vigilancia: que no es mediano el suplicio que amenaza a los que indignamente comulgan. Considera como te indignas contra el traidor y contra los que crucificaron a Cristo. Mira, pues, no te hagas también tû reo del cuerpo y de la sangre de Cristo. Ellos inmolaron su santísimo cuerpo, jmas tû le recibes con el aima sucia después de tantos bñéficies! Porque no se contenté con haberse hecho hombre, con haber sido abofeteado y crucificado, sino que ademâs se une y mezcla con nosotros, y no solo por la fe, sino en realidad nos hace su propio cuerpo. ¿Qué pureza hay que no deba sobrepujar el que participa de tal sacrificio? ¡Qué rayos de luz a que no deba hacer ventaja la mano que divide esta carne, la boca que se llena de este fuego espiritual, la lengua que se enrojece con tan venerada sangre?»

1064

d) El honor de su mesa

•Considera cuán crecido honor se te ha hecho, de que mesa disfrutas. A quien los ângeles ven con temblor y por el resplandor que despiden no se atreven a mirar de frente, con Ese mismo nos alimentamos nosotros, con El nos mezclamos y nos hacemos un mismo cuerpo y carne de Cristo. ^Quién dira *el multiple poder del Serior y hara que resuenen todas sus alabanzas?* (Ps. 105,2). êQué pastor apacienta a sus ovejas con sus propios miembros? Y <qué digo pastor? Madrés hay muchas veces que, después de los dolores del parto, dan sus hijos a otras que los crien. Mas El no lo consintió, sino que El nos alimenta con su propia sangre y por todos los medios nos une consigo mismo. Miralo bien: nacíé de nuestra propia substancia. Pero eso no pertenece a todos, dirâs. Si, por cierto; a todos. Porque si vino a tomar nuestra naturaleza es évidente que vino a todos. Y si a todos, también a cada uno.

< T -A... mMs

hWlly 4...fjm *** 0>*A*< -

Pues icônio, dirâs, no todos se aprovecharon de esta ganancia? No, ciertamente, por culpa de Aquel que escogiô esto por todos, sino por la de aquellos que no quisieron. Cada uno de los fieles se junta y mezcla por medio del sacramento, y a los que engendrô alimenta consigo mismo y no se los da a otro, persuadiéndote a su vez con esto que tomô tu carne. No Seamos, pues, perezosos, habiendo sido juzgados dignos de tan grande amor y honra. <No veis con cuánto afân los pequenuelos se adhieren a los pechos de sus matrês, con cuánto impetu aplican a ellos sus labios? Acerquémonos con el mismo afân nosotros a esta mesa, a este pecho y câliz espiritual; mâs aun: atraigamos con mucho mayor empeno, cual ninos de pecho, la gracia del Espiritu Santo, y no tengamos otra pena que la de no participât de este alimento. No es obra de humana virtud la Eucaristia. El que la llevô a cabo en aquella cena es el que también ahora la obra. Nosotros tenemos el lugar de ministros suyos; pero quién alli santifica la oblaciôn y la transforma es El».

e) NO SE ACERQUE NADIE MANCHADO

106;'

«No asista, pues, ningûn Judas, ningûn avaro. Si alguno no es discipulo, fetircse: no admite a los taies a la sagrada mesa. *Con mis discipulos*, dice, *celebro la pascua* (Mt. 26,18). Esta es la misma mesa que aquélla. Porque no es que Cristo prépara aquella y el hombre ésta, sino entrambas Cristo. Este es aquel Cenâculo en que entonces estaban y de donde salieron al monte de las Clivas. Olivas plantadas en la casa del Senor son la muchedumbre de los pobres, que destilan el aceite que alli nos sera útil, el que tenian las cinco virgenes y por no haberlo tornado de aqui las otras cinco perecieron. Tomémoslo, pues, y entremos, para que vayamos con las lâmparas resplandecientes al encuentro del Esposo; tomémoslo y salgamos de aqui con él. Ningûn inhumano se acerque, ningûn cruel y sin compasiôn, ninguno absolutamente que esté manchado.

Esto os lo digo a vosotros los que comulgâis y a vosotros los que administrais la comuniôn. Porque es preciso hablaros también a vosotros para que distribuyâis estos dones con mucha diligencia. No se os reserva pequeûo castigo si, sabedores de la maldad de alguno, le permitis participât de esta mesa. ¡Su sangre se exigira de vuestras manos! (cf. Gen. 42,22). {Aunque sea jefe militar, aunque sea prefecto, aunque sea el mismo que se cine la diadema, si se acerca indignamente, apârtale; mayor potestad tienes que él! Si tû hubieras recibido el encargo de conservat pura una fuente de agua para un rebano y vieras a una oveja que tuviera la boca Mena de lodo, no la permitirias inclinarse a la corriente y enturbiarla; pues y ahora, encargado de una fuente, no de agua, sino de sangre y espiritu, y viendo acercarse a ella algunos manchados, no con tierra y lodo, sino, lo que es mucho peor, con el pecado, ¿no te airas, ni los apartas? <Y qué perdôn habrâ para ti?

Por esto os honrô Dios con tan grande honor, para que discernais a los dignos y a los indignos. Esta es vuestra dignidad, ésta vuestra seguridad, ésta vuestra corona; ¿no pasearon (por la iglesia) ceñidos de blanco y resplandeciente vestidura? Y ¿por dónde discernir, se me dira, al uno y al otro? No hablo yo de los (pecadores) desconocidos, sino de los públicos. ¿Irê algo más espantoso? No es tan malo que estén dentro los energúmenos como es que se hallen éstos, de quienes dice San Pablo que pisotean a Cristo, tienen por inmunda la sangre del testamento y hacen ultraje a la gracia del Espíritu Santo (cf. Hebr. 10,29). Por que el endemoniado es el que está en pecado y se acerca. Los endemoniados, no por serio, reciben castigo; mientras que éstos, por acercarse indignamente, son entregados a suplicio mortal. No apartemos, pues, tan solo a aquellos, sino a todos los que veamos acercarse indignamente. Nadie de los que no sean discípulos comulgue. Ningún Judas le reciba para que no le suceda lo que a Judas».

IV. SAN ATANASIO

Preparación para la comunión

Tomamos algunos párrafos de sus cartas eucarísticas o preparatorias de la fiesta de Pascua. Llamamos la versión de la BAC (cf. *Textos eucarísticos primitivos* p-215 ss.).

A) *Recedant vetera*»

10GG

a) La vida nueva del cristiano

‘Pero nosotros estâmes fuera del tiempo de las sombras y no obramos ya conforme a éstas, sino que estâmes convertidos al Señor; el cual es el Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor allí hay libertad (2 Cor. 3,17), como hace resonar en nuestros oídos la sacerdotal trompeta. Porque ahora no inmolamos un cordero material, sino aquel verdadero cordero que fué inmolado, Nuestro Señor Jesucristo, que fué conducido al matadero como una oveja y que estaba sin decir palabra como cordero delante del matarife (cf. Is. 53, 7); purificándonos con su preciosa sangre, que había mucho más que la de Abel (cf. Hebr. 12,24)»... (cf. Carta 19: PG 26,1365 B).

*Y ahora, después que el enemigo, tirano del mundo, fué muerto, de ninguna manera, amados míos, participâmes de una fiesta temporal, sino de aquella eterna y celestial; la cual nosotros no la mostramos en figuras, sino que verdaderamente la realizamos. Entonces celebraban la fiesta con la comida de la carne de un cordero irracional y ahuyentaban al exterminador con ramos mojados en la sangre del cordero (cf. Ex. 12,22). Pero ahora, cuando

comemos al Verbo del Padre y signâmes los labios. de nuestros corazones con la sangre dei Nuevo Testamento, conocemos que nos ha sido dada la gracia por el Salvador, que dice: *Ile aqui que os he dado potestad de hollar serpierites y l/lhoras y todo el poder del enemigo* (Le. 10,19), Y'l no dominarâ mäs la muerte, sino que la vida sustituye a la muerte, porque el mismo Sertor dice: *Yo soy la vida* (Io. 14,6). Ahora, pues, todas las cosas sobreabundan y saltan de alegría, como ya fué escrito: *El Señor reino, alégrese la tierra* (Ps. 96,1). Entonces reinaba la muerte cuando llorâbamos sentados en las orillas de los rios de Babilonia (cf. Ps. 136,1) y nos en-tristeciamos en la amargura de la cautividad. Ahora, destruida la muerte y el reino dei adversario, todo se ha llenado de copiosa alegría y gozo. Y no solamente en Judea es conocido Dios (cf. Ps. 75, 2) sino que por toda la tierra saliô su voz (cf. Ps. 28,5) y el universo esté llcno de la sabiduria dêl Seftor (cf. Is. 11,9). Por lo demäs, es claro, amados mios, que es necesario que nosotros, que parti-cipâmes de tal festividad, vistamos nuestras conciencias no con sôrdidos vestidos, sino que las adornemos con atavios del todo puros en este dia de nuestro Señor Jesûs, para que realmente po-damos celebrar con El esta festividad. Ciertamente nos vestimos asi cuando amamos la virtud y odiamos el vicio; cuando guardamos la castidad y rechazamos la lascivia; cuando preferimos la justicia a la iniquidad; cuando, satisfechos con lo necesario, mäs bien fortalecemos nuestro espiritu; cuando no nos olvidamos de los po-bres, sino que a todos queremos estén abiertas nuestras puertas; cuando deseamos humillar nuestro espiritu y detestamos la sober-bia» (n.3).

10(17)

b) La Pascua cristiana

«También Israel antiguamente celebraba con diligencia este rito, como en figura, y participaba de las festividades; sin embargo, esto era entonces como una sombra, como una representaciôn. Nosotros, en cambio, amados mios, disipada la sombra y termi-nadas las figuras, no debemos juzgar ya esta festividad como algo renresentativo ni debemos subir al altar pascual como en la Jeru-salén terrestre, según la ilimitada vigilia de los judios, temiendo no sea que en el transcurrir del tiempo parezeamos obrar fuera de tiempo, sino que debemos dejar aquellos figuras siguiendo el ejem-plo de los apôstoles, y cantar aquel cântico nuevo. Habiendo pre-sentido los mismos apôstoles que esto se habia de realizar, y ha-biéndose hecho comparteros de la verdad, accrcândose a nuestro Salvador le dijeron: *jDônde quieres que te preparemos la Pascua?* (Le. 22,9). Ciertamente aquello ya no se hacia por causa de la Jerusalén terrena, ni era el deseo de celebrar la festividad sola-mente alli, sino dondequiera le agradase a Dios; mas El queria que esto se hiciese en todas partes y que en todo lugar se le ofre-ciese incienso y sacrificio. Antiguamente, como dice la historia,

no era permitido celebrar la fiesta de la Pascua en ningún sitio fuera de Jerusalén; pero después, pasado lo que era transitorio y acabadas las figuras, porque la predicación del Evangelio se debía extender por todas partes, por eso también no debía haber ningún lugar en el que no propagasen los discípulos esta fiesta. Por lo cual, dijeron al Salvador: *¿Dónde quieres que preparemos?* Nuestro mismo Salvador, pasando igualmente de lo figurado a lo espiritual, les prometió que no comían ya en adelante la carne del cordero, sino la de El, diciendo: *Tomad, comed y bebed; esto es mi cuerpo y mi sangre** (n..) (cf. Carta 4 n.3 ss.: PG 26,1377 Di

B) Preparación debida

◆Nosotros nos alimentásemos como con el manjar de la vida y deleitamos siempre nuestra alma con su preciosa sangre, como si fiera una fuente, y, sin embargo, siempre tenemos sed y siempre estamos ardiendo. Y El mismo está presente a los que tienen sed. y por su benignidad llama a la fiesta a aquellos que tienen entrañas sedientas, según las palabras del mismo Salvador: Si *alguno tiene sed, tenga a mi y beba* (Io. 7,37)»... (n.i).

«... En los días restantes sigamos el camino de la virtud haciendo penitencia, como es razón, de los pecados cometidos, cualesquiera que ellos fuesen, pues nadie está libre de manchas, aunque "no hubiere vivido en la tierra sino una sola hora; así lo atestigua el virtuosísimo Job (cf. Job 14,5 en la versión griega de los LXX). Después, dirigiendo nuestra mente a las cosas futuras, pidamos no comer la pascua indignamente y no ser enredados en los peligros. La pascua en verdad será manjar celestial para los que celebren con pureza la festividad; pero para los impuros e indiferentes, peligro e ignominia. Porque está escrito: *El que come y bebe indignamente será reo de la muerte de nuestro Señor* (cf. 1 Cor. 11,27). Así, pues, para no acercarnos sin preparación a la celebración del rito festivo y para ser dignos de acercarnos al divino Cordero y gustar los manjares celestiales purifiquemos nuestras manos, limpiemos nuestro cuerpo y tengamos la conciencia libre de todo engaño. No nos entreguemos, por favor, al vino y a las concupiscencias, sino tratemos con Nuestro Señor y sus divinas doctrinas, a fin de que, completamente puros, podamos ser hechos partícipes del Verbo* in.5) (cf. Carta 5 n. 1.5: PG 26,1379 C 1380 A; 1382 D-1383 A).

C) Pan de vida y panes de muerte

a) Cristo, pan de vida

•Al mismo tiempo Dios no rehusará ser invocado como Dios por aquellos que hayan mortificado en la tierra sus miembros y, sin embargo, viven en Cristo. Además, Dios es Dios de vivos, no de muertos (cf. Mc. 12,27); más aún, vivifica a todo hombre por su Verbo vivo, el cual da a los santos para alimento y vida, como el mismo Schor dice: *Yo soy el pan de la vida* (Io. 6,35). Los judíos, por tener el gusto enfermizo y los sentidos del espíritu no ejercitados en la virtud, no entendiendo rectamente la explicación de este pan, le contradecían porque había dicho: *Yo soy el pan que bajó del cielo y da vida a los hombres* (Io. 6,33-41)» (n.4).

b) El pecado, pan de la muerte

1070

«Pero también el pecado es un pan peculiar que contiene la muerte, y cuando invita a los amantes de los placeres y los mentecatos, les dice: *Palpad suavemente los panes escondidos y las dulces aguas furtivas* (cf. Prov. 9,17). Pero, sin embargo, aquel que los tocare ignora que allí han de perecer los hijos de la tierra (cf. ibid., 18). Pensará el pecador que de allí recibirá placer, pero no será agradable el fin de este pan, como también dice la Sabiduría de Dios: *Grato fue al hombre el pan de mentira, pero después se llenó su boca de arenilla* (Prov. 20,17). Y a éstos les invita a sí, diciendo: *La Sabiduría se fabricó para sí una casa y la apoyó sobre siete columnas. Inmoló sus víctimas, mezcló en las hidrias su vino y preparó la mesa. Envié sus criados a convidar que viniesen a sus hidrias, gritando: Si alguno es necio venga a mí, y a los que no tienen juicio les dije: Venid a comer de mi pan y a beber el vino que os he mezclado* (Prov. 9,1-5). ¿Qué esperanza les queda a estos? Decid la necesidad para que viváis, buscad la prudencia para que lleguéis a la longevidad (ibid., 6; cf. Bar. 3,14). Porque el pan de la Sabiduría es fruto de vida, como (dice el mismo Serio: *Yo soy el pan vivo que bajó del cielo; si alguno comiere de este pan vivirá eternamente* (Io. 6,51). Fue, en verdad, el maná un manjar delicado y admirable mientras comía de él Israel, el cual, sin embargo, murió; porque aquel manjar de ningún modo servía para la vida eterna a quien lo comía. Pues realmente toda aquella multitud pereció en el desierto. Mas el Señor nos enseña diciendo: *Yo soy el pan de la vida; nuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el pan que bajó del cielo para que quien comiere de él no muera* (Io. 6,48 ss.)» (η.).

8

1071

e) H a m b r e d e l p a n d e v i d a

«Entre tanto, los impios y los indiferentes sufren el hambre de este pan, mientras que el varôn justo, apto para este pan, se sacia y dice: *Nias* yo veré *tu faz con justicia*, y *quedaré saciado cuando aparedere tu gloria* (Ps. 16,15). Quién participa del divino pan experimenta un hambre perpetua de deseo, y quien asi tiene hambre, tendra gracia sin fin, como lo promete la Sabiduria, diciendo: *El Senor no matará de hambre al alma inocente* (Prov. 10,3). Esto mismo prometiô en los Salmos diciendo: *Su casa colmaré de bendiciones, a sus pobres hartaré de pan* (Ps. 131,15). Oigamos a nuestro Salvador diciendo: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque scrân saciados* (Mt. 5,6). Es necesario, pues, que los santos y los amadores de la vida en Cristo se animen al deseo de este manjar, y orando digan: *Como desea el dervo las fuentes de las agitas, asi te desea mi aima, joh Dios! Mi aima tiene sed de Dios vivo. îCuândo ire y contemplare el rostro de Dios?* (Ps. 41,2 ss.), y de nuevo: *jOh Dios mio!, me adelanto a ti. Mi aima tiene sed de ti y de muchas maireras mi carne. Cor.io en tierra desierta, intransitable y sin aqua, asi apareci ante *i en el santuario para ver tu potencia y gloria* (Ps. 62, 2 ss.)» (n.6).

1072

d) P r e p a r a c i ô n n e c e s a r i a

I
•■il:;. '
r J' J
|| I '
:
Hlfl H]
4}| j:
:
i p
j ' , il
llll H
I || I

J Hî
l | 'i
I |
!
;
l | J ' j| : ,
I | ' t|
;
' |l
l |l
|i

«Siendo esto asi, nosotros también, hermanos mios, debemos mortificar los miembros en la tierra y alimentamos del pan vivo con fe y caridad para con Dios, ya que sabemos que sin la fe es imposible participai· de este pan. Nuestro mismo Salvador, cuando llamaba a si a todos, dijo: Si *alguno tiene sed, venga a mi y beba* (Io. 7,37). Luego hizo mención de la fe, sin la que nadie debiera recibir tal alimento, y dijo: Del *seno de aquel que créé en mi, manarán*, como dice la Escritura, *rios de agita viva* (ibid., 38). Por lo cual El mismo alimentaba siempre con sus palabras a los discipulos, es decir, a los que tenian fe, y les comunicaba la vida por la proximidad de su divinidad...» (n.7).

«Pero el que desprecia esto, y mientras se purifica, se mancha, juzgando sangre ordinaria aquella dei Testamento por la que fué santificado, y despreciando el espiritu de la gracia, oirâ lo que se le dice: *Companero, îcômo has entrado tû aqui no teniendo traje de boda?* (Mt. 22,12). Porque pura e inmaculada es la cena de los santos. *Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos* (ibid., 14). Judas vino a la cena, pero despreciândola, se fué de la presencia del Senor; y porque habia abandonado su vida se estrangulô con un lazo (cf. Act. 1,18). Pero los discipulos que permanecieron con el Senor participaron de las delicias de la cena. Si de aquel joven que habiendo marchado lejos malgasta su patrimonio *viviendo licenciosamente* (cf. Le. 15.13), se apoderara de él el deseo de la divina cena y volviendo en si dijera: *jCuantos criados de mi padre tienen abundanda*

ss. l'AUKKS. ftA.S AIANABIO

de pan y yo aqui perezco de hambre! (ibid., 17), y levantándose de allí, viniera a su padre, y confesando dijera: *Pequé contra el cielo y ante ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo, trátame como a un de tus jornaleros* (ibid., 18 ss.); si así digo confesara, entonces sería realmente digno de ser recibido por su padre y no sería tenido por un jornalero o extraño, sino sería recibido con un beso, como hijo, y como un muerto sería restituido por él a la vida, admitido bondadosamente a la cena divina, honrado con el vestido más precioso en la casa paterna que resuena con los cánticos y regocijo por este acontecimiento (cf. Le. 15,20-26)» (n.9).

e) LOS REGALOS DEL PADRE CELESTIAL *

«Este es el comportamiento de la benignidad y bondad del Padre, que no sólo devuelve la vida a los muertos, sino que también da la medicina de la gracia por el Espíritu. Por lo que en vez de la depravación, viste al hombre de incorrupción; en lugar de hambre. inmoló un becerro, y para que aquel no marche lejos, tiene cuidado de su vuelta calzando sus pies; y lo que más es de admirar pone en su mano el divino anillo, regenerándole por esto para que sea impronta de la gloria de Cristo. Estos son los regalos del Padre, con los que el Señor adorna y alimenta a los que con El perseveren, y también a aquellos que, movidos por la penitencia, retornen a El, a los cuales promete diciendo: *Yo soy el pan de la vida. El que viene a mí no tendrá hambre; y el que creé en mí no tendrá sed jamás* (Io. 6,35). Nosotros también seríamos dignos de estos bienes, si siempre siguiésemos a nuestro Salvador; y si no solamente en estos seis días de Pascua nos purificásemos, sino toda nuestra vida la juzgásemos como una solemnidad, y siempre unidos a El y nunca apartados, le dijésemos: *Tienes palabras de vida, ¿adónde iremos?* (Io. 6,69). Y si alguna vez nos hemos apartado, volvamos por la confesión de nuestras transgresiones, no guardando rencor contra nadie, sino que mortifiquemos con el espíritu los actos del cuerpo (cf. Rom. 8,13). Ciertamente, si aquí nos adelantamos a alimentar el alma con estas cosas, seremos hechos participes, con los ángeles, de aquella mesa celestial y espiritual; y no seremos rechazados cuando llamemos como aquellas cinco vírgenes fatuas (cf. Mt. 25,1-12), sino que entraremos con el Señor, como aquellas prudentes amigas del Esposo, manifestando la muerte de Jesús en nuestros cuerpos (cf. 2 Cor. 4,10), y recibiendo de El la vida y el reino...» (n.io).

V. SAN AGUSTIN

Eucaristia y unidad

Ya hemos incluido en distintas ocasiones la doctrina agustiniana sobre la eucaristia (cf. *La palabra de Cristo* t.5 p.579-584 t.6 p.224 ss.). Por esto seremos ahora mucho más breves.

1074

A) *El sacramento de la mesa del Señor*

«Me acuerdo de mi promesa, sé que os había prometido a los que os acabáis de bautizar explicaros el sacramento de la mesa del Señor, esa que estais viendo ahora y de la que fuisteis participes la noche pasada.

Debéis saber qué es lo que recibis, que es lo que debéis recibir y qué es lo que deberiais recibir todos los dias.

Esc pan que veis en el altar, santificado por la palabra de Dios, es el cuerpo de Cristo; aquel cáliz, mejor dicho, lo que contiene el cáliz, santificado por la palabra de Dios, es la sangre de Cristo. Con esto quiso Cristo Señor recordar el cuerpo y sangre que derramô por nosotros para perdôn de los pecados.

Si lo recibis bien, vosotros mismos os convertiréis en lo que recibis. Porque el Apôstol dice: *El pan es uno, somos muchos, un solo cuerpo, pues todos participâmes de ese unico pan* (i Cor. 10,17). Con estas palabras queda explicado el sacramento de la mesa del Señor.

En este pan se os encomienda que debéis amar la unidad. /Acaso se hace de un solo grano? <No fueron muchos los de trigo? Antes de que viniesen a formar ese pan estaban separados, pero el agua los uniô después de haber sido aplastados (contritos). Si el trigo no es molido y no es regado con agua, no consigue esa forma que se llama pan. Por eso vosotros habéis sido como molidos por la humillaciôn del ayuno y los exorcismos. Por fin llegó el agua del bautismo con la que fuisteis regados para formar la masa de pan. Pero no existe el pan sin fuego, idôn-de estâ ese fuego? Es el crisma, el ôleo es nuestro fuego, porque es el sacramento del Espíritu Santo.

Recordad aquel dia en que vino el Espíritu Santo y se mostrô como en lenguas de fuego. Inspiré el amor que nos hace arder en divinos incendios y despreciar el mundo, el que quema nuestro h'eno y purifica nuestro corazôn como oro en el crisol.. Llega, pues, el Espíritu Santo como el fuego y nos convierte en pan, en cuerpo de Cristo».

B) La Eucaristia, simbolo de la unidad

1075

«Observât! el simbolismo de la unidad en el orden de estas ceremonias. Después de haber orado se os advierte que levantéis el corazôn hacia arriba. Es lo que conviene a los miembros de Cristo. Si habéis sido ya hechos miembros de Cristo, <dônde esta vuestra cabeza? Porque los miembros la tienen... Sentada a la diestra del Padre. En el cielo estâ nuçstra Cabeza, por eso cuando se dice: Levantad los corazones, contestais: Los tenemos ya hacia el Señor. Pero para que no os lo atribuyâis a vosotros mismos, el obispo sacerdote continua diciendo: Demos gracias a Dios nuestro Señor, porque si El no nos lo hubiera concedido, nuestro corazôn estaria todavia en la tierra; a lo cual contestâis que es digno y justo.

Después de haber santificado el sacrificio de Dios y porque quiere que nosotros seamos también hostias suyas, decimos la oraciôn del padrenuestro que habéis aprendido. Inmediatamente se àade que la paz sea con vosotros y los cristianos se besan.

Grandes y muy grandes son los misterios. <:Queréis entender hasta qué punto lo son? Dice el Apôstol: *El que corne el cuerpo de Cristo o bebe el câliz del Señor indignamente sera reo del cuerpo y sangre del Señor* (i Cor. 11,27). <Cômo se recibe indignamente? Recibiéndole irrisoria y despectivamente. No te parezca cosa vil por lo que ves. Lo que ves, pasa, pero lo invisible significado no pasa, sino que permanece. Ahora se recibe, es comido y se consume, pero <acaso el cuerpo de Cristo se consume? êAcaso la Iglesia de Cristo se consume? iAcaso los miembros de Cristo se consumen? Jamâs; aqui se purifican, alli son coronados. Lo significado permanecerâ eternamente aunque parezca transitorio.

Recibidlo, pues, de modo que penséis tener la unidad en el corazôn fija para siempre».

SECCION II . TEOLOGOS'

SAN BUENAVENTURA

Efectos de la Eucaristía y preparaci6n para recibirla

Las ideas de San Buenaventura, que a continuaci6n reproducimos, est6n tomadas dei discurso titulado *De Sanctissimo Corpore Christi*. En este discurso glosa el Doctor Ser6fico seis figuras eucaristicas. contenidas en la Sagrada Escritura. para deducir de ellas los efectos de la comuni6n y la preparaci6n que debben llevar cuantos se acercan a ella. Se trata de un discurso perfecto y acabado: arquitect6nico, diriamos, por la contextura l6gica y literaria del mismo. M6s que captado y escrito por un oyente. parece escrito de puno y letra por el mismo santo Doctor. Nos es imposible transcribirlo entero y tampoco es conveniente resumirlo, porque perderia el estilo peculiar. Por ello hemos preferido elegir algunos p6rrafos y copiarlos literalmente, aun cuando hayamos de sacrificar el orden l6gico con que San Buenaventura presenta aqui todos sus conceptos (cf. BAC, *Obras de San Buenaventura* t.2 p.499-543).

1076 A) Seis efectos de la Eucaristía en seis figuras

«El hombre estaba vacio, y di6sele el Senor por el don de la inhabitaci6n: estaba hambriento, y di6sele en manjar; estaba sentado en tinieblas, y di6sele para iluminarle el coraz6n; yacia en sombras de muerte, y di6sele en sacrificio de reconciliaci6n; estaba cautivo en mendiguez, y di6sele para la pr6ctica de las virtudes; estaba aherrojado, y di6sele para ablandarle el coraz6n. Alaben. pues, al Senor, etc., porque El es la plenitud de los vacios, la refecci6n de los hambrientos, la luz de los que est6n sentados en tinieblas, la reconciliaci6n de los que yacen en sombras de muerte, el tesoro de los mendigos y la causa, en fin, que ablanda los corazones endurecidos como el hierro. Y como es cosa manifiesta, todas estas cosas se insinúan en las palabras dei tema.

Y en correspondencia con estos seis efectos, seis son tambi6n las figuras que representan, en la Sagrada Escritura, el Cuerpo de Cristo, a saber; la de grasa o grosura, la de pan, la de miel, la de cordcro pascual, la de tesoro celestial y la de man6* (n.5,1 y 2 p.499-501).

1 En *La pa6abra de Cristo* t.3 de Santo Tom6* nobre la Eucaristía.

t.\$ p.599-607; e P.<6-49. irwrtarrw la doctrina

a) Primera figura : «pinguedo», grosura

1077

«En cuanto a la primera figura, el santísimo Cuerpo de Cristo está prefigurado por la de grosura; y no sin razón. El Cuerpo de Cristo, en efecto, se nos ha dado para conservar en el corazón el fervor divino, fervor que se conserva de tres maneras: por la delectación interior, por el amor del prójimo y por la devoción cara con Dios»...

I. Causa delectacion interior

♦El Cuerpo de Cristo produce gran delectación interior y esto estaba figurado en el Génesis (49,20), donde se dice: *Aser, jugoso será su pan y proporcionará delicias a los reyes*. Este pan derrama en el hombre grandes deleites, porque remueve de él cuanto puede afligirle. Y, en verdad, cuatro cosas afligen al hombre en la vida mortal: la impotencia, la ignorancia, la malicia y la concupiscencia; y estas cuatro miserias le han sido infligidas a causa del pecado original.

Dice el Salmo (37,9): *Estoy afligido y humillado en gran manera*. y luego anade la razón diciendo: *Abandonóme la fortaleza*—he aquí la impotencia—, y *la misma luz de mis ojos ya no esta conmigo*—he aquí la ignorancia—, y *mis amigos y allegados se acercaron y se pusieron contra mí*—he aquí la concupiscencia, donde la carne con sus concupiscencias se designa por una parte, por amigos y allegados, y por otra por adversarios, conforme se escribe a los Gálatas (5,17): *La carne apetece contra el espíritu; los que estaban junto a mí se apartaron muy lejos*—he aquí la malicia.

En contraposición con las cuatro miserias, señaladas en las palabras dichas, se nos da el Cuerpo de Cristo bajo la figura del pan de Aser, pan jugoso, pan delicioso y pan de reyes. Dicese *pan de reyes* porque, en virtud de la fuerza que nos comunica, nos hace reyes contra la impotencia, a fin de que el rey, o sea, la recta razón, sentándose en el trono del alma, disipe todo mal con su mirada, según se dice en el libro de los Proverbios (20,8). Dicese el Cuerpo de Cristo *pan jugoso*, porque ilumina contra la ignorancia. En efecto, la grosura que se pone en una vasija o se derrama en una lámpara, se usa para alumbrar. Dicese también *pan delicioso* contra la concupiscencia de la carne. Y esto por ser el *pan que contiene todo deleite y toda suavidad sabrosa*, según se escribe en el libro de la Sabiduría (16,20). Dicese, por último, *pan de Aser*, palabra que se interpreta *hienaventuranza*, porque beatifica al hombre todo entero, contra toda malicia. Pues la eficacia de este pan consiste en transformar al hombre en Cristo, quien, siendo bienaventurado por esencia nos hace bienaventurados por gracia. Por esta razón el Señor dijo a San Agustín (cf. Confess..VII 10,16): «No me convertiras tú en ti, como el alimento se convierte en tu propio cuerpo, sino tú te convertirás en mí» (ibid., n.3 y 4 p.501-503).

Conserva el amor del prôjimo

»En segundo lugar, el Cuerpo de Cristo se nos ha dado en sacramento de comuniôn para conservar el amor del prôjimo. Y por esto esta figurado, y con propiedad, por la grosura. Porque asi como la grosura dilata la piel que con ella se unge, asi también el Cuerpo de Cristo dilata el alma del que devoiamente lo corne. La dilata, digo, en todas direcciones; hacia arriba y hacia abajo, hacia la derecha y hacia la izquierda, hacia adelante y hacia atrás; por lo que se dice en Jeremias (31,14): *Embriagaré con grosura el aima de los sacerdotes*. Y aqui la grosura con que se embriaga el aima de los sacerdotes no es otra cosa que ei sacramento del altar, por cuyo medio el alma de los que devotamente lo reciben se inflama en ardores de caridad y en su virtud el aima se dilata con vehemencia en todas direccionçs, razôn por la que aôade el profeta (ibid.): *Y mi pueblo sera lleno de mis bienes*. Y se ha de notar que el pueblo se llama aqui toda la Iglesia, tanto la militante como la triunfante. Y, en verdad, tan pronto como en virtud de este sacramento el alma dei sacerdote haya sido embriagada de la grosura de la dilección, llena de bienes a toda la Iglesia. La afluencia de la caridad sacerdotal se dilata en todos los sentidos: hacia arriba, en cuanto ofrece el sacrificio eucaristico en honor de los santos que reinan en la gloria; hacia abajo, hasta el purgatorio, en cuanto lo ofrece para la liberaciôn de las aimas que alli se encuentran; hacia la derecha, en cuanto lo ofrece por los amigos y bienhechores; hacia la izquierda, en cuanto lo ofrece por la salvaciôn de los enemigos y perseguidores; hacia atrás, en cuanto lo ofrece por la salvaciôn de sus antecesores, y. por ùltimo, hacia adelante, en^cuanto lo ofrece por la salvaciôn de los predestinados que han de existir hasta la consumaciôn de los siglos» (ibid., n.5 p.503-505).

i! h π

1080 3. Aumenta la devociôn

«En tercer lugar, se nos ha dado ei Cuerpo de Cristo como sacrificio de oblaciôn, con el fin de conservât en nosotros la devociôn para con Dios; y no sin razôn se nos representa bajo la figura de grosura. Porque, asi como la grosura derramada al fuego levanta la llama en alto, asi también la divinissima Eucaristia, cuando la recibe el corazôn devoto, lo arrebat a Dios a impulsos de la devociôn. Y por eso se dice en el Salmo (62,5-6): *En tu nombre alzaré mis manos. Sea llena mi aima como de grosura y con labios de regocijo te alabara mi hoca...* (ibid., n.6 p.505).

1081

b) Segunda figura: «pan subcinericio»

«Cristo nos représenter su santissima Cuerpo con la figura de pan, del cual dice El mismo por San Juan (6,51): *Yo soy el pan vivo que descendí del cielo*; y alli mismo: *El pan que yo daré es mi carne por la uida dei mundo*. Este es aquel pan que el ângel trajo a Elias,

segiin sc dice en el tercet libro de los Reyes (19,6): *Mirô Elias y lid junto a su cabeza un pan cocido al rescoldo y un vaso de agua.* El pan cocido al rescoldo es el Cuerpo de Cristo, que con razôn sc llama cocido al rescoldo, por estar velado con los accidentes, los quales son significados por las cenizas; y bajo esas cenizas de los accidentes estâ oculto el alimento de nuestras aimas» (ibid n.8 p.507).

Cuatro son los efectos que pueden sehalarse como representados bajo esta figura.

«Este sicramento nos conforta para la acciôn, nos eleva a la contemplaciôn, nos dispone para la revelaciôn de las cosas divinas y nos anima para el desprecio dei mundo y para desear los bienes celestiales y eternos. Y por eso sc dice en este lugar (3 Reg. 19,8-9) que Elias, *confortado con aquella comida, camino hasta llegar al monte de Dios, viô secretos divinos y se parô a la puerta de la cueva*; y todo esto designa los cuatro efectos sobredichos»... (ibid., n.13 p.511)

1. Conforta para la acciôn

1082

«Esto se significa cuando se dice: *Confortado cun aquella comida, camino cuarenta dias* (ibid.), y tal manjar significa el Cuerpo de Cristo, por cuya virtud confortante trabaja el hombre siempre que no déjà de progresar en la vida espiritual. Y nôtese que *camino por cuarenta dias*. El numero cuarenta no es mâs que diez multiplicado por cuatro. Por el nûmero diez se entiende el decalogo, al que se reduce todo el Antiguo Testamento. Por el nûmero cuatro se significan los cuatro Evangelios, a los cuales se reduce todo el Nuevo Testamento. Ahora bien, caminar, fortalecido por aquella comida por cuarenta dias, équivale a profesar en la vida espiritual durante el tiempo de la prueba, el cual ha de regularse por el Antiguo y Nuevo Testamento» (ibid., n.13 p-5T i-5T3).

« »

2. Eleva a la contemplaciôn

1083

◆El segundo efecto es elevarnos a la contemplaciôn ; y por eso se dice aqui que Elias llegô al monte de Dios. Y iqué otra cosa pudiera entenderse por monte 'sino la elevaciôn de la mente a Dios? Este es el monte a que habia llegado Moisés, de quien se dice en el Exodo (3,1 ss.): *Moisés apacentaba las ovejas*, lo cual designa el ejercicio de la acciôn. Se anade después: *Llevô el rebano al interior del desierto*, donde se ha de entender que todas las operaciones y afectos se han de reducir a lo intimo del corazôn. Y a continuaciôn: *Llegô al monte de Dios*, en lo que se expresa la elevaciôn de la mente a las cosas celestiales. Y se concluye: *Se le apareciô el Senor*, senalando con esto el momento en que se comunica al aima el don de la contemplaciôn. Y se ha de notar que se le apareciô el Senor en llama de fuego, cuya propiedad es calentar e iluminar. Y ello se dice para dar a conocer que, cuando el aima llega a la

contemplacion, no sôlo el cntendimiento sc ilumina con la luz del conocimiento, sino también la voluntad se inflama con el incendio del amor* (ibid., n.14 p.513).

1084 3. Dispone a pcribir las inspiraciones

«El tercer efecto es disponernos para la revelacion de los divinos secretos: y por eso se escribe aqui que el Senor dijo a Elias (3 Reg. 19,11-12): *Sal fuera y ponte sobre el monte delante del Senor; y he aqui que pasa el Senor, y delante del Senor un viento grande y fuerte que trastoma los montes y quebranta las piedras: el Senor no esta en el viento; y tras el viento un terremoto, el Senor no esta en el terremoto; y tras el terremoto un fuego, y el Senor no esta en el fuego; y tras el fuego un silbo de un vientecillo suave, y ahi, en esa aura blanda, estaba el Senor. Fué, pues, revelado a Elias que el Senor no se halla ni en el viento de la soberbia, ni en el estremecimiento de la impaciencia, ni en el fuego de la codicia o de la concupiscenda carnal, sino en el silbido de un vientecillo suave, o sea, en la tranquilidad de la conciencia pacificada; y asi dice el Salmo (Ps. 75,3): El Senor fijô su asiento en la par y su morada en Siôn.* (ibid., n.15 p.513).

1085 4. Ayuda a despreciar el mundo

«El cuarto efecto es animar al desprecio del mundo y al deseo de los bienes celestiales. Y esto se ha de entender aqui, cuando se dice que Elias *cubrió su rostro con el manto y, habiendo salido, parose a la puerta de la cueva* (3 Reg. 19,13). Y, ciertamente, cuando el alma es levantada hasta contemplar lo inmenso de la divina hermosura y lo infinito de la potencia divina, luego se recoge en su propia pequeñez, cubre su rostro con la profunda humildad, sale fuera de la codicia del mundo, se para a la puerta de la cueva, es decir, suspira por la eternidad. Como que aqui por cueva se entiende el cuerpo humano, y por puerta, el deseo de salir de él. Por eso estaba junto a la puerta, expresándose con esto los deseos que tenia de salir del cuerpo. Alaben, pues, al Senor por habernos representado su Cuerpo santisimo bajo la figura de pan* (ibid., n.16 p.513-

1086

c) Tercera figura: miel

Cristo -nos representô su Cuerpo venerabilisimo bajo la metafora de miel. Y a este proposito se dice en los Proverbios (24,13): *Come miel, hijo mio, porque es buena y el panai sera muy dulce a tu garganta.* Por el panai de miel se significa el sacramento del Cuerpo del Senor, y con mucha razón, pues la miel deleita el gusto y, al decir de los medicos, tiene la virtud de purificar la vista.

De la misma manera también Cristo deleita la voluntad e' ilumina el entendimiento. Oigamos a San Bernardo: «Jésus, dulzura de los corazones. fuente de aguas vivas, luz de las mentes, excede

todo gozo y todo deseo». En cuanto es la dulzura de los corazones, deleita la voluntad, y en cuanto es la luz de la mente, ilumina el entendimiento.

Y que Cristo sea miel lo dice San Bernardo, *Super Canticum* (cf. *Serm.* 15,6): «Jesûs es miel en la boca, melodía en el oído y júbilo en el corazón». Y en otra parte: «¡Oh Jesûs!, gloria de los Angeles, en el oído suave cántico, en la boca dulce miel y en el corazón néctar celestial».

Esta es la miel que produjo para nosotros la dulce abeja nuestra 1087 Virgen Maria, según aquello del Eclesiástico (11,3): *Pequena es la abeja entre los insectos, mas su fruto tiene el principio de la dulzura.* Abeja es la Virgen bienaventurada, y abeja pequeña, por ser humildísima entre todos los santos. Y su fruto tiene el principio de la dulzura. Porque nuestro Señor Jesucristo, fruto de su vientre, es dulce, no sólo como la miel, sino más que la miel y más que el contenido del panai; por lo cual dice San Bernardo: «La presencia de Jesûs es más dulce que la miel y todas las demás cosas». Más aún, así como el Cuerpo de Cristo está representado bajo la figura de pan y esto para significar el alimento de los hambrientos, así también lo está bajo la metáfora de miel para dar a entender la iluminación de los que se hallan sentados en sombras de muerte; lo que se expresa en el primer libro de los Reyes (14,27-29) cuando se dice que gustó Jonatás un poco de miel y quedaron iluminados sus ojos»... (ibid., n.17 p.515).

d) Cuarta figura: cordero

1088

«En cuanto a la cuarta figura, se ha de decir que el Cuerpo de Cristo se representa bajo la del cordero pascual; de él se dice en el Exodo (12,3 y 5): *Tome cada uno un cordero por sus familias y casas. Y el cordero será sin mancha.* Este cordero fué previsto por Isaías cuando dijo (16,1): *Envía, Señor, al cordero dominador de la tierra.* Y este cordero fué inmaculado, porque había venido a quitar los pecados del mundo, conforme a lo que se dice en San Juan (1,29): *He aquí el Cordero de Dios; he aquí el que quita los pecados del mundo.* El cordero pascual significa el Cuerpo de Cristo, por cuya razón se nos señala aquí cuál ha de ser el hombre antes de acercarse a Él, cuál en el momento de recibirlo y cuántos sean los frutos después de recibirlo» (ibid., n.26 p.521-523).

Antes de acercarse «al Cuerpo de Cristo se exigen en el hom- 1089 bre cuatro requisitos. Debe, en efecto, atender a la comunidad universal, disponerse para ser idóneo, inflamarse en la caridad y procurarse la integridad de la fe» (ibid., n.27 p.523).

En el momento de conulgar: «En cuanto al acto de recibir el Cuerpo de Cristo, ha de tener también cuatro condiciones: continencia en la carne, limpieza en el afecto, memoria de la pasión en el alma y vida eterna en el deseo» (ibid., n.28 p.525).

Erutos que se perciben: «Son cuatro. Y por eso, después de l<

comida de este cordero, el Setter hizo cuatro cosas: pasô por la tierra de Egipto, hiriô a los primogénitos, ejerciô el juicio sobre los dioses de Egipto y guardô del azote a los sehalados con la sangre; todo lo cual significa, sin duda, que a los que dignamente comulgan el Señor les envia consuetos, les templa los ardores de la concupiscencia, les quita el amor al mundo y les comunica seguridad para el día de juicio* (ibid., n.29 p.527).

1090

e) Quinta figura: tesoro escondido

•En cuanto a la quinta figura, se ha de decir que se nos representa el Cuerpo de Cristo bajo la del tesoro celestial. Y con razón se compara el Cuerpo de Cristo con un tesoro. Porque así como en el tesoro se encierra cuanto en las riquezas es deseable, así también en el Cuerpo de Cristo se contienen todos los carismas de las gracias, y de aquí es que Dios Padre, queriendo consolar a la esposa de su Hijo, que es la Iglesia, prometiô, antes de la venida de Cristo, estos tesoros cuando decía, por Isaías (45,3): *Te daré tesoros escondidos. Y bien se dicen escondidos estos tesoros de gracias, puesto que están cubiertos bajo los vélos dei sacramento visible. Y es de notar que diga: Te daré tesoros, en plural. Es que cuatro son los tesoros escondidos en Cristo, presente bajo las especies sacramentales, a saber: el tesoro de toda esencia, el de toda sabiduría, el de toda gracia y el de toda gloria** (ibid., n.30 p.529).

1091 i. Tesoro de toda esencia

•En Cristo está el tesoro de toda esencia. Todas cuantas cosas, en efecto, son, fueron o serán vienen de El. por El y para El. Pien- sa, pues, cuán grande es este tesoro del cual provienen el cielo, la tierra, el mar y todo cuanto en ellos existe. De ahí es que de Cristo puede decirse aquello de San Mateo (13,52): *Saca de su tesoro cosas nuevas y viejas;* y aquello otro dei Salmo (13.47): *De sus tesoros produce los uientos»* (ibid., n.31 p.529-531).

1092 2. Tesoro de toda sabiduría

•En Cristo esta el tesoro de toda sabiduría; y esto porque Cristo conoce todas las cosas, las presentes, las pasadas, las futuras y todas cuantas pudieran hacerse. Y no sólo conoce las cosas, sino también sus propiedades, tanto actuales como posibles. Y la razón es porque Cristo es Dios, -a quien están patentes todos los corazones, a quien habian todas las voluntaries y a quien ningún secreto está oculto*. No sólo conoce perfectísimamente todas las cosas, sino también hace que se conozcan todas cuantas se conocen. Pues es la luz que ilumina toda otra luz, conservándola en todas sus fuerzas, conforme se dice en San Juan (8,12): *Yo soy la luz dei inundo.* De este tesoro se escribe a los Colosenses (2,3): *En él están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios.* (ibid., n.31 p >31).

3. Tesoro de toda gracia

1093

◆En Cristo está el tesoro de toda gracia, pues se halla *lleno de gracia y de verdad* (Io. 1,14) y de esa plenitud reciben la gracia los ángeles y los hombres. Cristo, en efecto, posee la plenitud fontal; y abre su mano y llena de bendición a todo animal dotado de razón. Y este tesoro de gracias está oculto bajo el velo del sacramento del altar, según San Mateo (13,44): *El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo. Y ¿qué es lo que aquí se designa por el campo sino el sacramento del Cuerpo de Cristo, el cual se confecciona de los productos del campo? El tesoro escondido lo tenemos en este campo, pues ahí es donde se halla oculto todo género de gracias; y así, cuando lo halla un hombre, por el gozo de ello va y vende cuanto tiene y compra aquel campo* (Mt. ibid.); todo lo cual significa que quien conoce la plenitud de este sacramento suspende con sumo gusto toda otra ocupación para ejercitarse libremente tanto en los efectos como en la devoción de este sacramento, sabiendo como sabe que de él se le deriva la posesión de la vida eterna, según dice el Señor en San Juan (6,55): *El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna*» (ibid.).

4. Tesoro de toda gloria

1094

*En Cristo está el tesoro de toda gloria. Cuanta gloria, en efecto, tienen los ángeles y los hombres y la tendrán los que hayan de ser salvos hasta el día del juicio, la reciben de Cristo como de un tesoro, o sea, en orden a la estola del Cuerpo, sea en orden a la estola del alma. Cristo es, en verdad, *aquel que en sus tesoros pone abismos* (Ps. 32,7), es decir, termines inexplicables en su gloria. Y por esta razón nos manda apresurar el paso hacia este tesoro, diciéndonos por San Mateo (6,20): *Atesorad para vosotros en el cielo*. Estos son los tesoros tan ardientemente deseados de los santos, y no pudiendo alcanzarlos sino por la muerte, como los que *cavan en busca de un tesoro se gozan en extremo cuando hallan el sepulcro* (Job 3,21)* (ibid., n.31 p.532-533).

f) Sexta figura: maná

1095

◆En cuanto a la sexta figura, se ha de decir que el Cuerpo de Cristo queda prefigurado por el maní...

Y está escrito en el libro de la Sabiduría (16,20-21): *Alimentaste a tu pueblo con vianda de ángeles y les diste pan del cielo, aparejado sin trabajo, que tenía en sí todo dulzor y la suavidad de todo sabor. Porque ese alimento tuyo mostraba la dulzura que tienes para con tus hijos; y acomodándose a la voluntad de cada uno se volvía en lo que cada uno quería*. He aquí cómo en estos pasajes se nos describe, bajo la figura del maná, el **sacramento del Cuerpo de**

Cristo como manjar nobilísimo para su origen, suavísimo por su sabor, dignísimo por su contenido y admirabilísimo por su eficacia» (ibid., n.36 p.535).

1096 i. Nobilísimo por su origen

«En primer lugar, el Cuerpo del Señor es un manjar nobilísimo por su origen; porque, cocido por la Santísima Trinidad con el fuego del Espíritu Santo en el horno del seno purísimo de la Virgen, procede del pan material en virtud de la misma beatísima Trinidad. Y por esta razón se dice: *Y les diste pan del cielo, aparejado sin trabajo*. Ese pan que, preparado en otro tiempo en el seno virginal, ahora no sólo reside en el cielo, sino también está oculto en el sacramento» (ibid., n.37 p.537).

J09; 2. Suavísimo por su sabor

«El Cuerpo de Cristo, figurado en el maná, es un manjar suavísimo por su sabor; pues el sabor de este pan ejerce atracción sobre los deseos de miles de ángeles; y aun en este mundo su olor no sólo excita nuestros corazones, sino también se los atrae cada día a la recompensa y colmada plenitud del cielo. Y por esta razón dice San Juan Evangelista: Tu olor, oh Señor!, excita en mí apetencias eternas. Y en conformidad con lo que vamos diciendo se afirma del Cuerpo de Cristo figurado en el maná que *contiene en sí todo deleite y la suavidad de todo sabor*» (ibid., n.38 p.537).

1098 3. , Dignísimo por su contenido

•Este manjar es dignísimo por su contenido. Y es porque contiene a toda la Santísima Trinidad, llamándose por esta razón *vaso de la Trinidad*. Digo que la contiene no circunscribiéndola, sino cuanto es objeto de la presencia y asistencia divina. La Trinidad, en efecto, «está dentro de todas las cosas, pero no incluida; fuera de todas las cosas, pero no excluida; sobre todas las cosas, pero no levantada; debajo de todas las cosas, pero no postrada». Allí, en aquel manjar, está el Hijo por la encarnación; y el Padre y el Espíritu Santo están con Él por la inseparable e indivisible comunicación de una misma substancia; por lo cual se dice al Padre (Sap. 16,21): *Y fostrabas tu substancia y tu dulzura, que tienes para con tus hijos*. Como si dijera: Tú, oh Padre!, presentas bajo los vélos sacramentales a las mentes, iluminadas por la fe, todo tu ser o substancia, es decir, a tu Hijo—el Padre comunicó al Hijo toda su substancia—y toda tu dulzura, esto es, al Espíritu Santo. aquella substancia y aquella dulzura que poseías desde la eternidad» (ibid., n.39 p.537).

1099 4. Admirabilísimo por su eficacia

«Por esta razón se dice aquí que el maná, *acomodándose a la voluntad de cada uno, se voluía en lo que cada uno quería* (Sap. 16,21). V es que los frutos que de este sacramento se perciben están en

correspondencia de la buena voluntad y el grado de santidad de vida que se tuviere, conforme a lo que dice San Bernardo: 'Tanto más poseerás los bienes del Señor cuanto más asentares el pie de la confianza en ellos' (ibid., n.40 p.537'538).

B) Disposiciones para comulgar

1100

Al glosar cada una de las precitadas figuras, San Buenaventura expone las diferentes disposiciones que deben adornar al alma para recibir al Señor. Entresacamos algunas independientemente del orden y motivo que con el Santo las comenta.

Entre las disposiciones que deben llevarse a la sagrada comunión conviene citar:

a) Recta intención

1101

«Primeramente, ha de tener intención recta; y esto, porque el hombre ha de ofrecer este sacrificio no por agradar a los hombres, o por provecho carnal, o por intereses temporales, sino pura y sencillamente por el honor de Dios, por la utilidad del prójimo y por aumentar el tesoro de sus méritos. Y por esa razón se dice aquí: *En tu nombre*, según aquello del Apóstol (Col. 3,17): *Todo cuanto hacéis, tanto de palabra como de obra, hacedlo todo en nombre de nuestro Señor Jesucristo*» (ibid., n.7 p.507).

b) Oración

«El que se acerca a este sacramento ha de estar también excitado por la oración; pues nadie debe llegar a él con un corazón tibio, ya que de esta suerte pudiera merecer el castigo de la obstinación. Y por eso se dice aquí: *Levantaré mis manos*, esto es, las levantaré por la oración, según aquellas palabras de San Pablo a Timoteo (1 Tim. 2.8): *Quiero que los varones oren en todo lugar levantando sus manos puras*, se entiende al Señor. En tercer lugar ha de acercarse devotamente a la comunión, por lo que anade el profeta (Ps. 626): *Sea llena mi alma como de grosura*» (ibid.).

c) Huida del mundo

1103

«Ha de huir de los consuelos del mundo. Porque hallándose en este sacramento la plenitud de la consolación espiritual y no comunicándose esta a los que dan entrada a otro género de consolaciones, al decir de San Bernardo, siguesc necesariamente que quien quisiere alcanzar la consolación espiritual ha de dejar la delectación carnal. Y precisamente esto es lo que aquí se significa al decir que cuando Elías vino a Bersabé *déjà alli al criado* (3 Reg. 19,3). Bersabé, en efecto, *e interpreta *fuentes de harlura*, y significa a

en quien reside toda la plenitud de gracias. Y ciertamente aquel que la consigue deja todas las delectaciones del mundo, según se indica lo que sigue: *Dejô alii al criado*. Y <qué otra cosa designamos por criado sino las delectaciones carnales? Este es el criado a quien hemos de abandonar, según nos ensena San Pablo (i Cor. 14, 20): No seat's nttios en *el sentido*, mas sed pequenuelos en la malicia. Y, en efecto. el que déjà al criado. este deja las puerilidades mundanales» (ibid., n.9 p.509).

♦El hombre muere al mundo para vivir según Dios. Y esto es lo que se dice de Jonatâs. Después dijo (1 Reg. 14.43): *Gusté un poco de miel*, anadiendo luego: *He aqui que muero*, palabras que significan que tan pronto como uno queda inundado de la dulzura de este sacramento muere, en su virtud, enteramente al mundo...

Y así, porque *en ver a Dios consiste todo nuestro premio», según San Agustin, y no se logra ver a Dios sino muriendo al mundo, por eso San Agustin deseaba esta muerte cuando decia (cf. *In Ps. 90*, serm.2,13): «Haz, joh Señor!, que el deseo de ti y el amor a ti me aniquilen totalmente para este mundo, y que yo olvide, según la grandeza del afecto que te tengo, la vanidad de todas las cosas transitorias para que ni por ellas, sujetas al tiempo, llore ni de ellas jamâs me goce; ni sea nunca corrompido por la prosperidad ni abatido por la adversidad* (ibid., n.25 p.521).

1104

d) Invocaciôn a Maria

•El que desee gustar la dulzura de la miel escondida en el Sacramento del altar ha de prepararse invocando el patrocinio de la bienaventurada Virgen Maria; y por eso se lee que Jonatâs, antes de llegar a paladear la meliflua dulzura, tuvo la vara en la mano (1 Reg, 14,43). En Sagrada Escritura por vara se entiende la Virgen Maria, según aquello de Isaias (11,1): *Y saldrâ una vara de la raiz de Jesé, y de su raiz brotarâ una fior*. Y, en verdad, tiene la vara en la mano el que en todas sus obras tiene présenté en la memoria a la Virgen bienaventurada, mistica vara por cuya intcrce-siôn se alcanza la miel; pues sin su patrocinio no se comunica la virtud de este sacramento. Y por eso, así como por medio de ella se nos diô este santísimo Cuerpo, así también se ha de ofreter por sus manos y recibir de sus manos, bajo las especies sacramentales, lo que naciô de su virginal seno y fué donado a nosotros. Oigamos a San Bernardo (cf. *In Nativit. B. M. V. sermo De aquaeductus* 18): «Cualquiera que sea la cosa que intentes ofrecer, acuérdate de confiarla a las manos de Maria, a fin de que la gracia vuelva a su dador por el mismo conducto por el que viene a nosotros. Porque pudicra suceder que tus manos se hallaran Henas de sangre o manchadas de sôrdidos negocios por no haber desechado todos ellos* (ibid., n.20 p.517).

SECCION V. AUTORES CARIOSI

I. BOURDALOUE

La procesiôn del Santisimo Sacramento

(Cf. ed. de Blas Român [Madrid 1780] 2.ª ed., 1.16 p.409 ss.)

A) Triunfo glorioso 1105

*Triunfo muy glorioso por su esplendor y por su solemnidad. Es muy verdadera la reflexion de los maestros de la vida cristiana y espiritual cuando miran y nos hacen mirar como triunfo la entrada de Jesucristo por la comuniôn en un alma y principalmente en un alma arrepentida...

No obstante, Cristianos, este triunfo es del todo interior, y nada se ve de él exteriormente. Sólo Dios y el alma son testigos de él. Y así necesitaba Jesucristo un triunfo más público y manifiesto y que a lo menos una vez en el año hubiese un día en que saliese en público y se dejase ver de todo el mundo cristiano...

Así como los ángeles asisten en el cielo alrededor del trono y delante de la majestad del Altísimo, así asisten los sacerdotes al Santuario, dispuestos a ejercitar sus funciones. Las calles se ven sembradas de flores; las casas, las ventanas y los balcones colgados y entapizados; algunos altares de trecho en trecho en la carrera para recibir al Señor y servirle en alguna manera de descanso. En fin, se hace señal, sale Dios triunfante de su templo y comienza a mostrarse al pueblo. 1106

Camina rodeado de sus ministros como gran Sacerdote y Pontífice soberano. Va debajo de palio como Rey de cielo y tierra. Ofrécenle incienso y lo recibe como Hijo de Dios y como Dios; y aun el mismo ruido de las armas le hace conocer y le honra como a vencedor del mundo».

1 Véanse los textos que en relación con la Eucaristía hemos insertado en *La palabra de Cristo*. Santo Tomás de Villanueva (t.5 p.613-616), Beato Juan de Ávila (t.3 p.626-629; t.5 p.252-256 y 426-432), Fray Luis de León (t.5 P.621-629; t.5 p.883-886), Fray Luis de Granada (t.6 p.261-117), Bourdaloue (t.5 p.638-641) y Cardenal Goma (t.5 p.641-646)

B) Triunfo legitimo

«Triunfo el mäs justo y el mäs legitimamente debido segùn las miras e intenciones de la Iglesia en su instituciôn. cQué se propone la Iglesia y que pretende en esta ceremonia?

a) *Reconocer el excelente don que nos ha hecho Jesucristo* de su cuerpo y de su preciosa sangre... Por esto la Iglesia, deudora a Jesucristo de un sacramento que contiene todas las riquezas de la misericordia y en donde reside corporalmente la p'e.iitud de la misma divinidad, no quiere que este tesoro esté escondido. Sensible al amor y a la infinita liberalidad dei divino Esposo, que le ha hecho esta gracia, quiere honrarle por ella, y para esto, lejos de huir de él, le préSENTa en las plazas pùblicas y le pone a la vista de todos los pueblos, como si nos dijera aquellas palabras del Real Profeta: *Venid y ved lo mucho que el Senor ha hecho por mi* (Ps. 65, 16)...

1108 b) *Derramar las bendiciones celestiales* y las gracias que Jesucristo lleva consigo. En sus entradas distribuyen los principes con mäs abundancia sus dones; porque conviene a la majestad y grandeza real que los pueblos conozcan su presencia por los bënëficies y se perpetùe la memoria de estos dias solemnes... Yo sé bien que para obrar maravillas y ejercer su virtud todopoderosa no es absolutamente necesaria la presencia de Jesucristo, pues lo que hacia otras veces lo puede hacer también ahora. Ausente y présente veia el interior de los corazones, ganaba las aimas, lanzaba los demonios, daba salud a los enfermes y resucitaba los muertos... Todo esto, cristianos, es incontestable; pero por otra parte puedo anadir que esta presencia de Jesucristo, especialmente en una ceremonia consagrada toda a su Majestad, le empena particularmente a comunicarse, a abrir todos sus tesoros y a hacerlos correr con menos reserva. Bajando el Senor del monte, adonde se habia retirado para orar, se detuvo en el valle, adonde vino a buscarle una gran multitud de personas... Y épor qué? Porque como nota el evangelista, salia *de El una virtud milagrosa que sanaba a todos* (Le. 6,19). Esta virtud es siempre la misma, pues el manantial es inagotable, y en las santas visitas del Senor es donde se derrama con una nueva efusiôn por cuantas partes va. Y para esto no espera su Majestad que nosotros le busquemos; El se viene a nosotros, se manifiesta en medio de nosotros, nos alarga sus brazos y nos dice sin César: *Sacad y tomad con alegria de las fuentes de vuestro Salvador* (Is. 12,3).

1109 c) *Despertar y confirmar la fe de los fieles*. A la verdad son fieles y creen; pero como la caridad se resfria con el tiempo, asi también se disminuye la fe y se hace enfermiza..., no tiene aquel grado de firmeza y actividad que hace obrar y conduce a la prâctica... De aqui provienen tantas irreverencias como se cometen

delante de los altares y aquella tibieza con que asisten al sacrificio y llegan a la santa comuniôn. <Hay cosa alguna mâs eficaz que la celcbridad de estos santos dias para excitar y fortificar esta fe tibia y casi adormecida?... Es una nueva profesiôn de la fe que hace la Iglesia; profesiôn auténtica y pûblica, profesiôn comûn y, por lo mismo, mâs eficaz. Este reciproco ejemplo que se dan los unos a los otros, este consentimiento universal y esta unanimidad nos convence eficazmente y desde luego quita todas las dificultades y resuelve todas las dudas».

C) *Triunfo eficaz*

1110

«Triunfo el mâs capaz de excitar el fervor de los fieles y avivar los afectos de su piedad. Très son los principales.

a) Veneraciôn

«En todas partes donde se halla présente la sagrada persona de Jesucristo merece igualmente nuestros respetos..., pero, por otra parte, es précise convenir que en algunas circunstancias estamos mâs eficazmente movidos... Cuando vemos un aparato pomposo y magnifico, a todo el pueblo humillado y postrado; cuando vemos los afectos y santas aceleraciones que se da una multitud para manifestar su celo y protestar su vasallaje y culto; cuando no se oyen sino aclamaciones, elogios y cânticos de piedad, todo esto ayuda a recoger el aima e inclina a volver sobre si mismo, a humillarse y confundirse.

Entonces se imprimen en el espiritu con mâs fuerza y eficacia aquellas altas ideas que se han concebido dei sacramento que honra y celebra la Iglesia, de la presencia real de un hombre Dios en el sacramento, de toda la majestad de Dios encerrada en él, de todo el poder de Dios puesto en obra, de todos los tesoros de la gracia reunidos en este sacramento, de este sacramento incomprendible, inefable y compendio de todas las maravillas del Señor... Adôreos, Señor, toda la tierra (daman entonces): <<Es posible que no baje aqui todo el cielo a juntarse con la tierra para ensalzar vuestro santo nombre y vuestro misterio adorable? Porque ^qué son las adoraciones de un hombre como yo?...

d) Devociôn

1111

"De este afecto de respeto y veneraciôn que inspira la ceremonia de este dia nacen afectos de devociôn..., pues de un golpe cnmudece el corazôn, se inflama y se enciende todo... Es la gracia interior la que produce estos sentimientos, pero, no obstante, un çierto exterior de religion que se advierte por todas partes no con-

dos han concurrido a excitarla*

1112

c) Consuelo

♦;De que alegría se viô sorprendida la Magdalena cuando viô a su amado Maestro resucitado? Corre a El, se arroja a sus pies, y sin tardar un momento, va según el orden que recibió a llevar a los apôstoles una noticia tan dichosa. Tal es el consuelo de que se halla penetrada un aima que ama a Jesucristo, y que le ve en el esplendor de su gloria. Le sigue no como una esclava atada a su carroza, sino como su Esposa, que con una fidelidad inviolable toma partido en todos los sucesos de su Esposo; quiero decir en sus humillaciones y en su elevaciôn; en sus humillaciones que ella ha llorado, y en su elevaciôn en que no le puede félicitât como quisiera ni puede felicitarse a si misma...

Pero sea lo que fuere, amados oyentes mios, este es el fin de la octava en que os he representado la vida de Jesucristo en la santísima Eucaristia. Aprovechémonos de este sacramento para vivir una vida cristiana y dei todo pura; porque éste es el fruto que debemos sacar de este sacramento augusto, y él nos mantendrâ hasta el aliento postrero. En aquella última horaél serâ nuestro gran remedio, no precisamente para alargar en la tierra y en este valle de lágrimas unos dias sujetos a tantas alteraciones y miserias, sino para librarnos de las asechanzas del enemigo, que aumenta entonces sus esfuerzos; para suavizar el dolor de una separaciôn tan contraria a los sentidos y a la naturaleza; y, en fin, para servirnos de viâtico en una jornada tan larga y llevamos a una vida bienaventurada y eterna. Asi sea».

IL P. VIEIRA

La transubstanciación

Sermon primcro del Santísimo predicado en 1645; verdadero alarde de vulgarización para los sencillos (cf. *Los grandes maestros de la predicación*: P. A. Vieira. t.2 p.285: «Sal Terrae». Santander 1928).

1118

A) *Exordio*

♦Dos palabras de mâs, o una, dos veces repetida, hallaba yo con fácil reparo en la cláusula que propuse del Evangelio: *Vers cibus, vere potus*. Todos los misterios de la fe, todos los sacramentos de la Iglesia son verdaderos misterios y verdaderos sacramentos; con
* todo, si atentamente leemos todos los evangelistas, si atentamente

advértimos todas las palabras de Cristo, hallaremos que en ningún otro misterio, en ningún otro sacramento, sino en el de la Eucaristia, ratified el Señor aquella palabra *vere*, verdaderamente...

En las mayores alturas siempre son más ocasionados los precipicios; y como el misterio de la Eucaristia es el más alto de todos los misterios, previô el Señor que habia de hallar en él la flaqueza y descubrir la malicia mayores ocasiones de dudar. Habian de dudar los sentidos, habian de dudar las potencias; habia de dudar la ciencia, y habia de dudar la ignorancia; habia de dudar el escrupulo, y habia de dudar la curiosidad; y donde estaba más ocasionada la duda era bien que quedase más expresa y más ratificada la verdad. Por eso ratified la verdad de su cuerpo debajo de las especies de la hostia: *Caro mea vere est cibus*. Por eso ratified la verdad de su sangre debajo de las especies dei cáliz. *Et sanguis meus est potus*. Supuesta esta inteligencia que no es menos que dei concilio Tridentino, y supuesta la ocasin de esta solemnidad, instituida para desagraviar la verdad de este soberano misterio: viéndome yo hoy en este verdaderamente grande teatro de la fe, determino sustentar contra todos los enemigos de ella la verdad infalible de aquel *Vere est cibus, vere est potus*... Saldrân a argumentar contra la verdad de este misterio eo solo los enemigos declarados de ella, sino todos los que por cualquier camino pueden dificultar, y serân siete: un judio, un gentil, un hereje, un filôsofo, un politico, un devoto y el mismo demonio. Todos éstos pondrán sus dudas, y a todos satisfará la razén. Y para que la victoria sea más gloriosa, venciendo a cada uno con sus propias armas: al judio responderá la razón con las Escrituras del Testamento Viejo; al gentil con sus fabulas; al hereje con el Evangelio; al filôsofo con la naturaleza; al politico con la conveniencia; al devoto con sus afectos, y al demonio con sus tentaciones».

B) Judios y gentiles

a) La DIFICULTAD DE LOS JUDIOS PARA CREER

1114

«La primera y mayor duda que luvieron los judios contra la verdad de este sacramento fué la posibilidad de él (Io. 6,53). (¡Cerno puede este, decian, darnos a corner su carne? No es posible. Y Cristo, <qué les respondiô? Si *no comiereis mi carne y bebiereis mi sangre, no tendréis vida* (ibid., 54)... Para que los judios conociesen la posibilidad de aquel misterio no era necesaria la doctrina de Cristo Señor nuestro; bastâbales la de sus Escrituras. y la razón .. Y cuando Cristo Señor nuestro parece que habia de acudir a la duda con la explicación, acudiô a la malicia con el castigo porque los argumentos de los que negaban el misterio ya estaban convencidos con la razón de los que le defer.dian. De manera que para convencer al iudaismo de la posibilidad dei sacramento de la Eucaristia. no es

necesaria la fe ni la doctrina de Cristo Sen01 nuestro; basta la fe y la razón de los mismos judios.

Y si no, pasemos en particular a los imposibles, que en este misterio reconoce o se le representan al judio: Quomodo *potest*? Dice el judio que el misterio de la Eucaristia en la forma que lo creemos los cristianos no es posible, ni en cuanto a la substancia ni en cuanto al modo. No es posible en cuanto a la substancia, porque, como dice Moisés en el Exodo y Salomôn en el tercero de los Reyes, Dios es inmenso e invisible; lo inmenso no se puede limitât a tan]>equena esfera. ni lo invisible reducirse a lo que se ve; y no es posible en cuanto al modo, porque, como dice David (cf. Ps. 71,18; 195,4), el autor de los milagros es sôlo Dios. y el sujeto de los milagros son las criaturas. Siendo, pues, el sacerdote criatura, ècômo puede hacer milagros en Dios y convertir en cuerpo de Dios la substancia del pan'

Entre tanto que Moisés se detenía en el monte recibiendo la ley, cansados los judios—que ahora no se cansan—de esperar, dijeron así a Aarôn: *Fac nobis deos, qui nos praecedant* (Ex. 33,1). Ahora hacednos un Dios que podamos ver y seguir, y vaya delante de nosotros en esta jornada. Notad la palabra *Eloim*, que no sôlo significa Dios, sino el Dios verdadero que creô el cielo y la tierra.

Ved aquí lo que los judios pidieron entonces, y ved aquí lo que nosotros adoramos hoy, un Dios debajo de especies visibles, puesto en ellas milagrosamente por ministerio de los sacerdotes. Los judios fueron los que trazaron el misterio y nosotros somos los que le gozamos; ellos hicieron la peticiôn, y nosotros recibimos el despacho; ellos erraron, y nosotros no podemos errar. Y ^en qué estuvo la diferencia? Estuvo sôlo la diferencia en que ellos creyeron que se podia hacer esta maravilla por autoridad humana: *Fac nobis Eloim, qui nos praecedat*; y nosotros creemos que sôlo se hace y se puede hacer por autoridad divina: *Hoc facite in meam commemorationem*.

Y que creyendo el judio que se podia hacer por poder humano, no créa que se puede hacer por omnipotencia divina? Quomodo *potest*? No es esto solo error de la fe, es ceguedad de la razón»

•Al gentil también le parece imposible este misterio y la mayor dificultad que halla en él son las mismas palabras de Cristo: *Caro mea vere est cibus, et \$anguis meus vere est potus* (Io. 6,56). ;Cômo es posible, dice el gentil, que sea Dios quien dice que le coman la carne y le beban la sangre?...

Tertuliano se explicô sobre esto con el juicio que acostumbra: Las fabulas de los gentiles, si bien se consideran, son unos remedos, son unas semejanzas, son unas imâgenes o imaginaciones de los misterios de los cristianos; y si los gentiles dieron fe a lo remedado solamente de nuestros misterios, <por qué no la han de dar ahora a lo verdadero de ellos? Si creveron v adomron los retratos, ipor

que han de dudar de la creencia y negar la adoración a los originales?...

No piense alguno que es descrédito de nuestra religion el parecerse sus misterios a las fábulas de los gentiles, porque antes ése es el mayor crédito de la fe y el mayor abono de la omnipotencia. Alaba David los misterios de la ley escrita y encarécelos por comparación con las fábulas de los gentiles (Ps, 118,85); alaba San Pedro los misterios de la ley de gracia y encarécelos por comparación a las fábulas de la misma gentilidad (2 Petr. 1.16)... Pues <por qué compararon David y Pedro los misterios sagrados no a las historias, sino a las fábulas? Porque las historias cuentan lo que los hombres hicieron, y las fábulas cuentan lo que los hombres fingieron. Y vener Dios a los hombres en lo que pudieron hacer, no es argumento de su grandeza; pero vener Dios a los hombres en lo que supieron fingir, eso es aplauso cabal de su poder»...

C) *Los herejes*

a) La doctrina católica

«El hereje, como enemigo doméstico, argumenta con el Evangelio... Los católicos creemos que en la hostia está la substancia del cuerpo de Cristo, porque Cristo dice: *Hoc est corpus meum* (lo. 6,59), éste es mi cuerpo. Pues si en la hostia está la substancia del cuerpo, porque Cristo dice: *Hoc est corpus meum*, también en la hostia está la substancia del pan, porque Cristo dice: *Hic est panis*.

Responde la razón fácilmente. Llama Cristo pan a la hostia consagrada, sin ser pan, porque, aunque no es pan, fué pan; aunque no es pan, parece pan; y para tener el nombre no es necesario ser, basta haber sido; no es necesario ser, basta parecer. Pruébalo la razón con el mismo Evangelio: *El pan que yo os he de dar*, dice Cristo, *es mi cuerpo* (lo. 6,52). Pues si es su cuerpo, <>por qué le llama pan? Y si se llama pan, ¿por qué le llama cuerpo? Llámale cuerpo por lo que es, y llámale pan por lo que fué; llámale cuerpo por lo que es, y llámale pan por lo que parece. Aquella hostia no es pan; pero fué pan, y parece pan; y basta el parecer y el haber sido para llamarse así...

b) SOLICITUD A DOS ARGUMENTOS DE LOS HEREJES

LUS

De aquí mismo insta y argumenta el hereje que, así como Cristo llamó pan a la hostia, sin ser pan, asimismo podía llamar su cuerpo sin ser su cuerpo. No le edia, dice la razón, y de ahí mismo lo prueba y convence admirablemente. La hostia puede llamarse pan, sin ser pan porque fué pan, y parece pan; pero no se puede llamar cuerpo de Cristo, sin ser cuerpo de Cristo, porque ni lo fué ni lo parece. De uno de tres modos se puede llamar la hostia cuerpo de Cristo,

O porque lo es, o porque lo fué, o porque lo parece. Porque lo parece, no; porque aquella hostia, después de consagrada, no parece cuerpo de Cristo. Porque lo fué, no; porque aquella hostia antes de consagrada, no fué cuerpo de Cristo; luego si se llama cuerpo de Cristo es porque verdaderamente lo es, y porque no queda otro verdadero sentido en que las palabras de Cristo se puedan verificar.

111^U Contra- replica aun el hereje obslinadamente—: Cristo en la Escritura llámase piedra, llámase cordero, llámase vid .., y con todo esto, ni Cristo fué piedra, ni parece piedra, ni es piedra; ni fué cordero, ni parece cordero, ni es cordero; ni fué vid, ni parece vid, ni es vid... ¡Bendita sea, Señor, vuestra sabiduría y providencia, que contra toda la pertinacia y astucia de tan obstinados enemigos de vuestra fe dejasteis armada vuestra Iglesia y defendida la verdad de este soberano misterio con una sola palabra: Vere/ Entre el sentido verdadero y el metafórico hay esta diferencia: que el sentido metafórico significa solamente semejanza, y el verdadero significa realidad, y para quitar toda esta equivocación y cualquier otra duda el mismo instituidor dei sacramento, Cristo, declaró, repitió una y otra vez que el sentido en que hablaba así de su cuerpo como de su sangre no era metafórico, sino verdadero: verdadero en la significación del cuerpo: Mi carne *verdaderamente es comida* (Io. 6,56); y verdadero en la significación de la sangre: *Y mi sangre es verdaderamente bebida* (ibid., 71)...

D) El filósofo

1120

d) Los ARGUMENTOS DEL FILÓSOFO

El filósofo... piensa que tiene fortísimos argumentos contra este misterio, y dice que no puede ser verdadero por muchos principios. Primero, porque las naturalezas y substancias de las cosas son inimitables: luego lo que era substancia de pan no se puede convertir en substancia de Cristo. Segundo, porque el todo es mayor que la parte, y la parte menor que el todo; luego, si todo Cristo está en toda la hostia, todo Cristo no puede estar en cualquier parte de ella. Tercero, porque el entendimiento debe juzgar según las especies de los sentidos, que son las puertas de todo el conocimiento humano; los sentidos miran, gustan y tocan pan; luego pan es, y no cuerpo de Cristo, lo que está en aquella hostia.

Con la naturaleza argumenta el filósofo, y con la misma naturaleza le ha de convencer la razón, y muy fácilmente y sin trabajo; porque, aunque la fe sea sobrenatural, la mejor y más fácil maestra de la fe es la naturaleza...

A la primera dificultad responde la razão que no tiene el filôsofo que espantarse de que le diga la fc que la substancia del pan se convierte en substancia del cuerpo y la substancia del vino en la substancia de la sangre de Cristo, porque este milagro lo vemos cada dia sensiblemente en la nutricao natural del cuerpo humano. En la nutricao natural del cuerpo humano, la substancia del pan y del vino ^no se convierten en substancia de carne y sangre? Pues si la naturaleza es poderosa para convertir el pan y el vino en carne y sangre, en espacio de ocho horas, /por qué no sera poderoso Dios para convertir pan y vino en substancia de carne y sangre en menos tiempo? Para confesar este milagro no es necesario creer que Dios es mäs poderoso que la naturaleza; basta concéder que es mäs pronto. Lo que la naturaleza hace despacio, /por qué no lo hará Dios un poco mäs aprisa?...

El imposible de estar todo en todo y todo en cualquier parte, tampoco lo créera el filôsofo; pero confesaré fácilmente que es posible, si vuelve la consideración a la escuela de la naturaleza. Tome el filôsofo en las manos un ewpejo de cristal, véase en él y verá una sola figura; quicbre luego el espejo, y ;qué verá?»

E) Assimtlacião eucaristica

“Ahora se seguia el politico, pero quédese para el lin, y entre en su lugar el diablo, que tal vez no será desacertado el trueque. Tiempos hubo en que los demonios hablaban y el mundo les oia; pero después que oyô a los politicos aún está peor dei mundo. El diablo, como soberbio y como cientifico -que es doblada soberbia, doblada hinchazôn, como la llamô San Pablo: *Scientia inflat* , argumenta asi: Si los hombres comulgaran a Cristo en el sacramento, fueran como Dios. Los hombres no pueden ser como Dios; luego no comulgan a Cristo en el sacramento. La consecuencia, dice el diablo, es tan évidente como mia: la suposición no la pueden negar los hombres, porque es suya. Si los hombres comulgaren a Cristo, serán como Dios. Su mismo texto lo dice (lo. 6,57): *En mi mura y yo en él*.

Y los hombres no pueden ser como Dios; yo lo digo y yo lo padezco, dice el demonio; que, si yo no intentara en el cielo ser como Dios, no pagara hoy este imposible, como lo estoy pagando... Nosotros, aunque perseguidos, somos ângeles; que quien nos pudo hurtar el lugar no pudo quitarnos la naturaleza. Y si el manâ, que tanto era menos noble, se llamô pan de los Angeles, el cuerpo del Hijo de Dios, que excede al manâ en infinita nobleza, /côrno ha de ser pan de hombres?

b» Grandi n extrana paradoja

A la ultima parte de este soberbio argumento del demonio responde la razon con la causa de su misma calda. Después que Dios uniô a si la naturaleza humana y no la angélica, no hay que espantarse que los hombres sean en todo preferidos a los ângeles. En esta primera admiraciôn y en este primer asombro desaparecerân todos los espantos, y en cuanto al imposible de poder los hombres, comiendo, ser como Dios, no argumenta el diablo contra nosotros; argumenta contra siJEI primer inventor—ninguno se espante de lo que digo—, el primer inventor de la traza o diseno del misterio de la Eucaristia fué el demonio. Cuando el demonio tentô a Eva, le dijo asi: *Coined del fruto vedado, porque en el dia que comiereis, quedaréis como Dios* (Gen. 3,5). Lo que Cristo nos concediô en este misterio es lo que el diablo nos prometiô en el paraíso. Hizo Cristo verdadera la mentira del demonio para que de esta manera quedase él vencido y nosotros desafrentados. En aquel reencuentro del paraíso quedô el demonio vencedor y el hombre afrentado; vencedor el demonio. porque enganô; afrentado el hombre, porque quedô enganado, despojado, perdido. iPues que remedio para desafrentar al hombre y vengarse del demonio? El remedio fué hacer Cristo de su promesa dâdiva, y de su tentaciôn sacramento, y asi lo hizo; de la promesa del demonio hizo dâdiva, porque nos diô a corner a la divinidad que él nos prometiô, e hizo de su tentaciôn sacramento, porque consagrô debajo de las especies de pan lo que él fingia debajo de las apariencias de la manzana. De suerte que el demonio quedô vencido, porque su mentira quedô verdad; y el hombre, desafrentado, porque su engaño quedô fe...

F) A n u n c i o s d e a m o r

112-1

a) Qveja amorosa del alma fiel

«El devoto no por falta de fe, sino por exceso de amor y más quejoso de los accidentes que dudoso de la substancia—, por parte de su afecto. arguye asi con el mismo Cristo: Mi fe, con los ojos cerrados, créé firmemente, SeAor, que estâis en este sacramento; pero mi amor, con los ojos abiertos, no puede entender ni penetrar como sea posible esta verdad. Si partiéndoos de la tierra quisisteis quedar en la tierra, fué para satisfacciôn de vuestro amor y para alivio del nuestro; para crêdito de vuestras finezas y para remedio de nuestras ausentes ansias. Asi lo dice aquel grande intérprete de los secretos de vuestro corazôn en este misterio (cf. Santo Tom As, *Opusc.* 57). Pues si dudasteis para nuestro consuelo, ;cômo os encubris de nuestros ojos? Si fué amor el quedar, ^côrno puede ser amor el quedar de ese modo? Quedar y quedar encubierto, antes es^martirio para el encendido deseo que alivio para las ardientes ansias. Por

cierto que no cran ésos los estilos de vuestro amoi ni de su paciencia. Habia entre vos y el alma una pared; pero aunque la pared era suya, habia en ella una celosia vuestra por donde la mirabilis y por donde os miraba ella. Para no podernos mirar vuestra divinidad. es nuestra la pared de este cuerpo; pero para no mirarnos vuestra humanidad, vuestra es la pared de esos accidentes. Pues si los impedimentos y estorbos de la vista son vuestros y vuestro amor es omnipotente, icômo queréis que créa mi amor una tan grande implicaciôn del vuestro, como es amarme tanto y no dejaros ver? La fe lo créé muy a su pesar, pero el amor no lo sufre, ni lo alcanza, ni lo puede dejar de tener por imposible.

in

ri-

b) Respuesta fácil

Asi arguye amorosamente quejosa la devociôn; pero tiene fácil y muy cabal respuesta a su piedad. A un efecto amoroso del aima responde la razón con otro afecto más amoroso de Cristo, y dice que mayor amor es en Cristo el no dejarse ver, que en la devociôn el desear verlo. Aunque Cristo no se déjà ver de nosotros, es cierto que se quedô con nosotros; pero quedôse de manera que no le podamos ver, porque hô más su amor de nuestros deseos que de nuestros ojos. El fin para que Cristo se quedô en el sacramento fué para que los hombres le amâsemos; y siendo asi que el mayor conocimiento es causa de mayor amor, aman los hombres más finamente a Cristo, deseado por ausentes earinos, que gozado por patente vista. Y como a Cristo le va mejor con nuestros earinos que con nuestros ojos, por eso se quiso dejar en disfraz de deseado y no en traje de visto; descubierto para los ojos, no; encubierto, si, para los earinos. Conozca, pues, nuestra devociôn que es fineza y no implicaciôn de amor en Cristo el dejarse invisible en 'aquel misterio, y confiese no sôlo nuestra fe con los ojos cerrados, sino nuestro amor con los ojos abiertos, la verdad amorosa de aquel *vere: Vere est cibus, vere est potus*".

G) Honor al Rey

«Ultimamente, argumenta el politico, y del mismo caso que diô ocasiôn a esta solemnidad, inhere no estar la persona soberana de Cristo en aquella hostia. Los principes de ninguna cosa son ni deben ser más celosos que de su autoridad... êCômo es posible, ni creible, que dejase tan arriesgada y expuesta la majestad divina de su persona a caer en las manos infieles y sacrilegas de sus enemigos. como publican las memorias de este dia, y la ocasiôn y el nombre de estos desagravios?

A los otros argumentos respondi por la razón con lo que estudié; a éste respondo con lo que veo; donde se conquistan veneraciones no se pierden autoridades. Estos son los dictâmenes de Dios, ésta

fué siempre su razón de estado. Permittiô lo que lloramos para conseguir lo que vernos ;Qué mayor exaltaciôn de su fe? <Qué mayor confusiôn de la herejia? éQué mayor honra de Cristo? Permite asi Dios una ofensa, cuando es la cristiandad la que la siente y la nobleza quien la desagravia. Las majestades y altezas dei mundo, los grandes, los titulos, los prelados, las religiones, todos postrados por tierra, todos sirviendo de rodillas, todos confesândose por esclavos humildes y adorando, como a supremo Senor, aquella soberana Majestad, siempre venerable y siempre veneranda; pero mucho mâs cuando ofendida. Vea ahora el politico si pierde Dios autoridad o se conquista honra y gloria, cuando permite una indecencia... La afrenta de la cruz fué la mayor que padeciô ni podria padecer Cristo en las manos de la infidelidad y temeridad humana; pero las consecuencias de esa misma afrenta, dice el Senor que habian de ser sus mayores glorias atrayéndolo todo a si .. Bien se cumpliô esta promesa entonces; pero mucho mejor cumplida la vemos ahora: *Omnia traham ad me ipsum...*

Cuando el soldado infiel diô la lanzada a Cristo salieron del lado herido todos los sacramentos, dice juiciosamente Tertuliano: *Ut de iniuria lateris eius tota formaretur Ecclesia*, que de una injuria dei cuerpo de Cristo se formô toda la Iglesia .. Acabe de conocer el politico la razón de estado de Dios, que, cuando se expone a caer en las manos de sus enemigos es para mas defendernos de los nuestros; y para fundar sobre sus injurias el edihcio de sus glorias, aprendiendo y confesando en la politica de este altisimo consejo de Cristo la verdad secretisima y sacratisima de aquel *vere: Vere est cibus, vere est potus*».

SECCION EL. TEXTOS PONTIFICIOS

La sagrada Eucaristia

El tema de la Eucaristia—en los documentos del pontifice reinante—lo hemos tocado en el 2.º domingo después de Pentecostés (cf. *La palabra de Cristo* t 5 p.646-648).

En esta fiesta del santisimo cuerpo de Cristo presentamos una seleccion de textos de la principal enciclica eucaristica, la *Mirae caritatis*, de León XIII. Pueden consultarse como documentos eucaristicos importantes el decreto de la Sagrada Congregación de Sacramentos *Qnam singulari*, sobre la comuniôn frecuente (8-VIII-1940) y la enciclica de Pio XTI *Mediator Dei* (20-XI-1947). En la segunda parte trata extensamente dei culto eucaristico en cuatro apanados: a) sacrificio eucaristico; b) participation de los fieles en el mismo; c) la comuniôn eucaristica; d) adoración de la Eucaristia.

A) *Leon XIII, proximo a morir, habia del sacramento del amor a un mundo perturbado por la soberbia*

«En verdad, cuando Cristo, Señor nuestro, al terminar el curso de esta vida mortal, bajo el exceso de su inmensa caridad para con los hombres, dejó este monumento y poderoso auxilio para la vida dei mundo (Io. 6,52), nada más feliz podemos desear Nos, próximos a partir de esta vida, que excitar a las aimas y alentar en los espíritus los débiles afectos de gratitud y religiôn al admirable sacramento, en el que juzgamos principalmente apoyar la esperanza y resultado de la paz y salvaciôn tan buscadas por los cuidados y trabajos de todos.

No faltarán quienes depriman y quizáں reciban con procaz animadversión este nuestro intento de presentar semejantes remedies para ayudar a un siglo tan perturbado y lleno de miserias. La causa de esto es principalmente la soberbia, cuyo vicio, introducido en las almas, debilita en ellas la fe cristiana (que pide el obsequio religiosísimo de la mente), haciendo necesariamente más tétrica la oscuridad en derredor de las cosas divinas, de tal modo que a muchos sea aplicable aquello de que *blasfeman de lo que ignoran* (Iudae 10). Ahora bien; tan distante esta, de Nos separarnos del proposito iniciado, que es cierto, por el contrario, que con más vivo ardor insistamos en iluminar a los que estan bien dispuestos, y en rogar a Dios, interponiendo las fraternales súplicas de las almas justas, perdone a los que blasfeman de las cosas santas*.

B) La Eucaristia es el sacramento de la vida, que se nos da en forma de pan para que todos lo coman

♦El que atenta y religiosamente considere los beneficios que promanan de la Eucaristia, entenderá ciertamente que ella excede y aventaja a todos los demás; cualesquiera sean, en dichos beneficios se contienen; de ella, pues, procede para los hombres la vida, que es la verdadera vida: *El pan que yo les maté es mi carne por la vida del mundo* (Io. 6,52). No de cualquier modo, segun hemos ensenado en otro lugar, Cristo es vida; quien para esto vino y vivió entre los hombres, para darles abundancia de vida más que humana. *He venido para que tengan vida y la tengan abundantemente* (Io. 10,10).

Mas como quiera que esta que llamamos vida tiene manifiesta semejanza con la vida natural del hombre, así como esta se sostiene y robustece con el alimento, así aquella conviene tenga también un alimento o comida que la sustente y fortalezca.

1130 S, *alguno comiere de este pan vivirá eternamente; y el pan que yo daré es mi carne por la vida del mundo* (Io. 6,52); y les mostró la gravedad del precepto de este modo: *En verdad, en verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros*; (ibid., 54). Lejos de la verdad el vulgar pernicioso error de los que sienten que el uso de la Eucaristia debe tan sólo dejarse para los que alejados de los negocios y de espíritu pusilánime pretenden vivir tranquilos en la práctica de una vida piadosa. Este es, pues, asunto al cual ningún otro supera en excelencia y saludable eficacia, y que atañe a todos sin excepción sea el que quiera su oficio y posición, cuantos quieran, y ninguno debe hacer que no quiera, fomentar en sí la vida de la divina gracia, cuyo término es la consecución de la vida bienaventurada con Dios.

Y ojalá sintiesen y usasen rectamente de esta vida, principalmente aquellos que por su ingenio, posición o autoridad están destinados a dirigir los negocios públicos».

C) Restablece en los espíritus el vigor y fervor

«De este excelentísimo sacramento, en el cual aparece admirablemente cómo los hombres se unen en la divina naturaleza, reciben gran incremento todo género de virtudes sobrenaturales. En primer término la fe. Siempre ha tenido la fe sus enemigos, pues aunque eleva la humana inteligencia con el conocimiento de altísimas cosas, por lo mismo que al abrir estos superiores horizontes, oculta su esencia, parece que en esto la humilia y deprime. Antiguamente se combatía ora uno, ora otro de los artículos de la fe; después se encendió mucho más la guerra, llegándose hasta el extremo de negar todo el orden sobrenatural. Ahora bien; para restablecer en los espíritus el vigor y fervor de la fe nada más a propósito que el misterio eucarístico, llamado con toda propiedad «misterio de fe»; pues ciertamente, cuanto hay de admirable y singular en los milagros y obras sobrenaturales, se contiene en éste: El Señor misericordioso hizo compendio de todas sus admirables obras, dió comida a los que le tenían* (Ps. 110,4-5).

D) Y refrena las pasiones en un mundo relajado por la molície 1132

«Pero a eneivar la fe en las cosas divinas contribuye rnucho no sôlo la wberbia, como ya hemos dicho, sino también la depravaciôn del ânimo. Asi se observa ordinariamente que cuanto es un sujeto mäs morigerado, tanto es mäs despierto para entender; y que los deleites corporales tornan obtusos los entendimientos, como ya lo echô de ver la prudencia de los paganos, y nos los avisô antes que ella la divina sabiduria (Sap. 1,4): *Pero en las cosas divinas mayormente esos placeres oscurecen la luz de la fe y aun, por justo castigo de Dios, llegan hasta extinguirla por completo. Tras esos deleites côrrese hoy con ardiente e insaciable anhelo; ésta es una como enfermedad contagiosa que a todos invade desde la mäs tiema edad. Remedio excelente contre tan gravisimo mal le tenemos siempre dispuesto en la divina Eucaristia.*

Porque ante todo, aumentando ella la caridad, frena las pasiones, segùn 1133 lo que ya dijo San Agustin: «Lo que alimenta a la caridad, enerva a la pasiôn, y la extinciôn de la pasiôn es la perfeccion de la caridad (cf. *De divers, quaest.* 83 q.36). Ademäs que la castisima carne de Jesûs reprime la insolencia de nuestra carne, segùn enseñô San Cirilo de Alejandria: «Cuando Cristo estâ en nosotros hâllase adormecida la ley de la came que brama furiosa en nuestros miembros» (I.4 c.2 in Io. ô, γ). Otro fruto singular y amenisimo de la Eucaristia es el que fué significado en aquel profético dicho: *«Qué es lo bueno en él (Cristo) y qué lo hermoso de él sino el trigo de los elegidos y el vino que hace germinar virgenes?»* (Zach. 9,17). Esto es, el firme y constante propôsito de la virginidad sagrada, que aun en medio de un mundo relajado por la molície florece vigorosa mäs y mäs cada dia en la Iglesia catôlica, con tanta ventaja y ornamento de la religiôn y aun de la misma sociedad civil, que no hay quien pueda resistir en este punto a la evidencia.

E) Robustece la esperanza de los bienes inmortales y es causa y prenda de la divina gracia y de la futura resurrecciôn 1134

«Allégase a esto que con este sacramento la esperanza de los bienes inmortales y la confianza en los auxilios divinos maravillosamente se robustecen y confirman. Pues el deseo de la felicidad, grabado e innato en todos los hombres, se hace mas agudo con los engahos patentes de los bienes terrenos y con las injusticias de los hombres perversos y los demäs trabajos del cuerpo y del alma. Empero el augusto sacramento de la Eucaristia es causa y prenda a la vez de la divina gracia y de la gloria celestial, no ya solo con relaciôn al aima, sino también al cuerpo, pues él enriquece los ânimos con la abundancia de los bienes celestiales y derrama en ellos gozos dulcismos que exceden enTmucho a cuanto los hombres pueden en este punto entender ni ponderar; en los casos adversos la Eucaristia sustenta; en los combates de la virtud confirma; guarda las aimas para la vida etema, y a ella conduce como viâtico preparado al intento.

A este cuerpo nuestro, caduco y deleznable, la Hostia divina hace que 1135 en su dia resucite; porque el recuerdo inmortal de Cristo infunde en él

la semilla de la inmortalidad que ha de brotar alguna vez. Uno y otro bien, el del cuerpo y el que ha de gozar el alma, la Iglesia lo ha enseñado siempre conforme a la sentencia de Cristo: *Quien come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el último día* (Io. 6,55).

1136 **p) Nos recuerda la Pasión de Cristo y el deber de llevar nuestra cruz**

«Con lo cual tiene conexión y es de gran momento considerar la necesidad que resulta de la misma Eucaristia, como instituida por Cristo en memoria perenne de su Pasión (S. Thomas Aquin., *Opusc.* 57: *Offic. de festo Corp. Christi*), de mortificar el hombre la propia carne. Pues Jesús dijo a aquéllos que fueron sus primeros sacerdotes: *Haced esto en memoria mía (Le. 24,19)*; esto es, hacedlo para conmemorar mis dolores, mis aflicciones, mis angustias, mi muerte en el madero de la cruz. Por lo cual es en todo tiempo este sacramento y sacrificio una exhortación continua a la penitencia y a soportar los mayores trabajos, y una condenación grave y severa de los placeres que algunos hombres sin pudor alaban y ponen en las nubes: *Todas las veces que comiereis de este pan y bebiereis este caliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que venga*» (r Cor. 11,26).

1137 **G) Frente a un mundo dividido, en que las clases se odian, aparece el amor de Dios, que quiere unirnos en este sacramento**

«Demis de esto, si alguno quisiera averiguar las causas de los males que oprimen a las gentes en nuestros días, no le sería difícil ver que habiéndose enfriado la caridad para con Dios, la que debe unir a los hombres entre sí, se ha entibado también; olvidando que son hijos de Dios y hermanos en Jesucristo, nadie cuida de otros intereses sino de los suyos, y no sólo se desatienden los ajenos, sino que a menudo se hostilizan e invaden. De aquí las frecuentes rifias y controversias entre las diversas clases de ciudadanos: la arrogancia, la aspereza, los fraudes en los que más pueden, y en las clases inferiores las miserias, la envidia, los motines. Males son éstos contra los cuales no se da medicina alguna saludable ni en las leyes con que se quiere proveer a su remedio, ni en el miedo a las penas, ni en los dictámenes de la prudencia humana.

1138 Aquello, pues, debe procurarse con empeño que ya más de una vez Nos copiosamente amonestamos, que las diferentes clases se concilien entre sí mediante la conjunción de sus respectivos deberes; la cual emana de Dios, produce obras que llevan en sí el propio espíritu y caridad de Jesucristo.

He aquí, pues, lo que quiso Jesucristo cuando instituyó este augusto sacramento: excitando el amor de Dios, quiso fomentar el mutuo amor entre los hombres.

Porque este amor emana por su naturaleza de aquél y espontáneamente se difunde, y no podrá en ninguna parte dejar de ningún modo cosa alguna que desear; antes será necesariamente más ardiente y vigoroso si se considera cuán grande es el amor de Cristo a los hombres en este sacramento, en el cual si por una parte desplegó con singular magnificencia su infinita

potencia y sabiduria, de otra hubo de *derramar las riqueza de su divino amor a los hombres* (cf. Conc. Trid. sess.13, *De Euchar. c.2*).

A la vista de este ejemplo de Cristo, que asi nos da todas las cosas, joh cuâto debemos nosotros amarnos y socorrernos unos a otros, unidos mäs y mäs cada dia con vinculos indisolubles de caridad fraternal!»

H) A la cual union convidan oportunamente las seriales exteriores del mismo 1139

«Y es muy de notar que hasta las seales exteriores de este sacramento convidan oportunamente a esta uniön.

A este propösito, dice San Cipriano: ♦Finalmente, aun el mismo sacrificio del Senor declara la unanimidad cristiana unida con él con firme e inseparable caridad. Porque cuando el Senor llama «su cuerpo» al pan hecho con la union de muchos granos, quiere decir que nuestro pueblo conducido por él es un cuerpo cuyos miembros estân unidos; y cuando llama «su sangre» al vino sacado de muchos racimos y granos exprimidos, y hecho una sustancia indivisa, da asimismo a entender que nuestra grey estâ formada de una multitud de hombres reducidos a unidad* (cf. *Ep. 69, ad Magnum n.5*).

Asi habia también el Doctor Angélico siguiendo a San Agustin (cf. *Tract. 26 in lo. 13,17*): «Nuestro Senor nos dejô representado su cuerpo y su sangre 1140 en aquellas cosas que mäs se juntan en uno; porque una de ellas, que no es el pan, es un todo formado de muchos granos; y la otra, que es la sangre, es un todo comnuesto de muchos racimos»; y por esto San Agustin dice en otro lugar: »jOh sacramento de piedatl, ioh serial de unidad!, |oh vinculo de caridad!» (cf. *Sum. Theol. 3 q.79 a.x*). Todo lo cual fué confirmado con la sentencia dei Concilio Tridentino, el cual ensena haber Cristo dejado a la Iglesia la Eucaristia «como simbolo de aquella unidad y caridad con que quiso que los cristianos fuesen conjuntos y unidos entre si..., simbolo de aquel cuerpo verdaderamente uno del cual es El mismo la Cabeza, y al cual quiso que nosotros, como miembros, estuviésemos unidos con estrechisimo vinculo de fe, de esperanza y de caridad» (cf. sess.13, *De Euchar. c.2*).

Ya San Pablo lo habia dicho: *Porque todos los que participâmes del mismo pan, bien que muchos. venimos a ser un solo pan, un solo cuerpo* (1 Cor. 10,17).

I) Constituyendo esta union una bella manifestaciön de fraternidad social 1141

•Y, a la verdad, no déjà de ser una belh'sima y muy alegre manifestaciön de fraternidad e igualdad social la que se ofrece cuando ante unos mismos sagrados altares acuden y se postran el noble y el plebeyo, el rico y el noble, el docto y el ignorante, particinando igualmente del mismo celestial banqueté. Y si en los fastos de la Iglesia naciente se refiere en alabanza de ella que toda la multitud de los fieles tenia un *mismo corazön y una misma aima* (Act. 4,42), no hay duda sino que este bien tan grande se lo dcxfan a la presencia de la devociön eucaristica, puesto que de ellos leemos: *Y perseveraban todos en oir las instrucciones de los apöstoles y en la comunicaciön de la fracciön del pan 0 Eucaristia y en la oraciön* (Act. 2,42)».

J) *Existe una íntima relación entre la comunión sacramental y la comunión de los santos*

•Ademâs, la gracia de la mutua caridad entre los vivos, que tanta fuerza e incremento recibe dei sacramento eucarístico, en virtud especialmente del sacrificio, es participada de todos aquellos que estân en la comunión de los santos. Porque, como todos saben, la comunión de los santos no es otra cosa sino una reciproca participaciôn de auxilio, de expiaciôn, de oraciones, de beneficios entre los fieles, que estân o gozando las alegrías del triunfo en la patria celestial, o sufriendo las penas dei purgatorio, o peregrinando todavía en la tierra; de todos los cuales resulta una sola ciudad, cuya cabeza es Jesucristo y su forma la caridad.

1143 Sabemos también por la fe, que si bien el augusto sacrificio no puede ofrecerse sino sôlo a Dios, pero si puede celebrarse en honor de los santos que reinan en el cielo con Dios, que los ha coronado, para obtener su patrocinio, y aun como lo tenemos por tradiciôn apostólica, para quitar las manchas de aquellos hermanos que, habiendo muerto en el Señor, no estân todavía enteramente purificados. Así, aquella sincera caridad que por la salud y ventaja de todos suele obrar y padecer, se lanza, abrasada en fuego vivo y activo, desde la santísima Eucaristía, donde esta y vive el mismo Cristo y donde afloja el freno al amor que nos tiene, y, movido por un ímpetu de caridad divina, renueva perpetuamente su sacrificio.

Así se ve fácilmente de donde hayan tornado su origen los arduos trabajos y fatigas de los hombres apostólicos, y de donde tantos y tan varios institutos de beneficencia han sacado, junto con su origen, la fuerza, la constancia y el feliz éxito de sus obras*.

K) *El Sacramento es el centro en que toda la vida cristiana se reduce*

◆Sacramento tan grande como es éste, y tan universalmente eficaz, nunca podrâ ser por nadie loado ni venerado tanto como merece. Porque ora se medité sobre él, ora sea devotamente adorado, ora pura y santamente se reciba, siemore debe ser mirado como centro en que toda la vida cristiana se resume; los otros modos de piedad, cualesquiera que ellos sean, todos conducen a éste y en éste vienen a parar. Y aquella benigna invitaciôn y aun mâs benigna promesa de Cristo: *Venid a mí todos los que anddis agobiados con trabajos y cargos, que yo os aliviaré* (Mt. 11,28) se verifica principalmente con este misterio y se cumple en él todos los días*.

L) *De él saca la Iglesia toda su virtud y gloria*

«El es también como el aima de la Iglesia, y a él se endereza por los diversos grados de las ôrdenes la misma amplitud de la gracia sacerdotal.

De él saca y tiene la Iglesia toda su virtud y su gloria, todos los ornamentos de los divinos carismas, todos los bienes, en fin. Por esto la misma Iglesia pone todo su cuidado en preparar y conducir las aimas de los fieles

SEC. 6. TEXTOS PONTIFICIOS

a una união sublime con Cristo, mediante el sacramento de su cuerpo y de su sangre, y por esto mismo con el ornamento de ceremonias santisimas, aumenta la veneración que se le debe».

M) Que los sacerdotes respondan al honor recibido 1146 encaminando las aimas a la Eucaristia

«Los sacerdotes a quienes Cristo Redentor diô el oficio de celebrar y disponer los misterios de su cuerpo y de su sangre no pueden de ningûn otro modo mejor responder al sumo honor por ellos recibido que promoviendo con el mayor estudio la gloria eucaristica del mismo Jesucristo e invitando y guiando, conforme a los deseos de su sacratisimo Corazôn, a todas las aimas a las fuentes saludables de tan insigne sacramento, de tan sublime sacrificio.

Asi resultará lo que a par del aima deseamos, que los excelentes frutos de la Eucaristia siempre sean percibidos con mayor abundancia, mediante el feliz progreso de la fe, de la esperanza, de la caridad, de todas las virtudes cristianas; lo cual redundará también en salud y ventaja de la república y siempre se descubrirán más y más los consejos de la caridad prudentisima del Señor, que tal misterio perpetuo instituyó para la vida dei mundo».

S. /

SECCION F II. MISCELANEA HISTORICA Y LITERARIA

I. PROFECIAS Y FIGURAS

114“

A) *Profetas*

Malaquias, el ultimo de los profetas menores, que iloreció cinco siglos antes de Cristo, reprobó a los sacerdotes hebreos porque *ofrecieron sobre el altar un pan contaminado* (Mal. 1,7) y anunció el gran sacrificio futuro (Mal. 1,11): *Desde el orto dei sol hasta el ocaso mi nombre es grande entre las gentes y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio humeante y una oblación pura*. Los Padres y Doctores de la Iglesia desde los primeros tiempos cristianos han interpretado este pasaje como un anuncio profético dei sacrificio eucaristico. San Ireneo, a fines dei siglo II, escribe: ‘Con sus palabras el profeta queria, evidentemente, decir que el nuevo sacrificio comenzaria en la época en que el pueblo hebreo cesara de ofrecer los sacrificios antiguos. Asi, la oblación que el Señor ha ordenado a la Iglesia renovar en el mundo entero es un sacrificio puro a los ojos de Dios... Sólo la Iglesia ofrece al Dios Creador este sacrificio; los hebreos no pueden hacerlo. Sus manos están llenas de sangre; y no han recibido al Verbo que es ofrecido a Dios’ (cf. Solano, *Textos eucaristicos primitivos*: BAC, t.i p.75).

B) *Figuras*

San Pablo en la epistola a los Colosenses dice (Col. 2,17): *Las cosas del Antiguo Testamento son una sombra de lo futuro, cuya realidad es Cristo*; e insiste en lo mismo en la epistola a los Hebreos (c.9 y 10). En la misma carrera mortal de Cristo, en el Nuevo Testamento, algunos milagros aluden claramente al gran milagro de la Eucaristia.

a) El sacrificio de Melquisedec

En el alba del género humano encontramos el sacrificio como supremo acto de culto a Dios: el de Abel, el de Noé. Después hallamos de súbito el de Melquisedec.

Melquisedec es un personaje rodeado de una sombra misteriosa, porque préfigura el gran misterio de Cristo. Reúne en si mismo la dignidad de sacerdote y de rey de Salem. Su nombre significa «rey de la justicia», Salem quiere decir «paz». Melquisedec fué al encuentro de Abram cuando derrotó

a sus enemigos y libéré a Lot. Entonces el sacerdote y rey bendijo a Abram y ofrecid a Dios una oblaciôn de pan y vino (Gen. 14,8), imagen clarísima del sacrificio eucarístico en el que Cristo fué ofrecido al Padre bajo las especies del pan y del vino.

b) El sacrificio de Isaac

El sacrificio de Isaac, una de las más bellas narraciones del Génesis (22,1-18), consumado en la intención, aunque suspendido por voluntad de Dios, es la imagen más evidente del futuro sacrificio de Cristo. *Porque tanto amó Dios al mundo que le dió su unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna (Jo. 3,16)*. San Pablo dice que Cristo se hizo *obediente hasta la muerte y muerte de cruz* (Phil. 2,8), y añade que el Padre quiso que por Él fuesen reconciliadas todas las cosas *restableciendo por la cruz de Cristo, por el sacrificio de su sangre, la paz entre el cielo y la tierra* (Col 1,20). El sacrificio de la cruz se renueva constantemente, sin derramamiento de sangre, pero con plenitud de méritos sobre nuestros altares, por medio de la misa.

c) El CORDERO PASCUAL

115^

El cordero pascual constituye una de las figuras más características y conmovedoras de la santa Eucaristía, en cuanto es sacramento y sacrificio de la Nueva Ley. Huelga transcribir el relato del Exodo (12,3-7). El cordero era la pieza esencial de la Pascua judía desde que se instituyó la víspera de la salida de los hebreos de Egipto. Es figura del sacramento eucarístico en cuanto se comía y en cuanto se inmolaba, sin romperle ningún hueso. Así Cristo fué inmolado en la cruz, sin que se le quebrantara tampoco ninguno. Y así como la sangre del cordero salvó a los hijos de Israel, así la de Cristo salvó a toda la humanidad. Por eso, Cristo fué designado por el Precursor con el nombre de *Cordero que quita los pecados del mundo* (Jo. 1,29). Y San Pedro (1 Petr. 1,19) dice: *Habéis sido redimidos con la sangre preciosa del cordero inmaculado*. San Pablo, en fin, afirma: *Nuestro cordero pascual es Cristo; así, pues, festejémoslo con los deimos de la pureza y la verdad* (1 Cor. 5,7-8).

d) Los panes de la proposición

1151

El culto litúrgico rendido a Dios en el Antiguo Testamento estaba representado principalmente por el sacrificio y por la oblación. El sacrificio consistía en la inmolación de los animales, en especial de los corderos; la oblación era la ofrenda a la divinidad de cosas inanimadas, y la más característica en el culto hebreo fué la de los doce panes de la proposición, que permanecían siempre expuestos en el «santo», delante del «santo de los santos» y se renovaban cada siete días en el sábado (cf. Ex. 25,23-30; Lev. 24, 5-8).

e) Otras prefiguraciones

Otras figuras del Antiguo Testamento son: *el pan subcinericio*, que confortó a Elías y le permitió llegar al monte santo de Dios, el Horeb (cf. 3 Reg. 19,6-8), y *el sacrificio de expiación*, que Santo Tomás considera como especialmente significativo de la Eucaristía (cf. *Sum. Theol.* 3 q.73

de Moisis (Ex. 3.1-6), que arde y no se consume, y en la cual se oculta Dios, es también una viva imagen de la Eucaristia, fuego de infinita caridad. Asimismo ha de considerarse importante figura *el Area de la Aiiama*, que representa la presmeia real de Dios velado bajo las especies eucaristicas. Como aquella, la Eucaristia acompaha a los hombres en su peregrinación por la tierra y se conserva en el «sancta sanctorum», esto es, en el tabernaculo de nuestras iglesias. Por último, figura insigne es *el manâ*, representative dei «mysterium fidei», no sólo porque alimenté a los israelitas en el desierto, sino porque Cristo dijo (Io. 6,32): *Moisis no os dió pan del cielo; es mi Padre el que os da el verdadera pan del cielo*. En otro orden de cosas, y ya dentro del Nuevo Testamento, representan la sagrada Eucaristia *el milagro de las bodas de Cana y la multiplicación de los panes y los peces*.

IL LA COMUNION DE CRISTO Y DE

» -i

1153

A) Cristo se comulgó a si mismo

Los Santos Padres de la Iglesia casi por unanimidad aseguran que el Señor se comulgó a si mismo al instituir el Santísimo Sacramento. Así lo testimonian, entre otros, San Ireneo, San Juan Crisóstomo (cf. *Hom. 82 in Mt.*: BAC, t.2 p.614), Tertuliano, San Cipriano y San Efrén. San Jerónimo dice tajantemente que «el Señor fué convidado y convite, comida y comensal» (cf. *Epist. ad Hediv.* q.2: PL 22,986). Santo Tomás de Aquino (cf. *Sum. Theol.* 3 q.81 a.i) razona su opinión, advirtiendo que Cristo observé siempre antes lo que instituyó para que lo observaran los otros. Por eso, al instaurar el bautismo quiso bautizarse primero, y por lo mismo comulgó su propio cuerpo y su sangre antes que comulgaran los demás. «Comió, pues, espiritualmente, pero también sacramentalmente, en cuanto que comió su propio cuerpo bajo el sacramento y entendió y dispuso el sacramento de su cuerpo». En otro lugar (cf. *Sum. Theol.* 3 q.84 a.7 ad 4), el Doctor Angélico resume así la cuestión: «El mismo comió y dió a otros la Eucaristia, tanto para recomendar la excelencia de este sacramento, como porque es recuerdo de su Pasión, en cuanto que Cristo es a la vez sacerdote y víctima». No menos explícito es San Buenaventura, quien refiriéndose a algunos sacramentos dice que el propio Cristo los inicié, consumió y recibió en si, «como los del Bautismo, Eucaristia y Orden, ya que los instituyó plenamente y aun los recibió El antes que todos» (cf. *Breviloquio* p.6.º c.4,1: BAC, *Obras de San Buenaventura* t.i p.445).

No nos resistimos, en fin, a transcribir el curiosísimo texto con que sor María de Agreda (cf. *Mística ciudad de Dios* p.2.º [Barcelona, Gili, 1911] 1.6 c.ii p.462-463) alude a esta autocomunión del Señor: «Mayor admiración me causa lo que sucedió al mismo Jesús, nuestro bien, quien habiendo levantado el Santísimo Sacramento, para que lo adorasen los discípulos, lo dividió en sus sagradas manos, y se comulgó a si mismo, como primer y sumo sacerdote. Y reconociéndose en cuanto hombre inferior a la Divinidad que recibía en su mismo cuerpo y sangre consagrados, se humilié, encogió y tuvo como un temblor en la parte sensitiva, manifestando dos cosas: la una, la reverencia con que se debía recibir su sagrado cuerpo; la

otra, el dolor que sentia de la temeridad y audacia con que muchos de los hombres llegarían a recibir y tratar este altísimo y eminente sacramento. Los efectos que hizo la comunión en el cuerpo de Cristo fueron divinos y admirables; porque por un breve espacio redundaron en El los dotes de gloria de su aima santísima, como en el Tabor...»

La comunión de la Virgen

1154

Sólo tradiciones, hipótesis piadosas y leyendas aseguran la presencia de la Virgen en el Cenáculo y la recepción de la divina Eucaristía. Estas tradiciones han repercutido en el campo del arte desde el siglo IX. La primera representación iconográfica que conocemos de la Virgen asociada a la escena eucarística es una gaveta-relicario de plata, en forma de cruz, que se custodia en el Museo Vaticano. La tapadera está dividida en cinco recuadros. En el de arriba aparece Cristo en un trono flanqueado por los apóstoles y la Virgen. En el brazo transversal figuran tres escenas eucarísticas. En el recuadro inferior, Cristo bendice a los apóstoles al subir a los cielos. Lo más interesante para nuestro propósito es la escena de en medio del mencionado brazo transversal. Allí, en una representación sintetizada de la Cena, descuella la virgen a la derecha de Cristo, en actitud humilde y devota.

Esta inclusión de Nuestra Señora en el Cenáculo se repite en los primitivos italianos y especialmente en Fr. Angélico, y a la vez en multitud de tablas e iconos de la pintura oriental. La Virgen figura arrodillada, y en muchos casos recibe la Eucaristía de manos de su Hijo.

La Madré Agreda (cf. o.c., p.463-464), recogiendo estas piadosas tradiciones y después de describir la comunión del propio Jesús, se expresa de este modo: «Luego partió otra partícula del pan consagrado y la entregó al arcángel San Gabriel, para que la llevara y comulgase a María Santísima. Quedaron los santos ángeles con este favor como satisfechos y recompensados de que la dignidad sacerdotal tan excelente les tocase a los hombres y no a ellos: y sólo el haber tenido en sus manos en forma humana el cuerpo sacramentado de su Señor y verdadero Dios les causó grande y nuevo gozo a todos. Esperaba la gran Señora y Reina con abundantes lágrimas el favor de la sagrada comunión, cuando llegó San Gabriel con otros innumerables ángeles: y de las manos del santo príncipe la recibió la primera después de su Hijo santísimo, imitándole en la humillación, reverencia y temor santos. Quedó depositado el Santísimo Sacramento en el pecho de María y sobre el corazón, como legítimo sagrario y tabernáculo del Altísimo. Y duró este depósito del sacramento inefable de la Eucaristía todo el tiempo que pasó desde aquella noche hasta después de la resurrección, cuando consagró San Pedro y dijo la primera misa».

III RELIQUIAS EUCARISTICAS

1155

A) *La sagrada mesa*

El Doctor Serâhco, al describir la Sagrada Cena en sus *Afei/itaciono de la Pasiôn* (cf. BAC, *Obras de San Buenaventura* t.2 p.751) dice lo siguiente :
•La mesa estaba en tierra y para cenar se sentaron en la tierra, segùn la costumbre de los antiguos. La mesa era cuadrada y como se créé formada de tablas; vo mismo la he visto y la he medido en la iglesia lateranense de Roma. Cada cuadro tenia dos codos y très dedos o cerca de un palmo. Por manera que, con bastante estrechez, en cada cuadro se sentaron, en opi-niôn de muchos, très discinulos; v el Senor se puso humildemente en una esquina, de suerte que todos podian corner de un mismo plato. Por esto no io entendieron los discipulos cuando diio: *El que mete la mano conmigo en el plato, ése me ha de entregar*, porque todos la metian.

Hoy en la nave transversal o crucero de la basilica de San Juan de Letrán de Roma, y mâs concretamente, en el altar del Santisimo Sacramento, se veneran varios pedazos de la mesa de la Eucaristia. Seoûn una vieja tradiçôn la reliquia fué transnortada a Roma nor Santa Elena. Hubn un tiempo en que se venerô en el «narthex» de la basilica dedicada a Santo Tomâs Apôstol por el pana Juan XII en el siglo X, pero desde l be conserva en el altar de Letrán.

Rohault de Fleury (cf. *Mémoire sur les instruments de la Passion...* [Paris 1870] p.280) dire que la mesa, acaso en un tiempo recubierta de plata, es de madera de cedro, y se compone de dos tableros, cada uno de los cuales mide 0,60 métrros de ancho y 1,20 de longitud.

El mismo autor mendona otros trnzos conservados en distintas iglesias de Italia. Nias aparté de estas reliquias, hay una en Esnana, aue pertenece a la basilica metropolitana hispalense. Se trata de un minuscuro nedazo de madera. aloiado en un retablito de oro, plata v pedreria, en forma de trintiro. El estilo dei diminuto retablo es renarentista v pertenece al siglo XVI. Consta de manera fehaciente aue la reliquia fué donada a la catedral de Sevilla Dor el cardenal Hurtado de Mendoza ici. Balbtno Santos Olivera, *Gula thistrada de la catedral de Sevilla* [Madrid 1930] vitrina n.4 del relicario).

1156

B) *El câliz de Antioquia*

Entre las varias colecciones que ate.ora el bêllfeimn Museo de Ins Claus-tres de Nueva York, donadas en su mavoria nor John D. Rockefeller, y procedentes casi tndas d» la medieval del escultor americano Georges Grey Barnard, figura el llamado <tesoro de Antioquia>, del que es nieza fundamen-tal un primoroso câliz de plata. en nerfecto estado de conservaciôn, que pasa por haber sido el que utilizô festis en la ultima Ona. Esta pîeza se hallô en iq io en la localidad de Hama, cerca de Antioquia (cf. Cossfo Pîjo An, *Summit artis* vol.7 (r07] n.182 ss.). FJ câliz m»de 19 c^ntimetrns de altura v l ; de diâmetro. Es doble. La taza interior, de plata, casi hemisférica, sin ningûn motivo ornamental ni inscrinciôn, esta encerrada en otra copa, hecha de una gruesa hoja, también de plata machacada y envueltos en un

revestimiento del mismo metal, con un trabajo ch. cincel muy fino. El pie, muy bajo y formado por un bloque argénteo, se enlaza con la base de la copa, decorada con motivos de follaje, por un simple nudo o *pomellum*. Según los arqueólogos más autorizados, para valorarla como reliquia, hay que desglosar la copa interior de la externa. La primera, a pesar de carecer de asas, y de la singular morfología de la taza y el pie, es atribuible por su simplicidad al siglo I, e incluso no repugna considerarla hipotéticamente como uno de los calices de la última Cena. Puede pensarse que quizá fue la copa en que bebió el vino de la primera y segunda ronda pascual alguno de los discípulos del Señor, y que, oculta durante los primeros siglos, fue después recibierta del aderezo orfebrero en la época constantiniana o acaso más tarde. En este sentido, no hay tampoco grave obstáculo, siempre en el terreno de las suposiciones, para imaginaria como la copa apostólica que vió en Sión el Anónimo Placentino, la cual por razones desconocidas fue a parar a la metrópoli de Siria, donde se le fabricó la cobertura cincelada, y allí, en los avatares de la ciudad durante la dominación árabe, permaneció escondida hasta su hallazgo.

C) *El sacro catino de Génova*

Desde el siglo XII se venera en Génova un sacro catino, que por su forma y tamaño puede ser un cáliz, aunque se creyese desde esa fecha que había sido nada menos que el recipiente en que fue transustanciado el vino durante la última cena pascual. Esta reliquia fue entregada por Balduino, rey cruzado de Jerusalén, en 1102, a los genoveses por la colaboración prestada en su lucha contra los musulmanes. Transportada a Génova, se custodia desde entonces con exquisito esmero en la catedral de San Lorenzo.

En realidad no se trata de un cáliz, pues el perímetro de sus líneas forma un hexágono regular, con 190 milímetros de lado. En el interior, seis cavidades se enlazan en ángulo, conjuntándose en el centro en un círculo bordeado de un anillo de puntos huecos. La altura del catino es de nueve centímetros. Dos asas de una sola pieza se incrustan simétricamente en el cuerpo del vaso. La materia es de cristal verde, liso, de un tono esmeralda. La forma resulta elegante, parecida a una pila. Aparece roto. Sus fragmentos están agrupados merced a un aparato de bronce, pero falta un pedazo importante, definitivamente perdido. Su capacidad es de tres litros, volumen considerable para un vaso individual destinado a la bebida. El conjunto, en fin, da la sensación, arqueológicamente hablando, de un gran catino o fuente, de buena época antigua, sin que pueda apreciarse con exactitud por ningún detalle decisivo si perteneció o no al siglo I de nuestra era.

Del análisis de la reliquia genovesa se deduce claramente que no pudo ser el cáliz del Señor. Nadie en aquella época hubiera llamado *poterion« a un vaso semejante. No puede identificarse tampoco por la materia vítrea ni con el lonychinus" del Anónimo, ni mucho menos con el de Arculfo y San Beda, que sobre ser de plata tenían más del doble de capacidad. Sería absurdo, en fin, considerarlo una cratera, dada la forma y tamaño. La conclusión terminante es que se trata de una simple fuente o plato hondo. Sólo como tal, si la tradición es cierta—y se carece en absoluto de documentos para asegurarlo—pudo figurar en la mesa eucarística. En el mejor de los casos, el catino de Génova podría ser no el cáliz del Señor, sino el plato en que colocó los fragmentos de pan consagrado para que los comieran los discípulos (cf Rohault de Fleury, o.c., p.287).

D) El santo cáliz de Valencia

Los estudios modernos nos dejan hoy presentir que sólo cabe identificar con el auténtico cáliz del Señor el que se venera en la ciudad dei Turia. Es el único que, como pretende la tradición aragonesa, pudo haber sido trasladado a Roma por el príncipe de los apóstoles después de la muerte de la Virgen y considerarse como cáliz papal. En efecto, hoy se sostiene con no desdeñable verosimilitud que en el siglo II San Lorenzo, durante la persecución de Valeriano, mandó trasladar la reliquia a Huesca, el año 258, con una carta suya. El tesoro se confió a los padres del diácono San Orencio y Santa Paciencia, que vivían en Loret. El docto doctoral de la catedral valenciana D. Angel Oñate (cf. *El santo Grial, su historia, su culto y sus destinos*, Valencia 1952) ha descrito minuciosamente toda la historia del santo cáliz en la alta Edad Media española, hasta su traslado a San Juan de la Pena, y de allí a Zaragoza, Barcelona y Valencia el 15 de marzo de 1437.

La insigne reliquia, cuya altura total es de 17 centímetros, se compone de una base semioval de concha, de una vara o fuste con nudo o *pomellum*, de una copa o taza de ágata y de dos asas que unen la copa y el pie. La base, de forma elíptica, mide 16 por 14 centímetros y lleva una montura de filigrana de oro. Parece de concha y de color análogo al de la taza. Está esmaltada de 28 perlas, de las que dos desaparecieron; dos balaces o rubies y dos esmeraldas. Una de estas últimas, la mayor, desapareció en una de las traslaciones del cáliz. Las perlas y piedras preciosas fueron sobrepuestas, seguramente, cuando la reliquia se veneraba en San Juan de la Pena. Acaso fue entonces cuando orfebres medievales sustituyeron el antiguo pie. La vara o fuste de oro aparece trabajada finamente a buril, con motivos orientales, un tanto helenizados en su ejecución. En el centro hay un nudo grueso, redondeado, con análoga labra a buril, que asimismo ostentan las dos asas laterales, típicas en los cálices más antiguos. Finalmente, la copa o taza es casi semi-esférica, del tamaño de media naranja de nueve centímetros de diámetro, y capacitada para unas doce onzas de líquido, y está vaciada en ágata o cornalina orientales, de color rojo oscuro, que a la luz solar presenta fajas verticales de irisación múltiples.

Salvada milagrosamente la reliquia durante la guerra civil española, volvió triunfalmente a su magnífica capilla de la catedral, donde Valencia y España la exhiben y adoran como el auténtico vaso eucarístico que recibió la sangre del Señor.

CURIOSIDADES HISTÓRICAS**A) El nombre**

En los primeros siglos, la Eucaristía fue designada con diversos nombres: *Fractio panis*, *Coena*, *Coena Dominica*, *Mensa Domini*, *Sacrificium*, *Calix benedictionis*, *Oblatio*, *Synaxis*, etc. Pero después prevaleció el nombre griego de *Eucaristia*, que significa literalmente *rendimiento de gracias*. Tal nombre entró en uso desde los más antiguos tiempos. Lo encontramos en la *Doctrina de los Apóstoles* de fin del siglo I o del principio dei II. Luego

en Tertuliano y mäs veces en San Cipriano. Este Santo, sin embargo, usa también una forma latina: *Caro Christi, Sanctum Domini, Corpus Domini*, etc. San Agustín emplea mucho el de *Eucaristia*, que pasó definitivamente al formulario teológico latino. Santo Tomäs (cf. Sum. *Theol.* 3 q.73 a.4) explica así este significado: «Se dice *Eucaristia*, esto es, buena gracia; porque la vida eterna es gracia de Dios y porque contiene realmente a Cristo, que está lleno de gracia». En la terminología técnica, *Eucaristia* es el nombre propio e inconfundible para designar el sacramento y el sacrificio. Se usan, sin embargo, otras expresiones, como *hostia, oblatio, mysterium, panis caelestis, convivium*. Hoy se dice también por antonomasia el *Sacramento* o el Santisínio

La mäs antigua representation

1160

Tal parece ser la «mesa eucaristica» de la cripta del cementerio de Priscila, en Roma en el siglo II. «Esta pintura descubierta por Wilpert y publicada con el título de *Fractio panis* representa la mesa de la Eucaristia, con siete personajes que comen el pan y el pez. Tiene de especial que figura el ministro en el acto de partir el pan y hay delante de él un cáliz. El significado eucarístico de la escena se confirma por la presencia de los cestos de la multiplicación de los panes. Hay que notar que mientras en otras pinturas del banquete eucarístico las figuras exhiben tipos ideales y apenas acentuados, aquí el artista ha querido representar verdaderos retratos. Así, por ejemplo, puede observarse que el ministro en la pintura del siglo III la «Consagración eucarística», del cementerio de San Calixto, ofrece un tipo ideal, mientras que aquí es un viejo barbudo, con cierta semejanza a San Pedro.» .. (cf. O. Marucchi, *Le Catacombe romane* l. dello Stato p.476).

1161

La epigrafía de Abercio fué llamada por De Rossi la reina de las epigrafías cristianas. Se conserva en el Museo Lateranense. Se refiere a Abercio, obispo de Gerópolis, en Frigia, y se remonta a los tiempos de Marco Aurelio (161-180). El prelado oriental en el epitafio habla de sus viajes y expresa su profesión de fe. El lenguaje, típicamente 'oriental' e influido por la disciplina del arcano, es imaginativo y metafórico: «Yo soy Abercio, el discípulo del Pastor inmaculado, que apacienta su grey en montes y campos, cuyos grandes ojos todo lo ven. El me enseñó la doctrina de la vida y me mandó a Roma a contemplar el reino y a una reina vestida de oro y con aureos chapines; y yo he visto allí un pueblo decorado con espléndida señal, y vi los campos de Siria y de Nisibe, pasado el Eufrates. Y he encontrado por doquiera hermanos unidos. La fe fué siempre mi guía y se me dió por alimento el Pez grande que la Virgen casta extrae de la fuente y da a comer a sus amigos con óptimo vino»... El Pastor es Cristo; la doctrina de vida, el Evangelio; el reino y la reina vistos en Roma, la Iglesia; el Pez es Cristo bajo las especies eucarísticas. De aquí surge el famoso acróstico de «ichthys» (Jesús Cristo, Hijo de Dios, Salvador).

Otra insigne epigrafía es la de Pettorio. Es casi contemporánea de la de Abercio y se conserva en Autùn. Usa el mismo lenguaje simbólico alusivo a la santa Eucaristia. El cristiano Pettorio se dirige así a sus hermanos: «¡Oh divina prosapia del Pez celeste! Consérvanos siempre un corazón

pure y haz que se reciba entre los mortales la fuente inmortal de las aguas divinas. ¡Oh amigo! Cura tu alma con las aguas que dan la sabiduría. Recibe el alimento dulce como la miel del Salvador de los santos. Cómelo con afán teniendo el Pez entre tus manos- icf. Kirch, *Arte cristiano* [1014] p.204-205 n.7).

1162

D) El mártir de la Eucaristia

Fué el niño Tarsicio, que sucumbió en la persecución de Valerio el 15 de agosto de 257, apaleado y apedreado hasta exhalar el último suspiro. Según se deduce de las actas de San Esteban Papa (cf. AAS, t.3 p.143-144), el muchacho pertenecía a la clerecía del título de San Calixto y circulaba con frecuencia entre Roma y la vía Apia. Llevaba aquel día, como acólito, según la costumbre de la época de persecución (cf. Duchesne, *Lib. Pontif.* 1,169,4), los sagrados misterios, ocultos bajo sus vestidos, a los presos de la cárcel Mamertina. Un grupo de soldados que custodiaba la entrada de las Catacumbas le apresó y le reclamó lo que llevaba en el pecho. El niño rehusó hacer traición a su fe y dijo: «No quiero dar a los perros rabiosos los misterios de Dios». La bárbara soldadesca lo maltrató hasta que rindió su vida. El cadáver, recogido allí mismo, fue depositado en el cementerio de San Calixto (cf. De Rossi, *Roma Sotterranea* t.2 p.7.10 y 89, Roma 1867).

El papa San Dámaso dedicó al *mártir uno de sus poéticos epítafios (cf. PL 13,392): «Cuando Tarsicio llevaba la hostia de Cristo, una turba desenfrenada intenté profanarla. Pero él prefirió exhalar su vida bajo los golpes antes de entregar como presa a los rabiosos perros los miembros celestes».

1163

E) Un himno de Prudencio

Con la paz dada a la Iglesia, las funciones litúrgicas se realizaron en las basílicas. No cesó, sin embargo, la piadosa costumbre de celebrar privadamente la memoria de los mártires con ayunos en las Catacumbas y con la liturgia de la Eucaristía. Prudencio, en los albores del siglo V (precisamente en 402-405), nos habla de la distribución del pan en la cripta de San Hipólito: «Aquella mesa dispensadora del Sacramento, hecha a la vez depositaria fiel de su mártir, guarda en el sepulcro los huesos que ha de premiar el Juez eterno, y alimenta al propio tiempo con manjares divinos a los habitantes de la orilla del Tiber.» (cf. *Peristeph.* hymn. 11,171-175: BAC, *Obras completas* p.701).

1161

F) El más grande poeta de la Eucaristia

Urbano IV conoció en Francia a Santo Tomás de Aquino y lo llamó cerca de sí para confiarle en la corte pontificia el oficio del «Corpus Christi». El Doctor Angelico, con extraordinaria alegría, enlazando sus dotes poéticas con la ciencia teológica, y calentando una y otra con la llama de su tierna devoción a la Eucaristía que le ardía en el pecho, compuso una obra maestra de la liturgia, tejéndola de los más bellos textos escriturarios alusivos a la Eucaristía en el Antiguo y el Nuevo Testamento insertando en ella pre

ciosas lecciones dogmaticas y engalanandola con devotos canticos. «Tuvo también Tomâs—dice el papa Pio XI (cf. enciclica *Studiorum Ducem*)- el don y el privilegio singular de poder traducir las enseñanzas de su ciencia en las plegarias y en los himnos de la liturgia y llegó a ser el poeta y el máximo laudador de la divina Eucaristia. En efecto, la Iglesia, en todas las partes dei mundo y entre todas las gentes, se sirve, y se scrvirâ siempre en los sagrados ritos, de los cânticos de Santo Tomâs', en los que alienta el sumo fervor del aima suplicante, y que contienen a un tiempo la expresiôn mâs exacta de la doctrina tradicional, en torno al augusto sacramento, que principalmente se llama misterio de fe».

P

G) *San Bernardo y el duque de Aquitania*

1165

K

San Bernardo, abad de Claraval, no habia logrado reducir a las leyes de la Iglesia al poderoso duque de Aquitania. Por eso—dice uno de sus biô-grafos—«cesô de obrar como hombre, y dejô que actuara Dios mismo... Asistia el duque a la misa el dia en que debia reanuda^se la discusiôn sobre la vuelta del obisoo de Poitiers a su sede, de la que se le habia desnoseido. San Bernardo, que decia la misa, se interrumne de pronto, coloca la hostia divina sobre la patena, y con rostro encendido y los ojos rutilantes descende las gradas del altar y avanza con pasos decisivos hacia el principe. «Por esnacio de mucho tiemno—le dice—hemos emoleado las sùolicas y las habéis despreciado; muchos servidores de Dios se unieron a nosotros para anadir sus ruegos a los nuestros y no habéis hecho caso. Ahora viene ante vos el Hijo de la Virgen, Aquel a ouien perseguís, el Jefe y Senor de la Iglesia, el Juez, a cuyo nombre se dobla la rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno... Entre sus manos caem el aima que os vivifica, entre las manos del juez, vengador de los delitos... (-También le despreciaréis? /Trataréis al Senor como habéis tmtado a sus siervos?»

San Bernardo calla. La multitud se estremece silenciosa. Guillermo, aterrorizado, no osa pronunciar nalabra. Cae en tierra. v levantado por sus guardias, lanza gritos de pavor. Entonces el siervo de Dios lo toca y le manda ponerse en pie. «Id—le dice con voz dulce y solemne—a reconciliaros con el obispo de Poitiers, que habéis lanzado de su sede; dadle el beso de paz en prenda de nueva alianza, conducidlo vos mismo a su iglesia y rendidle tanto honor cuantas fueron las injurias inferidas, estableced la unidad catôlica que la discordia y el cisma han separado v sed dôcil a Inocencio, el Pontifice que Dios ha colocado en la Câtedra de Pedro».

El duque, vencido por la fuerza del Espîritu Santo, se convirtiô en aquel instante en instrumento pasivo de la voluntad divina (cf. *Histoire de Saint Bernard par l'abbé Théodore Marie Ratisbonne* t.i [Paris iS43] p.390-392).

H) *Viajando con la Eucaristia*

1166

Los cristianos de la Iglesia primitiva, cuando tenian que realizar un largo viaje por tierra o por mar, solian llevar consigo la santa Eucaristia. A este pronôsito San Ambrosio nos ha transmitido una viva descripciôn dei naufragio que sufriô su hermano Sâtiro (cf. *De excessu fratris sui Satyri*). «El -dice el Santo,—antes de ser iniciado en los mâs altos misterios de la fe, se encontrô un dia envuelto en un terrible naufragio, pues la nave que lu

transportaba, deshecha por el oleaje, vino a estrellarse en un acantilado Heno de cscollos. Aunque no temia a la muerte, no quiso abandonar la vida sin el auxilio de los misterios. Por eso pidié a los iniciados que le dieran la Eucaristía... Entonces encerré el Sacramento en una boisa que se ligé al cuello, y se arrojé al mar, sin agarrarse a ninguna tabla de la nave, y provisto sôlo del arma de la fe. De esta manera, consideréndose bien defendido, no necesité otres ayudas...»

Algunos papas acostumbreron llevar también consigo en los viajes la santa Eucaristía. Pio IX, la noche del 24 de noviembre de 1848, cuando huyé de Roma y se réfugió en Gaeta, llevaba consigo el Santísimo, en la misma minuscua custodia en que el pontifice Pio VI la transporté oculta en su pecho durante el viaje de destierro y prisién a Francia (cf. E. V e r c e s i, *Pio IX* [Milano 1930] p.118-119).

V. MILAGROS EUCARISTICOS ESPAÑIOLES

A) *Los corporales de Daroca*

•Cuando el gran rey Jaime I hubo decidido la conquista del reino de Valencia, convocé una especie de cruzada, de la cual formaban parte infinidad de adalides de la fe catôlica nacionales y extranjeros. Entre los alistados se contaban «los aguerridos tercios de las comunidades de Daroca, Calatayud y Teruel».

Habiendo tenido que ausentarse el rey del campamento, confié el mando del ejército a D. Berenguer de Entenza, quien decidié poner cerco al fuerte castillo de Chio, situado hacia el extremo del valle de Albaida.

Al amanecer mandé formar sus tropas para que antes de entrar en batalla oyeran misa en un altar de campana que se levanté frente al ejército, y en el cual célébré el sacrificio el capellán del tercio de Daroca, mosén Mateo Martinez, rector de la entonces castrense iglesia de San Cristébal, de la propia poblacién. Mas inopinadamente oyése el estruendo de atabales y anafiles y la griteria de los moros, que atacaban a la retaguardia de los aragoneses.

El acto religioso no pudo consumarse: caudillos y soldados se alzaron contra aquel inminente peligro, v corrieron a las armas, hicieron frente al enemigo y le obligaron a dejar el campo, que quedé cubierto de cadâveres moros, no sin que éstos abandonaran también el castillo de Chfo a los aragoneses. Entre tanto, el buen sacerdote, seguro al abrigo del ejército, habia terminado la misa, y no pudiendo administrar la comunién a los jefes Cristianos, oculté celosamente las seis hostias consagradas en los corporales que le habian servido para el sacrificio, y corrié a esconderlos entre unas penas alli cerca.

Terminada la batalla quisieron dar gracias al Dios de las victorias por aquel sorprendente triunfo, y entonces el sencillo ministro de la religién les refirié las precauciones que habia adoptado, con lo cual los capitanes vencedores reiteraron su deseo de comulgar en serial de gratitud al Altísimo.

Dirigiéronse, pues, al sitio donde los corporales se hallaban ocultos, guiados por el sacerdote, con el fin de recoger las formas y administrarles ri Sacramento; pero al descubrir los corporales vieron con admiracién

profunda y sorpresa incomparable que las seis hostias consagradas estaban tintas en sangre y adheridas por completo al blanco lienzo de los corporales, como si hubieran compenetrado su delicado tejido.

Inmediatamente guardaron aquella venerada reliquia en una caja de piata, y comenzô a disputarse entre los diferentes capitanes su posesiôn, prctendiéndola unos para Valencia, otros para Calatayud, éstos para Teruel y aquéllos para Daroca.

Deseando Berenguer de Entenza calmar las naturales aspiraciones de todos, resolviô, como jefe supremo, que se fiase a la suerte decidir la compe-tenda sobre la posesiôn; y así se hizo, resultando agraciada por très veces consecutivas la ciudad de Daroca.

Pero no se aquietaron aún los pretendientes; y como reiteraran sus que-jas y sus instancias, hubo que ceder y apelar a un ùltimo recurso, a cuyo resultado prometieron someterse en definitiva.

Buscôse, pues, una mula, y en sus lomos colocaron con las debidas pre-cauciones la caja que contenia los sagrados corporales; escoltada por el sacerdote mosén Martinez, por las convenientes fuerzas de tropa y por numeroso concurso de fieles, la dejaron suelta para que libremente caminara en la direcciôn que mâs plugiese a la Providencia.

Tomô entonces la mula el camino de Aragôn, y todos la siguieron an-helantes; así continué atravesando comarcas y pueblos, descansando todos por la noche en lugares convenientes del trânsito.

El día 7 de marzo de 1239 la mula y la comitiva que la venia siguiendo llegaron a Daroca, a cuya Puerta Baja e inmediaciones se agolpaba la multi-tud, haciendo fervientes votos por que aquella ilustre villa fuera la deposi-taria de los corporales.

En efecto, a pocos pasos de la puerta citada y ya en el antiguo camino que conduce a Calatayud, detùvose la mula y dejôse caer en tierra, según consigna la tradiciôn, delante del antiquísimo Hospital de San Marcos para enfermos y peregrinos, que después fué convento de la Orden de la Santísima Trinidad. En aquel sitio quedô muerta la mula instantâneamente, y, por lo tanto, adjudicada la posesiôn de los santos corporales a Daroca.

Algunos días después de este suceso el area sagrada fué trasladada pro-cesionalmente y con toda pompa a la iglesia de Santa Maria, colegiata hasta el concordato de 1851, donde continúan venerândose los misteriosos cor-porales.

Apenas amanece el día del «Corpus», todos los caminos, sendas y ve-redas que conducen a Daroca vense interminables hileras de hombres de todas clases y condiciones.

Después de la solemne funciôn religiosa sale de la ex colegiata una bri-llante procesiôn, en la que se lleva sobre preciosas andas, sostenidas por sacerdotes, el venerable relicario donde se ostentan los corporales con las seis sagradas formas.

La procesiôn se dirige a una especie de eremitorio, situado fuera de la ciudad, en el camino de Zaragoza, que apellidan La Toneta, donde se dice el sermôn y después el preste muestra al pueblo los corporales y da la ben-diciôn con el relicario que los contiene» (cf. J. Cervera, *Los corporales mis-teriosos*, tradiciones dei siglo XIII, Madrid, Imprenta E. de la Riva, 1833).

1168

B) La sagrada forma de El Escortai

•Hacia el ano 1572 saquearon los calvinistas la catedral de Gorcum, en Holanda, y con saciflego furor pisotearon las hostias consagradas. Con-vertido uno de los herejes al ver que de una de ellas salia sangre, logrô ponerla en salvo, entregândola a un prelado catôlico. Después de varios traslados, fué regalada a Felipe II por la noble dama D.“ Margarita de Cardona, y donada por el monarca al monasterio de El Escorial, en donde se conserva actualmente, en el retablo y altar de la Sagrada Forma, que ocupa el testera sur de la sacristla.

Sobre el altar se halla un cuadro de Claudio Coello, que ocupa toda la capilla transparente y que représenta la primera funciôn que se celebrô en el altar de esta sacristla en tiempo de Carlos II.

Cuando se baja este lienzo, que sirve de vélo al Santisimo, para manifes-tar al pùblico la sagrada forma (en los dias de San Miguel y San Judas), se ve un templete gôtico de bronce dorado al fuego, de dos varas de alto, dibujado por Vicente Lôpez. y empezado en 1S29 por Ignacio Millân y acabado en 1854 por Francisco Pecul, en Madrid. (cf. Valerio Serra y Boldv, *Costumbres religiosas en Folklore y eostumbres de Espana* [Barcelo-na 1946] p.569-570).

1169

C) Las sagradas formas de Alcalâ de Henares

◆En Alcalâ de Henares se conservan, desde el ano 1597, incorruptas, veinticuatro sagradas formas, encerradas en una valiosisima custodia rega-lada por el cardenal Spinola. En la linterna, que es ochavada, en cada lado, estân colocadas trës formas, hasta veinticuatro: las diecinueve enteras y las cinco partidas, en la prueba en que materialmente se examino su incorrup-ciôn. Los viriles estân soldados a fuego desde el aôo 1682, siendo imposi-ble sacarlas sin romperlos.

Todos los aios, o sea desde 1620, viene celebrândose, con gran pompa y orgullo de los alcalainos, la grandiosa procesiôn que recorre las calles de la poblaciôn. Llegan a la ciudad de Compluto miles de fieles de todas partes a rendir culto a esas sagradas formas, tan conocidas por todo el mundo, y por delante de las cuales han desfilado personas de todos los matices politicos. (cf. ibid., p.570).

**VI. LA PROCESION Y LA FIESTA
DEL “CORPUS”**

1170

A) Tradicion espanola

Se discute cuâl fué la primera ciudad espanola que celebroy la liesta del •Corpus». Parece que ocupa la primacia Toledo, en 1230. Luego sigue por orden cronolôgico Sevilla, en 1282; Barcelona, en 1319; Gerona, en 1320, etc. Se sabe que en Vich se introdujo la fiesta en 1330 y en Valencia en 1348. En Barcelona, desde tres anos antes, se habfa dictado un pregôn ordenando

que cada ano fuese fiesta del *Cors Sanct preciôs de Jesucrist* el jueves después de Quincuagésima, y en 1322 se ordenô que todos los ciudadanos fuesen a la.catedral para acompañar a Jesûs Sacramentado (cf. *Archivo Municipal de Barcelona, Rubrica de las Ordinaciones del any 1290 a 1471* fol.i). En la procesiôn de Barcelona en 1535, Carlos V llevô una de las varas del palio, como lo atestiguaron Pedro Juan Cornes en *Llibre de Cous Assenyaladas* (*Archivo Municipal de Barcelona* fol.402). También anteriormente Alfonso V llevô la misma vara del palio en 1429, con los consellers y otros personajes. Milâ y Fontanals dice que en 6 de junio de 1542 (cf. *Obras completas VI* tercera serie) los canônigos Rafael Ubach y Jaime Cassador fueron a la Casa de la Ciudad a anunciar a los consellers que el capitulo y el señor obispo habian acordado que la procesiôn saldria de la catedral a las trêś de la tarde, después de rezadas las visperas. Los consellers se oponian a la innovaciôn; pero el virrey D. Francisco de Borja, marqués de Lombay y duque de Gandia (San Francisco), decidiô a los conselleres a admitir la innovaciôn propuesta por el obispo.

B) La procesiôn de Madrid

■Segùn el antiguo ceremonial que existe en la villa de Madrid, el orden que llevaba en otro tiempo la procesiôn en la corte era magnifico. En primer lugar, en el ofertorio de la misa de «Corpus» que se celebra en la primitiva y parroquial iglesia de Santa Marfa del Real de la Almudena, se les servia al rey y al principe las velas por los caballeros regidores comisionados en esta forma: llevan dos porteros de Madrid, vestidos con ropa carmesi, en dos fuentes de plata, grandes e iguales, una hacheta pintada y una vela de la misma forma, una blanca de a libra y otra de a media, y en llegando al medio de la iglesia toman las bandejas de manos de los porteros, y haciendo trêś reverencias, las entregan al capellân de honor que estâ de asistencia, y este al sumiller de cortina, primero para el rey, y luego para el principe. Después se empieza la misa, se da comienzo a ordenar la procesiôn por el mayordomo de semana y el aparejador de las obras de Palacio. Madrid lleva el palio, repartiéndose las cuatro varas y ocho bordones de él por antigüedad. El orden que llevaba la procesiôn del año 1625 era el siguiente: abrian la marcha los atabales y clarines, seguian los niños desamparados y los de la doctrina, luego los pendones y las cruces de las parroquias; los hermanos del HosDÎtal General, los de Antôn Martin y las comunidades religiosas... ; la cruz de Santa Maria de la Almudena, la del Hospital General de la corte; la clerecia en medio de las ôrdenes militares de Alcântara, Calatrava y Santiago, con mantos capitulares; al lado derecho, el Consejo de Indias, el de Aragôn, el de Portugal, el Supremo de Castilla; y al izquierdo, el de Hacienda, el de Ordenes, el de la Inquisiciôn, el de Italia, el Cabildo de la Clerecia, veinticuatro sacerdotes revestidos con incensarios, la capilla real con su guiôn, el arzobispo de Santiago de pontifical, los pajes del* rey con hachas, las andas del Santisimo, la villa con el palio, el rey, el principe al lado izquierdo, un poco detrás el cardenal Zapata al derecho, el cardenal Spinola al lado, el nuncio en medio de los dos, el obispo de Pamplona detrás, el inquisidor general, el patriarca de las Indias, el embajador de Francia, el de Venecia, el de Inglaterra, el de Alemania, el conde-duque de Olivares, los grandes cCrca de la persona del rey, los titulos y señores de tropas en medio de la procesiôn, las dos guardias espanola y tudesca a los lados, y atrás toda la guardia de arcabuceros» (cf. Valerio SerrA y Boldù,

CORPUS CHRISTI

C) Los «seises» de la catedral de Sevilla

a) Su HISTORIA

«Tres años antes de la bula de Urbano VI, en 1261, se había establecido en Sevilla la institución de los mozos, o niños de coro, encargados de cantar las preces en los oficios de culto... Es probable que en el siglo XIV iniciaran sus danzas ante el Santísimo. La primera noticia sobresa danzas data de 1508. Según parece, durante el siglo XVI bailaban ante la catedral y los cabildos, en el trascoro, al pasar la procesión ante la Audiencia y alguna vez en el Colegio del Salvador. Durante el siglo XVII la fama de los niños cantorcos se extendió por toda España y su institución fué copiada por otras catedrales».

b) SU SAGRADA DANZA

◆El escenario de esta singularísima coreografía catedralicia se reduce a una pequeña meseta, al pie de la escalinata del altar, limitada por dos bancas separadas entre sí por otras dos, que cierran geométricamente un espacio a modo de paralelogramo. Los diez niños se reparten en dos asientos perpendiculares al altar. Llegado el momento que marcan los compases orquestales, los «seises* se ponen de pie para iniciar la danza, que consta de tres movimientos. La salida se parece a la seguidilla, si bien los danzarines nunca elevan los brazos, sino que permanecen con ellos caldos, en actitud de naturalidad como reverencia a la majestad de Dios. El ritmo del baile viene impuesto por la música, pero nunca se altera la clásica y religiosa serenidad de los gestos y ademanes. Así, en lugar del salto, obligado en otras danzas, los «seises» se limitan a levantarse sobre la punta de los pies, con lo que resulta—en frase de La Rosa—«una especie de andar muy acentuado y uniforme, que en nada se asemeja a la saltación de la danza profana».

Es curiosa la nomenclatura de las figuras coreográficas, cada una adaptada a la correspondiente duración temporal: cadena grande o doble, cadena chica o sencilla, calado de a ocho con dos eses, calado de a ocho sencillo, calado de seis sencillo, calado de a diez sencillo, cruz palmada, cruz de frente, sea grande o doble y alas. Parece que los nombres saben a orfebrería o a bordado antiguo sobre ricas telas. Ninguna «sema» de las que solían resumir la evolución coreográfica en la tragedia griega podría superar tan fina belleza geométrica, tan elegante composición escultural en el tablado de la danza. Y es que a la mera concepción helénica del arte de Terpsicore como la figura humana en movimiento, sin más valoración que la plástica antropológica, se ha impuesto otra belleza más pura: la gracia cismática de la corporeidad, pero supeditada reverencialmente a la adoración de Dios.

La cadena grande o doble, y la chica o sencilla, se diferencian en el número de danzantes. En ambas—como puede deducirse de su nombre—los movimientos de los «seises* tienden a formar un círculo que se deshace apenas se cierra. Los calados se distinguen unos de otros en el número de niños que intervienen y en otros detalles más complejos. El llamado de a diez sencillo se emplea cuando el baile termina antes que el canto. Entonces, para evitar que los «seises» se queden en pie en actitud de reposo, se recurre a esta sencilla figura, por la que divididos en dos filas de a cinco muchachos cada una, ambas hileras se dirigen al centro y allí se calan, volviendo después los niños a su punto de partida. En la cruz palmada los «seises* se sitúan delineando con sus cuerpos el símbolo de la nuestra redención.

La ese grande o doble se forma con dos escs de cinco nifios cada una. Las alas constituyen otro recurso como el calado de a diez.

La peregrina belleza de esta danza sagrada llega a ser aun mäs relevante y cautivadora con la airosa gallardia de la proverbial indumentaria. Los «seises» bailaban en un principio vestidos de ângeles, con vaquero sin mangas, zaragüelles moriscos, alas doradas pegadas a la cspalda, borceguies argentados y una guirnalda de flores en la cabeza. En 1548 los nirtos figuraron en un baile con vestiduras de peregrinos. Diez anos después lucieron trajes de pastorcillos. Hoy lucen los «seises» la misma indumentaria que hace un siglo: el sombrero chambergo, con el ala delantera levantada y galôn y botones de oro, con plumas blancas y granas, segûn la festividad; el vaquero de damasco carmesi o celeste con listas verticales doradas y mangas de damasco bianco con galones horizontales; el calzôn también de damasco del mismo color con rosetas carmesi o celeste. Las medias y el lazo de los zapatos varia segûn la festividad. Cruza el pecho una banda de albo tafetân con flecos de oro en las puntas, asi como de la espalda penden dos cintas Hamadas aletas que terminan a la altura de la mitad de la pierna. Y en las manos las castanuelas o crôtalos, para acompasar el son del baile* (cf. Luts Ortiz Munoz, *Sevilla en fiestas* [Madrid 1948] p. 160-163).

D) La procesiôn valenciana

♦A las cinco de la manana empiezan a marchar dos reyes de armas con cota y demas vestiduras de ceremonia, tejidas de seda amarilla y colorada, con barbas largas, peluca blanca y corona, llevando los guiones del blasôn de la ciudad. Vienen luego seis enanos bailando al son del tamboril y de la dulzaina; tras éstos descuellan ocho gigantes, engalanados rica y pomposamente, que, a pesar de su elevaciôn, danzan y saludan con mucha ligereza.

a) Los GREMIOS

Siguen tras los gigantes los individuos de los gremios con ciriales, llevando cada cual en ricas andas las imâgenes de sus santos titulares. El orden de precedencia se ha variado algunas veces; pero el de antigüedad, que debe observarse y que regularmente se ha observado, es el siguiente: 1.º, los enjalmeros llevando a San Antonio Abad; 2.º, los cajeros, a San José, conducido por cuatro vistosos volantes; 3.º, cesteros y peñeros, a San Juliân Obispo; 4.º, los trajineros, con una danza de pastorcillos, a la Virgen en acciôn de huir a Egipto con su Hijo y esposo; 5.º, los caldereros, a San Juan Evangelista en el martirio de la tina; 6.º, los colchoneros, a Nuestra Senora de las Nieves; 7.º, los corredores de cuello, a Nuestra Senora de la Piedad; 8.º, los roperos, a San Juan Apôstol; 9.º, los guanteros, a San Bartolomé Apôstol; 10, los oficiales y maestros homeros, con mùsica y acompafiados de una danza de cingaros, de los representantes de Adân y Eva y de la serpiente que los enganô, de los discipulos del Sertor en la milagrosa multiplicaciôn de los panes y de los peces y de un bellissimo nino guiando un cordero adornado con cintas, simbolo del Bautista, llevan la custodia de Nuestra Senora de la Merced, y ademäs, en un rico tabernaculo, al Salvador del mundo en ademân de instituir el sacramento del altar; 11, los coitantes, que en funciones pûblicas de esta especie a nadie ceden en ostentaciôn y lucimiento, llevan, con acompanamiento de mùsica, en dos preciosas andas a los Patronos de la ciudad. San Vicente Ferrer y Nuestra Senora de

Desamparados; 12, los molineros, con agradable danza de ângeles, a Nuestra Senora del Consuelo, Hamada la Morenila; 13. los alpargateros, a San Onofre; 14. los zurradores, a San Juan Bautista; 15, los sogueros, al mismo Santo y a Nuestra Senora de los Desamparados; 16, los guarnicioneros, a San Sébastian; 17, los herreros, a San Eloy Obispo; 18, el gremio de cerrajeros, hojalateros, escopeteros y anzuelcros, con una danza, a Santa Lucia; 19, los armeros, a San Martin; 20, los oficiales carpinteros, al Nino Jesús en andas bellisimas, y los maestros, en otra menos rica, a su Patrono San José; 21, los zapateros, con música y con el guiôn de los Santos Crispin y Crispiniano, adorando al Santisimo Sacramento, a San Francisco de Asis; 22, los sastres, con danza, a San Vicente Mártir; 23, los curtidores, en rica andaja, al Santisimo Sacramento, en recuerdo de que lo reâcataron a los moros que lo habian robado en Torreblanca: 24, los pelayres, con la danza de los monos, a la Santisima Trinidad.

b) Figuras simbólicas

Inmediatamente detrás de los gremios vienen cuatro matronas, figurando las heroínas Abigail, Ester, Judit y Rut. A estas cuatro matronas siguen diferentes personajes, como Melquisedec, Isaac, Josué, Gedeôn, Caleb y otros, y para mayor expresión llevan algunos simbolos, como son: los panes de promisión, los racimos de la tierra prometida y otras figuras del Pan eucaristico. Ocupa el ultimo lugar Noé, con la paloma. A estos héroes siguen doce personajes que representan los apóstoles. Suenan los timbales y clarines, ricamente adornados con el blason e insignia de la ciudad, como manifestando que hasta aqui pertenecen las funciones al brazo secular y empiezan las del eclesiástico, y por éste sigue inmediatamente el portero de la iglesia mayor, con bordón para el despejo, seguido del diácono, con la cruz parroquial de San Pedro. Hasta este momento no se oye más que un repique general de campanas; mas luego que la dicha cruz sale, despliegan en vuelo general las de la Seo y las de todas las iglesias de la ciudad. A la cruz de San Pedro sigue el clero regular, a cuyos individuos, asi como a los del secular, al tiempo de ingreso en el coro, se les entrega un cirio de media libra de peso, pero sin carga de devolver lo sobrante, costeándolo todo la ciudad. Lleva cada comunidad sus hermosas andas con la imagen de su Patron, y solamente en esta procesión general se concede a las comunidades regulares el privilegio de llevar preste con capa pluvial y asistencia de dos ministros con dalmáticas.

Sigue el nuncio, vestido de oficio y con bordón en la mano. A continuación del nuncio, el clero secular, cuyos individuos, revestidos con roquetes y capas pluviales de tafetán blanco, forman un acompañamiento majestuoso. No llevan preste en esta procesión, porque oficia por todos generalmente su prelado superior inmediato, pero llevan levantadas cada clero sus grandes cruces parroquiales.

Después de este acompañamiento viene un personaje con cota y tunicela de tafetán amarillo y Colorado, peluca y barbas blancas y corona en la cabeza, embrazando la adarga de las armas de la ciudad. Siguen después los evangelistas, que vienen figurados en los personajes siguientes: el primero, vestido del mismo modo y con cara de ângel, figura a San Mateo, y el guiôn que lleva en la mano denota la primacia en antigüedad de este evangelista; el segundo, con cabeza de león, figura a San Marcos; el tercero, con cabeza de buey, a San Lucas; San Juan, que como âguila se remontó y acercó más a la divinidad, viene después y más inmediato al Sacramento. El gallardo mancebo que sigue, con cota azul y alas de ângel y estandarte en la mano

derecha, conduciendo a un joven con un pez, significa a San Rafael en el acto de acompafiar a Tobias el joven.

Luego se presenta el ministro pertiguero del ilustre Cabildo, con el cetro para el despeje, y tras él un diácono con cruz de la catedral, en medio de dos velas montadas en riquisimos candelabros.

Después del diácono siguen los ministriles de la ilustre ciudad, vestidos de grana, con galones de piata, sonando sus instrumentos.

c) Las âguilas

Sigue la clerecia de la iglesia metropolitana, y entre su respetable cuerpo van très grandes y bellisimas âguilas, vistosâmente escamadas de oropei, llevando de ala a ala, sostenido dei pico, el mote «In principium erat Verbum et Verbum erat apud Deum».

Siguen dos ninos adornados con sendas tûnicas blancas, encajes, cintas y coronas de flores, conduciendo a cuatro ciegos vestidos con albas, que van tanendo la citara, el arpa y otros instrumentos de cuerda. A éstos precede un magnifico tabernâculo con la imagen de San Vicente Ferrer.

Aparece luego la segunda âguila, y tras ella la grandiosa y preciosisima custodia de plata, al estilo moderno, con la imagen de San Vicente Ferrer. Sigue un venerable anciano con diadema dorada en la cabeza, peluca y barba blancas, revestido con alba y estola, llevando en las manos el libro sagrado y una palma de oro sobre el pecho: simboliza a San Juan, autor del Apocalipsis. Acompaña al anciano un ângel con la cabeza cenida de flores, vestido de talar carmesi, con valona de encaje y llevando en la mano una gran palma adomada de bellisimas flores. Sigue la tercera âguila, y tras ella vienen veinticuatro ancianos con peluca y barbas blancas, coronados y vestidos con albas, sosteniendo un carcaj con blandbnes albos y muy gruesos, de ochenta y très libras, adornados de raso de color de fuego y plata, a la antigua espaôola, con espada y daga; très de ellos llevan, en hermosos jarros, racimos de uvas, y los otros très, espigas de trigo, simbolo de las especies sacramentales.

d) Su Divina Majestad

Dos beneficiados de la misma catedral, con ricas dalmâticas, ofrecen al Señor el incienso. El majestuoso palio, de riquisimo brocado, que cobija a Su Divina Majestad, y que de antemano estâ arrimado al pûlpito de San Vicente Ferrer, es conducido por los maceros de la ciudad al pie del presbiterio, donde el regente del ceremonial debe asignar las varas a los sujetos que por cartas reales y por costumbre antigua deben servirle. Detrâs del tabernâculo va de preste, entre cuatro seriores canônigos revestidos con dalmâticas, el ilustrisimo señor arzobispo, a quien siguen sus capellanes de honor, con la mitra, y sus pajes, con almohada y sillôn de terciopelo.

Siguen después los vergueros de la ciudad con las antiguas varas del oficio, de las que ûnicamente en esta solemnidad hacen uso para avisar que nadie se mantenga cubierto delante del Santisimo Sacramento. Presiden todas las autoridades y cierra la comitiva una compania de granaderos» (cf. Valerio Serra Boldù, o.c., p.558-563).

En reladôn con la fiesta del «Corpus», Espana posée el tesoro de sus autos sacramentales, verdadera innovaciôn de nuestra escena nacional. Véase lo que sobre ellos dice Menéndez Pelayo (cf. *Estudios y discursos de critica histôrica y literaria* (ed. C. S. de I. C., 1941] t.3 p.138-139).

•La fiesta del Corpus no tué tenta, sino nias bien pretexto, ocasiôn o motivo para que los autos se escribiesen. Debo anadir que las representaciones sagradas, que durante la Edad Media se verificaron constantemente en el templo y por actores clérigos, en el siglo XVI salieron del todo a la calle y a la plaza pùblica, cayendo, lo mismo que todas las demas formas escénicas, en manos de faisantes e histriones pagados para este fin.

Tan católico es en la esencia nuestro teatro antes como después de esta transfomtaciôn, y anima a todos los autos sacramentales un enérgico espíritu de oposiciôn a la Reforma en el tema de la presencia sacramental, bârbaramente negada por Carlostadio y otros herejes del Norte; pero también es cierto que la verdadera reforma de las costumbres y de la disciplina hecha dentro de la Iglesia romana (en Espana muy pronto), y extendida a toda la cristiandad por el concilio de Trento y por varios pontifices, destrerrô del templo ciertas expansiones de la devociôn, antes licitas y ya ocasionadas y peligrosas, y fué causa de que las representaciones sagradas, que ya no se veian con los ojos de otras edades, saliesen del recinto dei templo (en el que hasta entonces se habian albergado) y entrasen en el tumulto y agitaciôn de la plaza pùblica y de los corrales o teatros dispuestos al efecto.

Los autos sacramentales fueron ejecutados ante muy heterogéneo auditorio, desde aquéllos vislumbres o gérmenes de companias Hamadas *bululù* y *fiaque* (como las describe Agustin de Rojas en su *Viaje entretenidoj*, que por lugarejos oscurisimos representaban *La oveja perdida* y otros autos de Juan de Timoneda, de tan sencilla estructura que no requerian mäs que très o cuatro personajes, hasta la complicadisima y ostentosa *mise en scène* de los autos de Calderon, ejecutados en el siglo XVII en la plaza Mayor ante los Consejos, ante el rey y ante todo el pueblo de Madrid congregado.

Parece que los autos sacramentales nunca fueron representados sino a la luz del dia; es mäs: no se los concibe aprisionadôs en las condiciones materiales de un teatro modemo. Requieren la luz y el aire libre, y una escena tan ideal y fantâstica como fantástico e ideal es el drama místico, y tal que rompe todos los limites y condiciones ordinarias del teatro. Es el auto representaciôn de lo sobrenatural y de lo intangible, de la alegría y del misterio y vana empresa seria encerrar las abstracciones bajo techo, encadenarlas entre bastidores y cortinas o alumbrarlas con la tibia luz de las candilejas.

He dicho que entre los autos sacramentales anteriores a Lope, e igualmente olvidados en gran parte, pueden encontrarse rasgos de tal sencillez y tan honda ternura como a duras penas se hallan en el drama profano del mismo tiempo. Imposable seria encontrar en la mayor de las comedias, far-sas y tragedias de aquel periodo nada que se acerque por ejemplo a un olvidado auto de *Las Donas*, de autor anônimo, en que Lâzaro va presentando a la Virgen Maria los instrumentos de la pasiôn de su Hijo*.

VIII. UNA LITURGIA EXCEPCIONAL

ins

«Existe en Valencia una iglesia especial que tiene una fundaciôn debida al venerable patriarca D. Juan de Ribera, quien se propuso instituir un colegio y un templo en el cual se diese al culto divino, y en especial al Santisimo Sacramento, toda la veneraciôn y esplendor posible. Es la iglesia Hamada del Patriarca o del «Corpus Christi».

En todas las misas que se celebran en este templo sale de la sacristia, a una senal dada, un monaguillo que inciensa durante el tiempo de la elevaciôn, encendiéndose al mismo tiempo hasta la consumaciôn otras dos velas. Pero la funciôn característica de esta iglesia es la de todos los jueves, que se dedican a honrar al Santisimo Sacramento. Después de una misa muy solemne, cantada a coros, se cantan sexta y nona con toda pausa, y durante estas se celebra la ceremonia, bien original por cierto, del ofrecimiento de ramos. Sale de la sacristia una procesiôn, precedida de la cruz arzobispal, esto es, de dos travesanos, del pertiguero y monaguillos; siguen seis sacerdotes con grandes ramos de flores artificiales, sujetos a un jarrôn de madera o metal, y vienen detrâs seis sacristanes con otros ramilletes, aunque algo mâs pequeûos. Al llegar al pie del presbiterio hacen muy acompasadamente y con movimientos uniformes très genuflexiones y otros tantos saludos al Santisimo Sacramento, levantando los ramos en alto e inclinândolos profundamentejacia delante. Suben luego al presbiterio, donde, después de repetir la misma ceremonia, un sacerdote recibe los ramos y deposita los seis mayores en la mesa del altar, y los seis menores en las gradas que suben a él. Con este ofrecimiento coincide la terminaciôn del rezo, después del cual sale el resto del clero para la reserva, o mejor dicho, para la ocultaciôn del Santisimo Sacramento, pues la reserva solemne se hace después del rezo de la tarde. Inciensan los cuatro prestes con sendos incensarios, mientras uno de ellos repite nueve veces, con acompanamiento suave de ôrgano: Alabado sea el Santisimo Sacramento». Después tira de un cordon que hace caer una rica cortina, tras la cual queda oculta la custodia; y asi permanece hasta principiar el rezo solemne de la tarde, en que vuelve a descubrirse» (cf. Valerio SerrA y Boldù, o.c., p.565-566).

nr

IX. ARTE EUCARISTICO

El arte universal ha plasmado en centenares de cuadros los prodigios de la Eucaristia y ha creado con los metales preciosos las custodias o relicarios de la majestad de Dios. No cabe en estas paginas la descripciôn de taies maravillas. Pero es imprescindible a lo menos aludir a una genial obra maestro del arte de todos los siglos, a saber, la famosa «Disputa del Santisimo Sacramento», de Rafael, joya dei Vaticano.

«El maravilloso fresco que Rafael pintô en la estancia «délia Segnatura» dei Vaticano, frente a la Escuela de Atenas, se titula comünmente la «Disputa dei Sacramento».

Entre la Iglesia triunfante y la Iglesia militimte aparece el Espiritu Santo, circundado por cuatro ângeles, en sustituciôn de los animales que simbolizan los cuatro evangelistas, los cuales despliegan los libros de los Evangelios. La figura del Espiritu Santo expresa que a El se adscribe congruentemente la admirable transubstanciaciôn cucaristica, la cual en

cierto modo es una continuaci3n de la encarnaci3n. En la parte m3s alta aparece Cristo Redentor y por encima el Eterno Padre. En torno a Cristo, la Virgen, San Juan, los ap3stoles, los padres del Antiguo Testamento y otros santos.

Sobre el plano terreno, entre la Iglesia triunfante y la militante, figura el Santisimo, como divina senal que une las dos Iglesias y augusto vinculo entre la tierra y el cielo. Como el Santisimo es el centro del culto y del pensamiento cat3lico, por eso ocupa el centro de la composici3n, en linea vertical con el Espiritu Santo, el Redentor y el Padre Eterno...

Los Padres de la Iglesia, los papas, los obispos, los santos, no disputan aqui poniendo en duda la presencia real de Cristo en la Eucaristia, sino que todos en ideal y animada conversaci3n celebran la verdad del santo misterio, defendiéndole contra los errores heréticos. «Cielo y tierra se reúnen —dice Pastor (cf. *Storia dei Papi* v.3 c.io, Roma 1912)—para glorificar la suprema de las maravillas, la m3s gran obra de amor del Redentor del mundo. Un «Tantum ergo» único resuena en los oidos de quien contempla esta sublime composici3n. Abajo est3 la fe, en lo alto la visi3n». El pensamiento de Rafael es no s3lo profundamente teol3gico, sino tambi3n liturgico, esto es, se relaciona con el culto eucaristico, por el cual la Iglesia reconoce en la Eucaristia el sacramento y el sacrificio...

Los personajes del piano celestial, que se asientan sobre las nubes en semicirculo, donde alternan los del Nuevo y del Antiguo Testamento, pueden f3cilmente identificarse por sus simbolos: patriarcas, ap3stoles, misticos, confesores (San Pedro, Ad3n, David, San Esteban, Mois3s, San Pablo, etc.). Es m3s difícil distinguir a los personajes del plano terreno. Los principales, sin embargo, fueron indicados por el mismo Rafael; los otros, en gran parte, representan la jerarquia eclesi3stica y la multitud de los fieles; y probablemente el propio Rafael no tuvo otro pensamiento que dar actitudes de vida y gracia a gen3ricos grupos. Alguien pretende encontrar un retrato. Nada m3s natural, pero es un detalle puramente pict3rico.

Los personajes indicados por Rafael son, a la derecha del espectador, los doctores de la Iglesia San Ambrosio, San Agustin, Santo Tom3s, San Buenaventura, dos papas, Dante y los fieles; a la izquierda, San Jer3nimo, San Gregorio Magno, tres obispos y fieles. Entre San Ambrosio y el altar hay un personaje vestido como un fil3sofo. Levanta el brazo y dice al santo Doctor algo muy importante, porque San Ambrosio, visiblemente conmovido, eleva los ojos y alarga las manos en un gesto de asombro. Se ha querido ver en esta figura a San Justino. Pero el personaje no tiene ni aureola de santo ni palma de m3rtir. A esto se responde diciendo que Rafael quiso representar simplemente al fil3sofo laico. Si la individuaci3n no es cierta, si lo parece, en cambio, el significado del personaje, que con el gesto une el plano inferior y el superior, como diciendo que en la Eucaristia est3 el mismo Redentor que se ve en la gloria.

El pontifice que aparece entre Santo Tom3s y San Buenaventura podria ser Urbano IV, que instituy3 la fiesta del «Corpus» y encarg3 al Doctor Angelico el oficio divino. Pero otros prefieren suponer que se trata de Inocencio III, quien escribi3 maravillas sobre la santa misa. Contra estas dos interpretaciones est3 el hecho de que la figura lleva la palma del martirio, por lo que se ha creido que en homenaje a Sixto IV se representa uno de los dos primeros Sixtos. El otro pontifice, que descuella sobre el graderio inferior, es, seg3n Pastor, Sixto IV, tio de Julio II. Hay, sin embargo, quien prefiere a Eugenio IV, que convoc3 y presidio el concilio ecuménico de Florencia (1438-1445). Detrás del papa est3 el Dante, el autor dei divino poema, «en que han puesto sus manor el cielo y la tierra».

En la otra parte del altar, e« to es, «in cornu Evangelii», hay un sacerdote que habia animadamente con San Jerônimo. Este reclina la cabeza, en actitud pensativa, teniendo la Biblia sobre las rodillas. Se ha pensado que el tal sacerdote es Rufino Turannio, que fué amigo y colaborador del Santo y después adversario suyo en la cuestiôn del origenismo.

En fin, dice Pastor (cf. o.c., t.3 c.io): «Un elevado concepto desfila entre las incomparables creaciones del pintor de Urbino en el Vaticano: la grandeza y la majestad, la victoria y el triunfo de la Iglesia, de su ciencia y de su centro, el Papado; la admirable protecciôn que el mismo Dios otorga a los sucesores de aquel a quien confiriô su promesa: *Tû eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y no prevalecerdn las puertas del infierno...** (cf. Cardinal Celso Costantini, *Dio Nascosto* [Tumminelli, Roma 1944] p.352-361).

SECCION *IIII.* GUIGNES HOMILETICOS

SINOPSIS DE LOS GUIONES HOMILETICOS

La Sagrada Eucaristia:

- La Eucaristia y el Espiritu Santo (11).
- La Eucaristia y Maria (9).
- «¡Oh sagrado convite!» (4).
- ◆Recuérdase la memoria de su pasión» (5).
- ◆El alma se llena de gracia» (6).
- «Prenda de la gloria futura» (7).

La Eucaristia en la vida cristiana:

- El sacramento de nuestro consuelo (2).
- La Eucaristia, simbolo de unidad (3).
- La Eucaristia y la mortificación (8).
- La Eucaristia y la fortaleza (10).
- Las visitas al Santisimo (12).

La fiesta del Corpus:

- La procesión del Corpus (1).

La procesión del Corpus

1177 I. *Orientation.*

- A. Este guiñon litúrgico va encaminado únicamente a dar algunas ideas con las que puedan prepararse los fieles para sacar provecho de la procesión en orden a su vida espiritual. Todos los actos de culto que directamente van encaminados a Dios sirven también de provecho para las almas, en cuanto que son ocasión para que el alma cristiana ensalce a Dios y se una con El. Tal es el caso de las procesiones y en especial de la del Corpus.

1 Acerca dei sacramento de la Eucaristia pueden encontrarse varios guiones en *La palabra de Cristo*. Véanse los guiones 9-12 del domingo IV de Cuaresma en el volumen 3 p.695-706>; la fiesta del Corpus Christi en el volumen 5; y los guiones 13, 14 del domingo VI después de Pentecostá en el volumen 6 (p.333-339). No obstante, completaremos el elenco de guiones ya publicados con otros nuevos, por lo menos en cuanto a la forma, aun cuando muchas de las ideas serin repetición de las ya expuestas en otros lugares.

- B. Por falta de la adecuada preparaciôn suelen a veces ser las procesiones una exhibiciôn que tiene mucho de mundano y que se presencia con curiosidad mundana y nada mäs fijândose en lo accesorio y dejando lo principal. ¿Por qué, si no, se guarda tan poco silencio cuando en realidad debieran convertirse las calles en templos de adoraciôn?
- C. Por todo ello hemos juzgado de interés este guiôn, muy propio para ser predicado en la homilia del Corpus o en una breve alocuciôn antes de la procesiôn.

II. *Pasa el Señor.*

La liturgia y la piedad popular nos invitan a cantar al Santísimo Sacramento de la Eucaristia en el día del Corpus Christi.

- a) «*Canta, joh Siôn!, con voz solemne al que a redimirte viene, ci tu Rey, a tu Pastor*» (secuencia de la misa).
- b) «*Canta, lengua, el misterio del cuerpo glorioso y de la sangre preciosa*» («Pange lingua»).
- c) «*Cantemos al amor de los amores.*», «*Alabad al Señor*», «*Alabado sea el Santísimo*», etc.

Todos los días baja el Señor al altar; todos los días viene a nuestros corazones; todos los días lo tenemos escondido en el sagrario. Por ello hoy hemos de cantar himnos de gratitud y ofrecer y dar lo nuestro al que se diô totalmente. «Al nacer se diô como companero, en la Cena como alimento, al morir como precio y al reinar se da como premio» (himno «Verbum supernum»). Para que el cristiano tenga oportunidad de dedicarse a esta oraciôn de gratitud y rendir al mismo tiempo homenaje a Jesús sacramentado ha querido la Iglesia mandar la solemne procesiôn propia de este día. Pasa el Señor por las calles de las ciudades y aldeas, por los montes y los valles; y dondequiera que haya un sagrario y un racimo de hombres, allí saldrâ el Señor. Pasa humilde como cuando entré en Jerusalén bajo la Hostia blanca de la custodia dorada. El mismo Cristo que está en los cielos, triunfador y glorioso como allí, sólo que oculto, pasa por nuestras calles en el día del Corpus Christi.

III. *El honienaje exterior.*

En torno a esta procesiôn del Santísimo, ya en este día del Corpus Christi, ya también en congresos eucarísticos se han dado las mäs bellas manifestaciones de fe. Se cnjalbegan las casas, se alfombran las calles, se ador-

- nan los balcones, etc. Junto al Santísimo, flores, cantos e inciensos. Lo mismo que un templo.
- B. Son detalles exteriores del homenaje que el pueblo creyente tributa a su Dios. Los fieles confiesan y aclaman como Rey de los cielos y tierra a Jesûs-Eucaristia. «Honor y gloria a Ti, Rey de la gloria. Amor por siempre a Ti, Dios del amor».
- C. En Friburgo de Suiza se ponen ârboles jôvenes, introducido el tronco en caldero lleno de agua, a la puerta de todas las casas. Los días anteriores al Corpus llegan a la ciudad camiones cargados de ârboles jôvenes y se establece en las principales plazas de la ciudad este singular mercado. Se les introducía en agua para que conservaran su frescura durante toda la octava (hoy suprimida). La procesiôn no se regula por campanas. Da las ôrdenes oportunas un soldado desde lo alto de la torre de la catedral con disparos de revôlver. El tiro de revolver es «amplificado» por un disparo de canon, para que toda la ciudad se entere de la orden transmitida por el soldado.

1180 IV. *Nuestro homenaje interior.*

- A. Todo lo exterior del Corpus Christi, con ser grandioso, es, sin embargo, medio y ayuda para el homenaje interior, que no puede faltar, porque sin él lo exterior carece de valor. Ni ha de ser tampoco la procesiôn acto de puro sentimentalismo. Tiene que ser mâs bien la gran ocasiôn para elevar nuestro corazôn a Dios y rendirle un sincero homenaje interior, que consistirá en adoraciôn, gratitud, expiaciôn y peticiôn.
- B. Adoraciôn. Lo mismo que los ângeles en el cielo, al mirar la Hostia blanca hemos de adorar la majestad del Dios très veces santo aclamado por los querubines y serafines. Del fondo de nuestro corazôn debe subir al cielo para unirse con los coros angélicos el «Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos; llenos estân los cielos y la tierra de vuestra gloria».
- C. Gratitud. Hemos de tener présente que el sacramento de la Eucaristia es como si dijéramos el seûelo que atrae a Dios sobre la tierra y sobre cada una de nuestras aimas. Debemos rendir gratitud a Jesucristo por las misas que oímos, por las veces que viene a nuestro corazôn como alimento, por las oraciones que desde el sagrario eleva a Dios por nosotros. Pero, además, en tomo a Jesucristo sacramentado debe volcarse nuestro corazôn en un himno de acciôn de gracias por todos los beneficios que de una u otra manera nos hace Dios y que se deben a la Eucaristia.

- D. Expiaciôn. Es día de consolar al Seftor y reparar por todos nuestros pecados, particularmente por todas las profanaciones y sacrilegios que se cometen contra el Sacramento del Amor.
- E. Peticiôn. La procesiôn es el gran momento para desgranar ante el Señor nuestras peticiones e impetrar de El beneficios tanto espirituales como materiales.

V. *Modo prâctico de aprovechar la procesiôn.*

1181

- A. Cuando caminéis acompañando a la Custodia, hacedlo como aquel pueblo sencillo que acompañaba a Jesucristo en los días de su vida mortal, como las turbas que seguían al Maestro y se agrupaban en torno suyo.
- B. Los que contemplâis desde las calles el paso de la procesiôn, hacedlo en silencio, manifestando en vuestra postura exterior la actitud profundamente espiritual de vuestra aima.
- C. Unos y otros ofreciéndoo a Jesucristo en este día, porque no hay ofrenda tan grata al Señor como la de nosotros mismos. Si amor con amor se paga, al amor de Jesucristo, que se entregô en la Eucaristia, debe corresponder nuestro amor entregândonos sin límites ni reservas a cumplir su voluntad.
- D. Finalmente, cuando el Señor se detiene en los altares-levantados en el recorrido, brote de vuestros corazones las palabras con que termina la secuencia de la misa:

«Buen Pastor, Jesûs clemente,
tu manjar de gracia fuente,
nos proteja y apaciente,
y en la alta regiôn viviente,
haznos ver tu gloria, job Dios!
Tû, el poder, la ciencia tienes,
tû mortales nos sostienes,
por comensales perennes,
al festin de eternos bienes,
con tus santos llâmanos. Amén. Aleluya».

El sacramento de nuestro consuelo

I. «Estoy con vosotros».

U8*

u.ñ.

- A. Al despedirse el Señor antes de subir a los cielos decía a los apôstoles: «Yo estaré con vosotros hasta la consumaciôn de los siglos» (Mt. 28,20).

Con nosotros, desterrados en el valle de lagrimas. Cristo en medio de nosotros velado por los accidentes blancos del pan es consuelo y alegría. Cada sagrario inunda nuestra aima de júbilo como esta fiesta del Corpus Christi, como el Cenáculo en la tarde de resurrección.

1183 II. *La tristeza.*

Es patrimonio de todos los mortales. «Es humano que la tristeza afecte al corazón» (cf. Santo Tomás, véase domingo IV de Resurrección).

B. Particularmente en nuestros días el mundo se presenta triste.

- a) *Un mal, una tribulation cualquiera causa abatimiento en nuestro espíritu flaco. Esto es la tristeza.*
- b) *Hay que combatirla, porque absorbe energías espirituales que deben emplearse para el bien. *Que la tristeza se apodere del corazón es vicioso, porque puede perturbar el uso de la razón* (cf. Santo Tomás, Le.).*

1181 III. *Remedies ineficaces y el unico consuelo.*

Es un fenómeno psicológico y una reacción natural del corazón oprimido por la tristeza buscar alivio y consuelo.

B. Con frecuencia nos equivocamos.

- a) *Se busca en las creaturas: amigos, diversiones, etc. Ciertamente que algunas dan consuelo. Mas es pasajero y apegarse a él es preparar nuevas lagrimas para el mañana.*
- b) *El unico consuelo esta en Dios y en su posesión. Por eso en el cielo, según el Apocalipsis, no habrá dolor ni llanto ni lagrimas.*
- c) *En la tierra, en tanta viviremos consolados en cuanto estemos unidos con Dios. Por eso, los santos son los seres más felices.*

1185 IV. *La Eucaristia, consuelo.*

Como la Eucaristia nos da a Dios, por eso la Eucaristia es consuelo.

Dos aspectos de la Eucaristia son particularmente consoladores.

- a) *En cuanto sacrificio. Nos recuera las horas tristes de Jesucristo y nos impulsa a abrazarnos con el dolor y con el trabajo de nuestra vida, viendo en ellos la verdad, que no es otra sino la conformidad con la voluntad de Dios.*
- b) *En la Eucaristia Jesucristo está como amigo. El amigo, según Santo Tomás, es, juntamente con la contemplation de la verdad, el verdadero consuelo, porque cuando uno está triste parece que liera una cuesta, y si tiene un amigo verdadero al que tumunicar su tristeza parece que alivia el peso (cf. Santo Tomás, domingo IV de Resurrección).*

V. *Absurdo de aimas buenas.*

118«

- A. Una de las tentaciones que hay que prévenir es el desaliento o decaimiento que, brotando de la tristeza, puede oscurecer la fe.

Se oye de labios de aimas espirituales: «Se me quitan los deseos de toda vida de piedad.*

- b) *Sin llegar a esto, puede el demonio enganar a las aimas con una frialdad o sequedad, que, aparte de la comuniôn, encierre al aima en si misma, haciéndola ver que en esos momentos de tristeza preferible es no hacer nada que no hacerlo bien.*

- B. El Señor sabe perfectamente lo que es la tristeza. El la paso primero. No pretende elevaciones espirituales. Las aimas tienen que pasar su Getsemani. Sin embargo, lo mismo que El hizo en esos momentos debemos buscar todos, esto es, a Dios, a Jesucristo, a la Eucaristia.

VI. *Para nuestro consuelo.*

1187

- A. Sobre cada uno de nuestros sagrarios o de nuestros altares pudieran escribirse estas palabras: "Para nuestro consuelo».
- B. En las horas de tristeza acudamos alli. Particularmente en la fiesta del Corpus Christi que pidan las aimas tristes o afligidas al Señor el consuelo en la tribulaciôn.

La Eucaristia, simbolo de unidad

I. *La fiesta del Corpus Christi.*

1188

- A. Esta fiesta nos invita a cantar la misericordia y generosidad de Cristo, que nos amô hasta el fin, dando su cuerpo como comida de nuestra vida. Nos brinda, ademâs, ocasiôn para meditar en las grandes verdades del cristianismo, a fin de sacar lecciones para nuestro progreso espiritual.
- B. Una de estas grandes verdades esenciales en el cristianismo es la unidad de todos y la consiguiente caridad, aglutinante de la union. La Eucaristia produce la unidad, segùn las palabras dei himno: «Manducat Dominum, pauper, servus et humilis».

1 Cf. el guiôn 9 del domingo IV de Cuaresma, *La palabra de Cristo* t.3 P-&95.

1189 II. *Dos realidades distintas.*

Una, la que Cristo quiere conseguir, según lo manifestó en su última cena:

- a) «No ruego sólo por estas, sino por cuantos han de creer en mí por su palabra. Para que todos sean uno como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros y el mundo crea que tú me has enviado*. Yo les he dado la gloria que tú me diste, a fin de que sean uno como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí para que sean consumados en la unidad* (Jo. 17,20-23).
- b) Los primeros cristianos, según los Hechos de los Apóstoles, vivieron de esta realidad, puesto que de la muchedumbre de creyentes se formó **cor unum et anima una**. Es una de las predicationes más constantes en el apóstol San Pablo. Somos un cuerpo; tenemos una fe y un bautismo. Consecuencia de esta realidad ha de ser la unidad de todos. Lo mismo que los miembros del cuerpo siendo distintos se unen todos para la consecución de un mismo fin, así los cristianos deben ayudarse, amarse y unirse.

B. En contraste con esta primera realidad esta la realidad de nuestra vida.

Son muchos los pecados contra la caridad. Pecados que tienen gran trascendencia por ser contra el Cuerpo místico, ya que destruye una de sus características esenciales, cual es la unidad.

- b) Envidias, celos, juicios temerarios, murmuraciones, calumnias, etc., son tan frecuentes y extendidos como poco advertidos. Es cierto que en muchos casos no pasan de ser meros sentimientos que escapan al influjo de la voluntad; pero no menos cierto que en otros, por una deformación de conciencia muy atenta para otro género de pecados y muy negligente para estos, no se hace caso de la gravedad que entierran. Los pecados contra la caridad son mucho más graves que los pecados carnales.
- d) Lo más triste en esto es que son pecados de aïmas en apariencia espmtuales. Se presentan muy solapados, porque nuestro amor propio se encarga de justificarlos, como si fuera razón justa defensa cuando en realidad son falta de virtud. Las aïmas de verdadero espíritu son eminentemente caritativas.

1190 III. *La Eucaristia, simbolo de unidad.*

- A. Lo expresa San Agustín en las siguientes palabras: «Nuestro Señor ha puesto su cuerpo y sangre en estas cosas (el pan y el vino), que, de múltiples que son en sí, se reducen a una sola, porque el pan de muchos granos se hace una sola cosa; el vino se forma de muchos granos que hacen un solo licor, por lo cual dice además

(San Agustín): «¡Oh sacramento de piedad! ¡Oh signo de unidad! ¡Oh vínculo de caridad!» (3 q.79 a.i).

Las oraciones de la liturgia, v.gr., la secreta dei Corpus Christi: «*Te rogamus, Señor, que concedas propicio a tu Iglesia los dones de unidad, de paz, místicamente designados bajo las ofrendas que te hacemos». Lo mismo en la postcomunião de Resurrección, según la redacción primitiva, que dice: «Infúndenos, Señor, el espíritu de tu caridad para que por tu piedad hagas concordes a los que alimentaste de un mismo pan». Esta unidad se expresa y realiza particularmente en la misa y en la comunião.

- a) *La misa. La mezcla del agua y del vino es simbolo. En el agua esta representada la multitud de creyentes que se unen entre si y juntamente con Cristo. La paz, de la que decia San Agustín: «Grande, muy grande, este rito, porque designa la unión de todos. Lo que hace tu rostro hágase en tu interior, así como tu rostro se acerca al de tu hermano, que tu corazón viva unido al suyo»* (cf. «Serm.» 227: PL 38,1106).
- b) *La comunião. Al comulgar con Cristo comulgamos también con todos los miembros del Cuerpo místico. «Esto que recibis en la Eucaristia sois vosotros mismos con Cristo»* (cf. San Agustín). *Y el Beato Avila: «La division de Addn viene porque de él toma cada uno su carne. La unidad, ¿de donde? De la carne de Cristo. No hay más que una carne aquí... Sois muchos; tenéis muchas carnes; yo os daré una carta sola y seréis más fuerte carne y seréis uno. Esto es comulgar»* (cf. Serm. ST- BAC, Obras t.2 p.906).

IV. Perdón y caridad antes de comulgar.

- A. Al pie del altar, en la misa y en la comunião, depongan todos los odios, rencores, desavenencias, envidias, etc.
- B. Más aún, acérquese cada cual al Sacramento del Amor con el proposito de ser caritativo en las palabras, en la ayuda al hermano y en la predilección especial, tanto afectiva como efectiva, a los pobres, humildes y necesitados.

CORPUS CHRISTI

¡Oh sagrado convite!»

1192 *convite divino.*

Tanto en las Sagradas Escrituras como en los Santos Padres una de las expresiones más frecuentes es la que presenta la Eucaristia como alimento o comida. En las Escrituras, a través de todo el capítulo 6 de San Juan, donde se nos dice: «Mi carne es comida», «el que come de mi carne», «si no coméis de mi carne», «el que me come». En los Padres son frecuentes las siguientes formulas: «Tomad del banquete dei altar santo», «comed el cuerpo dei Hijo de Dios» f«manducare, edere, comedere, sumere») (cf. *Textos eucarísticos primitivos*: BAC, t.2 p.948). La liturgia, eco de la Escritura y de la tradición, amplía en sus formulas de hoy esta misma idea.

1193 *Eucaristia nos transforma místicamente.*

Lo mismo que el alimento se convierte en nuestra vida, así nosotros al comer la Eucaristia somos transformados en Cristo. Esta idea la expresa San Efrén con estas palabras: «Te comemos, Señor, y te bebemos no para consumirte, sino para que vivamos de ti» (cf. San Efrén, tomado de la *Evolution mística*, P. Arinterio: BAC, p.296). El Catecismo Romano: «No se muda este sacramento en nuestra substancia, como el pan y el vino; pero nosotros nos convertimos y mudamos en su realeza».

11S4 III. *Nos transforma moralmente.*

Podemos precisar esta transformación moral diciendo que la influencia de la Eucaristia en nuestra vida espiritual es análoga a la dei alimento en la corporal.

B. Así la Eucaristia.

Sustenta y conserva en la vida espiritual del alma.

b) *Desarrolla progresivamente esta misma vida de forma que el alma va haciéndose mayor en la vida espiritual.*

Restaura las fuerzas que se pierden en la lucha diaria.

d) *Recrea y solaza, particularmente en los momentos de tribulación o angustia interior.*

1 Pueden consultarse el guión 10 del domingo IV de Cuaresma, t.3 de *La palabra de Cristo*, p.698, y el guión 13 del domingo VI de Pentecostés, t.6 p.333.

IV. *Tened los mismos sentimientos que Cristo Jesus.*

1195

- A. Necesitamos de la Eucaristia en lo espiritual lo mismo que dei alimento en lo corporal. No es una necesidad, como la del bautismo. Sin embargo, podemos decir que es absolutamente necesaria: «Si no corneis de mi carne no tendréis vida en vosotros* (cf. Santo Tomas, sec.4.°, domingo IV de Cuaresma, t.3 p.610 ss.).
- B. Nuestra vida de cristiano consiste en vivir interiormente de Cristo Jesûs, es decir, «tener los mismos sentimientos de Cristo» (Phil. 2,5). El cristianismo no es solamente un conjunto de prácticas exteriores. Es mucho más. Consiste en asimilarnos interiormente a Jesucristo y conformar nuestra vida y modo de obrar con su vida y modo de obrar. Para esto necesitamos de la comida eucaristica. Por eso el Senor decia: «Como yo vivo del Padre, asi el que me corne vivirá de Mi* (Io. 6,58).

iRecuérdase la memoria de su PasiônI. *Conmemoración de la Pasiôn.*

- A. En la fiesta del Corpus Christi debemos présentât la Eucaristia bajo todos los sublimes aspectos que contiene. Uno es el de recuerdo de la Pasiôn de Cristo.
 - a) *La liturgia nos lo enseña en el «O sacrum convivium!», en la colectay en otros lugares de la liturgia eucaristica.*
 - b) *Cristo mismo al instituir el Sacramento del Amor hace alusion a la Pasiôn «pro vobis datur», «pro vobis effunditur».*
- B. Por eso la Eucaristia ha sido instituida por Jesucristo bajo forma de sacrificio. «Ha querido Jesûs instituir la Eucaristia bajo forma de sacrificio para desahogarse en su amor, que, no pudiendo después de la resurrección estarse inmolando pasiblemente a diario y en cada momento por nosotros, ha hallado el medio de aplicarnos continuamente los méritos de su pasiôn y muerte, encargando a los sacerdotes que, hasta su venida final en el dia dei juicio, sin cesar lo ofreciesen incruentamente a Dios Padre en los altares por la salud dei mundo. Y no ha sido sólo eso. Como el acto que más impresion a al corazón humano y que mejor demuestra la caridad de Jesûs con los hombres es precisamente el misterio de su muerte en la cruz, por eso el Senor ha

dispuesto que la tal inmolación no fuese solamente un acto ocurrido en remotos siglos de la historia que ahora ya no despierte ninguna impresión profunda, sino que ha resuelto que pueda renovarse incesantemente sobre los altares el acto de su mayor caridad hacia las criaturas» (cf. Schuster, «Liber Sacramentorum» t.5 p.101, dominica I después de Pentecostes).

1197 II. *La santa misa.*

- A. Es la reproducción del mismo sacrificio de la cruz. Las diferencias son accidentales. En todas partes de la tierra, de oriente a occidente, se ofrece la Víctima divina bajo los accidentes de pan y vino. Y así en todos los rincones del mundo se opera la obra de nuestra redención.
- B. «Cuántas veces se celebra este sacrificio se realiza la obra de nuestra redención» (cf. secreta del domingo IX de Pentecostés).

1198 III. *Desviación de la piedad.*

- A. No se puede concebir una auténtica piedad sin la Eucaristía. Y, sin embargo, de hecho existen muchas almas que se forman a sí mismas una piedad sin la misa. Esta es la desviación.
- B. Existe una piedad eucarística marcadamente egoísta y sentimental. Para muchos devotos, que no dejan la comunión, apenas si tiene sentido la santa misa. Al comulgar lo hacen sin relacionar la comunión con el sacrificio. Es cierto que por causa justificada se puede comulgar antes o después de la misa e incluso separadamente de ella. Sin embargo, siempre que se comulga, la comunión, como tal, es participación en el sacrificio de la misa. De aquí que, según Pío XII en la *Mediator Dei*, lo más excelente sea comulgar dentro de la misa y, a ser posible, con formas consagradas en la misma misa.

1199 IV. *Comulgar con la Víctima.*

- A. Por tanto, al comulgar nos unimos a Jesucristo, Víctima. Cada comunión exige, pues, de nosotros una auténtica victimación. Todo el que comulga debe hacer suyas las palabras del Apóstol a los de Roma.

‘Os ruego, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, grata a Dios; este es vuestro culto racional (Rom. 12,1).

- b) ♦ Que no os conforméis a este siglo, sino que os transforméis por la renovación de la mente, para que procuréis conocer cuál es la voluntad de Dios, buena, grata (Rom. 12,2).

rar?

Poeas oraciones tan bellas para una acciôn de gracias como ésta: «Yo quiero, Seftor, desde ahora acabar con una vida terrestre, vida de vanidad y concupiscencia. No quiero ser yo quien viva en ml. Quiero convertirme en Ti. Que Tû vivas en mi y que pueda ser hostia y victima contigo y como Tû. Que a través de mi se manifieste tu victimaciôn. Que sea molido como el grano de trigo con la piedra de los deberes de mi estado de los sufrimientos providenciales, de las humillaciones, de los fracasos, de las negaciones y renunciass».

El alma se llena de gracia»

I. *Sacramento excelentissimo.*

1200

- A. Santo Tomâs, y con él todos los teólogos, consideran la Eucaristía el más excelente de los sacramentos. Entre otras razones, porque los otros dan la gracia, pero este al mismo autor de la gracia y con él todo género de bendiciones.
- B. En la colecta de la fiesta del Corpus, la peticiôn de «que sintamos constantemente el fruto de la redenciôn cuantos veneramos los misterios del cuerpo y sangre de Cristo» se refiere al fruto de purificaciôn y santidad, de gracia y virtud que brotô de la cruz y que percibimos hoy a través de la Eucaristía.
- C. Lo que la encamaciôn, dice Santo Tomâs, ha traído al mundo lo da la Eucaristía a cada aima en particular (cf. «Sum. Theol.» 3 q.79 a.1 c).

II. *La Eucaristía hermosea al aima.*

1201

- A. Precisamente porque nos da el fruto de la pasiôn podemos afirmar que la Eucaristía confiere la hermosura al aima. «Ella es la salud de nuestras conciendas, con ella se lava el aima, con ella se hermosea, con ella se inflama; ella torna al aima más resplandeciente que el fuego; ella apenas derramada hace accesible el cielo»...
- B. «Esta es fuente de luz, que brota rayos de verdad. Ante ella asisten las potestades del cielo, fija la mirada en la hermosura de sus corrientes, ya que contemplan con mayor claridad la eficacia de la oblaciôn eucarística

1 Cf. doming© IV de Cuaresma, *La palabra de Cristo* t-4 p.585.

v sus inaccesibles destellos de luz. Pues así como si uno mènera en el oro derretido, si posible fuese, La mano o la lengua, al punto las transformaría en oro, así también, y aun mucho más, aquí obra la Eucaristia en el aima estos efectos. Bulle hirviente este río, mas que fuego; pero no quema, sino que lava tan sólo cuanto a su paso encuentra»... (cf. IV dom. de Cuaresma, sec.3.a, San Juan Crisóstomo, en *La palabra de Cristo* t-3 P-585).

HL *Lai Eucaristia sacia.*

- A. Quizá la traducción más exacta del «mens impletur» fuera «el alma es saciada», o bien, «da hartura al aima».
- B. Este es un pensamiento frecuente en los Santos Padres.
 - a) «*La came es alimêntada con el cuerpo y sangre de Cristo para que también el aima se harte de Dios*» (cf. Tertuliano, ♦Textos eucarísticos primitivos»: BAC, t.i n.146).
 - b) «*En este caso corneas el alimento del aima y la bebida del espíritu para que en adelante no tengas hambre ni sed jamás. Pues el que come coma hasta quedar harto y el que bebe beba hasta embriagarse** (cf. San Ambrosio, ibid., η.150). «*Cristo es para mi comida; Cristo es para mi bebida... Ya para mi satedad no espero las cosechas anuales; Cristo se me sirve todos los días. No temeré que algún mal temporal del cielo o esterilidad del suelo me lo disminuya con tal que persevere la diligenda del culto piadoso... Mi manjar es aquel que el que lo comiere no tendrá hambre** (cf. San Ambrosio, ibid., n.515).

121)3 IV. *El secreto para el mayor fruto.*

- A. Es evidente que el hecho de comulgar en gracia de Dios produce fruto en el alma «ex opere operato». Mas este fruto se aumenta según las disposiciones del que comulga. Cuanto mayor y mas excelente sea la preparación, más hartura de gracia recibirá el aima. Los santos habían mucho acerca de las disposiciones para acercarse a tan gran sacramento. Así San Buenaventura (cf. supra, sec. 4.a).
- B. Sin embargo, resumiendo, para comulgar con fruto basta el estado de gracia; pero si se desea sacar el máximo fruto, hace falta acercarse a la Eucaristia con espíritu. y mejor aún, en estado de sacrificio, de renuncia a los placeres y consuelos dei mundo, de austeridad y caridad.

121)4 V. «*Venid y comed**».

El Señor se ha quedado en la Eucaristia para llenarnos de su gracia. Podemos decir a todos los fieles: «Surge et comed* (3 Reg. 19,7). No importa que el aima sea

«*■»&.

débil, porque la Eucaristia da fortaleza para la lucha. La comuniôn no es premio, sino alimento. A pesar de nuestras faltas e imperfecciones, debemos acercarnos a El. «No penséis, dice el Beato Avila, que si os quedan pecados veniales, ha de haber el Señor asco en vosotros y entrar de mala gana en vuestra ânima>> (cf. *Serm. 6i: BAC, Obras completas t.2 p.831*).

- B. Cualquiera que seas, si arrogante o vanidoso, si pronto a la ira o la intemperancia, si négligente, perezoso o tibio, levântate y ven a la Eucaristia y corne a Cristo. El llenará tu alma de gloria».

nPrenda de la gloria futura»

- I. *La gloria futura. Decir que la Eucaristia es prenda de la gloria futura es afirmar que cuantos se alimentan dei cuerpo y sangre de Jesucristo resucitarân en el ultimo dia a la eternidad feliz.* 1205

- II. *Cristo y nuestra resurrecciôn.* 1206

Hemos de afirmar con los teólogos que hay una doble relaciôn de Cristo con nuestra resurrecciôn.

Es causa: «Nuestro Señor Jesûs, que fué entregado por nuestros pecados, ha resucitado para nuestra justificaciôn» (Rom. 4,25).

- a) No sôlo causa ejemplar: «Con El hemos sido sepultados con el bautismo para participar en su muerte, para que como El resucitô de entre los muertos por la gloria del Padre, asi también nosotros vivamos una vida nueva» (Rom. 6,4).
- b) Es también causa ejiciente, instrumental y no principal, porque la resurrecciôn como la pasiôn y muerte del Señor perdona los pçcados y da la vida nueva.
- Nôtese, sin embargo, que es causa eficiente de la resurrecciôn de las aimas y de los cuerpos. En cambio, la ejemplaridad de la resurrecciôn de Cristo en cuanto a los cuerpos afectard únicamente a los buenos, que serdn conformados al cuerpo glorioso del Salvador» (Phil. 3,21).

consecuencia necesaria: «Si Cristo resucitô, también nosotros resucitaremos» (1 Cor. 15,17). Incorporados a Jesucristo por el bautismo, formâmes un cuerpo con El. Por eso El resucitô, como primicia de los que mueren. Después resucitamos nosotros (cf. estos conceptos en los guiones 10 y 11 del domingo de Resurrecciôn, *La palabra de Cristo t.4 p.146 ss.*).

III. *La Eucaristia, pretaia de resurrecciôn.*

Con el anterior preâmbulo fikcilmente se comprenden las palabras de Cristo en el sermon de Cafarnaùm: «El que corne mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo le resucitaré en el ùltimo dia» (Io. 6,55).

La liturgia ha recogido esta idea cuando dice «futuræ gloriæ nobis pignus datur».

- a) *Por la comuniôn, en efecto, comemos el cuerpo de Cristo. Nos hacemos concorpôreos con él. ¡Cômo podrâ tal cuerpo permu- necer incorrupto?*
- b) *Por otra parte, las aimas reciben la vida en abundancia por la Eucaristia. Esta vida exige y réclama imperiosamente la resurrecciôn del cuerpo para derramar sobre él su claridad.*
- c) *Dice San Efrén en el himno de los difuntos: 'Los muertos que comieron tu cuerpo y sangre, joh Hijo de Dios.', sean resucitados por ti y estén contigo el dia de tu manifestaciôn. No a todos los difuntos aprovechan las oblaciones, pues los hay que son extrahas al Hijo de Dios. Los cuerpos vestidos de El serdn vestidos de gloria el dia de la resurrecciôn y las bocas que le comieron cantardn sus alabanzas en el reino celestial. Todos los difuntos que comieron tu cuerpo, joh Hijo de Dios!, sean resucitados por tt del polvo en que yacen. Tu virtud los vivificard y resucitard de su sepulcro y los vestird de la estola de la gloria en el dia de la resurrecciôn' (cf. Textos eucaristicos primitivos: BAC, t.i n.396).*

IV. *Comuniôn y esperanza. Cuantas veces nos acerquemos a la misa y a la comuniôn hemos de avivar el recuerdo de lo que nos espera. De este modo nos estimularà mas a vivir cristianamente cada dia y hacer frente a las dificultades y sufrimientos, considerando las palabras del Apostol: «No hay proportion entre los sufrimientos de esta vida y la gloria futura que se nos dard».*

La Eucaristia y la mortificaciôn

Considerada en si misma, la mortificaciôn no tiene razôn de ser. La tiene, en cambio, en relaciôn con una vida superior, la sobrenatural. Por eso San Pablo insiste con frecuencia en el pensamiento de la mortificaciôn como medio para vivir: «Si viviereis segùn la carne, moriréis; por el contrario, si con el espiritu mortificâis las obras de la carne, viviréis» (Rom. 7,13).

El fundamento de la mortificaciôn es ia dualidad que existe en nosotros: carne y espiritu. A medida que disminuimos la fuerza de la carne-y contrariâmes sus exigendas, aumentamos las energias del espiritu y lo disponemos mejor para buscar a Dios. Por eso puede afirmarse que, a mäs mortificaciôn, mayor uniôn con Dios. Como la santidad consiste en la uniôn con Dios, se explica fâcilmente que no haya ni pueda haber ni un solo santo sin mortificaciôn. Como tampoco hay un maestro de espiritu que no la recomiende. «Serâ santo si es mortificado», decia San Francisco Javier cuando oia hablar de la santidad de una persona.

II. Cristianismo facil.

121i)

- A. Es el que a su antojo se forman muchas personas que huyen de la mortificaciôn y consideran un tanto raros y extranos a los que la practican. Se han olvidado de la mâxima del Senor: «El que quiera venir en pos de mi, niéguese a si mismo, tome su cruz y sigame» (Mt. 16,24).
- B. Son muchos los que quicren este cristianismo fâcil.

'Jesucristo tiene ahora muchos amadores de su reino celestial, nias muy pocos que lleven su cruz. Tiene muchos que descan la consolaciôn y muy pocos que quieran tribulaciôn».

- b) *'Muchos comporteras halla para la mesa, y pocos para la abstnenda. Todos quieren gozar con El, mas pocos quieren sufrir algo por El. Muchos siguen a Jesûs hasta el partir del pan, mas pocos hasta beber el cdliz de la pasiôn».*
- c) *'Muchos honran sus milagros, mas pocos siguen el vituperio de la cruz. Muchos aman a Jesûs cuando no hay adversidades. Muchos le alaban y bendicen en el tiempo que redben de El algunas consoladones, mas si Jesûs se escondiese y nos dejase un poco, luego se quejarian o desesperarian mucho» (cf. T. Kempis, ♦imitaciôn de Cristo» 1.2 c.9).*

Comulgan, es cierto, y oyen misa, pero no saben aplicarla a la vida, pues de hecho objetivamente hay una intima relaciôn de aquélla con ésta, que debe practicarse y pasa inadvertida. La Eucaristia nos lleva y exige vida de mortificaciôn.

III. Ser santos como Cristo.

1211

Nuestra santidad tiene que ser, ni mäs ni menos, que la de Cristo.

- a) *«Dios nos predestmô para ser conformes con la imagen de su Hijo» (Eph. i.i).*
- b) *'Conforme a la santidad del que os llamô, sed vosotros santos en todo, pues escrito cstd: Sed santos corno yo soy santo» (j Pctr. T,T6).*

CORPUS CHRISTI

De aquí que los santos deban reproducir la pasión de Cristo en su cuerpo. «Llevando siempre en nuestro cuerpo la pasión de Cristo» (2 Cor. 4,10). Esta mortificación es una exigencia del bautismo y de la vida sobrenatural que mediante este se nos infunde.

Eucaristia exige mortificación.

Tenemos que acudir al altar para recibir a Jesucristo tal cual Cristo viene al altar. Y Cristo viene como víctima (cf. supra, guiôn 5).

Se comulga mucho y quizá la vida cristiana no florece en proporción con el número de comuniones. Falta la mortificación.

- a) *Dejando aparte las distintos géneras de mortificación se puede recomendar especialmente la sobriedad y austeridad de vida tan recomendada en nuestros días por los pontífices modernos para que mejor se cumplan los deberes de caridad.*
- b) *He aquí un bello pdrrofo de San Juan Crisóstomo pidiendo sobriedad a cuantos comulgan: «Piensa qué es lo que hicieron los apóstoles cuando participaron de aquellas cenas sagradas, sino se volvieron a la oración y a entonar himnos, a sagradas vigiliass y a aquel largo adoctrinamiento lleno de gran sabiduría? Ciertamente, grandes y admirables cosas les narrô y mandô (Jesús) después que salió Judas para llamar a los que le habian de crucificar. ¡No has oído cómo aquellos très mil hombres participantes de la comuniôn (cf. Act. 2,42) perseveraban constantes en la oración y en la doctrina, no en borracheras y comilonas? Tû, antes de recibir la comuniôn, ayunas para aparecer digno de ella; pero después que la has recibido, cuando deberias aumentar la sobriedad, todo lo echas a perder. Y, sin embargo, es igual abstenerse antes o después; es necesario ser sobrios en ambos tiempos, pero, sobre todo, después de haber recibido al Esposo. Antes, para hacerse digno de recibirle; después, para que no parezeas indigno de lo que recibiste. Entonces itengo que ayunar después de haberlo recibido? No digo esto, ni te obligo. Bueno seria, pero no te hago fuerza, sino que te exhorta a que no te entregues sin freno a los placeres. Pues si nunca conviene darse a los placeres, lo cual declaró Pablo diciendo: «Porque la que vive en deleites, viviendo, está muerta* (1 Tim. 5,6), mucho más morird entonces» (cf. Textos eucaristicas primitivos: BAC, t.i).*

La Eucaristia y Maria

I. Un cuadro de Fr. Angélico.

El cuadro de la *Cena* dei Beato Angélico presenta arrodillada y contemplando al Señor, a su Madre, la Virgen.

- B. Esta idea indica, más bien, el alma mística del pintor que la realidad objetiva, porque según los exegetas, no es fácil que Maria se hallara presente en la sala del Cenáculo.

Pero ciertamente que hay una estrecha relación entre la Eucaristia y la Virgen, conocida sin duda por el delicado pintor dominico.

II. La Eucaristia, prolongation de la encarnación.

En la encarnación nació Emmanuel. La Eucaristia es un continuo Emmanuel. Dios con nosotros hasta la consumación de los siglos.

El fin de la encarnación es «que los hombres tengan vida, y la tengan en abundancia» (Jo. 10,10). La Eucaristia es también para comunicar esa misma vida: «el que me comiere vivirá en mí» (Jo. 6,58).

Por tanto, la misma relación de la Virgen en la Eucaristia y en la encarnación. Si aquí fue Madre, también, podemos decir que es la madre de la Eucaristia. Podemos, pues, cantar junto a la hostia consagrada: «Ave verum Corpus natum ex Maria Virgine».

III. La Eucaristia aplica y perpetua los frutos de la redención.

- A. Nuestra redención se consumó en el Calvario. Y allí, junto a Jesucristo, estaba Maria.
- B. El sacrificio del Calvario se reproduce constantemente en nuestros altares. Podemos ver sobre el altar, místicamente, junto al Redentor, a la Corredentora, a Maria, ofreciendo y ofreciéndose con Él por la salvación del mundo lo mismo que se ofreció al pie de la cruz.

IV. Confirmation historica.

121G

- A. La historia de los cristianos a través de los siglos nos deja entrever esta relación de la Eucaristia con Maria.
- B. Cuando los apóstoles se reunían en las casas para partir

el pan, con ellos estaria, sin duda, Maria, lo mismo que estaba cuando iban a rezar al templo.

- C. Muchas imâgenes antiguas de la Virgen se presentan con un hueco en su pecho destinado a conservar la Eucaristia, o bien, teniendo en sus manos una copa donde se guardaba. O también presidiendo el lugar de reserva de la Eucaristia. De aqui el nombre de la Virgen del Sagrario.
- D. El pueblo cristiano en sus costumbres ha unido estas dos realidades cuando canta: «Alabado sea el Santisimo Sacramento del altar y la Virgen concebida sin pecado original», o cuando reza: «Sea por siempre bendito y alabado el Santisimo Sacramento del altar y la pura y limpia concepciôn de Maria Santisima...»

V. Por la Eucaristia a Maria, y por Maria a la Eucaristia.

- A. El mejor medio, sin duda, de honrar y tributar homenaje a la Virgen serâ nuestra devociôn eucaristica; porque no hay cosa tan grata al corazôn de la Madre como el unimos con su Hijo natural. De aqui que el verdadero devoto de la Virgen debe frecuentar la misa, la comuniôn, las visitas al sagrario. Ningûn medio tan excelente para prepararnos a sacar fruto de la Eucaristia como el acudir a ella por medio de la Santisima Virgen (cf. San' Buena Ventura, sec.4.0).

10

La Eucaristia y la fortaleza

I. La fortaleza, virtud cristiana necesaria.

- A. La prâctica de la virtud y el cumplimiento de los mandamientos esta dificultado por nuestros enemigos mundo, demonio y carne. San Pablo da por supuesta la lucha: «No contra la carne ni la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra el espiritu malo del aire» (Eph. 6,12). Para venerar estos obstâculos tenemos la virtud de la fortaleza, porque, segûn Santo Tomâs, «lo que impide a la voluntad humana seguir la recta razôn es el ser apartada de lo que se presenta conforme a la recta razôn a causa de alguna dificultad que en ello encuentra. Ahora bien; para quitar este impedimento o dificultad se requiere la fortaleza del espiritu por el que rêsista a semejantes

dificultades como el hombre supera y repele por la fortaleza corporal los obstâculos corporales» (cf. «Sum. Theol.» 2-2 q.123 a.i c).

H. Fuertes en la fe.

1219

- A. La teologia de la fortaleza se halla contenida en las palabras del Senor: «Cuando un fuerte bien armado guarda su palacio, seguros estân sus bienes; pero si llega uno mâs fuerte que él, vcncerâ y quitarâ las armas en que confiaba y repartira sus despojos» (Le. 11,21).
- B. Nosotros con nuestras fuerzas naturales solamente perderemos la batalla, porque el demonio es mâs poderoso como ângel, aun cuando sea ângel malo.
 - a) Necesitamos al mds fuerte y participer mediante la uniôn de su omnipotencia.
 - b) Asi podremos exclamar con el apôstol San Pablo: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Phil. 4,13). «Confortaos en el Seïor y en la fuerza de su poder» (Eph. 6,10).

HI. La Eucaristia da fortaleza.

Porque nos pone en contacto real con Cristo. Mediante ella, pues, participamos del poder de Cristo. La Eucaristia, ademâs, fortalece y robustece la vida interior y lo mismo que el hombre desarrollado es mâs fuerte que el nino, asi quien comulga es mâs fuerte que el que no lo hace. Por eso en el himno eucaristico se dice: «O salutaris hostia da robur...» Y el Catecismo Romano: «El manjar de la sagrada Eucaristia no solamente sustenta al alma, sino que le anade fuerzas y tiene virtud para librarnos de las tentaciones.»

IV. La fortaleza de los primeros Cristianos.

1221

- A. Los primitivos cristianos necesitaban ser fuertes para veneer obstâculos que venian del exterior y superar amenazas y sufrimientos de muerte.
- B. Las sacaban de la Eucaristia como se ve por el siguiente texto de San Cipriano: «Y la comuniôn hemos de darla rio a los que mueren, sino a los vivos. No debemos dejar inermes y desnudos a los que incitamos y exhortamos al combate. Los debemos defender con la protecciôn de la sangre y del cuerpo de Cristo. Y puesto que éste es el fin de la Eucaristia, el de ser protecciôn de los que la reciben, armemos con la defensa de la saciedad del Senor a los que queremos que estén seguros contra el enemigo. Porque ¿cômo les vamos a enseûar o les vamos a incitar a derramar su sangre en la confesiôn del nombre (de

Cristo) si a ellos, que van a luchar, les negamos la sangre de Cristo? O ¿cómo les haremos idôneos para el cáliz del martirio si no les admitimos primero a beber en la Iglesia el cáliz del Señor por el derecho de la comuniôn?! (cf. Solano, S. I., 'Textos eucarísticos primitivos': BAC, t.i p.146-147).

V. *Fortaleza en nuestros días.*

Hoy como nunca la Iglesia necesita hombres tueries, jóvenes, capaces de superar todos los obstáculos que el ambiente, la sensualidad y el respeto humano pueden presentar.

En el discurso a las Congregaciones Marianas Pio XII pedía «hombres, verdaderos hombres..., y jóvenes que, siempre derechos, tiendan al ideal de una vida de pureza». De aquí el anhelo del mismo Papa de ver alrededor de los altares a las comunidades cristianas. «En la presente coyuntura, grave por muchos títulos, exhortámes a la juventud, a las familias, a las parroquias, a los institutos religiosos y a los movimientos de Acción Católica a meditar ante la hostia santa sobre el deber, más imperioso que nunca, de instaurar todo en Cristo. Sobre los altares de vuestras ciudades y aldeas, Cristo está presente como manantial de salvación, fuente de gracias, fermento de nuestra unidad y de nuestra paz. Id a El; vivid su vida; fundad sobre El la obra de vuestra santificación y el aliento de vuestro apostolado; cimentad sobre El la ciudad cristiana: «No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el cual debemos salvarnos* (Act. 4,12)» (Pio XII, «Mensaje al XVI Congreso Eucarístico de Francia», 25 de junio de 1956).

11

La Eucaristía y el Espíritu Santo

I. *Pentecostes y Corpus Christi.*

Dos fiestas que se presentan casi unidas, la del Espíritu Santo y la de la Eucaristía.

Entre ambas existe estrecha relación, aun cuando no haya sido esta la causa de la proximidad de ambas fiestas.

SEC. 8. GUIONES HOMILÉÏCOS

II. *Triple relation del Espiritu Santo y la Eucaristia. Segun los* 1224 *très aspectos.*

Misa. La epiclesis antigua, aún conservada en las liturgias orientales, cuyo recuerdo en la nuestra puede ser la invocación «Veni Sanctificator», pide que baje el Espiritu Santo sobre el altar. Lo mismo que vino sobre la Virgen para obrar en ella la encamación dei Verbo, así se suplica que descienda sobre el altar para operar la transubstanciación.

La comunión. Nos da a Cristo, Hijo de Dios. Al volcar en nuestras aimas las torrenteras de vida sobrenatural, se derrama una mayor efusión del Espiritu Santo; en el bautismo se nos da el Espiritu Santo. «La caridad de Dios es derramada en nuestros corazones por el Espiritu Santo que se nos da» (Rom. 5,5). Al aumentar la vida sobrenatural por la Eucaristia recibimos mayor efusión del mismo Espiritu.

La visita: ¡Quién pondra la palabra justa en nuestros labios? «Nadie puede decir Señor Jesûs, si no es en el Espiritu Santo» (1 Cor. 12,3). «El pide en nosotros con gemidos inénarrables» (Rom. 8,26). De aquí la importancia de acudir al Espiritu Santo en nuestras visitas al Señor.

III. *Por el Espiritu Santo a la Eucaristia.*

- A. El mejor que nadie puede preparar nuestros corazones.
- B. Cuantas veces nos acerquemos a la comunión y a la misa debemos acudir a él, diciendo las palabras de la liturgia de Pentecostés: «Ven, ¡oh Espiritu Santo!, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor». «Lava lo que está manchado; riega lo que está seco; ablanda lo que está duro».

IV. *Por la Eucaristia al Espiritu Santo.*

- \. Aprovechándonos del mayor fruto eucaristico se notará mejor la eficacia del Espiritu en nosotros. «Como todo aumento de gracia va acompañado de una mayor efusión del divino Espiritu, es claro que donde tanto aumenta la vida de la gracia debe aumentar proporcionalmente la comunicación del Espiritu vivificador. Este, por otra parte, reside plenamente en la sagrada humanidad de Jesucristo, como en su morada predilecta, donde tiene sus complacendas».
- B Mas allí «espera, sin embargo, consumir la obra de amor, que es unir la Cabeza con los miembros, a Cristo con el cristiano. Comunicando, pues, con el cuerpo y sangre del

Salvador, estrechamos doblemente los lazos que nos unen al Espíritu Santo, puesto que nuestra participación de la Eucaristía realiza todos sus deseos, a la vez que nos une a su divina persona, eternamente fija en la humanidad de Jesús» (cf. P. Arintero, «La evolución mística: BAC [1952] P-304).

V. *El gran desconocido.*

En la vida cristiana podemos decir del Espíritu Santo que es el gran desconocido. Aprendimos en el catecismo que existe y poco más. No todos los cristianos practican su devoción. La Eucaristía es un excelente medio para promoverla y fomentarla.

Cuando el sentimiento de imperfección y pequenez nos oprima y nos impulse a apartarnos de la Eucaristía, acudamos al Espíritu Santo.

En nuestras peticiones después de comulgar no deben faltar las espirituales, y mucho menos esta de vivir durante el día en unión con el Espíritu que mora en nosotros constituyendo su templo y morada.

Las visitas al Santísimo

Las visitas al Señor, según el pensamiento de Pío XII.

En la reciente alocución al Congreso Eucarístico de Francia dice: «Juntad a esto siempre la práctica de un culto esclarecido y ferviente para con la divina presencia de Jesús en los tabernáculos de vuestras iglesias. Nada podrá reemplazar en una vida sacerdotal a la plegaria silenciosa y prolongada a los pies del Santísimo Sacramento, y el ejemplo admirable del santo cura de Ars conserva todavía hoy todo su valor. <No ha sido, por otra parte, ante el altar, en adoración de Nuestro Señor, donde se han forjado, a lo largo de los siglos, las energías misioneras de los más valerosos apóstoles de vuestra patria?» (cf. Pío XII, «Mensaje al XVI Congreso Eucarístico Nacional de Francia», 25 de junio de 1956).

Antes, en la encíclica «Menti nostrae»: *El sacerdote, antes de poner fin a su jornada de trabajo, acérquese al sagrario y allí dedíquese algún tiempo a adorar a Jesús en el sacramento de su amor para reparar la ingratitud de innumerables almas hacia tan gran mis-

terio, para encenderse cada vez más en el amor de Dios y para permanecer, en cierto modo, aun durante el tiempo dei descanso nocturno que recuerda al espîritu el silencio de la muerte en la presencia de Jesûs» («Menti nostrae», n.43).

- C. Aunque ambos textos se refieren a los sacerdotes, son, sin embargo, aplicables a todos los cristianos y ciertamente que por medio de ellos se ve cuánta importancia concede el Papa a la oraciôn callada y silenciosa ante el Santísimo Sacramento.

IL *El sagrario.*

1229

- A. La reserva de la Eucaristia en el sagrario es posterior al Evangelio. Naciô en la vida de los cristianos como una necesidad a fin de reservar la Eucaristia para los enfermos.

El modo de reservar ha sido distinto segûn los siglos.

Es difícil precisar cómo era al principio. Parece que se encerraba en un cofrecillo y se guardaba en los armarios de las casas particulares donde se celebraba la Eucaristia.

- b) *Nids tarde aparece la paloma eucaristica, que se suspendia del baldaquino o ciborio.*
- c) *Luego el hueco practicado en la pared del presbiterio.*
- d) *La forma actual del sagrario, segûn el Codice, tiene que ser artistica, de buen material, y debe, ademds, colocarse en el lugar mds excelente y hermoso, en el altar mayor.*
 - i. Las leyes litûrgicas prescriben el conopeo. De este modo semejan los sagrarios una tienda de campana y se Hanan tabernâculos, porque, a semejanza del de la Antigua Ley, en él vive Dios, sôlo que allî en figura; aqui, real, verdadera y sustancialmente.
 - 2. Una lâmpara encendida lo indica. Allî estâ Jesucristo, que es luz que ilumina a todo hombre.

III. *El amigo.*

1230

La presencia de Cristo encerrado en el sagrario dia y noche debe considerarse como la presencia de un amigo. Le tenemos con nosotros lo mismo que Lazaro, Marta y Maria.

Amigo es el que ama de verdad, no por si mismo, sino por el amado. Cristo es el amigo por excelencia. En el sagrario estâ con aquel mismo corazôn que derramaba ternura y bondad por doquier. No le vemos; El si nos contempla. Tampoco le escuchamos; pero El si.

IV. *El fundamento de la visita.*

1231

- A. Precisamente la presencia de Cristo amigo en el sagrario. Cuando se quiere de verdad a un amigo se tienen

delicadezas con él. La visita al Santísimo es la delicadeza con el Amigo.

- B. Cada espadana de nuestras iglesias nos predica que allí está Cristo, que es su casa, como lo fué la de Nazaret. tQuién tan duro que no entre? Sin embargo, abundan los cristianos que ni se acuerdan de saludar al Señor. Otros que, recordándolo, no se molestan en entrar. Otros, por fin, que entran de una forma mecánica y rutinaria...

V. *Modo fácil de hacer la visita.*

- A. Ninguna oración tan sencilla como esta. A ella particularmente ha de aplicarse la definición de Santa Teresa: Conversar con el Señor como con un amigo. Una conversación fácil, sencilla, llena de naturalidad y de sinceridad es el mejor modo de hacer con fruto la visita al Señor.
- B. Cada uno se presenta tal cual es, y esto, sin duda, le agrada más al Señor, aunque nuestro modo de decir sea más imperfecto que el párrafo literario de nuestros devocionarios. Hablar, contar las penas y alegrías, las preocupaciones, los problemas, etc., a Jesucristo, que tiene sus delicias en vivir con los hombres.

VI. *Las ventajas de la visita al Santísimo.*

- A. Por su sencillez es un método recomendable a todos. Lo es mucho más por su eficacia.
- a) *Es un medio fácil de adoración y un arma eficaz para transformación de las almas. Persona que persevera en la visita al Santísimo, cambiará de vida sin duda alguna.*
- b) *Muy eficaz también para conseguir gracias para el apostolado.*
- B. Muchas son las prácticas de devoción hacia el Santísimo Sacramento del Altar: Adoración nocturna, Jueves eucarísticos, etc. Una que debe predicarse mucho es esta de la visita diaria al Amigo, prisionero del sagrario.

EL SAGRADO CORAZON DE JESUS

(Viernes después de la octava del Corpus)

d
||
s

Li., «

SECCION /. TEXTOS SAGKÂDOS

TEMAS PREDICABLES EX ESTA HOMILIA

- El culto del Sagrado Corazôn
- El amor de Dios
- La encarnaciôn del Verbo, obra del amor

PARTES VARIABLES DE LA MISA 1234

Introitus.—Ps. 32,11 et 19: Cogitatione cordis eius in generatione et generationem: ut eruat a morte animas eorum et alat eos in fame. (T. P. Alleluia, alleluia.)—Ps. 3,1: Exsultate, iusti, in Domino: rectos decet collaudatio. Gloria Patri...

Oremus.—Deus, qui nobis in corde Filii tui, nostris vulnerato peccatis, infinitos dilectionis thesauros misericorditer largiri dignaris: concede, quaesumus, ut illi devotum pietatis nostrae praestantes obsequium, dignae quoque satisfactionis exhibeamus officium. Per eundem Dominum...

Grad.—Ps. 24,8-9: Dulcis et rectus Dominus, propter hoc legem dabit delinquentibus in via. Diriget mansuetos in iudicio, docebit mites vias suas.

Alleluia, alleluia.—Mt. 11,29: Tollite iugum meum super vos, et discite a me, quia mitis sum et humilis Corde, et invenietis requiem animabus vestris. Alleluia.

Offert.—Improperium expectavit cor meum et miseriam: et sustinui qui simul mecum contristaretur, et non fuit: consolantem me quaesivi, et non inveni.

Secr.—Respice, quaesumus, Domine, ad ineffabilem cordis dilecti Filii tui caritatem: ut quod offerimus sit tibi munus acceptum, et nostrorum expiatio delictorum. Per eundem...

Prefacio.—Vere dignum et iustum est, aequum et salutare nos tibi semper et ubique gratias agere: Domini

Introito.—Los designios de su corazôn abarcan a todas las generaciones: para librar de la muerte sus almas y alimentarias en el hambre. (T. P. Aleluya...)—Ps.: Regocijaos, justos, en el Señor; los rectos deben alabarle. Gloria al Padre...

Oremos.—¡Oh Dios!, que en el corazón de tu Hijo, herido por nuestros pecados, te dignas prodigarnos misericordiosamente los infinitos tesoros de tu amor: te pedimos nos concedas que, ofreciéndole el devoto obsequio de nuestra piedad, cumplamos también el deber de condigna reparaciôn. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo...

Grad.—Dulce y recto es el Señor; por eso muestra el camino a los pecadores. Dirige rectamente a los humildes y enseña sus caminos a los mansos.

Aleluya, aleluya.—Tomad a cuestras mi yugo, y aprended de mi, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Aleluya.

Ofert.—Improperio y miseria recibí mi corazón; y esperé quien se condoliese conmigo, y no lo hubo; busqué consolador, y no lo halle.

Secr.—Mira, Señor, te rogamos, la inefable caridad dei corazón de tu amado Hijo. para que nuestra ofrenda te sea don aceptable y expiación de nuestros delitos. Por el mismo...

Prefacio.—Digno y justo es, en verdad, debido y saludable, que siempre y en todo lugar te demos gracias, Señor

santo, Padre todopoderoso, Dios eterno. Que quisiste que tu Unigenito, pendiente de la cruz, fuese traspasado con la lanza del soldado, para que su corazôn abierto, tesoro de la divina largueza, derramase sobre nosotros torrentes de misericordia y de gracia; y pues jamâs ccsô de abrasarse en nuestro amor, fuese para las aimas piadosas lugar de descanso y refugio Salvador abierto a los penitentes.—Y, por tanto, con los ângeles y arcângeles...

Com.—Uno de los soldados le abrió el costado, y al punto salio sangre y agua.

Poscom.—Iniundannos tus misterios, Senor Jesûs, divino fervor, con que, gustada la suavidad de tu dulcísimo corazôn, aprendamos a despreciar lo terreno y amar lo celestial. Que vives y reinas...

ne sancte Pater omnipotens, aeterno Deus: Qui Unigenitum tuum in cruce pendentem, lancea militis transfigi voluisti: ut apertum cor, divinae largitatis sacrarium, torrentes nobis funderet miserationis et gratiae: et. quod amore nostri flagrare nunquam destitit, piis esset requies, et poenitentibus pateret salutis refugium.—Et ideo cum angelis et archangelis, cum thronis et dominationibus, cumque omni militia caelestis exercitus hymnum gloriae tuae canimus sine fine dicentes: Sanctus...

Conun.—Unus militum lancea latus eius aperuit, et continuo exivit sanguis et aqua.

Postcom.—Praebeant nobis, Domine Iesu, divinum tua sancta fervorem: quo dulcissimi cordis tui suavitate percepta, despiceret, et amare caelestia. Qui vivis et regnas...

II. EPISTOLA

'Epb. 3,8-iq)

8 A mi, el menor de todos los santos, me fué otorgada esta gracia de anundar a los gentiles la incalculable riqueza de Cristo.

9y darles luz acerca de la dispensadôn del misterio oculto desde los siglos en Dios, creador de todas las cosas,

10 para que la multiforme sabiduria de Dios sea ahora notificada por la Iglesia a los prindpados y potestades en los cielos,

11 conforme al plan eterno que El ha realizado en Cristo Jesûs, nuestro Senor,

12 en quien tenemos la franca seguridad de acercamos a El confiadamente por la fe.

13 Por lo cual os pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, pues ellas son vuestra gloria.

14 Por esto yo doblo mis rodillas ante el Padre,

15 de quien procede toda familia en los cielos y en la tierra

8Mihi omnium sanctorum minimo data est gratia haec, in gentibus evangelizare investigabiles divitias Christi,

9et illuminare omnes, quae sit dispensatio sacramenti absconditi a saeculis in Deo, qui omnia creavit:

10 ut innotescat principatibus et potestatibus in caelestibus per Ecclesiam, multiformis sapientia Dei,

11secundum praefinitionem saeculorum, quam fecit in Christo Iesu Domino nostro:

12 in quo habemus fiduciam, et accessum in confidentia per fidem eius.

13Propter quod peto ne deficiatis in tribulationibus meis pro vobis: quae est gloria vestra.

14 Huius rei gratia flecto genua mea ad Patrem Domini nostri Iesu Christi,

15 ex quo omnis paternitas in caelis et in terra nominatur,

16 ut det vobis secundum divi- tias gloriae suae, virtute corroborari per Spiritum eius in interiorum ho- minem,	16 para que, según los ricos tesoros de su gloria, os conceda ser poderosa- mente fortalecidos en el nombre inte- rior por su Espíritu,
17 Christum habitare per fidem in cordibus vestris: in charitate ra- dicati, et fundati,	17 que habite Cristo por la fe en vuestros corazones y, arraigados y fe- cundados en la caridad,
18 ut possitis comprehendere cum omnibus sanctis quae sit lati- tudo, et longitudo, et sublimitas, et profundum:	18 podáis comprender en unión con todos los santos cuál es la anchura, la longura, la altura y la profundidad,
19 scire etiam supereminentem scientiae charitatem Christi, ut im- pleamini in omnem plenitudinem Dei.	19 y conocer la caridad de Cristo, que supera toda ciencia, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.

III. EVANGELIO

1236

(lo. 19.31-37)

31 Iudaei ergo' quoniam Parasceve erat) ut non remanerent in cruce corpora sabbato (erat enim magnus dies ille sabbati), rogaverunt Pilatum ut frangerentur eorum crura, et tollerentur.	31 Los judios, como era el día de la Parasceve, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el día de sabbado, rogaron a Pilato que les rompiese las piernas y los quitasen.
32 Venerunt ergo milites: et primi quidem fregerunt crura, et alterius, qui crucifixus est cum eo.	32 Vinieron, pues, los soldados y rompieron las piernas al primero y al otro que estaba crucificado con El;
33 Ad Iesum autem cum venissent, ut viderunt eum iam mortuum, non fregerunt eius crura,	33 pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas,
34 sed unus militum lancea latus eius aperuit, et continuo exivit sanguis et aqua.	34 sino que uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado, y al instante salió sangre y agua.
35 Et qui vidit, testimonium perhibuit: et verum est testimonium eius. Et ille scit quia vera dicit: ut et vos credatis.	35 El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero. El sabe que dice verdad, para que vosotros creáis;
36 Facta sunt enim haec ut Scriptura impleretur: Os non comminuetis ex eo.	36 porque esto sucedió para que se cumpliera la Escritura: «No romperéis ni uno de sus huesos».
37 Et iterum alia Scriptura dicit: Videbunt in quem transfixerunt.	37 Y otra Escritura dice también: «Mirarán al que traspasaron».

II. h

ii

\$

IV. ALGUNOS TEXTOS DE LA ESCRITURA RELACIONADOS CON EL CORAZON DE JESUS

1237

(Pueden verse los que insertamos en *La palabra de Cristo* t.z p.1097-1105, sobre la caridad y t.3 p.560-567, sobre la misericordia.)

8 Dulcis et rectus Dominus propter hoc legem dabit delinquentibus in via.	8 Bueno y recto es el Señor; por eso señala a los errados el camino.
9 Diriget mansuetos in iudicio: docebit mites vias suas (Ps. 24,8-9).	9 Y guía a los humildes por la justicia y adoctrina a los mansos en sus sendas.

El consejo del Señor permanece por la ctemidad ; los designios de su corazôn por todas las generaciones.

S Y me dije: Heme aquí; en el rollo

9 en hacer tu voluntad, ¡Dios mio!, tengo mi complacenda y dentro de mi corazôn estâ tu Ley.

El oprobio me destroza el corazôn y desfallezco; esperé que alguien se compadeciese de mi y no hubo nadie; alguien me consolase y no lo halle.

8 Es Yahveh piadoso y benigno, tar-do a la ira, clementísimo.

9No esta siempre acusando, y no se aira para siempre.

10 No nos castiga a la medida de nuestros pecados, no nos paga conforme a nuestras iniquidades.

Y derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén ur espíritu de gracia y de oraciôn y alzarâr sus ojos a mi; y a aquel a quien traspasaron le llorarân como se llora al unigenito, y se lamentarân por él como se lamenta por el primogénito.

Tomad sobre vosotros mi yugo y appended de mi, que soy manso y humilde de corazôn, y hallaréis descanso para vuestras aimas.

Consilium autem Domini in aeternum manet: cogitationes cordis eius in generatione et generationem (Ps. 32,11).

8 Tunc dixi: Ecce venio. In capite libri scriptum est de me.

9Ut facerem voluntatem tuam: Deus meus volui, et legem tuam in medio cordis mei (Ps. 39,8-9).

Improperium exspectavit cor meum et miseriam. Et sustinui qui simul contristaretur, et non fuit: et qui consolaretur, et non inveni (Ps. 68,21).

8Miserator et misericors Dominus: Longanimis et multum misericors.

9Non im perpetuum irascetur: neque in aeternum comminabitur.

10 Non secundum peccata nostra fecit nobis: neque secundum iniquitates nostras retribuit nobis (Ps. 102,8-10).

Et effundam super domum David, et super habitantes Jerusalem spiritum gratiae, et precum; et aspicient ad me quem confixerunt: et plangent eum planctu quasi super unigenitum, et dolebunt super eum, ut doleri solet in morte primogeniti (Zach. 12,10).

Tollite iugum meum super vos, et discite a me, quia mitis sum, et humilis corde: et invenietis requiem animabus vestris (Mt. 11,29).

SECUON // (.OMENTARIOS GENERALES

I. SITUACION LITURGICA

A) ^w Los albores de la devociôn

1238

La fiesta y el culto al Sagrado Corazôn de Jesûs son relativamente *re-*
centes. Sin embargo, los albores de esta devociôn alumbraron en el siglo XII,
al orientar San Bernardo la piedad mística hacia un culto especial a la huma-
nidad del Salvador. Y aun podriamos afirmar que en la misma tradiciôn
patrística se encuentran los primeros rayos, cuando se leen paginas de San
Juan Crisóstomo o de San Agustín acerca del costado abierto del Salvador,
que manô sangre y agua, y del que brotô la Iglesia y fluyeron los sacra-
mentos.

La devociôn específica del Sagrado Corazôn se preparô a lo largo de la
Edad Media, mediante revelaciones particulares a Santa Lutgarda (1246),
Santa Matilde y Santa Gertrudis. Esta mística santa de la comunidad de
Helfta fué invitada un dia por San Juan a descansar juntamente con él en el
corazôn del Señor y, al preguntar ella por qué no habla revelado al mundo
las delicias y el misterio del amor que él habla saboreado en la última cena,
recibiô en contestaciôn que su misiôn fué únicamente revelar a los hombres
la naturaleza divina del Verbo encarnado; pero que el lenguaje amoroso
manifestado por los latidos del corazôn de Cristo que él percibiô serlan re-
velados en los últimos tiempos, en que el mundo, envejecido y resfriado,
tendría necesidad de caldearse mediante este místico amor.

En efecto, Gertrudis con su comparera Matilde fueron instrumentos de
esta revelaciôn con sus escritos, que tuvieron favorable acogida, particular-
mente en Alemania. Así, poco a poco, se fueron preparando los ánimos para
las trascendentales apariciones en Paray le Monial a Santa Margarita Maria
de Alacoque, quien con la ayuda de su confesor el Beato Claudio de la Co-
lombière y con su ardiente celo consiguiô que este culto adquiriese gran
desarrollo.

En 1765, Clemente XIII aprobô un oficio en honor del Corazôn de Jesûs;
mas solamente para algunas diôcesis. Pío IX en 1856 hizo obligatoria esta
fiesta en toda la Iglesia. León XIII en 1899 publicô una encíclica en la que
mandaba que todo el mundo fuera consagrado al Corazôn de Jesûs. Pío XI
reformé la liturgia de la fiesta y escribiô la *Miserentissimus Redemptor* acerca
de las características de esta devociôn, y Pío XII ha publicado en el año
centenario de la extension de la fiesta del Corazôn de Jesûs la *Haurietis*
aquas, que contiene la historia, teología y provechos de este culto y devociôn.

B) Características de la fiesta

Como podrá verse, repasando en la correspondiente sección algunos textos de la *Haurietis aquas*, la característica principal de la fiesta es tributar homenaje a Jesucristo «por su inmenso amor» a los hombres. Esta idea fue manifestada a Santa Margarita cuando el Corazón de Jesús le dijo: «He aquí este corazón que tanto ha amado a los hombres y en correspondencia solamente recibe ingratitudes». Esta misma idea se encuentra constantemente repetida a través de las formulas de la misa y oficio, elaborados por una comisión de teólogos bajo la presidencia del propio Pío XI.

En la colecta de dicha misa se expresa la doble finalidad de la fiesta: «Concedenos la gracia de tributarle el homenaje de nuestra devoción, para que así demos la debida satisfacción por nuestras culpas*. De aquí que este culto nos lleva insensiblemente a un amor efectivo, de renuncia a lo humano y entrega al que nos amó primero. Por eso dice Pío XII que «no se trata de una forma cualquiera de piedad, que uno puede posponer a otras, o tenerla en menos, sino de una práctica religiosa sumamente apta para conseguir la perfección cristiana», porque «lo más importante no son las prácticas externas de piedad, y que el motivo principal de abrazarla no ha de ser la esperanza de los beneficios que Cristo Nuestro Señor ha prometido en revelaciones, por demás privadas, precisamente para que los hombres cumplan con más fervor los principales deberes de la religión católica; a saber: el deber del amor y el de la expiación, sino que también obtengan, de la mejor manera, su propio provecho espiritual» (cf. *Haurietis aquas*).

mo

C) El espíritu que le ha impuesto Pío XII

Debe, pues, el sacerdote trabajar por llevar a los fieles hacia esta devoción. De este modo satisfará los deseos de Pío XII cuando afirma: «A la vista de tantos males que, hoy como nunca, trastornan profundamente a los individuos, las familias, las naciones y el orbe entero..., deseando ardientemente poner una segura barrera contra las impías maquinaciones de los enemigos de Dios y de la Iglesia, como también hacer volver las familias y las naciones al amor de Dios y del prójimo, no dudamos en proponer la devoción al Sagrado Corazón de Jesús como escuela efficacísima de caridad divina; de esa caridad divina sobre la cual se ha de construir el reino de Dios en las almas de los individuos, en la sociedad doméstica y en las naciones, como sabiamente advirtió nuestro mismo predecesor de pía memoria: •El reino de Jesucristo recibe su fuerza y su hermosura de la caridad divina: su fundamento y su síntesis es amar santa y ordenadamente. De lo cual se sigue el cumplir los propios deberes, el no violar los derechos ajenos, el considerar los bienes naturales como inferiores a los sobrenaturales y el anteponer el amor de Dios a todas las cosas».

II. EL CULTO AL SAGRADO CORAZON

A) *Fundamento dogmatico e historia*

a) Fundamento dogmatico

i. Culto de latria

Nada hay más fácil de demostrar que la santa humanidad de Cristo Nuestro Señor puede y debe ser adorada con culto de latria, esto es, con el que se tributa a Dios.

En efecto, cuando se honra o castiga a una parte del cuerpo humano, lo que se castiga u honra, en definitiva, no es la mentada parte, sino la persona a quien pertenece. Se besa la mano generosa de alguien a quien queremos demostrar nuestro agradecimiento o respeto. Lo besado y honrado de un modo inmediato es la mano, pero ciertamente que el honor va dirigido a la persona que la posee. Del mismo modo cuando honramos las llagas de Cristo Nuestro Señor, es cierto que de un modo inmediato besamos o reverenciamos las llagas, pero lo honrado y reverenciado es la persona, cuyas son esas heridas, persona que no es otra sino la divina del Verbo. Dicho de otra forma, cuando adoramos la santísima humanidad de Cristo, o una cualquiera de sus partes, la adoramos tal cual es, a saber, unida y dependiente de la persona divina y tributándoles el honor que la tal persona se merece.

En términos teológicos suele decirse que el *objeto total* de nuestra adoración es la persona de Cristo, y que su humanidad constituye el *objeto partial*. Adoramos, pues, la persona de Cristo, pero esta persona puede ser considerada bajo uno u otro punto de vista, en una u otra de sus acciones, y por ello, sin olvidar nunca que esta persona es divina, podemos adorarla en cuanto a su humanidad, o en cualquiera de sus misterios, como el nacimiento, muerte, ascensión, etc., lo cual ha motivado las diversas fiestas litúrgicas.

Ahora bien, uno de los rasgos salientes, por no decir el más saliente y emotivo de la personalidad de Cristo, es su amor, el amor que le obligó a morir por nosotros. Si, pues, adoramos y celebramos cada una de las fiestas y acciones que fueron efectos de ese amor, ¿por qué no honrar al amor mismo? Pero sabiendo bien que honramos el amor de Dios o el del hombre, siempre serán amores de Cristo, personadivina.

2. Corazón físico, símbolo del amor

Siguiendo una ley de la naturaleza humana, que la religión y la liturgia no sólo no han contrariado, sino que han sabido utilizar, este amor de Jesucristo, para convertirse en objeto de culto, debiera encontrar una manifestación sensible. «El imaginarse que los objetos sensibles no nos son necesarios para acercarnos a Dios por medio del conocimiento y del amor, equivale a olvidar que somos hombres' (cf. Santo Tomás, *Summa contra gent.* I.3 c.119).

Y ¿qué objeto mejor para simbolizar el amor de Cristo que su corazón? Prescindiendo de toda disquisición científica, el lenguaje popular ha unido siempre el amor y el corazón. Por lo tanto, cuando adoramos al Sagrado

Corazôn de Jesús, adoramos su corazôn de carne, aquel corazôn físico que se quebrô en dolores en la cruz, y que recibîô la lanzada final. Podíamos adorarlo sin más, puesto que es el corazôn de un Dios, que en su personalidad divina tiene también una naturaleza humana; pero en realidad lo adoramos, en cuanto que simboliza el amor de Cristo.

Para el pueblo basta con lo dicho, pero puesto que los teólogos, como buenos intelectualistas, no reposan si antes no dividen y subdividen un poco la cuestiôn, bueno serâ que digamos algo sobre sus explicaciones. Hablan ellos de un corazôn puramente metafórico, que sería el amor de Jesús, designado bajo el título de corazôn, pero sin ninguna conexiôn real con él. Aun cuando este amor sea adorable, nosotros adoramos verdaderamente el corazôn físico y no puramente el amor. Entonces se preguntan que si lo que adoramos es aquel corazôn físico, viscera cardiaca, y responden que aun cuando pudiera ser también, pero que en realidad lo que adoramos es precisamente ese corazôn, en cuanto que simboliza el amor. Las devociones privadas pueden adorar el corazôn físico o el metafórico, pero la devociôn oficial de la Iglesia y el culto público aprobado va dirigido a lo que hemos dicho.

Así lo demuestran los documentos en que los papas contestaron a los jansenistas cuando nos acusaban de adorar una viscera. La respuesta hubiera sido fácil si los pontífices hubiesen querido asegurar que no adorâbamos el corazôn de carne sino el amor de Jesús. Pero, sin embargo, prefirieron asegurar que lo adorado era el mismo corazôn, en cuanto unido al Verbo Dios. •El corazôn de Jesús, esto es, el corazôn de la persona del Verbo, a la que está unido inseparablemente, del mismo modo que fué también adorable el cuerpo de Cristo cuando yacía exangüe en el triduo de su muerte, pero sin que se separara de la divinidad» (cf. Pio VI: DB 1563).

Y continúan enseñando desde los primeros momentos que esta devociôn «pretende que por medio de la imagen simbólica del corazôn meditemos y veneremos la inmensa caridad y amor derramado de nuestro divino Redentor» (cf. Pio VI en su carta de 29 de junio de 1781 a Ricci, obispo de Pistoia; cf. Niles, *De rationibus festorum Sac. C. I.* [1885] p.345).

Suelen preguntar también los teólogos si adoramos el corazôn divino o el humano de Cristo. La verdad es que no vemos por qué andar dividiendo amores, pero suelen contestar que el humano, porque el corazôn no es símbolo del amor de Dios, que no tiene corazôn, y porque de serlo habría de simbolizar el amor de las tres divinas personas, ya que el amor de Cristo, en cuanto Dios, es el mismo que el del Padre y del Espíritu Santo. Nos parecen demasiadas sutilezas, sobre todo para una obra de predicaciôn.

1243 3. El fin de la devociôn

La misma naturaleza de la devociôn y además los documentos eclesiásticos demuestran que el fin primero es despertar el amor de Cristo en los corazones de los fieles, puesto que nada más a propósito para encenderlos en él que la meditaciôn del suyo y de sus tristezas y beneficios...

Además de este fin, otro motivo que moviô a los papas y que el mismo Señor indicô a Santa Margarita fué reparar las ofensas inferidas a Jesús, sobre todo en el sacramento de la Eucaristía.

La palabra *reparaciôn*, como *todo* lo que se refiera a la tristeza actual de Cristo, debe entenderse con un sentido teológico. Cristo no padece, y, por lo tanto, no podemos reparar nada que le sea intemo; pero, en cambio, padece el orden debido de las cosas, y ése sí que lo restablecemos, alabândole por los que le blasfeman y maldicen. De Cristo puede decirse que está triste

al modo que lo decimos de Dios, y que le atribuimos la ira, en cuanto que sus acciones exteriores castigando son las que se pondrían en el caso de que sintiese tales pasiones.

Es importantísimo recordar en qué consiste el amor, y por ello entre los textos patristicos traemos a cuenta algunos de San Agustín. Si Taine desvirtúa la verdad cuando nos acusa de una piedad superficial y lánguida (cf *Voyage en Italie* [Paris 1866] t.i c.8 p.4g6), hemos de procurar que nuestro amor sea dulce, como el que predica Juan el apóstol, para no merecer tales censuras.

b) Historia de la devoción

La devoción al Sagrado Corazón se propagó rápidamente entre los fieles en cuanto la liturgia la hizo pasar del ámbito privado en que se desenvolvía al oficial. Pero antes de que la Iglesia le diese su aprobación, y aun mucho antes de que el mismo Señor hablase a Santa Margarita, la devoción era conocida y practicada.

Desde los primeros tiempos se habló y reverenció al amor inmenso de Jesucristo, que es lo que constituye el fundamento teológico de la devoción, y poco a poco, a través de los siglos, se fue primero adorando al mismo amor, y después empleando como símbolo el corazón.

Hasta San Bernardo los textos que nos hablan «del corazón» son esporádicos, pero a partir de sus discípulos van presentándose más frecuentemente en la literatura cristiana. En el siglo XIII entre de Henó dentro de la vida mística con San Buenaventura en su *Vitis Mystica* (cf. *Opera omnia*, ed. de Quaracchi, t.8 opusc.io) y las religiosas Santa Matilde y Santa Gertrudis, que la formulan precisamente.

En el siglo XVI atreviese las fronteras de la mística a la ascética, y Luis de Blois, Lansperg y el Beato Avila no sólo la predicaban, sino que le dan forma en determinadas prácticas y ejercicios. En el siglo XVII la devoción es corriente y aparece atestiguada hasta en los libros en que menos podía esperarse, como los de la jansenista Angélica Arnaud. San Juan Eudes la va introduciendo en la liturgia.

Los protestantes y jansenistas se esforzaron desde el principio en presentar al P. La Colombière (discípulo, según ellos, de un puritano inglés) como causante de un estado de sugestión en Santa Margarita y a los dos como autores y propagadores de la devoción al Sagrado Corazón. 1245

Ni que decir tiene que las apariciones de Paray y el impulso que el mismo Señor quiso dar acompañando con su gracia la predicación sirvieron de mucho para extenderla, pero, sin embargo, acabamos de ver que antes de estos hechos existía ya, y que incluso su aparición en la liturgia se debe a San Juan Eudes. Más aún. La apertura del proceso y el estudio de las revelaciones de Paray tuvieron lugar medio siglo después de la aprobación del culto al Sagrado Corazón, por medio de un decreto fechado en 1765 y que prescinde por completo de toda revelación previa. En cuanto al influjo del P. La Colombière sobre Santa Margarita, la cronología fuerza a admitir que fue la Santa la que influyó sobre el jesuita, toda vez que éste llegó a París en febrero de 1675 y las apariciones ocurrieron desde 1673 hasta el 21 de junio de 1675.

Antes de que Roma decidiese nada, fueron los obispos quienes aprobaron aquí y allá el culto del Sagrado Corazón, erigieron capillas y hermandades e incluso instituyeron la fiesta con misa propia. Pero desde la segunda mitad del XVII Roma multiplica la concesión de indulgencias y privilegios, hasta que en 1765, y a petición de los reyes y el episcopado de Polonia, que repetía

gestiones anteriores, concede oticio y misa propias, afirmando que no hace sino cooperar a la extension de un culto ya prospero.

Por esta época los jansenistas y sus amigos de Pistoya declararon guerra dxidida a la devociôn, que llamaban nueva, y la acusaron de fétichisme, cardiolatria, materialismo, etc. Gracias a ellos tenemos numerosos documentos pontificios, y muy especialmente de Pio VI, que explicari la devociôn al Sagrado Corazôn en la forma en que la hemos expuesto.

Uno de los lugares comunes contra la devociôn es la supuesta animadversion que ténia contra ella el cardenal Prospero Lambertini, después benedicto XIV. Aun prescindiendo de la poca importancia que pudiera tener la opiniôn personal de un cardenal, que llegado al solio pontificio no obra conforme a sus ideas anteriores, sino que finna 419 breves de aprobaciôn de otras tantas cofradias dedicadas al culto dei Sagrado Corazôn, c incluso remite él mismo lo que hoy llamamos «detentes» a la reina Maria Leczinska (cf. Nic o l l e t , *Le parfait adoreteur de S. C. de J.* (Paris 1761) p.74); la verdad es que el tan repetido argumento se basa en el informe que presentô como promotor de la fe (abogado del diablo), aducicndo de oficio las dificultades que podi^ n oponerse a la peticiôn de que fuera insti-tuida una fiesta con misa propia, presentado a la Congregaciôn de Ritos por el P. Gallifeet en 1726. Era su obligaciôn, sinticra o no sintiera lo que decia.

B) Culto social del Sagrado Corazôn

a) Car â c t e r p ù b l i c o

Desde el principio, y por voluntad del mismo Senor, segûn las revelaciones de Santa Margarita, el culto al Sagrado Corazôn revistiô una forma social. A ésta le pïdiô un triple homenaje nacional, a saber, la construccion de un templo, la consagracion del pais y la colocaciôn de su emblema en la bandera. El pueblo ha acudido preferentemente al Corazôn de Jesûs en épocas de catâstrofes pùblicas, y bien présenté tenemos el ejemplo de Francia. Por otra parte, esta devociôn nace en los tiempos en que la apostasia comienza a ser colectiva, y es muy lôgico que se pretenda acudir colectivamente al amor de Cristo por su pueblo para que la impida. En el campo politico y econômico el egoïsmo causa los grandes males de la época, y el amor des-interesado de Cristo es el mejor remedio.

Este carâcter pùblico y social de la devociôn moviô en Francia grandes ataques contra ella por parte de las fuerzas irreligiosas, que se apoyaban en el uso, mäs o menos interesado, politicamente hablando, de personas de buena fe. Es un fenômeno que se da en todas las épocas de lucha religiosa, y que nosotros hemos vivido con la fiesta y grito de Cristo Rey. La Jerarquia hablô muy claro, y déclaré el carâcter puramente espiritual y ajeno de la devociôn, y del templo erigido por voto nacional.

Las palabras con que fué hecha a «su indigna esclava, si es que ella misma no se engana, fueron: »Yo te prometo en la exccsiva misericordia de mi co-razôn que mi amor todopoderoso concédera a todos cuantos comulgaren nueve primeros viernes de mes seguidos la gracia de la penitencia final, que no mueran en su desgracia ni sin recibir los sacramentos, convirtiéndose

en su asilo seguro en aquellos últimos momentos» (cf. H a m o n, *Vie de la H. Marguerite M.* [Paris 1907] p.452).

La promesa figura, entre los escritos aprobados por la Congregación de Ritos, en los trabajos preparatorios para la beatificación de Santa Margarita, y que fué esculpiada con todo detenimiento lo demuestran los numerosos rasgos de lápiz que subrayan una y otra palabra.

Mucho se ha hablado y escrito contra tal promesa, acusándola de superstición. En cuanto a fijar el número de nueve, es muy fácil advertir que la misma Iglesia hace algo parecido cuando señala los días en que ha de comulgarse para cumplir con el precepto pascual. Conocemos muy de sobra nuestra indolencia y cómo para sacarnos de ella es necesario determinar fechas y días.

La principal dificultad la mueven quienes aseguran que esta promesa incluye una garantía de impunidad para los malvados. No es así, ni mucho menos, desde el momento en que las nueve comuniones deben ser comuniones santas, y, por lo tanto, acompañadas de buenos propósitos. En cuanto a la interpretación de la promesa, es muy distinta en diferentes autores, todos ellos de nota. Según Le Bachelet (cf. *Etudes*, 5 de agosto de 1901, p.385), el Señor no prescinde de la condición necesaria para salvarse, que es la de vivir cumpliendo los mandamientos. El que los infrinja ha perdido el *derecho* a recibir la ayuda divina en aquellos momentos, y sólo conserva la *esperanza* de que el Señor será más generosamente misericordioso con quien tuvo el derecho concedido por su promesa. En cambio, el P. Vermeersch (cf. *La grande promesse*, Paris 1903) afirma que la gracia es tan capaz de triunfar de la flaqueza humana como de la obstinación, y sobre todo de la presunción que pudiera producir haber cumplido con la condición exigida de las nueve comuniones. Esta gracia será abundante y eficaz en la hora de la muerte.

En cuanto a nosotros, nos parece que la interpretación primera es harto restrictiva y que de ser cierta la promesa no hubiera revestido los caracteres de excepcional y excesiva con que el mismo Corazón de Jesús la anuncia.

La práctica ha demostrado que nadie abusa del privilegio conseguido, o cual, por otra parte, sería un absurdo teológico, ya que si nadie puede estar seguro de que vive en estado de gracia (cf. Concilio de Trento: D 826), cómo podrá estarlo de que aquellas sus nueve comuniones fueron perfectas? De ahí que los devotos las repitan continuamente.

SECCION III. SANTOS PADRES

I. SAN AGUSTIN

Fiesta del amor

(Cf. *Serm.* 130: BAC, *Sermones* p.369 ss.)

A) Cristo encarnado

Volvamos al Hacedor de estas cosas. El es *el pan. que bajo del cielo* (Io. 6,41); un pan, sin embargo, que repara sin mengua; se le puede sumir, no se le puede consumir. Este pan estaba figurado en el mana; de donde se dijo: *Diôles pan del cielo; cornio el hombre el pan de los ângeles* (Ps. 77,24-25). ¿Quién sin Cristo es el pan del cielo? Mas para que comiera el hombre el pan de los ângeles, el Señor de los ângeles hizose hombre. Si no se hubiera hecho esto, no tendríamos su carne; y si no tuviéramos su carne, no comeríamos el pan del altar. Y pues se nos ha dado una prenda tan valiosa, corramos a tomar posesiôn de nuestra herencia. Suspiremos, hermanos mios, por vivir con Cristo, pues tenemos en prenda su muerte. ¿Cômo no ha de darnos sus bienes quien ha sufrido nuestros males? En este pais, en este siglo perverso, équé abunda, sino el nacer, trabajar, padecer y morir? Examinad las cosas humanas y desmentidme si miento. Ved si los hombres estân aqui para otro fin que nacer, padecer y morir. Taies son los productos de nuestro pais; eso es lo que abunda. A proveerse de taies mercancías bajo del cielo el divino Mercader, y porque todo mercader da y recibe, da lo que tiene y recibe lo que no tiene, da el dinero de la compra y recibe lo comprado, también Cristo diô y recibió. Pero ¿qué recibió? Lo que abunda entre nosotros: *nacer, padecer y morir. Y* ¿qué diô? *Renacer y resucitar y para siempre reinar.* ¡Oh Mercader bueno, cômpranos! Mas ¿équé digo cômpranos, si mâs bien debemos darle gracias por habernos comprado? Y ¡a qué precio! Al precio de esa tu sangre que bebemos... Si, nos das el precio... El evangelio que leemos es el acta de adquisiciôn. Siervos tuyos somos, criaturas somos tuyas, porque nos hiciste y nos redimiste. Un esclavo puede comprarle cualquiera; lo que no puede es crearle; el Señor, en cambio, creô y redimiô a sus siervos. Por la creaciôn les diô la existencia; por la redenciôn les diô la independencia. Habiamos venido a ma-

nos del principe de este siglo, el seductor y esclavizador de Adân, principio y origen de nuestra esclavitud; pero vino el Redentor y fué vencido el seductor. Y <qué le hizo el Redentor al esclavizador? Para rescatarnos hizo de la cruz un lazo, donde puso de cebo su sangre; sangre que pudo el enemigo verter y no mereció beber. Y porque derramô la sangre de quien nada le debia, fué obligado a devolver lo que debia; por haber derramado la sangre del Inocente, se le obligô a desprenderse de los culpables. El Salvador, en efecto, derramô su sangre por borrar nuestros pecados, y así quedô borrada por la sangre del Redentor la carta de obligaciôn que al diablo nos sujetaba. Porque no estâbamos sujetos a él sino por los vinculos de nuestros pecados. Ellos eran las cadenas de nuestra cautividad. Y vino El y encadenô al fuerte con su pasiôn, y entrô a su casa, es decir, a los corazones donde moraba, y *le arrebatô sus vasos* (Mt. 12, 29). Habialos él llenado de su amargura, y aun se la diô a beber a nuestro Redentor con la hiel; pero, al arrebatarle los vasos que habia—el diablo—llenado y hacérselos propios, nuestro Senor vertiô la amargura y los lleno de dulzura».

B) Amabilidad de Cristo

«Amémosle, porque es dulce. *Gustad y ved euan dulce es el Senor* (Ps. 33,9). Se le ha de temer; pero se le ha de amar todavia más. Es hombre y Dios: un solo Cristo, Dios y hombre a la vez; y como es hombre es un aima y un cuerpo, pero no dos personas. En Cristo hay, ciertamente, dos substancias: Dios y hombre; mas personas sólo una; y así, no obstante la encarnaciôn, es Dios una trinidad, no una *cuaternidad*. ^Es posible, de consiguiente, no se apiade Dios de nosotros, cuando se hizo por nosotros hombre: tanto hizo—por nosotros—que aún asombra más que sus promesas, y sus obras debennovernos a creer en lo que prometiô. A malas penas creyéramos lo que hizo de no haberlo visto. ^Dônde lo vimos? En los pueblos que tienen su ley, en las muchedumbres que le siguen. Se ha realizado así la promesa que hizo a Abraham cuando se le dijo: *En tu descendenda serân benditas todas las gentes* (Gen. 12,3). De poner los ojos en si mismo, cuando lo hubiera creído? Era un hombre, y solo, y viejo, y estéril su mujer, y de tan avanzada edad que, aun sin el defecto de la esterilidad, la concepciôn fuera imposible. No existia base alguna en absoluto donde apoyar la esperanza; mirando, empero, a quien hacia la promesa, lo creia, aun sin llevar camino. He ahí, pues, cumplido ante nosotros lo que fué objeto de su fe; creemos en consecuencia lo que no vemos por lo que viendo estamos. Engendrô a Isaac: no lo hemos visto; Isaac engendré a Jacob, lo que tampoco vimos; éste engendrô a doce hijos, que no hemos visto tampoco, y sus doce hijos engendraron al pueblo de Israel, que ahora estamos viendo. Pues que ya empecé a decir lo que estamos viendo, prosigo... Del pueblo de Israel nació la Vir-

gen Maria, que diô a luz a Cristo, y a los ojos esta côi no en Cristo son benditas las naciones todas. ôHay algo mäs verdadero? ^Hay algo mäs cierto? êHay algo mäs palmario? Vosotros, que conmigo salisteis de la gentilidad, desead conmigo la vida futura. Si ya en este siglo cumpliô Dios lo que habia prometido hacer en la *descendenda* de Abraham, ècômo no ha de cumplir sus promesas eternas a los que hizo de la descendencia de Abraham? El Apostol lo dice: Si *vosotros sois cristianos, luego sois descendientes de Abraham* (Gai. 3, 29). Son palabras del Apostol*.

C) Las realizaciones de Cristo

1251

a) E r a m o s n a d a ; y a s o m o s a l g o

*Gran cosa hemos empezado a ser; nadie lo tenga en poco. Eramos nada, ya somos algo. Nosotros hemos dicho al Señor: *Acuérdate de que somos polvo* (Ps. 102.14); mas del polvo hizo al hombre; a este polvo le djô la vida, y en la persona de Cristo nuestro Señor elevô este polvo a los reinos celestiales. De aquí, en efecto, quien hizo la tierra y el cielo. Supongamos, pues, que se nos habia hoy por vez primera de dos cosas no realizadas aun, y se nos pregunta qué cosa es mäs de asombrar: que Dios se haya hecho hombre o que el hombre se haga Dios. ¿Cuâl es mayor maravilla? ëGuâl mäs difícil? /Qué nos ha prometido Cristo? Lo que afin no hemos visto: ser hombres suyos, reinar con él y no morir por siempre jamäs. Cosa recia se nos hace creer que un hombre, salido de la nada, arribe a la vida inmortal. Y, sin embargo, esto es lo que nosotros creemos cuando se ha sacudido del corazôn el polvo dei mundo, que ciega los ojos de la fe. Esto se nos manda creer: que después de la muerte iremos con estos cuerpos, victimas de la muerte, a la vida donde no se muere. Admirable cosa, por cierto; todavia, no obstante, lo supera el morir Dios una vez. Entre recibir la vida los hombres de la mano de Dios y recibir Dios la muerte de mano de los hombres, ino parece mäs increíble lo ùltimo? Luego si esto es un hecho, creamos lo que ha de serlo. <No habrà Dios de darnos lo mäs creible, si se realizô lo mäs increíble? Dios puede hacer ângeles a los hombres, pues hace a los hombres de una semilla terrena y horrible. êQué seremos? Angeles. ¡Qué fuimos? Vergüenza da recordarlo; pero fuerza es pensarlo, aunque me ruborizo de mentarlo. êQué fuimos? <jDe dônde hizo Dios a los hombres? êQué fuimos antes de ser totalmente? Nada. Y cuando estâbamos en el seno materno, <qué cosa éramos? Imaginârselo basta. Echad del entendimiento la materia de donde salisteis y traedle a lo que sois ahora. Vivis, pero también viven las hierbas y los ârboles; sentis, mas también sienten los animales. Sois hombres, y en esto hacéis a los animales ventaja; y sois de orden superior a los animales, porque tenéis nociôn de los grandes bienes que Dios nos hizo.

Vivis, sentis, entendéis, sois hombres. <Qué otro beneficio puede compararse a éste? El de ser cristiano. Si este don no hubiéramos recibido, <de qué provecho nos fuera el ser hombres? Somos cristianos, pues; pertenecemos a Cristo. Allá el mundo se encrespe contra nosotros; no podrâ doblegarnos, porque pertenecemos a Cristo. Y si nos acaricia, no podrâ seducirnos. ¡Pertenecemos a Cristo!»

b) Gran protector hemos hallado

«Gran protector hemos hallado, hermanos. Vosotros sabéis cuán anchos se ponen los hombres con sus protectores. Amenâzase al privado de un poderoso y responde: «Viva fulano de tal, mi señor, y nada podrâs hacerme». Cuanto mâs alto y con mâs razôn podemos nosotros decir: «Viva nuestra Cabeza, y nada podrâs hacerme». Porque nuestro protector es nuestra Cabeza. Por otra parte, quien se apoya sobre un protector cualquiera, cliente suyo es; nosotros no somos sino miembros de nuestro protector. Apoyados en él, nadie podrâ separarnos, sean cualesquiera los males que nos sobrevengan en este mundo, porque todo lo que pasa es nada, y por el camino de los males llegaremos a los bienes que no pasan. Y, en llegando que lleguemos, êquién serâ poderoso a echamos de allí? Se cerrarán las puertas de Jerusalén, se pasarân los cerrojos y a los moradores de la celestial ciudad se les dirâ: *Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba, Siôn, a tu Dios, porque redoblô los cerrojos de tus puertas, bendijo a tus hijos dentro de ti y diô la paz a tu territorio* (Ps. 147,12-14). Cerradas las puertas y echados los cerrojos, ni sale amigo ni entra enemigo... Y entonces gozaremos de la verdadera y firme seguridad, si aquí no desertamos de la verdad».

III

D) El verdadero amor

El Papa, en su última encíclica sobre el Corazôn de Jesûs, parece pensar en ciertas desviaciones religiosas que menosprecian la devociôn del Corazôn de Jesûs, como si el amor fuera algo sensiblero. Véase lo que es el verdadero amor (cf. *Serm. 2 in lo.*).

a) Dos amores

«Mas icômo podemos amar a Dios, si amamos al mundo? El amor dei mundo nos separa de la caridad de Dios. Dos amores hay: el amor de Dios y el amor dei mundo. Si el amor dei mundo habita en nosotros, no tiene por dônde entrar el amor de Dios. Retirese el amor dei mundo y habite el amor de Dios. El amor mejor ocupe el lugar. Si amabas antes al mundo, no quieras ya amar al mundo. Cuando hubieres vaciado tu corazôn de amor terreno, le podrâs llenar de amor divino, y sôlo entonces empieza a habitar en ti la caridad, de la que ningûn mal puede procéder.»

◆Escuchad, pues, las palabras del que limpia. Acaba el Señor de encontrar, como un campo, los corazones de los hombres. {Y como los encuentra? Si los encuentra como bosque, lo tala; si como campo limpio, lo planta. Quiere plantar allí un árbol, la caridad. <Y que bosque hay que talar? El amor dei mundo. Oye ahora cómo se tala el bosque: *No améis al mundo*—asi sigue efectivamente—ni *lo que hay en el mundo*. *Si alguno amare al mundo, el amor del Padre no está con él* (i lo. 2,15). Ya lo habéis oído: *Si alguno amare al mundo, el amor del Padre no está con él*. Y que nadie diga para sus adentros que esto es falso. Hermanos, Dios es quien lo dice; el Espíritu Santo ha hablado por boca del Apóstol; no hay sentencia más verdadera que esta: *Si alguno amare al mundo, el amor del Padre no está en él*.

1254

b) NO AMEMOS AL MUNDO

«;Quieres tener el amor del Padre a fin de ser coheredero con el Hijo? No ames al mundo. Despide de ti el amor malo dei mundo a fin de llenarte del amor de Dios. Vaso eres, pero aún está lleno. Derrama lo que tienes para recibir lo que no tienes. Ciertamente que nuestros hermanos han renacido ya por el agua y el Espíritu Santo y nosotros también renacimos hace unos años por la misma agua y el mismo Espíritu. Bien será, pues, que amemos al mundo, no sea que quede en nosotros la señal del Sacramento para nuestra condenación y no su firmeza para nuestra salvación. Firmeza de nuestra salvación es tener la raíz de la caridad, tener la virtud de la piedad y no meramente su forma. Buena es la forma, santa es la forma; mas ¿de qué sirve la forma si no mantiene la raíz? <No se arroja al fuego el sarmiento cortado? Ten la forma, pero en la raíz. Ahora bien, ¿cómo arraigamos de modo que no os arranquéis? Asiéndolos a la caridad, como dice el apóstol Pablo: *Arraigados y cimentados en la caridad* (Eph. 3,17). Mas ¿cómo podrá arraigarse allí la caridad entre tanta maleza? Extirpa la maleza. Preciosa semilla vais a arrojar. Mirad que no haya en el campo nada que pueda ahogarla. Estas son las palabras que llamé taladoras: *No améis al mundo ni lo que hay en el mundo*. *Si alguno amare al mundo, el amor del Padre no está en él*.

1255

c) LO ETERNO Y LO TEMPORAL

«... Mas ¿por qué no he de amar lo que Dios hizo? 'Que prefieres: amar lo temporal y pasar con el tiempo, o no amar al mundo y vivir eternamente con Dios? Te arrastra el río de lo temporal; mas nuestro Señor Jesucristo nació como un árbol junto a ese río. Tomó carne, murió, resucitó, subió a los cielos. Quiso, como si dijéramos, plantarse a sí mismo junto a la corriente de los tiempos. Si tu eres arrebatado a lo profundo, agárrate al tronco. Si te arrastra el amor dei mundo, abrázate a Cristo. Por ti se hizo temporal,

para que tû llegues a ser eterno, puesto que también El de tal manera se hizo temporal que siguiô siendo eterno. Acreciôsele algo del tiempo, pero nada perdiô de la eternidad. Tû, en cambio, naciste inmortal y por el pecado te hiciste temporal. Tu te hiciste temporal por el pecado y El se hizo temporal para perdonarte misericordiosamente tus pecados.

¡Cuânta diferencia va entre dos que estân en la cârcel, uno que es reo y otro que le visita! Pues sucede a las veces que un hombre visita a su amigo preso y entra a visitarle en la cârcel y ambos parece que estân en la cârcel. Sin embargo, gran distancia, gran diferencia va del uno al otro. Al uno le oprime su crimen; al otro le llevô alli su humanidad. Pues de la misma manera en esta cârcel de nuestra mortalidad nosotros éramos reos. El descendit) por su misericordia. Entre» al cautivo como redentor, no como opresor. El Señor derramô por nosotros su sangre, nos redimiô y cambiô nuestra esperanza. Ciertó que todavía arrastramos la mortalidad de la carne y estamos esperando la inmortalidad futura. Ciertó que fluctuâmes aún entre las ondas del mar, pero ya tenemos fija en tierra el âneora de nuestra esperanza. No amemos, pues, al mundo ni lo que hay en el mundo, porque cuanto en el mundo hay es deseo de la carne y deseo de los ojos y ambição dei siglo».

d) El mundo

«Esas tres cosas son las que hay en el mundo, no sea que alguna diga: «Lo que hay en el mundo Dios lo hizo», a saber, el cielo, la tierra, el mar, el sol, la luna, las estrellas, los ornamentos todos de los cielos. ^Cuales son los adornos del mar? Todos los peces. £Cuâles los de la tierra? Los animales, los ârboles, las aves... <Por qué, pues, no he de amar lo que Dios hizo?» ¡Que el espíritu de Dios te asista para que veas que todas esas cosas buenas son! Mas ¡ay de ti si amas lo criado y abandonas al Creador! Hermosas son para ti; mas ¡cuânto más hermoso no será el que las forme» todas? Atienda vuestra caridad, pues por medio de semejanzas podéis instruiros, no sea que os deslice Satanâs y os sople como suele: «¡Gozad en hora buena de las criaturas de Dios! êA qué fin las hizo sino para que gocéis de ellas?» Y luego se embriagan y se pierden y se olvidan de su Creador. Al no usar templadamente, sino con codicia, de las criaturas, se desprecia al Creador. De los tales dice el Apôstol: *Honraron y sirvieron a la criatura más bien que al Creador, que es bendecido por los siglos* (Rom. 1,25). No te prohíbe Dios que âmes esas cosas, sino que las âmes poniendo en ellas tu bienaventuranza. Bien que las tengas por buenas y alabes, mas para amar al Creador».

e) Una co x îparaciôn

«Una comparaciôn, hermanos. Si un esposo manda fabricar un anillo para su esposa y esta lo recibe y ama mäs al anillo que al esposo que se lo regalô, <no es cierto que en el don mismo del esposo se muestra adultera el aima, por mäs que ame lo que el esposo le regalô? Ciertó que ama lo que le diô el esposo. Sin cmbargo, iqué tal esposa dijéramos que era la que se dijera: «Bâstame con el anillo. No quiero ver ya la cara de mi esposo?» ¡Quién no detestaria semejante locura? ¡Quién no tendria un ânimo así por adûltero? ¡Amas el oro en vez de tu marido! ¡Amas el anillo en lugar de tu esposo! ¡Luego es que te diô el arra, no con el fin de ganarte la voluntad, sino de enajenârsela? Mas lo cierto es que el esposo da el arra para que en su arra sea él mismo amado. En conclusion, Dios fué quien te diô todas esas cosas. Mäs es que todo eso lo que El te quiere dar. Quiere dêrsete a si mismo, que hizo todas las cosas. Mas si pones tu amor en esas cosas, por mäs que fué Dios quien las hizo y por amar al mundo abandonas al Criador, ¿no será tu amor reputado como adulterino?»

SAN BERNARDO

r

Triple modo de amor a Dios

(Cf. *Sermôn 20 sobre el Cantar de los Cantares*: BAC. *Obras complétas* t.2 p.119 ss; PL 183,867 ss.)

A) Obligaciôn de amar a Cristo

a) MOTIVOS DE ESTE AMOR

«Para que comience este sermôn con las palabras del Maestro 'San Pablo): *El que no ama al Señor Jesûs sea anatema* (i Cor. 16, 22). Muy obligado estoy a amar a Aquel que es el autor de mi ser, de mi vida y de mi razôn y no puedo ser ingrato a tantos favores sin hacerme indigno de ellos. Ciertó, es preciso reconocer, Señor Jesûs, que quien rehusa vivir para ti es reo de muerte, y en realidad muerto estâ; que aquel cuyos sentimientos no son conformes a tus maximas celestiales es un insensato, y el que no tiene cuidado de no estar en este mundo sino para ti no pasa de ser nada, pura nada. Porque <en qué es el hombre algo sino en cuanto le haces la merced de que te conozca y te ame? (Ps. 143,3). Para ti solo, Dios mio, lo has criado todo, y quien no quiere vivir en el mundo sino para si y no para ti comienza a ser nada y a no tener ya lugar entre todos los seres. *Terne a Dios y observa sus mandamientos.*

porque esto, dice el Sabio, es el todo del hombre (Eccli. 12,13). Si, pues, el todo del hombre en eso consiste, sin eso todo hombre será nada. Dame, Señor, que este poco que te plugo que yo fuera por tu bondad no sea para mi, sino todo para ti. Recibe, te suplico, los despojos de mi miserable vida, y por todos los años que perdi empleándolos en perderme, no deseches un corazôn abatido de aflicciôn y arrepentimiento y traspasado de dolor y pesar. Mis dias se han desvanecido como sombra y han transcurrido sin fruto. Imposible recuperarlos; haz siquiera, si te place, que los rumie ante ti con amargura de mi aima. Tu ves mis deseos, tû calas todos los designios de mi corazôn. Si yo tuviera alguna sabiduria, bien sabes que no la emplearia sino para ti. Pero, Dios mio, tû conoces perfectamente todos mis extravios y mi necesidad; acaso sea un principio de sabiduria el reconocer que me falta, aunque eso mismo es don de tu gracia. Auméntamela, te ruego; no seré ingrato a esto poco que me des; antes procuraré adquirir lo que me falta. Todos estos beneficios me determinan a amarte con todas mis fuerzas.

b) El motivo mayor

1259

«Pero hay algo que me excita aún más, que me aprieta más, que me urge más a amarte. El cáliz que has bebido, ese brebaje de nuestra redenciôn, hace que seas para mi infinitamente más amable, ¡oh buen Jesûs! Esto es lo que acaba de ganarme, esto es lo que atrae mi amor con más dulzura, le exige con más justicia, le estrecha con lazos más fuertes y le abraza con mas vehemencia. ¡Cuántos trabajos y fatigas ha soportado mi Salvador por rescatarme! Toda la inmensa fâbrica dei mundo no le ha costado tanto. A su palabra todo quedô hecho; mandôlo, y todo fué criado (Ps. 32,9). En cambio, para realizar la obra de mi redenciôn soportô en sus enseñanzas contradictores; en sus obras, envidiosos censores; hur-las sangrientas en sus tormentos e irritantes insultos en su muerte. Tal ha sido el exceso de su amor. Aüadid todavia, para colmo de favores, que no nos ha vuelto amor por amor, sino que gratuitamente nos ha amado. Porque *équién es el que le diô a El primera para que pretenda por ello rétribution?* (Rom. 11,38). De aqui que diga el evangelista San Juan: *En esto consiste su caridad, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amô primero a nosotros* (1 Jo. 4,10). Nos amô siendo todavia nada nosotros; más aún, nos amô cuando resistiamos obstinadamente a su amor, según testimonio de Pablo, que dice: *Cuando éramos enemigos de Dios fuimos recontiliados con El por la muerte de su Hijo* (Rom. 5,10). Pero, cierto, si El no hubiera amado a sus enemigos, no los poseeria como amigos, como tampoco existirian aún los asi amados por El si no hubiese amado a los aún no existentes».

♦ Amor dulcemente, sabiamente, fuertemente tierno. Llamaria-lo dulce por haberse revestido de nuestra carne; sabio, porque la tomô exenta de pecado; fuerte, porque sufrió la muerte. A los que visitô en la carne no les amô corporalmente, sino con la prudencia del Espíritu. Pues nuestro Señor Jesucristo, *que es espîritu, se ha hecho présenté a nosotros* (Thren. 4,20), estando animado para con nosotros de celo divino, no humano, y de amor mâs puro que el de Adân a su esposa Eva; de forma que a aquellos a quienes vino a buscar en la carne los amô en espîritu y rescatôlos con el poder de su brazo. ¡Qué espectáculo tan dulce y consolador ver al Creador del hombre hecho hombre y, al alejar con inefable sabiduría el pecado de su naturaleza, con su poder triunfar igualmente de la muerte! Al vestirse de nuestra carne manifiesta su amable condescendenda con nosotros; al rechazar de sí al pecado, mira por su honor, y al aceptar la muerte, satisface de lleno a la divina justicia, mostrândosc a la vez tierno amigo, prudente consejero y poderoso protector.»

«Entrégome seguro a Aquel que quiere salvarme; que sabe como y que puede realizarlo. Al que ha buscado le ha llamado también con su gracia; ¿serâ posible que le deseche cuando a El se vuelva? ¡Oh! No temo que ni la violencia ni el artificio me puedan jamás arrancar de los brazos de Aquel que venció a la muerte, vencedora de todos, y engañô a la serpiente con artificio mâs ingenioso que aquel que ella empleô para seducir a todo el mundo, siendo en esto mâs prudente y poderoso. El se vistiô realmente de la carne, pero tornando sólo la semejanza del pecado: dando en lo uno dulce consuelo al hombre enfermo y flaco y ocultando con prudencia en lo otro el lazo que queria tender al demonio. Y, a fin de reconciliarnos con su Padre, sufrió generosamente y domô la muerte, derramando su sangre como precio de nuestro rescate. Luego si esta soberana Majestad no me hubiera amado tiernamente, no me habria buscado en mi prisión. Pero junto con el amor la sabiduría, para burlar al enemigo de nuestras almas, y la paciencia, para aplacar la cólera de su Padre. Estas son las normas que os promet!; pero he querido manifestâroslas en Cristo para que mâs las apreciéis*.

C) *Amor dulce, prudente, valeroso*

a) Cristo, modelo de amor

«Aprende, cristiano, de Cristo como has de amarle. Aprende a amarle dulcemente, a amarle prudentemente y a amarle valerosamente. Dulcemente, para no ser atraído; prudentemente, para no ser reducido; valerosamente, para no ser apartado del amor de Cristo. A fin de que la gloria del mundo o los placeres de la carne no te arrastren, la Sabiduría, que es Cristo, tenga para ti atractivos y dulzuras superiores a ellos. Para no ser abatido por las adversidades, procura que la verdad de Dios, que es Cristo, te fortalezca. La caridad inflame tu celo, la ciencia lo ordene y la constancia lo afirme. Sea fervoroso ese celo, sea circunspecto, invencible. No sea tibio, no carezca de discreción ni de fortaleza. Considera como estas tres cosas fueron presentes en la Ley, cuando Dios dice: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu aima y con todas tus fuerzas* (Deut. 6,5). Paréceme, si tú no tienes otro mejor sentido que dar a esta triple distinción, que el amor del corazón se refiere al celo del afecto; el amor del aima, a la destreza o al juicio de la razón, y el fuerte, a la constancia y vigor del espíritu. Ama, pues, al Señor tu Dios con el afecto de un corazón lleno y entero; ámale con toda la sabiduría y vigilancia de la razón; ámale con todas las fuerzas del espíritu, de suerte que no temas ni siquiera el morir por amor suyo, según aquello que está escrito: *El amor es fuerte como la muerte; recios como el infierno son los celos* (Cant. 8,6). Sea el Señor Jesús para tu afecto un objeto de dulzura, a fin de destruir la dulzura criminal de los placeres de la vida carnal: una dulzura supere a la otra como con un clavo se expulsa otro clavo. Sea Él para tu entendimiento luz que guíe tu razón, no sólo para evitar las asechanzas que la malicia de los herejes arma contra ti y conservar pura tu fe de sus ardides, sino también para que cuides de tu conducta. Sea también constante y generoso tu amor, sin ceder al temor ni sucumbir ante el trabajo. Amemos, pues, afectuosamente, con circunspección y con ardor, sabiendo que el amor del corazón, que llamamos afectivo, es dulce, si, pero engañoso no yendo acompañado del de la voluntad; y que éste, a su vez, si no va con fortaleza y constancia, aunque es razonable, se muestra flaco y frágil en los trances difíciles».

b) Amor humano y amor espiritual

«Y mira en algunos ejemplos claros que así es como decimos. Al anunciar Jesús a sus discípulos su próxima partida al Padre, quedáronse muy tristes, por lo cual les dijo el divino Maestro: *Si me amaseis, gozaríais de que voy al Padre* (Io. 14,28). ¿Cómo así? Aquellos que se dolían de que los dejaba, ¿no le amaban?

Amâbanle, sin duda, aunque puede decirse que no le amaban. Amâbanle humanamente, no espiritualmente. Amâbanle, finalmente, con todo el corazôn, mas no con toda el aima. Su amor era contrario a su salvaciôn. Por esto les aüadiô: *Os conviene que yo me vaya* (lo. 16,7); culpando al consejo, no al afecto.

Y cuando, hablando de su muerte, reprendiô y reprimiô a Pedro, que le amaba tiemamente y queria estorbarla, <qué reprendiô en él sino la imprudencia? Porque <qué quiere decir esta palabra: *Eres incapaz de saborear las cosas de Dios* (Mc. 8,32,33), sino tù no me amas con sabiduria porque te dejas llevar de un afecto humano contrario al consejo divino? Por eso le llamô Satanâs, por oponerse a su propia salvaciôn, aunque sin saberlo, queriendo impedir la muerte del Salvador. Después de corregido y reprendido, Pedro no pretendiô mäs oponerse a su muerte; antes, cuando Jesûs vino a hablar de nuevo de este triste asunto, ofreciôse a morir con El, aunque no cumpliô por entonces su promesa, no habiendo llegado aun al tercer grado del amor, que consiste en amar a Dios con todas las fuerzas. Estaba dispuesto a amarie con toda su alma, mas era todavia flaco su amor. No le faltaba el conocimiento, pero faltâbale el vigor; no ignoraba el misterio, pero temia el martirio. Su amor, por tanto, no era todavia fuerte como la muerte, ya que la muerte le hizo sucumbir. Lo fué poco tiempo después, cuando, hallândose ya revestido de la fortaleza de lo alto, según promesa de Cristo, comenzô a amar con tanta valentia que, cuando el Consejo de los judios le prohibiô predicar el nombre de Jesûs, él respondiô generosamente a los que se lo prohibian: *Mas vale obedecer a Dios que a los hombres* (Act. 5,29). Entonces amô con todas sus fuerzas, pues sacrifico generosamente su misma vida en aras del amor; pues *nadie tiene amor mas grande que el que da la vida por sus amigos* (lo. 15,13). Y si entonces no la diô, es évidente que se expuso a perderla. Asi, pues, el no dejarse atraer por halagos, ni seducir por artificios, ni abatir por injurias y ultrajes, eso es amar de todo corazôn, con toda el aima y con todas las fuerzas».

D) Amor al Verbo encarnado

1264

a) Causa de la encarnaciôn

«Mas observad que el amor del corazôn es aún algo humano, por inspirer al corazôn del hombre mayor afecto a Cristo en cuanto hombre y a lo que le concierne. El que estâ lleno de este amor se conmueve y entemecc fâcilmente con cualquier consideration o lectura relativa a este piadoso asunto. Nada oye mäs gustoso, nada lee mäs ansioso, nada repasa en su memoria con mäs frecuencia ni tiene meditaciôn mäs dulce y agradable que ésta. Los sacrificios de sus oraciones con esto se perfeccionan, pareciéndose a las victimas pingues y hermosas que cran ofrçcidas al Señor. Sicm-

pre, al orar, la imagen sagrada del Hombre Dios se presenta a sus ojos, ora en su humilde nacimiento, ora en el regazo de su purísima Madré, ora enseñando, ora muriendo, ora resucitando, ora subiendo al cielo; y la atenta contemplación de cualquiera de estos misterios impulsa indfectiblemente su corazón al amor de las virtudes, a purificarse de los vicios sensuales, a huir de los placeres, a ordenar sus afectos y deseos. Creo ser ésta la causa principal que ha determinado a Dios, naturalmente invisible, a hacerse visible en carne humana, a fin de poder tratar y conversar con los hombres de quienes se hizo semejante; quiso por ahí convertir en amor provechoso y saludable los afectos carnales del hombre, que no acertaba a amar sino carnalmente, elevándole como por grados al amor espiritual. Finalmente, <no os parece que se hallaban aun en ese grado inferior aquellos que decían: *Ya ves que nosotros lo hemos abandonado todo por seguirte?* (Mt. 19,27). Sin duda lo habían dejado por amor humano a Jesús y deseosos de gozar de su presencia corporal; y de ahí que ni pudieran soportar les hablara de su pasión y muerte, y que cuando les anunció su partida de este mundo se llenasen de tristeza, lo cual hubo de afeárselos el mismo Cristo diciéndoles: *Porque os he dicho estas cosas se ha llenado de tristeza vuestro corazón* (Io. 16,6). Así, la gracia de su presencia corporal les había curado de todo amor carnal y puramente humano».

b) Un amor más excelente

12G5

«Luego les propuso otro grado de amor más excelente al decirles: *El espíritu es quien da la vida; la carne de nada sirve* (Io. 6,64). A este grado había llegado ya aquel que exclamaba: Aunque *antes conocimos a Cristo en la carne, ahora ya no le conocemos así* (2 Cor. 5, 16). Tal vez lo había alcanzado también Jeremías al decir: *El Cristo del Señor nos ilumina con su Espíritu* (Thren. 4,20); por cuanto lo que añade en seguida, a saber: A su *sombra viviremos entre las naciones* (ibid.), juzgo lo dice hablando en persona de los principiantes, los cuales, como no son bastante robustos para soportar los rayos del sol, necesitan descansar a la sombra y nutrirse aún con las dulzuras de la carne, no pudiendo afin gustar las cosas del Espíritu de Dios».

14

c) Amor a la divinidad de Cristo

126G

«Pues bien, creo yo que la sombra de Cristo es su carne y que con esta sombra quedó envuelta María (Le. 1,35) a modo de vélo que templase el calor y resplandor del Espíritu. Consuélese, pues, entre tanto, con la devoción y amor a Cristo en cuanto hombre aquel que todavía no tiene el espíritu vivificante, a lo menos en el grado que lo poseen aquellos que dicen: *El Cristo del Señor nos alumbra y está presente en nosotros con su Espíritu*, y aquellos otros que exclaman: *Aunque antes conocimos a Cristo en la carne, ahora*

vu le conocemos en el Espíritu. No queremos con esto significar que se pueda amar a Cristo en cuanto hombre sin la gracia del Espíritu Santo, sino solo que tal amor no es aún perfecto. Lo propio de este amor es llenar el corazón totalmente con su dulce suavidad y poseerlo plenamente, desarraigando de él los atractivos y seducciones de las cosas creadas, y es lo que llamamos amar con todo el corazón. Ciertamente, si yo prefiriese a la carne de Cristo el amor a la carne y sangre y los placeres que pueden proporcionarme, haciéndome observar sólo imperfectamente lo que Él me enseñó con sus palabras y ejemplos durante su vida mortal, ¿no sería esto una prueba palmaria de que no le amo aún con todo mi corazón al tenerlo repartido entre Él y yo dándole a Él una parte y reservando la otra para mí? Por eso dice Cristo: *El que ama a su padre o a su madre más que a mí no es digno de mí*, (Mt. 10,37). Así, para decirlo en pocas palabras: amar a Cristo con todo su corazón es preferir el amor de su carne sagrada a todo lo que nos puede liasonjear en la nuestra propia o en la de otros. En lo que yo comprendo también la gloria mundana; porque la gloria del mundo es la gloria de la carne, y los que en ella se complacen, sin duda son todavía carnales».

J267

d) DOX DEL ESPÍRITU SANTO

♦Pero aunque esta devoción y amor a la carne de Cristo sea un don, y precioso don del Espíritu Santo, aún se le puede llamar carnal o humano, siquiera respecto de aquel otro amor, que no tanto tiene por objeto al Verbo hecho carne cuanto al Verbo sabiduría, al Verbo justicia, al Verbo verdad, al Verbo santidad, piedad, virtud y todas las demás perfecciones. Pues Cristo *fué constituido por Dios para ser con relación a nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención* (1 Cor. 1,30). ¿Ús parece que estarán animados de unos mismos sentimientos de afecto el que se compadece con lástima de los sufrimientos de Cristo, que siente vivo dolor por ellos, que se entemece fácilmente con sólo recordar lo que el Señor padeció, que se alimenta con la dulzura de esta devoción y es fortalecido con ella para toda obra saludable, santa y piadosa, y aquel otro que vive siempre abrasado en las llamas de celo por la justicia, que arde en amor a la verdad, que siente vivas ansias de alcanzar la sabiduría, que ama la santidad de vida y el arreglo de las costumbres, que se avergüenza de toda porfía, aborrece la murmuración, no sabe qué cosa sea envidia, detesta la soberbia y no sólo huye de toda gloria humana, sino que profundamente la desprecia, que abomina y se esfuerza en destruir en sí toda impureza de la carne y del corazón y, en fin, desecha, como naturalmente, todo lo malo y abraza todo lo bueno? ¿No es cierto que, si se comparan entrambos afectos, consta que aquél frente a este ama como carnalmente?»

c) El verdadero amor a Dios

«Mas este amor carnal no déjà de ser bueno, pues por él la vida de la carne es desterrada, el mundo vencido y despreciado. Además, es medio eficaz de progresar en la virtud y llegar al amor racional; este, a su vez, se convierte en perfecto al espiritualizarse del todo. Ahora bien, se convierte en racional cuando las ideas que nos inspira acerca de Cristo comunican tal firmeza a nuestra fe que ni los sofismas del error ni los lazos de la herejia o del demonio son capaces de apartarnos un ápice de la doctrina de la Iglesia, e igualmente cuando nos inspira tal cautela en nuestro proceder, que nunca traspasamos los límites de la discreción, bien por superstición, por ligereza o llevados de un fervor y celo inmoderados. Y en esto consiste el amar a Dios con toda el alma, según arriba dijimos. Si juntamente con esto la gracia del Espíritu Santo comunica al alma tal valor y brio que ni los trabajos más penosos, ni la crudeza de los tormentos, ni el temor de la muerte misma son capaces de desviarla en lo más mínimo de la justicia, entonces podrá decirse que ama a Dios con todas sus fuerzas, en lo cual consiste el amor puramente espiritual. Si no me engano, así debe ser calificado aquel amor que proviene de la plenitud del Espíritu Santo, que lo engendra en el alma. Y baste lo dicho acerca de las palabras de la Esposa: *Las doncellitas te aman por demás* (Cant. 1,2).

En lo que signe dignese abrírnos los tesoros de su misericordia, de los que es custodio Jesucristo, el que, como Dios verdadero, vive y reina con el Padre, en unidad del Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén>>.

SECCK)\ II . TEOLOGOS

I. SANTO TOMAS

Fundamentos teológicos

En el siglo en que Santo Tomâs ensenô no se conocia el culto o devociôn Corazôn de Jesûs como tal culto. Por eso no hay alusiôn ninguna directa en las obras del Doctor de Aquino. Se encuentran, sin embargo, en la *Santa* los fundamentos teológicos para comprender esta devociôn, hoy muy extendida y practicada en la Iglesia.

A) En el culto al Corazôn de Jesûs se honra la persona divina de Cristo

«Se honra propiamente hablando a toda la cosa subsistente; porque nosotros no decimos que se honra la mano del hombre, sino al hombre, y si alguna vez se dice esto en el sentido de que estas partes se honren en si mismas, es porque en estas partes se honra al todo; por cuya manera también puede honrarse al hombre en alguna cosa exterior, por ejemplo, en su vestido o en su imagen o en su representante* (4 q.25 a.i c).

B) Es culto especial por ser distinto el motivo

Dicen los teólogos y lo expone bellamente Pio XII en la «Haurietis aquas* que el motivo u objeto formal de la devociôn al Corazôn de Jesûs es el amor que tiene a los hombres. En el pârrafo que transcribimos a continuaciôn nos ensena el Angelico que este motivo puede diversificar un culto.

«La causa del honor es el motivo por el que es honrado tiene alguna excelencia: porque el honor es la reverencia tributada a alguien a causa de su superioridad. Y por esto, si en un mismo hombre hay muchas causas de honor, como la dignidad, la ciencia y la virtud, el honor sera uno de parte del que es honrado, pero mûltiple en relaciôn a las causas que lo motivan; porque el hombre es a quien se honra por su ciencia y por su virtud. Asi, pues, existiendo en Cristo una sola persona de la naturaleza divina y humana, una hipôstasis y un solo supuesto, no hay mäs que una sola adoraciôn

y un solo honor relativamente al que es adorado. Pero por parte de la causa, por que se le honra, puede decirse que hay más de una adoración, es decir, que se le honre con un honor por su sabiduría increada y con otro por su sabiduría creada» (ibid., a.i c).

C) *El culto al Corazón de Jesûs es culto de latria y de dulia* 1271

«El honor de adoración se debe propiamente a la hipóstasis subsiguiente; sin embargo, la razón del honor puede ser algo no subsistente, por lo que se honra a la persona, en que se encuentra. Luego la adoración de la humanidad de Cristo puede entenderse de dos maneras:

1.a Refiriéndose a él como a la cosa adorada, y en este caso adorar la carne de Cristo no es otra cosa que adorar al Verbo de Dios encamado, como adorar el vestido de un rey no es otra cosa que adorar al rey vestido, y según esto la adoración de la humanidad de Cristo es adoración de latria.

2.a La que se hace por razón de la humanidad de Cristo perfeccionada por todo don de gracia. Así la adoración de la humanidad de Cristo no es adoración de latria, sino adoración de dulia, de tal suerte que una y la misma persona de Cristo es adorada con adoración de latria a causa de su divinidad, y con adoración de dulia a causa de la perfección de su humanidad. Esto no es inconveniente, puesto que al mismo Dios Padre se le debe el honor de latria por su deidad, y el honor de dulia por el dominio con que gobierna a la criatura. Así que sobre aquello (Ps. 7): *Senor, Dios mio, en ti esperé*, dice la Glosa (interl.): *Se le debe el culto de latria couo Dios de todas por la creation** (cf. ibid., a.2 c).

D) *La imagen del Corazón de Jesûs debe ser adorada con culto relativo de latria* 1272

«El movimiento del alma hacia la imagen es de dos maneras:

1.a A la misma imagen, según que es una cosa.

2.a A la imagen, según que es la imagen de otro objeto.

Y entre estos dos movimientos hay esta diferencia: que el primero, por el que uno se mueve hacia la imagen, según que es cierta cosa, es distinto del movimiento que se refiere a la cosa; mas el segundo, que se refiere a la imagen como tal, es uno y el mismo con el que se refiere a la cosa. Así, pues, debe decirse que a la imagen de Cristo, en cuanto es cierta cosa (por ejemplo, un madero labrado o pintado), ninguna reverencia se le tributa, porque esta no es debida sino a la naturaleza racional. Dcdûcesc, pues, que se v'Nhibc reverencia solamente en cuanto es imagen, y así se sigue

que se tributa la misma feverencia a la imagen de Cristo y a Cristo mismo. Luego, como se adora a Cristo con adoraciôn de latria, es consiguiente que su imagen debe ser adorada con culto de latria» (cf. *ibid.*, a-3 c).

II. SAN BUENAVENTURA

La caridad del Corazôn de Jesûs

En el tratado *Vitis Mystica*, cuya autenticidad, después de muchas investigaciones, parece hoy indudable, elige San Buenaventura la rosa para ver en ella simbolizada la ardiente caridad del Corazôn de Cristo. que nos amô gratuitamente hasta derramar su sangre por nuestro amor. En esa rosa, por tanto, podemos considerar el Corazôn divino de Jesûs, y de aqui el interés que pueden tener las ideas que el Santo expone, que darân a la predicaciôn una unciôn singular (cf. BAC. *Obras de San Buenaventura* t.2, *La Vid mistica* p.663 ss.).

1273 **A) El Corazôn de Jesûs, simbolizado en una rosa encarnada**

«En el benignisimo Jesûs, nuestra Vid, florece la rosa bermeja y encendida. Bermeja de la sangre de la pasiôn, encendida por el fuego de la caridad, aljofarada con lâgrimas del dulce Jesûs. Llorô, en efecto, llorô y fué contristado el bondadosisimo Jesûs, alegría mia y gozo de los ângeles. Dice San Pablo (Hebr. 5,7): *En el tiempo de su vida mortal, ofreciendo plegarias y ruegos con grande clamor y lâgrimas al que podia salvarla de la muerte, fué oido por su reverenda.* ¡Oh corazôn mio!, no de carne, sino de piedra, oyes que el grande y ôptimo Jesûs, durante su vida mortal, vivida por mi amor, se banô en llanto, ;y tû aún continûas ârido? ¡Oh corazôn duro!, oyes haberse conmovido por ti hasta las lâgrimas aquel que no *sera conmovido eternamente* (Ps. 124,1), ' & tû ni aun asi hasta las lâgrimas te conmueves? Aüadiré el fuego de la caridad y la sangre de la pasiôn, a ver si tû te enciendes, si te ablandas y ofreces algunas lâgrimas ai dulcisimo Jesûs a cambio de sus lâgrimas y de su sangre. Y, si fuere menester, tomaré el pesado martillo y te golpearé al férreo yunque para que, asi a lo menos, saïgas de tu insensibilidad. Si estuvieses ârido *como tierra sin agua* (Ps. 142,6), con facilidad podrias ablandarte con solo el riego del llanto de Jesûs dulcisimo; mas si, a causa del frio de tus muchas iniquidades, tuvieses la dureza de la roca, echaré mano de fuertes instrumentos, del martillo de la cruz y de bien forjadas escarpias, a fin de que, traspasado con ellas, des libre curso a la fuente de lâgrimas saludables...» (cf. o.c., c.15,1: BAC, t.2 p.709).

B) Su amor inmenso a los hombres

1274

•Visio el color de la rosa, resta ver su ardor, esto es, el amor que nos manifesté Jesûs en su Pasiôn. Notaremos el ardor de esta rosa de caridad si ahincadamente considérâmes quién es el amante, por qué, a quiénes y en qué grado amô el amante misericordioso, aquel nuestro Amante, mayor que el cual no hay ninguno, ni mäs rico, ni mäs fuerte, a quien todo espíritu confiesa y dice (Ps. 15,2): *Tû eres mi Dios, por cuanto no tienes necesidad de mis bienes*. En esas palabras dei Salmista se declara bien quién sea el amante y el porqué de su afecto. Nos amô, no porque esperase de nosotros cosa alguna, pues *no necesita de nuestros bienes*, sino por su caridad gratuita. Si algo bueno hubiese en nosotros que El codiciase, no lo tendríamos de nosotros mismos, sino de El. <Cuâles nos amô? Lo explica el Apôstol cuando dice (Rom. 5,10): *Siendo todavia sus enemigos, fuimos reconciliados con Dios*. Enamorôse el justo de los inicuos, el hermoso de los feos, *el bueno y piadoso* (Iudith 11,6) de los pecadores e impios...» (cf. ibid., c.16, o.c., p.715).

C) La Pasiôn de Cristo, manifestaciôn de su amor 1275

<^Cuanto nos amô? Veâmoslo. Mas iquién serâ suficiente a declararai lo incomprensible?

Para explicar esta palabra es necesario entreteter la rosa de la Pasiôn y la rosa de la caridad, a fin de que la rosa de la caridad arda en la Pasiôn y la rosa de la Pasiôn se inflame en el fuego de la caridad. Tanto nos amô nuestro Amante que, formado del ardor de la caridad, diô consigo en las Hamas de la Pasiôn y *entregô su aima a la muerte y muerte de cruz* (Phil. 2,3): no a la muerte pasajera y final, sino a la que comenzando en su nacimiento, duré hasta el ultimo suspiro entre acerbisimas torturas. Pues cuanto padeciô Jesûs en su vida mortal, todo pertenece a la pûrpura encendida de la rosa de la Pasiôn; si bien esta rosa se coloreô senaladamente con las frecuentes efusiones de su sangre sacratisima...» (cf. ibid., c.17, o.c., p.715).

D) El amor del Corazôn de Jesûs en las efusiones de su sangre 1276

«Asi como la rosa, cerrada con el hielo de la noche, cuando el sol naciente la hiere con sus rayos âbrese toda y los pétalos desplegados muestran en su pûrpura un cierto ardor apacible; asi también la deliciosa flor del cielo, el ôptimo Jesûs, que desde el pecado del primer hombre estaba como cerrada dei frio nocturno, y no suministraba a los pecadores plenitud de gracia, al venir, en fin, *la plenitud de los tiempos* (Gai. 4,4), encendida con los rayos de ardorosa

caridad, se abrió toda de par en par, y la llama de la rosa de amor resplandeció en la purpura viva de la sangre.

Ya ves cómo floreció en Jesús esta flor de rosa. Mira todo su cuerpo; idónde no hallarás flor de rosa? Mira una mano, mira la otra, mira los pies: ¿no ves flores de rosa? Mira la llaga del costado: tampoco falta la rosa, si bien algo pálida por el agua mezclada con la sangre; porque *agua y sangre brotaron* de esa herida (Io. 19,34). El buen Jesus vino *a lavar nuestros pecados con agua y sangre*. ¡Oh suavísimo Señor y Salvador del universo, amado Jesús!, ¿qué gracias te daré? ¡Cómo te serviré dignamente tanta sangre por mi derramada desde la aurora de tu nacimiento hasta tu muerte acerbísima, y aun después de tu muerte? Manifiestarme quisiste con tan frecuentes efusiones de sangre el ardor de tu caridad maravillosa. ¡Cuántos pétalos agrandan y hermean tu rosa! ¿Quién podrá contarlos? Enumera las gotas de sangre vertidas del costado y cuerpo de Jesús amorosísimo y tendrás contado las hojas de la rosa de la pasión y de la caridad. Cada una de las gotas es un pétalo» (cf. *ibid.*, c.23, o.c., p.725-727).

E) *El Corazón de Cristo, nuestro refugio*

◆ Sube, sube al paraíso de la caridad; vuela al *Corazón alto* (Ps. 63,7), porque muy alto está Aquel a quien buscas... Penetra, pues, ¡oh alma!, en este paraíso, más delicioso que todos los jardines, ahora por la meditación—no puedes de otro modo—, a fin de que más tarde, en alma y cuerpo puedas entrar en el paraíso celeste. Ni has de contentarte con una ojeada rápida, una vez dentro de este paraíso, antes debes volar de flor en flor y libar el nectar de todos sus cálices. Arroyos de sangre vierten las flores ya de un lado, ya de otro; a nosotros toca introducirnos en ellas cada vez más íntimamente. En todas partes hemos de buscar la devoción, la gracia de la compunción lacrimosa; de ambos lados hemos de considerar cuán crueles fueron las heridas de los clavos, la rotura de las venas, el quebranto de los huesos en las manos del Artífice del cielo y de la tierra... Mas en tanto que meditamos estas cosas, será bien repetir muchas veces: *Vuélveme la alegría de tu Salvador* (Ps. 50,14), imitando a la abeja, que, mientras vuela, déjá oír un blando susurro y no calla hasta que ha penetrado en la flor para recoger y libar la dulzura de la miel codiciada. Dichosa tu si, admitida dentro de las llagas de Cristo—ensangrentadas flores de nuestro florido y ameno paraíso—, lograras verte enteramente libre del estrépito del mundo y de los asaltos de las tentaciones, y, toda ocupada en Aquel a cuya audiencia fuiste admitida, pudieses gustar y ver cuán bueno y dulce es Jesús. De igual modo se han de visitar los pies del Señor, no menos lastimados y doloridos que las manos. Atravesados y perforados, derraman sangre a torrentes y están en sangre banados» (cf. *ibid.*, c.24, o.c., p.729-731).

F) *El Corazôn de Jesûs nos pide correspondencia en el amor* ^8

«Penetremos en el corazôn humildísimo dei excelso Jesûs. La puerta es el costado abierto por la lanza. Aquí estâ escondido el tesoro inefable y deseable de la caridad; aquí se encuentra la devoción, se obtiene la gracia de las lâgrimas, apréndese la mansedumbre y la paciencia en las adversidades, la compasión para con los afligidos, y, sobre todo, aquí se halla un *corazôn contrito y humillado* (Ps. 50,19). Jesûs, tan bueno y tan grande, desea tus brazos y para abrazarte te esnora. Inclina la florida cabeza faspasada de punzantes espinas, invitândote con el ôsculo de paz. Parece decirte: Mira como estoy transfigurado, desgarrado, inmolado, y todo por traerte sobre mis hombros, oveja mia descarriada, y conducirte a los pastos beatificantes del paraíso. Pâgame el recambio. Apiâdate de mis llagas, y en la figura en que ahora me contemplas *ponme como sello sobre tu corazôn, como sello sobre tu brazo* (cf. Gen. 1,26 ss.), para asemejarte a mi y a mi martirio en todos los pensamientos de tu corazôn y en todas las empresas de tu brazo. Al crearte, te formé a mi divina imagen; me conformé, para reformarte, a tu imagen humana. Tû, pues, que no conservaste la imagen de mi divinidad impresa en ti en tu formación, conserva a lo menos la forma de tu humanidad, impresa en mi en esta tu nueva creación. Si no conservas la imagen nativa, guarda siquiera la que he modelado en ti con mi redención. Si no comprendes las virtudes que te di en la creación, comprende a lo menos cuantas miserias tomé sobre mi para removerte y hacerte capaz de delicias muy superiores a aquellas para que habias sido primeramente formada. Hiceme hombre para ser visto de ti y así me amaste; porque, en cierto modo, no visto e invisible en mi divinidad, no era amado. Premia mi encarnación y pasión, entregândote todo a mi. Por ti me encarné, por ti padeci. Yo me di a ti; date tû a mi» (cf. *ibid.*, c.24, 3, o.c., p.731-733).

G) *Oración al dulcísimo Jesûs*

'<jOh dulcísimo buen Jesûs! jOh *Padre de las lumbres, de quien procede toda dadiva buena y todo don perfecto!* (Iac. 1,17). Mira con ojos de misericordia a los que humildes te confesamos, a nosotros que verdaderamente sabemos que nada podemos hacer sin ti. Tû, que te distes en precio de nuestro rescate, haz que aunque menos dignos de tanto precio nos rindamos a tu gracia integramente, perfectamente y en todo; y así conformados a la imagen de tu pasión, recobremos también aquella que perdimos pecando, la imagen de Çu divinidad. Por nuestro Señor. Amén» (cf. *ibid.*, o.c., p.733).

I. Al TORES TARIQS

I. FRAY LUIS DE GRANADA

La Encarnación, obra del amor

1280

A) Amor dei Verbo encamado

-Para hablar de este misterio, verdaderamente yo me hallo tan indigno, tan corto y tan atajado, que ni sé por do comience, ni donde acabe, ni qué deje. ni qué tome para decir. Si no tuviera la torpeza del hombre necesidad de estos estímulos para bien vivir, mejor fuera adorar en silencio la alteza de este misterio que borrarlo con la rudeza de nuestra lengua.

Cuentan de un famoso pintor que, habiendo pintado en una tabla la muerte de una doncella hija de un rey, y dibujado en torno de ella los deudos con rostros en gran manera tristes, y a la madre mucho más triste, cuando vino a querer dibujar el rostro del padre, cubriôlo de industria con una sombra para dar a entender que allí ya faltaba el arte para imprimir cosa de tan gran dolor.

Pues si todo lo que sabemos no basta para explicar solo el beneficio de la creación, ¿qué elocuencia bastará para engrandecer el de la redención? Con una simple muestra de su voluntad criô Dios todas las cosas dei mundo, y quedâronle las áreas llenas y el brazo sano acabândolo de criar; mas para haberlo de redimir, sudô treinta y tres años, y derramô toda su sangre. y no quedô en El miembro ni sentido que no padeciese su dolor.

Menoscabo parece de tan grandes misterios ser con lengua de carne manifestados. Pues ¿qué haré? /Callaré o hablaré? Ni deb<> callar ni puedo hablar. (Como callaré tan grandes misericordias? Y êcômo hablaré misterios tan inefables? Callar es desagradecimiento y hablar parece temeridad. Por esto suplico yo ahora, Dios mio, a vuestra infinita piedad, que entre tanto que yo estuviere apocando vuestra gloria con mi rudeza, por no saber más, deseando engrandecerla y.declararla, estén allâ en el cielo glorificândoos los que os saben alabar; y ellos compongan lo que yo descompongo y adoren ellos lo que el hombre desdora con su poco saber» (cf. *Guia de pecadores* l.i p.i» c.4: BAC, *Obra selecta* p.718).

La Encarnación, obra de amor

a) Obra de la misericordia amorosa de Dios

¡Estando el hombre tan caído, en los ojos de Dios y en tanta desgracia suya, tuvo por bien aquel Señor, no menos grande en la misericordia que en la majestad, de mirar no a la injuria de su bondad soberana, sino a la desventura de nuestra miseria; y teniendo más lástima de nuestra culpa que ira por su deshonra, determino redimir al hombre por medio de su unigénito Hijo y reconciliarle consigo. Mas ¿cómo lo reconcilio? ¿Cómo lo podrá eso hablar lengua mortal? Hizo tan grandes amistades entre Dios y el hombre, que vino a acabar no sólo que Dios perdonase al hombre, y le restituyese en su gracia, y se hiciese una cosa con El por amor, sino, lo que excede todo encarecimiento, llegó a hacerle tan una cosa consigo, que en todo lo que tiene criado no hay cosa más una que son ya los dos; porque no solamente son uno en amor y gracia, sino también en persona. <Quién nunca jamás pensara qite así se había de soldar esta quiebra?

¿Quién imaginara que estas dos cosas, entre quien la naturaleza y la culpa habían puesto tan grande distancia, habían de venir a juntarse, no en una casa, ni en una mesa, ni en una gracia, sino en una persona? ¿Qué cosas más distintas que Dios y el pecador? ¿Qué cosa ahora más junta que Dios y el hombre? Xinguna cosa hay, dice San Bernardo, más alta que Dios y ninguna más baja que el ceno de que el hombre fué formado. Mas con tanta humildad descendió Dios al ceno y con tanta dignidad subió el ceno a Dios, que todo lo que hizo Dios se diga que lo hizo el ceno y todo lo que sufrió el ceno se diga que lo padeció Dios.

¿Quién dijera al hombre, cuando tan desnudo y tan enemistado se sintió con Dios que andaba buscando los rincones del paraíso terrenal para esconderse, que tiempo vendría en que se juntase aquella tan baja substancia en una persona con El? Fué tan estrecha esta junta y tan fiel, que cuando hubo de quebrar, que fué al tiempo de la pasión, antes quebró que despegó, porque no faltó por la juntura, sino por lo sano. Porque pudo la muerte apartar el alma del cuerpo, que era junta de naturaleza; mas no pudo apartar a Dios ni del alma ni del cuerpo, que era junta de la persona divina; porque lo que una vez por nuestro amor tomó, nunca más lo dejó».

b) La Encarnación, remedio del hombre caído

«Estas son las paces y este el remedio que nos vino por mano de nuestro Salvador y medianero. Y aunque le seamos tan deudores por este remedio cuanto ninguna lengua criada puede explicar, no menos lo somos por la manera de remediarnos que por el mismo remedio. Mucho os debo, Dios mío. porque me librasteis del in-

r-Sn.

lierno y me reconciliasteis con Vos; mas mucho más os debo por la manera en que me librasteis que por la libertad que me disteis. Todas vuestras obras en todo son maravillosas, y cuando le parece al hombre que no le queda espíritu para mirar sólo una, deshícese esta maravilla cuando alza los ojos y mira otra. No es deshonra, Señor, de vuestra grandeza que se deshagan las unas con las otras, sino muestra de vuestra gloria.

Os alaben. Señor. los cielos y los Angeles prediquei vuestras maravillas. ¡Qué necesidad tentais Vos de nuestros bienes ni qué perjuicio os venia de nuestros males? Si *pecares*, dice Job (25,6), *¡qué mal le haras?* Y si se multiplicaren tus mildades, ¿en qué le danarás? Y si bien hicieres, ¿qué le darás o que podrá El recibir de tus manos?

Pues aquel Dios tan rico y tan exento de males; aquel cuyas riquezas, cuyo poder, cuya sabiduría ni puede crecer ni ser más de lo que es; aquel que ni antes de la creación del mundo ni ahora después de criado es mayor ni menor de lo que era, ni porque todos los ángeles y hombres se salven y alaben es en sí más honrado, ni porque todos se condenen y le blasfemen menos glorioso; este tan gran Señor, no por necesidad, sino por caridad, siendo nosotros sus enemigos y traidores, tuvo por bien de inclinar los cielos de su grandeza, y descender a este lugar de destierro, y vestirse de nuestra mortalidad, y tomar sobre sí todas nuestras deudas, y padecer por ellas (cf. *ibid.*, p.719-720).

C) La vida y muerte de Jesús, obra de amor

a) Todo por mí

•Por mí, Señor, naciste en un establo, por mí fuiste reclinado en un pesebre, por mí circuncidado al octavo día, por mí desterrado en Egipto y por mí, finalmente, perseguido y maltratado con infinitas maneras de injurias. Por mí ayunaste, velaste, caminaste, sudaste, lloraste y probaste por experiencia todos los males que había merecido mi culpa, no siendo tú el culpado, sino el ofendido. Por mí, finalmente, fuiste preso, desamparado, vendido, negado, presentado ante unos y otros tribunales y jueces, y ante ellos acusado, abofeteado, infamado, escupido, escarnecido, azotado, blasfemado. muerto y sepultado. Finalmente, remediásteime muriendo en una cruz y acabando la vida en presencia de vuestra santísima Madre, con tan grande pobreza que no tuviste una sola gota de agua en la hora de vuestra muerte, y con tan gran desamparo de todas las cosas, que de vuestro mismo Padre fuiste desamparado. Pues ¿qué cosa de mayor espanto que venir un Dios de tan grande majestad a acabar así la vida en un madero con título de malhechor?

Cuando un hombre, por bajo que sea, viene por su culpa a parar a este lugar, si por caso le conocías antes, y te llegas a él de cara

para mejor verle, apenas acabas de maravillarle considerando a cuán baja suerte le trajo su miseria que así vinie; a acabar. Pues si es cosa de admiración ver a un hombre bajo en tal lugar, ¿qué será ver en el mismo al Señor de todo lo criado? ¿Qué será ver a Dios en tal lugar, que para un malhechor es abatido? Y si cuanto la persona ajusticiada es más alta y más conocida, tanto mayor espanto nos pone su caída, vosotros, ángeles bienaventurados, que tan bien conocéis la alteza de este Señor, ¿qué sentisteis cuando allí le visteis?...*

b) La Encarnación, maravilla del poder divino

1284

«Como atónita queda la misma naturaleza, suspensas están todas las criaturas, espantanse les principados y potestades del cielo de tan inestimable bondad como por aquí conocen en Dios. Pues ¿quién no cae debajo de la ola de tan grandes maravillas? ¿Quién no se ahoga en este piélago de tanta pied'd? ¿Quién no sale fuera de sí como lo hizo Moisés en el monte cuando, mostrándole Dios la figura de este misterio, daba voces y decía (Ex. 43,6): Misericordioso, piadoso, sufridor, Dios de grande misericordia; sin saber decir otra cosa más que proclamar a gritos aquella gran misericordia que Dios allí le había representado? ¿Quién no cubre aquí sus ojos como Elías (3 Reg. 19,13) cuando ve pasar a Dios, no con pasos de majestad, sino de humildad; no trastornando los montes y quebrando las piedras con su omnipotencia, sino derribado ante los malos y haciendo despedazar a las piedras de compasión? Pues ¿quién no cerrará aquí los ojos de su entendimiento y abrirá los senos de su voluntad para que ella sienta la grandeza de este amor y beneficio y ame cuanto pudiere, sin tasa y sin medida? ¡Oh alteza de caridad! ¡Oh bajeza de humildad! ¡Oh grandeza de misericordia! ¡Oh abismo de incomprensible bondad!

•V?

Pues si tanto, Señor, os debo, porque me redimisteis, ¿cuánto os deberé por esta manera de remedio? Redimisteme con inestimables dolores y deshonras y con venir a ser oprobio de los hombres y desecho del mundo; con estas deshonras me honrasteis, con estas acusaciones me defendisteis, con esta sangre me lavasteis, con esta muerte me resucitasteis y con esas lágrimas vuestras me librasteis de aquel perpetuo lianto y crujir de dientes. ¡Oh buen padre!, que así amáis a vuestros hijos. ¡Oh buen pastor!, que así os dais en pasto y mantenimiento a vuestro ganado. ¡Oh fiel guardador!, que así os entregáis a la muerte por lo que os encargasteis de guardar» (cf. *ibid.*, p.721-722).

D) El Verbo encarnado facilita el amor

1285

a)

•La semejanza es causa de amor, pues el amor es union de voluntades y corazones. Pregunto, pues, ahora: ¡Qué semejanza hay entre la alteza divina y la bajeza humana? Porque las cosas contrarias o diferentes muy mal se pueden unir entre si. Siendo, pues, esto verdad. -qué cosa más diferente y más distante una de otra que Dios y el hombre?...

Veis, pues, ahora cuán grandes impedimentos hay de parte del hombre para amar a Dios... Pues ;qué remedio para que haya semejanza donde hay tantas diferencias? Esta fué la invención admirable de la divina sabiduria, la cual de un golpe cortô a cercén todos estos impedimentos del amor haciéndose hombre. Porque veis aqui a Dios, que era purisimo espiritu, vestido de carne; veislo abajado, veislo pobre, humilde, mortal y pasible, y sujeto a las mudanzas y cansancios de la vida humana, y, sobre todo esto, visible, para que el hombre, que no podia amar sino lo que veia, vestido ya Dios de esta ropa no tenga excusa para dejar de amarle.

Y porque es también grande impedimento del amor la desigualdad de las personas, por donde se dice que no concuerdan bien ni moran en una casa majestad y amor, veis aqui también quitada la desigualdad cuando de esta manera se abajô la Majestad y se acomodô a nuestra poquedad.

Mas no se contenté aquella soberana Majestad con quitarnos estos impedimentos de su amor, sino proveyéndonos también de grandes estimulos e incentivos de amor con la muestra de su bondad y de la grandeza de los beneficios que se encierran con este sumo beneficio».

1286

b) DOS PROPIEDADES DEL VERDADERO AMOR

«Porque dos propiedades señaladas tiene el verdadero amor. La una es querer bien y desear bien al que ama, y cuanto a esto, no nos pudo el Hijo de Dios desear y procurar más bien que darnos bienes de gracia y de gloria, los unos para esta vida y los otros para la otra.

La segunda propiedad es padecer trabajos y dolores por la persona amada. Pues esto vemos en la persona y vida de nuestro Salvador y mucho más en la muerte y en los grandes dolores y tormentos que por librarnos de la muerte padeciô.

Y aqui interviene una cosa que suspende y arrebatata las aimas devotas a una grande admiración. Para lo cual habéis de presuponer que no solamente Dios, en cuanto Dios, no puede adquirir algo de nuevo, mas ni en cuanto hombre ganó ni mereciô cosa que El

ya no tuviese. Porque su gracia y gloria nunca mäs creció de lo que le fué dada en el instante de su concepción, y la gloria de su cuerpo y de su santo nombre en ese mismo instante la mereció. Y así ninguna cosa adquirió de nuevo que ya no tuviese».

c) El desinterés de Cristo

1287

«Siendo, pues, esto así, ¿no es cosa que espanta haberse ofrecido a los mayores dolores que jamás se padecieron ni padecerán, sin caerle nada en casa ni adquirir nada de nuevo para sí? ¿Qué novedad es ésta? ¡Qué cosa tan nunca vista? Pues generalmente vemos que todos los hombres no dan paso sin algún interés ni se ponen a grandes trabajos sin grandes pretensiones.

Pues ¿no es cosa de admiración ver a este Señor en tan grande agonía y aflicción de espíritu que le bastó para hacerle sudar gotas de sangre; verle preso, maniatado, escupido, abofeteado, escarnecido, azotado, burlado de Herodes, coronado de espinas, pregonado por las calles públicas, con la cruz sobre sus hombros, quebrantados con los azotes pasados, jaropado con hiel y vinagre y después clavado en una cruz entre dos ladrones, con su Madre presente; y que en todos estos trances, en todas estas batallas, en todos estos tormentos, ejecutados en el más delicado de los cuerpos, sin ningún linaje de consuelo ni del cielo ni de la tierra, y que en todos estos tragos y dolores ninguna cosa medrase para sí, sino para los hombres?

Los mártires, a cada azote que padecían se consolaban acordándose que a cada golpe que les daban corresponderá un más alto grado de gracia y de gloria de que eternamente habían de gozar. y con esto se animaban y consolaban en sus dolores; mas nada de esto había lugar en Cristo, pues ninguno de sus tormentos padeció para sí, sino para los hombres, y, lo que es más: no sólo por los buenos, sino por los malos y enemigos suyos, para que a costa suya ellos pagasen; y padeciendo El, ellos gozasen; y siendo El humillado, ellos fuesen ensalzados y librados de todos sus males.

Lo cual es como si un padre se pusiese a remar en las galeras por que no remase un su hijo condenado a ellas. Porque de esta manera este celestial Padre, viéndonos sentenciados a muerte, se ofreció a esta muerte tan trabajosa para darnos eterna y gloriosa vida. ¿Veis, pues, qué grandes estímulos tenemos en esta sagrada humanidad para amar a Dios?» (cf. *ibid.*, p.725-727).

•Si

II. FRAY LUIS DE LEON

Cristo, Amor que enciende**A) El Amado**

(Cf. *Obras completas castellanas*: BAC, *Los nombres de Cristo: El Amado*, 2.* ed. p.717 ss.)

L'8*

a) Desde la creación

«Así que, cuanto son antiguas las cosas, van antiguo es ser Jesu-
cristo amado de ellas. y, como si dijésemos, en sus amores de El
se conmenzaron los amores primeros, y en aflicción de su vista se
dió principio al deseo. y su caridad se entró en los pechos angelicos,
abriendo la puerta ella antes que ninguno otro que de fuera viniese.
Y en la manera que San Juan (Apoc. 13,8) le nombra *Cordero sa-
crificatio desde la origen dei mundo*, así también le debemos ilamar
bien Amado y Deseado. desde luego que nacieron las cosas. Por-
que, así como fué desde el principio del mundo sacrificado en todos
los sacrificios. que los hombres a Dios ofrecieron desde que comen-
zaron a ser. porque todos ellos eran imagen del único y grande
sacrificio de este nuestro Cordero, así en todos ellos fué aqueste
mismo Señor deseado y amado. Porque todas aquellas imágenes,
y no solamente aquellas de los sacrificios, sino otras innumerables
que se compusieron de las obras y de los sucesos y de las personas
de los padres pasados, voces eran que testificaban este nuestro
general deseo de Cristo; y eran como un pedirsele a Dios, ponién-
dole devota y aficionadamente tantas veces su imagen delante.
Y como los que aman una cosa mucho en testimonio de cuanto la
aman gustan de hacer su retrato y de traerlo siempre en las ma-
nos, así el hacer los hombres tantas veces y tan desde el principio
imágenes y retratos de Cristo ciertas senales eran del amor y deseo
de El, que les ardia en el pecho. Y así las presentaban a Dios para
aplacarle con ellas. que las hacían también para manifestar en ellas
su fe para con Cristo y su deseo secreto.

Y este deseo y amor de Cristo, que digo que comenzó tan tem-
prano en hombres y en ángeles, no feneció brevemente, antes se
continuo con el tiempo y persevera hasta ahora, y llegará hasta
el fin y durará cuando la edad se acabare, y florecerá, fenecidos
los siglos, tan grande y tan extendido cuanto la eternidad es grande
y se extiende. Porque siempre hubo y siempre hay y siempre ha
de haber aimas enamoradas de Cristo. Jamás faltarán vivas demos-
traciones de este bienaventurado deseo; siempre sed de El; siempre
vivo deseo de verle; siempre suspiros dulces, testigos fieles del
abrasamiento del aima*

b) Por los ângeles

1289

•V como las demâs cosas para ser amadas quieran primero ser vistas y conocidas, a Cristo le comenzaron a amar los ângeles y los hombres sin verle y con solas sus nuevas. Las imâgenes y figuras suyas o, diremos mejor, aun las sombras oscuras que Dios les puso delante y el rumor solo suyo y su fama les encendiô los espíritus con increíbles ardores. Y por eso dice divinamente la Esposa (Cant. 1,2): *En el olor de tus olores corremos; las doncellicas te aman*. Porque sôlo el olor de aqueste gran bien, que toeô en los sentidôs recién nacidos y como donceles dei mundo, les robô de tal manera las aimas que las llevô en su seguimiento encendidas. Y conforme a esto es también lo que dice el profeta (Is. 26,9): *Espérâmes en ti; tu nombre y tu recuerdo deseo del aima; mi aima te deseo en la noche*. Porque en la noche que es, segùn Teodoreto declara (cf. *In Is. Proph. eclogaria interpretJ*, todo el tiempo desde el principio del mundo hasta que amaneciô Cristo en él como luz, cuando a malas penas se divisaba, llevaba a si los deseos; y su nombre, apenas oído, y unos como rastros suyos impresos en la memoria, encendian las aimas».

c) Por innumerables almas

1290

«Mas icuântas aimas?, pregunto. <Una o dos o a lo menos no muchas? Admirable cosa es los ejércitos sin numero de los verdaderos amadores que Cristo tiene y ternâ para siempre. Un amigo fiel es negocio raro y muy dificultoso de hallar. Que, como el Sabio dice (Eccli. 6,14), *el amigo fiel es fuerte defensa; el que le hallare, habra hallado un tesoro*. Mas Cristo hallô y halla infinitos amigos que le aman con tanta fe que son Uamados los fieles entre todas las gentes, como con nombre propio y que a ellos solos conviene. Porque en todas las edades dei siglo y en todos los anos de él, y podemos decir que en todas sus horas, han nacido y vivido aimas que entrahablemente le amen. Y es mâs hacedero y posible que le faite la luz al sol que faltar en el mundo hombres que le amen y adoren. Porque este amor es el sustento del mundo y el que le tiene como de la mano para que no desfallezca. Porque no es el mundo mâs de cuanto se hallare en él quien por Cristo se abrasa. Que en la manera como todo lo que vemos se hizo para fin y servicio y gloria de Cristo, segun que dijimos ayer, asi en ci punto que faltase en el cielo quien le reconociese y amase y sirviese se acabarían los siglos, como ya inûtiles para aquello a que son. Pues si el sol, después que comenzô su carrera, en cada una vuelta suya produce en la tierra amadores de Cristo, <:quién podrâ contar la muchedumbre de los que amaron y aman a Cristo?».

MGKXLM İOKMuΛ Oh JLSUS

1291 d) Six QUE EL AMOR SE MBNOSCABE POR EL NUMERO DI AMANTES

-Y aunque Aristoteles (cf. *Elica* 1.9 c.io) pregunta si conviene tener uno muchos amigos y concluye que no conviene; pero sus razones tienen tuerza en la amistad de la tierra, adonde como en sujeto no propio prende siempre y fructifica con imperfección el amor. Mas ésa es la excelencia de Cristo y una de las razones por donde le conviene ser el Amado con propiedad, que da lugar a que le amen muchos como si le amara uno solo, sin que los muchos se estorben y sin saber que El se embarace en responderse con tantos...

Y si teniendo respecto al interés, que es otra razón, no nos conviene porque habemos de acudir a sus neccsidades, a que no puede bastar la vida ni la hacienda de uno, si los amigos son muchos, tampoco tiene aquesto lugar. Porque su poder de Cristo haciendo bien no se cansa, ni su riqueza, repartida, se disminuye, ni su aima se ocupa aunque acuda a todos y a todas sus cosas.

Ni menos impide aquí lo que entre los hombres estorba, que, y es la tercera razón, no se puede tener amistad con muchos si ellos también entre si no son amigos. Y es dificultoso negocio que muchos entre si mismos y con un otro tercero guarden verdadera amistad. Porque Cristo, en los que le aman, El mismo hace el amor y se pasa a sus pechos de ellos, y vive en sus aimas, y por la misma razón hace que tengan todos una misma aima y espíritu. Y es fácil y natural que los semejantes y los unos se amen. Y si nosotros no podemos cumplir con muchos amigos, porque acontecería en un mismo tiempo, como el Filôsofo dice, ser necesario sentir dolor con los unos y placer con los otros, Cristo, que tiene en su mano nuestro dolor y placer, y que nos le reparte cuando y como conviene, cumple a un mismo tiempo dulcisísimamente con todos. Y puede El, porque nació para ser por excelencia el Amado, lo que no podemos los hombres, que es amar a muchos con estrechez y extremo. Que el amor no lo es si es tibio o mediano; porque la amistad verdadera es muy estrecha, y así nosotros no valemos sino para con pocos. Mas El puede con muchos, porque tiene fuerza para lanzarse en el aima de cada uno de los que le aman y para vivir en ella y abrazarse con ella cuan estrechamente quisiere... Cosa sin duda no solamente rara y no vista, sino ni pensada ni imaginada jamás, que sea uno amado de tantos y que una naturaleza humana de Cristo abraza en amor a todos los ângeles, y que se extienda tanto la virtud de este bien que encienda afición de si en todas las cosas*.

e) Amado por la creaciôx ixanimada

«Y porque dije casi en todas, podemos decir que las que ni juzgan ni sienten, las que carecen de razón y las que no tienen ni razón ni sentido apetecen también a Cristo y se le inclinan amo-

rosamente, tocadas de este su fuego, en la manera que su natural lo consiente. Porque lo que la naturaleza hace, que inclina a cada cosa al amor de su propio provecho, sin que ella misma lo sienta. eso obrô Dios, que es por quien la naturaleza se guia, inclinando al deseo de Cristo aun a lo que no siente ni entiende. Porque todas las cosas, guiadas de un movimiento secreto, amando su mismo bien, le aman también a El y suspiran con su deseo y gimen por su venida en la manera que el Apôstol escribe (Rom. 8,19-22): *La esperanza de toda la criatura se endereza a cuando se descubriran los hijos de Dios; que ahora esta sujeta a corruption fuera de lo que apetece, por quien a ello le obliga y la mantiene con esta esperanza. Porque cuando los hijos de Dios vinieren a la libertad de su gloria, también esta criatura sera libertada de su servidumbre y corruption. Que cosa sabida es que todas las criaturas gimen y estân como de parto hasta aquel dia.* Lo cual no es otra cosa sino un apetito y un deseo de Jesucristo, que es el autor de esta libertad, que San Pablo dice y por quien todo vocea. Por manera que se inclinan a El los deseos generales de todo y el mundo con todas sus partes le mira y abraza»...

B) Amor que Dios enciende

a) Cristo, el mäs amado de los hombres

«Y no se contento con decir que Cristo tiene el medio y el corazôn de esta universidad de las cosas para decir que le encierran todas en si, ni se contento con llamarle amor de ellas, para demostrar que todas le aman, sino anadiô mäs y llamôle Amor encendido... Porque no es tan grande el nûmero de los amadores que tiene este Amado con ser tan fuera de todo nûmero, como dicho tenemos, cuanto es ardiente y vivo y por maravilloso modo entrafiabile el amor que le tienen. Porque, a la verdad, lo que mäs aqu admira es la viveza y ftrmeza y blandura y fortaleza y grandeza le amor con que es amado Cristo de sus amigos. Que personas ha habido, unas de ellas naturalmente bienquistas; otras que, o por su i -.dustria o por sus méritos, han allegado a si las afteiones de muchos; otras que, ensehando sectas y alcanzando grandes imperios, han ganado acerca de las naciones y pueblos reputaciôn y adoraciôn y servicio. Nias no digo uno de muchos, pero ni uno de otro particular intimo amigo suyo, fué jamäs amado con tanto encendimiento y firmeza y verdad como Cristo lo es de todos sus verdaderos amigos, que son, como dicho habemos, sin nûmero...»

b) Cristo forma a sus amantes

1294

«Conôcese aquesto aún por otra razón; porque El mismo se forja los amigos y les pone en el corazôn el amor en la manera que El quiere. Y cuanto de hecho quiere ser Amado de los suyos, tanto

los suyos le aman. Pues cierto es que quien ama tanto como Cristo nos ama quiere y apetece ser amado de nosotros por extremada manera. Porque el amor solamente busca y solamente desea el amor. Y cierto es que, pues nos hace que le seamos amigos, nos hace tales amigos cuales nos quiere y nos desea, y que, pues enciende este fuego, le enciende conforme a su voluntad, vivo y grandísimo.

Que si los hombres y los ángeles amaran a Cristo de su cosecha y a la manera de su poder natural, y según su sola condición y sus fuerzas, que es decir, al estilo tosco suyo y conforme a su aldea, bien se pudiera tener su amor para con El por tibio y por flaco. Mas si miramos quien los atiza de dentro y quien los despierta y favorece para que le puedan amar, y quien principalmente cria el amor en sus almas, luego vemos no solamente que es amor de extraordinario metal, sino también que es incomparablemente ardentísimo. Porque el Espíritu Santo mismo, que es de su propiedad el Amor, nos enciende de sí para con Cristo, lanzándose por nuestras entrañas, según lo que dice San Pablo (Rom. 5,5): *La caridad de Dios nos ha sido derramada en los corazones por el Espíritu Santo que nos ha dado*. Pues ¿qué no será o cuántos quilates le faltarán o a qué fineza no allegará el amor que Dios en el hombre hace y que enciende con el soplo de su Espíritu propio? ¿Podrá ser menos que amor nacido de Dios y por la misma razón digno de El y hecho a la manera del cielo, adonde los serafines se abrasan? O ¿será posible que la idea, como si dijésemos, del amor y el amor con que Dios mismo se ama cree amor en mí que no sea en firmeza fortísimo, y en blandura dulcísimo, y en propósito determinado para todo y osado, y en ardor fuego, y en perseverancia perpetuo, y en unidad estrechísimo? ♦

1295

c) El amor a Cristo, amor incomparable

«Sombras son, sin duda, y ensayos muy imperfectos de amor los amores todos con que los hombres se aman comparados con el fuego que arde en los amadores de Cristo, que, por eso, se llama por excelencia el Amor, porque hace Dios en nosotros, para que le amemos, un amor diferenciado de los otros amores, y muy aventajado entre todos.

Mas ¿qué no hará por afinar el amor de Cristo en nosotros quien es Padre de Cristo, quien le ama como a único hijo, quien tiene puesta en sólo El toda su satisfacción y amor? Que así dice San Pablo de Dios (Col. 1,13), que *Jesucristo es su hijo de amor*, que es decir, según la propiedad de su herencia, que es el hijo a quien ama Dios con extremo. Pues si nace de este divino Padre que amamos nosotros a Cristo su hijo, cierto es que nos encenderá a que le amemos, si no en el grado que El le ama, a lo menos en la manera que le ama El. Y cierto es que hará que el amor de los amadores de Cristo sea como el suyo, y que aquel linaje y metal, único, verdadero, dulce, cual nunca en la tierra se conoce ni ve. Porque

siempre mide Dios los medios con el fin que prétende. Y en que los hombres amen a Cristo, su Hijo, que les hizo hombre, no sôlo para que les fuese sehor, sino para que tuviesen en El la fuente de todo su bien y tesoro; asi que en que los hombres le amen, no solamente pretende que se le dé su debido, sino pretende también que, por medio del amor, se hagan unos con El y participen sus naturalezas humana y divina, para que de esta manera se les comuniquen sus bienes. Como Origenes dice (cf. In *Epist. ad Rom.*): Derrâmase la abundancia de la caridad en los corazones de los santos, para que por ella participen de la naturaleza de Dios y para que por medio de este don del Espîritu Santo se cumpla en ellos aquella palabra del Sehor (Io. 17,27): *Como tû, Padre, estas en mi y yo en ti, scan éstos asi unos en nosotros; conviene a saber, comunicâdoles nuestra naturaleza por medio del amor abundantisimo que les connmica el Espîritu*».

C) *Amor que transforma*

1296

«Pregunto, pues, <qué amor convendrâ que sea el que hace una obra tan grande? èQué amistad la que llega a tanta unidad? ;Qué fuego el que nos apura de nuestra tanta vileza y nos acendra y nos sube de quilates hasta allegamos a Dios? Es sin duda finisimo y, como Origenes dice, abundantisimo el amor que en los pechos enamorados de Cristo cria el Espîritu Santo. Porque lo cria para hacer en ellos la mayor y mâs milagrosa obra de todas, que es *hacer dioses a los hombres* y transfermar en oro fino nuestro lodo vil y bajisimo..Y como si en el arte de la alquimia, por solo el medio del fuego, convirtiese uno en oro verdadero un pedazo de tierra, diriamos ser aquel fuego extremadamente vivo, y penetrable, y eficaz y de incomparable virtud, asi el amor con que de los pechos santos es amado este Amado, y que en El los transforma, es sobre todo amor entranable y vivisimo; y es no ya amor, sino como una sed y una hambre insaciable con que el corazôn que a Cristo ama, se abraza con El y se entran, y, como El mismo lo dice (Io. 6), le corne y le traspasa a las venas. Que para declarar la grandeza de El y su amor, el amar los santos a Cristo le llama la Escritura *corner a Cristo* (Eccli. 24,29): *Los que me comieren*, dice, *aim tendrân hambre de mi. Y* (Io. 26,54) *si no comiéredes mi carne y bebiéredes mi sangre, no tendréis vida en vosotros*. Que es también una de las causas por que dejô en el sacramento de la Hostia su cuerpo, para que, en la manera que con la boca y con los dientes en aquellas especies y figuras de pan comen los fieles su carne, y la pasan al estômago y se mudan en ella ellos, como ayer se decia; asi, en la misma manera, en sus corazones con el fuego del amor le coman y le penetren en si, como de hecho lo hacen los que son sus verdaderos amigos; los cuales, como deciamos, abrasândose en El, andan, si lo debemos decir asi, desalentados y hambrientos por El. Porque,

como dice el Macario (cf. *Hom.* 4), si el amor que nace de la cornu-
nicaciôn de la carne divina del padre y de la madré y de los hernia-
nos y toda su aficiôn pone en el consorte, como es escrito (Gen. 2,24):
Pot tanto dejarâ el hombre al padre y a la madré y se juntarâ con su
mujer y serün un *cuerpo los dos*; pues si el amor de la carne asi desata
al hombre de todos los otros amores, ¿cuâto mäs todos los que
fuesen dignos de participât con verdad aquel don amable y celes-
tial del espiritu. quedarân libres y desatados de todo amor de la
tierra, y les parecerân todas las cosas de ellas superduas e inûtiles
por causa de vencer en ellos y ser rey en sus aimas el deseo del
cielo? Aquello apetecen, en aquello piensan de continuo; alli viven,
alli andan con sus discursos, alli su aima tiene todo su trato, venciên-
dolo todo y levantando bandera en ellos el amor celestial y divino
y la aficiôn del espiritu».

D) Amor probado

a) Im PEDIMENTOS DEL AMOR A CRISTO

‘Mas vcremos evidentemente la grandeza no medida de este
amor que decimos si mirâremos la muchedumbre y la dificultad
de las cosas que son necesarias para conservarle y tenerle... Porque
para mantener su amistad es necesario, lo primero, que se cumplan
sus mandamientos (lo. 14,23): *Quien me ama a nti*, dice, *guardarâ*
lo que yo le""mando, que es no una cosa sola, o pocas cosas en nû-
mero, o faciles para ser hechas, sino una muchedumbre de dificul-
tades sin cuento. Porque es hacer lo que la razôn dice, y lo que la
justicia manda, y la fortaleza pide, y la templanza y la prudencia
y todas las demäs virtudes estatuyen y ordenan. Y es seguir en
todas las cosas el camino fiel y derecho, sin torcerse por el interés,
ni condescender por el miedo, ni vencerse por el deleite, ni dejarse
llevar de la honra. Y es ir siempre contra nuestro mismo gusto,
haciendo guerra al sentido. Y es cumplir su ley en todas las oca-
siones, aunque sea posponiendo la vida. Y es negarse a si mismo,
y tomar sobre sus hombros su cruz, y seguir a Cristo, esto es,
caminar por donde El caminô, y poner en sus pisadas las nues-
tras. Y, finalmente, es despreciar lo que se ve, desechar los bienes
que con el sentido se tocan, y aborrecer lo que la experiencia de-
muestra ser apacible y ser dulce, y aspirar a sôlo lo que no se ve ni
se siente, y desear sôlo aquello que se promete y se créé, fiândolo
todo de su sola palabra»...

«San Pablo, iqué dice? (1 Cor. 13,4-7): *La caridad es sufrida.*
bienhechora; la caridad carece de envidia, no lisonjea ni tacanea;
no se envanece ni hace de ninguna cosa caso de afrenta; no busca su

interes; hu se encoleriza; no imagina hacer mal ni se alegra dei agravio, antes se alegra con la verdad; todo la lleva, todo lo cree, todo lo sufre. Que es decir que el amor que tienen todos sus amadores con Cristo no es un simple querer ni una sola y ordinaria afición, sino un querer que abraza en si todo lo que es bien querer y una virtud que atesora en si juntas las riquezas de las virtudes y un entendimiento que se extiende por todo el hombre y le enciende en sus llamas.

Porque decir que es *sufrida* es decir que hace un ánimo ancho en el hombre, con que lleva con igualdad todo lo áspero que sucede en la vida y con que vive entre los trabajos con descanso, y en las turbaciones quieto, y en los casos tristes alegre...

Y añadir que es *liberal y bienhechora* es afirmar que no es sufrida para ser vengativa, ni calla para guardarse a su tiempo...

No *lisonjea ni es tacana*, esto es, que sirve a la necesidad del prójimo, por mas enemigo que lo sea, pero que no consiente en su vicio, ni le halaga por de fuera y le aborrece en el aima, ni le es tacana e infiel.

No *se envanece*, que es'decir que no hace estima de si, ni se hincha vanamente para descubrir en ello la raiz del sufrimiento y del ánimo largo que tiene este amor. Que los soberbios y pundonorosos son siempre mal sufridos porque todo les hiere...

No *hace de ninguna msa caso de afrenta*. En que no solamente se dice que el amor de Jesucristo en el aima, las afrentas y las injurias que otros nos hacen, por la humildad que nos cria y por la poca estima nuestra que nos ensena, no las tiene por tales; sino dice también que no se desdena, ni tiene por afrentoso o indigno de si ningùn ministerio, por vil y bajo que sea, como sirva en él a su Amado en sus miembros.

Y por la razón de todo es lo que anade tras esto: *que no busca su interés ni se enoja de nada*. Toda su inclinación es al bien, y por eso *al danar* a los otros *aun no lo imagina*; los agravios ajenos y que otros padecen son los que solamente le duelen; y la alegría y felicidad ajena es la suya. Todo lo que su querido Señor le manda hace; todo lo que le dice, lo cree; todo lo que se detuviere, le espéra; todo lo que la envia, lo lleva con regocijo y no halla ninguno sino es en sólo El a quien ama...

Por manera que es tan grande este amor que desarraiga de nosotros cualquiera otra afición y queda él señor universal de nuestra aima. Y como es fuego ardentísimo, consume todo lo que se opone, y así destierra del corazón los otros amores de las criaturas, y hace él su oficio por ellos y los ama mucho más y mejor que las amaban sus propios amores. Que es otra particularidad y grandeza de este amor con que es amado Jesús, que no se encierra sólo en El, sino en El y por El abraza a todos los hombres...0

FRAY DIEGO DE ESTELLA

Sobre el amor de Dios

(Cf. *Medi'aciones sobre el amor de Dios* med.13,14 y 15: BAC, *Misticos jranciscanos* 1.3 p.91-99.)

A) Amor eterno de Dios

a) Dies NOS HA AMADO PRIMERO

«Manifestaste, Señor, el amor grande que nos téncias en amarnos antes que fueses amado de nosotros. No fué tu amor paga de mi amor ni mi amor pudo satisfacer al amor que me tuviste. En amar-me primero esta la prueba del amor, y etemamente me amaste primera, según aquello del profeta: *La misericordia de Dios es eterna y durará en la etemidad* (Ps. 99,5). Usô el santo rey del nombre de *misericordia* hablando de tu santo amor, porque mayor conocimien-to me da de quien tû eres este nombre de *misericordia* que el nom-bre de *amor*. La misericordia es afecto del ânimo, que se apiada de la misericordia ajena y provee al necesitado, dândole primero la compasiôn del aima».

1300

b) Hay que comprender el verdadero amor

«Quitando lo que a ti no conviene por ser impasible, reconoceré lo que es propio y entenderé el amor. No pertenece a ti compasiôn ni corazôn doloroso, porque tu naturaleza es esencia de perfecciôn y glojya; mas es muy propio a ti proveer al misero y necesitado. Conoz-co los bienes que me diste amândome, y esto debajo de nombre de *misericordia*, porque no hallaste en mi hermosura y bienes que amar, sino miseria que sanar y pobreza que enriquecer. Por amor de lo cual usô antes el profeta del nombre de *misericordia* que de amor; y asi amaste a mi, miserable pecador, sin merecimientos mios, por sola tu bondad y amor; y este amor asi fué antes que yo fuese que diciendo San Juan que nos *amaste primero*, y cantando David que tu *misericordia es eterna*, déclara la antigüedad de tu amor, pues sin principio y etemamente nos amaste. Conoccs todas las cosas en ti mismo, y no es menester que scan hechas ni que ha-gan bien o mal para que sean conocidas de ti, porque como no recibes conocimiento de las cosas, asi no esperas a que obren para entender tus obras. No puede haber novedad ni accidente en ti, porque seria grande imperfecciôn, y la menor esta muy lejos de ti; por lo cual, cuando veo hacerse alguna cosa de nuevo, no considero que entonces tiene nueva voluntad ni que entonces lo quisiste, mas

subc mi pensamiento a aquella antiquísima y entera disposiciôn tuya en la que etemamente ordenaste todas las cosas y determinaste todo cuanto vemos hecho de nuevo. Nuevas son las cosas a nuestros ojos, y eternas a los tuyos, pues antes que sean hechas las conoces, y así, tu misericordia y amor son eternos, porque en tu cternidad viste y conociste perfectamente la miseria de nuestra culpa ; y siendo mereredores de condenaciôn, compadeciéndote de nosotros, tuviste misericordia y eficazmente quisiste a su tiempo darnos gracias y gloria para sanar nuestras heridas y destruir nuestra muerte, dândonos resurrecciôn y vida».

C) OBLIGATORIEDAD DEL AMOR A DIOS

1301

«Considera, pues, agora, ânima mia, cuân obligada estas al divino amor por haberte Dios amado tanto antes que tû le pudieses querer bien. Mide esas dos horas que ha que comenzaste a ser con la eternidad de Dios, en la cual te ama. Mil anos son en el divino acatamiento como el dia de ayer, que acabô de pasar. Compara unas cosas con otras, y hallarte has corrida y vencida, y pluguiese a Dios que entrases en la ley de las vencidas, que son aprisionadas debajo del poder del vencedor. Pluguiese a Dios que te hallases tan atada y vencida, que quedases presa en el amor del que tanto te amô en su etemidad, para que fueses libre de aquellas cadenas de fuego en que serân aprisionados todos los pecadores de la tierra.

I Nunca, Señor, por desagradecidos que nos conociste, te arrepentiste por habernos hecho bien ni volviste atrâs en tu misericordia; porque, como dice el Apôstol (Rom. 11,29), *sin arrepentimiento son tus dones...*» (cf. med.13: BAC, p.91-93).

B) Dones del Padre a Cristo

a) Grandeza del amor de Dios al hombre

1302

«Si después de contemplar la antigüedad y etemidad del amor con que me preveniste, quiero considerar la grandeza de este amor, aquí en tal meditaciôn, joh buen Redentor y Señor mio!, se agotarâ todo entendimiento criado. No hay lengua que baste a decirlo, y tu apôstol San Pablo dice que *tu caridad excede a todo conocimiento y sentido* (Eph. 3,19), aunque sea el de los ângeles. ^Pues qué hombres lo podrân explicar si los ângeles no lo alcanzan a conocer?

Algunos ignorantes y duros no acaban de caer en la cuenta de este amor. Porque como el amor de ellos nazca de la bondad y perficiôn de la cosa amada, porque el cebo del amor es la bondad y perficiôn de las cosas, siendo el hombre una criatura tan baja y tan imperfecta segûn el cuerpo, y segûn el aima un vaso de maldad, êqué amor se puede tener a criatura tan miserable? Y si también en especial consideran que tu divino amor no es ciego, ni apasionado,

ni antojadizo. y asi creerân, errando, que es pequeno el amor que nos tienes, si piensan que nace de nosotros. Porque donde no hay ceguedad ni pasiôn en el que ama, y la cosa que se ha de amar es tan imperfecta, fea y miserable, iqué amor se le podrâ tener? No es esta la cuenta que se ha de hacer para medir este amor, porque no nace, Senor, tu santo amor de la perhciôn que hay en nosotros, sino de lo que tû tienes que mirar en tu Eterno Padre.*

b) G r a NDEZA DE LOS DOSES CONCEDIDOS \ LA HUMANIDAD DE CRISTO

«Por lo cual. si quiercs, anima mia, considérât el amor que te tiene tu Redentor. toma este negocio de los primeras principios, considerando la grandeza de la perficiôn y gracias inestimables que por toda la Santisima Trinidad fué concedida a aquella santisima humanidad de tu esposo Jesucristo en el instante de su concepciôn. Alli le fueron concedidas très gracias tan grandes, que cada una de ellas. en su manera, es infinita; conviene, a saber; la gracia de la union divina; la gracia universal que se le diô, como a cabeza de toda la Iglesia, y la gracia esencial de su anima.

Diôsele primero a aquella santa humanidad el ser divino, juntândola y poniéndola con la divina persona, de manera que a aquella humanidad se le diô el ser divino, y de tal suerte que podemos con verdad decir que aquel hombre es Dios e Hijo de Dios y que ha de ser adorado en los cielos y en la tierra como Dios. Esta gracia ya se ve ser infinita por la dâdiva que se da en ella, que es la mayor que se puede dar, pues en ella se da Dios, y por la manera que se da, que es la mâs estrecha que hay, que es por via de union personal, y asi, Cristo no es dos personas, sino una persona y un supuesto infinito».

1304 c) C r i s t o , p a d r e u n i v e r s a l d e t o d o s l o s h o m b r e s

vTambién se le diô a aquel nuevo hombre que fuese padre universal y causa de todos los hombres, para que en todos ellos, como cabeza espiritual, influyese su virtud; de manera que en cuanto Dios es igual al Padre Eterno, y en cuanto hombre es principe y cabeza de todos los hombres ; y conforme a este principado, se le diô la gracia infinita, para que de El, asi como de una fuente de gracia o como de una mar de santidad, reciban la gracia todos los hombres, y El se llame Santo de los santos no solamente por ser el mayor de todos, sino por ser santificador de todos -y como si dijéremos un tinte de santidad de donde ha de recibir este color y lustre todo el que ha de ser santo. Esta gracia también es infinita, porque es para toda generaciôn, de manera que no tiene número de personas determinado, sino puede cuanto es de su parte multiplicarse en infinito; y para todo lo que en ello se multiplicare hay méritos y gracia en la bendita anima de Jesucristo. Diôsele particularmente otra gracia especial para la santificaciôn y perficién de su vida, la cual también se puede

llamar infinita, porque tiene todo aquello que perlenece para el ser y condiçôn de la gracia, sin que nada le faite y sin que nada se le pueda anadir. Diéronsele también en aquel punto de su santísima concepciôn todas las gracias *gratis datas* de hacer milagros y maravillas cuantas él quisiere. Diéronsele todas en sumo grado y perficiôn, porque esta es aquella hermosa flor de hermosura donde se asentô la paloma blanca del Espiritu Santo, y tendidas las alas, la cubriô y extendiô sobre ella toda su virtud y gracia cumplidamente. Este es el vaso de escogimiento donde se infundiô aquel caudaloso rio de todas las gracias con todas sus avenidas abundantísimamente. sin que ninguna gota quedase sin entrar en El. Aqui le hizo Dios el mayor beneficio que le pudo hacer y le diô todo cuanto pudo dar, porque aqui hizo lo último de potencia y gracia, dando todo lo que podia a aquella anima dichosisima en aquel punto que fué criada.

Y sobre todo, le fué dado en aquel mismo punto que viese luego la esencia divina y conociese claramente la majestad y gloria del Verbo con que era ayuntada, y asi viendo, fuese bienaventurada y llena de tanta gloria esencial cuanta tiene agora a la diestra del Padre.

Si te pone admiraciôn esta dâdiva tan grande, junta con ella esta otra circunstancia maravillosa que hay en ella, y es que todo esto se diô de pura gracia, ante todo merecimiento, antes que aquella bendita anima pudiese haber hecho obra meritoria alguna por donde lo pudiese merecer...» (cf. med. 14: BAC, p.93-95).

**C) *El agradecimiento de Cristo redund
en los hombres***

1305

oRecoge, pues, agora tus pensamientos, anima mia, entra dentro de ti misma, y en silencio y soledad pasa adelante y considera la parte que te cabe de tan grandes riquezas como éstas. Dime, cuando aquella anima santísima de Jesucristo, en aquel dichoso punto que fué criada, abriô los ojos y se viô tal cual se viô y conociô de cuyas manos le venia tanto bien, y como el que nace rey y no lo ganô por su lanza, y se hallase con el principado de todas las criaturas y viese arrodilladas delante de si a todas las jerarquias del cielo, que en aquel dichoso punto le adoraron, como dice el Apôstol, ¿dime si es posible decirse con qué amor amaria esta tal anima al que asi quiso glorificarla! ¿Con qué deseos codiciaria que se le ofreciese algo en que poder agradar y servir a tal dador! <¿Hay algunas lenguas de serafines ni querubines que esto puedan decir? Pues anado mâs: que a este deseo le fué dicho que la voluntad de Dios era querer salvar al género humano, que estaba perdido por la culpa de un hombre, y que de este negocio se encargase por la honra y obediencia suya, y que tomase a pechos esta empresa tan gloriosa y no des-cansase hasta salir al cabo con ella, y porque la manera que tienen todas las causas y criaturas para obrar es por amor, porque todas ellas obran por amor de algûn lin que desean, cuyo amor concebido

en sus entrañas les hace trabajar; y por tanto, pues, el Hijo de Dios humanado había de tomar sobre sí esta obra de la redención de los hombres, menester era que los amara con tanto amor y deseo, que por amor de verlos remediados y restituidos en su primera gloria se pusiese a hacer y padecer todo lo que para esto fuese necesario. Después que conoció esto aquel ánimo tan generoso, deseoso de agradar al Eterno Padre con linaje de inefable amor, revolvió hacia los hombres para amarlos y abrazarlos por aquella obediencia del Padre...

¡Oh amor divino!, que saliste de Dios y bajaste al hombre y volviste a Dios, porque no amaste al hombre por sí mismo, sino por Dios, y en tanta manera lo amaste, que quien considera este amor no se puede defender de tu amor, porque hace fuerza a los corazones, como dice tu santo Apóstol (2 Cor. 5,14): *La caridad de Cristo nos hace fuerza*» (cf. med.15: BAC, p.96-97).

SECCION I I. TEXTOS PONTIFICIOS

La devociôn al Sagrado Corazôn

Incluimos una relaciôn de textos de la enclclica *Haurietis aquas*, de Su Santidad Pio XII, sobre el culto y devociôn al Sagrado Corazôn de Jesus.

A) *Hay cristianos que consideran el culto al Sagrado Corazôn de ninguna o poca utilidad, cosa de mujeres, falta de acciôn intensa*

«Es muy doloroso comprobar que en el pasado y en nuestros dias algunos cristianos no tienen este nobilísimo culto en el honor y estima debidos, y a veces ni aun los que se dedican animados de celo sincero por la religiôn catôlica y por la propia perfecciôn...

Porque no faltan quienes, confundiendo o equiparando la indole primaria de este culto con las diversas formas de devociôn que la Iglesia aprueba y favorece, pero que no prescribe, lo tienen como una anadidura que cada uno puede practicar a voluntad, y hay también algunos que consideran oneroso este culto y aun de ninguna o poca utilidad, en especial para los militantes del reino de Dios, que se empeñan en consagrar lo mejor de sus energías, de sus recursos y de su tiempo a la defensa de la verdad catôlica para enseñarla y propagarla y para difundir la doctrina social catôlica fomentando prácticas religiosas y obras que juzgan más necesarias en nuestros dias.

Por último, hay quienes creen que este culto, lejos de ser un poderoso medio para establecer y renovar las costumbres cristianas en la vida individual y familiar, lo consideran como una devociôn sensible no informada en altos pensamientos y afectos y, por lo tanto, más propia de mujeres que de personas cultas.

Además, otros, al considerar que esta devociôn pide penitencia, expiaciôn y otras virtudes, sobre todo las que se llaman *pasivas*, porque no producen frutos externos, no la creen a proposito para volver a encender la piedad, que debe tender cada vez más a la acciôn intensa, encaminada al triunfo de la fe catôlica y a la valiente defensa de las costumbres cristianas, las cuales hoy, como todos lo sabçn, fácilmente se ven inficionadas por el indiferentismo, que no reconoce ningún criterio para distinguir lo verdadero de lo falso en el modo de pensar y de obrar, y se ven lamentablemente afeadas por los principios del matérialisme ateo y del laicismo».

1307 **β) Pero los papas han visto en él un remedio a los males présentés, que trae innumerables frutos de salvaciôn**

·£ Quién se atreverâ a llamar inûtil o menos acomodada a nuestros lientpos esta devociôn que nuestro predecesor, de imprecedera memoria, Leôn XIII llamô «estimadisima prâctica religiosa.» y en la que vio un poderoso remedio para los mismos males que en nuestros dias, de manera mäs aguda y con mäs extension, aquejan a los individuos y a la sociedad?...

Ni menos digno de aprobaciôn y acomodado para fomentât* la piedad cristiana lo juzgô nuestro inmediato predecesor, de feliz memoria, Pio XI. que en su enclclica Xfiserentissinius *Redemptor* escribia: *;No estân acaso contenidos en esa forma de devociôn el compendio de toda la religion y .aun la norma de vida mäs perfecta, como quiera que guia mäs suavemente las aimas al profundo conocimiento de Cristo Senor nuestro y con mayor eficacia las mueve a amarle mäs apasionadamente y a imitarie mäs de cerca?.'

Nos, por nuestra parte, en no menor grado que nuestros predecesores, hemos aprobado y aceptado esta sublime verdad; y cuando fuimos elevados al sumo pontiîcado, al contemplar el feliz y tnunfal progreso dei culto al Sagrado Corazôn de Jesûs entre el pueblo cristiano, sentimos nuestro ânimo Heno de gozo y nos regocijamos por los innumerables frutos de salvaciôn que habia producido en toda la Iglesia, sentimientos que nos complacimos en expresar ya en nuestra primera enclclica (cf. *Summi Pontificatus*, 20 octubre 1939: AAS 31 [1939] p.415). Estos frutos, a través de los anos de nuestro pontificado—Ueno no sôlo de calamidades y angustias, sino también de inefables consuelos—no se mermaron ni en número, ni en eficacia, ni en hermosura, sino mäs bien se aumentaron'.

c*

1308 **C) Dos motivos por los que la Iglesia tributa el culto de latria al Corazôn de Jesûs**

«Para poder comprender mejor la fuerza que con relaciôn a esta devociôn encierran algunos textos del Antigûo y Nuevo Testamento, hay que entender bien el motivo por el cual la Iglesia tributa al Corazôn dei divino Redentor el culto de latria. Tal motivo, como bien sabéis, venerables hermanos. es doble: el primero, que es comûn también a los demas miembros adorab'es del cuerpo de Jesucristo, se funda en el hecho de que su corazôn, siendo una parte nobilissima de la naturaleza humana, estâ unido hipostaticamente a la persona del Verbo de Dios encarnado. Se trata, pues, de una verdad de fe catôlica, que fué solemnemente definida en el concilio ecuménico de Efeso y en el segundo de Constantinopla (cf. *Cone. Ephes*, can.8; cf. *Mansi, Sacrorum Canaliorum Ampliss. Collectio* IV 1083 C; *Cone. Const. II* can.9; cf. *ibid.*, IX 382 E). El otro motivo pertenece de manera especial al Corazôn del divino Redentor, y, por lo mismo, le confrere un titulo del todo propio para recibir el culto de latria. Proviene de que su corazôn, mäs que ningún otro miembro de su cuerpo, es el indice natural o el simbolo de su inmensa caridad hacia el género humano.

Es indudable que en los libros sagrados nunca se hace menciôn cierta de un culto de especial veneraciôn y amor tributado al corazôn fisico del

Verbo encarnado por su prerrogativa de símbolo de su encendidísima caridad. Pero este hecho, que hay que reconocer abiertamente, no nos ha de admirar ni nos ha de hacer dudar en modo alguno de que la caridad divina hacia nosotros razón principal de este culto- la exaltan tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento con imágenes sumamente conmovedoras».

**D) El amor dei Verbo encarnado a su Padre 1309
y a los hombres no fué únicamente espiritual,
sino de verdadero afecto humano**

«Pero a fin de que podáis, cuanto es dado a los hombres mortales, *comprender con todos los santos cual es la anchura y longura, la alteza y profundidad* (cf. Eph. 2,4), de la arcana caridad dei Verbo encarnado a su Padre celestial y a los hombres manchados con tantas culpas, conviene tener bien presente que su amor no fué únicamente espiritual, como conviene a Dios, puesto que *Dios es espíritu* (Io. 4,24),

Al contrario, el amor que brota del Evangelio, de las epístolas de los apóstoles y de las páginas del Apocalipsis, donde se describe el amor del Corazón de Jesús, no comprende solamente la caridad divina, sino que se extiende también a los sentimientos del afecto humano.

**E) Como nos lo dice la fe católica, solemnemente 1310
confirmada por los Romanos Pontífices y concilios**

«Para todo el que hace profesión de fe católica esta verdad es indiscutible. En efecto, el Verbo de Dios no ha tornado un cuerpo ilusorio y ficticio, como ya en el primer siglo de la era cristiana osaron afirmar algunos herejes... Sino que El ha unido a su divina persona una naturaleza humana individual, íntegra y perfecta, concebida en el seno purísimo de María Virgen por virtud del Espíritu Santo (Le. 1,35). Nada, pues, faltó a la naturaleza humana asumida por el Verbo de Dios, en verdad. El la posee sin ninguna disminución, sin ninguna alteración, tanto en los elementos constitutivos espirituales como en los corporales, conviene a saber: dotada de inteligencia y de voluntad y demás facultades cognoscitivas internas y externas; dotada igualmente de las potencias afectivas sensitivas y de sus correspondientes pasiones. Esto es lo que enseña la Iglesia católica, que lo ha sancionado y solemnemente confirmado por los Romanos Pontífices y los concilios ecuménicos: «Entero en sus propiedades, entero en las nuestras» (cf. S. León Magnus, *Epist. dogm., Lectis dilectionis tuae ad Flavianum Const. Pat.*, 13 iun a.449; cf. PL 54,763); «perfecto en la divinidad y El mismo perfecto en la humanidad» (cf. *Conc. Chalced.* a.451; cf. Mansi, o.c., VII 115 B.); «todo Dios (hecho) hombre, y todo el hombre (subsiste en) Dios» (cf. S. Gelasio Papa, tr.2: "Necessarium de duabus naturis in Christo»; cf. A. Thiel, *Epist. Rom. Pont.*, a S. Hilario usque ad Pelagium II p.532).

1311 ***F) Con todo, la verdad de la union hipostática y de la redención debe iluminar esta realidad del Corazón amoroso de Cristo***

•Con todo, el hecho de que el Verbo de Dios haya tornado una verdadera y perfecta naturaleza humana y haya plasmado y como modelado un corazón de carne que, no menos que el nuestro, fuese capaz de sufrir y de ser herido. este hecho, decimos, si no se le ve y se le considera a la luz que émana no sólo de la unión hipostática y sustancial, sino también de la verdad de la humana redención, que es, por decirlo así, el complemento de aquélla, podría parecer a algunos *escndalo* y *necedad*, como de hecho pareció a los judíos y gentiles Cristo *cnicificado* (1 Cor. 1,23). Ahora bien: los símbolos de la fe, perfectamente concordes con las divinas Escrituras, nos aseguran que el Hijo unigenito de Dios tomó la naturaleza pasible y mortal con la mira puesta principalmente en el sacrificio cruento de la cruz, que El deseaba ofrecer con el fin de cumplir la obra de la salvación del hombre*.

1312 ***G) Aunque la Escritura no nos describe el Corazón de Cristo, nos pone de relieve las conmociones sensibles con él relacionadas***

<Por más que los evangelistas y los demás escritores sagrados no nos describan abiertamente el Corazón de nuestro Redentor, no menos vivo y sensible que el nuestro, y las palpitaciones y estremecimientos debidos a las diversas conmociones y afectos de su aima y a la ardentísima caridad de su doble voluntad, sin embargo, frecuentemente ponen de relieve su divino amor y las conmociones sensibles con él relacionadas; el deseo, la alegría, la tristeza, el temor y la ira, según las expresiones de su mirada, palabras y gestos.

Y principalmente el rostro adorable de nuestro Salvador fué sin duda el índice y como el espejo fidelísimo de los afectos, que, conmoviendo en varios modos su ánimo a semejanza de las olas que se entrechocan, llegaban a su Corazón santísimo y excitaban sus latidos.

A la verdad, vale también, a propósito de Jesucristo, cuanto el Doctor Angélico, amaestrado por la experiencia, observa en materia de psicología humana y de los fenómenos de ella derivados: »La turbación que la ira produce repercute en los miembros externos, y principalmente en aquellos en que se refleja más la influencia del corazón, como son los ojos, el semblante, la lengua» (cf. *Sum. Theol.* i-z q.48 a.4: BAC, t.z p.316.).

1313 ***H) Por eso es considerado como índice y símbolo dei amor divino, humano espiritual y humano sensible de Cristo***

’Con mucha razón, pues, es considerado el Corazón dei Verbo encarnado como índice y símbolo del triple amor con que el divino Redentor ama continuamente al Eterno Padre y a todos los hombres. Es ante todo símbolo

dei divino amor, que en él es comùn con el Padre y el Espiritu Santo, y que sôlo en El, como Verbo encamado, se inanifiesta por medio del caduco y fragii organismo humano, *ya que en él habita la plenitud de la Divinidad corpor.ihnente* (Coi. 2,9), Ademâs, el Corazôn de Cristo es simbolo de aquella ardentissima caridad que, infundida en su alma, constituye la preciosa dote de su voluntad humana y cuyos actos son dirigidos e iluminados por una doble y perfectissima ciencia, la beatifica y la infusa (cf. Sum. *Theol.* 3 q.Q a. 1-3: BAC, t.4 p.905).

En fin, y esto mâs natural y directamente, el Corazôn de Jesûs es simbolo de su amor sensible, ya que el cuerpo de Jesucristo, formado en el seno castissimo de la Virgen Mada por obra del Espiritu Santo, supera en perfecciôn, y, por ende, en capacidad perceptiva, todo otro organismo humano» (cf. *ibid.*, 3 q-33 a-3; q-4Û a.6: BAC t.4 p.262 y 367).

I) El Sagrado Corazôn de Jesûs, simbolo de amor perfectissimo durante la vida terrena del Salvador 1314

«Ahora, venerables hermanos, para que de estas piadosas consideraciones podamos sacar abundantes y saludables frutos, bueno es meditar y contemplar brevemente los multiples afectos humanos y divinos de nuestro Salvador Jesucristo, en los cuales durante el curso de su vida mortal participô su Corazôn, y ahora sigue participando y no dejarâ de participar por toda la eternidad».

J) El Corazôn de Jesûs late de amor divino y humano en la Encarnaciôn, en Nazaret y en la vida pùblica 1315

«El adorable Corazôn de Jesûs late de amor, al mismo tiempo humano y divino, desde que la Virgen Maria pronunciô aquella palabra magnanima «Fiat», y el Verbo de Dios, como nota el Apôstol, al entrar en el mundo dijo: *Tô no has querido sacrificio ni ofrenda, mas a mi me has apropiado un cuerpo; holocaustos por el pecado no te han agradado. Entonces dije: Heme aquí que vengo, según esta escrito de mi al principio del libro, para cumplir, ¡oh Dios!, tu voluntad... Por esta voluntad, pues, somos santificados por la oblaciôn del cuerpo de Cristo hecha una sola vez* (Hebr. 10,5-7.10). De manera semejante palpita de amor su Corazôn, en perfecta armonia con los afectos de su voluntad humana y con su amor divino, cuando en la casa de Nazaret mantenía aquellos celestiales coloquios con su dulcisima Madré y con su padre putativo, San José, a quien obedecía y con quien colaboraba en el fatigoso oficio de carpintero.

Este mismo triple amor movia su Corazôn en sus continuas correrias apostôlicas, cuando realizaba aquellos innumerables milagros, cuando resuscitaba a los muertos o devolvía la salud a toda clase de enfermos, cuando sufría aquellos trabajos, soportaba el sudor, el hambre y la sed; en las velas nocturnas pasadas en oraciôn a su Padre amantisimo; iinalmente, en los discursos que pronunciaba y en las parabras que proponía, especialmente en aquellas que tratan de la misericordia, como la de la dracma perdida, la de la oveja descarriada y la del hijo.prôdigo En estas palabras y en estas

obras, como dice Gregorio Magno, se manifiesta el Corazón mismo de Dios: «Conoce el Corazón de Dios en las palabras de Dios, para que con más ardor suspires por las cosas eternas» (cf. *Registr epistol.* \l ep.31 *ad Theodorum medicum*: PL 77,706).

1316 /ζ) ***Igualmente Jesûs expresa el amor de su Corazón ante los que le siguen y ante los que le rechazan***

•De amor aun mayor latía el Corazón de Jesucristo cuando de su boca salían palabras que inspiraban amor ardentísimo. Así, para poner algún ejemplo, cuando al ver a las turbas cansadas y hambrientas dijo: *Me da compasión esta multitud de gentes* (Mc. 8.2), y cuando al divisar a Jerusalén, su ciudad predilecta, destinada a una fatal ruina por su obstinación en el pecado, exclamé: *Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que a ti son enviados. ¡Cuántas veces quise recoger a tus hijos, como la gallina recoge a sus polluelos bajo sus alas, y tú no has querido!* (Mt. 23,37). Su Corazón palpitó también de amor hacia su Padre, y de santa indignación cuando vio el comercio sacrilego que se hacía en el templo, e increpó a los violadores con estas palabras: *Escnto esta: Mi casa será Habitación para oración; mas vosotros la tendis hecha una cueva de ladrones* (Mt. 21.13).

1317 ***L) Pero particularmente palpitó de amor en la Pasión y en la Cruz***

♦Pero particularmente latió de amor y de pavor su Corazón cuando vio inminente la hora de los cruentísimos padecimientos y cuando, experimentando una repugnancia natural a los dolores y a la muerte, exclamo: *Padre mío, si es posible, pasa de mí este cáliz* (Mt. 26,39): palpitó con amor invicto y con amargura suma cuando al recibir el beso del traidor le dirigió aquellas palabras, que parecen la invitación última de su Corazón misericordiosísimo al amigo que con ánimo impio, infiel y obstinado le había de entregar a los verdugos: *Amigo, ¿a qué has venido aquí? ¡Con un beso entregas al Hijo del hombre?* (Mt. 26,50: Le. 22,48); palpitó de compasión y amor íntimo cuando dijo a las piadosas mujeres que lloraban su inmerecida condenación al suplicio de la cruz: *Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos ... pues si el árbol verde lo tratan de esta manera, ¿el seco que se hará?* (Le. 23,28-31).

Finalmente, cuando el divino Redentor pendía de la cruz, sintió arder su Corazón con los más varios y vehementes afectos, esto es, con afectos de amor ardentísimo, de consternación, de misericordia, de deseo encendido, de paz serena; afectos claramente manifestados en aquellas palabras: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen* (Le. 23,34): *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?* (Mt. 26,46); *En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso* (Le. 23,43): *Tengo sed* (Io. 19,28); *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*» (Le. 23,46).

**M) La Eucaristia, la Santísima Virgen y el
sacerdocio : dones del Corazôn amantísimo
de Jesûs**

1318

*¿Quien podrâ describir dignamente los latidos del Corazôn divino, índices de su infinito amor, en aquellos momentos en que diô a los hombres sus mâs preciados dones, esto es, a si mismo en el sacramento de la Eucaristia, a su Madré Santísima y la participaciôn del oficio sacerdotal?

Aun antes de celebrar la ùltima cena con sus discipulos, al pensar que iba a ihstituir el sacramento de su cuerpo y de su sangre, con cuya efusiôn se habia de confirmar la nuêva alianza, sintiô su corazôn agitado de intensa conmociôn, que manifesté a sus apôstoles con estas palabras: *Ardientemente he deseado corner este cordero pascual con vosotros antes de mi pasiôn* (Le. 22,15). Conmociôn que, sin duda, fué aùn mâs vehemente cuando *tomô el pan, diô gracias, lo partiô y lo diô a ellos diciendo: «Este es mi cuerpo, el cual se da por vosotros; haced esto en memoria mia»*. Del mismo tñodo *tomô el cdliz, después que hubo ccnado, diciendo: «Este cdliz es la nueim alianza en mi sangre, que se derramard por vosotros»* (Le. 22,19-20).

Con razôn, pues, se puede afirmar que la divina Eucaristia, como sacramento que El da a los hombres y como sacrificio que El mismo continuamente inmola *desde el levante hasta el poniente* (Mt. 1,11), y también el sacerdocio, son, sin duda, dones del Sagrado Corazôn de Jesûs.

Don asimismo preciosísimo del mismo sacratísimo Corazôn es, como indicâbamos, la Santísima Virgen, Madré excelsa de Dios y Madré amantísima de todos nosotros. Era justo que el género humano tuviese por Madré espiritual a la que fué Madré natural de nuestro Redentor, asociada a El en la obra de regcneraciôn de los hijos de Eva a la vida de gracia. A propôsito de lo cual escribe de ella San Agustin: «Evidentemente es Madré de todos lo miembros del Salvador, que somos nosotros, porque con su caridad cooperô a que naciesen en la Iglesia los fieles, que son miembros de aquella Cabeza» (cf. *De sancta virginitate* 6: PL 40,399).

**N) También la Iglesia y los sacramentos son dones
del Sagrado Corazôn de Jesûs**

*No cabe, pues, dudar de que el Sagrado Corazôn de Jesûs, tan íntimo participe de la vida dei Verbo encarnado y por lo mismo asumido como instrumento conjunto de la divinidad no menos que los demás miembros de su naturaleza humana, en la realizaciôn de las obras de la gracia y de la omnipotencia divina (cf. D. Th o m ., Sum. *Theol.* 3 q.19 a.i: BAC, t.4 p.166), es también simbolo legitimo de aquella inmensa caridad, que moviô a nuestro Salvador a celebrar, con el derramamiento de su sangre, su místico matrimonio con la Iglesia: «Sufriô la pasiôn por amor a la Iglesia, que habia de unir a si como Esposa» (cf. .Sum. *Theol.*, *Suppl.*, q.42 a.i ad 3: BAC', t.5 p.196). Por tanto, del Corazôn herido del Redentor naciô la Iglesia, verdadera administradora de la sangre de redenciôn, y del mismo iluye abundantemente la gracia de los sacramentos, en la cual los hijos de la Iglesia beben la vida sobrenatural, como leemos en la sagrada liturgia: «Del Corazôn abierto nace la Iglesia desposada con Cristo... Tû, que del Corazôn haces manar la gracia» (cf. Ilvmm. *ad vesp. festi Smi. Cordis h-su*).

De este simbolo, que ni aun a los antiguos Padres y escritores eclesiásticos fué desconocido, el Doctor Comûn, haciéndose eco de ellos, escribe así: «Del costado de Cristo brotô agua para lavar y sangre para redimir. Por eso la sangre es propia dei sacramento de la Eucaristia; el agua, del sacramento del Bautismo, el cual, sin embargo, tiene fuerza para lavar en virtud de la sangre de Cristo» (cf. Sum. *Theol.* 3 q.66 a.3 ad 3: BAC, t.4 p.529). Lo que aqui se afirma del costado de Cristo, herido y abierto por el soldado, hay que aplicarlo a su Corazôn, al cual, sin duda, llegô el golpe de la lanza, asestado precisamente por el soldado para que constase de manera cierta la muerte de Jesucristo. Por esto, durante el curso de los siglos, la herida del Corazôn Sacratísimo de Jesús, muerto ya a esta vida mortal, ha sido la imagen riva de aquel amor espontáneo con que Dios entregô a su Unigenito por la redención de los hombres, y con el cual Cristo nos amô a todos tan ardientemente, que se inmolô a si mismo como hostia cruenta en el Calvario: *Cristo nos amô y se ofreciô a si mismo a Dios en oblaciôn y hostia de olor suavisimo*» (Eph. 5,2).

1320 fl) ***El Sagrado Corazôn de Jesûs, simbolo de su triple amor a la humanidad en la vida gloriosa del cielo***

«Después que nuestro SaKador subiô al cielo con su cueqx» glorificado y se sentô a la diestra de Dios Padre, no ha cesado de amar a s i Esposa, la Iglesia, con aquel amor inPamado que palpita en su Corazcn. Liera en sus manos, en sus pies y en su costado las esplendentes senales de sus heridas, trofeos de su triple victoria: contra el demonio, contra el pecado y contra la muerte. Y liera en su Corazôn, como en preciosísima area, aquéllos mmenos tesoros de mentes, frutos de la triple victoria, que con largueza distribuye al género humano. Es esta una verdad consoladora, enseñada por el Apôstol de las Gentes, cuando escribe: *Al subirse a lo alto, llevô consigo cautiva a una grande multitud de cautivos y derramô sus dones sobre los hombres... El que descendió, ese mismo es el que ascendió sobre todos los cielos, para dar cumplimiento a todas las cosas** (Eph. 4,8.19).

1321 O) ***Los dones del Espiritu Santo son también dones del Corazôn adorable de Jesûs***

«La cfusiôn del Espiritu Santo a los discipulos es la primera y espléndida serial de su amor munifico, después de su subida triunfal a la diestra del Padre. A los diez dias, el Espiritu Parâclito, dado por el Padre celestial, bajô sobre ellos, que estaban rcunidos en el Cenâculo, según la promesa que les hiciera en la última cena: *Yo rogaré al Padre y os dard otro consolador para que esté con vosotros eternamente* (Jo. 14,16). El cual Espiritu Parâclito, siendo, como es, el amor mutuo personal, con el cual el Padre ama al Hijo y el Hijo al Padre, es enviado por ambos, y bajo forma de lenguas de fuego infunde en el aima de los discipulos la abundancia de la caridad divina y de los demás carismas celestiales. Esta infusiôn de la caridad divina brotô también del Corazôn de nuestro Salvador, en *el cual estân encerrados todos los tesoros de la sabiduria y de la ciencia* (Col. 2,3).

Esta caridad es, por tanto, don del Corazôn de Jesûs y de su Espiritu. A este comûn Espiritu del Padre y del Hijo se debe el nacimiento y la pro-

pagaciôn admirable de la Iglesia en medio de todos los pueblos paganos, contaminados por la idolatría, el odio fraterno, la corrupciôn de costumbres y la violencia.

Esta divina caridad, don preciosísimo del Corazôn de Cristo y de su Espiritu, es la que diô a los apôstoles y a los mâtires aquella fortaleza con que lucharon hasta una muerte heroica para predicar la verdad evangélica y testimoniarla con su sangre; ella es la que diô a los doctores de la Iglesia aquel celo intenso por ilustrar y defender la fe catôlica; la que alimentô las virtudes en los confesores y los excitó a llevar a cabo obras admirables y utilísimas, por la propia santificaciôn y por la salud eterna y temporal de los prôjimos, y, finalmente, la que persuadiô a las vírgenes a que espontánea y alegremente renunciaran a los goces de los sentidos y se consagrasen enteramente al amor del Esposo celestial.

A esta divina caridad, que redundaba del Corazôn del Verbo encarnado y se difundía por obra del Espiritu Santo en las almas de todos los creyentes, el Apôstol de las Gentes entonô aquel himno de victoria que ensalza a un tiempo el triunfo de Jesucristo Cabeza y el de los miembros de su Cuerpo místico sobre cuantos de alguna manera obstaculizan el establecimiento del reino divino del amor entre los hombres: *¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿La tribulation? ¿O la angustia? ¿O el hambre? ¿O la desnudez? ¿O el riesgo? ¿O la persecuciôn? ¿O el cuchillo?... Pero en todas estas cosas triunfamos por virtud de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, ni lo que hay de mas alto, ni de mas profundo, ni otra criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios que se funda en Jesucristo nuestro Señor (Rom. 8,35.37-39)».*

P) Debemos, por tanto, adorar al Corazôn de Cristo, como simbolo de la caridad del Redentor

«Nada, por tanto, prohíbe que adoremos el Corazôn Sacratísimo de Jesucristo en cuanto es partícipe y simbolo natural y sumamente expresivo de aquel amor inexhausto en que arde el divino Redentor aún hoy para con los hombres. Aun cuando ya no está sometido a las perturbaciones de esta vida mortal, sin embargo, vive y palpita y está unido de modo indisoluble con la persona del Verbo divino, y en ella y por ella con su divina voluntad, Sobreabundando el Corazôn de Cristo de amor divino y humano, y siendo inmensamente rico con los tesoros de todas las gracias que nuestro Redentor adquirió con su vida, sus padecimientos y su muerte, es, sin duda, una fuente perenne de aquella caridad que su Espiritu infunde en todos los miembros de su Cuerpo místico».

fn

Q) No es, pues, esta una forma cualquiera de piedad

«A la verdad, si se ponderan debidamente los argumentos sobre los que se funda el culto al Corazôn herido de Jesûs, todos verán claramente que aquí no se trata de una forma cualquiera de piedad, que uno pueda posponer a otras o tenerla en menos, sino de una práctica religiosa sumamente apta para conseguir la perfecciôn cristiana. Si «la devociôn según el con-

.f

cepto teológico tradicional, expresado por el Doctor Angélico—no es otra cosa que la voluntad pronta de dedicarse a cuanto se relaciona con el servicio de Dios» (cf. Sum. *l'heol.* 2-2 q.82 a.1 : BAC, t.3 p.533). ¿puede haber servicio divino más debido y más necesario, y al mismo tiempo más noble y suave que el que se presta a su amor? ¿Qué cosa puede haber más grata y acepta a Dios que el servicio que se hace a la caridad divina y que se hace por amor, siendo todo servicio voluntario, en cierto modo, un don, y constituyendo el amor «el don primero y origen de todos los dones gratuitos»? (cf. *ibid.*, i q.38 a.2: BAC. t.1 p.282). Es digna, pues, de suino aprecio una forma de culto, mediante la cual el hombre honra y ama más a Dios y se consagra con mayor facilidad y libertad a la caridad divina; forma de culto que nuestro mismo Redentor se digno proponer y recomendar al pueblo cristiano y los Sumos Pontífices han confirmado con mémorables documentos y han enaltecido con grandes alabanzas. Por eso, quien tuviere en poco este insigne beneficio que Jesucristo ha dado a su Iglesia, procéderla temeraria y perniciosamente y ofenderia al mismo Dios...

Tengan, pues, todos la firme persuasión de que en el culto al augustísimo Corazón de Jesús lo más importante no son las prácticas externas de piedad, y que el motivo principal de abrazarlo no ha de ser la esperanza de los beneficios que Cristo Nuestro Señor ha prometido en revelaciones privadas, precisamente para que los hombres cumplan con más fervor los principales deberes de la religión católica, a saber, el deber del amor y el de la expiación, y así obtengan también, de la mejor manera, su propio provecho espiritual».

1324 **p) Exhorta el Papa a practicar esta devoción, tan acreditada en la Iglesia por tantos títulos**

«Exhortamos, pues, a todos nuestros hijos en Cristo a practicar con entusiasmo esta devoción, tanto a los que ya acostumbran a beber las aguas saludables que manan del Corazón del Redentor, como, sobre todo, a los que, a guisa de espectadores, miran de lejos, con curiosidad y duda. Consideren éstos con atención que se trata de un culto, como ya dijimos, desde hace tiempo arraigado en la Iglesia, y que se apoya sólidamente en los mismos Evangelios; un culto en cuyo favor está claramente la tradición y la sagrada liturgia, y que los mismos Romanos Pontífices han ensalzado con muchas y grandes alabanzas, pues no se contentaron con instituir una fiesta en honor del Corazón del Redentor y extenderla a toda la Iglesia, sino que tomaron la iniciativa de dedicar y consagrar con rito solemne todo el género humano al mismo Sacratísimo Corazón (cf. Leo XIII, enc. *Annum Sacrum*: «Acta Leonis», vol.19 [1900] p.71 ss.: *Decr. S. C. Rituum*, 28 iun. 1899, in *Decr. Auth.*, III n.3712; Pius XI, *Miserentissimus Redemptor*: AAS [1928] p.177; *Decr. S. C. Rit.*, 29 ian. 1929: AAS 21 [1929] p.77). Consideren, íñalmente, los frutos copiosos y consoladores que la Iglesia ha recogido de esta devoción: innumerables conversiones a la religión católica, la fe de muchos reavivada, la union más estrecha de los cristianos con nuestro amantísimo Redentor; frutos que, sobre todo en estos ultimos decenios, se han observado con mayor frecuencia y esplendidez».

S) Y propone el culto al Sagrado Corazôn como lâbaro de salvaciôn para el mundo de hoy 1320

||

«A la vista de tantos males como, hoy mäs que nunca, trastornan profundamente a los individuos, las familias, las naciones y el orbe entero, idônde, venerables hermanos, hallaremos un remedio eficaz? ^Podremos encontrar alguna devociôn que aventaje al culto augustísimo del Corazôn de Jesûs, que responda mejor a la indole propia de la fe catôlica, que satisfaga con mäs eficacia las necesidades actuales de la Iglesia y del género humano? ^Qué homenaje religioso mäs noble, mäs suave y mäs saludable que este culto que se dirige todo a la caridad misma de Dios? (cf. *Miserentissimus Redemptor*: AAS 20 [1928] p.166). Por ûltimo, êqué puede haber mäs eficaz que la caridad de Cristo—que la devociôn al Sagrado Corazôn promueve y fomenta cada dia mäs—para estimular a los cristianos a practicar en su vida la ley evangélica, sin la cual no es posible que haya entre los hombres paz verdadera, como claramente ensenan aquellas palabras del Espiritu Santo: *Obra de la justicia serd la paz?* (Is. 32,17).

Por lo cual, siguiendo el ejemplo de nuestro inmediato antecesor, queremos recordar de nuevo a todos nuestros hijos en Cristo la exhortaciôn que Leôn XIII, de feliz memoria, al expirar el siglo pasado, dirigiô a todos los cristianos y a cuantos se sentian sinceramente preocupados por su propia salvaciôn y por la salud de la sociedad civil: «Ved hoy ante vuestros ojos un segundo lâbaro consolador y divino: el Sacratísimo Corazôn de Jesûs..., que brilla con refulgente esplendor entre las Hamas. En El hay que poner toda nuestra confianza; a El hay que suplicar y de El hay que esperar nuestra salvaciôn» (cf. *Annum Sacrum*: «Acta Leonis», vol.19 [1900] p.79; enc. *Miserentissimus Redemptor*: AAS 20 [1928] p.167).

SECCI0A I II. MISCELANEA HISTORICA LITERARIA

LA LLAGA DEL COSTADO

Los estudios modernos realizados sobre la Santa Sâbana de Turin han arrojado mucha luz sobre la llaga infligida al Corazôn de Cristo por la lanza del soldado. Recogemos por su interês un brevisimo extracto de las experiencias del profesor Barbet, cirujano de los hospitales de Paris (cf. *Las llagas de Jesûs y el Santo Sudario*: Bibi. Sindon., n.9, Barcelona 1953).

1326

A) *La posiçión*

*El Santo Sudario evidencia la huella de esta Haga claramente en el lado izquierdo, lo que significa, estando las improntas invertidas, que el cadâver la habia recibido en el derecho.

Es curioso que a pesar del prejuicio corriente que coloca el corazôn en el lado izquierdo (mientras es solamente la punta la que en él golpea), nadie me ha contradicho nunca en cuanto a la cuestiôn del lado. Por lo demâs, nunca se ha objetado el hecho de los estigmatizados. San Francisco, es verdad, tenia su Haga a la derecha; pero después de él numerosos estigmatizados han tenido sus heridas a la izquierda: Teresa Neumann, por ejemplo. Evidentemente, esta diferente localizaciôn del costado es mâs clara que en las manos; se han buscado explicaciones... que no explican nada. Por ejemplo, ésta: el estigmatizado, en este caso, tendria la llaga en el lado en que se encontraba estando de frente a la llaga de Jesûs, a quien contemplaba. Mâs bien que adelantar teorfas tan cientfficas, prefiero confesar que esto sobrepasa el campo de la ciencia y respetar el misterio de dichos fcnômenos. Por lo demâs, esto viene a reforzar la opiniôn que he expuesto a propôsito de las manos: los estigmas tienen un significado puramente místico, y de ningûn modo pueden pretender ser una reproducciôn mâs o menos exacta de las cinco llagas de la Pasiôn.

Sobre la imagen anterior del Sudario se ve en el lado izquierdo (por consiguiente, en el lado derecho del cadâver) un enorme flujo de sangre, en parte oculto sobre el borde extemo por una pieza de tela cosida después dei incendio de 1532 por las Clarisas de Chambéry. Se extiende hacia arriba al menos con una anchura de seis centímetros, y desciende, dividiéndose y ondulando, sobre alrededor de 15 centímetros de altura. Su margen interior estâ caprichosamente entrecruzado por lineas curvas, que apenas pueden explicarse en un flujo de sangre que se hubiese deslizado sobre un cadâver en posiçión vertical; por otra parte, no se extiende de un modo homogéneo y presenta algunas lagunas.» (cf. o.c.. p.75-76).

B) Caractères

•La mancha sobre el Santo Sudario, vista en pleno día, resalta por su color rojizo, como todas las manchas de sangre, sobre el conjunto de la imagen, que tiene color parduzco. Corresponde exactamente a una eclosión importante de sangre, en parte caída en tierra, y en parte coagulada en el contacto con-la.piel, en zonas sucesivas. La parte superior del coágulo, la más cercana a la llaga, es más espesa y la más ancha, porque el chorro es importante: esto, como hemos dicho, lo conocen bien los cirujanos. Lo contrario se verifica cuando la sangre, saliendo en cantidad discreta, se para en su descenso y se acumula al topar con un obstáculo... En la parte superior se distingue netamente, así sobre el original como sobre las fotografías, una parte ovalada de gran eje transversal un poco oblicua hacia afuera y hacia arriba, que demuestra claramente ser la señal de la herida del costado, de donde manó la sangre. Esta herida mide 4,4 centímetros en su parte más ancha y 1,5 de altura» (cf. o.c., p.77).

C) Côm o fué la lanzada

13*8

«La lanza se ha deslizado sobre la sexta costilla, ha perforado el quinto espacio intercostal y penetrado en su hondo, encontrando la pleura y el pulmón. Si el soldado de quien había San Juan hubiese dado una lanzada en una dirección casi vertical, en primer lugar habría perforado con mucha dificultad el espacio intercostal; luego, la punta se hubiera perdido en el pulmón, de donde no habría podido brotar sangre sino de algunas venas pulmonares. Habría podido desprenderse sangre en pequeña cantidad, pero no agua. El líquido pleural, suponiendo que lo hubiera, debía estar acumulado en la parte inferior, hacia detrás, por debajo del nivel de la llaga. Me refiero, naturalmente, al hidrotórax, líquido de trasudación pléurica de origen agónico presenté aun en el pericardio. La hipótesis de una pleuresia tuberculosa, emitida en el libelo *La Jolie de Jésus*, escrito desgraciadamente por un médico, a quien no haré el honor de nombrar ni siquiera como reclamo póstumo, queriendo ser una agudeza blasfema, es tan solo una vulgaridad ridícula que no se puede sostener.

La lanzada fué, pues, oblicua y muy próxima a la horizontal, lo cual es fácil de realizar, porque, según opino, la cruz no era muy alta; si superaba los dos metros, cosa que no pienso verosímil, era necesario un hombre a caballo para asestar el golpe. Pero los verdugos y guardianes, y hasta quizás los soldados enviados por Pilatos para el *crurifragium* eran todos soldados de infantería y el centurión un oficial también de a pie. Con la cruz baja, de dos metros, un soldado tenía solamente que alzar los brazos en la posición de «en parada», como se dice en la esgrima a la bayoneta, para asestar correctamente el lanzazo.

Es hasta probable que este golpe a la derecha, en el corazón, siempre mortal, fuera clásico y se aprendiera en las legiones romanas, por hallarse, además, el lado izquierdo normalmente protegido por la adarga.

Encuétrase en César (*De bello Gallico* 1.1,25,6; 1.7,50,1; *De bello civili* 1.3,86,3) la expresión *latus apertum*, costado descubierto, para designar el costado derecho. Farabeu nos ensería que los golpes asestados en los espacios intercostales, a lo largo del borde derecho del estemón, son irremediables,

porque abren la pared muy delgada de la aurícula derecha. Y esto sigue siendo verdad aún hoy, a pesar de la intervencióñ quirûrgica inmediata. Asi las cosas, la punta se dirige con naturalidad a través de la parte anterior, delgada, del pulmôn derecho y por un trayecto de ocho centímetros de anchura, segûn las radiografias, alcanza el borde derecho del corazôn envuelto en el pericardio.

.Ahora bien—aquí el nudo de la cuestiôñ—, la parte del corazôn, que sobrepasa la derecha del esternôn, es la aurícula derecha. Y esta aurícula, prolongada hacia arriba por la vena cava superior y hacia abajo por la vena cava inferior, se halla siempre, en el cadaver, llena de sangre liquida.

Jesûs—lo dice el texto evangélico—bien muerto estaba en el momento de la lanzada. Parece, por otra parte, que San Juan se da cuenta admirablemente de la importanda de este hecho, cuando anade con insistenda significativa que recuerda las primeras lineas de su Evangelio: *Y quien lo ha visto* (Io. 19,35) *ha dado testimonio y su testimonio es verdadero. Y Aquel* (Jesûs) *sabe que dice la verdad, para que también vosotros credis*, Como comenta Lagrange, el vocablo *ille*, en griego *ekeinos*, senala al Senor, que Juan cita como testigo en apoyo de su veracidad.

Si la lanzada hubiera sido en el lado izquierdo hubiera atravesado los ventriculos, exangües en el cadâver, y no hubiera manado sangre, sino ûnicamente agua, como veremos. Pero tanto el Sudario como la tradiciôñ localizan la herida en el lado derecho* (cf. o.c., p.81-85).

1329

D) La sangre

«En una serie de cadâveres repeti diversas experiencias. Ante todo, tomé una larga aguja y la monté sobre una buena jeringa. Senalé el nivel de la llaga, hundi la aguja en el quinto espacio derecho intercostal, hiriendo hacia dentro, hacia arriba y un poco hacia atrás. Entre los 9-10 centímetros entré en la aurícula derecha y, al aspirar, Uené la jeringa de sangre liquida. Mientras atravesaba el pulmôn, la aspiraciôñ no aportaba ningûn liquido ni sangre ni agua.

A continuaciôñ hundi, en las mismas condiciones, un ancho cuchillo de amputar. A la misma profundidad abri la aurícula derecha y la sangre corriô a lo largo de la hoja, a través dei orificio horadado en el puln ô i. Todas mis experiencias fueron practicadas sobre cadâveres, pasadas ya las veinticuatro horas de su defunciôñ, segûn reglamenta la ley, y han sido seguidas, naturalmente, de la disecciôñ» (cf. *ibid.*).

1330

E) El agua

«Si la sangre procede con toda naturalidad del corazôn o no puede proceder mâs que de allí en tal cantidad, el agua êde dôñde procede?

Habia notado, en mis primeras necropsias, que el pericardio contenia siempre cierta cantidad de serosidad (hidropericardio) suficiente para que se la vea correr a la incisiôñ de su hoja pariétal. En algunos casos, el liquido era, incluso, muy abundante.

Tomé nuevamente la jeringa, pero adentrando la aguja muy lentamente y aspirando de modo continuo Asi pude sentir la resistenda dei pericardio

fibroso; tan pronto lo hubc perforado, aspiré una notable cantidad de serosidad. Luego, prosiguiendo la aguja su camino, aspiré sangre de la aurícula derecha. De nuevo con mi cuchillo, y hundiéndolo con las mismas precauciones, pude comprobar el derrame de serosidad primero, y luego, al proseguir hundiéndolo, de sangre.

Finalmente, si se hunde el cuchillo con violencia, se ve que sale un gran flujo de sangre; pero se puede también distinguir en los bordes una cantidad menos importante de serosidad pericârdica.

El agua era, pues, liquido pericârdico. Y puede suponerse que tras una agonia excepcionalmente penosa como fué la del Salvador el hidropericardio debiô ser particularmente abundante, lo suficiente para que San Juan, testigo ocular, pudiera ver claramente brotar sangre y agua. La serosidad no podia ser para él mâs que agua, segûn sus apariencias. Como en el cuerpo no hay mâs agua que la de las serosidades, no puede tratarse de agua pura. Ademâs, nosotros mismos hablamos de hidropericardio; esto es, ^agua|contenida en el pericardio*.

ESTIGMAS DE SANTOS

A) *El primer estigmatizado*

He aquí cômô Celano relata la impresiôn de las llagas de San Francisco de Asis, el primer estigmatizado de la historia (cf. *Escritos completos de San Francisco de Asis y biografias de su época*: BAC, p.347 ss.).

«Veianse las manos y los pies traspasados en su mitad o centro y las cabezas de los clavos aparecian en la parte interior de la mano y en la superior de los pies, y sus puntas en la parte opuesta. Las senales de la palma de las manos eran redondas y por encima puntiagudas, de modo que se advertian algo mâs carnosas, como si las puntas salientes de los clavos hubieran sido retorcidas y machacadas sobresaliendo dei resto de la came. En idéntica forma estaban impresas las senales en los pies y mâs prominentes que lo restante. El costado derecho estaba atravesado como por una lanza, por cuya cicatriz abierta derramaba muchas veces sangre tan abundante, que Uegaba en ocasiones a tenir la tûnica y aun los pahos menores. ¡Oh, y cuân pocos, mientras viviô el crucificado servidor de Dios, merecieron ver la sagrada llaga del costado! ¡Dichoso Elias, que en vida del Santo mereciô contemplarla; y no menos feliz Rufino, que con sus propias manos llegó a tocarla! Pues como una vez dicho fray Rufino metiese la mano en el seno del santísimo Padre para restregarle, deslizôsele un tanto hasta Hegar al costado derecho, y entonces al acaso tocô aquella preciosa cicatriz. A cuyo tacto el siervo de Dios experimento gravísimo dolor, y alejando la imprudente mano, pidiô al Señor que le perdonara. Con extrema solicitud ocultaba estas cosas a los profanos, y tanto que aûn las escondia a los mâs ellegados, de modo que los mismos religiosos que con él moraban y los companeros devotísimos que siempre le seguian lo ignoraron por mucho tiempo».

SAGRADO CORAZON OK JESUS

B) La revelaciôn de Santa Gertrudis

Tomamos Je la obra de Johannes M.a Hocht, *Los estigmatizados* (t.1 p.71 ss.), el relato de Santa Gertrudis.

«Siete anos mäs tarde, antes dei Adviento, por impulso vuestro, que sois» la fuente de todo bien, una persona se habia obligado a anadir por mi todos los dias en su oraciôn ante el crucifijo las siguientes palabras:· ¡Oh Señor, todo amor!, por vuestro corazôn llagado, atravesad su corazôn con las fléchas de vuestro amor, de tal manera que no pueda contener nada terreno, sino que sea penetrado por la fuerza de vuestra divinidad». Movida por esta oraciôn, como conflo, el domingo (tercero de Adviento), en cuya misa se canta «Gaudete in Domino»: «Alegraos en el Señor»; en el momento mismo de acercarme al Sacramento me infundiste un deseo que me forzó a proferir estas palabras: «Aunque no soy digna de recibir ni siquiera el mäs minimo de vuestros regalos, sin embargo, por los méritos y los votos de todos los presentes, imploro vuestra misericordia: atravesad mi corazôn con la flécha de vuestro amor». Inmediatamente sentí que la fuerza de estas palabra:» tocaba vuestro divino corazôn, asi por la infusiôn de la gracia interior como por la senal manifiesta que mostrasteis en el cuadro de vuestra crucifixiôn.

Porque, como después de recibir el Sacramento de vida me retirera al lugar de oraciôn, me pareció que de la Haga del costado derecho del crucifijo pintado en el trono salia como un rayo de sol penetrante como una flécha, que al principio parecia alargado y luego se encogia para volverse a alargar, halagando asi apaciblemente mi aima durante cierto rato. Pero ni aun asi quedaba colmado mi anhelo, hasta que el miércoles, en que después de la misa de los fieles se hace memoria de vuestra encarnaciôn y predicaciôn, a lo que no dejé de prestar oidos, de repente os aparecisteis, imprimiendo en mi corazôn una llaga con estas palabras: «Aquí han de confluír las oleadas de todos tus sentimientos: todo tu goce, esperanza, alegria, dolor, temor y todos tus demás afectos han de consolidarse en mi amor*.

Y cuán eficaces fueran estas efusiones de gracia se echa de ver, aunque no sea mäs que por una bella oraciôn de acciôn de gracias posterior que repetia a menudo, alabando y glorificando a Dios por sus grandisimas gracias:

◆De todos estos dones dos tengo en especial estima: el que bayais impreso en mi corazôn las augustas senales de vuestras saludabilisimas llagas *grabando ademds en él a vista de ojos y tan eficazmente la llaga del amor*. Pues, aunque no me hubierais dado nunca mayor consuelo interior ni exterior, con estos dos dones me habéis comunicado tal felicidad que, aunque hubiera de vivir mil aüos, sacaria de ello a cada hora mäs que suficiente consuelo. guía y materia de acciôn de gracias». Y en un fragmento posterior de esta oraciôn en el que se acusa a si misma de ingratitud por tan grandes dones recibidos—género de acusaciôn humilde que se encuentra a menudo en los grandes santos—vuelve a hablar de su estigmatizaciôn «como del mäs gracioso atavio de mi interior mediante la impresiôn de vuestras sacratisimas Úagas y la revelaciôn de vuestros misterios, con lo que me habéis hecho gustar delicias del espiritu mäs suaves que todos los deleites corporales que hubiera podido encontrar si desde el principio hasta el fin hubiera recorrido el mundo...»

C) *Las Hagas de Santa Catalina de Siena*

1333

♦Catalina le refirió con todo detalle el emocionante suceso: «He visto, me contestó, cómo el Señor, clavado en cruz, bajaba de ella dirigiéndose hacia mí. Estaba envuelto en luz incomparable. Las intensas emociones de mi alma para ir prontamente a mi Creador hicieron levantar a mi cuerpo. Entonces vi brotar de sus cinco llagas espléndidos rayos que se dirigían a mis manos, pies y corazón. Comprendí el misterio y exclamé: Señor mío y Dios mío, os suplico, haced que mis llagas no aparezcan al exterior. Y en seguida se convirtió el rojo de sangre de los rayos en un color brillante: eran rayos de purísima luz, que penetraban en mis manos, pies y corazón».

A continuación le preguntó: «¿Así que ningún rayo fue a dar al lado derecho?» «No—repuso—, sino al izquierdo, exactamente sobre el corazón, porque el rayo que salía del costado derecho del Señor me cogió de lleno y no de lado». «¿Sentiste en ello algún dolor?» Catalina respondió después de lanzar un profundo suspiro: «El dolor que siento en los miembros, y sobre todo en el corazón, es tal, que, sin un nuevo milagro de Dios, me parece imposible poder vivir más tiempo» (cf. o.c., t.2 p.126).

D) *Los estigmas de Teresa Neumann*

1331

♦Quien estreche por primera vez la mano de Teresa tendrá que vencer un cierto temor de tocar esa mano que tiene una especie de señal visible que se sabe ser un «estigma». Al principio, Teresa cubría su mano con un mitón, pero ahora enseña abiertamente los estigmas, vendándolos únicamente para protegerlos de la presión cuando va a trabajar, y no para evitar que el polvo pénétre en ellos, ya que no tiene que temer que se le enconen.

Son heridas extraordinarias, reaccionan anormalmente: ni se curan ni supuran, resistiéndose a toda intervención médica, ya que empeoran si se les aplica cualquier medicación. Le duele sin cesar, y en ciertas épocas, y concretamente los viernes, en particular el Viernes Santo, sangran violentamente. Después, por sí solas, se recubren de una costra seca y limpia, hasta que con la misma espontaneidad vuelven a abrirse. A estas marcas especiales se las denomina «estigmas». Se dan título en los místicos católicos y en algunos de la Iglesia ortodoxa. Son representaciones, copias o símbolos de las heridas de Cristo crucificado.

Teresa los tiene en manos y pies y en el costado izquierdo, en la región del corazón. Estas heridas han sido examinadas muchas veces. Son auténticas heridas que afectan la piel y los tejidos subcutáneos. La del corazón es bastante profunda. No se ha medido aún su profundidad, pero puede ser deducida con aproximación de la profundidad de la impresión negativa que queda en el lienzo o apósito que, a veces, se introduce en la herida abierta y queda adherido tan fuerte que se hace necesario arrancarlo.

Parece evidente que el fondo de la herida se encuentra próximo al corazón, pues, al tocársela, Teresa siente fuertes dolores en aquel órgano. Los estigmas de la mano son cuadrangulares en el dorso de la mano, de aproximadamente un centímetro a centímetro y medio en cuadro. En la palma son redondos y algo más pequeños. Se corresponden directamente los del dorso y los de la palma de la mano, estando unidos al parecer de alguna manera, ya que son más duros al tacto que el resto de la mano. La sensación es como

si se tropezase con una sustancia cartilaginosa» observación que da motivo a afirmar que en la mano encierra una impresión de los clavos de la cruz» (cf. Luisa Rinser. *Konnersreuth* [ed. Dinor. San Sebastian 1955] p.80-82).

IU. LAS REVELACIONES A SANTA MARGARITA MARIA DE ALACOQUE

A) *Primera revelacion (1673)*

«Es la fiesta del discípulo amado (27 diciembre 1673). Esta Margarita en el coro bajo en presencia de su Amor sacramentado. El la hace reposar en su divino pecho, donde le descubre «todas las maravillas de su amor y los secretos inexplicables de su Corazón sagrado, que siempre le había tenido ocultos hasta entonces cuando se le abrió por primera vez*.

«Mi divino Corazón—le dice—esta tan apasionado de amor a los hombres, en particular hacia ti, que, no pudiendo contener en él las llamas de su ardiente caridad, es menester que las derrame valiéndome de ti, y se manifieste a ellos para enriquecerlos con los preciosos dones que te estoy descubriendo...» Le pide en seguida su corazón y le introduce en el suyo, «en el que me lo hizo ver como un átomo que se consumía en aquella ardiente hoguera»; se convierte, a su contacto, en llama encendida, lo saca y se lo vuelve a colocar en su pecho «como una llama ardiente en forma de corazón*. Este fuego le producirá toda su vida un violento dolor de costado, garantía de la verdad de la aparición. Durante muchos días queda Margarita como embriagada y toda abrasada de amor.

Seguía en su oficio de enfermera. Ahora la destinan sus superiores al pensionado en calidad de ayudante. Las catorce jóvenes de familias distinguidas que en él se educan pronto veneran también a su joven maestra como a una verdadera santa. Continúan entre tanto los divinos favores. Todos los primeros viernes se le presenta el Sagrado Corazón como un sol brillante, cuyos rayos ardorosos caen a plomo sobre su corazón. Parece que todo su ser va a quedar reducido a ceniza» (cf. P. José M.^a SXenz de Tejada, S. I., *Vida y obras completas de Santa Margarita Maria de Alacoque* [Bilbao 1948] p.32).

B) *Segunda revelacion (1674)*

«El divino Corazón se me presentó en un trono de llamas, más esplendoroso que el sol y transparente como el cristal, con la llaga adorable, rodeado de una corona de espinas significando las punzadas producidas por nuestros pecados y una cruz en su parte superior...

El pensamiento de Jesucristo se va precisando; la devoción a su sagrado Corazón, que quiere difundir por todo el mundo, es como el último esfuerzo de su amor para abrasar el frío mundo. Será necesario en la nueva devoción venerar al Corazón divino bajo la forma de un corazón de carne; la llaga de la lanza estará bien visible*, le rodearán llamas y le ceñirán las espinas, llevando en la parte superior una cruz. Los que honren en público

esta santa representaciôn recibirân gracias muy especiales. Margarita *de-beri* llevarla de continuo sobre su corazôn. Poco a poco se aclararân estas promesas, y los rasgos todavia indecisos de la divina devociôn se verân claros y de relieve» (cf. *ibid.*, p.32-33).

C) Tercera revelacion (1674)

1337

«Una vez entre otras, escribe la vidente, que se hallaba expuesto el Santísimo Sacramento, después de sentirme retirada en mi interior por un recogimiento extraordinario de todos mis sentidos y potencias, Jesucristo, mi amado Dueño, se presentó delante de mi todo resplandeciente de gloria, con sus cinco llagas brillantes como cinco soles, y despidiendo de su sagrada humanidad rayos de luz de todas partes, pero sobre todo de su adorable pecho, que parecia un horno encendido, y, habiéndose abierto, me descubrió al amante y amable Corazón, vivo manantial de tales llagas.

Entonces me explicó las inexplicables maravillas de su puro amor, y hasta qué exceso habia llegado su amor para con los hombres, de quienes no recibia sino ingratitudes.

Esta aparición es más brillante, más regia que las precedentes. Amante apasionado, se queja del desamor de los suyos, y, divino mendigo, nos tiende la mano el Señor para solicitar nuestro amor. Esté atenta a mi voz, continúa Jesús, y le dirige varias peticiones:

«Primero me recibirás sacramentado tantas veces cuantas la obediencia quiera permitirtelo.

Comulgarás, además, todos los primeros viernes de cada mes.

Todas las noches del jueves al viernes haré que participes de aquella mortal tristeza que yo quise sentir en el huerto de los Olivos; tristeza que te reducirá a una especie de agonía más difícil de sufrir que la muerte. Para acompañarme en la humilde oración que hice entonces a mi Padre en medio de todas mis congojas, te levantarás de once a doce de la noche para postrarte durante una hora conmigo, el rostro en el suelo, tanto para calmar la cólera divina, pidiendo misericordia para los pecadores, como para suavizar, en cierto modo, la amargura que senti al ser abandonado por mis apóstoles, obligándome a echarles en cara el no haber podido velar una hora conmigo; durante esta hora harás lo que yo te enseñaré»...

A todo esto, absorbe Margarita en su larga oración, la tienen que hacer volver en sí las hermanas; la llevan a la superiora, la Madre De Saumaise, y cae temblorosa y conmovida de rodillas. La superiora la mortifica y humilia duramente. Mas ella cumple balbuceando las peticiones del Señor y se calla. La prudente superiora da un «no» tajante a todas ellas. Pero el mismo Jesucristo intervendrá directamente»... (cf. *ibid.*, p.33-34).

D) La gran revelacion (1675)

133i

«Es un día infraoctava del Corpus, probablemente el 16 de junio de 1675. La hermana Margarita Maria está ante Su Divina Majestad expuesto. De la blanca nube de los accidentes eucarísticos se adelanta radiante nuestro Señor Jesucristo, le descubre su divino Corazón y le dice con acento insinuante y amoroso además: «He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles

su amor, y que no recibe en reconocimiento de la mayor parte sino ingratitud, ya por sus irreverencias y sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este sacramento de amor. Pero lo que me es aún mucho más sensible es que son corazones que me están consagrados los que así me tratan. Por eso te pido que se dedique -el primer viernes de mes después de la octava del Santísimo Sacramento a una fiesta particular para honrar mi Corazón, comulgando ese día y reparando su honor con un acto público de desagravio, a fin de expiar las injurias que ha recibido durante el tiempo que he estado expuesto en los altares. Te prometo además que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias de su divino amor sobre los que le den este honor y los que procuren le sea tributados.

«¿Cómo puedo cumplir estos encargos?» «Dirígete a mi siervo (el P. La Colombière) y dile de mi parte que haga cuanto pueda para establecer esta devoción y complacer así a mi Corazón divino; que no se desanime a causa de las dificultades que se le presenten y que no le han de faltar; pero debe saber que es omnipotente aquel que desconfía enteramente de sí mismo para confiar únicamente en mí* (cf. *ibid.*, p.36-37).

SECCION VIH. CI IONES HOMILETICOS

SINOPSrS DE LOS GUIGNES HOMILETICOS

Tema litürgico:

La fiesta del Corazôn de Jesûs (j).

El Sagrado Corazôn de Jesûs:

- El Corazôn de Cristo (2).
- Las dimensiones del Corazôn de Cristo (3).
- Gozo del Corazôn de Jesûs (4).
- La correspondencia y la reparaciôn (5).
- Reparaciôn al Sagrado Corazôn (7).
- El Corazôn de Jesûs, modelo de humildad y mansedumbre (8).

Actualidad social:

Remedio de la apostasia modema (6).

R-
" |

La fiesta del Corazôn de Jesûs

I. La liturgia conduce a la piedad confiada y gozosa. 1339

- A. Nuestra piedad depende en gran parte de la idea que habitualmente tenemos de Dios.
 - a) Très closes de piedad podrían senalarse: de temor, de esperanza, de caridad amorosa y confiada. De la diferente manera de considerar a Dios brota la close de piedad.
 - b) Cuando se considera a Dios Padre, su bondad, providencia, amor..., brota en nosotros la confianza ciega, el abandono absoluto en sus brazos.

Tal es la piedad que infunde la liturgia.

- a) Nos muestra a Dios como el Padre de todo consuelo, de quien todo bien procede; a Cristo, amdndonos y perdondndonos; y al Espîritu Santo, como 'dulce Huésped de las aimas*.
- b) Por esto, quienquiera que recorra las formulas litürgicas y estudie los sentimientos en ellas manifestados encontrard que uno de los mds abundantes es nuestro amor y confianza en el Padre, Hijo y Espîritu Santo.

Asi, en la colecta de la misa «in die obitus» de difuntos, la Iglesia suplica a Dios la compasiôn por el alma del

SAGRADO CORAZÓN DK JESÚS

difunto y parece excusar incluso las faltas y pecados para resaltar ante el Señor lo bueno: «Para que el que creyô y cspêrô en ti... no soporte las penas del infierno».

Mds claramente se insiste en esto en las preces de la recomendaciôn del aima al decir: «Pues aunque pccô, no negô al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo».

- c) *De aquí que las aimas que alimentan su piedad con la liturgia no pueden menos de amar confiadamente, alegremente, aun en medio de sus miserias, a quien primero nos amô.*

1340

IL *La fiesta del Corazón de Jesús, mensaje de misericordia.*

- A. La fiesta del Sagrado Corazón de Jesús en la liturgia récapitula todo el mensaje misericordioso de Cristo.

Las apariciones a Santa Margarita Maria de Alacoque van encaminadas a inspirar una confianza y amor creyentes: ¡Tengo ardiente sed de ser amado y honrado de los hombres..., y no encuentro casi ninguno que trate de extinguirla correspondiéndome como deseo...» (cf. Santa Margarita Maria de Alacoque, Vida y obras completas, ed. El Mensajero del Corazón de Jesús, Bilbao 1948).

- b) *Se instituye la fiesta litúrgica del Corazón de Jesús para enseñar a los hombres el amor:*

1. «Cuando se enfriaba la caridad de los hombres, la caridad de Dios se diô a conocer para ser honrada con culto especial» (cf. Pio XI, *Miserentissimus Redemptor*).
2. «En tiempos turbulentos de la edad contemporânea, cuando apareciô mäs astuta que todas la herejia jansenista, enemiga del amor a Dios y de la piedad, que predicaba a Dios no como padre digno de amor, sino como juez implacable, el benignfsimo Jesús mostrô a los pueblos, como bandera de amor y de paz, su Sacratísimo Corazón» (ibid.).

Las fôrmulas dei breviario y de la misa insisten en la misma idea:

Breviario: «Corazón, arca que contiene la ley, no de la servidumbre antigua, sino de la gracia, fiel perdôn y de la misericordia».

2. La misa en el prefacio: «Para que tu Corazón abierto, sagrario de largueza divina, nos infundiera torrentes de misericordia y de gracia, y el que nunca cesô de arder por amor a nosotros, fuera descanso para los justos y se abriera a los pecadores un refugio de salvaciôn».

Corazón de Jesús es, segûn la teología, un relicario de amor y misericordia. Simboliza todo el tesoro de la vida moral de Cristo, sus virtudes, oraciones, sufrimientos, mérites..., volcados sobre la humanidad para reconciliarla con Dios.

III. *Nuestros sentimientos ante el Corazôn de Jesús.*

1341

A. Amor en la forma especial de reparaciôn...

- a) «*Quis non amantem redamet?*», canta la Iglesia en el himno de laudes.
- b) *Lo primero y principal en el culto al Corazôn de Jesûs, dice Pio XI, es «que al amor del Creador corresponda el amor de la criatura. De aqui brota espontâneamente el satisfacer la injuria inferida al Amor, cuando éste ha sido o despreciado por el olvido o ultrajado por la ofensa..., lo cual se llama de ordinario reparaciôn» (Pio XI, Miserentissimus Redemptor).*

B. Confianza. Especialmente deben confiar los pecadores. Muy bello es el pârrafo de San Bernardo que la Iglesia recuerda el dia de la octava del Corazôn de Jesûs:

- a) «*gDônde podrâ hallar nuestra flaqueza un remanso firme y seguro sino en las Hagas del Salvador? Yo permanezco allî con tanta mayor confianza cuanto que El es poderosísimo para salvarme*».
- b) «*El mundo brama, el cuerpo me oprime, el diablo me tiende lazos; pero no caigo, colocado como estoy sobre la piedra firme. Si cometiere alguna gran culpa, mi conciencia me remorderd sin duda; mas no desesperaré por ello, recordando las llagas de mi Senor, pues ha sido cubierto de heridas por nuestros pecados*». «*¿Qué hay tan mortifero que no sea sanado por la muerte de Jesûs? Al recordar que siempre tengo a mano un remedio tan poderoso y eficaz, ninguna dolencia con su malignidad me podrâ causar miedo*» (cf. San Bernardo, *Obras escogidas*: BAC, p.1128).

Imitaciôn.

Para revestimos de Cristo, fin del afio litûrgica, hemos de revestirnos de su misericordia: «Revestios de entranas de misericordia» (Col. 3,12).

- b) *La misa de hoy, impregnada de la misericordia de Cristo, nos lo recuerda.*
- c) *Dios quiere que, a ajemplo de su Hijo, hagamos misericordia: «Quiero misericordia y no sacrificio» (Os. 6,6).*

El Corazôn de CristoI. *El amor de Cristo.*

- A. Dos son las parabras del evangelio que nos enseiian. la misericordia de Jesûs: las parabras de la oveja y de la dracma perdidas.

- B. No es lo mismo misericordia que amor. Aquella es la manifestacion inconfundible de éste. De aquí que las parabolitas citadas descubran el amor de Jesús, aunque sólo sea en un aspecto parcial.
- C- Este amor de Cristo será el objeto del presente guión.
 - Tema muy propio para la fiesta del Corazón de Jesús.

1343 II. *Todos los misterios de Cristo predicán amor.*

- A. En la parábola primera.
 - a) *La oveja perdida representa al género humano, caído en el pecado original.*
 - b) *El pastor, al Verbo, que se hace hombre para redimirnos.*
 - c) *La redención fué la gran obra de misericordia y de amor.*
- B. El amor de Cristo puede considerarse como fuente inagotable de dones: la encarnación, la pasión, los sacramentos.
 - a) *Todo este amor se puede considerar como si a mi particularmente se refiriese.*
 - b) *Todo él está simbolizado en el Corazón de Jesús. Una puerta se abrió en él por la lanza del soldado para que por ella pudieran entrar todos, por pecadores e ingratos que fueran (cf. Io. 19,31-37).*
 - c) *El Corazón de Jesús simboliza, ante todo, su amor humano; pero, además, es también manifestación del amor divino.*

1314 III. *Nuestra correspondencia.*

- A. Amor con amor se paga. Por tanto, la correspondencia mejor al amor de Cristo será nuestro amor.
- B. Para que este amor sea completo ha de ser afectivo y efectivo.
 - a) *Amor afectivo.*
 - 1. Consiste en los sentimientos del alma ante la persona amada: complacencia, admiración, gracia, etc. Este amor engendra después la alabanza.
 - 2. Se necesita amar a Jesucristo con afecto. Por un lado, nuestro propio amor lo necesita, pues al amarlo así, no puede resistir a la admiración y complacencia que experimenta. Por otro lado, Cristo lo dice. Cuando los fariseos pedían a Jesús que reprendiera a las turbas que gritaban: «Bendito sea el que viene en nombre del Señor», les respondió: «En verdad os digo que, si ellos se callan, hablarán las piedras» (Le. 19,37-40).
 - 3. Los santos han tenido este amor afectivo. San Francisco de Asís hasta por los caminos cantaba las divinas alabanzas (cf. Joergensen, *Vida de San Francisco t.2 c.i*). Santa María Magdalena de Pazzis gritaba por los claustros de su monasterio: «¡Oh amor! ¡Oh amor!»
 - b) *No basta el amor afectivo. Ha de traducirse en las obras.*
 - i. Amor efectivo. «Si me amáis—dice Jesús—, guardad vuestros mandamientos» (Io. 14,15).

Esta es la piedra de toque del verdadero afecto. Aimas hay que se derriten en lâgrimas y que, sin embargo no se preocupan de mortificar su pasiones, destruir sus hâbitos malos y apartarse de las ocasiones de pecar; les desalienta la tentaciôn y murmuran en presencia de cualquier contratiempo. No aman bien al Senor. Se le ama de verdad cantando sus perfecciones con todas las fuerzas del aima. Es cierto. Pero, ademâs, lamentando las injurias que se hacen a su Corazôn, ofreciéndole humildes reparaciones y, sobre todo, procurando obedecerle, aceptar las disposiciones de su providenda y gastândonos por su gloria, si fuera preciso.

IV. *El ejemplo de San Pablo.*

- A. San Pablo ha comprendido tual es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad de la caridad de Cristo» (Eph. 3,18).
- B. Por eso exclama: « ¡Quién nos arrebatará el amor de Cristo?» (Rom. 8,35). Pablo le ama, y por El:
 - a) «Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno» (2 Cor. 11,24).
 - b) ♦ *Très veces fui azotado con varas, una vez fui apedreado, très veces padeci naufragio, un dia y una noche posé en los abismos de la mar».*
«Muchas veces en viaje me vi en peligros de rios, peligros de ladrones, peligros de los de mi linaje, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos».
 - d) «Trabajos y miserias en prolongadas vigiliass, en hambre y sed, en ayunos frecuentes, en frio y en desnudez».
«Esto sin hablar de otras cosas, de mis cuidados de cada dia, de la preocupaciôn por todas las iglesias» (2 Cor. 11,24-28).

V. *Falta de amor.*

1316

- A. No hay amor en el mundo.
 - a) *En las relaciones de unos pueblos con otros, de gobemantes con sùbditos, de patronos con obreros.*
 - b) *En el desarrollo de la vida social, donde imperan los egoismos, envidias, odios.*
- B. Los cristianos aman poco a Cristo. Hablarnos de amor efectivo. El Senor mismo se quejaba a Santa Margarita Maria: «He aqui este corazôn que tanto ha amado a los hombres, y en correspondencia sôlo recibe ingratiitudes».
 - a) *El tiempo de verano, sobre todo, es tiempo de escândalos. ¿Se ama a Cristo en las playas, fiestas, modas? Sin embargo, las organizan y frecuentan los cristianos.*
 - b) *Muchos fieles se forman una doble conciencia. Para el verano y para todo otro tiempo. Se hace una moral acomodaticia, sin Evangelio, a gusto y capricho.*

SAGRADO CORAZON DH JĬSŬS

- c) *Pio XII ha reprobado el existendalismo étwo, según el cual la moral varia con las distintas drcunstancias en que se encuentra el sujeto.*

El amor verdadero a Jesucristo ha de ser incondicional. «El cristianismo es el amor de Dios manifestado al mundo por Cristo, y toda nuestra religiôn cristiana puede reducirse a contemplar este amor en Cristo y responder al amor de Cristo para unirnos a El» (cf. C o l u m b a M a r - m i o n , *Jesucristo en sus misterios* c.19).

Las dimensiones del Corazôn de Cristo

I. Medio de conocerlas.

apôstol San Pablo:

Ha redbido gracia particular para conocer y misiôn espedal para propagar entre los gentiles «las insondables riquezas de Cristo».

- b) *Sin embargo, encuentra tan sobrehumano el poder vislumbrarlas siquiera, que dobla sus rodillas ante el Padre y le suplica nos concéda la grada de *poder comprender la anchura y la largueza, la altura y la profundidad y el inmenso amor de Cristo, que sobrepuja a todo entendimiento* (Eph. 3,18-9). Es, por tanto, necesaria la luz de lo alto para comprender cada dia mds el valor del amor que Cristo nos tiene.*

B. Por los frutos:

Esta es la norma para conocer hasta dônde ha llegado el amor de Cristo al hombre. Hasta dônde ha tenido que ir y va cada dia tras la oveja perdida.

- b) *Estos frutos se conocen por la reveladôn sobrenatural y, consecuentemente, con la fe.*

Cada dia, no obstante, puede crecerse en el conodmiento de su amor y jamds llegaremos a desentranar no sôlo la caridad que se encierra en el corazôn de Cristo, pero ni siquiera el valor infinito de sus manifestadones mds claras.

1318

II. Medidas de la misericordia.

A. Se nos han ofrecido por Dios las manifestaciones mäs claras de su misericordia en estos hechos de profundidad insondable :

- a) *Misterio infinito de condescendenda encerrado en las palabras: «El Verbo se hizo came y habitô entre nosotros» (Io. 1,14).*
b) *Misterio de infinitas propordones de una vida divina redudda*

a voluntaria pobreza, anonadamiento, trabajo cotidiano, humildad, mansedumbre, obediencia hasta la muerte, para dar ejemplo de vida al hombre.

Misterio sorprendente de su predicadôn.

Busca al enfermo, al pobre, al pecador.

En las parábolas de la misericordia hace el retrato vivo de su corazôn.

3. Junto a la samaritana, la pecadora pública, la Magdalena, Judas y otros, se presienten las dimensiones inacabables de la misericordia del Salvador.
- d) *La institudôn de la Sagrada Eucaristia, de propordones tan inauditas, que llega la tradiciôn catôlica a llamarla:*
- «Mysterium fidei», por la profundidad del mismo.
 2. «Mysterium amoris», por el amor que en él nos da y manifiesta.
 3. Pero siempre misterio, porque excede la capacidad de la criatura.
- «Me amô y se entregô* (Gai. 2,20). He aqui, declarada por San Pablo, la síntesis del mds profundo misterio de la misericordia de Dios hacia el hombre: su pasiôn y muerte.*
- i. Su aima, triste hasta la muerte.
 2. Su cuerpo, envuelto en sudor de sangre, azotado, coronado de espinas, crucificado.
 3. Su honor, ultrajado ante los tribunales. El, tratado como malhechor y blasfemo.
- No escatimô nada al hombre. Ningùn acto de sus potencias espirituales, ningùn miembro de su cuerpo. Todo él fué campo de prueba del amor que nos tuvo. Toda su sangre la diô; no hubo dolor y afrenta que no recibiese.*
- 0 *Para cada uno en particular ha tenido Dios:*
- i. El llamamiento a la Iglesia, a la gracia, a la participación en los sacramentos, a la bienaventuranza.
 2. Las gracias particulares con que conduce a cada uno, y que pertenecen al campo del conocimiento privado; todas constituyen la historia del amor intimo a mi aima.

Sabiamos de antemano que en el corazôn de Cristo se habian dado cita dos abismos insondables de amor.

Todo el amor de Dios, infinito, que aporta su persona divina.

- b) *Todo el amor de su corazôn humano, de propordones inauditas y de valor infinito también.*
- Pero, aun así, nos sorprende en cada dia las manifestadones que ha tenido dicho amor.*

III. Manifestaciones que sobrepujan toda inteligencia.

1319

En su raiz, ésta no es otra que la esencia misma de Dios.

- a) **Dios es amor» (i lo. 4,8), y Jesucristo es Dios.*
- b) *Su esencia es amor, y sus manifestaciones son amor inefable, que supera la capacidad intelectual de toda criatura.*

B. En los efctos que producen.

- a) *El amor hace una cosa al amante con el amado: »Todo lo mio es tuyo, y todo lo tuyo es mio»* (1o. 17,10).
 - 1. Cristo nos ama y hace esta misteriosa unidad. l'or el bautismo se nos comunica la gracia.
 - 2. La gracia santificante destruye la barrera que nos se para de Cristo y nos incorpora al mismo con una per iecta unidad de vida.
- b) *En virtud de esta unidad mlslica se establece una corriente perfecta de méritos, de santificaciones, de oraciones que bajan de la Cabeza a los miembros.*
 - 1. *Y todo lo nuestro es de Cristo.* Sufrc, se humilia, pa-dece hambre, se mortifica, alaba al Padre en cada uno de sus miembros.
 - 2. La mäs misteriosa corriente de los miembros a la Ca-beza es que se apropia nuestros pecados para satisfacer por los mismos.

1350 IV, *Conclusiôn. Pidamos con San Pablo un conocimiento cada dia mas profundo de las dimensiones del corazôn de Jesucristo. El Apôstol lo conociô, se entregô a su amor y se dedicô a buscarle amadores.*

Gozo del Corazôn de Jesûs

1351 I. *La fiesta del Sagrado Corazôn.*

- A. Célébrâmes hoy la fiesta del Sagrado Corazôn de Jesûs.
 - a) *En esta fiesta se da culto a Jesucristo, que nos ama tan entra-ftablemente y que, en cambio, ha recibido de parte del hombre la paga de la ingratitud.*
 - b) *Para preparaciôn eficaz de ese amor no correspondido y posi-tivamente ofendido veamos:*
 - Cuâles son los gozos que alegran su corazôn.
 - 2. Qué debemos hacer en nuestra vida individual para ser gozo suyo.
Qué medios utilizaremos para que los demis también lo sean.

B- El evangelio de las parâbolas de la misericordia nos da la respuesta del mismo Jesucristo sobre estos extremos.

1352 II. *Gozo por la conversiôn del pecador.*

- A. Lo afirma el mismo Jesucristo en el Evangelio.
 - a) *Cuando encuentra la oveja perdida y la dracma, un regocijo especial llena el corazôn de quien la busca.*

- |>) El es el llien Pastor (lo. jo), que ha venido a buscar la oveja que se habia perdido (lo. 10,16), para que tenga vida, y vida sobreabundante (lo. 10,10).
- t) ıA conversiön del pecador causa la alegria de Jesucristo y, por el contrario, la perdiciön de la misma es fuente de su dolor

B. Aprendamos:

a) La verdadera justicia de Cristo.

La que odia el pecado y se compadece de los pecadores. Esta debe ser la actitud del cristiano ante el pecador: No contagiarse de su pecado. Usar, cuando sea conveniente, amoncitaciones caritativas y severas al mismo tiempo. Apartarse de él cuando lo pide la verdadera virtud.

- 3. Pero siempre con humildad, anteponiendo en su corazón al pecador, con un verdadero celo por su conversiön.

b) La falsa justicia de los fariseos:

- 1. Se apartan del pecador.
- 2. Se enorgullecen de su falsa justicia.
- 3. Desprecian a los pecadores y no tienen compasiön de los débiles.

Tengamos los mismos sentimientos de Cristo. Esta escena nos enseña:

a) La auténtica alegría del cristiano. Los verdaderos amigos y fieles servidores de Cristo deben regocijarse, con el Salvador, de! bien espiritual de las aimas, lo mismo que deben contristarse de su perdida.

b) Jesûs dice: «He hallado mi oveja».

- 1. La oveja perdida, el pecador, es siempre oveja de Cristo, tanto más suya cuanto entonces necesita más del médico que la cure (Le. 5,31).
- 2. Luego todo el celo y trabajo que se consagra a la conversiön del pecador, el Salvador lo recibe como consagrados a El.

•Si un vaso de agua fria dado en su nombre al sediento es un obsequio que merecc el ciento por uno y la vida eterna (Mt. 25, 37), la recompensa del apostolado, que ofrece el agua de la gracia a las aimas, ha de tener necesariamente la paga nua subida en frutos de propia santificacion y de gloria eterna.

Π1. Gozo que se comunica.'

El pastor que encuentra la oveja, lo mismo que la mujer al hallar su dracma, convocan a los amigos para hacerles partícipes de su gozo.

- a) No les habian hecho saber su tristeza, que reservaron para si; pero el gozo lo comunican en seguida.
- ı>) Es tin ejemplo exacto del dogma de la comuniön de los santos:

unos fieles tienen parte en los bienes espirituales de los otros como miembros que son de un mismo cuerpo. Comunicaciôn del cielo con la tierra en el corazôn de Cristo.

Asi se derrama del corazôn de Jesucristo, en todas direcciones, la alegria del pecador que vuelve a los brazos del Padre.

a) *Alegria del cielo. Se alegran:*

1. Dios, a quien se le devuelve una criatura muy querida.
2. Jesucristo, porque su redenciôn ha fructificado en un aima.
3. Marfa Santisima, porque ha recobrado un hijo.
Los ângeles, porque aprecian el valor de un aima.
Los bienaventurados, porque reciben a su hermano.
6. El ângel de la guarda, que ve los frutos de su misiôn cumplida.

b) *Alegria en la tierra.*

En el corazôn del pecador que se convierte. El pecador que se convierte tiene experiencia de que las lâgrimas de su arrepentimiento son un tesoro de A'erdadera y sana alegria, que supera con creces a cuanto pensaron encontrar en su rida de pecado anterior.

2. En el corazôn de todos los que ven este dichoso cambio y son verdaderos cristianos.

IV. *Conclusion. Una doble aplicaciôn.*

A. Para cuantos somos pecadores: pensar en el evangelio de la oveja perdida y proporcionar gozo al cielo y a la tierra con nuestra sincera conversion.

Para cuantos viven en gracia: esforzarse en hacer participantes de ella a los que viven alejados de Dios, proporcionando con ello dias de gozo al cielo y a la tierra.

La correspondencia y la reparaciôn

Todos ovejas perdidas.

Toda la humanidad ha sido oveja perdida a lo menos en Adân, con la sola excepciôn de la Virgen Santisima, que por especial disposiciôn divina quedô fuera del comûn castigo.

al *Todos necesitdbamos que el Pastor viniese en busca nuestra.*

Corriô con una prisa ûnica y de privilegio hacia la Virgen Maria y la preservô de la caïda en el abismo.

2. Pero junto al abismo de la ley universal del pecado fué necesaria la mano de Cristo aplicando anticipadamente los méritos de su redención.
 - b) *Todos, por tanto, nos vemos retratados en el ejemplo de la parábola de hoy.*
- B. La calidad de ovejas encontradas es nuevo título de una sincera correspondencia a Dios.
- a) *La oración de la fiesta del Sagrado Corazón, que hoy celebramos, nos ofrece, sintetizando el sentido de la devoción al mismo, los modos de corresponder a los beneficios del Pastor, que ha corrido tras nosotros.*
 - b) **Haz, Señor, que, con el obsequio de nuestra amorosa entrega a El, le ofrezcamos también una digna reparación».*

II. Amorosa entrega a Jesucristo.

1356

Amor pide ser correspondido con amor, y el amor es donación de si mismo.

Esta entrega significa:

- a) *Un deseo íntimo de que Jesús sea conotido, amado y reverenciado.*
 - i. Satisfacción por el triunfo de sus intereses, de su doctrina, de la Iglesia, de su gracia.
 2. Es el amor generoso de amigo, que ya no busca sus propios intereses.
- b) *Un noble y sincero dolor ante la presencia de todo pecado, Jesús invita a los más íntimos a que le acompañen en su agonía del huerto, para que sufran con El por los pecados del mundo (Mt. 26,36-46).*
- c) *Poner en Jesús toda nuestra confianza, preocupamos de sus cosas y dejar todas las nuestras sobre su corazón amoroso.*
- d) *Abrirle nuestro corazón y llorar sinceramente con El nuestros pecados e imperfecciones.*

Este don de lágrimas no es la pena o angustia del que duda del perdón de Cristo.

2. Es el dolor y el llanto de quien, confiado en su perdón, encuentra en sus pecados la causa que motivó la pasión dolorosa del Salvador, la ofensa inferida a Dios y los danos causados a los intereses de Cristo.
 3. Las lágrimas son camino abierto a una nueva efusión de amor y perdón por parte de Jesús.
- e) *Obliga a revelarle todos nuestros trabajos, tribulaciones y dificultades, de cualquier orden que sean.*

Viéndolos como venidos de su mano providencial.

2. Pero confiando al mismo tiempo en que puede desliarnos de toda tribulación o bien aumentar la gracia para soportar la tribulación sin falta y con gran provecho.

- f) *Esta amorosa entrega nos convierte en un retrato vivo de Cristo. El amor, en efecto, a las aïmas, o las encuentra semejantes, o las hace taies. Por lo cual:*
 - i. Obliga a una imitaciôn perfecta de las virtudes interiores y exteriores de Jesucristo.
 - e. A una vida constante de renuncia y mortificaciôn. Mediante ella nos asimilamos a Cristo y matamos al hombre viejo para que viva en nosotros sôlo el Espiritu de Cristo.
 - 3. Modera nuestro mismo porte exterior con recato y dulce austeridad para imitar a Cristo no solo interior, sino exteriormente.
- g) *Nos exige poner nuestra voluntad totalmente al servicio de la santa voluntad de Jesucristo, como Cristo puso su voluntad en las manos del Padre. Voluntad dispuesta a cumplir:*
 - 1. Los mandamientos que obligan bajo pecado mortal.
 - 2. Los mandamientos que obligan bajo pecado venial.
 - 3. Lo que estâ solamente aconsejado por Cristo, pero que exige una mayor perfecciôn.
 - 4. Todo esto cumpliéndolo en cualquier estado al que Dios llame al aïma que le quiere corresponder a su amor.
 - 5. Pero aceptando con agradecimiento especial la voluntad de Dios, que le invita a consagrarse a la vida interior y al ejercicio del apostolado en una vida sacerdotal o religiosa.
- C. Esta entrega asi descrita es la mejor y mäs verdadera correspondencia al amor que Cristo ha mostrado por cada una de las ovejas que han venido en conocimiento de su amor. Asi seria realizada la palabra de San Pablo: «Vivo yo, mas ya no soy yo quien vivo, sino Cristo que vive en mi» (Gai. 2,20).

135“ III. *Una digna reparaciôn.*

- A. El que ama a Jesûs sufre con El las ofensas que se le hacen. Lo que a El hiere a nosotros nos hiere.
- B. Por esto la reparaciôn es una nota esencial de la devociôn al Sagrado Corazôn.
- C. Este deseo de expiar hace:
 - a) *Que a mäs ofensas y frialdad en los demäs, mds se excita el aïma para manifestarie su amor.*
 - b) *Mds cuidado en evitar las propias feitas e infidelidades y cuanto puede agraviar su corazôn.*
 - c) *Mds renuncia propia, mortificaciôn voluntaria.*
 - d) *Mds alabanza y gloria externa se le procura.*
 - e) *En una palabra, mds union con Cristo en los mismos sentimientos de Cristo Jesûs; todo lo cual nos proporcionard el gozo de entrar a vivir en la intimidad de su corazôn y de participar en la alegria de todos sus consuelos.*

Remedio de la apostasia moderna

1. *La apostasia del obrero.*

135«

- A. Pocos fenômenos tan tristes en la historia de la Iglesia como la moderna apostasia de una gran parte dei mundo obrero.
- B. Y por varias razones: .
- Lo extensa que es geogrdficamente. Afecta a todas las naciones civilizadas;*
- b) *por el numero de los obreros que se han apartado de la Iglesia; por el valor individual y social de los individuos. Es close social trabajadora, culta, enriquecida por las virtudes propias de la vida disciplinada;*
- d) *por el sentido moderno progresivo de que en general disfruta, lo que la hace muy apta para la organizaciân y para la in-fluentia en la vida social y pùblica; porque, a consecuentia de esto, ha conseguido en muchos paises la influentia y hasta la directiôn del Gobierno.*

Lejos dei redii.

- a) *Estas muchedumbres viven, con frecuentia, sin contacto con el clero. Le conocen a veces a través de sus calumniadores.*
- b) *De hecho no estân en el redil de la Iglesia, aunque estân bautizadas. Se las puede considerar como ovejas perdidas o des-carriadas.*
- i. Y ante el fenômeno de que todas las clases sociales menos necesitadas gozan mucho mâs del apostolado eclesiástico, se ha dicho que en los tiempos modemos el espiritu de ciertos pastores se ha invertido y que, en lugar de abandonar las noventa y nueve para ir en busca de la perdida, se han abandonado las noventa y nueve perdidas para cuidar una que se mantiene en el redil.
2. Frase exagerada evidentemente. Pero feliz, en cuanto que puede poner muy de relieve un mal, invitar a la seria reflexiôn y sacudir eficazmente las conciencias.

H. *eSe han alejado? îO nos hemos alejado de ellas?*

1359

A. Nos hemos alejado:

a) *Fisicamente.*

En las grandes ciudades. Descuidando el apostolado de los suburbios. Las parroquias, los templos, las casas de residencias religiosas, los colegios, suelen estar en los barrios "étricos o aristocráticos. Basta para corn-

probarlo marcar sobre el piano de cualquier poblaciôn el lugar que ocupan los centros religiosos citados. Modernamente se inicia una reacciôn contra este abandono. En las grandes concentraciones obreras. Fabricas, minas, etc., donde ni en templos, ni en viviendas, ni en escuelas, ni en parques o campos deportivos la poblaciôn obrera habia sido debidamente atendida. También aqui la reacciôn y el deseo de reparar el error pasado son evidentes.

3. En los obreros dei campo. El mal es aqui mucho mayor, aunque no se pone tan de bulto, porque la poblaciôn estâ dispersa. Comarcas extensas del campo donde no hay ni Iglesias, ni escuelas, ni moradas dignas, ni descanso dominical, y a veces los propietarios son catôlicos y tal vez gentes que practican la Acciôn Catôlica en la capital.

Moralmente.

1. Nias triste es el alejamiento moral de esas masas.
2. El corazôn se pone mâs bien en otras clases sociales. Para ellas el tiempo, las visitas, la organizaciôn de los ministerios.

I

Intelectualmente.

- j. Desconocemos los problemas, los deseos, las aspiraciones de ese sector preterido.
2. No nos son conocidos sus idéales; ignoramos el tesoro que guardan en sus corazones.

causa mâs grave.

Consecuencia de lo dicho anteriormente es que ha perdido la canfianza en nosotros la close que vive de su trabajo. No hemos sido sus abogados naturales, como debiéramos haberlo sido.

1. Ocupan en la sociedad un lugar injusto. Injusto en jornales, en viviendas; en una palabra, injusto en el reparto de la renta nacional.
2. Se han ido redimiendo por su propio esfuerzo.

Ni siempre les hemos facilitado el que ellos se defiendan por la asociaciôn, siendo apologistas de sus derechos ciudadanos. Todo esto explica el alejamiento.

iPerdida la fe?

- 1) *En algunos paises si, sobre todo en las nuevas generaciones, que ni se bautizan ni asisten a escuelas catôlicas.*
- b) *En otras—como Espana—aûn conserva la mayoria de ellos la fe y no han perdido plenamente la canfianza en el sacerdote. Es mds, una parte considerable ama filialmente a la Iglesia y desea recibir de su mano el beneficio de la redenciôn social.*

Generalizaciôn injusta.

- a) *Lo dicho se puede aplicar al catolicismo de algunos paises; pero seria injusto el generalizar.*

- h) *Hay pueblos, de gloriosa historia cristiana, en que no hay proporciôn entre su fe tradicional y su actuaciôn social catôlica moderna. «No se han abierto—como dice Pio XII—a las posibilidades de la doctrina social de la Iglesia».*
- c) *Pero el catolicismo social tiene en otras naciones una historia brillantísima no sôlo en el orden doctrinal, sino en el prdctico y de la organizaciôn y de los frutos.*
 - i. Holanda, Alemania, Bélgica, etc., han creado fuertes organizaciones obreras cristianas.
 - 2. Han ofrecido sacerdotes para ministros de Trabajo al Gobierno.
Han redactado, sostenido y aplicado programas sociales ampliamente progresivos.

III. *Los pastores supremos.*

1360

- A. Esas ovejas nunca han sido abandonadas por los pastores supremos, antes han merecido de ellos, especialmente desde los dias de Leôn XIII, una preferente atenciôn.
- a) *El programa social de este Papa es la redenciôn del proletariado: la elevaciôn econômica, social, cultural y politica de los obreros y, en general, de cuantos viven de su trabajo.*
- b) *Pio XI y Pio XII han conservado y ampliado el programa de Leôn XIII y urgido su cumplimiento.*
Citemos, entre tantos textos como podriamos elegir, los siguientes:
 - i. «Es verdad que la condiçiôn de proletario no debe confundirse con el pauperismo; pero es cierto que la muchedumbre enorme de proletarios, por una parte, y los enormes recursos de unos cuantos ricos, por otra, son argumentos perentorios de que las riquezas multiplicadas tan abundantemente en nuestra época, Hamada de industrialisme, estân mal repartidas e injustamente aplicadas a las distintas clases» (Pio XI, «Quadragesimo anno» η.26).
 - 2. «La Iglesia no puede ignorar o dejar de ver que el obrero, en su esfuerzo por mejorar su condiçiôn, tropieza con un cierto mecanismo que, lejos de estai conforme con la naturaleza, pugna con el orden establecido por Dios y con el fin que El ha senalado a los bienes terrenos» (Pio XII, «Mensaje de Navidad de 1942» n.3°).
 - 3. «Hay necesidades que tienen que ser satisfechas urgentemente: los alimentos, el vestido, la habitaciôn, la educaciôn de los hijos, lo necesario para el aima y para el cuerpo» (Pio XII, «Discurso a las A. L. I.», 29 de junio de 1948).
«La Iglesia no titubea en deducir las consecuencias prácticas que se derivan de la nobleza moral del trabajo y en apoyarlas con todo el nombre de su autoridad. Estas exigencias comprenden... la conservaciôn y el perfeccionamiento de un orden social que haga posible una segura. aunque modesta, propiedad privada a todas

SAGRADO CORAZÓN DE JESUS

las clases del pueblo, que favorezca una formación superior para los hijos de las clases obreras particularmente dotados de inteligencia y buena voluntad* (Pio XII, «Mensaje de Navidad de 1942» n.43).

- B. El plan de Pio XI. El plan eficaz y práctico de redención para los países más atrasados en materia social es el de Pio XI: las minorías.

La primera: la minoría sacerdotal; después, la de obreros industriales, comerciantes.

- b) *Un principio que debe tenerse muy presente es el siguiente: toda clase social que no sepa defenderse será clase social preterida, olvidada, injustamente tratada.*

1. Los obreros deben defenderse a sí mismos.
2. El mayor beneficio que puede hacerse a la clase obrera es facilitar la formación de jefes obreros.

Los sacerdotes sociales, con respecto a ellos, deben:

Formarlos religiosamente y socialmente en materia fundamental; después, en el orden práctico, ellos sabrán pronto más que sus mismos formadores.

2. Mantener en ellos su espíritu de fe, de piedad, de justicia y caridad.

Moderar sus excesos demagógicos.

Defender ante los poderes públicos sus derechos individuales.

5. Crear una conciencia social favorable a los derechos, en todos los órdenes, de los que viven de su trabajo.

Institutos sociales.

- a) *Una de las causas y síntomas a la vez del alejamiento de estas masas obreras es la poca atención prestada en las universidades eclesidísticas a la teología social.*

- b) *El mismo tratado «De iustitia», como se ha dicho, debe ser •penitus revidendus*: «revisado por completo» (P. Zeiger).*

- i. Revisión que se ha de hacer en beneficio del trabajo.
2. Conviene además: Suprimir cuestiones menos necesarias para atender más a la moral social. Seguir más de cerca el pensamiento pontificio. Crear en las universidades de la Iglesia institutos sociales, donde los sacerdotes estudien sociología, economía y derecho.

1361 IV. Devoción al Sagrado Corazón.

- A. Estamos en la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

- i) *Esta devoción felizmente se ha extendido mucho en la Iglesia.*
- b) *Esta devoción, bien comprendida, puede ser un magnífico elemento para atraer las ovejas alejadas dei redii.*

¿Qué decir de las consagraciones de pueblos, comarcas, centros fabriles al Sagrado Corazón?

- a.) *Buena cosa son y laudable.*

- b) Mas para que sea plcnaniente grato al divino Corazôn es precisa procurar que los centros 0 actividades vitales, presididos por El, estén saturados de espîritu de justicia y de caridad.
 - c) A veces se consagra al Sagrado Corazôn toda una comarca donde evidentemente los trabajadores dei campo son injustamente tratados.
 - 1. Al pie de la imagen se pone «Reinas ya».
 - 2. Seria mäs propio poner: «Me compadezco de esta muchedumbre», «porque son como ovejas que carecen de pastor».
- C. La substancia de la devociôn al Sagrado Corazôn ha de ser en toda circunstancia el amor mutuo proyectado con eficacia sobre el piano real de las obras.

Reparaciôn al Sagrado Corazôn

I. El evangelio de los leprosos.

- A. El evangelio de los leprosos presenta un acto de generosidad del corazôn misericordioso de Jesucristo. Y, por otra parte, manifiesta la ingratitud de la mayor parte de los que fueron curados (cf. Le. 17,11-19).
- B. Jesucristo se queja.
 - a) *No puede soportar la ingratitud de los hombres.*
 - b) *Es la misma queja que ha manifestado a Santa Margarita Maria de Alacoque: «He aqui el Corazôn que tanto ha amado a los hombres, y, en cambio, no recibe de ellos mäs que ingratitudes».*

Aquel buen leproso que volviô agradecido puede representar al grupo de los verdaderos devotos del Sagrado Corazôn, que quieren amar a Cristo con sentimientos de reparaciôn por cuantas injurias le infieren los hombres.

H. La reparaciôn al Sagrado Corazôn en los documentos de los últimos papas.

- A. Los actos de consagraciôn. Tres actos de consagraciôn al Sagrado Corazôn han promulgado oficialmente los papas de los últimos tiempos :
 - a) *Pio IX el 22 de abril de 1875 (ASS 8 [1875] 402).*
 - b) *Ixón XIII (ASS 31 [1898] 651). Este acto de consagraciôn Jué aceptado y prescribe por San Pio X para la fiesta del corazôn de Jesús y por Pio XJ para la fiesta de Cristo Rey.*

- c) *Pio XI, juntamente con su enciclica «Misericordissimus Redemptor», publiai un ado de reparaciôn, mandado recitar en adelante en la fiesta del Sagrado Corazôn de Jesûs.*

B. La reparaciôn. Analizando estas très oblaciones se echa de ver:

- a) *En la primera y tercera se especifica y subraya el aspecto reparador de la devociôn al Sagrado Corazôn de Jesûs.*
- b) *No quiere esto decir que Leôn XIII no haya recomendado la prdctica de la reparaciôn en dicha devociôn, puesto que, en su nombre, el prejecto de la Sagrada Congregaciôn de Ritos decia (ASS 32 (1899] 52): «Todos hemos de esforzamos en procurar compensar con buenas obras y reparaciones las innumerable* y gravissimas injurias que cada dia en todo cl orbe se infieren a la divina Majestad por hombres sumamente ingratos».*

1364 III. Pio XI y la «Misericordissimus Redemptor».

A. Es, sin duda alguna, Pio XI, en la enciclica «Misericordissimus Redemptor» (8 de mayo de 1928: AAS 20, 165-79), quien se ha detenido a desarrollar el contenido de la reparaciôn, presentândola conforme al espiritu de las revelaciones a Santa Margarita Maria. Resumimos esta parte central de la enciclica.

B Hay que unir la reparaciôn a la consagraciôn.

- a) *El acto por el cual nos consagramos al Sagrado Corazôn es fruto de nuestro amor al considerar lo mucho que debemos a Cristo.*
- b) *El ado pûblico de desagravio nace de los sentimientos de reparaciôn de nuestro mismo amor a Cristo, nacidos al comprobar lo mucho que es ofendido el objeto de nuestros amores.*

C. Motivos que exigen este espiritu reparador.

- a) *La justicia. Para que la injuria inferida a Dios por nuestros crímenes sea expiada, y el orden violado se restablezca con la penitencia,*
 - 1. Es necesario adorar a Dios como Majestad soberana, suplicarle reconociendo su dominio supremo sobre todas las cosas, alabarle con acciones de gracias a su infinita largueza.
 - 2. Pero ademâs conviene que satisfagamos a Dios, justo vengador, por nuestras innumerables ofensas, negligencias y pecados.
- b) *El amor. Para compadecemos con Cristo paciente, saturado de oprobios, y ofrecerle consuelo en la medida de nuestra poquedad.*

D. El hombre, reparador por virtud del mismo Cristo.

- a) *Todo el genero humano estd obligado a la reparaciôn desde el momento en que todos los hombres estdn contagiados de pe-*

SRC. 8. GVIONBb HO.MIJLÉTICOS

cado; inslntivamente el hombre ha ofrecido siempre sus sacrificios a la divinidad para aplacarla.

- b) *Pero de por si el hombre era incapaz de verdadera reparaciôn. Al estar en pecado estaba radicalmente incapacitado para satisfacer.*
Por lo cual, Cristo se ofreciô como hostia agradable al Padre para satisfacer vicariamente por el hombre.
- d) *Pero, aunque la abundante redenciôn de Cristo nos perdo ió todos los delitos (Col. 2,13):*
 - i. Es nccesario, sin embargo, por disposiciôn divina, que nosotros completemos en nuestros cuerpos «lo que falta a la redenciôn de Cristo» (Col. 1,24), para que puedan aplicarse en la Iglesia los méritos alcanzados por el acto reparador de Cristo.
 - 2. Debemos unir nuestras satisfaccjones a las que El ofreciô por los pecados de todos.

La reparaciôn en la devociôn al Sagrado Corazôn.

- a) *La reparaciôn ocupa el primer lugar en esta devociôn.*
 - i. Lo confirman la historia, la costumbre, la liturgia, la actuaciôn de los Sumos Pontifices.
 - 2. Jesucristo, al aparecerse a Santa Margarita Maria y poner de manifiesto su infinita caridad, manifestô su tristeza por las ingratitudes de los hombres, pidiendo como practicas especiales la Comuniôn Reparadora y la Hora Santa, que es asimismo de reparaciôn.
- b) *Estos ritos expiatorios consuelan a Cristo.*
 - 1. Aunque parezca que ritos y actos de hoy no pueden llevar consuelo a quien vive en el gozo inalterable de la gloria, hemos de pensar que, asi como entonces, al sufrir en su pasiôn, multiplicaron sus dolores los pecados que hoy se cometen, también Uevaron consuelo a su corazôn y lo alentaron en el camino de la cfuz los actos de reparaciôn previstos.
 - 2. Ademâs es aumentado el consuelo de Cristo, que ve cada dia mâs extendido el fruto de su redenciôn.

F. Necesidad urgente de reparaciôn.

Porque el mundo estd poseido del mal espiritu (1 lo. 15,19). Continuamente vive la Iglesia en persecuciôn y se levanta el ejército del mal para borrar a Dios en el individuo, en la familia, en la Iglesia, en la sociedad.

- b) *Porque los mismos católicos llevan una vida de espaldas a la fe que profesan y conocen; estas injurias son mds dolorosas aun para el corazôn de Cristo.*
- c) *Ponen el colmo a estos males los muchos que hacen traiciôn a su fe y se vuelven contra el propio Jesucristo.*

***El Corazón de Jesus, modelo de humildad
y mansedumbre***

- 1365 I. *Jesûs ha presentado su Corazón como modelo de humildad y mansedumbre. «Aprended de mi, que soy manso y humilde de corazón» (Mt. 11,29).*
- 1866 II. *El Corazón de Jesus, modelo de humildad* (cf. «La palabra de Cristo», t.6 p. 1061-1064).
- A. Su vida fué toda ella un modelo de humildad.
- B. La humildad. es condición indispensable para pertenecer a la escuela de Cristo:
- a) *Esta es la doctrina de San Pablo* (Phil. 2).
- b) *En la humildad han caminado todos los santos.*
- C. La humildad es absolutamente necesaria en la vida espiritual.
- a) *Es necesaria para cualquier acto sobrenatural.*
- b) *Es necesaria en la cumbre más alta de la vida espiritual.*
- 1367 III. *El Corazón de Jesûs, modelo de mansedumbre y misericordia.*
- A. Modelo de misericordia. La practice durante toda su vida. La cruz, suprema misericordia del Corazón de Cristo (cf. «La palabra de Cristo», t.5 p.502-503).
- B. Modelo de mansedumbre. Manifestada sobre todo en el perdón de las injurias y de los enemigos (cf. «La palabra de Cristo», t.6 p.158-173 y 496-497).

¹ Extractamos a continuación varios guiones pertenecientes, el primero de ellos al domingo 10 después de Pentecostes (cf. *La palabra de Cristo* t.6 p.1061-1064), el segundo al domingo 1 después de Pentecostes (cf. o.c., t.5 p.498-503) y el tercero al domingo 5 después de Pentecostes (cf. o.c., t.6 p.158-161).

*TEMAS PREDICABLES EN ESTA HOMILIA**a*

- La patemidad de San José.
- El patrocinio de San José.
- La devociôn a San José.
- Los siete dolores y gozos de San José.
- La virginidad.
- San José, patrono de la buena muerte.

tf

* "•♦C'I

II

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

PARTES VARIABLES DE LA MISA

1368

Introitus.—Ps. 91,13-14: *lustus ut palma florebit; sicut cedrus Libani multiplicabitur: plantatus in domo Domini, in atriis domus Dei nostri.* (T. P. Alleluia, alleluia.)—Ps. 2: *Bonum est confiteri Domino: et psallere nomini tuo, Altissime. Gloria Patri...*

Oremus.—Sanctissimae Genitricis tuae Sponsi, quaesumus, Domine, meritis adiuvemur: ut, quod possibilitas nostra non obtinet, eius nobis intercessione donetur. Qui vivis...

Grad.—Ps. 20,4-5: *Domine, praevenisti eum in benedictionibus dulcedinis: posuisti in capite eius coronam de lapide pretioso. Vitam petiit a te, et tribuisti ei longitudinem dierum in saeculum saeculi. Alleluia, alleluia.*—Ps. 91,13: *lustus ut palma florebit: sicut cedrus Libani multiplicabitur. Alleluia.*

En tiempo pascual se omite el gradual y solo se dice lo siguiente:

Alleluia, alleluia.—Eccli. 45,9: *Amavit eum Dominus, et ornavit eum: stolam gloriae induit eum. Alleluia.*—*lustus germinabit sicut lilium, et florebit in aeternum ante Dominum. Alleluia.*

Offert.—Ps. 88,25: *Veritas mea et misericordia mea cum ipso: et in nomine meo exaltabitur cornu eius.*

Secr.—*Debitum tibi, Domine, nostrae reddimus servitutis, dupliciter exorantes: ut, suffragiis beati Ioseph, Sponsi Genitricis Filii tui Iesu Christi Domini nostri, in nobis tua munera tuearis, ob cuius venerandam festivitatem laudis tibi hostias immolamus. Per eundem Dominum...*

La balabra Jf C. 9

Introito.—El justo florecerá como la palma; se engrandecerá como cedro del Libano plantado en la casa del Señor, en los atrios de nuestro Dios. (T. P. Aleluya, aleluya.)—Ps.: Bueno es alabar al Señor y cantar a tu nombre, ¡oh Altísimo! Gloria al Padre...

Oraciôn.—Suplicamos, Señor, nos ayuden los méritos del Esposo de tu Madré santísima para que por su intercesión se nos concéda lo que no alcanzamos por nuestros méritos. Que vives y reinas...

Grad.—Le preveniste, Señor, con dulcísimas bendiciones; pusiste sobre su cabeza una corona de oro purísimo. Te pidió vida, y tú le concediste largos días por siglos de siglos. Aleluya, aleluya.—El justo florecerá como la palma y se engrandecerá cual cedro del Libano. Aleluya.

Aleluya, aleluya.—Le amó el Señor y le hermoseó y le vistió una vestidura de gloria. Aleluya.—El justo brotará como el lirio y florecerá eternamente ante el Señor. Aleluya.

Ofert.—Mi verdad y mi clemencia serán como él, y con mi amparo crecerá su poder.

Secr.—Te presentâmes, Señor, el tributo de nuestra servidumbre, rogândote, suplicantes, que por los méritos de San José, esposo de la Madré de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, en cuya vencrada festividad te ofrecemos hostias de alabanza, conserves en nosotros tus dones. Por el mismo Señor...

Prefacio.—Digno y justo es, en verdad» debido y saludable, que en todo tiempo~y*iügar tẽ dẽmos gracias, sẽhõr no. Padre todopoderoso, Dios eterno. Y que en la festividad de San José, con las debidas alabanzas, te engrandecemos, bendigamos y ensalcemos. Porque éste fué el varõn justo que diste por esposo a la Virgen Madré de Dios, y el siervo fiel y prudente que constituiste sobre tu familia, para que, haciendo las veces de padre, custodiase a tu Unigénito, concebido por obra del Espiritu Santo, Jesucristo Nuestro Señor.—Por el cual alaban a tu majestad...

Pref.—Vere dignum et iustum aequum et salutare, nos tibi scFlPer «ubique gratias agere: Domine sancte Pater omnipotens, aeternus Deus. Et te in festivitate beati ioseph debitis magnificare praconiis» benedicere et praedicare. Qui et vir iustus, a te Deiparae Virgini Sponsus est datus: et fidelis servus est constitutus: ut Unigenitum tuum. Sancti Spiritus obumbratione conceptum, paterna vice custodiret. Iesum Christum Dominum nostrum, Per quem maiestatem tuam...

Corn.—José, hijo de David, no temas recibir a Maria, tu esposa, porque lo que en ella se ha engendrado, obra es del Espiritu Santo.

Com.—Mt. 1,20: Joseph, fill David, noli timere accipere Mariam coniugem suam: quod enim in ea natum est, de Spiritu Sancto est.

Poscom.—Asistenos, te rogamos, Dios misericordioso, e intercediendo por nosotros San José, confesor, guarda propicio tus dones en nosotros. Por Nuestro Señor Jesucristo...**¶**

Postcom.—Adesto nobis, quaesumus, misericors Deus, et intercedente pro nobis beato ioseph confessore, tua circa nos propitiatus dona custodi. Per Dominum...

1369

EPISTOLA

Eccli. 45»i-6)

1Amado de Dios y de los hombres, cuya memoria vive en bendiciõn.

2Le hizo en la gloria semejante a los santos y le engrandeciõ, haciéndole espanto de los enemigos.

3Le glorificõ delante de los reyes y le diõ mandamientos delante de su pueblo y le mostrõ su gloria.

4Por su fe y por su mansedumbre le santificõ y le escogiõ de entre toda carne.

5Porque le oyõ a él, y a la voz de él mismo, e introdùjole en la nube.

6 Y le diõ preceptos cara a cara, y ley de vida y de doctrina.

1Dilectus Deo et hominibus: cuius memoria in benedictione est.

2Similem illum fecit in gloria sanctorum, et magnificavit eum in timore inimicorum, et in verbis suis monstra placavit.

3Glorificavit illum in conspectu regum, et iussit illi coram populo suo, et ostendit illi gloriam suam.

4In fide et lenitate ipsius sanctum fecit illum, et elegit eum ex omni carne.<

5Audivit enim eum, et vocem ipsius, et induxit illum in nubem.

6Et dedit illi coram praecepta, et legem vitae et disciplinae.

III. EVANGELIO
(Mt. 1,8-ax)

18 Cum esset desponsata mater eius Maria Ioseph, antequam convenirent, inventa est in utero habens de Spiritu sancto.

19 Ioseph autem vir eius cum esset iustus, et nollet eam traducere: voluit occulte dimittere eam.

20 Haec autem eo cogitante, ecce Angelus Domini apparuit in somnis ei, dicens: Ioseph fili David, noli timere accipere Mariam coniugem tuam: quod enim in ea natum est, de Spiritu sancto est.

21 Pariet autem filium: et vocabis nomen eius Iesum: ipse enim salvum faciet populum suum a peccatis eorum.

18 Estando desposada Maria, su madre, con José, antes de que conviviesen, se hallô haber concebido Maria del Espíritu Santo.

19 José, su esposo, siendo justo, no quiso denunciarla y resolviô repudiarla en secreto.

20 Mientras reflexionaba sobre esto, he aquí que se le apareciô en sueños un ângel del Señor y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a Maria, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo.

21 Darâ a luz un hijo, a quien pondrâs por nombre Jesûs, porque salvarâ a su pueblo de sus pecados.

SECCION II. COMENTARIOS GENERALES

Algunos pasajes biográficos de San José

En lugar de los acostumbrados comentarios exegético-morales, transcribimos algunos textos sobre la vida de San José. El resto de los episodios del Santo se reduce a la huida a Egipto, la pérdida del Niño y la vida oculta, pasajes de los que, lo poco que se sabe, ha sido comentado ya en las correspondientes dominicas.

A) *Las dadas de José*

(Cf. Riccìotti, *Vida de Jesùs* fed. Miracle. Barcelona 1946] p.245-256.)

a) Las palabras de Maria al ângel

•*Empero Maria dijo al ângel: iCômo sera esto, ya que no conozco varon?* (Le. 1,34). Esta es la frase eufemística usual en hebraico para aludir a la causa de la generación en una mujer según las leyes naturales. Para estimar el significado de esta frase como pronunciada por Maria, es preciso no olvidar que Lucas, poco antes, ha dicho de ella que era *una virgen desposada con un hombre llamado José* (1,27).

Entre los judíos el matrimonio legal se realizaba después de algunas gestiones preparatorias mediante dos procedimientos sucesivos, que eran los desposorios y las nupcias. Los desposorios no eran como hoy entre nosotros, la simple promesa de matrimonio futuro, sino el perfecto contrato legal de matrimonio, o sea, el verdadero *matrimonium ratum*. Por lo tanto, la mujer desposada era esposa ya; podía recibir el acta de divorcio de su desposado-marido; a la muerte de este pasaba a ser viuda en regla, y, en caso de infidelidad, era castigada como verdadera adúltera conforme a las normas del Deuteronomio (22,23-24). Esta situación jurídica es deñida con exactitud por Filon cuando afirma que, entre los judíos contemporáneos de él y de Jesùs, el desposorio valía tanto como el matrimonio (cf. *De special, leg.* III 12). Cumplido este desposorio-matrimonio, los dos desposados-cônyuges permanecían algún tiempo todavía con sus respectivas familias. Semejante tiempo habitualmente se extendía hasta un año si la desposada era virgen, y hasta un mes, si viuda, y se empleaba en los preparativos de la nueva casa y del equipo familiar. En rigor, entre dos desposados-cônyuges no debían mediar relaciones matrimoniales, pero en realidad mediaban generalmente, como atestigua la tradición rabinica (cf. *Ketùboth*, 1,5; *Jebamoth*, IV 10; *babli Ketùboth*, 12 a, etc.), la cual nos informa también de que semejante desorden existía en Judea, pero no en Galilea.

Las nupcias se celebraban una vez transcurrido el tiempo susodicho y consistían en la introducción solemne de la esposa en casa del esposo. Empezaba entonces la convivencia pública, y con esto las formalidades legales del matrimonio estaban cumplidas.

Generalmente, los desposorios de una virgen tenían lugar cuando con- **1372**
taba de doce a trece años, si bien a veces algo antes. En consecuencia de todo
lo expuesto, las nupcias ocurrían usualmente de los trece a los catorce años.
Tal era probablemente la edad de Maria a la aparición del ángel. El hombre
solía desposarse entre los dieciocho y los veinticuatro años, y ésta debía ser
en consecuencia la edad de José.

En conclusión, sabemos por Lucas que Maria era una virgen ya despo-
sada, y por Mateo (1,18) nos consta que quedó grávida antes de que fuese
a convivir con José, o sea, antes de las nupcias judaicas. A la luz de estas
noticias, ¡qué significado tienen sus palabras dirigidas al ángel: *¡Cómo sera
esto, ya que no conozco varón?*

Tomadas aisladamente en sí mismas, semejantes palabras sólo pueden
tener uno de estos dos sentidos: o recordar la notoria ley de la naturaleza,
según la cual todo hijo tiene un padre, o bien expresar para el futuro el
propósito de no someterse a esa ley, y en consecuencia renunciar a la pro-
genie. Por mucho que reflexionemos no nos es dable descubrir un ter-
cer sentido.

Ahora bien: en boca de Maria, desposada hebrea, las palabras en cues-
tión no pueden tener el primero de esos dos sentidos, porque resultarían
de una puerilidad desconcertante, al punto de constituir una cosa sin sen-
tido. Era, en efecto, fácil contestar a una desposada judía que expresase
un pensamiento de tal especie: «Lo que no ha ocurrido hasta hoy, puede
normalmente ocurrir mañana». Es, por tanto, inevitable admitir el segundo
sentido, en el cual la expresión *no conozco se* refiere no sólo al presente, sino
también al futuro, expresando un propósito para el porvenir. Sabido es
que todas las lenguas admiten esta aplicación del presente extendido al fu-
turo, tanto más si entre presente y futuro no hay interrupción y se trata de
un estado social («no me caso», «no me hago sacerdote, abogado», etc.). Si
Maria no fuese ya una desposada-cónyuge, sus palabras, un tanto forzada-
mente, habrían podido interpretarse como un implícito deseo de tener un
compañero en la vida; pero en su caso ya existía el compañero legal y regu-
lar, de modo que no había obstáculo alguno a que el anuncio del ángel pu-
diera cumplirse por las vías naturales.

Sin embargo, mediaba tal obstáculo y estaba representado por aquel
no conozco, que implicaba un propósito para el porvenir y justificaba la pre-
gunta: *¡Cómo será esto?* La tradición cristiana ha interpretado unánimemente
en ese sentido el *no conozco*, siguiendo así el camino más fácil y hacedero,
a la par que el único razonable y lógico» (cf. o.c., p.245-247).

b) El propósito de virginidad

1373

«Ahora bien: si Maria tenía previamente el propósito de permanecer
virgen, ¿por qué había consentido en contraer el judaico desposorio-ma-
trimonio? Sobre este punto los evangelios no ofrecen explicaciones, pero
cabe hallarlas ateniéndose a los usos judaicos de la época. En el antiguo
hebraísmo, el estado célibe o núbil no era apreciado y la principal preocu-
pación familiar era la descendencia, y lo más numerosa posible. La falta
de hijos se reputaba maldición de Dios (Deut. 7,14). Sólo se conocieron,
entre los hombres, el antiguo caso del profeta Jeremías, que quedó célibe
para consagrarse en absoluto a su misión de profeta (1er. 16,2 ss.), y en tiem-
pos de Jesús, el de los cenitas, que no contraían matrimonio o lo contraían
por excepción. En cuanto a las mujeres, no se sabía qué caso citar, ya que
la mujer sin marido y sin hijos era para los hebreos un ser lúgubre...

Cediendo, pues, a esta tiránica costumbre común, Maria habíase des-

posado; pero su proposito, tan confiadamente alegado al ângel, ilumina con luz refleja la disposiciôn de su desposado José, quien no habria sido nunca aceptado como esposo de no haber consentido en respetar el propôsito de Maria. Semejante disposiciôn de José halla un buen paralelo histôrico en el celibato de los esenios antes mencionado...

En la narraciôn de Mateo figura en primer piano José, quien apenas es mencionado en la de Lucas. Y asi como respecto a Lucas se argumenta con buenas razones que la principal informadora debiô ser Maria, ora directamente, ora por medio de Juan, asi respecto a Mateo es razonable suponer que para este tema recurriô a informadores de Galilea que estuvieron en relaciones particulares con José, como, por ejemplo, Santiago, el «hermano» de Jesûs.

Segûn Mateo, Maria, desposada de José, quedô embarazada antes de la convivencia, sin que José sea advertido del carâcter sobrenatural de la concepciôn hasta que el hecho se ha consumado (Mt. i, iS). Este descubrimiento no pudo ocurrir sino después de! regreso de Maria de su visita a Elisabeth, o sea, entre el cuarto y quinto mes de embarazo. Al tornar Maria a Nazareth, de donde partiera a poco de la anunciaciôn, sus condiciones físicas fueron pronto notadas por José, que ignoraba los precedentes. Y *José, su marido, siendo justo y no queriendo exponerla, resolviô despedirla secretamente* (Mt. i,19). Dado lo que ya sabemos sobre las condiciones juridicas de los desposados-cônyuges entre los judîos, los términos son claros: José, como legitimo *marido*, fâllia *despedir* a Maria entregândole el acta de divorcio, cuyo procedimiento tendria por consecuencia exponer a la repudiada a la reprobaciôn pûblica, para evitar lo cual José resolviô *despedirla secretamente*, y tomô esta determinaciôn *siendo justo*. De todo el periodo, esta ûltima frase es la mâs importante y la verdadera clave de la explicaciôn» (cf. ibid., p.247-255).

c) La perplejidad del Patriarca

«En un caso de tal género, un judio recto y honrado, una vez convencido de la culpabilidad de su mujer, le habria entregado sin mâs el acta de divorcio, considerândose no sôlo en el derecho, sino tal vez en el deber de obrar asi, ya que una tolerancia silenciosa e inactiva podia parecer aprobaciôn y complicidad. Pero José, precisamente *siendo justo*, no obrô asi. Luego estaba convencido de la inocencia de Maria, y por tanto juzgô inicuo someterla al deshonor de un divorcio pûblico.

Por otra parte, ¿cômo podia José explicarse el estado de Maria? ¿Pensaria en una violencia sufrida por ella sin culpa durante los très meses de ausencia? El silencio sistemâtico de Maria sobre aquel punto—silencio natural en una muchacha recatada que se halla en tales condiciones—podia suscitar una sospecha de tal género. ¿O acaso José, aproximândose a la realidad, entreviô en fô acaecido algo de divino y sobrenatural? No lo sabemos, porque nada dice Mateo sobre el propôsito; sôlo de la deliberaciôn de José de romper su vinculo con Maria *secretamente*, es decir, sin danar su fama, concluimos que obrô, bien como convencido de la inocencia de Maria, bien como *justo* l.

l La tradiçiôn cristiana no concuerda en el modo de interpretar la conducta de José. No pocos Padres, entre ellos Ambrosio, Crisôstomo, Agustin y otros, seguidos por algunos modernos (Fouard, etc.), creen crudamente que José sospechô realmente sobre la conducta de Maria: pero esto no se corresponde con el *siendo justo* de Mateo ni con el designio de *despedirla secretamente*. Algûn escritor cae en el extremo opuesto y créé que José estaba tan persuadido de la maternidad sobrenatural de Maria que quiso alejarse de ella fôrt un împuUo de profunda humildad. Esta interpretaciôn es muy piadosa, pero no muy

La perplejidad de José no durô mucho. *Empero, cuando él hubo tornado esta deliberaciôn, he aqui que un dngel del Sedor le apareciô en suedos, diciendo: José, hijo de David, no temas tomar contigo a Maria tu mujer, porque lo engendrado en ella es del Espiritu Santo; y parird un hijo y lo llamards con el nombre de Jesûs, porque él salvard al pueblo de sus pecados* (Mt. 1,20-21). El suefio era un medio no infrecuente en el Antiguo Testamento, de que Dios se valia para comunicar su voluntad a los hombres. Mateo, el evangelista mäs interesado por el Antiguo Testamento, recuerda varias comunicaciones divinas mediante suehos (ademäs de ésta, cf. Mt. 2,12.13.19.22; 27,19) que no citan los demás evangelistas. El nombre de Jesûs, que habia de imponerse al nacido, ya habia sido comunicado a la madre. Aqui se anade el motivo de tal imposiciôn—*salvard, etc.*—, fundada en el significado etimológico del nombre mismo.

Después de esta declaraciôn imperativa del ângel, José lleva a su rasa a Maria. Se celebrarían entonces las ceremonias acostumbradas en taies nupcias, y parientes y amigos concurrirían a la modesta fiestecilla extema, pero sin duda ignoraron el misterioso arcano que se ocultaba en el seno de la nueva familia.

Y José, hombre de la tribu de Judâ y del linaje de David, carpintero de oficio, fué el jefe legal de aquella familia» (cf. *ibid.*, p.255-256).

B) Los desposorios en Israel

(Cf. Francisco Miguel, William, *Vida de Maria*, Herder, Barcelona 1950.)

a) Las diligencias previas

1876

«Las «diligencias previas» para una boda constituían un verdadero negocio. Los negociadores y traficantes eran, por lo regular, los padres de los novios. Ambos procuraban sacar partido en provecho de la propia familia. Por consiguiente, el padre del novio procuraba asegurarse para la novia un patrimonio lo mäs rico posible, bajo las condiciones mäs favorables...

Como el contrato matrimonial tenia tanto de negociaciôn jurídica, no era conveniente que los jôvenes se declarasen abiertamente su inclinaciôn. Ello hubiera podido influir perniciosamente en la cuestiôn financiera para una parte o para la otra.

Las negociaciones previas llegaban a término con los desposorios. Estos equivalían substancialmente al enlace matrimonial y tenían las mismas consecuencias jurídicas. El ceremonial consistía en que el novio depositaba en la mano de la novia un objeto por valor al menos de cinco céntimos, como arras matrimoniales, y declaraba: «Con esto me quedas prometida solemnemente». Seguiase una fôrmla de bendiciôn. A partir de este momento la novia recibía el nombre de «esposa de fulano», exactamente como cuando presentan a Maria los evangelios como esposa de José» (cf. *o.c.*, p.52-54).

perspicaz, ya que contradice el relato de Mateo, haciendo inútil e ilógica la sucesiva intervenciôn del ângel que amonesta en sueños a José. El camino justo es el indicado por San Jerônimo, quien, mientras tiene en la debida consideraciôn el *siendo justo*, afirma que José no dudô nunca de Maria y se hallô por ello ante un problema insoluble. *IY comp José, que cela el delito de su mujer (uxoris), es llamado ¿justo*? Pero ello es un testimonio en pro de Maria, ya que José, conociendo la castidad de su esposa y asombrado de lo ocumdo, cela cnn el silencio aauello cun secreto no conocc* (cf. *Tn Mt. 1,19*).

•El contrato se hacia muchas veces, pero no siempre ni en todas partes' por escrito. Siendo oral, se llamaban testigos. La costumbre fijaba el plazo de un año como intermedio entre los desposorios y el matrimonio. A esto se agregaban las visitas de presentación a domicilio, que tenía lugar más tarde o más temprano.

En los escritos extrabíblicos están previstas, además de este curso normal del contrato, toda clase de irregularidades, entre otras la de que se llegaran a disolver los desposorios. En este caso lo esencial no era, naturalmente, un rompimiento de las relaciones, acompañado de una última entrevista de tonos violentos. Por ambas partes se consideraba maduramente el aspecto financiero y se buscaba la manera de recobrar el patrimonio, dote y crédito de boda, si es que estaban ya bajo el dominio del novio. Si este iba dando largas al matrimonio más que lo regular, la desposada tenía derecho a reclamar y a exigir, como decían muchos, que le extendiera un libelo de repudio, a fin de que ella pudiera casarse con otro. Si se moría el novio, su prometida quedaba en calidad de «viuda». Prueba también ésta de que los desposorios equivalían jurídicamente a nuestro matrimonio. El padre, o quien hiciera sus veces, reclamaba entonces el crédito de boda y todo lo demás que hubiera pasado a poder del desposado. Nuestro sentido sobrio se pregunta: ¿qué venía entonces la boda, si los desposorios tenían el mismo valor? Era una costumbre que obedecía, probablemente, a una experiencia de vida mayor de lo que nosotros suponemos generalmente. Por una parte, era oportuno que la mujer tempranamente se ligase al varón que había de ser su marido y que éste se llevase sus pensamientos; por otra, no debía someterse muy joven a la carga del matrimonio. De ahí los desposorios tempranos, que unían con lazo firme, y la dilación de la boda después de ellos para tener cuenta con la doncella. A estos mismos motivos respondían los desposorios, tal como tenían lugar frecuentemente en nuestros países en la Edad Media.

Pero, como entre nosotros, también entre los israelitas fueron perdiendo su eficacia por aflojamiento del vínculo íntimo. En Egipto se celebraban más tarde bajo condición de que los derechos contraídos en ellos no tuviesen efecto hasta el matrimonio; se los fué, pues, rebajando más y más a la categoría que tienen entre nosotros y en otras partes.

La boda se celebraba con preferencia los miércoles, por ser el día de la semana casi equidistante de dos sábados. La fiesta empezaba con la conducción de la novia a casa del novio* (cf. o.c., p.54-55).

C) El desposorio de Maria con José

13"8

a) CIRCUNSTANCIAS BIOGRÁFICAS DE MARIA

«En este marco de costumbres y leyes que acabamos de trazar ligeramente hay que encuadrar la vida de Maria por el tiempo de su desposorio con José; pero al mismo tiempo conviene indicar los puntos en que se separaba de la regla general.

Por todos los indicios, los padres de Maria ya habían muerto para aquellas fechas. Maria debía de vivir, por tanto, con algún pariente. Este sería jurídicamente su tutor o ejercitaria al menos este oficio sin poseer el título. La leyenda popular dice que Maria se educó en el templo. Si así fué,

inlluiria para ello su parentesco con Zacarias, el cual podia hacer valer sus recomendaciones. Nosotros prescindimos de esta eventualidad, porque al tiempo que de Maria nos habian los evangelios la encontramos en Nazaret.

Sin duda que no viviria sola, sino, mäs bien, en casa de algùn pariente. Cuando llegô la época en que las doncellas contraian matrimonio, el representante del padre de Maria tuvo que ocuparse de esta cuestiôn en favor de ella. En principio toda doncella tenia derecho para declararse contra el matrimonio con el joven que le propusiesen; pero las circunstancias llevaban consigo que no se atendiera siempre su repuisa.

◆Si los pacientes que substituian al padre concertaban un enlace sin contar con la doncella, llegada a mayor edad, tal enlace era invälido. Si lo habian concertado con su asentimiento durante la minoria, lo podia deshacer ella mäs tarde con su repuisa. Las «formulas» que corrian para este caso decian: *No quiero casarme con fulano y mengano» o algo parecido* (cf. *ibid.*, p.55-56).

b) La peticiôn de mano

1379

◆En semejantes circunstancias se celebraron los desposorios de Maria y José. La peticiôn de mano partiô de José, o pudo también venir de la parentela, o de uno y otra. Lo que si se tuvo sin duda en cuenta, conforme a la costumbre, fué la igualdad de condiçôn de ambas partes. Esto tenía su fundamento no sólo social, sino también religioso. Del tiempo posterior a Cristo se conservan toda suerte de aforismos, que sin duda circulaban desde tiempo inmemorial entre el pueblo sencillo de Israel: «Al que se case con una mujer que no le cuadre, le considere la Escritura como si hubiese arado todo el mundo y sembrâdolo luego de sal, inutilizândolo para siempre. El que se casa con una mujer por razôn del dinero, engendra hijos que no son dignos de él. Las uvas son fruto de la vid, no de las zarzas. Lo semejante empareja bien con su semejante». Como celador de las genealogias del pueblo se consideraba al profeta Elias, quien en su segunda venida habria de separar de la comunidad todos los hijos ilegítimos. El atender a la igualdad de condiçôn era, por consiguiente y ante todo, obligaciôn de ciertas categorías privilegiadas, v.gr., del estado sacerdotal. A este proposito decia un proverbio: Si la hija de un sacerdote toma por marido a un individuo que no sea de linea sacerdotal, acabará o viuda o repudiada, o sin hijos. En todo caso, el matrimonio sera desgraciado. Muchos rabinos hasta llegaban a prohibir a sus discipulos que asistiesen a una boda de este género.

También las familias de distinguida alcurnia atendian escrupulosamente, como los sacerdotes, a la igualdad de categoria para sus contratos matrimoniales. La costumbre impuso, pues, su fuerza con mayor rigor que en otros casos en el de Maria y sus parientes, sea cual fuera en último término su posiçôn. Si a esto se agregaba que Maria era hija heredera y tenía por lo mismo propiedades personales, habia para ella un titulo que la obligaba a casarse con un varôn de su propia parentela. Y como el matrimonio con allegados, fuera dei grado prohibido, se reputaba como digno de elogio, la elecciôn de un pariente que no lo fuese en grado prohibido podia parecer en el caso de una heredera una elecciôn segùn el espiritu de la Ley. Incluso podia uno creerse obligado a tal matrimonio por motivos religibsos, conforme a aquel espiritu. La historia dei piadoso Tobias demuestra cômô se atenian las familias piadosas a la costumbre de casarse con gente de la parentela. El arcângel Rafael decia al joven Tobias a propôsito de su primo Ragüel: «Tiene una hija que se llama Sara; fuera de ella no tiene hijos ni hijas; toda la herencia recae en ella; tômala por esposa» (Tob. 6,11 y 12). Después

de la petição de mano dice Ragiel (Tob. 7.14): «Yo creo que Dios os ha guiado (a Tobias y al ângel) aqui para que Sara se casase con uno de su parentela, conforme a la Ley de Moisés».

1380

c) El concierto de los desposorios

»La Biblia no cuenta como concertaron Maria y José sus desposorios. Por consiguiente, ignorâmes los trances penosos que hubo de pasar Maria hasta contraerlos. Porque pudieron entrar en la cuenta hipótesis bien angustiosas. La intención de casarla a todo trance y lo antes posible, las conversaciones que de broma y en serio se sacaban a plaza sobre este asunto significaban para ella un verdadero tormento y le proporcionaban muchas horas amargas. No fué ésta probablemente su unica aflicción. Precisamente por tratarse de una joven tan modesta y recogida como lo era Maria pudieron intervenir sus parientes más que por ley general y presentar en todo su relieve los motivos religiosos que se les ofrecian para el matrimonio. Tal vez precedieron a los desposorios con José diversas tentativas de casarla con otros jóvenes de la parentela, que a juicio de ellos representaban un partido especialmente ventajoso. Asi pudo ser que la idea de casarla con José hubiese sido para Maria su último refugio» (cf. *ibid.*, p.58).

1381

d) La virginidad de ambos

«Al reflexionar sobre estas cosas, nos gustaria, naturalmente, saber cuándo se pusieron al habia Maria y José. Ocasión obvia era el momento en que José pidió la mano de Maria. Antes hemos indicado ya que las promesas solemnes que tuvieron que ver con los desposorios, y por lo mismo con el matrimonio, habia que darlas a conocer antes de ultimar el contrato. Maria lo sabla, y sabla conforme a eso que estaba obligada a revelar a José su resolución antes de desposarse con él. Asi lo hizo, participándole en qué forma estaba ligada. Tal entrevista supone que Maria conocia de antemano a José como hombre «justo», como hombre «santo», en quien podia tener máxima confianza.

José, al escucharla, se encontraba tal vez en una situación semejante a la de Maria. Acaso fuese también el deseo de su corazón vivir célibe, consagrado por entero a Dios. Acaso fué la presión pública o la de sus parientes la que también a él le obligaba a casarse, fuera que le apremiasen en general para que tomase esposa, fuera que le indujesen a desposarse con Maria.

En tales circunstancias la declaración de ésta de haberse consagrado a Dios y de no contraer desposorios ni matrimonio sino con la condición de permanecer fiel a su propósito, sería para José como una voz del cielo, al cual habia hecho él, por su parte, el mismo voto. Nosotros no tenemos ni idea del grado de concordia interna tan misteriosa que alcanzaron aquellas dos personas al revelarse los misterios más intimos de sus aimsas, llenas de Dios.

A muchos se les resisten sus sentimientos a admitir como determinantes del matrimonio de Maria y José la presión de los parientes, la opinión pública y otras causas parecidas, que con tanta frecuencia suelen influir en los contratos matrimoniales ordinarios.

Semejante posición corresponde a la manera extrana y recelosa que se suele adoptar frente a Dios; diriase que se le quiere prohibir que edifique lo sobrenatural a base de lo natural. Ya el viejo Oriente cristiano inventó por esta razón una leyenda prodigiosa tocante a los desposorios de Maria,

convirtiendo esta cuesliôn de familia en asunto de todo el pueblo de Israel...

El hecho histôrico fué mucho mäs sencillo que la ficciôn de la leyenda y se desarrollô conforme a la vida ordinaria de una pequefta ciudad oriental. La vida oculta de Jesús influfa de antemano en Maria y José, haciendo que en su vida, con ser tan singular, todo el elemento divino se ocultase tras la forma, mejor dicho, en la forma de una vida ordinaria» (cf. *ibid.*, p.58-60).

e) Patrimonio y dote

«Con los desposorios se unieron naturalmente también en este caso los acurdos jurídicos sobre los bienes. También en esto solemos estar preocupados, no queriendo representâmes a Maria y José ultimando detalles sobre toda clase de bienes insignificantes. Con todo, esto va vinculado a la vida en la tierra. Maria recibió un patrimonio que se componia de vestidos y muebles. Recibió también una dote integrada, asimismo, a lo que se puede juzgar, por algunos vestidos y muebles mäs; acaso también por algùn pequeño huerto. Recibió, igualmente, una suma para la viudez; o sea, el seguro de una cantidad que le corresponderia de los bienes de José a la muerte de éste. Tal vez todo ello montara muy poco; pero en familias pobres las nonadas se aprecian como las grandes fortunas en las familias de los ricos. Los tramites los dirigió José, bien en persona, bien por intermedio de algùn experimentado. Aquellas negociaciones, no obstante el complejo de intereses naturales, se hicieron tan ocultamente, que la parentela creyese haber salvado, gracias a su prudencia, un asunto delicado para provecho de todos sin que interviniesen las partes mäs interesadas.

Si ya no antes, ahora lo mäs tarde corrió de boca en boca entre los habitantes de Nazaret: «Maria se ha desposado con José el carpintero». En los patios y en las azoteas se hacian comentarios, y como para todo desposorio, también para éste habia sus observaciones. Lo que mäs se diria fué, sin duda; «¡Tal para cual!» Maifa, la doncellita recatada que a los ojos de muchos, de tanto recato y retraimiento, parecia una insignificancia viviente. Y José, el carpintero, callado, en el que habia algo parecido a lo de Maria» (cf. *ibid.*, p.60-61).

SECCION III. SANTOS PADRES

SAN AGUSTIN

La paternidad de San José

Aunque San Agustin, y lo mismo podemos decir de todos los Santos Padres, no se extiende mucho sobre San José, sin embargo, alude a sus virtudes en diversos pasajes. Preferimos traer aqui el sermón 51 (PL 38,332-354). En él, San Agustin, al rechazar a los que encontraban oposición entre los evangelios de San Mateo y de San Lucas, explica largamente la paternidad de San José y desarrolla una doctrina muy clara sobre el matrimonio.

A) *José el justo*

1383

a) El justo no se irrita

«Correspôndenos ya el contar cómo nació y apareció entre los hombres, narración que sigue a lo que llevamos dicho y gracias a la cual creemos que nuestro Señor Jesucristo no sólo nació de Dios sempiterno, y es coeterno al que lo engendré antes de los tiempos y antes de toda criatura, y por el cual fueron hechas todas las cosas, sino que además nació del Espíritu Santo y de la Virgen Maria, según confesamos igualmente. Acordaos de que sabéis muy bien (estoy hablando a mis hermanos los católicos) que ésta es nuestra fe, esto es lo que profesamos y confesamos, y por esta fe murieron miles de mártires en todo el orbe de la tierra» (cf. *ibid.*, 8).

•Pero los que quieren derogar la fe debida a los libros evangélicos intentan reírse de lo que se sigue, echándonos en cara, para convencernos de nuestra temeraria credulidad, lo siguiente: *Estando desposada Maria su madre con José, antes de que conviviesen se halló haber concebido Maria del Espíritu Santo. José, su esposo, siendo justo, no quiso denunciarla y resolvió repudiarla en secreto* (Mt. 1,18-19). Al verla embarazada la juzgó naturalmente adúltera, pero siendo justo, según nos dice el Evangelio, no quiso denunciarla, esto es, divulgar el hecho, como se lee en muchos códices, sino repudiarla en secreto. El marido se turba, pero el justo no se irrita. Tanta fué la santidad de este varón que ni quiso conservar a la adúltera ni se atrevió a castigarla publicándolo».

b) La justicia sincera

1384

«Observô la justicia sincera. No quiso perdonarla como si deseara conservarla. Muchos perdonan a sus mujeres adúlteras llevados de su amor carnal... Este varôn justo no quiere conservarla, luego no la ama carnalmente. Sin embargo, no quiere castigarla, luego perdona misericordiosamente... Con razôn fué elegido testigo de la virginidad de su esposa, y el que se turbô con flaqueza humana fué robustecido con la autoridad divina» (cf. *ibid.*, 9).

B) Paternidad de José

1385

«Otra de sus calumnias es la siguiente: la generaciôn de Cristo se narra siguiendo a José y no a Maria. Atienda un poco vuestra santidad. Nos dicen que no debe seguirse la genealogia por José. ¿Y por qué no? ¿Acaso no era José el esposo de Maria? Contestan: No. ¿Y quién es el que lo dice? Porque la Sagrada Escritura, apoyándose en la autoridad de un ângel, nos afirma que lo era. *No temas recibir en tu casa a Maria, tu esposa, porque lo concebido en ella es obra del Espiritu Santo* (Mt. 1,20), y se le manda que le imponga el nombre, -aun cuando no haya sido concebido de él. *Dara a luz un hijo, a quien pondras por nombre Jesûs* (*ibid.*, 21). La Sagrada, Escritura al decimos que era obra del Espiritu Santo, pretende indicamos la razôn de por qué no habia sido concebido por José, ya que de esto habia nacido su preocupaciôn. Sin embargo, no se le quita la autoridad paterna, puesto que se le ordena imponer el nombre al nino».

k *

a) Padre de Cristo

«Ademâs, la Virgen Maria, que sabla muy bien que no habia concebido a Cristo por obra de José, le llama, no obstante, padre de Cristo» (cf. *ibid.*, 16).

Comprobadlo. Cuando nuestro Senor Jesucristo tenía en cuanto hombre doce anos, El, que en cuanto Dios es antes que los tiempos y sin tiempo, separôse de ellos y disputaba con los ancianos admirândolos con su doctrina. Saliendo Maria y José de Jerusalén le buscaban entre los acompañantes, esto es, entre los que caminaban a su lado, y al no encontrarle volvieron a la ciudad y allí le hallaron disputando en el templo con los ancianos, cuando tenía, como os he dicho, doce anos. No es de admirar; el Verbo de Dios nunca se calla, aunque no siempre es escuchado. Al encontrarle en el templo, su madre le dice: ¿Por qué nos has hecho así? Mira que tu padre y yo, apenados, te andâbamos buscando. Y él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que conviene que me ocupe en las cosas de mi Padre? (Le. 2,48-49).

Dijoles esto porque era el Hijo de Dios que estaba en el templo de Dios. Aquel templo no era de José, sino de Dios.

Pero me dice alguien: Ahí lo tenéis; no concede ser hijo de José. Escuchadme con un poco de paciencia para que el poco tiempo que tenemos nos sea suficiente. Cuando María dijo: *Tu padre y yo, apenados, te andábamos buscando*, él conteste»: *¿No sabéis que conviene que me ocupe en las cosas de mi Padre?* Y es que no quería le creyesen su hijo en forma tal que no entendiesen era Hijo de Dios. El Hijo de Dios es siempre el Hijo de Dios, el Creador de ellos mismos. El Hijo del hombre, nacido en el tiempo, de una virgen sin concurso marital, los tiene, sin embargo, a los dos por padres. ¿Cómo lo probaremos? Pues porque María dijo: *Tu padre y yo, apenados, te andábamos buscando** (cf. *ibid.*, 17).

1387

b) El varôn, cabeza de la mujer

«En primer lugar, no es cosa de pasar por alto aquella gran obediencia, especialmente para enseñar a las mujeres, hermanas nuestras, la santa modestia de la Virgen María. Era la Madré de Cristo, un ángel había venido a ella y le había dicho: concebirás y darás a luz un hijo... Había merecido dar a luz al Hijo del Altísimo y, no obstante, era humildísima y no se antepone a su marido ni siquiera al nombrarlo, pues no dijo: yo y tu padre, sino tu padre y yo. No tiene en cuenta la dignidad de su seno, sino el orden matrimonial. El humilde Cristo no enseñó nunca a su Madré la soberbia. Tu padre y yo, apenados, te andábamos buscando. Tu padre, dice, y yo, porque *el varôn es cabeza de la mujer* (Eph. 5,23). ¿Y cuánto menos debieran ensoberbecerse las demás mujeres?» (cf. *ibid.*, 18).

1388

c) Cristo, sujeto a sus padres

«La respuesta de nuestro Señor Jesucristo de que convenía que se ocupase en las cosas de su Padre no dice ser Dios su Padre de forma que equivalga a negar que lo sea San José. ¿por donde lo probamos? Por la misma Escritura, que se expresa de esta forma: ... *Bajó con ellos y vino a Nazaret y les estaba sujeto* (Lc. 2,51). No dice que estaba sujeto a su Madré o que le estaba sujeto, sino que les estaba sujeto a ellos. ¿A quiénes? A sus padres. Padres eran los dos, a quienes obedecía con la misma dignación con que se hizo hijo del hombre. El mundo está sujeto a Cristo, y Cristo, a sus padres» (cf. *ibid.*, 19).

1389

d) Padres temporales

«^Habéis entendido, pues, hermanos, cómo su frase de *conviene que me ocupe en las cosas de mi Padre* no quiere decir: Vosotros no sois mis padres? Ellos eran padres temporalmente, y el

Padre lo era sempiternamente. Estos padres lo son del hombre; el Padre lo es del Verbo, de su Sabiduría, de su Poder, por el cual lo creó todo. Y si por este poder creó la universalidad de las cosas, llegando de un fin hasta el otro y disponiéndolo todo fuerte y suavemente (Sap. 8,i) fué por el Hijo por quien inclusive ellos mismos fueron formados y a los cuales se sujetó después como hijo del hombre» (cf. *ibid.*, 20).

.1

If

e) Los ESPOSOS DEBEN su estado al amor conyugal

1390

«Así, pues, José no dejó de ser padre porque no tuviera trato matrimonial con la madre del Señor, como si los esposos debieran su estado a la libidinosidad y no al amor conyugal. Escúcheme vuestra santidad. Algún tiempo después el Apóstol de Cristo en la Iglesia había de decir: *Sólo queda que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran* (1 Cor. 7,29). Y nosotros hemos conocido a muchos hermanos muy llenos de fruto de la gracia que sujetaron la concupiscencia de la carne en nombre de Cristo y por mutuo consentimiento sin que sujetaran el mutuo amor conyugal. Cuanto más se reprime aquella, tanto más fuerte es éste. no son también esposos los que viven de esta forma sin buscar entre sí los frutos de la carne, sin exigirse mutuamente las deudas de la concupiscencia corporal? La una está sujeta al varón porque así conviene, y tanto más sujeta cuanto más casta, y el otro ama a su esposa como está escrito en honor y santificación (1 Thés. 4,4), como coheredera de la gracia, *como Cristo amó a su Iglesia* (Eph. 5,25).

. . .

No dejó, pues, de existir matrimonio porque no se lleve a cabo lo que puede ejecutarse, aunque ilícitamente, en quien no es cónyuge. ¡Ojalá pudieran todos vivir de esta forma, aunque muchos ciertamente no pueden! Sin embargo, no superan a los que son capaces, y no les neguéis el nombre de marido y de mujer porque no se mezclen camalmente, sino que se enlazan sólo con el corazón» (cf. *ibid.*, 21).

f) El fin del matrimonio son los hijos

1391

San Agustín pasa a demostrar que el fin del matrimonio son los hijos, y para ello describe la ceremonia de los desposorios de su tiempo. «Léense las tablillas y se recitan delante de todos los testigos y, por lo tanto, se dice que el matrimonio se celebra para procrear los hijos. Estas son las llamadas tablas matrimoniales, y, en realidad, si las esposas no se dieran y recibieran para esto, ¿quién sería capaz de entregar a su hija con la frente alta a la lujuria ajena? Pero no se avergüencen los padres al darlas, porque las tablillas se leen para que sean suegros y no «lenones». ¿Y de qué habían esas tablillas? Del fin de la procreación de los hijos. Serénese, pues, la frente paterna al oírlo, pero miremos la del varón que recibe a su mujer. Avergüéncese si la recibe de la forma en que el padre se avergonzaria en dársela» (cf. *ibid.*, 22).

Escuchadme, pues, hermanos míos; grandes son los varones que contraen matrimonio para tener hijos, como leemos que lo fueron los Padres y lo encontramos en innumerables documentos, y lo daman sin duda alguna las paginas santas. Si, pues, los varones se casan solo para tener hijos, en el caso de que pudiese concedérseles el tenerlos sin trato matrimonial, <<no debieran recibir* tai beneficio con gozo inefable? ^No los hubieran recibido con gran alegría?»

g) Las obras de la carne

•El genero humano se sostiene gracias a las obras de la carne, a las cuales los hombres prudentes y santos se rebajan por obligaciôn, mientras que los imprudentes corren hacia ellas o las desean. Una cosa es bajar algo por obligaciôn y otra es caer en ellas por sensualidad. (¿Cuáles son estas dos obras que sostienen al genero humano? La primera es la que toca a los alimentas (los cuales, ciertamente, no pueden tomarse sin algûn delcote sensual); me refiero al corner y al beber. Si no lo hacen, mueren; el corner y el beber es uno de los sustentâculos dei género humano, conforme a su naturaleza.

Pero con esto sôlo se sostienen los hombres en cuanto a si mismos, ya que lo tocante a su sucesiôn no lo procuran comiendo y bebiendo, sino casândose. El género humano se cuida, pues, primeramente de que los hombres vivan, pero como quiera que por mucha que sea la diligencia con que traten de conservar su cuerpo no conseguirân vivir siempre, siguese otra providenda, a saber, el que los que nacen sucedan a los que se mueren. Porque el género humano, segûn estâ escrito, es de la misma condiçôn que las hojas en los ârboles. Nie refiero a los ârboles que, como el olivo y el laurel, no carecen nunca de follaje, aun cuando no tienen siempre las mismas hojas. Segûn la Escritura, la una nace y la otra cae (Eccli. 14,18-19). Porque las que nacen suceden a las que cayeron y en continua rotaciôn arrojan unas hojas y se visten con otras nuevas. De modo semejante, el género humano no se perjudica por el nûmero de los que mueren a diario, puesto que son suplidos por los que nacen, y asi en esta forma se sostiene la especie humana, y, del mismo modo que el ârbol se ve siempre lleno de hojas, la tierra estâ siempre llena de hombres. Si murieran y no nacieran, la tierra se veria privada de hombres, como algunos ârboles se ven desnudos de todas sus hojas».

1393 h) El hombre sabio descende a ellas por obligaciôn

•Siendo, pues, necesarios para que subsista el género humano estos dos sustentâculos de que hemos hablado ya suficientemente, el hombre sabio, prudente y fiel descende a ellos por obligaciôn y no cae por sensualidad. ¡Cuântos son los que corren y comen y

beben vorazmente, colocando en ello su propia vida como si no existieran para otra cosa! Porque como comen para vivir, creen que viven para comer. El Sabio les reprende y la Sagrada Escritura sobre todo les llama giotones, borrachos, *cuyo dios es el vientre* (Phil. 3,19). No les lleva a la mesa la necesidad de sostenerse, sino la concupiscenda de la carne, y por eso caen sobre la comida y la bebida. En cambio, los que bajan a ello por la obligaciôn de vivir, no viven para comer, sino que comen para vivir. Por lo tanto, si a estos hombres prudentes y moderados se les ofreciese el poder vivir sin necesidad de comida y bebida, recibirian este beneficio con tanta mayor alegria cuanto que no estaban acostumbrados a caer, sino que se veian obligados a descender».

Con esa alegria debiô recibir Elias la comida que le sostuvo 139-4 cuarenta dias. «Pero privado de tal necesidad a un hombre de esos que colocan toda su felicidad en las comilonas como el ganado en el pesebre, y odiarân semejante beneficio, lo rechazarân y lo juzgarân castigo. Pues lo mismo ocurre en las obligaciones conyugales, en las cuales los hombre libidinosos no buscan a sus mujeres por otra cosa, y por ello apenas si se contentan con las suyas... Si preguntases a uno de esos hombres por qué se casa, quizá, pudoroso, te contestaria que para tener hijos, pero si alguien al cual creyese le dijera: Dios puede darte y ciertamente te dará hijos sin trato marital ninguno, con seguridad que habia de sacar la conclusion y confesar que no buscaba a su mujer para tenerlos» (cf. *ibid.*, 24).

«Aquellos santos antiguos, hombres de Dios, deseaban tener hijos, querian recibirlos y para esto se unian con sus mujeres, para tenerlos. Por esto mismo se les permitia tener varias esposas, pues si fuese la sensualidad inmoderada lo que place a Dios, también hubieran permitido en aquel tiempo que una mujer tuviese varios varones como un varôn podia tener varias mujeres» (cf. *ibid.*, 25).

«Pero tenian obligaciôn de recibir mujeres por medio de las cuales el pueblo creciera, porque entonces convenia que en aquellos paises se propagase el mundo abundantemente hasta Cristo, pues el número del pueblo prefiguraba a nuestra grande Iglesia».

i) Excelencia de la virginidad

1395

«Una vez que hubo nacido el Rey de todas las gentes, la virginidad comenzô a ser digna en la Madré del Senor, que mereciô tener un hijo y no mereciô verse corrompida. Y si, pues, aquéllo era un matrimonio, aunque no hubiera corrupciôn de los cónyuges, si la esposa diô a luz castamente, ¿por qué el marido no habia de recibir (a su hijo) castamente también? Cónyuge casta era aquélla, cónyuge casto el marido, y como era casta la madré, así fué casto el padre. Y el que dice que no debe llamârsele padre porque no engendrô al hijo, lo que busca en la generaciôn de los hijos es el placer y no el amor. Este (José) cumpliô con su corazôn mucho mejor lo que otros desean cumplir en la carne... Considerad, hermanos, los derechos

de la adopciôn y cômô un hombre llega a ser hijo del que no lo engendré y comprobaréis que la voluntad del que adopta tiene mas derechos sobre él que la misma naturaleza del que engendra. Por lo tanto, José no sólo debe ser padre, sino que debe serlo máximamente. Los hombres, a veces, engendran hijos de mujeres que no son sus esposas y a los que suele llamarse naturales; sin embargo, los hijos dei matrimonio se consideran de mejor clase..En cuanto a la carne, son exactamente iguales, êpor qué, pues, se consideran de mejor clase, sino porque es más casto el amor matrimonial por el cual fueron engendrados? No se mira la obra de la carne, puesto que fué exactamente igual en las dos mujeres. Entonces <en qué vence la esposa sino en el afecto de la fidelidad, en el amor conyugal y en el carino de la más sincera y casta caridad? Pues si pudieran tener hijos de la esposa sin trato carnal, ino deberían recibirlos con tanta más alegría y amarla tanto más cuanto ella haya sido más casta?» (cf. *ibid.*, 26).

1396

j) Padre sin mezcla corporal

«Pero ya hemos hablado suficientemente de por qué es oportuno que las generaciones se cuenten por José y no por Maria, porque del mismo modo que ella es madre sin concupiscencia carnal, él es padre sin mezcla corporal. Desciendan, pues, las generaciones y suban a partir de él. No les separemos porque haya faltado la concupiscencia carnal. Confirmemos su paternidad, que a buen seguro que la santísima Maria no nos reprenderá. Ella no se atrevió a anteponer su nombre al del marido: *Tu padre y yo, apenados, te anddbamos buscando*. No lleven a cabo los murmuradores lo que no cumpliô la casta cónyuge. Contemos a partir de José, porque del mismo modo que fué marido casto, fué casto padre. Antepongamos el varôn a la mujer siguiendo el orden natural de la ley de Dios, pues si olvidândonos de él, solo pensâramos en ella, nos diria, y con razón: ^Por qué me séparais, por qué no contâis a partir de mi las generaciones ascendentes o descendentes? Y si le contestarais: Porque no engendraste camalmente, nos diria: <Y acaso ella diô a luz por obra carnal? Lo que el Espiritu Santo obrô, lo obrô para los dos. Siendo un hombre justo, dice la Escritura. Justo era el varôn, justa la mujer; el Espiritu Santo descansô en la justicia de ambos y a los dos les diô su hijo. En aquel sexo que era quien debia dar a luz, obrô lo necesario para que naciese también para el marido. Y por eso es a los dos a quienes el ângel les dice que le pongan el nombre, ya que en poner el nombre se declaraba la autoridad patema.

Se dice a Maria: *He aqui que concebirs un hijo y le dards por nombre Jesüs* (Le. 1,31). Se dice a José: *José, hijo de David, no temas..., dard a luz un hijo y le pondrds por nombre Jesús* (Mt. 1,20-21). Dice también: *Y le diô a luz un hijo* (Le. 2,7, según la versión de San Agustín), lugar en el cual se afirma clarisimamente la paternidad no carnal, sino del amor.

Sea, pues, padre, como lo es. Cautisimamente y con toda prudencia, los evangelistas cuentan sus generaciones: Mateo descendiendo desde Abrahân hasta Cristo, y Lucas subiendo desde Cristo hasta Abrahân y Dios. El uno cuenta las generaciones que descenden, el otro las que ascienden; pero ambos se apoyan en José. <Por qué? Porque era el padre. ^Por qué era el padre? Porque tanto más firmemente se es padre cuanto con más castidad. Había quien juzgaba que era padre de nuestro Señor Jesucristo de otra forma, a saber, como lo son los padres que engendran, según la carne, y no los que reciben a los hijos con sólo amor espiritual. Por eso dice Lucas: Se juzgaba era padre de Jesús. <Por qué se creyô? Porque los juicios y pareceres humanos siguen el cauce' normal de lo que suele acaecer entre los hombres. El Señor no era camalmente de José, aunque se creyese tal cosa, y, sin embargo, el que era el mismo Hijo de Dios nació de Maria Virgen para el amor y piedad de José» (cf. *ibid.*, 30).

SECCIOL.) . AUTORES I ARIOS

I. SANTA TERESA

Patrocinio universal de San José

(Cf. *Libro de la vida*: BAC, *Obras de Santa Teresa* t.1 c.6,5-8 p.622-624.)

1397 A) «*Tomé por abogado y señor al glorioso San José*»

◆Pues como me vi tan tullida, y en tan poca edad, y cual me habian parado los medicos de la tierra, determine acudir a los del cielo para que me sanasen, que todavia deseaba la salud, aunque con mucha alegria lo llevaba; y pensaba algunas veces, que, si estando buena me habia de condenar, que mejor estaba asi; mas todavia pensaba que serviria mucho más a Dios con la salud. Este es nuestro engano, no dejamos del todo a lo que el Señor hace, que sabe mejor lo que nos conviene.

Comencé a hacer devociones de misas y cosas muy aprobadas de oraciones, que nunca fui amiga de otras devociones que hacen algunas personas, en especial mujeres, con ceremonias que yo no podia sufrir, y a ellas les hacia devociôn (después se ha dado a entender no convenian, que eran supersticiosas); y tomé por abogado y señor al glorioso San José, y encomendéme mucho a él. Vi claro que asi de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de aima, este padre y señor mio me sacô con más bien que yo le sabla pedir. No me acuerdo, hasta ahora, haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, asi de cuerpo como de aima; que a otros santos parece les diô el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso Santo tengo experiencia que sorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que asi como le fué sujeto en la tierra, que como tenia nombre de padre siendo ayo, le podia mandar, asi en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, a quien yo decia se encomendasen a él, también por experiencia, y aun hay muchas que le son devotas de nuevo experimentando esta verdad».

B) Bienes de la devociôn a San José

1398

«Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podia, mäs llena de vanidad que de espiritu, queriendo se hiciese muy curiosamente y bien, aunque con buen intento. Mas esto tenía malo —si algûn bien el Señor me daba gracia que hiciese—, que era lleno de imperfecciones y con muchas faltas. Para el mal y curiosidad y vanidad tenia gran mana y diligenda; el Señor me perdone. Querria yo persuadir a todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experienda que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona que de veras le sea devota y haga particulares servicios, que no la vea mäs aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera a las aimas que a él se encomiendan. Parece-me ha algunos anos que cada ano en su dia le pido una cosa, y siempre la veo cumplida; si va algo torcida la peticiôn, él la endereza para mäs bien mio.

Si fuera persona que tuviera autondad de escribir, de buena gana me alargara en decir muy por menudo las mercedes que ha hecho este glorioso Santo a mi y a otras personas; mas por no hacer mäs de lo que me mandaron, en muchas cosas seré corta, mäs de lo que quisiera, en otras mäs larga que era menester; en fin, como quien en todo lo bueno tiene poca discreciôn. Solo pido, por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere, y verâ por experiencia el gran bien que es encomendarse a este glorioso Patriarca y tenerle devociôn. En especial personas de oraciôn siempre le habian de ser aficionadas; que no sé como se puede pensar en la Reina de los ângeles, en el tiempo que tanto pasô con el Nino Jesûs, que no den gracias a San José por lo bien que les ayudô en ellos. Quien no hallare maestro que le enseüe oraciôn, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino. Plegue al Señor no baya yo errado en atreverme a hablar en él; porque, aunque publico serie devota en los servicios y en imitarle siempre he faltado. Pues él hizo, como quien es, en hacer de manera que pudiese levantarme, y andar, y no estar tullida; y vo, como quien soy, en usar mal de esta merced».

IL SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO

La devociôn a San José

(Cf. *Sermon de la festividad de San José* en *Sermones abreviados para todas las dominicas*. Ediciôn aumentada con algunos sermones acerca de diversas materias, del mismo santo autor. Traducciôn del italiano por D. F. L. PONS y Comp. [Barcelona 1897] p.566 ss.)

1399 A) La devociôn de los santos

«Otro de los innumerables medios de salvaciôn que Dios, movido del grande amor que nos tiene, y de los deseos que siente por nuestra salvaciôn, nos ha proporcionado, consiste en la devociôn de los santos, a quienes como amigos suyos encarga intercedan por nosotros, y con sus méritos y oraciones nos alcancen las gracias que nosotros no tenemos merecidas. No procede esta intercesiôn de que los méritos de Jesucristo no sean mâs que superabundantes para enriquecemos de toda suerte de bienes, sino porque place a su divina voluntad honrar a sus fieles servidores, haciéndoles cooperadores de nuestra salvaciôn, y, por otra parte, quiere alentar la confianza que, a fin de alcanzar las divinas gracias, tengamos puesta en la mediaciôn de los santos. .Ahora bien, êquién ignora que San José es, entre todos los santos, y después de Maria Santisima, muy apreciado de Dios para impetrar las divinas gracias a favor de sus devotos? Veamos, pues, en los dos siguientes puntos:

- a) Cuânta veneraciôn debemos tributar al santo Patriarca por razôn de su elevada dignidad.
- b) Cuânta confianza debemos poner en el patrocinio del Santo per razôn de su eminente santidad».

B) Veneraciôn debida a San José

1100 a) Por ser padre de Cristo

«Bien nos cumple venerar al patriarca San José, a quien el propio Hijo de Dios quiso honrar llamândole padre suyo (cf. Or íg., *Hom.* 17 in *Le.* c.2). Idéntica denominaciôn le dan los Evangelios (*Le.* 2,33). Con el propio nombre le désigné también la Santisima Virgen (*ibid.*, 2,48). Si el Rey de los reyes encumbrô, pues, a José a tan elevada honra, justo y debido es que nosotros procuremos ensalzarlo en cuanto podamos... <Quê ângel o qué santo, dice San Basilio. mereciô jamâs ser llamado padre del Hijo de Dios?... Y vedlo como a tal padre, constituido senor de aquello reducida

familia, reducida por el nûmero, pero grande por los dos eminentes personajes que la integran... José manda, y el Hijo de Dios obedece. Esta sujeciôn de Jesucristo, dice Gerson, al paso que ostenta la humanidad de Jesûs, patentiza la elevada dignidad de José (cf. *Serm. de Nat. Virgin.*). <Y puede darse mayor dignidad ni mâs encumbrada celsitud, prosigue diciendo, como la de mandar al que impera sobre todos los reyes?

Llenô de pasmo al mundo Josué cuando mandô parar al sol en mitad de su carrera... <Qué género de comparaciôn puede haber entre Josué, a quien presta obediencia el sol, criatura inanimada, y José, a quien se sujeta Jesucristo, que es el Hijo de Dios? Jesucristo, en toda la duraciôn de la vida de José, le respetô como padre, y por treinta anos, y hasta que alcanzô el punto de la muerte le obedeciô como a padre... San Bemardo, al hablar de San José, dice: *Fidelis servus et prudens, quem constituit Dominus suae Matris solatium, suae carnis nutritium solum denique in terris magni consilii coadiutorem fidelissimum* (cf. *Horn.* 2, *Missus*). De suerte que José no fué exclusivamente destinado para servir de alivio a la Madré de Dios, que por tamanas tribulaciones hubo de pasar en esta vida; ni para proveer al sustento de Jesûs, sino todavia para, en cierto modo, ser el cooperador de la redenciôn dei mundo, que fué la obra del gran consejo de las tres divinas Personas.»

b) Por su solicitud y santidad 1401

«Al revestirle, pues, el Senor, respecto de su Hijo, de la cualidad de padre, puso igualmente a su cuidado la solicitud de alimentarie y de defenderle..., como si le dijera las palabras dei Salmo (10,14): *Tibi derelictus est pauper*. José, yo he enviado a mi Hijo a la tierra cubierto de pobreza y de humildad, despojado del esplendor de las riquezas y sin aparente dignidad; por eso le menospreciarâ el mundo... Sé, pues, en la tierra su custodio y su padre en lugar mio: *Tibi derelictus est pauper*; en tus manos le abandono...

Llamândole para coadjutor de la obra de la redenciôn, segùn dice San Bemardo, quiso que se autorizase con su presencia la natividad de Jesûs, a fin de dar fiel testimonio de la gloria que tributaron los ângeles al Senor por el nacimiento de su Hijo; de la revelaciôn que de la misma tuvieron los pastores, cuya revelaciôn refirieron ellos mismos a Maria y a José al visitar al Salvador que les fuera anunciado; y fuese ademâs testigo de la llegada de los Magos... Dispuso Dios, ademâs, que José y Maria le ofreciesen al recién nacido Jesûs, como lo cumplieron, presentândole en holocausto a la muerte por la salvaciôn del género humano».

Después huye con él a Egipto. Un ângel se lo avisa y otro le advierte que vaya a Nazaret.

Perdiô al Nino, «pero lo que mayor angustia le causaba era el recelo de que quizás Jesûs le hubiese abandonado por razôn de al-

gùn disgusto que de el tuviese recibido, y no le considerase ya digno de conservât en su cuidado tan precioso tesoro... Pero llevôle el consuelo al corazôn al oir de la boca de Jesûs mismo que habia quedado en el templo por los intereses de la gloria de Dios».

C) *Confianza en él*

1402

a) Privilegios que Dios le otorgo

«Gran confianza debemos colocar en la protecciôn de San José, por el senalado amor que le mereciô de Dios su eminente santidad... *Et idoneos nos fecit ministros novi testamenti*, escribe San Pablo (2 Cor. 3,6). Lo que équivale a decir, conforme indica Santo Tomâs, que cuando Dios elige a un hombre para determinado cargo, derrama sobre él todas las gracias conducentes para adquirir idoneidad en aquel cargo (cf. *Sum. Theol.* 3 q.27 a.4). Al disponer, pues, Dios que José ejerciese el oficio de padre respecto de la persona del Verbo encamado débesc tener la certidumbre que le confiriô todas las dotes de sabiduria y santidad que para tal cargo se requerian; ni cabe poner en duda que le enriqueciô, además, con todos los privilegios y gracias a los demis santos concedidos. En sentir de Gerson y de Suarez, très fueron los privilegios especiales que caracterizaron a José: i.º El de ser santificado desde el vientre de su madré, como Jeremias y el Bautista. z.º El de haber sido asimismo confirmado en la gracia. 3.º El de estar exento de los apetitos de la concupiscenda; de cuyo privilegio suele San José, por los méritos de su pureza, hacer participantes a sus devotos, librândoles de los movimientos de la carne.

El Evangelio atribuye a José el nombre de *Justo* (Mt. 1,19). <Qué nos viene a significar lo de hombre justo? Significa, dice San Pedro Crisólogo, un hombre perfecto, que posee todo género de virtudes. En efecto, José era ya santo antes de los desposorios; acrecentôse, sin embargo, senaladamente su santidad después de verificados aquéllos con la Virgen Santisima, cuyo ejemplo solo hubiera sido suficiente para santificarle. Y siendo Maria, conforme dice San Bernardino de Sena, la dispensadora de las gracias que Dios concede a los hombres, <con cuánta profusion no es de creer enriqueciese de ellas a su esposo, a quien tanto amaba, y del que era respectivamente amada? /Cuanto no es también de creer aumentase la santidad de José el trato familiar que tuvo con Jesucristo en el tiempo que vivieron unidos? Si los dos discipulos que iban al castillo de Emaûs se sintieron inflamados en el divino amor en los cortos momentos que estuvieron en compaôia del Salvador y escucharon sus palabras, por manera, que se dijeron después uno a otro: *Nonne cor nostrum ardens erat in nobis dum loqueretur in via* (Lc. 24,32), <qué llamas de acendrada caridad no debemos suponer encendidas en el pecho de José por las conversaciones que durante treinta anos consécutives

tuvo con Jesucristo, escuchando sus palabras de vida eterna, observando sus ejemplos de perfecta humildad, de paciencia y de obediencia, viéndole aparejado para ayudarle en sus laboriosas fatigas y servicial en todos los domésticos quehaceres? <<Qué incendio de amor divino no debían levantar estas antorchas de caridad en el corazón de José, purificado como estaba de todo afecto terreno? Y si intenso fué el amor de José respecto de su esposa Maria, este amor, empero, no dividía su corazón, conforme suele acontecer al hombre casado, según expresión del Apóstol (1 Cor. 7,33), porque el amor que a su esposa profesaba henchía todavía más su corazón de amor divino. No cabe duda, pues, 'que mientras José vivió en compañía de Jesús, creció de tal suerte en méritos y santificación que podemos decir que aventajó en ellos a los demás santos'».

b) Méritos del Santo

1403

<-Esto supuesto, y diciéndonos el Apóstol que Jesucristo remuneraba en la otra vida a cada cual, según sus méritos (Rom. 2,6), <qué cúmulo de gloria no debemos juzgar fuese otorgado a José, que tan tiernamente sirvió y amó a Jesús, mientras viviera sobre la tierra? En el día postrimero, el Salvador dirá a los elegidos (Mt. 25,35): *Tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; era peregrino, y me hospedasteis; estando desnudo me cubristeis*; mas esos elegidos no alimentaron, ni hospedaron, ni vistieron propiamente a Jesucristo, sino en la persona de los menesterosos. San José, empero, procuro el sustento, la habitación y el vestido a la persona misma de Jesús... Sirvan, por tanto, estas consideraciones para acrecentar nuestra confianza en José, persuadidos de que Dios, en obsequio de los elevados méritos del Santo, no se negará a concederle lo que pida a favor de sus devotos.

Encarécelos todavía más San Bernardino de Sena, diciendo: «No hay duda alguna de que Cristo no ha negado, sino, por el contrario, acrecido aquella familiaridad y reverencia que le demostró en vida, reverencia de hijo a padre» (cf. *Serm. de S. Ioseph*). Nótese las palabras *familiaridad y reverencia*; aquel Señor que acá en la tierra mostró a José reverencia cual a su propio padre, nada le negará por cierto en el cielo de cuanto le pida. Agréguese a esta consideración la de que, si bien José no obtuvo en este mundo autoridad alguna como padre natural sobre la humanidad de Jesucristo, ejerciéndola, sin embargo, siquiera en cierta manera, como esposo de Maria, a quien, cual Madre natural del Salvador, compitió una autoridad real sobre su Hijo. El que tiene dominio sobre un árbol, tiénele también sobre el fruto que el mismo árbol produce. De ahí dimanó que Jesucristo respetó y obedeció en la tierra a José como a su propio superior, y que, actualmente en el cielo, las súplicas del Santo sean atendidas por Jesucristo como órdenes. Ya dijo Gersón que cuando un padre ruega al hijo, sus ruegos son mandatos: *Dum pater orat natum. relut imperium reputatur*'» (cf. *De S. Ioseph, Le.*)»...

r?

San Bernardo escribe unas palabras que después repite Santa Teresa «por experiencia adquirida diciendo: A los demás santos parece que el Señor les concedió el ser protectores en una necesidad especial; pero a San José la experiencia acredita que es protector universal!»...

14M c) Tres gracias: perdón de los pecados, amor a Cristo
Y BUENA MUERTE

«Hagámonos, pues, cargo, oyentes míos, que movido el Señor a la vista de las miserias que nos afligen, nos dice a todos nosotros las palabras que Faraón dirigió a su pueblo cuando ocurrió la penosa carestía de trigo que afligió al Egipto: *Ite ad Ioseph* (Gen. 41, 55). Id a José si queréis hallar consuelo... Y muy especialmente os exhorto a que le pidáis tres gracias particulares, conviene a saber, el perdón de los pecados, el amor a Jesucristo y una buena muerte.

En cuanto al perdón de los pecados, raciocino de este modo: Si cuando Jesucristo vivía acá en la tierra en casa de José un pecador hubiese deseado alcanzar el perdón de sus culpas, ¿qué medio pudiera hallar más eficaz que el de José para obtener el anhelado consuelo? Si deseáramos, pues, ser de Dios perdonados, acudamos a José, que más amado es ahora de Dios en el cielo que no lo fue en la tierra.

Pidamos igualmente a San José que nos alcance amor a Jesucristo, que, a mi entender, es la gracia más singular que el Santo impetra para sus devotos; un tierno amor hacia el Verbo encarnado por los méritos del que tan acendradamente le profesó San José en este mundo.

Supliquémosle, por fin, nos alcance una buena muerte, pues a todos consta que José es abogado para conseguir una muerte dichosa, puesto que él obtuvo la dicha de morir entre Jesús y María; por lo cual deben esperar sus devotos que en la hora de la muerte merecerán ver a San José, que, junto con Jesús y con María, les asistirán en aquel trance. Gran copia de ejemplos nos lo confirman».

BOSSUET

El santo depôsito confiado a San José

(Cf. ed. Fir min -Did o t , t.3 p.410-420.)

A) *Depôsito santo***1405**

«Un depôsito es algo sagrado que se conserva no sôlo por fidelidad, sino casi por religiôn. Si hay un depôsito santo es el que el Padre entregô a San José. Seùora, alcanzadme gracia para que pueda cantar las glorias de vuestro Esposo.

Nada mäs honroso para San José que el titulo de depositario, pues nos descubre los designios de Dios sobre este Patriarca y la fuente de sus gracias. Atestigua su probidad y fidelidad, y su gloria, puesto que Dios le hace depositario no sôlo de la pureza angélica de Maria, sino de su propio Hijo, objeto de sus Complacencias y esperanza de nuestra salvaciôn.

Estudiando la Escritura veo que todo lo de José se refiere a su cualidad de depositario, porque, en efecto, se le han confiado très cosas: la virginidad de Maria Santisima, el Hijo etemo y el secreto de Dios; la virginidad que conserva su matrimonio, el Hijo que se deposita en sus manos y cuidados, y el secreto, verdadero depôsito de quien le confia, que en esta ocasiôn es el Padre. ¿Qué secreto fué? El admirable de la Encarnaciôn, pues ya sabéis que los designios de Dios eran retener su Hijo escondido hasta el momento preciso.

José corresponde a estos tres depositos con très virtudes. No dudo que tuviese otras, pero éstas son las mäs brillantes. La primera, su pureza; la segunda, su fidelidad; la tercera, su humildad y amor a la vida oculta. Pureza que custodia a Maria, fidelidad que cuida de Jesûs, humildad que esconde el secreto y se esconde él con Dios.

êQué virtud necesitaba para guardar la virginidad de Maria." Una pureza angélica. ¡Cuâl para cuidar de Jesûs en medio de las persecuciones? Una fidelidad inviolable. <Cuâl para conservar el secreto confiado? Una admirable humildad».

«La virginidad es una virtud amada del cielo y útil en la tierra. No ignorais que Dios quería que su Hijo, nacido en la eternidad por una generación virginal, naciese en el tiempo de una madre virgen. Por eso lo anunciaron así los profetas (Is. 7,14). ¿Cuál es la causa de este deseo? Los doctores antiguos nos contestan de acuerdo diciendo que la virginidad es una imitación de la vida de los Angeles que coloca a los hombres por encima de su propio cuerpo y eleva de tal manera la carne que la iguala en cierto modo a la pureza de los espíritus. ¡Oh gran Agustín!, dinos la palabra exacta. ■Tienen un algo en su carne que ya no es propio de la carne» (cf. *De sancta virginitate*, 12). La virginidad es, pues, un lazo entre los espíritus y los cuerpos, y, por lo tanto, es fácil comprender que esta virtud hubiera de intervenir en el misterio de la Encarnación, que consiste en la estrechísima unión de Dios y el hombre, la divinidad y la carne.

¿Qué existe una inmensa desproporción entre ambas? Pues por eso se interpone la virginidad y acerca ambos términos. Cuando la luz cae sobre un cuerpo opaco que no puede penetrar porque su oscuridad la rechaza, parece como si se retirara reflejando sus rayos, pero si encuentra un cuerpo transparente dírase que se funde en él. La divinidad del Verbo, queriendo unirse a un cuerpo mortal, pidió que se mezclase en el asunto la transparencia purísima de la santa virginidad. Todo esto lo explica San Gregorio Niceno (cf. *De virginitate* c.2)».

«Brillan aquí la dignidad de María y de José. La de María porque su virginidad feliz fue escogida para dar a Cristo al mundo; la de José por habérselo confiado el cuidado de esa virginidad.

Digno de admiración es el espectáculo que maravilla a la misma naturaleza: un matrimonio celestial destinado a proteger la virginidad y dar, por este medio, Jesucristo al mundo. San Agustín nos lo explicará (cf. *De Geh. ad Utt.* I.9 c.7 n.12). Nos dice el santo Doctor que en el matrimonio existen tres lazos: el contrato, por el cual los cónyuges se entregan mutuamente y por completo; el amor conyugal, por el que se dan el corazón sin compartirlo con otros amores, y, finalmente, los hijos. Estas tres cosas existen, según él, en el matrimonio de San José, y las tres concurren a guardar la virginidad (cf. *Contra Iulian.* I.5 c.12 n.46). Existe un contrato por el que se entregan el uno al otro y donde triunfa la pureza en la verdad del matrimonio. *Porque María pertenece a José y José a María, afirmo que su matrimonio es muy verdadero, ya que

se han entregado el uno al otro. Pero ¿de qué forma se entregaron? ¡Pureza, he ahí tu triunfo! Se entregan reciprocamente su virginidad y se ceden un derecho mutuo sobre la misma. ¿Qué derecho? El de guardar el uno la del otro. Si; Maria tiene el derecho ile preservar la virginidad de José, y José el de salvaguardar la de Maria, y la fidelidad de ese matrimonio consiste en custodiar la virginidad. Esas son las promesas que les unen, ése el tratado que les ata. Son dos virginidades que se unen para conservarse en una casta correspondencia de deseos pudicos. Me parece ver dos astros que no entran en conjunción más que por la unión de sus luces». Matrimonio tanto más firme cuanto más inviolables y santas son sus promesas (cf. *De nupt. et concup.* l.i c.2)».

c) Modelo de amor conyugal

HOM

«¡Quién podrá cantar este amor conyugal? ¡Oh santa virginidad! Tus Hamas son más fuertes cuanto más puras. ¡Dónde encontrar un amor espiritual más perfecto que en el matrimonio de José? ¡or que, decidme, ¡oh santo Patriarcal, ¡qué amáis en Maria? A buen seguro que no es su belleza mortal, sino aquella otra escopida, interior, cuyo principal ornato era la virginidad. La pureza de Maria la conviertes en objeto casto de tu fuego.

Por lo tanto, hemos visto cómo se verifican las dos primeras condiciones del matrimonio: el contrato para conservarse puros y el amor intenso que nace de esa pureza. Réstanos ver el fruto de aquel matrimonio: Jesús. ¿Os extraña que le llame fruto del matrimonio? (¿No es muy digno de la virginidad de Maria, la que le trajo del cielo a la tierra? ¿No fué su pureza la que agradó al Padre y la causa de que el Espíritu Santo la cobijara con su sombra? Si, y por eso mismo no temo afirmar que José tuvo gran parte en este milagro, porque si la pureza angélica es el bien de Maria, es también el depósito del justo José.

Pero puedo decir más; puedo decir que Jesús le pertenece precisamente por su matrimonio y por los castos cuidados con que conservé a Maria. «¡Oh virginidad fecunda, si tú eres el bien de Maria, lo eres también de José! Maria te prometió, José te conservó y ambos te presentan al Padre Eterno como un tesoro cuidado por sus afanes comunes. Si, pues, tuvo tanta parte en la santa virginidad de Maria, justo es que la tenga en el fruto de esa misma virginidad».

Y vosotros, cristianos, debéis sacar como conclusión el aprecio de esta virtud, Dice Tertuliano (cf. *De pudicitia* 6) que es fácil entender que los hombres sirvieran a la carne cuando ésta era todavía la descendiente de la corrupción de Adán, pero que es imposible de imaginar sigamos los mismos caminos después que Dios ha venido al mundo atraído por la virginidad, después de haber querido unos padres virgenes y haber santificado el agua salvadora para que lavase todas nuestras manchas».

C) *El depósito del Hijo de Dios*

14V9

a) San José sólo vivió para Jesús y María

«Tras confiât a José la virginidad de Maria, Dios quiere agotar su liberalidad y le confia su Hijo. Jesûs nació como un huérfano. sin padre. Verdad es que lo tenía en el cielo, pero en la tierra lo abandono desde su nacimiento hasta el punto de que él mismo, en la cruz, tiene un día que quejarse de esta soledad. Lo que dijo al morir pudo decirlo en la cuna, puesto que desde entonces le abandonô el Padre a las persecuciones e injurias. Todo lo que hizo a favor de su Hijo único y para demostrarle que no le olvidaba fué entregarle a San José.

êQué hará este Santo? êQuién podrá decir la alegría con que recibió a Dios abandonado? Ya no vivió más que para El. San Juan Crisóstomo nos explica cómo San José desempeñô todos los oficios del padre, imponiendo el nombre a Jesûs, recibiendo el aviso del ângel, la reverencia y obediencia del Niño, etc. Y la razón, según el Santo, no es otra sino que Dios había decidido dar a San José todo lo que se refiere al padre con tal que no hiera a la virginidad (cf. *Hom. 6 in Mt.*). Os lo explicaré: la virginidad se oponía a que el Hijo de Dios tuviese un padre. Parecía natural que puesto que eligió una madre para hacerse en todo semejante a los hombres, hubiera elegido también un padre, mas la virginidad se opuso e impidió la paternidad natural de San José. <<Pero pudo impedirla hasta el punto de que no poseyera ninguna otra de las cualidades del padre? De ninguna manera, dice el Crisóstomo, porque la virginidad no es incompatible sino con aquello que la hiera, y los cuidados, la temura, el afecto, los sufrimientos por Cristo no la hieren en nada absolutamente. Este es el secreto de Dios sobre la paternidad de José».

1410

b) Padre y virgen al mismo tiempo

«Santa pureza, tus derechos se conservarán intactos. Existe algo en el nombre de padre que tú no puedes sufrirlo; San José no lo tendrá, pero todo aquello que pertenece al padre sin que dane a la virginidad se le dará. Maria, pues, no tendrá un hijo de José; sin embargo, compartirá con él todos sus cuidados vitales y las inquietudes que lleva consigo la educación del hijo.

Pero <de dónde y cómo va a tener un corazón paternal si la naturaleza no se lo ha concedido? No es cosa que pueda conseguirse con el estudio ni el trabajo. Ciertamente, pero si la naturaleza no se lo otorgó, Dios se lo fabricará con su propia mano. Dios, que sabe trocar los corazones de los hombres ablandándolos por la caridad o endureciéndolos al retirarles sus gracias en castigo de sus pecados anteriores; Dios. que supo hacer que Saúl cam-

biase de sentimientos y modo de pensat al ser elegido rey, sabré también dar un corazôn de padre al artesano José y un corazôn de hijo a Jesûs. Por eso Jesûs obedece y José no terne mandar».

c) Generosidad y abnegaciôn de San José

«Recordemos ahora la generosidad y abnegaciôn de José para guardar ese depôsito sagrado. Cuando se quiere conservât un deposito de Dios hay que prepararse a sufrir, porque dondequiera que entra Jesûs lo hace con su cruz y sus espinas para repartirlas entre los que ama. Vedlo: José y Maria eran pobres, pero tenian una casa; en cuanto el Nino viene al mundo, ni casa tienen, porque se la quita aquel que vino a los suyos y los suyos no le recibieron. ¿Os parece gran pobreza? Pues faltan las persecuciones. Dios mismo envia una estrella que en apariencia sirve para llevar adoradores a Jesûs y en realidad despierta el odio de Herodes. Y sobrevienen las angustias de la huida a Egipto, las privaciones y los sufrimientos de un obrero en pais extraho.

No bastanaûn estas pruebas. Es necesario que el mismo Jesûs se convierta en perseguidor, y entonces desaparece en el templo, acongojando a sus padres».

D) *El deposito del secreto*

«José, que tuvo con Maria el honor de los honores de cuidar a Jesûs, que compartiô con ella las mayores gracias, viviô escondido, ocultando gracias y honores. Aprendamos que podemos ser muy grandes en el silencio.

Hay dos vocaciones diferentes que parecen opuestas: la vocaciôn de los apôstoles y la de José. Jesûs se muestra a los unos y al otro; a los primeros para que lo anuncien al mundo; al segundo para que lo oculte. Los apôstoles son luces para iluminar a Cristo; José, un vélo para cubrirlo. Esta diversidad nos enseña que la perfecciôn no consiste ni en brillât ni en ocultarse, sino en someterse a la voluntad de Dios, porque quien glorificô a los apôstoles por su predicaciôn glorificô también a San José por su silencio. Si no todos podemos gozar la honra de predicar a Cristo, todos podemos tener la de obedecerle, y ésa fué la de José».

A partir de este momento el orador se pregunta por qué este empeño de ocultarse durante treinta anos y de tener un padre desconocido casi para el mundo, y contesta diciendo que es para convencemos de lo vano de los honores mundanos y la excelsitud de la vida silenciosa. Hasta en la cruz hay algo que hace ruido y llama la atenciôn; en cambio, la mayor parte de su vida la pasa Jesûs en el silencio,

P. BONIFACIO LLAMERA, O. P.

Teologia de San José

(Cf. *Teologia de San José* [BAC, 1953] p.I. C.I p.53 ss.)

A) *Naturaleza dei matrimonio de San José y la Virgen Maria*

«Recordemos brevemente el verdadero concepto del matrimonio, elementos que lo integran, constitutivo esencia!, fines y bienes de! mismo».

1413

a) Definição

«El matrimonio se puede considérai· activamente o *in fieri*, esto es, en el periodo de su fbrmaciôn, y en este sentido es un contrato que podemos définir con Zubizarreta: «Es un contrato por cdy a virtud el varôn y la mujer, jurídicamente hábiles, se conceden el derecho mutuo para realizar aquellos actos conducentes de suyo a la generaciôn y educaciôn de la proie, obligândose a vivir en sociedad de vida* (cf. *Theologia dogmatico-scholastica* t.4 p.413, Bilbao 1937).

Es, pues, un acte de la voluntad mediante el cual cada uno de los contrayentes entrega y acepta, respectivamente, el derecho perpetuo y exclusive al cuerpo del otro en orden a aquellos *actos de por si aptos* para engendrar hijos.

Ya podemos adelantar la distinción entre el *derecho* a pedir y poner esos actos y *uso* del mismo derecho. El objet© inmediato del contrato matrimonial es solamente el derecho, no precisamente el uso del mismo. Por ese derecho, ninguno de los consortes puede negar al otro el uso dei matrimonio si este lo pide. Pero es claro que no está obligado a pedirlo, y ambos pueden convenir en no usarlo.

Considered© el matrimonio *in facto esse*, o sea, pasivamente —como sociedad constituida—, lo define el Maestro de las Sentencias: «Es la union marital del varôn y la mujer que carecen de impedimento, constituyendo vida domestica comûn» (cf. IV *Sent.* dist.27 n.2: PL 92,910)»...

b) Elementos del matrimonio

«En el matrimonio aparecen cinco elementos·.

1.® Contrato por el cual los esposos se entregan y reciben mutuamente.

2.º Vínculo que nace del contrato y que constituye la sociedad entre esposo y esposa.

3.0 La sociedad misma que procede del vínculo.

º Potestad recíproca en el cuerpo del otro esposo.

º Unión carnal o uso de los actos del matrimonio.

El contrato incluye el consentimiento interno y externo por el cual el varón y la mujer se entregan y aceptan mutuamente. El vínculo arranca de ese contrato, por el cual quedan unidos y ligados permanentemente. Este vínculo no es relación de razón, sino relación real y mutua entre los cónyuges, de mutuo derecho y dominio, potestad, sujeción y obligación.

La sociedad y mutua convivencia quedan obligados por ese vínculo.

La unión carnal es el uso o realización de aquellos actos a que se ordena este contrato y para los cuales concede mutuo derecho».

c) (JCu Al de estos elementos es forma del matrimonio
O CONSTITUYE LA ESENCIA DEL MISMO?

«Que la esencia del matrimonio no consiste en la potestad mutua sobre los cuerpos o en la vida común entre los cónyuges lo conceden fácilmente todos los teólogos, ya que estos elementos se ve que son consecuencia o efecto dei matrimonio...

La esencia, pues, la constituyen ambos elementos a la vez: el contrato y el vínculo. El matrimonio cristiano, en cuanto sacramento, propiamente es constituido por el contrato, porque el sacramento causa gracia y esta gracia sólo se produce cuando se dan el mutuo consentimiento.

Pero en cuanto matrimonio es permanente e indisoluble, lo cual se realiza por el vínculo permanente y perdurable que establece (cf. Suppl, q.45 a.1 ad 2: q.44 a.3; q.47 a.3 ad 1; 3 q.23 a.2)...

Toda esta doctrina nos lleva a una conclusion de gran importancia, y es que la unión carnal o uso de los actos del matrimonio no constituyen la esencia del mismo.

Este uso o estos actos matrimoniales son una *operation* a la cual concede derecho el matrimonio, o sea, que le suponen ya constituido en su esencia. Antes de estos actos y sin ellos existe verdadero matrimonio (*simpliciter et absolute*), aunque no esté consumado...

Ya lo dijo claramente San Ambrosio: «No es el desfloramiento de la virginidad lo que constituye el matrimonio, sino el pacto conyugal. Se realiza el matrimonio cuando la joven se entrega, no cuando interviene la acción del varón» (cf. *De instit. virg.* c.6 n.41: PL

También San Juan Crisóstomo dice con expresión enérgica: «El matrimonio no lo constituye la unión carnal, sino la voluntad» (cf. *Op. imperf. in Mt.* horn.32)».

i. Testimonio de la tradiçôn

A primera vista parece que los Santos Padres no estân acordes en este punto. Sin embargo, podemos afirmar que en cuanto a la sustancia todos defienden la misma opinion, que es la que, proponemos como verdadera.

«Para comprender mejor su pensamiento debemos notar três cosas:

i.º Todos a una afirman, ante todo, que Maria permaneciô siempre virgen. Asi lo nota ya Lepicier: «Como entre estas dos cosas, parto virginal de Maria y matrimonio con José, afectô mäs intimamente al dogma lo primero que lo segundo, de aqui que por divino consejo los Santos Padres se abstuvieron de esclarecer la verdad de este matrimonio, para que las mentes de los primeros rudos cristianos no sacaran la conclusion de que Cristo naciô de José como nacen los demäs hombres» (cf. o.c., p.85).

2.º Lo que Santo Tomäs dice acerca de San Jeronimo, quien parece negar el verdadero matrimonio, debemos aplicarlo a los otros Padres; es decir, cuando dice que fué mäs bien custodio que marido, se refiere a los actos del matrimonio consumado; o sea, que San Jerônimo entiende aqui por nupcias el matrimonio consumado (cf. 3 q.29 a.2 ad i et 2). Toman, pues, los Santos Padres las palabras *esposo* y *esposa*, *mujer* y *nupcias* en el significado vulgar, o sea, por el uso dei matrimonio o union carnal. Con razôn, pues, niegan esto en José y Maria... Podemos afirmar que todos ellos defienden la existencia de verdadero matrimonio entre José y Maria tanto los que ponen en el momento de la anunciaciôn sôlo los esponsales como los que admiten también las nupcias ya celebradas».

1U7 2. Doctrina de Santo Tomäs de Aquino

En cuanto a la opinion y explicaciôn de los doctores, baste recordar la doctrina de Santo Tomäs, principe de todos ellos. Su palabra suplirá debidamente la voz de los otros.

Trata *ex professo* de la conveniencia, veracidad y perfecciôn de este matrimonio en la *Suma* y en el libro IV de las *Sentencias*, analizando cuándo el matrimonio es verdadero y las condiciones que debe tener.

❖ Se dice que el matrimonio es verdadero si alcanza la perfecciôn a que tiende. Hay una doble perfecciôn que llamamos primera y segunda. La primera viene dada por la forma que produce la especie. La segunda consiste en la operaciôn mediante la cual se alcanza el fin. Ahora bien, la *forma* dei matrimonio consiste en la uniôn indivisible de las aimas, por la que mutuamente los esposos se obligan a guardar fidelidad. El fin dei matrimonio es la

por el trato conyugal; lo segundo, por los trabajos del varôn y de la mujer, con los cuales se ayudan mutuamente para criar la proie* (cf. 3 q.29 a.2).

Tenemos, pues, una doble conclusiôn:

1. *En cuanto a la primera perfecciôn—esencia—, el matrimonio de José y Maria fué verdadero en todo rigor*

141X

Razôn: Porque uno y otro diô su consentimiento para la uniôn conyugal; no fué expreso en cuanto a la uniôn carnal, sino con la condiçôn: «si Dios lo quiere» (si Dios los manda). Mas consintieron explicitamente en la union conyugal, es decir, en la union indivisible de los ânimos, e implícitamente también en la uniôn carnal, dândose el dominio mutuo sobre sus propios cuerpos.

2.0 *En cuanto a la segunda perfecciôn—operaciôn—que se logra por el uso dei matrimonio*

a'J Si nos referimos a la union carnal, por la que se engendra la proie, no fué matrimonio perfecto.

b') Mas tuvo la segunda perfecciôn, en cuanto a la educaciôn de la prole (ibid.).

Asi consta la posibilidad de este hecho atestiguado por la Sagrada Escritura».

3. Razones de conveniencia

1419

«Los Santos Padres razonan la conveniencia de esta sapientísima disposiciôn de muchos modos.

San Alberto Magno recoge dieciséis de ellos y doce más Santo Tomás. Los proponemos en esquema.

Fué conveniente que Jesûs naciera de una virgen desposada o, lo que es igual, convino que este matrimonio fuese real y verdadero por el mismo misterio de la encarnaciôn, por orden a Cristo, por Maria y mirando a nosotros*.

1.º *Respecto de la encarnaciôn*

«El fin de este matrimonio respecto de la encarnaciôn se colige dei ministerio de San José, a quien Dios eligiô para que fuese como vélo de tan alto misterio que se debia manifestar a los hombres paulatinamente. Era, pues, más a proposito para ello que este matrimonio no fuera sólo aparente, sino real*.

2.º *Respecto de Cristo*

1420

«i) Para que no fuera tenido por ilegítimo por los impíos.

2) Para escribir su genealogia, dentro dei uso corriente, por medio del varôn.

3) Para ocultar al diablo el parto de la Virgen.

4) Para que José tuviera el oficio de alirrientarlo».

80)

3.º

- «1) Para librería de toda infamia.
- 2) Para que no fuera apedreada por adúltera.
- 3) Para que tuviese el auxilio de José».

4.0 *Respecto de nosotros*

- 1) «Para que el nacimiento virginal de Jesús fuera confirmado por José...
- 2) Para honrar a la virginidad y al matrimonio y presentar a las vírgenes y desposadas, a la vez, un ejemplo vivo».

B) Paternidad de San José respecto de Jesucristo (cf. o.c., p.74 ss.)

a) Su DIGNIDAD COMO PADRE DE JESUS

*De ordinario se considera más la gloria de San José como esposo de la Virgen María que su dignidad en cuanto padre de Jesús. Los autores, principalmente antiguos, desarrollan y profundizan poco en este aspecto de la personalidad y ministerio de San José. Es, con todo, muy digno de seria consideración, pues constituye el segundo principio y fundamento de la altísima dignidad del santo Patriarca. No es independiente del anterior—el matrimonio con María—, antes, dependiendo de él, completa y eleva a un grado muy superior sus consecuencias...

La paternidad se funda en la generación; de ella depende y a ella dice orden. «Las voces *paternidad*, *maternidad* y *filiación*—dice Santo Tomás—son consecuencia de la generación» (i q.27

b) Concepto de paternidad y sus clases

I. Paternidad natural

«Padre natural se llama al que da la vida material humana. Es la paternidad propia de los hombres...

Podemos discernir *dos vínculos en* la paternidad humana:

• i.º Vínculo *físico* o procreación carnal, en la que el padre engendra la materia viva—parte de su propio ser sustancial—para que se forme el cuerpo del hijo a semejanza de la naturaleza paterna.

2. Vínculo *moral* o afecto espiritual que se comunica junto con el vínculo natural. Este lazo moral constituye una verdadera realidad y es lo más grande en la paternidad humana. Implica por sí mismo deberes y obligaciones reales entre el padre y el hijo...

La paternidad no sería grande ni digna de aprecio si no tuviera la excelencia del vínculo moral, del cual, como también del físico,

ella es principio natural. Si el vínculo físico pudiese existir en sí mismo separado del moral, la paternidad humana no excedería a la que poseen los brutos animales. En cambio, si el vínculo moral pudiese existir sin el físico, bastaría él solo para constituir verdadera paternidad en lo que tiene de más bello, perfecto y elevado. El corazón puede suplir el vínculo físico y establecer otro moral más estrecho, a semejanza del que procedé del orden natural de paternidad» (cf. o.c., c.3 p.m).

2. Paternidad adoptiva

1443

«Finalmente, la paternidad se Hama adquirida por analogia con las precedentes; conviene con la natural sólo en los efectos, porque el ser vivo en ese orden no engendra por comunicaciôn de sustancia, sino analôgicamente, en un orden espiritual, de amor.

Cualquiera que induce a otro a la ejecuciôn de un acto vital, por ejemplo, a obrar el bien, a entender, a querer, a amar, puede llamarse padre espiritual suyo. Este es el fundamento de la paternidad espiritual, que es dar la vida espiritual del aima por la predicaciôn de la verdad o la enseanza de la virtud.

i.º Se distingue una doble especie de adopciôn: en el orden natural, *la adopciôn humana*, por la que una persona extrana es recibida como hijo. Consiste en la producciôn, conservaciôn o desenvolvimiento de la vida jurídica o moral de un individuo.

2.0 Y en el orden sobrenatural, *la adopciôn divina*, por las que nos llamamos y somos hechos hijos de Dios por cierta generaciôn espiritual (Eph. 1,5; Gai. 4,4-6; 1 Cor. 4,15)...

La adopciôn humana consiste en «recibir legalmente a una persona extrana como hijo» y «se ordena a la sucesiôn en la herencia» (cf. Suppl, q.57 a.i c y ad 3).

Implica tres condiciones: que el adoptado sea extraho al que lo recibe, que no esté en relaciôn alguna con el matrimonio que lo adopta y que sea recibido libre y espontâneamente por el adoptante».

C) Paternidad de San José segùn las Sagradas Escrituras (cf. o.c., p.78 ss.)

La Sagrada Escritura afirma expresamente la paternidad de San José. Para verlo claramente senalemos algunas de sus afirmaciones:

- a) En algunas ocasiones llama a San José padre de Jesús como a María madre 1424

«Principalmente hallamos este término en el capítulo segundo de San Lucas. Leemos en él referente a la presentaciôn de Jesûs en el templo: *Y al entrar los padres con el niño Jesús...* (v.27). Siguiendo a la profeta de Simeon, ahade: *Su padre y su madre estaban maravi-*

llados de las cosas que se decian de El (v.33). Mâs adelante dice: Sus padres iban cada ano a Jerusalén en la fiesta de la Pascua. Y cuando eraya de doce anos, al subir sus padres, segûn el rito festivo, al volverse acabados los dias, el nino Jesûs se quedô en Jerusalén, sin que sus padres lo echasen de ver (v.41-43). Y en ultimo lugar hallamos el testimonio de la misma Virgen diciendo al nino: Mira que tu padre y yo, apenados, te anddbamos buscando (v.48)».

b) **Jésus es considerado hijo de José**

«San Lucas lo manifiesta claramente: *Jésus, al empezar, tenia unos treinta aûos, y era, segûn se creia, hijo de José (3,23)»...*

1425 C' S VN JOSÉ'EJERCE EL OFICIO DE PADRE DENTRO DE LA SAGRADA
Fa mil ia

«San José debe imponer el nombre a su hijo: *Dard a luz un hijo, a quien pondrâs por nombre Jésus, porque salvarâ a su pueblo de sus pecados (Mt. 1,21)...* (Mt. 2,13-14)... (Mt. 2,19-21). En todo momento Jesûs obedece a San José como a padre: *Bajô con ellos y vino a Nazaret y les estaba sujeto... (Le. 2,51)».*

D) Afirmaciones de la teologia catôlica sobre la paternidad de San José (cf. o.c., p.84 ss.)

1426 a Conclusion i.: La paternidad de San José sobre Jesucristo
NO FUÉ FÍSICA Y NATURAL

«La patemidad de San José dice referencia al misterio de la encamaciôn del Hijo de Dios, cuya grandeza exige gran exactitud en la exposiciôn de su contenido dogmâtico y en la pureza de nuestra fe.

La formula sencilla de este sublime dogma es *que Cristo fué concebido en el seno de la Virgen Maria por virtud del Espîritu Santo*. Sólo Maria y el Espîritu Santo o Maria y la Santisima Trinidad, cuya acciôn se apropia el Espîritu Santo, intervienen en la realizaciôn de este misterio...

Aunque la Sagrada Escritura llame después a San José padre de Jesûs en general, es évidente que no lo entiênde en la acepciôn corriente y cômûn, pues en el relato de la concepciôn de Cristo no se menciona la intervenciôn del Santo para nada. Es sólo la Virgen y el Espîritu Santo, supliendo las veces de varôn con su virtud divina y sobrenatural, quienes realizan el misterio. Por eso la paternidad fisica y natural de San Jasé sobre Jesûs queda totalmente excluida...

No es que hayan faltado herejes a través de toda la historia del cristianismo que no hayan afirmado esta doctrina. La Iglesia ha

levantado siempre su voz contra todos los herejes para anatematizarlos. Desde fines del siglo I, en que Cerinto enseftaba que Jesûs fué engendrado por San José de modo ordinario, pasando por los ebionitas, los anabaptistas y los socinianos»...

b) Conclusion 2.a: No puede decirse que la paternidad de San José fué una paternidad real y verdadera, propia y plena, en el sentido absoluto de las palabras

i. No fué paternidad propia y plena

«Quizâ tengamos que renunciar a expresar con exactitud esta relación singular de paternidad de San José, pero esto sera preferible a que la maticemos con terminologia filosôfica y teolôgicamente inexacta e inconveniente para la expresión del dogma católico.

Por eso no se puede decir que la paternidad de San José sea *propia y plena* o que es *padre en sentido propio y pleno*, aunque nos parezca poco afirmar solamente que su paternidad es impropia»...

2. Tampoco es una paternidad real y verdadera en el sentido estricto de la palabra

«Tratándose de la paternidad de San José, los autores, con mucha frecuencia, le llaman simplemente verdadero padre de Jesûs, al estilo del Evangelio, cuando la Virgen dice *tu padre* y yo. Claro que cuando quieren precisar, siempre anaden algûn calificativo, como putativo, adoptivo, etc., lo cual indica que en su mente el verdadero siempre tiene un sentido restringido»...

c) Conclusion 3-a: Las denominaciones padre legal, putativo, nutricao, adoptivo, virginal y vicario del Padre celestial expresan solo aspectos parciales e incompletos de la paternidad de San José

i. Padre legal

◆Padre legal puede tomarse... en cuanto que asi aparecia delante de la ley, o sea, social y públicamente... Es exacta la denominación, pues ciertamente el santo Patriarca asumiô y ejerciô esa representación, y vemos como la misma genealogia de Jesûs la hacen los evangelistas a través de San José»...

2. Padre putativo

1429

i.º San José puede llamarse padre «putativo» de Cristo

«Este apelativo se funda en el testimonio del Evangelio cuando dice: *Jesûs, al empezar, tenia unos treinta anos, y era, segûn se creia, hijo de José* (Le. 3,23). Con el fin de alejar de Maria todo trato:

carnal con José, los Santos Padres llaman comúnmente a éste padre putativo de Cristo. Así San Jerónimo (cf. *Adv. Helvid.* 1.2 n.4: PL 23,197) y San Ambrosio (cf. *Expos, in Le.* 1.3 n.2: PL 15,671)»...

Este título no expresa la verdadera y objetiva paternidad de San José

«Siendo cosa evidente que este atributo de San José no expresa la razón plena ni principal de su paternidad, no puede ser el único ni primer título. «Esta denominación—escribe Mons. Sinibaldi—sería falsa si se interpretase en el sentido de que la paternidad de San José consistía sólo en la opinión, sin tener fuera de esto ningún título verdadero de paternidad» (cf. *La grandeza di S. Giuseppe*

De hecho, la Escritura le llama padre a secas, de modo que fué padre por una razón muy singular; mas el vulgo le llamaba «padre» por otra causa muy distinta. Con acierto ha expresado esta idea Estio: «José fué padre por una razón y tenido como padre por otra distinta: verdadero por razón del matrimonio; putativo, atendiendo a la generación corporal» (*In IV Sent*, d.30 a.n. Cf. Silvio, *In III P.*

Esto aparece muy conforme con la Sagrada Escritura, que ordinariamente llama a José «padre», sin calificativo alguno, «mas respondemos—prosigue—que el evangelista, cuando llama una y otra vez a José «padre de Cristo» en el segundo capítulo, no lo hizo guiado por la opinión vulgar ni recitando siquiera las palabras de la Madre a su Hijo, sino que había siempre en nombre propio. Así, dijo en absoluto: «Padre de Cristo»...

1130 3. Padre nutricio

i.º *Esta denominación es menos frecuente*

«San José ejerció los oficios de verdadero padre. Así alimentó, nutrió su cuerpo y le defendió... La encontramos por primera vez quizá en Orígenes, y Teofilacto repite sus palabras: «Por su fiel ministerio la Escritura le concede este nombre de padre» (cf. *Homil. 12 in Lev.*: PG 12,53)»...

2.0 *Esta denominación es también impropia para expresar la paternidad de San José*

♦Varios autores la rechazan con vehemencia... Por esto, sin duda, este título es mucho menos usado por los Padres y la Iglesia, y su justificación esté en el deseo de alejar todo contacto material entre San José y la Virgen».

1431 4. Padre adoptivo

i.º *Es calificación muy superior a las precedentes*

«También San José es llamado padre adoptivo de Jesús, y ciertamente puede llamarse padre adoptivo. Su paternidad respecto de

Jesûs tiene semejanzas con la paternidad humana adoptiva. Véanse dos principales. La adopciôn humana coincide con la verdadera paternidad de San José negativamente, en que no se da generaciôn corporal en ninguna de ellas, y en ambas positivamente existen oficios, deberes y derechos mutuos entre el padre y el hijo»...

2.0 *Con mayor exactitud, diríamos que San José fué adoptado como padre por Jesûs*

«Esta denominaciôn, con ser muy superior a las anteriores, tampoco expresa exactamente el contenido y el modo de paternidad de San José respecto de Jesûs, resultando, por tanto, también imperfecta. Bien dice Cornelio a Lâpide: «San José fué mâs padre de Cristo que el padre adoptivo es padre del hijo adoptado» (cf. *Comm. in IV Evang.* t.i p.47, Antuerpiae 1685).

He aquí algunas diferencias entre la adopciôn humana y la paternidad de San José:

1) La paternidad adoptiva es arbitraria y libre para cualquier hijo extraño al matrimonio. La paternidad de San José tiene un fundamento *moral* y *juridico*, porque Jesûs está en íntima relación con el matrimonio de José, que fué verdadero cuanto a la substancia, no al uso o actos naturales del mismo.

2) La paternidad adoptiva se extiende mâs o menos a ciertos efectos; la paternidad de San José implica todos los derechos y deberes paternos.

3) La paternidad adoptiva humana es disoluble; la de San José es tan insoluble como el mismo matrimonio y sobrepasa a éste.

Por eso San Agustín enseña en el lugar citado que San José fué padre «mucho mâs unido que si lo fuera adoptivo» (cf. *De consensu Evang.* 1.2 c.i: PL 34,1071-72). 1432

Lo mismo afirma Santo Tomás en el famoso texto: «Cristo fué fruto de aquel matrimonio; ni el hijo dei adulterio ni el adoptivo, que es educado en el matrimonio, porque éste no se ordena a la educaciôn de ellos, como este matrimonio fué ordenado esencialmente a recibir y educar la proie» (cf. *In IV Sent*, d.30 q.2 a.2 ad 4).

Jesûs es hijo de José no como los hijos nacidos antes dei matrimonio y después aceptados por una de las partes, ni como los extraños adoptados por hijos. Hay un lazo de uniôn y dependencia mucho mâs real, sutil e íntimo que es su dependencia dei matrimonio entre José y Maria, principalmente, como después veremos. Cristo no profana ni hace injuria a este matrimonio. Antes lo santifica con su presencia y puede decirse fruto maravilloso de él...»

Así vemos llamar hijastros a los hijos de un matrimonio que se hace posteriormente al nacimiento de éstos, y adoptivos a los hijos que son recibidos como tales. Mas propiamente Cristo no es hijo de José en esta forma. Aquéllos—hijastros e hijos adoptivos—proceden de otro matrimonio distinto. Jesûs nació en el mismo...

Queda, pues, suficientemente claro que estos nombres—padre *legal*, padre *putativo*, *nutricio* y *adoptivo*—atribuidos a San José, aun-

que manifiestan parte de la verdad, no valen para expresar toda la íntima relación que une al santo Patriarca con Jesûs, aunque están bien empleados para no inducir a error hablando de otra forma»,

1433 5. Padre virginal

«Los autores modernos han empezado a llamar a San José *padre virginal* de Jesûs. Así Renard (cf. *S. Ioseph* p.288, Tours 1920) y después Breynat, quien lo recomienda con calor diciendo que padre virginal de Jesûs es el único título que conviene a San José, si se quiere precisar la naturaleza de su paternidad (cf. o.c.)... El santo Pio X indulgenció la jaculatoria «¡Oh José, padre virginal de Jesûs!» (cf. AAS 40 [1906] 59).

El calificativo es verdadero y, sin duda, el más elevado y exacto de cuantos se le han aplicado.

Por un lado, salva el dogma, pues su sentido primero es que el matrimonio, en virtud del cual San José es padre, fue virginal. De otra parte expresa uno de los títulos de esa paternidad de San José sobre Jesûs. Este de la virginidad es ciertamente íntimo, delicado y nobilísimo. Decir que no fue padre porque fue virgen, es ver el misterio desde un plano muy humano y material. Precisamente, tanto la virginidad de José como la de María, estuvieron ordenadas al misterio de la encarnación, y el consentimiento de ambos en aquella influyó en la realización de éste, como más adelante veremos con el testimonio de los Padres. Únicamente debemos advertir que tampoco este título es exhaustivo, pues San José es padre virginal de Jesûs, pero no solamente por haber conservado intacta su virginidad, sino por otros títulos más profundos»...

1434 d) Conclusion 4.*: La paternidad de San José es nueva, única Y SINGULAR, DE ORDEN SUPERIOR A LA PATERNIDAD NATURAL Y ADOPTIVA HUMANAS

i. Tres vínculos principales

«Ciertamente la paternidad de San José para con Jesûs es distinta de toda otra paternidad natural, lo mismo física que adoptiva. Se dice verdadera paternidad, pero muy singular. Una paternidad nueva, única y especial, pues no procede de la generación según la naturaleza, antes está fundada en un vínculo moral realísimo. Y así real es esta paternidad singular, como verdadero es el vínculo del matrimonio entre María y José...

Por lo mismo que no se trata de un vínculo físico y natural basado en la comunicación material, no nos queda más que el vínculo jurídico, moral y espiritual que definen la paternidad humana impropriadamente dicha.

Esto no quiere decir que se trata de una paternidad metafórica o pura ficción, pues precisamente nos encontramos con un vínculo moral y jurídico tan verdadero y excepcional que no hallamos otro

igual en el orden humano... Una dependenda verdadera, que también podemos llamar objetiva y real, siempre que estas palabras no se tomen en sentido físico y material, pues nada material, físico ni intrínseco pone en la constitución del misterio adorable de la encarnación. Se trata de un fundamento verdadero, pero jurídico, que es el matrimonio entre San José y la Virgen, con consecuencias morales—derechos, deberes, gracias y merecimientos—singularísimas, por haber sido todo especialmente dispuesto por Dios en orden al gran misterio de la encarnación».

Esta paternidad de San José, no menos admirable que difícil de expresar en una palabra, es confirmada y esclarecida por los Santos Padres y escritores del santo Patriarca, que han concretado esa sutil realidad que une a San José con Jesús en tres vínculos principales: *el derecho conyugal, la virginidad, y la autoridad*, que adornan el misterio de San José».

2. Por razón dei matrimonio

«Como hemos dicho anteriormen^te, es sentencia teológicamente cierta, según la expresión de Santo Tomás (*certum est*), que este matrimonio fué verdadero en cuanto a la esencia (cf. q.29 n.2; *IV Sent*, d.30 q.2 a.2), de modo que la opinión contraria no se puede defender sin nota, al menos, de temeridad; y según Benedicto XIV (cf. *Defestis B. M. V.* 1.2 c.i), Suarez (cf. *In III P.* q.29 d.7 sect.i), Vazquez (cf. *In III P.* d.125,63) y Seldmayr (cf. *Scholastica Mariana* p.2.a q.i a.4), etc., es una verdad de fe y Lepicier entre los modernos dice que «la verdad de este matrimonio la defendemos como próxima a la fe» (cf. *Tractatus de S. Ioseph* p.i.a a.4 p.68).

San Efrén resalta con especial vigor y belleza como se trata de verdadera paternidad al decir: «El hijo de David, José, se desposó con una hija de David, de la cual tuvo descendenda sin concurso de varón...; cosa torpe era, en verdad, que Cristo procediese del germen de varón, y poco honesto que naciera de mujer desligada dei matrimonio. Maria dió a luz un niño, que no fué puesto a su nombre, sino a nombre de José, aunque no procedió de él. Sin influjo de José nació el hijo de José, que a la vez era hijo y padre de David» (cf. *Opera omnia*, v.6 a P. Benedicto Mobarék, S. I. [Roma 1732-34] AS. III 601).

Nótese las expresiones «de la cual tuvo descendenda sin concurso de varón», y también «sin el concurso de José nació el hijo de José»...

San Agustín—el defensor más notable de la paternidad y virginidad de San José—ha sido el primero en exponer con toda fuerza este argumento... «Cuando Lucas refiere que Cristo nació de la Virgen Maria y no dei contacto con José, èpor qué le llama padre, sino porque rectamente entendemos que es esposo de Maria, no por unión carnal, sino por concierto conyugal? Por esto ciertamente es padre de Cristo mucho más íntimo, pues nació de su esposa, que si lo hubiese adoptado de fuera» (cf. *De consensu Evang.* 1.2 n.3:

1436

B

PL 34,1072). Y también: «Asi como aquel matrimonio fué verdadero matrimonio sin corrupciôn alguna, asi ({por qué no habia de recibir castamente el marido lo que castamente diô a luz la mujer? Como ella fué castamente esposa, asi él fué castamente esposo, y asi como ella fué madre castamente (madre virginal), asi él castamente padre (padre virginal). Quien diga, pues, que no debe llamarsele padre, porque no engendre» al hijo, ese tal busca en la procreaciôn de los hijos el placer sensual, no el afecto de la caridad» (cf. *De concordia Mt. et Le.* c.21. También *De nupt. et concup.* 1.2 c.i n.3; *Serm.* 51; c.16 n.26; c.20 n.30: PL 44,420-21; 34,1072; 38,348.350-35L etc.)...

Gotti... comentando a San Agustin, escribe: «Con estas palabras afirma San Agustin que, por la fuerza dei pacto conyugal, que unia indisolublemente los ânimos de Maria y de José, no sus cuerpos, de forma que, Maria verdadera esposa, y José auténtico marido, todo lo que nacia de la mujer, de cualquier modo que fuese, era también del marido... Asi, pues, Cristo, como verdadero hijo de Maria, pertenece a José, esposo de la Virgen, por un titulo peculiar, en cuanto fruto de aquel matrimonio; no como nacido *de* él, sino *en él*; y *como* engendrado y procreado en la heredad de José; es decir, naciô en aquel cuerpo y de aquellas entranas virginales en que José, por derecho matrimonial, tenía potestad. Mâs estrictamente que el padrastro pueda decirse padre del hijo de su esposi nacido en otro matrimonio, se dice de José padre de Cristo, nacido *en el* mismo, aunque no *del* mismo matrimonio» (cf. o.c., t.4 p.i.a c.4 a.3).

1437 San José adquiere un derecho y un dominio o propiedad sobre el cuerpo de Maria que el Espîritu Santo no derogô, al suplir todo concurso de varôn en la concepciôn del Hijo de Dios. Por eso, todos los teólogos y escritores no se cansan de repetir que Jesûs es propiedad de San José por nacer de aquel jardin, en aquel seno y de aquella came inmaculada sobre la que él tenia verdadero dominio...

Por un lado resalta sobremanera el profundo contenido de esta verdad, si consideramos que este matrimonio fué decretado por altísima ordenaciôn de Dios para recibir en él a Cristo, a lo cual concurrieron singularmente José y Maria, ante todo por su libre consentimiento.

Y es porque «este matrimonio—como dice Santo Tomâs—fué ordenado especialmente a recibir y educar la proie» (cf. *In IV Sent.* d.30 q.2 a.2 ad 4). Es famoso este texto del libro IV de las *Sentencias*, pues no se encuentra otro mâs vigoroso y expresivo en todos los comentarios sobre San José. El santo Doctor establece un nexo de causalidad en esta ordenaciôn divina y en este consentimiento de San José y Maria en virtud del cual Cristo es verdadero *fruto y efecto* dei matrimonio.

1438 Efectivamente, se objetaba que este matrimonio no fué perfecto, porque careciô del fruto propio de él, pues la proie fué educada en este matrimonio sin ser efecto de él como sucede con el hijo adoptivo, que no es bien propio del matrimonio.

Y contesta: *A la cuarta dificultad respondo que la prole no es efecto dei matrimonio sôlo en cuanto por él es engendrada, sino también en cuanto en él es recibida y educada, y, en este sentido, aquella descendencia (Cristo) fué fruto de este matrimonio, no en el pr'mero...», pues «este matrimonio fué especialmente ordenado a recibir y educar aquella prole divina». Distingue, pues, un doble lazo o nexa para senalar la dependencia de un hijo respecto del matrimonio: o que sea *engendrado por él (vel inquantum per matrimonium generatur)* o recibido y educado en el matrimonio *por una ordenaciôn especial (vel inquantum ex speciali ordinatione in matrimonio suscipitur et educatur)*. Y éste es el caso único y singular del matrimonio de San José y la Santísima Virgen respecto de Cristo, que fué de esta forma fruto del mismo. Y ello pone un nexa tamb'én excepcional de íntima union o dependencia entre Cristo y José y Maria, que realizaron la esencia dei matrimonio sin menoscabo de su virginidad. José sôlo puso su libre consentimiento, pero con él ejerce cierta causalidad *permisiva*, pues al aceptar a Maria por su esposa, acepta al menos implícitamente que el Espîritu Santo obre en su seno virginal. Después, cuando se lo revela con claridad el ângel acepta explícitamente y con toda responsabilidad el misterio realizado y el misterio paternal que se le impone. Pone también cierta causalidad condicional, pues cumple una condiciôn necesaria, asi decretada por Dios, para la ejecuciôn de este gran misterio.

Por otra parte, la fuerza intrínseca del contrato conyugal y los derechos que de él nacen nos autorizan para afirmar que Jesûs es propiedad de José, como nacido en aquel jardin, en aquel seno y de aquella carne inmaculada, sobre la que él tenía verdadero dominio... 1439

San Francisco de Sales ha expuesto con una bella comparaciôn esta doctrina que, arrancando del lazo conyugal, hace de Maria y José un solo cuerpo y una misma carne, de donde Jesûs es fruto de la heredad de José. «Acostumbro a decir—cuenta el Santo—que si una paloma... lleva en su boca un dâtil y lo déjà caer en un jardin, ino decimos que la palmera es propiedad del jardinero? Pues si esto es asi, iquién podrâ dudar que el Espîritu Santo, habiendo dejado caer este divino dâtil, como divina paloma en el jardin cerrado de la Santísima Virgen (jardin sellado y rodeado por todas partes con el voto de virginidad y castidad inmaculada), que pertenece a San José, como la mujer o esposa pertenece al esposo; quién dudarâ, digo, que se puede afirmar con verdad que esa divina palmera, que produce frutos de inmortalidad, pertenece al excelso San José» (cf. *Oeuvres*: entr.19 t.3 p.541, Paris 1862)...

Por eso al santo Patriarca le concediô los sentimientos paternales de amor y afectos mâs tiernos acerca de Jesûs en cuanto hombre. 1140

La singular ordenaciôn y causalidad de este matrimonio en orden à Cristo, como fruto de él, hace que esta paternidad del santo Patriarca no sôlo sea superior a la paternidad intelectual v

espiritual entre los hombres, que son de orden metafórico, sino que es muy superior también a la paternidad adoptiva, que se funda también en un orden jurídico con derechos y deberes especiales sobre el hijo adoptado. La paternidad adoptiva humana consiste en recibir legalmente a una persona extraña al matrimonio por hijo, confiriéndole un título extrínseco y accidental. Muy distinta es nuestra adopción sobrenatural, en la cual se da una verdadera renovación intrínseca por la infusión de la gracia en nuestras almas».

SECCION II. MISCEEA ñEA HISTOKICA Y LITERARIA

I. ALGUNAS CURIOSIDADES BIOGRAFICAS DEL SANTO PATRIARCA

A) *Patria y parientes*

1441

«Sobre la patria de San José ha habido tres opiniones en la antigüedad, que le hacen originario ya de Belén, ya de Nazaret o ya de Jerusalén.

Nos atenemos estrictamente a lo que podemos colegir por las indicaciones de los santos evangelios, ya que otros testimonios ofrecen muy escasas garantías. Que San José haya nacido en Belén no lo dice el texto sagrado. Los que le hacen oriundo de esta ciudad davidica—entre los cuales el más respetable es San Justino (cf. *Dialogus* 78,10: PG 6,657 C)—apoyan su parecer en la intención que el Santo tenía de volar a Belén después del destierro de Egipto, como relata San Mateo: *Y levantándose tomó al niño y a su madre y partió para la tierra de Israel. Mas, habiendo oído que en Judea reinaba Arquelao, en lugar de Herodes, su padre, temió ir allí, y, advertido en sueños, se retiró a la región de Galilea, yendo a habitar en una ciudad llamada Nazaret...* (Mt 2,21-23).

Más probabilidad tienen los que afirman que nació en Nazaret, pues es opinión favorecida por los relatos del Evangelio.

En cuanto a los parientes de José, sólo hay un testimonio serio y digno de fe. Es el de Hegesipo (cf. Eusebio, Hist. Eccles. 3,11: PG 20,248), el cual dice era hermano de Cleofás. Todas las demás referencias están envueltas en la fábula. Incluso las que señalan el parentesco entre José y Maria.

Sin duda, tanto San José como la Virgen fueron de la casa y familia de David, pero sin que podamos precisar su parentesco» (cf. P. Bonifacio Llamera, O. P., o.c., p.44-45).

B) *Oficio*

«La Sagrada Escritura nos dice que San José fue τέκτων—*faber*—, cuyo significado es general, traducéndose por el artifice, artesano o bien maestro en algún arte mecánico o manual.

Cierto es que, tanto en la Biblia a veces como en la terminología sobre todo, estos términos designan por sí el oficio de carpintero.

Esto fue, sin duda, San José. Un argumento negativo muy fuerte es el hecho de que nunca se le atribuya en los apócrifos otro oficio, v.gr., el de

herrero, que fué una opiniôn socornda por los autores latinos de la Edad Media, hasta que Santo Tomâs escribiô (*In Mt. 13,55*): «loseph non erat faber ferrarius, sed lignarius»: «José no fué herrero, sino carpintero».

Tal fué la primitiva tradiciôn, encabezada por San Justino (cf. *Dial.* 88, 18: PG 6,6S8 B) y recogida por Origenes (cf. *Contra Celsum* 6,36 ss: PG 11, 1352 C-1353 A), San Efrén (cf. *Serm.* 17: *Opéra syriace* 3,33 E), el autor del *Opus imperfectum* (cf. *Hom.* 1: PG 56,630 ss) y San Juan Damasceno (cf. *In Nativit. Deiparae*: PG 96,665 A). Una cosa es indiscutible: que San José fué un humilde trabajador, sin duda con su rudimentario taller de carpinteria y empleado en todos los menesteres que este oficio lleva consigo.

Por eso decian los judios, segûn refiere San Mateo (13,55): «No es éste el hijo del carpiniero? También Jesûs ejerciô este oficio en compania de José, como testifican sus paisanos de Nazaret: «No es acaso el carpintero hijo de .Maria...? (Mc. 6,3)» (cf. o.c., p.46).

1448

C) Edad de San José

*Los evangelistas nada dicen sobre este punto, que los apôcrifos llenaron con su fantasia.

En favor de Maria permaneciô siempre la opiniôn de que era joven cuando se uniô a José. No han juzgado lo mismo del santo Patriarca.

Isidoro de Isolano recoge tres opiniones: «Unos proponen que fué joven, hermoso y adomado de toda virtud; otros presentan al viejo barbado y un tanto deforme... Finalmente, algunos sostienen un término medio: sobrepasô la juventud y se aproximaba a la edad varonil; era fuerte y dotado de firmeza; digno en su fisico, como consecuencia de la edad. Esta opiniôn me inclino a seguir».

Rechacemos la invenciôn pintoresca de los apôcrifos, aunque el arte cristiano haya mojado en ella sus pinceles. Es mâs exacto y conforme al Evangelio que José, cuando contrajo matrimonio con Maria, no era viejo octogenario, sino varôn en la flor de la edad. El Evangelio nada afirma explicitamente. Mas en el silencio de esta narraciôn sencilla y ordinaria estâ supuesta nuestra afirmaciôn. No se encuentra dificultad ninguna en la Escritura que se oponga a tal aserto» (cf. o.c., p.46-47).

1444

II. LOS DESPOSORIOS

•Cuando se encienden las primeras estrellas y comienza el dia que equidista entre dos sâbados, dichos los salmos de la oraciôn de la tarde; cuando los pâjaros lanzan su postrer canto, en esa hora recogida y silenciosa, José el carpintero se apresta para traer a su hogar su esposa, la virgen de la casa de David. Lo rodean sus amigos. Pronto el asno enjaezado para la novia se abre la marcha. Las gentes, agolpadas al paso del cortejo, los miran pasar, y algunos dejan caer sobre el esposo bendiciones, explosiôn de ânimos vehementes, donde los deseos buenos y los malos tienen corto espacio que recorrer entre el corazôn y los labios. Las pupilas se cargan de unciôn religiosa. Las gentes contemplan a José con reverencia y curiosidad, atisbando en su rostro los movimientos de su alma. Detrás de él y sus amigos marcha el pueblo. Crece la expectativa a medida que se acercan a la casa de la novia.

Al fin se detiene el corteio. Un minuto de silencio tenso en el deslumbramiento.

miento de la visiôn inolvidable. Todos respetan la emociôn del esposo. La novia lo espera, La novia se ofrece a sus miradas, rodeada de las virgents, las doncellas sus amigas. Tienen en las manos las lâmparas encendidas, llenas de aceite perfumado. El conjunto reluce, a la luz vacilante, con reflejos arrancados a los tocados, a las muftecas, a los tobillos, donde resaltan, armoniosamente distribuidos, el oro y la plata de las monedas, los anillos, los brazaletes. La novia, con tûnica de pûrpura y ajustada con el cinturôn nupcial, adornado de monedas de oro, que le enviara José esa mañana, estâ envuelta en los pliegues de su vélo de Sidôn. Las amigas avanzan para conducir el esposo hasta su prometida. La novia tiene los ojos bajos y una inefable sonrisa. Salta de gozo el corazôn del esposo, y su rostro se ilumina con una luz muy distinta a la que proyectan las lâmparas de las virgenes. Maria es acomodada sobre el asno. Sus vestiduras, perfumadas de ungüentos preciosos, se derraman en pliegues sobre la montura. José toma la brida. En torno suyo se agrupan sus amigas y los amigos del novio. La mujer casada, predilecta de su fiel corazôn, al lado de la cabalgadura, la acompaña. Y vuelve el cortejo...

Al paso de la novia los niños arrojan flores. Se oyen los sonos de las flautas y los timbales. Por encima de las cabezas se agitan ramos de palmas y de olivo. Los cantos nupciales se elevan. Canta la novia. Responde el amado. La novia se dirige a sus amigas, haciéndolas participes de la dicha que inunda su corazôn. Contesta el cortejo nupcial, las amigas y los compañeros del esposo...

La casa de José espera a su duena. Tapizado el suelo de esteras, en orden las mantas en las concavidades de las paredes, adornadas con utensilios de labor. Al entrar el cortejo, se ilumina con los hachones de los hombres. Los ramos de palma despiden su fresca fragancia. Entonces, gravemente, los novios son conducidos al dosel, bajo el cual se sientan, y la novia es coronada de mirto. El maestresala, el mâs íntimo de los amigos del esposo, escancia vino en una copa. Lo prueba y lo da a beber a los novios. El sacerdote avanza hacia ellos, Zacarias, cuyo viejo corazôn tiene carino de predilección por estos jóvenes que se unen para hacerse compañía. Para ellos se abre entonces la herencia del pueblo israelita, de la cual, por un designio misterioso de Dios, han sido excluidos él y Elisabeth, su mujer: la generación del Mesías. Zacarias los contempla bajo el dosel. Recuerda los amores de Tobias y Sara. Las oraciones de aquellos seres, alejados uno del otro, habían subido juntas ante el acatamiento de Dios. Un ângel mensajero había indicado a Tobias que pidiera a Sara en matrimonio. El viejo corazôn de Zacarias se regocijaba al ver la serenidad en el rostro de los esposos, cuya unión debía bendecir...

Entonces se acercô a Maria y José, uniô la derecha de la doncella con la derecha del varôn y dijo con la voz transportada de gozo, según comentaron los invitados:

El Dios de Abrahdn, y el Dios de Israel, y el Dios de Jacob sea con vosotros, y él os junte y cumpla en vosotros su bendición (Tob. 7,15).'

Impulsado siempre por el recuerdo vivido, se inclinô hasta que su testa se uniô al tenue vélo de Maria, bajo el cual se escapaban sus trenzas adornadas de joyas, y a la de José, y les dijo muy quedo a los dos las palabras de Tobias a Sara en su noche de bodas:

Nosotros somos hijos de santos y no podemos juntamos a la manera de los gentiles, que no conocen a Dios (Tob. 8,5), y al fin, casi en murmullo: Velad orando.

La bendición nupcial fué la senal de los festejos»... (cf. Agustina Schroeder, *Historia de la Virgen Maria* [Ed. Fax, Madrid 1951] p.20-25).

III. CAMINO DE BELEN

«Sobresaltôse Maria cuando oyô los pasos de su esposo ante la puerta de la casita de Nazareth. Estos pasos sonaban hoy lentos, pesados, como si el carpintero que regresaba a su hogar trajese una gran carga. Detùvose por un momento ante el umbral de la puerta y después entrô. Saludô a la santa virgen con una muda inclinaciôn de cabeza; dejô el hacha y la sierra en el taller, y volviô de nuevo a la estancia y se dejô caer fatigado sobre un banco, apoyada la cabeza en su mano.

Maria se estremeciô. Al oir el pesado paso ante la puerta comprendiô que el que llegaba venia oprimido por una aflicciôn. Durante unos instantes fijô su mirada llena de bondadoso cuidado sobre el obrero, que seguia sin decir palabra, fija la vista en el suelo. Después dijo dulcemente:

—(Cuéntame, José!

Pasado un rato, y sin levantar la mirada, empezô a decir el carpintero:

—Ha sido publicada una orden del gobernador de que todos deben inscribirse en el lugar de su procedenda. Un mensajero se ha presentado hoy al prefecto de la sinagoga, apremiando para el cumplimiento de esta disposiciôn. Es para el pago de contribuciones, o para prestar algùn juramento; ¡qué sé yo!

El corazôn de la Virgen late fatigosamente.

—'Y esto ê cuando debe ser?

—El mensajero ha advertido que la cosa es urgente. Antes de fin de ano ha de quedar terminado el empadronamiento. Es preciso, por lo tanto, que vaya a Belén. Y tû—la voz de José tiembla entonces de tristeza—, tû tendras que quedarte sola. Precisamente ahora tengo que dejarte.

Maria dejô caer el hilo de lana que ténia en sus manos; contemplô tranquila al carpintero y le dijo:

—Tû no iras solo a Belén, pues yo iré contigo.

Sobresaltôse José. Miré fijamente a la Virgen, y, asustado, replicô:

—¡No puede ser que digas esto en serio, Maria!

—Esta es mi voluntad—repuso sin titubear la sierva de Dios.

Pero José moviô la cabeza y dijo, buscando penosamente las palabras:

—¡Esto no puede ser, Maria! ¡Tû no conoces la inmundicia de los albergues en los cuales deberiamos pernoctar! Tû no sabes la aglomeraciôn de gentes que habrà en Belén. Tampoco sabes si alli encontraremos posada.

Contestôle entonces Maria, llena de suave temura:

—Sôlo sé que Dios puso mi mano en la tuya; que El te ha erigido en protector y guardiân de Aquel a quien va a enviar en medio de la miseria de todos los hombres. Es posible que cuando llegue al mundo lo rodeen incluso la pobreza y la necesidad; pero conviene que aquel a quien El ha escogido como padre no se encuentre lejos cuando El nazca.

Una vez mâs intentô el carpintero disuadirla haciendo menciôn de todos los impedimentos.

—Los caminos son malos y estân anegados por la lluvia. De vez en cuando el caminante se hunde casi en el lodo. Ademâs, las noches son frias.

Maria contestôle, animândole:

—No hay caminos que no allane el amor, ni noches tan frias y tenebrosas que por el amor no se tomen cálidas y luminosas.

Levantôse entonces José el carpintero, avanzô hacia la Santisima Virgen, su esposa, y le dijo con voz que temblaba de gozo:

—;Tanta confianza tienes en mi, Maria?

—Si, tanto confio en ti—contesté con serenidad la Virgen.

Iluminâronse entonces los ojos del varôn, el cual, inundado de rara claridad, pronunciô como juramento sagrado estas palabras:

—Dios ha depositado la vida de su Hijo en las manos pobres, callosas y arrugadas de un artesano. Pero en estas manos serâ acogido y amparado. Ellas mantendrân alejados de El el dolor y la necesidad. ¡Ellas darân de comer al hambriento y calentarân al aterido! ¡Estas manos serân su patria! ¡Vamos, Maria, preparémoslo todo para emprender el viaje a Belén!» (cf. W. HUNERMANN, *El coro de los santos* [ed. Lit. Espan., Barcelona 1955] p.148-149).

IV. EL NACIMIENTO DE JESUS

1446

‘La cosa ocurriô asi...—empezô—. Hacia un dia como hoy. Igual, igual. Nevaba, todo estaba cubierto de barro, los camellos y los asnos temblaban de frio y tenian el pelo enmaranado y mojado. Habian llegado muchfsimos viajeros. Era por causa de aquel censo... Al llegar la noche, la posada estaba llena de animales y los hombres dormïan uno al lado de otro...

Me cansé terriblemente. Estaba extenuada. Mi marido no cesaba de gritarme que fuera a buscar agua, o moliera grano, o cuidara de los camellos. Mi Judas, mi hijito pequeno, lloraba en mis brazos porque el cansancio me habia secado el pecho. Sôlo deseaba que llegara de una vez la noche y que toda aquella gente, que no hacia sino hablar y comer, se fuera por fin a dormir.

Entonces se me acercô un hombre. Debia de haber llegado en aquel momento porque llevaba la ropa muy mojada. En voz baja, como si alli todos no hablaran a grito pelado produciendo una insoportable algarabia, me preguntô si podia darles alojamiento a él y a su esposa. Me explicô que acababan de llegar; que estaban muy cansados; que la mujer esperaba dar a luz de un momento a otro. Yo estaba como loca de cansancio. Grité con toda mi voz: «[No, aqui no hay sitio! Buscad otra posada. ^No ves lo lleno que estâ todo esto?» Intenté explicarme que ya habian recorrido todo el pueblo y que nadie habia querido acogerles. *Si quisierais tener un poco de caridad y la gente intentara estrecharse un poco—continué diciendo con aquel suave tono de voz—, seguramente se encontraria aún un rinconcito para mi esposa... Yo puedo quedarme fuera». Estas palabras acabaron de irritarme. Con su puño menudo, Judas me golpeaba el pecho, del que ya no salia nada... Los hombres, a mi alrededor, hablaban y gritaban como locos. Con su estúpida jactancia masculina amenazaban a los romanos. Entre todo aquel griterio oi la voz de mi marido que me llamaba; probablemente queria que fuera de nuevo a buscar agua a la fuente. Al pensar que otra vez me haria bajar alli de noche y con aquel frio, senti que la rabia me ahogaba. Comencé a gritar como si aquel hombre me hubiera hecho algo: «¡Fuera, fuera, marcha de aqui! èOyes? ¡Aqui no hay sitio para ti ni para tu mujer! ¡Fuera!»...

Debi gritar mucho, porque mi marido me oyé y se acercô. Estaba encantado con el movimiento que reinaba en la posada; conversaba con los recién llegados, escuchaba sus relatos y contaba a otros viajeros los sucesos que habia oido. Por qué le gritas asi a este honrado caminante?», pregunté. No podia soportar aquella amabilidad suya de tendero. Consideraba que habia que demostrar respeto a todo recién llegado. Claro: él no se cansaba; él sôlo hablaba, y luego recogia el dinero por la comida y la cama. Me asusté al pensar que sería capaz de ceder mi jergôn, en el que yo estaba sonando

U

desde hacia horas, a la mujer de aquel hombre. Estallé de nuevo: «[Que se vayal ¡No tenemos mäs sitio!»...

Mis palabras produjeron el efecto deseado. La amable expresiön de mi marido cambiô radicalmente. Pero aquel par debiô darle lâstima, porque llamô al hombre aparté y se puso a hablar con él. El otro insistia y rogaba, sefialando a su mujer. A unos pasos de él estaba su companera. Apoyaba todo su cuerpo contra uno de los postes que sostienen el techo. Precisamente contra este, rabi... Sus pies estaban sucios de barro como los mios ahora. Su abrigo, empapado de agua, yacia en un charco. Se oprimia el pecho con sus manos amoratadas .. Notâbase que se le estaba acercando la hora. Pero yo comencé a gritar de nuevo, porque me parecia que mi marido iba a ceder y les ofreceria mi cama. Casi estaba dispuesta a saltar sobre ellos y golpearles como me estaba golpeando mi Judas. Mi marido se encogiô de hombros y se rascô la cabeza. A no ser por mis gritos, hubiera acabado por dejar que se quedara en algün rincôn. El hombre seguia implorando senalando a la mujer.... Con un movimiento de cabeza mi marido les indicô la puerta de la posada. «Venid, os voy a encontrar algo...», dijo. El hombre iba a su lado, mirando con temerosa esperanza la cara de mi marido. Este les acompanô hasta la verja, les senalô una direcciön y les dijo algo. Salieron. El hombre rodeô a su mujer con el brazo y la condujo lentamente...

Por fin, ya muy entrada la noche, la gente terminô de hablar y corner y se dispuso a descansar. La posada se llenô de ronquidos. Mi marido dormia a mi lado; habia cedido su yacija a un viajero que se la pagô a buen precio...

—<;De modo que las paredes de vuestra posada no se agrandaron?—pregunté impaciente—. jY no hubo ninguna estrella que senalara este lugar? Se encogiô de hombros y contestô sin levantar la vista:

—Las mujeres como yo no tenemos tiempo para fijarnos en estas cosas. Contemplar las estrellas es asunto de hombres...

Aunque habia hablado bastante rato, no se quitô el cântaro del hombro.

—Pero luego oi decir—anadiô después de una pausa—que, en efecto, apareciô una estrella. Me lo conté Simje, el hijo de Tadeo. Dicen que también se oyeron voces y cantos. Les encontré cuando salian de la cueva... Fui alli porque no podia dormir... Cogi un cacharro con agua caliente, un poco de aceite, algunos trapos... Nie costô salir de la posada, pues el suelo estaba atestado de hombres dormidos... En la cueva que mi marido habia mencionado recogiamos nuestros animales: dos cabras, un buey y un asno. Habia alli un pesebre hecho con un tronco vaciado. Por la abertura de la cueva salia una claridad que iluminaba el camino. Antes de entrar en ella oi llorar al nino. Habia nacido antes de que yo llegase. La mujer estaba arro-dillada junto al pesebre y hablaba al recién nacido en voz baja» (cf. Jan Dobraczynski, *Cartas de Nicodenco* [Barcelona, Herder, 1957] p.183-187).

V. MUERTE DE SAN JOSE

«Ya va siendo tiempo de dar remate a la historia de San José, pues no habian ya mäs de él los evangelistas, y, en las ùltimas palabras que de él escribe San Lucas, le dejan tan honrado, que dice que le estaba el Hijo de Dios sujeto y obediente; con lo cual parece que se cumpliô en él aquel sue-ôo misterioso que tuvo el primer José, figura de este segundo, cuando senaba que el sol, la luna y las estrellas le hacian reverenda, porque el sol de justicia, Cristo, y Maria, luna Llena y hermosisima, obedecian y reve-

renciaban a José en la tierra; y si el sol y la luna le haefan reverencia, no es mucho que digamos que las estrellas que lucen en la eternidad, que son los demás justos, también le veneran y reverencian. Del tiempo en que San José murió no consta de la Escritura, y así hay de su muerte diferentes opiniones entre los autores. Unos dicen que murió poco después que volvieron a Nazareth, después de la pérdida del Niño en Jerusalén; pero esto no es conforme a la Escritura, que, acabando de tratar de la niftez de Cristo, dice que estaba sujeto a José y a la Virgen, y esto insinúa que vivió después más tiempo del que le daban estos autores. Y esfuérase más esto con otros lugares de la Escritura, como dei capítulo 6 de San Juan, donde, admirados los judios de las palabras de Cristo, decian: *¿No es éste el hijo de José, cuyo padre y madre conocimos?* De donde parece que estaba aún muy fresca la memoria de José en Jerusalén entre la gente vulgar, con no haber él vivido de propósito en aquella ciudad. Y San Lucas dice: *Que entrando Cristo en los treinta años era tenido por hijo de José*; y todo esto no se acomoda bien a esta opinión de tan temprana muerte. Otros autores hacen vivo a San José cuando Cristo padeció; lo cual también es poco verosímil, pues si fuera entonces vivo hicieran mención de él los evangelistas en tantos lugares de su historia evangélica, donde tratan de la Virgen y de sus parientes; y estando la Virgen a cargo de San José, como su verdadero esposo, no la encomendara el Salvador a San Juan, que es argumento que hace a este propósito San Epifanio. Y así, la opinión que hace más buena consonancia con las palabras de la Escritura y con las razones de prudente conveniencia es la de Cedrefio y otros autores graves, que dicen que murió a los veintinueve años de Cristo y a los setenta de su edad, llegándose ya el tiempo del bautismo de Cristo y de su predicación...

II

III

It

Siendo, pues, la muerte de San José antes de la Pasión de Cristo, sin duda se hallarian en aquella hora a su cabecera, como dice San Bernardino, aquellas dos lumbreras del cielo: Cristo y la Virgen, su Madre, y es de creer que este Señor, que para tan gran dignidad escogió a San José y le santificó en el vientre de su Madre, como dice Gerson, le preservó de pecado mortal, como afirma San Agustín, y le conservó virgen, como dice San Jerónimo; le diría también la hora de su muerte y le consolara en ella. Con lo cual se representa en este paso al alma devota las razones tiernas y amorosas con que se despedirfan aquellas tres personas tan amadas y las lágrimas que derramara la Virgen, con el sentimiento natural de apartarse de un esposo tan santo y agradable, que con tanto cuidado la habia servido y acompañado en todos sus trabajos. ¿Qué de consuelos daria el buen Jesús al ayo amado, que sentia apartarse de El, y cómo le animaria para que hiciese alegremente aquella jornada inevitable?...

Es de creer que le diría el Hijo que serfan bien premiados los trabajos que por El habia padecido, y que aquéllos lazos estrechos de filiación representada que en la tierra habia contraído, se perfeccionarfan en el cielo, adonde obedecería sus ruegos, como en la tierra habia obedecido sus mandatos; y al nombre de padre que el Espíritu Santo le habia dado, le correspondería la gloria de lugar de padre. La Virgen Santísima le agradecería la buena compañía que en todas sus fatigas le habia hecho y la gran fidelidad que habia guardado al Padre Eterno en ser guarda tan leal de su pureza, y que por más que la dignidad de Madre de Dios la levantase, no perdería la estimación de su esnosa y de eso se honraria aun en el cielo. Dichoso fin que prometia principio tan glorioso. ¿Qué cortés y comedida llegaría la muerte a herir al que tenía presente y tan de su mano al autor de su vida? Lo que los autores dicen que la Virgen y su Hijo recibieron los pesames de la muerte de San José y que le lloraron y trataron de su enterramiento, que

Se pusieron las insignias de Into y tristeza que en aquel tiempo se usaban
por los difuntos y que le hicieron todos los demás oficios funerales que la
piedad y costumbre habian introducido en aquel pueblo, es muy verosimil.
Porque la Virgen, por razón de esposa, y Cristo nuestro Señor, por razón
de hijo, en cuya opinion le tenia el mundo, no podfan dejar de cumplir
estas obligaciones sin nota de sus vecinos, y nunca en sus obras dieron oca-
sion a esto, sino singular ejemplo. Y si Cristo nuestro Señor llorô de ver
llorar a la Magdalena y de ver a Lazaro muerto, ¿cuanto más piadosa cosa
es creer que Horaria la muerte de San José acompanando con sus lágrimas
las que por ella derramaria la Virgen?» (cf. R. P. José de Jesûs Maria
(Quiroga), carmelita descalzo, *Historia de la vida y excelencias de la Sun-
lísima Virgen Maria* [Madrid 1956] I.4 c.33 p.1027-1031).

1««

VI. EL CULTO Y LA DEVOCION

•El culto de San José, como un tesoro para la Iglesia, nos vino del Oriente,
de donde parte el sol y por donde apuntô Jesûs. Debiô de ser la ciudad de
Antioquia donde por vez primera los cristianos acudieron en su plegaria
al Santo. El hecho es que en los anos que suceden al triunfo de la Iglesia y
antecedan al cisma ya se celebra por alli la fiesta del bendito José, pero en
la octava de la Natividad y en compania del rey David y de Santiago el
Menor, es decir, la fiesta del padre del Señor con su ilustrc antepasado y
su sobrino. Ingenua poesfa encierra el viejo himno de este oficio, donde
se canta sobre todo la virginidad de San José expresada en la vara florida,
de la que nos dijeron cosas fantâsticas los apôcrifos. Ellos también fueron
extendiendo la leyenda amable, ofreciéndonos aquella escena ingenua y
deliciosa de Jesûs en el monte Olivete, enseñândoles a los apôstoles dôn-
de habia muerto su padre San José.

Pero pronto la devociôn al santo de la grandeza y de la humildad nos
llegô a Occidente. Vino en mano de frailes mendicantes. Ciertamente, no
podian ser otros los mensajeros e introductores del pobre carpintero de
Nazareth. Los carmelitas, primero, y con ellos, después, los franciscanos y
dominicos traen en sus oficios y rezos lo que aprendieron en las iglesias
orientales. Ellos enseñaron al pueblo devoto del cuatrocientos lo que en el
firmamento de la santidad catôlica significaba el padre de Jesûs. La devociôn
se propage con la velocidad con que Dios propaga sus bendiciones. Los
papas y las naciones, los principes y los artesanos, todos los sinceramente
catôlicos, se postraron por entonces ante el santo descubierto por los frailes.
Bohemia primero y después Bélgica le eligen por patrono; en Espana, la
iglesia de Toledo le incorpora a su rezo, y al siglo siguiente Santa Teresa se
constituye en su primer apologista y gran propagadora. Ella y la Compania
de Jesûs completan cerca del pueblo con escritos y predicaciones la labor
ejecutada por los mendicantes medievales. Ya podrân los papas ir incorpo-
rando este culto al de todos los santos del misai romano. Urbano VIII per-
mitiô que su oficio se rezase por todas partes y Gregorio X lo impuso por
fin a comienzos dei siglo XVII en toda la Iglesia. Después vinieron los
tiempos modemos, más y más necesitados de la protecciôn y enseñanza
de San José; él, que enseñô a Jesûs a dar sus primeros pasos; él, que tenía
mucho que hacer con los hombres amargados y cultos de los tiempos no-
visimos. Sabemos y conocemos bien cómo los últimos pontifices le declara-
ron patrono de la Iglesia y protector especial de los hombres de trabajo,
los de la gran crisis del siglo, patronos de ellos y de las familias y de la .

muerte hermosa. Eran muchos y graves asuntos los que se encomendaban al santo que con su silencio celestial y su paterna intercesión se ha ido constituyendo en un símbolo clarísimo y elevado de la espiritualidad moderna, sus necesidades y su angustia.

Todavía enseñan por el valle de Josafat un sepulcro que dicen fué de José, todavía los perusinos veneran infantilmente el anillo legendario que también le atribuyen. Una vara florida como su emblema, un sepulcro vacío como su gloria y ese anillo milagroso como señal de que él sigue siendo en los cielos el que signa y sella sobre nosotros los decretos de Dios (cf. José María Llanos, S. I., *El desfile de los santos* [Ed. Sapientia, Madrid 1956] p.262-263).

VII. PATROCINIO ESPECIAL DE SAN JOSE

A) Patrono universal de la Iglesia católica 1449

«Pío IX, atendiendo a los ruegos y votos de los prelados y fieles del universo entero y a la petición del mismo sínodo ecuménico Vaticano, declaro y constituyo a San José patrono universal de la Iglesia por decreto (*Quemadmodum Deus*) de la Sagrada Congregación de Ritos publicado el día 8 de diciembre de 1870.

El mismo Pontífice, en las letras apostólicas *Inclitum Patriarcam*, del año siguiente (7 de julio de 1871) afirma: «Y Nos, movido por estas peticiones, habiendo implorado la divina iluminación, determinamos satisfacer tantos y tan piadosos deseos, y, por decreto especial de nuestra Sagrada Congregación de Ritos, declaramos solemnemente al mismo bienaventurado José patrono de la Iglesia católica, ordenando se publicase el 8 de diciembre del pasado año, fiesta de la Inmaculada Concepción de su Esposa, en nuestras basílicas patriarcales Lateranense, Vaticana y Liberiana durante la solemnidad de la misa. Y mandamos que su fiesta de 19 de marzo se celebre como doble de primera clase, aunque sin octava por razón de la cuaresma».

Más tarde, Benedicto XV (en su *motu proprio* 525 de julio de 1920), con ocasión del cincuenta aniversario de esta proclamación, insiste: «Nos, por tanto, confiados grandemente en su patrocinio, a cuya vigilancia y providencia quiso Dios encomendar su Unigénito encarnado y la Virgen Madré, ordenamos a todos los prelados del mundo católico que en tiempos tan necesitados para la cristiandad exhorten a los fieles a invocar con diligencia a San José» (cf. P. Bonifacio Llamera, O. P., o.c.: BAC, p.319).

B) Patrono de las familias cristianas, especialmente las pobres 1460

«En las letanias de San José se le llama «modelo de obreros», «gloria de la vida doméstica», «sostén de las familias», «consuelo de los desgraciados», títulos estos que son explanados bella y profusamente en los documentos pontificios, en los que insistentemente se inculca la devoción a San José y a la Sagrada Familia...

Benedicto XV, con ocasião del quincuagésimo aniversario de la proclamación de San José como patrono de la Iglesia universal, inculca con todas sus fuerzas este aspecto del patrocinio de San José. Así, pues, dice: «Por esta causa, para que a nuestros hombres, cuantos ganan el alimento con el trabajo de sus manos, los conservemos en el deber y los conservemos intactos del contagio del socialismo, enemigo de la cristiana sabiduría, especialmente proponemos a San José, a quien deben mirar como especial guía y honrar como patrono. Pues él transcurrió su vida en una situación semejante, por cuya causa Cristo Dios, siendo unigénito del Padre Eterno, quiso ser llamado hijo del carpintero» (cf. *ibid.*, p.322 y 324).

1431

C) Patrono de los religiosos y sacerdotes

«Cuanto podemos decir sobre esta materia está compendiado en aquellas palabras de Benedicto XV, que bien podemos llamar principio y fundamento de esta doctrina: «Por José somos conducidos directamente a Maria, y mediante Maria a la fuente de toda santidad, Jesûs».

San José, pues, ejerce una singular protección sobre todas las almas que abrazan la vida espiritual: primero, como ejemplar excelso de toda vida perfecta; segundo, por su efficacísima intercesión ante Jesûs y Maria. Consta su excelsa santidad por su fe, obediencia, humildad, sujeción y adoración de los decretos de la Providencia divina en todos los acontecimientos de su vida, y sobre todo su amor intensísimo, tan probado, y el fiel ejercicio de su ministerio para con Jesûs y Maria* (cf. *ibid.*, p.325).

D) Patrono de los moribundos

«Se creé rectamente que a su muerte estuvieron presentes Jesûs y Maria y que en sus manos exhaló el último suspiro. Muerte dulce y felicísima. De aquí arranca el fundamento de su singular patrocinio sobre los moribundos. San José es por ello llamado «esperanza de los enfermos», «patrono de los moribundos», «terror de los demonios».

Este aspecto es el más difundido de la devoción a San José, fomentado por asociaciones piadosas, enriquecido con abundantes gracias e indulgencias. También es recomendado por Benedicto XV en su *motu proprio*: ♦Habiendo aprobado esta Sede Apostólica diversos modos de honrar al santo Patriarca, celébranse con la solemnidad posible los miércoles y el mes que le está dedicado. Pero principalmente, como sea singular protector de los moribundos, pues a su muerte estuvieron presentes el mismo Jesús con Maria, fomenten, los venerables hermanos, aquellas asociaciones piadosas que fueron fundadas para orar por los moribundos, como la Asociación de la Buena Muerte, la del Tránsito de San José, a fin de que ayude con todo el sufragio y favor de su autoridad a los agonizantes» (cf. *ibid.*, P-328-320),

SECCION III. GUIONES HOMILETICOS

SINOPSIS DE LOS GUIONES HOMILETICOS

La paternidad de San José:

- «Guardian del depósito* (2).
- Custodio de la virginidad de María (3).
- San José, custodio del Hijo (4).

Vocación:

- El secreto de una vida (1).

Los siete dolores y gozos de San José:

- Primer dolor y gozo: Noche oscura de San José (5).
- Segundo dolor y gozo: San José, modelo de obediencia (6).
- Tercer dolor y gozo: Las ofensas a Dios (7).
- Cuarto dolor y gozo: Oblación generosa y esperanza cumplida (8).
- Quinto dolor y gozo: Persecución, destierro y desamparo (9).
- Sexto dolor y gozo: El temor de Herodes y la alegría de Nazaret (10).
- Séptimo dolor y gozo: El Niño, perdido y hallado en el templo (11)

El secreto de una vida

I. Una vida oscura.	1463
<ul style="list-style-type: none">A. (¿Dónde encontraremos rayos de luz para perforar las tinieblas que envuelven la vida de José? ¿Osaremos quebrantar el misterioso silencio de las Escrituras?B. La vida oculta de José sea objeto de nuestra veneración, no materia de nuestro discurso.C. Lección para el mundo. Aprendamos que se puede ser grande sin esplendor, dichoso sin aparentarlo, glorioso sin renombre. «Gloria nostra est: testimonium conscientiae nostrae» (2 Cor. 1,12).	
II. Vocaciones distintas.	1454
<ul style="list-style-type: none">A. Admiraremos la variedad de medios de la divina Providencia en la variedad de caminos por donde conduce a los hombres al mismo fin. Cada santo tiene el suyo propio.	

Mâs aún, a vcces las vocaciones son opuestas. Lo que en uno puede ser virtud seria falta, vicio y acaso pecado en el otro. Dios solo en sus misteriosos designios conoce el porque de tan encontrados caminos.

- B. Dos vocaciones opuestas. Lo son la de San José y la de los apôstoles. Jesûs Dios es revelado a los apôstoles; Dios es revelado a San José, mas Dios les impone condiciones totalmente contrarias.

A los apôstoles se les encarga anundar el misterio de Jesûs al universo mundo: tEuntes docete omîtes gentes» (Mt. 28,19). A San José se le impone el mds profundo silencio.

- b) *Los apôstoles son como faros de luz que iluminan a Jesucristo. San José es como un vélo que le oculta. Los apôstoles, siempre en la cumbre de la vida social. San José pasa inadvertido en un ofido modestísimo a los ojos del mundo.*
- d) *Jesûs es para los apôstoles una palabra que se debe anunciar. •Loquimini omnia verba vitae huius» (Act. 5,20). Jesús es en las manos de José tverbum absconditum» (Lc. 18,34), la Pa' labra arcana y misteriosa.*
- e) *Los apôstoles predicaron el Evangelio a la tierra y al propio delà, como osa decir San Pablo en la Epistola a los Efesios. José, por el contrario, oye hablar de las maravillas de Jesucristo y escucha, se admira y se calla.*

1455 III. La perfección.

La perfección cristiana no esta en la actividad exterior. La perfección consiste en someterse a la voluntad de Dios.

- B. Por eso nadie debe juzgar de nadie. Todo juicio está reservado a Aquel que penetra en el fondo de los corazones y sabe las causas por las cuales los hombres habian o los hombres se callan. Admiran al hombre con su elocuencia o le edifican con su silencio.

La propia vocación. Nadie juzgue, pues, de la vocación del hermano porque no conoce los designios de Dios.

Procuremos conocer cada uno nuestra propia vocación.

- b) *Nuestra propia vocadôn es nuestra reladôn con Jesucristo cabeza; nuestra posiciôn en el Cuerpo místico. No pretendamos ser cosa distinta de lo que Dios quiere que seamos. No pretenda el ojo ser mano ni la mano pie.*
- d) *Seamos todos dôdles a las ôrdenes, a las inspiraciones que proceden de la cabeza y en lugar de juzgar a los demás meditemos la fidelidad a Cristo con que cada uno de nosotros procede en su vida.*

***Depositum custodi» (1 Tim. 6,20): «Guardiân
del deposito»***

El deposito.

- A. Es idea recibida y sentida comûnmente que el deposito tiene algo de santo. Que debemos conservât el depôsito no sôlo por fidelidad, sino por cierta especie de religiôn.
 - a) *En la antigüedad se entregaban los depôósitos mds sagrados a los obispos y al clero. Los judios tenian costumbre de llevarlos al templo de Jerusalén.*
 - b) *Los mismos paganos se Servian de los templos de sus falsas divinidades para colocar sus depôósitos mds queridos en lugar seguro.*
- B. El depôsito mâs sagrado.
 - a) *No ha habido en la tierra depôsito comparable al que Dios confiô al patriarca San José. El Senor eligiô a este justo para guardar su tesoro. La propia casa de José era como un templo, puesto que el mismo Dios se dignô habitar en ella.*
 - b) *Dios adomô el aima de San José de las virtudes necesarias para que fuera en lo posible digno depositario de los bienes incomparables que ponía en sus manos.*

II. *Depositario de Dios.*

- A. Es una solida doctrina tomada de las Escrituras y de los Padres el que todas las grandezas de San José se fundan en haber sido el hombre escogido por Dios entre todos los hombres para poner en sus manos «su tesoro», para hacerle en la tierra su depositario.
- B. Virtudes dei depositario. Las suponemos mâs preciosas y firmes cuanto es mayor el valor del tesoro que se le entrega. Y asi exigimos en él:
 - a) *Virtud reconocida.*
 - b) *Fidelidad comprobada.*
 - c) *Amistad intima.*
 - d) *Amistad confidential.*

¹ Bossuet tiene dos magnificos panegiricos de San José. Es importantisimo el primero, pronunciado el 19 de marzo de 1656 y reproducido delante de la reina Ana de Austria. Desarrolla el texto de la primera Epistola de San Pablo a Timoteo <depositum custodi>. Es riquisimo en ideas teolôgicas, sôlido y elocuente y en él se inspiran varios de nuestros guiones (cf. Lebar q. *Obras oratorias de Bossuet*, t.2 p.118 sa.).

III. *El triple depôsito.*

1458

Dios confié a San José un triple depôsito:

- La virginidad de Maria.*
- La persona del Nino Dios.*
- El secreto del Padre Eterno: la Encarnación del Verbo.*

- B. La virginidad de Maria: Dios le confié la santa virginidad de Maria, que él debia conservâ bajo el velo sagrado del matrimonio y que él guardô siempre santamente como un depôsito sagrado que no podia tocar. Segundo, y mäs augusto todavia, «la persona de Jesucristo». El Padre celestial puso en sus manos este Nino que no tuvo padre en la tierra; para quien San José hizo las veces de padre.

IV. *Tres virtudes.*

- A. El triple secreto confiado a San José supone en él la existencia en grado heroico de tres virtudes:

La pureza, que brillô en su santa continenda en el estado matrimonial; San José estableciô con Maria una santa sociedad de deseos pûdicos; una admirable correspondencia con la virginidad de su esposa.

- b) *La fidelidad. En todo el evangelio de la infanta de Jesús resplandece la fidelidad, el cuidado infatigable en medio de circunstancias bien azarosas para salvar la vida del divino Niño. El delo mismo le inspira y le conduce. San José realiza fidelísimamente las instrucciones que recibe de los ángeles.*
- La humildad. Depositario del secreto de Dios, San José garantizô por su humildad que el secreto no sería violado.*
- i. No se vanagloria; no se enorgullece de su altísima misión. No busca las alabanzas de los hombres. Se oculta tanto cuanto puede a los ojos de los mortales.
 3. El Padre, según expresión de San Bernardo, se lo había confiado: «Cui tuto committere [posset] secretissimum et sacratissimum sui cordis arcanum» *Dios le había con-

fiado el arcano secretisimo y sacratissimo de su corazôn».

- 3 Los mortales violamos frecuentemente los secretos del
corazón por el uso indebido de la lengua. San José es
admirable por su silencio.

La Virgen Santisima hablô pocas veces, siempre sabiamente. San José no habia nunca en el Evangelio.

- a) *La Virgen Santísima cantô, porque era la voluntad de Dios Nuestro Señor, su secreto en el 'Magnificat*. La voluntad de Dios fué que San José jamás hablara dei secreto que le había confiado el Padre.*
- b) *San José a los ojos de los hombres no es más que un carpintero. Jesucristo es el 'hijo del obrero».*
- c) *San José es personificación altísima de la vida oculta, de las virtudes pasivas, de la humildad perfecta...*

Custodio de la virginidad de Maria

I. *La virginidad de Maria.*

1480

- A. La virginidad de Maria fué cara al cielo y útil a la tierra. La virginidad era necesaria para que Jesucristo naciera en el mundo.
- B. Era un consejo de la Providenda el que, así como Dios produce a su Hijo en la eternidad por una generación virginal, así también el Hijo naciera en el tiempo de una madre virgen.
- C. Los profetas habían anunciado que una virgen concebiría. Nuestros padres vivieron en esta esperanza. El Evangelio nos refiere la dichosa realización de la misma.

II. Causas de la virginidad.

Penetremos en cuanto podamos con nuestra mente en este gran misterio. Los Padres nos dicen que el Hijo de Dios debía venir al mundo atraído por la virginidad. Virtud angélica.

- a) *La virginidad es una imitaciôn por los hombres de la vida de los ângeles. Los eleva por encima de sus cuerpos, cuyos placeres desprecian. De tal manera subliman a la carne, que, en cierta manera, la igualan a la pureza del espíritu.*
- b) *Dice San Agustín: 'Habens aliquid iam non carnis in carne*. 'Tienen en su carne algo que no es de la carne».*

- C. Medio entre’el espîritu y cuerpo.
- a) *La virginidad es un termino medio entre el espîritu y el cuerpo. Nos acerca a las naturalezas espirituales. Por aqui podemos columbrar cudn conveniente era esta virtud para el misterio de la Encarnaddn.*
 - b) *La Encarnaciôn es el misterio dei Verbo que se une a la carne. Nias îcudn grande es la desproporddn entre la corrupcidn de nuestros cuerpos y la belleza inmortal de un espîritu puro!*

- D. Intermedio de la santa virginidad.
- a) *Entre la came y el espîritu se interpone la santa virginidad. Cuando la luz cae sobre un cuerpo opaco no penetra en êl. Al contrario, puede parecer, por la reflexidn de sus rayos, que el cuerpo la rechaza.*
 - b) *Cuando la luz toca un cuerpo transparente, entra en êl, se une a êl, resplandece en êl, y el cuerpo transparente, en cierto modo, se convierte en luz. Asi el Verbo etemo, para unirse a nuestros cuerpos mortales, bused el intermedio de la virginitad, que tiene cierta cosa de espiritual y prépara la carne para unirse al espîritu puro.*

- E Un texto de San Gregorio. La doctrina se encuentra expuesta en San Gregorio de Nisa (L): «De virginitate» c.2: «Quae adeo natura distans ipsa intercedens sua virtute concilians adducitque iu concordiam*».

1462 III. Consecuencias.

- A. La dignidad de Maria, por su virginidad.
- B. La dignidad de José, al que fué confiado la virginidad de Maria. «Depositum custodi».
- G. La pureza de Maria supone la pureza de José, porque la virginidad de Maria hay que guardarla bajo el velo dei matrimonio. Exige, pues, un varôn cuya pureza en cierto modo es necesaria al mundo, porque ella sirve para defender la pureza de Maria.

1463 IV. Verdadero matrimonio. Siguiendo a San Agustin diremos que se encuentran en las nupcias de Maria y José los très bienes dei matrimonio:

- A. El contrato, por el cual mutuamente se donan el uno al otro.
- B. El amor conyugal, por el cual los corazones se unen plenamente.
- G. Los hijos, nuevo vinculo entre los esposos.

San José, custodio del Hijo

I. El Padre entrega a su Hijo. 1464

El Padre agotô su liberalidad en favor del santo Patriarca poniendo en sus manos a su divino Hijo. Cristo naciô en la tierra como un huérfano; «sine patre», dice el apôstol San Pablo (Hebr. 7,3). Su Padre le abandonô. El «Dios mio, épor qué me has abandonado?» puede pronunciarlo Jesûs desde el momento do nacer. Aparece en la tierra abandonado de su Padre, expuesto a las persecuciones, al hambre, al frio, a las injurias.

II. En sustitucion del Padre Eterno. 1465

- A. Dios le puso un guardiân en la tierra, un hombre mortal, que fuera para él verdadero padre. No quedô Jesûs abandonado. José es verdadero padre, no por la naturaleza, pero si por afecto.
- B. José en su actividad exterior puede presentarse a todos los padres de la tierra como modelo de padre. El mâs perfecto de los padres naturales no haria por sus hijos mâs de lo que José, guiado por el cielo, hizo por Jesûs.
 - a) *José le pone nombre, le gobierna, le defiende, le dirige en todos los momentos de su conducta, le procura casa y alimento.*
 - b) *Por eso el ângel se dirige siempre a San José, y San José puntualmente le obedece.*
 - c) *San José era jefe efectivo de la sagrada familia. Maria y el Nino le estaban sometidos.*

III. Doctrina del Crisôstomo. 1466

- A. Sostiene este Santo Padre que Dios diô a San José todo lo que puede pertenecer a un padre sin herir la virginitad. «Hoc tibi do, quod, salva virginitate, paternum esse potest».
 - a) *Marla no concebirà de José porque se opone la virginidad, pero José partira con Maria sus cuidados, sus viglias, sus temores, sus inquietudes para defender y educar a este divino Nino.*
 - b) *Lo que importa mds: San José gozard de la inclinacidn natural, de las dulces emociones, de la amorosa diligenda, de la vigilante cautela, de la ternura inefable de un corazón paternal.*

Dios forma los corazones uno a uno.

- a) *Dice el salmista: «Qui finxit singillatim corda eorum» (Ps. 32, 15). Como dn alfarero que con mano de artista da forma y Jigura singular y propia a cada uno de los vasos que fabrica con la lierra.*
- b) *Dios prépara el corazôn de cada hombre para el fin a que le destina. Dios, por tanto, diô a San José un corazôn de padre y, como habia de ser padre dei mejor Hijo, puso en su corazôn los mds puros, elevados y perfectos sentimientos paternos.*

Una chispa dei amor infinito.

- a) *Bossuet llega a decir que Dios infundiô en el corazôn de San José como un rayo dei amor infinito que El tiene por su propio Hijo.*
- b) *San José percibiô claramente dos cosas: la paternidad de su corazôn y el derecho a mandar en el divino Nifio. Ambas fueron concessiôn singularissima del Padre.*

IV. *Fidelidad de San José.*

- A. El Santo se muestra en todo el Evangelio como modelo de padre. Continuas fueron sus tribulaciones por causa del Hijo: pobreza, viajes dificiles, peligros, pérdida de la casa, destierro...
- B. El padre obediente. San José aparece en el Evangelio como un modelo de obediencia.

Obediencia a la autoridad civil, al subir a Jerusalén.

- b) *Obediencia a la Ley, al presenter al Nifio en el templo al subir todos los aflos b! dia de la fiesta. El Evangelio marca la fidelidad de esta obediencia. »Cumplidas todas las cosas según la Ley del Señor, se volvieron a Galilea, a la ciudad de Nazareth» (Le. 2,39).*
- c) *Las ôrdenes dei cielo respecto del Nino:*
 - I. Imposiciôn del nombre.
 - .2. Hufda a Egipto.
 - 3. Vuelta a Nazaret.

146F,

terrible profecta.

José participé), con Maria, de la terrible profecia de Simeôn. También su corazôn de padre fué atravesado por la espada del dolor.

El supremo dolor. El supremo dolor del padre se verificô en Jerusalén al perder el Nino.

- a) *El dolor de San José por la pérdida de Jesús y la diligencia en buscarlo son comparables a los de Maria. Al dolor y diligencia de la madre se uniô la diligencia y el dolor del padre.*
- b) *En este episodio se encierra el verdadero panegirico de San José. El encargado de pronunciar este brevfsimo y profundo*

panegirico fué Maria Santisima: «Pater tuus et ego dolentes quaerebamus te» (Le. 2,48).

(Insondables conceptos los que se encierran en estas palabras! José unido a Maria en un mismo amor, en un amor de la misma especie; amor paterno en él, materno en la Madré.

2. Unidos en el cumplimiento del primer deber de los padres: velar por la vida de los hijos. Fundidas ambas vidas en el amor de Jesûs y en la busca dei divino Nino.
3. De ningûn santo puede decirse nada parecido. San José mereciô este altisimo honor de fundir su corazôn con el de la Virgen en el amor de Dios precisamente porque tenia un corazôn de padre.

C. Aprended, padres,

- a) *Aprended a formar a Cristo en vuestros hijos. «Hijos mios, que de nuevo os engendro hasta que Cristo seforme en vosotros». debéis decir con San Pablo (Gal. 4,19).*
- b) *Aprended a buscar a Cristo. Aprended a buscar a vuestros hijos descarriados. Aprended a concentrar todos los afectos de vuestra vida en vuestros hijos, confiados por Dios a vosotros para que hagdis de ellos otros Cristos.*

Primer dotor y gozo: Noche oscura de San. José

I. Los textos.

«La concepciôn de Jesucristo fué asi: Estando desposada Maria, su madré, con José, antes de que conviviesen, se hallo haber concebido Maria del Espiritu Santo» (Mt. i,i8).

«José, su esposo, siendo justo, no quiso denunciarla y resolviô repudiarla en secreto» (ibid., 19).

«Mientras reflexionaba sobre esto, he aqui que se le apareciô en suenos un ângel del Senor y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a Maria, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espiritu Santo» (ibid., 20).

II. Esponsales 0 matrimonio.1470

- A. Muchos creen que la Virgen Santisima estaba desposada con San José por palabra de futuro. Que no habia propiamente matrimonio, sino promesa de matrimonio. Otros opinan que se habia celebrado matrimonio por palabra de présente y que realmente habian contraido nupcias.

La palabra de C. q

FESTIVIDAD DE SAN JOSE

Muchos modernos son de la primera opiniôn. Son, empero, muy convincentes las razones que en favor de la segunda alega A Lâpide.

- San José es llamado *marido de Maria* (v.i6).*
- b) *San José, al verla grdvida, queria abandonaria. Luego ya la habia recibido.*
*Maria concibid inmediatamente que accedid a las palabras del dngel. *Et Verbum caro factum est* (lo. 1,14). Y al punto, •cum festinatione*, saliô para visitor a su prima Isabel (Le. 1, 39), con quien permanecid très meses. No parecia conveniente que Maria, ya desposada, hiciera el camino sola o acompanada de otra persona que no fuera su esposo, ni que permaneciera en casa de Isabel sola por tanto tiempo.*
- d) *Que parecia conveniente que Cristo naciera de una mujer ya casada y recibida por su marido con tiempo para que el nacido apareciera a los ojos de todos como concebido en matrimonio.*

III. Interpretation del hecho.

êTuvo San José dudas verdaderas de la virginidad de su esposa? El Evangelio no lo dice. San José veia que Maria habia concebido y no sabia de quién. Natural y lôgicamente hablando, San José pudo concebir sospechas.

Sin embargo, esto no hubiera sido lo mâs perfecto. Lo mâs perfecto hubiera sido suspender todo juicio o pensamiento desde el primer momento que se trataba de un hecho sobrenatural fuera de las leyes ordinarias. Tal se debe esperar de la eminente santidad de San José.

IV. Santidad de San José.

Suârez ha tratado este asunto con su competencia y prudencia acostumbradas (cf. BAC: «Misterios de la vida de Cristo» v.i p.262 ss.).

«Se puede dudar—dice Suârez—si la dignidad de San José es mayor que la del Precursor, la de los apôstoles y evangelistas por lo que hace al cargo y oficio mismo».

«Las razones de duda pueden ser varias:

- El ministerio de San José estuvo, al parecer, intimamente unido con la persona de Cristo.*
- b) *Parece la suya la mds prôxima a la dignidad de la madré*
- Parece haber sido el puesto mds apto—exceptuando solamente el de la madré de Dios—para ejercitar todas las acciones de la vida activa y contemplativa*.*

En efecto;

- a) *Vida activa.*
- «<-De quién puede decir Cristo Nuestro Senor tan propiamente como de San José: «Tuve hambre, y me diste

de comer; tuve sed, y me diste de beber?» (Mt. 25,31)». «Todos los trabajôs y acciones en que San José se ejercitô estuvieron intimamente relacionados con la persona de Cristo».

b) *Vida contemplativa.*

Al casarse hizo voto de virginidad.

Tomô una esposa tal, cuya sola compaôia y frecuente familiaridad bastaban para aprender y adquirir todas las virtudes, y especialmente la virtud de la religion y piedad para con Dios.

- 3« Por el trato tan frecuente e intimo con Cristo tuvo ocasiôn casi continua de oir de su boca los divinos misterios, de acudir a El en la oraciôn y orar con El. êSe puede desear mäs para la perfecciôn de la vida contemplativa?

O. *Objeciôn.*

- a) *Parece que los Santos Padres prefieren a todas las dignidades la dignidad de apôstol, *porque engendra a Cristo en las aimas de los fieles*. Las obras de San José pertenecian a la misericordia corporal; las de los apôstoles, a la espiritual.*
- b) *Parece cierto, por otra parte, que los ministerios y oficios de la ley de la gracia llegaron al supremo grado de perfecciôn y de dignidad; pero en la ley de gracia, el grado primero y superior, que Cristo instituyô, es el del apostolado; luego...*

E. *Contestaciôn de Suârez.*

«No quiero lanzar afirmaciôn temeraria. Esta comparaciôn nadie la ha discutido y aclarado suficientemente*. iPudiera decir que probablemente ambos oficios—el de San José y el de los apôstoles—son, en cierto modo, de diverso orden, y que, por lo mismo, no cabe comparaciôn propiamente. En ambos hay razôn de excedente y excedido. Ambos se puede decir que exceden el uno al otro*.

- b) **En mi sentir el de apôstol es el supremo en la Iglesia de Cristo. Sin embargo, no creo improbable la opinion de que el oficio 0 ministerio de San José se diga mds perfecto en cuanto que es de un orden superior. Ciertos ministerios pertenecen al orden de la gracia santificante. Y en éste los apôstoles llegaron a la cumbre mds alta».*

**Hay otros ministerios rayanos con los limites del orden de la uniôn hipostdtica. Orden de suyo mds perfecto; y en este orden estd constituido, a mi ver, el ministerio de San José, bien que en él parece que ocupa el puesto mds bajo; y por esta parte aventaja a toda otra dignidad, por hallarse en un orden superior. Nôtese que Santo Tomds dice que el apostolado es el oficio mds alto del Nuevo Testamento. Mas el oficio de San José no pertenece al Nuevo Testamento, ni propiamente al Antiguo, sino al autor de uno y otro, a la piedra angular que uniô ambos Testamentos*.*

v. *La conducta de San José.*

- A. Sin José pensé en abandonar a María. <Por qué? No hubo, decimos, juicio, que hubiera sido temerario y, por consiguiente, pecado.
- a) *Dada la santidad de San José, que acabamos de exponer, según la mente de Sudrez, no se puede admitir que el Santo cometiera este pecado.*
 - b) *Por otra parte, bien veía el que todo era extraordinario en la vida de su mujer, santísima en grado incomparable. Tal vez, según algunos autores, sin llegar a entenderlas por completo, había oído las palabras de Isabel, y bien sabía que en ellas se encerraba algún altísimo secreto.*
 - c) *Por estas razones él quiso dejar a María, según dice Santo Tomás: tPropter reverentiam, timens cohabitare tanta sanctitate».*
- B. Noche oscura. La prueba de San José fué durísima. El tuvo que vivir la noche oscura de la fe, noche horrenda (San Juan de la Cruz).
- a) *Total abandono en las manos de Dios y de la Providencia-Suspendiendo su juicio y sin encontrar en el orden natural apoyo ni arrima. Ni podía dudar de la santidad de su esposa ni sabía por qué su esposa estaba embarazada.*
 - b) *Suspendio con un acto penosísimo porque era durable el juicio del entendimiento y quedô en un mar de confusiones, puesto que, por otra parte, él tenía que adoptar alguna providencia en el orden práctico.*

VL *Santidad de María.*

- A. Sufrió al ver sufrir a San José. Percibió, tal vez, que el estado de duda del esposo le podía llevar a abandonarla. Sin embargo, María confió» plenamente en la Providencia divina. Dio muestras especialmente de humildad, de modestia, de silencio.
- B. La virtud del silencio. Merece subrayarse, sobre todo, el silencio de María Santísima. Fué en ella perfecto el uso de la lengua. «El que no peca con la lengua es varón perfecto», dice Santiago (lac. 1,26).
- a) *No usé de la palabra para descubrir a San José la visita del ángel. Redundaba en alabanza suya y no tenía orden de Dios Nuestro Señor de comunicarlo.*
 - b) *No la usô para defenderse. Dejô la defensa al mismo Dios.*
 - c) *Aprendan los esposos a ser perfectos en el uso de la lengua en la vida íntima del hogar.*
 - i. ¡Cuántas veces por la intimidad se creen dispensados de guardar secretos y se confían mutuamente lo que no tienen derecho a confiarse, porque puede afectar al honor de tercera persona o puede ser pecado contra la prudencia!

- 2. jCuântas veces, guiados por el amor propio de la defensa individual, ofenden a la otra parte!
- j. jCuântas veces hay palabras iracundas que empanan la santa amistad y confianza propias de los casados!

VII. «*Nolite iudicare*»,

1475

- A. San José no juzgô. Cumpliô el «*nolite iudicare*». Creyô al ângel. Obedeciô. También es admirable el santo Patriarca en el uso de la lengua. Los Evangelios no nos refieren una sola palabra de San José después de la revelaciôn angélica.
- B. Podemos terminât este primer dolor y gozo contemplando al patriarca San José de rodillas adorando a Dios en el seno de Maria.
 - a) *San José ante el primer sagrario. Sin ruido de palabras, uniendo su oraciôn a la de Maria, que llevaba a Jesûs en el seno.*
 - b) *Tras de la noche horrenda, el dia gloriosísimo de la presencia dei Verbo encarnado en el propio hogar.*
- C. Aplicaciones :
 - a) *En las grandes pruebas y tribulaciones y dolores de la vida que Dios te envia, a veces, sin que sepas por qué, imita a San José. Recibelas con mansedumbre, en silencio, con confianza, obediente a los consejos de tu director, a las normas de la ascética.*
 - b) *Acompdûate de Maria y de José. Acude al Sagrario a depositar a los pies del Senor tus sufrimientos, a pedirle luz y a suplicarle que levante su mano.*
Si eres fiel, tras de la tribulaciôn, no lo dudes, te espera un gran gozo.

Segundo dolor y gozo: San José, modelo de obedienciaI. *Textos evangélicos. El Evangelio nos presenta a San José constantemente dirigido por la virtud de la obediencia.* 1476

- A. Obedece al ângel en el nombre que pone al Senor. «Darâ a luz un hijo, a quien pondrâs por nombre Jesûs, porque salvarâ a su pueblo de sus pecados» (Mt. 1,21).
- B. En la huida a Egipto. «Partido que hubieron, el ângel del Senor se apareciô en sueños a José y le dijo: Levântate, toma al nino y a su madre y huye a Egipto, y estâte alii hasta que yo te avise, porque Herodes buscarâ. al nino para quitarle la vida. Levantândose de noche tomô

al niflo y a la madre y partiô para Egipto» (Mt. 2,13-14).
En la vuelta de Egipto:

- a) *tMuerto ya Herodes, el dngel dei Serior se apareciô en sueios a José en Egipto y le dijo: Levdtate, toma al nino y a su madre y vete a la tierra de Israel, porque son rnuertos los que atentaban contra la vida del nino».*
- b) *iLevantndose, tomô al nino y a su madre, y partiô para la tierra de Israel. Mas habiendo oido que en Judea reinaba Arquelao en lugar de su padre Herodes, temiô ir alld, y, advertido en suenos, se retirô a la regiôn de Galilea» (Mt. 19,20-22).*

Obedece constantemente a la Ley:

Circuncisiôn: tCuando se hubieron cumplido los ocho dias para circuncidar al nino, le dieron el nombre de Jesûs, impuesto por el dngel antes de ser concebido en el seno» (Le. 2,21).

- b) *Presentaciôn: tAsi que se cumplieron los dias de la purificaciôn, conforme a la Ley de Moisés, le llevaron a Jerusalén para presentarle al Senor. Segûn estd escrito en la Ley del Senor que todo varôn primogénito sea consagrado al Serior. Y para ofrecer en sacrificio, segûn lo prescrito en la Ley del Serior, un par de tôrtolas o dos pichones» (Le. 2,22-24). tCumplidas todas las cosas segûn la Ley del Senor, se volvieron a Galilea, a la ciudad de Nazaret» (Le. 2,39).*

Subida al templo: «Sus padres iban cada afio a Jerusalén en la fiesta de la Pascua» (Le. 2,41).

Obedece a la autoridad civil

No sôlo obedece el mandato del ângel y ala autoridad religiosa, expresada por la ley, sino que obedece fielmente a la autoridad civil. La subida de Nazaret a Belén a inscribirse es la ejecuciôn de un decreto del César. San José no estaba obligado. Por sus circunstancias especiales tenia excusas. Menos obligada estaba Maria Santisima por lo avanzado de su estado.

- b) *No hay obligaciôn de obedecer una ley cuando va en contra de otra ley superior. Por encima de la ley civil estd la ley eclesidstica, el derecho natural y el derecho divino positivo. En este caso, por el estado avanzadisimo de Maria, parecfa estar en contradicciôn la ley del César con el derecho natural. Y, sin embargo, Maria Santisima se puso en camino.*
- d) *El César représenta a Dios. San José practicô lo que posteriormente habian de prescribir los apôstoles.*

«Todos habéis de estar sometidos a las autoridades superiores, que no hay autoridad sino por Dios, y las que hay, por Dios han sido ordenadas» (Rom. 13,1).

- 2. *«Amonéstales que vivan sumisos a los principes y a las autoridades; que las obedezcan, que estén pronti para toda obra buena» (Tit. 3,1).*

«Por amor del Senor, estad sujetos a toda autoridad humana. Ya el emperador, como soberano; ya a los gobemantes, como delegados suyos, para castigo de los malhechores y elogio de los buenos» (1 Petr. 2, 13-14).

II. *Desobediencia legitima.*

1477

- A. He aqui la fórmula diamantina de la «Diuturnum illud»: «Una sola causa tienen los hombres para no obedecer, y es cuando se les pide algo que repugna «abiertamente» al derecho natural o divino» («Diuturnum», n.16: Coi. Enc. p.102).
- B. Subrayamos el «abiertamente» y explanamos el concepto de derecho divino, incluyendo en él no sólo el derecho divino positivo y el natural, sino el derecho eclesiástico, que está por encima de la ley civil, por ser los fines de la Iglesia superiores a los del Estado.

III. *Doctrina inadmisibile.*

1478

- A. Modestamente se ha llegado a decir que no hay obligación de obedecer a la autoridad civil cuando ésta manda algo que es contrario al bien común. No puede admitirse esta doctrina tal como suena:
 - a) *Porque supone 'que el súbdito está en condiciones de juzgar del bien común'; que le corresponde juzgar; que en algún modo lo representa y que, en nombre del mismo bien común, juzga y condena un mandato de la autoridad establecida, y declara injusta la ley y no la acata.*
 - b) *Fórmula verdaderamente revolucionaria y disolvente de toda autoridad: en la Iglesia, en el claustro, en la familia, en la universidad... Esta fórmula ha envenenado la conciencia moderna.*
- B. La fórmula católica supone que el súbdito se halla sometido a varias leyes. Y él no juzga de la ley civil; pero entre dos preceptos se somete al que tiene título superior para mandar.
 - a) *El orden de las autoridades:*
 - Derecho divino revelado.
 - 2. Derecho divino natural.
 - 3. Derecho eclesiástico.
 - Derecho civil.
 - b) *Las tres primeras se resumen en 'Dios'. 'Es precisa obedecer a Dios antes que a los hombres' (Act. 5,29).*
 - c) *La fórmula de León XIII, que es la de toda la tradición, hasta llegar a los apóstoles, salva la virtud de la obediencia. La otra destruye, porque pone por principio, a discusión, las órdenes de toda autoridad.*

IV. *Prudencia en el obedecer.*

1479

- A. León XIII ha recordado una comparación de Santo Tomás. Según el santo Doctor, una es la prudencia del que manda; otra la prudencia del que obedece. La prudencia está arquitectónicamente en el que manda;

en el que obedece, como en el obrero manual. El que manda es semejante al arquitecto que construye un edificio; el que obedece es semejante al obrero que ejecuta las órdenes del arquitecto.

- a) *Esta concepción arquitectónica del bien común ilustra mucho esta materia. Según el santo Doctor—y el Papa lo recoge—, el gobernante supremo debe mirar al bien común en todas sus disposiciones y ésta es la razón de su prudentia.*
- b) *El que obedece debe obedecer con fidelidad lo mandado.*

δ. Ya se entiende que toda obediencia ha de ser discreta. Pero una cosa es la obediencia discreta y otra la crítica de la orden del superior.

El ser racional no puede obedecer mecánicamente. Y por eso cuando, de un modo abierto y manifesto, se conculca una orden superior no hay que obedecer. Lo mismo digamos cuando de un modo abierto y manifesto se quiere ejercer una autoridad que no se tiene.

- b) *Tal sería, por ejemplo, el caso de un invasor que quisiera convertirse en jefe de una nación. Sus leyes—leyes de un enemigo—no merecen ser obedecidas.*

Tal sería el caso del que teniendo autoridad se saliera en el mando de la órbita de su derecho. Como dice Santo Tomás, incurriría en este pecado el padre que tratara de imponer a su hijo esposo o esposa contra su voluntad.

1430

[^]*Todos de la obediencia.*

Son tres:

- a) *Obediencia de hecho. Para el orden jurídico basta. La autoridad civil no puede exigir otra. Sea cual fuere la intención interna, no puede castigar al que cumple las leyes. Obediencia esta imperfecta que puede llegar a ser pecaminosa.*
- b) *De voluntad. Se obedece al superior porque representa a Dios; y la voluntad acepta la voluntad del superior cual voluntad de Dios. San Pablo nos dice: Obedeced no solamente por el temor al castigo, sino en conciencia porque manda en nombre de Dios. ¡Siervos, obedeced en todo a vuestros amos, según la carne, no sirviendo al ojo como quien busca agradar a los hombres, sino con sencillez de corazón, por amor al Señor. Todo lo que hagáis hacedlo de corazón, como obedeciendo al Señor y no a los hombres* (Col. 3,22-23).*
De entendimiento. El que no comprende la orden del superior y hasta la considera imprudente y, sin embargo, la obedece hace un acto grande de virtud. El que no sólo obedece de voluntad, sino de entendimiento, hace un acto de virtud más meritorio.

La llamada obediencia ciega que San Ignacio reconden-
da en su famosa carta a los jesuitas de Portugal no es.
una invención ignaciana.

- a) *Es doctrina moral corriente. La ascética se la pide a los que aspiran a la perfección. Pero esa obediencia es muy difícil.*
•Obedientia ex corde—dice San Agustín—donum Dei.

- b) *Lo mismo se lee en San Francisco de Sales. Esa obediencia está inspirada y movida por la caridad. Es un acto de amor a Dios Nuestro Señor.*

Semejante a esta prudencia, aunque de orden inferior, porque no interviene la caridad, es la que practicamos en la vida cuando, contra nuestro parecer, obedecemos de entendimiento a los técnicos: un médico, un arquitecto, un ingeniero. Aceptamos sus criterios como orden y suponiendo que ellos tienen razón y no nosotros, aunque veamos de distinta manera, puesto que ellos saben más de la materia.

- a) *Basta esta consideración para indicar que la obediencia de entendimiento es la más racional.*
 b) *Por eso no es extraño que practiquen la obediencia de entendimiento personas que han ejercido mucho tiempo el cargo de autoridad o que ejercen cargos de autoridad intermedios con respecto a las autoridades superiores.*

VL *La obediencia amorosa.*

Este que podríamos llamar el cuarto grado de obediencia lo encuentro en San Francisco de Sales¹. El ansia y el amor de obedecer, porque la obediencia es el camino más seguro para unir nuestra voluntad con la voluntad de Dios.

San Francisco lo refiere a las personas que en la vida se someten gustosas en las cosas lícitas a la voluntad de los demás, no solamente por complacerlas, sino por renunciar a su propia voluntad y haciendo en el acto de esta complacencia u obediencia un acto de amor de Dios, considerando que lo que el prójimo desea de nosotros nos lo pide Dios mismo.

«Sujetos los unos a los otros en el temor de Cristo» (Eph. 5,21). «La obediencia del cuarto grado es siempre amorosa» (cf. o.c.: BAC, p.636).VII.

VII. *Obediencia de San José.*

.1482

- A. No se puede dudar que la del Santo sería una obediencia perfectísima, que en todo momento vivió en los que le mandaban la voluntad de Dios nuestro Señor, ya en el ángel, ya en la Ley, ya en el César.
- B. Practican esta obediencia en la vida muchas almas sencillas. La practican los niños en el hogar. La practica mucha gente del pueblo en sus relaciones con el clero o con autoridades, cuyos preceptos no discuten por considerarse ellos ignorantes y torpes. ¡Santa ignorancia!

VIII. *El premia de Dios.*

A. Dios premia en la tierra esta obediencia perfecta. Lo vemos en la vida de los santos.

- a) Santa Teresa recibió orden de ponerse a escribir «cosas de oración». A la Santa se le hizo muy penoso porque estaba con continuos dolores de cabeza y, por otra parte, tenía que trabajar thilando» para ganar con qué sostener las casas. Pero, •considerando que la obediencia da fuerzas», se pone a escribir cosas de oración y al cabo de pocos meses está terminado e insuperable libre dureo de *Las moradas».
- b) José y Maria por haber obedecido dieron cumplimiento a las profecias. El César no solamente representaba a Dios, sino que era instrumento de Dios para que la palabra de Dios no fuera vana.

B. San José, de rodillas en la cueva, contemplando y adorando al Nino, recibió el premio de su obediencia. El mayor premio que puede tener el hombre, que es la paz profunda del corazón.

Cuando los dngeles entonaron aquella noche tpaz en la tierra a los hombres de buena voluntad», San José ya habia experimentado lo que los dngeles cantaban. Ya él tenía la paz y la dicha mds profundas, que puede imaginarse, en su corazón, porque su voluntad era buena; su voluntad, acrisolada por la obediencia, estaba perfectamente unida con la voluntad de Dios.

- b) San José habia escogido el camino mds seguro para alcanzar la cumbre de la divina voluntad, que es el camino de la santa obediencia.

Tercer dolor y gozo: Las ofensas a Dios

La sangre del Nino.

San José tuvo él inmenso dolor de ser el primero que viera la sangre del Nino Dios. El produjo las primeras gotas de la misma. El tuvo, sin duda, presentó en aquel momento, por vision profética o por conocimiento de la ley, que el Nino, ya hombre, derramarfa hasta la última gota.

No fué tanto el dolor natural de ver sufrir a un nino cuanto el dolor sobrenatural de las ofensas a Dios y del desprecio de la sangre redentora.

II. *El dolor de los profetas.*

1485

- A. En el salmista y en los profetas son frecuentes las exclamaciones de dolor por el desprecio de los mandamientos divinos. Bâstenos un solo ejemplo, tornado del más grande de los profetas: Elias.
- B. Para Elias era insoportable la vida y pedia la muerte. «He sentido vivo celo por Yahveh Sebaot; porque los hijos de Israel han roto tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a cuchillo a tus profetas, de los que sólo he quedado yo, y me están buscando para quitarme la vida» (i Reg. 19,10). Y el profeta pide la muerte.

III. *El dolor de los santos. Hable por todos San Pablo.*

1486

«Os digo la verdad en Cristo, no miento, y conmigo da testimonio mi conciencia en el Espiritu Santo, que siento una gran tristeza y un dolor continuo en mi corazón, porque desearia ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos, mis deudos según la carne» (Rom. 9, 1-3).

«Esto sin hablar de otras cosas, de mis cuidados de cada dia, de la preocupaciôn por todas las iglesias. <Quién desfallece que no desfallezca yo? ¡Quién se escandaliza que yo no me abraze?» (2 Cor. 11,28-29)

IV. *El dolor de Jesucristo.*

M .

Es doctrina común, que recoge Santo Tomâs, que una de las causas que más influyeron en la agonía de Jesucristo en el huerto fué la consideraciôn de las ofensas que se hacian al Padre celestial. El considerarse El cargado con todos los pecados dei mundo. El desprecio de su propia sangre, que no habia logrado borrar todas las faltas de los hombres. «Quae utilitas in sanguine meo?» (Ps. 30,10).

- B. De este mismo dolor participo el patriarca San José al contemplar el derramamiento de la primera sangre.

V. *Gozo inefable.*

1488

- A. Privilegio altísimo del patriarca San José ha sido el oír el primero de todos los hombres el nombre de Jesûs; el pronunciarlo él por primera vez; el imponerlo. San José lo oyô de boca del ângel.

- a) «Dard a luz un hijo, a quien pondrds por nombre Jesûs, porque salvard a su pueblo de sus pecados» (Mt. 1,21).

- b) «Cuando se hubieron cumplido los ocho dias para tircuncidar al Niho, le dieron el nombre de Jesûs, impuesto por el dngel antes de ser concebido en el seno» (Le. 2,21).

B. El nombre de Jesûs. El nombre de Jesûs quiere decir Salvador.

- a) *Jesûs es Salvador. Es el único Salvador. «Os anuncio una grande alegria...: os ha nacido el Salvador» (Le. 2,10-11).*
- b) *No un Salvador. El Salvador. Es el único que merece este dulce y suspirado nombre. El único porque es Salvador de todos los hombres. Salvador de todos los males. Salvador definitivo, porque la salud o salvaciôn que comunica dura para siempre. El Salvador nos libra de un mal 0 nos ampara de un peligro l.*

Jesûs, Salvador de todos los hombres.

- a) *Los salvadores de la historia. Los que la historia llama salvadores, aun aceptando que lo sean, son siempre salvadores de un grupo, de una clase, de una nation entera si se quiere, pero a costa de la desgracia del grupo, de la clase o de la natiôn enemiga y opresora.*
- b) *Cristo viene a salvar a todos. Un Salvador de toda la humanidad es una idea que no cabe en nuestros mezquinos corazones, y menos podía caber en la estrecha mentalidad judía.*

Nos salvô de todos los males.

- Todos se reducen a la muerte. De todos en su raiz, 0 causa, u origen. Porque todos los males de los hijos de Addn se reducen a uno: la muerte (cf. Beato Orozco, en BAC, ibid., ti p.813 SS.).*
- b) *La muerte es termino y sintesis y acabamiento de todos. Mientras haya pecado habrd muerte. No merece el nombre de Jesûs, el nombre de Salvador, mds que el que triunfe plenamente del pecado y de la muerte: «Por un hombre entrô el pecado en el mundo y por el pecado la muerte» (Rom. 5,12). La doble victoria de Jesûs. Jesûs nuestro Salvador obtuvo plenamente la doble victoria. Triunfô del pecado en la cruz. Triunfô de la muerte en la resurrecciôn gloriosa.*

E. Jesûs nos salvô definitivamente.

- a) *Los hombres a quienes la historia llama salvadores no triunfan de la muerte nunca. Son servidores y esclaves de la muerte misma. Lograrian, en el mejor de los casos, concéder temporalmente paz a un pueblo, veneer 0 alejar un peligro, de una comunidad de hombres; pero siempre a costa de la destrucciôn y la muerte y el exterminio de la parte adversa. No son enemigos de la muerte, son aliados.*
- b) *Serd Salvador de la humanidad el que triunfe de la muerte. «Seré tu muerte, joh muerte!» (Os. 13,14). No cabe otro grito de victoria. Ese grito de victoria no ha resonado aún en el*

1 Cf. La palabra de Cristo: BAC, t.r p.875.

- mundo. «El último enemigo reducido a la nada sera la muerte» (1 Cor. 15,26).*
- c) *Cristo triunfô del pecado, primero, por su muerte en la cruz. Cristo triunfô de la muerte por su resurrecciôn gloriosa.*

VI. Los santos y el nombre de Jesûs.

1489

Los santos han dicho cosas bellisimas y profundas del nombre de Jesûs.

- a) *San Agustin nos dice: «Porque este nombre, Senor, este nombre de mi Salvador, tu Hijo, lo habia yo por tu misericordia bebido piadosamente con la leche de mi madre y lo conservaba en lo mds profundo del corazón; y asi cuanto estaba escrito sin este nombre, por muy veridico, elegante y erudito que fuese, no me arrebatava del todo» (cf. «Confes.» I.3 c.4: BAC, t.2 p.403).*
- b) *San Bernardo dijo cosas dulcisimas, como suyas, del nombre de Jesûs (cf. lecciôn VI de la fiesta del Santisimo Nombre de Jesûs).*

La Iglesia se deshace en dulzuras y alabanzas en las «laudes» de la fiesta del Santisimo Nombre de Jesûs. El testimonio de San Pablo.

- a) *Nadie ha dicho cosas mds altas y profundas del nombre de Jesûs que el apôstol San Pablo en la Epistola a los Filipenses.*
- b) *«Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesûs, quien existiendo en la forma de Dios, no reputô coditiable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadô, tornando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y en la conditiôn de hombre se humillô, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, por lo cual Dios le exaltô y le otorgô un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesûs doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos» (Phil. 2,5-10).*

VII. El gozo de San José.

1490

jQué gozo no experimentaria el patriarca San José, al pronunciar por primera vez en la tierra el nombre de Jesûs, al imponérselo a su divino Hijo! Sin duda, en su esposa Maria y en él se cumpliô anticipadamente el texto de San Pablo.

Momento sublime en el que al oir el nombre de Jesûs ambos esposos cayeron de rodillas delante del Nino.

- a) *Dios por inspiration profética les haria comprender todos los bienes que habian de seguirse a la tierra y al cielo por el dulce nombre de Jesûs.*
- b) *San José, el obediente, experimentaria una alegria singular al contemplar que Dios habia concedido a Jesucristo el nombre de Jesûs como premia a su obediencia hasta la muerte y muerte de cruz.*

***Cuarto dolor y gozo: Oblaciôn generosa y esperanza
cumplida***

1491

texto evangélico.

«Asi que se cumplieron los dias de la purificaciôn, conforme a la Ley de Moisés, le llevaron a Jerusalén para presentarle al Senor, segûn esta escrito en la Ley del Senor «que todo varôn primogénito sea consagrado al Senor», y para ofrecer en sacrificio, segûn lo prescrito en la Ley del Senor, un par de tôrtolas o dos pichones» (Le. 2,22-24).

«Habia en Jerusalén un hombre llamado Simeon, justo y piadoso, que esperaba la consolaciôn de Israel, y el Espiritu Santo estaba en él. Le habia sido revelado por el Espiritu Santo que no veria la muerte antes de ver al Cristo del Senor. Movido del Espiritu Santo vino al templo, y al entrar los padres con el nino Jesûs para cumplir lo que prescribe la Ley sobre El, Simeon le tomô en sus brazos y, bendiciendo a Dios, dijo: Ahora, Seûor, puedes ya dejar ir a tu siervo en paz, segûn tu palabra: porque han visto mis ojos tu salud, la que has preparado ante la faz de todos los pueblos, luz para iluminaciôn de las gentes y gloria de tu pueblo, Israel» (Le. 2,26-32).

«Su padre y su madre estaban maravillados de las cosas que se decian de El. Simeôn los bendijo, y dijo a Maria, su madre: Puesto estâ para caida y levantamiento de muchos en Israel y para blanco de contradicciôn, y una espada atravesarâ tu aima para que se descubran los pensamientos de muchos corazones» (Le. 2,33-35).

«Habia una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, muy avanzada en anos; casada en los dias de su adolescenda, viviô siete aûos con su marido y permaneciô viuda hasta los ochenta y cuatro. No se apartaba dei templo, sirviendo con ayunos y oraciones noche y dia. Como viniese en aquella misma hora, alabô también a Dios y hablaba de El a cuantos esperaban la redenciôn de Jerusalén. Cumplidas todas las cosas segûn la ley del Senor, se volvieron a Galilea, a la ciudad de Nazaret» (Le. 2,36-39).

II. *La escena dei templo.*

1492

- A. Cinco figuras aparecen en esta escena: Jesûs, Maria, José, Simeôn y Ana. La figura central es el Nino. Cuadro de luz y sombras. Se anuncia el dolor; se cumple la esperanza. Cuadro en cuyo fondo se disena la historia de la humanidad, siendo Jesûs el punto central de la misma.
- B. Unos, con Jesûs; otros, contra Jesûs. Para unos, Jesûs vida; para otros, muerte. Para unos, gloria; para otros, la condenaciôn eterna.
- C. Jesûs es signo de contradicciôn.

III. *Sacrificio y fidelidad.*

1493

- A. Cristo va al templo para cumplir la ley. El es la victima prefigurada.
 - a) *En esta primera serial de culto que da el Padre quiere enseñarnos la disposiciôn que hemos de adoptar para consagrarle nuestra nueva vida de cristianos.*
 - b) *Jesucristo se ofrece al Padre con un espiritu de sacrificio que no se reserva nada, y Maria le ofrece con un espiritu de fidelidad, ejemplo del que no nos debe faltar en el servicio del Señor (cf. «Sermons de Massillon», Mystères, second sermon pour la fête de la Purification, p.64-112, Paris 1763) L*
- B. San José participo del mismo espiritu de fidelidad de que participé) Maria.

IV. *La figura de Maria.*

1494

- A. El dolor de José es inseparable del dolor de Maria. Después de Jesûs, la primera figura es Maria. Maria, sometida a la obediencia, da ejemplo altísimo de pobreza y humildad.
- B. Maria, que es la pureza misma, acude a purificarse. Y en los Padres se encuentran estas palabras misteriosas: Maria saliô dei templo mâs purificada. Por encima de la pureza de Maria estâ la pureza de Dios. Y Maria, con este acto de virtud, se acercô mâs a Dios nuestro Señor.
- C. La espada de dolor. Simeôn se refiere a Maria Santísima. Sin embargo, la misma espada atravesô el corazôn de José. La causa del dolor es la misma. Doble:
 - a) *La pasiôn y muerte de Jesûs, veladamente anunciada.*
 - b) *El que la sangre redentora sirva de condenaciôn a muchos hombres por haberla despreciado.*

¹ Cf. *La palabra de Cristo*: BAC, t.i, 2.* ed. p.662.

1405 V. *Ayuno y oraciôn.*

- A. No es posible en esta escena dejar de poner la vista en las virtudes de Ana, que representa el ayuno y la oraciôn.
- B- Dice bella y compendiosamente el P. Granada: «El ayuno mortifica la carne, la oraciôn levanta el espiritu; el ayuno santifica el cuerpo, la oraciôn purifica el aima; el ayuno mortifica las pasiones, la oraciôn hincha el corazôn de buenos deseos...; el ayuno merece las consolaciones, la oraciôn las recibe; el ayuno limpia el aima de los vicios, la oraciôn la hermosea con las virtudes; con el ayuno vence el hombre al demonio, con la oraciôn trinf a de Dios...» (cf. «La palabra de Cristo»: BAC, t.i p.655). Son virtudes tan conexas que nadie perseverará en la mortificaciôn sin la oraciôn, «ni la oraciôn se podría cumplidamente ejercitar sin la templanza del ayuno» (cf. «La palabra de Cristo»: BAC, t.i p.655).

1496 VI. *El gozo de Simeon.*

- A. Simeon representa la esperanza cumplida. La vida de Simeon fué esperanza.
 - a) *Todos los patriarcas y projetas quisieron ver el dia de Cristo y lo vieron en esperanza.*
 - b) *'Abraham, vuestro padre, se regocijó pensando en ver mi dia; lo vió y se alegró. Pero los judios le dijeron: ¡No tienes aún cincuenta anos y has visto a Abraham? Respondió Jesús: En verdad, en verdad os digo: Antes que Abraham naciese, era yo»* (lo. 8,56-58).
- B. Simeôn de un modo especial alimentaba esta esperanza porque sabia que con sus ojos corporales habia de ver al Salvador. Dios le colmó el gozo. Tuvo al Nino en las manos. Presencia la oferta hecha por Maria Santisima. El primer «ofertorio» que se hizo al Padre.
- C. Cumplida su esperanza, para el anciano ha terminado su vida. Simeôn entona el «nunc dimittis... Quia viderunt oculi mei salutare tuum». «Mis ojos han visto tu salud». 'Dimittis in pace». ¡Qué bella salida de la vida! Morir en la paz dei Seftor.

1497 VII. *Comparaciôn con San José.*

El gozo de Simeôn no puede ser comparado con el gozo de San José. Es del mismo género, pero de muy distinto grado.

La Iglesia, en la oraciôn preparatoria de la misa, pone en boca dei sacerdote, en la oraciôn dirigida a San José; «Cuântos patriarcas y profetas quisieron verle y no le veron. nfrle y no le oyeron. Pero tu no solamente le ves

y le oyes, sino que le llevas en tus brazos, le besas, le vistes, le custodias».

San José se uniô con Maria en el ofertorio ofreciéndose él mismo como hostia y ofreciendo lo que de él dependia como padre sobre todos los Cristianos vivos y difuntos.

VIII. *El «nunc dimittis» de San José.*

1498

- A. San José viô llegar a su Hijo a la plenitud de la vida. El Evangelio nos dice que, cumplidos los doce anos, cuando bajô a Jerusalén, «les estaba sometido y obediente».
- B. El Evangelio le llama «el hijo del carpintero». Fundadísima es la tradiciôn de que San José enseñô el oficio a su hijo y que Jesûs trabajaba en el taller con San José. Hay que suponer lógicamente que San José no muriô hasta dejar a Jesûs hecho un hombre. Es decir, hasta cumplir perfectamente su oficio de padre. ¡Cuândo muriô San José? No lo sabemos. La opinion más probable es que muriô antes que comenzara la vida pública de Jesûs. Ya entonces habia terminado su misiôn en la tierra.

IX. *La muerte de San José.*

1499

El «nunc dimittis» de San José es mil veces más bello que el de Simeôn. Sus ojos han visto no un breve rato como Simeôn, sino durante lustros, la salud dei mundo, la luz de las aimas.

San José ha contemplado la participaciôn más alta de esa luz celestial que ha existido, que fué Maria Santísima. San José muere acompañado de los dos. Colmada su esperanza terrena, Maria y Jesûs confortan en él la seguridad de contemplar eternamente a su divino Hijo en la gloria.

La devociôn del pueblo cristiano ha envidiado, pues, la muerte del santo Patriarca. El muriô en una paz incomparablemente más profunda que la del propio Simeôn. Por eso ha hecho del patriarca San José el abogado de la buena muerte. Y los moribundos, para alimentar su esperanza, a la par que invocan a Maria y a Jesûs, unen a estos dos nombres dulcísimos el del patriarca San José.

***Quinto dolor y gozo: Persecución, destierro
desamparo***

1500 I. *Textos:*

- A. «Partido que hubieron, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes buscará al niño para quitarle la vida» (Mt. 2,13).
- B. «Levantándose de noche tomó al niño y a la madre y partió para Egipto» (Mt. 2,14).

1501 II. *El dolor de San José.*

- A. La fuente del dolor nace en este caso de ver perseguido al Niño desde los primeros días de su existencia. Procede, en segundo lugar, de las molestias, sufrimientos, dolores físicos y penas del espíritu que lleva consigo el destierro y el desamparo.
- B. Virtudes del Patriarca. Otra vez resplandece la obediencia del patriarca San José. Del texto se desprende que obedeció al punto. Se levantó «de noche», tomó al niño y a la madre y emprendió el camino de Egipto. Nos dio San José altísimo ejemplo de lo que es la solicitud virtuosa y la confianza en la Providencia divina.

1502 III. *La doble solicitud.*

- A. Hay una doble solicitud.

San Pablo nos dice: «Solicites en conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz» (Eph. 4,3). «El que manda, que mande con solicitud» (Rom. 12,3).

- b) *Jesucristo nos dice: «Ne solliciti sitis» (Mt. 6,25). No tengáis solicitud. San Pedro añade: «No tengáis solicitud. Arrojad todas vuestras preocupaciones en el seno del Señor». Hay, pues, una doble solicitud: una solicitud virtuosa y una solicitud pecaminosa. Una solicitud laudable; otra solicitud reprobable.*

Solicitud virtuosa. Es una parte integrante de la virtud de la prudencia. Consiste en poner con rapidez y eficacia los medios conducentes al fin. San José es advertido de

que tiene que partir para Egipto, se despierta, toma a la madre y al niño y emprende el camino. Fué solicite.

- a) *La solicitud por los bienes temporales es loable cuando ordenada. Porque los bienes temporales tienen que servir a la vida natural, que es necesario y obligatorio sostener. Porque esos bienes facilitan con la tranquilidad del espíritu la práctica de la vida cristiana.*

Cuando se buscan esos bienes para atender decorosamente a los hijos que Dios ha dado al hogar.

2. Cuando se buscan para un bien social.

Cuando se hace para emplearlos en obras de misericordia.

- b) *Todos estos modos de buscar los bienes temporales están ordenados según la voluntad de Dios.*

Solicitud pecaminosa. Dice Santo Tomás: «La solicitud de los bienes temporales es ilícita por tres razones: 1) Si se los busca como fin. 2) Cuando se los busca con excesiva y superflua afición. 3) Cuando se los busca con temor, «cum aegritudine animi» (Cicerón).

IV. *La solicitud de San José.*

San José nos da ejemplo de solicitud virtuosa y de ausencia total de solicitud pecaminosa. San José en esta ocasión puso los medios conducentes al fin. Pero confió en la divina Providencia, en lo que respecta a la seguridad del niño, a los alimentos, a la casa. No contaba con nada, sino con su plena confianza en la providencia amorosa de Dios.

San José practicó la solicitud virtuosa viviendo de su trabajo. No confió la alimentación de María y del Niño a una providencia extraordinaria de Dios, que podía parecer lógico esperar. Sabemos perfectamente por el Evangelio que trabajó honradamente para ganar su pan.

V. *El sermón de la Montana. Comentando el capítulo 6 de San Mateo, dice muy bien Cornelio a Lapide.:* **1504**

- A. «Las palabras griegas μή μεριμνᾶτε significan «no vivir ansiosos» y no excluyen la razonable preocupación por el trabajo y por el futuro, según hubo de explicar ya abundantemente San Agustín en su obra sobre el trabajo de los monjes, escrita en respuesta a cierto monasterio que, apoyándose en nuestras palabras, quería excluir de sus claustros el trabajo».
- B. «No es el trabajo lo que hay que excluir, puesto que es el mejor medio de santificación, y Dios nos ha dado la

¹ Cf. *La palabra de Cristo*: BAC, t.7 p.469, guión 8, II, A, b).

tierra para que nos sustente, a condição de que le arranquemos sus bienes, sino la mentalidad estrecha del que se acongoja y no ve ni piensa más allá de las necesidades materiales de la vida presente».

•Para oponerse a este modo de pensar, Cristo nos da siete razones o argumentos. El primero, contenido en este versículo en sus primeras palabras, se basa en que Dios cuida de nuestros cuerpos; el segundo, contenido en el versículo 26, en el ejemplo de como Dios se preocupa de las aves y las alimenta; el tercero, en el versículo 27, tiene como fundamento que toda nuestra preocupación es inútil sin la ayuda de Dios; el cuarto, que encontramos en el versículo 28, se apoya en el hecho de que Dios viste a los lirios y al heno; el quinto lo hallamos en el versículo 32, afirmando que esa solicitud es propia de paganos y no de cristianos; el sexto, en el mismo versículo, haciéndonos ver que es cosa de Dios, que todo lo sabe y gobierna, el proveer a nuestra comida y darla como anadidura a los que buscan el reino de Dios; el séptimo, en el versículo 34, estableciendo que a cada día le basta su malicia».

«Cristo emplea todos estos argumentos porque la mayor parte de los hombres se afanan con estos excesivos cuidados, y de la mañana a la tarde no hay quien piense ni quien trabaje en otra cosa sino en conseguir su comida y vestido para sí y para los suyos, lo cual constituye una gran miseria y un trabajo más que de asnos» (cf. Cornelio a Lapide *apud*. «La palabra de Cristo»: BAC, t.7 p.357-8,

154L5

confianza en Dios.

San José practicó, pues, la virtud de la confianza en Dios. La confianza no es la esperanza, pero es una condición de la esperanza. Es base y fundamento de la esperanza. La confianza es aquella disposición de nuestro espíritu por la cual tenemos seguridad de que Dios nuestro Señor como Padre no nos negará si nosotros somos verdaderos hijos lo que necesitamos para nuestro provecho espiritual y temporal.

confianza se basa:

En la paternidad divina. Dios es Padre sapientísimo, misericordiosísimo y omnipotente.

- b) *Inmediatamente en los méritos de Jesucristo: *Sic Deus dilexit mundum ut Filium suum Unigenitum daret* (Io. 3,16). Nos dio a su Hijo, y con su Hijo todas las cosas.*
- c) *En nuestros propios méritos. El que es fiel en lo poco, merecerá lo mucho.*

- C. Después de Maria Santisima ^quién pudo comprender y practicar esta teologia como San José?
- a) *La paternidad divina se le muestra reiteradamente por los mensajes evangélicos.*

b) *Los méritos de Jesûs los estd viendo en la misma escena que comentamos: la hulda a Egipto.*
De la fidelidad de su esposa y de su propia fidelidad a Dios nuestro Seflor tenia plena conciencia.

¶1) *San José partiô de noche para Egipto con una confianza ilimitada en la providenda de Dios.*

10

Sexto dolor y gozo: El temor de Arquelao y la alegria de Nazaret

I. El hecho.

1506

- A. Conocemos el texto por el Evangelio de San Mateo.
- B. Dios habia muchas veces a los santos en suenos.
- a) *Es uno forma de inspiradôn que se encuentra en el Antiguo y Nuevo Testamento y en la vida de los santos.*

Por suenos revelô a José, hijo de Jacob, tipo del José esposo de Maria, su futura grandeza.

2. Por suenos revelô a Nabucodonosor su futura desgracia.

3. Por suenos revelô a San Pablo que pasara a Europa y comenzara a evangelizar en Macedonia.

4. Por suenos a Santa Mônica que un dia estarfa San Agustin en la misma linea de santidad en que estaba ella.

b) *Entre los santos modernos son famosos los suerios de San Juan Bosco.*

II. San José recibió una orden.

1507

- A. La perfecta obediencia de San José mereciô esta providenda especialisima. Una intervenciôn directa del cielo le muestra el camino que debe seguir en la tierra.
Las aimas que sinceramente buscan a Dios nuestro Senior encuentran con frecuencia por medios extraordinariamente marcados el camino de su divina voluntad. Sobre todo cuando un aima es obediente a una inspiradôn celestial tiene mucho adelantado para merecer la inspiraciôn siguiente.
- C. El Espiritu Santo esta muy cerca de las aimas. Y unas veces les habia en sueftos y otras por consolaciones y desolaciones (San Ignacio), y otras por visiones, como es tan frecuente en la vida de los santos.

1508 III. *Obediencia discreta.*

El ângel le manda ir a la tierra de Israel. San José temió. Supo que allí estaba Herodes. El temor de San José era prudente. San José quiso asegurarse antes de terminar su camino. Fué cauto.

La cautela es parte integrante de la virtud de la prudencia. La cautela prevé los peligros y los evita.

Acudió, sin duda, a la oración y mereció que Dios le hablara nuevamente en sueños y le concretara todavía más su orden. Le señala el término de su viaje. Debe ir a Nazaret.

1509 IV. *San José en Nazaret.*

A. Por consiguiente, cuatro veces habló Dios a San José:

- «No temas aceptar a María* (Mt. 1,20).
- b) 'Huye a Egipto» (Mt. 2,13).
- Vuelve a Israel (Mt. 2,20).
- d) Retirate a Galilea. A Nazaret (Mt. 2,23).

Cuatro c S sabemos por el Evangelio de la vida de San José en Nazaret.

- Que allí trabaja en su oficio; *faber* (Mt. 13,54).
- b) Que Jesucristo le estaba sujeto. 'Subditus illis* (Le. 2,51).
- Que Jesucristo no hizo estudios (Io. 7,15).
- d) Que fué también obrero e hijo del obrero (Mt. 13,55).
- Que San José era el cabeza de familia lo demuestra el que él recibe las órdenes directamente de Dios nuestro Señor. Dios gobierna por los constituidos en autoridad.

1510 V. *San José trabaja.*

El trabajo es ley divina. Cristo trabajó también con San José.

La Sagrada Escritura condena la ociosidad. El siervo perezoso que no cultiva su talento es arrojado a las tinieblas exteriores (Mt. 25,30; cf. Le. 19,22-24).

De ley ordinaria, el que no trabaja está muy lejos de ser un cristiano perfecto. El trabajo es fuente de virtud.

Es triste que se haya alejado de la Iglesia una parte grande de los hombres que viven de su trabajo, de los hombres, diríamos, naturalmente virtuosos.

1511 VI. *No todo trabajo es cristiano.*

La esclavitud de suyo no lo era. No es trabajo libre. No es trabajo digno. Sin embargo, ese mismo trabajo puede ennoblecerse viendo en él a Cristo.

Pablo, que trabajô también, se cuidô de ennoblecer el trabajo dei esclavo (Epistolas a Filemôn, a los Colosenses y a los Efesios).

VII. *Trabajo perfecto el de San José.*

1512

A. Hay que ennoblecer el trabajo:

- a) *Desde luego, en un orden técnico: racionalizaciôn, productividad, condiciones del trabajador, etc., etc.*
- b) *También en un orden moral: justa retribuciôn del trabajo, horas prudentes, trabajo adecuado a la condiçiôn, a la edad, etc. Pero, sobre todo, en un orden espiritual: San José nos ofrece la suma perfecciôn del trabajo.*

San José trabaja:

- a) *Porque es la voluntad de Dios.*
- b) *Colaborador de Dios en el trabajo, hasta materialmente tiene al mismo Dios trabajando con él. Pero todo hombre espiritualmente puede ser colaborador de Dios.*
*Para alimentar a Dios: San José trabaja para alimentar al Nino Dios. Pero los que cumplen el precepto de San Pablo: *El que robaba, ya no robe; antes bien, afdnese trabajando con sus manos en algo de provecho de que poder dar al que tiene necesidad» (Eph. 4,27), también trabajan para mantener al pobre.*
- d) *En presencia de Dios: San José trabaja en presencia de Dios y de Maria Santisima. Todos podemos trabajar en presencia de Dios.*

Todos podemos imitar a San José en la incomparable alcumia de su trabajo.

VIII. *Trabajo, amor; trabajo, oraciôn.*

- A. San José cumpliô perfectamente toda su vida el precepto que habia de dar el Apôstol: «Todo lo que hagâis hacadlo de corazôn, como obedeciendo al Senor y no a los hombres» (Col. 3,23).
- B. Trabajô por amor.
 - a) *El trabajo en San José es un acto constante de amor.*
 - b) *El trabajo en San José es un acto de oraciôn.*

IX. *Dolor y gozo de San José.*

1514

- A. El dolor inmenso de San José al tomar al Nifto y emprender un viaje de vuelta a una tierra donde le amenazaba un peligro cierto se trocô en un gozo inefable, en el gozo mâs grande que hay entre los placeres humanos, el hechizo incomparable de la vida honrada del hogar. Donde no falta pan porque no falta trabajo. Donde el amor mutuo de los esposos, de los padres con los hijos y de los

- hijos con los padres esta consagrado por el amor de Dios.
- B. No ha existido en la tierra morada más feliz que la casa de Nazaret, donde descansô de su vida de trabajo el amable obrero, padre de nuestro Senor Jesucristo.

1515 X. *Muerte de San José.*

- A. No consta como murió San José. Pero la tradición cristiana le hace morir en Nazaret, acompaftado de Jesûs y de Maria.
- R. No puede ser más lôgica esta devociôn popular en la Iglesia universal. Por eso San José es el Patrono de la buena muerte.

11

Séptimo dolor y gozo: El nino perdido y hallado en el templo

1516 I. *Texto: cf. San Lucas c.2:*

«Sus padres iban cada ano a Jerusalén en la fiesta de la Pascua. Cuando era ya de doce anos, al subir sus padres, segun el rito festivo, y volverse ellos, acabados los dias, el nino Jesûs se quedô en Jerusalén, sin que sus padres lo echasen de ver» (v.41-43).

«Pensando que estaba en la caravana, anduvieron camino de un dia. Buscâronle entre parientes y conocidos, y al no hallarle, se volvieron a Jerusalén en busca suya» (v.44-45).

«Al cabo de très dias le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntândoles. Cuantos le oian quedaban estupefactos de su intcligencia y de sus respuestas» (v.46-47).

«Cuando sus padres le vieron se maravillaron, y le dijo su madre: Hijo, <por qué nos has hecho asi? Mira que tu padre y yo, apenados, andâbamos buscândote. Y El les dijo: ^Por qué me buscabais? <No sablais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre? Ellos no entendieron lo que les decia» (v.48-50).

«Bajô con ellos y vino a Nazaret, y les estaba sujeto, y su madre conservaba todo esto en su corazôn. Jesûs crecia en sabiduria y edad y gracia antre Dios y ante los hombres* (v.51-52).

[I. *Subrayarnos de este texto las palabras de Maria Santisima: tTu padre y yo, con dolor, te estàbamos buscando**.

- A. En esta frase se encuentra el panegirico de San José. Un panegirico el mäs perfecto y mäs alto que se ha hecho de ningùn santo. El panegirico estâ hecho por Maria Santisima.
- B. Maria habia pocas veces. Siete veces en el Evangelio. Pero una de ellas quiso hacerlo para ensalazr el grado de santidad de su esposo.

III. *Veamos todas las ideas encerradas en las palabras de Maria:* 1518

- A. Paternidad de San José: «Tu padre y yo». Consagra la paternidad de San José. La palabra «padré» en labios de Maria tiene una significaciôn plena en el orden espiritual, moral y afectivo.
- B. Preferencia: Le honra de tal manera que le pone por delante. Y, en efecto, la preferencia le correspondra a San José, no en el orden de la santidad, sino en un orden externo juridico, familiar social.

Fusiôn de corazones: Es verdadero esposo de Maria. Ambos corazones estân unidos, y estân unidos en lo que parece que une mäs a los corazones, el profundo dolor. Es mäs intima la compcnetraciôn del dolor en sus horas mäs agudas que la compenetraciôn en las horas de gozo. Pues con dolor Maria y José estaban unidos, y Maria lo proclama.

Fundidos en el amor propio de los padres: Estân fundidos por la pérdida del hijo. El mayor dolor que los padres pueden tener en la tierra. Mucho mäs cuando el hijo que se pierde es divino; es el mismo Dios.

Causa del dolor: La ausencia de Jesûs.

- a) *Asi como el amor espiritual es incomparablemcnte superior al amor puranienle natural, es, como dicen los santos, verdadero amor, «al cual los amores de la tierra le tienen usurpado el nombre» (Santa Teresa); «el que ama con amor espiritual necesitarla tener dos corazones: uno de came para amar; otro de hierro para recibir los Kolpes por la pérdida de los hijos espiritualcs» (Beato Juan de Avila).*
- b) *iQ.oé amor espiritual comparable al que Maria y José tenían a Jesûs, su Dios y su Hijo? <iQuc\ dolor comparable al de ambos esposos? iQuéfusion andloga a la de estos dos corazones?*

Unidos en la misma duda angustiosa: «Hijo, êpor qué lo lias hecho asi con nosotros?», dice Maria.

- a) «Con nosotros»; con los dos. Maria se hace intérprété del dolor de José.

yESTIVIDAD DE SAN JOSE

- b) *Maria refiere a los dos la conducta de Jesûs. No son dos; son uno solo.*

Unidos en la misma acciôn: «Te estâbamos buscando».
Unidos en la prudencia: Poniendo en prâctica los mismos medios.

- a) *La acciôn es buscar a Dios. Lo mds alto que puede realizarse después de gozar de El por el amor y la uniôn de caridad.*
- b) *Lo mds digno de los santos. El empleo mds sabio: buscar a Dios. Maria y José juntos buscando a Dios.*

Esta uniôn se puede decir que dura toda la vida. La conocemos porque Maria la expresa. Pero brota dei texto mismo del Evangelio la fusion de los corazones de los dos esposos.

- a) *Unidos estaban en el dolor, en el temor, en la preocupaciôn, en la acciôn, en el gozo.*
 - En la casa de Nazaret.
 - 2. En el viaje a Belén.
 - 3. En la noche del nacimiento.
 - En el dia de la presentaciôn en el templo.
 - 5. En la huida a Egipto.
 - 6. En la vuelta de Egipto.
 - 7. Ante la profecia de Simeôn.
 - 8. En la escena dei templo que relatamos.
- b) *Comparten la autoridad y la responsabilidad.*
En fin, estuvieron unidos en el gobierno de la casa. Estuvieron unidos en el gobierno de Jesûs. Jesûs estaba 'subditus illis», sometido a ellos. A José y a Maria. Al padre y a la madré.
- d) *En la casa cristianamente ordenada, la autoridad del padre y de la madré se funde y es una sola. La madré apoya la autoridad del padre. El padre respalda la autoridad de la madré.*

IV. Paternidad de San José.

Lo dicho confirma plenamente lo que los santos escriben de la paternidad de San José. Fué una auténtica y verdadera paternidad. Tuvo corazôn de padre para con su Hijo. Amô con amor idéntico al que los padres aman a los hijos.
Su vida entera respecto de Jesûs fué la vida mäs perfecta que ningûn padre ha desempenado en la tierra respecto de sus hijos.
La paternidad de San José es el titulo que el Santo tiene en la gloria para disponer de la omnipotencia divina.
La Iglesia modema, sobre todo a partir de Santa Teresa, ha comprendido esto muy bien, y, después de la devociôn a la Madré de Dios, la mäs extendida en la tierra es la devociôn al santo Patriarca de Nazaret.

TEMAS PREDICABLES EN ESTA HOMILIA

- La fiesta y el culto de Todos los Santos
- El sermôn de la Montana.
- Las bienaventuranzas.
- La felicidad del cielo.
- La perfecciôn cristiana.
- Las aureolas de los santos.

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

I. PARTES VARIABLES DE LA MISA

1520

Introitus.—Gaudeamus omnes in Domino, diem festum celebrantes sub honore Sanctorum omnium: de quorum solemnitate gaudent angeli et collaudant Filium Dei.—Ps. 32,1: Exsultate, iusti, in Domino; rectos decet collaudatio. Gloria Patri...

Oremus. — Omnipotens sempiternus Deus, qui nos omnium Sanctorum tuorum merita sub una tribuisti celebritate venerari: quaesumus, ut desideratam nobis tuae propitiationis abundantiam, multiplicatis intercessoribus, largiaris. Per Dominum...

Grad.—Ps. 33,10 et 11: Time te Dominum, omnes sancti eius: quoniam nihil deest timentibus eum. Inquirentes autem Dominum, non deficient omni bono. Alleluia, alleluia.—Mt. 11,28: Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos. Alleluia.

Ofert.—Sap. 3,1-2 et 3: Iustorum animae in manu Dei sunt, et non tanget illos tormentum malitiae: visi sunt oculis insipientium mori, illi autem sunt in pace. Alleluia.

Seer.—Munera tibi, Domine, nostrae devotionis offerimus: quae et pro cunctorum tibi grata sint honore iustorum, et nobis salutaria, te miserante, reddantur. Per Dominum...

Comm.—Mt. 5,8-10: Beati mundo corde, quoniam ipsi Deum videbunt; beati pacifici, quoniam filii Dei vocabuntur; beati qui persecutionem patiuntur propter iustitiam, quoniam ipsorum est regnum caelorum.

Introito.—Gocémonos todos en el Señor al celebrar esta fiesta en honor de todos los santos, de cuya solemnidad se alegran los ángeles y juntos alaban al Hijo de Dios.—Alborozaos, justos, en el Señor; a los rectos conviene alabarle. Gloria al Padre...

Oremos.—Omnipotente sempiterno Dios, que nos has dado celebrar en una solemnidad los merecimientos de todos tus santos: rogámoste que, por los ruegos de tantos intercesores, nos concedas abundantemente tu deseada misericordia. Por Nuestro Señor Jesucristo...

Grad.—Temed al Señor todos sus santos, porque nada falta a los que le temen. Los que buscan al Señor, no carecerán de bien alguno. Aleluya, aleluya.—Venid a mi todos los que estais trabajados y cargados, y yo os aliviaré. Aleluya.

Ofert.—Las almas de los justos están en manos de Dios y no les llegará tormento que les dane; a los ojos de los necios pareció que morían, pero descansan en paz. Aleluya.

Secr.—Ofrecémoste, Señor, los dones de nuestra devoción, los cuales te sean gratos en honor de todos los justos, y a nosotros, por tu misericordia, saludables. Por Nuestro Señor Jesucristo...

Com.—Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios; bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios; bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Poscom.—Rogâmoste, Sehor, concedes al pueblo tiel que se goce siempre en venerar a todos los santos y por sus plegarias sea continuamente protegido. Por Nuestro Senor Jesucristo...

Postconim.—Da, quaesumus, Domine, fidelibus populis omnium Sanctorum semper veneratione laetari, et eorum perpetua supplicatione muniri. Per Dominum...

1521

II. EPISTOLA

(Apoc. 7*2-12)

2 Vi otro ângel que subia dei naciente dei sol, y tenia el sello de Dios vivo, y gritô con voz fuerte a los cuatro ângeles a quienes habia sido encomendado danar a la tierra y al mar, diciendo:

3 No hagâis dano a la tierra, ni al mar, ni a los ârboles, hasta que hayamos sellado a los siervos de nuestro Dios en sus frentes.

4 Oi que el nûmero de los sellados era de ciento cuarenta y cuatro mil sellados, de todas las tribus de los hijos de Israel.

5 De la tribu de Judâ, doce mil sellados; de la tribu de Ruben, doce mil; de la tribu de Gad, doce mil;

6 de la tribu de Aser, doce mil; de la tribu de Neftali, doce mil; de la tribu de Manases, doce mil;

7 de la tribu de Simeôn, doce mil; de la tribu de Levi, doce mil; de la tribu de Isacar, doce mil;

8 de la tribu de Zabulon, doce mil; de la tribu de José, doce mil; de la tribu de Benjamin, doce mil.

9 Después de esto miré, y vi una muchedumbre grande, que nadie podia contar, de toda naciôn, tribu, pueblo y lengua, que estaban delante del trono y del Cordero, vestidos de tûnicas blancas y con palmas en sus manos.

10 Clamaban con grande voz, diciendo: Salud a nuestro Dios, al que estâ sentado en el trono, y al Cordero.

11 Y todos los ângeles estaban en pie alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro vivientes, y cayeron sobre sus rostros delante del trono y adoraron a Dios

2 Et vidi alterum Angelum ascendentem absortu solis, habentem signum Dei vivi: et clamavit voce magna quattuor Angelis» quibus datum est nocere terrae et mari,

3 dicens: Nolite nocere terrae et signemus servos Dei nostri in frontibus eorum.

4 Et audivi numerum signatorum centum quadraginta quattuor millia signati, ex omni tribu filiorum Israel.

5 Ex tribu Iuda duodecim millia signati: ex tribu Ruben duodecim millia signati: ex tribu Gad duodecim millia signati:

6 ex tribu Aser duodecim millia signati: ex tribu Nephthali duodecim millia signati: ex tribu Manasse duodecim millia signati:

7 ex tribu Simeon duodecim millia signati: ex tribu Levi duodecim millia signati: ex tribu Issachar duodecim millia signati:

8 ex tribu Zabulon duodecim millia signati: ex tribu Ioseph duodecim millia signati: ex tribu Benjamin duodecim millia signati.

9 Post haec vidi turbam magnam quam dinumerare nemo poterat ex omnibus gentibus, et tribubus, et populis, et linguis: stantes ante thronum, et in conspectu Agni, amicti stolis albis, et palmae in manibus eorum:

10 et clamabant voce magna dicentes: Salus Deo nostro, qui redet super thronum et Agno.

11 Et omnes Angeli stabant in circuitu throni, et seniorum, et quattuor animalium: et ceciderunt in conspectu throni in facies suas, et adoraverunt Deum,

12 dicentes: Amen. Benedictio
"IX ii
Deo nostro in saecula saeculorum.
Amen.

12 diciendo: Amén... Bendiciôn,
y *?bid-ta:* *de*
honor, poder y fortaleza a nuestro Dios
por los siglos de los siglos. Amén.

ni. EVANGELIO

(Mt. 5,1-12)

1Videns autem Iesus turbas, ascendit in montem, et cum sedisset, accesserunt ad eum discipuli eius,
2 et aperiens os suum docebat eos dicens:
3Beati pauperes spiritu: quoniam ipsorum est regnum caelorum.
4Beati mites: quoniam ipsi possidebunt terram.
5Beati qui lugent: quoniam ipsi consolabuntur.
6Beati qui esuriunt, et sitiunt iustitiam: quoniam ipsi saturabuntur.
7Beati misericordes: quoniam ipsi misericordiam consequentur.
8Beati mundi corde: quoniam ipsi Deum videbunt.
9Beati pacifici: quoniam filii Dei vocabuntur.
10 Beati, qui persecutionem patiuntur propter iustitiam: quoniam ipsorum est regnum caelorum.
11Beati estis cum maledixerint vobis, et persecuti vos fuerint, et dixerint omne malum adversum vos mentientes, propter me:
12 gaudete, et exultate, quoniam merces vestra copiosa est in caelis.

1Viendo a la muchedumbre, subió a un monte, y cuando se hubo sentado, se le acercaron los discipulos;
2y abriendo El su boca, les enseñaba diciendo:
3Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.
4Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.
5Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.
6Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos.
7Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.
8Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.
9Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.
10 Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque suyo es el reino de los cielos.
11Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal por mi.
12 Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra K-compensa.

SECCION II. CO.MENTARIOS GENERALES

1523

I. SITUACION LITURGICA

A) *Historia de la festividad*

Para conocer la historia de la fiesta de Todos los Santos transcribimos literalmente una pagina de Schuster en el *Liber Sacramentorum* (cf. t.g p.103): «Ya en el siglo IV aparece en Siria una fiesta colectiva en honor de todos los m rtires, relacionada con el triunfo pascual del Redentor. Los bizantinos la celebraban en la dominica que sigue a la fiesta de Pentecostés, y este uso llegó a introducirse también en Roma, según lo atestigua el más antiguo «cornes* del conocido códice de W rzburgo, publicado por dom Morin: *Dominica in Natale Sanctorum*.

Mas esta fiesta, trasplantada de Bizancio a las orillas del Tiber, tuvo muy corta duraci n. Una antigua tradici n imponia a los romanos en la semana de Pentecostés el solemne ayuno de las tr s t mporas, con la gran velada dominical de San Pedro, y resultaba imposible c lebrer en aquella misma manana la solemnidad de *Todos los Santos* después de tanta fatiga.

Hubo, pues, que renunciar al uso bizantino y contentarse con la fiesta del 13 de mayo en honor de los m rtires, que habia sido instituida por Bonifacio IV al consagrar el Pante n al culto cristiano.

Entre tanto, la idea de una solemnidad colectiva de *Todos los Santos*, no ya sólo de los m rtires, fué abriéndose camino. Mientras en el Oriente los iconoclastas destruian sagrados iconos y reliquias, y en Italia, en el mismo Lacio, estaban los cementerios relegados al abandono a causa de las continuas incursiones de los longobardos por la campina romana, Gregorio III erigi  en San Pedro un oratorio expiatorio en honor de Todos los Santos, así m rtires como confesores, muertos por todo el orbe. Para la celebraci n del oficio lit rgico en aquel santuario vaticano habia destinado un coro de monjes, quienes cada dia en la misa hacian una especial conmemoraci n de Todos los Santos cuyo natalicio se celebrase aquel dia en las diferentes iglesias de la catolicidad.

No est  dei todo claro cómo fué inducida Roma a celebrar en las calendas de noviembre la fiesta de Todos los Santos. En cambio, se efectuó durante el pontificado de Gregorio IV (827-844), y en ello actu  también Ludovico Pio y el episcopado franco, mas no se ha llegado a demostrar de una manera terminante que la iniciativa procediese del papa más bien que del emperador. Luego, Sixto IV anadi  a la fiesta el séquito de una octava».

B) Su carácter liturgico

1524

La proximidad de la Conmemoración de los Fieles Difuntos ha dado a esta fiesta un matiz triste y lùgubre, con la preparación de los crisantemos que han de adornar las sepulturas, las visitas al cementerio y otras costumbres religiosas populares. Sin embargo, la fiesta de hoy es una de las que más debieran colmar nuestro corazón de alegría. *Gaudeamus omnes* (introito). Hoy se completa la glorificación de Cristo por la pléyade de santos (*turbam magnam*), que son su triunfo y su corona. Hoy aparece la Iglesia adomada de una luminosa aureola de santidad. Hoy es el día de nuestro padre o nuestra madre o del amigo bueno que viviô con nosotros dándonos con su vida ejemplos de virtud y ahora duermen en el Señor. Hoy es, en fin, nuestra fiesta, porque esperamos en Jesucristo que un día, por su misericordia, entre el número de santos a los que la Iglesia venera estaremos también nosotros.

Por tanto, la predicación más acertada será la que se oriente a levantar los corazones de los fieles con una firme esperanza, de la que brotará, en consecuencia, la sana alegría con que hoy se regocija la Iglesia.

H. APUNTES EXEGETICO-MORALES

El Evangelio: El sermon de la Montana

(Cf. RicciOTil, *Vida de Jesucristo* [ed. Miracle, Barcelona 1946] p.351-358.)

A) Declaración de programa

1525

«La elección de los doce fué una elección material que habria valido de poco si no fuese seguida de una espiritual, o sea de una información doctrinal. Pese a su afecto por el Maestro, los doce debian estar muy escasamente informados acerca de su pensamiento y con certeza se habrian hallado en una seria dificultad si cualquier docto fariseo les invitase a hacer una exposición precisa y completa de las doctrinas de Jesûs. Le habian visto ejecutar milagros para favorecer a los afligidos; le habian oido expncarse como *teniendo autoridad* y afirmar principios de bondad y justicia; ellos mismos se habian sentido dominados por El y a El atraídos, y le amaban cordialmente; ello era todo cuanto hubieran podido decir. Pero tal conjunto resultaba demasiado insuficiente el día que fueron elegidos cooperadores suyos, y tampoco Jesûs les habia hecho ninguna comunicación secreta sobre sus enseñanzas e intenciones.

Además, también para el pueblo era necesaria una exposición fundamental de la doctrina de Jesûs, porque el pueblo, que hasta entonces le oyera predicar ocasionalmente, debia tener sobre El una idea todavia más imprecisa y vaga que la que tenian los doce. La hostilidad siempre creciente de escribas y fariseos hacia también oportuna una declaración de programa, a fin de que las respectivas posiciones quedasen netamente definidas. Ciertamente que el pueblo habia seguido en seguida que Jesûs *les enseñaba... no como los*

escribas; pero si el pueblo hubiese de descender a detalles anotando los puntos de acuerdo y los de disensiôn entre Jesûs y los fariseos, habria quedado, sin duda, mäs confuso aún que los doce.

A llenar estas diversas exigencias atendiô el sermôn de la Montana.

Jesûs ahora era ya bien conocido no sôlo en Galilea, sino también fuera de ella... Grupos de gentes salian de aquéllos países en busca del profeta galileo para verle y *oirle*, pero a la vez, y aún mäs, para *ser curados de sus enfermedades* (Le. 6,18). Las oleadas de gente debieron sucederse y crecer por algùn tiempo, hasta que un dia Jesûsjuzgô oportuno pronunciar ante la numerosa multitud y los doce el discurso expositivo de su programa».

1526

B) El lugar

«Los tres sinôpticos indican como lugar del sermôn *la montana*, con el artículo, pero sin una determinaciôn precisa; fué, pues, una de las colinas de Galilea. La tradiciôn que supone ser esta colina el actual «Monte de las Bienaventuranzas* tiene en su favor razones no despreciables... La montana seria la colina de unos 150 metros de altura situada en la orilla occidental del lago de Tiberiades, sobre Tabgha, y distante unos 13 kilômetros de Tiberiades y aproximadamente tres de Cafamaüm. El lugar exacto del sermôn no seria la cima de la colina..., sino un punto algo mäs bajo, en una explanada al sudeste de la colina...»

1527

C) Las recensiones de Mateo y Lucas

♦Del sermôn de la Montana tenemos dos recensiones, la de Mateo y la de Lucas, bastante diferentes entre si. La principal diferencia estriba en la cantidad y disposiciôn de la materia, ya que la recensiôn de Mateo es sobre très veces y media mäs amplia que la de Lucas (107 versiculos contra 30). Sin embargo, Lucas, en compensaciôn, transcribe en otras circunstancias de la vida de Jesûs amplias partes del discurso tal como nos es transmitido por Mateo (unos 40 versiculos)...

Se puede admitir sin dificultad que acaso Lucas separase del sermôn de la Montana algunos pasajes refiriéndolos en otras circunstancias históricas, y, por el contrario, que Mateo englobara en el sermôn sentencias pronunciadas por Jesûs en otras ocasiones. Para citar sôlo un ejemplo del segundo caso, vemos que Mateo incluye la oraciôn del *Padrenuestro* en este sermôn (6,9-13), mientras Lucas la sitúa mucho mäs tarde, en el segundo aô, adentrado ya, de la vida pública de Jesûs y pocos meses antes de su muerte... Ciertamente, es posible que Jesûs enseñara mäs de una vez el *Padrenuestro*...

Otra y mayor posibilidad es que el sermôn, tal como lo pronunciô Jesûs, fuese mäs amplio que cada una de las dos recensiones actuales. La de Mateo, que es la mäs extensa, se podria recitar hoy en alta voz como predicaciôn a una multitud en veinte minutos, y añadiéndole las pocas sentencias particulares de Lucas se prolongaria sôlo en tres o cuatro minutos, lo que no era, en verdad, una predicaciôn muy prolongada para quienes venian de lejos a escuchar a Jesûs. Es, pues, muy probable que este discurso fundamental fuera referido en la primitiva catequesis oral de manera mucho mäs amplia de como hoy lo poseemos y que, mientras Marcos prescindia de él casi totalmente, los otros dos sinôpticos reprodujeran sôlo aquellas de sus

partes que mejor respondían a sus propios objetivos. Además, posteriormente, pudo muy bien Jesûs, al presentârsele oportunidad, volver sobre algunos puntos de su exposiciôn programâtica, quizá repitiendo las mismas sentencias y empleando las mismas comparaciones, como han hecho siempre los maestros de todas las edades y de cualquier materia.

En resumen, la recensîon segûn Matco parece la mäs cercana a la forma que el sermôn tenía en la primitiva catequesis, y por tanto es la mäs idônea para ser elegida como base».

D) Majestuosa sinfonia

1528

«Empleando una terminología musical, el sermôn de la Montana puede compararse a una majestuosa sinfonia que desde los primeros compases, sin preparaciôn inicial y con el empleo simultâneo de todos los instrumentos, enunciara con precision nitidísima sus ternas fundamentales, que son los temas mäs inesperados e inauditos de este mundo, totalmente distintos de cualquier otro tema formulado nunca por ninguna orquesta, y, sin embargo, presentados como si fuesen los temas mäs espontâneos y naturales para un oído bien cultivado. Y, en realidad, hasta el sermôn de la Montana todas las orquestas de los hijos del hombre, aun entre variaciones de otro género, habian anunciado al unisono que la bienaventuranza consiste para el hombre en la dicha, la saciedad es producida por saturaciôn, el placer es el efecto de la satisfacciôn y el honor consecuencia de la estima. Por el contrario, y desde los primeros compases de su obertura, el sermôn anuncia que la bienaventuranza consiste para el hombre en la infelicidad, la saciedad en el hambre, el placer en la insatisfacciôn, el honor en la desestima; todo, empero, con miras al premio futuro. El oyente de la sinfonia queda consternado ante la enunciaciôn de semejantes temas, pero la orquesta prosigue, imperturbable, volviendo sobre cada singular enunciado, escogiéndolos uno a uno, remachândolos, bordando variaciones en torno a ellos. Recoge luego en el sonido del metal otros temas timidamente insinuados por la cuerda, los corrige, los transforma, los sublima lanzândolos sobre altísimas cumbres, sumerge en un fragor de tonos algunas viejas resonancias de lejanas orquestas, excluyéndolas de su cuadro sinfônico, y funde luego el todo en una oleada sonora que, subiendo por encima de la humanidad real y dei mundo material, alcanza y se vuelca sobre una humanidad ya no humana y sobre un mundo inmaterial y divino».

E) La mäs amplia paradoja

1529

«Los antiguos estoicos habian llamado paradoja al enunciado que iba contra la opiniôn común. En este sentido, el sermôn de la Montana es la mäs amplia y radical paradoja que se haya enunciado jamás. Nunca se pronunciô sobre la tierra discurso mäs desconcertante o, mejor dicho, mäs subversivo que éste. Lo que antes todos llamaban blanco es llamado aqui no gris u oscuro, sino francamente negro, mientras lo negro es precisamente llamado blanco. El antiguo bien es aqui situado en la categoria del mal y el antiguo mal en la del bien. Donde antes se sublimaba la cumbre se sitúa ahora la base y donde se ahondaba la base se coloca ahora la cumbre. Comparadas con la rev[^]iôn que se contiene en el sermôn de la Montana,

las máximas revolutiones operadas por el hombre sobre la tierra parecen batallas ficticias de ninos en cotejo con la de Cannas o la de Gaugamela.

Y esta subversion es presentada no como consecuencia de largas investigaciones intelectuales, sino con un tono rcsueltamente imperativo que se apoya sólo en la autoridad del orador. «Esto es asi porque os lo digo yo, Jes  s». «Otros os han dicho blanco, pero yo, Jes  s, os digo negro». «Os ha sido présenta la suma de cincuenta, pero ésta esta bien sólo en parte, y yo, Jes  s, os prescribe la suma total de ciento».

1530

F) La nueva ordena  n

«; Y cuáles son las sanciones de esta nueva ordena  n? No existen sanciones humanas, sino sólo divinas; no sanciones terrenas, sino sólo ultraterrenas.

Los pobres son bienaventurados porque de ellos es el reino de los cielos, mas no uno de la tierra; los que sufren son bienaventurados porque ser  n consolados, pero en un lejano futuro no precisado; los puros de coraz  n son bienaventurados porque ver  n a Dios, pero no porque su pureza sea estimada ni elogiada por los hombres; y, en general, todos los afligidos por su amor a la justicia son bienaventurados, pero nuevamente porque de ellos es el reino de los cielos y no porque les espera una amplia recompensa en la tierra. Asi que la nueva ordena  n promulgada por Jesús tiene una base juridica regular sólo para los que acepten y esperen el reino de los cielos. En cambio, un Nicodemo cualquiera que, *nacido de la came* y viendo solamente materia no acepte ni espere un reino de los cielos, encontrar   que el ordenamiento de Jesús carece de base y es, más que una paradoja, un franco absurdo; pero precisamente la razón de esta repuisa habia sido prevista y explicad   por Jesús cuando en su coloquio con Nicodemo le advirtiera que *ninguno que no haya nacido de lo alto puede ver el reino de Dios, porque lo nacido de la carne es came y lo nacido del Esp  ritu es esp  ritu...* (Io. 3,5-6)».

1531

G) Desarrollo del sermon de la Montana

«El serm  n de la Montana se desarrolla conforme a un esquema bastante claro, sobre todo en la recension seg  n Mateo...

El pr  logo, que entra en seguida *in medias res* de la manera más resuelta, est   representado por las bienaventuranzas (5,3-12). Lo mismo sucede en Lucas (6,20-26), si bien con divergencias. En Mateo, la bendici  n *bienaventurados...* se repite nueve veces, pero las bienaventuranzas en substancia son sólo ocho, ya que la   ltima constituye casi una repetic  n de la penúltima y una especie de resumen de todas las precedentes. En Lucas, la bendici  n sólo se repite cuatro veces, pero en seguida se anaden cuatro maldiciones: *  Ay de vosotros...!*, dirigidas a los contrarios de los bendecidos antes. Esta forma literaria con la que se comenzaba afirmando una idea y a continuaci  n se negaba la opuesta se halla usadisima en la poesia biblica (*paralelismo antit  ticoj* ; pero más importante aún es notar que precisamente en antiguas promulgaciones de la Ley mosaica se habia seguido la misma altemativa de bendiciones y maldiciones (Deut. 11,26-28; 27,12-13; 28,2 ss. y 15 ss.; los. 8,33-34). Y puesto que el serm  n de la Montana quiere ser indudablemente-.tanto por el contenido como por el escenario, el contrapuesto

mesiánico a la Ley mosaica, es muy probable que su prôlogo en la primitiva catequesis consistiese en una lista de bienaventuranzas seguidas o altemadas con otras tantas maldiciones. Mateo extrajo de este complejo sôlo ocho bienaventuranzas, y Lucas sôlo cuatro, pero reforzadas por cuatro maldiciones...

Jesûs no es un demoledor de la Ley, sino un renovador que en parte suprime y en parte conserva perfeccionando (Mt. 5,17-20). La Ley mesiánica perfecciona la mosaica en los preceptos de la concordia, de la castidad, dei matrimonio, del juramento de la venganza y de la caridad (ibid., 21-48). Supera en gran manera las costumbres de los fariseos respecto a la limosna, a la oraciôn y al ayuno (6,1-18). Es, para quien la recibe, el único y verdadero tesoro y libra de todas las demâs preocupaciones (ibid., 19-34). Exige una caridad mäs perfecta y una oraciôn mäs insistente (7,1-12). Es una puerta angosta, pero libra de los falsos profetas y lleva a cumplir buenas obras (ibid., 13,23). En conclusiôn, la nueva Ley es una casa construida sobre la roca viva y resistirá, por lo tanto, a los huracanes (ibid., 24,27).

Ya de este rápido sumario resulta évidente que el sermôn de la Montana tiene, entre otros objetos, el de presentarse como un contraste no destructivo, sino perfectivo de la Ley de Moisés».

SAN AGUSTIN

Las bienaventuranzas

Extractamos el sermôn 53, que amplia la doctrina expuesta en el libro *Sobre el sermôn de la Montana* (cf. PL 38,364-372).

1533

A) Deseo universal de la felicidad

♦Vamos a hablar de lo que puede producir la vida feliz, esa vida feliz que no hay quien no desee. Es imposible encontrar quien no quiera ser feliz. Pero, ¡ay !, ojalâ que los hombres, asi como aman el premio, no rechazaran el trabajo que lo merece. (¡Quién es el que no corre con todas sus fuerzas cuando se le dice que será feliz? Pues oiga también con gusto cuando se le anade: Si hicieres tal y tal cosa. Nadie rechace la lucha si desea el premio, y enciéndase el ânimo con el afân de la recompensa. Lo que queremos, lo que deseamos, lo que buscamos, vendrà después; lo que se nos manda hacer para conseguirlo corresponde al momento présente. Comenzad, pues, a recordar las palabras divinas, sean preceptos o premios».

1533

B) Las bienaventuranzas

a) Pobreza de espîritu

«*Bienaventurados los pobres de espiritu, porque de ellos es el reino de los cielos* (Mt. 5,8). Después será tuyo el reino de los cielos; ahora debes ser pobre de espiritu. /Quieres que el reino de los cielos sea tuyo mâs tarde? Mirate ahora y observa de quién eres. Sé pobre de espiritu. Quizâs me preguntes en qué consiste eso. Ningûn hinchado es pobre de espiritu; luego el humilde lo es. Alto es el reino de los cielos, pero *el que se humilia sera ensalzado*

b) Mansedumbre

1534

«Escucha lo que sigue : *Bienaventurados los mansos, porque a ellos se les dard la tierra* (Mt. 5,4). Ya estâs deseando poseer la tierra. Ten cuidado, no sea ella quien te posea a ti. La poseerâs si eres manso; serâs poseido si no lo eres. Cuando oigas el premio que te proponen de poseer la tierra no ensanches la boisa de esa avaricia con que quieres poseerla excluyendo a todo vecino, no sea que te engane tu juicio. Poseerâs.verdaderamente la tierra cuando te apegues al que hizo al cielo y a ella. Ser manso es no resistir a Dios, de forma que cuando obres el bien, El te plazca a ti y tu a ti mismo, y que cuando sufras justamente un castigo no te desagrade El a ti, sino a ti mismo. No es poca cosa el que desagradândote tû a ti mismo le desagradarâs».

c) Llanto

«Atiende lo tercero. *Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados* (Mt. 5,5). El trabajo es el llanto, el consuelo es el premio. Porque los que lloran carnalmente, iqué consuelo tienen? Moles-tias temibles. Los que lloran sôlo se consuelan donde no temen volver a llorar. Por ejemplo, da pena un hijo muerto y alegría el que nace. Quita el uno y recibe el otro. En uno hay tristeza y en el otro temor; pero en ninguno consuelo. Luego el único consuelo verdadero es el que da lo que no puede perderse, y asi se consolarrân alegres después los que ahora gimen peregrinando».

d) Hambre y sed de justicia

1536

«Veamos el cuarto trabajo y su premio. *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos* (Mt. 5,6). ¡Quieres hartarte? ^De qué? Si es la carne la que desea un hartazgo, pasado éste volverâ a hambrear, y el *que bebiere de este agua*, dice el Senor, *volverâ a tener sed* (Io. 4,13). La medicina que cura hace que la herida no vuelva a doler. En cambio, la comida que se da al hambre la alivia sôlo por un momento. Pasa la hartura, vuelve el hambre... Tengamos, pues, hambre y sed de justicia, para que nos sature esa justicia de que ahora tenemos sed y hambre... Tenga hambre y sed nuestro hombre interior, puesto que a mano estâ su comida y su bebida. *Yo soy*, dice Cristo, *el pan que bajô del cielo* (Io. 6,41). Ahí tienes un pan que corner, ahí tienes una bebida para tu sed, *porque en él esta lafuente de la vida* (Ps. 35,10)».

e) Misericordia

1537

«Oye lo que sigue: *Bienaventurados los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos* (Mt. 5,7). Haz y se te hara con el prôjimo y será hecho contigo. Porque abundas, padeces necesidad;

abundas en bienes temporales y necesitas los eternos. Escuchas a un mendigo; también tû eres mendigo de Dios. Te piden y tû pides; como obres con elque te pide, así obrará Dios contigo cuando le pidas a El. Estas lleno y vacío; llena el vacío de tu abundancia y Dios te llenará a ti de la suya».

1538

f) PÜREZA

«Escucha también lo que sigue: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos reran a Dios* (Mt. 5,8). Este es el fin de nuestro amor; fin en el sentido de que nos perfecciona, no de que nos termina. La comida se termina, y se termina el vestido; la primera, porque se consume al ser comida, y el segundo, porque se concluye al ser tejido. Aquella termina y éste también, pero la una termina consumiéndose y el otro adquiriendo la perfección.

Cuando llegue la visión de Dios no necesitaremos nada. ¡Qué va a buscar aquel que tiene a Dios, o qué le bastará a aquel a quien Dios no le es bastante? Deseamos ver a Dios, buscamos ver a Dios, ardemos en deseos de ver a Dios, ¿quién no? Pero escucha lo que se acaba de decir: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos reran a Dios*. Prépara lo necesario para verle. Poniéndote un ejemplo carnal, ¿reornas deseos ver la salida del sol con unos ojos legañosos? Sânalos y entrera la alegría de la luz; déjalos enfermos y se te convertirân en tormento. No te permitirân contemplar con un corazón manchado lo que no es posible ver sino con uno limpio; te rechazarán y no veras. *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos reran a Dios...*

1539

(j) Cuântas clases de bienaventuranzas. he enumerado ya? ^Cuan-
tas causas de la felicidad, cuântas obras y premios, qué méritos y remuneraciones? Pues todavîa no habîa dicho que verîan a Dios... Ahora es cuando se dice. Hemos llegado a los limpios de corazón, a quienes se promete la visión de Dios, y no sin causa, porque éstos son los que tienen los ojos con que se ve a Dios. De estos ojos hablaba San Pablo al decir: *Ojos iluminados de vuestro corazón* (Eph. 1,18). Hasta ahora nuestros ojos, en medio de sudebilidad, son iluminados por la fe, después serán iluminados con la visión gracias a su futura robustez, porque *mientras moramos. en este cuerpo estamos ausentes del Señor, porque caminamos por la fe y no por la esperanza* (2 Cor. 5,6). <Qué es lo que se dice de nosotros mientras vivimos de la fe? *Ahora vernos por medio de un espejo y en enigma, entonces cara a cara* (1 Cor. 13,12). Si limpiâis su templo al Creador, si queréis que venga y haga mansion en vosotros, pensad rectamente del Señor y buscadle con sencillez de corazón (Sap. 1,1), pensad a quién decís, si es que se lo decís y lo decís de verdad... *te dice mi corazón: buscaré tu rostro* (Ps. 26,8).

Si quieres, tû eres la sede de Dios. <Dônde tiene Dios su sede sino donde habita, y dônde habita sino en su templo? El *templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros* (1 Cor. 3,17). Mira, pues,

donde hayas de recibir al Señor. *Dios es espíritu, y los que le adoran deben adorarlo en espíritu y en verdad* (Io. 2,24). Entre, pues, ya, si te place, en tu corazón el Arca dei Testamento y caiga Dagôn (1 Reg. 5,3). Oye y aprende a desear a Dios, busca el modo de prepararte para conseguir verle: *Bienaventurados, dice, los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*».

g) El gran premio de la pureza

1540

«Escucha y entiende, si es que yo soy capaz de explicarlo, con su gracia. Ayúdeme El para que podamos entender como en los antedichos trabajos y premios los unos son muy a propósito para los otros.

Como quiera que los humildes parecen más alejados de reinar, dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*. Como los hombres mansos son tan fácilmente excluidos de su tierra, dice: *Bienaventurados los mansos, porque a ellos se les dará la tierra*. Todo lo demás es patente, claro, fácilmente cognoscible y no necesita ni de explicación ni de comentario. *Bienaventurados los que lloran*; ¡quién llora que no desee consuelo? *Bienaventurados los que tienen hambre*; ¿quien tiene hambre y sed que no desee satisfacerlas? *Bienaventurados los misericordiosos*; ¿y quién es misericordioso sino el que desea que Dios, en atención a sus obras, se porte con El como El se porta con los pobres? Por eso dice: *Bienaventurados los misericordiosos, porque Dios tendrá misericordia de ellos*. En ninguno de estos casos se ha indicado un premio que no sea congruente con el precepto. Se impuso el de la pobreza de espíritu: el premio será el reino de los cielos..., y así ahora se manda que limpies tu corazón, y el premio será el ver a Dios.

i -X'

Pero cuando se habia de los preceptos y de los premios y escuchas: *Los limpios de corazón son bienaventurados, porque verán a Dios*, no pienses que no lo han de ver los pobres de espíritu, ni los mansos... Los bienaventurados poseen todas estas virtudes. Verán, pero no verán por ser pobres de espíritu, ni por ser misericordiosos, ni..., sino por ser limpios de corazón. Ocurre lo mismo que si, refiriéndonos a los miembros corporales, dijéramos: *Bienaventurados los que tienen pies, porque andarán*; *bienaventurados los que tienen manos, porque trabajarán*...; *los que tienen ojos, porque verán*. Del mismo modo, al referirse a los miembros espirituales, nos enseña lo que pertenece a cada uno de ellos. La humildad es a propósito para conseguir el reino de los cielos; la mansedumbre, para poseer la tierra..., y el corazón limpio, para ver a Dios.

1541

(Y cómo limpiaremos el corazón si deseamos ver a Dios? Nos lo ha enseñado la Sagrada Escritura: *La fe limpió sus corazo-*

SECCION n . TEOLOGOS

SANTO TOMAS

La fiesta de Todos los Santos

En dos grandes apartados clasificamos la doctrina de Santo Tomás acerca de la fiesta de Todos los Santos. En el primero presentâmes las enseñanzas referentes a Cristo, Cabeza de la Iglesia; ideas muy luminosas para entender la comuniôn de los santos y la union de todos los miembros de la Iglesia en Cristo. En el segundo apartado transcribimos algo acerca de los bienaventurados en el cielo, tema muy util y consolador para los que peregrinamos en la tierra. Uno y otro apartado estân tornados de la *Suma Teolôgica*.

A) Cristo, Cabeza de la Iglesia

1542

a) Jesucristo es Cabeza de la Iglesia

«Asi como se dice que toda la Iglesia constituye un solo cuerpo místico, a semejanza del cuerpo natural del hombre, que, segûn sus diversos miembros, tiene diversas operaciones, como ensena el Apôstol (Rom. 12,4-5 Y 1 Cor. 12,12 ss.); asi también Cristo se dice que es la Cabeza de la Iglesia a semejanza de la cabeza humana, en la cual podemos considerar très cosas: el orden, la perfecciôn y la virtud.

El orden, por ser la cabeza la primera parte del hombre comenzando por arriba; por esto a todo principio se le suele llamar cabeza, segûn aquello (Ez. 16,25): *En toda cabeza de calle levantaste una senal de su prostitution*. La perfecciôn, porque en la cabeza radican todos los sentidos interiores y exteriores, no habiendo en todos los demas miembros sino bôlo el tacto; por lo cual se dice (Is. 9,15): *El antiano y el hombre respetable, ése es la cabeza*. La virtud, porque esta y el movimiento de los demás miembros y el gobierno de ellos en sus operaciones proviene de la cabeza a causa de la fuerza sensitiva y motora alli dominante. Por esto bien se dice cabeza del pueblo a su rector o gobemador, segûn aquello (1 Reg. 15,17): *porque eras pequeûito a tus ojos, fuiste hecho cabeza de las tribus de Israel*.

Estas très cosas competen espiritualmente a Cristo. Primero, porque segûn su proximidad a Dios su gracia es mâs elevada y anterior, aunque no en el tiempo; puesto que todos los demás recibieron la gracia en consideraciôn a la gracia de Cristo, segûn

aquello (Rom. 6,29): *Los que conociô en su presciencia, a éstos también prédestina para ser hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que El sea el primogénito entre muchos hermanos*. Segundo, tiene la perfección en cuanto a la plenitud de todas las gracias, según se dice (lo. 1,14): *Le vimos lleno de gracia y de verdad*. Tercero, tiene la virtud de infundir la gracia en todos los miembros de la Iglesia, según aquello (lo. 1,16): *Todos nosotros recibimos de su plenitud*. Es, pues, évidente que se llama con razón a Cristo Cabeza de la Iglesia».

b) Es CABEZA DE TODOS LOS HOMBRES

1543

«Entre el cuerpo natural del hombre y el cuerpo místico de la Iglesia existe esta diferencia: que los miembros del cuerpo natural existen todos a la vez, y los del cuerpo místico no, tanto desde el punto de vista del ser natural, puesto que el cuerpo de la Iglesia está constituido por los hombres que existieron desde el principio del mundo hasta el fin del mismo; como desde el punto de vista del ser de la gracia, porque entre los hombres que existen en un mismo tiempo algunos carecen de ella que luego la lograrán, y otros ya la poseen. Por tanto, los miembros del cuerpo místico se consideran no sólo en cuanto lo son de hecho, sino también en cuanto lo son en potencia. Hay, sin embargo, algunos que, siéndolo en potencia, jamás son reducidos al acto; y otros que a veces lo son, y esto según tres grados: 1.º, por la fe; 2.º, por la caridad de esta vida, y 3.º, por la fruición de la patria.

Debe decirse, por consiguiente, que, tornando en general todo el tiempo del mundo, que Cristo es cabeza de todos los hombres según diversos grados. Pues, primero y principalmente, es cabeza de los que se le unen en acto por la gloria; segundo, de los que se le unen en acto por la caridad; tercero, de los que le están unidos en acto por la fe; cuarto, de los que le están unidos solamente en potencia, no reducida aún al acto, pero que han de serlo según la divina predestinación; y quinto, de los que le están unidos en potencia, que jamás será reducida al acto, como los hombres que viven en este mundo y no son predestinados; los cuales, cuando salen de esta vida, dejan de ser por completo miembros de Cristo, puesto que ya no están en potencia para ser unidos a Cristo» (3 q.8 a.3 c).

c) En cuanto a las almas y en cuanto a los cuerpos

«El cuerpo humano está ordenado naturalmente al alma racional, que es su propia forma y motor; en cuanto que el alma es su forma, el cuerpo recibe de ésta la vida y las demás propiedades convenientes al cuerpo humano según su especie. Pero, en cuanto que el alma es su motor, el cuerpo sirve a ésta instrumentalmente.

Asi, pues, debe decirse que la humanidad de Cristo tiene la virtud de influir por estar unida al Verbo de Dios, a quien el cuerpo esta unido por el alma, segun lo dicho (q.6 a.i). Por tanto, toda la humanidad de Cristo, esto es, su alma y su cuerpo, influye en los hombres, ya en cuanto al alma, ya en cuanto al cuerpo; pero principalmente respecto al alma y secundariamente respecto al cuerpo; de un modo, en cuanto que los miembros del cuerpo son las armas de la justicia existente en el alma por Cristo, como dice el Apóstol (Rom. 6,13); y de otro modo, en cuanto que la vida de gloria se deriva del alma en el cuerpo, segun aquello (Rom. 8,11): *El que resucitó a Jesucristo de entre los muertos vivificara también vuestros cuerpos mortales, por su Espiritu, que mora en vosotros*» (3 q.8 a.2 c).

1545

d) Es también Cabeza de los Angeles

♦Donde hay un solo cuerpo es necesario reconocer una sola cabeza; y metafóricamente se califica como un solo cuerpo toda multitud que esta ordenada por sus diversos actos u oficios a un mismo fin. Ahora bien, es evidente que tanto los hombres como los Angeles están ordenados a un solo fin, que es la gloria de la divina fruición; y por esto el cuerpo místico de la Iglesia no se compone sólo de los hombres, sino también de los Angeles. De toda esta multitud, Cristo es la Cabeza, porque se halla más cercano a Dios y participa con mayor perfección de sus dones, no sólo con relación a los hombres, sino también con relación a los ángeles; y de su influencia reciben no sólo los hombres, sino también los ángeles, pues se dice (Eph. 1,20 ss.) que Dios Padre *le constituyó*, esto es, a Cristo, *a su derecha en los cielos sobre toda potestad y principado, y virtud y dominación, y sobre todo nombre que se nombra no sólo en este siglo, mas aun en el venidero; y todas las cosas sometió bajo los pies de Cristo*. Por esto Cristo no solamente es Cabeza de los hombres, sino también de los ángeles; por lo cual se lee (Mt. 4,2) que *se acercaron los ángeles y le Servian*» (3 q.8 a.4 c).

e) Es Cabeza en cuanto que derrama la gracia en nosotros

«En el alma de Cristo es recibida la gracia en el grado más eminente posible; y por eminencia de la gracia recibida le compete que esa gracia se derive a los demás, lo cual pertenece al carácter de cabeza. Por esto la gracia personal, por la cual es justificada el alma de Cristo, es esencialmente idéntica a la gracia, segun la cual es Cristo Cabeza de la Iglesia y justifica a otros; la diferencia reside solamente en la razón» (3 q.8 a.5 c).

1517

f) Dar la gracia es propio de Cristo Dios y hombre

«Dar la gracia o el Espiritu Santo conviene a Cristo como Dios por su propia autoridad; pero instrumentalmente le conviene también en cuanto hombre, esto es, en cuanto que su *humanidad fué*

instrumento de su divinidad (cf. Damasceno, *De fide ort.* 3,15: PG 94,1049), y así las acciones de Cristo por virtud de la divinidad fueron saludables para nosotros, porque producen en nosotros la gracia, ya por el mérito, ya por una cierta eficiencia» (3 q.8 a.i ad 1).

B) Los santos en el cielo

a) Los SANTOS EN EL CIELO VEN A DIOS CARA A CARA

1548

Por ser predominantemente abstracta y poco útil para el pùlpito, omítimos las principales razones del Angélico sobre este punto y nos limitámes a las ideas más predicables.

«El medio en la visión corporal e intelectual es de três clases. El primero es el medio bajo el cual se ve; y éste es el que perfecciona la vista para ver en general, pero sin determinar la vista a un objeto especial; como, por ejemplo, la luz corporal con relación a la vista corporal, y la luz del entendimiento agente con relación al entendimiento posible. El segundo es el medio con que se ve, y ésta es la forma visible con la que se determinan ambas vistas a un objeto especial, como, por ejemplo, la forma de la piedra para conocer la piedra. El tercero es el medio en el cual se ve, y esto es aquello cuya inspección Heva la vista a otra cosa; como por ejemplo al mirar a un espejo se ve ir aquellas cosas que en el espejo se representan, y viendo la imagen se conoce lo imaginado, y de la misma manera el entendimiento por medio del conocimiento del efecto es guiado hacia la causa, o al contrario. Por tanto, en la vision de la gloria no habrá un tercer medio para que Dios sea conocido por las especies de otras cosas como es conocido ahora, y por lo cual se dice que vemos ahora *en espejo* (1 Cor. 13,22); ni habrá allí un segundo medio, porque la misma esencia divina sera aquello con que nuestro entendimiento verá a Dios. Solamente habrá allí un primer medio que elevará nuestro entendimiento para que pueda unirse a la substancia increada del modo ya dicho. Pero por este medio no puede calificarse de mediato el conocimiento, porque no se antepone entre el sujeto que conoce y la cosa conocida, sino que es aquello que da al que conoce la fuerza para conocer» (*Suppl*, q.92 a.i ad 15).

b) Los SANTOS NO PUEDEN PECAR

1549

Aunque el párrafo se refiere solamente a los ángeles, es aplicable también a los santos en general.

«Los ángeles bienaventurados no pueden pecar, porque su bienaventuranza consiste en ver a Dios por esencia, y la esencia de Dios es la esencia misma de la bondad. Por tanto, el ángel que ve a Dios se halla respecto de El en la misma situación en que se halla el que no ve a Dios con relación a la común razón del bien. Y como es imposible que nadie quiera u obre cosa alguna sin tener

en cuenta el bien, o que quiera separarse del bien en cuanto tal, infiere que el ángel bienaventurado no puede querer ni obrar, sin atender a Dios; y es evidente que, queriendo u obrando así, no puede pecar. Por consiguiente, de ningún modo puede pecar el ángel bienaventurado» (i q.62 a.8 c). 4

1550 c) Los SANTOS QUE VEN A DIOS NO VEN EN EL TODAS LAS COSAS

«Dios, viendo su propia esencia, conoce todas las cosas que son, serán y han sido, y estas cosas se dice que las conoce con ciencia de visión, porque a semejanza de la visión corporal conoce aquellas cosas como presentes. Además, Dios conoce, viendo su propia esencia, todo lo que puede hacer, aunque nunca lo haya hecho ni lo haya de hacer; de lo contrario, no conocería perfectamente su potencia, porque no puede conocerse la potencia si no se conocen los objetos de esta potencia, y esto es lo que se dice conocer con ciencia o conocimiento de simple inteligencia.

Pero es imposible que un entendimiento creado, viendo la divina esencia, conozca todas las cosas que Dios puede hacer. Porque cuanto más perfectamente se conoce un principio, tantas más cosas se conocen de él; de la misma manera que en un principio democrático el que es de ingenio más agudo ve más conclusiones que otro que es de ingenio más tardío. Y como la cantidad de la potencia divina se determina según las cosas que caen bajo su esfera, si su entendimiento viese en la divina esencia todas las cosas que Dios puede hacer, la cantidad de perfección en este ser inteligente sería la misma que la cantidad de la divina potencia en la producción de los efectos, y así comprendería la divina esencia, lo cual es imposible a todo entendimiento creado.

1551 Mas todas aquellas cosas que Dios conoce con ciencia de visión, las conoce un entendimiento creado en el Verbo; es decir, en el alma de Cristo. Pero acerca de los demás videntes de la esencia divina hay dos opiniones. Porque unos afirman que todos los que ven a Dios por esencia ven todas las cosas que Dios ve en ciencia de visión. Pero esto es contrario a las expresiones de los santos, que establecen que los ángeles ignoran algunas cosas; y, sin embargo, consta, según la fe, que todos los ángeles ven a Dios por esencia.

Y por eso otros dicen que los demás distintos de Cristo, aunque ven a Dios por esencia, sin embargo no ven todas las cosas que Dios ve, porque no comprenden la esencia divina. Porque no es necesario que el que conoce la causa conozca todos los efectos de esta, salvo en el caso de que comprenda la causa; lo cual no compete al entendimiento creado.

Y, por tanto, cada uno de los que ven a Dios por esencia ven en su esencia tantas más cosas cuanto más claramente contemplan la esencia divina, y esto es lo que explica que acerca de ellas los unos puedan instruir a los otros. Y así la ciencia de los ángeles y de las almas santas puede aumentarse hasta el día del juicio, como también

son susceptibles de aumento aquellas otras cosas que pertenecen al premio accidental. Pero no pasará más adelante, porque entonces será el ultimo estado de las cosas, y en aquel estado es posible que todos conozcan cuanto Dios conoce con ciencia de visión» (*Suppl.* q.92 a.3 c).

d) Pero saben todo cuanto aqui se hace

«Las aimas de los muertos no saben lo que aqui sucede por conocimiento natural, y la razón de este hecho puede deducirse de lo dicho anteriormente (a.4). Porque el aima separada conoce los objetos singulares por el hecho mismo de estar determinada en cierto modo a ellos, ya sea por reminiscencia de algún conocimiento anterior o ya por una disposición divina. Mas las aimas de los muertos se hallan separadas por divina disposición y segun su modo de ser del trato con los vivos y en comunicación con las substancias espirituales separadas del cuerpo. Y por esto mismo ignoran lo que entre nosotros sucede. Razón insinuada por San Gregorio (cf. Mor. 12,21: PL 75,999): «Los muertos no saben como se desenvuelve la vida de los que les sobreviven en la carne, porque la vida del espíritu dista mucho de la del cuerpo, y asi como los seres corporeos e incorporeos son de diverso género, lo es también su conocimiento». Es lo que San Agustin parece explicar en su libro sobre *El cuidado de los muertos* (13,16: PL 40,604.607) diciendo que «las aimas de los muertos no intervienen en los asuntos de los vivos».

Sin embargo, en cuanto a las aimas de los bienaventurados parecen discordes San Gregorio y San Agustin. Porque el primero anade en el lugar citado: «Lo cual no debe pensarse de las aimas santas, porque no es de creer en modo alguno que las que ven intimamente la claridad de Dios omnipotente, ignoren algo de lo que afuera sucede». San Agustin, por su parte, dice expresamente (o.c., 13 y 14) que «no saben los muertos, aun los santos, qué es lo que hacen los vivos y sus hijos», como se lee en la Glosa (interl.) de San Agustin sobre aquellas palabras (Is. 64,16): *Abraham no nos conoció*, y prueba su aserto porque no era visitado de su madre ni consolado en sus aflicciones como cuando vivia, y no es probable que su madre se hiciese más cruel en una vida más feliz; y por la promesa del Señor al rey Josias de que moriria antes para que no presenciase los males que afligirian a su pueblo (cf. 4 Reg. 22,20). San Agustin, sin embargo, lo afirma con cierta duda, pues advierte de antemano que «cada uno tome lo que digo según le parezca». San Gregorio, en cambio, habia afirmativamente, como lo prueban sus palabras «de ningún modo debe creerse...»

Parece más probable, de acuerdo con San Gregorio, que las aimas de los santos, que ven a Dios, conocen todo lo que actualmente sucede aqui, pues son iguales a los ángeles, de quienes el mismo San Agustin (o.c., c.15) asegura que no ignoran lo que sucede entre los vivos. Pero como las aimas de los santos estan perfectísimamente

unidas a la justicia divina, no se entristecen, ni se inezclan en los asuntos de los vivos, sino según la justicia divina lo dispone» (1 q.89 a.S c).

1554

c) Y NO SUFREN CON LAS TERRENAS CALAMIDADES

«Los santos, aunque después de esta vida conocen las cosas que aquí pasan, sin embargo no debe pensarse que scan afectados con dolores, al conocer las adversidades de aquellos que amaron en este siglo; porque de tal modo están Uenos del gozo de la bienaventuranza, que el dolor no tiene cabida en ellos. Por lo cual, aunque conozcan los infortunios de los suyos después de la muerte, sin embargo se mitiga su dolor si antes de sufrir tales infortunios son substraídos de este siglo» *fSuppl*, q.72 a.i ad 2),

1555

f) Las AUREOLAS

i. Es un premio accidentai

«(La obra meritoria) tiene razón de mérito por dos cosas, las que tienen también razón de bondad, a saber: por la raíz de la ridad, con la cual queda referido al fin último, y en este sentido se le debe el premio esencial, esto es, llegar por completo al fin, que es la *âurea*; y por parte del mismo género del acto, el cual tiene cierta propiedad de alabanza, según las debidas circunstancias, por parte del hábito que se practica y por parte del fin proximo. Y así se le debe al acto cierto premio accidentai que se llama *aureola*; y en este sentido hablamos ahora de la aureola. De este modo debe decirse que la aureola significa algo sobreañadido a la *âurea*, esto es, cierto gozo de las obras practicadas por uno mismo, que tienen razón de victoria excelente, lo cual constituye otro gozo distinto de aquel que consiste en gozar de Dios, cuyo gozo se llama *âurea*» (*Suppl*. q.96 a.i c).

2. Très aureolas

«La aureola es un premio privilegiado que corresponde a una victoria privilegiada, y por tanto, según las privilegiadas victorias en las tres pugnas a que cada hombre está expuesto, podemos hablar de très aureolas. Porque en la lucha que hay contra la carne, obtiene principalmente la victoria aquel que se abstiene totalmente de las delectationes carnales, que son las principales en este género, y este es el virgen; y, por tanto, a la virginidad se debe una aureola. En la lucha con que se combate contra el mundo, la principal victoria la logramos cuando por el mundo sufrimos persecución hasta la muerte; por lo cual también a los mártires, que en esta lucha obtienen la victoria, se debe la segunda aureola. Y en la pugna con que se combate contra el diablo, la principal victoria se verifica cuando uno no solo rechaza de sí al enemigo, sino también de los

corazones de otros, lo que se hace por medio de la doctrina y la predicación; y por esto a los doctores y predicadores se debe la tercera aureola.

Algunos, sin embargo, distinguen três aureolas según las três facultades del aima, de forma que las três aureolas corresponden a los principales actos de las três facultades del aima. Porque el principal acto de la potencia racional es infundir también en otros la verdad de la fe, y a este acto se debe la aureola de los doctores. El principal acto de la potencia irascible es afrontar la misma muerte por causa de Cristo, y a este acto se debe la aureola de los martires. Y el principal acto de la potencia concupiscente consiste en abstenerse enteramente de las máximas delectaciones de la carne, y a este se debe la aureola de las vírgenes. 1557

Otros distinguen três aureolas, según los medios con que nos conformemos a la nobilísima imitación de Cristo. Porque Cristo fué mediador entre el Padre y el mundo. Fué, pues, doctor, porque manifestó al mundo la verdad que habia recibido del Padre. Fué mártir, porque sufrió persecución del mundo. Y fué virgen en cuanto conservó en sí mismo la pureza. Y, por tanto, los doctores, los mártires y los vírgenes se conforman perfectísimamente con El, por lo cual a estos estados se debe aureola» *fSuppl*, q.96 a.u c). ii

g) De BEMOS INVOCAR A LOS SANTOS

1558

«Este orden esté divinamente establecido en las cosas», según San Dionisio (cf. *De eccl. hier*, c.5 p.1,4: PG 3,504), «de modo que por los seres intermedios se reduzcan a Dios los seres últimos». Por lo cual, como los santos que están ya en la gloria se hallan muy cerca de Dios, este orden de la ley divina requiere que nosotros, que permaneciendo en el cuerpo peregrinamos lejos de Dios, nos reduzcamos a El por medio de los santos, lo cual ciertamente sucede cuando por medio de ellos la divina bondad derrama sobre nosotros su efecto. Y como nuestra vuelta a Dios debe corresponder al movimiento de las bondades del mismo hacia nosotros, así como mediando los sufragios de los santos llegan a nosotros los beneficios de Dios, así conviene que nosotros volvamos a Dios para que de nuevo recibamos sus beneficios por medio de los santos. Y por estas razones los constituimos delante de Dios como intercesores por nosotros, y como mediadores, cuando les pedimos que oren por nosotros» (*Suppl*. q.72 a.2 c). <

h) A TODOS, AUN A LOS MENORES

«Aunque los santos superiores son los más aceptos a Dios que los inferiores, es útil, sin embargo, orar de vez en cuando aun a los santos menores. Y esto por cinco razones: 1.a, porque algunas veces tiene uno mayor devoción al santo menor que al santo mayor, y de la devoción, sobre todo, depende el efecto de la oración; 2.ta, para evitar el fastidio, porque la asiduidad de una sola cosa engendra hastio. Y así al orar sucesivamente a varios santos se excita en el que li

ora un nuevo fervor de devoci n; 3.0, porque se ha concedido a ciertos santos patrocinar a sus devotos principalmente en algunas causas especiales, como a San Antonio para librar del fuego del infierno; 4. , para que tributemos a todos el honor debido; y 5., porque por las oraciones de muchos se alcanza algunas veces lo que no se logra por la oraci n de uno solo* (*Suppl.* q.72 a.2 ad 2).

1560

i) Los SANTOS CONOCEN NUESTRAS SUPPLICAS

«Es necesario que cada bienaventurado conozca en la esencia divina todas aquellas cosas que requierte la perfecci n de su bienaventuranza. Pero para la perfecci n de esta bienaventuranza se requiere que el hombre tenga cuanto quiera y no quiera nada desordenadamente. Ahora bien, con recta voluntad todos quieren conocer aquellas cosas que tocan al mismo. Por lo cual, como los santos tienen toda la rectitud, quieren conocer las cosas que a los mismos pertenecen, y, por tanto, conviene que las conozcan en el Verbo. Y pertenece a su gloria el prestar auxilio a los que lo necesitan para su salud, porque de este modo se hacen cooperadores de Dios, «que es lo más divino que hay», como dice San Dionisio (cf. *De eccl. hier.* c.6 p.3,2: PG 3,165). De donde se deduce que los santos tienen conocimiento de aquellas cosas que para esto se requieren. Y así es manifiesto que conocen en el Verbo los deseos, las devociones y las oraciones de los hombres que se acogen a su protecci n» (*Suppl.* q.72 a.i c).

1561

j) Las oraciones de los santos son siempre escuchadas, aunque POR DEFECTO NUESTRO QUEDEN FRUSTRADAS

«Se dice que los santos ruegan por nosotros de dos maneras: una, con oraci n expresa, cuando con sus votos llaman a los oídos de la divina clemencia en nuestro favor, y otra, con oraci n interpretativa, a saber, por sus méritos, los cuales, estando como están delante de Dios, no sólo ceden en gloria suya, sino que también son para nosotros sufragios y oraciones; así como la sangre de Cristo derramada por nosotros se dice que pide perd n. Y de estas dos maneras las oraciones de los santos son, cuanto est n de su parte, eficaces para impetrar lo que piden. Pero de parte nuestra puede haber defectos que nos impidan conseguir el fruto de las oraciones de los santos cuando se dice que ruegan por nosotros, ayudándonos con sus méritos. Pero desde el punto de vista de su oraci n en favor nuestro, exigiendo con sus votos alguna cosa para nosotros, siempre son oídos, porque no quieren sino lo que Dios quiere ni piden sino lo que quiere que se haga; y lo que Dios quiere siempre se cumple, a menos que hablemos de la voluntad antecedente, según la cual quiere que todos los hombres se salven, la cual no siempre se cumple. Por lo cual no debe extranarnos si aun lo que los santos quieren conforme a este modo de voluntad alguna vez no se cumpla» (*Suppl.* q.72 a.3 c).

SECCION V. AUTORES VARIOS

I. CORNELIO A LAPIDE

Las bienaventuranzas

Trasladamos la exposici n de Cornelio a L pide en su comentario al capítulo 5 de San Mateo, suprimiendo las abundantísimas citas en que apoya su doctrina (cf. ed. Luis Vives, [Paris 1877], t.15 p.135 ss.).

A) «*Bienaventurados...*»

1562

«Bienaventurados en cuanto a la esperanza, no en cuanto a la realidad; bienaventurados con la felicidad dei camino y no de la patria, puesto que est n en una senda recta que conduce a la felicidad; bienaventurados en la virtud y paz incoadas, no en la consumaci n de la corona y de la glori ».

Alude a lo que dijo Moisés (Deut. 23,29): *Venturoso t , Israel, iqu n semejante a ti, pueblo salvado por Yahveh?* Porque pobres de esp ritu son los que constituyen a Israel, pueblo elegido; son los que colocaron en el Senor su esperanza, sus riquezas, su salud y su felicidad, y porque desprecian los bienes terrenos los dominan.

C c ron (cf. *Tuscul.* 3) dice que «es feliz aquel que sin padecer mal alguno reúne el conjunto de todos los bienes». En este lugar Cristo nos enseña cuales sean los verdaderos bienes, a saber, la pobreza de esp ritu, la mansedumbre, las l grimas santas, la sed de justicia, etc., porque quienes esto poseen son felices y viven siempre alegres».

Estas ocho bienaventuranzas son como ocho paradojas del mundo. El mundo y los fil sofos colocan la felicidad en la opulencia y no en la pobreza, en las alturas y no en la humildad, en el hartazgo y no en el hambre».

B) «... *los pobres de esp ritu*»

a) El NOMBRE DE POBRE

«L manse aquí pobres de esp ritu los que carecen, no precisamente de los bienes de la naturaleza ni de la gracia, sino de la fortuna y de las riquezas; aquí la palabra *pobre* se toma en sentido

propio y se opone a los ricos (Le. 6,24): *iAy de vosotros, ricos, porque habéis recibido vuestro consuelo!* Las riquezas dan origen a la soberbia, a la gula, a la Injuria, a las injusticias, cosas todas ellas que arrastran a los ricos al infierno como arrastraron al epulôn. Por eso en este lugar se prometen las riquezas de los cielos y su mismo reino a los que son verdaderamente pobres en la tierra». Tanto la palabra griega, como la hebrea, como la siriaca se refieren a los pobres en sentido literal.

♦Se da aquí el nombre de pobres no a todos los que lo son, ni a los que padecen ese estado por una necesidad triste y no aceptada, o por vanagloria o deseo de dedicarse a la filosofía con toda libertad, como se cuenta de Diógenes..., sino a los que lo son *en espíritu, esto es*, por un laudable deseo inspirado por el Espíritu Santo y para procurarse los bienes espirituales; a los que reciben la pobreza espontáneamente por Dios y por el reino de los cielos, como lo hacen los religiosos que la profesan y prometen; o, por lo menos, a los que la toleran pacientemente, como suele ocurrir a los fieles cuando se ven despojados de sus bienes por los perseguidores, los ladrones, el incendio*...

1564

b) Clases de pobres y ricos

*Hay très clases de pobres: 1.ª Los que carecen de dinero, como los mendigos. 2.ª Los que lo son en espíritu, como Abrahân, que era rico en cuanto al dinero, pero pobre en su espíritu y afecto. 3.ª Los que lo son en cuanto al dinero, y en cuanto al espíritu, como los religiosos... Por el contrario, hay très clases de ricos: 1.ª Los que tienen dinero, como los mercaderes. 2.ª Los que lo son de espíritu, como los avaros, que se esfuerzan en conseguirlo. 3.ª Los que lo tienen y se gozan en él, como los poderosos que ambicionan crecer en riquezas».

c) La palabra «espíritu»

«Así, pues, la palabra *espíritu* significa tres cosas. En primer lugar, se opone a la carne y al dinero, y significa que no es el cuerpo el sujeto de esta pobreza, sino el espíritu y la voluntad, como si dijera: Bienaventurados los pobres que lo son no en la carne ni en el dinero, sino en el espíritu, aquellos cuya alma es pobre porque aman la pobreza, desprecian lo terreno y anhelan lo celestial.

Así lo explicaba San Bernardo en el sermón primero de la fiesta de Todos los Santos: «Pobré de espíritu, esto es, de voluntad espiritual, de intención espiritual, de deseo espiritual, buscando solo el beneplacito de Dios y la salvación de las almas*.

La palabra *espíritu* significa, en segundo lugar, el origen de esta pobreza..., a saber, el Espíritu Santo que inspira en nosotros el deseo de la pobreza evangélica y la convierte en-virtud cristiana, más aún, religiosa y divina.

En tercer lugar, indica también el fin de esta pobreza, o sea, que el desprecio de las riquezas se refiere al espíritu, esto es, a los bienes espirituales, para que, libres de las preocupaciones terrenas, entendamos mejor las cosas celestiales y nos dirijamos más libremente hacia ellas.

Advierte que la frase «de espíritu» hay que sobrentenderla en 15e todas las bienaventuranzas que se siguen: bienaventurados los mansos, pero no por su natural flemático..., sino los mansos de espíritu, con una virtud espiritual infundida por el Espíritu Santo y que busca los bienes del aima...

Esta pobreza de espíritu está unida intimamente con la humildad y desprecio de las riquezas y honores, por lo cual San Hilario, San Agustín... entendían por pobres de espíritu a los humildes de entendimiento y voluntad.

Analógicamente, Francisco de Sales, hace poco obispo de Ginebra, varôn muy sabio, piadoso y santo, decia en el libro 12 aTeôtimmo, capitulo 2: «Son pobres o mendigos de espiritu los que mendigan, esto es, los que hambread y tienen sed insaciable del espiritu, a saber, del amor, celo de Dios y su aumento».

Por eso hubo alguno que explicaba lo de *bienaventurados los pobres de espíritu* de esta forma: Bienaventurados los que hacen con Dios lo que los mendigos con los ricos, los que le ofrecen su pobreza con tanta humildad y mendigan la gracia de Dios con tal deseo como los mendigos piden la limosna a los opulentos».

d) Grados y especies de la pobreza

«Me preguntaráis si la pobreza de espíritu es precepto o consejo y cuáles son sus grados y especies. Te contesto que sus grados son varios, los unos de consejo y los otros de precepto.

El primero y sumo de todos consiste en abandonar las riquezas y todas las cosas caducas por la imitaciôn y amor de Cristo, tanto en el afecto interno como en las obras y afecto exterior, conforme a lo que hicieron los apôstoles y hacen los religiosos. Este grado es de consejo y no de precepto.

El segundo consiste en sufrir pacientemente y por Cristo y la fe catôlica la confiscaciôn de los bienes... Este grado es de precepto, pues estamos obligados a dar no sôlo los bienes, sino la sangre y hasta la vida por Cristo y su fe.

El tercer gradu de pobreza consiste en sufrir con paciencia las rapinas e injusticias de los poderosos.

El cuarto, en no apegarse a las riquezas dadas por Dios, sino dejândolas en cuanto al afecto, estar preparados a abandonarias realmente cuando lo exija la mayor gloria de Dios. Este es el grado de Abrahân.

El quinto lo practicaremos al preferir tener poco donde mejor se sirva a Dios que abundar donde encontremos mäs riquezas, pero menos piedad; digase lo mismo de la comida, el vestido, etc.

El sexto es tener riquezas, pero distribuirlas entre los pobres o usos piadosos, quitando algo a lo necesario.

Y, por fin, el séptimo consiste en preferir ser pobre antes que cometer un delito o injusticia.

Los grados segundo y séptimo son de precepto; el primero, cuarto y quinto, de consejo; el tercero y sexto, unas veces de precepto y otras de consejo».

1568 e) «Por que Cristo assignô el primer lugar a los pobres?

«Me preguntarâs ademâs por qué Cristo assignô el primer lugar de las bienaventuranzas evangélicas a los pobres de espíritu. La respuesta es, en primer término, que la pobreza aleja el deseo, raíz y fuente de todo pecado y mal (2 Tim. 6,10).

El segundo motivo es porque la pobreza libra al hombre de los mil cuidados y preocupaciones de que le colman las riquezas y su deseo...

El tercero, porque hace que los hombres, separando su amor de todo lo creado, coloquen su esperanza en Dios Creador, puesto que la felicidad verdadera de esta vida y el âpice de la virtud consisten en el amor pleno y perfecto del Señor. El pobre es el que dice con sinceridad: *Dios es la parte de mi heredad y de mi câliz, El es quien sostiene mi heredad* (Ps. 15,5), y también: *¿A quién tengo yo en los cielos fu'era de Ti? Nada deseo sobre la tierra* (Ps. 72,25).

Tû, Señor, eres el mayor de mis bienes, el tesoro de mi aima; sacude de mi todo el peso de los deseos terrenales para que arda con el fuego de tu solo amor y sea absorbido totalmente por el diluvio de tu caridad. Ea, pues, honor mio, alegría mia, sincero placer mio, joh Jesûs!, enciende en lo mâs hondo de mi coraçôn esa llama grande de tu amor para que después no elija nada en la tierra ni nada desee fuera de Ti». Expone a continuaciôn ejemplos de santos, entre ellos San Francisco.

1593 f) «Porque de ellos es el reino de los cielos»

«Es conveniente y observa cierta igualdad que los que por amor de Cristo desprecian las riquezas del reino de la tierra sean recompensados con las del reino celestial. Es mâs, despreciando los reinos de abajo los consiguen y dominan, segûn aquello de San Pablo: *Como quienes nada tienen, poseyéndolo todo* (2 Cor. 6,10)... Escuchad a San Bernardo (cf. *Serm. 21 sobre el Cantar de los Cantares*): «*Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*. No crean que poseen sôlo las cosas celestiales, porque sôlo escuchen que se les prometen éstas, pues poseen también las terrenas, y en verdad que no teniendo nada y poseyéndolo todo, son tanto mâs senores cuanto menos deseosos». El hombre fiel posee todas las riquezas dei mundo, porque tanto lo prôspero como lo adverso le sirve igualmente y se le convierte en bien. Por lo tanto,

el avaro hambrea las cosas terrenas como un mendigo, y el fiel las posee como un dueño; el uno, poseyendo, mendiga, y el otro, despreciando, atesora.

Llámase reino de los cielos la felicidad celestial en la que los bienaventurados reinan felicísimos con Dios, llenos de gloria por toda la eternidad. La palabra *reino* significa: 1.º La abundancia de toda clase de bienes existentes en el cielo. 2.º La grandeza de los honores con que los santos son colmados por la Santísima Trinidad y los ángeles. 3.º La dignidad real, puesto que son como reyes que dominan, no a toda España, ni aun a toda Asia o toda la tierra..., sino al orbe universal, incluidos los condenados y demonios. Este reino merecieron con su pobreza espiritual».

C) ((*Bienaventurados los mansos...*»

a) Mansedumbre

1570

«Unense los mansos con los pobres de espíritu, y con razón, puesto que los pobres y humildes suelen tener gran mansedumbre... Cristo aquí alude al dicho de David (Ps. 36,11): *Los mansos poseerán la tierra y gozarán de gran paz.*

La mansedumbre, en primer lugar, nos hace gratos a Dios y a los hombres; en segundo lugar nos asemeja a Cristo, que dijo: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mt. 11,29). Por último, nos convierte en más aptos para aprender la sabiduría y conseguir los bienes celestiales... Como también dice el Salmo (24,9): *Adoctrina a los mansos en su senda*».

b) Sus GRADOS

1571

«Los grados de mansedumbre y de su consecuente bienaventuranza son: 1.º Hablar a todos con corazón y palabras mansas. 2.º Quebrantar la ira ajena con la respuesta blanda. 3.º Sufrir mansamente las injurias y robos. 4.º Alegrarse en ellas. 5.º Vencer la malevolencia de los enemigos y la iracundia con la mansedumbre y los beneficios, hasta conciliárselos como amigos benéficos».

c) «... PORQUE ELLOS POSEERÁN LA TIERRA»

1572

«Según San Crisóstomo..., aquí se promete la tierra presente..., porque aunque los mansos sean muchas veces oprimidos, sin embargo, Dios suele hacer que vivan tranquilos y estables... Pero parece mejor lo que dice San Jerónimo y... de que por tierra ha de entenderse el cielo, que es la patria de los que verdaderamente viven, ya que ésta es la de los que mueren.

A cada una de estas bienaventuranzas se promete el reino de los cielos, pero cada vez con un título distinto, a saber, a los pobres

el nombre de reino, a los mansos con el de tierra, atendiendo quizá a que éstos son muchas veces expoliados de sus tinas por los poderosos... Así lo dice Salmerón».

1573

d) Modos de conseguir la mansedumbre

«Modos de conseguir la mansedumbre son los siguientes: 1.º El meditar con frecuencia la dignidad y utilidad, pensando, en cambio, en la indignidad y dano de la ira. 2.º No decir ni obrar nada cuando se está airado, hasta que la ira se amanse... 3.º El ser de ánimo grande. El príncipe, según Julio César, es superior a todo súbdito, por lo cual Augusto despreciaba la murmuración, afirmando que en una ciudad digna las lenguas deben serlo. 4.º El considerar los ejemplos de los mansos para imitarlos, y principalmente el de Cristo, de quien predijo Isaías que sería llevado a la muerte como una oveja (Is. 53,7)».

D) «Bienaventurados los que lloran»

«Los que lloran, no camalmente, sino con el espíritu, como en todas las bienaventuranzas, esto es, los que lloran, no por la pérdida de riquezas, parientes ni amigos, sino de los bienes espirituales; lágrimas santas que se oponen a los que ríen y se alegran con las prosperidades mundanas, a los que el mundo aplaude como si fueran felices, mientras que Cristo les amenaza con sus jayl: *¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis* (Le. 6,25), aludiendo a Isaías (55,14).

Llâmanse, pues, bienaventurados, en este lugar, los que sufren pacientemente las tristes adversidades enviadas o permitidas por Dios. Son mas bienaventurados aún los que lloran y gimen sus pecados o los ajenos.

Porque ellos serán consolados. Tanto aquí, según acaece con frecuencia, como en el futuro, donde sucede siempre. En realidad, la misma compunción consuela el ánimo del arrepentido, lo alimenta y restablece, y si hay algún goce sincero en este mundo, habremos de decir que radica en el alma arrepentida. Pruébalo y lo gustares».

1575 **E) «(Bienaventurados los que tienen hambre y sed)»**

San Lucas omite la palabra *justicia*, y como contrapone a esta bienaventuranza la amenaza contra los que viven hartos, debe entenderse que se trata de hambre y sed real. «Por lo tanto, el primer grado de esta bienaventuranza consiste en tolerar el hambre y sed, nacidas de una pobreza pública o privada; el segundo, en tener hambre y sed nacidas del ayuno voluntario...en tercer lugar, el padecer cárceles con hambre y sed, e incluso morir de ellas, como ha

ocurrido a algunos mártires por Cristo; el cuarto, tener hambre y sed, pero de justicia y de toda clase de virtudes.

La justicia puede entenderse aquí por la virtud especial que consiste en dar a cada uno lo suyo, como si dijera: Bienaventurados los que desean se cumpla la justicia, que parece haber abandonado el mundo..., pero debe entenderse, y con más razón, que la justicia significa una virtud general, más aún, la reunión de todas las virtudes.

Misticamente, tiene hambre y sed de justicia el que tiene hambre y sed de Cristo, al que desea unirse con todo amor.

Porque ellos serán hartos. Tanto porque la misma hambre espiritual alimenta y satura..., tanto porque Dios ofrece su gracia con más liberalidad al que la desea que a los perezosos, tanto porque en el cielo se les saciará toda su hambre con la felicidad y gloria».

F) «*Bienaventurados los misericordiosos*»

1576

«Después de la justicia viene la misericordia, porque toda virtud, o es debida, en cuyo caso procede de la justicia, o es indebida y gratuita, naciendo entonces de la misericordia, que es la que temple y endulza la justicia. Los mundanos Haman felices a los que, dando poco, reciben mucho y aumentan así sus riquezas, mientras que la enseñanza de Cristo, aunque parezca paradójica, es harto verdadera. *Mayor dicha es dar que recibir* (Act. 20,35)... Existe una ley del talión por la que el misericordioso encuentra misericordia, porque todo lo que se hace a un pobre, Cristo lo considera como hecho a El mismo, razón por la cual en el día del juicio...

Aquí se promete la misericordia a los misericordiosos, y Cristo mismo se encargará de cumplir esa promesa, con mucha frecuencia en esta vida y en la otra siempre. La bienaventuranza celestial que se promete a los pobres bajo el nombre del reino de los cielos, se promete a los misericordiosos con el nombre de misericordia.

Simbólicamente, a los misericordiosos prométeseles misericordia, esto es, la visión y posesión de Dios, cuya naturaleza es la misma misericordia».

Después de extenderse sobre la limosna, dice: «La limosna no es sólo misericordia, sino rédito y usura que paga Dios, quien siempre devuelve más de lo que se le debe, pues al que da al pobre, El le dará recompensa (Prov. 19,6), ya que, como explica San Crisólogo (cf. Sermón 42), Dios corne en el cielo el pan que el pobre recibe en la tierra. Dale, pues, pan, dale bebida, si quieres que Dios sea tu deudor y no tu juez».

(«*Bienaventurados los limpios de corazón*»)

«En primer lugar, el corazón limpio significa la mente casta y pura, libre de todo deseo y concupiscenda carnal... En segundo, y con más acierto, significa la conciencia pura de los que se han limpiado de cualquier clase de pecados y de deseos, sobre todo de la mala intención, la doblez y la hipocresía. Finalmente, y ya con toda razón, son limpios de corazón los que se limpiaron de todo amor creado y han convertido el mundo en espejo de Dios.

Porque ellos venin a Dios. Le verán cara a cara, con la visión beatífica que no puede alcanzar el corazón inmundo.

Puede entenderse también esta visión de Dios por un conocimiento puro y afectuoso del mismo, conocimiento que consiguen en esta vida los limpios de corazón».

1578

H) Bienaventurados los pacíficos»

•El mundo ensalza como felices a los que con valentía llevaron a cabo guerras mil y sometieron a sus enemigos, pero yo llamo bienaventurados a los que reconcilian a cuantos ven luchar y dividirse, llevándoles a la paz y la unión entre sí y con Dios o, por lo menos, trabajan y se empuñan en conseguirlo. Obra es esta ardua y difícil, pero gratisima a Dios. ¿-¿si lo enseña San Juan Crisóstomo...

Los grados de esta bienaventuranza son: i.º Tener y procurar la paz interna del alma con Dios. z.º Cuidar de la paz con los vecinos y prójimos. 3.º Procurar la concordia de los enemigos.

Porque se llamarán hijos de Dios. Esto es, lo serán de tal forma que podrán usar con todo derecho ese nombre de hijos de Dios. Hijo de Dios es una catecrexis o metalepsis que quiere decir que serán muy semejantes a Dios y muy queridos de El, porque Dios ama la paz sobre todas las cosas y para conseguirla envió su Hijo al mundo, ya que El es por esencia paz y unión. Por serlo, une a las tres personas divinas en la única e individual esencia y las une esencial e íntimamente en la deidad. Por eso Dios es llamado Dios de paz, mientras que el demonio, por el contrario, es el dios de la disensión, y los que la siembren hijos son del diablo y no de Dios.

Los pacíficos se llaman también hijos de Dios porque participan del oficio y nombre del Hijo de Dios, esto es, de Cristo, cuya obra consiste en reconciliar a los hombres con Dios y consigo mismo, trayendo con el orden la paz, que el mundo no podía darles (2 Cor. 5, 18; Col. 1,20; Eph. 2,14), por lo que se llama príncipe de la paz (Is. 9,6) y con su nacimiento vino la paz a la tierra y los ángeles hubieron de cantar: *Gloria a Dios...*

Los pacíficos se llaman también, y éste es el verdadero sentido,

hijos y herederos de Dios en la gloria celestial que consiguieron con los méritos obtenidos por sus obras. En el cielo, todos los santos, gracias a la gloria beatífica, son hijos de Dios».

I) *^Bienaventurados los que padecen persecución...»* 1579

«Esta octava y suma bienaventuranza consiste en sufrir y tener paciencia, mientras que las anteriores se basaban en la actividad. Por eso dice San Ambrosio (cf. *In Lc.* 5,4,22) «que conduce hasta el final, que lleva hasta el martirio, y ello le coloca la octava de las bienaventuranzas». En realidad, es más difícil padecer grandes cosas que acometer otras difíciles según aquel dicho: «Obrar cosas duras es propio de los romanos; padecer cosas fuertes, propio es de los cristianos», por lo cual es más perfecta la fortaleza cuyos actos consisten en padecer, según enseña Santo Tomás».

a) Por la justicia

1580

Por defender alguna virtud cristiana, como la fe, los derechos de la Iglesia, los pobres, etc.

«Son bienaventurados los que padecen por la justicia: 1.0 Porque las persecuciones nos separan del mundo y nos unen a Dios. 2.0 Porque las padecemos por Dios. 3.0 Porque nos asemejan a Cristo, que las sufrió hasta la muerte de cruz recibida de los judíos... La Iglesia creció siempre en la persecución y se enfrió en la paz».

Esta es la razón por la que Dios permite la cizana en este mundo.

«San Francisco de Borja, tercer preposito general de nuestra Sociedad, decía ser tres las cosas que conservaban a la Compañía de Jesús: primero, la oración; segundo, la unión mutua; tercero, la persecución. Y explicaba la causa diciendo que la oración nos une a Dios; la unión une los compañeros, y es muy difícil romper un haz triple, pero que sobre ello la persecución, separándonos del mundo, nos obligaba a obrar prudentemente, no fuera que los perseguidores tuvieran por donde asirnos o acusarnos».

b) «... PORQUE DE ELLOS ES EL REINO DE LOS CIELOS»

1581

«Comenzaron las bienaventuranzas en el reino de los cielos y en él terminan. La primera y la última lo presentan como merced y premio, para indicar que en las otras seis debe sobrentenderse también, y que si se nombra aquí explícitamente al referirse a los pobres y a los que padecen persecución es porque parece muy justo que quienes sufren por la persecución y por la pobreza sean ricos y dominen a sus perseguidores.

San Agustín (cf. *Serm. en la Montana* 1.i) advierte que el reino de los cielos es prometido en las ocho bienaventuranzas, pero que recibe en cada una un nombre, propiedad y título especialmente aco-

modados a las obras exigidas en ellas. Así, por ejemplo, a los pobres y a los que padecen se les anuncia con el nombre y título de reino; a los mansos, con el de tierra; a los que lloran, con el de consuelo; a los hambrientos, con el de hartura... Y es que en realidad, Dios, en el cielo, da a los bienaventurados: 1.º El mismo reino celestial. 2.º Una patria o tierra de felicidad estable. 3.º Lo que consuela. 4.º Abundancia. 5.º Misericordia llena de gracia y gloria. 6.º La visión. 7.º La adopción, filiación y herencia del Señor.

Con toda elegancia y exactitud, San Agustín (cf. *Enarrat. in Ps.* 98) nos presenta a Dios hablando de esta forma: «—Estoy vendiendo. —¿Que vendes, Señor? —El reino de los cielos. —¿Con qué se compra? —El reino con la pobreza, el gozo con el dolor, el descanso con el trabajo, la gloria con la humillación, la vida con la muerte». Añade también: el consuelo con el llanto, la saciedad con el hambre, la misericordia con la misericordia, la visión con la limpieza y la filiación divina con la paz*.

1582

c) Gradación de los premios

«Todos estos nombres y títulos indican cierta gradación en los premios, en los cuales se va subiendo, como por una escala, de virtud en virtud hasta el ápice de la gloria celestial. El primer grado de las bienaventuranzas es arrojar el cuidado de las riquezas siendo pobres; el segundo, ordenar nuestras costumbres y tranquilizar nuestro ánimo con la mansedumbre; el tercero, llorar los pecados; el cuarto, tener hambre y sed de santidad y de crecimiento de la virtud; el quinto, acumular obras de misericordia corporales y espirituales; el sexto, dedicarse por completo a la pureza del alma; el séptimo, buscar la paz entre todos; el octavo, padecer humillaciones, calumnias y persecuciones con humildad y fortaleza. A estos grados de virtud corresponden los grados de gloria celestial que se promete como premio, a saber, el reino, la eternidad del reino estable, la alegría...»

Advierte también que estas ocho bienaventuranzas están unidas entre sí; nadie puede tener la primera si no tiene las otras, y cada una de ellas ayuda a poseer las demás.

IL P. ALONSO RODRIGUEZ

El deseo de santidad

Muy propio de esta festividad es considerar la necesidad de la perfección, de que ya hemos tratado en otros lugares, y los medios de conseguirla, entre los que el P. Rodriguez entiende ser muy principal el deseo de alcanzarla, a lo que la Iglesia nos anima hoy con el ejemplo de los santos (cf. *Ejercicio de perfección y virtudes cristianas* (tr.1 c.2 [7.a ed. del Apost. de la Prensa, Madrid 1950] p. 10-16).

A) *Justicia, nombre común de virtud y santidad* 1583

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán hartos (Mt. 5,6). Justicia, aunque es nombre particular de una de las cuatro virtudes cardinales distinta de las otras, pero también es nombre común de toda virtud y santidad. La vida buena y virtuosa llamamos justicia, y al santo y virtuoso decimos que es justo. Dice el Sabio: *La justicia de los buenos los librará* (Prov. 11,6); quiere decir: su vida santa los librará; y así se toma en muchos lugares de la Escritura: Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos, dice Cristo nuestro Redentor (Mt. 5,20), que es decir: Si vuestra virtud, religion y santidad no fuere mayor. Y de la misma manera se entiende aquello que dijo el mismo Cristo a San Juan Bautista cuando rehusaba de bautizarle: *Así nos conviene cumplir toda justicia* (Mt. 3,15): así conviene para dar ejemplo de obediencia y humildad y de toda perfección. De esta manera se toma también en las palabras presentes. Pues dice Cristo nuestro Redentor: Bienaventurados los que tienen tanto deseo y afición a la virtud y perfección, que tienen hambre y sed de ella, *porque éstos serán hartos*, éstos la alcanzarán. Y es ésta una de las ocho bienaventuranzas que nos enseñó y predicó en aquel soberano sermón del Monte San Jerónimo, sobre estas palabras, dice: «No basta cualquier deseo de la virtud y perfección; es menester que tengamos hambre y sed de ella, que podamos decir con el profeta: *De la manera que el ciervo herido y acosado de los cazadores desea las fuentes de las aguas, así mi anima desea a ti, Dios mio* (Ps. 41,2)».

B) *El amor y deseo del fin*

«Esta es una cosa de tanta importancia que, como comenzamos a decir en el capítulo pasado, de ella depende toda nuestra medra espiritual, y ése es el principio y el medio único para alcanzar la perfección, conforme a aquello del Sabio: *El principio para alcanzar la sabiduría* (que es el conocimiento y amor de Dios, en que consist

nuestra perfección) es un *verdadero y entraitable deseo de ella* (Ps. 6,18); y la razón de esto es porque, como dicen los filósofos, en todas las cosas, y señaladamente en las obras morales, el amor y deseo del fin es la primera causa que mueve todas las otras a obrar; de tal manera, que cuanto es mayor el amor y deseo del fin, tanto es mayor el cuidado y diligencia que se pone para alcanzarle. Y así importa mucho que el deseo y afición de la virtud y perfección sea grande para que el cuidado y diligencia en procurarla y alcanzarla sea también grande.

Es tan importante y necesario para aprovechar que haya en nosotros este deseo, que nos saiga del corazón y nos lleva tras sí, y no sea menester andar tras nosotros en esto, que del que no tuviere esto muy poca esperanza habrá. Pongamos ejemplo en el religioso, y cada uno podrá aplicar la doctrina a sí, conforme a su estado. Bueno y necesario es en la religion el cuidado y vigilancia de los superiores sobre los súbditos y menester es la reprensión y la penitencia; pero del que por eso hiciere las cosas, no hay mucho que fiar, porque eso cuando mucho podrá hacer que por alguna temporada, cuando andan sobre él, proceda bien; pero si ello no sale de allá dentro del corazón y del deseo verdadero de su aprovechamiento, no hay que hacer mucho caso de eso, porque no podrá durar.

Esta es la diferencia que hay entre las cosas que se mueven con movimientos violentos y las que se mueven con movimientos naturales; las que se mueven con movimientos violentos, como aquello nace de una fuerza e impresión ajena, cuanto más van adelante, tanto más van aflojando y enflaqueciéndose, como cuando tiráis la piedra hacia arriba; mas en las cosas que se mueven con movimiento natural, como cuando la piedra va a su centro, es al contrario, que cuanto más va, más ligeramente se mueve. Pues ésta es también la diferencia que hay de los que hacen las cosas por temor de la penitencia y de la reprensión o porque les están mirando o por otros respetos humanos, a los que se mueven por amor de la virtud y por puro deseo de agradar a Dios; que aquello no dura sino mientras dura la reprensión y el andar sobre ellos y luego se va cayendo. Como refiere San Gregorio (cf. *Horn.* 38 in *Evang.*) de aquella tia suya, Gordiana, que reprendiéndola las otras dos hermanas suyas, Târsila y Emiliana, de la liviandad de sus costumbres, y porque no guardaba la gravedad que convenia al hábito de religion que tenía, ella, mientras duraba la reprensión, mostraba gravedad en su rostro y parecia que lo tomaba bien; pero luego, pasada la hora de la reprensión y el castigo, perdía aquella fingida gravedad y gastaba el tiempo en hablar palabras livianas y en holgarse con la compañía de las doncellas legas que había en el monasterio. Era como el arco flechado con una recia cuerda, que en aflojándose ella, él también se afloja y se torna a su primera postura. Como no le salía del corazón, sino era cosa violenta, no podía durar».

C) La perfección ha de salir del corazón

1586

K

F

«Este negocio de la perfección no es negocio que se ha de hacer por fuerza, ha de salir del corazón. Y así dijo Cristo nuestro Redentor a aquel mancebo del Evangelio: Si *quieres ser perfecto* (Mt. 19,21). Pero si vos no queréis, no bastarán todas las diligencias y medios que pueden poner los superiores para haceros perfecto. Esta es la solución y respuesta de aquello que pregunta San Buenaventura (cf. *De perfec. relig.* 1.i c.39). «Qué es la causa, dice, que antiguamente bastaba un superior para mil monjes, y para très mil y cinco mil, que dicen San Jerónimo y San Agustín que solían estar debajo de un superior; y ahora para diez y aun para menos no basta un superior? La causa de esto es porque aquellos monjes antiguos tenían en su corazón un vivo y ardiente deseo de la perfección, y aquel fuego que ardía allí dentro los hacía tomar muy a pechos su propio aprovechamiento y caminar con grande fervor.

K

"

Resplandecerán los justos y correrán como centellas por el Canaveral (Sap. 3,7). Con esta metáfora nos declara muy bien el Espíritu Santo la velocidad y ligereza con que caminan los justos por el camino de la virtud, cuando ha prendido este fuego en su corazón. Correrán, dice, como centellas de fuego por el Canaveral. Mirad con qué velocidad y ligereza corre la llama por un Canaveral seco cuando prende el fuego en él; pues de esa manera corren los justos por el camino de la virtud, cuando están encendidos y abrasados de este fuego divino. Así lo estaban aquellos monjes antiguos, y por eso no tenían necesidad de superior para eso, sino antes para que les fuese a la mano en sus fervores; pero cuando eso no hay, no sólo no bastará un superior para diez, sino diez superiores no bastarán para uno ni le podrán hacer perfecto si él no quiere. Claro está eso, porque ¿qué aprovechará visitar la oración? Después que ha pasado el visitador, «no puede uno hacer lo que quiere? Y estando allí de rodillas, «no puede estarse pensando en el estudio y en el negocio y en otras cosas impertinentes? Y cuando va a dar cuenta de la conciencia, ¿no puede decir lo que quiere y callar lo que hace más al caso, y decir que le va bien, no yéndole bien, sino mal? Que por demás es, si él no quiere y lo desea de veras».

D) Queriendo, os salvaréis

1587

«Aquí viene bien lo que respondió Santo Tomás de Aquino (cf. *Hist. Praedicat.* p.i.a I.3 c.37). Preguntándole una vez una hermana suya cómo se podría salvar, respondió el Santo: «Queriendo». Si vos queréis, os salvaréis; y si vos queréis, aprovecharéis; y si vos queréis, seréis perfecto. En eso está el punto de la dificultad, en que vos queráis y lo deseéis de veras y os saiga del corazón; que

Dios de su parte muy presto está para acudirnos; y si eso no hay, todo lo que acá pueden hacer los superiores será por demás; vos sois el que habéis de tomar a pechos vuestro aprovechamiento, porque ése es vuestro negocio y a vos os va en ello y no a otro, y a eso vinisteis a la religion. Y tenga cada uno entendido que el día que aflojare en esto y se olvidare de sí, y de lo que toca a su aprovechamiento, y no tuviere cuidado de hacer bien hechos sus ejercicios espirituales, y un vivo y encendido deseo de aprovechar e ir adelante en la virtud y mortificarse, ese día va perdido su negocio. Y así nuestro Padre al principio de las Constituciones y de las Régulas nos pone esto por fundamento (cf. *Proem*, i): «La interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones, es la que nos ha de conservar, regir y llevar adelante en la vía comenzada del divino servicio». Este fuego de amor de Dios y el deseo de su mayor honra y gloria es el que nos ha de estar siempre solicitando para subir e ir adelante en la virtud.

Cuando hay de veras este deseo en el corazón, él hace que pongamos diligencia y cuidado para alcanzar lo que deseamos; porque nuestra inclinación es muy industriosa para buscar y hallar lo que desea y nunca le faltan medios para ello; y por eso dijo el Sabio que *el principio para alcanzar la sabiduría es el verdadero y entrañable deseo de ella* (Sap. 6,18)».

1588

E) Otro bien, et de hacer fáciles las cosas

«Y más, esto de salir la virtud del corazón trae consigo otro bien que es lo que hace tan eficaz este medio, y es que hace fáciles y suaves las cosas, por muy dificultosas que sean de suyo. Si no, decidme: ¿por qué se os hizo a vos tan fácil el dejar el mundo y entrar en religion sino porque os salió del corazón? Os dió el Señor una voluntad y afición grande a eso, que fué la gracia de la vocación; os quitó la afición a las cosas del mundo y os la puso en las cosas de la religion; y con eso se os hizo fácil. ¿Y por qué a los que se quedan allá en el mundo se les hace eso tan dificultoso? Porque no les ha dado Dios esa voluntad y afición que os dió a vos, no los ha llamado Dios, como ellos dicen, ni hecho esa gracia de la vocación. Pues así como para entrar en la religion os lo facilité la voluntad y el deseo grande que tuvisteis de eso, que no bastaron vuestros padres y parientes ni todo el mundo para apartaros de ello, así también para aprovechar en la religion y para que sus ejercicios se os hagan fáciles es menester que dure esa voluntad y deseo con que vinisteis a ella, y mientras durare se os harán fáciles, pero en faltando, todo se os hará dificultoso y cuesta arriba. Esta es la causa por qué nos hallamos algunas veces tan pesados y otras tan apurados; no eche nadie la culpa a las cosas ni a los superiores, sino a sí y a su poca virtud y mortificación. Dice el P. Maestro Avila (cf. *Epist.* p.i.a carta 2): «Un hombre sano y recio fácilmente levanta una arroba de peso,

pero un enfermo o un niño dice: ¡Ay, cómo pesa!» Esa es la causa de nuestra dificultad, que las cosas las mismas son, y en otro tiempo se nos hacían fáciles y no reparábamos en ellas; en nosotros está la culpa, que, habiendo de ser varones y haber crecido en perfección, como dice San Pablo (Eph. 4,13), somos niños en la virtud y hemos enfermado y aflojado en aquel deseo de aprovechar con que entramos en la religión».

III. BOSSUET

La felicidad de los bienaventurados

Insertamos el sermón para la fiesta de Todos los Santos (cf. ed. Lebarq» 5,47).

A) Exordio

1589

Si la mitad del tiempo que gastamos en pensar en las vanidades de este mundo la empleáramos en meditar sobre la eternidad, no despreciaríamos nuestra salvación. Las preocupaciones y placeres de aquí abajo apenas si nos permiten un ligero recuerdo de la gloria que Dios nos tiene preparada. Nos parecemos a aquellos insensatos sobre los cuales hablaba la Sabiduría, y decía: *Verán el fin del sabio sin entender los designios del Señor sobre él* (Sap. 4,17).

Por eso hoy, fiesta de los bienaventurados, vamos a cantar sus glorias descubriendo los secretos encerrados en el texto paulino que me ha servido de tema. Todo es para vosotros, hombres, y vosotros para Cristo, para unirnos al goce de la misma felicidad de Jesús.

J

i

B) En qué consiste la felicidad de los bienaventurados

Consideremos cuán grande sea la felicidad de los bienaventurados y en qué consiste.

a) El remate de las obras divinas

1590

Para ver su magnitud, recordemos que la gloria de los bienaventurados es el remate de las obras divinas. «Maravilla ver la ejecución de los deseos de Dios. Es capaz de derribar en un momento la más sublime empresa; todos los elementos cambian su naturaleza por servirle y ponen de manifiesto en todas sus acciones que es el único Dios, creador del cielo y de la tierra. Ahora bien, aquí se trata de cumplir el mayor de los deseos de Dios, a saber, llevar todas sus obras a la perfección final.

La palabra de C. g

Porque toda causa inteligente se propone un fin en su trabajo. El fin de Dios no puede ser otro que El mismo..., ni puede conseguir otra gloria que la de hacer bien a los demás y manifestar *así su* propia excelencia..., para que los otros noten en sí mismos su abundancia. Si es cierto que corresponde a la grandeza de Dios el expansionarse, haciéndola participar, sin duda que su mayor placer no puede consistir en comunicarse a las naturalezas insensibles... Por eso cuando les da algo, no es a ellas a quien se lo quiere entregar, sino que lo destina a las naturalezas inteligentes..., que son las únicas que pueden conocerlo y usarlo y bendecir a su Autor... He ahí por que el hombre fué colocado por Dios como árbitro de todo lo creado... Dios, pues, creo las naturalezas inferiores para las racionales, y en cuanto a estas, las destinô a aquella soberana felicidad que consiste en poseer al soberano bien. Las creô para sí mismo. He aquí el orden de la Providencia divina: formar criaturas insensibles y sin conocimiento para las inteligentes, y las razonables para la posesiôn del bien eterno. Por lo tanto, cuanto se refiera a la soberana felicidad, no es sino la perfecciôn final de las obras de Dios. Por esta razôn dice en el juicio universal a sus elegidos: *Venid, benditos de mi Padre, tomad posesiôn del reino preparado para vosotros desde la creaciôn dei mundo* (Mt. 25,34). En cambio, dirigiéndose a los condenados, exclama: *Id al fuego que os està preparado* (sic); pero no aôade: que fué preparado desde el principio del mundo; lo cual no quiere indicar otra cosa sino que la creaciôn dei mundo era un preparative de la obra de Dios, y que la gloria de sus serafines sera su ùltima perfecciôn. Es como si dijese: Venid, amados de mi Padre, porque en vosotros era en quienes pensaba cuando forjaba al mundo».

b) La Providencia

«Si meditamos en la Providencia, veremos" esto con mayor claridad todavía. La prudencia perfecta no debe proponerse más que un solo fin, y su objeto debe consistir en ordenarlo todo, y el orden no se encuentra sino en la disposiciôn de todos los medios y su coordinaciôn al fin. Debe recogerlo todo al ser universal, ordenarlo todo para ser sabio, ligarlo todo para ser uniforme, y por esta razôn ha de existir una dependencia entre todos los miembros, para que así el piano sea más firme y todas las partes se ayuden mutuamente. Lo imperfecto debe ordenarse a lo perfecto, lo natural a la gracia, y la gracia a la gloria. Y éste es el motivo de que si los cielos se mueven con ritmo eterno, si las cosas inferiores se mantienen en medio de movimientos ordenados, si la naturaleza manifiesta sus propiedades en las distintas estaciones, todo ello y todos estos resortes se muevan únicamente para los elegidos de Dios».

c) Cuatro comunicaciones de su naturaleza

1592

♦Y si nos adentramos mäs todavia en el pensamicnto divino, encontraremos cuatro comunicaciones de su naturalez... La primera, la creaciön dei mundo; la segunda, la gracia; la te;* era, su gloria; la cuarta, su persona. Y si lo menos perfecto se ordena a lo mäs excelso, la creaciön debe ordenarse a la justificaciön; la justificaciön, a la comunicaciön de la gloria, y la comunicaciön de la gloria, a la suya personal. Esta es la gradaciön de San Pablo: *Todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo es de Dios.*

Pero tened cuidado de no separar a Jesucristo de sus elegidos. Son miembros suyos, y la glorificaciön no es otra cosa sino la consumaciön del cuerpo de Jesucristo. *Hasta que todos alcancemos el estado de un hombre perfecto en la medida de la edad y la plenitud segün la cual Jesucristo debe ser formado en nosotros* (Eph. 4,13): Entonces seremos todos bendecidos en Jesucristo *como uno* (Gai. 3,16).

Debemos subrayar dos cosas: que todos los planes de Dios terminan en los justos, y la otra que termina en ellos, pero en cuanto unidos a Cristo.

jOh y qué grande tiene que ser esta obra para la que ha servido de preparaciön la creaciön dei universo, obra que Dios tuvo presente en todos sus actos, que fué el fin de todos sus deseos y después de cuya ejecuciön descansará toda la etemidad! Con esto tendrá bastante para contentar su naturaleza infinita. El, que no juzgô la creaciön dei mundo empresa digna de si mismo, se contentará después de haber completado el numero de sus elegidos y en toda la etemidad no hará otra cosa sino decirles: He ahí lo que yo he hecho; mirad, <no he conseguido bien mis deseos? êPodria yo proponerme un fin mäs excelente?>

d) El MAS GRANDE DE SUS MILAGROS

1593

«No podemos dudar que su proposito debiô ser extraordinario, puesto que Dios obrô en él con verdadera pasiön. Se contento con decir una palabra para crear el cielo y la tierra y no vemos en ella ni una sola emociön, pero en cuanto se trata de la gloria de sus elegidos, podemos decir que se aplica a ella con todas sus fuerzas, o, por lo menos, que emplea el mäs grande de sus milagros, la encarnaciön de su Hijo». Se compara a un âguila que nos ensena a volar, a una gallina que recoge sus pollitos; condescendiente con nuestras flaquezas, y hasta ejecuta acciones aparentemente extravagantes, como cuando, colocado en medio del templo, grita: *El que tenga sed, que venga a mi y beba* (Io. 7,37). Nunca hemos visto obrar a un Dios con tanto apasionamiento; nos busca, se entrega, muere. Si hay en este mundo quien se parezca en algo a los santos del cielo, entonces vuelca sobre ellos sus favores y hasta les concede el don de milagros».

i».

Π.>.
i|>.

ft-'.
π.

k
;

1594

e) La HEREXCIA DE LOS HIJOS DE DIOS

«Pero debemos saber muy bien que todos los bienes que Dios promete a los predestinados serán recibidos conjuntamente con Jesucristo, cuyos intereses no pueden separarse de los de ellos... La herencia nos corresponde porque somos hijos de Dios. Somos hijos de Dios porque somos uno con su Hijo natural, y no podemos participai de la cualidad de hijos de Dios más que por nuestra unión con Aquel a quien pertenece principalmente. Por eso Dios envió dentro de nuestros corazones al Espíritu de su Hijo, que grita: *Padre mio* (Gai. 4,6). Este Espíritu es uno solo y mismo en Cristo. Por lo tanto, nuestra cualidad de hijos y el derecho a la herencia y la nueva vida, en tanto lo tenemos en cuanto que formámes sociedad con Jesucristo en uno solo». Dios derramó sobre El toda la plenitud, y de esa plenitud recibimos nosotros.

1595

«La vida, pues, que tenemos nosotros es común con Jesucristo, ya sea que hablemos de la vida de la gracia o de la gloria, puesto que entre una y otra no existe más diferencia que la que hay entre la adolescencia y la edad madura. Una esta consumada, la otra en edad de perfeccionarse, pero la vida es la misma, y la única distinción que encontramos es que en el cielo esta vida puede ejercer más libremente sus operaciones gracias a la justa disposición de todos los órganos, mientras que aquí todavía no son perfectos porque el cuerpo no ha crecido aún lo debido. Esto es lo que explica San Pablo: *Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios* (Col. 3,3). Ahora, durante nuestra mortalidad, la mayor parte de sus operaciones está escondida, la fuerza de este corazón nuevo no se descubre, pero cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces vosotros os manifestaréis también (Col. 3,3). ¡Oh y qué hermosa será la vida de Jesucristo en nosotros cuando se manifieste plenamente, después de que la gracia se haya convertido en gloria, cuando hayamos adquirido la estatura y edad del hombre perfecto y la plenitud dei justo!

Por lo tanto, el apóstol San Pablo coloca la vida de la gloria y la de la gracia en Jesucristo, y con toda razón, porque el ser en el que crecemos debe ser el mismo en quien recibamos la perfección. Crecemos en Jesucristo, pues debemos consumarnos en Jesucristo..., y es tan verdad, que si el comienzo forma ya una unidad, la consumación debe hacerla más estrecha todavía. Y precisamente porque somos llamados a gozar de la gloria unidos con Cristo poseeremos su mismo reino, para significar lo cual y demostrar su más estrecha unidad la Escritura nos dice que nos sentaremos en el mismo trono: *Al que vendere le haré sentarse conmigo en mi trono* (Apoc. 3,21)».

f) GRANDEZA DE LA GLORIA

1596

«Para concebir la grandeza de esta recompensa basta pensar lo que el Padre debe haber hecho para su Hijo*. ¡Su Hijo, único partícipe de su divinidad y objeto de sus delicias! Si nosotros somos hijos adoptivos es porque hemos recibido algo del espíritu de ese Hijo, y por ello nos debe la misma predilección que le debiera a El. Jesucristo nos ha asociado a su lucha y triunfo, y de ahí que estemos asociados al amor y al premio que a El le diera su Padre: *Al que venciere le haré sentarse conmigo en mi trono, así como yo también vend y me senté con mi Padre en su trono* (ibid.). Como si dijese: Grandes cosas espero de mi Padre, yo, que derribé a todos mis enemigos, yo, que le conquisté un pueblo nuevo, y de todas estas cosas os haré partícipes a los que habéis luchado y triunfado conmigo.

7(

H

Su gloria es grande y la hará nuestra, porque sus intentos son nuestros también. Venció, pero para nosotros; obedeció a su Padre para nosotros y hasta el mismo sacrificio lo ofreció este gran sacerdote para consumarnos en su Padre. *Yo me santifico*, dice, *por ellos, para que todos sean uno como tú en mí y yo en ti, y así ellos sean también una sola cosa en nosotros* (Jo. 17,19). Morimos en su muerte, resucitamos en su resurrección, nuestros sufrimientos son una misma cosa con los suyos y su premio será el nuestro. Las propiedades de su vida se nos comunicarán entonces completamente.

La gracia y la nueva vida residen en El, pero solo como en la parte principal. Y del mismo modo que la vida del corazón no sería perfecta si no se derramase sobre los miembros, aunque sea cierto que reside principalmente en él, así también faltaría algo a la nueva vida de Jesucristo si no se esparciese por todos sus miembros... Estropeáis una fuente si le impedis que derrame por todos los arroyos». Todos estos pensamientos son los que expresaba el Señor en la última cena cuando quería que fuésemos consumados en uno y todos juntos con El en el Padre, cuando decía que nos daría la misma gloria que el Padre le había dado a El, para que todos fuésemos uno y así el mundo conociera que Jesús había sido enviado por Dios.

159.i

l ' *7

«Si un miembro cualquiera fracasa, basta con castigar al jefe, pero si se corona al jefe, es necesario coronar a los miembros, porque si no participai! de su gloria, es señal de que la gloria del jefe es bien pequeña... La gloria del jefe recae sobre todos los miembros, y la gloria de los miembros vuelve hacia su jefe. Yo soy, dice el Señor, glorificado en ellos; es necesario que ellos sean glorificados en mí, Padre santo, Padre justo, te lo pido».

«f.

No nos extranemos, pues, del interés que pone Dios en que nuestra gloria sea magnífica.

l Cl

1598

C) Las maravillas de la gloria

Dios es infinitamente superior a todos y no puede adquirir otro titulo que el de bienhechor. Todo lo que da es para su gloria, y no sabe tampoco granjear la gloria si no es dândola. Si, pues, todo el mundo lo ordenô a su gloria y el cielo es el fin dei mundo, (<qué maravillas habrà encerrado en él?

Bossuet se extiende sobre las maravillas dei mundo y nos invita a pensar qué serâ la gloria, que las supera a todas. Hermosa es la creaciôn y Dios la hizo asi para que los hombres la veamos y le alabemos. êQué serâ el cielo, donde quiere que le veamos a El mismo para que le alabemos perfectamente?

P. ROYO MARIN, O. P.

La perfecciôn cristiana

(Cf. *Teologia de la perfecciôn cristiana*: BAC [1954] p.2.a c.3 p.205-215.)

A) Naturaleza de la perfecciôn cristiana

«Veamos, ante todo, la doctrina de Santo Tomâs en la *Suma Teolôgica*.

Comienza el Doctor Angelico preguntando si la perfecciôn de la vida cristiana consiste especialmente en la caridad (cf. 2-2 q.184 a.i). Como se ve, va directamente al fondo de la cuestiôn, prescindiendo de toda clase de prenotandos y de cuestiones secundarias.

La respuesta, como es sabido, es afirmativa. Lo prueba en primer lugar por la autoridad de San Pablo: *Super omnia autem haec, caritatem habete, quod est vinculum perfectionis* (Coi. 3,14); porque la caridad—comenta el Angelico Doctor—en cierto modo liga a todas las demâs virtudes en una unidad perfecta.

En el cuerpo dei articulo establece la prueba de razôn, que no puede ser mâs sencilla. Si un ser alcanza su perfecciôn cuando llega a su propio fin, hay que concluir que la perfecciôn cristiana consiste especialmente en la caridad, ya que es ella precisamente la virtud que nos une directamente con Dios en cuanto ùltimo fin sobrenatural.

Expuesta brevemente la doctrina del Angélico, veamos de ampliarla un poco mâs. Vamos a procéder por conclusiones a la manera escolâstica».

B) La perfección cristiana consiste especialmente en la perfección de la caridad 1600

a) Sentido de la cuestión

«Precisemos ante todo el sentido de la cuestión. No queremos decir que la perfección cristiana consista *íntegra y exclusivamente* en la perfección de la caridad, sino que es ella el elemento *principal*, el más esencial y característico de todos. En este sentido hay que decir que la medida de la caridad en el hombre es la medida de su perfección sobrenatural, de tal manera que el que ha conseguido la perfección del amor de Dios y del prójimo puede ser llamado «perfecto» en el sentido más genuino de la palabra (*'simpliciter*), mientras que sólo lo sería relativamente (*secundum quid*) si lo fuera tan sólo en alguna otra virtud. Esto último, por lo demás, es imposible en el orden sobrenatural, dada la conexión de las virtudes infusas con la gracia y la caridad (cf. 1-2 q.65)».

b) Valor de la tesis

1601

«Entendida de esta manera, la presente conclusión les parece a muchos teólogos casi de fe (*proxima fidei*), por el evidente testimonio de la Sagrada Escritura y el consentimiento unánime de la tradición (cf. De Guibert, *Theologia spiritualis* η.50)...

La prueba de razón la da Santo Tomás diciendo que la perfección de un ser consiste en alcanzar su último fin, más allá del cual nada cabe desear; pero es la caridad quien nos une con Dios, último fin del hombre; luego en ella consistirá especialmente la perfección cristiana. Escuchemos sus mismas palabras: «Respondeo dicendum quod unumquodque dicitur esse perfectum in quantum attingit proprium finem, qui est ultima rei perfectio. Caritas autem est quae unit nos Deo qui est ultimus finis humanae mentis: quia *qui manet in caritate, in Deo manet et Deus in eo*, ut dicitur i Io. 4,16. Et ideo secundum caritatem specialiter attenditur perfectio vitae christianae» (cf. 2-2 q.184 a.i)».

c) Naturaleza y efectos de la caridad

1602

«La razón fundamental que nos acaba de dar Santo Tomás se aclara y complementa examinando la naturaleza misma y los efectos de la caridad. Sólo ella nos une enteramente con Dios como último fin sobrenatural. Las demás virtudes preparan y comienzan esa unión, pero no pueden acabarla y consumarla, ya que las virtudes *morales* se limitan a apartar o aminorar los obstáculos que nos impiden el paso hacia Dios y nos acercan a El tan sólo *indirectamente*, estableciendo el orden en los *medios* que a El nos conducen (cf. 1-2 q.63 a.3 ad 2). Y en cuanto a la fe y la esperanza, nos unen

ciertamente con Dios—como virtudes *teologales* que son—, pero no como último fin absoluto, o sea como sumo Bien infinitamente amable por si mismo—motivo perfectísimo de la caridad—, sino como primer principio del que nos viene el conocimiento de la verdad (fe) y la perfecta bienaventuranza (esperanza). La caridad mira a Dios y nos une a El como *fin*; la fe y la esperanza le miran y nos unen a El como *principio* (cf. 2-2 q.17 a.6). La fe nos da un conocimiento de Dios necesariamente oscuro e imperfecto (*de non visis*), y la esperanza es también radicalmente imperfecta (*de non possessis*), mientras que la caridad nos une con El ya desde ahora de una manera perfectísima, dándonos la posesión *real* de Dios (cf. 1-2 q.66 a.6) y estableciendo una corriente de mutua amistad entre El y nosotros (cf. 2-2 q.23 a.i.—Cf. Io. 14,23; Cant. 2,16; 6,2; 7,10). Por eso la caridad es inseparable de la gracia, mientras que la fe y la esperanza son compatibles, de alguna manera, con el mismo pecado mortal (fe y esperanza *informes*) (cf. 2-2 q.24 a.12 c et ad 5.—Cf. 1-2 q.65 a.4). La caridad, en fin, supone la fe y la esperanza, pero las supera en dignidad y perfección (cf. 2-2 q.23 a.6).

Está, pues, fuera de toda duda que la caridad constituye la esencia misma de la perfección cristiana. La caridad supone y encierra todas las demás virtudes, que carecen sin ella de valor, como dice expresamente San Pablo (cf. 1 Cor. 13)».

1603

d) PAPEL DE LAS DEMAS VIRTUDES

♦Sin embargo, es preciso entender rectamente esta doctrina para no incurrir en lamentables confusiones y errores. Del hecho de que la perfección cristiana consista *especialmente* en la caridad no se sigue en modo alguno que el papel de las otras virtudes sea puramente *accidentai* o que no entren a formar parte bajo ningún aspecto de la esencia misma de la perfección. *Specialiter* no quiere decir *totaliter*, ni hay que confundir la esencia *metafísica* con la esencia *física* de una cosa. La esencia metafísica de la perfección cristiana se salva con la simple perfección de la caridad; pero para su esencia física, total o integral, se requieren todas las demás virtudes infusas en el mismo grado de perfección que la caridad.

No hemos de olvidar, en efecto, que las virtudes morales, y con mayor razón la fe y la esperanza, tienen también su excelencia propia aun consideradas en si mismas independientemente de la caridad (aunque no sin su compañía). Porque, aunque todos los actos de la vida cristiana puedan y deban ser *imperados* por la caridad, muchísimos de ellos, sin embargo, son actos *elicitos* de las otras virtudes infusas, y es evidente que puede haber diversidad de grados de perfección en la manera de producirse el acto *elicit* de alguna virtud, aun prescindiendo del mayor o menor influjo que haya podido tener sobre él la caridad *imperante*. De hecho, cuando la Iglesia quiere juzgar de la santidad de algún siervo de

Dios cuya beatificaciôn se demanda, no se fija ùnicamente en la caridad, sino también en el ejercicio de las demás virtudes en grado heroico. Ello quiere decir bien a las claras que las virtudes infusas son todas ellas partes *integrantes* de la perfecciôn cristiana. Vamos a precisarlo en una nueva conclusion»...

C) La perfecciôn de la vida cristiana se identifica con la perfecciôn dei doble acto de caridad; pero primariamente con relaciôn a Dios, y secundariamente con relaciôn al prôjimo

a) La caridad es una y ùnica

1604

«Es elemental en teologia que no hay más que una sola virtud, un solo hábito infuso de caridad, con el cual amamos a Dios por si mismo y al prôjimo y a nosotros mismos por Dios (cf. 2-2 q.23 a.5; q.25 a.12; q.26 a.1-4). Todos los actos procedentes de la caridad, cualquiera que sea el término donde recaigan, se especifican por un mismo objeto formal *quo*, a saber, la bondad infinita de Dios en si misma considerada. Ya sea que amemos directamente a Dios en si mismo, ya que amemos directamente al prôjimo o a nosotros mismos, si se trata de verdadero amor de caridad siempre el motivo formai es el mismo: la infinita bondad de Dios. No se puede dar verdadera caridad hacia el prôjimo o hacia nosotros mismos si no procede del motivo sobrenatural del amor a Dios; y es precise distinguir bien este acto formai de caridad de cualquier inclinaciôn hacia el servicio del prôjimo nacida de una compasiôn puramente humana o de cualquier otra forma de amor producida por algùn motivo puramente natural.

Siendo esto asi, es évidente que el crecimiento del hábito infuso de la caridad determinará una mayor capacidad con relaciôn a su doble acto. No se puede aumentar en el aima la capacidad de amar a Dios sin que se aumente correlativamente y en el mismo grado la capacidad de amar al prôjimo. Esta verdad constituye el argumento central de la sublime epistola primera del apôstol San Juan, donde se pone de manifiesto la íntima conexiôn e inseparabilidad de ambos amores.»

b) Pero hay jerarquía en su ejercicio

1605

«Sin embargo, en el ejercicio del amor hay un orden y jerarquía exigido por la naturaleza misma de las cosas. En virtud de ese orden, la perfecciôn de la caridad consiste *primariamente* en el amor de Dios, infinitamente amable por si mismo, y *secundariamente* en el amor del prôjimo y de nosotros mismos por Dios. Y aun entre nosotros mismos y el prôjimo hay que establecer un orden, que se toma de la mayor o menor relaciôn con Dios de los bienes de que se participa. Y asi hay que amar antes el bien espi-

ritual propio que el bien espiritual del prôjimo, pero hay que amar más el bien espiritual del prôjimo que nuestro propio bien corporal.

La razón de esta jerarquía o escala de valores es porque—como explica Santo Tomás—a Dios se le ama como *principio* del bien sobre el que se funda el amor de caridad; el hombre se ama a sí mismo con amor de caridad en cuanto que *participa directamente* de ese mismo bien, y al prôjimo se le ama con ese mismo amor en cuanto *socio y compartidpe* de ese bien. Luego es evidente que hay que amar en primer lugar a Dios, que es el manantial y la fuente de ese bien; en segundo lugar, a nosotros mismos, que participamos *directamente* de él; y, por último, al prôjimo, que es nuestro socio y compañero en la participación de ese bien (cf. 2-2 q.26 a.4; q.184 a.3). Pero como el cuerpo participa de la bienaventuranza únicamente por cierta *redundancia* del alma, siguese que en cuanto a la participación de esa bienaventuranza está más próxima a nuestra alma el alma del prôjimo que nuestro mismo cuerpo; de donde hay que anteponer el bien espiritual del prôjimo a nuestro propio bien corporal (cf. 2-2 q.26 a.5)».

D) La perfección cristiano consiste en la perfección de la caridad afectiva y efectiva; primariamente de la afectiva, y secundariamente de la efectiva

1606

a) DOS MANERAS DE EJERCITAR LA CARIDAD

«Es preciso, ante todo, distinguir cuidadosamente ambas maneras de ejercitar la caridad. He aquí como lo explica San Francisco de Sales: «Dos son los principales ejercicios de nuestro amor a Dios: uno *afectivo y otro efectivo o activo*, como dice San Bernardo. Por el primero nos aficionamos a Dios y a todo lo que a El place; por el segundo servîmes a Dios y hacemos lo que El ordena. Aquél nos une a la bondad de Dios, éste nos hace cumplir su voluntad. El uno nos llena de complacencia, de benevolencia, de aspiraciones, de deseos, de suspiros, de ardores espirituales, de tal modo que nuestro espíritu se infunde en Dios y se mezcla con El; el otro pone en nosotros el firme propósito, el ánimo decidido y la inquebrantable obediencia para cumplir los mandatos de su voluntad divina y para sufrir, aceptar, aprobar y abrazar todo cuanto proviene de su beneplácito. El uno hace que nos complazcamos en Dios; el otro, que le agradecemos» (cf. San Francisco de Sales, *Tratado del amor a Dios* 6,1)».

1607

b) DISTINCIÓN ENTRE EL AFECTO y EL EFECTO

«Ahora bien, supuesto lo que hemos sentado más arriba de que la perfección cristiana será tanto mayor a medida que la caridad produzca más intensamente su propio acto elícito e impere el de las demás virtudes de una manera más intensa, actual y universal, es evidente que la perfección depende primariamente de

la caridad *afectiva* y sólo secundariamente de la *efectiva*. Porque:

a) Sin la influencia de la caridad informando de algùn modo el alma, los actos internos o externos de cualquier virtud *adquirida*, por muy perfectos que sean en su género, no tienen ningùn valor sobrenatural, no sirven para nada en orden a la vida eterna.

b) Los actos sobrenaturales procedentes de cualquier virtud *infusa* realizados con afecto de caridad débil y remiso tienen un valor meritorio igualmente débil y remiso por muy duros y penosos que puedan ser en si mismos. No olvidemos que, como enseña Santo Tomás, la mayor o menor dificultad de un acto no anade *per se* ningùn valor al mérito *esencial* del mismo—que depende exclusivamente dei grado de caridad con que se hace—, aunque puede anadirle *per accidens* por el mayor impetu de caridad que ordinariamente llevará consigo.

c) En cambio, los actos de cualquier virtud infusa, por muy faciles y sencillos que sean en si mismos, realizados con afecto de caridad intensísima, tienen un gran valor meritorio y son de altísima perfección. De este modo, la más pequeña acción de Cristo, el simple cocinar y barrer la casita de Nazaret realizado por Maria, tenían un valor incomparablemente superior al martirio de cualquier santo.

d) Esto mismo se desprende del hecho de que la perfección cristiana consista *especialmente* en el acto propio o elicito de la misma caridad (caridad afectiva) y sólo *integralmente* en los actos de las demás virtudes *imperados* por la caridad (caridad efectiva).

Todo esto es de suyo o *quoad se*».

c) Salvedad práctica

1608

«Sin embargo, *quoad nos*, la perfección dei amor divino se manifiesta mejor en el ejercicio de la caridad *efectiva*, o sea en la práctica por amor de Dios de las virtudes cristianas, sobre todo si hay que superar para ello grandes dificultades, tentaciones o trabajos. El amor afectivo, aunque más excelente de suyo, se presta a grandes ilusiones y falsificaciones. Es muy fácil decirle a Dios que le amamos con todas nuestras fuerzas, que deseáramos ser mártires, etc., etc., sin perjuicio de faltar inmediatamente al silencio—que cuesta bastante menos que el martirio—o de mantener, con una terquedad ribeteada de amor propio, un punto de vista incompatible con aquella plenitud del amor tan rotundamente formulada. En cambio, la legitimidad de nuestro amor a Dios se hace mucho menos sospechosa cuando nos impulsa a practicar callada y perseverantemente, a pesar de todos los obstáculos y dificultades, el penoso y monótono deber de cada día. El mismo Cristo nos enseña que *por sus frutos se conoce el árbol* (Mt. 7,15-20) y que no entrarán en el cielo los que se limiten a decir: *¡Senor, Senor!*, sino los que cumplen la voluntad de su Padre celestial (Mt. 7,21). Y esto mismo pone de manifiesto en la parábola de los dos hijos (Mt. 21,28-32)».

SECCION III. MISCELANEA HISTORICA K LITERARIA

I. LA GLORIA DE LOS SANTOS

1609

A) *Apôstoles y mâtires*

«En el sublime diluvio de luz y de melodía fulguran radiantes los santos de Dios. Así como en la tierra ninguno de ellos es idéntico a los demás, existe también diferencia entre ellos en la sumisión a la gloria del cielo. A ello se refiere la palabra de San Pablo cuando dice: «Uno es el resplandor del sol. otro la claridad de la luna, otro el fulgor de las estrellas. Y no hay lucero cuyo fulgor no se distinga del de los demás».

Siéntanse los apôstoles en encumbrados tronos. Ellos son los compañeros escogidos de Cristo que Hevaron el Evangelio a los confines dei mundo y sellaron la fe que profesaban con la sangre de sus venas. Quienes en la tierra estuvieron tan cerca de Dios, en el cielo se regocijan igualmente en las beatíficas proximidades de la presencia divina.

Vernas a los mâtires con la radiante vestidura de los que dieron testimonio del Señor. Son hombres, mujeres y niños de corazón magnánimo que soportaron con alegría los dolores de los tormentos y padecieron la heroica muerte de la fidelidad hacia Cristo.

Juan nos los muestra en el libro *de la* misteriosa revelación: «Estos son los que vienen de la gran tribulación y lavaron sus tunicas y las blanquearon en la sangre del Cordero. Por eso están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo, y El, que está sentado en el trono, extiende sobre ellos su tabernáculo. Ya no tendrán hambre ni tendrán ya sed, ni caerá sobre ellos el sol ni ardor alguno, porque el Cordero que está en medio del trono los apacentará y los guiará a las fuentes del agua de la vida, y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos».

1610

B) *Confesores, virgenes y madrés*

«Hallamos también la cohorte inmensa de los santos confesores en el reino de la luz eterna. Aquellos que perseveraron en la fidelidad a Cristo, sobrellevaron con valentía las cargas de la vida y practicaron obras de amor. Vemos sacerdotes y legos, reyes y mendigos. doctores de la Iglesia y otros muchos que poseyeron un corazón llano y *sencillo*. Mas ahora cinen sus cabezas coronas de riquísima pedrería.

Sigue el coro de las vírgenes que conservaron puras sus aïmas como cosecha inmaculada que desprende destellos de suavísima claridad. El mundo

engreído tomô su vida como locura, mas ellas «entonaron un cântico nuevo ante el solio del Señor. Son vírgenes y siguieron al Cordero y le siguen ahora adondequiera que vaya. Ellas permanecen cándidas, sin mâcula, ante el trono de Dios.

Junto al divino Cordero encuentran su sitio innumerables mujeres y madrês, todos aquellos corazones nobles que dispensaron torrentes de amor y escucharon el grito de los afligidos y necesitados que invocaban a su madre. Y «¿cômo podían quedar alejadas del Amor eterno las que en la tierra encendieron un destello de la caridad divina a través de las obras de misericordia?»

C) La Reina de todos los santos

1611

Levantemos nosotros los ojos hacia aquella sobre cuya cabeza se cierne la mas hidalga corona. Todo el resplandor de los santos se acumula radiante en ella. Es la Reina de los apôstoles, aquella por quien vino al mundo el Verbo de Dios; es la Dolorosa, la Reina de los mârtes, cuya aima atraviesan siete espadas de dolor en las tinieblas del Gôlgota. Reina y Señora de los confesores y de los doctores de la Iglesia, es sede de sabiduria y maravilloso dechado de fidelidad. Es la Inmaculada, Reina de las vírgenes, cuya aima no conociô ni una vez siquiera la sombra del pecado original. Es la Reina de todas las mujeres y de todas las madrês, a quien el Hijo de Dios en la hora de su muerte diô por madre a toda la humana aflicciôn. Y asi le será conferida la corona de todos los santos, la bienaventuranza mâs amorosa de los cielos, y, en el eterno «Sanctus», se oye también incesantemente en su honor el saludo de los ângeles junto con el de los hombres: «¡ Ave, Maria!»

¡Cuán lejos de toda miseria terrena estâ el coro sin fin de los ângeles! Una voz procedente del proceloso valle en que nos debatimos êpodría alcanzar sus oídos estando como estân atentos, en completo arrobamiento, a los jùbilos de lo eterno? Sus ojos, que no quedan nunca saciados dei divino resplandor, ¿podrían por ventura dedicar una sola mirada a las necesidades y a los agobios que afligen a sus hermanos de la remota tierra? Su corazôn, embriagado en los amores del Padre, ¿sería capaz de prestar atención al clamor desgarrador de quienes imploran?»

D) El mîsterioso Cuerpo de Cristo

1612

«Pues si: la luz de sus ojos, que acâ en la tierra se dirigia hacia el cielo, ahora se inclina misericordiosa desde aquellas alturas hacia aqui, hacia el desdichado mundo. El mismo Dios dispone que ninguna plegaria, que ningún grito de imploraciôn de sus hermanos de la tierra encuentre oído sordo. Es mâs: sabemos que un vinculo mîsterioso reûne en una sola persona a todos los que por el bautismo vinieron a convertirse en miembros del misterioso Cuerpo de Cristo. Lo que nosotros sabemos aqui por la fe contêmplanlo los felices moradores del reino celestial entre las luces de la gloria. Ellos ven el lazo que une a los hijos de la familia de Dios. Y asi estâ mâs cerca, mil veces mâs cerca de nosotros que cuando recorrian los caminos de la tierra. Siempre que un ser humano los invoca desde este valle de lâgrimas, escuchan su voz y unen sus propias plegarias a la sùplica del desdi-

chado, lanzando un imoetuoso torrente de plegarias sobre el divino Corazón, demandando gracia. No sólo los catorce son abogados, sino también los santos todos del infinito coro, que no se cansan de atraer sobre nosotros la misericordia del Señor de los ejércitos.

Por todo ello no debe enmudecer jamás en nuestros labios la alabanza de los amigos de Dios. Forman una inmensa multitud y todos son dignos de nuestra veneración.

Sin embargo, bien pudiéramos elegir confiadamente a algunos pocos entre ellos constituyéndolos en nuestros especiales protectores. Sus imágenes deberían adornar nuestro aposento. Cuando juntemos nuestras manos para orar, pronunciemos sus nombres y que su conducta en la tierra nos sirva de ejemplo y estímulo.

Resulta impresionante ver cómo en muchas iglesias encienden los devotos luces ante la imagen del santo de su predilección. Y ¡qué hermosa es entonces su apariencia bajo el reflejo de los cirios! Arde en sus ojos el fuego de una íntima reverencia y el cálido fulgor de su santa confianza. ¿Has elegido ya a un santo para ti ante quien encender tu luz?» (cf. W. HUNERMANN, *El coro de los santos* [Ed. Lit. Esp., Barcelona 1955] p.616-618),

1613 II. SANTOS DEL PRIMERO DE NOVIEMBRE

«Alcemos nuestra mirada y esperanza hacia arriba y anadamos al desfile de los señalados en las tribus misteriosas el desfile de los santos que murieron en un primero de noviembre y que por ello hoy reciben especial conmemoración. Por una vez vamos a mencionarlos a todos, a todos los que hoy reciben culto en alguna parte del mundo. Para que veamos cuán ancha y variada, cuán grande y continua es esta familia de santos que día tras día desfila ante nosotros».

A) *Desfile de siglos*

«Veamos cómo pasan los bienaventurados que representan los siglos diversos, desde el primero hasta el XIX. En cabeza, San Fotino, primer obispo de Benevento, con San Eustremonio, primer obispo de Clermont; pertenecen a los tiempos apostólicos. Tras ellos, representantes del siglo II, San Profuturo, obispo de Pavia, y San Primo, obispo de Alejandria. El siglo III está representado por San Benigno, mártir de Dijon, y el siglo IV, por San Maturino de Gatinais. Un mártir de Vasconia, San Severo, nos viene procedente del siglo V, con un, San Marcelo, obispo de París. También el siglo VI tiene su embajador en San Severino, monje de Tivoli, y el siglo VII en dos obispos de la misma ciudad de Auvergne: son San Cesáreo y San Gallo. Una virgen española, Santa Lumbrosa, nos recuerda el siglo VIII, y otro obispo español, San Gonzalo, el X. También español es el célebre San Pedro del Barco, del siglo XI, interesante figura que gastaba sus ratos de descanso en soledad trabajando la tierra para, hacerla laborable a los campesinos. Con él, del mismo siglo, es el suizo San Adalberto, como suizo es asimismo el beato Bertoldo, que vivió en el siglo XII. En el XIII encontramos a un fraile franciscano, el beato Collazo, como franciscano también es el beato Rainerio, del siglo XIV. Por último nos llega un grupo de jesuitas: Pedro Navarro

y sus compaheros, martirizados en el Japôn en el siglo XVII, y otro grupo de dominicos, con los beatos Hermosilla y Berriochoa, martirizados en China en el XIX».

B) De todos los tiempos, de todos los païses 1614

«Santos de todos los tiempos, santos de todos los païses. Del Oriente acuden Santos Cesâreo y Decio, mâtires de Damasco, con Santos Juan y Santiago, mâtires de Persia. De la Europa oriental, Santos Vigilancio y Nundino, que alcanzaron sus palmas en Macedonia. Y de la occidental, esta serie citada de obispos Franceses, incrementada con San Licinio, obispo de Anjou; San Vigor, obispo de Bayeux, y San Genesio, obispo de Lyôn. Con ellos, el abad San Santeno, de los montes alpinos, y el abad San Florberto, del pais de Flandes. Y, al fin, tras la serie de santos irlandeses Brennan, Canan, Fiuntina, Bigill, Ailtin, Ceomhog, etc., los representantes de nuestra Patria, en esta fecha numerosos. Ya hemos mencionado algunos. A ellos sumemos un abad dei siglo VI, San Donato, y mäs remotos un par de discipulos de Santiago Apôstol, a los que se da culto en Compostela, llamados Atanasio y Teodoro, y el célebré obispo de Mérida San Mâsona, que es sin duda alguna el mäs notable de esta fecha.

Santos de todos los païses, santos también de todas las diversas categorias en que la Iglesia clasifica a sus héroes. Ademäs de los dichos hoy, avanzan, representando a los mâtires, los célebrés santos de Terracina Meltagaro, Victor y Félix, con el otro grupo también de italianos Cesâreo y Juliân, sepultados en el mar encerrados en un saco. Santa Maria, una esclava virgen y mâtir de su castidad, muerta en Roma, Ueva la representaciôn de las virgenes, siempre abundantes. Los obispos vemos que, a su vez, estân présentes en San Januario, de Benevento; San Secino, de Angers; San Annario, de S. Eanne, y Santos Brugario y Carpeo, de Irlanda. Los abades vienen con San Lauteno; los monjes, con San Rômulo, y los frailes, con el beato Conradino, franciscano».

C) Los mäs cercanos a nosotros 1615

«Fiesta de Todos los Santos. Hemos podido mencionar a un grupo numeroso, pero alegrémonos pensando que detrás de ellos agitan sus palmas y nos invitan con clamores «la innumerable muchedumbre», «tan grande que no se puede contar».

Y como remate de nuestra caravana feliz en esta jômada clamorosa detengâmonos ante los dos grupos de santos mäs cercanos a nosotros, los mâtires de Japôn y los mâtires de China. Aquéllos, jesuïtas; éstos, dominicos; aquéllos, en el siglo XVI; éstos, en el XIX. Unos y otros regando de sangre generosa los dos grandes pueblos del Asia. Pedro Navarro, joven italiano de Basilicata, hace un tipo valiente y decidido en aquella persecuciôn que devastô la cristiandad japonesa. Su vida de aventuras anterior a su prendimiento es una verdadera novela que va a terminar del modo mäs bello. No ha querido huir cuando le prendieron; ténia ya gana de terminar sus correrias, dando la sangre. Y ha podido en la cárcel estar rodeado de cristianos y celebrar misa todos los dias, hasta el ultimo, en que, condenado a ser quemado vivo, la celebra con un fervor extraordinario. Fué entonces cuando

tuvo a sus amigos la última plática acerca de aquellas palabras del Evangelio: «Habiendo amado a los suyos, los amo hasta el fin*. Murió entre dos japoneses catequistas suyos. Los tres, al llegar al lugar de su suplicio, se inclinaron profundamente, haciendo reverencias a los postes del martirio. Después se dejaron atar y arrieron como brasas.

Paralela a la narración de este beato triunfo es la del vasco Valentin de Berriochoa y la del asturiano Jeronimo Hermosilla, muertos en un primero de noviembre, aunque su fiesta se celebre otro día. Persecuciones, aventuras, vida en Tonkin entregada ya desde el comienzo, pues arriban a la China en plena persecución. Y en ella encuentran, primero, mitras, y después, martirios. El beato Valentin fue consagrado obispo de Centuria en la choza de Ninh-Luong; su dignidad fue el comienzo de su tragedia, pero él repetía constantemente: «Soy feliz, soy feliz*. Al fin, la captura y el suplicio de la conga. Los mandarines se empeñaban en que ambos obispos pisasen una cruz puesta en el suelo. Antes morirán; uno es vasco y otro asturiano. Pero ¿qué saben de esto los pobres chinos! Llevados en jaulas como bichos raros, dieron sus cabezas a la espada en 1861* (cf. José María Llanos, S. I., *El desfile de los santos* [Ed. Sapiencia, Madrid 1956] p. 128-1130).

m. ORIGEN Y DESARROLLO DE

161

A) *El traslado al Panteón*

«En los primeros años del siglo VII, un papa, Bonifacio IV, recorría las catacumbas, emocionado al recoger en aquellos subterráneos el palpitar generoso de los tiempos heroicos del cristianismo. Calixto, Ceferino, Sebastian, Cecilia, Inés, Valeriano..., nombres luminosos que habían de gestas inmortales. Pero, también, ¡cuántos sepulcros sin un verso, sin una letra, sin un indicio que dijese quien descansaba en el interior! ¡Cuántos huesos anónimos! Y, sin embargo, eran huesos consagrados por el martirio. Junto a ellos se veía la palma victoriosa, o el instrumento de suplicio, o la ampolla de cristal donde los cristianos recogieron su sangre. Tal vez podían distinguirse aún sus vestidos enrojecidos, sus cabezas segadas, sus miembros mutilados, ahumados o magullados. Y he aquí que llega el Pontífice, recoge tembloroso aquellas prendas sagradas y, sacándolas de la oscuridad, las coloca en aquel templo que Agripa levantara seis siglos antes a la gloria de los dioses paganos. En sus vestidos pontificales brillan la púrpura y las piedras que llevarán antano los perseguidores, veinticuatro carros le siguen llevando los venerables trofeos, y los hijos de los quirites cantan el himno de la marcha triunfal: «Vuestra salida será dichosa y vuestro caminar lleno de alegría. Al veros, los montes saltan de gozo, y las colinas famosas de la ciudad de Rómulo os aguardan con impaciencia. Apareced ya, santos de Dios, dejad el puesto de combate, entrad en Roma, que es ya la ciudad santa; bendecid al pueblo romano, que os sigue al templo de las falsas divinidades, desde hoy iglesia vuestra para adorar en él con vosotros la majestad del Señor».

B) La extensión a todos los santos

1617

«Este hecho fué el primer paso en el nacimiento de la fiesta de Todos los Santos. Pronto la solicitud de la Iglesia se extiende más lejos. A los mártires de Roma se asocian los de toda la cristiandad, y a los que derramaron su sangre para dar testimonio de su fe vienen a juntarse todos los justos que se santificaron día tras día en el cumplimiento cotidiano del deber, martirio lento y oscuro, mas no por eso menos difícil y heroico que el de la sangre. Ya en el siglo VIII, Beda el Venerable escribía estas palabras: «Hoy, dilectísimos, celebramos en la alegría una sola fiesta, la solemnidad de Todos los Santos, cuya sociedad hace que el cielo tiemble de gozo, cuyo patrocinio alegra la tierra, cuyos triunfos son la corona de la Iglesia, cuya confesión, cuanto más varonil, más ilustre es en su gloria, porque al crecer la lucha, crece también la honra de los luchadores y a la fuerza de los tormentos corresponde la grandeza del premio».

La fiesta se había completado abriendo a nuestra consideración los horizontes infinitos de la santidad creada e increada. Ante todo, la Trinidad Beatísima, el Rey de esos reyes que son los santos, el Dios de los dioses de Sión, Dios todo en todas las cosas. «Venid—canta la liturgia del día—, adoremos al Rey de los reyes, porque El es la corona de todos los santos». Después, María, canal de la gracia, que produce la santidad en los hombres, y tras Ella los nueve coros angélicos y todos los escogidos que nacieron de Adán: los patriarcas y los profetas, los apóstoles y los mártires, los confesores y las vírgenes; rosas de martirio y violetas de humildad, siempre vivas de caridad y lirios de pureza; los que dejaron su huella luminosa en la senda de la humanidad y los que se extinguieron en el silencio bajo la mirada bondadosa de Dios; los que fueron luminarias de su siglo y los que vivieron con nosotros una vida ignorada y humilde; los ancianos de pasos vacilantes y manos temblorosas, pero de corazón juvenil para abrazarse con el deber; los niños que comenzaban a vivir y corrieron impacientes al manantial de una vida mejor; los jóvenes que despreciaron los encantos que el mundo les ofrecía y, animosos, dejaron ensueños por realidades; el rey que entre los esplendores del trono conservó puro su corazón y se sirvió de su poder para hacer felices a los pueblos; el poderoso que no puso su corazón en el brillo del oro, sino que siguió sencillamente la ley santa del Señor; el pobre sacerdote que en el rincón de su aldea, desterrado casi del mundo, repartió el pan de su mesa con el labriego y el mendigo; el honrado comerciante, el humilde labrador, la doncella dulce y recatada, la esposa virtuosa y solícita, la madre cuidadosa y amante, el criado fiel, el industrial laborioso, el pobre artesano, el mendigo que corre por los caminos helados o lodosos, devorado acaso por el ardor de la fiebre y la tristeza de la soledad. Todos los que en la riqueza y en la pobreza, en la obediencia o en el poder, supieron hacerse santos, imitando las virtudes del modelo de toda santidad, Jesucristo, son en este día el objeto de nuestro culto. Con nuestra fe los vemos en aquella patria de todo contento, como los veía el vidente de Patmos, vestidos con las cicladadas de oro, ceñidos las sienes con brillantes coronas, cantando el cántico nuevo, que sólo ellos pueden cantar, y bebiendo la dicha perenne en la fuente maravillosa de la sangre del Cordero» (cf. Fray Justo Pérez de Urbel, *Año cristiano* t.4 p.205-207).

|i

! *

r'

IV. SANTIDAD Y AMOR A DIOS

Transcribimos dei libro de M. Raymond, O. C. S. O., *La familia que alcanzô a Cristo*, cuya. traducciôn espahola de Felipe Ximénez de Sandoval acaba de aparecer, una de las mäs bellas escenas. La obra es un relato amenisimo de aquella prodigiosa familia de San Bernardo, que produjo seis hermanos y una hermana religiosos, y unos padres santos tambiën. Acaso pueda decirse que ninguna familia de la tierra ha conseguido taies y tantas figuras de la santidad, cifrada en el amor a Dios. La pagina que copiâmes se refiere al viejo Tescelin, el padre y cabeza de esta legion de santos, que de gran senor y guerrero vino a morir como lego del Cister (cf. o.c., p.44-46).

1618

A) Junto a la tumba

A los dos anos justos de separarse Tescelin y Hugo de Borgoha, Gerardo, el hombre de las ideas fijas, se hallaba arrodillado junto al montôn de tierra fresca que cubria una tumba reciente. En pie, enfrente de él, se hallaba Geoffrey de la Roche, prior de Clairvaux. Gerardo llevaba un rato arrodillado, inmôvil como una estatua; sôlo se movian sus ojos: iban de la cruz de hierro que se erguia a la cabecera de la tumba a la tierra hûmeda que la cubria. De pronto, se echô cuan largo era sobre la tumba, besô la cruz y la tierra y prorrumpiô en tristicimos sollozos, mientras decia:

—Perdôname, padre, por haber llegado a pensar que eras un cobarde...

Las lâgrimas corrian de sus ojos. El monje duro y ascético volvia a ser un chiquillo. El prior habia aguardado algo por el estilo. Se incliné, puso su mano sobre el hombro robusto sacudido de sollozos y le dijo :

—Venid, Gerardo; venid a mi celda y contâdmelo todo.

Apenas entraron en la celda, Gerardo prorrumpiô de nuevo en sollozos.

—No lloro de dolor, Geoffrey; lloro de vergüenza. No lloro por mi padre; lloro por mi. ¡Imaginad! Una vez le dije que era un cobarde... ¡Cômo pude ser tan estûpido? El me respondiô que algûn dia lo comprenderia... ¡Y ese dia es hoy, Geoffrey!

Geoffrey esperô sabiamente a que aquel hombre conmovido le relatara la historia a su manera. Gerardo prosiguiô:

—Vos lo habéis visto durante dos anos. Era un hombre metôdico, ¿verdad?

—De lo mäs metôdico—fué la respuesta.

1619

B) El lego, padre de cinco frailes

*—Cualquiera que no lo supiera, /habn'a podido sospechar que este anciano lego, conocido por Tescelin, era el padre del abad de Clairvaux y de otros cinco miembros de la comunidad?

—No, nunca lo habria sospechado.

—¿Habéispensado alguna vez lo que eso significaba, Geoffrey?Mi padre, que toda su vida habia mandado sobre centenares de hombres, que era consejero y amigo intimo del duque de Borgona, senor de Fontaines y de los territorios que de Fontaines dependian, jobedecia las ôrdenes de sus hijos! Para eso se necesita mucho heroismo, Geoffrey. Todos podemos llegar a

acostumbrarnos a las exigencias de nuestro voto de pobreza y no encontrar graves dificultades para observar el de castidad. Pero <quién es el que te-niéndose por hombre y habiendo tenido experiencia del mando no admita que se siente rebelar casi instintivamente ante la idea de obedecer al prôjimo?

—Es el brote de nuestra independencia innata- -convino Geoffrey.

—Si, y jcômo brota cuando el que manda es en muchos aspectos nuestro igual! Entonces, êqué no le habrà costado a mi padre obedecer a sus hijos? ¡Esalgo milagroso, Geoffrey!»

C) Solo para alabar a Dios

1620

«—Si, lo es—repuso el prior—. Y lo digo, no porque fuera vuestro padre, sino porque conocí algo de su vida anterior a su ingreso en la abadia. Si comparais sus dos ultimos anos con cualesquiera otros anos de su vida, aún tendréis mayo-es motivos para asombraros. Pensadlo, Gerardo, vuestro padre se levantaba a las dos de la manana. ;Y para qué? Sôlo para alabar a Dios. Trabajaba en la alqueria y con el ganado durante largas horas. (Y para qué? ^Por qué él, que habia sido caballero, senor y consejero de senores, habia de ensuciarse las manos y cansar su espalda con trabajos tan humildes? ^Por qué? Sôlo para alabar a Dios. Guardaba silencio durante cari el dia entero, estaba satisfecho con las ropas mäs pobres y los manjares mäs sencillos. «Y por qué?... ^Por qué Tescelin, senor de Fontaines y favorito del duque, habia de pasar sus ûltimos anos haciendo aquellas labores aparentemente tan tbntas que cansaban su cuerpo con el trabajo rudo, y negândole todos los regalos de la vida, descansando en un durisimo lecho unas breves horas y alimentándose sôlo con los végétales mäs sencillos? iPor qué? ^Por qué? <jPor qué?... ¡Sôlo para alabar a Dios! ¡Qué inspira-ciôn ha sido él para todos nosotros! Los libros y los manuscritos son buenas para ayudarnos hacia la santidad. Mejor todavia es la voz del maestro vivo. Pero para obtener verdaderos resultados nada tan útil como contemplar a un viejo caudillo realizando el monôtono trabajo del dia con los ojos iluminados por la luz del amor y una canciôn en el corazôn. ¡Eso es lo mejor de todo! Y todo eso era tu padre, Gerardo.

—Gracias, Geoffrey—contesté Gerardo, secándose las lâgrimas—. Yo soy su hijo, y es natural que yo le admire; pero el escucharos ese tributo que yo creo le es debido, me llena de consuelo. Mi padre era un guerrero de los pies a la cabeza. Y sus dos ultimos anos lo han probado con mucha mäs fuerza que los setenta y ocho precedentes. El ha muerto en lo que voy empezando a considerar como el mäs amargo campo de batalla, en el que el hombre debe veneer no sôlo al mundo y al demonio, sino tambiën a si mismo. Mi padre me dijo una vez que habia una victoria mayor que la de vencer al enemigo que viene de fuera vistiendo la armadura y espada en ristre. [Bien me lo ha probado durante estos dos ûltimos anos! Pero de lo que me avergüenzo, Geoffrey, y de lo que me avergonzaré eternamente, es de haber pensado de él un dia que era cobarde. Entonces era yo joven. No sabla lo que era el valor. Desde entonces lo he aprendido, al aprender lo que necesitamos para probar nuestro amor a Dios. Mi padre me lo ha ensenado. Tambiën mi vida ha'de ser digna de tal senor. Me dijo que habia de enseñarme una lealtad mäs profunda y un amor mäs intenso. Asi lo ha hecho. Lo que hace grande la vida de un hombre y lo que hace que un hombre viva grandemente es el amor a Dios. Mi padre lo tuvo.

Y al decirlo, en los ojos de Gerardo ardía una nueva luz.

Geoffrey se alegraba de haber esperado junto a la tumba. Aquella entrevista había cambiado en admirador a un hombre apesadumbrado. Gerardo se dirigió luego en busca de su hermano Bernardo. Y mientras la puerta se cerraba tras él, Geoffrey exclamó:

—Si, vuestro padre poseía ese amor por Dios. Y yo, sin miedo a equivocarme, digo: De tal palo, tal astilla.

¿Os parece mal que la agradecida y apreciativa Orden de Citeaux llame venerable a aquel viejo guerrero?»

- A. Muchas de las objeciones puestas contra la religion son tan deleznaes que caen por si solas con una simple exposiciôn del dogma.
- B. Los primeros protestantes arremetieron con denuedo, e incluso con un lenguaje grosero, contra el culto de los santos, acusândonos de idolatria por tributaries honores propios de Dios. Hoy repiten los mismos argumentos los propagandistas populares que vienen a Espana. En cambio, los mäs serios se avergüenzan de taies dichos, aunque afirman ser su culto propenso a supersticiones (cf. Winer, «Komparative Darstellung» 4-a ed., p.64).
- C. En realidad, la vana observanda es mäs frecuente en los paises protestantes, en los cuales no se honra a los santos; pero ademäs de esta razôn prâctica tenemos sobre todo la doctrina dogmâtica que vamos a exponer.

II. *Culto es una palabra latina que equivale a «honor tributado».*

Los honores se tributan a una persona por algún motivo o excelencia de esta. Así vemos que se honra a los sabios, a los héroes, deportistas, etc.

Según la clase de excelencia será la clase de honor tributado. No son los mismos los honores científicos que los militares, ni los que se tributan a un número grande de defensores de una plaza que los dados al que realizó una hazaña impar.

Aplicando esta doctrina, y clasificando de un modo más amplio los motivos de honor, tendremos:

Personas a las que se puede o debe honrar por motivo de su excelencia humana, v.gr., gobernantes, sabios, etc. Este culto se llama civil.

- b) *Personas a las que se puede o debe honrar por su excelencia sobrenatural, esto es, por los dones de gracia, virtud y amistad divina de que gozaban. A éstos se les da un culto llamado «dulia», o sea, culto propio de «los siervos» de Dios.*

Por último, nos encontramos con Dios, cuyas excelencias y dominio sobre nosotros no iguala nadie. Por lo tanto, a Él se le reserva un culto del que no participa ni aun la Santísima Virgen, y al que se denomina de «latría» o adoración.

1623 III. *Consecuencias.*

Este culto está exento de toda posible acusación de idolatría, puesto que nosotros no consideráremos nunca dioses a los santos. Ya en las actas del martirio de San Policarpo se lee que los judíos pretendían arrebatar el cuerpo quemado del Santo para que los cristianos «no comenzaran a adorarlo... ignorando que nosotros ni podremos abandonar jamás a Cristo, que padeció por nosotros, ni adorar a ningún otro» (cf. «Martirio de San Policarpo», c.17).

Es muy razonable, porque, como continúan las mismas actas, «a Él lo adoramos como a Hijo de Dios, y a los mártires los amamos, y con razón, como a discípulos e imitadores del Señor por el gran amor que tuvieron a su rey y maestro, deseando ser nosotros consortes y condiscípulos suyos». En este mismo párrafo de la tradición primitiva tenemos expuestos los motivos que hacen razonable el culto de los santos.

- a) *Son personas que han sobresalido en la virtud y ocupan, por tanto, un puesto preeminente en el cielo. ¿Por qué, pues, no honrar a los príncipes y héroes de la gloria como honramos a los de la tierra? (cf. Catec. rom. p.3 c.2 n.9).*
- b) *Son los grandes amantes, y, por ende, los grandes amados de Dios. Quien ame y glorifique a Dios, debe amar y glorificar*

a sus amigos. *El que los glorifique en cuanto tales, glorifica a la vez a Dios* (Eph. i,6; 12,14).

- c) Nos sirven *de modelo humano y de aliento poniéndonos ante los ojos que esta no es nuestra patria definitiva, sino que debemos, como ellos, buscar la futura* (Hebr. 12,1.22.23).

IV. *Por esto Dios*

1624

Glorifica a sus santos con los premios del cielo y canta sus honras, v.gr., las descripciones que de ellos hace el Apocalipsis (7,13 ss.). Y recompensa y promueve con milagros y gracias este culto.

Y la Iglesia desde los primeros tiempos les diô culto, comenzando por los m rtires. En el siglo II, Tertuliano nos dice «que ofrecian oblaciones (el santo sacrificio) en sus aniversarios» (cf. «De corona» 3: PL 22,79). Posteriormente no solo aprueba el culto a los santos, sino que lo impone en la misa y oficio divino.

- V. No olvidemos, sin embargo, que «antes es Dios que todos los santos». El culto de adoraci n—tributado esencialmente en la santa misa—es propio de Dios y el acto principal de la religi n. La reforma lit rgica actual ha tendido a inculcar esta idea, disminuyendo las fiestas de los santos para mayor importancia de las llamadas de «tiempo» y dirigidas directamente a Dios.

1625

El culto a las reliquias e imageries de santos

- I. Del culto dado a los santos pasemos al tributado a las reliquias e im genes que los representan. 1626

- A. Por reliquias entendemos partes de su cuerpo, o al menos de cosas que tuvieron una relaci n intima con ellos.
B. Es innecesario explicar qué son las im genes.

- II. Ni que decir tiene que no justificamos los abusos que hayan podido existir o existan. Como tampoco podemos justificar los excesos iconoclastas a ultranza de algunos reformistas contempor neos. 1637

- A. Debemos restablecer la verdad doctrinal. Después la pr ctica debe acomodarse, dentro de los limites de la

doctrina, al carácter de las distintas regiones y tiempos.

- B. El protestantismo no fué enemigo de las imágenes sólo y exclusivamente por reacción contra el abuso, sino porque el gusto de aquellas regiones es más seco en la decoración de sus iglesias.

1628 III. *Tanto el culto que demos a las reliquias como el propio de las imágenes no tiene par objeto directo a la parte del cuerpo honrada, ni a la efigie, sino en cuanto que dicen relation con la persona santa cuyas fueron. Es, pues, un culto relativo. De la misma especie del santo a quien se refieran.*

IV. *Testimonio de la Escritura y enseñanzas dei magisterio.*

- A. La Sagrada Escritura nos muestra como Dios honraba los miembros y prendas usadas por los santos, aun en vida de estos.

La fimbria del vestido de Jesûs curô a la hemorroisa (Mt. 8,20).

- b) *La sombra de San Pedro curaba a los enfermas (Act. 5,14). Las sâbanas y prendas de San Pablo conseguian lo mismo (ibid., 19,12).*

Iglesia comenzô desde el principio a venerar las reliquias.

Las reliquias de San Ignacio, uno de los primeras mârtes, fueron veneradas tcomo tesoro inapreciable (actas del martirio).*

- b) *Los Santos Padres nos cuentan los milagros obrados ante los sepulcros de los mârtes, v.gr., San Ambrosio (sobre San Gervasio y Protasio, Ep. 22 n.9, 16,17: PL 16,1022 ss.). San Agustin refiere haberlo presenciado él también (cf. De civit. Dei I.22 c.8 n.2: PL 41,761).*

Lo definio como dogma cuando hizo falta para condenar a los herejes que rechazaban este culto (cf. cone. Niceno II [D 245], Lateran. IV [D 365] y Trento [D 861]).

1630 V. *San Agustin nos explica cuán razonable sea este culto.*

- A. «No deben ser despreciados ni abandonados los cuerpos de los difuntos, y mucho menos los de aquéllos justos y fieles de los que se sirvió el Espiritu Santo como de ôrganos y vasos para hacer el bien. Si el vestido, anillo patemo y otras cosas semejantes son tan queridas para quienes les suceden..., cuánto más los cuerpos... El cuidado que les prestamos afirma la fe en la resurrección» (cf. «De civit. Dei» I.i 6,13: PL 41,27).

- B. Este párrafo, que se refiere a los difuntos en general, cobra especial valor con relación a los santos.

- a) *La reverenda con que trataríamos el anillo patemo es indicio de aquella con que debemos tratar el cuerpo de un santo.*

- b) *Han sido templos del Espiritu Santo, que los utilizô para grandes etnpresas.*
- c) *Si los cuerpos de nuestros ciudadanos son cuidados pensando en la resurrecciôn futura que nos recuerdan, icômo no nos la recordardn los que sabemos que gozan del cielo? ¿Y cômô no habremos de conservar honrosamente sus cuerpos?*

VI. *El culto a las imâgenes.*

1631

- A. Durante mucho tiempo se procuré justificar la falta de imâgenes primitivas diciendo que los cristianos no las esculpian ni pintaban por el odio a la idolatria que los rodeaba. Al abrirse de nuevo las catacumbas se pudo ver que daban a las imâgenes el mismo culto que nosotros les damos.
- B. Hasta el ano 426 nadie objetô nada. Por ese tiempo, Leon el Isâurico, empujado por judios y mahometanos, promoviô una persecuciôn seria, en la que perecieron San Juan Damasceno y San Germân, éste estrangulado. Cuando en el 480 Constantino y su madre Irene piden un concilio que defina la materia, Adriano, que convoca el Niceno II, les escribe diciendo que no hay sino «volver a la fe antigua y ortodoxa» (cf. «Mauri» 13,528).
- C. La Iglesia viviô tranquila reverenciando sus imâgenes, de las que supo poblar las puertas de las iglesias gôticas, hasta que Calvino arremetiô con su humor sombrío contra ellas, basândose en que estaban prohibidas jal pueblo judio! (Ex. 20,4). Hoy los calvinistas siguen acérrimos. En la catedral de Berna puede verse en el suelo una *Piedad*, obra y regalo de un bernés, con este letrero: «Obra de acte». En cambio, los anglicanes van teniendo ya hasta sus procesiones.

VIL *La regia debe ser «en tanto en cuanto»...:*

1632

Historia del culto a los santos

El racionalismo dei siglo XIX y primeros anos de este siglo aseguraba que el culto de los santos no era otra cosa sino la cristianizaciôn de los antiguos dioses.

1633

- A. A la hora de aducir pruebas documentales, la ùnica que podia encontrarse era que en el calendario jeronimiano (una especie de campo arqueolôgico en el que hay que trabajar mucho y con grandes conocimientos) del si-

glo V hay una frase que pudiera entenderse en el sentido de que en Livroux de Bourges (Galias) se habia introducido la fiesta de un tal San Silvano para sustituir la del dios del mismo nombre.

- B. A esto se reducen todos los datos, a una frase oscura, debiendo anadir, por otra parte, que existen numerosos San Silvanos perfectamente auténticos.

1634 II. *Precisamente hubo algiiin intento por parte de los paganos de introducir a Cristo entre los dioses del Panteôn, pero estos intentos fracasaron, lo mismo el mds o menos dudoso de Tiberio, recogido por Tertuliano* (cf. «Apol.» 5: PL 1,290), *que los comprobados histôricamente de Alejandro Severo y Adriano. No entraba en los planes de la Providencia que el Hijo de Dios fuera confundido ni un momento con aquella turba de dioses.*

1635 III. *El culto de los santos comenzo por los mâtires, pero desde el principio los Santos Padres tenian buen cuidado de afirmar que no se trataba de dioses ni de venerarles como tales.*

- A. San Agustin, después de dejar sentado «para nosotros no son dioses, puesto que uno y el mismo es el Dios nuestro y de los mâtires» (cf. «De civit. Dei» 22: PL 41, 772), se queja de que la lengua latina no tenga sino un vocablo, el de «culto», para referirse al dado a unos y otro, y encuentra en la griega la palabra «latria» para aplicarlo al divino (cf. *ibid.*, 10,i y 2: PL 41,278).

- B. Terminada la época de los mâtires, podemos distinguir très etapas en las historias de la canonizaciôn de los mâtires. La primera, hasta el siglo XII, o etapa popular. La segunda, hasta el XVII, durante la que se van formulando los términos de los procesos pontificios de canonizaciôn, y la tercera, desde aquella fecha hasta nuestros dias, sobresaliendo la egregia figura de Benedicto XIV.

- C. Primera etapa. El entusiasmo espontâneo de las muchedumbres concede el honor de los altares a numerosos santos, pero a cada uno de ellos dentro de la region en que eran conocidos. Los obispos suelen animar al pueblo, y en no pocos casos son los mismos papas los que intervienen. Cuando la devociôn de estos santos trasciende de su comarca, pasan a incorporate al santoral católico universal.

- a) *De esta época son los numerosos martirologios locales y los generales que constituyen una refundiciôn metódica de aquéllos. El romano, en uso hoy, procede del 1583, bajo Gregorio XIII.*

- b) *Los autores de taies martirologios y santorales no han pretendido jamds ser infalibles, y su trabajo es meramente his-*

tórico. Segun *Benedicto XIV*, la presencia de un santo en el martirologio romano no es prueba definitiva de su canonización sino a partir del papa *Alejandro III* (1159-1181).

c) *Poco a poco los papas fueron tomando cartas en las canonizaciones.*

D. Segunda etapa. Hasta este momento las canonizaciones no pasaban de ser sino un culto comenzado a tributar espontáneamente. Ahora comienzan con la aprobación del ya existente y con la iniciación de un proceso. *Alejandro III* recaba para la Santa Sede la canonización de los santos que poco a poco se van perfilando. Se admite todavía como santos a los que hayan recibido culto durante cien años, norma que dejó de estar en vigor en 1534.

E. Tercera etapa. *Urbano VIII*, en 1634, redacta la disciplina poco más o menos como la que impera hoy, y queda totalmente prohibido dibujar o esculpir figura alguna con aureolas, etc., antes de que la Santa Sede beatifique a ningún siervo de Dios. Más aun, si no se puede probar el «non cultus», la causa se detiene.

IV. *Infalibilidad de la Iglesia en las canonizaciones.*

1636

Benedicto XIV, en su libro clásico «De servorum Dei beatificatione» (1734-1738, 4 vol.), da las siguientes razones:

- a) *El papa no puede inducir a error a la Iglesia universal en materia de costumbres proponiendo a la veneración a un pecador. Cita a Santo Tomás, que dice: «En la Iglesia no puede existir un error condenable, y lo sería el venerar como santo a un pecador; porque algunos, conociendo sus pecados, podrían creer que no lo eran..., y de esta forma llegar al error* (cf. «Quodl.» 9 q.7 a. 16).*
- b) *La asistencia del Espíritu Santo debe preservar a la Iglesia de error en materia tan grave. El culto de los santos es una profesión activa de la fe en la cual no puede errar la Iglesia.*
- d) *Las objeciones propuestas contra las canonizaciones propiamente tales son todas fútiles y solubles.*

El mismo autor explica y exige tales condiciones en el proceso diocesano y apostólico que hasta humanamente es imposible el error. Dedicó el primer libro de su obra a estudiar cuáles han de ser los testigos y cómo ha de tomarse el testimonio. El segundo y tercero, a la prueba demostrativa de las virtudes heroicas, y el cuarto, a la de los milagros.

ies7 y. *Di meticulosidad de la Iglesia catôlica contrasta con la lige-
reza de las disidentes.*

En la Iglesia ortodoxa, sobre todo rusa, que es la que ha pretendido imitar a Roma en esto, bastô durante mucho tiempo para ser considerado santo el hecho de que se conservara incorrupto el cuerpo. Esta condi-
ciôn era exigida, lo cual ha dado lugar a tener que «desanonizar» a algûn santo.

- B. Pedro el Grande, en 1721, encomendô las canonizacio-
nes al Santo Sinodo, el cual en dos siglos ha elevado a
los altares a cinco obispos. En 1903 se canonizo al monje
Serafin por un «ukase» imperial, que resolviô la cuestiôn
difícil de la corrupciôn en que se encuentre» su cuer-
po (cf. «Analecta Bollandiana», t.38 [1920] p.172).
- C. Los anglicanos también han sentido el deseo de tener
santos, y en 1924 la House of Clergy (especie de par-
lamento clerical) canonizo una serie, entre los que se
encontraban figuras tan dispares como Tertuliano, Wi-
clef, Santa Catalina de Siena, Crammer y el decapitado
rey Carlos I, en cuya estatua se colocó una inscripciôn:
«Sancte Carole, martyr, ora pro nobis».

La oraciôn a los santos y su intercesiôn

I. *Oraciôn y culto.*

El culto tributa honor a los santos; la oraciôn busca
nuestro provecho. Sin embargo, la adoraciôn supone im-
plicitamente un acto de honor, puesto que al recurrir a
ellos confesamos la amistad que creemos tienen con Dios.
Orar a Dios es absolutamente necesario; invocar a los
santos es bueno y útil. Negarse a invocarlos es una here-
jía, puesto que se niega una verdad de fe; menospreciar
su invocaciôn, a lo que tienden algunos movimientos es-
pirituales de hoy algo desviados, es un error y puede ser
un acto de soberbia.

1639 II. *El culto dado a los santos se basa en su poder intercesor.*

- A. No es lo mismo, dice Santo Tomâs (2-2 q.83 a.4), orar
a uno como al que puede cumplir nuestros deseos que
orar a otro como a quien puede impetrarlos. Del primer
modo solo nos dirigimos a Dios. Del segundo, a los san-

tos y a los ângcles, y aun cuando la Iglesia no ha dicho nada, el pueblo invoca también a las almas dei purgatorio, y esta invocaciôn es piadosa.

- B. Este poder intercesor de los santos tiene su raiz en la constituciôn del Cuerpo mistico y forma parte esencial de la frase incluida en el Credo a partir dei siglo V: «La comuniôn de los santos».

En el Cuerpo mistico forman las très Iglesias: militante, purgante y triunfante, y asi como cada miembro de esta ùltima desempeña su papel dentro dei organismo total, asi también cada una de las très Iglesias tiene su parte en la constituciôn del todo para el mejor desarrollo del Cuerpo de Cristo.

La funciôn principal de los santos con relaciôn a las demás partes del Cuerpo mistico no es precisamente la de merecer, puesto que estân en estado de término, en el cual el mérito no existe, sino el de aplicar sus méritos a los miembros de la Iglesia militante y purgante.

Una de las formas de aplicaciôn de sus méritos son las indulgencias, de las que participâmes los vivos o los difuntos. Puede decirse que la Iglesia triunfante estâ esperando de nosotros que hagamos el favor de aplicar sus méritos a la purgante.

La segunda forma de aplicaciôn consiste en su intercesiôn. Los santos oran por nosotros y escuchan nuestras oraciones.

III. *La creencia en el poder intercesor de los dngeles y santos no es ifuonada nuevo. Judas Macabeo ve al gran sacerdote Onias y a Jeremias orando por Jerusalén (2 Mach. 15,12). El Apocalipsis nos muestra el coro de mdrtires orando por la Iglesia en torno al Cordero (6,9).*

- A. Para no aducir textos antiguos nos conformaremos con un pârrafo de Origenes y un texto de San Agustin.

- .B. Origenes, notable por su ciencia y su antigüedad, dice: «No es nuestro Sumo Sacerdote (Cristo) el ûnico que se une a las oraciones de los que rezan bien, sino también ademâs de El los ângeles, que se alegran mâs por un aimaque.hace penitencia que por noventa y nueve justos que no la necesitan, y los santos después de su muerte. Prueba de ello es Rafael, que ofrece a Dios un culto razonable por Tobias y Sara (Tob. 3,24)... Prueba lo es también Jeremias, que reza, segûn los Macabeos, por la ciudad santa». A continuaciôn y después de establecer que la fe desaparece en donde existe la vision, demuestra que la caridad crece y, por lo tanto, los santos, al tener mâs caridad, aman e interceden mâs por los que penan todavia por aqui abajo (cf. «In orat.» 11 : PG 448 B).

1 <--

W

Γ- 3

i ;
k F
t*

h
H

- C. San Agustin, el que habla de la oraciôn a los santos y su intercesiôn en innumcrables lugares, tiene en otro este hermoso pârrafo: «El origen recto de nuestra profesiôn de fe exige que después de haber hablado de la Santisima Trinidad se le una la Iglesia como la casa a quien la habita, como el templo a su Dios y la ciudad a su fundador. Pero esta Iglesia ha de ser entendida toda ella, y no sôlo en cuanto a esta -parte, que peregrina en la tierra, cantando..., sino de manera que comprenda también a aquella otra que estâ por siempre en el cielo y unida a Dios desde que empezô a existir, incapaz de padecer dano alguno. Esta Iglesia feliz se compone de los santos y protege como es decoroso a su otra compacte, la que vive en peregrinaciôn. Una sola serâ después la sociedad eterna que formen ambas, y uno solo es ahora el vinculo de la caridad que las une para honrar a Dios» (cf. «Enchir.» 55,15: PL 40,258).
- D. La tradiciôn, la ensenanza de la Iglesia y hasta los milagros con que Dios ha acompaado las oraciones elevadas a los santos son pruebas de la verdad de esta creencia. Recuérdesese que no puede existir canonizaciôn sin milagros.

1641 jv *razôn nos demuestra también lo natural que es que los santos disfruten de un} 1er intercesor. El Senor nos manda que amemos a nuestros hermanos y que oremos por ellos. Pues bien, «si los apôstoles y los mdrtores, cuando viven todavia, cuando aún deben preocuparse de si mismos, pueden orar por los demás, icon cuanta mayor razôn deberân preocuparse una vez que han obtenido la corona, la victoria y el triunfo? iValdrân menos después de haber eomenzado a vivir con Cristo? iTendrâ que callarse San Pablo sin hablar por todos aquellos que creyeron en su evangelio por el mundo? îO es que tû, Vigilando (el destinatario de esta obra), siendo un perro vivo, vas a ser mds poderoso que el leôn muerto?» (cf. «Contra Vig.» n.6; PL 23,344).*

1612 V. *Aun cuando no es absolutamente necesario que los santos conozcan las oradones que les dirigimos, pues basta con que Dios las oiga en atendôn al amor que les tiene, sin embargo es creenda general que los bienaventurados conocen todas aquellas cosas de este mundo que les interesan o se refieren a ellos'(cf. Santo Tomâs, 2-2 q.83 a.4 ad 2), y naturalmente las oradones que se les dirigen.*

- A. Su intervenciôn no consiste en la de un abogado o adulador que consigne influir en la voluntad de Dios. Es Dios mismo, que asi como suele servirse de las causas segundas para obtener los efectos que quiere en este mundo, asi también ha decidido honrar a sus santos valiéndose de ellos para concedernos favores.

Tampoco es supersticioso creer que algunos santos disfruten de un patronazgo especial, puesto que Dios, que para mayor perfección del Cuerpo místico distribuye a sus miembros militantes los diversos oficios según le place, puede hacerlo también con los más selectos y gloriosos, tanto más cuanto que este patronazgo las más de las veces es un premio accidental a alguna de las virtudes que les distinguieron en vida.

- VI. *Ciertamente que existen abusos o, mejor dicho, ignorancia en el pueblo, al que conviene adoctrinar sobre algunos puntos, tales como el de las misas aplicadas en honor de un santo, etc. San Agustín resume la doctrina, que el predicador puede ampliar diciendo: «El pueblo cristiano celebra reunido la memoria de los mártires con religiosa solemnidad para exaltar su imitación, para aprovecharse de sus méritos y para redimir la ayuda de sus oraciones, pero de forma que jamás elevemos altares a los mártires, sino al Dios de los mártires, aun cuando los construyamos para memoria suya. ¿Qué obispo hay que celebrando en el altar en algún lugar dedicado a los mártires diga: Te ofrecemos a ti, Pedro, Pablo o Cipriano? Lo que se ofrece se ofrece a Dios, que corona a los mártires, y en los monumentos que construimos en memoria de los que fueron coronados, para que los mismos lugares nos prediquen y enciendan en un mayor deseo de ardiente caridad hacia aquellos a los que podemos imitar y hacia Aquel gradas al cual podemos imitarles» (cf. «Contr. Faust.» I.20 21 : PL 38,484).* **1643**

Maravillas de Dios en sus santos

- I. *Dios ha constituido a los santos como protectores nuestros e intercesores de la humanidad junto a su trono.* **1644**
- II. *La providencia de Dios brilla maravillosamente en su sabiduría al constituir a los santos como nuestros protectores e intercesores.* **1645**
- A. Dios quiso conseguir la unidad más perfecta posible entre todos los miembros de su Iglesia, incluso los más distantes. ¿Cómo alcanzar esto de la Iglesia dividida en sus tres estadios, de triunfante, militante y purgante?
- a) *La fe no podía ser el vínculo de unión, puesto que en el cielo no existe, y, además, la comunidad de fe en un mismo Dios puede y debe promover la unidad, pero por sí sola queda en el orden intencional y no eficaz.*
- b) *Digase exactamente lo mismo de la esperanza.*

Dios supo unirnos mediante el amor, que es exactamente igual, en cuanto a su esencia, en las très Iglesias y, ademds, activo por efecto indisoluble y necesario. Los santos ruegan por nosotros, y nosotros por las almas dei purgatorio. Nosotros rezamos y satisfacemos por estas, pero como nuestros ruegos y méritos son tan pequeños, los santos ruegan por nosotros y nosfadlitan sus propios méritos.

- d) *Esta jerarquia, institulda por la divina Providenda, se llama la comuniôn de los santos.*

Esta jerarquia de santos y hombres es perfecta.

Dios ha querido que los hombres tengan una organizaciôn jerdrquica: Iglesia, Estado, familia, sociedades subordinadas, etc. Pero la malicia de los hombres suele turbar el orden querido por Dios. Con frecuencia los que mandan son los que debieran obedecer y los grandes y ricos oprimen a los sübditos y a los pobres.

- b) *La tinica jerarquia perfecta es la que ha establecido Dios, organizando a los hombres según la grada santificante de que estén llenos, y constituyendo a los santos, los que la poseen de un modo inamisible y mds perfecto como senores y cabeza de todo el cuerpo social de la grada.*

Esta jerarquia no despierta movimiento de envidia y odio en los inferiores.

1. *Porque todos sabemos que la consiguieron con su esfuerzo, y que si ponemos el mismo que pusieron ellos, conseguiremos la misma gloria.*
2. *Porque sabemos que emplean todo su poder en hacernos el bien, y que cuanta mayor gloria disfrutan, mayor es su deseo de ayudarnos y mayor el poder que de ello tienen.*

1646 III. *Dios, al constituir a los santos en nuestros protectores e intercesores, ha encontrado el mejor de los medios para animarnos a la santidad.*

A. *Cuando David quiere excitar a los hombres para que sigan los caminos del bien, les habia de la protecciôn divina dispensada a los suyos. «¡Hasta cuando les grandes habéis de ser insensatos? <Por qué amáis la vanidad y seguís la mentira? Pues sabed que Dios distingue al que le es grato» (Ps. 4,3).*

B. *Una vez que se alcanza el conocimiento de Dios y de su gloria todo se reputa «por estiércol» (Phil. 3,8).*

Pero icómo alcanzar el conodmimiento de la gloria de los santos, que de tal modo nos ayudaria a imitarles? La fe es fria y no mueve nuestros corazones duros. Se necesita algo experimental.

- b) *Para que lo experimentáramos y sintiéramos, Dios los constituyô en nuestros protectores c intcrceores. Por eso abundan tanto en el Antiguo y Nuei 0 Testamento las gracias concedidas a través de los santos.*

A la vez conseguia Dios el mejor medio para fomentar el culto a los santos.

- a) *Es justo que les tributemos el culto a que tienen derecho. Pero somos tan egoístas que pensamos poco en los santos si ellos no pensarán en nosotros. Dios se sirvió de nuestro egoísmo y de la ayuda que encontramos en ellos para fomentar su culto entre los hombres.*
- b) *Por eso, según Santo Tomas (cf. Suppl. 72 q.2 a.2), y para que los honremos a todos:*

Concedió a unos el poder sobre algunas gracias o asuntos y a otros sobre otras.

- 2. Y concede por medio del último de los santos lo que no concede por medio de otros superiores.
- 3. Por eso ha sido instituida la fiesta de hoy.

IV. *Dios, al constituir a los santos en nuestros intercesores, encontró algo extremadamente ventajoso para nosotros.* 1^7

A. Corrigen nuestras oraciones.

- a) *Con harta frecuencia pedimos a Dios lo que, sabiéndolo nosotros o sin saberlo, no nos conviene, sino que nos es perjudicial.*
- b) *Pero los santos, que ven nuestras verdaderas necesidades en la esencia divina y cuyas oraciones son mucho más eficaces que las nuestras, unas veces completan nuestra oración y otras la contradicen, pidiendo lo que en realidad nos conviene para salvarnos.*

Las refuerzan. Ruegan por nosotros con mucho más celo que nosotros mismos, porque

- a) *Su caridad es más viva.*
- b) *Ven mucho más clara nuestra conveniencia sobrenatural.*
- c) *La presencia de Dios les hace más atentos.*
- d) *Como decía San Cipriano (cf. De oratione domin. 4), están «seguros de su inmortalidad y preocupados de nuestra salvación».*

V. *¿Cómo corresponden nosotros y como honramos a los santos? Dejando aparte a quienes profanan sus templos y fiestas y citándonos a los creyentes, señalemos dos abusos.* 1648

- A. Pedimos lo que a ellos no les interesa pedir. Bienes materiales, salud, puestos honrosos, etc., y muy pocas veces arrepentimiento...
- B. Otras veces los espirituales piden lo que a los santos les interesa, pero no en la forma que ellos quieren. Pedimos nuestra santificación, pero de modo que ellos la concedan, sin que a nosotros nos sea costosa, etc.

Los santos, modelas nuestros

- 1649
- I. Nos enseñan y hacen apreciar la santidad.
- A. Enseñar la santidad es daría a conocer, y hacerla apreciar es lo mismo.

B. La santidad es una idea hecha realidad visible y palpable en los santos, a los que no hay sino que imitar.

C. El mismo Dios no era el mejor modelo, puesto que nuestra santidad ha de ser penitente, llena de flaquezas, etc.
- 1650
- II. El ejemplo de los santos nos hace fácil la santidad.
- A. Porque nos hace ver que no es imposible y que el hombre puede veneer en las más terribles pruebas.

B. Porque nos hace ver que han sabido encontrar dulce y agradable lo que parecía más áspero y amargo.
- 1651
- III. El ejemplo de los santos nos quita todo pretexto.
- A. («Nuestro estado? Hay santos en todos los estados y santos que abandonaron, por creerlo preciso o mejor, todos los estados.

B. («Nuestra salud? Los ha habido con toda clase de salud.

C. («Nuestras pasiones? Las mismas que las tuyas.

Santos en el propio estado

- 1652
- Una lección necesaria.
- Los cuadros que pintan el cielo, lo mismo sean de pintores de primer orden que láminas catequísticas, nos presentan siempre un grupo de santos repartidos entre todas las condiciones sociales.

Debemos aprender la lección de que, contra el pretexto tan frecuentemente aducido por nuestra pereza, se puede ser santo dentro de todos los estados.

- II. Los santos se santificaron dentro del estado en que vivían.
- 1653
- A. Dios ha elegido para nosotros un estado y quiere que dentro de éste nos santifiquemos.

a) Creer que es imposible equivale a hacer a Dios responsable de nuestra imperfección, e incluso de las faltas que cometemos en él.

b) San Pablo, en el capítulo 7 de la primera Epístola a los Corintios, después de repasar todos los estados, incluso el de la esclavitud, repite por dos veces la misma idea: «Cada uno ande según el Señor le dió» (v.17). «Hermanos, persevera cada uno ante Dios en la condición a que por Él fué llamado» (v.24). Ni que decir tiene que todo el capítulo va destinado a proponer la santidad dentro de cada género de vida.

B. Los santos nos demuestran cómo se puede alcanzar la santidad en todos los estados. Reyes y súbditos, monjes y en el mundo, vírgenes y casados. Más aun, incluso en los que parecen más opuestos, como v.gr., en la disolución que suponía la molición y la corte de aquéllos tiempos.

C. Un paso más. Hubo santos que llegaron a estados a que Dios no les llamaba. Casados por interés solamente; sacerdotes sin vocación. Pero una vez convertido? aceptaron las obligaciones de ese estado, y por medio de la penitencia y la oración se hicieron dignos de él.
- III. Los santos han santificado su estado mediante la religión y la práctica sincera de su doctrina.
- 1654
- A. Se sirvieron de la religión para evitar los desórdenes de su estado.

a) Todos los estados son propensos a ciertos desórdenes, abusos autorizados por el mundo, y tentaciones, de las que sólo la obediencia a las normas de la religión y el recurso de a gracia de Dios podían librarnos.

b) Por eso han sabido y podido ser grandes sin orgullo, ricos sin avaricia, santos sin soberbia.

Se sirvieron de la armadura de Dios (Eph. 6,14) y su fe venció al mundo (1 Jo. 3,5).

B. Se sirvieron de la religión para cumplir heroicamente las obligaciones de su estado. En efecto, los santos han sido los cumplidores hasta el sacrificio de todas sus obligaciones, para lo que sacaban fuerza de la santidad de su religión y de sus medios.
- IV. Los santos utilizaron las obligaciones de su propio estado para conseguir la perfección.
- 1655
- A. La santidad consiste en cumplir la voluntad de Dios sobre nosotros. Esta voluntad no suele manifestarse por

via ordinaria mediante la revelaciôn, sino por medio de la Providenda, que nos ha colocado en una situadôn determinada. Cumplir las obligaciones que nos impone esa condiçôn querida por Dios es el medio que El destino para que nos santificâramos.

- B. Los santos, al ver la obligaciôn que tenian de cumplir sus deberes temporales y para con los demâs hombres, entendian cual era su obligaciôn de servir a Dios.
- C. Esas mismas obligaciones les suministraban ocasiôn para sus actos de virtud. San Luis, de no ser rey, no hubiera podido legislar santamente; ni Santa Rita, de no ser casada, hubiera podido sacrificarse por su marido.
- D. Su estado les diô también ocasiôn de mortificaciones abundantes, con tanto mâs mériete cuanto que no eran buscadas personalmente, sino proporcionadas por el estado de vida en que Dios les habia colocado.

Obligatoriedad de la perfecciôn

1656

I. *La Iglesia honra hoy a todos sus santos.*

- A. Cuando celebra la fiesta de uno en particular no se limita sôlo a honrarle, sino a la vez nos lo propone como modelo.
- B. Cuando honra a todos juntos es oportuno que hablemos de la perfecciôn y de su obligatoriedad.

II. *Al decir que la perfecciôn es obligatoria*

- A. No nos referimos a la perfecciôn minima, que se reduce a no perder la gracia recibida, sino a la perfecciôn activa, que consiste en ir la acreciendo, o lo que es lo mismo, en ir aumentando la caridad o amor de Dios.
- B. No nos referimos sôlo a los sacerdotes y religiosos, aun cuando éstos tengan Buenos motivos, sino a todos los cristianos.
- C. No se trata de un consejo, sino de una verdadera obligaciôn, cuyo incumplimiento seria pecado.
- D. Tampoco exigimos la perfecciôn, sino aspirar a ella y hacer algo por conseguirla.

III. *El mismo Senor nos impuso el mandamiento de la perfecciôn al terminar el sermon de la Montana, que vino a recapitular di-*

ciendo: «*Sed vosotros perfectos como lo es vuestro Padre celestial*» (Mt.,5,48). Este *sermon* fué dirigido a todos los fieles.

- A. Cuando San Pablo habia de la vocación del cristiano la enfoca siempre mirando a la perfección sin limites, esto es, según la frase del Señor, como el Padre: «El nos eligió antes de la constitución dei mundo para que fuésemos santos e inmaculados delante de El» (Eph. 1,4). Hasta tal punto no concebía él al cristiano sino como al hombre que corre en pos de la santidad, que el nombre de santo vino a ser en sus epistolas un nombre común del cristiano.
- B. Para San Pablo no vivimos independientemente, sino formando el Cuerpo místico de Cristo, cuya restauración total debemos contribuir a alcanzar (Eph. 4,13), y esto lo conseguiremos si somos «varones perfectos» (ibid.) y crecemos en caridad (ibid. 15).
- C. La voluntad de Dios no es otra sino nuestra santificación (1 Thés. 4,3).

IV. *En cuanto al mandato de la Iglesia, transcribiremos unas palabras de la enciclica de Pio XI sobre San Francisco de Sales* (26 enero 1923, «*Rerum Omnium*»: AAS, t.15 p.50): «*No créa nadie que esto corresponde solo a unos pocos y muy elegidos, pudiendo contentarse los demás con un grado inferior de virtud. Esta ley alcanza a todos sin que se exceptue nadie*».

V. *Es muy razonable que así sea.*

La vida sobrenatural es una verdadera vida que admite progreso. Todo ser vivo tiende naturalmente a desarrollar la vida que posee. En el orden natural lo hacemos instintiva y gustosamente. En el orden sobrenatural, si queremos acomodarnos a sus exigencias lógicas, debemos hacerlo libremente, cooperando a la gracia y desarrollando su vida en nosotros.

La gracia es una semilla y también ha de decirse de la simiente lo mismo que se dice de la vida. Claro esté que es una semilla cuyo crecimiento exige nuestra libre cooperación y esfuerzo.

Finalmente, y es un raciocinio de Santo Tomás, nuestro fin es el amor, el cual no admite limites, como tampoco lo admite el fin. Los medios deben utilizarse en tanto en cuanto, pero el fin debe conseguirse en toda su amplitud. Por eso se nos manda que amemos con todo nuestro corazón, aima y entendimiento (cf. 2-2 q.184 a.3).

1661 VJ jr[^] *exige también el cardcter de vida amisible que tiene la gracia.*

- A. Estamos rodeados de peligros por todas partes, peligros de los espíritus enemigos, del mundo y de nuestra propia carne, pereza, etc.
- B. Para resistirlos es necesario aspirar a más. El que no sube baja, según frase clásica en los Santos Padres, y vida que no se desarrolla, se anquilosa y muere.
- C. Por eso San Pablo nos recomienda que para resistir nos revistamos de su famosa panoplia, la cual incluye todas las virtudes.
- D. Nuestro interés nos la recomienda. ¡Quién se contenta con el menor premio por ahorrarse un pequeño esfuerzo?

1662 VII. *Esta obligatoriedad admits grados. Es mas intensa cuanto mayores sean los titulos que la exigen.*

- A. Los simples cristianos están obligados:
 - a) *Por el bautismo, que los incorporo a Cristo, en cuya perfección deben vivir; que los hizo partícipes de la sangre de Cristo, a la que deben ser agradecidos; que sembrô en ellos la vida de la gracia, cuya necesidad de crecimiento hemos desérito.*
 - b) *Por la confirmación, sacramento destinado a acrecentar su perfección.*
 - c) *Por el hecho de vivir en una Iglesia a cuya perfección total deben contribuir como todo ciudadano debe contribuir a la de su patria.*
- B. Los religiosos, por haber hecho un voto. Aun cuando el voto se refiera a la pobreza, castidad, obediencia, se profieren estos votos, en cuanto que son medios para conseguir la perfección. De lo contrario no tendrían sentido.
- C. Los sacerdotes, por haber asumido un ministerio que exige la perfección si ha de ser administrado dignamente.

El sermôn de la Montana, síntesis del cristianismo

1663 I. *En el sermôn de la Montana Cristo Nuestro Señor se muestra Mesias definidor de la nueva y definitiva religion.*

- A. Para ello, enseñando con propia autoridad, contrapone la Ley Antigua y la Nueva, y, sobre todo, el espíritu de temor y el de amor que las caracterizan.

¹ No podemos desarrollar una serie de sermones sobre todas y cada una de las bienaventuranzas porque nos falta espacio para ello; pero, por otra parte, tampoco es necesario, porque a lo largo de esta obra se han explicado todas en distintos lugares.

Damos como ejemplo algunos de ellos. Sobre los mansos y misericordiosos véanse

- B. Corrige no sôlo los defectos de los judios contemporâneos, sino los de la misma ley.
- II. *Llegado el momento de estudiar la Nueva Ley, la centra en dos puntos.*

A. Es una religiôn interior, en la que hay que cuidar hasta del pensamiento.

B. Es una religion de amor.
- III. *Hoy, dia de la fiesta de Todos los Santos, no hacemos sino celebrar a quienes entendieron y practicaron sin glosa esa doctrina.* 1665

10

Cristo, Maestro y Reformador

- I. *Cristo Nuestro Senor se apropia dos titulos, el de Maestro y el de Rey. Mâs aun, los une porque a Pilatos, y como prueba de que es Rey, le dice: «Yo para eso he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad» (Io. 19,37).* 1666

A. La razôn de ello es que la fuente de su realeza y de su magisterio es la misma, a saber, su divinidad y su humanidad unidas.

B. Del mismo modo que el ser Hombre-Dios le constituye en Rey natural, el tener un entendimiento humano y otro divino le otorgan el titulo de Maestro natural (cf. t.6 p.138).
- II. *Este magisterio nos era necesario.* 1667

A. El hombre tiene capacidad natural para conocer las verdades de la religion natural, pero a pesar de esta capacidad es un trabajo que le resulta tan dificil que, de no ser ayudado por la revelaciôn, no alcanza a conseguirlo.

B. Si se trata de verdades sobrenaturales, entonces el Maestro es de todo punto necesario. Cristo Nuestro Senor vino a llenar esta necesidad (cf. t.6 p.131).

los guiones del tomo 4. P-843; los del tomo 8 a partir de la página 579, amén de los numerosísimos sobre la ira y la misericordia de otras dominicas. Sobre los que lloran véase el tomo 4, p.628 y 679 ss. Sobre los que han hambre y sed de justicia, el t.8, p.357. Sobre los pacíficos, t.4. P-323- Sobre los que padecen persecuci n, t.2, p.523 y 768.

Ahora sintetizaremos alguno de los guiones de otros tomos que se relacionan de algún modo con el serm n de la Montana.

Para desarrollar este gui n véase el que figura en el t.6, p.128.

III. Su *magisterio y su reinado* anadieron una *nota mäs*, a *saber*, la de la *reforma*.

En doctrina, purificando lo que los hombres hablan anadido y revelando dogmas nuevos.

En moral, de un modo parecido y perfeccionândola con los consejos (cf. las bienaventuranzas). En la organiza-ciôn visible, fundando la Iglesia.

Su reforma tiene un carâcter especial, que la distingue de todos los revolucionarios. No destruye, sino que perfecciona (cf. t.6 p.142).

11

Santidad falsa y santidad verdadera

- 1069

I. *Las bienaventuranzas podemos decir que son una especie de re-copilaciôn métrica de todo el sermon de la Montana, y este, a su vez, una contraposition de la santidad falsa que los maestros de Israel ensenaban a su pueblo y de la verdadera que quiere el Señor.*
- 1670

IL *La verdadera santidad no puede ser farisaica, esto es:*

A. Ni exclusivista.

B. Ni puramente exterior.
- 1671

III. *Tampoco puramente interna.*

A. Lo extemo sin lo interno es hipocresia propia del fariseo.

B. Lo intemo sin lo exterior déjà al hombre incompleto, y a Dios sin su homenaje total.
- 1672

La verdadera santidad de Cristo, de su Iglesia y de sus santos une ambos elementos, y para manifestar y fomentar la santidad interior, que es la esencial, se vale de los medios externos (cf. t.6 p.150).

CONMEMORACION DE LOS EIELES DIFUNTOS

(2 de noviembre)

• 47

TEMAS PREDICABLES EN ESTA HOMILIA

La conmemoración de los fieles difuntos.

La oración por los difuntos.

Las indulgencias.

El purgatorio.

La muerte.

La fragilidad de la vida.

SECCION I. TEXTOS SAGRADOS

I. PRIMERA MISA

A) *Partes variables de la misa*

1673

Introitus.—Requiem aeternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis.—Ps. 64,2-3: Te decet hymnus, Deus, in Sion, et tibi reddetur votum in Jerusalem: exaudi orationem meam, ad te omnis caro veniet. Requiem...

Oremus.—Fidelium, Deus, omnium conditor et Redemptor: animabus famulorum famularumque tuarum remissionem cunctorum tribue peccatorum; ut indulgentiam, quam semper optaverunt, piis supplicationibus consequantur. Qui vivis...

Grad.—Esdr. 2,34 et 35: Requiem aeternam dona eis, Domine, et lux perpetua luceat eis.—Ps. 111,7: In memoria aeterna erit iustus: ab auditione mala non timebit.

Tractus.—Absolve, Domine, animas omnium fidelium defunctorum ab omni vinculo delictorum. Et gratia tua illis succurrente, mereantur evadere iudicium ultionis. Et lucis aeternae beatitudine perfrui.

Sequentia.—Dies irae, dies illa, solvet saeculum in favilla: teste David cum Sibylla. Quantus tremor est futurus, quando iudex est venturus, cuncta stricte discussurus! Tuba mirum spargens sonum per sepulcra regionum, coget omnes ante thronum. Mors stupebit et natura, cum resurget creatura, iudicanti responsura.

Introito.—Dales el etemo descanso, Señor, y resplandezca para ellos la luz indeficiente.—En Siôn debes ser alabado, joh Dios!; en Jerusalén se te han de ofrecer votos; attende a mi oración, y toda carne vendra a ti. Dales...

Oremos.—jOh Dios, Creador y Redentor de todos los fieles!, concede a las almas de tus siervos y siervas la remisión de todos sus pecados, a fin de que por estas piadosas súplicas consigan el perdón que siempre desearon. Que vives y reinas...

Grad.—Dales, Señor, el eterno descanso y resplandezca para ellos la luz indeficiente. Etema será la memoria del justo; no temerá la mala fama.

Tracto.—Absuelve, Señor, las almas de todos los fieles difuntos de todo reato de culpa. Y, con el auxilio de tu gracia, merezean evadir la vengadora sentencia. Y gozar de la felicidad de la luz etema.

Seciiencia.—jDia de ira, aquel dia reducirá al mundo en pavesas! Testigo David con la sibila. jCuanto temblor ha de haber cuando el Juez ha de venir a examinarlo todo estrictamente! Una trompeta esparciendo sonido maravilloso [viloso] por los sepulcros de las regiones congregará a todos ante el trono. Muerte y naturaleza quedarán atónitas cuando resuciten los hombres

para responder al Juez.
 Abrirâse el libro escrito
 en que todo se contiene,
 por donde el mundo sera juzgado.
 Luego, pues, que el Juez se siente,
 todo lo oculto quedarâ patente:
 no quedarâ delito sin castigo.
 ¡Qué dire yo entonces, cuitado?
 que abogado rogaré,
 cuando apenas el justo estarâ seguro?
 Rey de tremenda majestad,
 que a los escogidos salvas por pura gra-
 sâlvame, fuente de piedad. feia, l
 Acuérdate, Jesus piadoso,
 que por mi bajaste al mundo:
 no me pierdas en aquel dia.
 Faugado en buscarme, te sentaste;
 clavado en la cruz, me redimiste:
 no sea imitil tanto trabajo.
 Justo Juez de ia venganza,
 concédeme el perdôn
 antes dei dia de la cuenta.
 Gimiendo estov como reo:
 enrojece mi rostro por mis culpas;
 perdona, joh Dios!, te lo suplico.
 Pues a Nfaria absolviste
 y atendiste al ladrôn,
 esperanza me infundiste.
 No son dignas mis plegarias;
 mas tu, bueno, haz, benigno,
 que no me abraze en fuego cterno.
 Ponme entre tus ovejas;
 de los cabritos apartame,
 colocândome a tu diestra.
 Rechazados los malditos
 y a terribles llamas condenados,
 llamame con los benditos.
 Ruego suplicante y postrado,
 deshecho el corazôn como ceniza;
 cuida tu de mi dichoso fin.
 Lacrimoso aquel dia
 en que resucitarâ dei polvo,
 para ser juzgado, el hombre reo.
 Perdôname, pues, joh Dios!
 ¡Piadoso Jesûs, Señor,
 dales el descanso! Amén.

Ofert.—Señor Jesucristo, Rey de la gloria, libra a las almas de todos los fieles difuntos de las penas dei infierno y del lago profundo; libralas de la boca dei leôn; no las trague el abismo, ni caigan en las tinieblas; mas el principe San Miguel las lleve a la luz santa, que

*Liber scriptus proferetur,
 in quo totum continetur,
 unde mundus iudicetur.
 ludex ergo cum sedebit,
 quidquid latet apparebit:
 nil inultum remanebit.
 Quid sum miser tunc dicturus?
 quem patronum rogaturus,
 cum vix iustus sit securus?
 Rex tremendae maiestatis,
 qui salvandos salvas gratis,
 salva me, fons pietatis.
 Recordare, Iesu pie,
 quod sum causa tuae viae:
 ne me perdas illa die.
 Quaerens me, sedisti lassus,
 redemisti crucem passus:
 tantus labor non sit cassus,
 luste iudex ultionis,
 donum fac remissionis
 ante diem rationis.
 Ingemisco, tamquam reus:
 culpa rubet vultus meus:
 supplicanti parce, Deus.
 Qui Mariam absolvisti,
 et latronem exaudisti,
 mihi quoque spem dedisti.
 Preces meae non sunt dignae:
 sed tu bonus fac benigne,
 ne perenni cremer igne.
 Inter oves locum praesta,
 et ab haedis me sequestra,
 statuens in parte dextra.
 Confutatis maledictis,
 flammis acribus addictis:
 voca me cum benedictis.
 Oro supplex et acclinis,
 cor contritum quasi cinis:
 gere curam mei finis.
 Lacrimosa dies illa,
 qua resurget ex favilla,
 judicandus homo reus.
 Huic ergo, parce Deus,
 pie Iesu Domine,
 dona eis requiem. Amen.*

Offert.—Domine Iesu Christe, Rex gloriae, libera animas omnium fidelium defunctorum de poenis inferni et de profundo lacu: libera eas de ore leonis, ne absorbeat eas tartarus, ne cadant in obscurum: sed signifer sanctus Michael repraesentet eas in lucem sanctam: quam

olim Abrahae promisisti et semini eius. Hostias et preces tibi, Domine, laudis offerimus: tu suscipe pro animabus illis, quarum hodie memoriam facimus: fac eas, Domine, de morte transire ad vitam: quam olim Abrahae promisisti et semini eius.

Seer.—Hostias, quaesumus, Domine, quas libi pro animabus famulorum famularumque tuarum offerimus, propitiatus intende: ut, quibus fidei Christianas meritum contulisti, dones et praemium. Per Dominum...

Pref. .. per Christum Dominum nostrum. In quo nobis spes beatæ resurrectionis effulsit, ut quos contristat certa moriendi conditio, eosdem consoletur, futurae immortalitatis promissio. Tuis enim fidelibus, Domine, vita mutatur, non tollitur; et dissoluta terrestris huius incolatus domo, aeterna in caelis habitatio comparatur. Et ideo cum Angelis et Archangelis, cum Thronis et Dominationibus, cumque...

Comm.—Esdr. 2,35 et 34: Lux aeterna luceat eis. Domine. Cum Sanctis tuis in aeternum, quia pius es. Requiem aeternam dona eis. Domine; et lux perpetua luceat eis. Cum Sanctis tuis in aeternum, quia pius es.

Postcomm.—Da, quaesumus, Domine, fidelibus populis omnium Sanctorum semper veneratione laetari, et eorum perpetua applicatione muniri. Per Dominum...

en otro tiempo prometiste a Abrahân y a sus descendientes. Ofrecémoste, Señor, hostias y súplicas de alabanza; recuébclas tú por las aïmas de quien hoy te hacemos memoria. Haz, Señor, que pasen de la muerte a la vida, que en otro tiempo prometiste a Abrahân y a sus descendientes.

Secr.—Rogâmoste, Señor, mires propicio las hostias que te ofrecetrios por las almas de tus siervos y siervas; y, pues les concediste el mérito de la fe cristiana, dales también el premio. Por Nuestro Señor Jesucristo...

Prefacio. ... por Cristo Nuestro Señor. En el cual brillô para nosotros la esperanza de feliz resurrecciôn, para que, pues nos contrista la inexorable necesidad de morir, nos consuele la promesa de la inmortalidad venidera. Porque para tus fieles la vida no fenece, se transforma; y al deshacerse la casa de nuestra habitaciôn terrenal se nos prépara en el cielo eterna morada. Y, por tanto, con los ângeles y arcângeles, con los tronos...

Com.—Alûmbreles, Señor, la claridad eterna. Con tus santos para siempre, pues eres piadoso. Dales, Señor, etemo descanso y resplandezca sobre ellos la luz indeficiente. Con tus santos para siempre, pues eres piadoso.

Poscom.—Pedimoste, Señor, que aproveche a las almas de tus siervos y siervas nuestra humilde súplica, para que lafe libres de toda culpa y las haga participât de tu redenciôn. Que vives...

B) Epistola

1674

(i Cor. 15.51-57)

51 Ecce mysterium vobis dico: Omnes quidem resurgemus, sed non omnes immutabimur.

52 In momento, in ictu oculi, in novissima tuba: canet enim tuba, et mortui resurgent incorrupti: et nos immutabimur.

51 Voy a declararos un misterio: No todos dormiremos, pero todos seremos inmutados.

52 En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al ûltimo toque de la trompeta—pues tocarâ la trompeta—los muertos resucitarân incorruptos y nosotros seremos inmutados.

- 53

Porque es preciso que lo corruptible se revista de incorrupciòn y que este ser mortal se revista de inmortalidad.
- 54

Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplira lo que esta escrito: La muerte ha sido sorbida por la victoria.
- 55

(jDônde esta, muerte, tu victoria?
èDônde esta, muerte, tu aguijôn?
- 56

El aguijôn de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado la ley.
- 57

Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo.
- 53

Oportet enim corruptibile hoc induere incorruptionem: et mortale flos induere immortalitatem.
- 54

Cum autem mortale hoc induerit immortalitatem, tunc fiet sermo, qui scriptus est: Absorpta est mors in victoria.
- 55

Ubi est mors victoria tua?
ubi est mors stimulus tuus?
- 56

Stimulus autem mortis peccatum est: virtus vero peccati lex.
- 57

Deo autem gratias, qui dedit nobis victoriam per Dominum nostrum Iesum Christum.

1675

C) Evangelio

(Io. 5.25-29)

- 25

En verdad, en verdad os digo que llega la hora, y es ésta, en que los muertos oirân la voz dei Hijo de Dios, y los que la escucharen vivirân.
- 26

Pues asi como el Padre tiene la vida en si mismo, asi diô también al Hijo tener vida en si mismo,
- 27

y le diô poder de juzgar, por cuanto El es el Hijo del hombre.
- 28

No os maravilléis de esto, porque llega la hora en que cuantos estân en los sépulcres oirân su voz,
- 29

y saldrân los que han obrado el bien para la resurrecciòn de la vida, y los que han obrado el mal para la resurrecciòn del juicio.
- 25

Amen, amen dico vobis, quia venit hora, et nunc est, quando mortui audient vocem Filii Dei: et qui audierint, vivent.
- 26

Sicut enim Pater habet vitam in semetipso: sic dedit et Filio habere vitam in semetipso:
- 27

et potestatem dedit ei iudicium facere, quia Filius hominis est.
- 28

Nolite mirari hoc. quia venit hora, in qua omnes, qui in monumentis sunt, audient vocem Filii Dei:
- 29

et procedent qui bona fecerunt, in resurrectionem vitae: qui vero mala egerunt, in resurrectionem iudicii.

IL SEGUNDA MISA

1676

A) Partes variables de la misa

- Oremos.—

jOh Dios, Señor de las misericordias!, concede a las almas de tus siervos y siervas ei lugar de refrigerio, la felicidad dei descanso y la claridad de la luz eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo...
- Orenius.—

Deus, indulgentiarum Domine: da animabus famulorum famularumque tuarum refrigerii sedem, quietis beatitudinem et luminis claritatem. Per Dominum...

Seer.—Propitiare, Domine, supplicationibus nostris, pro animabus famulorum famularumque tuarum pro quibus tibi offerimus sacrificium laudis: ut eas sanctorum tuorum consortio sociare digneris. Per Dominum...

Secr.—Mucstrate propicio a las sùplicas que te ofrecemos, Sefior, por las almas de tus siervos y siervas, por quienes te ofrecemos este sacrificio de alabanza, para que te dignes agregarlas a la compaftia de tus santos. Por Nuestro Serior Jesucristo...

Postcomm.—Praesta, quaesumus, Domine: ut animae famulorum famularumque tuorum sacrificiis, indulgentiam pariter et requiem capiant sempiternam. Per Dominum...

Poscom.—Rogâmoste, Senor, que las almas de tus siervos y siervas, purificadas Por este sacrificio, alcancen juntamente el perdôn y el descanso eterno. Por Nuestro Senor Jesucristo...

B) Epistola

1677

(2 Mach. 12,43-46)

43 Et facta collatione, duodecim millia drachmas argenti misit lerosolymam offerri pro peccatis mortuorum sacrificium, bene et religiose de resurrectione cogitans

43 Y mandô hacer una colecta en las filas, recogiendo hasta dos mil drachmas, que enviô a Jerusalén para ofrecer sacrificios por el pecado; obra digna y noble, inspirada en la esperanza de la resurrecciôn ;

44(nisi enim eos, qui ceciderant, resurrecturos speraret, superfluum videretur, et vanum orare pro mortuis).

44 pues si no hubiera esperado que los muertos resucitarlan, superfluo y vano era rezar por ellos.

45 Et quia considerabat quod hi, qui cum pietate dormitionem acceperant, optimam haberent repositam gratiam.

45 Mas creia que a los muertos piadosamente les esta reservada una magnifica recompensa.

46 Sancta ergo, et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut a peccatis solvantur.

46 Obra santa y piadosa es orar por los muertos. Por eso hizo que fuesen expiados los muertos, para que fuesen absueltos de los pecados.

C) Evangelio

1678

(Io. 6,37-40)

37 Omne, quod dat mihi Pater, id ad me veniet: et eum, qui venit ad me, non eiiciam foras:

37 Todo lo que el Padre me da viene a mi, y al que viene a mi yo no lo echaré fuera,

38 quia descendi de caelo, non ut faciam voluntatem meam, sed voluntatem eius, qui misit me,

38 porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me enviô.

39 Haec est autem voluntas eius, qui misit me, Patris: ut omne, quod dedit mihi, non perdam ex eo, sed resuscitem illud in novissimo die.

39 Y ésta es la voluntad del que me enviô, que yo no pierda nada de lo que me ha dado, sino que lo resucite en el ultimo dia.

40 Porque esta es la voluntad de mi Padre, que todo el que ve al Hijo y créa en El tenga la vida eterna y yo le resucitaré en el ultimo día.

40 Haec est autem voluntas Patris mei, qui misit me: ut omnis, qui videt Filium, et credit in eum, habeat vitam aeternam, et ego resuscitabo eum in novissimo

TERCERA MISA

1679

A) Partes variables de la misa

Oremos.—jOh Dios, que otorgas el perdón y quieres la salvación de los hombres!, rogamos a tu clemencia que, por intercesión de la siempre virgen Santa Maria y de todos tus santos, concedas a las aimas de tus siervos y siervas que salieron de este mundo llegar a la etema compania de los bienaventurados. Por Nuestro Señor Jesucristo...

Secr.—jOh Dios, cuya misericordia es infinita!, recibe propicio nuestras humildes súplicas y, por estos sacramentos que nos salvan, concede a las aimas de todos los fieles difuntos, a quienes diste confesar la fe en tu nombre, la remisión de todos sus pecados. Por Nuestro Señor Jesucristo...

Poscom.—Suplicamos nos concedas, Dios omnipotente y misericordioso, que las aimas de tus siervos y siervas, por quienes hemos ofrecido a tu Majestad este sacrificio de alabanza, purificadas, por virtud de este sacramento, de todos sus pecados, reciban por tu misericordia la felicidad de la luz indeficiente. Por Nuestro Señor Jesucristo...

B) Epistola

(Apoc. 14,13)

13 Oí una voz del cielo que decía: Escribe: Bienaventurados los que mueren en el Señor. Si, dice el Espíritu, para que descansen de sus trabajos, pues sus obras los siguen.

13 Et audivi vocem de caelo, dicentem mihi: Scribe: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo iam dicit Spiritus, ut requiescant a laboribus suis: opera enim illorum sequuntur illos.

C) Evangelio

1681

(Io. 6,51-55)

51 Ego sum panis vivus, qui de caelo descendi.

52 Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum: et panis, quem ego dabo, caro mea est pro mundi vita.

53 Litigabant ergo ludaci ad invicem, dicentes: Quomodo potest hic nobis carnem suam dare ad manducandum?

54 Dixit ergo eis Iesus: Amen, amen dico vobis: Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis eius sanguinem, non habebitis vitam in vobis.

55 Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, habet vitam aeternam: et ego resuscitabo eum in novissimo die.

51 Yo-soy el pan vivo bajado del cielo.

52 Si alguno come de este pan, vivirá para siempre, y el pan que yo le daré es mi carne, vida del mundo.

53 Disputaban entre si los judios, diciendo: <Cómo puede este darnos a comer su carne?

54 Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros.

55 El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y yo le resucitaré el ultimo día.

SECCION //. COMENTARIOS GENERALES

SITUACION LITURGICA

1682 A) *Espiritu de la conmemoración*

El espíritu de esta conmemoración se manifiesta en el anuncio del martirologio: «Es este día la conmemoración de todos los fieles difuntos. La Iglesia nuestra madre, común y piadosa, después de haber procurado celebrar con alabanzas dignas a todos sus hijos que gozan ya de la bienaventuranza celestial, quiere también socorrer con poderosos sufragios a todas las almas que gimen todavía en el purgatorio, intercediendo por ellas delante de Jesucristo, su Señor y Esposo, para que se sumen lo antes posible en la comunidad de los ciudadanos del cielo» (cf. Dom Pío Parsch, *El año litúrgico* t.5 p.243).

1683 B) *Notas históricas*

Pueden interesar al predicador algunas notas históricas que resumimos del *Liber Sacramentorum* (cf. l.c.).

a) Los PAGANOS

«En todas las civilizaciones paganas se descubre un fondo de religión, particularmente cuando se trata de los difuntos. Tienen por gran crimen la violación de una tumba. Su máxima era: «Parce sepultos». Dan al culto de los difuntos un carácter familiar. Los entierran en los jardines (*in hortulis nostris secessimus*, dice un antiguo epitafio) o siguiendo los bordes de los grandes caminos consulares que partían de Roma a los confines del Imperio. Cubrían de flores los sepulcros. Los visitaban con frecuencia, e incluso celebraban banquetes para unirse en espíritu con los difuntos».

1684 b) Los CRISTIANOS DE LOS PRIMEROS SIGLOS

«No suprimen estas costumbres paganas, al contrario, las admiten para purificarlas y cristianizarlas. Erigen los cementerios en las grandes vías (*Via Appia, Via Maris*). Guardan los *novendialia* (San Agustín protesta más tarde). Los días 3 y 9 van a las tumbas para celebrar banquetes; guardan los *rosalia*, los *dies violationis*, etc., etc.

La Iglesia de los primeros siglos con espíritu de maternal comprensión admitió cuanto había de inofensivo en el ritual fúnebre y fijó el latín, pero lo sublimó y santificó introduciendo el sentido de vida y optimismo.

Así, desde los primeros tiempos va íntimamente vinculada a la liturgia funeral la idea de la resurrección, a ejemplo de Cristo. Nada de calaveras ni de tibias o dibujos raros, ni de espectáculos macabros. Toda suavidad y esperanza, su espíritu se refleja en el *Cum Christo vivas, in pace dormias...*, tan frecuentes en las catacumbas. Pero santifica, sobre todo, las honras fúnebres introduciendo en ellas el sacrificio eucarístico en sufragio por los difuntos. Las *Acta Iohannis* (a. 160) muestran al discípulo orando sobre una tumba y celebrando sobre ella la *fractio panis*. Tertuliano afirma: «Celebramos nosotros la oración por los difuntos *natalitiis*, y en el aniversario de los muertos» (cf. *De exhortatione castitatis*). Bello texto también el de Santa Mónica: «Ponite, inquit, hoc corpus ubicumque; nihil vos eius cura conturbet. Tantum illud vos rogo ut ad Domini altare memineritis mei ibi fueritis» (cf. *Confes.* I.9 c.2).

Sabemos, además, que desde los tiempos de las persecuciones se recitaban unas preces funerarias que pueden considerarse como el rito primitivo de las exequias cristianas. No se pueden determinar exactamente cuáles fueron. San Jerónimo, al describir las de Fabiola, dice que se oía resonar por las vías romanas el canto del aleluya. Y en la vida de Santa Paula dice que la Santa fue conducida llevando el féretro los obispos con sus propias manos y hombros, y otros prelados portaban antorchas y cirios; cantando ordenadamente salmos en griego, latín y siríaco, no solo por espacio de tres días hasta que fue sepultada en la cripta junto a la gruta del Señor, sino durante toda la semana. San Agustín, describiendo los funerales de su madre, Mónica, dice que Evodio entonó el salmo 100 y que todos los asistentes respondían a cada versículo *Misericordiam et indicium cantabo tibi, Domine*».

H

c) Los CRISTIANOS DESPUÉS DE LA INVASIÓN DE LOS BARBAROS 1685

«Invasión Italia por los bárbaros, dejan de existir los cementerios y se entierra a los fieles en las Iglesias o cerca de ellas.

Dividen a éstas, desaparecen los banquetes, los *rosalia*, etc., todo aquello que es de carácter puramente familiar, para dejar luego tan sólo lo estrictamente litúrgico, a saber: enterramiento en lugar sagrado y la misa el día del entierro, el tercero, séptimo y el aniversario. Comienza a enriquecerse esta liturgia con la introducción del oficio *defunctorum*, que se canta en los monasterios de Roma probablemente en el siglo VIII».

d) La Conmemoración de Todos los Fieles Difuntos 1686

«En el siglo X prevaleció, principalmente en los monasterios benedictinos, el uso de celebrar anualmente una memoria de todos los bienhechores o amigos difuntos del cenobio.

Atribúyese a San Odilón, abad de Cluny, el haber dado fuerza de ley y carácter universal a tal usanza, que ya había prevalecido en muchas Iglesias. Conocemos el edicto de San Odilón, que data del 998, pero no atañe más que a los cenobios que entonces dependían de Cluny, los cuales sumaban varios centenares, esparcidos por Francia, por España y por Italia. En ese documento ordena el piadoso abad que el día 1 de noviembre, después de las vísperas solemnes, se toquen las campanas con carácter fúnebre y celebren los monjes en el coro el oficio de difuntos. Además, al día siguiente todos los sacerdotes debían ofrecer a Dios el divino sacrificio *pro requie omnium defunctorum*.

Este uso fue muy imitado primero en los diferentes cenobios benedictinos luego fue penetrando poco a poco en los rituales diocesanos, como en

Liei'a (a.100S) y en Besanzôn, hasta que al fin se convirtiô en rito universal de la Iglesia latina.

En los *Ordines Romani*, el *anniversarium omnium animarum* aparece por vez primera en el Ordo XIV, del siglo XIV> (cf. Schuster, *Liber Sacramentorum* t-9 p.ri4).

1687

e) En nuestros días

«La piedad para con las pobres almas dei purgatorio ha alcanzado en los siglos posteriores un enorme desarrollo, como en general toda la devociôn catôlica, sucediendo en esto lo que con un frondoso ârbol, que cada vez extiende mäs sus ramas, se cubre de hojas y se esmalta de flores. Asimismo, con ocasiôn de la primera gran guerra, cuando las ciudades, por no decir todas las familias, se vefan en el trance de tener que llorar a sus propios difuntos, Benedicto XV hizo extensivo a toda la Iglesia catôlica un privilegio que en otro tiempo Benedicto XIV habia concedido a los Estados sujetos a la corona de Espana: el de que todo sacerdote pudiera celebrar très misas en sufragio de los difuntos el dia 2 de noviembre.

Pero en la mente del otorgante influyeron otras razones, ademäs de la inútil mortandad, segûn él llamô a aquella cruel guerra. La piedad de los antepasados habia dotado ricamente altares, iglesias y cabildos, para que después de su muerte el alma dei piadoso donante se beneficiase con la aplicaciôn de la misa. Mas habiendo la revoluciôn y la confiscaciôn de los bienes eclesiâsticos disipado las mäs de las veces aquellos legados, aquel gran Pontifice se consideraba obligado, a causa de la miseria a que entonces se veia reducido el clero, a dispensar a cabildos, a comunidades religiosas y a simples sacerdotes de la carga de esos antiguos legados de misas, que resultaban insolventes. cQué hizo entonces Benedicto XV? Habitado como estaba a la usanza litürgica de Espana, desde el tiempo en que habia estado en aquella nunciatura pontificia con el difunto cardenal Rampolla del Tindaro, autorizô a todos los sacerdotes para celebrar très veces la misa en la Conmemoraciôn de los Fieles Difuntos. Las condiciones fueron las siguientes: uno de estos sacrificios podia ser ofrecido segûn la intenciôn particular del celebrante; mas los otros dos quiso el papa que se celebrasen, el uno por todos los fieles difuntos en general, y el otro para satisfacer por un enorme cûmulo de legados de misas que habian resultado insolventes a causa de las confiscaciones.

En la actual-disciplina eclesiâstica, esta poliliturgia del 2 de noviembre constituye un privilegio mäs bien ûnico que raro, que equipara en cierto modo la Conmemoraciôn de Todos los Fieles Difuntos al mismo santo dia de Navidad. Es el verdadero natalicio de las almas purgantes» (cf. Schuster, *Liber Sacramentorum* t.g p.i 15-116).

Puede apreciarse, segûn la anterior nota histôrica, la gran importancia que se ha dado a la misa por los difuntos. Santo Tomäs demuestra teolôgicamente que es el principal sufragio (cf. infra, sec.IV). Incumbe, por tanto, al predicador formar la piedad de los fieles para con los difuntos, de modo que no sea excesivamente sentimental ni consuma grandes cantidades en adornos de sepulcros que sirven a veces para consuelo, a veces para vanidad de los vivos mäs que para provecho de los difuntos. A éstos beneficia, en cambio, la misa, las limosnas y todo género de obras caritativas.

f) Ideas que se deducen de las fórmulas litúrgicas

1688

Esta idea, como la del purgatorio y el cielo, la de la resurrección y descanso de los muertos, etc., puede sacarse de las formulas litúrgicas, verdadero tesoro de profundidad teológica, ternura y consuelo. Y debieran predicarse con frecuencia al pueblo que manifiesta su fe en torno a los muertos. No sabemos por qué el día de difuntos se omite la predicación, siendo así que en muchos lugares este es el único día en que algunos pisan la iglesia. Un movimiento muy laudable se observa en pro de la predicación en este día, y no sólo en los templos, sino también en el cementerio. Más aún, en muchas parroquias, los sacerdotes han introducido la costumbre de decir unas palabras en los funerales y aniversarios, lo cual, además de laudable, es muy provechoso.

SECCION 111. SANTOS PADRES

I. SAN AGUSTIN

Sufragios por los difuntos

A) *De las sepulturas y sufragios por los difuntos*

Extracto del libro *De cura pro mortuis*. Es un librito dirigido a San Paulino de Nola, en el que explica que a los muertos no les aprovecha nada que sus cuerpos sean sepultados o no, aunque debe hacerse, por proceder de un afecto humano natural y excitar a orar por ellos (cf. PL 40,591-610).

a) IN FLUJO DE LOS MÉRITOS ANTERIORES SOBRE LOS SUFRAGIOS

◆Hace tiempo que le debo a vuestra santidad, venerable coepiscopo Paulino, una respuesta a la carta que me enviaste... preguntándome si aprovecharia a alguien el que su cuerpo fuese sepultado cerca dei monumento de algûn mârtilr» (cf. i : 592).

«Una de las cosas que te mueve a dudar es la oposiciôn que parece existir entre las costumbres de la Iglesia y la frase de San Pablo de que nos presentemos ante Dios y no nos aprovecharâ mäs que los méritos que hayamos contraido en vida (2 Cor. 5,10). Esta cuestiôn se resuelve recordando que mientras vivimos en este cuerpo es nuestra propia conducta la que decide si todas estas cosas nos aprovecharân o no cuando seamos ya difuntos, y asi resulta que segûn lo que hayamos obrado viviendo en came mortal nos servirâ o no de ayuda cuanto religiosamente se haga después por nosotros. En efecto, hay algunos a los cuales no les aprovecha para nada, sea porque llegaron a tal nûmero sus deméritos que son indignos de que les sirva de ayuda, sea porque fueron tan buenos que no necesitan de ninguna. Asi, pues, la clase de vida que se ha llevado en este mundo es la causa de que aproveche o no aproveche lo que se les ofrece piadosamente una vez que han abandonado su cuerpo. Porque, en realidad, si en esta vida no merecieron en forma alguna que les aproveche, inûtilmente lo buscarân después. Esta es la causa

de que la Iglesia no ofrezca en balde sus cuidados religiosos por los difuntos y de que, sin embargo, Dios dé a cada uno según las obras buenas o malas que ejecutó en su cuerpo» (cf. 2: 593).

b) Razón de la honrosa sepultura cristiana

1690

Aunque el libro de los Macabeos (2,12-43) no alabase el cuidado tenido con los cuerpos de los difuntos y las oraciones ofrecidas, tendríamos, sin embargo, la costumbre de la Iglesia universal...

A las almas no les molesta que sus cuerpos hayan sido o no sepultados. «La tierra no cubrió muchos cuerpos de cristianos y, no obstante, ninguno de ellos fué separado del cielo o de la tierra que llena por completo con su presencia aquel que sabe de dónde ha de resucitar a sus criaturas.

U c
; » *

Las exequias son más bien un consuelo

1691

«Por lo tanto, todas estas cosas, como los funerales, la clase de sepultura, la pompa de las exequias, son más bien un consuelo para los vivos que una ayuda para los muertos. Si al impio le sirviera de algo su magnífica sepultura, le perjudicaría al piadoso el no tenerla o tenerla pobre. Preclaras fueron delante de los hombres las exequias que a aquel rico y purpurado le ofreció la multitud de sus domésticos. Pero mucho más hermosas fueron ante el Señor las que ofrecieron los ángeles a aquel pobre lleno de llagas, al que no condujeron a un tumulo de mármol, sino al seno de Abrahán». Hasta los mismos filósofos paganos despreciaron los soberbios panteones» (cf. *ibid.*, 3 y 4: 593).

2. No han de ser menospreciados los restos mortales

«Sin embargo, los cuerpos de los difuntos no han de ser menospreciados ni arrojados de cualquier manera, sobre todo si pertenecen a justos y fieles, porque el Espíritu Santo los ha sabido usar como órganos para toda clase de obras buenas.

Si un vestido patemo, o un anillo, o cualquier otra cosa de este jaez es tanto más querida para sus descendientes cuanto mayor era el cariño que le tenía, con mucha más razón habrá de cuidar de unos cuerpos a los que estuvieron unidos mucho más íntima y familiarmente que con cualquier vestido. Estas cosas no son adornos ni ayudas que nos hayan sido anadidas extrínsecamente, sino que brotan de la misma naturaleza humana». Por eso los antiguos se cuidaron de las sepulturas y exequias y encargaron a sus hijos que trasladasen sus cuerpos, y Tobias, enterrando los cadáveres, mereció que Dios lo alabase, y el mismo Señor alabó a la mujer que derramó sobre él un ungüento como anunciando su próxima sepultura. «Todos estos ejemplos no tuvieron significar que los cadáveres sientan algo todavía, sino que nos habian de la providencia de Dios (a quien

le agrada este oficio de la piedad), y al cual pertenece el cuidado de unos cuerpos de cuya resurrección nos habia la fe. Aprendamos además y muy saludablemente cual sera el premio de la limosna entregada al que vive y siente, si no se pierde ante Dios ni aun siquiera lo que se ejecuta cuidadosamente con los miembros exánimes de un hombre» (cf. *ibid.*, 5: 595).

1693 3. Un recto afecto humano

«Igualmente indica un recto afecto humano el preocuparse de enterrar los cuerpos cerca de los monumentos de algún santo, puesto que si es oficio de la religion cuidar que se entierren, también habrá de serlo preocuparse del lugar en que serán enterrados. Sin embargo, en todas estas cosas que sirven de consuelo a los que viven y con las cuales manifiestan el ánimo piadoso hacia los suyos, no veo otra ayuda para los muertos, sino el hecho de que al visitar los lugares donde han sido depositados los cuerpos que amaban, se acuerdan también de rezar por ellos ante los santos bajo cuya protección los sepultaron. Podían hacerlo, ciertamente, aunque no los hubieran enterrado allí, pero eso es precisamente lo que quiere significar el nombre de *memoria* y *monumento* que damos a los sepulcros... Pues el sentido de la palabra *memoria* es bien claro y el de *monumento* viene de avisar a la mente (*moneat mente*)». Viendo así el sepulcro de un familiar nuestro junto al de un mártir, nos es más fácil encomendarle a este santo.

1694 4. Oraciones por sus aimsas

«Pero aun cuando nos fuera imposible inhumarlos en lugares parecidos, no por ello estamos excusados de dirigir por sus aimsas las oraciones que la Iglesia ofrece de un modo general, y aun omitiendo los nombres, por todos los que han muerto en su cristiana y católica comunión, para que si algunos careciesen de padres, hijos, parientes y amigos, se acuerde por lo menos de ellos la piadosa madre común. Y si faltaren las oraciones procedentes de la piedad y el amor, paréceme que de nada les serviría a las aimsas el lugar, cualquiera que fuere, en que sus cuerpos hubiesen sido sepultados» (cf. *ibid.*, 6: 596).

«Lo que ayuda al alma del difunto no es el lugar donde esté su cuerpo muerto, sino el afecto de su madre que se despierta ante el recuerdo del lugar de la sepultura; ésta es la que hace recordar quién es el recomendado y a quién se le recomienda. Ocurre exactamente igual que a los que oran cuando acompasan los movimientos de su cuerpo con sus súplicas, arrodillándose, extendiendo las manos, prosternándose en el suelo o ejecutando acciones parecidas, porque aunque su voluntad invisible y la intención de su corazón sea bien conocida de Dios, que no necesita de tales signos para penetrar en el interior del hombre, sin embargo, éste se excita a orar y gemir más humilde y fervientemente con todas estas cosas.

No sé de qué manera ocurre, siendo así que estos movimientos corporales proceden ya de un estado de ánimo, pero lo cierto es que el mismo ánimo invisible se excita y aumenta con las obras exteriores de forma tal que le sirven de pábulo las mismas acciones a que él dió origen». Claro está que el que no pudiere mover sus miembros en la oración, deberá, sin embargo, orar, y del mismo modo el que no pueda ofrecer a sus difuntos ningunade estas senales exteriores, debe ofrecer lo principal, que es la oración» (cf. *ibid.*, 7: 596).

Cuando estamos vivos nos preocupamos ya, y no con mucha razón, de lo que se hará con nuestro cuerpo muerto. «Y puede asustarse, entristecerse vivo, sobre lo que no ha de sentir cuando esté muerto».

B) *^Conocen los difuntos lo que posa en la tierra?* 1695

Se pregunta San Agustín sobre si los difuntos se aparecen, y después de hablar de antiguas fábulas, de admitir casos de alguna que otra aparición y distinguirlos de los sueños de los frenéticos, afirma que los muertos en la otra vida no saben sino por revelación especial lo que ocurre en ésta. Transcribimos unas frases sentidísimas que tiene sobre su madre.

«Reciba cada uno como le parezca lo que voy a decir. Si las almas de los muertos estuviesen en medio de nuestros asuntos y fuera cierto que cuando los vemos en sueños nos estuvieron hablando ellos en realidad, omitiendo otras cosas os diría que a mí no me hubiera abandonado ni una sola noche aquella amante madre que me seguía por tierra y por mar para vivir siempre conmigo. (¿Cómo pensar que ahora que está en una vida más feliz se haya hecho cruel hasta el punto de que viendo mi corazón angustiado no corra a consolar a su hijo triste, a ese hijo que fué el único que amó y al que no quiso ver nunca con penas?)» (cf. *ibid.*, 16: 604).

«Entonces ¿cómo pidió el epulón que lo dejasen venir a la tierra? Se cuidaba de los vivos sin saber qué es lo que estaban haciendo, como nos cuidamos de los muertos aun sin saber qué es lo que hacen» (cf. *ibid.*, 17: 605).

«Pueden, sí, las almas de los muertos saber algo de lo que aquí ocurre cuando les sea necesario saberlo, y en ese caso el Espíritu de Dios les revelará no sólo lo pretérito, sino hasta el presente» (cf. *ibid.*, 18: 606).

C) *Resumen*

169ß

«Así, pues, no pensemos que podemos ayudar a los difuntos de quienes cuidamos, de otra forma que no fuere con el sacrificio solemne del altar, de la oración o de la limosna, aun cuando estas cosas

no aprovechen a todos aquellos por quienes se ofrecen, sino sólo a los que lo merecieron en su vida. Mas como quiera que no podemos distinguir quienes sean estos, conviene que las ofrezcamos por todos los bautizados para que no queden relegados al olvido ninguno de aquellos a quienes estos bienes puedan y deban llegar. Mejor es que sobre a aquellos a quienes nada aprovecha ni daña, que no que faltar a los que les puede aprovechar.

Todo lo que se gasta en enterrar el cuerpo no es provecho para la salvación, sino obligación de nuestros sentimientos humanos, según el afecto natural de que nadie debe tener odio a su propia carne (Eph. 5,29).

Y si así obran los que no creen en la resurrección de la carne, ¡cuánto más deberán practicarlo los que creen para que esta obligación que cumplen con un cuerpo muerto, pero que ha de resucitar y permanecer en la eternidad, sea también un testimonio de su fe? Lo de que sea enterrado junto al sepulcro de un mártir me parece aprovecha al difunto para que encomendándole al patrocinio suyo, aumente el fervor de las oraciones» (cf. *ibid.*, 22: 609).

«Ahí tienes respuesta a todo lo que me preguntabas, y si ha resultado demasiado extensa, perdóname. Ha sido el amor quien me ha movido a hablar tan largamente contigo» (cf. *ibid.*, 23: 609).

D) Muerte de Santa Monica

1697

a) Deseo del cielo

«Estando ya inminente el día en que había de salir de esta vida —que tú, Señor, conocías, y nosotros ignorábamos—, sucedió—a lo que yo creo, disponiéndolo tú por tus modos ocultos—que nos hallásemos solos yo y ella apoyados sobre una ventana desde donde se contemplaba un huerto o jardín que había dentro de la casa, allí en Ostia Tiberina, donde, apartados de las turbas, después de las fatigas de un largo viaje, cogíamos fuerzas para la navegación.

Allí solos conversábamos dulcisísimamente, y *olvidando las cosas pasadas, ocupados en lo por venir* (Phil. 3,13), inquiríamos los dos delante de la verdad presente, que eres tú, cuál sería la vida eterna de los santos, *que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre concibió* (1 Cor. 2,9). Abriamos anhelosos la boca de nuestro corazón hacia aquellos raudales soberanos de tu fuente—de la fuente de vida que está en ti—para que, rociados según nuestra capacidad, nos formásemos de algún modo idea de cosa tan grande.

Y como llegara nuestro discurso a la conclusión de que cualquier deleite de los sentidos carnales, aunque sea el más grande, revestido del mayor esplendor corporeo, ante el gozo de aquella vida no sólo no es digno de comparación, pero ni aun de ser mentado, levantándonos con más ardiente afecto hacia el que es siempre el mismo, recorrimos gradualmente todos los seres corpóreos hasta el mismo cielo desde donde el sol y la luna envían sus rayos a la tierra.

Y subimos todavía más arriba, pensando, hablando y admirando tus obras, y llegamos hasta nuestras almas y las pasamos también a fin de Hegar a la região de la abundancia indeficiente en donde tû apacientas a Israel eternamente con el pasto de la verdad y es la vida de la Sabiduría, por *quien* todas las cosas existen (Io. 1,3), así las ya creadas como las que han de ser, sin que ella lo sea por nadie; siendo *ahora como* fué *antes* y como será *siempre*, o más bien sin que haya en ella *fué* ni *sera*, sino solo *es*, por ser eterna, porque lo que ha sido o será no es eterno.

Y mientras hablábamos y suspirábamos por ella llegamos a tocarla un poco con todo el impetu de nuestro corazón, y suspirando y dejando allí prisioneras las primicias de nuestro espíritu, tornamos al estrépito de nuestra boca donde tiene principio y fin el verbo humano, en nada semejante a tu Verbo, Señor nuestro, *que permanece en sí* sin envejecerse y *renueva todas las cosas*.

Y decíamos nosotros: si hubiera alguien en quien callase el tumulto de la carne; callasen las imágenes de la tierra, del agua y del aire; callasen los mismos cielos y aun el alma misma callase y se remontase sobre sí, no pensando en sí; si callasen los sueños y revelaciones imaginarias, y, finalmente, si callase por completo toda lengua, todo signo y todo cuanto se hace pasando—puesto que todas estas cosas dicen a quien les presta oído: No *nos* hemos hecho a *nosotros mismos*, sino *que nos ha hecho el que permanece eternamente* (Ps. 99,3)—; si dicho esto callasen dirigiendo el oído hacia aquel que las ha hecho, y sólo él hablase, no por ellas, sino por sí mismo, de modo que oyesen su palabra, no por lengua de carne, ni por voz de ángel, ni por sonido de nubes, ni por enigma de semejanza, sino que le oyéramos a él mismo, a quien amamos, en estas cosas el mismo sin ellas, como al presente nos elevamos y tocamos rápidamente con el pensamiento la eterna Sabiduría, que permanece sobre todas las cosas; si, por último, este estado se continuase y fuesen alejados de él las demás visiones de indole muy inferior, y ésta sola arrebatase, absorbiese y abismase en los gozos más íntimos a su contemplador, de modo que fuese la vida sempiterna cual fué este momento de intuición por el cual suspiramos, ¿no sería esto el *entra en el gozo de tu Señor?* (Mt. 25,21). Mas ¿cuándo será esto? ¿Acaso cuando todos resucitemos, bien que no todos seamos inmutados? (I Cor. 15,51).

Tales cosas decía yo, aunque no de este modo ni con estas palabras. Pero tû sabes, Señor, que en aquel día, mientras hablábamos de estas cosas—y a medida que hablábamos nos parecía más vil este mundo con todos sus deleites—, díjome ella: «Hijo, por lo que a mí toca, nada me deleita ya en esta vida. No sé ya qué hago en ella ni por qué estoy aquí, muerta a toda esperanza del siglo. Una sola cosa había por la que deseaba detenerme un poco en esta vida y era verte cristiano católico antes de morir. Superabundantemente me ha concedido esto mi Dios, puesto, que despreciada la felicidad terrena, te veo siervo suyo. ¿Qué hago, pues, aquí?» (cf. *Confes. c.10*: BAC, *Obras de San Agustín* t.2 p.685-686).

b) Lugar de la sepultura

◆No recuerdo yo bien qué respondí a esto; pero sí que apenas pasados cinco días o no muchos más, cayó con fiebres. Y estando enferma tuvo un día un desmayo, quedando por un poco privada de los sentidos. Acudimos corriendo, mas pronto volvió en sí, y viéndonos presentes a mí y a mi hermano, dijónos como quien pregunta algo: «¿Dónde estaba?» Después, viéndonos atónitos de tristeza, nos dijo: «Enterrais aquí a vuestra madre». Yo callaba y frenaba el llanto, mas mi hermano dijo no sé qué palabras, con las que parecía desearle como cosa más feliz morir en la patria y no en tierras tan lejanas. Al oírlo ella reprendióle con la mirada con rostro afligido por pensar tales cosas; y mirándome después a mí, dijo: «¡Miralo que dice!» Y luego, dirigiéndose a los dos, añadió: «Enterrad este cuerpo en cualquier parte, ni os preocupe más su cuidado; solamente os ruego que os acordéis de mí ante el altar del Señor doquiera que os hallareis». Y habiéndonos explicado esta determinación con las palabras que pudo, calló, y agravándose la enfermedad, entró en la agonía.

Mas yo, ¡oh Dios invisible!, meditando en los dones que tú infundes en el corazón de tus fieles y en los frutos admirables que de ellos nacen me gozaba y te daba gracias, recordando lo que sabía del gran cuidado que había tenido siempre de su sepulcro, adquirido y preparado junto al cuerpo de su marido. Porque así como había vivido con él concordísimamente, así quería también—cosa muy propia del alma humana, menos deseosa de las cosas divinas—tener aquella dicha y que los hombres recordasen como después de su viaje transmarino se le había concedido la gracia de que una misma tierra cubriese el polvo conjunto de ambos cónyuges.

Ignoraba yo también cuando esta vanidad había empezado a dejar de ser en su corazón por la plenitud de tu bondad; alegrábame sin embargo, admirando que se me hubiese mostrado así, aunque ya en aquel nuestro discurso de la ventana me pareció no desear morir en su patria al decir: «¿Qué hago ya aquí?»

También oí después que, estando yo ausente, como cierto día conversase con unos amigos míos con maternal confianza sobre el desprecio de esta vida y el bien de la muerte estando ya en Ostia, y maravillándose ellos de tal fortaleza en una mujer—porque tú se la habías dado—, le preguntasen si no temería dejar su cuerpo tan lejos de su ciudad, respondió: «Nada hay lejos para Dios ni hay que temer que ignore al fin del mundo el lugar donde estoy para resucitarme».

Así, pues, a los nueve días de su enfermedad, a los cincuenta y seis de su edad y treinta y tres de la mía, fué libertada del cuerpo aquella alma religiosa y pia» (cf. o.c., c.ii: BAC, p.689).

c) Dolor de Agustín

1701

«Cerraba yo sus ojos, mas una tristeza inmensa afluía a mi corazón, y ya iba a resolverse en lágrimas cuando al punto mis ojos, al violento imperio de mi alma, resorbían su fuente hasta secarla, padeciendo con tal lucha de modo imponderable. Entonces fué cuando, al dar el último suspiro, el niño Adeodato rompió a llorar a gritos; mas reprimido por todos nosotros calló. De ese modo era también reprimido aquello que había en mí de pueril y me provocaba el llanto, con la voz juvenil, la voz del corazón, y callaba. Porque juzgábamos que no era conveniente celebrar aquel entierro con quejas lastimeras y gemidos, con los cuales se suele frecuentemente deplorar la miseria de los que mueren o su total extinción; y ella ni había muerto miserablemente ni había muerto del todo; de lo cual estábamos nosotros seguros por el testimonio de sus costumbres, por su fe no fingida y otros argumentos ciertos.

(Y qué era lo que interiormente tanto me dolía sino la herida reciente que me había causado el romperse repentinamente aquella costumbre dulcísima y carísima de vivir juntos?

Cierto es que me llenaba de satisfacción el testimonio que había 1702
dado de mí, cuando en esta su última enfermedad, como acariciándome por mis atenciones con ella, me llamaba *piadoso* y recordaba con gran afecto de cariño no haber oído jamás salir de mi boca la mener palabra dura y contumeliosa contra ella. Pero ¡qué era, Dios mío, Hacedor nuestro, este honor que yo le había dado en comparación de lo que ella me había servido? Por eso, porque me veía abandonado de aquel tan gran consuelo suyo, sentía el alma herida y despedazada mi vida, que había llegado a formar una sola con la suya.

Reprimido, pues, que hubo su llanto el niño, tomó Evodio un salterio y comenzó a cantar—respondiéndole toda la casa—el salmo *Misericordia y justicia te cantaré, Señor* (Ps. 100). Enterada la gente de lo que pasaba, acudieron muchos hermanos y religiosas mujeres, y mientras los encargados de esto preparaban las cosas de costumbre para el entierro, yo, retirado en un lugar adecuado, junto con aquellos que no habían creído conveniente dejarme solo, disputaba con ellos sobre cosas propias de las circunstancias, y con este lenitivo de la verdad mitigaba mi tormento, conocido de ti, pero ignorado de ellos, quienes me oían atentamente y me creían sin sentimiento de dolor.

Mas en tus oídos, en donde ninguno de ellos me oía, increpaba yo la blandura de mi afecto y reprimía aquel torrente de tristeza, que cedía por algún tiempo, pero que nuevamente me arrastraba con su ímpetu, aunque no ya hasta derramar lágrimas ni mudar el semblante; sólo yo sabía lo oprimido que tenía el corazón. Y como me desagradaba sobremanera que pudiesen tanto en mí estos sucesos humanos, que, forzosamente han de suceder por el orden debi-

do y por la naturaleza de nuestra condiçôn, me dolia de mi dolor con nuevo dolor y me atormentaba con doble tristeza.

1703 Cunado llegô el momento de levantar el cadâver acompanâ-
mosle y volvimos sin soltar una lâgrima. Ni aun en aquellas ora-
ciones que te hicimos, cuando se ofrecia por ella el sacrificio de
nuestro rescate, puesto ya el cadâver junto al sepulcro antes de
ser depositado, como suele hacerse alli, ni aun en estas oraciones,
digo, lloré, sino que todo el dia anduve interiormente muy triste,
pidiéndote, como podia, con la mente turbada, que sanases mi
dolor; mas tû no lo hacias, a lo que yo creo, para que fijase bien
en la memoria, aun por solo este documento, que fuerzas tiene la
costumbre aun en aimas que no se alimentan ya de vanas palabras.

Asimismo me pareciô bien tomar un bano, por haber oido
decir que el nombre de *bano* (*balneo*, en latin) venia de los grie-
gos, quienes le llamaron *Balanion* (= arrojar), por creer que arro-
jaba del aima la tristeza. Mas he aqui—lo confieso a tu misericor-
dia, joh Padre de los huérfanos!—que habiéndome banado me
hallé después del bano como antes de banarme. Porque mi corazôn
no trasudô ni una gota de la hiel de su tristeza.

Después me quedé dormido; desperté, y hallé en gran parte
mitigado mi dolor; y estando solo como estaba en mi lecho, me
vinieron a las mentes aquellos versos veridicos de tu Ambrosio.
Porque

Tu eres, Dios, creador de cuanto existe,
dei mundo supremo gobernante,
que el dia vistes de luz brillante,
de grato sueno la noche triste;
a fin de que a los miembros rendidos
el descanso al trabajo prepare,
y las mentes cansadas repare,
ÿ los pechos de pena oprimidos.

1704 Mas de aqui poco a poco tornaba el pensamiento de antes
sobre tu sierva y su santa conversaçôn, piadosa para contigo y
santamente blanda y morigerada con nosotros, de la cual sùbita-
mente me vêla privado. Y senti ganas de llorar en presencia tuya
por causa de ella y por ella y por causa mia y por mi. Y solté las
riendas a mis lâgrimas, que tenia contentdas, para que corriesen
cuanto quisieran, extendiéndolas yo como un lecho debajo de mi
corazôn; el cual descanso en ellas, porque tus oidos eran los que
alli me escuchaban, no los de ningùn hombre que orgullosamente
pudiera interpretar mi llanto.

Y ahora, Senor, te lo confieso en estas lineas: Léalas quien-
quiera e interprételas como quisiere, y si hallare pecado en haber
llorado yo a mi madré la exigua parte de una hora, a mi madré
muerta enfonces a mis ojos, ella que me habia llorado tantos anos
para que yo viviese a los tuyos, no se ria; antes, si es mucha su ca-
ridad, llore por mis pecados delante de ti, Padre de todos los her-
manos de tu Cristo» (cf. o.c., 12: BAC, *ibid.*, p.692).

cl) O r a c i ã n p o r s u m a d r é

1705

«Mas sanado ya mi corazôn de aquella herida, en la que podia reprocharse lo carnal del afecto, derramo ante ti, Dios nuestro, otro género de lâgrimas muy distintas por aquella tu sierva: las que brotan del espiritu conmovido a vista de los peligros que rodean a toda aima que muere en Adân. Porque, aun cuando mi madré, vivificada en Cristo, primero de romper los lazos de la came viviô de tal modo que tu nombre es alabado en su fe y en sus costumbres, no me atrevo, sin embargo, a decir que desde que fué regenerada por ti en el bautismo no saliese de su boca palabra alguna contra tu precepto. Porque la Verdad, tu Hijo, tiene dicho: *Quien llamare a su hermano necio serâ reo del fuego del infierno* (Mt. 5,22); y jay de la vida de los hombres, por laudable que sea, si tû la examinas dejando a un lado la misericordia! Mas porque sabemos que no escudrinas hasta lo ûltimo nuestros delitos, vehemente y confiadamente esperamos ocupar un lugar contigo. Porque quien enumera en tu presencia sus verdaderos méritos, <qué otra cosa enumera sino tus dones? /Oh si se reconociesen hombres los hombres (Ps. 9,21) y quien se gloria se gloriase en el Señor! (1 Cor. 1,31).

P-

Asi, pues, alabanza mia y vida mia, y Dios de mi corazôn. 1706 Dejando a un lado por un momento sus buenas acciones, por las cuales gozoso te doy gracias, pidote perdôn por los pecados de mi madré. Oyeme por la Medicina de nuestras heridas, que pendiô del leno de la cruz y *sentado ahora a tu diestra intercede contigo por nosotros* (Rom. 8,34). Yo sé que ella obrô misericordia y que *perdonô de corazôn tas deudas a sus deudores; perdônale también tû sus deudas* (Mt. 6,12) si algunas contrajo durante anos después de ser bautizada. Perdônala, Señor, perdônala, te suplico, y no *entres en juicio con ella* (Ps. 132,2). *Triunfe la misericordia sobre la justicia* (1er. 2,13), porque tus palabras son verdaderas y prometiste *misericordia a los misericordiosos* (Mt. 5,7), aunque lo sean porque tû se lo das, tû, que *tienes compasiôn de quien la tuviere y prestos misericordia a quien fuere misericordioso* (Rom. 9,15).

Yo bien creo que has hecho ya con ella lo que te pido; *mas deseo aprobéis, Sefior, los deseos de mi boca* (Ps. 118,108). Porque estando inminente el dia de su muerte, no pensô aquélla en enterrar su cuerpo con gran pompa o que fuese embalsamado con preciosas esencias, ni deseô un monumento escogido, ni se cuidô dei sepulcro patrio. Nada de esto n s ordenô, sino ûnicamente deseô que nos acordâsemos de ella ante el altar del Señor, al cual habia servido sin dejar ningûn dia, sabiendo que en él es donde se inmola la victima santa, con cuya sangre fué borrada la *escrit'ura que habia contra nosotros* (Col. 2,14) y vencido el enemigo que cuenta nuestros delitos y busca de qué acusarnos, no *hallando ïiada en aquel en quien nosotros vencemos* (Io. 14,30).

ëQuién podra devolverle su sangre inocente? <Quién restituirle el precio con que nos comprô para arrancarnos de aquél?

A este sacramento de nuestro precio ligô tu sierva su aima con el vinculo de la te. Nadie la aparté de tu protecciôn. No se interponga ni por fuerza ni por insidia el leon o el dragon. Porque no dira ella que no debe nada para ser convencida y presa dei astuto acusador, sino que sus deudas le han sido perdonadas por aquel a quien nadie podrâ devolverle lo que no debiendo por nosotros diô por nosotros.

Sea, pues, en paz con su marido, antes del cual y después del cual no tuvo otro; a quien sirviô, ofreciéndote a ti el fruto con paciencia, a fin de lucrarle para ti. Mas inspira, Senor mio y Dios mio, inspira a tus siervos, mis hermanos; a tus hijos, mis seriores, a quienes sirvo con el corazôn, con la palabra y con la pluma para que cuantos leyeren estas cosas se acuerden ante tu altar de Monica tu sierva y de Patricio, en otro tiempo su esposo, por cuya came me introdujiste en esta vida no sé como. Acuérdense con piadoso afecto de los que fueron mis padres en esta luz transitoria, mis hermanos, debajo de ti, joh Padre!, en el seno de la madré catôlica, y mis ciudadanos en la Jerusalén eterna, por la que suspira la peregrinaciôn de tu pueblo desde su salida hasta su regreso, a fin de que lo que aquélla me pidiô en el ùltimo instante le sea concedido mâs abundantemente por las oraciones de muchos con estas mis «Confesiones», que no por mis solas oraciones» (cf. o.c.» c.13: BAC, ibid., p.695).

H. SAN BERNARDO

Orad por los difuntos

(Cf. *Obra selecta*: BAC, *Sermones varios* p.717.)

1708 ♦La tercera region es la de la expiación. Très son los lugares en que son recibidas las aimas de los nuestros segûn sus méritos respectivos: el infierno, el purgatorio y el cielo. En el infierno, las de los impios; en el purgatorio, las que necesitan purificarse, y en el cielo, las puras y santas. Las que van al purgatorio esperan la redención, mas antes deben ser atormentadas o con el calor del fuego, o con el rigor de! frio, o de alguna otra manera mâs o menos grave y pesada; las que estân en el cielo gozan inefablemente con la visiôn beatifica, como hermanas de Cristo en la naturaleza humana, coherederas suyas en la gloria y semejantes a El en los goces eternos de que participan.

Ahora bien, como las primeras no merecen ser redimidas y las terceras no necesitan redención, réstanos sôlo volver los ojos de nuestra compasiva caridad a las segundas, con quienes nos unieron los lazos de humanidad. Iré, pues, a esta region y veré esa gran maravilla de los fuegos expiatorios, donde el piadoso

Padre déjà en manos del tentador a sus hijos que un dia han de ser glorificados, no para su muerte, sino para su purificaciôn; no movido de su indignaciôn, sino de su misericordia; no para su destrucciôn, sino para nuestra lecciôn; no para que sean vasos de ira destinados a la muerte eterna, sino vasos de misericordia preparados para la eterni glorificaciôn. Me apresuraré a socorrerlos, me interesaré por ellas con mis suspiros, imploraré su perdôn con mis penitencias, intercedere por ellas con mis plegarias, satisfaceré por ellas con el incruento sacrificio, por ver si con ello consigo que el Senor se digne aceptar estos sufragios y juzgue oportuno aplicárselos, trocando su trabajo en descanso, su miseria en riqueza y su aflicciôn en corona de gloria sempiterna. Con estos sufragios e intercesiones y otros parecidos podemos abreviar sus tormentos, poner término a su cautiverio y destruir la pena que merecen.

Recorre, pues, aima fiel, quienquiera que seas, recorre aquella region de la expiaciôn y observa lo que allí se hace y padece y en este mercado haz tus provisiones de afectos de compasiôn que te inspiren aplicar a aquellas aimas toda clase de sufragios».

L' >5

SECCION IV. TEOLOGOS

SANTO TOMAS DE AQUINO

La Conmemoración de los Fieles Difuntos

La doctrina teológica acerca de los sufragios es de excepcional trascendencia para el predicador, y no solamente para el día de difuntos, sino para explicar también a los fieles en los funerales o misas. La tomamos de la *Suma Teológica*, anteponiendo unos párrafos acerca de los lugares de las almas después de la muerte.

1710 A) *Cinco mansiones de las almas después de la muerte*

«Las moradas de las almas se distinguen según los diversos estados de estas. El alma unida al cuerpo mortal tiene un estado de merecer; pero salida del cuerpo se halla en estado de recibir por sus méritos el bien o el mal. Por lo tanto, después de la muerte se halla en estado de recibir el premio final o en un estado por el cual es impedida de este premio. Si se halla en el estado de recibir la retribución final, esto sucede de dos modos: o en cuanto al bien, y así es el *paraíso*, o en cuanto al mal, y así por razón de la culpa actual es el *infierno*, y por razón del pecado original es el *Limbo de los niños*. Pero si se halla en el estado por el cual es impedida de conseguir la retribución final, o esto es a causa del defecto de la persona, y entonces es el *purgatorio*, en el que son detenidas las almas para que no consigan inmediatamente el premio, a causa de los pecados que cometieron; o por el defecto de naturaleza, y así es el *limbo de los Padres*, en el que eran detenidos antes de la consecución de la gloria por causa del reato de la humana naturaleza, que aún no había podido ser expiado (cf. *Suppl.* q.69 a.7 c).

B) *Las obras de uno pueden aprovechar a otro en virtud de la comunión de los santos*

1711

a) NO POR VÍA DE MÉRITO

*El mérito se basa en la justicia. Debe afirmarse, por tanto, que la obra de una persona de ningún modo puede valer a otra persona para conseguir un estado por la vía del mérito, como si

por mis obras personales mereciessc otro hombre la vida eterna. Porque el premio de la gloria se da segùn la medida del que lo recibe; y cada cual se halla dispuesto en virtud de sus propios actos, no en virtud de los ajenos; por disposiciôn entiende aqui lo que hace digno de una recompensa» (cf. *Suppl*, q.71 a.i c).

b) Sino por via de oraciôn

«La oraciôn, en cambio, se apoya en la misericordia, porque el que ora obtiene lo pedido en virtud solamente de la liberalidad de aquel al que se ruega... Por la via de la oraciôn, también en cuanto a la consecuciôn del estado, la obra de uno puede valer a otro mientras éste vive en el mundo, como cuando un hombre logra para otro la primera gracia. Porque como la sùplica de la oraciôn se ajusta a la liberalidad de Dios, a quien se ora, esta sùplica puede extenderse a todas las cosas que estân sometidas ordenadamente a la potestad divina» (cf. *ibid.*).

4

c) Por la union en la caridad, el mérito es provechoso a otros 17 u

«Pero en cuanto a lo que es consecuencia o elemento accesorio del estado, la obra de uno puede valer a otro no solo por via de la oraciôn, sino también por la via del mérito. Esto tiene lugar de dos maneras: primera, por la comunicaciôn en la raiz de la obra, que es la caridad en las obras meritorias; y por esto todos los que estân unidos entre si por la caridad reportan alguna v.entaja de las mutuas obras; pero segùn la medida del estado de cada uno, puesto que también en el cielo cada cual se regocijarâ de los bienes de otro; y de aqui proviene el articulo de la fe referente a *la comuniôn de los santos*» (cf. *ibid.*).

d) Por la intenciôn del que obra, el mérito ayuda a otros 1714

La obra de uno puede también ayudar o aprovechar a otro «en virtud de la intenciôn del que obra, el cual hace especialmente algunas obras para que aprovechen a otros individuos. Por lo cual estas obras se hacen en cierto modo propias de aquellos por quienes se hacen, como si fueran otorgados a ellos por el que las hace; y, en su consecuencia, pueden servir a los primeros para cumplimiento de satisfacciôn o para otra cosa semejante que no cambie el estado» (cf. *ibid.*).

1715 **C) *No es contrario a la justicia que lo de uno aproveche a otros***

*La obra hecha a favor de alguien se hace propia de aquel en cuyo favor se hace, e igualmente la obra del que está unido conmigo es también en cierto modo obra mia. Por consiguiente, no es contrario a la divina justicia el que uno perciba el fruto de las obras hechas por el que esta unido con él por medio de la caridad o de las obras hechas en su favor. También sucede según la justicia humana que la satisfacción de uno sea aceptada por la de otro» (cf. *Suppi*, q.71 a.i ad 2).

1716 **D) *Los muertos pueden ser ayudados por los vivos***

«La caridad, que es el vinculo que une a los miembros de la Iglesia, no solamente se extiende a los vivos, sino también a los muertos que mueren en la caridad; porque la caridad no acaba cuando acaba la vida del cuerpo: *La caridad nunca perece* (1 Cor. 13, 8). De modo parecido también los muertos viven en la memoria de los hombres que existen. Y por esto la intención de los vivos puede dirigirse a los ya muertos, y en este sentido los sufragios de los vivos aprovechan a los muertos, como también a los vivos, ya por la union de la caridad, ya por la intención dirigida en su favor. Sin embargo, no debe creerse que los sufragios de los vivos tengan tanto valor que cambie en los muertos el estado de la miseria en estado de felicidad, o viceversa, sino que sirven para la disminución de la pena o algo semejante que no cambie el estado de los muertos» (cf. *Suppl.* q.71 a.2 c).

E) *Los sufragios de los pecadores por los difuntos*

a) **Tienen valor en sí mismos**

«En los sufragios realizados por los pecadores pueden considerarse dos cosas. Primera, la misma obra ejecutada, como por ejemplo el sacrificio del altar. Y como nuestros sacramentos tienen eficacia por sí mismos, prescindiendo de la obra del que los ejecuta, y producen igualmente su efecto sea quien sea el que los haga en este sentido, los sufragios hechos por los pecadores aprovechan a los difuntos» (cf. *Suppl.* q.71 a.3 c).

b) NO LO TIENEN EN CUANTO OBRA DE UN PECADOR 1718

«Segunda cosa, en cuanto a la obra dei operante: y en este sentido hay que distinguir, porque la operación del pecador que hace sufragios puede ser considerada de un modo como obra suya personal, y de esta manera no puede ser meritoria en modo alguno para si ni para los otros» (cf. *ibid.*).

c) A MENOS QUE EL PECADOR REPRESENTA A LA IGLESIA 1719

Pero podemos considerar que «el pecador al hacer los sufragios representa a la persona de la Iglesia, como el sacerdote cuando recita las exequias de los muertos en la iglesia; y, puesto que se entiende que lo hace aquel en cuyo nombre o voz se hace, como consta por San Dionisio (cf. *De eccl. hier*, c.13 § 4: PG 3,305), de ahí es que los sufragios de tal sacerdote, aunque sea pecador, aprovechen a los difuntos» (cf. *ibid.*).

d) O QUE EL PECADOR SEA INSTRUMENTO O MANDATARIO DE UN JUSTO 1720

Puede la obra del pecador aprovechar también a los difuntos «cuando obra como instrumento de otro, porque la obra dei instrumento pertenece en sentido más propio al agente principal. Por lo cual, aunque aquel que obra como instrumento de otro no se halle en estado de merecer, su acción, sin embargo, puede ser meritoria por razón del agente principal, como si él siervo estando en pecado hace alguna obra de misericordia por mandato de su dueño, que tiene caridad. Por consiguiente, si alguno, muriendo en caridad, manda que se le hagan sufragios, u otro que vive en caridad ordena que se hagan, estos sufragios sirven al difunto aunque aquéllos que los hacen estén en pecado. Sin embargo, mayor sería su valor si éstos estuviesen en caridad, porque entonces aquellas obras serían meritorias por las dos partes» (*ibid.*).

F) Los sufragios no aprovechan a los condenados 1721

«Los condenados en el infierno se hallan fuera del vínculo de la caridad, según la cual las obras de los vivos son provechosas para los difuntos. Además, los condenados han llegado totalmente al término de su vida, recibiendo la última retribución por sus méritos, como por su parte también los santos que están en el cielo. Pues lo que queda todavía de la pena o de la gloria del cuerpo no les atribuye la condición de viadores, ya que la gloria como igualmente la miseria de los condenados consiste esencial y radicalmente en el alma. Y, por consiguiente, no puede disminuirse la pena de los condenados, como no puede ser aumentada la gloria de los santos en cuanto al premio esencial.

f .

il

Sin embargo, podía sostenerse en cierto sentido el modo que algunos establecen para explicar cómo los sufragios aprovechan a los condenados, como si se afirma que no les aprovechan en cuanto a la disminución o interrupción de la pena, ni tampoco en cuanto a la disminución de la sensación de ésta, sino que con estos sufragios se les sustrae solamente alguna materia de dolor que podría existir en ellas, si se vieran de tal modo despreciados que no se tuviese por ellos cuidado alguno; materia de dolor que se les sustrae cuando se hacen por ellos sufragios.

Pero esto no puede aceptarse tampoco como norma común; porque, como dice San Agustín en el libro sobre *El cuidado de los muertos* (cf. c.13: PL 40,605), afirmación que se realiza principalmente en los condenados, «allí están los espíritus de los difuntos donde no ven las cosas que se hacen o suceden en esta vida a los hombres*. Por consiguiente, ignoran cuándo se hacen por ellos los sufragios, a menos que excepcionalmente se les dé divinamente este remedio a algunos condenados, lo cual es de todo punto incierto.

Por lo tanto, es más seguro decir simplemente que los sufragios no aprovechan a los condenados ni la Iglesia pretende orar por ellos, según es notorio por las autoridades aducidas* (cf. *Suppl.*

1722 **G) Son útiles a las almas del purgatorio**

•La pena del purgatorio sirve para suplir la satisfacción que no había sido plenamente consumada en el cuerpo. Y como las obras de una persona pueden servir a otra para satisfacer, ya esté viva, ya esté muerta, no hay duda que los sufragios hechos por los vivos aprovechan a los que están en el purgatorio» (cf. *Suppl.*, q.71

1723 **H) Aprovechan mas, como satisfacción, a aquel por quien se ofrecen**

•El valor de los sufragios puede ser considerado de dos maneras. En primer lugar, por la virtud de la caridad, que hace comunes todos los bienes, y en este sentido valen más para aquel que esté más lleno de caridad, aunque no se hagan especialmente por él. De esta manera el valor de los sufragios se considera más según una cierta consolación interior y según el deleite que experimenta el que tiene caridad por los bienes de otro después de la muerte que en cuanto a la disminución de la pena; porque después de la muerte no hay lugar para adquirir gracia o para aumentarla, para lo cual nos valen en la vida las obras de otros por la virtud de la caridad.

En segundo lugar, valen los sufragios en virtud de la intenciôn con que uno los aplica a otro, Y en este sentido la satisfacciôn de uno se computa a otro; asi es indudable que valen mäs para aquel por quien se hacen. Mäs aún, valen sôlo para él; porque la satisfacciôn estâ ordenada propiamente a la remisiôn de la pena. Por consiguiente, en cuanto a la remisiôn de la misma aprovecha en especial el sufragio a aquel por quien se hace» (cf. *Suppl*, q.71 a.iz c)

I) Y mäs si se ofrecen por uno solamente

1724

•Si el valor de los sufragios se considera segûn lo que valen en virtud de la caridad que une a los miembros de la Iglesia, los sufragios hechos por muchos difuntos aprovechan a cada uno de ellos especialmente; porque la caridad no disminuye al dividirse su efecto entre muchos, antes por el contrario se aumenta mäs. Del mismo modo que el gozo, cuanto es mayor el numero de los sujetos que participan en él, tanto mayor se hace, como dice San Agustín (cf. *Confess.* 8,4: PL 32,752). Y asi de una obra buena son muchos los que se alegran en el purgatorio y no uno solo.

Pero si se considera el valor de los sufragios en cuanto son ciertas satisfacciones aplicadas por la intenciôn del que las hace a los muertos, entonces vale mäs el sufragio hecho particularmente en favor de un difunto que el que se hace en comûn por él y por otros muchos, porque de esta manera el efecto de los sufragios se divide por divina justicia entre aquellos por quienes se hacen los sufragios. Por lo cual es évidente que esta cuestiôn depende de la primera, y de esto se deduce claramente la causa por la cual se ha instituido que se hagan en la Iglesia sufragios especiales» (cf. *Suppl.*

J) Principales sufragios en particular

a) La misa y la comuniôn

1725

♦Los sufragios de los vivos aprovechan a los muertos por la uniôn que éstos tienen con los vivos en virtud de la caridad y por la intenciôn de los vivos aplicada a los difuntos. Y, por tanto, se dirigen principalmente a ayudar a los muertos aquellas obras que pertenecen primordialmente a la comunicaciôn de la caridad o la direcciôn de la intenciôn hacia otros. Ahora bien, a la caridad pertenece principalmente el sacramento de la Eucaristia, puesto que es el sacramento de la uniôn eclesiástica, que contiene a aquel en el cual toda la Iglesia se une y se consolida, esto es, Cristo. De donde se sigue que la Eucaristia es como un cierto origen o vinculo de caridad» (cf. *Suppl*, q.71 a.9 c).

1726

b) Las limosnas

«Entre los efectos de la caridad, el más importante son las limosnas. Y así estas dos cosas por parte de la caridad ayudan principalmente a los muertos, es decir, el sacrificio de la Iglesia y las limosnas» (cf. *ibid.*).

c) Las oraciones

«Pero de parte de la intención dirigida hacia los difuntos tiene un valor especial la oración, porque esta, por su misma esencia, no sólo dice relación al que ora, como todas las demás obras, sino que implica una relación más directa con aquel por quien se ruega» (cf. *ibid.*).

d) Resumiendo

♦Por tanto, estas tres cosas constituyen los tres principales socorros de los difuntos, aunque también debe creerse que aprovechan a los difuntos cualesquiera otras buenas obras que se hacen en caridad» (cf. *ibid.*).

K) Es laudable la costumbre de mandar sufragios por sí mismo

«Los sufragios tienen valor de dos maneras, a saber, por la obra del operante, *ex opere operante*, y por la obra obrada, *ex opere operato*; y *Homo opus operatum* no solamente al sacramento de la Iglesia, sino al efecto resultante de la operación, como, por ejemplo, del dar limosnas se sigue el remedio de los pobres y la oración de éstos a Dios por el difunto. Igualmente, el *opus operans* puede entenderse tanto por parte del agente principal como por parte del que lo ejecuta. Digo, pues, que tan pronto como el que muere dispone que le sean hechos algunos sufragios, consigne plenamente el premio de los sufragios aun antes de que se hagan, en cuanto a la eficacia del sufragio que deriva *ex opere operante* del agente principal, pero en cuanto a la eficacia de los sufragios que proviene *ex opere operato* del que la ejecuta, no se consigne el fruto antes de que se hagan los sufragios. Y si sucede que el difunto se ve sometido anteriormente a la purificación de su cuerpo, se verá privado en este concepto de los sufragios, lo cual recaerá sobre aquellos que son responsables de la privación de estos sufragios, porque no repugna que en las cosas temporales alguien se vea defraudado por culpa de otro, y la pena del purgatorio es temporal, si bien en cuanto a la eterna retribución nadie pueda ser defraudado sino por culpa propia» (cf. *Suppl.*, q.71 a. 9 ad 4).

L) Las indulgencias por los difuntos

1728

«La indulgencia puede aprovechar a una persona de dos maneras. Una, principalmente, y otra, secundariamente. Principalmente aprovecha al que recibe la indulgencia, o sea, el que hace aquello por lo que la indulgencia se concede, como el que visita el templo de algun santo. Ahora bien, como los difuntos no pueden hacer ninguna de las cosas que sirven para ganar las indulgencias, de aquí se sigue que no pueden valer directamente para ellos las indulgencias.

Sin embargo, secundaria e indirectamente aprovechan a aquel por el cual alguien hace la obra que es causa de la indulgencia, lo cual unas veces es posible y otras imposible, según la diversa forma de la indulgencia... Porque si la forma de la indulgencia es ésta: *El que haga esto o lo otro tendrá tal indulgencia*, el que realiza lo mandado no puede transferir a otra persona el fruto de la indulgencia, porque no está en su poder aplicar a otro la intención de la Iglesia, que es la que puede comunicar a los demás el valor que tienen las indulgencias, como ya se ha dicho (cf. q.27 a.3 ad 2). Pero si la indulgencia está dada bajo esta forma: *El que hiciere esto o lo otro, él mismo y su padre, o cualquier otro relacionado con él detenido en el purgatorio, tendrá, tanto de indulgencia*, esta indulgencia no solo aprovechará al vivo, sino también al difunto. Porque no hay razón alguna por la cual la Iglesia pueda transferir los méritos comunes en que se apoyan las indulgencias a los vivos, excluyendo a los muertos» (cf. *Suppl.*, q.71 a.10 c).

**M) Los adornos del cementerio son más para
consuelo de vivos que para provecho
de muertos**

1729

«La sepultura fué inventada por causa de los vivos y de los muertos. Por causa de los vivos, para que sus ojos no se ofendan por la fealdad de los cadáveres y sus cuerpos no se inficionen con el mal olor; y esto en cuanto al cuerpo. Pero espiritualmente aprovecha también a los vivos, en cuanto que por este medio se establece la fe de la resurrección. Pero aprovecha además a los muertos, porque (los vivos) al ver los sepulcros conservan la memoria de los difuntos y ruegan por ellos; y por esta razón también la palabra *monumentum* (sepultura) toma su nombre de la memoria.

Sin embargo, aquellas cosas que se utilizan para la ornamen-

tación de la sepultura aprovechan en realidad a los vivos, porque son un solaz para éstos; pero pueden también aprovechar a los difuntos, no ciertamente por si mismos, sino accidentalmente, es decir, en cuanto que mediante tales cosas los hombres se excitan a compadecerse y, por consecuencia, a orar; o también en cuanto que de los gastos de la sepultura reciben limosna los pobres o es de. orada la iglesia; porque así es como se cuenta la sepultura entre las demás limosnas* (ibid.).

SECCION K AUTORES VARIOS

I. BOSSUET

Oraciôn fûnebre sobre la fragilidad de la vida

Enriqueta Ana de Inglaterra era hija del infortunado rey de Inglaterra Carlos I, decapitado por los rebeldes. Después de una vida breve y un tanto frivola en la corte del Rey Sol, murió casi repentinamente. Escogemos esta oraciôn fûnebre porque al referirse a una princesa cuyos hechos no fueron notables, y, por lo tanto, no se prestaban a que el orador se extendiese en ellos, Bossuet levantô un monumento de elocuencia sobre la fragilidad de la vida. El mismo, al enviar su oraciôn al abate Rancé, le dice que es un libro a propôsito para un solitario. Suprimimos casi todo lo que se refiere a la historia personal de la princesa (cf. ed. Lebarq, V p.650).

A) *Exordio*

«Senor:

Estaba yo destinado a cumplir esta obligaciôn fûnebre con la muy alta y poderosa princesa Enriqueta Ana de Inglaterra, duquesa de Orleâns. Ella, a quien visteis tan atenta cuando yo cumplia el mismo deber para con la reina, su madre, debia ser muy pronto objeto de un sermôn parecido, y a mi triste voz estaba reservado este doloroso ministerio. ¡Oh vanidad, oh nada, oh mortal, ignorante de su destino! ¿Lo hubiera creído ella hace diez meses? <»Hubierais pensado vosotros, seriores, cuando la vêlais llorar tan abundantemente en este lugar, que habiais de reuniros tan pronto para llorarla a ella?... *¡Vanidad de vanidades y todo vanidad!* (Eccl. 1,2). He aquí las únicas palabras que me es permitido decir, la única reflexion que me resta en un accidente tan extraño. No he necesitado recorrer los libros sagrados para encontrar un texto aplicable a esta princesa...

Quisiera, apoyândome en una sola desgracia, recordar todas las calamidades del género humano, y contemplando una sola muerte, hacer ver la muerte y la nada de todas las grandezas humanas... Todo es vano en nosotros, excepto la sincera confesiôn, hecha ante Dios, de nuestra vanidad.

Pero ¿digo acaso verdad? El hombre, imagen de Dios, ¿no es más que una sombra? Lo que Jesûs vino a buscar desde el cielo y creyô poder comprar con su sangre sin envilecerse, ¿és sólo nada?

Reconozcamos nuestro error... No conviene permitir que el hombre se desprecie completamente... Por eso el Eclesiastés, después de haber comenzado su obra con las palabras que he recitado, después de haber llenado todas las páginas con el desprecio de las cosas humanas, quiere mostrar al hombre algo que sea más salvable, y concluye todo su discurso diciendo: *Terne a Dios y guarda sus mandamientos, pues eso es el hombre todo. Porque Dios ha de juzgarlo todo, aun lo oculto, y toda acción, sea buena o mala* (Eccl, 12, 13-14). Si, todo es vano en el hombre, si miramos lo que concede al mundo; pero, por el contrario, todo es grande si considerámes lo que le da a Dios. Mas aun, todo es vano en el hombre si atendemos al curso de su vida mortal, pero todo es importante si contemplámes el fin en que desemboca y la cuenta que hay que entregar. Meditemos hoy ante ese altar y ese tûmulo la primera y la última palabra del Eclesiastés, porque la una muestra la nada del hombre y la otra fundamenta su grandeza...

Ved lo que una muerte súbita le arrebatara; mirad lo que una muerte santa le da».

B) Vanidad de lo humano

a) La igualdad de la muerte

«*Todos morimos*, decía la mujer cuya prudencia alaba la Escritura (2 Reg. 14,14), y *somos como agua que se derrama en la tierra, que no puede volver a recogerse*. En efecto, nos parecemos al agua que corre; por muy alto que sea el origen de que se precien los hombres, todos tienen el mismo, y es bien pequeño. Sus afios se empujan sucesivamente como las olas, no dejan de correr, de forma que después de haber hecho un poco de ruido, después de haber atravesado un país, algo más grande los unos que los otros, todos van a reunirse, a confundirse en un abismo donde no se conoce ni a los principes ni a los reyes, ni a ninguna de esas cualidades espléndidas que distinguen a los hombres; lo mismo que esos rios tan alabados permanecen sin nombre ni gloria mezclados en el océano de riberas desconocidas.

Si el nacimiento, que nos es común, sirviese para distinguir a los hombres, ¡habrá quien lo tenga más ilustre que esta princesa, nieta de reyes? Si su estirpe era noble, ¡qué diríamos de su ciencia y buen gusto, así como de su prudencia, que la convirtiô en embajadora durante el viaje que acaba de realizar a Inglaterra?»

b) LO MORTAL, INCAPAZ DE ELEVACIÓN

«[Grandeza y gloria! ¡Seremos capaces todavía, ante la victoria de la muerte, de escuchar esos nombres? No, hermanos, no puedo pronunciar esas palabras, con las que la arrogancia humana se em-

pena en aturdirse para no darse cuenta de su nada. Este es un momento propicio para hacer ver que rodo lo que es mortal, aunque le afiadamos por fuera cuanto queramos para hacerlo parecer grande, es por si mismo incapaz de elevaciôn. Escuchad el raciocinio profundo, no de un filôsofo en la escuela, ni de un religioso en el claustro, porque quiero confundir al mundo por medio de lo que él precisamente reverencia mâs, por medio de quienes lo conocen mejor, y no voy a traer mâs testimonio que el de un hombre sentado sobre un trono: *Brevisimos hiciste mis dias, y mi existencia delante de ti es la nada; no dura mâs que un poco todo hombre* (Ps. 38,6). Asi es, cristianos; todo lo que se mide se acaba, todo lo que ha nacido para acabarse, apenas si ha salido de la nada, cuando vuelve a hundirse en ella. Ni el edificio es mâs sôlido que los cimientos, ni los accidentes sostenidos por el ser son mâs reales que éste. Y mientras nuestra naturaleza sea tan baja, iqué puede hacer la fortuna para sublimarla?»

Imaginemos un rey vencedor paseando por medio de un campo lleno de cadâveres vencidos. Un dia caerâ en las manos de la muerte, y «entonces aquellos desgraciados vencidos llamarân a su soberbio triunfador para que les acompañe, y desde la cueva de sus sepulturas saldrâ esa voz que pulveriza todas las grandezas: *Ya estâs herido como nosotros y te has hecho semejante a nosotros* (Is. 14,10). No se e-npehe, pues, la fortuna en sacarnos de la nada ni en forzar lo bajo de nuestra naturaleza».

c) También es vanidad la sabiduri'A

«Pero iconseguirâ tal vez exaltarnos cuando, para distinguirnos de los demâs hombres, atienda a las cualidades del espiritu, los grandes deseos y los anchos pensamientos? No lo créais, porque todos los pensamientos que no tienen a Dios por objeto pertenecen al dominio de la muerte, *Vuela su aima a su lugary en ese dia perecen todos sus designios* (Ps. 145,4), esto es) 1ºs pensamientos de los conquistadores, los pensamientos de los politicos que imaginaron en sus despachos deseos en los cuales se encerraba el mundo entero. Rodearonse por todas partes de precauciones infinitas y lo perdieron todo, excepto la muerte, que en un solo momento barrio todos sus designios.

El Eclesiastés (2,15), al referirse a la misma sabiduria de los hombres, dice que *también es vanidad*, porque hay una falsa sabiduria que, encerrândose dentro del marco de las cosas mortales, se entierra con ellas mismas en la nada. Por eso, cuando rememoro aquellas bellas cualidades de la princesa que la hacian admirable al mundo, es como si nada dijera; hasta el momento en que comience a hablaros de lo que la une a Dios no he dicho de ella nada que valga la pena.

Mirad, señores, a esos grandes poderosos que vemos desde tan bajo. Mientras temblamos en sus manos, Dios los hiere para ense-

ûarlos. Su altura es la causa de nuestro temor, y Dios la considera tan poco que no teme sacrificarla al resto de los hombres. ¡Oh noche desastrosa, oh noche espantosa, en la que resuena de repente, como el estallido de un trueno, esta noticia que aterra: la princesa se muere, la princesa se ha muerto!»

1734

d) La nada de nuestro cuerpo

*Ahi la tenéis a pesar de su gran corazón; ahi está esa gran princesa tan admirada y querida, tal y como la muerte la ha dejado. Y hasta esta sombra de gloria va a desvanecerse y vamos a despojarla de la triste decoración que la rodea cuando descienda a esos lugares sombríos, a esa morada subterránea donde dormirá en el polvo con los grandes de la tierra, como decía Job, con los reyes y los príncipes aniquilados, en medio de los cuales costará trabajo colocarla por lo apretadas que están sus filas. ¡Tanta prisa se ha dado la muerte a llenar los huecos! Pero, ¿qué digo?, todavía está exagerando nuestra imaginación; la muerte no nos deja ni aun siquiera el cuerpo que ocupe realmente un lugar, pues allí lo único que vemos son tumbas que engañan. Nuestro cuerpo cambia rápidamente, de tal forma que llega a recibir otro nombre, como dice Tertuliano, y hasta el mismo nombre de cadáver desaparecerá pronto, porque esta palabra nos recuerda la forma humana y nuestro cuerpo se cambiará en un no sé qué, pues no hay nombre que darle en ninguna lengua; tan cierto es que todo muere en él, que hasta mueren las palabras funerarias con que designámes estos desgraciados restos.

Así es como el poder divino, justamente irritado contra nuestro orgullo, nos empuja hasta la nada. <¿Qué podremos construir sobre esas ruinas, qué podremos apoyar sobre esos restos cambiados de las cosas humanas?»...

C) *Lo que queda*

♦Pero ¿qué, serios, no hay sino desesperación para nosotros? Dios, que humilio toda nuestra grandeza hasta reducirla a polvo, ¿no nos deja esperanza alguna? El, que rige sabiamente hasta la más mínima partecilla de nuestro cuerpo, en cualquier lugar del mundo, por apartado que fuere, donde nos hubiere colocado. El, que cuida de nuestro corazón y de todos nuestros órganos, ¿dejará perecer sin recurso lo que fué capaz de conocer y amar? No, aquí se me presenta un nuevo orden de cosas; las sombras de la muerte se disipan, se me abren los caminos a la verdadera vida (Ps. 15,3). La princesa no está ya en la tumba; la muerte, que parece destruirlo todo, lo ha restablecido todo: he ahí el secreto del Eclesiastés, según os había hecho notar en el principio de! discurso».

a) Todo retorna a su principio

1736

◆Nos vemos, pues, precisados a pensarque, ademâsde la relaciôn que tenemos, por parte de nuestro cuerpo, con la naturaleza cambiante y normal, gozamos, por otro lado, de una relaciôn intima y una afinidad secreta con Dios, porque Dios mismo puso en nosotros un algo que puede confesar la verdad de su Ser, adorar la perfecciôn, admirar la plenitud; un algo que puede someterse a su poder soberano, entregarse a su alta e incomprensible sabiduria, confiarse a su bondad, temer su justicia y esperar su eternidad. De esta forma, senores, si el hombre créé tener en si algo alto, no se engana. Es necesario que todas las cosas retornen a su principio, y por eso dice el Eclesiastés que el cuerpo vuelve a la tierra de donde saliô (12,6), y por la misma razôn es preciso que lo que lleva en nosotros la marca divina sea capaz de unirse a Dios y sea llamado por El. Y lo que ha de volver a Dios, grandeza primera y esencial, <no sera también grande y alto? Asi, cuando decia que la grandeza y la gloria no eran entre nosotros sino nombres pomposos, vacios de sentido, pensaba en el mal uso que hacemos de esas palabras. Pero si he de deciros la verdad completa, ni el error ni la vanidad inventaron esos nombres magnificos, pues no hubiéramos sido capaces de encontrarlos si no hubiéramos hallado algo de ellos en nuestro mismo fondo. Porque icômo descubrir ideas tan nobles en la nada? Nuestra equivocaciôn no radicaba en utilizar esas palabras, sino en aplicarlas a objetos mundanos. San Juan Crisôstomo comprendia perfectamente esta verdad cuando decia: «Gloria, riquezas, nobleza, poder, no son mâs que palabras para los hombres del mundo, pero para nosotros, que servimos a Dios, son cosas reales. Pobreza, vergüenza, muerte, es algo muy efectivo y real para ellos; para nosotros, meros nombres» (cf. *Hom.* 88 *in Mt.* 5).

b) Todo es vanidad bajo el sol

1737

Por eso el Eclesiastés dice que todo es vanidad bajo el sol; igual es la muerte del hombre que la de los jumentos (Eccl. 2,19). «En efecto, hasta que hemos tropezado con la verdadera sabiduria y mientras mirâbamos al hombre con los ojos del cuerpo, sin que nuestra inteligencia descubriera ese principio secreto de todas nuestras acciones que al ser capaz de unirse a Dios debe necesariamente volver a El, <qué hallamos en nuestra vida sino locas inquietudes? iQué encontramos en nuestra muerte sino un vapor que se desvanece, unos alientos que se agotan, unos resortes que se desmontan y desconciertan; en resumen, una mâquina que se deshace y rompe? La Sabiduria nos lo ha ensenado con las ultimas palabras del Eclesiástico y la princesa nos lo va a decir con las ûltimas palabras de su vida.

Ved cômô obra la gracia de Dios. Hubiera sido una reina poderosa, pero de una monarquia cismâtica, en que todo la llamaba a la

C

herejia; Dios, para llamarla al cielo, hizo morir a su padre bajo el hacha del verdugo.

Veamos ahora el segundo efecto de la gracia. Su muerte cambia la naturaleza de las cosas».

1738

c) La muerte cambia de naturaleza para los Cristianos

♦La última gracia de Dios consiste en que la muerte ha cambiado de naturaleza para los cristianos, porque, en vez de despojarnos de todo, nos reviste, como dice San Pablo, y nos asegura eternamente la posesión de los bienes verdaderos. Mientras estamos detenidos en esta mansión de muerte, vivimos sujetos a cambios continuos, porque, si me permitis decirlo, esta es la ley del país en que habitamos. No poseemos ningún bien, ni aun siquiera el de la gracia, que no podamos perder en un momento con la mutabilidad natural de nuestros deseos. Pero en cuanto dejamos de contar las horas y de medir nuestra vida por días y por años, en cuanto salimos de este reino de apariencias que pasan y de sombras que desaparecen y llegamos al de la verdad, nos vemos liberados de la ley del cambio. Ya nuestra alma no está en peligro, ya nuestros propósitos no vacilan, porque la muerte, mejor dicho, la gracia de la perseverancia final, los ha fijado, y lo mismo que el testamento de Jesucristo, por el cual se entregó a nosotros, quedó firme con la muerte del testador, la muerte del fiel hace que este feliz testamento por el cual nos entregamos al Salvador sea irrevocable...

¿Qué podíamos pedir a Dios para esta princesa sino que fuese firme en el bien y conservase la gracia? Dios nos oía, pero con frecuencia, dice San Agustín (cf. *Tract.* 6,7-8 sobre la *Epistola de San Juan*), al escucharnos engana felizmente nuestra previsión. La princesa ha quedado afirmada en el bien mucho más de lo que podíamos imaginar, y como Dios no quería exponer los sentimientos de una piedad sincera a las ilusiones del mundo, hizo lo que dice el Sabio: se dió prisa (Sap. 4,14). Nueve horas, y la princesa... Aun cuando no contemos su dedicación a la piedad más fervorosa en estos últimos tiempos de su vida, esas pocas horas pasadas en la prueba más dura y en los sentimientos más puros del cristianismo equivalen a una larga edad. El tiempo ha sido corto, lo confieso, pero la obra de la gracia ha sido grande, y la fidelidad del alma, perfecta».

1739

D) La lección para nosotros mismos

«Pero al rogar por su alma, ¡oh cristianos!, pensemos también en nosotros mismos. ¿Qué esperamos para convertirnos, qué dureza hay semejante a la nuestra, si un percance tan inesperado, que debiera llegar hasta el fondo de nuestra alma, no sirve sino para aturdirnos unos momentos? ¿Esperamos que Dios resucitea los muertos para instruirnos?»

II. BOURDALOUE

Sermon de difuntos

(Cf. traducción de D. Miquel del Castillo [Madrid 1778] t.10 p.311 ss.)

A) *Cômo socorrer a las almas dei purgatorio* 1740

«*Os digo con verdad que llegô la hora en que los muertos oirân la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren vivirdn* (lo. 5,25).

Esta voz del Hijo de Dios es la de su sangre, que en el sacrificio del altar se ha ofrecido hoy a Dios por los difuntos. Se hizo escuchar de estas aimas que la justicia de Dios tiene en el purgatorio y les anunciô la dichosa nueva de su libertad.

No socorrer a las almas dei purgatorio porque no se creen las penas que alli padecen ni que hay purgatorio es una conducta tan fuera de razón como llena de error: parte primera. Creer las penas que padecen y no trabajar para aliviarlas es una dureza tan culpable como contraria a la piedad y aun a las leyes de la humanidad: parte segunda. Estar dispuesto a socorrer a estas aimas y sôlo usar a este fin medios ineficaces es un desorden tan comûn como digno de llorarse en la cristiandad: parte tercera».

B) *La conducta de los que no creen en el purgatorio* 1741

«No socorrer a las almas dei purgatorio porque no se creen las penas que alli padecen ni que hay purgatorio es una conducta tan fuera de razón como llena de error. Esta es, no obstante, la conducta de los herejes y de los que por libertad de creencia siguen en esta parte su opinion. En esta conducta es fácil descubrir très grandes defectos».

a) *En la duda, orar* 1742

«En una duda de especulaciôn se exponen a faltar a una de las obligaciones mâs importantes de la justicia y caridad cristiana. Los herejes, al fin, estân obiigados a reconocer, a pesar suyo, que asi como no tienen seguridad de que hay purgatorio, tampoco la tienen de que no la hay; en tal duda, sacar por consecuencia que el no orar por los difuntos no es conducta prudente ni sabia. Nosotros, que creemos en el purgatorio, no estamos ciertos por esto de que los difuntos por quienes pedimos en particular estén en él actualmente; porque pueden estar o en el cielo o en el infierno, y, no obstante, pedimos

por ellos, porque, como dice San Agustín, más vale exponerse a orar superfluamente por estas almas que ponerse a riesgo de no hacer por ellas las oraciones que necesitan. Así deberían discurrir los herejes».

1748 b) El testimonio de la Escritura y de los Padres

«No ruegan por los difuntos porque no creen en el purgatorio; pero antes deberían, por el contrario, creer en el purgatorio, porque es evidente e indisputable que es necesario orar por los difuntos. Nada está más sólidamente establecido con la autoridad de la Escritura, con la de los antiguos concilios y Padres y con toda la tradición que orar por los difuntos. Si es necesario orar por ellos, luego hay purgatorio; pero no queriendo los herejes sacar esta consecuencia, niegan el principio, y negándolo, no admiten los libros más auténticos de la Escritura ni se sujetan a los concilios, a los Padres ni a la tradición».

1744 c) Debe bastar saber que padecen y que podemos aliviarlas

«Por cosas inciertas en cuanto al purgatorio, se preocupan contra el purgatorio mismo. Por ejemplo, lo que les disgusta son algunas pinturas sensibles y espantosas que se nos hacen de él. Pero yo, si estuviera en su lugar, me diría: yo no sé expresamente donde padecen las almas de los difuntos que Dios purifica ni qué es lo que padecen ni como lo padecen; pero sin examinar estas circunstancias, que no son esenciales, me basta saber que padecen, que es justo que así sea y que yo puedo aliviarlas en sus penas. ¡Qué felicidad es para nosotros, oh fieles católicos, ser hijos de una Iglesia que no nos abandona ni durante nuestra vida ni después de nuestra muerte!»

1745 C) *Dureza contraria a la piedad y a las leyes humanas*

«Crear las penas que padecen estas almas y no trabajar por aliviarlas es una dureza tan culpable como contraria a la piedad y aun a las leyes de la humanidad. Ella perjudica tres intereses distintos: el interés de Dios, el interés de nuestros hermanos, nuestro propio interés».

a) El interés de Dios

«El interés de Dios; porque librar a un alma del purgatorio es procurar a Dios un aumento de gloria. En esto se glorifica a Dios tanto como en la conversión de los infieles; en esto se le glorifica, como lo hizo Jesucristo cuando bajó a los infiernos para sacar las

aimas de los antiguos Padres. Y en esto (explicândolo de este modo) se le saca al mismo Dios de un estado violento en que se halla viéndose obligado a castigar unas aimas que quiere y desea llevarlas a su gloria».

b) El interés de nuestros hermanos

1746

«Se perjudica el interés de nuestros hermanos, pues los que padecen son nuestros propios hermanos, nuestros parientes y nuestros amigos».

c) Nuestro propio interés

•Se perjudica nuestro propio interés; tantas aimas como liberamos son otros tantos protectores que tenemos en el cielo. Pero si abandonamos sus aimas, permitirá Dios que algùn dia seamos nosotros abandonados».

D) Es desorden valerse de medios ineficaces

«Estar dispuestos a socorrer las almas dei purgatorio, y sôlo valerse a este fin de medios ineficaces, es un desorden tan comùn como digno de llorar en la cristiandad. No se déjà de tener alguna piedad por los difuntos, pero es piedad estéril e infructuosa, piedad de ostentaciôn y fausto, piedad dei todo pagana y piedad que, aunque cristiana, sôlo produce obras muertas y sin mérito».

a) Piedad estéril e infructuosa

«Es piedad estéril e infructuosa, pues hay en ella muchas lâgrimas y poca oraciôn, y aun se descarga en otros absolutamente el cuidado de orar».

b) Piedad de ostentaciôn y fausto

1748

«Llamo piedad de ostentaciôn y fausto para con los difuntos la que se reduce a lo exterior de las exequias fûnebres, a las ceremonias de un duelo, al aparato del convite y acompaûamiento a su entierro y a todo lo que puede brillar a los ojos de los hombres, buscando este falso esplendor hasta en las cosas mâs santas, como son los oficios de la Iglesia, en los que por lo comùn hay mâs pompa que religion, poniendo a los ojos esta vanidad hasta en los altares, colocando en ellos mâs blasones de la nobleza del difunto que senales augustas de la religion cristiana... No intento, cristianos, condenar absolutamente todas las exterioridades que se practican en los funerales; ni nuestro abuso puede impedir que en su origen fuesen santas y conformes a la intenciôn de la Iglesia, que las instituyô; sôlo quiero

decir que no se ha de reducir a esto toda nuestra piedad para con los difuntos...; pues, como observé muy bien San Agustín, todo este cuidado de una sepultura honrosa, más es consuelo para los vivos que alivio para los muertos. Que un alma en el purgatorio más nos agradece las buenas obras y limosnas cuyo fruto la aplicamos que todo el gasto y magnificencia de sus exequias; que una comunión aplicada por ella la manifiesta mejor nuestro reconocimiento que los más ricos y soberbios mausoleos, y que, en cuanto a lo demás, es una especie de iniquidad o infidelidad hacer tan excesivos gastos para enterrar un cuerpo que sólo es polvo y no tener caridad ni misericordia con su alma, que es esposa de Jesucristo y heredera del cielo».

17.*9

c) Piedad pagana
I

«Llamo piedad enteramente pagana con los difuntos a la que, no teniendo más objeto que la carne y sangre, no obra según los principios de la fe... ¡Ah!, hermanos míos, decía San Pablo a los tesalonicenses, no permita Dios que os deje de enseñar lo que se debe a los muertos y cómo os debéis portar con ellos. Quiero que lo sepáis, para que no los lloréis como las naciones infieles, que no tienen esperanza alguna de una vida eterna (i Thés. 4,13). Atended, dice San Juan Crisóstomo explicando este lugar, que no les prohíbe llorar la muerte de los que amaron y debían amar en vida, sino que les prohibía llorar como los paganos, que... confunden en esta parte la piedad con lo sensible, la obligación con la ternura y lo que debe ser de Dios con lo que es puramente del hombre»...

1750

d) Piedad estéril e inútil

«Pero ¿es posible que nuestra piedad con los muertos pueda ser estéril e inútil, aunque cristiana en sí?... Si queréis saber a quiénes comprendo en este pensamiento y en quiénes hallo estos dos caracteres tan difíciles de conciliar en la apariencia, piedad cristiana en sí misma y no obstante inútil delante de Dios, oid. Son los que ruegan por los muertos hallándose ellos en estado de muerte, esto es, en desgracia y enemistad de Dios. En tan funesto y desgraciado estado, pecador que me oyes, en vano haces suffragios por las almas del purgatorio, en vano oras e intercedes por ellas, en vano das limosnas a los pobres y en vano practicas por ellas todo lo que el fervor de una devoción particular puede inspirarte; pues estas almas que padecen jamás experimentarán con ello algún alivio. Mientras Dios te mire como enemigo suyo, eres incapaz de aliviarlas, pues tus oraciones no son admitidas, todas tus limosnas se pierden y todos tus ayunos y penitencias son de ningún efecto, porque el pecado con que está gravada tu conciencia destruye la virtud de todas tus buenas obras.... Socorrer un

alma en el purgatorio es cederle el fruto de las buenas obras que practicas; luego tus buenas obras en el estado de culpa tendrían delante de Dios algùn mérito si pudieses aliviarlas con ellas, pero es de fe que no le tienen, porque sin la gracia y sin la caridad son obras muertas»...

e) El sacrificio de la misa

1751

«No obstante, exceptuô de esta regia el sacrificio de la misa, porque su valor no depende de la santidad del que le ofrece/y mucho menos del que le hace ofrecer, sino que únicamente estâ ligado a la persona de Jesucristo y al precio de su sangre... Es el único medio que Dios le déjà para suplir la imposibilidad en que se halla de socorrer de otro modo aquellas aimas predestinadas, y Dios entonces mira la hostia que se le ofrece, que es Jesucristo, y no a aquel por cuyo cuidado se le ofrece, que es el pecador. En cuanto a lo demás, es siempre cierto que, obrando el pecador por si mismo, nada puede hacer quexsea útil a los muertos; y éste es el fundamento de una devociôn tan autorizada hoy y tan solemne en la Iglesia de Dios que consiste en purificarse por el sacramento de la penitencia y participaciôn del cuerpo de Jesucristo para disponerse a socorrer útil y seguramente a las almas dei purgatorio... Esto es, amados oyentes míos, lo que Dios os pide hoy y a lo que os exhorta El mismo por su profeta: *Mundi estoti, auferte malum cogitationum vestrarum, quiescite agere perverse, dicite benefacere* (Is. 1,16). Lavaos, nos dice, y purificaos; lavaos en las acu.s de la penitencia y purificaos con la sangre del Cordero. Aplicaos con una contriciôn verdadera este segundo bautismo, tan saludable como el primero, pues es el bautismo de un corazôn contrito y humillado: *Auferte malum cogitationum vestrarum*. Quitad de mi vista todo lo que haya corrompido en él, no sólo en vuestras acciones, sino en vuestros pensamientos; renunciad las compañías y tratos viciosos, dejad de hacer lo malo, aprended a hacer lo bueno y no os contentéis sólo con hacerlo, sino empezad a hacerlo bien: *Et venite, et arguite me, dicit Dominus* (ibid., i8). Y después venid y defended ante mi la causa de esas aimas por quienes os interesâis, que entonces os oiré, aceptaré vuestros sacrificios y me aplacaré con vuestros ruegos. Aprovechémonos, cristianos, de esta advertencia y experimentaremos la verdad de las promesas del Señor. Por este medio le glorificaremos, consolaremos a nuestros hermanos en su aflicciôn y alcanzaremos para nosotros las más abundantes gracias de salvaciôn que nos conducirân a la vida eterna, que es la que os deseo».

PC

η
h
h

III. P. ROYO MARIN

Doctrina sobre el purgatorio

Tomamos del libro *Teologia de la salvaciôn* (cf. BAC, p.418-454) lo que estimamos mäs necesario explicar sobre el purgatorio.

1752

A) *Naturaleza del purgatorio*

«Vamos a estudiar ahora la naturaleza intima del purgatorio. Ante todo nos apresuramos a decir que la Iglesia nada ha definido sobrp esta cuestiôn. Pero es doctrina comun, sôlidamente fundada en los principios teolôgicos mäs firmes, que, a semejanza del infierno, hay en el purgatorio una doble pena, que corresponde a los dos aspectos del pecado: la de *dano* (o dilaciôn de la gloria), en castigo de la aversion de Dios, y la de *sentido*, por el goce ilicito de las cosas creadas»...

B) *La pena de dilaciôn de la gloria*

nili

«Es cierto y de fe que las almas dei purgatorio sufren en castigo de sus pecados un aplazamiento o dilaciôn de la vision beatifica, que hubieran podido gozar desde el instante mismo de la muerte si no lo hubiera impedido el reato de pena que tenian pendiente con la divina justicia; y en este sentido ese aplazamiento tiene carâcter de verdadera pena o castigo...

Toda la tradiçiôn catôlica estâ de acuerdo en que se trata de una pena intensisima, humanamente imposible de describir. Escuchemos, sin embargo, algunos balbuceos de los teôlogos y misticos experimentales.

«Las almas justas—escribe el gran teôlogo Lesio (cf. *De perf. div.* I.13 c.17)—, en el momento mismo en que la gloria que les estâ preparada debia de habérseles dado, se ven rechazadas y relegadas a un cruel exilio hasta que hayan satisfecho del todo las penas debidas por los pecados pasados. Con ello experimentan un dolor incomparable».

Cuân grande sea este dolor podemos conjeturarlo por cuatro consideraciones. En primer lugar, se ven privadas de un tan gran bien precisamente en el momento en que hubieran debido gozarlo. Ellas comprenden la inmensidad de este bien con una fuerza que iguala ùnicamente a su ardiente deseo de poseerlo. En segundo lugar, advierten claramente que han sido privadas de ese bien por su propia culpa. En tercer lugar, deploran la negligencia que les

impidiô satisfacer por aquellas culpas cuando hubieran podido hacerlo fâcilmente, mientras que ahora se ven constrehidas a sufrir grandes dolores; y este contraste aumenta considerablemente la acerbidad de su dolor. Finalmente, se dan perfecta cuenta de qué tesoros inmensos de bienes eternos, de qué grados de gloria celestial tan fâcilmente accesibles les ha privado su culpable negligencia durante su vida terrestre. Y todo esto, aprehendido con conciencia vivisima, excita en ellas un vehementísimo dolor como acâ en la tierra lo expérimentâmes también de algùn modo en las cosas humanas cuando se juntan y reûnen esas cuatro circunstancias.

Asi, pues, es creible que aquel dolor sea muchísimo mayor que el que los hombres pueden llegar a concebir en esta vida por los danos materiales; porque aquel bien es muchísimo mäs excelente, y la aprehensiôn mäs viva, y mäs ardiente el deseo de poseerlo».

C) *La pena de sentido*

a) Existencia

«La tradiçôn catôlica esta perfectamente de acuerdo en que las almas dei purgatorio, ademäs de la pena de dilaciôn de la gloria en la forma que acabamos de exponer, sufren una especie de pena de *sentido* en castigo de los goces ilicitos de los bienes creados que se permitieron durante su permanencia en el cuerpo mortal. Este desorden existe en toda clase de pecados, incluso en los veniales, mientras que la aversiôn a Dios (a la que corresponde la pena de dano) no se da propiamente mäs que en el pecado mortal. En el purgatorio tiene que haber, por consiguiente, una pena de *sentido* con mayor razôn todavia que una pena de dano. Hasta aqui, repetimos, el acuerdo es completo en toda la tradiçôn catôlica»...

b) Naturaleza

1780

♦Al tratar de determinar *en qué consiste*, surgen profundas diferencias entre los teólogos y aun entre los Padres griegos y latinos. La controversia fundamental gira en torno a la existencia de un fuego real y *corpôreo* parecido al del infierno, si es que no se trata enteramente del mismo...

La cuestiôn, como es sabido, se planteô con toda su fuerza en el concilio de Ferrara-Florenia, celebrado por los anos de 1438 a 1445 bajo el pontificado de Eugenio IV. Los teólogos latinos defendian la existencia en el purgatorio de un fuego real y corpôreo, mientras que los griegos lo negaban rotundamente. El concilio no quiso dirimir la contienda, limitândose a définir la doctrina del purgatorio en la siguiente forma: «Definimos que... los verdaderos penitentes que salieron de este mundo antes de haber satisfe-

H-
Ü

cho con dignos frutos de penitencia por sus acciones y omisiones, son purificadas sus almas después de la muerte con penas purificadoras» (cf. Denz., 693).

Como se ve, la fórmula florentina déjà en pie la cuestión... El concilio de Trento volvió a hablar de la existencia del purgatorio, pero nada dijo tampoco sobre la naturaleza de sus penas...

En vista... del sentir de la casi totalidad de los teólogos católicos—incluso entre los modernos—nos parecería imprudente y temerario apartarnos de la doctrina tradicional...

Todo se explica fácilmente si consideramos que ese fuego material es un *instrumento de Dios* para purificar al alma, y Dios puede muy bien utilizar un instrumento corporal para producir un efecto espiritual y aun sobrenatural; como ocurre, por ejemplo, con el agua del bautismo, que produce en el alma del bautizado nada menos que la gracia santificante».

1757

c) Finalidad

«El objeto o finalidad de las penas del purgatorio no es otro que proporcionar al alma la limpieza total y pureza perfectísima que se requiere para ser admitido a la visión beatífica...

Escuchemos a Santo Tomás explicando esta doctrina: «Los pecados veniales se les perdonan después de esta vida, incluso en cuanto a la culpa, del mismo modo que se perdonan en esta vida, a saber, por un acto de amor de Dios que rechaza los pecados veniales cometidos en esta vida. Pero como después de esta vida nadie puede merecer, por haber terminado el estado de merecimiento, ese movimiento de amor les quita ciertamente el impedimento del pecado venial, pero sin que merezcan la absolución o remisión de la *pena*, como ocurre en esta vida» (cf. *De malo* q.7 a.u.).

d) Los RASTROS Y RELIQUIAS DEL PECADO

•Como explica Santo Tomás (cf. 3 q.86 a.5), cuando el pecado mortal es remitido por la gracia, el alma no está ya en estado de voluntario alejamiento de Dios, pero puede quedar en ella una disposición defectuosa que le inclina hacia una cosa creada. Esta inclinación desordenada se encuentra hasta en el pecado venial, que es compatible con la gracia.

Estas disposiciones desordenadas se conocen en teología con el nombre de *rastros y reliquias del pecado*. La gracia las disminuye mucho, pero no siempre las quita del todo; no predominan en el justo, pero permanecen todavía, como el *fomes peccati* (la inclinación al pecado) perdura en el bautizado. Esto se advierte, por ejemplo, en el que ha contraído el vicio de la embriaguez: aunque se confiese y reciba la virtud infusa de la sobriedad, permanece en él una disposición o facilidad para embriagarse de nuevo. Lo

mismo que el que siente antipatia por alguna persona y se arrepiente de ello: con facilidad volverâ a criticarle si no estâ muy sobre si para evitarlo»...

e) El reato de pena temporal

1759

«Hay que notar, sin embargo, dos cosas muy importantes:

1.a Que nosotros, los que vivimos en la tierra, podemos apresurar la extinción del reato de pena temporal con nuestras oraciones y sufragios.

2.a Que ese cumplimiento de la pena no tiene en las aimas dei purgatorio ningún carácter *meritorio*, que supone el estado de via, ni siquiera propiamente *satisfactorio*, que supone el libre y espontáneo ofrecimiento de una pena. Las almas dei purgatorio propiamente no *satisfacen* su deuda, sino que se limitan a *cumplirla*, que es muy distinto. No se trata de verdadera satisfacción, sino sólo de una *satispassiôn*, como dicen los teólogos. La razón de esto es porque, aunque las almas dei purgatorio aceptan muy de corazón el castigo purificador que les impone la justicia divina —y en este sentido las penas que sufren pueden llamarse *voluntarias*, como explica Santo Tomás—, sin embargo, para que haya verdadera *satisfacción* es preciso que quien la ofrece lo haga espontánea y libremente o, al menos, la acepte de tal modo que no quiera librarse de ella *pudiéndolo* hacer libremente, como ocurre con el martirio. No basta la simple aceptación, aunque sea de muy buen grado, cuando se la imponen desde fuera sin que pueda rechazarla libremente».

f) Conclusiones

1760

1.* *En igualdad de condiciones, la duración dei purgatorio será más o menos larga según el diferente reato de pena que corresponde a cada aima.* (Sentencia cierta en teología.)

«Lo pide así la equidad y justicia más elemental. No es lo mismo un pecado que ciento, ni déjà en el aima la misma huella un pecado mortal gravísimo (perdonado ya en cuanto a la culpa) que una ligera mentira jocosa que no perjudique a nadie»...

2.* *Es imprudente y temerario tratar de precisar con exactitud cuánto tiempo permanecen las aimas en el purgatorio.* (Común en teología.)

«La razón es muy clara. Ni la Sagrada Escritura ni la Iglesia dicen absolutamente nada sobre esto. Y aunque se aducen a veces infinidad de revelaciones privadas, no puede sacarse de ellas ningún argumento serio, ya porque no concuerdan entre sí (las hay para todos los gustos, prueba de que muchas de ellas son falsas), ya porque no es aceptable en teología esa fuente puramente particular y privada de información»...

1761 ***D) Con relación a las aimas: los consuelos
dei purgatorio***

«No todo es dolor y tormento en el purgatorio. Si las aimas allí detenidas experimentan sufrimientos que exceden con mucho a los que puedan padecerse en esta vida, disfrutan también de Consuelos verdaderamente inefables. Es éste uno de los aspectos más bellos de la teología dei purgatorio.

He aquí los principales de estos consuelos».

1762 a) La certeza de su salvación

«Las almas dei purgatorio están absolutamente ciertas de que han obtenido la salvación etema y de que ingresarán de hecho en el cielo apenas terminada su purificación. Lo negô Lutero, pero su doctrina fué condenada por la Iglesia...

La certeza de la propia salvación es de tan soberana trascendencia, que si a las almas dei purgatorio se les diera a elegir entre permanecer allí hasta el día del juicio o volver a la tierra para expiar en poco tiempo sus culpas, aumentando con ello sus merecimientos eternos, escogerían sin vacilar un instante lo primero; porque la vuelta a la tierra podría series ocasiôn de ofender a Dios y de condenarse etemamente, mientras que en el purgatorio tienen asegurada su salvación».

1763 b) La plena conformidad con la voluntad de Dios

«Es otra fuente de profundísimos consuelos. Aun en esta vida, cuando se abraza una cruz con valentía y decisión, viendo en ella la voluntad de Dios, se aligera la carga extraordinariamente. Es un hecho de experiencia y una verdad reconocida por los teólogos que la pena no es otra cosa que algo que contraria a la voluntad: «de razón de la pena es que contrarie a la voluntad» (cf. Santo Tomás, *De purgatorio*, Suppl, a.4). Cuanto menos contraria es a la voluntad, menos razón de pena tiene. Ahora bien, la conformidad con la voluntad divina es tan absoluta en las almas dei purgatorio, que nada quieren ni dejan de querer sino lo que Dios quiere o no quiere. Por eso no experimentan ninguno de esos sentimientos de angustia y horror que imaginô Lutero, y que constituiría en ellas una verdadera falta.

1761 Las almas dei purgatorio advierten con toda claridad que las penas que padecen son justísimas y las tienen plenamente merecidas por sus pecados. Se inclinan con amor ante la divina justicia, que les parece tan santa y adorable como su misma misericordia. No darían un solo paso para libertarse de sus penas antes de la hora senalada por la justicia y voluntad de Dios. Quedan perfec-

lamente tranquilas y gozosas cualquiera que sea la distribución de los sufragios que disponga la -divina Providencia, y no sentirían la menor envidia ni enojo aunque vieran aplicar a otras almas los que fueron ofrecidos por ellas.

Nada les turba, nada les hace perder la paz. No quieren sino lo que Dios quiere. La intensidad de sus sufrimientos no perturba en nada la serenidad de su espíritu, porque esa turbación del alma proviene en esta vida de la alteración de las potencias sensitivas, y ellas las poseen tan solo radicalmente (en el alma, raíz de las mismas), pero no en su realidad actual. No experimentan, pues, la menor impaciencia y es imposible en ellas el menor sentimiento de rebeldía contra el castigo de Dios.

Todo esto produce en su alma una paz y sosiego profundísimos. Con razón la santa Iglesia, al pedir por las almas del purgatorio en el momento de difuntos de la santa misa, pronuncia estas bellísimas palabras: «Acuérdate, Señor, de tus siervos y siervas que nos precedieron con la señal de la fe y duermen el sueño de la paz*.

c) El gozo de la purificación

«He aquí otro motivo de inefable alegría para las almas del purgatorio: el ver que se van limpiando y purificando de las manchas que las afean ante la mirada de Dios.

En efecto, en el momento mismo del juicio particular, el alma se contempla a sí misma tal como es en realidad ante la mirada de Dios. Y la vista de sus pecados e imperfecciones la causa un horror tal, que ella sola se precipita en el infierno o en el purgatorio sin que nadie le diga ni le enseñe el camino.

Escuchemos a Santa Catalina de Génova explicando estas ideas:

«Cuando llega la separación de los cuerpos y de las almas, las almas gravitan, si puedo hablar así, como naturalmente hacia los diversos lugares que les están destinados.

La que está manchada por el pecado mortal no espera que se la conduzca al lugar de los tormentos, adonde la llama la justicia divina. Un horroroso instinto la lleva a precipitarse por sí misma, y si se la impidiese llegar a él, padecería más cruelmente que en el mismo infierno. ¿Por qué?, se preguntará. Porque en cualquiera otra parte estaría separada de la voluntad de Dios, que siempre va mezclada de misericordia; pues, como tengo dicho, los réprobos en el infierno padecen menos de lo que han merecido. No encontrando, pues, un lugar más conveniente a su estado y más suave para ella que el infierno, el alma criminal acude allí como a su propio lugar.

Pues lo mismo sucede en el purgatorio. El alma justa, al salir de su cuerpo, viendo en sí misma alguna cosa que empaña su inocencia primitiva y se opone a su unión con Dios, experimenta una aflicción incomparable, y como sabe muy bien que este impedimento no puede ser destruido sino por el fuego del purgatorio,

se baja allí de repente y con plena voluntad, de manera que quien la detuviese en el camino la serviría muy mal. Sus tormentos serían mucho más intolerables en cualquier otro lugar que en aquel que está especialmente designado a su purificación, porque sabe que mientras subsista aquel impedimento no llegará a su último fin. Es verdad que la pena del purgatorio es diferente de la del infierno, como he dicho más arriba; pero la que sufriese en cualquier otro lugar que dejara subsistir el obstáculo para su felicidad sería todavía más cruel...

Sabiendo, pues, que el purgatorio es el baño destinado a lavar esta especie de manchas, corre allí apresuradamente y se precipita en sus flamas, pensando mucho menos en los dolores que le esperan que en la dicha de encontrar allí su primitiva pureza» (cf. Santa Catalina de Génova, *Tratado del purgatorio* ii y 12)»...

1767

d) El alivio continuo

«Como hemos explicado más arriba, la opinión teológica más probable es aquella que concede a las almas del purgatorio un alivio a medida que se van purificando. Cada vez la visión beatífica está más cerca y el fuego purificador tiene menos materiales que consumir. En este sentido puede decirse que el momento más terrible del purgatorio es el de la entrada. A partir de ese momento comienza para el alma un alivio continuo, que puede ser intensificado todavía con la ayuda exterior de los suffragios.

Santa Catalina de Génova enseña claramente esta doctrina. Escuchemos sus mismas palabras: «Me valdré de una comparación, que puede dar alguna luz sobre esta verdad. Un cristal cubierto con una capa de lodo no podría recibir los rayos del sol, sin que esto proviniese del astro, el cual no cesa de esparcir su luz por todas partes, sino porque esta luz está interceptada por aquel cuerpo extraño. Empezad a limpiar aquel cristal y veréis como va penetrándole la luz a proporción que lo limpiáis. De la misma manera el pecado es un orín que cubre el alma y le impide recibir los rayos del verdadero sol, que es Dios. Mas el fuego del purgatorio devora aquel orín, y, a medida que éste desaparece, el alma recibe con más abundancia aquella luz divina que introduce consigo el contento y la paz»...

1768 e) La asistencia espiritual de la Virgen María y del Ángel DE LA GUARDA

«Nada puede afirmarse con certeza sobre esto. Pero, si hemos de dar crédito a un gran número de revelaciones privadas—algunas de las cuales parece arbitrario rechazar por provenir de grandes santos canonizados por la Iglesia y ofrecer todas las garantías de autenticidad que la crítica más severa puede exigir—, parece

ser que las almas del purgatorio gozan con frecuencia de la asistencia espiritual y de los consuetos maternales de la Santísima Virgen Maria lo mismo que de las visitas y consuelos de su antiguo ângel de la guarda*.

E) Con relacion a nosotros

a) Obrigaciôn de ajudarlas

1769

«La ayuda a las almas del purgatorio no sôlo es posible y altamente recomendable, sino que es, ademâs, obligatoria para todos los cristianos. Lo exige asi la caridad y a veces también la piedad y la justicia*.

Lo exige la caridad

«Que es la virtud por excelencia y la virtud universal que abarca al mundo entero, incluso a los mismos enemigos. No puede excluirse absolutamente a nadie que sea capaz de obtener todavia el reino de los cielos. Y como las almas dei purgatorio estân precisamente en esta situaciôn y necesitan, por otra parte, la ayuda de nuestros sufragios, es un deber de caridad que obliga a todos los cristianos, tengan o no parientes y amigos en el purgatorio».

2. Lo postula la piedad

1770

«Como es sabido, la virtud de la piedad es la que regula las relaciones entre los miembros de una familia, principalmente entre padres e hijos. Por extension alcanza también a todos los que forman una familia espiritual... Y como los lazos que nos unen en Cristo no pueden romperse con la muerte, siguese que la virtud de la piedad réclama y exige nuestra ayuda a esos seres queridos que estân sufriendo en el purgatorio»...

3. Lo réclama la justicia

«Pero puede haber mâs. Puede ocurrir que algunos de nuestros conocidos estén en el purgatorio por culpa nuestra: malos ejemplos, eicindalos, pecados de complicidad, etc., etc. Entonces ya no es sôlo la caridad o la piedad, sino la misma justicia, la que réclama nuestra ayuda. Es preciso reparar aquéllos escândalos»...

b) Triple modo de ayuda

1771

«Los teólogos. estân de acuerdo en que nuestra ayuda al purgatorio reviste una triple forma: la impetraciôn, el *mérito* y la *satisfacciôn*. Puede ocurrir que una misma acciôn—la oraciôn por ejemplo—revista a la vez esta triple formalidad. El mérito *can*

relaciôn a otros no puede ser sino un mérito de pura conveniendâ, ya que, en sentido estricto, solo Cristo mereciô para los demâs»... (cf. *Sum. Theol.* 1-2 q.114 a.6).

c) La satisfacciôn

«La obra satisfactoria puede definirse: Una obra cuyo carâcter expiatorio ofrece a Dios una *compensaciôn* por la pena temporal debida por los pecados perdonados. Esta compensaciôn puede uno ofrecerla por si mismo, como es obvio, y puede también ser ofrecida por los demâs en virtud de la solidaridad entre los miembros del Cuerpo místico de Cristo. Y nôtese que, a diferencia de la impetraciôn y del mérito, la satisfacciôn puede ser ofrecida por los demâs a título de *condignidad*, o sea, para substituir ante la divina justicia la satisfacciôn que esos otros debian ofrecer a Dios. La única condiciôn que se requiere para elle es el estado de gracia, tanto por parte del que ofrece la satisfacciôn como por el que se beneficia de ella. Esta es la doctrina de Santo Tomâs, compartida por la inmensa mayoría de los teólogos, hasta el punto de que puede afirmarse que esta es una verdad completamente *cierta* en teología.

Ahora bien: ¿puede extenderse esta satisfacciôn de *condignidad* realizada por los vivos a las almas dei purgatorio? Santo Tomâs responde afirmativamente, apoyândose en el vínculo de la caridad, que se extiende también a los muertos en Cristo...

d) Aplicaciôn de los sufragios

Los sufragios comunes

«Es preciso confesar, ante todo, que ignoramos las leyes que presiden la aplicaciôn de estos sufragios comunes ofrecidos indeterminadamente por las almas dei purgatorio en general. Sin duda alguna, Dios tiene sus normas, dictadas a la vez por su sabiduria, su justicia y su misericordia infinitas; pero ignoramos en absoluto cuáles sean esas normas. Con todo, no parece temerario conjeturar que Dios regula la aplicaciôn de esos sufragios según las disposiciones que tuvieron los difuntos durante su vida mortal, por ejemplo, su cuidado en ganar indulgencias a favor de las aimas dei purgatorio, su devociôn a Maria, su caridad para con los otros etcetera, etc. Ninguna injusticia puede hallarse en esta distribuciôn désignai, puesto que la caridad de las aimas es, de una manera normal, la condiciôn de su refrigerio. Cristo nos dice en el Evangelio que son *bienaventurados* los *misericordiosos*, porque ellos *alcanzarân misericordia* (Mt. 5.7); v San Agustin estableciô su conocido

principio de que no «aprovechan a todos por quienes se ofrecen, sino sôlo a aquellos que, mientras vivian, se hicieron acreedores a ello» (cf. S a n A g u s t î n , *De cura pro mortuis* 18,22: PL 40,609)*.

2. Los sufragios particulares1774

«En cuanto a los sufragios ofrecidos en favor de alguna o de algunas determinadas almas, no cabe duda que aprovechan a esas aimas con *preferencia* a todas las demâs. Sobre si aprovechan a esas aimas *exclusivamente*—sin que participen en nada las demâs—, las opiniones estân divididas».

SECCION VU. MISCELANEA HISTORICA Y LITERARIA

I. LA VISION DE EZEQUIEL

«Fué sobre mi la mano de Yahveh, y llevôme fuera y me puso en medio de un campo que estaba lleno de huesos. Hizome pasar por cerca de ellos todo en derredor, y vi que eran sobremanera numerosos sobre la haz del campo y enteramente secos. Y me dijo: Hijo de hombre, (jrevivirân estos huesos? Y yo respondi: Senor, Yahveh, tû lo sabes. Y él me dijo: Hijo de hombre, profetiza a estos huesos y diles: Huesos secos, oid la palabra de Yahveh. Asi dice el Senor Yahveh a estos huesos: Yo voy a hacer entrar en vosotros el espiritu y viviréis; y pondré sobre vosotros nervios, y os cubriré de came, y extenderé sobre vosotros piel, y os infundiré espiritu, y viviréis y sabréis que yo soy Yahveh.

Entonces profeticé yo como se me mandaba; y a mi profetizar se oyô un ruido, y hubo un agitarse y un acercarse huesos a huesos. Miré y vi que vinieron nervios sobre ellos, y creció la came y los cubrió la piel, pero no habia en ellos espiritu. Dijome entonces: Profetiza al espiritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espiritu: Asi habia el Senor, Yahveh: Ven, joh espiritu!, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos huesos muertos, y vivirân. Profeticé yo como se mandaba, y entrô en ellos el espiritu, y revivieron, y se puso en pie un ejército grande en extremo.

Dijome entonces: Hijo de hombre, esos huesos son la entera casa de Israel. Andad diciendo: «Se han secado nuestros huesos, ha fallado nuestra esperanza, estamos perdidos*.

Por eso, profetiza y diles: Asi habia el Senor, Yahveh: Yo abriré vuestros sepulcros y os sacaré de vuestras sepulturas, pueblo mio, y os llevaré a la tierra de Israel; y sabréis que yo soy Yahveh, cuando abra vuestros sepulcros y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mio, y ponga en vosotros mi espiritu, y vivais, y os dé reposo en vuestra tierra; y sabréis que yo, Yahveh, lo dije y lo hice, dice Yahveh* (cf. Ez. 37,1-14).

EL PURGATORIO

vm A) El purgatorio en el Antiguo Testamento

«El único lugar del Antiguo Testamento que ofrece una séria garantla en tomo a la existencîa dei purgatorio es el clásico y tradicional del segundo libro de los Macabeos. Tan claro es, que el mismo Lutero, dandose perfecta cuenta de que con él se venia abajo su rotunda negaciôn de que la Biblia

hable del purgatorio, soslayô la dificultad insuperable negando el carácter canônico del famoso libro. No advierte que, aparte de lo gratuito e infundado de su afirmaciôn—todos los ejemplares griegos, latinos y siriacos, tanto impresos como manuscritos, traen uniformemente el famoso texto, lo mismo que la Vulgata, y los antiguos Padres le han conocido y citado sin ninguna duda ni variaciôn—, todavia, negada su canonicidad, seria un testimonio histôrico de primer orden para probar la fe del pueblo israelita en las purificaciones de ultratumba.

He aqui el famoso episodio relatado en el libro segundo de los Macabeos: Al dia siguiente de su victoria sobre Gorgias, Judas Macabeo descubriô bajo las tûnicas de sus soldados caidos en el campo de batalla algunos objetos idolâtricos procedentes del pillaje de Jamnia, ciudad que habian destruido y saqueado poco antes. Estos objetos, segûn la ley judia, eran esencialmente impuros, por haber sido consagrados a los idolos. Los soldados caidos habian cometido, por consiguiente, un pecado por haberlos retenido junto a si. Todos vieron en su muerte un castigo de Dios por tal pecado.

Toda la tradiciôn cristiana ha considerado este texto como demostrativo de la existencia dei purgatorio. Sin duda alguna, Judas Macabeo viô ante todo la futura resurrecciôn de los soldados caidos... Pero para que en la futura resurrecciôn puedan tener parte entre el pueblo de Dios, es preciso que se purifiquen antes del pecado cometido. Tal es la finalidad de la colecta que enviô a Jerusalén para ofrecer sacrificios por aquel pecado. Los soldados caidos no estaban, por consiguiente, en el infierno, donde no hay remisiôn posible. Habian cometido una culpa que necesitaba perdôn de Dios; pero" ese perdôn podia ser obtenido en la otra vida a base de las expiaciones ofrecidas por ellos acâ en la tierra. No se trataba, pues, de un pecado grave—que les hubiera acarreado la condenaciôn eterna—, sino de un pecado leve (por ignorancia de la ley o por conciencia errônea), o, al menos, de un pecado grave del que se arrepintieron antes de morir, como ocurriô con muchos de los que murieron anegados por las aguas dei diluvio (cf. i Petr. 3,19-20). He aqui con toda claridad y nitidez la doctrina catôlica sobre el purgatorio, aunque no se emplee materialmente esa palabra. La situaciôn en que se encontraban las almas de los soldados caidos es precisamente la que nosotros désignâmes con la palabra *purgatorio*: un lugar o estado donde se purifican las almas buenas, pero no exentas de toda mancha, antes de entrar en el cielo, y a las cuales podemos ayudar con nuestras oraciones y sufragios.

Y no se diga que eso podia ser un pensamiento supersticioso de Judas Macabeo como persona particular. No hay tal. El pueblo entero viô con muy buenos ojos la colecta, y en Jerusalén la encontraron también muy natural, como cosa àcostumbrada entre los israelitas. En todo caso no hay que perder de vista que el autor sagrado aprueba y aplaude la buena acciôn realizada por Judas Macabeo, afirmando por su cuenta que es una obra santa y piadosa rogar por los muertos a fin de que sean libres de sus pecados. No es una obra particular de un israelita determinado, ni siquiera una piadosa creencia de todo el pueblo; es el mismo autor sagrado—mero instrumento y orâculo del Espiritu Santo—quien afirma terminantemente la legitimidad de esa prâctica y, por consiguiente, la de la doctrina dogmatica que de ella se desprende» (cf. Fr. Antonio Royo Marín, O. P., *Teologia de la salvaciôn* [BAC] p.404-405).

B) El purgatorio en «La divina comedia»

1777

a) La primer alma

«Como las ovejas salen dei redii una a una, dos a dos, très a très, mientras las demâs permanecen timidas bajando a tierra los ojos y el hocico, y lo que hace la primera hacen las demâs, deteniéndose con ella si ella se detiene, sencillas y quietas, sin saber el porqué de lo que hacen, as! vi caminar hacia nosotros la primer aima de aquella timida y afortunada grey, con rostro púdico y recatado andar. Cuando las que iban delante vieron interrumpida la luz en tierra a mi derecha, porque mi sombra iba desde mi a la roca, se detuvieron y echaron un poco atrâs, y todas las demâs que venian con ellas, no sabiendo por qué, hicieron otro tanto. «Sin que me lo preguntéis, os confies© que este que veis aqui es un cuerpo humano, por lo cual ha interceptado la luz del sol sobre la tierra. No os asombréis, pero creed que solo por virtud venida del cielo estâ tratando de escalar esta pared». Asi dijo el maestro, y aquella digna multitud respondiô: «Volveos y seguid mâs adelante aun». Y al mismo tiempo nos hacian senal con el dorso de las manos» (cf. *Obras completas de Dante Alighieri*: BAC, vers, de Nicol As Gonzalez Ruiz, canto 3 p.248-250).

1778

b) El ALMA de Manfredo

«Uno de ellos empezô a decir: «Quienquiera que seas, conforme vas andando, vuelve él rostro y piensa si en el mundo me viste alguna vez*. Me volvi hacia él, mirândole fijamente. Era rubio, hermoso y de gentil porte, pero tenía una ceja rota de un golpe. Cuando negué humildemente haberlo visto nunca, él dijo: «Mira, pues*, y me mostrô una herida en lo alto del pecho. Después, sonriendo, afiadî: «Yo soy Manfredo, nieto de la emperatriz Constanza, y te ruego que cuando regreses vayas a visitar a mi bella hija, madre de los que son honra de Sicilia y Aragôn, y le digas la verdad, si es que se dice otra cosa. Después de tener mi cuerpo herido por dos golpes mortales, me volvi llorando hacia Aquel que se complace en perdonar. Horribles fueron mis pecados, pero la bondad infinita tiene brazos tan largos que toma en ellos a quien a ella se vuelve. Si el pastor de Cosenza, que fué enviado en mi persecuciôn por Clemente, hubiese leído bien entonces esta pagina de Dios, los huesos de mi cuerpo estarían aún a la entrada del puente cerca de Benevento, bajo la guarda de las pesadas piedras. Ahora los moja la lluvia y los empuja el viento fuera del reino, casi a orillas del Verde, donde él los trasladô con cirios apagados. Por su maldiciôn, uno no se pierde de modo que no pueda volver al etemo amor mientras florezca la esperanza. Verdad es que quien muere contumaz con la santa Iglesia, aunque se arrepienta al final, debe estar fuera de esta orilla treinta veces el tiempo en que viviô en su arrogancia, si tal plazo no resulta abreviado por eficaces oraciones. Mira, pues, si puedes hacermé dichoso revelando a mi buena Constanza cómo me has visto, pues esta prohibiciôn de aqui mucho se abrevia con ruegos de los de allâ» (cf. *ibid.*, p.250-252).

c) «Que los buenos recen por mi...»

1779

«Este tropel que avanza hacia nosotros es muy numeroso y viene a hacerte alguna súplica—dijo el poeta—, pero sigue andando y mientras andas escucha». «¡Oh aima que caminas hacia la dicha con aquellos mismos miembros con que naciste!—venían gritando—. Acorta un poco el paso; mira si viste un día a alguno de nosotros, de modo que puedas llevar noticias de él. ¡Eh! ¡Por qué te vas? ¡Eh! ¡Por qué no te detienes? Nosotros fuimos muertos todos por la violencia y pecadores hasta la última hora. Entonces la luz del cielo nos iluminó, de modo que, arrepintiéndonos y perdonándonos, salimos de la vida en paz con Dios, que nos enciende el corazón con el deseo de verle». Y yo contesté: «Aunque por más que mire vuestros rostros no reconozco ninguno, si os place cualquier cosa que yo pueda hacer, espíritus bien nacidos, decidmela y yo la haré por aquella paz que, caminando detrás de este guía, se me hace buscar de mundo en mundo». Y uno exclamó: «Todos nos fiarnos de tu buena voluntad sin que lo jures, a no ser que ella no pueda por algún obstáculo. Por eso, yo, que hablo solo antes que los demás, te ruego que, si ves alguna vez aquel país que está entre la Romana y el de Carlos, que tú me consigas por tus ruegos corteses en Fano que los buenos recen por mí para que pueda purgar mis graves pecados» (cf. *ibid.*, canto 5 p.260).

d) Desfile de almas

1780

◆Mientras, yo me deleitaba contemplando los ejemplos de tanta humildad, que eran más gratos de ver pensando en su artifice. «He aquí que Hegan, pero con paso lento—murmuraba el poeta—, muchas aimas. Ellas nos enviarán a las gradas más altas». Mis ojos, contentos de mirar por ver las novedades de que estaban ansiosos, no fueron tardos en volverse a él. No quisiera, lector, que te desanimaras de tus buenos propósitos al oír cómo quiere Dios que se paguen las deudas. No atiendas a la forma del martirio; piensa en lo que ha de sufrirlo; piensa que en el peor caso no puede ir más allá del día de la gran sentencia.

Empecé a hablar diciendo: «Maestro, los que veo venir hacia nosotros no me parecen personas ni sé lo que son, pues se me desvanece la vista». Y me contesté: «La grave condición de su tormento los arroja a tierra, por lo cual mis propios ojos al principio no podían distinguir bien. Pero mira fijamente allí y trata de percibir con la mirada lo que viene debajo de aquellas penas, y observarás cómo cada uno se golpea el pecho». ¡Oh soberbios cristianos, miseros infelices que, enfermos de ceguera mental, confiáis en los pasos que os hacen retroceder! ¿No os acordáis que somos gusanos nacidos para formar la mariposa angelical que vuela sin obstáculos hacia la justicia? ¿Por qué se ensoberbece vuestro espíritu, si sois nada más que insectos defectuosos, especie de gusanos cuya formación quedó manca? Así como para sustentar un piso o un techo se pone de ménsula a veces una figura a la que se ve con las rodillas junto al pecho, la cual produce por su aspecto verdadera angustia en quien la mira, así vi yo a aquellas aimas cuando puse atención. Verdad es que se contraían más o menos según llevaban más o menos sobre la espalda; pero la que más aliviada se mostraba, llorando, parecía decir: «No puedo más» (cf. *ibid.*, canto 10 p.294-295).

1781

e) «Padre nuestro, que estas en los cielos*

◆Padre nuestro, que estas en los cielos, no circunscrito a ellos, sino por el mayor amor que a los primeras efectos de tu creaciôn alla arriba sientes, alabado sea tu nombre y tu poder por toda criatura, como es justo dar gracias a tu benigna sabiduria: vénganos la paz de tu reino, porque no podemos alcanzarla por nosotros mismos si ella no viene, ni usando de todas nuestras fuerzas; como los ângeles todos te sacritîcan su voluntad cantando hosannas, hagan asi los hombres con la suya; el pan nuestro de cada dia dênosle hoy, porque sin él, en este âspero desierto, hacia atras camina quien mâs adelante se afana por ir; y como nosotros perdonamos a cada cual el mal que nos ha hecho, perdônanos tû, benigno, sin réparer en nuestros meritos; no permitas que nuestra virtud, que tan ligeramente cae, sea puesta a prueba por el viejo enemigo, mas libranos de él, que de tal modo la ataca. Este ûltimo ruego, Senor amado, ya no se hace por nosotros, sino por aquellos que quedaron tras de nosotros».

De este modo, pidiendo para ellas y para nosotros buen camino, iban aquellas sombras bajo un peso semejante a aquel con que algunas veces se suena. Desigualmente oprimidas y fatigadas, seguian todo alrededor del primer circuito purgando los humos del mundo. Si desde alli siempre se pide nuestro bien, desde aqui, ¿que no podrân pedir y hacer por ellas las que tengan buena voluntad junto con la divina gracia?. Es justo ayudarlas a lavar las manchas que llevaron de aqui, de modo que, limpias y ligeras, puedan subir a las esteras celestiales» (cf. *ibid.*, canto 11 p.296-298).

1782

f) El peso de la culpa

◆jAh! Que la justicia y la piedad os descarguen pronto del peso, de modo que podâis batirlas a las y elcvaros segûn vuestro deseo. Mostradnos por qué lado se va mâs râpidamente hacia la escala; y si hay mâs de un sendero, ensenadnos el que sea menos âspero, que este que viene conmigo aûn estâ revestido de la carga de la carne de Adân y, contra su voluntad, es lento para subir». Las palabras que contestaron a estas que habia pronunciado aquel a quien yo seguia, no supimos claramente de quién venian; pero nos fué dicho: «A mano derecha, por la orilla, venid con nosotros y encontraréis el paso practicable para que suba una persona viva. Y si no me viera impedido por el penasco que doma la soberbia cerviz, por lo que tengo que llevar baja la cabeza, miraria a ese que aûn estâ vivo y no se nombre para ver si lo conozco y pare inspirarle piedad por este tormento. Yo fui latino y naci de un gran toscano. Guillermo Aldobrandeschi fué mi padre, a quien no sé si habréis oido nombrar. La sangre antigua y la gloriosa hazana de mis mayores me hicieron tan arrogante, que, no pensando en la madré comûn, tuve en tal desprecio a todos los hombres, que por ello mort, como saben los sieneses y saben en Campagnâtico hasta los ninos. Yo soy Humberto, y no solamente a mi me danô la soberbia, sino que a todos mis pariantes les ha traído la misma ruina. Y debo llevar aqui este peso por mis pecados hasta satisfacer a Dios, pues, ya que no lo hice entre los vivos, he de hacerlo aqui entre los muertos. » (cf. *ibid.*, canto 11 p.298).

III. INDULGENCIAS Y SUFRAGIOS

1783

«Las indulgencias son «la remisión de la pena temporal debida por los pecados ya perdonados, que se concede a los vivos y a los difuntos utilizando el depósito del tesoro de la Iglesia». No se aplican de la misma manera a los vivos y a los muertos. Aquéllos están bajo la jurisdicción eclesiástica, y puede la autoridad que las concede transferirselas, siempre y cuando se cumplan los requisitos necesarios para lucrarlas. A las almas del purgatorio se les transfiere el valor del tesoro de la Iglesia por vía de sufragio.

El Cuerpo místico es el fundamento doctrinal de las indulgencias. De hecho hay un sobrante de valores satisfactorios: los de Cristo, que son inagotables, y los de María, que también son abundantísimos. Ni uno ni otra necesitan aplicar para sí las satisfacciones que ofrecieron a Dios, porque no tienen pecado. Hay, además, un sobrante en los santos que satisficieron más de lo que para sí necesitaban. Nada se pierde. Todo va a parar al depósito de la Iglesia, que lo utiliza para transferirlo a quienes tienen un déficit en su haber.

No se podría hacer esto sin dos condiciones previas: la solidaridad entre quienes realizaron el bien que no necesitan y quienes utilizan el bien que sobra y la falta de conexión individual entre el santo a quien sobra y el fiel a quien falta. Sin lo primero no habría posibilidad de hacer ninguna transferencia; sin lo segundo, la transferencia se haría por sí misma, sin necesidad de que interviniera la autoridad eclesiástica.

Bien considerado esto, no es otra cosa que afirmar la existencia de una unidad característica entre todos cuantos intervienen: Cristo, los santos, los justos de la tierra, que se aprovechan de las obras satisfactorias que sobran, y las almas del purgatorio, a las que también se aplica el excedente. Las almas están unidas a Cristo y a los santos; no ésta o aquella, ni a éste o al otro santo, sino todas a Cristo y a los santos. Esto es una confirmación de que son miembros de la Iglesia.

El segundo hecho es el de los sacrificios y sufragios que aplicamos por las almas de los difuntos. A veces, aun sin que nos sobre el bien que hacemos, nos desprendemos de él y lo aplicamos a los muertos. Todas las oraciones y toda la liturgia por los difuntos son una manifestación de este desprendimiento. Pues bien, no tendría esto valor ni sería eficaz si no existiera la solidaridad de que hablamos o si no perteneciéramos todos a un mismo cuerpo; en una palabra, si los difuntos no fueran miembros del Cuerpo místico, al que pertenecemos también nosotros* (cf. Emilio Sauras, O. P., *El cuerpo místico de Cristo* [BAC] p.610).

LA EFICACIA DE LA MISA

♦Antes que se fundase este monasterio de San José en Malagón, cuatro o cinco meses, tratando conmigo, un caballero principal, mancebo, me dijo que, si quería hacer monasterio en Valladolid, que él daría una casa que tenía con una huerta muy buena y grande que tenía dentro una gran vinya, de muy buena gana, y quiso dar luego la posesión; tenía hartos valores. Yo la tomé, aunque no estaba muy determinada a fundarla allí, porque estaba casi un cuarto de legua del lugar; mas parecióme que se podría pasar a él, como allí se tomase la posesión; y como él lo hacía tan de gana, no quise dejar de admitir su buena obra ni estorbar su devoción.

Desde a dos meses, poco más o menos, le dió un mal tan acelerado que le quitó la vida y no se pudo bien confesar, aunque tuvo muchas veces de pedir al Señor perdón. Murió muy en breve, harto lejos de donde yo estaba. Dijo me el Señor que había estado su salvación en harta aventura y que había habido misericordia de él por aquel servicio que había hecho a su Madre en aquella casa que había dado para hacer monasterio de su Orden, y que no saldría del purgatorio, hasta la primera misa que allí se dijese, que entonces saldría. Yo tenía tan presente las graves penas de esta alma, que aunque en Toledo deseaba fundar, lo dejé por entonces y me di toda la prisa* que pude para fundar como pudiese en Valladolid.

No pudo ser tan presto como yo deseaba, porque forzado me hube de detener en San José de Avila—que estaba a mi cargo—hartos días y después en San José de Medina del Campo, que fui por allí, adonde estando un día en oración me dijo el Señor que me diése prisa, que padecía mucho aquella alma, que aunque no tenía mucho aparejo, lo puse por obra y entré en Valladolid, día de San Lorenzo. Y como vi la casa, díome harta congoja, porque entendí era desatino estar allí monjas sin muy mucha costa; y aunque era de gran recreación, por ser la huerta tan deleitosa, no podía dejar de ser enfermo, que estaba cabe el río.

Con ir cansada, hube de ir a misa a un monasterio de nuestra Orden que vi que estaba a la entrada del lugar, y era tan lejos, que me dobló más la pena. Con todo, no les decía a mis compañeras por no las desanimar. Aunque flaca, tenía alguna fe que el Señor—que me había dicho lo pasado—lo remediaría. Hice muy secretamente venir oficiales y comenzar a hacer tapias para lo que tocaba al recogimiento y lo que era menester. Estaba con nosotros el clérigo que he dicho, llamado Julian de Avila, y uno de los dos frailes que queda dicho, que quería ser descalzo, que se informaba de nuestra manera de proceder en estas casas. Julian de Avila entendió en sacar la licencia del Ordinario, que ya había dado buena esperanza antes que yo fuese. No se pudo hacer tan presto que no viniese un domingo antes que estuviese alcanzada la licencia; mas diéronnosla para decir misa adonde teníamos para iglesia y así nos la dijeron.

Yo estaba bien descuidada de que entonces se había de cumplir lo que se me había dicho de aquella alma; porque, aunque se me dijo a la primera misa, pensé que había de ser a la que se pusiese el Santísimo Sacramento. Viniendo el sacerdote adonde habíamos de comulgar, con el Santísimo Sacramento en las manos, llegando yo a recibirle, junto al sacerdote se me representó el caballero que he dicho, con rostro resplandeciente y alegre; puestas las manos, me agradeció lo que había puesto por él para que saliese del purgatorio y fuese aquella alma al cielo. Y cierto, que la primera vez que entendí estaba en carrera de salvación, que yo estaba bien fuera de ello y con harta pena, parciéndome que era menester otra muerte para su manera de vida; que aunque tenía buenas cosas, estaba metido en las del mundo. Verdad es que había dicho a mis compañeras que traía muy delante la muerte. Gran cosa es lo que agrada a Nuestro Señor cualquier servicio que se haga a su Madre, y grande es su misericordia. Sea por todo alabado y bendito, que así paga con eterna vida y gloria la bajeza de nuestras obras y las hace grandes siendo de pequeño valor. (cf. *Obras de Santa Teresa*: BAC, t.2, *Las fundaciones* c.to p.725-727).

SECCION I'III. GUIONES HOMILETICOS

SINOPSIS DE LOS GUIONES HOMILETICOS '

- El purgatorio (i).
- Cômo viô el purgatorio Santa Catalina de Génova (2).
- La misa por los difuntos (3).
- El dogma y la historia de las indulgencias (4).
- Práctica de las indulgencias (5).
- Sepultar a los muertos (6).
- Consuelo en la muerte (7).

El purgatorio

- I. La existencia dei purgatorio es reclamada por: 1785
- A. La divina justicia.
 - a) Dios, esencialmcnte justo y remuncrador, ha de exigir la mäs exacta satisfacciôn de la culpa.
 - b) Hay culpas veniales no satisfcchas en esta vida.
 - c) Hay reliquias de culpas mortales, como es la pena temporal, que con frecuencia no se perdonan en esta vida y cuya cuenta debe saldarse con exactitud.
- B. La divina misericordia. Como no puede entrar en el cielo cosa que tenga la menor mancha (Apoc. 21,27), hay aïmas que no podrlan ser glorificadas de no haber creado la misericordia de Dios el purgatorio, donde pueden purificarse con las penas y hasta recibir el auxilio de la intercesiôn de los bienaventurados y de nuestros sufragios.
- C. La santidad de Dios. La ciudad santa, la nueva Jerusalén (Apoc. 21,1 ss.), réclama ciudadanos limpios, talcs como si no hubiesen pecado ni siquiera en Adân. Todos han de estar conformados con la claridad e imagen de Cristo (Phil. 3,21; Rom. 8,29).

1 Véanse ademôs los guiones sobre la recomendaciôn del aïma en *La palabra de Cjrrsto* t.8 (2.ª cd.) p.036 ss.; la extremaunciôn, *ibid.*, p.963 es.; las lecciones de la muerte, *ibid.*, p.944 ss.; el juicio particular y el juicio final, *ibid.*, p.1281 ss.; y la muerte del Scfior, o.c., t 3 p.JUô ss. y 1163 M.

1786 II. *Nuestros sufragios por las almas del purgatorio son reclamados.*

A. Por Dios mismo.

- a) Que *ama infinitamente a aquellos aimas.*
- b) Que *desea ardientemente su entrada en el cielo cuanto antes. Que, por su parte, exige en ellas, con rigor de justicia, lo que deben, y no pueden pagar sino con penas.*
- d) Que, *por consiguiente, ve complacido cómo su misericordia llega abundantemente a ellas por medio de nuestros sufragios.*

B. Por las propias almas dei purgatorio. Elías viven en necesidad verdaderamente extrema.

Por la acerbidad de sus penas, tanto de dario como de sentido.

b) *Por la amargura que les produce:*

- 1. La ofensa que infirieron a Dios.
- 2. La facilidad con que pudieron evitarla primero o repararla después.

Por el desconsuelo de ver que sufren sin nuevo mérito, cuando esas mismos penalidades en el mundo hubiesen aumentado extraordinariamente el grado de gloria.

Por nuestro propio interés. Con los sufragios ofrecidos conseguimos que se realicen las esperanzas de las aimas dei purgatorio de que las llevemos al cielo. Por ello:

- a) *Ellas serdn nuestras intercesoras ante Dios para de algùn modo pagamos el gran beneficio que recibieron.*
- b) *Asimismo nos preparamos la mejor sententia para eljuiciofinal.*
 - 1. Porque hemos ejercitado las mejores obras de misericordia, cuales son las espirituales, con las aimas más necesitadas, que son las dei purgatorio.
 - 2. También Cristo en aquel juicio nos podrâ decir que estaba El, en sus miembros purgantes, encarcelado en la dura cárcel dei purgatorio, y no solo le visitamos, sino que rompîmes las rejas de su prisiôn; que estaba hambriento y sediento de la gloria del Padre, y saciamos su sed y su hambre llevando aquellas aimas al cielo.
- c) *Aun cediendo a las almas dei purgatorio todo el valor satisfactorio de nuestras buenas obras, todavia nos queda de estas el valor meritorio, que incluso se ha acrecentado.*

Cômo viô el purgatorio Santa Catalina de Génova1787 I. *La figura de la Santa.*

Datos biográficos. Santa Catalina nació en Génova en 1447, de la ilustre familia de los Fieschi. Casô con Juliano Adorno, de prosapia no inferior a la suya. Seis

anos de matrimonio desgraciado por causa del marido infiel, la llevaron a buscar alivio de sus penas en una vida no disoluta, pero si mundana. Convertida de lleno a Dios nuestro Señor en 1473, arrastrô a su marido a la piedad, al sacrificio y al heroismo. Ambos se retiraron a vivir en un hospital, donde practicaron la caridad generosamente. En 1497 muriô Juliano. Desde 1500 a 1510, en que muriô a su vez Catalina, experimentô extraordinarios fenômenos místicos, visiones, éxtasis, revelaciones, y muchas veces, durante ellos, manifestaba en voz alta lo que veia y lo que entendia.

Su «Tratado dei purgatorio». Sus discipulos tomaban nota de sus relatos, y con estas notas se han compuesto las obras que de la Santa poseemos. Entre las mäs notables figura el «Tratado dei purgatorio», cuya traducciôn francesa, de la que nos servimos (cf. Les Editions du Cerf, 1922), estâ tomada de la italiana de Vernazza.

Purificada en el purgatorio del amor divino. Santa Catalina fué colocada en vida en el purgatorio ardiente del amor divino, donde quedô perfectamente purificada, al punto de poder comparecer ante Dios. La Santa describe el estado de las almas detenidas en el purgatorio, que ella supo experimentalmente.

•II. *Ideas de la Santa sobre el purgatorio.*

1788



A. Muerte del amor propio. Caracteristico de las almas del purgatorio es estar exentas de todo amor propio.

- a) *Ellas no quieren otra cosa que permanecer donde Dios ha ordenado que estén por un decreto de su justicia divina. Ellas aman todo lo que ama Dios. Quieren todo lo que Dios quiere y de la manera que a Dios le agrada. No pueden pensar en si mismas. Su pensamiento y su voluntad estân puestos continuamente en Dios.*
- b) *Estân confirmadas en caridad y ya no pueden ni cometer pecado ni merecer. No tienen otra voluntad ni otro deseo que la pura voluntad dei perfecto amor (cf. c.x).*

La paz dei purgatorio.

- a) *No hay paz comparable a la del purgatorio, si no es la paz de que los santos gozan en el cielo.*
- b) *Pero la paz del purgatorio va credendo a medida que Dios invade mas las almas, porque desaparecen los obstdculos que impiden la comunicaciôn de la vida divina. Son semejantes dichas almas a un espejo empanado, en el cual no puede resplandecer, sino muy imperfectamente, la brillante luz del sol. Mas a medida que la superficie del espejo va quedando limpia y purificada, el sol resplandece con mayor vigor en su cristal (cf. c.2).*

Tormentos indecibles. Estas aimas sufren al mismo tiempo tormentos indecibles. No hay lengua que pueda describirlos ni inteligencia que pueda comprenderlos, si no son revelados por una gracia especial. La Santa añade: *Dios se ha dignado concederme a mi esta gracia, pero yo soy incapaz de explicar lo que vi y senti. Esta visión no se borrará jamás en mi memoria» (cf. c.2).

Diferencia entre infierno y purgatorio.

- a) *Los que mueren en pecado mortal salen de este mundo con una voluntad perversa. Y como el pecado mortal no puede ser ya remitido, son incapaces de cambiar el estado de su voluntad.*
- b) *El aima permanece confirmada por toda una eternidad en el bien o en el mal, es decir, en el estado en el cual le sorprende la muerte.*
Las almas dei purgatorio, segun lo dicho, están en conformidad perfecta con la voluntad de Dios. Se sienten atraídas con impetuosidad credente hacia El. Gozan de la certeza de que algún día le verán y de que será enteramente calmada su sed de lo infinito.
- d) *Por el contrario, las aimas de los condenados, al permanecer en un estado de perversión, no pueden alcanzar comunicación ninguna de la bondad divina. Persisten en su situación desesperada, en guerra y en oposición perpetua a la voluntad de Dios (cf. c-3 y 4).*

El beneficio del purgatorio.

Nunca podremos comprender cuán grande ha sido la misericordia de Dios Nuestro Señor al crear un lugar de purificación para las aimas manchadas a la hora de la muerte.

- b) *En este instante, el aima va al lugar que le corresponde oguiada por la naturaleza del pecado mismo». Si muere en pecado mortal, va directamente al infierno.*
Pero el aima, tencontrando en si misma la más pequeña imperfección, se arrojaría voluntariamente en mil infiernos antes que comparecer impura en la presencia de la divina Majestad.*
- d) **Y como sabe que Dios ha establecido el purgatorio para purificar a las aimas después de la muerte, ella, alabando la misericordia divina, se precipita por si misma en el fuego purificador».*
**Yo he comprobado que estas penas son tan grandes como las del infierno. Pero el aima no les da valor, porque para ella la pena más grande consiste en el retraso del gozo pleno de su único amor» (c.8).*

La purification del aima. La Santa emplea la comparación corriente de que el alma se purifica en el purgatorio como el oro en el crisol. El fuego destruye todas las escorias que estaban unidas al oro. El aima es purificada en si misma. Destruída en si misma. Muere en si misma. Y a medida que ella va muriendo a si misma, va pasando

de un modo más perfecto a gozar de la vida divina. Se va transformando más en Dios.

G. Sufrimiento y gozo. Es, pues, característico dei purgatorio reunir con un dolor y un sufrimiento inexplicables un gran gozo nacido del amor y de la esperanza. Del amor divino, que subyuga a estas almas y las infunde una paz inimaginable, y de la esperanza cierta de salir dei purgatorio (cf. c.12). En las almas dei purgatorio hay una doble operaciôn:

- a) *La consideraciôn de la misericordia divina. Estas almas comprenden que un solo pecado meretia cien infernos, consideran que la sententia dictada contra ellas es justisima y, al mismo tiempo, entienden claramente que es una sententia misericordiosa.*
- b) *Tales almas experimentan una satisfaction inmensa al contemplar los decretos bondadosisimos de Dios para con ellas y al sentirse envueltas en la generosidad incomprensible de la infinita misericordia. Aunque sufren, saben que estân en gracia de Dios. Y saben que sufren menos de lo que debieran sufrir, por efecto de ese amor en el cual ellas viven (c.16).*

La misa por los difuntos

I. *Debemos satisfacer por las almas dei purgatorio.*

1789

A. Sabemos que en el purgatorio son detenidas algunas almas para pagar la pena temporal por sus pecados.

- a) *Ellas no pueden satisfacer por esa pena, sino sólo padecer, y purgar así hasta el momento de pagarla entera.*
- b) *Mas nosotros, por el dogma sublime de la comuniôn de los santos, podemos satisfacer por ellas.*
- c) *El cristiano consciente de esta solidaridad, entre sus prdcticas piadosas no se olvida de las que miran a los difuntos.*

B. Es muy extendida en el pueblo la devociôn a las almas dei purgatorio.

- a) *No hay ni puede haber tal devociôn en sentido teológico'*
- b) *Puede, no obstante, llamarse devociôn en sentido vulgar a la costumbre o al hdbito de dirigir plegarias a Dios en favor de ellas.*
- c) *Entre todas éstas, ninguna tan excelente y que pueda ayudar tan eficazmente a las almas dei purgatorio como la santa misa.*

II. *La misa, la mejor satisfaction.*

1790

A. En el Antiguo Testamento leemos que Judas Macabeo mandô que ofrecieran en Jerusalén sacrificios por los di-

CON.MEMORACIÓN PE LOS FIELES DIFUNTOS

funtos (2 Mach. 12,43-46). Estos sacramentos eran imperfectos y de un valor muy limitado.

- B. Hoy, en el Nuevo Testamento, poseemos el sacrificio infinito, que podemos ofrecer por las almas dei purgatorio.
 - a) *El concilio de Trento afirma que son ayudadas estas principalisimamente por el sacrificio dei altar* (cf. conc. Trid. ses.22 c.2.3: DB 940 y 950).
 - b) *No es necesario un largo raciocinio.*
 - 1. La misa es el sacrificio infinito de Cristo.
 - 2. Aplicándole a un alma, en el mismo instante se debería borrar toda la pena temporal que esta deba pagar.

La misa por los difuntos en los primeros tiempos.

- A. A los sacrificios puramente profanos de los romands, que acudian a las tumbas de sus difuntos para ofrecer sobre ellas libaciones y celebrar banquetes, sucedio el verdadero sacrificio: el de la misa.
- B. A partir del siglo III tenemos documentos que nos manifiestan la costumbre de decir la misa por los muertos.
 - a) *•Celebramos nosotros la oblaciôn por los difuntos... en el aniversario de su muerte** (cf. T e r t u l i a n o, **De exhortatione castitatis**).
 - b) *San Cipriano afirma que ofrecen el sacrificio por los difuntos ante el altar de Dios el mismo dia de su muerte.*
 - c) *Santa Monica dice a su hijo las siguientes palabras: «Poned este cuerpo dondeauiera; que no os preocupe nada su cuidado. Solamente os ruego que os acordéis de mi en el altar del Senor alli donde estuviereis** (cf. S a n A g u s t i n, «Confesiones» 9, 11,27: BAC, «Obras de San Agustin» t.2 p.445).
 - d) *Y el mismo San Agustin nos cuenta como, efectivamente, ofrecieron el sacrificio del altar por el descanso del aima de su madre: *Cuando llegô el momento de levantar el cadaver, acompafidmosle, y volvimos sin soltar una lâgrima. Ni aun en aquellos oraciones que te hicimos cuando se ofreciô por ella el sacrificio de nuestro rescate, ni aun en estas oraciones, digo, lloré...»* (cf. *ibid.*, o.c., 9,12,32: *ibid.*, p.449).
- !. En algunos sacramentarios antiguos aparece claramente el sacrificio de la misa ofrecido por el aima de algun difunto determinado.
 - a) **Por lo tanto, te rogamos que recibas aplacado esta oblaciôn de nuestra servidumbre, que te ofrecemos por el aima de tu siervo N. N., y que le concedas poseer la parte de beatitud con los propositos y dignidades apostôlicas, cuyo oficio siguiô*.*
 - b) *«Te rogamos, Senor, que mires propicio esta oblaciôn de nuestra servidumbre, que te ofrecemos por el descanso de las aimas de tus sienes y siervas, y concedas que sea para los muertos perdôn lo que te dignaste preparar para los vivos como remedio** (cf. S c h u s t e r, *Liber sacramentorum* p.136-137).

IV. *La misa por los difuntos hoy.*

1792

- A. Forma parte de las exequias.
 - a) *La Iglesia ha introducido la costumbre de celebrar el aniversario, así como los días tercero, séptimo y trigésimo, con misas especiales.*
 - b) *En el día de la Conmemoración de los Fieles Difuntos, cada sacerdote puede decir tres misas.*
- B. El pueblo se ha percatado de la trascendencia de la misa por las almas de los muertos.
 - a) *Las iglesias suelen verse llenas el día de los Difuntos.*
 - b) *Muchos son los que no oyen una misa este día. sino las tres. En todas las familias cristianas existe la costumbre de ofrecer, además de la misa funeral, el octavario de misa, o una misa mensual, o las misas gregorianas.*
 - c) *Debemos formar al pueblo, diciéndole que fomente la práctica de ofrecer la misa en sufragio de las almas del purgatorio, insistiendo que sean caritativos con ellas.*
- C. El mejor recuerdo, sin duda, en memoria de los fieles difuntos, es el sacrificio de la misa. Las flores y luces y adornos de tumbas y cementerios son más bien, dice San Agustín, para consuelo de vivos que para provecho de los difuntos.

*El dogma y la historia de las indulgencias*I. *El dogma.*

1793

El castigo del pecado. El pecado consiste en apartarse de Dios por escoger viciosamente una criatura. Al desacato cometido contra la Divinidad le corresponde un castigo eterno en el infierno; a la conversión viciosa a la criatura, un castigo menor y temporal, cual le corresponde también al pecado venial, en el que no se da la aversión a Dios.

La pena temporal. Cuando el sacerdote absuelve, queda perdonada instantáneamente la pena eterna del infierno, pero generalmente no desaparece toda la temporal, pues ello depende de la disposición del penitente y de que no quede en él ninguna inclinación pecaminosa a las criaturas, siquiera no llegue a constituir falta mortal.

¿Cómo pagar esa pena? Las deudas se pagan o del pecu-

1006	COB'MKMORACION I»E LOS PIEI.ES DIPL'NTOS
	lio propio o del ajeno, si nos regalan lo suficiente. Esta pena temporal podemos pagarla de estas dos maneras:
	<ul style="list-style-type: none"> a) <i>S? paga con peculio propio haciendo penitencia voluntaria en esta vida o sufriendo el purgatorio en la otra.</i> b) <i>Pero se puede pagar también tornando lo necesario del tesoro de la Iglesia.</i>
	D. La Iglesia, depositaria de los méritos de Cristo.
	<ul style="list-style-type: none"> a) <i>La Iglesia es depositaria y administradora, instituida por Cristo, de los méritos dei Serior, que por ser infinitos se sobran para pagar cuantas penas puedan merecer los hombres.</i> b) <i>A estos méritos se añaden los superabundantes de Maria Santísima y de los santos, que por haberles sobrado se han unido, como los de San Pablo, a los de Cristo, en beneficio de su Cuerpo, que es la Iglesia (Col. 1,24).</i>
	La Iglesia administra este tesoro para compensât las penas. La Iglesia tiene poder para administrât este tesoro y aplicamos los méritos suficientes en compensaciôn de la pena que debemos. Lo hace por medio de las indulgencias, esto es, concediendo a todos los que ejecuten en las debidas condiciones algûn acto piadoso que ella determine la aplicaciôn de los méritos de su tesoro, necesarios para obtener el perdôn de una pena que también ella indica. Es el ultimo rio de perdôn, que brota del costado de Cristo, agua a la que debemos acercar nuestros labios âvida y respetuosamente.
II M	II. La historia.
	Los datos mâs antiguos. Los datos ciertos y mâs antiguos nos vienen dei siglo III. Después de la persecuciôn de Decio, numerosos apostatas pedian el reingreso en la Iglesia, pero para ello tenian que someterse a una durísima penitencia publica. Entonces recurrian a pedir cédulas de recomendaciôn a los mârtires que no habian muerto en los tormentos, y los obispos comenzaron a dispensaries de la tal penitencia en atenciôn a los méritos de los mârtires, pero entendiendo que no dispensaban sôlo de la penitencia exterior, sino de lo que Dios les hubiera perdonado de purgatorio, en el caso de haberse sometido a aquella disciplina de que eran dispensados.
	Se generaliza el uso de las indulgencias.
	<ul style="list-style-type: none"> a) <i>En la Edad Media continué esta costumbre de rebajar la pena, generalmente a los que acudian en peregrinaciôn a Roma.</i> b) <i>Durante esta época, los teélogos explicaron la doctrina en la forma que la hemos expuesto, y poco a poco fué generalizdn-</i>

SEC. 8. GUIONBS HOMIJ.ÉTICOS	1007
	<i>dose mds su uso, hasta que el concilio de Trento, debido a la revue!ta protestante contra las indulgencias, déterminé claramente su sentido y forma.</i>
	La forma actual. Conservamos todavia una fôrmla que recuerda la antigua disciplina penitencial, pues cuando una oraciôn aparece con indulgencia por cinco aftos, por ejemplo, no es que perdone cinco aôos de purgatorio (équiên sabe el tiempo por el que Dios condena a sus aimas?), sino el tiempo de purgatorio que Dios hubiera remitido en el caso de que se cumplan cinco aôos de penitencia canônica.
	<i>Práctica de las indulgencias</i>
I. éQuién concede las indulgencias?	1795
	<p>Cuando se hubo formado en Egipto aquel inmenso depôsito de trigo durante los aôos de abundancia, sôlo pudo disponer de él José, a quien el Faraôn habia otorgado la administraciôn (Gen. 41,48-49).</p> <p>Cristo nuestro Senor ha concedido la administraciôn del tesoro de la Iglesia a los jefes de ésta. Sôlo el papa y aquellos en quienes haya delegado pueden, por lo tanto, concéder indulgencias. El Romano Pontifice puede concederlas sin limite; los obispos conceden cien dias, y los arzobispos, trescientos.</p>
II. iA quién se concede el lucro de las indulgencias?	179e i f
	<p>El tesoro de la Iglesia estâ constituido para los que pertenecen a ella. Por lo tanto, ni los no bautizados ni los excomulgados pueden ganar indulgencia alguna.</p> <p>Ademâs de esto, la indulgencia sôlo sirve para perdonar la pena temporal a aquellos que no estén sujetos a la eterna. Por lo tanto, para lucrarla se necesita vivir en estado de gracia, por lo menos en el momento de cumplir el ûltimo de los actos requeridos, que es cuando se gana la indulgencia (can.925).</p> <p>Pero dentro de este Cuerpo místico de la Iglesia tenemos unos hermanos que sufren sin poder ayudarse en nada ellos a si mismos. Son las almas dei purgatorio. La reversibilidad de los méritos llega hasta ellos, y del mismo modo que los de Cristo me aprovechan a mi, yo puedo</p>

scr el conducto para que lleguen hasta aquel lugar de pena.

- D. Las indulgencias pueden scr por los vivos, en cuyo caso solo aprovechan al que las lucra, y pueden ser aplicables a los difuntos, y entonces el que ejecuta la obra indulgenciada cede su premio a las almas dei purgatorio.

1797 III. *iCômo se lucran?*

- A. En general, practicando la obra preceptuada con intencião de lucrar indulgencia.
- B. Es necesario ejecutar la obra completa, aun cuando, si se omite una parte minima (menos de la quinta parte), no por ello déjà de ganarse la indulgencia. Si se pide la confesião y comunião en determinado dia, aquella puede hacerse ocho dias antes o después, y ésta la vispera o dentro de la octava. Las personas que se confiesen cada quince dias no tienen por qué preocuparse de la confesião, a no ser que se trate de un jubileo.
- C. Ademâs de ello es necesario tener alguna intencião, por lo menos general, de ganar las indulgencias, por lo cual se recomienda renovar esta intencião todos los dias.
- D. Las indulgencias plenarias y algunas otras suelen concederse con la condição de que se rece alguna oracião por Su Santidad. Esta oracião ha de ser vocal y no mental. Puede ser simplemente un padrenuestro y un avemaria.

1798 IV. *Division de las indulgencias. No hemos hablado todaida de las indulgencias plenarias y pardales.*

- A. La terminologia de la Iglesia suele ser la de concéder indulgencias por determinado tiempo, pero a veces la indulgencia es plenaria, lo cual quiere decir que la Iglesia concede de su tesoro tanto cuanto haga falta para que se perdone la pena temporal que debemos.
- B. No es fácil ganar la plenitud de estas indulgencias, porque para ello se requiere que no conservemos afecto alguno al pecado venial, pues de lo contrario quedaria sin remitir, por lo menos, la pena correspondiente a ese afecto. Dedùzcase de ahi la necesidad de prepararse bien para ganar las indulgencias, amén de lo absurdo de ciertas prâcticas a las que acompaña la indicacião de que con esa oracião *se saca anima».

Sepultar a los muertos

1. *Una obra de misericordia.* 1799

- A. Encontramos en el evangelio de la viuda de Nairn una comitiva que se dispone a realizar una obra de misericordia dando tierra a un joven difunto.
- B. Entre las obras de misericordia de nuestro catecismo cristiano aparece ésta también.

II. *Dos conductas.* 1800

Conducta de los paganos.

- a) *No fué unanime el proceder de los paganos con sus muertos, si bien ninguno pudo fundamental; el culto que a veces dieron a sus difuntos con los motivos que los cristianos han tenido y tienen para hacerlo.*
- b) *Hubo barbaros que arrojaron los cadáveres al campo para que fuesen devorados por las fieras; otros, entre ellos los romanos, los quemaban; otros, como los atenienses, los sepultaban con honra.*

Conducta de los creyentes.

- a) *En el Anliguo Testamento. Los hebreos eran los que daban mas honores al cuerpo de sus difuntos. Son alabados en la Escritura como ejemplares en el ejercicio de esta obra de piedad cristiana Abrahân, Jacob, José, Tobias, Nicodemo y José de Arimatea.*
- b> *Los primeras cristianos han dejado testimonio del honor que rendian a los difuntos en los cementerios cristianos que nos quedan en las catacumbas. Honores especialisimos que se tributaban a los mârtes del Senor.*

t r
t 4

III. *Motivos para honrar el cuerpo de los difuntos.* 1801

- A. Porque el cuerpo es lo mäs importante que déjà el difunto sobre la tierra.
 - a) *Es cosa conforme a razôn tener en estima aquellas cosas que pertenecieron a los mayores. Solemos conservarlas como recuerdos caros de sus personas.*
 - b) *Con mayor razôn debemos hacer esto con aquello que mds intimamente estuvo unido al difunto. Todas las demás cosas se le unian accidentalmente. El cuerpo le estaba sustancialmente unido.*
Se honra el cuerpo sepultândolo en la tierra, que es su lugar mds propio, porque ella es madre comûn, de la cual saliô nues-

tro cuerpo, y después de muerto lo quiere recibir de nuevo. El mismo Ciro, rey de los persas, declara que nada tan honroso como ser sepultado en la misma tierra, que tantos y tan bellos frutos produce.

Porque el cuerpo del cristiano pertenece al Espíritu Santo.

- a) *San Agustín dice que no se puede menospreciar a los cuerpos de los difuntos, sobre todo de los justos y fieles, porque el Espíritu Santo se ha servido de ellos como de órganos y vasos para todas las buenas obras (cf. «De civitate Dei» 1,13: PL 40,22).*
- b) *Es la doctrina de San Pablo, el cual nos dice que «nuestros cuerpos son miembros de Cristo» (1 Cor. 12,27) y que somos «templos del Espíritu Santo» (1 Cor. 6,19). Los cuerpos de los cristianos han sido santificados por el contacto de Cristo, realmente presentes en la sagrada Eucaristía.*
- d) *Es un cuerpo dado a la tierra, pero que un día ha de resucitar. Dios ha manifestado esta complacencia en el honor tributado a tales cuerpos de modos muy diversos. Por los milagros que hace usando reliquias de ellos; a veces los mismos animales han dado sepultura a los cuerpos de los santos por disposición de Dios, como ocurrió con San Pablo el Eremita.*

Porque es un testimonio de nuestra fe en la resurrección de la carne.

- a) *Así lo afirma Santo Tomás («In 4» d.45 q.4 a.3 ad 3): «La sepultura aprovecha espiritualmente a los vivos, que con ello manifiestan y aumentan su fe en la resurrección».*
- b) *San Pablo nos ha dado la bella comparación de la semilla que se entierra y germina: Nuestros cuerpos son sembrados en ignominia para levantarse con gloria (cf. 1 Cor. 15,35 ss.).*
 - Por esto los gentiles arrojarán los cuerpos humanos a los cerdos o al fuego, porque no tienen esperanza de la resurrección.
 - 2. Pero los cristianos, en espera de que se levanten gloriosos del sepulcro, llamarán a sus cementerios campos santos y dormitorios, porque son lugar de siembra y sitio de espera.
 - 3. Ellos saben que si les preguntaran a los cadáveres qué hacen allí reposando, podrían contestar; «Esperamos al Salvador y Señor Jesucristo, que reformará el cuerpo de nuestra vileza conforme a su cuerpo glorioso» (Phil. 3.20-21).

Porque es una obra meritoria para los vivos.

Lo mismo que es una obra de misericordia vestir al desnudo y dar posada al peregrino, el cual, sin embargo, podría quizás valerse de alguna manera; así, y más aún, es obra agradable a Dios y de especial mérito atender el cuerpo del difunto, que de ningún modo puede valerse por sí mismo.

- b) *En el Antiguo Testamento es ejemplar el caso de Tobías, el cual dejaba la comida sobre la mesa para salir a enterrar a los*

muertos; esta obra es alabada por el dnjel como muy grata a los ojos de Dios (cf. Tob. 12).

- c) *El mismo Cristo alaba la accidn de la Magdalena, deféndiéndola de Judas; Magdalena ha hecho una buena obra, porque, derramando ungüento sobre su cuerpo, lo ha preparado para la sepultura (Mt. 26,10 ss.).*

E. Porque nos trae el recuerdo de nuestra propia muerte.

- a) *Esta obra de misericordia nos trae una gran leccion acerca de nuestra vileza y de lo que han de ser muy pronto las riquezas, la hermosura. los placeres y las vanidades.*
- b) *Como dice San Agustin, aquellas cenizas y huesos, si atendemos, pueden ser para nosotros magnificos predicadores (cf. Serm. 66, «De verbis apost.»).*
- c) *San Jerônimo (cf. «In Ez.», c.40) nos dice que él mismo, como hacian los antiguos cristianos con sus hijos, se iba los domingos y dias de fiesta a contemplar las sepulturas de los cristianos.*
- d) *l'Ojald en nuestros dias estas visitas en dias festivos a nuestros cementerios produzcan en quienes las hacen frutos tan excelentes!*

»**»-f**
t

Consuelo en la muerte

I. *Es cristiano llorar a los muertos.*

1802

A. Jesucristo tiene para la madre viuda de Nairn estas palabras: «No llores».

No se trata de un mandato 0 reprensiôn por las Idgrimas que vierte ante su hijo muerto.

- b) *Son palabras de suprema consolaciôn. Valen tanto como decirle que se consuele porque ha encontrado al que tiene poder para limpiar radicalmente sus lagrimas.*

El mismo Jesûs llora en el Evangelio la muerte de su amigo Lâzaro, hasta el punto de conmover y llamar la atenciôn de los presentes.

- a) *El llanto es legitimo a la naturaleza, que se ve separada de los seres queridos.*
- b) *Mas justo avn es el llanto por la muerte de los padres, y mds cuando se les ha abreviado la vida con desobediencias e ingratitudes.*

San Agustin en un bello capitulo de sus «Confesiones» (9,12), después de explicar las abundantes lagrimas que derramô sin consuelo delante del cadaver de su madre, termina diciendo: «Léalo el que quisiere e interprételo c o gustare. Si le pareciere que hice mal

y que pequé por haber llorado a mi madre..., a una madre que por muchos años me había llorado..., le pido que no se ría de mi llanto; antes bien, si tiene bastante caridad. Llore él también por mis pecados delante de vos».

1803

H. *Llanto con esperanza.*

- A. Debemos conceder a la naturaleza el derecho que le corresponde de un llanto que alivie el dolor, pero siempre «que nuestra tristeza no sea como la de aquellos que no tienen esperanza» (i Thés. 4,12).
- B. Motivos de esta esperanza consoladora son:

Saber que Dios envía la muerte. Es un Padre quien ha decretado esta ley absolutamente universal (Hebr. 9,27)

b) *La muerte es un sueño tan sólo.*

1. Jesús dijo de Lázaro, que estaba muerto: «Nuestro amigo duerma» (Io. 11,11-13).
2. Y San Esteban, que muere bajo la violencia de las piedras que le arrojan, no cae sino para «dormirse en el Señor» (Act. 7,59).

c) *Pensar que tras el sueño le ha venido a aquella alma el verdadero gozo de la patria.*

1. Si no de una manera inmediata, porque necesita nuestros suffragios, si con la seguridad de que, aunque se encuentre en el purgatorio, ya no puede pecar y tiene la esperanza cierta del cielo.
2. Esta es la ganancia que pensaba alcanzar Pablo con su muerte (cf. Phil. 1,21).

d) *Considerar que nosotros iremos a reunirnos un día con ellos, puesto (pues solamente nos han antecedido unas horas o breve tiempo en el viaje que todos hemos de emprender hacia la eternidad).*

1801

III. *Consuelo por lo que han dejado.*

El que ha muerto déjale su cuerpo.

a) «Mientras estemos en la tienda de campaña de nuestros cuerpos, dice San Pablo, gemimos agobiados bajo su peso, sabiendo que, mientras estamos en el cuerpo, viajamos lejos del Señor» (2 Cor. 5,4-6).

b) *Con toda razón se llama tienda de campaña a nuestro cuerpo, pues:*

La permanencia del alma en el cuerpo es de poca duración.

2. La casa propia es lugar de tranquilidad, de posesión, de reposo: la tienda es lugar que se ocupa unos días y, cuando se sale de ella, se abandona, como el cuerpo: «No tenemos aquí una mansión permanente, sino que buscamos la futura» (Hebr. 13,14).

El nombre de tienda indica que somos extraños en la

tierra y que como extraños debemos tratar todas las cosas del mundo, sin apegos a lo que no *es* nuestro.

4. Como el soldado se aloja en la tienda para las campañas de guerra, así los soldados de Cristo, mientras vivan en este cuerpo corruptible de pecado, han de sostener una batalla contra las pasiones de su propia carne.
- c) *Todas estas consideraciones consuelan en presencia del cadáver, sabiendo (pie aquel a quien amdbarnos ha dejado lo transitorio para conseguir lo eterno.*

B. El muerto se despide del mundo.

- a) *Y con él le abandonan todas sus iniquidades y sus peligros.*
- b) *Aquella vida de gracia déjà de estar en peligro; aquí en el mundo lo estaría siempre, porque el mundo es enemigo irréconciliable de Jesucristo.*

Déjà los bienes de la tierra.

- a) *Todos los cuales son lazos y dificultades para que el reino de Dios se desarrolle en nosotros.*
- b) *Ya no son dos preocupaciones, por las cosas temporales y por las espirituales, las que tiene quien ha muerto, sino que todo él se emplea en Dios.*

Déjà las miserias de la vida. Très motivos hay para felicitarse por la muerte:

- a) *Se queda libre de todo trabajo.*
- b) *De todo pecado.*
- c) *De todo peligro.*

IV. Consuelo por su memoria.

1805

- A. Quien muere después de una vida ejemplar déjà a los suyos sobre la tierra el consuelo que podemos sintetizar en la inscripción colocada sobre la tumba del cardenal Alciati, en Santa Maria de los Angeles, de Roma.
- B. "Virtute vixit, memoria vivit, gloria vivet".
 - a) *Vivid en íci virtud.*
 - b) *Vive en la memoria de los hombres sobre la tierra. Vivird en la gloria eternamente.*

INDICE DE SAGRADA ESCRITURA

Los numeros de este indice remiten a la numeraci3n marginal de las p1ginas de este volumen

Sap	6.18	1587		15.12-18	746	
Ecc1	1.2	1781		16.6	741	
	45.1-6	1869		16.28	1010	
Ps	2.6-8	788		17.1-26		758, 1010.
	4.9				1189	
	24.10	799		18.1-40	405.	432, 477.
	33.9	1250			480,	547. 632
	68.8	782		19.1-42	412.	420, 446.
					452,	489,
	84.11				593.	809, 817.
	102.14	1251			821,	1326, 1365
Is	60.1-6	207		20.29	976	
1er	31,3	352		1,1-11	834	
2 Reg	14,14	1731			1488	
2 Mac		1690	Act	7.13	1209	
	15.12	1640	Rom	7.30	346	
Mt	1,8 - 21	1371. 1383. 1469.			1199	
		1476		13.1	1476	
		208.	228 238	2.8		
	2.13-14	1500		7.17	1653	
	2,16-18	278	1 Cor	11.23-29	725,	1037, 1061
		1525 ss., 1532,			1548	
		1562, 1583. 1590,		15.17	1206	
		1683			1258	
		1658	2 Cor	5.4-6	1804	
		1502		5.10	1689	
		793		11,23-29	764	
	16.24	■990		2.10	355	
	19.21	1586	Eph.	2.14	15	
	19.23	1506		3.8-19	1340.	1347
	28.20	999, 1182		4.1	356	
Mc	15.34	812		4.3		1502
	16.14-20	834. 858			1390	
	2.1 - 14	8.135	Phil	2.5-10	887,	1489
		1371		3.8	16-46	
	2.14	98 ss.		1.16	185	
	2,21	1488	Col	3.3	1595	
		1492		3.23	1513	
	2.41-52	1517	Gai	1.10	748	
		1006		1,15	354	
	23.34	804	1 Thess.		1803	
	23,43	805	1 Tim	2.4	349	
	23,46	824		6.20	1456	
	1.2-3	38	Tit	2.11-15	6,7	
	3.13		Hebr	1.3	871,	973
	3.16	731		7 3	1404	
	5.25	1740		10 5-10	979	
	6.56-69	1018, 1056. 1069		10.6	822	
	10.11-16	315		4,11	97	
	13.1	728. 731	Pet	1.3-4	193	
	13,2-15	400, 425. 462.	2 Pet	2.15-16	754	
		585. 742	lo	6.9	16-10	
	14.3	977	Apoc		1521	
	14.17	756		7,13	1624	
	14.30	757				

1 Nos limit1mes a consignar los textos que est1n comentados en pr1sente volumen.

Los n1meros de este indice remiten a la numeraci3n marginal de las p1ginas de este volumen

Adopci3n: adopci3n divina del hombre 190; elementos 190; dogma de fe 193; comparaci3n con la adopci3n humana 190.

Alegr1a: sentido de la alegr1a cristiana 986; si hay amor, hay alegr1a 362; el camino de la cruz, fuente de alegr1a 986; alegr1a y cumplimiento de la voluntad de Dios 986; Navidad, d1a de santa alegr1a 31 37 135.

Amistad: la amistad en el serm3n de la Cena 746; los disc1pulos, amigos de Jes1s 747; la servidumbre, camino de la amistad con Dios 748; labilidad de la amistad humana 698.

Amor: dar y darse, esencial al amor 722 1356; unifica al amante con el amado 1349; es la medida del dolor 702 800; fuerte como la muerte 482; dos propiedades del verdadero amor 1286; donde hay amor no hay fatiga 362 766; la semejanza es causa del amor 1285; el amor mayor, el amor de caridad 800; a la unidad por el amor 752; impulsa a vivir para los dem1s 738; hay que saber entender el verdadero amor 1300; amor humano y amor espiritual 1263; amor de lo terreno y amor de lo temporal 1235; los obst1culos del amor a Dios 177; dos amores incompatibles 1253; Dios, amor esencial 384 723 1299; grandeza del amor de Dios al hombre 1302; amor de Cristo a los hombres 728 731; el amor a Cristo, amor transformante 1296; obligatoriedad del amor a Dios 1301; motivos del amor a Dios 177; el amor a Cristo debe ser incondicional 12581346; amor afectivo y amor efectivo 1344; triple modo de amar a Dios 1258; Cristo, modelo de amor 1262; amor de Dios y santidad 1618; la creaci3n, obra del amor 729; la Encarnaci3n, misterio de amor 731 1280; la dei3caci3n

[Amor] del hombre, obra del amor 729; no hay amor en el mundo 1346; hay que reconstruir el amor 737; no amemos al mundo 1254; un amor m1s excelente 1265.

Ap3stoles: su vocaci3n 1412; amigos del Se1or 746; continuadores de su obra 1011; necesidad 343; misi3n 878; la 1ltima lecci3n del Maestro 934; reproche de su incredulidad 1000; las dudas de los Ap3stoles, provechosas para nosotros 849 857; por qu1 estuvo Cristo con ellos cuarenta d1as despu1s de la resurrecci3n 843 848 857.

Ascension: hecho 1nico en la historia 988; triunfo de Cristo 839 907 921 967 969 983; conveniencia 844 863 975; causa 868; motivos secundarios 838 891; d1a de gozo 966 948; festividad de la Ascensi3n, características 832; liturgia 833; afectos propios de esta fiesta 930; simbolismo 922; frutos 888; lecciones 847 852 875 968 1009 1012; anuncio de la segunda venida del Se1or 855; estimulo de los deseos del cielo 856; la ascensi3n del cristiano 926; la Ascensi3n y el juicio final 1005; y la venida del Esp1ritu Santo 978; y la Eucarist1a 976; y la vida cristiana 865; la fiesta de la Ascension y el mundo del trabajo 945.

Aureolas de los santos: concepto 1555; clases 1556.

Avaricia: enemiga de la caridad 856; hace al hombre peor que un demonio 421.

Ayuno: y oraci3n 1495.

Bautismo: puerta de nuestra glorificaci3n 927.

Bienaventuranzas: felicidad de los bienaventurados 1589; esencia 1590; grandeza 1596; el deseo universal de felicidad 1532;

/BiennienturanzasI

la pobreza 1533 1563; manse-
dumbre 1534 1570; llanto 1535
1574; hambre y sed de justicia
1536 1575; misericordia 1537 1576;
pureza 1538 1577; paz 1578; per-
secución 1579

Buen Ladrôn: su petición 654; re-
conoció la realeza de Jesûs 652;
practicó las très virtudes teolo-
gales 623; insigne en la humil-
dad 626; no se ha de hacer de
este ejemplo régla general 622.

Caridad: traída por Cristo al
mundo 937; vencedora dei mun-
do 937; es una y ûnica 1604; pe-
ro hay jerarquía en su ejerci-
cio 1605; esencia de la perfec-
ción 1601; caridad afectiva y
efectiva 1606; es el mandamien-
to nuevo 386 480 484 587 735; dis-
tintivo del verdadero cristiano
483; cualidades de la auténtica
caridad 1298; cubre todos los
pecados 382; plenitud de vida so-
brenatural 1003; caridad y hu-
mildad 745; fuente de unión 1137
1188; la paz, efecto de la cari-
dad 383; incompatible con la
avaricia 856; pecados contra la
caridad 1189.

Cielo: tenemos un lugar prépara-
do en el cielo 933; perspectiva
obligatoria del cristiano 934; la
pretendida inexistencia de la
gloria 9-16; es posible y fácil la
conquista del cielo 936; entrada
triumfal de Cristo en la gloria
906 913; hora de la victoria de-
finitiva 899; felicidad inénarra-
ble del cielo 896 901; bienes del
aima y del cuerpo en la gloria.

Comuniôn: la comuniôn y la mi-
sa 1198; hay que rechazar a los
indignos 430 517; la comuniôn
frecuente 19; fuente de fortale-
za cristiana 1222; cómo debe-
mos comulgar 427; comuniôn
sin mortificación, comuniôn in-
fructuosa 1212; el secreto para
comulgar con fruto 1203; comu-
niôn sacramental y comuniôn
de los santos 1142 1711.

Confianza: fundamento 932 1505;
la gracia del Espîritu Santo
942; es condición de la espe-
ranza 1505.

Corpus Christi: liturgia de la fes-
tividad 1020; origenes 1019 1021
1027 1107; reacción contra sec-
tas antieucarísticas 1022 1029;
afectos propios de esta festivi-
dad 1110; triunfo glorioso de
Cristo 1106; Jueves Santo y
Corpus Christi 1019; los autos
sacramentales 1174; la proce-
sión del Corpus 1106 1177 1770;

{Corpus Christi}

homenaje exterior 1179; e inte-
rior 1180.

Creación: obra del amor 729; re-
flejo de las j)erfecciones divi-
nas 185 195; proceso de la ac-
ción creadora 729.

Cristianismo: no es un mero con-
junto de prácticas exteriores
1195; el cristianismo fácil de no
pocos cristianos 1210.

Cristiano: la vocación de cristia-
no 233 385; soldado de Cristo
936; las dos miradas del cris-
tiano 934; el cristiano y el amor
736; imitador de Cristo 648 674
1009; su alimento, la Eucaris-
tia 1010; éramos nada, en Cris-
to somos algo 1251; el cristiano
ante la Pasión de Cristo 663
700; ante la muerte 1738 1802;
debe ser fiel cumplidor de su
deber 676 823; trabajar y su-
frir 833; necesita mortificación
675 700; debe vacar a la oración
677; y esmerarse en las obras
diarias 678; tendiendo seria-
mente a la santidad 227; su vi-
da es vida de combate 302; no
debe desentenderse de los pro-
blemas de la vida temporal 945;
su grave responsabilidad en la
hora presente 941; debe sacu-
dir toda pereza 221.

Cruz: lecciones de la cruz 583;
en ella se firme la carta del
perdôn 413 660; el trono de la
cruz. trono de misericordia 799;
triunfo de Cristo 412; consuma-
ción y perfección de todas las
cosas 657; diversas maneras de
llevar la cruz 795; el camino de
la cruz, fuente de alegría in-
terior 796 986; gloriémonos en
la cruz 389.

Culto: definición 1622; culto y
oración 1638; culto al Sagrado
Corazón 1270 1308; culto social
1247; culto de San José 1448;
culto de los santos 1621; fun-
damento 1639; justificación
1623; historia 1633; culto a las
reliquias e imágenes de los san-
tos 1626.

Derecho: la reintegración del or-
denamiento jurídico, base pa-
ra la paz 108; la base última
del derecho no es la utilidad
101; utilitarismo y positivismo
jurídicos 108; derecho del hom-
bre a la seguridad jurídica 108;
la autoridad judicial, sus con-
diciones 108.

Devoción: —al Sagrado Corazón:
origenes 1238; historia 1244; ca-
racterísticas 1239; fin propio
1243; la promesa de los prime-

[Devoción]

ros viernes 1248; fundamentos teológicos 1269; prejuicios Infundados 1306; no es una forma mfts de piedad 1323; la reparación, nota esencial 1213 1278 1357 1362; remedio de la apostasia moderna 1358; las consagraciones sociales 1361; lábaro de salvación para el mundo de hoy 1307 1325.

—a San José: 1448; motivos 1400; bienes 1398; três gracias especiales 1404.

—a los santos: 1399.

Doctrina social católica: en el campo económicosocial 948; el verdadero humanismo es el humanisme cristiano 951; el sentido trascendente de la vida humana 954.

Dolores y gozos de San José: primer dolor y gozo 1469; segundo 1473; tercero, 1484; cuarto 1491; quinto 1500; sexto 1506; séptimo 1516.

Economía: subordinada al fin trascendente del hombre 950; el orden económico justo 950; economía y santificación del domingo 953; relación entre necesidades reales y necesidades artificiales 953; economía y progreso 952; economía y dignidad humana 950; las excesivas diferencias económicas, peligro para la paz 102.

Encarnación: expresión dei Verbo 51 312; don máximo del Espíritu Santo 53; dos naturalezas y una sola persona 25; maravilla de las maravillas 15 1284; humillación asombrosa del Verbo 91; causa 52 161 261 276 1264; obra del amor 314 731 1280; manifestación del poder de Dios 176 250; la gloria del Padre, fin de la Encarnación 96; conveniencia 59; la Encarnación y la filiación adoptiva del hombre 33; salvación de la humanidad 26 1282.

Epifanía: origen de la fiesta 205; significación 206; manifestación de Cristo 235 243 254 342; y vocación de los gentiles 312 345; grandeza de esta fiesta 247; cuestiones en torno a los Magos 331; circunstancias dei relato evangélico 208; el viaje de los Magos 216; su pregunta a los judíos 229; malicia de Herodes 214 244 309; la estrella. significado 210 218 232 238 260 268 271 280 304 341; la adoración 215 231 245 263 290; las ofrendas 237 239 264; el regreso de

[Epifanía]

los Magos 211; virtudes de los Magos, fe 281; fortaleza, 283; obediencia 234.

Esperanza: mantiene erguido al cristiano en la vida 936; brota de las promesas de Cristo 991; esté, condicionada por la confianza 1505; esperanza y temor 1007; la esperanza y el Cuerpo místico 977.

Espíritu Santo: Maestro de la verdad 943; el Gran Desconocido 1227; triple relación con la Eucaristía 1224; nos lleva a Cristo, si no matamos sus inspiraciones 273; omnipotencia de sus dones 944; su asistencia perpetua a la Iglesia 940.

Eucaristía: don del amor 722 1318; prolongación de la Encarnación 1214; pan de vida 1249; gran misterio de fe 426 1113; la transubstanciación 1113; símbolo de unidad 1032 1074 1137 1188; centro de la vida cristiana 1144; sagrado convite 1040 1192; recuerdo de la pasión 1136 1196; llena el alma de gracia 1200; prenda de la gloria futura 1058 1134 1205; institución de la Eucaristía 425 1037 1043 1061; necesidad 1057. 1195; veneración debida 18 1110; misa y Eucaristía 1023; auténtica piedad eucarística 1198; visitas al Santísimo 1228; cómo debe recibirse 427; disposiciones para comulgar 1055 1066 1072 1088 1100; necesidad de limpieza de alma para comulgar 1065; honor que supone la comunión 1064; castigos de la comunión indigna 1063; efectos transformadores de la comunión fructuosa 1052 1194; Eucaristía y fortaleza 1218; mortificación 1136 1209; seis efectos de la Eucaristía 1076; es el sacramento de la vida 1129; restablece el vigor de la fe 1131; refrena las pasiones 1132; vida nueva del cristiano 1066.

Exaltación de Cristo: sentado a la diestra del Padre 894 916 973; significado de esta expresión 871; títulos de Cristo para esta exaltación 872.

Fe: objeto 865 976; principio de vida espiritual 1002; es la perfecta sabiduría 249; superior a la razón 935 1120; es la gran victoria sobre el mundo 854; las pasiones desordenadas apagan la fe 1132; la puerta de la fe es la humildad 252; fe y Eucaristía 1131 126; consecuencia de

Í

U

o^^~

[Fe1
las obras con la fe 856; no basta la fe, se necesitan obras 880. Fieles difuntos, conmemoración de los: espíritu de la conmemoración 1682; notas históricas 1683; pueden ser ayudados por los vivos 1716 1722; en virtud de la comunión de los santos 1711; las exequias por los difuntos 1691; la oración por ellos 1694 1708: los sufragios de los pecadores por los difuntos 1717; principales sufragios por los difuntos 1725; la misa, el mayor sufragio 1789 1791; las indulgencias 1728.
Filiación: condiciones para ser hijo 77; filiación natural del Verbo 77 80: la generación intelectual dei Verbo 86; filiación divina adoptiva del hombre 189; herencia de los hijos de Dios 1594; no es metáfora, es realidad 187: dogma de la fe cristiana 186: la filiación adoptiva, efecto de la Eucaristía 39; consecuencias de esta adopción 40; hemos de vivir conforme a ella 41; origen y defensa de la verdadera paz 44.
Fortaleza: teología de la fortaleza 1219; su fuente, la comunión eucarística 1222: la fortaleza de los primeros cristianos 1221; virtud necesaria 1218; hoy más que nunca 1222.

Gloria: definición 160: la gloria de Dios, fin del hombre 155: fin de la religion 97: fin de las obras divinas 96; fin de la vida de Cristo 161: la gloria de Dios, *mensaje de Belén* 153; la glorificación de Dios. obligación de justicia para el hombre 156.
Gozo: origen 765: gozo navideno 135; la Ascensión. fiesta de íntimo gozo 966 853 931.
Gracia: instrumento de elevación del hombre al orden sobrenatural 132: Jesucristo. fuente de la gracia 1547; la fuerza de la gracia 654; conquista poco a poco a todo el hombre 896; sin la gracia, la voluntad es impotente 425: la gracia y la perseverancia 612: la Eucaristía. fuente de gracia 1134: eficacia de las divinas inspiraciones 280.

Hombre: es el rey de la creación 16: es por esencia una manifestación de la grandeza de Dios 155: su alma es inmortal 946; su fin, la gloria de Dios

j Hombre]
155; lo común y lo específico del hombre 858; el hombre en el orden puramente natural 181; la suprema dignidad del hombre 155; el hombre cristiano 953; su destino trascendente 951 953; la elevación del hombre al orden sobrenatural 179 182 729; la filiación divina adoptiva del hombre 33 184 189; el hombre, objeto del amor de Dios 729; la deificación del hombre 192; la Encarnación, remedio del hombre caído 1282; Cristo, modelo del hombre querido por Dios 792 1304; está obligado a dar gloria a Dios 156: la lucha espiritual del hombre 895; las cuatro edades del hombre 423; la dignidad y los derechos de la persona humana, base indispensable para la paz 105; la dignidad humana, centro del orden económico 950.
Humanidad: la humanidad y el nacimiento del Verbo encarnado 147; Jesucristo, Cabeza de toda la humanidad 1543; Cristo, *fin de la* humanidad 663; la historia de la humanidad, sus dos periodos 141; humanismo cristiano y humanismo no cristiano 951.
Humildad: es la verdad 743; requiere un especial auxilio divino 743; su absoluta necesidad 475; según humildad no hay santidad 743: debe ser completa y con todos 22: es fundamento generativo de la justificación 1002: *regla* práctica de la sabiduría cristiana 252; vencedora de la muerte 252; humildad y caridad 745; humildad y oración 744; cómo se consigne? 744; la humillación. camino para la humildad 744; humildad real y humildades aparentes : camino de la gloria verdadera 839: los tres escalones de la humildad cristiana 887; Navidad, lección perpetua de humildad 23: humillación dei Verbo de la Encarnación 91: el lavatorio de los pies, monumento de humildad 585 742 4M; la oración del huerto, modelo de humildad 547; la pasión, prodigio de humildad 669; modelos de humildad: Cristo 558; su Sagrado Corazón 1366; San José 1459 144; el Buen Ladrón 626.

Iglesia: Cuerpo místico de Cristo 996 897: fundada para conducir a los pueblos al reino de Dios 343: goza de la asistencia

(Iglesia]

perpetua de Cristo 930; y del Espiritu Santo 940; la hora de la victoria definitiva 899; quiénes son miembros de la Iglesia 468; infallibilidad de la Iglesia en las canonizaciones 1636; la Iglesia ante la humanidad dividida 327; sus juicios no son partidistas 329; la supuesta neutralidad política de la Iglesia 330; su supranacionalidad 319; doble sentido de esta supranacionalidad 320; constituye un todo indivisible con Cristo 320; no puede enfeudarse a nación alguna 321 326; no es un imperio 324; sin ella no hay unión social firme 322; su contribución en la consolidación de las bases de la sociedad 324; respeta el valor de la iniciativa privada 325; no puede ponerse al servicio de intereses meramente políticos 327; no ha abandonado al obrero 1360 948.

Indulgencias: dogma e historia 1793; ¿quién las concede? 1795; ¿a quién se conceden? 1796; ¿cómo se lucran? 1797; clases 1798; indulgencias por las almas del purgatorio 1783 1728.

Infalibilidad: de la palabra de Cristo 1062; y de la Iglesia en las canonizaciones 1636.

Infancia espiritual: el ejemplo del Salvador 251; la infancia del espíritu 253; la humildad, secreto del triunfo 252.

Jesucristo: Hijo único de Dios 80 924; es igual al Padre 846; la generación intelectual del Verbo 86; su amor al Padre 1309 1283; su amor por los hombres 729 1274 1283; su Encarnación 1249; dos naturalezas y una sola persona 38 62 189 868 1250; grandeza de los dones concedidos a la humanidad de Cristo 1303; Jesús, Salvador 1488; vino a salvarnos del pecado 174; es nuestro modelo 180; Ecce homo 668; nuestro intercesor ante Dios 596 919 870 979; Cabeza de los ángeles 1545; padre universal de todos los hombres 1304 1543; Cabeza de la Iglesia 1542 869; su presencia en la tierra 936 994; en la misa 995; en la Iglesia 996; en el sacerdocio 997; fuente de la gracia 1547; su Pasión, ejemplo y consuelo para el cristiano 648; el testamento de Cristo 691; su entrada triunfal en la gloria 907 913; su exaltación en la Ascensión 871; es rey 665

(Jesucristo]

891 900; sacerdote 753; único Maestro del hombre 474 656 198 1666; el gran testigo de la verdad 499 666 935; su segunda venida 1005 910; juez universal 860 663.

Judas Iscariote: por qué Cristo eligió a Judas 515; el discípulo traidor 514; su maldad 551; el beso traidor 552; poseído del demonio 462 422; su desesperación y muerte 438 523.

Limosna: alabanza de la limosna 450; el pobre representa a Cristo 458; hay quien se queja de oír hablar tanto de la limosna 459; contra los ladrones que hacen limosna 440.

Liturgia: su excelencia y superioridad sobre cualesquiera otras devociones 403; la plegaria litúrgica 391; la participación del pueblo en la liturgia 403; lleva a la piedad confiada y gozosa 1339; liturgia de Navidad 4 135; de la Epifanía 341 205; la nueva liturgia de la Semana Santa 402; liturgia de la festividad de la Ascensión 966; de la festividad del Corpus Christi 1020; de la fiesta del Sagrado Corazón 1238; de la fiesta de San José 1371; de la fiesta de todos los Santos 1523; de la conmemoración de los fieles difuntos 1682.

Mansedumbre: es bienaventuranza 1534 1570; sus grados 1571; dueña de la tierra 1572; cómo conseguirla 1573; Cristo, modelo de mansedumbre 557; especialmente en su pasión 437; el Sagrado Corazón, modelo de mansedumbre 1367.

Maria: el nombre de Maria 70; dulzura de este nombre 71; su excelsa dignidad 1407; su santidad 1471; la virginidad de Maria 1460; la maternidad de Maria 48; Madre de Jesús 800; sin detrimento de la virginidad 50; Madre de todos los hombres 810 801; su fecundidad 709; sus virtudes 145; su unión con San José 1518; la purificación de Maria en el templo 1494; despedise de su Hijo 631; encuentra a su Hijo en la calle de la Amargura 645; al pie de la Cruz 701 800; la lanzada del Hijo atraviesa el corazón de la Madre 600; el descendimiento de la cruz y el llanto de la Virgen 603; la compasión de Maria 598; tres elementos de

&

: t<

i I

- (Maria]
 su sacrificio 701; vencedora de nuestros enemigos 272; la intercesión de Maria 351.
- Matrimonio: elementos del matrimonio 1411; esencia 1115; forma 1415; fin 1391; bienes 1463; matrimonio y virginidad 1395; las obras de la carne 1392; doble perfección del matrimonio 1417; los esposos deben su estado al amor conyugal 1390; los desposorios en Israel 1444; el matrimonio de la Virgen y San José 1416; San José y la Virgen. modelos de amor conyugal 1408.
- Milagros: han existido siempre en la Iglesia 880; dos clases de milagros 859.
- Misa: el sacrificio de la misa 1751; es sacrificio y sacramento 995; reproducción del sacrificio de la cruz 1197; perpetuidad del sacrificio de la misa 1047; la devoción al altar y la devoción de la misa 1024; la misa y la Encarnación 1023; la misa por los difuntos 1791.
- Moral: la moral cristiana» incompatible con el espíritu del mundo 779.
- Mortificación: necesidad 795 968 387 674 1209 990; motivos 675; fundamento 1209; la mortificación en la vida cristiana 1209 390; mortificación y Eucaristía 1209 1136; mortificación de los afectos desordenados 697.
- Alerte: la gran igualadora 1731; vanidad de lo humano 1731; lo que queda 1735; la muerte para el cristiano 1738; la turbación del cristiano ante la muerte 479; consuelo cristiano en la muerte 1802; confianza en Dios 679; la sepultura cristiana 1799; su fundamento y sentido 1801 1690 1729; la muerte de Jesús, modelo del cristiano en la hora de la muerte 825; muerte de San José 1499; San José, Patrono de la buena muerte 1452 1404.
- Mundo: definición del mundo 754 1256; el gran enemigo 75-1; enemigo de la Trinidad 756; aspecto social del mundo 755; dos mundos 754; inconciliable con el espíritu cristiano 1013 779; las armas del mundo 755; armas contra el mundo 755; la huida del mundo 1103; la victoria sobre el mundo 757; el desprecio del mundo y el aprecio de la salvación 690.
- Navidad: fiesta de Navidad 135. fiesta de la santa liberación 23; actualidad de la Navidad 136; notas históricas 4; cómo celebrarla 5; los dos nacimientos de Cristo 46; el nacimiento eterno de Cristo 83; el nacimiento temporal de Cristo, centro de los tiempos 140; circunstancias históricas del misterio 8; ¿cuándo nació Jesucristo? 119; el nacimiento de Jesús 1446; ¿quién es el Niño que nos ha nacido? 296; ¿cómo encontrarlo? 301; contemplación del misterio 76; la providencia en Belén 139; las personas de Belén 143; adoradores de Belén: los pastores 149; Belén, escuela de santidad 176; las lecciones del pesebre 275; costumbres navideñas 134; el origen de la «Misa del Gallo» 129; el mensaje de Belén 153; la Navidad y la paz 15.
- Obediencia: a la autoridad civil 1473; desobediencia legítima 1477; una doctrina inadmisible 1478; prudencia en la obediencia 1479; grados de obediencia 1480; la obediencia ciega de San Ignacio 1480; obediencia amorosa 1481; el premio de la obediencia perfecta 1483; San José, modelo de obediencia 1507 144 1473; obediencia de los pastores de Belén 151; y de los Magos 234; la oración del huerto, modelo de obediencia 548.
- Obrero: la apostasia moderna del obrero 1358; causas 1359; la Iglesia no ha abandonado al obrero 1360; la Iglesia se ha preocupado por la situación de los obreros 948.
- Oración: su absoluta necesidad 615 677 392; necesidad de orar los unos por los otros 476; modos de orar 393; en el nombre de Jesucristo 394; eficacia de la oración 395; oración mental y oración vocal 396; excelencia del Padrenuestro 397; debe santificar el trabajo 1006 1513; oración y culto 1638; la plegaria litúrgica 391; oración por los fieles difuntos 1711; oración y humildad 744.
- Orden: la vocación en el orden natural y en el orden sobrenatural 353; diferencia entre el orden natural y el orden sobrenatural 181; concepto y ámbito del orden natural 181; el hombre en el orden puramente na-

tural 181; la elevaciôn al orden sobrenatural 179 729; el hombre, hijo adoptivo de Dios 181 189; la deflclaciôn del hombre 192; sentido exacto de esta realidad 19-1; la gracia, Instrumento de elevaciôn al orden sobrenatural 182; consecuencias de la elevaciôn al orden sobrenatural 182; el verdadero orden es el orden cristiano 949; el verdadero orden social cristiano 949; el orden econômico justo 950; el contenido del orden nuevo 98; el desorden provocado por las divisiones sociales 1137.

Pasiôn: misterio de amor divino 095; la pasiôn de Cristo fué verdadero sacrificio 540; manifestaciôn de la justicia y bondad del Padre 537; y del amor de Cristo 537; motivos por los que Cristo padeciô 546; satisfacciôn de nuestros pecados 539; las très voluntades que entregan a Cristo 521; efectos de la pasiôn 542; eficacia de la sangre divina 418; lecciones de la pasiôn del Senor 690 547; el cristiano ante la pasiôn de Cristo 663; el lavatorio de los pies 420 462 585; el mandato de la caridad 480; instituciôn de la Eucaristia 425; la Eucaristia, recuerdo de la pasiôn de Cristo 1136; la oraciôn del huerto 567 589 547 632 405; el prendimiento 6-10 489 407 664; el proceso de Cristo 408; Jesûs en el tribunal de Anâs 491 767; Jesûs en el tribunal de Caffûs 773; las negaciones de Pedro 778 642; la flagelaciôn 781; la coronaclôn de espinas 785; la soldadesca injurio al Senor 437 452; Ecce homo 503 593 643 668 791; Jesûs postergado a Barrabâs 667; en el pretorio de Pilato 665 494 446; Jesûs condenado a muerte 432 504; el lavatorio de Pilato 409; Jesûs con la cruz auestas 507; la calle de la Amargura 794 645; crucifixiôn 554 797; Jesûs en la cruz 570 417 509; palabras del Senor en la cruz 511; el desamparo del Sefior en la cruz, provecho de los desamparados 415; escarnios de Jesûs en la cruz 672; la lanzada 600 513; el descendimiento de la cruz 603; el entierro del jSefior 456.

Pasiones: hay que dominar y corregir las pasiones 423; si entran en el hombre, es difícil expulsarlas 446; el dominio de

l Pasloncsl

las pasiones hace al hombre duefio de si mismo 21 434.

Paternidad: de San José 1519 1424; concepto y clases de paternidad 1422; la paternidad adoptiva 1423; teologia de la paternidad de San José 1426 1434.

Patrocinio: de San José 1449.

Paz: la bienaventuranza de la paz 1578; la verdadera paz 44; deflnlclôn agustlniana 164; elementos de la paz 164; requiere el dominio de las pasiones 21; consiste en luchar contra el pecado 20; efecto de la caridad 383; Jesucristo, restaurador de la paz 165; la santidad y la paz del aima 68; la paz con Dios es lo ûnico necesario 20; la paz consigo mismo 21; la paz con los hermanos 22; ipor qué el mundo vive en guerra? 166; la Navidad y la paz 15; el mensaje de Belén 163; el verdadero deseo de la paz 943; la paz interna de los pueblos 110; bases indispensables para lograrla 111; necesidad de solidaridad entre los individuos 112; cinco puntos fundamentales para la paz dei mundo 104; dlgnidad y derechos de la persona huniana 105; defensa de la unidad social y de la familia 106; dignidad y prerrogativas del trabajo 107; reintegraciôn dei ordenamiento juridico 108; concepciôn cristiana del Estado 109; cinco condiciones de la paz 98; victoria sobre el odio 99; sobre la desconfianza 100; sobre el principio de utilidad como base del derecho 101; sobre las divergencies en el campo de la economia mundial 102; y sobre el espiritu de frio egoismo 103.

Pecado: es el pan de la muerte 1070; fuente de tristeza 984; la maldiciôn rodea al pecador 687; tiene en si su propio castigo 681; reitera la elecciôn de Barrabûs 667; motivos para detestar el pecado 697; tormento de Jesûs en su pasiôn 683; sin lucha contra el pecado no hay paz verdadera 20; para encontrar a Dios hay que salir del pecado 301; el pecador no humilde pronuncla su propia sentencia condenatoria 170; el perdôn de los pecados, efecto de la pasiôn del Senor 542 539; el perdôn de los pecados y la devociôn a San José 1404; pecados contra la caridad 1189.

- Perdôn: el perdôn de las injurias 804; el premio del perdôn 806.
- Perfecciôn: concepto de perfecciôn cristiana 1455 890; naturaleza 1569; su esencia, la caridad 1600; papel de las demás virtudes 1603; su secreto, la sumisiôn completa a Dios 155; su obligatoriedad 1656; debe brotar del corazôn 1586; no despreciemos las falats pequenas 447; perfecciôn en las obras de cada día 678.
- Perseveranda: es un don de Dios 363; imposible sin el auxilio di-
- Piedad: no hay auténtica piedad sin piedad eucarística 1198; una piedad estéril e inútil 1750; la piedad pagana 1749.
- Pobreza: es bienaventuranza 1533 1563; el pobre 1563; clases 1564; la palabra «espîritu* 1565; grados de la pobreza 1567; la pobreza de corazôn, leccion difícil 198; es serial de Cristo 197; síntesis de la doctrina de Cristo 197; Cristo y los pobres 198; Cristo pobre en Belén 197; el pobre representa a Cristo 458; el reino de los cielos es de los pobres de espîritu 1569.
- Predicaciôn: universal del Evangelio 858; extraordinaria importante 761; necesidad 472; la predicaciôn como medio normal de la vocaciôn divina 371; graves responsabilidades del predicador 470; la palabra sacerdotal. instrumento de uniôn 762; los cristianos que no gustan de la predicaciôn 842; oigâmosla con atenciôn 471.
- Fresunciôn: el pecado de presunciôn 527 612; no prometamos nada para el futuro 528; el remedio de la presunciôn, acudir a la oraciôn 015.
- Profecias*: profecias y figuras de la Eucaristia 1147; profecias mesiânicas: el salmo 21 711; los frutos de la redenciôn 712; la transfixiôn 713.
- Progreso: el verdadero progreso humano esta querido por Dios 952; el progreso y las reformas sociales necesarias 107.
- Providencia: sostiene y gobierna todo lo creado 139; ordenadora de todos los acontecimientos humanos 935; su plan actual: la instauraciôn de todo en Cristo 142; providencia y vocaciôn 372; la providencia de Dios resplandece por muchos caminos 284; la providencia y la bienaventuranza del hombre 1591; fe viva en la providencia divina [Frovidoneiiii] na 281; confianza y lealtad a ella 282; la providencia y el poder intercesor de los santos 16-15; la providencia on Belén 139.
- Prudencia: la solicitud, parte importante de la prudencia 360; las reglas de la prudencia en el conocimiento de la vocaciôn divina 367; prudencia en la obediencia 1479.
- Purezu: escalôn necesario para llegar al cielo 889; es una bienaventuranza 1539; el gran premio de la pureza 1540.
- Purgatorio: su existeneia, pruebas 1785; en el Antiguo Testamento 1776; naturaleza 1788 1732; la pena de sentido 1755; la pena de dilaciôn de la gloria 1753; los Consuelos del purgatorio 1762; cómo lo viô Santa Catalina de Génova 1787; los que no creen en el purgatorio 1741; obligaciôn de rogar por las almas dei purgatorio 1786 1789 1769; cómo socorrer a las almas dei purgatorio 1740; tres maneras de ayudar a las almas del purgatorio 1771.
- Redenciôn: concepto y funciones 179; la redenciôn por el padecimiento y la muerte 591 798; su prolongaciôn en la Eucaristia 1215.
- Reino de Cristo: no es de este mundo, pero estâ en él 935; dos estados del reino de Cristo 894; el estado presente de lucha 895; el estado futuro de gloria 896; la Iglesia, reino de Cristo en la tierra 897; reino de verdad de vida 762; la realeza de Cristo 788; la gran declaraciôn dei Rey ante Pilato 497; Cristo Rey, modelo de mansedumbre y humildad 557; triunfo sobre los enemigos de la Iglesia 898; la hora de la victoria definitiva 899; el rey de la gloria 900.
- Religion: estâ exigida por la justicia 97; la gloria de Dios, fin de la religiôn 97.
- Resurrecciôn: Cristo, causa de nuestra resurrecciôn 1026; la Eucaristia. prenda de nuestra resurrecciôn 1207.
- j Sacerdocô: don *del Sagrado Corazôn a los hombres* 1318; la perfecciôn del sacerdocô 759; perpétua la presencia de Cristo en la tierra 997; el sacerdocô eterno de Cristo 979; Cristo, primer sacerdote 753 1038; cau-

[Sacerdocio]

sa formal del sacerdocio de Cristo 979; eficacia del sacerdocio de Cristo 979; el sacerdote, intermediario 758 1146; los sacerdotes y el mundo 754; gravísima obligación de predicar en el sacerdote 761; la palabra sacerdotal, instrumento de unión 762.

Sacrificio: la pasión de Cristo. verdadero sacrificio 540; el sacrificio de la redención exigido por la justicia de Dios 798.

Sagrado Corazón de Jesús: la festividad del Corazón de Jesús 1249 1339; mensaje de misericordia 1340; características de la ilesa 1239; el espíritu que le ha impuesto Pío XII 1240; índice y símbolo del amor divino 1313; la unión hipostática y el culto al Sagrado Corazón 1311; el Corazón físico del Señor, símbolo del amor 1242 1274; el culto al Sagrado Corazón 1241 1269; historia del culto 1244; el culto social al Sagrado Corazón 1247; dos motivos del culto de latria al Sagrado Corazón 1308; el Corazón de Cristo, nuestro refugio 1277; la Hazaña del costado 1326; las dimensiones del Corazón de Cristo 1347; el gozo del Corazón de Jesús por la conversión del pecador 1352; los dones del Sagrado Corazón a la humanidad 1318 1321; correspondencia 1344 1355; la reparación al Sagrado Corazón 1362 1357; en los documentos de los últimos papas 1363; la «Misericordissimus Redemptor» 1364; modelo de humildad y mansedumbre 1366; las revelaciones de Santa Margarita 1335.

Salvación: extraído descuido de nuestra salvación 591; no hay salvación sin sacrificio propio 174; la pasión de Cristo, causa de nuestra salvación 538.

Santidad: vocación del cristiano a la santidad 233; su absoluta necesidad 227; el deseo de santidad 1583; debe ser nuestra primera preocupación 18; santidad y amor de Dios 1618; no hay santidad sin humildad 743; y sin mortificación 1209; necesitamos purificarnos a diario 455 467; hay que atender dócilmente las inspiraciones divinas 350; el peligro de ciertos consejos 66; no hay que oírlos 67; santidad falsa y santidad verdadera 1669.

Santos: son nuestros modelos 1649; santos en el propio esta-

[Santos]

do 1652; debemos invocar a todos los santos 1558; la gloria de los santos 1609; doctrina de las aureolas 1555; los santos en el cielo 1518; los santos y el nombre de Jesús 1489; el culto de los santos 1621; historia del culto a los santos 1633; la oración a los santos y su intercesión 1638; conocen nuestras súplicas 1560; su oración es siempre escuchada 1561; el culto a las reliquias e imágenes de los santos 1626; la Reina de todos los santos 1611.

San José: su eminente dignidad 1403 1407 1421 1472; teología de San José 1413; paternidad de San José 1385 1400 1421 1519; padre y virgen al mismo tiempo 1396 1410 1466; depositario de Dios 1405 1457; triple depósito confluente por Dios a San José 1406 1458; custodio de la virginidad de María 1460; custodio del Hijo 1464; sustituto del Padre eterno 1465; vivió sólo para Jesús y María 1409; privilegios que Dios le concedió 1402; su gran santidad 1401; su unión con la Santísima Virgen 1518; tres virtudes de San José 1459; modelo de obediencia 144 1476 1507; generosidad y abnegación 1411; humildad 144; obrero 1509; la muerte de San José 1447 1499; el culto y la devoción a San José 1400 1448; su patrocinio universal 1397 1449; los siete dolores y gozos de San José 1469 ss.

San Pedro: pastor supremo de la Iglesia 535 la escena del cenáculo 524; su actitud en el lavatorio de los pies 466 586; las negaciones de Pedro 492 526 618 642 778; la lección que nos dan 612 614; el triple amor de Pedro 534.

Santos Inocentes: mártires de Cristo 278; la crueldad de Herodes 278; grandeza de la bondad divina 279.

Semana Santa: su importancia para la vida cristiana 403; la reforma litúrgica de la Semana Santa: sus fines 402.

Sermón de la Cena: sus dos partes 742; características 739; tres temas capitales 740; primer aspecto del sermón 741; la hora del desbordamiento del Corazón de Cristo 750; el gran sermón contra el mundo 746 754; la oración sacerdotal 759.

Sermón de la Montaña: síntesis del cristianismo 1683; el sermón de las bienaventuranzas 1532;

INerm. de la Montafia]
declaraciôn de programa 1525;
el lugar 1526; las recensiones de
Mateo y Lucas 1527; sinfonla
majestuosa 1528; la mäs am-
plia paradoja 1529; la nueva
ordenaciôn 1530; desarrollo
1531; doctrina de Cristo sobre
la doble solicitud 1504.

Siete Palabras: introducciôn ge-
neral 803; primera palabra: el
perdôn 804; segunda palabra:
por el sufrimiento al amor 652
805; tercera palabra: materni-
dad de Maria 54 809; cuarta pa-
labra: el desaraparo de Cristo
812; quinta palabra: la sed de
Cristo 512 817; sexta palabra:
el cumplimiento del deber 512
656 821; séptima palabra: muer-
te del Sefior 824.

Solicitud: es parte muy Impor-
tante de la prudencia 360; soli-
citud virtuosa y solicitud pe-
caminosa 1502; el sermôn de
la Montana 1504.

Tentaciôn: no es sinônimo de
pecado 880; vigilancia neces-
aria frente a toda tentaciôn 856;
el ataque progresivo del demo-
nic 450; hay que rechazarla
desde el principio 448; las tra-
zas del demonio 450.

Todos los santos: origen y des-
arrollo de la fiesta 1616; histo-
ria de la festividad 1523; su ca-
râcter litûrgico 1524.

Trabajo: el valor del trabajo 1012;
es necesario para la santifica-
ciôn 1006; el trabajo y la ob-
servancia de los días festivos
953; trabajo y oraciôn 1513; hay
que ennoblecer el trabajo 1512;
no todo trabajo es cristiano
1511; el mundo del trabajo ante
la fiesta de la Ascensiôn 945;
dignidad y prerrogativas del
trabajo 107; exigencias de jus-
ticia que hay que satisfacer en
el campo laboral 107; la Iglesia
no ha desatendido el mundo del
trabajo 8 948; San José, mode-
lo de trabajadores 1509.

Transubstanciación: la realidad
del misterio 1113; objeciones
contra esta realidad y soluciôn
1114; la objeciôn judía 1114; la
objeciôn de los gentiles 1115; la
objeciôn de los herejes 1117; la
objeciôn de cierta filosofia 1120;
doctrina catôlica 1117.

Tristeza: secuela y herencia del
pasado 948; es patrimonio de
todos los mortales 1183; reme-
dios ineficaces y único consue-
lo 1184; puede debilitar la fe
1186; la tristeza del Sefior en
Getsemani 405 632.

Uniôn: su necesidad 22 750; im-
puesta por Jesûs a la Iglesia
751; su aglutinante, la caridad
752 1188; union del hombre con
Dios en la Encamaciôn 59 994;
triple unidad necesaria 751 760;
la union intelectual 761; necesi-
dad de solidaridad entre los in-
dividuos 112; sin la Iglesia no
hay uniôn social firme 322; la
Eucaristia, medio de uniôn in-
terior y exterior 1138 1141.

Verdad: iqué es la verdad? 500;
la verdad es austera 170; los
hombres temen la verdad 170;
verdad y humildad 170; verdad
y justificaciôn 30; Cristo, rey
de la verdad 787; Cristo, el gran
testigo de la verdad 499 666 935;
cifra y compendio de la ver-
dad revelada 1010; los que aman
la verdad siguen a Cristo 666.

Vida cristiana: la vida cristiana
es un combate 222; necesita la
comida eucaristica 1057; la Eu-
caristia. centro de la vida cris-
tiana 1144; la fe, principio de
la vida cristiana 1002; la cari-
dad, plenitud de vida cristiana
1003; el principio y fundamen-
to de la vida cristiana 1010;
incompatible con el espiritu del
mundo 1013; la mortificaciôn
en la vida cristiana 1209; las
dos conexiones de la vida so-
brenatural 356; concilia y équi-
libra el trabajo natural y el
sobrenatural 1012; no enerva,
sino que potencializa el traba-
jo 1012.

Virginidad: su gran excelencia
1395 1406 1462; vida angélica en
la tierra 1406; causas de la vir-
ginidad 1461; la virginidad de
Maria 49 1460; virginidad y San
José 1407.

Virtud: necesidad de la virtud
para alcanzar el cielo 993; las
virtudes puramente humanas
no son perfectas 699; la ascen-
siôn del cristiano por el cami-
no de las virtudes 884; las vir-
tudes teologales, vencedoras
dei mundo 934; la Eucaristia,
manantial de virtudes 1145;
funciôn social de las virtudes
cristianas 952.

Visitas al Santisimo: segûn el
pensamiento de Pio XII 1228;
el sagrario 1229; el amigo 1230;
fundamento de la visita 1231;
ventajas 1233.

Vocación: definiciôn y explica-
ciôn paulina 346; âmbito de la
vocaciôn 363; origen etemo de
la vocaciôn 352 354 358; todo

[Vocaciôn]

hombre tiene su especial vocaciôn 316 378; el llamamiento de Dios 356 376; voz de la verdad 246; el misterio de la predestinaciôn 377; Dios prépara los caminos 353; nuestra vocaciôn de cristianos 233 385; la vocaciôn cristiana es la filiación dlviná 347 conoce tu vocaciôn 359; vocaciôn y providenda dlviná 372; nuestra vocaciôn en Cristo es como una segunda creaciôn 355; medios más frecuentes en la vocaciôn divina 371; los três enemigos de toda vocaciôn 363; fidelidad a la vocaciôn 349; la fe, camino de la vocaciôn 304; tres modos de conocer la propia vocaciôn 364; la via mística en la doctrina ignaciana 365; doctrina de Santa

[Vocaciôn]

Teresa 366; eficacia de las inspiraciones divinas 280; tres maneras de seguir a Cristo 380; hay que realizar la vocaciôn con prontitud 360; generosidad 361; amor y alegría 362; y con perseverancia hasta la muerte 363; la vocaciôn de un pueblo 379; la vocaciôn de los gentiles 248 315 345; Epifania, fiesta de la vocaciôn de los gentiles 206 312; la piedra de toque de una vocaciôn apostólica 357; muchos son los caminos de Dios 370 1454; dos vocaciones opuestas: San José y los Apóstoles 1412 1454; doble vocaciôn 348 356; vocaciôn a la fe y a la salvaciôn 317; vocaciôn religiosa de los hijos 375.

.. /4

ACVBÔSE DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN NOVENO DE
«LA PALABRA DE CRISTO», DE LA BIBLIOTECA
DE AUTORES CRISTIANOS, EL DÍA 24 DE
DICIEMBRE DE 1957, VÍSPERA DE LA
FIESTA DE LA NATIVIDAD DE
NUESTRO SENOR JESUCRIS-
TO, EN LOS TALLERES
DE LA EDITORIAL CA-
TÔLICA, S. A.,
MADRID

.W *ATRI*